FELIPE XIMENEZ DE SANDOVAL

JOSE ANTONIO

(BIOGRAFIA APASIONADA)

SEPTIMA EDICION

Prólogo de BLAS PIÑAR

FUERZA NUEVA EDITORIAL, S. A.

FELIPE XIMÉNEZ DE SANDOVAL

JOSÉ ANTONIO

(Biografía apasionada)

PROLOGO A LA SEXTA EDICIÓN

Aquella mañana del 29 de octubre me desperté con impaciencia. No teníamos receptor de radio en casa, pero un amigo de mis padres me habla invitado a ir a la suya para escuchar el mitin del Teatro de la Comedia. Después de oír la misa dominical, con esa emoción premonitoria que se adelanta a aquello que se presume importante y decisivo, llamé a la puerta. Me dieron un beso y me pasaron al salón. Un mueblecito de madera encerraba en su seno la maravilla de aquel aparato singular que recogía las ondas y las transformaba en música y voz.

El señor de la casa, cuidadosamente, meticulosamente, como quien cumple con un rito casi sagrado, extendió el cable, enchufó, maniobró en los botones, localizó la emisora y, en silencio -un silencio expectante y nervioso-, aguardamos.

Comenzaron los discursos. La emoción del ambiente, que adivinábamos al escuchar los aplausos, las ovaciones, los vítores, era contagiosa. Cerraba el acto José Antonio Primo de Rivera. No sé la razón, pero hay nombre y apellidos que se conjugan para atraer con fuerza irresistible. En el caso del fundador de la Falange acompañaba a esa atracción nominativa su figura, y, además, por si fuera poco, su palabra y su ejemplo.

No era posible en aquel entonces y en aquel lugar seguir con la vista el porte, los ademanes, la mímica con que José Antonio iría subrayando los hermosos pasajes de su discurso fundacional; pero se imaginaban al atender electrizados y mudos, con el recogimiento que demanda la voz del creyente fervoroso que proclama la verdad e invita a los valientes a movilizarse en su servicio.

Yo era un adolescente de bachiller. Aquel discurso, como a tantos chavales de España, nos dejó marcados. Quizá mi propia estirpe castrense, las virtudes militares que había palpado entre los míos, el clima de exaltación patriótica que mi padre creó y mi madre respaldó con su extraordinaria capacidad de sacrificio, habían abonado mi alma para que prendiese la semilla.

Nos habían enseñado a amar a España, y la veíamos transida de dolor, agujereada, maltrecha y partida, seccionada en bandos, en trance de liquidar su tradición, de fragmentarse y de negarse a sí misma. José Antonio, entre la oscuridad y la tormenta, el escepticismo y la frivolidad, la injusticia y la anemia histórica, se irguió como un héroe, proclamando la fe en la Patria, en medio de la incredulidad de casi todos, la esperanza en la nación, en medio de la abulia colectiva, el amor al país, en medio del desencanto general.

Ese amor ascético a la España que no sólo no le gustaba, sino que le disgustaba, el amor de perfección que eleva y desencarna en cierto modo, el amor contemplativo que purifica y transforma, es el que nos da en última instancia la raíz y la esencia última, las características peculiares del Movimiento político que José Antonio creara, y que le perfila de un modo original, con fisonomía propia y diferente, en el marco de los movimientos nacionalistas de su tiempo.

El amor de perfección que constituye la médula de la obra joseantoniana, tiene un sabor profundamente cristiano. Ese sabor de origen garantiza la pureza del hacer político que José Antonio aspira a poner en marcha, forjando un hombre nuevo, tal y como lo entendía San Pablo y como, en otras latitudes del mundo latino, trataba de formar en Rumania Cornelio Zelea Codreanu.

La tarea no quedó en proyecto, en simple exposición doctrinal, seductora pero inoperante. Desde su comparecencia pública originaria hasta el Movimiento del 18 de Julio de 1936, la historia breve de la Falange es un itinerario de caídos, de jóvenes camaradas asesinados, no sólo por el marxismo que cargaba las pistolas, sino por la incomprensión y la difamación de los que luego los aclamaron -pensando en sus intereses y no en España- como patriotas abnegados.

Cuando el Alzamiento Nacional se produjo, el espíritu de la Falange levantó hornadas de hombres nuevos, de combatientes esforzados. Allí donde se alzó la enseña nacional, hubo, como alguien recuerda, que tomar medidas contra la irresistible y universal vocación de heroísmo. Ese espíritu falangista, hermanado con el de la gloriosa tradición española, que mantenían imperturbables los legendarios requetés, devolvió a España la conciencia nacional y el deseo de seguir su historia, que es algo semejante al instinto de vivir que mantiene en alto la esperanza frente al torpe propósito del suicida.

Todo el programa de la Falange, tal y como aparece en los discursos y en los escritos de José Antonio, descansa en el amor de perfección a España, y por lo mismo, en una distinción, que tantas veces se olvida, entre la Política y la Administración.

Una buena Administración hace falta, pero una buena Administración no es suficiente. La Administración es instrumental, pero por afinado que sea el instrumento lo que importa es que haya alguien con destreza suficiente para manejarlo y que tenga inspiración y coraje para realizar la obra para que el instrumento se revele como apto.

De aquí que en la concepción joseantoniana la Política, sin prescindir ni menospreciar la Administración, se acerque más e intime con la Poesía, y se imponga como objetivo captar la adhesión del pueblo, sublimando sus aspiraciones, creando una mística de servicio y sacrificio, sin la cual las multitudes -en el mejor de los casos- se adocenan y sestean aburridas, de un modo vegetativo o carnal.

Si repasamos las palabras-síntesis en que el espíritu de la Falange se expresa, encontraremos siempre, como una constante jamás interrumpida, el amor de perfección. Pero es, sin duda, en el "¡Arriba España!" donde de una forma traslúcida y a la vez iluminante ese tipo de amor se clarifica y anuncia. En ese grito, que salió de tantas gargantas en el instante de morir en el frente o de entregar la vida en el "paseo" nocturno de las escuadras rojas, se dice todo lo que en el alma entera, rezumándola, llevaban los falangistas: no sólo que España viviera, sino que España, superando la pereza del ir viviendo, se levantara, con el noble orgullo de saberse una, grande y libre, compartiendo los españoles el pan y la justicia.

Como los héroes se marchó José Antonio. Tenía treinta y tres años cuando le fusilaron en Alicante. Su testamento goza, siendo personalísimo y unilateral, de la elegancia dialéctica que él tanto admiraba y predicaba. Morir por una idea es el único modo de eternizarla, como lo es del valor que encierra y del brío fecundo que de la misma fluye. Pero morir en España y por España, en último y consciente acto de servicio, sembrando la duda entre los que dictaban la sentencia; morir junto al mar de Europa, por donde vinieron la civilización y la fe; morir en noviembre, cuando la naturaleza se viste de crisantemos y la Iglesia derrama sus oraciones sobre los difuntos; morir en plena juventud, cuando la vida se niega a desfallecer; morir, en suma, con la gravedad y entereza del cristiano, es un honor que tan sólo se depara por la Providencia a los más amados y escogidos.

Alguien o algunos, refiriéndose a José Antonio, han hablado del mito y hasta de la necesidad de desmitificarle, de arrancarle de su pedestal y de ponerle al rango y nivel de los otros mortales. Es un intento, como tantos, de la corriente horizontalista, cuyo móvil no es otro que la envidia iconoclasta, a la que molesta el heroísmo, la capitanía y la santidad. Todos iguales, para que ninguno nos estimule con su ejemplo y su vida a ser mejores.

Una obra como la de Felipe Ximénez de Sandoval, sirve a la idea de dar a conocer al José Antonio auténtico, al hombre que se hizo a sí mismo, superando la tentación de la comodidad, incluso disfrazado de dedicación intelectualista bajo la lámpara de la propia celda.

Una obra de este género había que reeditarla. Las ediciones que ya se agotaron, prueban hasta la saciedad el ansia por conocer a José Antonio: su vida, su muerte, su palabra y su obra. Por eso la biografía es "apasionada", porque José Antonio vivió apasionadamente, porque el autor la ha escrito apasionadamente, y porque el lector no se acerca al libro y comienza a leerlo con curiosidad, sino con pasión.

No nos extrañemos. Al contrario. Debemos alegrarnos de que así sea. La pasión es una gran fuerza. La calificación moral no recae sobre la pasión, sino sobre el objeto que persigue (el fin) y los medios que utiliza para alcanzarlo. Los grandes hombres, los que han signado el acontecer histórico, para bien o para mal, han tenido grandes pasiones. Lo que importa no es tanto desconocerlas o aniquilarlas -como suponen ciertos espirituales-, sino encauzarlas, dominarlas y ponerlas al servicio de un gran ideal; de un gran ideal por el que valga la pena de vivir y de dar la vida: como lo hizo José Antonio.

BLAS PIÑAR

PALABRAS PREVIAS PARA LA QUINTA EDICIÓN DE ESTE LIBRO

Nuevamente se reedita este libro, en cuyas páginas aprendieron muchos españoles a querer a JOSÉ ANTONIO -aun cuando para otros siga siendo todavía "ese desconocido"- y se reveló el enorme atractivo de su personalidad a gran parte de los escritores extranjeros que se ocuparon de nuestra guerra, al utilizarlas como fuente, a pesar de sus posibles lagunas, fallos, errores y apasionamientos. Agotado hace tiempo, y advirtiendo el interés cada día mayor que suscitan el pensamiento y la figura de JOSÉ ANTONIO, creo cumplir un deber al publicarlo, tal y como lo escribí hace treinta y dos años, para satisfacer los deseos de numerosas personas que continuamente me lo piden, quizá con la esperanza de encontrar un rayo de luz que les guíe por las tinieblas del futuro de nuestra patria, en la lección ejemplar de la vida de JOSÉ ANTONIO que traté de ofrecer a los españoles al componerla apasionadamente, con sencillez y sin pedantería.

Como respuesta a la continua pregunta que muchos compatriotas se hacen respecto a cuál sería la actitud de JOSÉ ANTONIO ante los actuales problemas de España, considero interesante recordar que una de las constantes del pensamiento joseantoniano fue la de la unidad. De la unidad política, geográfica, económica, social, no impuesta por la violencia ni mantenida por la fuerza, sino querida, conseguida y afirmada por la memoria histórica, la inteligencia lúcida y la voluntad de permanencia y afirmación de su destino en lo universal del variado conjunto de pueblos, sentimientos y aspiraciones de los españoles. Con la férrea unidad -tan poco frecuente en España- de la predicación y el ejemplo, JOSÉ ANTONIO consiguió, en los breves tres años de su vida pública, que cientos de miles de compatriotas suyos rechazaran las tentaciones de la multiplicidad que desde hacía siglo y medio esterilizaban la vida nacional, arrastrándola a la disgregación, a los separatismos, a los odios partidistas, a la lucha de clases. JOSÉ ANTONIO, que supo ser fiel a esa unidad de destino, compatible con la rica variedad de la naturaleza humana, mantuvo en todo momento la unidad de su estilo personal en los diferentes aspectos de su existencia v de su actividad. El estilo era para él «la forma interna de una vida que, consciente o inconscientemente, se realiza en cada hecho y cada palabra». A esa definición ajustó la forma interna de su vida y su presencia exterior, que le permitían poner de manifiesto, sin que nadie pudiera dudar de su intención, el estilo que él, como capitán de su Falange, así como sus alféreces y abanderados, sus soldados rasos, sus camaradas altos y bajos, patricios o plebeyos, intelectuales o campesinos, vivos

y muertos, querían establecer en España, «sin un gesto excesivo ni una palabra ociosa».

Esa unidad estilística permitió a JOSÉ ANTONIO hacer prodigiosamente claro e inteligible su pensamiento en el ejercicio de su amada profesión de abogado. El profesor Muñoz Alonso ha revelado en su libro «Un pensador para un pueblo» las fuentes y las raíces de la sabiduría jurídica joseantoniana, adquirida en largas horas de estudio de los textos fundamentales -clásicos o modernos- del Derecho público y privado. Pero lo que el ilustre comentarista no ha dicho es que cuando JOSÉ ANTONIO redactaba un escrito o informaba en estrados ocultaba deliberadamente sus esfuerzos para asimilar la ciencia de los grandes maestros, procurando no enmarañar de conceptos oscuros y de citas eruditas sus palabras, que escuchaban embelesados los juristas y comprendían íntegramente los profanos. El estilo jurídico de JOSÉ ANTONIO se había liberado de la tiranía de las musas de la oscuridad, la vanidad o la vulgaridad, renunciando lo mismo a las inoportunas exhibiciones de sus vastas lecturas que a las fáciles apelaciones al latiguillo. Jamás intelectual alguno cedió menos que él a la vanidad, a la hinchazón retórica, a la pedantería. Quienes convivieron con él en los diferentes escenarios de su vida -la Universidad, el Ateneo, el Colegio de Abogados, el bufete, las tertulias, los salones, los centros falangistas, los pasillos del Parlamento, las cárceles- saben que JOSÉ ANTONIO lo sabía todo o casi todo, aunque jamás alardeara de ello. Para él, como para cierto escritor francés -creo que Herriot-, la cultura es la sabiduría almacenada en la mente humana después de olvidar lo que se ha leído. Es decir, JOSÉ ANTONIO era un hombre culto, no lo que se llama «un nuevo rico de la cultura», manipulador de fichas y papeletas.

Con facetas diferentes, el estilo de JOSÉ ANTONIO mantenía su unidad en los discursos parlamentarios. En los cuales, precisamente por su escepticismo respecto a la eficacia del sistema -había sido candidato «sin fe y sin respeto»-, y por desconfiar de que todos los diputados elegidos por el sufragio universal tuviesen capacidad para legislar, sazonaba su finura intelectual con la ironía más sutil y, si era menester, con el sarcasmo desgarrado, pero nunca zafio. Algunas intervenciones suyas en el Parlamento fueron obras maestras no de la grandilocuencia decimonónica que todavía empleaban algunos ruiseñores del escaño, sino de limpidez de pensamiento, de clarividencia política, de austeridad moral. Cuando se levantó a defender la memoria de su padre, a recabar respeto para sus camaradas que morían por una España «que tal vez no merecía su sacrificio» o a denunciar implacable algunas traiciones o corrupciones, su voz, sin trémolos melodramáticos ni aspavientos tribunicios, supo transmitir con el estilo oratorio más austero la emoción de su alma calida, incluso a las glaciales de sus mayores adversarios.

Sin duda, el mejor estilo joseantoniano se manifestó en sus discursos de exposición y difusión del ideario falangista, algunos de los cuales se han conservado íntegros. De otros, en cambio, tan sólo se conocen versiones

incompletas. En todos ellos, tanto en los pronunciados en fechas importantes en las grandes capitales como en los pronunciados en ambientes rurales, el esquema lógico, la argumentación dialéctica, la fuerza política, la forma literaria y la tensión emocional son idénticos. Quizá en algunos destinados a sus camaradas campesinos los conceptos sean más severos, más duro el vocabulario, más audaces las imágenes. JOSÉ ANTONIO sabía que el consejo dado con frecuencia a la Falange de hablar al pueblo de una manera tosca, para que la entendiera, suponía una injuria para el pueblo y para los oradores falangistas, que no admitían variación alguna en su lenguaje, pues se sentían carne y verbo del mismo pueblo.

También el estilo de sus artículos y ensayos periodísticos -en los que supo tocar con gran acierto variadísimos temas políticos, jurídicos, éticos, estéticos y sociales- revela las excepcionales condiciones de agudeza, vivacidad, garbo, tacto y mesura de su mente, que hubiesen hecho de él un periodista de la máxima brillantez. Unas veces graves, otras joviales, otras polémicos, siempre profundos de fondo y elegantes de forma, merecen figurar en las antologías del periodismo español de todos los tiempos. La variedad de tono de algunos -bastará con citar sólo tres de los más conocidos: «La gaita y la lira», el «reportaje posible» «¿Se da de baja el señor Gil-Robles en Acción Popular?» y el «Elogio y reproche a don José Ortega y Gasset»- no es incompatible con la inconmovible unidad de su bellísimo y terso estilo.

Lo mismo ocurre con las escasas cartas suyas llegadas hasta nosotros. Tanto en las alegres escritas a sus amigos y parientes -como, por ejemplo, las deliciosas a su tía Carmen, la monja- como en la docena de conmovedoras despedidas redactadas en vísperas de su muerte en la celda de la Prisión Provincial alicantina, resplandece la galanura que nunca desertó de su pluma. Hay en ellas frases y párrafos de una belleza y una altura moral que igualan a su autor con los mejores escritores de nuestro idioma. Recordemos especialmente la dirigida a Rafael Sánchez Mazas.

En un artículo escrito poco antes del 18 de julio, y prohibido por la democrática censura republicano-marxista -tan olvidada por quienes añoran aquel régimen de libertad y fraternidad-, afirmaba JOSÉ ANTONIO «que cuidar el estilo fue nuestra permanente preocupación». Para dejar bien patente ante el mundo esa preocupación redactaría muy pocas horas antes de su muerte ese admirable ejemplo de su mejor estilo que es su testamento. La hermosura, limpieza y claridad de su prosa; la hondura cristiana y política de su pensamiento; la sobria elegancia con que traza su autorretrato; la comprensión con que justifica cualquier posible error de sus camaradas, seguro como está de que se esfuerzan en interpretar fielmente sus consignas; la resignación ante el trance fatal que espera sin protesta, alcanzan -a mi juicio- la perfección estilística de un escritor admirable.

Horas más tarde, su actitud ante el piquete de ejecución sería asimismo la revelación de un estilo de morir, unido estrechamente al estilo con el que había vivido cada uno de los hechos y pronunciado o escrito cada una de las

palabras de su vida breve y ejemplar.

Ojalá esta nueva edición de mi biografía apasionada y «popular» haga percibir a sus lectores la lección de la vida y de la muerte de JOSÉ ANTONIO y contribuya al deseable acercamiento de algunos grupos de españoles hoy distanciados, a pesar de la sangre común vertida en servicio de unos mismos ideales antes del 18 de julio.

Como las anteriores, esta edición se dedica «a Pilar, a Miguel, a Carmen y a los hijos de Fernando, en memoria de "su sangre" sobre las losas de las cárceles de Alicante y de Madrid». y también a cuantos españoles, iluminados por la palabra de JOSÉ ANTONIO, vivieron y murieron esperando la vuelta de las banderas victoriosas al paso alegre de la paz.

F. X. S.

Marzo de 1972

PROPÓSITO DE ESTE LIBRO.

POCAS tareas más difíciles puede imponerse un falangista que ésta que yo echo sobre mí al intentar una biografía del que fue nuestro Jefe Nacional y el primero de nuestros camaradas.

Las dificultades son de todos los órdenes, y juntas constituyen, a primera vista, una barrera infranqueable. Es la primera la dificultad de encontrar los documentos auténticos, originales, donde, de puño y letra del propio José Antonio, se pudiesen precisar las varias facetas de su carácter. Centenares de cartas suyas inéditas se han perdido, por desgracia, para los archivos de la Historia de la Nueva España. Cartas de diferentes épocas, escritas con motivos y ocasiones diversos, fueron secuestradas por los rojos en las ciudades por ellos sojuzgadas, o condenadas al fuego por el temor de las mismas personas que las poseían. Otras se guardan con celo excesivo por sus destinatarios, que, exagerando la mística joseantoniana, las conservan como reliquias de una fe que debieran tratar de difundir -aproximando con su publicación el pensamiento de José Antonio al del resto de los españoles, que sólo conocen de él la tarea política externa, sin adivinar el esfuerzo y el torcimiento de la vocación o el gusto personal que gran parte de esa labor supone-, y avaramente las recatan a toda mirada extraña. En algunas de esas cartas el pensamiento de José Antonio, en el juicio de hechos y personas, se expresará con la crudeza del hombre que ha hecho profesión de fe en la verdad humana y la sinceridad política y no tiene por qué contener su lengua o su mano para comentar ásperamente todo aquello con que no está conforme. Los poseedores de algunas de esas cartas prefieren silenciarlas y no comprometerse -por haberlas recibido- a compartir las opiniones del Jefe, o no quieren hacerle aparecer en un aspecto humanísimo, ya que su figura ha entrado con aureola mítica en la Historia. Grave error este último, a mi juicio, pues debemos procurar el conocimiento exacto de su figura, contrastando todas sus calidades -a las que no se puede suponer exentas de los mismos matices de pasión que en los demás hombres, aun cuando en él, por lo excepcional de su talla intelectual y ética, carezcan de plebeyez o motivación de baja índole.

La inmensa labor forense de José Antonio también está casi perdida en su totalidad. Rafael Garcerán -uno de sus «pacientes compañeros de trabajo»,

como en emocionante carta de despedida les llama el propio José Antonio- se propone recoger en un volumen la parte que se pueda encontrar -en archivos forenses y de clientes del bufete- de su luminosa labor jurídica.

Parece también inadecuado que no siendo uno de sus familiares más allegados intente alguien la narración de su infancia, del gran amor de su vida o de sus últimas horas. Pero entretanto el ánimo dolorido de esos allegados recobre la serenidad para hacer dicho relato a los españoles, creo menester que alguien -aun tan escaso de títulos como yo para emprenderla- tome a su cargo la exposición orgánica de estos momentos de su vida, recogiendo de las fuentes más puras los episodios que la discreción permita hacer públicos.

Por todo ello, el libro que sigue no puede ser otra cosa que un ensayo de biografía, en el cual -junto a mis recuerdos personales del Jefe- trataré de recoger sistemática y cronológicamente agrupados cuantos episodios y conversaciones publicados o inéditos conozco de José Antonio, así como cuanta documentación auténtica ha llegado a mis manos.

Esta modesta biografía -intentada por un compañero de Universidad de José Antonio, camarada y subordinado suyo luego en la Hermandad de la Falange- no puede ser de ningún modo un libro donde se analice objetivamente la figura y la obra del Fundador de la Nueva España. Quede esa objetividad para los futuros historiadores. Yo no tengo tiempo para esperar veinte años a que mi pasión falangista y mi devoción personal al Jefe Nacional de la Vieja Falange se amortigüen y serenen. No tengo tiempo ni voluntad. Creo además que es ahora cuando nosotros, todos, debemos hablar de él. Ahora que -como hace seis, cinco, cuatro, tres y dos años, cuando le sabíamos vivo o le soñábamos nada más que ausente y enloquecíamos de la esperanza lírica de su regreso entre los españoles- la idea apasionante de contribuir a la construcción de su España Una, Grande y Libre, con el esfuerzo que nos pida la Patria y desde el puesto que nos señale el Caudillo, nos apasiona y nos une con lazos más fuertes a su recuerdo, es el momento de conservar más vivo ese recuerdo y obedecerlo con mayor violencia. Yo he esperado de otros camaradas esta «biografía apasionada». El retraso que sus ocupaciones ineludibles les imponen me ha movido a intentarla por mi esfuerzo, consciente de mis condiciones de inferioridad respecto a ellos para su realización. Sólo me creo en plano de igualdad con cualquiera por la pasión que ha de guiar mi pluma al escribir, pasión que espero me allane los inconvenientes citados. Con la certidumbre de esta pasión, cada día más viva en la llama de mi altar interno a su memoria, espero que mi relato, por sus lagunas y sus posibles errores, anime a rectificación a quienes aún no tuvieron la decisión de intentar lo que yo intento, y así, con mi falta de autoridad y mi osadía, colaborarán aquellos camaradas de quienes la Falange espera cada día el libro trascendental sobre su Creador, muerto por ella y por España.

Entre todos, lograríamos quizá cuajar lo que yo sólo quiero ahora esbozar: una biografía completa y ardorosa de José Antonio, en la que, andando los años, los eruditos encuentren la fuente segura para hacer

accesible -ya con rigor crítico y objetividad científica- a las generaciones venideras la más noble y generosa figura de nuestra España contemporánea, a la que la Providencia no había querido dar héroes de leyenda, tal vez porque no los merecía su falta de fe en los mitos poéticos de la Espada y los Molinos de Viento, de la Andante Caballería y de los Nuevos mundos espirituales en donde construir un Imperio -tan quijotesco como teresiano- para la Patria, el Pan y la Justicia.

F. X. S.
Bruselas, noviembre de 1939.

PRIMERA PARTE

NACIMIENTO, GENEALOGÍA E INFANCIA

ABRIL es el mes de las buenas esperanzas. Pasados los hielos de enero y febrero, y los vientos de marzo, las lluvias abrileñas, suaves y tranquilas, si no se mezclan de inoportunos pedriscos, pintan los campos de verdes pinceladas, empujando hacia arriba las espigas, vistiendo de hojas los temblorosos esqueletos de los chopos, poblando de píos y bullicio los nidos de cigüeña en los campanarios, de alondras en los surcos del arado, de golondrinas tradicionales en los aleros de las casas aldeanas. Todo, así en el campo como en la ciudad, es promesa palpitante en abril: cosechas y noviazgos, ferias y nacimientos.

Abril es el mes de las buenas esperanzas, tras el letargo de la luz de invierno, tras la inquietud de aquellos meses de larguísimas noches con aullidos del viento y de los lobos. Abril es el mes en que los ojos se abren con más optimismo cada mañana. Es el mes sin pereza friolera las madrugadas ni modorras de bochorno en las siestas. Es el mes del agua fresca, de las violetas perfumadas, de los primeros vestidos estampados de las muchachas en flor.

El 24 de abril de 1903 la Iglesia católica conmemora la festividad de San Fidel, «abogado y mártir». Es a las diecinueve cuarenta y cinco de la tarde ([1]) de este día en el que viene al mundo, en un piso bajo del número 22 (antiguo) de la calle de Génova, de Madrid, José Antonio Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, que más tarde sería, como el santo del día, «fiel, abogado y mártir» con quien tendría tantos puntos de semejanza.

Ignoro si José Antonio echaría de menos alguna vez el nombre de Fidel, entre los que se le impusieron en el bautismo. Pero estoy seguro de que si conoció la vida y la muerte del santo sentiría no llevarlo. Según sus biógrafos, San Fidel «fue algo así como una obra maestra de Dios para aquellos tiempos y aquellas regiones», y nos le presentan como un hombre de costumbres íntegras, «serio, constante, inflexible, ingenuo..., maduro desde los

[1] «En buena hora nacido», como diría el Cantar de gesta, de Rodrigo Díaz de Vivar.

años de su juventud, alegre, muy inteligente y sin perder nunca los estribos, y sobre todo hombre de gran corazón». El hogar de sus padres, Juan Rey y Genoveva Rosemberger, ambos de noble condición, resistió con energía el vendaval de la Reforma luterana. El hijo estudió brillantemente en la Academia Archiducal de Friburgo, alcanzando gran reputación entre sus maestros y condiscípulos por su talento, su laboriosidad y su sencillez. Muy joven dominó el latín, el alemán, el francés y el italiano, y obtuvo el título de doctor en Derecho. En cuanto alcanzó la edad de hacerlo quiso poner la ciencia jurídica adquirida en las aulas al servicio de la Justicia, dedicándose al ejercicio de la abogacía en la pequeña ciudad alsaciana de Ensisheim. Como tres siglos más tarde José Antonio, el joven letrado de Sigmaringen llegaba al foro lleno de buena fe y deseoso de conseguir con su palabra que se diera a cada cual lo suyo: al bueno, el galardón del bien, y al malo, el galardón del mal, agradeciendo más a Dios que les diese lugar más para premiar que para castigar, como mandan los preceptos de todos los libros sagrados y de todos los códigos jurídicos y morales. Ni uno ni otro sospechaban las asechanzas que cercan a un joven jurista de escrupulosa ética. El hijo de Juan Rey tropezó pronto -como el del general Primo de Rivera, jefe del Gobierno español- con todos los sapos y las víboras de la envidia y la corrupción. El hombre llamado a la santidad sintió tal repugnancia que abandonó la toga y decidió ordenarse en Teología e ingresar en la Orden de los Franciscanos Descalzos o Capuchinos, en la que ya tenía un hermano.

Una vez ordenado y profeso, el monje dedicó sus horas a la predicación. Durante diez años su palabra, encendida y erudita, resonó en las plazas y los templos de Alemania, Suiza y Austria, así como de otras regiones amenazadas por el protestantismo. A sabiendas de que le esperaba una muerte violenta, acudió el 24 de abril de 1622 a cumplir con su deber religioso. La iglesia era aquel domingo -como el salón de actos de la Prisión Provincial de Alicante el martes 17 de noviembre de 1936- «un hervidero de gente heterogénea amontonada en la sala». El padre Fidel de Sigmaringen encuentra sobre el paño del púlpito un papel anónimo anunciándole que aquélla sería su última predicación. Pero sin alterarse, impávido, defiende el honor de Dios y de la catolicidad «con las mejores artes de su oficio de abogado». De haber habido en el templo algún periodista habría dicho, seguramente: «Su informe es rectilíneo y claro. Gesto, voz y palabra se funden en una obra maestra de oratoria, que el público escucha con recogimiento, atención y evidentes muestras de interés», como diría un reportero anónimo del proceso de José Antonio.

El desenlace fue más rápido en el santo capuchino que en el Jefe de la Falange Española y de las J. O. N. S. Según su biógrafo Andel de Novelé, O. F. M. Cap. (, tomo II, Madrid, B. A. C., 1959), en tres o cuatro ocasiones durante el sermón fray Fidel advirtió fuera del templo algunos ruidos amenazadores, hasta que al fin, después de dar muerte a los soldados que guardaban la puerta, los enemigos, armados hasta los dientes, irrumpieron

en el templo. «Sonó en seguida un tiro, y la bala fue a dar en la pared, muy cerca del predicador. Este descendió del púlpito y se postró ante el altar de la Virgen, encomendándole su suerte. Algunos amigos le impelieron a salir rápidamente por la puerta de la sacristía, pero apenas había andado unos trescientos pasos, ya fuera de la población, le alcanzaron los herejes, que le rodearon como lobos y le instaron a que se entregara. 'No me entrego', respondió enérgicamente. 'Pues te mataremos', le replicaron. 'Podéis hacerlo, pues estoy en las manos de Dios y las de su Santa Madre', dijo el mártir. Y añadió: 'Pero mirad bien lo que vais a hacer, no sea que tengáis que arrepentiros algún día.'

Un golpe tremendo de espada en la cabeza lo derribó, quedando de rodillas. 'Jesús, María, valedme', exclamó. Y no pudo decir más, porque, arrojándose en tumulto todos sobre él, le atravesaron el costado con espadas y le destrozaron el cráneo a golpes de mazas y palos. Quedó envuelto en un charco de sangre en medio del campo e insepulto cerca de veinticuatro horas. Eran las once de la mañana del 24 de abril de 1622...»

Sería gratísimo saber que el Jefe Nacional de la Falange conocía aquella vida de santo tan parecida a la suya de héroe, y que en sus últimas horas la amargura de su alma, flotante en las tinieblas de la noche y la agonía, se alivió con el consuelo de morir con el mismo decoro que el admirable santo alemán.

José Antonio es el primogénito de un matrimonio español de limpia alcurnia, aun cuando sus sangres no sean de las que los Reyes de Armas consideran de la Primera Nobleza. El hogar que viene a alegrar con sus sonrisas tiernas tiene un año escaso de existencia y ha fundido para una sola estirpe llamada a la Inmortalidad las existencias de don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, Teniente Coronel de Infantería del Ejército español, Caballero de la Orden Militar de San Fernando, y de doña Casilda Sáenz de Heredia y Suárez de Argudín ([2]).

Don Miguel -Teniente Coronel y Laureado a los treinta y dos años de edad, en que contrajo matrimonio- había nacido en Jerez de la Frontera (Cádiz), a las tres de la madrugada del sábado 8 de enero de 1870. Era hijo de don Miguel Primo de Rivera y Sobremonte, propietario, labrador y Coronel retirado, natural de Sevilla, y de doña Inés Orbaneja y Grandellana, natural de Jerez, y nieto paterno de don José y doña María, sevillanos, y materno de don Sebastián y doña Inés, jerezanos. Fue bautizado en la iglesia de San Dionisio, de la ciudad alegre y blanca de los vinos rubios. La familia, bien acomodada y de claro blasón, sufre reveses de fortuna que fortalecen el temple de don Miguel y doña Inés, quienes no obstante continúan con ejemplar firmeza su vida patriarcal con sus once hijos y sus servidores en la casona solariega. (Mientras don Miguel pasa la vida con sus hijos y sus braceros junto a las viñas

[2] José Antonio, en sus tiempos de estudiante, comentaba donosamente la composición de su nombre y apellidos diciendo: "Soy un desgraciado a quien es imposible hacerse tarjetas al minuto."

y a las tierras, su hermano don Fernando gana para el apellido el marquesado de Estella ([3]) en la toma de esta ciudad durante la segunda guerra carlista, y más tarde lleva su gloria militar a las lejanas colonias, para repatriarse después de perdidas e intervenir activamente en la política siguiente al 98.)

Doña Casilda -natural de San Sebastián- era hija de don Gregorio Sáenz de Heredia y Tejada, nacido en Alfaro (Logroño), abogado y magistrado por las Audiencias de Cuba y Puerto Rico, y de doña Angela Suárez de Argudín y Ramírez de Arellano, de linajuda familia habanera. La casa de los Sáenz de Heredia era antañona y cargada de blasones, como la de los Primo de Rivera. Tenía su solar en Alfaro y había sido albergue de reyes en tiempos pasados. Don Gregorio era Caballero de la Orden de Santiago.

En las venas de don Miguel -el futuro Dictador- se juntaban hirvientes cuatro ríos de sangre andaluza. El segundo Marqués de Estella bien podía firmar que era andaluz por los cuatro costados. Exuberancia, vehemencia, generosidad, franqueza, alegría, ímpetu, valor, afán de aventura, marcialidad, gusto de la caza y el caballo, pasión, fatalismo moruno, desinterés y ese fondo romántico pesimista de los héroes que -en la realidad y en el arte- han nacido en Andalucía, se cruzan en el carácter de don Miguel. La discutida figura de su bisabuelo el Virrey Sobremonte ([4]), la invalidez gloriosa de su tío don José, la aureola que nimba el nombre de su tío Fernando, el héroe de Estella, y la seguridad de que el uniforme militar sentaría bien a su cuerpo gallardo de mozo jerezano le despiertan una férvida vocación castrense. Y se dedica con afán a la Milicia, donde le esperan tantos laureles.

En doña Casilda -única hembra en un hogar de varios hermanos varones-, la fusión de Castilla y de Cuba crea un temperamento dulce, delicado, melancólico, refinadamente amable, profundamente religioso -sin gazmoñería beata-, inspirado en el cumplimiento de los deberes de esposa y de madre.

La salud de don Miguel es vigorosa. Su campo andaluz, primero; los montes de Toledo, durante la cadetería, y los soles de Africa y de Cuba, después, han acerado sus músculos y nervios, tostado su piel, curtido su espíritu. La de doña Casilda, al contrario, es frágil y sensible a los cambios de clima, como una flor rara de los trópicos. Esta fragilidad impide a la madre primeriza el goce y la ilusión inmensos de criar al hijo. José Antonio es amamantado por una nodriza llamada Celedonia -«Cele»- natural de Valdemuño Fernández (Guadalajara) -que en 1936 le visitaba en la Cárcel Modelo, dando lugar a escenas de gran ternura-, cuyo hijo -hermano de leche del Fundador de la Falange- vestiría la camisa azul de los «Mariscos» y se

[3] La grandeza de España se concedió por D. Alfonso XIII al segundo Marqués de Estella, don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja.

[4] Véase Apéndices: «La sangre americana de los Primo de Rivera.» Este artículo alude a la ascendencia argentina de la rama paterna. En la materna, hay sangre cubana. José Antonio es, pues, un auténtico hispano de la inmensa Hispanidad.

presentaría en Salamanca. en octubre de 1936, para pedir a la Junta de mando provisional de la Falange le dejaran ir solo a Alicante a salvar al Jefe. Yo no le vi, pero me lo contaron algunos camaradas que trabajaban con Hedilla en la Jefatura de mando provisional. Después no volví a oír hablar de él, e ignoro su nombre, si murió en el frente o si vive todavía, consolado o desconsolado de no haber podido realizar su deseo.

La primera salida de José Antonio, entre pañales de batista y faldones de encaje -ropa de cristianar primorosa, hecha seguramente por las manos de la madre y las tías-, es para ser bautizado en la parroquia de Santa Bárbara, monasterio de las Salesas Reales. En esa iglesia solemne y barroca, donde años más tarde, por deseo expreso del Jefe de la Falange, se celebrarían los funerales por los caídos de la Organización. En esa iglesia que en una ocasión pedí que se llamase para los falangistas, ya que no oficialmente en los futuros anales madrileños, «Santa Bárbara de la Falange». Es curioso que la primera y la última visita de José Antonio -en brazos del alma para ser cristianado, en 13 de mayo de 1903, y entre guardias de Asalto, en 5 de junio de 1936, para ser juzgado- fueran al mismo edificio ([5]).

En la pila bautismal sostienen al neófito sus padrinos: su abuelo paterno, don Gregorio Sáenz de Heredia, y su abuela Ángela, en representación de la abuela Inés, paterna. El sacerdote don Vicente Casanova y Marzol le vierte el agua y la sal santificadas y le impone, para la historia y la poesía de España, los nombres de José Antonio María Miguel Gregorio. Cosa rara, se prescindió de la costumbre, tan tradicional en España, de imponerle también el del santo del día.

«Cele», el ama, llama «Josechu» al infante. Pero la abuela Ángela cela de que no se modifiquen los patronímicos José y Antonio, que el niño ha recibido en memoria del bisabuelo cubano, don José Antonio Suárez de Argudín. Todo lo más que la rapidez y concisión de algún momento permite es que se le llame José a secas. Pero jamás otra cosa, ni siquiera el castizo Pepe o Pepito madrileño, o el Joselito andaluz. José o José Antonio nada más. En la familia ha sido más frecuente llamarle José. Los amigos, primero, y los camaradas subordinados luego, siempre le llamamos José Antonio, incluso en la Universidad, donde es rarísimo no llamar al condiscípulo por el apellido ([6]).

Al año siguiente nace Miguel, y al otro, Carmen. En otro piso de la misma casa viven los tíos Sáenz de Heredia, y hay una colección de primos hermanos entre dos meses y ocho años, que con amas y niñeras bajan a tomar el sol al paseo de la Castellana.

En 1906, el Teniente Coronel Primo de Rivera recibe el mando del Batallón de Cazadores de Talavera, que guarnece el Campo de Gibraltar, y sale

[5] Por ser hijo de militar, la partida de bautismo no figura en la parroquia donde José Antonio fuera cristianado, sino en el Vicariato castrense, que hoy se encuentra en el Ministerio del Ejército.

[6] Tal era la costumbre de José Antonio de oírse llamar así, que un día decía: "Si alguien me llamara Pepe o don Pepe, creo que sería capaz de pegarle un tiro."

para Algeciras con su mujer y sus tres hijos. Aquel año muere en Madrid la abuela Ángela, y doña Casilda vuelve a la capital, con los chicos, una temporada. Su sentimiento filial era infinito y lloraba continuamente. José Antonio, con sus tres años, hacía todo lo posible por consolarla. Tenía verdadera adoración por la madre, correspondiendo a la que doña Casilda sentía por él. No sabiendo qué zaragatería emplear para secar el llanto de su madre, exclamó una vez, muy serio: «Mamá, no llores, que se te va a poner muy grande la cabeza.»

En 1907 vuelven a Madrid para el nacimiento de Pilar y Angelita, una melliza de la Delegada Nacional de la Sección Femenina, que murió a los seis años. Como en 1908, para el nacimiento de Fernando, Madrid -que, como toda España, tanta gratitud debe al General Primo de Rivera- tiene una deuda más con él que las demás ciudades, villas y aldeas de la Península: el haber querido que todos sus hijos fuesen madrileños y haberle dado el orgullo de ser cuna de José Antonio, de Pilar y de Fernando, tres figuras de la Historia contemporánea.

Es a los nueve días de dar vida a Fernando -el 9 de junio de 1908- cuando doña Casilda rinde la suya -ejemplar y efímera- al Creador, dejando en dolorosa orfandad a sus seis pequeños. No obstante sus cinco años, José Antonio conservaría siempre el recuerdo, un poco vago, de la figura fina y los ojos soñadores y azules -como los suyos- de su madre.

Mejor aún que el bellísimo perfil juvenil, con tantos rasgos de los hijos -tan parecidos igualmente al padre-, que aparece en los recordatorios de doña Casilda, retratan a la ilustre dama muerta estas palabras, redactadas por el futuro Dictador de España en el momento más intenso del dolor de su viudez: «Fue hija, esposa y madre ejemplar. Amó a Cristo y a la Patria, y en estos amores, y en el de la Verdad y el Deber, educaba a sus hijos cuando la muerte nos la llevó, privándonos de su noble compañía y de su eficaz cooperación...» Amó a Cristo y a la Patria, a la Verdad y al Deber... Doña Casilda era ya de la Sección Femenina de la Falange.

El Teniente Coronel Primo de Rivera llama a Madrid a su madre y sus hermanas, Inés (7) y María Jesús, para que cuiden de los huérfanos. Instala a todos en un piso en la calle de Orfila y vuelve a su puesto militar en Algeciras, a mirar con sus ojos claros y llenos de nostalgias y presentimientos el Peñón español -broche de España-, en el que, para dolor de los españoles, ondea la bandera de la Gran Bretaña. En 2 de noviembre de 1908 asciende, por antigüedad, a Coronel, y vuelve a Madrid, donde permanece junto a su familia hasta el año siguiente, en que el Estado Mayor Central del Ejército le designa para una comisión de estudios por Francia, Suiza e Italia. En esta comisión le sorprende el trágico julio africano -julio es siempre africano y militar en nuestra Historia reciente: 1909, 1921, 1936-, y regresa a Madrid para pedir un

[7] Nota de la tercera edición. José María Pemán ha recordado que doña Inés Primo de Rivera llamaba a su hermano "el loco Patria".

puesto voluntario en Africa, a las órdenes del General Marina. Desde 1909 hasta 1926, el Laureado de Melilla de 1893 va y viene a Marruecos, hasta resolver definitivamente su hondo problema y ganar la Gran Cruz Laureada de la Paz en Alhucemas.

Los chiquillos sin madre quedan también casi sin padre, absorbido por los vaivenes de su carrera brillante y azarosa. Pero no quedan solos. Junto a ellos, en «vigilia tensa, fervorosa y segura», llena de abnegación, de espíritu, de nobleza, de energía, de todas las cualidades de la mujer española, hay una segunda madre: doña María Jesús Primo de Rivera y Orbaneja, la tía «Má» ([8]). La tía «Má», que no es sólo la tía María, sino la tía madre, «cuya maternal abnegación y afectuosa entereza no podremos pagar con tesoros de agradecimiento», como dirá José Antonio en su testamento solemne. La tía «Má» les consuela de la muerte de la madre, de la ausencia del padre, de los azares de la fortuna. Cuando ésta se ofrece radiante en los años de la Dictadura, la tía «Má», experta e inteligentísima, vigila para que no hagan mella en los temperamentos mozos la adulación, la vanidad, la pereza y todas las demás fealdades que en la vida acompañan a los momentos de fácil triunfo. Al llegar la desgracia, su discreción y su talento saben aconsejar la calma, la serenidad, la energía. Nace la Falange, y la tía «Má» es una más para los riesgos y las glorias. Ella está en la celda de José Antonio la noche del 19 de noviembre de 1936... Un camarada, en broma cariñosa, le había dicho una vez: «Tía "Má" (así la llamaba la Falange en pleno), tendremos que enseñarle a manejar la pistola.» Y ella había respondido: «¿Por qué no?. Si hace falta...»

* * *

(Probablemente en este libro va a haber muchas disgresiones, por ser apasionado y por referirse a una persona como José Antonio, tan estrechamente cercada por todo lo español. Va a ser la primera, a propósito de la tía «Má», para todas las tías «Má» que hay en España, producto emocionante del sentimiento tradicional de la familia. Mujeres a quienes la muerte de una hermana o un hermano convierte bruscamente -sin goce ni dolor de gestación y parto- en madres de un tropel de huérfanos. Muchas sacrifican noviazgos o esperanzas para cubrir ese hueco que la Fatalidad ha abierto en el hogar de otros. Sin vacilar aceptan la carga tremenda y dulcísima de sustituir a la madre que se fue, y ejercen su misión sin esperar que en el momento en que la Vida azote de dolor a los sobrinos, éstos dejen de invocar a la madre. Es la tía soltera, entrañable como la madre, y más celosa, más atenta y más rígida para la educación. Tan fácil para el perdón como la madre más tierna, precisamente por no serlo tiene que ribetear de rigor la dulzura, al mismo tiempo que la más exquisita precaución ha de afinarse para no hacer notar la diferencia y que el sobrino mimado sienta nostalgias de la debilidad materna. A la madre que reprende jamás se la moteja de gruñona; pero la tía soltera corre ese peligro, y

[8] La autora del nombre tía "Má" fue Pilar, de pequeña.

lo corre gozosa, pensando en el deber cumplido. Las amigas de cuando ella presumía la miran con un tanto de conmiseración, y nunca faltan voces que insinúen a la tía soltera la magnitud del sacrificio impuesto a su vida por los hijos de otra. Acaso pasa cerca el amor y la promesa de una verdadera maternidad, y ellas cierran los sentidos a su voz insistente. En los momentos difíciles saben tener más energía que las madres, precisamente porque no lo son. Y con el mismo dolor de éstas saben sonreír y animar. A buen seguro -en el caso ejemplar que me inspira estas palabras-, si José Antonio hubiera recibido en su celda de condenado a muerte en la cárcel de Alicante a doña Casilda Sáenz de Heredia, en vez de a doña María Jesús Primo de Rivera, su muerte habría sido menos serena; su entereza, menos férrea. Y no porque amase menos a su tía «Má» que a su madre, ni se sintiera menos amado por ella, sino porque el sentido del deber en la tía «Má» fue, en la ocasión brutal, más fuerte que la ternura, cosa imposible en una madre auténtica. En este caso de la tragedia familiar de José Antonio, pienso muchas veces que de no existir la tía «Má», sustituyendo en todo a la madre, la familia se hubiera deshecho. Los numerosos tíos paternos y maternos habrían recogido a unos y otros huérfanos. Los chicos hubiesen ingresado pronto en colegios nacionales y extranjeros, tomando otros rumbos diferentes sus vidas. Quizá no hubiera nacido la Falange ni José Antonio sería la más pura gloria de nuestra Historia moderna. Tal vez José Antonio, perdido en una vida sin calor ni verdadero afecto, sin esa fe profunda en Dios y ese recto sentido del deber, hubiese deformado su genialidad, haciéndola maravillosamente estéril en un puro goce estético o dramáticamente peligrosa en el rumbo de las negaciones poético-filosóficas a que su generación era tan propicia. Porque pienso esto y porque sé cuánto bien hacen a España las muchas tías «Má» que en ella viven, cierro este paréntesis dedicando a todas -¡tantas han dado a España también sus «hijos» y no tienen derecho a la medalla de Sufrimientos por la Patria!- un homenaje de fervor y admiración sincera ([9])

* * *

Las condiciones singulares de la tía «Má» orientan la educación de José Antonio y sus hermanos, encauzando cada temperamento por los rumbos apropiados. José Antonio se entrega con pasión a la lectura, al dibujo y a la literatura periodística y escénica. Dentro de la gente menuda familiar -hay un pequeño ejército de Primo de Rivera y de Sáenz de Heredia, a los que se suman, además de Polín, el hijo del ordenanza de don Miguel, que es como un hermano más, otros parientes más lejanos y algunos amigos-, José Antonio, sereno y aplomado, ejerce una superioridad manifiesta por sus dotes de mando y organización, tanto en las empresas teatrales como en las más escalofriantes travesuras. El director de la alegre comparsa infantil era

[9] Con la tía "Má" velaron también por la educación de los cinco huérfanos doña Inés Primo de Rivera -otra hermana del Marqués de Estella- y don Antonio Sáenz de Heredia (el tío Antón), hermano de doña Casilda.

turbulento, imaginativo, lleno de vida, de gracia y de inquietud fantástica, a las que unía, desconcertadamente, una gravedad de hombrecito, una avidez de conocimiento y un afán de heroísmo.

No conocemos las lecturas de José Antonio en aquella edad, pero por sus ensayos literarios y el ambiente de la familia cabe suponer que pasarían ante sus ojos los versos del Duque de Rivas y de Zorrilla, de Hartzenbusch y de García Gutiérrez, de Núñez de Arce y de Campoamor. Don Álvaro, don Juan y Manrique, el Moro Expósito y los protagonistas de las leyendas de Bécquer alborotarían su espíritu e influirían en aquel drama histórico, en verso, *La campana de Huesca*, de que nos habla Nieves Sáenz de Heredia. Esa afición al teatro folletinesco, romántico y truculento, en el que se entremezclan la Historia y la fantasía del autor en un chaparrón de ripios y altisonantes frases pueriles, atacaba por igual en aquella época a muchos futuros falangistas. De ella -decantada por el tiempo, el estudio y la meditación- ha quedado el amor a la Historia y el deleite por la Biografía, a la vez que una evolución en el gusto del teatro. Así, el infantil autor de La campana de Huesca lee en sus últimos meses de existencia a Belloc y a Zweig, a Marañón y a Maurois, y esboza un drama político que la muerte le impedirá terminar ([10]).

---

[10] Nota de la tercera edición.- De la producción literaria juvenil de José Antonio, sólo se conserva un poema titulado *La profecía de Magallanes*-, único publicado en vida de su autor en la revista *Raza Española*, que dirigía doña Blanca de los Ríos (enero de 1922), cuando su autor contaba menos de diecinueve años. Este poema fue descubierto por Luis Filgueira y se publicó por Rafael García Serrano en Arriba en un artículo en el que al negar a José Antonio la calidad de poeta cuando había movido a España a la Revolución Nacional-contradecía la afirmación joseantoniana de que a los pueblos sólo les mueven los poetas, (Claro que García Serrano sabía por qué decía esto y lo argumentaba con clara dialéctica.) De este poema, clásico en la forma y en el fondo, son de destacar los versos en que José Antonio habla de la muerte, con esa constante premonición tan suya:

> Es infinito el mar, la vida, corta,
> nuestro poder, pequeño,
> ¡Pero no os arredréis! ¿Qué nos importa
> que se acabe la vida en el empeño?
> .....
> ¿Qué importa nuestra muerte si con ella
> ayudamos al logro de este sueño?
> Si la muerte es tan bella,
> ¿qué importa sucumbir en el empeño?
> ¡No importa que muramos! Las estelas
> que dejan nuestras raudas carabelas
> jamás han de borrarse; por su traza
> vendrán para buscar nuevos caminos
> otros bravos marinos
> de nuestra Religión y nuestra Raza...

(¡La profecía de Magallanes, ya era en parte la profecía de José Antonio Primo de Rivera!)

El incipiente dramaturgo dibuja también con gran facilidad -facilidad que pierde con el tiempo y el cultivo de otras disciplinas-, escribe artículos para los periódicos infantiles de sus hermanos y primos, aprende el francés y el inglés -que llegará a hablar a la perfección- y empieza el Bachillerato. Su carácter se perfila cada día. Enérgico, serio, organizador y mandón. Se impone a los pequeños y a los grandes. El padre, en las temporadas que sus obligaciones militares le permiten pasar con la familia, se emboba viendo los progresos físicos e intelectuales del muchachito, que se le parece como una gota de agua a otra, no obstante haber en sus facciones rasgos de la rama materna, más que nada en la expresión melancólica de la mirada y la sonrisa.

Por entonces ha nacido una amistad entrañable que durará toda la vida de José Antonio: la de Raimundo Fernández-Cuesta -a quien don Miguel llamaba el «Rayo»-, hijo del médico de la familia. A pesar de que Raimundo tiene algunos años más que José Antonio, el carácter de éste, precoz, curioso y deportista, le inclina a esa amistad con el adolescente aun cuando él está en plena infancia.

Pasan juntos algunos veranos ([11]) en la finca «El Encinar», que en Robledo de Chavela posee el viejo primer Marqués de Estella. José Antonio, inteligente y trabajador, es elegido por el tío-abuelo para tomar o copiar al dictado sus Memorias, lo que pone en contacto al muchacho con la historia real de la segunda mitad del siglo XIX. La vida prodigiosa de su padre, después, le enseñaría toda la entretela política de las primeras décadas del XX, permitiéndole comprender muchas cosas que hasta 1923 no entendía -aunque intuyese-, cuando decía, aludiendo a los frecuentes traslados de don Miguel: «Cada vez que mi padre pronuncia un discurso tenemos que cambiar de casa.»

El amanuense del vencedor de Estella era llamado por el Contraalmirante Loygorri -también veraneante en Robledo- «el Noble Godo», apodo alusivo a los dramas históricos, que divertía mucho a José Antonio.

De labios de aquellos viejos militares escucharía mil veces hazañas de guerra que harían pasar por su mente bulliciosa la idea de abrazar la carrera de las Armas. El padre -un tanto amargado de la milicia- no interviene para nada directamente en esa incipiente vocación, pero encarga a Fernando de Castro, jefe de la sección de *boy scouts* a que pertenece José Antonio, imponerle el máximo rigor y las tareas de tipo militar que exigen mayor disciplina y sacrificio, para que el chico aprenda la aspereza de la vida castrense.

Poco tiempo más tarde, la admiración y el afecto que José Antonio siente por Raimundo -de quien ha hecho su modelo- le impulsarán a seguir -con pasión- la carrera de Derecho, en donde la gloria le había dado cita. Pero a la disciplina, al honor, a la fe, al sacrificio, al heroísmo, a todo cuanto adorna el espíritu militar entregará su propia vocación y su propia vida. El concepto de la milicia -aprendido en el vivo ejemplo de los Generales y héroes de su

[11] También pasaban el verano con los Primo de Rivera, Nemesio -futuro jefe de la gloriosa Bandera de Maruecos- y Manuel Fernández Cuesta.

familia- lo llevará en la vida civil a su Falange, en un momento en que las virtudes castrenses se quebraban -por el advenimiento a los cuarteles de la demagogia democrática y la tibieza masónica- en el Ejército que él soñaba. Aun cuando no quisiera ser militar profesional, atraído por otras voces de vocación y de destino, sirvió voluntario en el Ejército, alcanzando la estrella de Alférez de complemento, como se contará más tarde.

En los veranos de Robledo de Chavela empezó a practicar los deportes -los más nobles y tradicionales-, cuya práctica no abandonaría hasta que la cárcel se los impidiera: la equitación y la caza. Más tarde se ejercitaría fríamente en el tenis, y con entusiasmo en la natación, bajo las lecciones del camarada Manuel Valdés, campeón de España. Para la equitación -¿quién que haya frecuentado su casa no recuerda los magníficos grabados de caballos que adornaban las paredes de su antedespacho en Serrano, 86?([12])- nos ha contado Raimundo que gustaba de vestirse con toda elegancia, un poco a la moda inglesa, dando toda importancia a la categoría de caballero que el caballo da al jinete. Montar bien a caballo era para José Antonio prepararse a entrar en la Historia, en la que difícilmente se entra a pie -es decir, sin caballerosidad-. La Historia, para él, era un recinto que atacar. No comprendió nunca -y lo dijo textualmente en sus últimos meses de vida, aludiendo a algunos personajes que «no sabían montar a caballo»- que se pudiera ser jefe de algo grande sin saberse tener gallardamente en una silla sobre un bruto nervioso y potente, al que es menester dominar con los muslos y las rodillas, con los talones... y con la inteligencia.

Su tío Fernando -el famoso héroe de Monte Arruit, el de las inmortales «cargas al paso» con sus escuadrones de Alcántara el verano infernal de 1921-, padre de los camaradas Fernando y Federico, muertos por la Falange como José Antonio, era el organizador de grandes festejos cinegéticos en Robledo de Chavela, y fue el que inició a José Antonio en los secretos y goces de este deporte. La fotografía nos ha permitido conservar imágenes de José Antonio mozo, cazador y campero, con sus zahones de cuero, su chaqueta corta... y sombrero. En cambio, con el elegante bombín con que se tocaba para pasear a caballo en sus mocedades por la Casa de Campo o la Castellana -del que nos ha hablado Raimundo- no nos queda imagen gráfica. Llegó a ser tan buen cazador como estupendo jinete, pero en los últimos años de su vida la Falange le hizo abandonar casi por completo la caza. Algún domingo suelto en que no había mitin por los campos, aceptaba invitaciones para cotos cercanos a Madrid, con el fin de tirar unas perdices. Pero ya nunca estuvo en grandes cacerías. El día del asesinato de Matías Montero estaba cazando, y cuando se enteró de la muerte del magnífico camarada sintió un terrible remordimiento, que le hizo exclamar ante el cadáver: «Mi salida al campo de hoy es el último acto frívolo a que asisto en mi vida.» Y supo cumplir esta palabra, aun cuando

[12] Ramón Serrano Súñer conservaba en el comedor de su casa, en Zaragoza, dos antiguos grabados ingleses de caballos, regalados por José Antonio.

el campo para él no fuese una frivolidad, sino el descanso merecido para sus nervios sacudidos durante la semana por la tensión falangista y para su cerebro fatigado del estudio y la meditación. Por otra parte, allá en los años 1926 a 1930, en el equipaje de José Antonio para las cacerías a que asistía invitado no iban sólo cartuchos y ropas deportivas. Le acompañaban montones de libros. Aprovechaba las horas de la tarde, en que los cazadores junto al fuego se cuentan estupendas hazañas cinegéticas, para estudiar y leer. Yo conservaba una carta acusando recibo de mi primer libro -carta deliciosa de buena amistad, perdida con otras muchas-, que había leído en el descanso de una cacería a fines de 1929. Entre semana, la actividad profesional y social no le permitía liberar varias horas para su gran pasión de lector.

Yo no soy ni he sido jamás cazador. No he coincidido nunca, pues, con José Antonio en festejos cinegéticos. Ignoro si era buen o mal cazador, y si «donde ponía el ojo ponía la bala», o si, por el contrario, era un peligro -como otros muchos- para los ojeadores y compañeros de cacería. Lo que sí puedo asegurar es que, bueno o malo, no tenía vanidad alguna en este aspecto. A todos los cazadores que vosotros, lectores, conocéis, y yo conozco, hemos oído mil veces el relato de magníficas proezas. A José Antonio jamás le escuché hablar de cacerías ni de amores. Y como me consta que en lides amorosas era bastante favorecido por la Fortuna, pienso que también en la caza debía dar en el blanco las más veces, aunque lo silenciara modesto y tímido.

De la vuelta de los veraneos, otra vez en Madrid, en diferentes casas -¡los discursos paternos!-; en distintos barrios: Orfila, 12; Piamonte, número 7; Serrano, 25; Magdalena, 12 -la famosa casa del Marqués de Perales, muerto por el populacho en 1808 ante su espléndido portalón barroco-; Los Madrazo, 26, etc., descritas por Tomás Borrás en su librito *El Madrid de José Antonio*. José Antonio, día a día, se va haciendo mayor «en edad, saber y gobierno»; pero no pierde el humor para dirigir la alegre cuadrilla de hermanos, primos y amigos.
El futuro Dictador -que entre otros muchos dones transmitirá a su primogénito el de la profecía- anuncia al pie de un retrato de su hijo mayor, que va haciéndose un mozo: «Este será un hombre del que hablará mucho la Historia.» Aparte de en su corazón de padre cariñoso y embobado por los progresos del chico -a la vez travieso y grave, alegre y melancólico, lleno de personalísimas ideas, de agudeza, de energía y de bondad-, el General lee en la frente y en las manos del hijo, en su mirada soñadora, en la calma de su sueño, en su letra, en todo -y además se lo dice la voz secreta de la sangre-, que aquel mozuelo será un héroe ejemplar que llevará más alto que ninguno de los claros varones de la estirpe el apellido que heredará como una pesada carga. El desenfado con que responde irónicamente a los comentarios que se hacen de sus travesuras en la familia ([13]); la facilidad de su palabra; la lógica con que

[13] Aquel rápido: «Ah, ¿conque se ha comentado?», que nos cuenta Nieves Sáenz de Heredia en sus recuerdos familiares de José Antonio.

defiende sus actos y los de sus hermanos; aquel gesto solemne y sobrio con que ha detenido durante largo rato a un colegio que pasa debajo de sus ventanas, gritando a los escolares: «Niños. Oídme», con tal seguridad que los ha dejado un minuto detenidos y perplejos (¿qué les iría a decir?, ¿qué anuncio de buena nueva tenía que comunicar a aquellos colegiales de su generación?); todos los rasgos del carácter que se va perfilando afirman la creencia del padre: «De este niño hablará mucho la Historia.»

Aquel ambiente infantil tiene, sobre todo el encanto común a las casas de muchos, hermanos y hermanas, uno especial y no demasiado frecuente: la ternura. Muerta la madre, alejado el padre grandes temporadas, José Antonio, el primero por edad, por reflexión y por sabiduría, se siente llamado a una dulce tutela, a una suave protección que si extiende ampliamente a los cuatro, intensifica con Pilar y Fernando, los dos más pequeños, que son sus «debilidades». Poco a poco, sin dejar de ser cariñosísimo, el afecto por Fernando va transformándose en admiración. Fernando, al crecer, va adquiriendo una figura fina y espigada, una manera de hablar persuasiva, una inteligencia pasmosamente clara. Cada progreso del hermano menor lleva al corazón de José Antonio alegrías de paternidad. Andando el tiempo, los éxitos de Fernando, número uno de ingreso y de salida en la Academia de Caballería -«ganados a pulso y no por influencia del apellido», como dirá a Serrano Súñer y a otros amigos el propio José Antonio-, número uno también en la Escuela de Aviación, le llenan de alegría. Su rápida y brillantísima licenciatura en Medicina en dos años -cuando abandona, después de consultar con José Antonio, la carrera militar «por ser incompatible con Azaña en el Ministerio de la Guerra»- y la velocidad increíble con que en ella hace progresos sorprendentes, entregado a arduos problemas científicos en la clínica de Marañón, llenan de orgullo al hermano mayor. «Fernando es el más inteligente y el más valiente de todos nosotros», repite siempre. Fernando es el primero de los hermanos que contrae matrimonio y el primero en prolongar el apellido. José Antonio, que desconfía de que la Falange le deje tiempo para hacer su hogar, consideraba un poco nietos a los hijos de Fernando. Una vez, hablando conmigo de sobrinos -conversación de tíos solterones-, y pensando quizá en el gran amor a los suyos, y en el que a él y a sus hermanos profesaba la tía «Má», decía: «Entre las muchas cosas a modificar por la Falange hay algunos refranes como ése de que es el Diablo quien da los sobrinos a quien Dios no ha dado hijos. Si Dios da los hijos -y es verdad-, los sobrinos debe darlos la Virgen o algún santo muy buena persona y solterón como nosotros.» Al ser trasladado a Alicante, José Antonio encomienda a Fernando -quien ya había llevado largo tiempo delicadísimas misiones de enlace con el Ejército de Africa- la dirección de la Falange cuando estalle el Movimiento. El Gobierno Casares Quiroga, deteniendo a Fernando el mismo día del asesinato de Calvo Sotelo, frustró el designio de José Antonio de que Fernando dirigiera a la Falange en las calles de Madrid y quizá la posibilidad de su rápido triunfo. Por fortuna para José Antonio, nunca llegó a enterarse de la muerte gloriosa de

Fernando en la Cárcel Modelo. Que, por otra parte, no le hubiera sorprendido, ya que consideraba a su hermano menor como «el mejor entre los mejores» ([14]).

Por Pilar, la ternura era infinita. La trataba siempre como a una niña y le hacía extravagancias y muecas que la enfadaban cuando quería hablarle de cosas serias ([15]). Siempre le he visto dirigir la palabra a su hermana con el ademán más suave y la voz más inefable. Era una especie de adoración admirable y contagiosa. En los días de la Cárcel de Madrid, en que sabía a la hermana cercada de gravísimos riesgos, nos ha pedido a todos protección para ella, y concretamente le designó una guardia de magnífica gente de la Primera Línea, mandada por el Jefe de Centuria Barroso -asesinado también en la cárcel madrileña-. Pilar -que como todos los hermanos tiene ese valor sereno que José Antonio achacaba a la reacción lenta de la adrenalina- escapaba a menudo de la vigilancia de su escolta, causando graves preocupaciones a

---

[14] Nota de la segunda edición.-Acusando recibo del ejemplar de esta biografía que le envió a Río de Janeiro, donde representaba a España como Embajador, Raimundo Fernández Cuesta me escribió una carta, fechada el 9 de febrero de 1942, en la que decía, entre otras cosas igualmente gratas para mí: «No por halagar tu vanidad de escritor, ni por cortesía, sino por sentirlo así, te diré que tu libro es, por el rigor de su estilo, la sinceridad, la exactitud, la pasión falangista y la información, el mejor que hasta ahora se ha escrito sobre José Antonio y creo difícil sea superado. Tiene una plasticidad y una fuerza descriptiva tales, que hace vivir de nuevo las escenas y episodios que describes. A este juicio lisonjero -que no fue el de todos los falangistas ni el de todos los críticos- añadía Fernández Cuesta: «Como supongo que tendrá que hacer pronto una segunda edición del libro (cuando el Embajador en el Brasil escribía esto la primera edición estaba ya agotada, aun cuando hasta ahora no se haya reimpreso), por separado te envío algunas observaciones a fin de que en ella rectifiques y completes pequeños errores y defectos de información que he notado.»

Con el fin de no alterar el texto de la primera edición, iré advirtiendo en notas -salvo en algún caso en que hacerlo pondría nuevo escozor sobre heridas que removí, pero no abrí, con mis palabras- estas observaciones de Fernández Cuesta, y alguna otra que se me ha hecho y cuantos nuevos datos haya podido acarrear para completar la información sobre José Antonio.

La primera observación de Fernández Cuesta se refiere a Fernando Primo de Rivera, y dice así: "La dirección de la Falange en Madrid al estallar la Revolución estaba confiada a mí, con la cooperación de Fernando y Véglison. A este fin, los días que estuve en libertad atenuada, del 3 al 11 de julio de 1936, hicimos los preparativos necesarios, y justamente, con este motivo, el día posterior a mi nueva detención, Fernando, Véglison y yo teníamos una entrevista con Muñoz Grandes y Álvarez Rementería a fin de fijar la participación de 3.000 hombres de nuestras milicias en el movimiento próximo a estallar."

[15] Con ocasión de intentar Pilar el aprendizaje musical, José Antonio le can- taba, según recordó Lula de Lara en un artículo:

"Pilarcita se ha comprado un piano
de segunda mano, de segunda mano,
y por eso todos los vecinos
están muy mohínos, están muy mohínos."

Barroso, a Carmen y a tía «Má». La única manera de obligarla a soportar la guardia de su persona era amenazarla con decir a José Antonio cómo la esquivaba. «Encima de las preocupaciones que tiene tu hermano no querrás darle ésta», decía la tía «Má». Y Pilar, confusa y contrita, con su voz infantil, aseguraba que no volvería a salir sola, pero que no le dijesen nada al Jefe ([16]).

Con Carmen y Miguel, por ser menos la distancia en años y también por diferencias de carácter -Pilar, Fernando y José Antonio eran más castellanos, más austeros, más dados a la melancolía y al recogimiento interior; Carmen y Miguel, más andaluces, más alegres, más llenos de afán de vida externa, de risas-, la relación de José Antonio era menos paternal. Aunque un afecto también entrañable le unía a Carmen y Miguel, el matiz predominante en esta relación era la camaradería. Miguel, mucho más que Fernando, era el compañero insustituible en las excursiones divertidas, en los paseos nocturnos, en las divagaciones de buen humor en el bar o en el dancing. Nunca he visto a José Antonio en Bakanik, en el Bar Club o en Casablanca con Fernando, y sí con Miguel. Cuando le he encontrado en el cine o el teatro no tenía a su lado a Pilar, sino a Carmen. (Salvo en la época de la Dictadura, en que era corriente en noches de estreno ver -muy a la española- al General con todos sus hijos en una platea del Fontalba o la Comedia, del Español o el Victoria.) Probablemente, sin que ello quiera decir menos cariño, sino cariño diferente, si en lugar de ser Carmen y Miguel quienes le acompañaban en Alicante hubieran sido Pilar y Fernando, las reacciones sentimentales de José Antonio en el trance horrible de su último proceso y condena a muerte habrían sido más angustiosas. Ante Pilar y ante Fernando no habría podido tener los ojos secos.

En todo caso puede afirmarse que los cinco hermanos fueron siempre como los cinco dedos de la mano, algo unido e inseparable que acaricia, modela, ejecuta o golpea. Y cada uno de los cinco tuvo su misión en la vida para realizar la espléndida estampa familiar que desde los años infantiles hasta 1936 compusieron.

EL BACHILLERATO

CURSÓ José Antonio el Bachillerato entre 1912 y 1917, examinándose en los Institutos del Cardenal Cisneros de Madrid y los de Cádiz y Jerez de la Frontera. Los estudios los realizaban juntos los dos hijos mayores del General Primo de Rivera con un profesor particular en su casa. José Antonio obtuvo en los exámenes las siguientes calificaciones: Lengua castellana, sobresaliente; Geografía, notable; Nociones de Aritmética y Geografía, notable; Caligrafía,

[16] José Antonio, en alguna ocasión, decía de Pilar -ya jefe de la Sección Femenina-: «Pilar es muy deslucida, pero tiene mucho talento.»

notable; Latín, primero, aprobado; Geografía de España, aprobado; Aritmética, sobresaliente; Gimnasia, primero, aprobado; Latín, segundo, aprobado; Francés, primero, aprobado; Historia de España, aprobado; Geometría, aprobado; Gimnasia, segundo, aprobado; Preceptiva, aprobado; Francés, segundo, notable; Historia Universal, sobresaliente; Álgebra y Trigonometría, aprobado; Dibujo, primero, notable; Psicología y Lógica, sobresaliente; Dibujo, segundo, sobresaliente; Ética y Rudimentos de Derecho, sobresaliente; Historia Natural, aprobado; Agricultura, aprobado, y Química, sobresaliente. Su título de bachiller tiene fecha de 10 de octubre de 1917.

El expediente de Bachillerato de José Antonio no es excesivamente brillante. Cosa que nada tiene de particular. Lo que sí es interesante es la variedad de calificaciones, que no permiten adivinar cuál es la verdadera vocación del joven estudiante ni cuáles son las disciplinas científicas que más interesan a su curiosidad infantil.

LA UNIVERSIDAD

CON su flamante título de bachiller, enmarcado cuidadosamente, José Antonio se enfrenta por vez primera con una gran preocupación: la elección de profesión con que ganar su vida.

Es corriente en la mocedad española que tal preocupación no se produzca. Casi siempre la profesión está de antemano elegida por el conclave familiar o por un azar caprichoso del muchacho, que a los diez o doce años se ha propuesto ser ésta o la otra cosa. En muchos casos, un mal concepto de la tradición familiar y una total ignorancia de la psicología juvenil llevan al estudiante a la profesión paterna, sobre todo si ésta ha logrado frutos. Y se obtienen de buenos militares, abogados, ingenieros o médicos, medianías de los mismos oficios. Excepcionalmente algunos estudiantes, a mitad de la carrera elegida en estas condiciones, rectifican y cambian el rumbo. Las más veces, la juventud se deja llevar por la inercia del movimiento adquirido y acaba sin ilusión ni vocación unos estudios que en la vida le sirven para nada práctico, sino más bien como un lastre en la inteligencia que impide a ésta el desplegar de alas. En otros casos, razones de economía doméstica aconsejan para el chico ésta o la otra carrerita corta, no difícil y con bastantes salidas. Muy pocas son las ocasiones en que el estudiante español, al sobrepasar el primer escalón de la cultura que es el Bachillerato, se toma un tiempo para reflexionar acerca de las disciplinas científicas sobre las que sus facultades han pasado y acerca de la grave misión de dedicarse a una determinada con alma y vida ([17]).

[17] Nota de la sexta edición.-Los últimos planes de Enseñanza Media, al implantar primero el PREU y luego el COU, que obligan a los jóvenes estudiantes a optar por una carrera

José Antonio se plantea todo esto desde junio de 1917, en que termina su Bachillerato, hasta septiembre. El General le deja elegir libremente. Es más que probable que durante el período de indecisión su corazón de padre y de militar soñara con José Antonio joven Alférez en busca de Laureadas por los campos marroquíes. Pero es casi seguro que, viendo la gran inteligencia y energía del muchacho, su amor a la justicia y a la verdad, prefiriera su apartamiento del Ejército, donde él, por las mismas razones, no obstante atesorar todas las virtudes castrenses, ha cosechado tantos sinsabores como laureles. José Antonio tiene -el padre lo ve- un extraordinario y agudísimo sentido crítico; una palabra abierta y ancha, sin recovecos para el disimulo; una pasión por la Justicia y por la Historia; un sentido humano de los deberes cívicos. El Ejército entonces requiere -es el concepto liberal de la disciplina militar- sumisión mejor que acatamiento a los errores históricos y políticos. José Antonio sufrirá -si ingresa en la Milicia- lo que ha sufrido el padre cada vez que le ha brotado en el corazón vehementísimo un aletazo de rebeldía contra esos errores continuos. No obstante, él debe elegir.

Y José Antonio elige. Hace tiempo, el ejemplo de su gran amigo Raimundo Fernández-Cuesta y los largos diálogos con él le han inclinado a la ciencia jurídica aplicada a la vida humana: es decir, al ejercicio del Derecho abogando por su triunfo. No a la ciencia jurídica especulativa, profesoral, doctrinaria y relativamente muerta, sino a la vivacidad de su aplicación en beneficio del que tiene hambre y sed de justicia. Elige, pues, esta profesión que miran sus ojos claros como un camino de perfección moral. Aún desconoce que hay escribanías escuelas de picaresca; picapleitos duchos en arterías y triquiñuelas; maestros del Foro que debieran remar en galeras y magistrado venales, flexibles ante el precio o el premio. El ejercicio de la profesión que escoge se lo hará ver, y sobre todo en el momento en que la fuerza de su destino le hace ser simultáneamente reo y abogado de sí mismo en intrincados pleitos de moral nacional.

Elige su carrera no sin nostalgias. La voz de la sangre le clamaba con atambores marciales en las venas. Le parece que hay como un poco de deserción del heroísmo de la raza paterna en esa elección del reposo del bufete frente a la actividad peligrosa de los campamentos. Renunciar a las cruces y ascensos por méritos de guerra es traicionar a los ilustres ascendientes de Jerez, Sevilla y el Río de la Plata. Pero en los de Alfaro y La Habana hubo hombres de toga y de Ley que sirvieron también a España tan ardorosa como honradamente. La sangre de ellos corre también por sus venas y le impulsa a no dejarse vencer por las bellas nostalgias del heroísmo.

Por otra parte, hay en su conciencia un hermoso titubeo. En la carrera de su padre, la envidia y la calumnia habían echado su apestado aliento para

---

universitaria de Ciencias o de Letras, han reducido todavía más ese tiempo de reflexión, al imponer muchas veces decisiones prematuras que frustran irreparablemente algunas posibilidades científicas insospechadas cuando se estudia la Reválida de Cuarto.

empañar el brillo de las estrellas de oro y los laureles de esmalte. Ni la sangre vertida, ni los riesgos corridos, ni la fiebre y el vómito de la Manigua, ni la solana del Rif, ni las ausencias larguísimas de la Patria y la familia, ni nada, los habían merecido, según las bocas de verde saliva de los murmuradores. La espléndida carrera del General era debida al nepotismo, a la corrupción, al favoritismo del viejo Marqués de Estella. Y si él, José Antonio, abrazaba el mismo duro oficio, ¿no dirían también, si la suerte le sonreía al mando de sus soldados, que era la influencia paterna en los pasillos de Buenavista o en la antecámara del Palacio Real la que prendía cruces en su pecho y aumentaba estrellas en su bocamanga?... Y si, por otra parte, su valor personal no estaba a la altura de lo que exigía el apellido glorioso y no ganaba para él la nueva gloria, ¿no resultaría denigrante?... La profesión del Derecho estaba virgen para su casa. Si en ella lograba éxitos, nadie los podría imputar a la amistad del padre con los Magistrados. Si se hundía en la mediocridad, no rebajaría un nombre insigne en ella.

Así, pues, se decidió a estudiar Leyes. No sin otras precauciones de diversa índole, pues su curiosidad le atraía hacia la Historia y hacia la Filosofía, hacia la Medicina y hacia la Literatura, hacia la Matemática y hacia la Náutica. Su espíritu abierto a todas las atracciones del conocimiento divagaba todavía en el umbral misterioso de la adolescencia. Pero en el fondo de su ser, una conciencia enérgica le gritaba un consejo que siempre resonaría en ella: «¡Hay que decidirse!». Y decididamente, sigue su impulso y el -ejemplo de Raimundo, matriculándose en preparatorio de Derecho.

Empieza la carrera como estudiante libre, con profesor particular en su casa: don Álvaro Rodríguez Moya, un viejecillo que admiraba profundamente a su discípulo. Pero enseguida pasa a la Universidad como alumno oficial. Por haber estudiado libre en los comienzos ha ganado algunas asignaturas, y dentro de la Facultad se mezcla con dos cursos diferentes. En los últimos años figura siempre entre los alumnos más aventajados -las del banco de las matrículas de honor-, entre los que estaban -unos habían de venir a la Falange y otros naufragar en las utopías republicanas- Luis Lamana, Roberto Sánchez Giménez, Moisés Garrido, Ramón Serrano Súñer, José Luis Díez Pastor, Manuel Romero Vieítez, Luis Pando Baura, Emilio de Navasqüés y otros que no recuerdo. Antes, también ha compartido con otros condiscípulos menos brillantes modestos aprobados y amargos suspensos. Esta irregularidad de los primeros cursos de la carrera se debe a que José Antonio no se había entregado de lleno al estudio todavía por emplear varias horas de su día en un empleo de la casa americana McFarland, de cuyos coches era representante en España su tío Antonio Sáenz de Heredia, en la que a petición propia había entrado José Antonio para ganarse -con sus dieciséis años- unas pesetas llevando la correspondencia en inglés. En este modesto trabajo de muchachillo burgués pasó un par de años el primogénito del Grande de España Marqués de Estella, Teniente General del Ejército español.

Los estudios de la Facultad de Derecho los realizó todos en la Universidad de Madrid, alternando la enseñanza libre y la oficial. Empezó la carrera en el curso 1917-18, acabándola en el 1921-22. El doctorado lo hizo en el curso 1922-23.

Las calificaciones obtenidas en la licenciatura y doctorado de Derecho realizadas en la Universidad de Madrid fueron: Preparatorio (17-18): Lógica, notable; Historia de España, sobresaliente; Historia de la Literatura Española, suspenso en junio y aprobado en septiembre. Primer año (18-19): Derecho Romano, aprobado; Economía Política, sobresaliente; Derecho Natural, aprobado, y Derecho Canónico, aprobado; Historia del Derecho, notable.

Segundo año (19-20): Derecho Político, aprobado; Civil, primero, suspenso (en junio y en septiembre); Derecho Penal, suspenso en junio y aprobado en septiembre. En Derecho Administrativo no se presentó.
Tercer año (20-21): Repite el Civil primero y obtiene notable; Administrativo, sobresaliente; Hacienda Pública, sobresaliente; Internacional Público, notable.
Cuarto año (21-22): Civil, segundo, matrícula de honor; Internacional Privado, matrícula de honor; Mercantil, sobresaliente, y Práctica Forense, matrícula de honor.

Doctorado (22-23): Matrícula de honor en las cuatro asignaturas: Literatura Jurídica, Historia del Derecho Internacional, Política Social y Derecho Municipal ([18]).

Obtuvo el título de Licenciado en Derecho en 20 de enero de 1923, después de haberlo devuelto y hecho rectificar, pues se había expedido a nombre de José Primo de Rivera y no de José Antonio.

«José Antonio -ha dicho Serrano Súñer, uno de sus mejores amigos de la Universidad- tenía una cabeza prodigiosa, enormemente ordenada, en la que toda cosa quedaba convertida o incluida en un sistema. En aquella época ya se delataba plenamente esta capacidad de orden, este rigor y exactitud mental, que impresiona aún más que su potencia imaginativa y lírica. Y ya entonces, como es natural, prefería, aun dentro de su carrera, las disciplinas más exactas; por ejemplo, el Derecho Civil. Las instituciones del Derecho Privado, en lo que tienen de Derecho Romano, constituyen un sistema que es casi una ciencia matemática. El Derecho Romano parte de unos supuestos filosóficos que, si en parte son ya inservibles, partiendo de ellos toda su construcción, es tan inevitable, tan rigurosamente arquitectónica, tan segura como el desarrollo de un problema. José Antonio -esto podrá sorprender un poco- amaba las matemáticas sobre todas las ciencias, seguramente por esa pasión de exactitud

[18] Nota de la sexta edición.-Cuando en 1941 publiqué en la primera edición de este libro el expediente universitario inédito de José Antonio, encontrado por mí en la Secretaría de la todavía llamada Universidad Central, hubo falangistas que consideraron ofensivo para la memoria de nuestro Jefe nacional, haber dado a conocer los cuatro suspensos que obtuvo. Andando el tiempo, algunos de ellos, después de despojarse de la camisa azul que exhibieron algunos años, consideran "mitificadora" esta biografía.

y verdad absoluta que había en él, y por ello prefería aquella rama jurídica en la que llegó a ser un auténtico competente.» Añade Serrano Súñer cómo José Antonio y él compartían sus apuntes y libros de difícil hallazgo para completar lecciones. Y afirma -cosa que no podríamos desmentir ninguno de los que con ellos coincidimos en tal o cual cátedra o en todas- que ambos eran «buenos estudiantes, sanos, puntuales y serios, y no agitadores ni partidarios de la alegre huelga».

Nadie crea, por estas palabras de Serrano Súñer, que José Antonio era el tipo de estudiante pedante, envarado por una ciencia tragada a paletadas y mal digerida. No se piense, en manera alguna, que era el clásico empollón que todo lo aprende a fuerza de codos ([19]). La seriedad estudiantil de José Antonio no estaba reñida con la alegría de sus años. Tenía, por el contrario, fácil la risa y la palabra -no obstante su timidez-, y en confianza con algún grupo de compañeros, nos divertía a todos con su estupenda facilidad para imitar a los discípulos balbucientes al ser preguntados por el profesor o los profesores mismos. No era tampoco de esos alumnos para quienes su saber es un secreto de vida o muerte. Si alguno de los peces nos acercábamos a él con una duda antes de entrar en la clase, nos llevaba a un rincón de aquellos pasillos malolientes y pintarrajeados del viejo caserón de la calle de San Bernardo y nos explicaba la complicación.

Si no representaba el tipo clásico y antipático del empollón -ese hombre que al salir de la Universidad se pierde en una covachuela burocrática, sin dar de toda su ciencia acumulada un solo rasgo personal y humano-, tampoco tenía nada que ver con el estudiante castizo de sainete o novela de Pérez Lugín. Ni bromas de mal gusto, ni casa de empeño, ni cafés de camareras, ni billar en vez de clase, ni novia chalequera. En la Universidad de los años veinte era un tipo exótico el estudiante como José Antonio, limpio, culto, sin pretensiones, alegre sin chabacanería, deportivo sin brutalidad y, sobre todo, estudioso. Es decir, el tipo de estudiante de hoy, que sabe por qué y para qué estudia, que hace la guerra si es preciso y que considera como un paso necesario para la vida de ciudadano los años de una Universidad cordial, inteligente y limpia. En 1920 todavía era un tormento o una juerga ser estudiante y luego ser soldado. Y para José Antonio fueron una necesidad y un honor ambos servicios.

Como Serrano Súñer es quien ha escrito más largamente sobre José Antonio estudiante y la fuente es de indudable veracidad, he de seguir copiando algunos de sus párrafos, añadiendo lo que el recuerdo personal me dicte. Dice Serrano: «Nosotros teníamos un interés auténtico por la Universidad. Un interés de estudiantes que estudiaban y que tomaban en serio su oficio y, con su oficio, su escuela. Nada desviaba nuestro interés de esta línea absolutamente limpia. Por una parte, ni José Antonio ni yo estábamos

[19] Al contrario, fue un estudiante desigual, en quien la vocación de estudio se abrió paso lentamente, como se puede ver por su expediente universitario.

mezclados en interés político alguno. Yo era socio del Ateneo, por decisión de mi padre, para utilizar la biblioteca; pero -cumpliendo su exigencia- jamás había pisado otro lugar de la casa ni compartido su clima. José Antonio no pertenecía entonces a sociedad alguna, a círculo alguno, donde ni el ambiente político ni el mundo intelectual tuvieron acceso ([20]). Si él tenía curiosidad viva por las cosas del arte y del saber, esa curiosidad no estaba matizada por ningún clima de tertulia. Éramos los estudiantes en la soledad apasionada de nuestros propios libros y de nuestras aulas profundamente respetadas. Por otra parte, eran aún los tiempos felices -pronto dejarían de serlo- en que España -ante nuestros ojos- parecía aún una unidad. Ni en el aspecto religioso observábamos otras disidencias que las nacidas de un fervor mayor o menor o de una moral más pulcra o desaliñada.»

Se publicó entonces -1919- por el Gobierno nacional de Maura, con Silió en el Ministerio de Instrucción Pública, el decreto que establecía y regulaba la autonomía universitaria, por el que los estudiantes ganaban el acceso al gobierno de la Universidad por medio de sus representantes en el Consejo Universitario. José Antonio y Serrano Súñer -con otros muchos estudiantes- tomaron en serio la intervención escolar en el gobierno de la Universidad y se propusieron actuar en ella, con el profundo orgullo de cumplir un deber.

Serrano Súñer insiste en que tanto él como José Antonio intervinieron en toda aquella creación universitaria como simples estudiantes. Es muy posible que así fuera en su pensamiento, pero es también seguro que la posibilidad abierta de batallar por una organización, de expresar sus ideas con el ardor de la juventud, despertaría en su subconsciente un cierto afán político que, años más tarde, cuajaría en un giro total de la vocación íntima del estudio hacia la intervención clara en las tareas políticas. Otros universitarios que no sentían la llamada del destino político se apartaron de la dirección del naciente organismo, dejando hacer en él a quienes tenían la vocación o las dotes de mando. Se creó la Asociación Oficial de Estudiantes, en la que pronto surgieron discrepancias. Siempre ha habido y habrá en España gentes católicas que no se consideran tales si no adjetivan de católicas todas sus actividades -incluso aquellas que nada tienen que ver con las ideas religiosas-. Necesitan, aun dentro de un Estado, oficial y exclusivamente católico, calificar de tal su actuación. Y si son estudiantes, han de serlo católicos. Y si obreros, católicos. Y si médicos, católicos. Y si sacerdotes, católicos. No basta la conducta, la devoción, la conciencia. Hay que llevarlo en la tarjeta, en la solapa, en la badana del sombrero. Y si llega una guerra como la que España ha padecido, en que el fusil se empuña por salvar todos los principios de la moral cristiana junto a todas las razones de una civilización y una justicia social, hay que decir

[20] Poco más tarde -en 1921-, después de aprobar el primer curso de Derecho Civil -condición exigida para ello-, se hizo miembro de la Real Academia de Jurisprudencia, en cuya biblioteca se le veía algunas veces.

que el fusil se empuña y se lanza la bomba de mano porque se es católico, no porque se es español y falangista, pues estos títulos excelsos no bastan para aquellas gentes en quienes la catolicidad es una exhibición constante. Entre los estudiantes, «un grupo de buena fe y de recto propósito -en alianza con gentes de quienes no podemos opinar tan generosamente- sostuvieron la tesis de crear, al margen o dentro de la Asociación, otra con carácter y definición de católica., dice Serrano Súñer. José Antonio se opuso con toda energía a aquella peligrosa disgregación. No sólo un sentido profesional, sino un profundo sentimiento nacional -intuición política- le impulsaba a evitar cualquier disgregación y plantear problemas no existentes. José Antonio -para quien siempre fue una preocupación la de «separar al cristianismo de lo puramente eclesiástico», como diría Zweig de Erasmo- se opuso a ello empleando ante los estudiantes disidentes por católicos -paradoja incomprensible- y sus inspiradores políticos lo que Serrano Súñer denomina acertadamente el lujo de su dialéctica impecable: «El Estado llama y admite a todos los estudiantes en la Universidad. Nosotros no tenemos la culpa de que se nos exija, por ejemplo, una confesión religiosa para gozar de la enseñanza. Por tanto, no planteen ustedes un problema que el Estado no plantea. Hagan ustedes asociaciones para fomentar la piedad entre los jóvenes, pero no las hagan para participar en la Universidad profesionalmente, que es para lo que el Estado nos convoca. No invadan ustedes la órbita del Estado. Y en último término: si ustedes crean una entidad estudiantil con carácter de católica al margen de la del Estado, y siendo presumible que la del Estado conservaría a algunos estudiantes, es indudable que estos estudiantes aparecerán como menos católicos por el solo hecho de interpretar mejor las leyes, y que si su Asociación lucha contra la de ellos -es imposible que la de ellos empiece- para estar totalmente en contra de la suya a definirse como contraria a su definición; es decir, a ser contracatólica ([21]). Si hubiera una Asociación de estudiantes budistas, bien estaría defenderse de ella; pero ante una Asociación integrada por católicos, en la que los fuertes podrían influir en los débiles, ¿por qué abrir esa lucha inútil?»

Estas palabras de José Antonio ya son -aunque no lo diga Serrano Súñer- tremendamente políticas. Y de político nuevo y hondamente revolucionario. No son ni demagógicas -como pretenderán después algunos que lo fue la actuación universitaria de José Antonio- ni reaccionarias -como la estupidez zurda tildaría su manera de pensar antisectaria y neta en cuestiones de religión y política.

No obstante ellas y otras muchas pronunciadas en las tempestuosas reuniones estudiantiles en que José Antonio se empeñaba en sostenerse en el fiel de la balanza, sin dejarse vencer por los extremismos de una juventud escolar a quien lanzaron a la lucha elementos ajenos a la Universidad, la

[21] Algo análogo habrá de pasar andando el tiempo con la Falange. Profundamente católica, tendría a veces que aparecer como contracatólica, por ser contraria a la política de los partidos que monopolizaban -políticamente- el catolicismo.

Asociación de Estudiantes Católicos nació, dando lugar a que la Asociación Oficial tomara poco a poco un tinte laico y acabase convirtiéndose -ya José Antonio fuera de la Universidad- en la tristemente célebre F. U. E.

Si a los llamados estudiantes católicos les impulsaban desde fuera de la Universidad algunos políticos falsamente católicos, nada tiene de particular que a los empeñados en sostener sin tinte confesional alguno el fuero de la escolaridad los mirasen con buenos ojos otros profesores de origen masónico. Con José Antonio trataron de usar sus embelecos y carantoñas algunos de éstos, siempre con hipocresía y aparentando sólo interés por su aplicación y talento. Pero José Antonio no se dejó ganar por tales trapacerías, y jamás figuró en la camarilla de ninguno de los catedráticos a la moda.

Sin abandonar sus estudios, la lucha universitaria enardecía a José Antonio. Formó la primera escuadra del futuro S. E. U., que, lo mismo que las que habrían de sucederla, anduvo a trompazos por los claustros de San Bernardo contra todos cuantos se oponían a la unidad estudiantil. Tan contundentes como sus puños eran sus palabras. Unos y otras levantaban ronchas y abrían chirlos en la piel o el espíritu de los contrincantes. José Antonio, además de su fama de gran estudiante y de hombre de inteligencia, se granjeó admiraciones y odios como polemista y pugilista. Algún condiscípulo de entonces, recordando, al nacer la Falange, las bofetadas rotundas con que acababa José Antonio muchas discusiones, no dudaba en decir que el nuevo partido daría mucha leña.

Toda esa época de lucha -en la que no insisto, pues está muy bien reflejada en la interviú de Serrano Súñer publicada en el número de noviembre de 1938 en la revista Y, reacogida luego en las páginas 193 y siguientes del libro *Dolor y memoria de España en el segundo aniversario de la muerte de José Antonio*- era recordada con gran cariño y nostalgia por el Jefe nacional de la Falange cuando veía llegar al Centro de la Cuesta de Santo Domingo a un camarada del S. E. U. descalabrado ([22]). En ella adquirió, con la base de su saber jurídico, una nueva gallardía para su verbo, una gran agilidad para sus puños y una amarga experiencia de que España estaba cortada en dos fanatismos por el cuchillo afilado de una fatalidad incontenible. Crear el puente que uniera las dos mitades del tajo fue ya desde aquella época una de sus preocupaciones. Cada día, pasando sobre su juventud, le hizo ver que aquella escisión dramática de la patria era mucho más honda y sinuosa que una simple escaramuza confesional estilo siglo XIX. Toda una sima sin fondo de diferencias sociales, económicas, morales, religiosas y políticas, apartaba con horror a unos de otros a los hombres nacidos en España que aún no sabían

[22] Nostalgia más bien de la adolescencia perdida que del caserón de la calle de San Bernardo. Por el contrario, admiraba las Universidades alemanas -sobre todo la de Heidelberg- y lamentábase una vez con Eugenio Montes -en Berlín- de no haber pasado en ella un par de primaveras. «Nuestra juventud en España -decía-, en aquel polvoriento y triste caserón de la calle Ancha, sin paisaje, sin ríos, sin humanidades, sólo artículos del Código y mesas de billar, es demasiado seca y triste.»

que la patria era una unidad de destino histórico en lo universal. Su extraordinaria sensibilidad; su conocimiento de la Historia; su apellido y la voz de su destino, que ya alguna vez debía gritarle en el fondo del alma, hacen suponer que, aunque ajeno a la política del tiempo, se preparaba -quizá impensadamente- para la política de su tiempo.

Una prueba de ello es que al terminar su licenciatura de Derecho en julio del 22 -sin premio extraordinario: nunca le gustaron los concursos oficiales- y decidir hacer el Doctorado por no tener la edad de ejercer la abogacía, se dedica con especial afán al estudio de la política social, una de las disciplinas del grado de doctor que explicaba el profesor Olariaga. No sin emoción he visto reproducidas fotográficamente algunas páginas de los apuntes tomados por él en clase y puestos en limpio con todo esmero con una letra tan clara e igual que no parece la rápida y habitual escritura de José Antonio. En la clase de Política Social, José Antonio atrajo especialmente la atención de don Luis de Olariaga, quien explicaba paseando por el pasillo central del aula con un tic particular (un dedo en la barbilla), que imitaba a la perfección el futuro Jefe de la Falange. El profesor Olariaga todos los días entablaba diálogos con José Antonio sobre las teorías explicadas. Y era de admirar por todos los condiscípulos la seguridad con que su compañero rebatía los conceptos de Bakunine, de Marx o de Sorel, que no coincidían con sus apreciaciones íntimas.

En su discurso de contestación al de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas del señor Navarro Rubio, recordó don Luis la primera cátedra de Política Social creada en España y en la que enseñó a una generación de doctores en Derecho las doctrinas sociales entonces en boga. «Me hace volver la vista -decía textualmente- a una Universidad en la que los profesores teníamos autoridad y los alumnos respetuosamente nos escuchaban y escudriñaban anhelantes los caminos que les ofrecíamos para averiguar la verdad y formarse una conciencia ordenada y sistemática: una Universidad en la que los alumnos se entregaban noble y humildemente a la pasión de saber, confiados en que el catedrático les traspasaba un tesoro de cultura, que venía decantado por años de estudio y de reflexión objetiva. Puedo mostrar un ejemplo de ello en párrafos de unas cartas escritas durante el año 1924 por uno de los discípulos más notables, más inteligentes y más admirables que tuve y que fueron salvadas providencialmente de los registros que en nuestra guerra, en la zona roja, se me hicieron: unas cartas de José Antonio Primo de Rivera.»

Accediendo a mi petición, don Luis Olariaga, también querido, respetado y admirado profesor mío, me ha proporcionado copia de esta admirable carta de José Antonio, que se reproduce íntegra por primera vez:

«Zarauz, 3 de septiembre de 1924.

Mi querido don Luis: Hace mucho tiempo que debía haberle dado las gracias por el libro de Tugan que me ha prestado para leer y por los artículos

de Ortega y Gasset; perdóneme el retraso y reciba las gracias ahora.

Los artículos de Ortega los encontré interesantísimos y ya los di a leer a mi padre. ¿Se llegó a publicar el tercero, que había borrado o detenido la censura?

En cuanto al libro de Tugan, aún no he acabado de leerlo, pero ya veo lo útil que es para equilibrar los efectos de la maravillosa dialéctica de Marx. Espero tener pronto ocasión de charlar con usted de ésta y de otras cosas.

Aquí estoy descansando unos días; el mes de agosto en Madrid me ha agotado de trabajo y de calor. Ahora daré una vuelta por el extranjero y hacia el 25 de septiembre espero estar en Madrid otra vez.

Reciba el cordial saludo de su discípulo y amigo, que siempre le recuerda con todo afecto.

Fdo.: *José Antonio Primo de Rivera.*»

Esta carta, sencilla y afectuosa, nos revela varios aspectos de la definida personalidad de José Antonio a los veintiún años. El primero de todos, su vocación de lector de obras serias y profundas, como el libro de Tugan-Baranowsky que le presta su maestro, y de ensayos políticos e intelectuales como los de don José Ortega y Gasset. Luego, su propósito de acercar al Dictador a los intelectuales reacios, ya que no podía conseguir acercar éstos al General Primo de Rivera. El tercer punto digno de subrayar es el reconocimiento por el joven, preocupado ante los problemas políticos y sociales que planteaban a España y al mundo los avances del marxismo, sobre todo en su forma más agresiva -el comunismo ruso-, y de «la maravillosa dialéctica de Marx», cuyos efectos considera necesario equilibrar. Equilibrar, no eliminar, ya que el mundo surgido de la posguerra ha planteado unas situaciones inéditas, a las que es menester encontrar soluciones revolucionarias, pero humanas y cristianas. Tal vez pensando en cómo podría contrarrestarse la dialéctica de Carlos Marx, cruzara por primera vez por el cerebro de José Antonio el germen de la que habría de ser su doctrina falangista y nacionalsindicalista.

La última noticia de extraordinario interés que contiene esta carta es que el cálido mes de agosto madrileño hubiese agotado de trabajo al joven, a quien los feroces adversarios de su padre empezaban a motejar de «señorito» y de «enchufado». Se sabe que por aquellos días, recién acabado su servicio militar, José Antonio lleva la correspondencia en inglés de la casa importadora Cole & McFarlan y hace prácticas forenses con el letrado don José María Arellano, en espera de incorporarse al Ilustre Colegio de Abogados de Madrid para trabajar en su propio bufete, lo que no hará hasta el 3 de abril de 1925. Pero no parece que tales trabajos pudiesen resultar «agotadores» para un mozo fuerte y sano. ¿Cuáles podrían ser? Probablemente, algunos relacionados con su carrera. O, tal vez, de estrecha colaboración personal con su padre, envuelto en la vorágine de la política nacional.

En el Doctorado de Derecho había tres asignaturas obligatorias y una a elección. El noventa por ciento de los que hicimos el curso de 1922 a 1923 elegimos la más amena: la Antropología Criminal, explicada por don Quintiliano Saldaña. Ninguno pensábamos dedicarnos a criminalistas, y la preferencia por esta rama científica era por motivos de índole literaria o, como digo, por encontrarla más divertida. José Antonio prefirió estudiar Derecho Municipal. Es posible que fuera sólo por completar conocimientos jurídicos para la rama contencioso-administrativa de su futuro bufete. Pero es también muy probable que le inclinara a ello una idea política. Su doctrina futura después se apoyaría fuertemente en un sistema municipal. Terminado el Doctorado ([23]), ni José Antonio ni ninguno de los que lo hicimos -por prolongar un curso más la vida estudiantil o por habernos licenciado demasiado jóvenes para el ejercicio de la abogacía o para unas oposiciones- alcanzó el título de doctor por no hacer la tesis o memoria. Esta omisión le hacía decir a José Antonio, cuando la promoción se ha reunido a comer, algunos años después, que debían darnos a todos el título de doctores amnésicos. Como era en plena Dictadura, alguno le dijo que se lo pidiese a su padre, que podía hacerlo todo en España. José Antonio se limitó a responder: «No tanto, no tanto.» y cambió la conversación.

Guardo de la primera celebración de nuestra promoción al doctorado el menú, firmado, de la clásica comida en Casa Juan. Es sorprendente que la firma de José Antonio sea casi idéntica a la última que conozco de él: la estampada en su testamento. Como indudablemente el grafismo expresa el carácter, esta comprobación de firmas de José Antonio el 9 de junio de 1923, a los veinte años, y el 18 de noviembre de 1936, a los treinta y tres, en dos momentos tan diferentes como son la ilusión de un porvenir abierto y la trágica despedida de la vida, prueban que el temperamento de José Antonio no había variado y que el mismo temple le animaba al empezar que al terminar su vida breve y gloriosa.

Apenas celebrado aquel banquete estudiantil, José Antonio marcha a Barcelona, donde ya su padre es Capitán General desde el 16 de marzo del año anterior. El verano de 1922 lo había pasado también en Barcelona, «la más misteriosa de las ciudades de España», como la llamaría luego, de donde regresa a estudiar el Doctorado con un concepto nuevo de la vida. El clima y el ambiente de la ciudad condal, en una época de trágicos sucesos, mezclados a una vida social intensa de las clases privilegiadas, habían producido en José Antonio un cambio profundo, certeramente señalado por Serrano Súñer. «Hasta entonces había sido un buen estudiante, pendiente de sus libros,

[23] Durante este curso vi alguna vez jugar al fútbol a José Antonio, con ocasión de entrenarnos para un partido, que no se llegó a celebrar, contra los de quinto año de Facultad. José Antonio jugaba de delantero centro. Nos entrenábamos en el castizo «Campo de las Calaveras», en la calle de Magallanes. Cuando los grandes partidos de la Cárcel Modelo, José Antonio me aseguraba que había mejorado mucho desde 1923 y que si se encontrase de nuevo en los veinte años llegaría a ser un internacional de fama.

centrado en una vida familiar muy serena y ausente -ya que no en su tendencia, en su costumbre- de toda preocupación de sociedad, de toda solicitud pública, de todo interés por la política. Barcelona le dio todo esto, como en sucesivos descubrimientos. Al regreso de sus primeras vacaciones barcelonesas, José Antonio hablaba ya del encanto de las muchachas de Barcelona, de la inteligencia de su sociedad, del gusto de su tradición artesana y burguesa -tiendas con sucesión y humanidad de la plaza Real-, del que luego ha hablado muchas veces en sus textos políticos.

Hablaba también de lo que no le era grato. De aquel mundo más abierto que ensanchado; de aquella ciudad viva, llena de cosas importantes, él empezaba a deducir sus gustos y sus exigencias ante lo público; empezaba a saber cómo quería las cosas. Barcelona fue, para José Antonio el político, el punto de partida, y para el hombre, el punto de crisis...»

Es muy probable que Barcelona, con sus encrucijadas de tendencias y doctrinas políticas, donde como la espuma se veían siempre las anarquistas y sindicalistas, contribuyera a ese afán con que estudió la política social. Indudablemente, el despacho de su padre en la Capitanía le pondría en contacto con toda la heterogeneidad estupenda de Barcelona, llena de atractivos y peligros de todas clases para un muchacho inteligentísimo y tímido. No obstante el encuentro con la aristocracia catalana de refinadas costumbres, y el descubrimiento de sus encantos; no obstante la voz de las playas cantándole en los oídos la ancha melodía azul mediterránea; no obstante tener el paladar y las yemas de los dedos plenos de los nuevos sabores y suavidades que la vida ofrecía a sus veinte años intactos; no obstante ser justo ese descanso sensual para su cerebro, José Antonio renuncia a todo ello en el segundo verano que va a Barcelona para servir como voluntario de un año -forma de recluta de la oficialidad de complemento- en el Ejército ([24]). Así, habrá cumplido sus deberes militares con la Patria el día en que por edad pueda vestir la toga, y podrá dedicar ya todo su tiempo a la actividad que le enamora: el ejercicio de su profesión.

JOSÉ ANTONIO, SOLDADO

SIENTAN plaza al mismo tiempo él y Miguel.

Como el General, su padre, reside a la sazón en Barcelona y allí se han trasladado sus hermanas y sus hijas, es natural que los muchachos vayan a ser

[24] El 20 de junio de 1923 presentó en la Secretaría de la Facultad de Derecho de Madrid una instancia solicitando un certificado de haber aprobado las cuatro asignaturas del Doctorado, a efectos de solicitar su ingreso en el Ejército como voluntario de un año.

soldados en donde está la familia, reunida después de muchos años de separación ([25]). José Antonio hubiera preferido servir en Madrid o en otro sitio donde su padre no fuese la primera autoridad militar, pero las razones familiares vencieron este escrúpulo. Las razones familiares y el firme propósito de no aprovechar ni una sola de las ventajas que pudiera proporcionarle la posición paterna. Y, en efecto, desde el primer día que vistió el uniforme de soldado del regimiento de Caballería número 9 -Dragones de Santiago- se le vio salir de Capitanía General a pie todas las mañanas para trasladarse al cuartel de Gerona en el primer tranvía, en donde se confundía con los primeros jornaleros madrugadores, los últimos juerguistas trasnochadores de vuelta de los innumerables cabarets, tabernas, prostíbulos y garitos del distrito quinto, o simplemente los soñadores de la mágica rambla de los pájaros, que no podían irse a dormir sin oír la lírica diana de los alegres gorriones y mirlos de los copudos tilos. En aquel tranvía o a pie, con la fresca del alba cargada de aliento marino y olores de fábrica, iba el hijo mayor del Capitán General a su servicio a la Patria. Ni una sola vez siquiera le vio nadie llegar en el automóvil oficial del padre. Regresaba lo mismo.

Dentro del cuartel era de una exacta puntualidad para el cumplimiento del deber. Jamás tuvo pereza ni desgana. La instrucción y las marchas a caballo alegraban su seriedad habitual. Al regresar de ellas tenía un apetito feroz, y se dirigía con otros compañeros a la cantina, donde lo saciaba con grandes bocadillos. Inmediatamente se apartaba de los demás, rehuyendo la broma cuartelera, con su especial lenguaje chabacano y su anecdotario, saliendo al sol -siempre que podía- con un libro -que nunca le faltaba-. En general, entre el grupo de muchachos catalanes que como cuotas o voluntarios de un año servían en el mismo regimiento, tenía pocas simpatías. No obstante juzgar algunos orgullo su timidez y su apartamiento de las chanzas ordinarias y atribuir a deseo de significarse el magnífico celo con que cumplía las más mínimas obligaciones, le unió un gran afecto a sus compañeros de cuartel, y muy especialmente a Jorge Girona. Aunque todavía no se hablaba de política en los cuarteles, ya en los de Barcelona se empezaban a fomentar las pasiones. La separatista -que lo mismo afectaba a los soldados de cuota que a los de haber- y las de tipo social avanzado, basadas en la indisciplina, en la consideración del servicio militar como una tiranía del Estado burgués, corrían ya por los patios del cuartel de Gerona como por los de Atarazanas.

José Antonio, sin proponérselo, ejemplarizaba con su conducta. y ante él, ni hablaban catalán los muchachos de las familias bien de la Lliga, ni se atrevían a lanzar sus anatemas anarquistas los obreritos de Sabadell o Tarrasa llamados a filas por las quintas. Cuando alguien le proponía usar de su posición privilegiada para obtener ventajas en el servicio, contestaba: «Ser

[25] El General Primo de Rivera había sido de 1915 a 1917 Gobernador militar de Cádiz; en 1919, Jefe en la Primera División Orgánica; en 1919, Capitán General de Valencia, y luego de Madrid, quedando disponible el 29 de noviembre de 1921, como consecuencia de un discurso en el Senado. Desde el 16 de marzo de 1922 estaba en Barcelona.

voluntario e hijo del Capitán General me obliga mucho más que a vosotros.»

A los dos meses de servicio -septiembre de, 1923- asciende a cabo.

EL GOLPE DE ESTADO DEL 13 DE SEPTIEMBRE

No hay modo de saber qué intervención tuvo José Antonio en el golpe de Estado del 13 de septiembre. Es fácil comprender que como hijo entusiasta de su padre, como español y como militar, consideraría una liberación para la Patria él establecimiento de una Dictadura. Pero probablemente nada más. Era muy joven todavía para que el General le consultase sobre la tremenda decisión que tomaba para intentar salvar a España, aunque la seriedad de su carácter y la claridad de su juicio, bien conocidas de su padre, le hubiesen hecho confidente de muchas cosas en aquellos momentos en que el General, siempre cordial y expansivo, daba rienda suelta a su pensamiento delante de las personas de su intimidad.

Ha oído, pues, hablar -con conocimiento de causa y no sólo por el estruendo callejero- del famoso asunto de las responsabilidades por la derrota de Annual y del célebre expediente Picasso, asuntos que, llevados al Parlamento, amenazaban de quiebra no sólo al régimen monárquico, sino al Estado español. Aquel asunto apasionaba a España entera. Las bofetadas del Senado entre el General Aguilera y Sánchez Guerra habían resonado en todas partes como la palmada que invitaba al silencio para prepararse a presenciar un acontecimiento. El Marqués de Estella salía de Barcelona continuamente para conferenciar con altas personalidades. Otras iban a visitarle en la Capitanía General, y José Antonio las encontraba en las madrugadas cuando salía para el cuartel. El periódico que compraba para leer en el tranvía le informaba de la situación desesperada de la vida española camino del caos. Robos, atentados, atracos, estafas, negación de todo lo alto y lo hondo. En el Congreso, chocarrerías de Indalecio Prieto, y en el Senado, letargo cerril de las aristocracias intoxicadas de estupidez y democracia.

«Concretamente, en Barcelona -escribe González Ruano ([26])- el día 1 de julio del 23 se cometieron cuatro atracos en plena ciudad. El día 7, unos salteadores, armados, desvalijaron en un restaurante a cuarenta y cinco personas. El 20 de agosto, los huelguistas mineros de Bilbao hacen frente a la fuerza pública e impiden la circulación de los tranvías. El 29, en Barcelona, las

[26] *Primo de Rivera. La vida heroica y romántica de un General español.* Ediciones Nuestra Raza. Madrid, 1935, págs. 69 y siguientes.

autoridades del Somatén libran un nutrido tiroteo con los atracadores. El 1 de septiembre, al mismo tiempo que próximo a Madrid, en Villaverde, un grupo de desconocidos atraca a los pagadores de una fábrica, una partida de pistoleros asalta la sucursal del Banco de España de Gijón. Las huelgas producen solamente en Barcelona sesenta mil obreros parados. En Madrid, la huelga de los empleados de Banco y Bolsa...»

José Antonio, reciente su fervoroso estudio de las diferentes doctrinas políticosociales, tiene que comprender el fracaso de la democracia y de cuantas teorías basadas en la lucha de clases y la negación del orden nacional, la disciplina y la austeridad, pugnan por imponerse por el terror. El reciente fenómeno de la conquista del Poder en Italia por el fascismo que acaudilla Benito Mussolini no ha podido estudiarlo todavía -la nueva revolución, esencialmente pragmática no ha perdido mucho tiempo en elaborar doctrinas, sino en hacer acción-, pero presiente ha de ser el que modele el porvenir de Europa si se quiere salvar de la dinamita y el fuego una civilización de veinte siglos. Aún no ha hablado con el Duce; aún no ha visto con sus ojos penetrantes la casi mágica transformación de la pobre Italia de la postguerra en la maravillosa Italia de 1933. Sin embargo, cree ciegamente que la voluntad de un hombre de genio es suficiente para cambiar los destinos de un pueblo.

¿Tendrá el General esa voluntad y ese genio?... De la voluntad no duda José Antonio. Voluntad, energía, fe, constancia y patriotismo son las virtudes que flanquean el carácter de su padre... Genio... ¿Qué es el genio? ¿Dónde reside y dónde se le puede adivinar? El genio tiene mucho de intuición, y el General es un gran intuitivo. El genio tiene mucho de pasión, y el General es un gran apasionado. El genio tiene mucho de coincidencia de las circunstancias con el azar y el General ha sido siempre un hombre de circunstancias azarosas. El genio, además, no es nunca un fenómeno desligado de las realidades vivas; de las necesidades físicas y morales del momento. El genio jamás se produce a destiempo -el genio político, claro es-. El genio político es el resultado de una serie de factores. Napoleón no se hubiera dado en Francia veinte años antes o veinte años después del sitio de Tolón. El genio es el reflejo en el talento de un hombre, de las circunstancias que le rodean, movido todo -espejo e imagen- por el ritmo inexorable de la vida y de la Historia.

Aunque es cierto que la formación -casi exclusivamente militar- de su padre deja vacíos algunos espacios vitales de su inteligencia, el impulso cordial y la sabiduría en la selección de colaboraciones puede llenarlos para bien de España. El país está saturado de hombres aptos y preparados para rodear a un Dictador. En los más selectos elementos -intelectuales, aristocracia, clero, milicia, alta Banca, burguesía e incluso clase obrera- hay ya un evidente desvío hacia el régimen liberal, que sólo a medias ha ido apuntalando desde la Restauración al Estado Canovista, sin fortalecer ese algo superior a la ficción política que es la nación. La gran masa sana y honrada del país siente desprecio y cólera contra las facciones políticas que esterilizan su salud y su

honradez, su sobriedad y su energía. Si la minoría selecta y la masa están de acuerdo con el Rey y con el Ejército para cambiar un sistema político que lleva al país a un desastre, y si han encontrado un hombre cabal, inteligente y patriota, para hacer incruenta la «revolución que España necesita», ¿cómo no confiar en el porvenir? Los veinte años de José Antonio creen y confían en el Dictador. No es necesario decir; conocida la fuerte trabazón familiar que existe en el hogar del General, cómo son firmes la fe y la confianza del hijo en el padre.

¿Intervino José Antonio en la redacción del manifiesto firmado por su padre el 12 de septiembre de 1923? No sería extraño que el General, conocedor del magnífico estilo literario que apuntaba ya en su hijo, se lo hiciera conocer y le pidiera el pulimento de alguna frase, la redondez de algún párrafo por lo menos. Cotejando el texto de este manifiesto y algunos del Fundador de la Falange -particularmente el último de 17 de julio de 1936-, salta a la vista un notable aire de familia. Los escritos del padre y del hijo tienen el mismo parecido que las fotografías de uno y otro a los quince o veinte años. Sólo el indumento y la transformación de la mirada -totalmente militar en el padre y soñadora y política en el hijo- les diferencia. Para mí no sería una cosa inverosímil que algún día se averiguase que en el primer llamamiento al país del Dictador había corrido la pluma de José Antonio.

No obstante, de José Antonio sólo sabemos exactamente que el día 11 había sentido el sonrojo de todos los españoles ante la desfiguración catalana de la figura del conseller Casanovas -ante cuya estatua en Barcelona las futuras hordas de Companys dieron gritos de «muera España», «viva Cataluña independiente» y «vivas a la República independiente del Rif»-, y que el 13, al llegar al cuartel, bebió unas copas con los compañeros para celebrar el alzamiento del Capitán General y regaló una guitarra a unos soldados que querían cantar alegremente las esperanzas de la Patria que renacía.

EL HIJO DEL DICTADOR

EL General, una vez en Madrid al frente del Directorio Militar, consiguió que su hijo José Antonio pudiese cambiar de regimiento para terminar a su lado el servicio. José Antonio pasó a Húsares de la Princesa, de guarnición en la capital. Miguel interrumpió su servicio por enfermedad. Como si su padre fuera, en lugar del árbitro de los destinos de España, un buen señor cualquiera sin influencia de ningún género, José Antonio continuó yendo al cuartel en tranvía o a pie y poniendo el máximo interés en el aprendizaje de la milicia y en el cumplimiento de todas sus obligaciones. En Húsares ascendió a suboficial y a oficial, coleccionando así los cuatro títulos clásicos: Bachiller, Licenciado, Doctor y Alférez.

En los ratos libres de servicio, le absorbía el estudio. Se acercaba ya el momento fervorosamente deseado de cumplir la edad necesaria para ejercer la profesión elegida, para llamarse «abogado» en vez de licenciado en Derecho. José Antonio lo veía acercarse con un respetuoso temor. Pedir justicia es una cosa demasiado seria para hacerlo ligeramente y sin un bagaje científico y moral suficiente. Las circunstancias le colocaban además en la situación que había tratado de evitar al escoger oficio. La maledicencia atribuiría sus triunfos forenses al favor y a la presión del apellido. Nadie creería que si el joven abogado ganaba sus pleitos lo debería a su inteligencia, a sus estudios, a su refinado sentido jurídico, a su delicadeza en no escoger más que las causas, justas. Nadie lo creería, pero él sí. El había de tener la seguridad en sí mismo. El había de saber, cada vez que pusiera sobre sus hombros la toga, que tenía afiladas y tensas las armas para la victoria: la razón primero, sin la cual no puede haber justicia, y después la Ciencia. Escrúpulo y estudio. La conciencia y los códigos armonizándose. Por eso, en sus mañanas libres, vuelve como oyente a las cátedras universitarias, y en las tardes de descanso se encierra en su gabinete a aprender. Como desde niño ha sabido vencer al sueño, el tiempo es su esclavo y puede prolongarlo a su arbitrio y algunas noches las pasa de claro en claro, desentrañando los secretos de la Jurisprudencia y la Filosofía del Derecho.

A pesar de esta capacidad de trabajo, este decidido afán de saber y esta honradez moral para el deber, José Antonio -hay que repetirlo- no es -gracias a Dios- ni el joven pedante, ni el ratón de biblioteca, ni el sabio de rodilleras y caspa.

El prodigioso milagro de su manera de ser es la armonía que producen su seriedad profesional y su ímpetu de aprender, fundidos con su gusto de lo bello, lo bueno y lo noble de la vida. Se puede conciliar todo, y el espíritu de José Antonio es un modelo de conciliación. Debajo de la toga puede ir un traje inglés de corte irreprochable. Junto a las leyes civiles y administrativas o al más reciente tratado alemán de Derecho Público o Privado, pueden estar las poesías de Garcilaso o de Shelley, la estética de Croce, las novelas de Joyce y el teatro de O'Neill. En su alma grande caben, perfectamente acoplados, el amor al Derecho, a la Milicia y a la Política. Y su cuerpo sano y bien constituido puede gozar de los deportes, de la danza y de todos los placeres físicos. En la sobremesa de una comida elegante -a las que empieza a asistir por necesidad social- se puede discutir de literatura o de filosofía con un intelectual, divagar sobre el amor con una mujer bella e interesarse apasionadamente por los grandes problemas del momento mundial con un diplomático extranjero. La verdadera inteligencia jamás es exclusiva. Saber una cosa es cuestión mecánica. Bucear en todos los aspectos de la vida, sentir la necesidad de profundizar en ellos al margen de lo puramente profesional por avidez de conocimiento intelectual, no detener la mirada en un punto del horizonte cuando éste tiene la amplitud del Universo, no amanerar el pensamiento en una cuadratura

apretada de límites concretos, es función del auténtico talento. Los hombres que más admira la cálida juventud de José Antonio -Napoleón sobre todo- fueron así. De estudio y de acción. De gabinete y de calle. De campamento y de salón. De libros y de realidades. De teoría y de práctica.

Con esta manera de pensar y su encantadora timidez suavizándola, José Antonio Primo de Rivera, primogénito del Dictador, se presenta en la vida española. Veintiún años apuestos y gallardos le acompañan. En todas partes le acogen la simpatía y la adulación de las gentes interesadas en la amistad de su padre, o el desdén, el recelo y el odio de los enemigos del Dictador ilustre.

En abril de 1925 -el día 3 y con el número 1.605- se incorpora al Colegio de Abogados. Abre su modesto bufete en la casa paterna -Los Madrazo, 26-, ya abandonada por el Dictador, que habita en el Ministerio de la Guerra, y se sienta ante su mesa, llena de libros, a aguardar los pleitos. Esos grandes pleitos que parece no van a llegar jamás al abogado novel -que sólo ve entrar por las puertas de su despacho a parientes con litigios ridículos o los folios absurdos de las causas del turno de oficio-, hacen su pronta aparición rápidamente en el bufete de José Antonio. Gentes con testamentarías complicadas y negocios confusos, más teñidos de picaresca que de legalidad, se presentan -insinuantes de espléndidas minutas- a buscar el consejo del flamante letrado. ¿Del flamante letrado? José Antonio ve enseguida que no es su dictamen jurídico lo que quieren, sino que aguardan la posibilidad de una influencia política del padre del abogadito joven sobre la conciencia de los jueces para retorcer el Derecho a su favor. Toda la sinrazón del país empieza a hacer antesala en casa de José Antonio, esperanzada de que el nuevo régimen y el nuevo abogado continúen las sendas clásicas de la recomendación y el favoritismo de la vieja política. José Antonio advierte enseguida los peligros. Cepos, trampas y encrucijadas alevosas, son sorteadas ágilmente por su limpia conciencia y su estilo novísimo del que había de nacer la Falange. Mucho podrán hablar de estas peripecias profesionales «los remeros de su bufete» que aún viven -Garcerán; García Conde y Roberto Reyes-.

Pero las tentaciones resbalaban sobre su sensibilidad moral, como había resbalado la táctica de la calumnia, ya intentada contra él por los enemigos de su padre. En el verano de 1924, otro abogado -entonces famoso nada más y más tarde tristemente célebre-, Ossorio y Gallardo, que a pesar de su obesidad de búfalo poseía la sinuosidad delgada de la víbora, lanzó el rumor de que el General «había enchufado» a José Antonio como letrado asesor de la Compañía Telefónica de España, cobrando de esta forma -que luego sería clásica en la República «protegida» por Ossorio y daría pingües frutos a los hijos de éste- la concesión de un monopolio. José Antonio sintió hervir su sangre juvenil ante la grosera mentira y estuvo dispuesto a desafiar al grueso futuro «pontífice de la juridicidad». Seguramente «las ideas religiosas» -bien conocidas después- del «católico» Ossorio, le hubiesen impedido ir al campo del honor. El General disuadió a su hijo de semejante cosa. El campo del honor es para los hombres de honor y Ossorio nada tenía que hacer en él.

Además, la calumnia no había sido lanzada contra José Antonio, sino contra el Presidente del Directorio. No era -insistía- asunto de honor, sino de mezquindad política, y José Antonio no debía mezclarse en tales bajezas. La Dictadura traía un aire nuevo y no se contentaría con un duelo a la antigua y un cuchicheo por las tertulias cafeteriles. Actuaría la Justicia y se apelaría al fallo de la opinión pública. José Antonio no podría menos de sonreír un poco al oír al Dictador -tan viejo liberal en el fondo- hablar de la opinión pública como un «auténtico» demócrata. Y el General le respondería con palabras parecidas a éstas de Napoleón en Santa Elena: «La opinión pública es una potencia invisible, misteriosa, a la que nada resiste; nada es más móvil, más vago y más fuerte que ella; por muy caprichosa que sea es, sin embargo, verdadera, razonable y justa, mucho más frecuentemente de lo que se cree.»

-Pero... -intentaría argüir José Antonio, deseoso de ser él mismo quien corrigiera el agravio.

Y el General, bondadoso y experto, con su facundia habitual y generosa, le explicaría una teoría sobre la envidia -flaca y amarilla al decir de Quevedo-, encarnada por paradoja aquella vez «entre las grasas del corpachón de Buda de Ossorio y Gallardo», como ha escrito un periodista español recordando aquel incidente. «El envidioso -diría el General- no puede ver con calma el triunfo ajeno. Tiene que regatearlo, discutirlo, desfigurarlo, atribuirlo siempre a razones ajenas al mérito personal del triunfador. Yo gané mi laureada en Africa en 1893 por ser sobrino del Marqués de Estella, no por haber salido de Cabrerizas Altas bajo una lluvia de balas de los moros a recoger -con cinco soldados- una pieza de Artillería que había quedado fuera del fuerte. Yo ascendí en Cuba a Comandante a los veinticinco años porque mi tío era Capitán General, no porque me arriesgase al fuego y a los machetazos de los insurrectos. Y lo mismo en Filipinas y otra vez en Africa... ¿Qué importa?. Mi conciencia me asegura que puedo llevar con dignidad estos laureles de mi carrera. A ti te pasará lo mismo en la tuya. Ganarás pleitos y dinero por ser hijo mío, por ser «hijo del Dictador», porque te protege mi cariño y mi recomendación... ¿Qué importa si tú sabes las horas de estudio y de tensión que te ha costado el informe pronunciado y que tu cliente tenía la razón...? ¿Qué importa si tú estás contento de ti...? Nosotros debemos actuar como si los demás nos fuesen a juzgar por nuestros actos y no por sus pasiones. Cuando las pasiones pasan y los actos quedan, es cuando se empieza a hacer la historia objetiva y verdadera, no la crónica escandalosa del día. De ti y de mí, hijo, la Historia dirá cosas muy diferentes de las que ahora hablen los envidiosos...»

Después, José Antonio se retiraría del despacho paterno, al que no obstante ser alta noche, seguirían llegando ayudantes y secretarios con telegramas -pulso de España- y papeles para firmar. El General, infatigable, revisaría todo, aconsejaría, se enfadaría por teléfono con alguna autoridad subalterna. A la madrugada se quedaría solo y sobre las blancas cuartillas su

mano trazaría la nota oficiosa para la Prensa del día siguiente, en la que, como Jefe del Gobierno y como padre, haría la defensa de José Antonio calumniado, con estas palabras sobrias:

«Es un joven licenciado y doctor en Derecho, que habla el inglés como el español, cursando su carrera con sobresalientes y matriculas de honor en enseñanza oficial y con catedráticos tan sabios y respetuosos como los señores Posada, Clemente de Diego, Gascón y Marín y otros que jamás han recibido una recomendación en favor de este discípulo. Por lo demás, de cómo ha practicado el servicio militar este joven hijo del Presidente del Directorio, testificarán sus jefes, que ni un solo día, ni un solo minuto, ha faltado a su obligación en los trece meses que lleva de servicio, sin que ni un solo superior suyo haya recibido una sola recomendación ni petición de permiso en su favor...»

Cuando la mano cansada abandonara la pluma y el sueño viniera a calmar la fatiga de la dura jornada, ¿qué imágenes del porvenir acudirían a la mente del General? ¿Qué presagios para aquel hijo amado, de quien había afirmado años antes «que hablaría mucho la Historia», cruzarían su reposo...? ¿Le vería su corazón paternal atravesado de balas en el patio de la cárcel de Alicante? ¿Vería la sobria losa de su tumba en el centro de las Basílicas escurialenses y de la Santa Cruz del Valle de los Caídos? ¿Vería su retrato en las casas más modestas de España, guiando espiritualmente a las juventudes nacionales en la conmoción más trágica de la Patria...?

Fue la única vez que el General Primo de Rivera habló públicamente de su primogénito. Es de suponer, la emoción con que José Antonio leería en la Prensa aquella declaración en que, sin temor al ridículo, un Dictador hablaba de su hijo. Andando el tiempo, habría de ser José Antonio quien saliese al paso de las calumnias contra su padre, primero abofeteando a los calumniadores, luego en el manifiesto electoral de 1931 -ya muerto el General- en el que pedía un puesto para defender su memoria, con palabras tan desprovistas de retórica y llenas de sinceridad, como las que escribiera el General para retratarle. Ni el padre ni el hijo gustaban de mezclar lo sagradamente íntimo del afecto familiar con el torbellino de la pasión política. Sólo excepcionalmente lo hicieron, hablando el uno del otro, en momentos en que era necesario gritar una verdad entrañable frente al cúmulo de mentiras groseras.

* * *

No fue el incidente Ossorio el único que enturbió la corriente de la brillante carrera de José Antonio. Cada vez más ruin el odio de la vieja política contra el Dictador, los alfilerazos contra el hijo se repetían incesantemente. Pero era tan limpia la conducta del joven abogado y era tal su maestría en las lides forenses, que nada ni nadie podía impedir que a los dos años de ejercicio pagase una de las primeras cuotas de contribución y frecuentase los estrados como uno de los más ilustres veteranos.

«Un día le encontré desesperado -ha contado uno de sus íntimos en un artículo titulado «La toga de José Antonio», que publicó *La Gaceta Regional,* de Salamanca, el 20 de noviembre de 1938-. Había perdido un pleito. Era el segundo o tercero que firmaba, y a pesar de entender él que le asistía la razón, el juez lo había fallado en contra suya y con costas.

»-Aquí -decía- ha intervenido la política. No lo dudo un momento. Soy hijo del Dictador y el abogado contrario es un ex ministro liberal. Pero, ¿es posible esto? ¿Qué culpa tengo yo de que mi padre sea Presidente del Directorio? Pues, ¿y mi clientela? ¿Qué culpa tiene mi clientela?

»Yo le recordé a Platón, cuando en su *Phedon* dice que hay animales cuya mordedura es insensible; tal es la fineza de su dardo que disimula el perjuicio, pero la hinchazón, sin embargo, no nos permite poner en duda la picadura, aunque en ella no veamos huella alguna de la herida.

»Quise enterarme de lo ocurrido «entre bastidores» y pude leer, con la natural indignación, que en un escrito del abogado contrario se decía terminantemente que el cliente de José Antonio lo había elegido, «a pesar de su juventud», precisamente por su situación privilegiada en la vida nacional.

»-Entonces -gritaba nervioso, porque mi padre es quien es, ¿yo no puedo ser abogado, ni ejercer mi carrera, ni vivir como cualquier ciudadano?

»Todo ello le decepcionaba, empujándole a momentos de depresión. Llegó a inspirarle asco el ejercicio de la profesión. Pero de repente reaccionaba alegremente.»

En otra ocasión -bastante más tarde- expuso a ese mismo amigo -seguramente Raimundo Fernández Cuesta; aunque el citado artículo se publicó sin firma, no es difícil identificar en la exactitud del pormenor y en la cálida admiración, el pensamiento del primer Secretario general de la Falange- la siguiente teoría sobre la injusticia española:

«Lo que más me repugna es el chantaje jurídico. Eso de que por cincuenta duros, dados oportunamente, se pueda meter a un inocente en la cárcel o sacar de ella a un sinvergüenza, es cosa que me descompone. La turba de gentecillas que infectan las dependencias de la Justicia y que por holgazanería o ignorancia de los jueces -naturalmente, de algunos jueces- mangonean, trafican y resuelven cuantos asuntos caen en sus manos, es una plaga mucho más peligrosa que una epidemia nacional. Creo en el magistrado español y en su honradez fundamental, pero me percato de sus tribulaciones y conflictos; mal pagados, zarandeados de punta apunta de la Península, siguiendo en la mayoría de las veces los vaivenes de la política, decepcionados ante el espectáculo de que sus mejores sentencias las revoca el Supremo en manos de ministros y compadrazgos de jefecillos...; pero el chantaje no tiene justificación, y la misión del juzgador debe sobreponerse a todas las miserias posibles. El que no esté conforme, que se vaya.

»-Pero..., ¿a dónde.?

»-¡Ah! Ese es un problema de Estado. *No existirá jamás una Patria*

mientras no exista justicia. Y el primer paso es apartarla radicalmente de todo contacto político. El segundo es pagarla bien. El tercero, fusilar sin contemplaciones al mal juez.

»-Pero, ¿fusilar?

»-¿Qué menos? No hay daño más antipatriótico y antisocial que la injusticia. El hombre que no cree en la justicia de su país, no tiene patria y no puede amarla. La mínima condición del ciudadano normal es tener la garantía de que no puede ser atropellado. Y nosotros, en esta etapa republicana, en que vivimos, podemos afirmar rotundamente que nadie nos tendrá miedo cuando sepa que no nos puede ofender sin peligro y que los pleitos, la libertad y el honor del individuo están a merced de las mallas burdas de cualquier picapleitos que asalta las cajas de caudales con la ganzúa picaresca de la toga ([27]), del guiño picaresco de un escribiente que gana treinta duros en un Juzgado y tiene su pequeño automóvil...»

En la primavera de 1925 llegó para José Antonio la prueba definitiva de los abogados. La esperada como un día nupcial por cuantos abrazan con amor la noble profesión abogacil: el informe ante el Supremo.

Casualmente se encontraba aquella mañana el autor de estas páginas en el edificio del Palacio de Justicia. En la amplísima galería de «pasos perdidos» del Alto Tribunal -donde había más animación que a diario- encontré a José Antonio, vestido de toga y un poco pálido.

Después de saludarle afectuosamente, me preguntó:

-¿Tú también vienes a oírme?

Respondí que había ido por allí a unos asuntos míos, ignorando que informaba.

-Pues sí -dijo-. Debuto hoy en el Supremo.

Recordando la claridad de sus palabras al contestar a las preguntas de los profesores y su contundencia al discutir con los compañeros cuando los pleitos de las Asociaciones, juzgué interesante quedarme a escucharle. Hasta mí habían llegado los rumores de que los triunfos jurídicos de José Antonio se debían a la influencia paterna. Aun no creyéndolos, se me presentaba la ocasión de juzgar por mí mismo las dotes del «hijo del Dictador» como letrado, y acepté gustoso quedarme a oírle.

-Me alegro -exclamó sinceramente--. Necesito un poco de ambiente mío.

---

[27] A propósito de la toga, el mismo articulista habla de la de José Antonio, «que tomaba mil formas diversas a lo largo de un informe forense, siguiendo las incidencias del mismo, como aliada entusiasta de su fácil palabra y de su vehemente gesto. Subía sus mangas, al avanzar sus manos hacia los magistrados en brioso ademán de apartar telarañas de sus frentes con un argumento decisivo; se combaba en su espalda cuando a fuerza de gritar entusiasmado sentía calor repentino; cruzaba sobre su cintura las faldas, que caían verticales hacia el suelo, cuando se disponía a arremeter furiosamente contra el Fiscal, o se abría campechanamente al terminar una vista y meter las manos en los bolsillos del pantalón»

Le miré con extrañeza, pues en aquellos tiempos yo, como la inmensa mayoría de las gentes de mi generación, era enemigo de la Dictadura.

José Antonio comprendió mi mirada y sonrió.

-Ambiente mío -añadió- dé amistad y compañerismo; de solidaridad de condiscípulos, claro...

Y continuó, sin dar más importancia a mis recelos:

-Es un pleito muy complicado que traigo ganado en las dos instancias. Pero el adversario es muy tozudo y ha recurrido en casación. A pesar de traer dos victorias y -subrayó- tener la seguridad absoluta de la razón de mi cliente, temo al recurso por dos motivos.

-¿De casación?

-No. Puramente profesionales y psicológicos. Uno, la impresión que produce el informar por primera vez ante el Supremo. El otro, que el recurrente es nada menos que don Francisco Bergamín. Luego esta expectación, desusada en el Supremo, que no hay duda es por mí... Probablemente gustaría verme fracasar... Así que te agradezco que te quedes. También vendrán algunos otros antiguos compañeros de la Universidad...

Charlamos un poco más, evocando los tiempos -que ya se alejaban- estudiantiles, y hablamos de otras cosas -proyectos de cada uno-, hasta que me dejó para ver a sus clientes. Sonaron los timbres. Se llenó la sala. En el mismo banco nos juntamos ocho o diez antiguos compañeros, amigos y admiradores desde las aulas, de la cordialidad y la inteligencia del que luego había de ser nuestro Jefe venerado, nuestro maestro en el amor de España, el símbolo de nuestra juventud y el mito heroico de la Patria en ruinas, sangre y fuego.

Empezó el recurso. Se concedió la palabra al recurrente don Francisco Bergamín, a la sazón Decano del Colegio de Abogados de Madrid. Bergamín, habilísimo abogado y viejo político, ducho y experto en todas las triquiñuelas del Foro y del Parlamento, trató de impresionar a la Sala, a José Antonio y al publico con sus primeras palabras. Aún me parece oír su voz opaca y su ceceante acento malagueño: «Antes de comenzar mi informe, quiero, con la venia de la Sala, dirigir un afectuoso saludo al letrado de la parte contraria -que por primera vez tiene el honor de hablar ante el Supremo-, de quien se asegura, y yo lo creo, es una verdadera esperanza del Foro español. Con mi saludo quiero dirigirle un ruego, que no creo necesario hacer extensivo a la Sala. Estamos en el Templo de la Justicia, donde, sobre todas otras consideraciones, deben imperar la serenidad, la razón, el Derecho y el olvido del mundo exterior. Ruego, pues, nos olvidemos todos del apellido que lleva el letrado de la parte contraria y se falle este pleito sólo con arreglo a la más estricta justicia.»

José Antonio palideció un poco más de lo que estaba, se mordió los labios y tomó una rápida nota. La Sala, incumpliendo su deber, no llamó la atención al Decano, que, desde su altura, recogía también -por odios políticos- la basura de la calle.

Empezó el informe. Bergamín -que, según su costumbre, sólo llevaba como guión un papel del tamaño de los de fumar- la hizo con gran maestría, acumulando argumentos jurídicos y citas legales y de Jurisprudencia. Por la general, era menos minucioso y extenso. Se advertía que deseaba vivamente ganar aquel recurso. Los compañeros de José Antonio temíamos por nuestro camarada, que escuchaba atentamente la lección del viejo maestro, tomando frecuentes apuntes. Su rostro estaba impasible y creo que era mayor nuestro nerviosismo que el suyo.

Terminó Bergamín. La Sala concedió la palabra a José Antonio. En el público hubo un murmullo intenso. Ese murmullo que acompaña siempre a las personalidades poderosas, que no pueden dar un paso por la vida entre indiferencia o desprecio. José Antonio, desde muy joven, ha suscitado siempre ese rumor en el que se mezclaban la admiración y simpatía con la envidia. Andando el tiempo, con esa mezcla se juntarían la mística abrasadora de sus falangistas y la pasión feroz de cuantos «le amaban sin comprenderle o le comprendían sin amarle».

José Antonio no comenzó a hablar hasta que el murmullo se convirtió en absoluto silencio. Y entonces, con su voz, dulcemente grave e infantil a la vez -aquella voz inolvidable que crecía y se agigantaba hasta ser torrente de fuego, pero que empezaba siempre en un tono menor de timidez-, devolvió el saludo al Decano, con palabras muy parecidas a éstas:

«Con mucho gusto recojo y devuelvo el saludo que el ilustre letrado de la parte contraria y Decano de nuestro Colegio ha tenido la atención de dirigirme. A la Sala dirijo también -con la emoción que supone acercarse a su altura por vez primera a pedir justicia- un saludo rendido y cordialísimo, en el que se funden admiración, respeto y confianza. Confianza que hace innecesario que yo me sume al ruego formulado por el letrado de la parte contraria. Yo sé de antemano -y si creyese otra cosa no vestiría esta toga- que la Sala olvida siempre, para administrar rectamente la Justicia, cuanto es ajeno a ella, y me parecería ofenderla pedirle que lo hiciese en este caso. En cuanto a mí, señor Bergamín, que nunca olvido ni olvidaré mi apellido y cuanto debo de cariño y respeto a quien me lo ha dado, lo sé perder en cuanto visto esta ropa. Si alguna antipatía, recelo o rencor tiene con él Su Señoría, debió también haberlo olvidado, pues aquí no somos más que dos letrados que vienen a cumplir su misión sagrada de pedir justicia para el que la ha de menester y hemos dejado -yo por lo menos lo hago siempre- con el sombrero y el gabán en la Sala de Togas, cuanto sea ajeno a nuestra misión -la más divina entre las humanas- para revestirnos, con este ropaje simbólico, de la máxima serenidad, la máxima cordura y la máxima pureza.»

Tras este exordio -que probablemente desfigura en mi memoria el tiempo, y sería mucho más lacónico, tajante y expresivo- se adentró José Antonio en su dificilísimo informe. Era el asunto un embrollado pleito de Derecho Hipotecario. Detalló los antecedentes con precisión maravillosa, analizó las sentencias anteriores tan claramente y rebatió el recurso con tal

acopio de doctrina legal española y fundamentos teóricos de tratadistas extranjeros, que la Sala, Bergamín y el público le escuchaban asombrados. Aquel árido problema jurídico era, en boca de José Antonio, la más amena charla; pero sus razones, férreamente científicas, machacaban y destruían, como un bombardeo, el informe que acabábamos de escuchar.

Tan extraordinaria fue la oración forense de José Antonio, que, cuando acabó -tan impasible como cuando había empezado-, repitióse, agrandado, el murmullo que le precediera y se produjo el caso insólito de que don Francisco Bergamin -uno de los más insignes abogados españoles- pidiera la palabra para rectificar. Hubo un gesto de estupor en la Sala, en José Antonio y en el auditorio. Bergamín se había vuelto loco. ¿Qué podría rectificar a las palabras de José Antonio, perfectas, rectas, armoniosas y exactas como una columna dórica?

Don Francisco, ante la expectación de todos, con voz mucho más alta que la suya habitual, pronunció estas frases cuando la Sala le hubo concedido la palabra:

«Mejor que para rectificar, para rectificarme. Dije al saludar al joven letrado a quien con tanto gusto hemos escuchado que era una verdadera esperanza. Me rectifico. Señores magistrados: Afirmo que en la mañana de hoy hemos escuchado a una auténtica gloria del Foro español. Nada más.»

A la salida rodeamos a José Antonio sus amigos antiguos y el grupo de abogados, jóvenes y viejos, que, con bueno o mala intención, había acudido a escucharle. Entre felicitaciones y apretones de manos, llegó José Antonio a la Sala de Togas a quitarse la suya para marcharse a su casa con la presteza de cualquier otro letrado como él novel y joven.

Pocos compañeros de profesión de José Antonio nos han contado detalles auténticos de su vida forense y sobre todo de la impresión que producía tenerle como contrincante. Entre esos pocos relatos, existe uno verdaderamente interesante del catedrático de Granada señor Sánchez Diezma, sobre la personalidad profesional y política de José Antonio, hecho en una conferencia pronunciada en la Universidad granadina el 22 de noviembre de 1938. El señor Sánchez Diezma habló de una ocasión en que trató a José Antonio, con motivo de un litigio entre dos familias de alta alcurnia de Madrid, representadas por José Antonio, y otra de Barcelona, defendida por el orador. El señor Sánchez Diezma dijo que cuando le entregaron unas cartas del letrado de la parte contraria -a la sazón en los comienzos de su carrera y muy mozo por la edad-, las abrió con recelos de abogado viejo que espera encontrar en el joven muchos más ímpetus que razones. Al abrirlas, quedó sorprendido de hallar todo lo contrario. «Y tanto es así -añadió- que él casi haciéndolo todo, y yo sólo colaborando con buena voluntad, acabó el conflicto al poco tiempo, como debía acabar entre familias cristianas: con una reconciliación.»

Nada más volvió a saber el señor Sánchez Diezma del joven abogado hasta bastantes años después, en que, encargado de defender un pleito, ganado en parte en Barcelona, ante el Supremo, se enteró al llegar a Madrid de que el letrado de la parte contraria era Primo de Rivera. Les presentaron en la Sala de Togas del Alto Tribunal. José Antonio estaba con su cliente y su procurador.

«Como el pleito era catalán y la base era el Derecho Romano -dice el narrador-, José Antonio llevaba un voluminoso tomo del *Digesto*. Yo le miré sonriéndome, y él, con una sonrisa muy benigna, se acercó a mí y me dijo: «Mi querido señor profesor: ¿Qué pensaría usted si en el calor de la discusión yo le agrediera con este libraco?»

Calla el señor Sánchez Diezma su respuesta a la jovial pregunta del Jefe de la Falange y continúa su relato: «Comenzó el pleito y yo desarrollé mi discurso lo mejor que pude. Tenía gran curiosidad por oírle a él. ¡Qué palabra tan limpia, qué dicción más pura, qué armonía más exacta -no buscada, sino natural- entre las palabras y el pensamiento, con precisión, con objetividad!. Al final, yo, si no convencido, quedé encantado. Pero el mal para mí fue que al Tribunal lo convenció y yo perdí el pleito.»

Del calor y entusiasmo que ponía en los pleitos a su talento encomendados y de la amargura que le producía el fallo en contra de la justicia -ya que jamás aceptó asunto alguno que estuviese en pugna con su criterio de estricta moralidad- es prueba esta anécdota contada por Raimundo Fernández Cuesta: «Tuvo últimamente un largo pleito, en el que defendía a una señora, título de la nobleza, que había entrado en una Comunidad religiosa. Después de mil incidencias judiciales y por fuera de toda razón, fue fallado contra la defendida por José Antonio. Tal decisión le produjo un verdadero malestar, y, quebrantado ante la injusticia, me decía que, de vez en cuando, sentía deseos de marcharse lejos, a Norteamérica... Ráfagas que pasaban rápidas en aquella alma nobilísima a la que herían atrozmente las desilusiones.»

* * *

Se acumulaban los éxitos profesionales y, sin embargo, las gentes seguían creyendo en la varita mágica del apellido paterno. Algunas manejaban esta creencia por odio, como los politicastros arrumbados por la Dictadura. Otras, al contrario, la usaban por conveniencia de una nueva «vieja política» naciente entre los recovecos de la Unión Patriótica, aquella desgraciada creación de la buena fe del Dictador. Otras -la masa inagotable de los necios y cretinos- consideraban simplemente natural que José Antonio usara del prestigio de su apellido para deslumbrar a jueces y magistrados en trance de dictar sentencia. Contra las tres categorías se indignaba José Antonio, pero probablemente más que con nadie con los tontos, a los que difícilmente podía disculpar -aunque sí compadecer- su inteligencia.

Muestra patente de cómo eran estas cóleras de José Antonio es la carta que sigue -rigurosamente inédita-, que pone de manifiesto la integridad de un carácter y un estilo de actitud ante las miserias humanas ([28]).

«José Antonio Primo de Rivera, Abogado. Los Madrazo, 26. Madrid. Teléfono 54145.

10 de noviembre de 1928.

Sr. D. Pascual Ruiz Salinas, Juez de Primera Instancia de Almagro.

Querido Pascual: Recibo tu carta y me apresuro a ratificar por escrito cuanto te dije de palabra el día que tuve el gusto de verte. Puedes decir en todas partes que esa gente que alardea en Almagro de amistad conmigo y consecuente influencia, es para mí desconocida hasta el nombre. Aunque la conociera, me guardaría muy bien, como me guardo siempre, de hacer la menor indicación o recomendación a jueces ni magistrados. Pero en el caso presente, no sólo me ofenden quienes se atribuyen esa amistad conmigo, sino que mienten abiertamente, pues, como te digo, se trata de individuos a quienes no conozco siquiera ni quiero conocer.

Creo que esta carta está bastante clara. No la necesitabas tú, porque tu rectitud no ha de apoyarse en pruebas tan poco importantes como una carta mía, sino que por sí misma ha de ser reconocida y respetada. Pero sí me interesa a mí, por mí mismo, poner esto en claro, pues no hay nada que pueda ofenderme más que la suposición de que influyo sobre los Tribunales, según el peor estilo del antiguo régimen. Aunque esa gente de que me hablas hubiera sido amiga mía (que no lo es, por fortuna), hubiese hecho bastante con atribuirme lo que me atribuye para perder mi amistad.

Lo único que quisiera es que se atreviese ahora alguno de esos individuos a presentárseme en casa, cosa que no han osado hacer hasta ahora. Yo le enseñaría cómo se sale por la escalera de un modo más enérgico del acostumbrado.

Puedes hacer de esta carta el uso que quieras. Te abraza tu buen amigo y compañero de los días de la Facultad, *José Antonio Primo de Rivera.»*

Aún había más amargura en ser «hijo del Dictador». Por todas partes -sobre todo en los medios más cercanos al Jefe del Gobierno- el terrible y demoledor espíritu crítico de los españoles acosaba como una jauría feroz a la «ardorosa ingenuidad» con que el General Primo de Rivera gobernaba a España. El propio José Antonio, que poseía sumamente agudo y afilado de ironía ese espíritu, juzgaba a veces la conducta política de su padre con la visión de los intelectuales que admiraba o de los aristócratas con quienes

[28] Debo la copia de esta carta, desconocida e interesantísima, a la solicitud del inolvidable Mariano Rodríguez de Rivas, quien desde que conoció mi idea de escribir esta biografía del Jefe de la Falange no cesó de buscar elementos para facilitarme el trabajo, lleno de la misma devoción mía por la memoria de José Antonio

convivía. La sinceridad humanísima con que el Dictador se dirigía al país para exponerle sin recato su pensamiento en notas oficiosas -como el que escribe íntimamente a un amigo en quien tiene plena confianza- desagradaba a José Antonio, que ya tenía la intuición de la política nueva. Algunas personas de las que rodeaban al General a todas horas -empeñándose en constituir la «camarilla» que con tanta reiteración ha ahogado en España los mejores intentos políticos-, eran poco gratas a los ojos de José Antonio, que advertía el breve espacio existente entre la adulación oficiosa y la traición. El espíritu juvenil de José Antonio tenía que condenar, naturalmente, todo el lastre viejo que frenaba el ímpetu de su padre. Y su penetración psicológica del carácter humano -el bufete tiene, como el gabinete del médico, mucho de confesonario- le permitía adivinar los turbios recovecos de las malas pasiones en los pasillos de los palacios de Buenavista y de Oriente. Incapaz de insinceridad con nadie, y mucho menos con el padre respetadísimo y amado, José Antonio sostenía con el General largos diálogos políticos, económicos y sociales. En muchos aspectos discrepaban y discutían. José Antonio argumentaba enérgico y clarividente. El General le escuchaba con respeto y admiración. Desde muy niño le había tratado como a un hombre. Después de aquellas largas controversias, el Dictador repetía gozoso a sus amigos las opiniones de su hijo y decía con arrobo paternal: «Me encanta la seguridad que José Antonio da a sus palabras.»

Como no todos aquellos amigos del círculo del General eran ejemplo de fidelidad o discreción, no faltaba quien llevase a la Gran Peña o al Casino de Madrid, al Nuevo Club o al Golf de Puerta de Hierro, a la antecámara palatina o al umbral de una logia, la noticia de que el primogénito del Marqués de Estella era antidictatorial. La noticia corría como un reguero de pólvora, desfigurada y amplificada. No faltaba quien la diera crédito absoluto -¿qué ridículo rumor de mentidero político no ha tenido sus fieles?- ni quien soñase para una posible conspiración futura con el nombre de José Antonio. En aquellos momentos, la gente más adversa al régimen trataba de acercarse al hijo del Dictador, y menudeaban las invitaciones capciosas en hoteles y palacios, donde se le enfrentaba con políticos y escritores «a ver qué pasaba». Claro que nunca pasaba nada. José Antonio, con su sagacidad y su ingenio, aceptaba el convite y eludía en todo momento llevar la conversación al terreno en que le esperaban los maliciosos. Su cultura y su espiritualidad le permitían esquivar las acometidas malévolas sin defraudar a sus interlocutores, que se marchaban sorprendidos de las dotes excepcionales del muchacho, prometiéndose otra ocasión para ganarle a su causa. Ocasión que jamás lograrían. Ni por asomo soñaba José Antonio verse en trances políticos, por los que sentía aversión y disgusto. Ni por curiosidad siquiera pensó nunca mezclarse con nada que oliera a politiquería. Sin embargo, cuando el Destino le forzó a aceptar la bebida agria de la intervención en la cosa pública, lo hizo, primero para defender la memoria de su padre, escarnecida, y luego, para combatir por una Patria en trance de disolución. A ambas misiones de

patriotismo habría de confesar haber llegado «por el camino amargo de la crítica» y en ambas sabría manifestar una elevación mental y un temple ético verdaderamente extraordinarios. Su crítica de la obra de la Dictadura -que nadie le escuchó en los años de gobierno de su padre, en que la maduraba día a día- y la pesi-optimista visión de España desde la atalaya de su Falange, asombraron a todos cuando -roto el silencio voluntario- José Antonio dejó vibrar su voz dolorida y entusiasta en 1933 y 1934. ¿Quién con mayor objetividad y respeto que José Antonio analizó las fallas y los aciertos de la Dictadura? ¿Quién declaró las razones de su quiebra y su grandeza con más serenos argumentos que José Antonio en su famoso discurso parlamentario del 6 de junio de 1934? Ese análisis serio y ponderado, era el que iba haciendo día por día durante los siete años de permanencia de su padre en el Poder. Esas mismas palabras, pronunciadas en público, eran las que en los diálogos con el General había expresado constantemente. Palabras que, bien se advierte, nada tenían que ver con las demagogias o trapacerías de los políticos y los intrigantes que durante mucho tiempo acariciaron la idea de ver a José Antonio sumado a sus maniobras.

***

No todo eran pesares por ser «hijo del Dictador». Durante muchos meses, el optimismo del General, contagiado a España, influyó en José Antonio. Todas las puertas se abrían para él prometedoras, desde la cámara regia y las Embajadas hasta las de los centros de diversión más conocidos ([29]). En todas

---

[29] *Nota de la tercera edición.*-Conocemos algunos detalles de su vida de sociedad, referidos por aristócratas madrileños. En su libro *Dentro* y *fuera de mi vida* (Ed. Guadarrama. Madrid, 1955), Agustín de Figueroa, marqués de Santo Floro, habla de un baile en el Palacio Real de Madrid. Cuenta que acudieron a recogerle a su casa para llevarle a Palacio la duquesa de Dúrcal y el marqués de Castellane. «Camino de Palacio, aún hemos de recoger a otro invitado antes de acudir a la fiesta. La persona que sube al coche luce gallardamente el uniforme de húsar. Todavía muy joven -está haciendo el servicio militar-, representa aún menos edad de la que tiene. Se expresa con locuacidad y donaire. Sus ojos, de mirada levemente triste, reflejan viva inteligencia. La duquesa de Dúrcal presenta al recién llegado: José Antonio Primo de Rivera...»

«Durante gran parte de la noche -prosigue Agustín de Figueroa- he conversado con Cristina de Arteaga, que acaba de publicar su libro de versos *Sembrad*. Nada hace prever su vocación religiosa, su total alejamiento del mundo, que parece atraerla. Bajo el oscuro flequillo brillan sus grandes ojos, claros y aterciopelados, de mirada misteriosa. Su cabeza recuerda la de un paje del medievo... El joven húsar se une a nosotros y me parece lleno de simpatía, pero su presencia me impide dialogar confidencialmente con la poetisa. Tal vez piensa que soy yo el que estorba. Más tarde he de pensar detenidamente en aquellos compañeros de una noche de fiesta, en su destino, insospechado entonces, tal vez por ellos mismos. ¿Hasta qué punto presentían sus futuros afanes, su ideal, su misión? Al verlos, jóvenes, risueños, despreocupados en la fiesta cortesana, ¿quién hubiera vaticinado que ella fundaría conventos y él una apasionada doctrina decisiva en los destinos de su Patria? ¿Cómo distinguirlos de todos aquellos seres que les rodeaban, de los que se conformaron

partes era popular la figura del Dictador, y ese aura de simpatía del pueblo rodeaba a sus hijos por doquier. Durante un tiempo, José Antonio, sin descuidar su trabajo profesional, pareció gozar en el disfrute de esa popularidad de su padre. Pronto, sin embargo, se retiró de ella, influido su ánimo en parte por razones íntimas y en parte por una reacción mística contra esa misma popularidad del padre, demasiado situado al alcance del pueblo -en un sentido folklórico y castizo- y de la aristocracia en su sentido corruptor por indolencia y refinamiento. Desde 1926, José Antonio se reconcentra en sí y empieza a meditar profundamente sobre los conceptos pueblo y aristocracia. Son «años decisivos» en su vida. Se hace fervoroso lector de los nuevos maestros de la Filosofía Política. Son los años en que la *Revista de Occidente* empieza a difundir por España a Spengler, a Kayserling y a Ortega. Es la época en que el genio de Mussolini ha infiltrado en la turbulenta sangre italiana la «manera de ser» fascista. Acompañando a los Reyes de España, al Jefe del Gobierno, José Antonio ha ido a Roma, ha visto y escuchado al Duce y a su pueblo y ha comprendido el error con que el General Primo de Rivera trata al español. El pueblo tiene que adquirir una categoría diferente de la que el General le da. El pueblo no puede ser ni *masas,* como quiere la Demagogia -esas masas ya están en rebelión-, ni un elemento amorfo y disgregado al que dar pan y toros. José Antonio empieza a comprender la misión del pueblo en la nueva historia que se avecina. A intuir que el Movimiento Nacional, donde quiera que surja, ha de ser precedido del Jefe, pero no ha de nacer -como decía Mussolini- en el espíritu o el corazón del conductor, sino «de un profundo, un eterno deseo de raza, que, en un momento dado, se siente amenazada en las razones esenciales de su existencia por una locura trágica y por un mito que se extingue ya en el país mismo donde nació». En España, esta locura y este mito eran la falsa democracia, gimiendo bajo el puño del Dictador y la no menos falsa Revolución Social, preconizada por el marxismo, con el cortejo de la lucha de clases y la Dictadura del proletariado. Otro mito amenazaba a España: la Democracia Cristiana, el «populismo» y sus congéneres. De un fracasado partido social-popular creado por Ossorio, el General había sacado algunos colaboradores, que, a su caída, no serían

---

con una existencia muelle, fácil, brillante y mediocre?»

En sus memorias, tituladas *Erase una vez...* (Barcelona, Seix y Barral, 1954), la princesa Max de Hohenlohe refiere la anécdota siguiente: «Un día de recepción en casa me dice José Antonio de pronto: «Vámonos para arriba, Piedita. Estamos mejor con tus churumbeles que aquí con tanta gente.» ¡A quién se lo decía! y allá nos encaminamos, dejando el bullicio de la gente, subiendo por la escalera que terminaba en el piso segundo, donde vivíamos Max y yo... Allí, en mi *sancta sanctorum,* jugaba aquel muchacho tan joven con mis -entonces solamente tres- bebés: Pimpinela, Alfonso y Browny (Christian). Jugaba con ternura y atractivo extraños el futuro mártir nacional, tan grande en los momentos de su trágico fin como en aquellos en que, sentado en el suelo de una *nursey,* supo ponerse a tono con el menudo público, lo mismo que haría, apenas diez años después, con los desaforados que le quitarían la vida ignominiosamente.»

capaces de conservar el aliento de anti-partido que quería la Dictadura y formarían las diferentes células de la derecha española: Ceda, Renovación, Agrarios ([30]).

El espectáculo político no interesaba a José Antonio, pero la gran política sí, y se dedica con fruición al estudio de las doctrinas y tendencias políticas del mundo. Deduce que la política al uso es una escuela de picaresca y que las naciones necesitan el recurso drástico de una Revolución Nacional de tono heroico, juvenil y alegre. Le acongoja que el patrón futuro tenga que ser el italiano y se pone a buscar afanoso en el pensamiento español la fórmula nacional. No tarda en encontrarla en la entraña de los pensadores tradicionalistas, sobre todo en Vázquez de Mella, cuyas obras lee apasionadamente -como las de sus predecesores, Donoso Cortés y Balmes-, hallando en ellas gran parte de la sustancia que, cuando su pensamiento genial dé con la fórmula externa de acuerdo con los tiempos, nutrirá la doctrina de la Falange. Los estudios políticos, el ejercicio de su profesión, su amor a la vida y el orgullo de no querer nunca ser el «hijo del Dictador», le alejan naturalmente de la política activa. Jamás ostentará un cargo ni disfrutará una prebenda. Jamás deberá al cariño paterno más que lo íntimo. Tal vez el Destino le llevará a heredar lo mejor de la obra de su padre, pero por caminos difíciles.

* * *

Su vida va marchando hacia la más espléndida y granada madurez intelectual. «Sin prisa, pero sin descanso», según el lema de Goethe. Amor a la justicia, amor al trabajo, amor al amor. Salvo en su profesión -cada día más querida y más constantemente ejercida-, en lo demás se contenta con ser el «dilettante» curioso. Posee una de las más perfectas prosas que conoce el castellano y no quiere ser escritor; ni siquiera en las revistas jurídicas colabora. Su técnica del Derecho civil podría llevarle brillantemente a una cátedra, pero no quiere ser profesor. Sus profundos conocimientos históricos, que cultiva con pasión, le llevarían, si quisiera, a magníficos resultados en la investigación crítica; sin embargo, tampoco quiere ser historiador. Lo será todo, en grado de excelsitud, cuando el puño del Destino golpee su puerta.

Del escritor deliberadamente frustrado de aquellos años quedan algunas cartas y algunas páginas de álbum. Muy difundidos han sido dos pequeños poemas -llenos de todo el encanto de la espontaneidad-, compuestos con arreglo a las normas líricas de la época: *Marinero en tierra,* de Rafael Alberti; *Canciones,* de Federico García Lorca, y *Víspera de gozo,* de Pedro Salinas, tres

[30] Aludiendo a la afición a la política de su padre, decía José Antonio algunas veces: «Cuando un hombre ama la política, sus hijos suelen aborrecerla.»

poetas a quienes admiraba grandemente José Antonio. El primero, con su sobriedad deliciosa de «soleá», conteniendo una imagen sola y bellísima. El segundo, más hondo, más íntimo, más personal, menos «poesía pura» y quintaesenciada.

I.-*Jardín de Paterna, el tiempo*
se cayó en un pozo blanco
debajo del limonero

(1930)

Imagen de Andalucía, que refleja el agua y el sol, la cal y el azahar, la calma de la siesta, la copla lejana en el viento.

II.-*Vivamos en el mundo.*
Pero tengamos nuestro mundo aparte
en un rincón del alma.
Un mundo nuestro
donde tus horas y mis horas pasen
íntimamente, luminosamente,
sin que nos turbe nadie.

(1925)

Deseo de enamorado que sueña complacerse en la contemplación gozosa de su felicidad. Deseo de poeta actual, sin mística crítica, anhelante de una placidez dichosa «sin alejarse del mundanal ruido».

Los dos poemas tienen un estilo de maravilloso laconismo lírico, al que corresponderá -más tarde- el laconismo militar de la poesía épica de los discursos.

A veces, cuando el momento no se presta a lirismos, José Antonio hace versos de circunstancias, llenos de empaque, como todos los de los poetas arcaizantes que aún quieren sostener batalla con la lírica moderna, de la que José Antonio -no obstante su eterna devoción por Garcilaso- es francamente partidario. Para él no hay opción en la pugna de las escuelas. Está al lado de los de la «poesía y no verso», frente a los del verso prosaico sin contenido irreal, de sueño, de exaltación, de subconsciente. Hacer sonetos como los graves doctores de la Academia tampoco es difícil. Después de una cena copiosa con amigas y amigos en el «Mesón del Segoviano», de Madrid -puesto en boga por el esnobismo de la aristocracia y los intelectuales-, José Antonio estampa optimista en el álbum de la casa -el 9 de diciembre de 1926- estos catorce endecasílabos, por los que corre la musa glotona y jocosa de Baltasar de Alcaraz:

Hoy ha comido el Nuncio en la Embajada.
¡Bien debió de cenar su señoría!
Pero yo por su cena no daría
la cena sin igual de esta posada.
¡Oh insigne sopa de ajo! ¡Oh ensalada!
¡Oh cordero que a jara trascendía!
¡Oh rubios bartolillos! ¡Oh judía
con trozos de chorizo decorada!
¡Oh glorioso yantar de hechuras viles!
¡Oh viña castellana y andaluza
de vinos bulliciosos y viriles!
¡Oh aceite venerable de la alcuza
que lo mismo alimenta los candiles
que alimenta al que come la merluza! ([31]).

---

[31] Inédito. Debo su copia al camarada Ignacio Agustí, director de la Revista Nacional-Sindicalista de Cataluña *Destino* (*).

(*) *Nota de la segunda edición.*-Igual que estos versos, deben existir otros de su mano, dispersos en diferentes lugares. En la desaparecida *Estafeta Literaria,* de Madrid, se publicó en enero de 1946 otro soneto de José Antonio que lleva la fecha de 19 de junio de 1925 y aparece escrito al dorso de una minuta de una casa de comidas que por aquellas fechas existía en la calle de Echegaray, de Madrid, llamada -con el nombre de la comedia romántica y sevillana de los hermanos Quintero- «El Duque de El», de la que era dueño el antiguo mozo de estoques del «Algabeño» (padre), muy frecuentada por toreros. El afortunado poseedor del singular autógrafo de José Antonio, Jaime Suárez, la comenta con emoción v delicadeza simpáticas, aludiéndome amablemente. Dice así el soneto de José Antonio, por el que pasan acentos rubenianos:

Hemos bebido el sol disuelto en vino
y sangre de claveles en gazpacho;
a un fauno viejo, vigoroso y macho
he tenido en la mesa por vecino.
Don Pedro es andaluz «sonoro y fino»,
y siempre que pronuncia un dicharacho
tiene risas alegres de muchacho
y experiencias de viejo libertino.
Al final el mantel se abrió en heridas
y cayeron las rosas encendidas
sobre las caries de la tabla vieja,
y entre el perfume escanciado de las rosas
escanciamos los besos de las diosas
en las copas de vino de Occidente.

Si la trascripción es fiel, en el calor de la improvisación se le perdió a José Antonio el consonante final en el último verso (**).

(**) *Nota de la sexta edición.*-No hubo tal pérdida de consonante final. (Hubiera sido impropio de José Antonio malograr el soneto.) El error fue de Jaime Suárez, quien -como tantas veces nos pasaba a cuantos veíamos los autógrafos a vuela pluma de José Antonio- no entendió bien su caligrafía y puso Occidente en donde el improvisador había escrito

Este placer del bien comer y el bien charlar con los amigos no le abandona nunca. Poco a poco va perdiendo su timidez y adquiere el rango de protagonista de los almuerzos y comidas a que asiste. El. padre -embobado con él- le cede gustoso el puesto de honor en los juegos de ingenio que sazonan los ágapes de las personas bien educadas. El, sin embargo, cuando estaba presente el General -«causeur» genial y espontáneo-, prefería no hablar para escucharle. Además, estando el Dictador, la conversación recaía fatalmente sobre los temas de la actualidad política, que José Antonio rehuía para evitar dos peligros: aficionarse a ella y dar lugar a comentarios torcidos de sus palabras.

Con el General, José Antonio tuvo ocasión de sentarse a la mesa de muchas personalidades: aristócratas, prelados, militares, diplomáticos, políticos, periodistas, religiosos. El General frecuentaba -y su primogénito con él- el refectorio de los Padres Agustinos de El Escorial. El padre Isidoro Martín, contestando a una pregunta mía sobre aquellas comidas fraileras, me escribía: «A ellas asistía también, pero sin intervenir apenas, José Antonio. Me pareció un joven inteligente, sencillo sin afectación y serio sin petulancia. Ponía además un tono de aristocratísmo en la forma de expresarse que cautivaba.»

El General es de suponer que no se contentaba con los éxitos profesionales de José Antonio, limitados a una órbita exigua y maldiciente. Hubiese querido ver resplandecer el talento del hijo en otros lugares donde se le aplaudiera y admirase, donde el país entero comprendiese su capacidad, su cultura, su elocuencia. No perdonaba ocasión, con ese delicioso e inocente orgullo de los padres de «niños prodigios», de proporcionarle el momento de éxito. José Antonio se escabullía siempre. Sin embargo, una vez accedió al deseo paterno. Fue en ocasión de un acto literario celebrado en noviembre de 1929 en el Hotel Ritz para festejar el éxito grandioso del poema andaluz de Manuel y Antonio Machado *La Lola se va a los puertos.* Manuel Machado lo ha contado (en el *AB*C de Sevilla de 20 de noviembre de 1938), silenciando por discreta modestia la razón del acto.

«...Fue una de las primeras, acaso la primera vez -dice el gran poeta español- que -aparte sus alegatos forenses- hablaba en público José Antonio. Se celebraba un suceso artístico y la magnífica sala de fiestas del Hotel Ritz, de

---

Orbaneja (Viña jerezana perteneciente a la familia Primo de Rivera). Así me lo hizo saber en 1950 Julián Pemartín, y también que el don Pedro andaluz "sonoro y fino" era don Pedro de Soto y Aznar.

Según el inolvidable Julián Pemartín, el segundo terceto del soneto, decía:

"Y al disiparse el humo de las rosas
escanciamos los besos de las diosas
en las copas de vino de Orbaneja».

Madrid, estaba llena a rebosar de todas las aristocracias españolas: desde la de la sangre hasta la del «cante hondo». La cálida palabra del joven orador, impregnada ya de un dulce misticismo y como de un aura de profecía, penetraba candente en los espíritus y captaba, irresistible, no ya el difícil entusiasmo, la emoción cordial y sincera de aquel selecto auditorio. Cuando José Antonio descendió del estado entre ovaciones delirantes, don Miguel Primo de Rivera se acercó a su hijo. Y, al abrazarse aquellos dos hombres -muy hombres-, había también lágrimas en sus ojos.»

Según Manuel Machado, en las palabras de José Antonio aquella noche está «el primer eslabón de la recia cadena intelectual que forjara el genio prodigioso y la capacidad *poética* de José Antonio», según la admirable frase -y exacta- de Raimundo Fernández Cuesta. «Fue aquél su primer discurso un arrebatado panegírico de la poesía como norma capital de la vida -sigue diciendo el autor de *Julianillo Valcárcel*-. Conocía de sobra José Antonio toda la noble y benéfica influencia que en el mundo y en la misma naturaleza ejercen el metro y la rima, cuál es el prestigio irresistible de la música. Y hubiera sido, de proponérselo, un admirable poeta de verso, un gran lírico. Pero él sabía también que en su más alto concepto la palabra «poesía» significa «hacer», «acción», «creación». Y que en este sentido Dios mismo es el sumo poeta por cuanto el Hacedor supremo. Y a esta poesía, creadora y activa de signo positivo, fue a la que José Antonio se entregó -cuerpo y alma- en una vida clara, toda belleza, desde el principio al fin, y que no conoció la fría vejez. En plena juventud le alcanzaron el martirio y el sacrificio por su España idolatrada... Pero antes ya nos la había él inundado de «azul» y había dicho: «A los pueblos no los han movido nunca más que los poetas. ¡Y ay de aquel que no sepa levantar frente a la poesía que destruye, la poesía que promete!» ([32]).

Es curioso que esta primera salida de José Antonio al campo de la pública oratoria, coincida con la primera de Benito Mussolini. Uno y otro

---

[32] *Nota de la tercera edición.*- José Antonio, al ofrecer el homenaje decía «que se trataba de un homenaje a dos intelectuales henchidos de emoción humana, receptores y emisores de la gracia, la alegría y la tristeza populares. Sentido de intelectuales que contrastó con el intelectual inhospitalario y frío, encerrado en su torre de marfil, insensible a las vibraciones del verdadero pueblo. No estaría de más subrayar que el homenaje es a los poetas, sí; pero también a los dramaturgos Hay que acabar de una vez con esa crítica miope -y tanto más convencional cuanto más libre de prejuicios quiere parecer- que cada vez que estrenan los Machado sólo deduce el triunfo de los poetas. No. El público que ovaciona a los Machado es público de teatro y les rinde el tributo de su admiración porque son los dramaturgos, los constructores dramáticos, quienes le emocionan y le encantan. Que son dos grandes poetas ya lo sabemos todos hace muchos años. Hay escritores a quienes sólo se puede admirar. A otros, como a Manuel y Antonio Machado, se les admira y se les ama».
(La Nación, 28 de noviembre de 1929. Reproducido por primera vez en *"Textos inéditos y Epistolario de José Antonio Primo de Rivera"*, recopilados por Agustín del Río Cisneros y Enrique Pavón Pereyra. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1956.)

El banquete-homenaje a los insignes poetas sevillanos fue presidido por el General Primo de Rivera. Entre los comensales figuraba también el General Sanjurjo.

hubieron de velar sus primeras armas en la oratoria hablando de poesía o de música. El hijo del herrero de Dovia, a la sazón maestro en la escuela «José Carducci», de Forlimpópoli, tuvo su primer éxito a los diecisiete años, conmemorando en el teatro local la muerte del gran compositor Giusseppe Verdi. El hijo del General de Jerez habla de poesía. Uno y otro padre se emocionan con sus muchachos -que estudian ardorosamente y componen poemas-, convencidos de los altos destinos que les aguardan. «De este chico hablará mucho la Historia», ha profetizado el padre de José Antonio. «Tú serás el Crispi de mañana», ha dicho a Benito, Alessandro Mussolini, el rudo herrero socialista. La Humanidad y la Historia tienen sus coincidencias por encima del Tiempo, el Espacio, las Clases y los Pueblos.

EL AMOR

No es completa una vida humana que no ama. No es completo un amor si en él no hay alternativas de esperanza y desesperación, de dicha y desaliento, de lágrimas y risas. José Antonio, hombre completo, supo amar con todas las facetas que describe Lope de Vega en su famosísimo soneto sobre el Amor.

Muy poco se sabe públicamente del gran amor de su vida y de los amores menos complicados que alegraron sus horas de lucha y de melancolía.

Serrano Súñer es el único confidente de los años mozos de José Antonio que nos ha contado algo -muy ligeramente- de esto. Otros conocemos -nunca por habérselo oído a José Antonio, que tenía gran cuidado en guardar para la intimidad de su nostalgia el recuerdo de su gran amor frustrado- algunos detalles de este episodio de su existencia, nacido en plena juventud y conservado probablemente hasta el último día en el fondo de su alma. Serrano Súñer recuerda el día que se lo comunicó «con aire endiabladamente adolescente». Y sus frecuentes conversaciones sobre «ella» durante meses y años; los elogios sobre el color, sobre el tamaño, sobre el acento y, sobre todo, las cartas, «que estaban llenas de rigor literario». Recuerda también Serrano Súñer sus estratagemas de malhechor furtivo para llegar hasta ella o hacerle llegar la carta o el regalo en la misma capilla del Pilar ([33]). Sus lances a lo Romeo y Julieta, y su tortura, vacilaciones, decisiones y nostalgias últimas. Pocas veces se da un hombre portador de tantas cualidades; pero la propia exigencia o la mala fortuna las frustraron para el encuentro definitivo.

Estratagemas furtivas... Lances a lo Romeo y Julieta... Todo ello parece denotar un sino trágico en los amores de José Antonio, como en el de los amantes de Verona. Y, en efecto, lo hubo. No una enemistad de generaciones

[33] Serrano no dice más. ¿En qué capilla del Pilar? ¿En la de la basílica zaragozana? ¿En la de alguna iglesia madrileña?

entre los padres de ella y él, como en Capuletos y Montescos; no una ofensa gravísima que abriera un océano infranqueable entre ambas familias; no una muerte o una venganza, sino una sutileza nobiliaria, un puntillo de nobleza, una puerilidad, si se quiere. Probablemente, si José Antonio se enamora de una muchacha de la burguesía española o de una moza proletaria, su padre -tan profundamente humano y tan demócrata, en el buen sentido de la palabra- no hubiera hecho oposición alguna a la elección sentimental del primogénito de su clara estirpe. Mas José Antonio no tropezó en sus años adolescentes con una de esas muchachas sencillas que ahora alegran la vida de España con su camisa azul de falangistas. Los ojos claros y el corazón impetuoso del futuro Jefe de la Falange tropezaron en sus años de adolescencia con una bellísima mujer de la más alta alcurnia de la nobleza española.

Ella y él se conocen, se tratan y se enamoran como se enamoran las almas puras de menos de veinte años. Nada les preocupa el importantísimo problema de la precedencia en sus títulos. El es primogénito del Grande de España Marqués de Estella, Dictador de España, y no puede sospechar, en su ardorosa ingenuidad juvenil, que todo esto sea poco -o sea demasiado- para ofrecerlo a ella, que ostenta por derecho propio de progenitura un bello título ducal, al que se juntarán otros de la misma alta estirpe el día que su padre muera. Naturalmente, tampoco la enamorada piensa que sea un problema capaz de entorpecer el curso de un amor vehemente esa cuestión de prelación en los títulos. A buen seguro, la intuición femenina -sutil y delicada- advierte que hay en el galán algo que será mucho más que el viejo apellido ilustre y el joven título de nobleza de que será el tercer poseedor. De fijo, el corazón le dice que el *José Antonio* anulará al Primo de Rivera y al Marquesado de Estella, y que -poco tiempo más tarde- en la Historia de España no habrá título que pueda compararse en gloria a los que gane para sí el Genio.

Pero este pensamiento no llega a los familiares, obcecados en el legítimo orgullo de sus blasones. Aunque el amor argumenta y defiende tenazmente sus derechos, la razón familiar va ganando su terreno. Razón familiar respetable si se quiere, pero dolorosa y poco humana. Quizá si el galán fuese otro de los hijos del Marqués de Estella, no habría objeción a formular, pues aunque los cuarteles y timbres de nobleza no fuesen pariguales, de realizarse el matrimonio, como él no llevaría título propio, el glorioso Ducado de ella cubriría el apellido. Pero siendo el primogénito del General, al heredar el Marquesado de Estella, este título forzosamente habría de pasar antes -con sus sesenta años de vida- que el viejo e histórico Ducado.

La oposición familiar -sólo por esta razón- se hace inflexible y crea un ambiente dramático a los juveniles amores. No hay que decir cómo la dificultad aviva la pasión en José Antonio y cómo le aclara mil razones para combatir la pugna. Si se tratara de otro joven aristócrata, sin derecho a título con grandeza, la familia cedería. Aun cuando fuese uno de esos lamentables «fin de raza» que ofrecen en profusión las viejas aristocracias de sangre de todos los países, sería preferible a aquel mozo parecido a los arquetipos del

noble español: a Rodrigo Díaz de Vivar, a Garcilaso de la Vega, a Martín Vázquez de Arce, el Doncel de Sigüenza.

No ha habido ofensa al padre de la amada, como en el Romancero del Cid; ni existen entre la familia odios de sangre, como en los nobles patricios veroneses; ni un pasado escandaloso, como el de Tenorio, aparta con horror de su nombre a los Ulloa; ni, en fin, se trata de un aventurero indiano, como Don Álvaro, con quien no puede casar la hija del Marqués de Calatrava. La tragedia se empequeñece. La elegida y José Antonio no llegan a ser Jimena y Rodrigo, Julieta y Romeo, Doña Inés y Don Juan, Leonor y Don Álvaro. La fuerza del sino no es rematadamente dramática. Las causas de la oposición familiar -que debilitan la voluntad de amor en ella- producen en el ánimo entero de José Antonio más triste sarcasmo que cólera bíblica. Le hacen reflexionar más que encolerizarse. Como la razón y la clásica serenidad de su mente saben vencer su pasión juvenil, ya que no la obstinada sinrazón de los otros, su concepto del deber le hace adoptar la forma quizá más heroica, aunque menos teatral: renunciación y apartamiento.

Un hombre joven y vehemente no toma esta decisión de sacrificio íntimo y desgarrador sin las «torturas, vacilaciones, decisiones y nostalgias» de que habla Serrano Súñer al referirse a este triste episodio de la vida de José Antonio. La renunciación y el apartamiento, que le alejan de «ella», le aproximan a otras. Frecuenta los salones y los bares de moda, donde «flirtea» en busca del olvido. En los círculos elegantes de la Corte se conoce su fracaso sentimental y son muchas las mujeres que sueñan con restañar la herida abierta en el alma del buen mozo. Pero José Antonio cruza ante los fáciles amoríos sin poner en juego nada de su corazón, que, sin duda, reserva intacto para la ilusión perdida de «ella» y para la nueva ilusión poderosa de una España mejor que ha de nacerle pronto en la mente.

En los últimos meses de su vida conoce a una chica modesta -hija de un industrial de una de las más bellas capitales castellanas- que tiene un sorprendente parecido físico con la elegida, ya perdida para siempre por su matrimonio. Es el amor eterno que reaparece. Con ella inicia el Jefe de la Falange un epistolario delicioso, del que conocemos cuatro muestras, publicadas por Bravo en su *José Antonio.* La prisión y el Alzamiento Nacional dejan en los albores una página que, tal vez, habría sido definitiva en su vida, ya que no es de suponer que el ambiente de la ciudad muerta en que la muchacha vivía hubiese arrastrado el espíritu de José Antonio a un simple idilio literario ([34]).

---

[34] *Nota de la tercera edición.*-¿Aludiría José Antonio a esa desconocida cuando en 9 de mayo de 1936 escribía desde la Cárcel Modelo una jovial carta a su tía Carmen (religiosa en Jerez), en la que decía: «Todos los días tenemos una hora de comunicación. Viene a vernos mucha gente; entre ellas, no pocas muchachas buenas y guapas. ¿Qué dirías si de mi estancia en la cárcel saliera un proyecto sacramental? No hay todavía nada de ello, no vayas a adelantarte. Ni siquiera hay persona señalada; pero nada dice que no pudiera ocurrir. Claro está que

Esas cuatro cartas -todavía no de amor- prueban cómo debieron ser de maravillosamente bellas las escritas a su amada por José Antonio, quien jamás quiso recogerlas después de la ruptura. Estas cartas, que tampoco ella desgarró o quemó, se conservaron hasta 1936, en que fueron destruidas para evitar cayesen en poder de los milicianos, que registraban y se incautaban de los palacios madrileños.

Nadie más que la destinataria conoce el contenido de todas ellas. Pero yo sé por alguien muy próximo a José Antonio, que conocía alguna, que eran las más bellas cartas de amor que pueden concebirse. Como lo eran de amistad las que escribiera a sus amigos, y de jerarquía y camaradería las que escribiera a sus camaradas y subordinados, perdidas también a centenares para la curiosidad histórica en aquel estío trágico.

José Antonio pedía en su testamento se quemaran sus papeles privados, pensando, sin duda, en esas cartas más que en sus ensayos literarios. Si nos parece una desobediencia a su orden última hablar de estas intimidades de su vida, estimamos que la España que venera su memoria tiene derecho a conocerlas -siquiera sea brevemente- para saber que su Héroe joven sufrió también amarguras humanísimas, y padeció, dentro de su posición privilegiada, las consecuencias de la conformación de la sociedad española de su tiempo, erizada de prejuicios clasistas aun dentro de las mismas clases. Y que, como los Caballeros Andantes de los romances, vivió y murió con un solo altísimo amor en el alma.

EL HUÉRFANO DEL DICTADOR

TODOS los vientos, conjurados contra la persona y la obra del Dictador, desde los treinta y dos puntos de la rosa de la vida española, llegan a formar un huracán peligrosísimo. Cierzos, aquilones y ábregos soplan con violencia desde los alcázares y los cuarteles, las Universidades y los Cabildos, las logias y los talleres, las redacciones. y las tertulias, los palacios y los tugurios. Como impaciente por la hora de su suicidio, España entera ruge contra el bondadoso General, que no le ha hecho daño alguno y sí ha detenido su ruina durante siete largos años. España -tan frágil siempre de memoria- ha echado en el pozo del olvido la pacificación de Cataluña y de Marruecos, el bienestar económico, la prosperidad y dignidad de su vida en ese lapso histórico. Cada uno de los españoles -del rey abajo- finge no acordarse de todo lo que ha sido salvado por el esfuerzo alegre de un hombre

---

entonces tendrías que desistir de tus planes de verme incorporado al sacerdocio; para esto, de momento, no me encuentro con vocación. Hacia el matrimonio me inclino algo más aunque dudo encontrar mujer que -como mis admirables cuñadas- se decida a incorporarse a una familia tan poco tranquila».
(Publicada en la revista *Y*, marzo de 1944. Reproducida en «Obras inéditas y Epistolario».)

que se ha ido dejando a jirones la salud y la energía en el zarzal ingente de un doloroso camino. Los treinta y dos vientos, conspiradores por distinta derrota, cercan y asedian angustiosamente al envejecido timonel que ha perdido la brújula y el norte. La Dictadura tiene abiertas anchas vías de agua y las ratas carenan el casco. Las manos del General no pueden contener el naufragio, pese a los esfuerzos desesperados. El navío se hunde sin remedio.

Cayó la Dictadura el 22 de enero de 1930: Sobre sus ruinas, la ingratitud vistió todas las máscaras en el baile caótico que celebraba el acontecimiento. El pánico, la mentira, el olvido y la traición forman en la comparsa que, abandonando al vencido, va a uncirse al carro del desconocido y misterioso vencedor -que no es el Rey, ni es la Iglesia, ni es el Ejército, ni es la Intelectualidad, ni es el Pueblo-; un vencedor lejano, frío y paciente, que sonríe sarcástico preparando las pruebas más duras para España.

El General, derribado por la tempestad, se queda horriblemente solo con sus hijos, abandonado de los ambiciosos y los aduladores, que emigran a la sombra propicia de los nuevos poderes.

José Antonio se encuentra de frente con ese terrible monstruo que es la ingratitud humana. No pestañea y le hace cara. El padre, delicadísimo de salud, tiene que alejarse de la Patria con las hermanas. Pero los hijos varones quedan en su puesto para velar con su varonía por la dignidad de un nombre que la fatalidad ha arrojado bajo los pies manchados de las turbas. Ni un momento siquiera escucha José Antonio las voces que le incitan a la ausencia. Ni un momento, aunque tal vez quizá se lo pidiese a gritos el asco de su propia alma, al ver enemigos a tantos amigos oficiosos. Por el contrario, sólo piensa en permanecer en su puesto. La lección de la perfidia humana será tan dura como provechosa. La ocasión es única para aprender toda la verdad de las pasiones y extraer todas las consecuencias de los delirios colectivos. A muchas gentes se las conoce mejor por la careta que por la cara, y hay muchas caras y caretas donde aplicar la dialéctica de unos puños. No sólo es necesario conservar la línea de la elegancia espiritual tragando sin mueca los amargos licores que ofrecen las horas dramáticas, sino que también es preciso prevenir el futuro y asegurar la Historia. Esto, en cuanto a hijo. Pero luego hay también una razón de orgullo propio. Ahora ya no es «el hijo del Dictador», a quien la maledicencia suponía fáciles todos los caminos. Ahora es, precisamente, «el hijo del ex Dictador» y todos los libres senderos se le harán hoscas encrucijadas. En ellas tendrán que dar de sí todo su esfuerzo, su clara inteligencia y su enérgica voluntad. Se queda, pues, al combate, que le enardece.

A los combates, mejor dicho, pues por todos los flancos sufren ataques cruentos la honra paterna y la dignidad propia. Si por la mañana es un periodista venal que injuria en un periódico, por la tarde es un antiguo amigo fidelísimo que vuelve la espalda en el Círculo por no saludarle y por la noche un chofer que se niega a llevar en su taxi al hijo de Primo de Rivera. Para el

primero ha habido la carta de desafío; para el segundo, el salivazo del desprecio; para el tercero, el puñetazo contundente ([35]).

De estos tiempos hay esta anécdota que refiere el camarada de la Vieja Guardia Luis de Urquijo, Marqués de Bolarque: «Entonces nos veíamos todas las tardes. Había caído la Dictadura y estábamos ensayando una comedia. José Antonio era buen actor y hacía los papeles de galán en un teatro de salón. Una tarde nos dijo: «Me vais a perdonar si falto veinte minutos al ensayo; tengo un quehacer urgente, pero en seguida vuelvo.» Así lo hizo. Al día siguiente nos enteramos de que en esos veinte minutos había abofeteado a una persona que se atrevió a molestar a su padre. Al volver al ensayo nadie le notó la menor excitación y siguió ensayando como si nada le hubiese sucedido. Esta fue, sin duda, su primera actuación en la calle, en la que, como en todas las que le siguieron, se produjo con la mayor arrogancia y movido por una causa noble.»

El día siguiente traerá el fallo injusto del Tribunal; el chiste procaz en el teatro; la ofensa en el *dancing*. Cada día trae su afán de reivindicar el nombre y la obra paterna. Cada hora hay que estar vigilante. Los pocos amigos fieles colaboran y descubren los nidos donde se inventan las calumnias y se amasan

---

[35] Por estas fechas -11 de marzo- le hace González Ruano la primera interviú para la Prensa, que, mutilada por la censura, apareció íntegra en el libro *El momento político de España a través del reportaje* y *la interviú,* del citado escritor (Madrid, 1930) (*).

(*) *Nota de la tercera edición.-Con* su cortesía habitual, José Antonio escribió a César González Ruano el 15 de marzo:

«Mi distinguido amigo: He leído su interviú y le agradezco muy sinceramente la forma afectuosa en que está hecha. Mi horror a la exhibición se tranquilizó en parte al recibir de usted, con tono inconfundible de sinceridad, la promesa de que no aparecería en la interviú nada que pudiera mortificarme. Ahora me tranquilizo del todo al comprobar que usted, cumpliendo con creces su promesa, no sólo ha evitado toda mortificación, sino que me ha proporcionado motivos de gratitud. Recíbala muy cordialmente de su afectísimo amigo y compañero, q. e. s. m., *José Antonio Primo de Rivera.».*

Con la misma fecha escribió a Juan Ignacio Luca de Tena, director de *ABC*, una de las más bellas cartas salidas de su pluma, dándole las gracias por una felicitación con motivo de sus escritos defendiendo la memoria del General Primo de Rivera. En ella -reproducida íntegra en las «Obras inéditas y Epistolario de José Antonio», figura este párrafo, que empalma con alguna frase de su testamento: «Si todos se portasen como ustedes conmigo ahora, ¿qué importarían las discrepancias políticas? Lo malo es que en general, entre nosotros, se trata a los adversarios como si no fueran hombres, como si no fueran sensibles, dándoles unos manotazos desconsiderados que hacen sangre en lo más vivo de los sentimientos. Tal vez los que atacan de esta manera sienten poco, y por eso no adivinan el daño que hacen. Usted, al entender lo que otros sienten, demuestra que también sabe sentir.»

Aunque andando el tiempo se produjeran algunas fricciones entre José Antonio y el gran periódico madrileño, las relaciones siempre se mantuvieron corteses y caballerescas, si bien con alternativas de temperatura cordial. Después de muerto José Antonio, *ABC* ha exaltado su memoria, dedicándole homenajes inolvidables, en los que ha reconocido sus condiciones de patriota ejemplar, luchador intrépido y caballero intachable.

las ruindades. José Antonio -con Miguel y Fernando- se multiplican y aparecen en todos los lugares para limpiar a bofetadas el ambiente enrarecido. Menudean los juicios de faltas en que José Antonio se defiende «con los mejores recursos de su oficio». Esos juicios de faltas parece que van a ser la única base de su bufete -lleno en los cinco años anteriores de dura labor de pleitos importantes e importantes minutas-, pues los clientes, asustados, recogen los papeles para encargar a otros abogados menos peligrosos los pleitos confiados al joven letrado ([36]).

"No importa -se dice José Antonio-. No importa." Dos palabras que se repetirá con energía otras muchas veces en el transcurso de su vida. Y no importa, en efecto. Cuando la vida ha sido fácil y bella, cuando se ha tenido la caricia del bienestar físico y moral, cuando se ha conseguido un alto porcentaje de ilusiones, cuando nos han sonreído los triunfos, es necesario que cambie la fisonomía de las cosas para que no nos fatigue lo agradable ni nos blandee lo cómodo. La vida necesita estos contrastes si ha de ser algo que valga la pena de vivirla. Lo confortable se hace monótono; lo fácil,

---

[36] *Nota* de *la tercera edición.*-Como detalle curioso de la virulencia desencadenada contra el General y sus hijos está la actitud del profesor socialista Jiménez Asúa negándose a participar en un ciclo de conferencias en el Ateneo de Albacete por haber pronunciado una José Antonio con el título de "¿Qué es lo justo?", celebrada el 17 de febrero de 1930, un mes antes del fallecimiento del Marqués de Estella. Según el periódico *El Defensor* de *Albacete* del día 18, la conferencia fue «una verdadera lección doctrinal de principios, expuesta con perfecto dominio del tema». «Se deslizó en un sentido de amplia orientación y ceñido al tema en sus aspectos filosóficos, metafísicos y jurídicos, sin hacer alusión alguna a situaciones de presente de índole política o social, aun de aquellas que pudieran deducirse de la misma cuestión tratada. Fue, sencillamente, un estudio histórico de los postulados que en Derecho pueden examinarse teórica y científicamente en una crítica razonada de tan arduo problema.»

José Antonio comentó con su magistral ironía el telegrama de Jiménez Asúa en *La Nación* el 24 de febrero. Entre otras cosas, decía: «No son, pues, mis ideas políticas lo que repugna al conocido catedrático; es mi apellido. Ya lo descubre en el telegrama cuando me designa por la condición (para mí, incomparablemente honrosa) de «hijo de Primo de Rivera». El señor Asúa no puede poner los pies donde los haya puesto un Primo de Rivera ni hacer oír su voz donde se haya escuchado la voz abominable de un Primo de Rivera. Se contaminaría. Así, pues, lo que pretende el señor Asúa es que los individuos de la monstruosa familia a que pertenezco renunciemos a toda esperanza de vida civil. Ya no podremos consagrarnos al Derecho, ni a las matemáticas, ni a la música. Nuestro deber es morir en el silencio, arrinconados, como los leprosos en los tiempos antiguos...

En fin, la cosa no es para preocuparse mucho. Estas contradicciones entre el liberalismo de ideas y la intransigencia inquisitorial de conducta son frecuentes en las personas nerviosillas. Sólo una duda me espanta: ¿Cuánto tiempo pesará sobre mí la maldición del señor Asúa? ¿Diez años? ¿Veinte años? ¿Se transmitirá a mis hijos? ¿Tal vez a mis nietos? ¡Pobres de nosotros!» (Este artículo está reproducido en el volumen «Obras inéditas y Epistolario de José Antonio». La respuesta a las preguntas de José Antonio la daría treinta y dos años más tarde el sobrino de José Antonio, Miguel Primo de Rivera y Urquijo, pronunciando una brillante conferencia organizada por la Jefatura Provincial del S. E. U. en el salón de actos de la Excma. Diputación Provincial de Albacete.)

insoportable; lo dulce, empalagoso. José Antonio, que amaba bien la vida, no se asustó de verla el revés aquellos días duros. Si sentía profundamente ese aspecto hostil era por la melancolía del padre y la tristeza de sus hermanas. Pero él sabía que los héroes se forjan en la adversidad y que para conquistar el Paraíso es necesaria la espada que corte las cabezas de la hidra. La voz de su Destino le prevenía de afilar bien la hoja de la suya.

Pronto iba a morir el padre. España, como los cinco hijos, quedó en una asombrada y dolorosa orfandad el día 16 de marzo de 1930, en que rinde su alma a Dios, en el hotel Pont Royal, de París, el segundo Marqués de Estella; José Antonio se enteró en Madrid, donde le retenían sus deberes, de la desgracia ([37]). La acogió -como todos los azares de su vida- con serenidad imperturbable. El mismo, por teléfono, la comunicó a algunos íntimos amigos del General ([38]). Con ellos tomó las primeras disposiciones para el entierro, y hubo de vencer las dificultades surgidas con la intención de que aquel acto en Madrid no fuera -como andando el tiempo lo sería el traslado de su propio cadáver- un plebiscito emocionante del pueblo español. Enseguida marchó a Irún a unirse con los hermanos dolientes y velar por última vez -en el tren- junto a los restos del Dictador.

Desde el furgón, convertido en capilla ardiente, sus ojos claros vieron el dolor de las gentes sencillas por la muerte en destierro forzoso de aquel hombre que se había agotado en su servicio. Eduardo Aunós ha contado, en una conferencia dedicada a la memoria de don José Calvo Sotelo, detalles impresionantes del fúnebre viaje, con paradas en las estaciones -Vitoria, Burgos, Ávila- en la noche de helada, llenas de españoles, que con los ojos húmedos acudían a ver el paso postrero del ilustre patriota. En un Madrid ya encanallado de masonería y de chulescos preludios frentepopulistas, el entierro del General tuvo una insólita solemnidad. Se la dieron, de consuno, la frialdad oficial, impidiendo el desfile del cortejo por el centro de la ciudad -fue de la estación del Norte al cementerio de San Isidro por el paseo de la Virgen del Puerto, el Puente de Segovia y las Rondas hasta el de Toledo-, la adhesión de las masas honradas y las provocaciones de algunos que no querían respetar ni la muerte.

«Diríase que el corazón infortunado de este pueblo español esperaba con un último afán que también el Marqués de Estella pudiera ganar batallas después de muerto. El odio y la persecución del funesto Gabinete Berenguer le acompañó, en cambio, hasta la tumba, negándole en primer lugar el derecho

---

[37] Acompañaban al General en París Carmen, Pilar y Miguel, que por pura casualidad seguían a su lado, pues las hijas pensaban regresar a España y Miguel salir para Francfort a preparar el ingreso del General en un sanatorio antidiabético. Fernando estaba en Marruecos con su escuadrilla.

[38] «José Antonio -escribe don Tirso Escudero en sus *Memorias de un empresario*- atendía a cuantos llegaban. Yo lo contemplaba largos ratos. Veíale en un forcejeo entre su angustia y su fortaleza. Siempre era ésta la que vencía. Hasta cuando daba la sensación de que iba a desplomarse bajo la aflicción inmensa de aquella desgracia.»

indiscutible a ser enterrado en el Panteón de Hombres Ilustres, no reconociéndole en el decreto que dictaba los honores que habían de tributársele en el sepelio su calidad de ex Presidente del Consejo de Ministros de la Corona, lanzando al fin una nota infamante, suficiente por sí sola para cubrirse de oprobio, en la que decía que el entierro, *muy concurrido,* había sido una prueba *de curiosidad* popular» (González Ruano, obra citada, página 168).

¡Imagínese la amargura de José Antonio viendo todas estas ingratitudes del régimen que su padre había sabido sostener, Dios sabe a costa de qué esfuerzos, durante los siete años de su gobernación!

José Antonio presidió el duelo con su *ademán impasible* dentro de la ropa de riguroso luto. Su espíritu generoso y comprensivo, entregado a profundísimas meditaciones, no pasaría revista a los ausentes -el rencor no cupo nunca en su alma-, pero sí a quienes asistieron -a pesar de las silenciosas amenazas de las logias y las estridencias de la prensa extremista- a rendir al Dictador el último tributo de admiración y afecto. En el cementerio habló el General Martínez Anido. José Antonio, ante la tumba abierta de su padre, mudo de dolor, pensaría en España y juraría mentalmente a su progenitor dar, como él, la vida por salvarla.

Enterrado el General, la lucha de la vida se hizo más dura todavía para los hijos. La memoria del padre era aun mucho más sagrada que su vida. El paso de los días engrandeciendo su figura, desmintiendo con la realidad de cada hora las vívidas calumnias y las mentirosas imputaciones, justificaba la frase exactísima de José Antonio: «Los enanos han podido más que el gigante. Se le enredaron a los pies y lo echaron a tierra. Luego le torturaron a aguijonazos. Pero su figura se alzará sobre las centurias, grande, serena, luminosa de gloria y de martirio» ([39]).

No sería el menor de todos los combates íntimos de José Antonio el reñido en su conciencia con las terribles sospechas que le asaltarían -como a otros muchos españoles- sobre el inesperado final de una vida todavía joven. Sabido es que por entonces circularon varias versiones sobre la muerte de don Miguel, y una de las más difundidas -recogida después en los libros de Mauricio Karl- fue su atribución a la masonería internacional. José Antonio no quiso prestar oídos a esos rumores, no sé si por convencimiento de su inexactitud o por no querer pasear el nombre de su padre en campañas de agitación política. Todas las tentaciones de ese género, todas las sugestiones que en tal sentido se le hicieron, fueron rechazadas con energía. Años después -ya nacida la Falange-, al publicarse El Enemigo, de Mauricio Karl, donde se denunciaba la intervención en la muerte y embalsamamiento del General de un médico de la Embajada de España en París, hablé del asunto con José Antonio, quien me dijo: «A mí nadie me ha traído pruebas de todo ello y yo

[39] Hablando de su padre, solía decir José Antonio: «Afortunadamente, tuvo el talento de no dejarnos un capital que nos permitiera vivir sin ganarnos la vida.»

soy incapaz de acusar sin pruebas. Esas denuncias de Mauricio Karl son por su cuenta y riesgo» ([40]).

Pero aunque José Antonio no quisiera hacer bandera de la memoria de su padre, tenía que resignarse a que lo fuese cuando los demás la cogían para agitarla, y él salía al paso de las desenfrenadas pasiones políticas. Los incidentes se repetían y el nombre de José Antonio Primo de Rivera empezaba a imponerse en España, si no todavía como esperanza política, sí como ejemplar de virilidad muy española. Uno de los más ruidosos fue el del café Lyon d'Or, en el que tuvo papel de antagonista un famoso General, conspirador a la sazón con todos los elementos republicanos ([41]). Como José Antonio era Alférez de Complemento del Ejército español, el incidente no se resolvió ante el Juzgado municipal con una sanción pecuniaria, sino que subió a Consejo de guerra y terminó con la expulsión de José Antonio del Ejército. Para él fue gran tristeza. Hijo, nieto y sobrino de militares, tenía el gran orgullo de ostentar la estrella de Alférez y la ilusión de continuar sus prácticas para alcanzar grado mayor en la gloriosa milicia hispánica ([42]). Pero consideró menester el sacrificio de aquella ilusión -como de otras muchas- a imponer respeto al nombre de su padre ([43]).

---

[40] Acusaciones análogas a las de Mauricio Karl figuran en el libro de César González Ruano Primo de Rivera.

[41] El episodio a que se refiere este párrafo tuvo lugar días antes de la muerte del General Primo de Rivera. Hay la versión auténtica de José Antonio dada a González Ruano en una interviú del II de marzo de 1930.

[42] Nota de la tercera edición.-El fallo -que tanto entristeció a José Antonio- no ha sido rectificado. Pero si no se le ha rehabilitado como Alférez de Complemento, la III Asamblea General de la Hermandad Nacional de Alféreces Provisionales, celebrada en Madrid en mayo de 1961, le nombró por aclamación Alférez Provisional honorario. Se le otorgaba tal nombramiento -que le habría encantado en vida- a título póstumo por los méritos contraídos al morir en defensa de sus ideales y por haber sido Oficial de Complemento. Como decía el joven periodista Antonio Izquierdo en Arriba el 5 de mayo de 1961, "José Antonio, Oficial de Complemento del Ejército español, universitario, poeta, político y creador de una esperanza nacional, ha sido condecorado por los hombres de su tiempo con la estrella de una de las más hermosas aventuras de nuestra Guerra de Liberación: con la estrella de los Alféreces Provisionales. Quienes no podemos ofrecer a su memoria más que nuestra invariable lealtad, sabemos lo que tiene de significativo el gesto de esta III Asamblea de los Alféreces provisionales."

"Desde ahora, Nuestra Señora de las Angustias de Granada -esa Virgencita a la que rezaron muchos de los que emprendieron el último camino con la estrella del primer Alférez Provisional en el pecho- lucirá la estrella del primer Alférez Provisional, la estrella que hubiera lucido en su pecho este Capitán clásico, este Capitán del nuevo Renacimiento que se llamó en vida José Antonio Primo de Rivera.»

[43] De estos enojosos -y necesarios- incidentes le consolaba la ejemplaridad de algunos íntimos amigos, fieles a la memoria de su padre, con quienes José Antonio se veía frecuentemente para evocar y recordar la gloriosa figura desaparecida. Entre esas evocaciones estaría seguramente la anécdota que en 1934 recordaba a César González Ruano sobre el francés "macarrónico" que hablaba el Dictador, no obstante lo cual, en un discurso pronunciado en un banquete en su honor celebrado en París a raíz de la victoria

Otro combate íntimo consigo mismo hubo de librar José Antonio como aristócrata. Sabido es cómo en muchos ambientes españoles se acusaba concretamente a Don Alfonso XIII de una participación certerísima y directa en los últimos manejos determinantes de la caída de la Dictadura.

La falta de pruebas -los indicios no le eran suficientes-, las consideraciones de orden doctrinal y tradicional, le impidieron adoptar frente a la Institución monárquica y la persona que la encarnaba una actitud a la que le azuzaban muchos, pero que él mismo no podía precisar como justa. Pudiera haber en su adopción un matiz personal que, aunque justificado por la devoción filial, tuviese un fondo de despecho o soberbia. Todo ello se mezclaba en su pensamiento. El Rey le había dado su pésame y mandado un representante al entierro de su padre; ahora ordenaba una exención del impuesto de derechos reales para la transmisión del marquesado de Estella, con Grandeza de España. El ánimo imparcial de José Antonio ponderaba todo esto frente a las constantes incitaciones que le atacaban por los flancos. Sin convertirse en palaciego -nunca lo fue, como no lo era su padre-, se negó a renunciar a sus prerrogativas de Grande de España y siguió figurando en las ceremonias en que su rango tenía puesto. Es muy probable que en las galerías y antecámaras regias advirtiera la inminencia de la caída del régimen caduco. Es muy probable que el espectáculo de la vida española le abriese los ojos sobre la esterilidad de un sistema político sin orientación decidida para el porvenir y fluctuante entre toda la gravísima agitación política y social del país. Pero su deber de lealtad con la institución defendida por su padre y la certidumbre de su clara visión política de que jugar la carta del cambio de régimen era un salto en el vacío, muy peligroso en las circunstancias que España atravesaba, le aconsejó el sacrificio de otras consideraciones, impulsándole a formar en las filas de una Unión Monárquica Nacional por entonces naciente. Unión Monárquica que, a juzgar por sus primeros actos, se proponía la continuación de la institución, pero la transformación total del sistema. Unión Monárquica que -frente a las alegres manipulaciones del monarquismo liberal que pedía una reforma constitucional de tipo británico, avanzado en lo político y conservador en lo social; una reforma que apuntalase la forma parlamentaria en decadencia y el viejo juego de los partidos turnantes en su perenne división de España en dos mitades

---

de Alhucemas, logró electrizar a la concurrencia. "Yo no puedo explicármelo, aunque estuve presente -dice Ruano que le decía José Antonio, lleno a la vez de modestia y filial orgullo-. Mi padre no sabía francés, se lo juro; pero estuvo formidable; su discurso fue precioso."

Quizá por ese recuerdo del «genio de España», más tarde José Antonio obligaba a improvisar discursos a algunos camaradas que no eran oradores. «Tengo la seguridad de que lo harán bien, y por eso les ordeno hablar», decía.

Uno de los más asiduos contertulios eran don Tirso Escudero, a quien José Antonio visitaba en el teatro de la Comedia para charlar de mil cosas y recomendarle -alguna vez- personal subalterno para el teatro.

inconciliables- propugnaba una renovación total de la Monarquía española por sus cauces tradicionales. Dentro de esta Unión Monárquica Nacional cabía una Monarquía. Pero una Monarquía enérgica, decidida -revolucionaria si se quiere-, capaz de enfrentarse con todos los problemas agudísimos del crítico momento. Es decir, una Monarquía imperial.

A ella fue y con ella tomó parte en algunos actos José Antonio. El primero -primer acto públicamente político en que intervino- tuvo lugar en el frontón Euskalduna, de Bilbao, el 6 de octubre de 1930.

Tomaron parte Ramiro de Maeztu, Esteban Bilbao y el Conde de Guadalhorce. El primero sustituyó a Pemán.

El discurso de José Antonio, del que no se conserva texto taquigráfico, «causó -como dice Wenceslao Piqueras ([44])- verdadera sorpresa, pues aun cuando se hallaba en plena formación la recia personalidad que demostró plenamente en el teatro de la Comedia, de Madrid, en aquella mañana memorable, que marca una fecha en la Historia, ya se dibujaban algunos contornos, que más tarde habían de adquirir recio perfil, que le colocan en el primer plano de los pensadores políticos españoles y que le llevaron ante el pelotón de insensatos ejecutores de la infame sentencia de Alicante». Habló el primero de los cuatro oradores. Su presencia en la tribuna fue acogida con grandes aplausos. Su fina sensibilidad le advirtió en seguida que no eran para él, pero los recogió para agradecerlos y dedicarlos a la memoria de su padre y a cuantos valerosamente asistían al acto, añadiendo irónicamente que no importaba la ausencia de quienes se acercaron a la Dictadura para adularla y luego se apartaron de ella al verla caída.

«España -siguió- tiene bien marcado el camino a seguir: o con los revolucionarios o contra ellos; pero bien entendido que una revolución ahora no se limitará a derribar la Monarquía, sino que arrancará de raíz los fundamentos de la sociedad. Será una revolución al estilo de Moscú, que suprimirá la familia, la religión, el patriotismo, y sumirá a los hombres en la abyección materialista, al mismo tiempo que empobrecerá a todos y les privará de todos los derechos.

»La III Internacional ha gastado en los últimos meses treinta y seis millones de dólares en propaganda en Europa y sostiene en España tres periódicos y doscientos propagandistas.

»Los republicanos románticos sueñan y piensan en una revolución burguesa al estilo de las del siglo pasado. No tienen masas. Las masas las tendrían que proporcionar las Organizaciones obreras, y hay que suponer que éstas no se conformarían con sustituir a Berenguer por Alcalá Zamora, sino que querrían hacer de España otra Rusia, dividiéndola en pedazos y arrancando de su base las instituciones fundamentales.

---

[44] *Dolor y memoria de España en el segundo aniversario de la muerte de José Antonio*. Ediciones Jerarquía, 1939, págs. 273 y 274.

»Hay que tener valor para sostener las convicciones y mantener enérgicamente los principios sin claudicar, pues cualquier claudicación sería abrir un portillo a los manejos revolucionarios.

»El dilema es: con la revolución social o frente a ella. Estamos y seguiremos en nuestros puestos. Y si la ola de la revolución gana terreno y vence, caeremos dando la cara como los valientes. Pero los que egoístamente rehuyan el puesto que les corresponde en la lucha no lograrán salvarse, sino que caerán heridos por la espalda, con el estigma de los cobardes» ([45]).

No quedan más que éste y algún otro breve extracto periodístico de las primeras palabras en público de José Antonio. Pocas veces en su vida magnífica y corta le ha acompañado, como a otros oradores políticos, una escolta de estenógrafos que las recogieran para las columnas de los diarios. Pero nos basta el lacónico extracto para adivinar toda la estructura robusta del discurso, en que si había -por razón de las circunstancias personales del orador y políticas del momento- un matiz derechista, no es probable hubiese una intención reaccionaria. Las pinceladas con que pintó en 1930 el panorama de un porvenir cercano son certeras e inconmovibles. Hasta el 16 de febrero de 1936 lo ha repetido ante los avestruces que se tapaban la cabeza con el ala. Hasta en sus últimos escritos en sus prisiones ha advertido la destrucción de la familia, la religión, el honor y la Patria que llevaría aparejada la revolución roja. En 1930, cuando se hablaba de sustituir al General Berenguer por Alcalá Zamora, como en 1936, cuando se soñaba el cambio de Portela por Azaña, José Antonio ha comprendido -y lo ha gritado a los sordos- que ningún republicano podría ser otra cosa que el comodín de las masas torvas de las más violentas Organizaciones obreras.

No son, sin embargo, estas profecías de tipo político las que más impresionan en esta salida primera de José Antonio a la estepa política española, sino las que a sí mismo se refieren personalmente. La que en el frontón Euskalduna, de Bilbao, le previene de la prisión alicantina. La voz del Destino, que acepta. «Caeremos dando la cara como los valientes.» El Destino, que para José Antonio no ha querido guardar secretos sus designios. A lo largo de su vida pública, muchos golpes de corazonada, muchos despertares bruscos, muchas pesadillas en el plácido sueño de la conciencia limpia le han anunciado un fin inexorable. Ya se verá a lo largo de estas páginas en cuántas ocasiones ha hablado José Antonio de su fin prematuro en acto de servicio. En 1930, y en los años siguientes hasta el 36, tuvo abiertas las fronteras y un ancho mundo en el que vivir su vida joven. Jamás quiso encontrar el camino de la evasión de un maravilloso destino de héroe joven. Pero, repito, no porque nunca haya habido en el fondo de su alma una certeza de que el triunfo de sus altos ideales no sería visto por sus ojos. Al contrario;

[45] El joven orador -todavía desconocido en España a no ser como «el hijo del Dictador- intercaló en su discurso recuerdos y frases de su padre, siendo ovacionadísimo.

algunas veces, la seguridad agobiante de que no llegaría a ver el final impresionaba a sus camaradas, que, no obstante, habíamos pensado en todo menos en que nos pudieran matar al Jefe.

Ya con ocasión de aquella primera salida política, la violencia de las izquierdas intentó desfigurar la noble voz de José Antonio. Los extremistas de Bilbao declararon la huelga general con motivo del acto. A los oradores no les arredró la coacción roja y se presentaron en la ciudad. José Antonio se hospedó en casa de don Eduardo Barandiarán, en la plaza Elíptica. Durante el mitin no se produjeron incidentes, ni tampoco en el banquete celebrado en el hotel Torróntegui, en que volvió a hablar José Antonio con su ímpetu juvenil. Antes de regresar a Madrid, José Antonio, con el Conde de Guadalhorce, visitó al Gobernador de Vizcaya para agradecerle la forma en que se había garantizado la libertad de los oradores. Por la noche, ausentes ya las figuras del mitin, hubo sangrientos incidentes, de los que resultaron un muerto y doce o catorce heridos.

Por aquel entonces José Antonio tuvo un desafío con el General Burguete, que injuriaba constantemente la memoria del General Primo de Rivera.

Como luego había de ser norma en ellas, las derechas también quisieron tergiversar la significación del acto de la Unión Monárquica Nacional, a la que no pertenecían los monárquicos de los viejos partidos conservador y liberal. No obstante ser la propaganda de la Unión Monárquica Nacional la única que en aquellos días difíciles trataba de oponer un valladar a la revolución en marcha, su tono disgustaba a los sectores monárquicos que se habían apartado de la Dictadura. ABC, a la sazón órgano de dichos sectores, se preguntaba en el editorial del 8 de octubre de 1930 si en España no había más que los dos caminos de la Dictadura o la Revolución, puesto que sólo para llevar a España por uno de ellos se hacía propaganda. «Semejante opción -decía- cae fuera del anhelo de la inmensa mayoría del pueblo español, que ni apetece la reincidencia, que sería doblemente aciaga, en una dictadura, ni desea verse lanzada a los riesgos incontables e insospechables de una revolución. Y ese anhelo es el que nosotros quisiéramos ver expresado en una propaganda activa y vibrante de los partidos monárquicos, cuya pasividad no podría tener nunca efugio ni disculpa, pero menos ahora, en que España está acechada como buena presa para los que sueñan con una revolución o por los que traman una nueva dictadura.»

José Antonio, acusado de antidictatorial en vida de su padre, resultaba ahora un conspirador para una nueva dictadura por los representantes de la Monarquía liberal y hereditaria. Aquellas palabras de ABC -que andando el tiempo sería el más fanático defensor de Calvo Sotelo- motivaron una carta del Conde de Guadalhorce y una rectificación del periódico. Pero enfriaron a muchas gentes -como más tarde otras insinuaciones del mismo diario en diferentes ocasiones políticas- y acabaron frustrando el propósito de la Unión. José Antonio, a la vista de las intrigas de todo tipo y de la intentona de

muchas gentes de derechas de volver al caos democrático anterior al golpe de Estado de 13 de septiembre, se apartó de la Unión y de los demás grupos monárquicos. El final irremediable de la Monarquía, al que todos -menos los republicanos- habían contribuido, encontró a José Antonio desengañado de lo viejo, que caía como un fruto pasado, y esperanzado en un movimiento capaz de realizar la Revolución que -había comprendido ya- necesitaba España ([46]). Las amarguras y los desencantos hicieron a su alma joven sentir también -a pesar de respetos, nostalgias y poca tranquilidad espiritual- la «alegría del 14 de abril», de la que después nos hablaría tantas veces. Aunque muy pronto esa alegría se borrará de su ánimo al advertir la frustración de su objetivo de revolución nacional, su trueque en exacerbación de los odios de clases y sus peligrosos derroteros de disgregación nacional.

PRIMERA CANDIDATURA A DIPUTADO A CORTES

APARTADO voluntariamente otra vez de la política, algo antes del 12 de abril, José Antonio seguía encerrado en su bufete, adonde negaba -sin embargo- el coro estrepitoso de los enemigos de la Dictadura, que un día y otro vociferaban en el hemiciclo del Congreso y en la Prensa las más atroces injurias contra el Dictador, sin que nadie se atreviese a defenderlo. El silencio frente a los ataques personales al General Primo de Rivera se hacía también frente a los ataque que a su obra se infligían con la nueva legislación sectaria y antinacional que abortaban las Constituyentes. Porque la Constitución clasista, socializante, laica y separatista era la más evidente denegación de todos los

[46] Al cumplirse el primer aniversario de la muerte del General Primo de Rivera algunos amigos organizaron -ya en vísperas de la proclamación de la República- una velada necrológica en su memoria, que se celebró en el teatro de la Comedia, de Madrid. Pocos días más tarde tuvo lugar el suceso cumbre de la vida política española: el derrumbamiento de la Monarquía. El 21 de abril del 31 escribía José Antonio a don Tirso Escudero la siguiente carta:

«Querido amigo: Hemos pasado unos días de tan poca tranquilidad espiritual que durante ellos se me han atrasado todas mis obligaciones. Entre las primeras estaba la de enviarle a usted de corazón un fuerte abrazo de gratitud por la carta que me escribió cuando lo de Burguete, por las facilidades que dio en la Comedia para el acto conmemorativo de la muerte de mi pobre padre y por la constante lealtad para su memoria de que está dando continuas muestras en medio de tantos desertores. Crea que pongo en estas palabras verdadera emoción y que todos mis hermanos participan en el mismo agradecimiento. Aunque con retraso, recíbalo de su buen amigo, que le abraza, José Antonio.»

principios nacionales a que había dedicado sus afanes el Dictador desaparecido.

José Antonio, a pesar del apartamiento y los frecuentes puñetazos que seguía propinando a los deslenguados, sentía avidez de entrar en el Parlamento a defender ante la chusma con inmunidad la sagrada memoria de su progenitor y también a garantizar con esa inmunidad sus golpes contundentes. En el subconsciente cabe suponer que ya se sentía con energías para encauzar el pensamiento de la juventud española -perdida para España en juventudes de partido: juventud monárquica, de Acción Popular, radical o socialista, y en grupos más juveniles, como las J. O. N. S. o los legionarios de Albiñana-, que a su vez soñaban con un jefe. No obstante, continuaba estudiando, sin lanzarse a propagandas que le hubieran sido fáciles, en espera de la ocasión oportuna. Como todo el que está seguro de su destino, laboraba en silencio, sin impaciencia ni estridencia. Con plena certeza de que los frutos de un talento maduran por sus pasos contados y de que el genio político no se improvisa.

Por eso, cuando en septiembre de 1931 coincide el hervor filial de su sangre con una vacante de Diputado a Cortes por Madrid, accede al deseo de algunos amigos de presentar su candidatura. Pero con varias limitaciones. Primera, hacerlo con carácter independiente, sin ligarse a ninguna disciplina de partido, ya que los existentes entonces de derechas, en que pudiera figurar por su sentido nacional, demostraban cada día su incapacidad para enfrentar al torrente de la revolución en marcha un dique de anchura social capaz de contenerla. Segunda, ceñir su actuación parlamentaria a una sola cosa: la defensa de la Dictadura en su aspecto administrativo, de gestión, sin entrar en más complicaciones.

No gustaban mucho tales fronteras a los que quisieran haber visto a José Antonio levantando una bandera de escándalo o aceptando plenamente engrosar con el prestigio de su apellido una de las desdichadas minorías derechistas. En algunos grupos se trató de buscar otro nombre para presentarlo como candidato. Pero entre las derechas españolas no quedaba disponible ni uno sólo, ya que casi todos los viejos figurones o tenían acta o carecían de crédito, y los ex ministros de la Dictadura no estaban propicios a realizar otra vez la experiencia de Calvo Sotelo en las elecciones del último abril. Por eso, incluso los grupos monárquicos antidirectoriales se decidieron a apoyar la candidatura que José Antonio lanzaba a la calle con este fresco y sincero manifiesto electoral:

«POR UNA SAGRADA MEMORIA.-¡Hay que oír a los acusados!

»¡Los negocios, las francachelas y los atropellos de la Dictadura! El pueblo no oye hablar de otra cosa desde hace año y medio. Y es hora ya de que el pueblo, superior a la Comisión de Responsabilidades y a las propias Cortes Constituyentes, conozca la verdad y juzgue a los acusados y a los acusadores.

»El Presidente de aquel Gobierno, al que encarnizadamente se ataca, era mi padre. La muerte fue piadosa con él. Pero no pido se le absuelva por misericordia ante la muerte. Pido, ¡exijo!, que se le juzgue. Y no sólo por el golpe de Estado y porque legisló sin Cortes. Para descubrir que hizo tales cosas no era menester la Comisión de Responsabilidades. Lo que el pueblo tiene que saber inexcusablemente es si ha estado durante seis años en manos de una cuadrilla de insensatos bandoleros o si ha sido gobernado por un hombre honrado, justo, patriota, valeroso, inteligente, al que otros dignos de él secundaron.

»Sería una burla echar un velo sobre todas esas acusaciones y sentenciar únicamente acerca de las responsabilidades políticas. Lo deshonroso no es sublevarse contra el Gobierno -como hizo el General Primo de Rivera en 1923- para salvar a la Patria, que se disolvía. Lo deshonroso hubiera sido aprovecharse del Poder para ventaja propia o gobernar desatinadamente, que también es delito obstinarse en seguir gobernando cuando los desaciertos continuos son demostración de incapacidad.

»Hay que juzgarlo y sentenciarlo todo. Pero he aquí lo extraordinario: la memoria del General Primo de Rivera, en las Cortes, tendrá cuatrocientos acusadores y ningún defensor. Los demás acusados podrán, al menos, designar quien les defienda; mi padre, no; porque, muerto ya, no es siquiera parte en el proceso de las responsabilidades.

»Y eso es una tremenda injusticia. No puede quedar flotando sobre la memoria de un hombre el cúmulo de feroces acusaciones que se han lanzado contra el General Primo de Rivera. Hay que conminar a los acusadores para que precisen con pruebas, valerosamente, sus cargos. No es lícito acusar vagamente, en las tertulias y en la Prensa, y rehuir luego el deber de justificar las acusaciones. y es preciso escuchar después a la defensa.

»Sólo para eso (sin que por ello descuide todos los deberes, que sabré cumplir, para con Madrid y para con mis electores) quiero ir a las Cortes Constituyentes: para defender la sagrada memoria de mi padre. Sé que no tengo merecimientos para aspirar por mí mismo a la representación en Cortes por Madrid. Pero no me presento a la elección por vanidad ni por gusto de la política, que cada instante me atrae menos. Porque no me atraía pasé los seis años de la Dictadura sin asomarme a un Ministerio ni actuar en público de ninguna manera. Bien sabe Dios que mi vocación está entre mis libros, y que el apartarme de ellos, para lanzarme momentáneamente al vértigo punzante de la política, me cuesta verdadero dolor. Pero sería cobarde o insensible si durmiera tranquilo mientras en las Cortes, ante el pueblo, se siguen lanzando acusaciones contra la memoria sagrada de mi padre.

»Quiero ir a defenderle con mis argumentos y con muchas pruebas que nadie tiene más que yo. Necesito defenderle. Aunque caiga extenuado en el cumplimiento de ese deber, no cejaré mientras no llegue al pueblo la prueba de que el General Primo de Rivera merece su gratitud. El General Primo de Rivera, pacificador de Marruecos -¿lo han olvidado ya las madres?-, servidor

de su país en ocho campañas y en seis años de gobierno; trabajador infatigable por la Patria, que lo vio subir al Poder con todo el empuje de su madurez vigorosa y salir del Poder, a los seis años, rendido, viejo, herido de muerte por la enfermedad que tardó tan poco en abatirlo; hombre bueno y sensible, que se fue de la vida sin el remordimiento de una crueldad y al que mató, más que el cansancio de seis años de faena, la tristeza de seis semanas de injusticia.

»Ese es todo mi programa. ¿Me negará sus votos el pueblo de Madrid? Un diputado republicano o socialista más no hace falta en las Cortes, porque ni la República ni el Partido socialista están faltos de quien les defienda. Pero la memoria de mi padre, sí. Y este pueblo madrileño -al que tan bien entendía, con el que tan sencilla y tan cordialmente se comunicaba mi padre- no puede dejar que se le condene sin escuchar antes su defensa. ¡Un puesto en las Cortes para defender la memoria de mi padre!»

Es mucho decir que las derechas se decidieron a apoyarle, cuando en realidad lo que hicieron fue tolerarle sin entusiasmo alguno. Quien dio calor a aquella elección fue precisamente la conjunción republicanosocialista, que, temerosa de un fracaso, se retiró -ya estaba escindida-, y encontró en el guardarropa donde se guardaban las esencias republicanas una figura de prestigio por su significación intelectual y su honradez política: don Bartolomé Manuel de Cossío, viejo profesor y frustrado aspirante a la Presidencia de la segunda República. Los socialistas hubiesen querido el acta de Madrid para otro forajido; los radicales, para otro pícaro, y la joven Acción Popular, para otro cauto contemporizador. Pero el tener enfrente al hijo de Primo de Rivera contuvo a unos y otros en sus apetencias, no fuera cosa «que el diablo las cargase». El nombre de Cossío no podía despertar entusiasmo en las masas proletarias ni recelo en las derechas burguesas. Más recelo despertaría en éstas el apellido de Primo de Rivera. El escaso entusiasmo de los votantes democráticos se enardecería con una campaña vigorosa de propaganda, a base de insultos al muerto Dictador, y se supliría con la disciplina innegable de sus hombres.

La campaña empezó feroz en la Prensa de izquierdas. La de derechas -con excepción de La Nación, a la que casi nunca acompañaba el acierto- cubrió el expediente con un tono glacial, del que puede servir de ejemplo este artículo, publicado en ABC días antes de la elección:

«LAS ELECCIONES DE MADRID.- Casi todos los adversarios del nuevo régimen fuéronlo también de la Dictadura, y, en general, con más decisión que los partidos hoy gobernantes ([47]). Como que éstos no pelearon realmente contra la Dictadura, sino contra la Monarquía, cuando en 1930 dispusieron de una legalidad; y es en la República donde están los que por

[47] ¡Espléndida confesión, que uno duda si atribuir a sinceridad o miedo! ¡Magnífico modo de empezar la propaganda del hijo del Dictador!

algún tiempo simpatizaron o contemporizaron con la situación dictatorial y otros que colaboraron, con la hoja de parra o sin ella.

»Por consiguiente, a la candidatura de don José Antonio Primo de Rivera le falta la significación política que con mayor eficacia pudiera sumar en pro a los adversarios del régimen. Tiene, sin embargo, una gran fuerza: la que le han dado las injusticias pasionales, las crueles campañas de deformación, la incesante actividad contra el nombre del General Primo de Rivera y el buen ambiente que, por todo esto, había de encontrar en la sensibilidad generosa del pueblo de Madrid la demanda que le dirige el hijo para una nobilísima vindicación. Esta candidatura es, por otra parte, la única de que disponen para expresar su protesta los ya numerosos descontentos de la situación, los que había desde el primer instante y los que han reaccionado ante el rumbo peligroso de la República.

»Las organizaciones republicanas han tenido que rehacer su coalición en frente único y cerrado, retirar las candidaturas adictas que se disputaban la vacante, y ofrecer al sufragio el nombre de Cossío, el mayor prestigio que podían oponer a cualquier otra candidatura adversaria, aunque fuese más representativa y menos modesta que la del joven Primo de Rivera; porque si bien es republicano el insigne pedagogo, no es militante, y su personalidad no suscita en la oposición el empuje que hubiera provocado la candidatura de un oficiante de la República.

»La actitud de las organizaciones republicanas quiere decir que se dan cuenta de la reacción que se ha operado en el país, más acentuada en las provincias que en la capital. Saben lo que han perdido, y es claro que también saben las causas y lo que pueden perder todavía en el mismo derrotero. Lo que no se ve hasta ahora es la contrición y el propósito de enmienda.»

Como propaganda no se puede dar nada más estupendo. Señala que los monárquicos han sido los mayores enemigos de la Dictadura; subraya que a José Antonio le falta la significación de candidato monárquico y, por tanto, de adversario de la República, y significa que se le protege porque es el único nombre de que se dispone para expresar una protesta contra el nuevo régimen, aunque es «poco representativo y muy modesto». ¡Con esas palabras se quería sacar de sus casas para ir a votar a los comodones madrileños del ocio dominguero en unas elecciones que nada iban a significar en el rumbo de la política republicana! Pero aún hay más: junto a la ducha fría que se vierte sobre los biempensantes, el artículo en cuestión hace severas advertencias a los republicanos de los peligros que corre su República, y los enardece casi para ir a las urnas a votar contra José Antonio. Sería algo inenarrablemente paradójico y desconcertante si quienes teníamos uso de razón desde algunos años antes -y gracias a Dios no lo hemos perdido después- no supiéramos que esta norma de medrosidad política, de dar «una de cal y otra de arena», ha sido habitual en los cerebros derechistas españoles.

Mientras el propio Presidente de la República aconsejaba a su secretario, Rafael Sánchez Guerra, retirar su candidatura, y los socialistas,

luego de abstenerse de presentar a la lucha uno de sus hombres, trataban de que el comunista Bullejos tampoco se presentara, el citado diario monárquico remataba su acertada propaganda joseantoniana con este otro editorial de antología, publicado el sábado 3 de octubre, víspera de las elecciones:

«LA VOTACIÓN DE MAÑANA.- En los comienzos de la Dictadura, el General Primo de Rivera tuvo sus horas de popularidad y de apoteosis, a las que contribuyeron algunos de los que hoy ultrajan su memoria. Mientras estaba en el Poder fue adulado o temido.

»Y aun después de la caída, sus enemigos, ya numerosos, es decir, más declarados, se contuvieron en una crítica respetuosa. Sólo cuando dejó de vivir se le ha perdido el respeto y se ha escarnecido su nombre, trayéndolo y llevándolo impíamente en campañas de odio y difamación. Son las que han hecho ambiente de simpatía y de apoyo a la candidatura de don José Antonio Primo de Rivera y a su noble propósito de vindicar ante la Asamblea; frente a los implacables acusadores de un muerto, una memoria atropellada por el rencor. La insistencia con que en estos mismos días se repite el ultraje al nombre de Primo de Rivera para perjudicar la candidatura de su hijo es en absoluto contraproducente. Se le ha dado así a ese nombre el valor que más le conviene para la manifestación de protesta de muchos electores de Madrid. La candidatura que ha irritado a la coalición revolucionaria es la mejor bandera para los que quieren manifestar su indignación por todo lo que viene ocurriendo en España desde abril.»

Los millares de lectores que por aquel entonces tenía el ABC de Madrid, desconcertados por aquella campaña electoral, no llegaron jamás a saber lo que se ventilaba en la elección. ¿Un asunto de familia? ¿Acaso se iba a dar el voto a un republicano más, ya que los monárquicos no habían sido nunca dictatoriales, aunque la Dictadura se la hubiese dado el Rey al país? Aparte de ser hijo del Dictador, ¿quién era José Antonio? ¿Qué quería? ¿Qué representaba? ¿Sería verdad que durante la Dictadura coqueteaba con las izquierdas?... Nadie -ni el mismo José Antonio, hay que reconocerlo, ya que se abstuvo de hacer propaganda con actos- ilustró a los electores madrileños de que el huérfano del Dictador era un hombre cabal, lleno de ímpetu, talento e ideas originales; equilibrado entre los extremismos del momento; estudioso y serio; que ganaba brillante y noblemente su vida, una vida de caballero español sin tacha; apasionado de la justicia y de la Patria; capaz de llevar al Parlamento, con el brío de su pasión filial arrebatada, una voz joven, generosa y caliente, en defensa de tantas cosas como se quebrantaban día a día en el turbulento recinto. Y, finalmente, que en esa voz resonarían ecos de la del gobernante que durante siete años había encauzado a España por senderos de unidad y grandeza, devolviéndole un prestigio perdido por los políticos que le habían precedido en la dura tarea...

Como no sabían nada ni intuían el futuro, setenta y dos mil electores madrileños se quedaron entre sábanas o se fueron a pasear al sol el domingo 4

de octubre. (Muchos lo volverían a hacer en la coyuntura electoral más trágica del 16 de febrero de 1936.) Sólo noventa mil vencieron la pereza. Veintiocho mil, porque se rehabilitara la memoria del General, votaron a José Antonio. Cincuenta y seis mil, por disciplina revolucionaria, dieron los suyos a Cossío. Y seis mil comunistas emitieron sus sufragios en favor de Bullejos.

La Prensa derechista atribuyó a defección de la República la ausencia de tantos millares de electores que votaron en junio. ABC -lo citamos siempre por ser su órgano más destacado, antirrepublicano y liberal al propio tiempo- escribía el día 6, comentando el resultado electoral: «La candidatura del señor Primo de Rivera no podía ser lo fundamental en el escrutinio de la elección del domingo. Sólo podía significar una protesta contra la política dominante, y para muchas gentes esa protesta no podía personificarla el señor Primo de Rivera ([48]). La prolongación de la Dictadura fue un error de trascendencia que acreció la opinión adversa; el tiempo está todavía próximo, y el programa del candidato se limitaba a defender al Dictador ([49]); designio noble, respetable y simpático, pero excesivamente corto para un diputado de verdadera oposición. Menos después de declarar que no iba a combatir a la República ni al Gobierno, lo que no era atractivo para muchos electores.»

José Antonio, ciertamente, había pecado de ardorosa ingenuidad en aquella ocasión. Con menos sinceridad y más malicia, es probable que hubiese obtenido unos miles más de votos: los de aquellos electores que sueñan siempre con un Parlamento *ring* de boxeo. Pero para él los golpes se debían dar en la calle, y en las Cortes, razones. El no pertenecía a ningún partido porque no le gustaban los programas incompletos de cada uno de ellos, y no quiso forzarse a aceptar premisas de unos u otros para ganar la elección. Con la ardorosa ingenuidad de la futura Falange, se había presentado sólo como defensor de su padre. Y para que le defendiese le dieron veintiocho mil sufragios los electores de Madrid, que meses antes no habían dado tantos a las candidaturas derechistas en la ocasión excepcional de las elecciones para las Constituyentes.

Por todo ello pudo decir José Antonio a un periodista aquella misma noche: «Estoy satisfechísimo. El Gobierno ha creído que al presentarme yo iba contra la República, y ello no es cierto; pero así lo ha creído, formando un frente único de todas las fuerzas coaligadas y con un candidato de prestigio. Serenamente, sin apasionamiento de ninguna clase, todo el mundo ha de reconocer que el resultado de las elecciones para el Gobierno ha sido muy poco halagüeño, pues en menos de cinco meses ha perdido cerca de ochenta mil votos ([50]), y yo, con ese frente, he tenido una votación muy lucida,

[48] No acierto a comprender qué se quería insinuar en esa frase que subrayo.

[49] Y a su obra, que deshacía la República.

[50] El propio Ossorio y Gallardo -que en las Constituyentes aparecía sólo como "monárquico sin rey"- declaró, en un discurso parlamentario del 6 de octubre, que los 70.000 silencios madrileños del domingo anterior eran prueba de la inquietud que la República ponía en el ánimo nacional.

demostrando con ello la saludable reacción que se ha operado en tan poco tiempo.» Terminó la conversación reiterando su propósito de continuar trabajando por el bien de España.

EL PROCESO DE DON GALO PONTE.- PARÉNTESIS. EL 10 DE AGOSTO

Y siguió, en efecto; pero apartado totalmente del estrépito político -del que se separaba con tedio y sin nostalgia-, en la placidez -que adoraba- de su gabinete de trabajo. Vuelve con fervor a sus pleitos queridos, a sus estudios jurídicos, sociales, políticos, históricos y literarios. A la vida íntima, de familiares y amigos, que le gusta vivir. La caída y la muerte de su padre han atascado un poco el ritmo del bufete de José Antonio, quien ahora consagra todo su esfuerzo a levantarlo. Es una de las épocas de más actividad profesional, si no en cantidad -por el temor de los litigantes a la desgracia política del joven abogado-, por la calidad de su trabajo, en el que profundiza con acierto de maestro. Cada nuevo pleito le apasiona y le hace poner en su resolución una fe de principiante. La preparación de cada informe es una verdadera obra de arte, y lo pule con cuidado, como si de un diamante se tratase. Con su constancia y decisión en el estudio, ayudado de los fieles pasantes, que en ningún momento abandonan su compañía amistosa y aleccionadora, logra de nuevo elevar su bufete en 1932 a la altura en que lo había colocado en 1929. Ahora los enemigos tienen que morderse los labios y tragarse la bilis. Los ricos clientes que elevan sus consultas al joven abogado no lo hacen ya con la esperanza de que el viento político sople de su lado en la sentencia definitiva, sino con el convencimiento de que la inteligencia y el escrúpulo de su defensor hará brillar la pura luz de la verdad en el más negro y embrollado horizonte de teorías y jurisprudencias.

No descuidaba por ello el perfeccionamiento de sus ideas políticas. El ritmo impuesto por la República imponía ya a los jóvenes más despreocupados de las luchas ideológicas del momento la opción por uno de los sistemas nuevos que barrían las viejas concepciones decimonónicas: comunismo o fascismo. La creación mussoliniana tiene ya diez años de existencia y ha cuajado en doctrina, contenida principalmente en los volúmenes de discursos del Duce. El *Mein Kampf*, de Adolfo Hitler, ha recorrido el mundo aun antes del 30 de marzo de 1933. Todos esos libros y los de Rosenberg, Farinacci, Malaparte. Trotsky, Lenin y demás teóricos de las nuevas formas estatales tienen sitio en la mesa de trabajo de José Antonio.

Junto a ellos, los de los pensadores españoles, desde los clásicos -Gracián, Saavedra Fajardo, Cadalso, Feijoo- a los actuales -Ortega y Gasset, Unamuno, Maeztu, Giménez Caballero-, sin olvidar a los precursores tradicionalistas -Balmes, Donoso, Menéndez y Pelayo y Vázquez de Mella.

Las realidades de la política viva y las doctrinas de los filósofos van cuajando en el cerebro de José Antonio una norma política clásica y novísima, tradicional y revolucionaria, que pronto se llamará falangismo y nacionalsindicalismo, para bien de una Patria en agonía interminable. Ha de ser precisamente en una ocasión jurídica donde José Antonio esbozará por vez primera los atisbos originales de su concepción. Ocasión jurídica, pero también política, de una enorme resonancia en la vida española: el proceso ante el Tribunal de Responsabilidades Políticas de los ex Ministros de la Dictadura. Esta vista -ruidosa y sensacional- tuvo lugar en el palacio del antiguo Senado los días 23 a 26 de noviembre de 1932 ([51]).

Antes de ella, José Antonio actuó como letrado en numerosos procesos y recursos contenciosos contra hombres que habían ejercido funciones públicas y contra sus actos administrativos: magistrados, policías, delegados gubernativos, a quienes el furor masónicoliberal acusaba de usurpación de funciones, prevaricación, cohecho y toda clase de delitos privados o públicos. Para muchos, el talento y la ciencia jurídica de José Antonio había logrado sentencias absolutorias o favorables. Otros -generalmente los encargados de funciones más modestas- habían sido condenados por la justicia agónica de la Monarquía y la eufórica recién nacida -prometedora de las delicias de los Tribunales populares- republicana. Ambas se podían hablar de tú en el odio a los siete años indignos, como si sobre ellas influyesen las mismas venerables consignas de idénticas logias.

En el proceso contra los ex Ministros de la Dictadura se sentaron juntos en estrados José Antonio, defensor del viejo ex Ministro de Justicia don Galo Ponte -que ocupaba el banquillo-, y don Antonio Goicoechea, que representaba a Calvo Sotelo, exiliado en París. Los demás acusados estaban también ausentes. La acción pública acusatoria la sostenía Ossorio y Gallardo.

El informe de José Antonio, según el ilustre abogado monárquico, fue «una pieza magistral, reveladora de un espíritu jurídico elevado y de una cultura no despreciable ni vulgar, y constituyó un grato hallazgo».

Como siempre, José Antonio, en aquella memorable ocasión, fue -según frases también de Goicoechea- «exquisito en la dicción... Consumado y selecto artista..., consiguió verter sus ideas en estilo claro, definido y seguro, sin indecisiones y sin brumas. Sin una concesión siquiera a la novedad del estilo, a la extravagancia del pensar o a la grosería del ambiente... Supo revestir su palabra de la elegancia natural, que consiste en la propiedad del verbo, en la

[51] La sentencia fue dictada el 7 de diciembre. José Antonio informó en la última sesión, el 26 de noviembre.

precisión y justeza del adjetivo y en el empleo de un léxico de alcurnia, adaptado en sus matices y tonos a la especialidad de cada asunto».

El discurso de defensa de don Galo Ponte es una de las más estupendas creaciones jurídico-políticas de José Antonio. Es el brillante engarce de sus primeros pasos políticos -discursos y escritos de 1930, manifiesto electoral de 1931- con todo el portentoso edificio de su pensamiento político -entero y armonioso-, de sus discursos falangistas y parlamentarios.

Lo más difícil no era situar exactamente al acusado frente a los juzgadores, aunque ya fuese tarea ardua, dada la composición del Tribunal de parlamentarios, parte interesada en la condena de la obra dictatorial. La máxima dificultad estribaba en su propia situación de abogado, y parte también, pues que la acusación más formidable se enderezaba contra su padre muerto. (Pero el Destino había de reservar en Alicante a su genio de abogado otra ocasión más difícil todavía...) Supo vencer la dificultad primera, enfocándola con estas palabras preliminares: «Sois un Tribunal de políticos. Y conste que al decirlo no me guardo la más lejana intención recusatoria ([52]). No sólo os acato sin reservas mentales, sino que tengo que hablaros como a jueces y como a políticos. Como a jueces, para que me oigáis la defensa en Derecho de este austero anciano, que en momentos difíciles no ha querido despojarse, ni aun en el menor de sus atributos, de esa suprema elegancia de la lealtad; de este digno anciano, sin jactancia, pero sin titubeos ([53]), que se ha declarado solidario en todo del jefe y amigo, con quien compartió momentos profundos. Y como a políticos, para requerir de vosotros una meditación sobre lo que fue el hecho histórico, político, de la Dictadura, tan desfigurado

---

[52] Como no la guardaría para sus juzgadores del Tribunal Popular de Alicante (*).

(*) Nota de la tercera edición.-Mucho tiempo después de escrita esta biografía, y agotadas sus dos primeras ediciones, he podido conocer exactamente las palabras iniciales de su informe de defensa en Alicante. Fueron las siguientes:

«Cuando hace cuatro o cinco noches se interrumpió el silencio de la incomunicación en que vivía desde que empezaron los sucesos que conmueven a España, cuando se interrumpió en forma de que, bajo la luz amarillenta de la prisión, harto menos brillante de la que ahora nos ilumina, allá en nuestra celda entraron el señor fiscal y el señor juez instructor y nos leyeron de sopetón un auto de procesamiento y nos anunciaron que íbamos a comparecer seguidamente, en el término de días, ante el Tribunal Popular, y que quizá no nos correspondiese por turno de oficio tan excelente defensor como hubiésemos podido proporcionárnoslo nosotros mismos, y que quizá no me concediesen el medio de probar lo que yo necesitaba, os he de confesar que me corrió por la espalda un escalofrío. Después de comenzado el juicio, tengo que dar las gracias al Tribunal porque se me ha permitido instruirme de los autos, se me ha puesto en condiciones de comportarme sin tener que adquirir nuevos usos ante lo nuevo y el carácter bélico extraordinario que corresponde a este Tribunal, sino como me he comportado en doce años de ejercicio...»

(El deficiente estenógrafo no pudo recoger la elegancia verbal joseantoniana, pero sí su respeto al Tribunal, a pesar de su composición anormal.)

[53] Frase que repetirá para la actitud de la Falange en el discurso del cine Europa de 2 de febrero del 36.

por odios sañudos e interpretaciones superficiales.» ¡Esa meditación crítica que con más serenidad y objetividad que nadie venía él elaborando en su pensamiento desde años atrás y concretaría en su discurso de 6 de junio de 1934!

A este exordio sencillo, en el que parecía inhibir a su personalidad física -sangre de la sangre del Dictador-, siguió toda una lección política, filosófica y jurídica inextractable. Ni una palabra sobra ni un argumento falta. José Antonio, tan enamorado siempre de lo exacto y lo difícil, consideró ese discurso como el más trascendental de su vida profesional y política, hasta el punto de vencer su modestia y decidirse a editarlo en un volumen. Cuantos oían la magistral disertación, de la más pura técnica jurídica, expresada en el tono más fríamente científico -superando, Dios sabe con qué esfuerzo, su pasión nobilísima-, llegarían a pensar que las teorías vencían el sentimiento del letrado y que el análisis de los cargos contenidos en el acta acusatoria; las afirmaciones sobre la vida, la muerte y la imposibilidad de resurrección de las normas constitucionales derrocadas violentamente, según la norma de unidad del orden jurídico -con sus citas de Merkel, Stammler y Kelsen-; los palpitantes ejemplos de orden político; la definición de la soberanía, del deber del gobernante y del bien público; el recuerdo del antiguo régimen -donde por vez primera dejó oír su *leit-motiv* de «la vida chata, tonta, perezosa y escéptica de una España minada por un desaliento ni siquiera trágico, sino aceptado con una especie de abyecta socarronería», en la que «el jugo de los campos de España, casi olvidados por sus señores, se consagraba a mantener el lujo sin grandeza de unas cuantas familias privilegiadas», aliadas con «unos grupos de viejos políticos cuya única misión era mantener el tinglado en pie lo que buenamente durase... demorando su previsto derrumbamiento mediante regateos con la anarquía»-; los que oían todo eso -repito- y el esquema del golpe de Estado de 13 de septiembre de 1923 -cuya responsabilidad entera y su entero honor reclamó para el General Primo de Rivera- ignoraban que estaban escuchando ya la voz de una revolución nacional, lejana todavía, pero evidente, en la que se recogería para siempre -frente al antiguo régimen de privilegios- el afán popular de un Estado nuevo, afán adivinado e irrealizado por el Dictador que se fue a encanecer en Marruecos para librar de la angustia a las madres españolas. No podrían adivinar toda la trágica profecía encerrada en el comentario escueto al drama de los grandes hombres de España: «Que no los entiendan los que los quieren y no los quieran los que los podrían entender.» Ni serían capaces de sentir vergüenza por su traición a la revolución pendiente en España al aliarse con las familias privilegiadas para derrocar al Dictador y entronizar en el Poder a un Gabinete de aristócratas y viejos políticos, presididos por el Jefe de la Casa Militar de Palacio, y «conseguir que España, otra vez con el gorro de dormir hasta las orejas, se arrojase en la indiferencia de su vida chata, escéptica, perezosa, preludio de una muerte sin grandeza».

De la objetividad más rigurosa y científica había pasado el informe a la más cálida arenga falangista. Después se hablará mucho de precursores, de estilistas, de filósofos de la Falange. Pero ¡qué poco más es la Falange -salvo sus héroes, inflamados de pasión joseantoniana- que ese discurso del Jefe! Todo lo más que se habrá dado después a ese chorro ardoroso de la palabra de José Antonio será un continente formal. Pero el contenido de cuanto habría de ser después la Revolución Nacionalsindicalista está en potencia en el informe del Senado.

Encendido ya su corazón en la pasión de España, en dolorosa contemplación de sus angustias irremediables con la Revolución pequeña del 14 de abril, José Antonio olvida un momento que la toga no tiene apellido de padre y hace que la suya sea hija de Primo de Rivera. El defensor de don Galo Ponte se convierte, no en el defensor del General Primo de Rivera, sino en el fiscal de sus acusadores, malogradores deliberados de la regeneración de España soñada por el vencedor de Alhucemas o querida por el pueblo de la alegría inconsciente del 14 de abril.

«Y ante aquel impúdico renacimiento -pregunta al Tribunal de políticos-, ¿qué hicisteis vosotros, los revolucionarios, los intelectuales, tan fecundos en diatribas contra el antiguo régimen? ¿Alzaros frente a él? No; eso no lo hicisteis hasta más tarde. Lo que hicisteis entonces fue desencadenar todo vuestro rencor contra el gobernante caído. Insultarle, calumniarle con la saña más implacable que se recuerda, volcar sobre su nombre todas las aguas sucias de la difamación... Esto mientras se le hería, desde la Gaceta, no sólo con la injuria, sino con el aniquilamiento estúpido de todos sus sueños de una España grande. Y aquel hombre, «que si era fuerte como un gran soldado, era sensible como un niño»; aquel hombre, que pudo resistir por España, extenuándose por servirla, seis años seguidos de trabajo sin vacación, no pudo soportar seis semanas de afrenta. Una mañana, en París, con los periódicos de España en la mano, inclinó -nimbada de martirio- su cabeza y se nos fue para siempre.»

Hizo una pausa. Ha crecido su voz dulce e infantil como una ola gigantesca, empujada por las más profundas razones de un corazón reverente y abrasado de santa pasión filial. En sus pupilas claras temblarían dos lágrimas, mientras la conciencia, alegre y limpia, le sonreiría por todos los tejidos del alma y el cuerpo.

La pausa es solemne, y cosquillea también de emoción las otras conciencias. Hasta es posible que en los tejidos adiposos del acusador se conmovieran fibras ocultas por la vanidad y la codicia.

«Me era necesario decir todo esto -justifica simplemente José Antonio, volviendo el pensamiento a su defendido vivo, el viejo don Galo Ponte, que llora como un chiquillo ([54])-. Después que me habéis escuchado, sólo os pido

[54] La dedicatoria del ejemplar impreso del informe que conserva don Galo confirma esta frase con estas palabras: «Para don Galo Ponte, a quien debo tanta gratitud por su bello

justicia: para don Galo Ponte, la absolución; para la memoria de aquel hombre que malogramos "entre todos" ([55]), inteligencia y cordialidad. ¡Entendedle, entendedle! Ocupáis una atalaya histórica y tenéis el deber de ser perspicaces. No podéis ignorar los dramas ocultos que vivió aquel hombre, a quien de todos modos tenéis que juzgar. No es lícito compartir las diatribas superficiales contra la Dictadura, en vez de penetrar con vista inteligente su sentido profundo. Esta es la justicia que os pido: talento y cordialidad para entender. Es el único afán de quienes permanecemos agrupados en el culto de un mismo recuerdo: que devolváis la calma a nuestros espíritus, maltrechos por tantas injurias; que otra vez los dejéis en paz, llenos de aquella ansiedad que es al mismo tiempo nuestra tristeza y nuestra gloria» ([56]).

No lo consiguió. Era demasiado fuerte el odio contra el General. Aunque algo atenuadas, las violencias del lenguaje siguieron. Y José Antonio -ya Jefe de la Falange Española y de las J. O. N. S. y diputado a Cortes- tendría que hacer oír su voz y sus razones en el Parlamento derechoide de 1933. Nuevamente enjuiciaría, enérgico y sereno, la obra de la Dictadura, acertando a imponer el silencio y respeto a sus más encarnizados enemigos.

* * *

El informe fue comentadísimo, y no será menester señalar en qué sectores el comentario fue más acre. Reléase en nuestros días y piénsese en los grupos de privilegiados, intelectuales, revolucionarios y reaccionarios antifalangistas al alcance de nuestros sentidos y -¡también!- de nuestra ira. En otros círculos, en cambio, el tono de violencia de ciertos períodos, la dura crítica de determinadas actitudes, hizo concebir la esperanza de adquirir el talento y el prestigio del joven Marqués de Estella para uno de tantos partidos, más o menos viejos, de la izquierda. Para muchas gentes era un hecho indudable que, un día u otro, José Antonio entraría en la Agrupación al servicio de la República, donde militaban los intelectuales más admirados por el hijo del Dictador y por sus compañeros de generación. Hasta es posible que, de no haber pronunciado tan pronto -y tan tarde- el maestro Ortega y Gasset su famoso y desencantado «No es esto, no es esto», José Antonio hubiera accedido a algunas de las sugestiones que en su espíritu despertaban el

---

ejemplo de lealtad y por haberme deparado la ocasión de dar salida a muchas cosas que me pesaban en el alma. José Antonio Primo de Rivera.»

[55] José Antonio confiesa en esta frase cómo algún tiempo estuvo ideológicamente frente a la Dictadura de su padre y quizá cómo, con las discusiones de la sobremesa familiar, pudo haber colaborado a alguno de los fracasos del Dictador.

[56] Quizá de todas las palabras de José Antonio las que más escalofrío me producen en mis constantes relecturas son estas finales del informe del Senado, que parecen una definición de la angustia eterna de todos los viejos falangistas, faltos de su voz y su consejo, de sus órdenes y sus sanciones, pero llenos -inmensamente llenos- de su ausencia, que es al mismo tiempo nuestra infinita tristeza y nuestra inmensa gloria.

españolismo integral y anticastizo de Unamuno, la filosofía política –aristocrática, en el mejor sentido de la palabra- orteguiana, la prosa magnífica de Pérez de Ayala, la varia sabiduría de Marañón y la ciencia jurídica de Sánchez Román, más las voces suasorias de los Garrigues, los Valdecasas y otros jóvenes amigos que militaban en aquella agrupación intelectual.

Pero el desencanto orteguiano y la incomprensión de las gentes por la posición del grupo hizo ver a José Antonio que era por otras rutas por las debía desenlazarse el conflicto español. La Revolución no podía operarse ni desde arriba, ni desde abajo. La Revolución no podía ser de clase, ni mucho menos de clan o de capilla. La Revolución -fracasadas en largos años de penosas experiencias las generaciones maduras- tenía que ser de juventudes. De juventudes totales. Prietas filas de estudiantes y de obreros, con nuevas consignas y banderas. Nada de *ismos* más o menos disimulados; nada de nostalgias encubiertas. España necesitaba una Revolución total, no una sublevación parcial. España no podía echarse otra vez estérilmente a la calle por unos principios intelectuales, ni por una restauración de cosas muertas, ni siquiera por una apetencia social. A la calle habría que salir por una totalidad revolucionaria de fondo y forma. No para sustituir personas o instituciones, sino para arrancar las más podridas raíces del bosque nacional. Era menester salir para la conquista del Estado; pero para deshacer ese Estado desde la base a la cúspide y hacerlo de nuevo social, moral y físicamente. Empieza a dibujarse en el pensamiento de José Antonio el futuro Estado de la Revolución nueva. Ni monárquico ni republicano: imperial. Ni anarquizante ni reaccionario en lo económico y lo social: economía nacional auténtica, dirigida, en servicio de la Patria. Sin partidos que dividen. Con ambición histórica, para la que sobran las logias y las cavernas, y para la que faltan unos ejércitos suficientemente armados y entrenados. Unitario, pero sin desconocimiento de los profundos valores regionales...

No es esa España que vislumbra lejana la que saldrá de ese movimiento militar que se prepara para agosto del 32, caso de salir triunfante. Cierto que el perfil agrio de la República y el peligroso derrotero en que la Patria se mete por el laberinto del Estatuto catalán induce a colaborar con aquel puñado de bravos que se van alanzar a la calle románticamente. Pero es también cierto que las revoluciones románticas no le sientan bien a España, que es clásica porque es romana. El mundo tiene un nuevo modelo de revoluciones en la fascista, que sólo ha conservado del romanticismo decimonónico el gusto de lo truculento -calaveras y puñales-, junto con el empleo de fórmulas novísimas para la incorporación de la tradición histórica al día que marca el calendario. Una Revolución de ese tipo, pero auténticamente española, la sueñan ya en España unos cuantos jóvenes ariscos, pobres y valerosos, que se agrupan en unas organizaciones que llevan el extraño nombre de J. O. N. S. José Antonio lee sus periodiquitos y se siente muy de acuerdo con sus valientes y calientes teorías. Le gusta más todo eso de los Sindicatos y de los gremios que los cenáculos al servicio de la República o las conspiraciones en salones elegantes

para el retorno del imposible pasado. Por ello rehúsa también el formar en las filas de esa sublevación que se prepara en Madrid, en la que tantos amigos queridos militan.

Otra tentación a los afanes políticos -ya en flor- de José Antonio es el partido potente y pujante que, al parecer, acaudilla ese joven catedrático de Derecho administrativo de Salamanca llamado José María Gil Robles, a quien nadie conocía el 14 de abril por la mañana y que un año más tarde cuenta con la adhesión de millones de españoles. Acción Popular -donde militan otros amigos muy queridos de José Antonio- tiene algunos aspectos seductores, sobre todo en la gallarda acometividad verbal de su conductor, que con tan encendido ímpetu arremetía en las Constituyentes contra los inverosímiles proyectos de los sectarios legisladores. José Antonio hubiese querido seguir a Gil Robles, en quien encontraba -lo repitió luego muchas veces- pasión, clarividencia y energía. José Antonio -hasta entonces- se sentía más capacitado para colaborar con la disciplina callada del militante que para mandar con la autoridad del Jefe. Pero para sentirse capaz de toda obediencia es necesario advertir que las condiciones personales del Jefe no tienen quiebra por las que pueda marcharse gota a gota la doctrina, y José Antonio adivinó, antes que otros muchos millares de españoles, las fallas de carácter del Jefe de la Ceda. En el verano de 1932 vio claramente cómo el encendido ímpetu y la gallarda acometividad eran artificio retórico, encubridor de una excesiva flexibilidad política al servicio de ciertos egoísmos enmascarados, y no volvió a pensar más en aquel partido, que se hinchaba y se hinchaba de gentes, sí, pero se desinflaba del aliento heroico que la contrarrevolución necesitaba si no quería aparecer ante el mundo como la más anticuada reacción. Poco a poco -como acortan los días a partir del de San Juan- el brío de Gil Robles cedía paso. Las masas capitalistas y retrógradas, los hombres de clase, las juventudes pálidas y escurridizas que engrosaban la Ceda frenaban a su Jefe, le ahogaban en fichas, estadísticas y memorias. Gil Robles se debatía con su deseo de ser en aquellas órdenes misteriosas de no ser que le llegaban de no se sabía dónde. Y José Antonio, juvenil y cálido, desengañado de aquella ilusión que ante los ojos atónitos de los españoles sorprendidos por la República prestidigitara el catedrático salmantino, empezó a comprender su destino. El Jefe que el soñara obedecer se parecía cada vez más a él mismo, aun cuando él quisiera cerrar los oídos a las lejanas voces del Destino y meterse más en sí. Pero cuanto más en sí se mete un hombre, cuantas más tentaciones rechaza su conciencia, más pronto y mejor se encuentra. El aislamiento es el mejor camino para llevarnos a nosotros mismos y mostrarnos todas las posibilidades de acción y pensamiento de que somos capaces. José Antonio, retirado ascéticamente de la politiquería de republicanos y antirrepublicanos, encuentra la ruta definitiva, que acabará por aceptar, después de intensas dudas sobre su propio carácter.

* * *

En la fracasada sublevación del 10 de agosto de 1932, José Antonio no tuvo arte ni parte. Aun cuando casi todos los comprometidos fueron íntimos amigos de su padre y suyos, ni con él ni con sus hermanos se había contado, quizá porque la mayor parte de ellos conocían ya el modo de pensar de los hijos del General Primo de Rivera en los graves problemas de régimen político y social que el triunfo del intento llevaría aparejados. José Antonio no creía llegado el momento de una restauración monárquica, ni mucho menos el de una reacción en la política social emprendida por la República. Sabía perfectamente, además, que el golpe de Estado del 13 de septiembre era inexorablemente el último pronunciamiento de tipo decimonónico, y que del callejón estrecho de la República de trabajadores no podía salirse más que al ancho terreno -todas las calles y campos de España- de una dura batalla para implantar el orden nuevo de una Revolución Nacional. Ya en sus conversaciones inmediatamente anteriores al 10 de agosto había manifestado -con evidente escándalo de algunos- estas opiniones. No se contó con él, ni él sabía nada más que la inmensa mayoría de los españoles lo que se tramaba. Aprovechando las vacaciones judiciales, el 10 de agosto no estaba en Madrid. Precisamente aquel día lo pasó en Francia con un grupo de amigos. Bravo nos ha contado anécdotas curiosas de aquel día. «Había ido desde San Sebastián de excursión. Al regreso, en la cuesta de Urrugne, entre San Juan de Luz y la frontera, dos gendarmes pararon su «auto», y después de una discusión humorística, le impusieron una multa de ciento cincuenta francos por circular con un faro apagado. José Antonio creyó que la decisión de los gendarmes era un abuso, y regresó a San Juan de Luz para reclamar ante un funcionario de la Policía. Pero sus palabras no convencieron al ordenancista comisario. Y José Antonio tuvo que pagar la sanción, una vez que uno de sus acompañantes le hizo el préstamo de dicha suma, pues a él no le quedaba dinero francés.»

«El día 11, bañándose en Ondarreta con su hermano Miguel, la Policía los detuvo, llevándolos al Gobierno Civil como presuntos complicados en el complot. Allí José Antonio exhibió el resguardo de la multa pagada, para acreditar que estaba fuera de España y que no tenía nada que ver con los sucesos. A los tres días fueron trasladados a Madrid, ingresando en la Dirección General de Seguridad ([57]).

»José Antonio tenía un carácter vehemente, que estallaba a la sola presencia de la injusticia.

»-¿Por qué se me trae aquí detenido? -preguntó, alterado, a un policía encargado de tramitar su detención.

»-Porque, dado su apellido, se cree que esté complicado en la sublevación del día 10.

»-Es decir, que me detiene por ser hijo de padre honrado y conocido.

[57] De ella pasaron a la Cárcel Modelo, que por primera vez honraron con su presencia. Como en 1936, la Cárcel albergó en aquella ocasión a magníficos caballeros españoles.

»Y, dando suelta a aquella su feroz maestría del sarcasmo, agregó, irritado:

»-A Angelito Galarza, el director general de esta casa, no le podrían detener nunca por eso» ([58]).

Sin ser procesados se les llevó -gubernativamente- a la cárcel, donde pasaron varias semanas, durante las que convivieron con varios hombres jóvenes que, años más tarde, formarían en las apretadas filas de la Falange. No pudiendo probar los esbirros de Casares Quiroga la participación de José Antonio y Miguel en la conspiración y sublevación, fueron puestos en libertad en octubre.

José Antonio hizo todo género de protestas contra el atropello, invocando siempre el derecho violado por los legistas republicanos. Una de ellas fue formulada al decano del Colegio de Abogados de Madrid, a la sazón Ossorio y Gallardo, enemigo público número uno de la Dictadura primero y de España después. Ossorio, no obstante haber hecho heredero a José Antonio del odio rencoroso que profesara a su padre en vida, visitó en la cárcel al letrado preso e intervino de la manera más fría y formularia posible acerca del Gobierno para solicitar la libertad del hijo del Dictador. No se debió a la gestión del decano; pero, sin embargo, José Antonio, correctísimo siempre, visitó a éste -por única vez en su vida- una mañana en su domicilio particular. Le acompañaba su secretario, Andrés de la Cuerda. De la visita protocolaria -que duró exactamente diez minutos- sólo sé que mereció de Ossorio unas frases amables. «El hijo de Primo de Rivera es un muchacho verdaderamente amable, correcto e inteligente.» Ignoro la impresión personal que produciría a José Antonio el antiguo difamador de su padre y suyo.

NUEVO PARÉNTESIS.- EL FASCIO

DESPUÉS del 10 de agosto se calmaron -aparentemente- los ánimos en España. Mas ya se habían producido demasiados sucesos dramáticos y se cernían excesivos peligros sobre la integridad nacional para que un gran español como José Antonio pudiera seguir inhibiéndose elegantemente del combate político. La Ceda había comenzado su táctica de repliegues ideológicos y sus coqueteos con determinado partido republicano -de izquierdismo moderado por el tiempo y por el consejo de las logias-, con la intención de constituir un Órgano político que, acatando al régimen y a su Presidente, pudiese prolongar en España el sistema de los partidos turnantes.

[58] Andando el tiempo, el mismo caserón de la antigua Dirección General de Seguridad oiría otra violencia sarcástica contra otro tristemente célebre Director de Seguridad -Alonso Mallol-, como se verá más tarde.

Pero fuera de España, a ejemplo de Italia, Alemania instauraba un régimen totalitario que raía el demoliberalismo, la socialdemocracia, el marxismo y la masonería del III Reich, proclamado por Adolfo Hitler y sus falanges de camisas pardas. La cruz gamada y el haz del líctor, sobre los cielos germánico e italiano, anunciaban una nueva era frente a la hoz y el martillo victoriosos en el aire moscovita y frente a la permanencia en el limbo democrático de otros imperios, reinos y repúblicas. Muy lejos todavía, batían los tambores y crepitaban los motores de un porvenir dramático del mundo. Ginebra, temblorosa, adivinaba en los jefes de las revoluciones nacionales los sansones que hundirían el templo de los filisteos del evangelio absurdo de Versalles. El viejo orden capitalista, imperante en Europa, se veía amenazado del tremendo desorden de las marchas sobre, a paso militar y juvenil, con canciones de guerra y amor, con gritos vibrantes, con fe y alegría. En España aún se creía posible la República de derechas. En Alemania e Italia se tocaba la certidumbre de Imperio, entre trompetas y gargantas quemando el aire de *Horst Wessel* y de *Giovinezzas*. Francia, inerte y perezosa, soñaba intangibles las cláusulas de desmilitarización de Alemania, mientras las fábricas del Reich empezaban a sustituir la producción de juguetes y encendedores por baterías y aviones. Inglaterra todavía ganaba todos los *matchs* de fútbol y enseñaba a vestir con elegancia a los pequeños burgueses y *snobs* del Universo, segura en el Canal y en la Flota. Los demás países seguían en lo posible las normas de las dos grandes potencias liberales, salvo el pequeño e inmenso Portugal, preocupado de salvarse en la catástrofe universal de las crisis económicas. El mundo entraba -consciente en una parte, inconsciente en otra- en la más tremenda encrucijada de la Historia.

En España, los partidos enzarzados en sus grescas de patio de vecindad no escuchaban la música bélica de Europa. Cada vez más, España era un suburbio continental, neutralizado y ajeno a las convulsiones históricas. Sólo tenían oído atento a aquellos clarines unos cuantos mozos españoles: los jonsistas de Ledesma Ramos -Onésimo Redondo, Juan Aparicio, Montero Díaz, Castroviejo, Herráiz, Suevos, Bravo, Cadenas y otro puñado- y algunos intelectuales jóvenes desligados de toda norma o disciplina de partido: Sánchez Mazas, Giménez Caballero, Montes, Alfaro. Con ellos -pero todavía separados-, dos hombres que, en diferentes épocas y por razones distintas, habían captado la atención del país: Julio Ruiz de Alda, el glorioso aviador, y José Antonio Primo de Rivera. En el fondo, todos aquellos cerebros de la misma generación, discípulos de los mismos maestros y desengañados de los mismos desengaños, buscaban como locos a España en la locura española. Muchos entre sí ni se conocían. Pero se presentían, se adivinaban, se comprendían y se amaban desconociéndose.

José Antonio había leído con gran interés *La Conquista del Estado*, de Ledesma Ramos, y *La Gaceta Literaria*, de Giménez Caballero, periódicos primerizos, anunciadores de buenas nuevas, lejanas todavía. Los demás -todos- seguían desde hacía tiempo con la mayor atención la ascensión a una

espléndida madurez en plena juventud del primogénito del Dictador. Sus escasos discursos políticos y sus frecuentes informes forenses, sus espaciadísimos artículos, sus puñetazos en las calles y el rumor de admiración que su figura provocaba en cuantos le trataban, pintaban su persona con los tonos más atractivos para la juventud.

Juan Aparicio -viejo secretario de las J. O. N. S.- ha escrito: «Durante las etapas de pasividad forzosa de nuestro Sindicalismo Nacional habíamos conversado Ramiro Ledesma y yo sobre el dinamismo y la fascinación que podría traer a nuestras esperanzas la persona atrayente, aunque un tanto enigmática dentro de su aureola, del hijo primogénito, del heredero del Marqués de Estella. Veíamos a José Antonio con nosotros, tal vez al frente de nosotros; pero la ilusión se desvanecía enseguida, porque le sabíamos recluido voluntariamente en su bufete y en su círculo estricto del intelectual y del aristócrata. Gran sorpresa e inmensa alegría fueron las que nos proporcionó la noticia y el aviso siguiente: José Antonio se decidía a intervenir en la vida pública de España. Don Manuel Delgado Barreto iba a dirigir un semanario político, donde colaboraría José Antonio y para cuya Redacción se nos llamaba. La Nación estaba apunto de anunciar el primer número de *El Fascio*.»

¿Quién decidió a quién a lanzar ese periódico? ¿Delgado Barreto a José Antonio o José Antonio a Delgado Barreto? ¿Quién sugirió al director de *La Nación* los nombres de los dirigentes jonsistas? Sería muy interesante -yo lo doy por seguro- que fuese José Antonio el que en las conversaciones preliminares con el fundador de *El Fascio* le hiciese ver la conveniencia de contar, en lugar de con los viejos figurones de la intelectualidad derechista, con aquel grupo juvenil y revolucionario que tantas consignas para el futuro lanzara desde las páginas de su periodiquito, estériles por falta de aliento y espacio vital que más tarde les daría la fusión con la Falange y el caudillaje de José Antonio.

Lo cierto es que el momento para lanzar a la calle *El Fascio*, y con él el nombre de José Antonio entre los redactores, era propicia. El anuncio del semanario produjo el efecto de una bomba en la España ya hastiada de República y de tibias oposiciones. Sin previo acuerdo -es de suponer, claro-, Gobierno y oposiciones se prepararon a darle la batalla en todas las líneas. Pues, de cuajar seriamente en el país el ideario fascista, tan lejos como las zarandajas democráticas tendrían que ir aparar las alharacas de la reacción, incluso de la que quisiera presentarse como más renovadora. El fascismo es enemigo tan implacable de los marxismos como de los populismos, de las intromisiones en la vida estatal de organizaciones con misión aparte que del absentismo liberal. Como la fortuna quería que España fuese mucho más que la República y sus oposiciones, España no sintió las mismas inquietudes de sus politicastros, y se dispuso a acoger esperanzadamente el nuevo semanario. La expectación de toda España encargó hasta cerca de cien mil ejemplares del primer número, redactado exclusivamente por Delgado Barreto, José Antonio, Giménez Caballero, Sánchez Mazas, Ledesma Ramos y Aparicio. En casa del

director se leyeron los artículos de cada uno. José Antonio se sentía contento de lo que había escrito y, sobre todo, de haber sobrepasado todas sus dudas antes de embarcarse de lleno en la aventura política. Su timidez -no obstante los elogios de los compañeros de Redacción- le movió a no firmar su ensayo magnífico -boceto del discurso de 29 de octubre- sino con la E inicial de su Marquesado de Estella, cosa que no volvió a hacer jamás.

El 16 de marzo debió haber aparecido *El Fascio*; pero el Gobierno azañista, quebrantando una vez más las normas liberalísimas de su engendro constitucional, ordenó en la madrugada la recogida de toda la edición y la supresión indefinida del periódico, que -quizá felizmente- no se volvió a intentar resucitar. Todo ello sin mandamiento judicial ni razón legal alguna.

De nada sirvieron las protestas de sus fundadores. A ellas, ciertamente, no se sumaron muchos de los abundantes espíritus liberales que entonces deambulaban por la derecha y la izquierda de España. En ABC, órgano de la Monarquía liberal conservadora, constitucional y hereditaria, se comentó el asunto con cierta energía completamente liberal. Y lo más importante: se criticó al fascismo, «con sólo unas frases desabridas», según palabras de José Antonio. José Antonio, unido por sincera amistad a Juan Ignacio Luca de Tena, le pidió la inserción en su admirable diario de una cuartilla apologética del fascismo, que provocó una polémica, desarrollada en ABC y La Nación dentro de un alto tono intelectual y cordial. Me parece innecesario repetirla aquí, ya que las cartas cruzadas entre los Marqueses de Estella y de Luca de Tena han sido reproducidas íntegras en la Historia de la Falange de Sevilla, de Pemartín y Dávila, y en parte las del Jefe de la Falange- en el volumen III de sus Obras completas (Ediciones FE, 1940).

Lo más interesante de aquella singular correspondencia es la franca declaración de José Antonio, en la carta de 21 de marzo, de no aspirar a una plaza en la jefatura del fascio que asomaba, por no compaginar con la de caudillaje su vocación de estudiante ([59]), así como la de que -como estudiante- había dedicado varias horas a estudiar el fenómeno fascista. Es decir, el 21 de marzo todavía el Destino no había dado sus aldabonazos definitivos en el ánimo del Fundador.

También es digno de subrayar este párrafo, cada minuto que pasa más actual, de la primera carta de José Antonio: «Para encender una fe, no de derecha (que en el fondo aspira a conservarlo todo, hasta lo injusto) ni de izquierda (que en el fondo aspira a destruirlo todo, hasta lo bueno), sino una fe colectiva, integradora, nacional, ha nacido el fascismo. En su fe reside su fecundidad, contra la que no podrán nada las persecuciones. Bien lo saben quienes medran con la discordia. Por eso no se atreven sino con calumnias. Tratan de presentarlo a los obreros como un movimiento de señoritos, cuando no hay nada más lejano del señorito ocioso, convidado a una vida en

[59] Poco más tarde. en una carta a Ledesma Ramos y Julián Pemartín, diría que tenía «demasiadas preocupaciones intelectuales para poder ser un conductor de muchedumbres».

la que no cumple ninguna función, que el ciudadano del Estado fascista, a quien no se reconoce ningún derecho sino en razón del servicio que presta desde su sitio. Si algo merece llamarse de veras un Estado de trabajadores, es el Estado fascista. Por eso, en el Estado fascista -y ya lo llegarán a saber los obreros, pese a quien pese- los Sindicatos de trabajadores se elevan a la directa dignidad de órganos del Estado.»

El director de ABC, no dotado, como José Antonio, de las más raras cualidades proféticas, no pudiendo adivinar que el Caudillo Franco, vencedor del marxismo en los campos de batalla, promulgaría una ley sindical en que se harían realidad las afirmaciones de José Antonio, comentó así las últimas palabras de la calurosa apología fascista de Primo de Rivera: «Con sólo poner socialista donde dice fascista, podrían suscribir un concepto muy parecido los partidarios del marxismo. También me parece una idea muy respetable, pero yo no la comparto.»

En la réplica de José Antonio -breve y tajante- hay frases admirables, que bien vale la pena de recordar ahora: «El socialismo, por definición, no es partido nacional ni aspira a serlo: es un partido de lucha, de clase contra clase. Ser oprimido por los triunfadores en una guerra civil me humilla; pero ser limitado en la facultad de campar por mis respetos en homenaje a un principio nacional totalitario integrador me enorgullece. Sólo se alcanza dignidad humana cuando se sirve. Sólo es grande quien se sujeta a llenar un sitio en el cumplimiento de una empresa grande.»

La recogida y supresión de *El Fascio* ya fue, por su misma enormidad inusitada, una propaganda magnífica de la nueva doctrina. Pero la precisión, elegancia y valentía con que José Antonio, en la polémica citada, puso los puntos sobre las íes a los agudos problemas políticos de España y definió las posibilidades de un fascismo español, resonaron en España entera, quizá más que lo hubiese hecho la heterogeneidad de estilo del semanario nonnato. La polémica permitió otra cosa: que el nombre de José Antonio se incrustara ya en el pensamiento de los españoles como el del futuro caudillo de la Revolución Nacional. Prueba de ello fueron los millares de cartas, telegramas y visitas que llegaron al despacho de José Antonio. A centenares nada más arribaron al de Delgado Barreto, y apenas unas docenas a los de los directivos jonsistas. El primer plebiscito para la Jefatura Nacional de la nueva España fue contundente en favor de José Antonio. Ante su resultado, José Antonio escucha por vez primera, impetuosa, dentro de su corazón, la llamada del Destino. Era menester salir del gabinete de meditación y estudio, a la calle alborotada de chillidos ásperos y pistolas chulescas. Salir al frente de un movimiento juvenil, totalitario, de tipo fascista, «pero irreprochablemente fiel a las invariantes históricas de nuestra Patria, única salvación posible de la España que rodaba ya por el camino de su desaparición como nación independiente». Así se lo manifestó a Sancho Dávila en conversación directa, a Julián Pemartín en la admirable carta del 2 de abril (publicada en los libros antes citados) y a muchos más amigos de mayor o menor intimidad. En la

carta a Pemartín reaparece su vacilación ante la aceptación del caudillaje. Vacilación que combaten cada día las voces del Destino, acercándose con energía persuasiva, y las de los miles de españoles que ponen en él -muy abiertos- los ojos de su fe.

El fracaso de *El Fascio* es el primer gran triunfo de José Antonio. Lo miran con recelo todos los adversarios de las innumerables esquinas de la política española, y también los afines de las J. O. N. S. Ramiro Ledesma Ramos inicia una retirada de la cordialidad y vuelve a sus ariscos cuarteles de apartamiento. José Antonio lo advierte, e incapaz de buscar partidarios -por su seguridad de conseguirlos- no se lanza en persecución de los grupos jonsistas, por los que siente la mayor admiración y simpatía, confiando en que vendrán a él en plazo no muy largo.

EL MOVIMIENTO ESPAÑOL SINDICAL

EN el despacho de Alcalá Galiano, 8, en donde el joven abogado ha instalado su bufete, la actividad es intensa durante la primavera y el verano de 1933. José Antonio está plenamente decidido a la acción, perentoria y enérgica. Como sabe que a Dios hay que darle lo que es de Dios y al César lo que es del César, tampoco ignora que, aun con la urgencia con que la España atormentada lo requiere, es menester también dar tiempo al tiempo. Nadie seguro de sí mismo, nadie que en las noches de insomnios y de meditación haya logrado descifrar los enigmas del Destino golpeando en el corazón, tiene impaciencias prematuras. Muchas gentes creían a José Antonio desanimado en aquellos meses en que el silencio y el estudio eran su acción predilecta. Todavía no son los camaradas de la Revolución Nacionalsindicalista quienes le rodean. Todavía no le escuchan con pasmo de revelación de sus íntimos sentimientos las juventudes españolas a la intemperie. Pero ya colaboran con él, en los primeros pasos de una empresa que ha de acabar con la vida de gran parte de ellos, viejos amigos de su padre y jóvenes entusiastas de la figura joseantoniana, la más sugestivamente prometedora que ha tenido España en las últimas centurias. Van y vienen visitas, telefonazos, telegramas y cartas desde el piso bajo de Alcalá Galiano a los confines de España, con instrucciones concretas para la formación de los primeros núcleos nacionales dispuestos a la lucha por un movimiento españolísimo, totalitario, profundamente renovador de las esencias vitales de la Patria, que recibirá el nombre de M. E. S. (Movimiento Español Sindicalista). Entre los hombres que en Madrid colaboran ardientemente con José Antonio figuran Julio Ruiz de Alda, Alfonso García Valdecasas, Manuel Sarrión, Andrés de la Cuerda, Emilio Alvargonzález, José Gómez, Rodríguez Tarduchy, Sánchez Puertas, Peláez, Cadenas, Martínez Cabezas y otros. Su labor principal es buscar en las

provincias los elementos capaces de comprender la significación profunda del pensamiento de José Antonio y la renuncia a toda ambición personal que supondrá alistarse en las cajas de recluta de un movimiento que sólo va a exigir sacrificios y sólo va a prometer dificultades y riesgos graves.

Como el fondo místico y desesperado del alma española gusta de esos peligros y esos sacrificios, no se tarda en encontrar el puñado de hombres necesarios para hacer corpórea y tangible la idea. Se descubren hombres capaces de todo por España en cada provincia. Circulan las primeras consignas y en algún sitio se inicia con puñetazos la santa violencia. Sainz en Toledo, Luna en Cáceres, Pemartín en Jerez, Bassas en Barcelona, Zayas en Mallorca, van sembrando una simiente nueva. En muchos sitios, instintivamente, se hace una fuerte unión con los jonsistas viejos o con los tradicionalistas, sin otro pacto ni otra estipulación que el amor a España, en trance de hundimiento.

José Antonio, eterno descontento y desconfiado de sí, retrasa cuanto puede el lanzamiento a la calle de la doctrina que va cuajando lentamente ([60]). Desea verla bien perfilada, no sólo en sus facetas política y social, sino en algo más trascendente todavía para la conquista de las esquinas: hay que curtir a los partidarios en toda la violencia que presiente ha de ser necesaria -la dialéctica de los puños y las pistolas, de que hablará el 29 de octubre- y en toda la elegancia polémica que faltara en la obra de su padre: es decir, el «estilo». El estilo, que no será, en la Revolución que amanece, sólo el lenguaje retórico con que se vistan las ideas en manifiestos y discursos. Ello sería artificioso. El estilo en el nuevo Movimiento tendrá que ser algo totalitario que refleje con exactitud la manera de ser. Porque la revolución futura tendrá que ser -o no será- la revolución en la manera de ser. La preocupación política y revolucionaria de José Antonio aquellos días era, precisamente, la definición de la «manera de ser» y su forma de expresión. La gran dificultad estribaba en alumbrar lo que la época tenía enterrado todavía, que era lo único capaz de diferenciarla totalmente en la Historia de otras épocas caídas. La Doctrina brotaba despacio a golpes de genialidad sobre la evidencia española. Pero aquel filón, que se ponía bajo la luz del sol, necesitaba la estructura de unas consignas de expresión fácil, aun cuando encerrasen el más doloroso análisis.

Es la etapa más intensa en la gestación de la Falange -que aún no ha nacido y aún no tiene nombre-. «A los pueblos les mueven los poetas», piensa José Antonio, y, deseoso de conmover al suyo busca en su corazón las palabras-claves, y pide ayuda a hombres apolíticos de la mejor sensibilidad literaria. Son las largas conversaciones con Rafael Sánchez Mazas, con Eugenio Montes, con José María Alfaro. Es la rebusca en los clásicos y en los

[60] El trabajo intelectual en José Antonio, siempre rápido en la concepción, se completaba con una elaboración más despaciosa. El solo golpe de inspiración no era suficiente para su temperamento cuidadoso y organizado. Pocas cosas ha hecho en su vida -si no son las producidas por la reacción del momento- que no haya meditado atentamente y de las que no haya desechado, por escrúpulo, todo lo superfluo.

modernos. Es la lectura apasionada de los Romanceros nacionales y las obras de los conductores de pueblos. Dentro del realismo de la doctrina del sindicalismo nacional empieza a hervir el juego lírico y épico de la tradición más gloriosa y el porvenir más fecundo. Poco a poco, dejando su poso político y social, el Movimiento Español Sindicalista se va transformando. Cuando el mismo día de su salida a la calle en el mitin del 29 de octubre, la corazonada genial de Julio Ruiz de Alda encuentra el nombre de Falange Española para la tropa de vanguardia de la Revolución Nacional, puede asegurarse que ya nos llamábamos así, porque a ninguno le había faltado la F. E., expresada en sus iniciales, aunque tampoco a muchos les había agradado -entre ellos a José Antonio, que estas iniciales significaran asimismo «fascismo español».

LA OCASIÓN DE SALIR A LA CALLE

José Antonio estaba encantado con la deliciosa clandestinidad en que trabajaba el Movimiento Español Sindicalista, mientras las Constituyentes y el trágico Gobierno Azaña agonizaban en el viejo Congreso y en los campos españoles, apestados del hedor de los cadáveres de Casas Viejas. Mucho más hombre de despacho y estudio que de exhibición política, se recreaba en la creación silenciosa de la doctrina y el estilo, sin prisas, pero sin descanso. Pero el Destino, que rondaba su puerta, ya no puede aguantar más. Tras de unos debates vergonzosos, tras de una crisis tragicómica del Gobierno Lerroux, convertido en protagonista de tragedias grotescas, ha subido al Poder, el 9 de octubre, Diego Martínez Barrio, a quien Alcalá Zamora ha dado el Decreto de disolución de las Cortes Constituyentes. Para la coalición antirrevolucionaria de la provincia de Cádiz se pide el nombre de José Antonio. José Antonio comprende la necesidad de que su actuación en la política española adquiera una permanencia y una responsabilidad propia. Han transcurrido tres años de la muerte de su padre y las gentes ven ya en el hijo una auténtica figura independiente de la del Dictador. Aceptará ir a la lucha electoral, venciendo su repugnancia a la farsa de las urnas y la del Parlamento, en el que no cree. Quizá en su juventud primera haya creído; pero la experiencia de las primeras Cortes de la segunda República le ha hecho ver con toda claridad cómo España no tiene que esperar nada de una Asamblea legislativa, donde la magnífica misión de hacer leyes justas para la Nación se degrada hasta las más viles intrigas y las más vergonzosas componendas. El Parlamento representa por antonomasia la división de España en banderías, en partidos políticos. Esta división es, precisamente, uno de los puñales que más peligrosamente amenazan a la Patria -ya en el pensamiento de José Antonio definida como una «unidad de Destino en lo universal»-. El Parlamento es, también, la chabacanería y la falta de seriedad en el entendimiento de la vida. El

Parlamento es la esterilidad bizantina frente a la urgencia del quehacer, de la misión, en la historia de un pueblo. Sin embargo, puede ser útil la permanencia en el Parlamento -considerado como un lugar de paso- por varias razones: entre otras, por disponer de un altavoz gratuito y de enorme resonancia para la propaganda de los nuevos ideales antiparlamentarios. Como habrá que jugar todas las cartas en la dura partida y el acta de Diputado a Cortes es siempre un triunfo, José Antonio se decide a dominar su íntima repugnancia y accede a ser candidato «sin fe y sin respeto» y a tomar parte en la campaña electoral.

Para ello será preciso -así luego no se podrán llamar a engaño los que le den su voto- anunciar pública y solemnemente su pensamiento en un acto resonante en la capital de España. Da la orden José Antonio de prepararlo, y elige entre sus jóvenes camaradas de la hora preludial los dos que han de acompañarle: Alfonso García Valdecasas, recién desengañado de los errores de la agrupación de intelectuales «al servicio de la República», y Julio Ruiz de Alda, lleno de la gloria de sus hazañas aéreas. Un profesor universitario, cien por cien intelectual, y un militar puro, honrado, inteligente y enérgico. La primera selección del equipo muestra claramente el propósito unificador de José Antonio. Frente a las eternas normas de los políticos españoles -incluso del General Primo de Rivera- de intensificar la separación de castas y, sobre todo, de enfrentar a los intelectuales y a los militares, José Antonio decide lo contrario. Unir Ejército y Cultura, Academia y Universidad, Acción y Estudio. Salvar barreras de recelos e incomprensiones, absurdas cuando la misma chispa de pasión nacional puede prender y arrebatar a los corazones.

Apenas dada la orden, los partidarios primeros inician con entusiasmo la preparación y la propaganda del acto. Como lo del M. E. S. no gusta a nadie y la efe de F. E. es todavía Fascismo y no Falange, al acto que se empieza a anunciar para el domingo 29 de octubre en el teatro de la Comedia, de Madrid, se le llama simplemente «de afirmación nacional».

José Antonio eligió el teatro de la Comedia, céntrico, severo, no excesivo en el aforo, pero tampoco pequeño. Además de estas razones que le movían para asegurar una cierta brillantez al acto, había otras de tipo sentimental: la cordial amistad de su empresario, don Tirso Escudero, con el General Primo de Rivera, y el recuerdo de la velada necrológica en recuerdo del General, en él celebrada. En persona fue José Antonio a visitar a don Tirso y a pedirle el teatro. Don Tirso lo ofreció encantado y generoso, no obstante los peligros que podía correr la sala en el primer acto público del «fascismo», tan aborrecido de la chusma socialista. Lo puso a disposición de José Antonio para cuando quisiera, sin limitación de horas ni de elementos para los servicios indispensables. Tres fueron las razones del empresario madrileño: su amistad con el General Primo de Rivera; su confianza, cada día más firme, en la misión superior de José Antonio, y su halagada satisfacción de ofrecer el teatro para un acto que preveía trascendental para la vida española.

José Antonio agradeció efusivamente a don Tirso Escudero sus ofrecimientos. Pocos días más tarde envió a un camarada para tratar con el empresario las condiciones económicas de la cesión. El naciente Movimiento disponía de muy poco dinero por el momento y todo era necesario para organizar la propaganda. Don Tirso no quiso cobrar un céntimos por el alquiler y, por el contrario, prometió pagar de su bolsillo la luz, el personal y los demás gastos necesarios. Esa generosa cesión del teatro de la Comedia para el acto fundacional fue la primera aportación económica a la Falange de personas no afiliadas. Ciertamente, esas aportaciones no se repetirían con frecuencia hasta los días críticos que siguieron al 16 de febrero de 1936.

VIAJE A ITALIA. ENTREVISTA CON MUSSOLINI

José Antonio encauzó y dirigió la propaganda del mitin, del que nadie -por cierto- conserva las invitaciones. Y, todo a punto, decidió un rápido viaje a Italia a entrevistarse con Mussolini. Muchas gentes maliciosas, entonces y después, creyeron que la visita tenía por objeto ofrecer el naciente organismo al creador del fascismo y conductor de la nueva Italia, o al menos solicitar de él una ayuda económica o una orientación táctica. Nada menos cierto. La Falange, que nació pobre y vivió gozosa en su pobreza hasta ascender, por orden de Franco, a partido único del nuevo Estado español, fue autónoma, económica y políticamente, toda su vida. Jamás podrá probar nadie al Partido, o a cada uno de sus componentes, una subvención o una simple distinción honorífica de los Movimientos nacionales italiano o alemán. Cuando al andar del tiempo triunfó la Revolución Nacional española y la Falange fue incorporada al Estado, los Gobiernos de los países amigos condecoraron a algunos de los mejores camaradas. Pero no en recuerdo de la amistad de la Falange de los primeros días, sino en consideración a los servicios prestados a una causa común durante nuestra Cruzada.

Entonces -si no fue por dinero o por consignas- se preguntarán algunos: ¿A qué fue a Roma José Antonio en octubre del 33 a visitar al Duce? La respuesta es sencilla, y está dada -casi- por José Antonio en su prólogo al libro *El Fascismo*, de Benito Mussolini. Convencido de que «ninguna cosa auténtica, eterna y difícil, como es el gobernar, se ha podido hacer a máquina», y de que «siempre ha tenido que recurrirse a última hora a aquello que, desde el origen del mundo, es el único aparato capaz de dirigir hombres: el hombre», fue a Roma a ver al hombre. Es decir, al jefe.

José Antonio conoce cuantas biografías se han escrito del Duce. Ha leído con toda atención sus artículos y discursos. Se siente estremecido ante su tremendo momento personal y necesita hablar con él para tomar aliento de su voz. Esto no implica vasallaje espiritual. No hay un genio tan original en el

mundo que se pueda creer nacido de la cabeza de Atenea. Todos saben cuánto deben a los modelos que les han precedido y pocos tienen la fortuna de coincidir en el tiempo con esos modelos. José Antonio ha aprendido mucho en Mussolini, que es contemporáneo y asequible por buen amigo de su padre. ¿Qué tiene de particular que sienta el deseo de tomar una viva lección de él? No se olvide que la gran vocación de José Antonio era la de estudiante. Aprender, aprender. ¿Por qué desaprovechar la inmensa lección de Mussolini? Ya le había visto una vez, en audiencia rituaria, años antes, cuando el Duce recibiera en Roma a varios estudiantes de la Universidad madrileña. «Aparte, como todos los habitantes del mundo, le conocía por los retratos: casi siempre en actitud militar, de saludo o de arenga.» Le conocía por sus obras y por sus biógrafos; le conocía por las conversaciones del General Primo de Rivera. Pero necesitaba la auténtica versión de un diálogo íntimo que le diese «la imagen del héroe hecho padre, que vigila junto a una lucecita perenne el afán y el descanso de su pueblo». No para copiarla -nadie podrá decir que José Antonio inspirara su oratoria o su plástica en las mussolinianas-, sino para estudiar su secreto. Técnica de buen profesional -José Antonio ya se va a hacer político- es el análisis de los grandes maestros. Y si el músico va a Bayreuth para escuchar la Tetralogía, y el escultor a donde los ingleses hayan colocado las obras de Fidias, y el pintor viene a Toledo para admirar al Greco, y el arquitecto va a Roma para buscar misterios profesionales en las cúpulas de San Pedro, ¿por qué no había de ir a Roma José Antonio?

Otra finalidad de la visita bien pudo haber sido una prueba del fuego para su timidez, antes de someterla a la del agua en el gran mitin anunciado. Enfrentarse con Mussolini a solas era para José Antonio seguramente una gran inquietud, casi tan grande como enfrentarse con una muchedumbre. Los dos ojos penetrantes del Duce le prepararían a las miradas de los dos mil ante los que había de comparecer el 29.

La entrevista fue descrita en su aspecto externo de manera magistral por la extraordinaria pluma de José Antonio, y se ha reproducido varias veces. Ha servido también para artículos de periodistas italianos, uno de los cuales, Maulio Barilli, se había encontrado con él en el tren y en el avión durante el viaje de Barcelona a Ostia, y luego, ya en Roma, recogió las primeras impresiones del Jefe nacional. Lo que permanece en el secreto -José Antonio no lo ha contado a nadie, o si lo ha referido a algunos camaradas, éstos han guardado el secreto- son los temas tratados en la conversación con el Duce. De ella trajo a Madrid José Antonio, además de la lección deseada, una fotografía espléndida del Duce con una cordial dedicatoria. Y, desde luego, aumentada -sin deslumbramientos palurdos- la admiración al Jefe del Fascismo. Como ha dicho un periodista español, José Antonio no tenía psicología de satélite ([61]).

[61] En mayo de 1935 hizo otro rápido viaje a Italia, en el que se encontró con Montes y con Sánchez Mazas, visitando en su compañía la Ciudad Eterna, algunas organizaciones

Recordando la entrevista, el propio Mussolini diría más tarde a Pilar y a otros camaradas que José Antonio era uno de los más bellos espíritus que había conocido. Cabe suponer por esta apreciación del fundador del Imperio italiano, que la visita no sería la del turista curioso o la del reportero profesional que se limitan a la audición de tópicos o a la respuesta de preguntas formuladas de antemano y por escrito, sino que sería el diálogo de dos hombres geniales y afines de raza y sentimiento -uno en la cima de la gloria y el otro preparando los útiles con que escalarla- que se comprenden y se admiran plenamente. Si no puede sorprender la admiración de José Antonio a los cincuenta años maduros y fecundos que entonces contaba el Duce, sí extrañará -a quien ignora la mágica sencillez del talento de nuestro Jefe- que los treinta años llenos todavía de promesas del mozo español impresionaran tan favorablemente al hombre que había hablado ya con todas las figuras -políticas, científicas y artísticas- más destacadas de su época.

A nosotros, falangistas que creíamos ciegamente en nuestro Jefe, las palabras de Mussolini, sin decirnos cosa que no supiéramos desde el fondo del alma, nos llenan de la satisfacción íntima y el orgullo de haberlo seguido con fidelidad entusiasta, cuando tan pocos le conocían.

---

fascistas y el «Comité pro universalidad de Roma». Este viaje lo realizó José Antonio por vía marítima.

SEGUNDA PARTE

29 DE OCTUBRE DE 1933

LAS manos del Destino han repetido ya en todos los aldabones de las puertas de su vida -al riesgo, a la gloria, a la muerte, a la inmortalidad- sus cuatro golpes solemnes, beethovenianos. Su corazón los ha percibido con angustia y alborozo. Multiplicados cuatro veces por cuatro puertas, el eco inmenso de España -en el silencio dramático de su congoja ante el dilema de «ser o no ser» que tiene planteado- los convierte en algarabía de campanas de bodas y difuntos. Presentimientos de amaneceres con pólvora y con sangre inundan el aire de la Patria. Y llegan -como adivina José Antonio- a las entrañas de la juventud.

Todo está preparado. El triunvirato directivo del incipiente Movimiento Español Sindicalista -José Antonio, Ruiz de Alda, Alfonso García Valdecasas- se ha acercado audazmente y ha visto con mirada sagaz y limpia la trágica meta a qué se acerca España, así como los ridículos diques con que algunos ilusos o cretinos intentan detener la vertiginosa rapidez con que rueda la Patria hacia ella.

José Antonio ha comprendido exactamente la imposibilidad de contrarrestar aquel vértigo desesperado -locomotora de abrasada caldera sin freno en la pendiente- con agitadas banderitas lacias de pobres guardabarreras gesticulantes como micos. La locomotora desbocada, ruidosa de tempestades en sus flejes, empenachada de humos densos y negros que ahogan el cielo, hirviente de jadeos, encendida de todos los fuegos del odio y de la «poesía que destruye», no se detendrá por esas señales azarosas de los pasos a nivel ni porque alguien intente atravesar unos obstáculos insignificantes en el hierro de los carriles. Seguirá impetuosa hasta la estación de término donde entrará con todo su violento esplendor arrollando a la muchedumbre que aguarda en el andén. Todo quedará destruido, en ruinas y brasas.

José Antonio lo ha visto. Sólo los muy cortos de vista no advierten el ritmo uniformemente acelerado de las masas de acero y de carbón con bandera de llamas. Y Dios ha dado a las pupilas claras de José Antonio la agudeza de los ojos del águila. Es menester organizar el «tren de socorro». Pero no un tren cargado de enfermeras y practicantes -vestidos angelicalmente-, con «árnica y paños calientes» para las víctimas conscientes o

inconscientes de la catástrofe irremediable. Sino un tren heroico, también de hierro y de carbón; también con gentes rudas en traje de faena; también con estandartes de fuego que abrase el viento; también cargado el ténder de poesía «prometedora» que, arrancando del andén que espera resignado la catástrofe fatal, emprenda veloz la marcha ascendente al encuentro del convoy de la Revolución que avanza, sin atender tampoco a las invitaciones de prudencia de los guardabarreras. Las dos fuerzas físicas, lanzadas, tienen que encontrarse en el camino. El choque será terrible y en él -tal vez- se dejarán la vida los conductores del tren de socorro. Pero «no importa». La masa sin freno se estrellará contra él y en la meta final se habrán salvado los valores eternos atesorados. José Antonio sabe que ésta es la misión anunciada por el Destino. E intrépidamente monta a la máquina y con sus manos finas, aristocráticas, empuña las palancas de mando, abre las válvulas de vapor y lanza el silbido largo que despierta a una España amodorrada.

Indudablemente, el problema decisivo de España en 1933 es realizar una Revolución que tiene pendiente y no le han dejado hacer. Lo que da caracteres trágicos a ese problema es la ceguera voluntaria de algunos empeñados en no verlo, en inhibirse de él, en combatirlo con absurdos paliativos, en convertirlo en problema de unos cuantos.

Los capitalistas y burgueses -conservadores de un orden social a todas luces injusto, más injusto casi que el desorden-, satisfechos con los pequeños ensayos de «revolución política» que han traído, por fin, la economía liberal -política y economía que no exigen disciplina, ni sacrificio, ni austeridad, ni hermandad; política y economía que desentienden al hombre del hombre y de la tierra, del trabajo y de Dios; política y economía que no sirven a ideal alguno colectivo, sino, a los intereses particulares más egoístas y más viles-, han logrado convertir la revolución que España necesita en la revolución que necesita la clase proletaria. Inhibiéndose de la revolución totalitaria, de arriba abajo, han alimentado al monstruo de la revolución clasista, de abajo arriba, que ha encontrado su fórmula en la teoría de Marx y la práctica de Lenin. Frente a esa revolución implacable, basada en fuertes mitos -«lucha de clases», «interpretación materialista de la vida y de la Historia», «dictadura del proletariado», etc.-, los capitalistas y burgueses, apretados por el miedo, dirigidos por viejos políticos y por jóvenes viejos políticos -tan conocedores de trucos, tópicos y artimañas como ignorantes de la realidad-, no logran ver la magnitud de ese problema decisivo ni encontrar las palabras definidoras de él.

José Antonio sí ha sabido dar con ellas. El problema tiene un nombre: Revolución Nacional. Y las palabras definidoras son «disciplina y jerarquía, servicio y sacrificio, milicia y justicia social». Más tarde su oratoria moldeará estas palabras en consignas de suprema belleza y suprema exactitud.

Volvemos a repetir palabras de Zweig: «Cuando un hombre único se acerca resueltamente al decisivo problema de su época, junta alrededor suyo toda una comunidad, y, con la callada expectación de los otros, aumenta su

propio poder creador.» Así, José Antonio, el domingo 29 de octubre de 1933, resuelto a levantar la bandera de la Revolución Nacional, decisivo problema de España, junta en el teatro de la Comedia, de Madrid, a una comunidad de unos cientos de muchachos ardorosos, y en los auriculares y altavoces de las radios, la callada expectación de quienes no pudieron o no se atrevieron a asistir al acto.

Digo y repito que José Antonio era ese «hombre único». Con todo mi fervor a la sagrada memoria de Julio Ruiz de Alda y mi amistad y admiración hacia Alfonso García Valdecasas, creo que su actuación el 29 de octubre de 1933 no hubiese pasado de un intento simpático, muerto a las pocas horas de nacer. La vitalidad que ha permitido a aquel acto, que tenía «el calor, y, si queréis, la irresponsabilidad de la infancia», significar el punto de partida de la nueva historia de España, se debe exclusivamente al nombre, a la presencia, a la voz y a la sugestión de José Antonio.

* * *

29 de octubre...

Ya tienen de nieve el capirote los picos más altos de Guadarrama y Gredos. Ya es oro maduro de hojas muertas la tierra de los parques madrileños. Ya avanzan los campeonatos de fútbol, duermen las plazas de toros soñando primaveras, y Don Juan Tenorio, calavera y gallardo, se maquilla en los escenarios, preparándose a raptar novicias y a convidar a difuntos. El 29 de octubre de 1933 tuvo Madrid una luz clara, otoñal, tamizada de nieblas y nubes blanquecinas. Hasta el mediodía no salió decidido el sol. Era un día tibio de otoño madrileño, sacudido a veces por el ramalazo gélido de la sierra cercana.

Tras largos cuchicheos, los excelentísimos señores don Diego Martínez Barrio, Presidente del Consejo de Ministros; don Manuel Rico Avello ([62]), Ministro de la Gobernación, y el Director General de Seguridad, habían autorizado la radiodifusión del «acto de afirmación nacional» que en el coliseo de la calle del Príncipe, de Madrid, tenían anunciado los señores Primo de Rivera (don José Antonio), Ruiz de Alda (don Julio) y García Valdecasas (don Alfonso).

Por rara casualidad -alguna vez se daban en la República- España gozaba, en aquellos días de período electoral, de la plenitud de su Constitución liberalísima de 1931. No había estado de prevención o de alarma y funcionaba completa la maravillosa y generosa maquinaria de las garantías constitucionales. Era difícil, pues, poner trabas al acto anunciado, aun cuando corriese el rumor de que algunos extremistas intentarían impedirlo por la violencia.

[62] El azar quiso que Rico Avello muriese en la misma Cárcel Modelo y en la misma ocasión que Julio Ruiz de Alda, el segundo orador de aquel famoso mitin.

El señor Primo de Rivera era candidato a Diputado a Cortes «independiente» por Cádiz. El señor García Valdecasas, todavía era Diputado de aquella agrupación de intelectuales «al servicio de la República», que -aunque ciertamente no le había prestado muchos, pues se alejó enseguida de su órgano constructor, las Cortes Constituyentes, gritando «no es esto, no es esto», diciendo que la República tenía «perfil agrio» y que si fue y que si vino-, al fin y al cabo, sonaba como «cosa democrática». El tercer orador, Julio Ruiz de Alda, carecía de matiz político demasiado definido, no obstante sus coqueteos fascistas y haber figurado el verano último en uno de los imaginarios «complots» en que tanto se deleitaba la fantasía republicana de Casares Quiroga. Lo que la gente podía ver en Ruiz de Alda era su fama ganada en magníficas hazañas de aviación, y en ellas había aparecido siempre junto a Ramón Franco, a la sazón uno de los más exaltados defensores de la República. Los señores Primo de Rivera, García Valdecasas y Ruiz de Alda se iban a reunir con unos cuantos amigos a lanzar un «partido político» nuevo, un «programa» más. La «cosa» carecía de importancia, y un Gobierno verdaderamente liberal y republicano no podía dar la sensación de que le asustaba el nombre del señor Primo de Rivera -¡oh, el recuerdo de la Dictadura estaba bien muerto, y nada podría hacerle resucitar en el pueblo español, «gozoso» con el régimen que se había dado en la jornada gloriosa del 14 de abril!-, aunque el señor Primo de Rivera fuese uno de los redactores de aquel periodiquito *El Fascio,* que hubo de recoger y prohibir meses antes el Gobierno Azaña. ¿Qué podían representar y significar aquellos tres hombres jóvenes? Nada. El señor Primo de Rivera sería derrotado en las próximas elecciones, como la había sido en las parciales de Madrid el año 31. Del acto de la Comedia, pasados unos días no quedarla ni el recuerdo -como no fuese en alguna nariz de «joven fascista» apuñada por un republicano-. Ni siquiera sonaría a los ocho días el eco de los graznidos de los socialistas y los redactores de los periódicos rabiosamente republicanos que consideraban una «provocación» intolerable la pretensión de los «señoritos fascistas» de hacer oír su doctrina.

Así, pues, la cordura democrática del Gobierno se atrevió a autorizarlo, a permitir que se radiase y a protegerlo ([63]). En los bares madrileños, entre el

---

63 «La Dirección General de Seguridad -decía *La Nación* del lunes 30- montó un extraordinario servicio de vigilancia en el teatro y en los alrededores del mismo. A la puerta de la Comedia estaban varios agentes de Policía y Oficiales y guardias de Seguridad. En la plaza de Canalejas y en la de Santa Ana se situaron carros de Asalto, cuyas fuerzas se repartieron por las citadas plazas y entradas de las calles de Sevilla, Carrera de San Jerónimo, Cruz, Príncipe, Visitación, Prado, Huertas y plaza del Ángel. También en las entradas de algunas calles había parejas de guardias de Seguridad a caballo. En algunos portales y paseando por las calles citadas se veían numerosos agentes de Policía.» Se disolvieron algunos grupos, hubo algunos cacheos y detenciones de sospechosos, con incautación de porras y pistolas.

ruido de las cañas, las fichas de dominó y las conversaciones de los «marchosos», algunas gentes curiosas -muchos jóvenes ávidos de oír auténticas voces españolas de no profesionales de la política- pudieron escuchar a los tres oradores.

Ellos estaban seguros -contrariamente al Gobierno y a la opinión de otras muchas gentes sesudas del momento- de que aquel acto estaba lleno de gravedad y de augurios. El Destino nunca llama a las puertas del hombre con apremios dramáticos para una puerilidad. Los tres oradores conocían con exacta intuición que aquella mañana de domingo tendría su lugar en la Historia de España. «Sin querer *hipotecar el futuro enigmático,* teníamos el convencimiento -ha escrito el único superviviente de los tres, Alfonso García Valdecasas-, de que era un acto llamado a importar en la vida de España. No por lo que significaran las personas, sino por lo que significaba su actitud. Porque aquel acto quería expresar el anhelo y la inquietud de la España eterna, tal como la sentía una generación nueva, cuya conciencia española se había ido formando a través de la experiencia amarguísima de los años inmediatamente anteriores. Había ya brotes magníficos de esta tensión juvenil. Pero teníamos la creencia de que las ocasiones en que anteriormente se había manifestado, a pesar de su autenticidad, no habían tenido el volumen nacional necesario. Hacía meses que planeábamos darle estado público. Llegamos a tener redactado un manifiesto, obra principalmente de José Antonio; y parte del cual pasó a su discurso de octubre; pero nos pareció que un manifiesto caería en frío. Hacía falta un acto de presencia personal. La disolución de las Cortes y el plazo de campaña electoral nos dio ocasión. Anunciamos el acto como de afirmación española. Porque lo que había que afirmar, entonces como hoy, era a España, cuya existencia estaba en peligro. El nombre de Falange no estaba aún definitivamente decidido.»

José Antonio sabía, presentía, la importancia de aquella mañana de domingo en la que, hasta las once, hizo su vida habitual. Se levantó temprano, como siempre; se bañó y afeitó; se vistió correctamente -traje azul oscuro de impecable corte, cuello almidonado, corbata oscura con rayas-; oyó misa en un convento de monjas, «donde todas ellas han rezado para que Dios nos ilumine», como diría más tarde a Valdecasas, y, al volante de su coche pequeño -al que consideraba una «herramienta de trabajo»-, condujo hasta el teatro a sus hermanos, que se instalaron en una platea. Bromeó con ellos, como de costumbre, en el camino -quizá les hiciera alguna imitación de oradores famosos, que tan donosamente hacía-, y saludó con afabilidad a sus amigos al llegar al teatro. Aquella mañana de domingo, a las once, José Antonio puso término a su vida habitual. El hombre de mundo, de letras, de gabinete, de estudio, se convirtió en el hombre de la calle, la acción, la contundencia, cuando el primer muchacho -que todavía no era falangista- le saludó brazo en alto en el teatro. Del silencio de su bufete pasó al barullo de la política. De la admiración profunda y muda de sus pasantes, secretarios y amigos íntimos, pasó a la admiración apasionada -casi mística- de sus

escuadristas. Del trabajo metódico y sereno del despacho, pasó al vertiginoso ir y venir del foro al Parlamento, del Parlamento al Centro de Falange, del Centro de Falange a la calle, de la calle al cementerio, del cementerio al Centro, del Centro a la Dirección General de Seguridad, de la Dirección General de Seguridad a la cárcel, de la cárcel a la inmortalidad, atravesado de balazos... De la ignorancia de las gentes a la popularidad peligrosísima, del amor fanático de los suyos al odio más fanático de los otros. Del pensar y leer y aprender para el propio goce, al pensar y leer y aprender para el goce y la necesidad de España entera. De ser el hijo de Primo de Rivera, a ser sencillamente José Antonio. Salto único, que prueba más que nada su extraordinaria genialidad. En efecto, es más fácil dejar de ser Bonaparte para ser Napoleón -en las circunstancias históricas de uno y otro: Francia 1804, España 1933- que dejar de ser el hijo de Primo de Rivera -el Dictador odiado o venerado, a quien los partidarios o detractores quisieran ver *resucitar* en el hijo para lapidarle o seguirle- y hacer olvidar el apellido, sin tratar de ello, sino ensalzándolo cada día con acciones y ganando por el nombre sencillo el afecto familiar -José Antonio- y el respeto imperial -José Antonio también, escuetamente-. Para que a las once de la mañana del domingo 29 de octubre de 1933 sufriese la personalidad de José Antonio esa transformación golpeaban las manos del Destino, cuatro veces cuatro, todas las puertas de su vida, que se abrieron de par en par a la luz y al viento de la Patria.

Pero no es sólo José Antonio quien se verá transformado por el Destino en ese día. Es también el propio día que, empezando como otro domingo cualquiera de Madrid «municipal y espeso», concluye convertido en fecha inicial de una etapa en la Historia, para ser más tarde efemérides gloriosa, Fiesta Nacional de todos los Caídos por la Patria Una, Grande y Libre, con ansias de Paz y de Justicia. De aquel atardecer vulgar, sin emoción más que en los afortunados que han escuchado y sentido en su corazón la enérgica llamada de la Profecía, se pasa a los atardeceres con antorchas encendidas en la tierra y luceros brillantes en el Cielo a los haces de cinco rosas y las coronas de laurel y palmas junto a la sombra gigantesca de las negras cruces de los Caídos; del misterio vulgar de los nombres oscuros al deslumbrante fulgir de las letras de oro que les consagran de inmortalidad con la calentura de los ¡Presente! brotados en los labios temblorosos. y es asimismo la juventud quien descubre en sí misma la esencia juvenil que ya estaba olvidando: el amor del riesgo por el riesgo, del juego de la muerte y el heroísmo, de la generosidad y la alegría, del estudio y la acción...

Todo esto lo ve como en sueños José Antonio sentado en el sillón -de cara al día a punto de hacerse fecha; de cara a la juventud en trance de hacerse heroica; de cara a su misma vida transfigurándose, mientras hablan Alfonso García Valdecasas y Julio Ruiz de Alda ([64]). Valdecasas, buen orador, domina

[64] Presidía el acto y había presentado a los oradores el camarada Narciso Martínez Cabezas, gran propagador del ideario de la Falange desde las horas de gestación. Martínez Cabezas

la palabra precisa del científico, del filósofo. Aunque es profesor, el tono de su disertación en la Comedia inflama dé arenga las frases matemáticas de la lección de Patria que expone al auditorio. Ruiz de Alda es militar, técnico, hombre también de estudios y silencios o ruidos encrespados del propio corazón y del motor de su aparato, trepidante de ansias de cielos distintos. Su palabra es vacilante, torpe, ruda. Pero los conceptos son claros y rotundos como sus cálculos radiogoniométricos.

José Antonio no les presta atención, como no se la presta al auditorio con quien va a enfrentarse. Mientras sus camaradas hablan, él sueña y adivina otras cosas; intuye porvenires maravillosos; ve Centurias de Caídos y Legiones de Flechas; la primavera avanzando entre nubes y olas de espuma, por tierra, aire y mar... Y se le olvida el discurso preparado meticulosamente. Todo. Los conceptos, las palabras, el engarce de las ideas. Busca nerviosamente en sus bolsillos. Ni el más leve papel con un apunte que pueda servirle de guión. Se muerde impaciente una uña -«el único *tic* nervioso de aquel hombre bañado en serenidad», como ha recordado Jacinto Miquelarena-, preguntándose inquieto: «Ruiz de Alda está acabando. Y yo, ¿qué voy a decir?»

«Por primera vez en mi vida -confesaba José Antonio- me ha sucedido este fenómeno. Se me había borrado totalmente la argumentación preparada para defender nuestra postura. Pero en mi imaginación se apretaban hirvientes otras nuevas, más jóvenes, más vibrantes, más inflamadas, con las que peleaba mi razón sólo para ponerlas en orden. Estaba verdaderamente preocupado por ello, cuando vi sentarse a Julio» ([65]).

Los aplausos tabletean como ametralladoras. El glorioso aviador está fatigado y sudoroso. «¡Dios, cuánto más fácil es cruzar el Atlántico que hablar en público!», musita con su bravo acento navarro al sentarse. José Antonio le sonríe felicitándole por la dura prueba vencida. José Antonio, que se yergue para hablar a su vez.

La ovación es ensordecedora. Antes de empezar el acto «todo el mundo se puso en pie y hubo una ovación clamorosa que, naturalmente, no se le hacía a nadie, sino que era la explosión ardiente de la voluntad española que

---

pronunció breves palabras. En todo el acto no hubo más incidentes que unos vivas de un entusiasta que José Antonio cortó con un gesto imperioso, como haría siempre.

[65] *Nota de la segunda edición.-José* Antonio, en persona, fue quien me dijo en una ocasión que se le había olvidado el discurso preparado. No obstante, quiero transcribir aquí la observación de Raimundo Fernández-Cuesta en su mencionada carta: «José Antonio no olvidó el discurso; pronunció el que tenía cuidadosamente preparado, como hacía siempre con todos los suyos; odiaba la improvisación y decía que esos oradores que se levantan a hablar sin saber lo que van a decir son unos defraudadores de su auditorio.» Lo probable es que a José Antonio se le borrasen momentáneamente los conceptos de 10 que pensaba decir, aun cuando no el pensamiento que los informara, y los fuese recordando a medida que hablaba. Pues esa cuidadosa preparación de que habla Raimundo -el guión de todos los oradores forenses- no supone el haberse aprendido de memoria el discurso, como hacen algunos conferenciantes.

nos animaba», ha dicho Valdecasas. Ahora sí sabe la gente que aplaude a José Antonio, aunque ignore qué y por qué le aplaude. Muchos no se lo sabrán explicar años después, aunque la explicación es bien sencilla. Se aplaude la juventud, el señorío, la armonía plástica, la raza, la esperanza... Se aplaude todo el atractivo físico de aquel mozo fuerte, atlético y bien vestido; todo aquello que, más tarde, en un brindis famoso en el café de San Isidro, definiría Eugenio Montes como dotes personales del héroe: «José Antonio reúne todas las condiciones de Amadís: es joven, recio, animoso, dulce, caballeresco y guapo. y por todo eso le sigue la juventud española, harta ya de monstruos físicos.»

El público es heterogéneo. Hay señores graves, admiradores del padre; hay viejos caciques conservadores, esperanzados de no se sabe qué absurdos resurgimientos; hay compañeros de Universidad que recuerdan al extraordinario estudiante, maestro de sus condiscípulos y asombro de sus maestros; hay colegas del Foro, admiradores sinceros; hay amigos de la «buena sociedad», que han ido allí a pasar un rato antes del aperitivo. Hay amigas también -y admiradoras-, que quieren oírle en una lid nueva de amor por España. Pero hay, sobre todos, unos centenares de estudiantillos y obreros jóvenes, que presienten seguros la lección esperada tanto tiempo: la que ha de enseñarles a vivir y morir por los más altos ideales. Muchachos de la A. E. T. y los primeros grupos de falangistas, muchos venidos de provincias. Legionarios de España de Albiñana y unos cuantos jonsistas madrileños que en una platea proscenio rodean a Ramiro Ledesma Ramos, su jefe. Hay, -de paisano- jóvenes militares ya ilustres, entre ellos el General Varela, el de las dos Laureadas. Al lado de su gloria se sientan modestamente los que han de caer primero en la sed de inmortalidad de la nueva Cruzada: los Ruiz de la Hermosa, los Sampol, los Matías Montero. Y otros de quienes la Vida se ha de enamorar y ha de librar de mil peligros: Raimundo Fernández Cuesta, José María Alfaro, Manuel Valdés, José Miguel Guitarte, José Sainz Nothnagel... Ellos son los que juntan las manos con frenesí arrastrando a los menos ardientes a la ovación cariñosa y entusiasta. Ellos son quienes abren las palmas diestras, enrojecidas de aplaudir para saludar por vez primera al modo romano e imperial, llamado «fascista». Para ellos va a hablar José Antonio.

Se hace el silencio. Y José Antonio, con la garganta caliente y el cerebro radiante -ya ha puesto todo en orden bajo la tempestad de los aplausos-, comienza su nuevo discurso, alegre de haber olvidado el que trajera aprendido. Está seguro de que la inspiración -el Destino- hará de cristal terso sus palabras -en ebullición vivísima en el presagio del *impromptu*- y de que le entenderán sólo quienes él quiere que le entiendan. Su voz no es la aniñada con la que siempre -antes y después, predisponiendo a alguien en contra- empezaba sus discursos. Desde el primer momento es enérgica y grave, de oro y de bronce. «Nada de un párrafo de gracias. Escuetamente, gracias, como corresponde al laconismo militar de nuestro estilo.»

Acaba de nacer el estilo. Acaba, pues, de nacer la Falange. Acaba de nacer la Revolución Nacional Española.

Hay un punto y aparte. En la conciencia de cada oyente joven, el recién nacido estilo se va abriendo sitio. El estilo es el hombre. El hombre es la vida y la muerte. Los muchachos comprenden ya desde ese pórtico, sobrio y lleno como el más sencillo dórico, que en cuanto les resta por oír está toda la lección esperada y anhelada.

José Antonio ha encontrado ya el hilo de oro para hacer sintonizar sus pensamientos con los de sus jóvenes oyentes. Y también sabe que desde esa invocación al estilo, todo en su oratoria, su dialéctica, su vida y su muerte tiene que ser estilo. Y así se lo jura mientras empieza a hablar de «un hombre nefasto llamado Juan Jacobo Rousseau»...

* * *

Al término del espléndido discurso, el estupor del auditorio es inmenso. Mientras en los jóvenes ese estupor se hace fiebre de entusiasmo, en los señores graves admiradores de su padre, en los viejos caciques conservadores, en algunos compañeros de Universidad y Foro, en algunos amigos de la *buena sociedad* y en algunas admiradoras, la oración de José Antonio ha producido desencanto. Cierto que ha dicho cosas bellísimas, y todas las ha matizado impecablemente. Pero ellos esperaban otra cosa, distinta de aquella objetividad para tratar los temas del liberalismo y el socialismo. De éste ha llegado a decir el orador «que fue justo en su nacimiento». Luego ha afirmado que el movimiento iniciado «no es de derechas ni de izquierdas», porque la Patria es «una unidad total en que se integran todos los individuos y todas las clases». Ha hablado de armonizar las funciones de la Iglesia y del Estado. Ha cantado la violencia. Ha hecho un llamamiento al espíritu de servicio y sacrificio, al sentido ascético y militar de la vida, afirmando que no trata de hacer una recluta para ofrecer prebendas ni defender privilegios. No ha hecho -como muchos esperaban- una diatriba contra la República y sus hombres, ni tampoco una apología de la Dictadura. No se ha declarado *anti* nada ni partidario decidido de instituciones que a muchos llenan de nostalgias. No ha invocado el *palo* que, según otros, necesita España para ser gobernada, declarando, en cambio, que a los pueblos «no los han movido nunca más que los poetas». Todo aquel auditorio esperaba otra cosa, se siente defraudado y sale a la calle sin comprender las últimas palabras del discurso. Solos los escasos centenares de muchachos que le han oído entienden exactamente que «nuestro sitio está al aire libre, bajo la noche clara, arma al brazo, y en lo alto, las estrellas». Sólo sus corazones adivinan la belleza y el riesgo de la «vigilia tensa, fervorosa y segura». Y por ello, a la salida del teatro gritan con entusiasmo y ensayan sus puños sobre los rostros de otros jóvenes -marxistas- enviados allí por sus dirigentes, quienes al verlos llegar a la Casa del Pueblo

con las narices sangrientas y los ojos tumefactos, también «presienten el amanecer».

Luego de los discursos, tuvo lugar un almuerzo de camaradería en el restaurante Amaya, en la Carrera de San Jerónimo. Allí ya no estaban más que los justos. Cuantos habían entendido *plenamente* cada palabra de quien es ya Jefe indiscutible de algo invisible aún, pero lleno de pujanza. Se firman *carnets* y menús, y se habla con esa confianza mutua y cariñosa que iba a ser pronto «la sagrada Hermandad de la Falange». Allí se dice por alguien a José Antonio: «Quizá hoy pudieran haber ahogado en sangre, con cien pistolas decididas, nuestro nacimiento. Era la técnica de Herodes: destruir el verbo recién nacido con una vasta degollación de inocentes. Una tragedia horrenda en el momento inicial hubiera podido cercar nuestra doctrina de una especie de espanto insuperable. No lo han hecho. No la han asfixiado en el terror. En adelante ya todo será inútil. Asumimos ya, sin remedio, el rumbo de la historia de España. Por lo menos, hemos forjado ya el trocito de acero que forzará todas las brújulas hacia nuestra conciencia de la unidad de destino.» A lo que contestó José Antonio, como persiguiendo en el aire todo el sueño que no verían sus ojos claros, cerrados tres años y veinte días más tarde en un amanecer de Levante: «Sí; el Espíritu Santo está con nosotros.» Horas más tarde, José Antonio -cansado y optimista- volvió a su casa, en la Carretera de Chamartín, en la cual nuevamente, con su habitual ternura para con ellas, charló y bromeó con las hermanas, fingiéndolas -y fingiéndose- ignorar que acababa de entrar para siempre en la gran historia de España: la de los héroes, la de los poetas, la de los descubridores, la de los capitanes, la de los santos...

PERPLEJIDAD Y PROFECÍA

LA lectura de los periódicos nocturnos del lunes 30 y los matutinos del martes 31 de octubre; las presencias y ausencias señaladas en visitas, telefonazos, telegramas y cartas, son para José Antonio, en su despacho en el bajo derecha del número 8 de la calle de Alcalá Galiano -inmediato a la Presidencia del Consejo de Ministros, donde se drogaba estúpidamente a España-, como el pulso de España. Y, desde luego, la mejor crítica de su discurso.

En efecto: para todo aquel que en arte o en política realiza un trabajo para el público, presentándoselo tras una rigurosa autoselección, tiene más interés que la crítica profesional -por muy grande que sea su criterio selectivo- la opinión sincera de los componentes de aquel público. El comediógrafo o el novelista preferirían, a buen seguro, conocer la opinión sobre su obra de aquel espectador o lector anónimo que entra a conocerla después del titubeo ante el cartel o la vitrina del librero que el ditirambo o la diatriba del crítico X o Y. El espectador o el lector son mucho más vivos -en el justo sentido de vitalidad-

que el crítico, sometido a prejuicios profesionales y a directrices estéticas. El público quiere precisamente una emoción íntima frente a la obra, mientras el crítico acoraza esas posibilidades de emoción con la cota de malla de la objetividad y la frialdad en el juicio. Por eso, José Antonio -temperamento de artista creador-, en los días siguientes al 29 de octubre, hace poco caso de comentarios de reporteros de Prensa, que, naturalmente, enfocan su discurso desde el ángulo de su idolatría política peculiar o del de la Empresa industrial a que sirven. A José Antonio apenas le extraña el enorme alarde de incomprensión de la Prensa madrileña -sin distinción de color político- al juzgar el acto de la Comedia. Igual los de derecha que los de izquierda, los republicanos que los monárquicos, han dejado resbalar sobre sus páginas la referencia del acto y el texto de su discurso sin hallarle el contenido, sin vislumbrar su categoría literaria, poética y profética; sin percibir en sus palabras el clarinazo solemne que despertará a las juventudes. Tanto *La Nación,* que reseñaba extensamente el acto y publicaba el texto taquigráfico del discurso, como *El Socialista* o cualquier otro diario de izquierdas, quitándole toda importancia, yerran en su interpretación. Acaso sea la excepción el artículo publicado en *A B C* por Ramón López Montenegro ([66]).

José Antonio lo sabe, y sonríe desdeñoso. Conoce por experiencia familiar que la obra política jamás se enjuicia exactamente por los contemporáneos, y mucho menos en la rapidez de confección de un artículo periodístico concebido en el calor del momento -entre achicoria y nicotina, en el tumultuoso oleaje de una sala de Redacción-, sin posibilidades de perspectiva ni análisis sereno.

Otra cosa es el juicio del espectador o lector que ha asistido o leído de buena fe; que ha «consultado con la almohada» -en el sueño o en el insomnio- lo escuchado o leído, cotejándolo con lo que la realidad de España dibuja en el fondo de su conciencia o su subconciencia, y ahora, pasadas veinticuatro o cuarenta y ocho horas de reflexión, llega hasta el bufete de la calle de Alcalá

---

[66] *Nota de la segunda edición.-Por* el contrario, en algunos periodistas extranjeros, la aparición del hijo del General Primo de Rivera al frente de un movimiento de tipo fascista en España provocó curiosidad y expectación. Uno de los que sintieron esa curiosidad fue el portugués Oscar Paxeco, quien en un extenso artículo publicado en el *Diario da Manha,* de Lisboa, el 20 de noviembre de 1943, relató detalladamente una visita que hizo a José Antonio a fines de 1933, publicando por primera vez una cuartilla autógrafa que José Antonio le dio, concretando la conversación en estas palabras:

«Lo esencial de un movimiento es esto: encontrar una norma constante que sirva de medida para regular los derechos y deberes de los hombres y de los grupos. Quiero decir: sustituir las luchas de partidos y de clases por una estructura orgánica que encamine el esfuerzo de todos en el servicio común de la Patria. Para esto es preciso: primero, devolver a España un sentido histórico fuerte, una convicción enérgica de su destino universal; segundo, restaurar las primicias de las virtudes heroicas, y tercero, implantar una justicia social profunda que considere a todo el pueblo como una comunidad orgánica de existencia y establezca un reparto mejor de los placeres y sacrificios.»

Galiano a dejar su tarjeta de adhesión y enhorabuena, o toma la pluma para escribir, indignado, a José Antonio. De unos y otros hubo abundantes casos por aquellos días. Las tarjetas y cartas de adhesión eran breves; -todos querían ya el laconismo militar del nuevo estilo-: «Cuente usted conmigo para todo.» «Me tienes incondicionalmente a tus órdenes.» «Has dicho la verdad de España, y yo siempre he querido estar con la verdad.» «¡Viva el *fascio!»,* etc.

En las cartas o visitas de indignación se mezclaban cosas muy diversas. Había quien llamaba «mal hijo» a José Antonio porque el discurso no había sido de reivindicación y glorificación de la Dictadura del General Primo de Rivera; había quien se enojaba porque no se había planteado la cuestión de la restauración monárquica; quien lo encontraba excesivamente intelectual -orteguiano-; quien demasiado benévolo con la República. Para unos era revolucionario y demagógico; para otros, utópico; para los de más allá, vago e inconcreto. Alguno llegaba a protestar de que un Marqués y Grande de España afirmase que alguna vez habían tenido razón los socialistas. Otros, aun procediendo de gentes derechistas -víctimas lloronas de la eterna violencia verbal y de obra de las izquierdas desde el 11 de mayo de 1931, violencia culminada en la liquidación del 10 de agosto del 32-, censuraban como «una chulería inoportuna y provocadora en vísperas de elecciones» la invocación a la violencia hecha por José Antonio. Nada hay que decir del contenido de las epístolas procedentes de los sectores rojos: ultrajes al padre muerto, insultos personales, amenazas para él y las hermanas, sarcasmos brutales, grosería. Toda la gama, demasiado conocida, por habérsela repetido luego públicamente hasta después de su muerte, en vista de que no le atemorizaron los anónimos.

Lo más curioso era la coincidencia de muchas cartas, procedentes del uno o del otro lado, en este punto: «Para dirigir un movimiento *fascista* no se puede ser un señorito. Hay que haber sido, como Mussolini o Hitler, obrero, socialista o simple soldado en las trincheras. Es preciso conocer la mordedura del hambre y el amargor de la injusticia social. Es menester conocer lo que el pueblo quiere por habérselo oído gritar al mismo pueblo.»

Frente a aquel mar confuso de papel escrito, José Antonio se siente alegre y perplejo. Alegre, porque el acto de *afirmación nacional* de la Comedia había sido una toma de pulso de España, y las yemas sensibles de sus dedos, aunque débil, lo habían encontrado y sentían calientes las arterias, no obstante las inyecciones de horchata de chufas que a la nación agonizante aplicaban los curanderos políticos de turno. Pulso había en los aplausos del teatro, en las bofetadas de la calle y en aquel montón de cartas, telegramas y tarjetas que llenaban su mesa; en aquel incesante sonar de timbres y teléfonos, que amenazaban volver locos a Manolo Sarrión, Andrés de la Cuerda y José Gómez, entonces -como en la hora de la muerte en la cárcel de Madrid- en servicio permanente del Jefe.

Había un pulso indudable, lo que venía a decir la necesidad de España -perdida en la búsqueda- de un hombre *arriesgado,* capaz de conducirla por el

laberinto de sus días oscuros. Quizá los intentos contrarrevolucionarios habían dado ya con el suyo. Pero como España necesitaba *su Revolución,* era harto patente que *el hombre de la contrarrevolución* no podía ser el conductor de la Patria. Este *hombre de la contrarrevolución* hubiera podido subsistir si los contrarrevolucionarios, con él al frente, se hubiesen echado a la calle en cualquier momento. O si los hombres de la Revolución del 14 de abril la hubiesen hecho entonces. Pero con las demoras alternativas de la Revolución y la contrarrevolución, los hombres de una y otra languidecían como muchachas de larga soltería.

José Antonio se sabía a sí mismo *arriesgado.* Es más: amaba el riesgo, la audacia, la intrepidez. Lo mismo intelectual que físicamente. Lo difícil, lo duro, lo enérgico, lo deportivo. La justicia, la caza mayor, la interpretación de un filósofo, un caballo con nervio y con poder, una mujer cuyo amor esté rodeado de obstáculos. Todo cuanto es arduo y complejo encendía su temperamento, como lo prueba esta anécdota, anterior a su decisión de escalar el alma pétrea y en ruinas de España: viajando una tarde al volante de su coche por tierras de Toledo, acompañado de su pasante, Rafael Garcerán, llegado junto a los muros imponentes del castillo de Escalona, lamidos por el agua del Alberche, que se seca en el estío, José Antonio sintió nostalgia de historia y quiso ver el ruinoso patio de armas en que formara sus mesnadas el Condestable don Álvaro de Luna. Ni un alma acudió a las llamadas de los viajeros para abrir un portón a su curiosidad. Contra los consejos de su pasante y amigo, José Antonio se decidió por escalar las murallas, sin escala ni daga, naturalmente, alardeando de poseer, como buen madrileño, la agilidad de Álvarez Gato. Rompiéndose las uñas, arañándose los dedos, se agarraba a las junturas musgosas de las piedras. Desde más de tres metros de altura cayó al suelo. Milagrosamente resultó ileso, aun cuando el cuerpo le quedase fuertemente dolorido del encontronazo con la tierra. Al montar otra vez en el coche, decía a Garcerán: «Volveremos otro día, Rafael, y escalaré el castillo. Una caída no tiene importancia... si no se mata uno.»

No era, pues, el riesgo personal lo que nublaba de perplejidad su frente ancha. Por el contrario, las amenazas contundentes, la aceptación por los adversarios de los puños y las pistolas para la dialéctica de que hablara en su discurso, le exaltaba más, y más le convencía de seguir el camino emprendido. Las dudas nacían de la incomprensión dibujada en tantos renglones de vario grafismo, sobre tantos papeles diversos -timbrados de nobleza, cuartillas de clase media, pliegos rayados de estanco en donde escribe el pueblo-, y le acongojaban fuertemente.

Por aquellos días, mi vieja amistad de los años universitarios se renovaba con la naciente camaradería de la Falange. En algunos de mis visitas al despacho de la calle de Alcalá Galiano tuvo lugar este diálogo:

-Verdaderamente, ¿tú crees que *puedo* yo desempeñar esta misión, que *no puede ser otra* que la de salvar a España? ¿Crees tú que *debo* yo desempeñarla?...

-Desde luego. Tú y sólo tú, José Antonio.

-Pero, ¿es posible que la gente se fije en *mí?*

-Ya se ha fijado. Y no ahora: hace algún tiempo.

Sonrió amargamente.

-¡Ah, si yo me llamase como tú o como otro cualquiera...! Un apellido desconocido en política... Lo mismo que fuese sonoro o vulgar, pero desconocido... Tengo la seguridad de que sabría ganar para él consideración y respeto, atención, admiración quizá, de fijo odio... Pero, ¡para él y para mí solamente! Sin embargo, me llamo Primo de Rivera. Soy hijo del Dictador. Su sucesor para unos y para otros. Quienes le amaban y quienes le odiaban sólo encuentran en mí al heredero. Suponen unos y otros que he recogido la doctrina y el pensamiento de mi padre, y esto, que no me ofende como hijo, pues tengo el orgullo de su sangre, que es la mía, me humilla intelectualmente. ¿No me creen capaz de concebir una doctrina...? ¿Van a seguir -al seguirme- al apellido y no al hombre que lo lleva?

-Comprendo tu desorientación. Pero esas cartas que acabas de leerme prueban lo contrario de lo que crees. Ellos pensaron que te ibas a alzar con la herencia política de tu padre, y se indignan porque la rechazas como estandarte y alzas, en cambio, una bandera nueva.

-Sí. Y me llaman traidor por eso, diciendo que ofendo la memoria de mi padre.

-Puedes contestarles con tu conducta. Ellos, los colaboradores del General, se escondieron o huyeron al extranjero al caer la Dictadura, mientras tú quedaste en tu puesto, defendiendo su memoria a puñetazos por las calles, con la voz de la Justicia en los Tribunales. Arriesgaste todo al presentarte diputado por Madrid con el solo programa de defender una obra que, aunque fuese de tu padre, era ajena a ti, que en nada habías colaborado a ella. ¿Qué han hecho más que tú quienes ahora te puedan criticar? Eso en cuanto a los partidarios del General. Los adversarios no pueden decir que en tus palabras haya habido un solo eco de la Dictadura. Tono, concepto y propósito son bien distintos.

(José Antonio -como todo hombre inteligente- sabía escuchar ([67]). Escuchaba a todos sus amigos y a muchos de sus enemigos, con interés, fijando en el interlocutor su clara mirada, que unas veces se teñía del matiz metálico de la ironía y otras del color azul del ensueño. Cuando, ya en plenitud de mando, se le empezaba a formar entre las cejas una de las que él mismo ha llamado *cóleras bíblicas,* el pobre interlocutor se descomponía y quedaba sin palabras ni argumentos. En el libro de Francisco Bravo *José Antonio: el hombre, el Jefe, el camarada* [Ediciones Españolas. Madrid, 1939, 1.8 edición, págs. 62 y siguientes] se desmiente terminantemente una afirmación insensata que acusó a José Antonio de *desconfianza casi enfermiza.* Esta conversación conmigo, que

[67] Para él, saber escuchar era una virtud difícil, como dijo, hablando del camarada Pérez de Cabo, en el prólogo del libro *Arriba España,*

reproduzco con la mayor fidelidad posible, forzando mi memoria para recordar exactamente sus conceptos, y otras conmigo u otros camaradas que más tarde se habrán de relatar, evidencian lo erróneo o malintencionado de la imputación. Mi amistad con José Antonio era antigua, sí; pero no íntima. A los años de Universidad, con el trato diario de los pasillos, las aulas, el paseo y el deporte [estudiando el doctorado de Derecho nos entrenábamos en el viejo y castizo campo de las Calaveras para desafiar al fútbol a los compañeros que cursaban el último año de la licenciatura], había sucedido el paréntesis de los de la Dictadura, en que mi trato con él había sido escaso, por razón, primero, de su posición social, muy superior a la mía, y después porque yo, como gran parte de la gente de mi generación, metido en los laberintos a que nos conducían los intelectuales del momento, sin militar en partido político alguno, no quería trato con nada que se aproximase a la Dictadura. José Antonio sabía, porque en encuentros fugaces en la Audiencia, en algún teatro o en la calle no se lo había ocultado, que yo no simpatizaba con el régimen del General. Sin embargo, cuando me recibió aquella mañana en que llegué a pedirle me admitiera en las filas del Movimiento naciente, después de abrazarme, recordar los años estudiantiles e interesarse vivamente por mis actividades -reprochándome, por cierto, el haber abandonado el ejercicio de la abogacía para seguir otros rumbos-, se abrió cordialmente a la confidencia, sin que asomase en la conversación el menor atisbo de esa *desconfianza casi enfermiza* que poco después habían de imputarle.)

-No obstante -replicó-, ya lo ves: todo el mundo me reprocha una filiación que me honra y a la que no puedo ni quiero renunciar. Serán inútiles mis esfuerzos para hacer ver a España que este Movimiento que nace nada tiene que ver con la Unión Patriótica. Y seguiré siendo para partidarios y detractores nada más que *el hijo de Primo de Rivera.*

-Sabes que no, pues sobre todo eso están tu talento y tu personalidad. Lo que dices no es más que otra dificultad con que tendremos que luchar tú y cuantos estemos a tu lado. Yo lo estoy porque me consta que no puedes tener el propósito de intentar la construcción de algo sobre las ruinas del pasado. Por otra parte, tu nombre, aun cuando no lo creas, es una coyuntura favorable para ti y para la propaganda del Movimiento. Si fueras ese hombre de apellido oscuro, España es probable que te tomara a broma. Tú sabes que para hacer algo serio no basta con los amigos. Son los enemigos quienes pueden hacerle a uno la personalidad. Si te llamases Juan López, por ejemplo, habría dos letras de reseña del acto del domingo en los periódicos. Y no estaría esta mesa llena de cartas y telegramas ni sonarían constantemente los timbres de la puerta y el teléfono. Estarías solo con tus sueños en medio de un desierto de indiferencias.

-Es verdad... Nuestro Movimiento nace contra todo y contra todos. «Contra esto y aquello», como diría Unamuno...

Me atreví a preguntarle:

-¿Contra la Dictadura también?

Respondió rápidamente:

-Naturalmente. Pero sólo por lo que hubo en ella de no total comprensión de la Revolución que necesita España. Nunca para sumarse a los contrarrevolucionarios y demagogos que yerran en las razones de sus errores.

Por vez primera oí entonces el pensamiento de José Antonio sobre las revoluciones frustradas del 13 de septiembre y el 14 de abril, tan maravillosamente expuesto más tarde en el discurso del Parlamento de 6 de junio de 1934 y en el del cine Madrid el 19 de mayo de 1935 ([68]). Lo que no podría afirmar es si con más o menos precisión y elegancia que en esas ocasiones solemnes, pues aún no he llegado a discernir en mí mismo si era más sugestiva y rica la palabra del Jefe en una vasta sala, ante miles de oídos tensos y engrandecida su voz por los amplificadores, o en el tono normal de una conversación amistosa.

-Cuando te oigan decir eso, José Antonio, te seguirán todos los españoles. En el fondo -vestidos de uno u otro color político-, así pensamos todos.

-Supongamos -añadió, volviendo a sus preocupaciones- que puedo vencer el sortilegio de mi apellido y logro que, como en muchos sitios -en la Universidad, por ejemplo, ¿recuerdas?- se me llame José Antonio a secas... ¿No crees que tiene razón esta carta hablando de que el caudillo de una Revolución -aun cuando se llame Nacional- debe salir del pueblo? ¿Puedo serlo yo, señorito de nacimiento y de costumbres, gentilhombre y Grande de España? ¿Podría considerarme el pueblo alguna vez como su Jefe?

No creo que las dudas de José Antonio fuesen demasiado serias sobre este punto, pues mis palabras -más amistosas que persuasivas y mucho más cordiales que elocuentes- parecieron disiparlas, convenciéndole de que la Revolución Nacional no precisa la condición proletaria en su conductor, puesto que no hay ley alguna o costumbre con fuerza de ley que rija la marcha de las revoluciones. En cuanto al señoritismo, el propio José Antonio había dado con las palabras justas en el discurso de la Comedia. Y, además, él bien sabía que no era un *señorito* en el sentido peyorativo de la palabra. Su disciplina de trabajo desde niño; su avidez de estudiar y saber; su indiferencia hacia las vanidades de su posición social privilegiada; su sencillez encantadora con todo el mundo; su señorío, en suma, le alejaban del fantasma del *señorito*. Y, sobre todo, es Jefe quien se arriesga a asumir la responsabilidad de alzar la bandera. Si los proletarios españoles no se decidían a abandonar los partidos marxistas o anarquistas para sentir la Patria, y si la burguesía española -liberalesca, socialistoide o populista- era incapaz de engendrar el *guía* de una Revolución Nacional, esta Revolución habría de aceptar su caudillo en la clase que fuera, con tal de ver reunidas en él las condiciones necesarias: talento, energía, honradez, valor, elocuencia, gallardía. Todo cuanto precisamente habían

[68] En la charla conmigo y en las ocasiones solemnes citadas ya había encontrado la serena objetividad que le faltaba afines de 1930. (Véanse Apéndices: Interviú con Ruano.)

regalado a José Antonio sus hadas madrinas.

Yo no hacía más que subrayar la voz implacable del Destino, que, como un oleaje, repetía a José Antonio su mugido monótono: «Tú serás, tú serás.» El, sin embargo, aún se debatía contra su destino y Argumentaba en contra hablando de su timidez. Consciente de todas sus condiciones personales -en el verdadero talento no cabe la falsa modestia de ignorarse-, y convencido de lo absurdo de sus escrúpulos por su apellido y su nobleza, se debatía contra el Destino, invocando su innata timidez y su gusto por la tarea silenciosa del trabajo intelectual.

-Mi vocación es exclusivamente el estudio del Derecho en la paz de mi gabinete, rodeado de libros y silencios. Mi afición después del estudio, la lectura y la conversación con los amigos. Y un rato de aire y sol los domingos, cazando. Mi carácter es tímido. Me cohíben las muchedumbres. Me angustia la idea de centenares de ojos clavados en mí. Tú recordarás haberme visto con mi padre en algún teatro durante la Dictadura, semioculto siempre en la penumbra del antepalco. Sabes que mi modestia es natural, sin artificio. El mismo informe oral, con todo el aparato de la Justicia, me llena de inquietud. Temo siempre que mi voz no sea grata o me falte en la palabra la exactitud matemática con que veo las cosas en el pensamiento. El día 29, en la Comedia, ¡cómo sufrí al ver los brazos en alto saludándome! ¡Cómo me parecían ajenas a mí las ovaciones!

-Sin embargo, hablaste de servicio y sacrificio. El Destino te ha elegido, y te exige en servicio de España, que te necesita, ese sacrificio de tu gusto y de tu timidez, esa victoria sobre tu modestia. No creo que debas dudar un momento más de cuál es tu misión. Ser nuestro guía por las sombras de España...

-Sí... Dejando todo lo más íntimo en las zarzas del camino. Lo sé y lo haré. ¡Dios quiera darme alientos para llegar hasta el final como España me necesite...! Sé todo cuanto arriesgo en el empeño. Cuanto arriesgaréis los que tengáis corazón para seguirme. Pero me atrevo con ello. Nos atreveremos con ello frente a todo. ¡Arriba el corazón!

(La decisión había borrado todas las sombras de la duda en la ancha frente cobijadora de pensamientos anchos. La mirada clara tenía relumbres de presagios gloriosos. Como dice Zweig, «las virtudes ciudadanas, la previsión, la disciplina, el celo y la prudencia, armas magníficas en los días vulgares y pacíficos, se funden, impotentes, abrasadas por el fuego glorioso del instante del Destino que exige el genio para ser plasmado en una imagen duradera. El indeciso es rechazado con desprecio. Sólo los *atrevidos,* nuevos dioses de la Tierra, son elevados hasta el cielo de los héroes». José Antonio, *atreviéndose* con una España enloquecida de pasiones, *arriesgándose* por ella, entregando su intimidad suave y discreta a las luces violentísimas del sangriento crepúsculo nacional, se arroja a los brazos de fuego del Destino, que habrían de conducirle al más alto final de una vida humana: a esa línea de oro en que, como en el horizonte mar y cielo, se confunden la Historia y la Leyenda. A ese

flou cinematográfico donde los hombres pierden realidad para adquirir perfil de mito. A ese paraíso lejano y difícil al que no suelen llegar los cronistas porque está acotado para los poetas: al cielo del Romancero popular.)

No terminó el diálogo con aquel grito. José Antonio expuso proyectos, esbozó doctrinas, trazó en el aire la maqueta genial de la arquitectura de la futura España. y cuando le pedí el último lugar de servicio para la alta empresa, contestó con la voz impregnada en solemnes profecías:

-Aún no te doy *carnet* del Movimiento. Ayudarás en lo que yo te pida, sin comprometer tu nombre en aventuras de ficheros. Eres funcionario público, y no te conviene la divertida etapa de persecuciones que nos amenaza: registros policíacos, detenciones, atentados, procesos, pérdida de derechos y carrera... Desde tu puesto puedes hacer propaganda, observar, estudiar, proporcionarnos datos... Pero sin afiliarte.

Protesté. Por eso mismo que había riesgo había honor, y no podía renunciar a ninguna de estas dos cosas bellas. José Antonio -por vez primera y última conmigo- invocó la disciplina y terminó, augural, con estas frases, que puedo asegurar son casi textuales:

-Antes de un año, fíjate bien, habrá llegado el momento de que tengas tu carnet *y tu pistola para salir a la calle, al aire libre, a jugártelo todo por España con los camaradas. Cuando llegue el momento, no necesitarás consultarme. Lo verás evidente. Te presentarás en nuestras oficinas y dices que te presento yo... si no me han matado todavía.*

(Antes de un año... Eran los primeros días de noviembre de 1933. Mi *carnet* de falangista, expedido en Marqués de Riscal, 16, tenía la fecha de 6 de octubre de 1934, cuando en Asturias y Cataluña, Vasconia y Santander, Madrid y Andalucía, fraternizaban por vez primera, bajo las balas marxistas y separatistas, el Ejército de España, la comunión tradicionalista y la Falange Española y de las J. O. N. S. La profecía se cumplía exactamente. Mi hoja de presentación iba firmada por el Jefe Nacional, al que *no habían matado todavía.)*

EL PRIMER CAÍDO

POR aquellos días -el 2 de noviembre de 1933- cae en Daimiel, durante la celebración de un mitin socialista, el primer muchacho que ha de figurar en el escalafón de oro de la Falange. José Ruiz de la Hermosa se llamaba. Había pertenecido a uno de los poderosos partidos en que se hallaba dividida la derecha española; pero desde algunos meses antes se ahogaba en su agua estancada y gris, por lo que había entrado en las J. O. N. S. Sintiendo la necesidad de una actuación intensa y enérgica, había seguido atentamente las polémicas de Prensa antes citadas y todos los preludios de la actividad del

Movimiento naciente que se anunciaba en la tierra de España, donde se nutren las raíces del trigo y el castaño; donde se mantienen inconmovibles los cimientos de Escoriales y Toledos, de imperiales eternidades. Ávido de la verdad todavía soterrada, vino desde la Mancha a Madrid para escuchar a José Antonio en la Comedia. Le oyó, creyó en él y murió a los tres días por la navaja de un socialista que, por coincidencia o capricho del Destino, se llamaba también José Ruiz de la Hermosa.

Ruiz de la Hermosa -el nuestro- cayó con la verdad de José Antonio en el corazón y sus palabras en los labios. La idea falangista -recién nacida y aún no bautizada oficialmente- se bañó con la sangre de aquel mozo manchego y jonsista, al que José Antonio no conocía y, sin embargo, no olvidaba nunca. Al encargarme desde la Cárcel Modelo de Madrid -a finales de abril de 1936- la redacción de un folleto sobre los Caídos -que habría de publicarse clandestinamente, y en el que de su puño y letra corrigió mi manuscrito, documento perdido, como tantos otros de la época heroica-, me decía: "No olvides a José Ruiz de la Hermosa, primero de nuestros Caídos. No había vestido la camisa azul, ni lanzado nuestros gritos, ni sospechado que íbamos a tener el *Cara al sol* para hacer más alegre nuestra muerte. Pero era un verdadero falangista. "vino, oyó, creyó y murió." Tenía la manera de ser de los mejores» ([69]).

LA PRIMERA CAMPAÑA ELECTORAL

CON esta víspera de sangre se inicia la campaña electoral de José Antonio, candidato a diputado a Cortes por Cádiz -la provincia que dio la sonrisa y el garbo señorial a su padre-, en la cual se van perfilando concretamente normas y ángulos de la Falange inminente.

Esta campaña electoral y su resultado han sido relatados por los camaradas Sancho Dávila y Julián Pemartín en las páginas 35 a 60 de su libro *Hacia la historia de la Falange. Primera contribución de Sevilla* (1ª edición, tomo I. Jerez de la Frontera, 1938). El rigor selectivo de los camaradas citados ha señalado con sobria emoción la magnífica actividad de José Antonio en aquellos días, del 5 al 19 de noviembre. Como siempre, infatigable al volante de su ligero coche *Chevrolet;* como siempre, llena de encanto su conversación íntima; como siempre, original e inimitable su oratoria en los actos de propaganda. Visitó y habló en aquellos días casi toda la provincia de las salinas y el Atlántico inmenso: Villamartín, Puerto de Santa María, Sanlúcar de

[69] Nueve días después de la muerte de Ruiz de la Hermosa se fundaba una de las primeras -si no la primera- Falanges locales: la de El Escorial. De ese Escorial en donde el cuerpo de José Antonio descansaría más de veintiún años.

Barrameda, Benaocaz, Cádiz, San Fernando, Rota, Jerez de la Frontera, Arcos de la Frontera y Puerto Real. En algunos lugares habló dos veces. En otros hubo bofetadas, insultos y tiros. Las consecuencias más graves las tuvo el mitin de San Fernando, celebrado en la tarde del domingo 12. Nada más aparecer José Antonio en el estado presidencial del escenario del teatro de las Cortes, unos pistoleros hicieron varios disparos en la sala, produciendo la muerte de una persona y heridas a cuatro. A consecuencia de unos de los balazos resultó herida gravemente, perdiendo la vista para siempre, la señora doña Mercedes Larios de Domecq, hermana de la que había de ser más tarde esposa de Miguel Primo de Rivera -Margot Larios-, procesada y condenada, con su marido y con el Fundador, por el Tribunal Popular de Alicante, tres años más tarde. El Destino une en aquella ocasión por vez primera y trágica los ilustres apellidos andaluces de los Marqueses de Marzales y da Estella ([70]).

Días más tarde, en *A B* C de Madrid, un humorista comentó con frases de dudosa gracia este suceso, mereciendo una réplica del propio José Antonio y otra -probablemente menos correcta- de las primeras escuadras madrileñas. La de José Antonio -reproducida en el libro recién citado- decía así:

«Al regreso de mi campaña electoral en Cádiz me informan de que en *AB*C se publicó, hace días, un artículo firmado, en el que se tomaba a broma el fascio, con motivo del trágico suceso ocurrido en San Fernando el domingo 12. Parece que el autor del artículo, con delicado gusto, extraía del horrendo suceso, luto y zozobra de varias familias, el efecto cómico de compararlo a una dosis de aceite de ricino administrada al fascio español.

»Si el artículo no se hubiera publicado en *AB*C, no merecería su autor la más mínima beligerancia polémica. Pero la calidad de la tribuna exige señalar que se falta a la verdad y a la justicia en aquel artículo por las razones siguientes:

»Primera. Porque el acto de San Fernando no era un mitin fascista, sino de propaganda de una coalición electoral; ni la agresión fue dirigida contra ningún fascista; ni en San Fernando había organización fascista; ni el fascio tenía nada que ver con la organización. del mitin ni con la vigilancia.

»Segunda. Porque el autor del crimen lo cometió disparando sobre el público, no sobre el escenario, desde una puerta lateral de la sala, sin llegar a entrar, por lo que nadie pudo verle en el momento de hacer los disparos ni iniciar en el acto su persecución; y

»Tercera. Porque no ha sido posible hasta ahora determinar quiénes fueron los inductores del crimen, sobre los cuales, de ser conocidos, hubiera podido recaer una justa represalia. Quede con esto restablecida la verdad pública. Por lo demás, los fascistas españoles, sin alardes, se encargarán de

[70] *Nota de la sexta* edición.-Doña Mercedes falleció en la primavera de 1974, después de soportar con ejemplar resignación cuarenta largos años de ceguera total. Sólo Luis Peralta le dedicó unas líneas en *A B* C de Madrid.

demostrar que ni simbólicamente aceptan la más mínima dosis de aceite de ricino.-*José Antonio Primo de Rivera* »

Esta nota se publicó en *ABC* sin comentarios. De la réplica de los escuadristas sólo se sabe que fue tan expresiva su admonición al humorista de «abstenerse en lo sucesivo de nombrar -para bien o para mal- al Jefe», que jamás volvió a los puntos de su pluma el nombre de José Antonio en sus comentarios sobre la actualidad política y parlamentaria. Si la advertencia de la primera hora estuvo o no acompañada de una prueba del eficaz y desagradable purgante, ha quedado en el misterio de aquellos días de catacumba de nuestra Organización.

Sancho Dávila y Pemartin relatan con toda exactitud el tono elevado y la calidad bellísima de los discursos pronunciados por José Antonio aquellos días. Por vez primera el abogado, el soñador, el hombre de mundo, se pone en contacto con el pueblo exasperado por los fracasos consecutivos de la Revolución que necesita. Con el pueblo trabajador y mísero, a quien nadie ha sabido dar -sin amargura- la Patria, el Pan y la Justicia. Aquel pobre pueblo andaluz -solazo, gazpacho y cante *jondo-,* de labriegos serranos, de golfillos aprendices de torero o de chulo, de salineros, de pescadores, de gentes en lucha con los elementos para vivir una vida sin más compensaciones al esfuerzo constante que el vino generoso de la tierra caliente y la tristeza dramática del cante; sin otro consuelo para la carencia de todo bien material que interpretar la vida -de la Historia nada saben- con un sentido materialista, que forzosamente había de recaer en el odio. Junto a ese pueblo -envenenado de odios, que tanto saben acrecer los explotadores como los indiferentes- respirando su acre aroma de cuerpos jóvenes y viejos sin higiene; en sus míseras casuchas, con el aire tasado, la luz escasa y el *espacio vital* insuficiente, José Antonio descubre las que han de ser las más hondas verdades de la Falange, porque él nos las diría rezumantes del juego espléndido de su corazón: «Nosotros hemos de estar dispuestos a morir por España, porque no nos gusta nada. Para que nosotros o nuestros hijos podamos volver a quererla...»

Estas palabras fueron dichas, en la intimidad de su coche cerrado, en el camino de Rota a Cádiz, a Julián Pemartín y a Sancho, que las oyeron absortos, entendiendo profundamente el *porqué* de nuestro amor -el de nuestra generación- desesperado a una España que quisiéramos ver transformada en otra sin dejar de ser la misma. «Porque no nos gustaba...» Como ellos aquella noche, se las oímos otros camaradas después en diferentes ocasiones privadas, y cada vez mejor dichas, hasta la perfección con que las esculpió en el discurso del cine Madrid de 19 de mayo de 1935: «A nosotros no nos emociona, ni poco ni mucho, esa patriotería zarzuelera que se regodea con las mediocridades, con las mezquindades presentes de España y con las interpretaciones gruesas del pasado. Nosotros amamos a España porque no nos gusta. Los que aman a su Patria porque les gusta, la aman con una voluntad de contacto; la aman, física, sensualmente. Nosotros la amamos con

una voluntad de perfección. Nosotros no amamos a esta ruina, a esta decadencia de nuestra España física de ahora. Nosotros amamos a la eterna e inconmovible metafísica de España...»

Al decirlas -quizá por vez primera, arrancándolas del alma- a Pemartín y a Sancho, su voz era «insondablemente triste». Como en la profecía que me hizo días antes cuando decía: «Si no me han matado todavía.» Porque José Antonio -que amaba la vida, como él mismo ha dicho en momentos de inusitada solemnidad dramática: en esos momentos «estelares» de la Historia de España en que se defiende a sí mismo en Alicante y en que escribe, a solas con Dios, su testamento maravilloso- tuvo, desde que oyó el primer aldabonazo del Destino, la certidumbre de que éste le reservaba la muerte como premio de su inmenso amor a España. Y por eso mismo, porque sabía que había de encontrarse con ella en alguna encrucijada, desde el primer momento la quitó importancia, definiéndola como un simple acto de servicio. Si él hubiese cantado a la muerte con su palabra mágica, hubiera traicionado su ejemplar sencillez, pues sabía minuto a minuto de su existencia falangista que su vida tenía que ofrendarse para hacer un poco mejor a la Patria, para que «nosotros o nuestros hijos pudiéramos volver a quererla».

Siguen los cronistas de la Falange de Sevilla intentando describir el «tono de sencillez, muy a menudo irónico, a veces incluso juvenil, habitual en José Antonio cuando descansaba entre sus amigos». A pesar de conocerlo bien por haberlo gozado muchas horas, no logran acertar con la descripción. Como no lo lograría yo, ni creo pudiesen lograrlo la memoria y la sensibilidad de un Proust. Es tan imposible como describir el rumor de un surtidor en la noche serena de la Alhambra o la impresión que produce en la piel y en el alma el *Cuarteta* de Debussy. Los camaradas citados dicen que, «si algún taquígrafo invisible lo hubiese ido recogiendo, comprobaríamos con asombro en ella parecidas calidades a las de su oratoria sin par». Cierto. Como son idénticas las calidades musicales de Beethoven en su música sinfónica o de cámara. Iguales ideas e iguales sentimientos, pero diversos medios expresivos. Idénticos acentos y modulaciones, pero distinta expresión sonora. Desde luego, la tarea de ese taquígrafo fantasma lograría mostrarnos esas calidades similares, aunque lo mismo que la de quienes estenografiaron sus discursos inmortales, no podría dar idea de su voz clara y flexible, dulce y potente, varonil y tímida.

Tímida. Ya he hablado antes de la timidez de José Antonio, confesada por él mismo. Ahora vuelvo sobre ella -refiriéndome también al libro de Pemartín y Sancho Dávila- para rebatir una afirmación, a mi juicio inexacta, que formulan en la nota de la página 47. Hablan de que José Antonio era «desconocedor de su genio, tímido en su autovaloración». Yo no lo creo. Tengo la seguridad de que la timidez intelectual de José Antonio se debía más bien a lo contrario. Si le cohibía un auditorio vasto era por temor a que no le comprendiese, precisamente porque sabía que su presencia y su espíritu tenían «ángel». Es decir, porque se autovaloraba exactamente y conocía el complejo

de inferioridad de la Humanidad, situada irónicamente siempre frente a la Belleza y el Talento. Pero él tenía seguridad plena de su verdad y de su razón. De haberle faltado ese conocimiento de su genio y sus dotes extraordinarias, no habría sido un profeta, sino un farsante; no habría sido un poeta, sino un charlatán. Si «lejos de desdeñar buscaba el juicio que de sus actos y palabras formularan aquellos amigos que él en su generosidad quería suponer capaces de emitirlo», no era por duda de su propio genio ni por buscar la corrección a sus posibles errores, sino por asegurarse de que esos actos o palabras eran perfectamente comprensibles por los demás. José Antonio quería ser inteligible para todos los españoles, pero tenía la certeza de que muchísimos no le entenderían, precisamente por el rigor intelectual y la precisión retórica de su verbo. Sin embargo, jamás trató de rebajarlos, sino al contrario, buscaba la perfección literaria y nos exigía a los demás el esfuerzo para lograr un estilo. La perfección estaba en la claridad «de los contornos mentales», pero la claridad no tenía que ser fácil ni vulgar. La claridad es la estilización de la luz. Recuérdese a este propósito la preocupación de José Antonio por la Prensa falangista: verdadera obsesión por el tono y el matiz, por el contenido y la selección ([71]). En aquel artículo publicado en el número II de *F.E.,* titulado «Carta aun estudiante que se queja de que *F.E.* no es dura», en que decía: «Si nos plegásemos al gusto zafio y triste de lo que nos rodea, seríamos iguales a los demás», demuestra bien claro que se reconocía mejor que esos «demás», si no como José Antonio Primo de Rivera, al menos como Jefe Nacional de la Falange. Pero respecto a la Falange, a la que tanto amaba, sabía también que sólo podía mandarla el mejor de los falangistas, el que hubiera sido capaz de darle genio colectivo con su genio individual. No. José Antonio no se valoraba escasamente. Y su consulta a los demás sobre su pensamiento era quizá, algunas veces, deseo de calar en el nuestro para ver hasta dónde le comprendíamos.

José Antonio podía haber dicho de su manera de hablar y de escribir la mismo que Metternich: «Busco ante todo la claridad de la expresión, el pensamiento verdadero y justo, expuesto con calma y sin pasión. Todo exceso de expresión es perjudicial. Por esto detesto los superlativos y huyo de ellos, pues cada superlativo es un error y falsea la frase. Igualmente elimino de mi estilo los giros floridos: la claridad es la única elocuencia admitida en política. Cierto que en algunos casos esta claridad se expresa mejor por una imagen. Entonces, la empleo gustoso.» Y también que: «En las grandes decisiones no pido consejo a nadie. Consulto mi conciencia y trato de satisfacerla.»

Quizá haya que volver sobre la «autovaloración» y la «timidez» de José Antonio. Ahora hay que terminar con la campaña electoral. Durante ella, además de los viajes, visitas y conversaciones, tuvo tiempo de escribir los famosos artículos «La Victoria sin alas» -publicado en el primer número de *F. E.* y nacido quizá la misma noche que conoció el resultado de las urnas- y el

[71] Página 48 de Bravo.

no menos célebre «La gaita y la lira», aparecido en el segundo número de aquel semanario, ambos reproducidos millares de veces durante los años de la guerra de salvación. No hay duda que esos momentos son de inspiración en el Jefe. Los extractos que se conservan de sus discursos, y sobre todo del de Cádiz del día 12, aunque ninguno llegue a la belleza del inicial de la Comedia -quizá por delicadeza de José Antonio, que, figurando en una coalición de derechas, no intenta destacar excesivamente su pensamiento, a pesar de ser «independiente»-, son de gran fuerza y elegancia.

En el discurso del 12 dijo José Antonio, entre otras cosas: «España, según nos dicen, ya no es católica: España es laica. Eso es mentira. No existe lo laico. Frente al problema dramático y profundo de todos los hombres, ante los misterios eternos, no se nos puede contestar con evasiones. Contesta esas preguntas la voz de Dios, o contesta la voz satánica del antidiós, aunque sea disfrazado con la sonrisa hipócrita de don Fernando de los Ríos.

»España ya no es una. En la Constitución que nos rige os encontraréis con que se le da a España el atributo de nación y en cambio se están cumpliendo muchos Estatutos regionales. Dentro de unos años no sabemos si tendremos que llevar intérpretes para recorrer tierras que fueron de España. En cada sitio se hablará una lengua; en cada sitio se estudiará una Historia. Pero España no es siquiera ya una agrupación de regiones: es una República cantonal, una frontera para cada Municipio, con esa Ley de Términos que obliga a los obreros, en unos tiempos, a abusar del exceso de trabajo, y en otras épocas, a morirse de hambre dentro de una implacable frontera.

»España ya no es una reunión de familias. Vosotros sabéis lo que era de entrañable esa familia. Todas vosotras, las mujeres de Cádiz, las mujeres de España, habéis cada una de vosotras constituido vuestra familia, y pensabais otras constituirla también a la española, en la única forma tradicional que nosotros podemos entender la familia. Pues bien: ya tenemos una magnífica institución que se llama el divorcio. Con el divorcio, ya es el matrimonio la más provisional de las aventuras, cuando la bella grandeza del matrimonio estaba en ser irrevocable, estaba en ser definitivo, estaba en no tener más salida que la salida de la felicidad o la salida de la tragedia, porque saben muy poco de cosas profundas los que ignoran que lo mismo en los entrañables empeños de lo íntimo que en los más altos empeños históricos, no es capaz de edificar imperios quien no es capaz de dar fuego a sus naves cuando desembarca.»

Y, además, España ya no es independiente. Los hombres que han regido a España reciben sus consignas o de la Logia de París o de la Internacional de Ámsterdam. Hace muy poco estuvo en Barcelona, tratando con el presidente de la Generalidad, otro ex presidente francés. No se sabe qué pactos secretos se urden en esas entrevistas. Sólo se sabe que ha sido dragado a toda prisa el puerto de Mahón para que en él fondeen Dios se sabe qué escuadras. y que nos han minado a Madrid con un tubo, que se llama el tubo de la risa, pero que quizá sea una vez el tubo de la afrenta, porque va a

servir para que pasen por debajo de nuestra Península, hacia trincheras que no nos importan, las tropas coloniales de cualquier país vecino. Y España ya no es nada de eso; esa España que nos han dejado empobrecida, con una economía desquiciada, con la agricultura en ruina por esa Ley de Reforma Agraria que sólo sirve para empobrecer a muchos sin que haya enriquecido más que a los que pertenecen a ese Instituto de Reforma Agraria, que pisan sobre mullidas alfombras y usan los mejores automóviles, y dicen que ha de favorecer a los campesinos.

»Pues cuando nosotros los candidatos nos vemos frente a eso que ya no es lo que se llama España, porque España no es la reunión deshecha de tantos elementos dispares, sino que es el conjunto gracioso y armonioso de todos ellos; al encontrarnos esto, que ya es otra cosa, nosotros los candidatos medimos nuestras fuerzas y no nos atrevemos a ofrecer mucho. Pero aunque nos hayan deshecho a esa España desde las disueltas Cortes de Madrid, todos sabemos que existe otra. Yo la he visto en un repliegue de la Sierra. Ayer estuvimos en Benaocaz, pueblecito que se aloja como en un nido en un hueco de las peñas, cerca de Grazalema. Nos hicieron hablar. Se acordaron de que éramos candidatos y nos hicieron hablar. Hablamos encima de una mesa, bajo un techo de cañas, con las vigas al aire, ennegrecidas por el humo. Nos rodeaban unos hombres y unas mujeres con el rostro curtido; unos hombres que, como sus padres, como sus abuelos y como sus tatarabuelos, venían cuidando sus ganados, venían labrando su terruño. Así eran seguramente, como esos hombres, los porquerizos que a principios del siglo XVI se fueron a conquistar un continente. Junto a esos hombres, estaban las mujeres, las mujeres suyas, con unos ojos tan negros, tan profundos, tan encendidos, que parecían prometer otros mil años, otros mil siglos de vitalidad. Pues bien: cerca de aquellas gentes que no sabían de política, que difícilmente entienden lo que son las candidaturas, que viven de una manera genuina, como se vivía desde mucho antes de que existieran las ciudades, entre esas gentes noté que estaba viva España, que toda esta obra de la Constitución que padecemos y de los Gobiernos que nos han gobernado, es una cosa provisional. Tenemos todavía nuestra España, y no hay más que escarbar un poco para que la encontremos. España está ahí y un día encontraremos a España, y entonces tal vez no se nos oiga hablar de estas cosas. Entonces, estad seguros, por ejemplo, los obreros, de que no seréis sojuzgados por la tiranía de los ricos que ofrecen condiciones duras diciéndoos que os elevan a la redención, porque esa España nuestra, esa España única, nos dirá a cada cual nuestro deber y nuestro sacrificio, y en nombre de España se gobernará, no para la clase más fuerte ni para el partido mejor organizado, sino para todos los españoles, que hemos de salvarnos juntos o hemos de perecer juntos.

»Yo me atrevo a prometeros que esa España no la encontraremos en las futuras Cortes. Las Cortes son un instrumento inventado por la Constitución y por todas las corrientes y pensamientos que en la Constitución desembocan; son un aparato que se detiene si unos cuantos, con habilidad y

mala intención, quieren detenerlo. Yo no os prometo, si voy a las Cortes, que en mis modestas fuerzas encuentre recursos para descubrir a esa España; pero sí os prometo, como dije al principio, que me clavaré en aquellas Cortes como un centinela para que no dé un paso más la Revolución: ¡ni un paso más! Como centinela que se clava en un puesto, *a costa de rigores ya costa de la muerte,* y en el lugar de centinela, pensar en este Cádiz vuestro que, avanzando hacia el mar como blanco navío, nos coloca más cerca de los futuros horizontes de España» ([72]).

Otra vez, hacia el final de este discurso -en el que, como en el del 29 de octubre, tampoco se fija un programa, pero donde se advierte ya claramente la preocupación por la falta de Unidad, de Grandeza y de Libertad de la Patria, cuyas reconquistas, «a costa de la muerte», han de ser los fines de la Falange-, José Antonio siente deslizarse entre la luz de sus palabras la sombra de la muerte, que le acecha y le sonríe seductoramente trágica.

Las elecciones se celebran el domingo 19 de noviembre. Por otra ironía del Destino, el hombre a quien la «libertad democrática» elegía para hacer leyes, tres años justos después, otro 19 de noviembre, esperaba la ejecución de una sentencia de muerte dictada en nombre de esa misma «libertad», después de redactar su testamento magnífico. Y en la misma hora de la madrugada en que conocía el número exacto de españoles que en la provincia de Cádiz le elegían para representar en las Cortes su deseo de una España mejor, caía -tres años más tarde- asesinado por el fanatismo brutal de aquellos hombres que en un sueño morboso y estepario intentaban destruir lo mejor de España: cuanto José Antonio, el más grande español de su generación y uno de los hombres más geniales de España, había cantado por las tierras y cielos de la Patria: la Unidad de Destino de todos, el Pan para todos y la Justicia estricta para quien la demandase.

Durante gran parte de la elección José Antonio estuvo en un colegio electoral de un barrio apartado de Jerez, en el que, al parecer, debían triunfar las izquierdas. José Antonio -cuentan Dávila y Pemartín-, «ante una perspectiva de dificultad, mantuvo en los primeros momentos aquella alegría un poco infantil con que acometía toda cosa que le afanaba, y seguía con vivo interés la llegada de cada elector obrero, hasta que los *entendidos* le comunicaban por señas que el *ciudadano consciente* había depositado la candidatura *buena».* (Es decir, la menos mala, según frase del propio José Antonio, a quien no agradaba ni poco ni mucho haber figurado, aunque fuese como «independiente», en una candidatura de derechas.) «Mediada la votación, uno de aquellos expertos, con misteriosos aspavientos, le dio, aparte, la gran noticia: Los de la C. N. T. no aparecían por el colegio. Este síntoma, en aquel

[72] La única versión conocida de este discurso espléndido es un amplio resumen de prensa. Está publicada en el libro citado de Pemartín y Sancho Dávila. Por no ser texto taquigráfico, me he permitido alguna ligerísima variación gramatical.

bario extremo y extremista, era la prueba indudable del triunfo en Jerez y en todo el distrito.»

«Había bastado que alguien, que sabía lo que se hacía desde un punto de vista muñidor y electorero -dice Bravo-, subvencionara a algún dirigente de la C.N.T. para que ésta acentuase su táctica inhibicionista. Un puñado de pesetas sembró las paredes de los pueblos gaditanos de recomendaciones en almazarrón para que sus afiliados no votasen.»

José Antonio, al oír la confidencia del «experto», hizo un gesto de desprecio absoluto hacia todo y hacia todos: hacia compradores y hacia vendedores de «aquello» que todavía se consideraba como un «derecho sagrado» del hombre: el voto. Su espíritu fino, su sensibilidad delicada, experimentaron la misma repugnancia que si se hubiesen acercado a alguna charca fétida. La alegre animación de su temperamento deportivo ante la lucha, que aparecía dura y enconada, cedió paso a un aburrimiento triste. «Se desentendió en adelante de las incidencias de la elección, asistió con desgana al escrutinio y, cuando todo acabó, con la sola compañía de Julián ([73]), dando un gran rodeo intencionado, llegó hasta el centro electoral de la Unión de Derechas. Allí estaban próximos a la apoteosis. Cada mensajero de los pueblos circunvecinos era acogido con ovaciones y achuchones cordiales; algunos candidatos alternaban en el teléfono enviando noticias, agradeciendo enhorabuenas; un solo grupo se lamentaba... de no haber ido al «copo». La presencia de José Antonio fue acogida con tumulto que él acalló rápidamente, y fue breve, pues, tras un corto cambio de impresiones con los compañeros de candidatura, se echó de nuevo a la calle con Julián y algunos más, camino de la casa del primero, en donde quería cenar, lejos de otras reuniones triunfales... El desencanto, que al principio desconcertó incluso al más adicto, fue prendiendo en los pocos acompañantes, que concluyeron por seguir silenciosos al diputado que había conseguido el segundo número de la votación. A medio camino se atravesó con ellos un grupo popular. Venía discutiendo el resultado de los comicios y las voces se elevaban por la controversia. En el momento del cruce decía un obrero: «Déjales que griten y que se alegren. Hemos hecho bien en no votar. Ya se pelearán por la tajada.» Algunos de los nuestros, recelando que aquellas frases eran intencionadas, inició una réplica; pero José Antonio, tan rápido ante cualquier sombra de agravio o de provocación, le contuvo y comentó luego: «Van diciendo, en parte, una verdad terrible.»

El flamante diputado, como el reciente candidato, lo era sin fe y sin respeto, y veía, sentía, intuía que la victoria obtenida por él nada significaba para sus ideales -pues el Parlamento sólo podía ser un lugar de paso hacia puestos más nobles- ni para los de sus compañeros -por azar- de candidatura derechista, llenos de un espíritu de desquite que les limitaría forzosamente el vuelo. En el fondo de su alma habría preferido la derrota pura y simple, como

[73] Julián Pemartín.

en las elecciones parciales del 31 y luego en las de febrero del 36, que aquellos 41.720 votos, arañados en parte, en parte prestados, que le llevaban a las Cortes. No en balde muchas veces se repetía esta frase: «El triunfo definitivo sólo se consigue a fuerza de fracasos»([74]).

AQUÍ ESTA LA FALANGE

PREVISTOS por José Antonio desde el primer momento el desencanto y la esterilidad de aquel Parlamento, como más tarde había de anunciar su naufragio en los mares más sucios y su única salida -después de una victoria electoral de los rojos- a la revolución comunista o a la revolución nacional, el Movimiento iniciado el 29 de octubre empieza a crecer. Tras la bandera levantada alegremente, poéticamente, se enganchan llenos de fervor los mejores jóvenes de España. La oficina política de los diputados «independientes» Primo de Rivera y Moreno Herrera se convierte -amparándolo con el disfrute de la inmunidad parlamentaria- en Centro de Falange Española, pues José Antonio había aceptado complacido este nombre propuesto por Julio Ruiz de Alda, el colaborador más constante de nuestro Fundador ([75]). Se trabajaba ardorosamente «en el encuadramiento y la selección de aquel aluvión de elementos de las más distintas procedencias que formaban las primeras masas de F. E.». Era necesario ese encuadramiento de la Organización política del Movimiento, al que era menester dotar de cohesión, de disciplina y, sobre todo, de Unidad de doctrina y de mando, igual en el aspecto social que en el de milicias. El trabajo de José Antonio era intensísimo y lleno de preocupaciones y responsabilidades. Es obsesionante en él la necesidad de que la Falange encuentre su Estilo, no sólo para la expresión

[74] *Nota de la segunda edición.*-No obstante, agradeció profundamente a sus electores la confianza que en él depositaban con esta cuartilla que envió al periódico gaditano *La Información:* «Todavía bajo la impresión de las primeras noticias, no sé si prevalece dentro de mí la emoción por el triunfo y por el honor de verme elegido en la provincia donde nació mi padre o el peso de la responsabilidad que va envuelta en la investidura, sobre todo en momentos como éstos, decisivos para España. Pero entre la alegría y el temor tiene que abrirse paso en esta fecha la más viva gratitud: una gratitud emocionada y profunda para todos los que han trabajado con tanta fe por el triunfo de la candidatura en que yo figuraba, y para todos los que, al darme su voto, han sabido hermanar delicadamente la expresión de una confianza generosa y la devoción a un recuerdo para mí sagrado. Estén todos seguros de que no se me escapa ese fino sentido de sus votos y que al percibirlo me siento ligado en sujeción espiritual, que es siempre la más fuerte, al servicio de esta provincia, para mí tan llena de motivos de afecto.-*José A. Primo de Rivera.*»

[75] El primer local de la Falange -cuando aún era Movimiento Español Sindicalista sin autorizar- fue el despacho de José Antonio en la calle de Alcalá Galiano. Luego hubo un centro -clandestino- en Torrijos. Después, un local en Eduardo Dato, y enseguida se pasó a Marqués de Riscal.

literaria, sino para la totalidad de la manera de ser y entender la vida. Para todo sabe encontrar una pléyade de colaboraciones que le ayudan en la difícil creación de la Armonía, la Gracia y la Energía que necesita la Falange de sus sueños. Julio Ruiz de Alda concibe y funda el S. E. U., que más tarde -siendo ya «gracia y levadura de la Falange»- encontraría dos jefes de quienes la muerte habría de prendarse:

Matías Montero y Rodríguez de Trujillo y Alejandro Salazar Salvador. Otros -Juan Antonio Ansaldo, el comandante Arredondo y el teniente coronel Rada -estructuran la que después, al mando de Agustín Aznar, sería la «Primera Línea» de Madrid y de España entera. Joaquín Rovira en El Escorial ([76]). José Sainz en Toledo, Sancho Dávila en Sevilla, Manuel Hedilla en Santander, José Luna en Cáceres. Eduardo Ezquer en Badajoz, Alfonso Zayas en Mallorca y otros muchos, dirigidos desde Madrid por el Jefe de Provincias, Emilio Alvargonzález, inician en Castilla, en Extremadura, en Andalucía, en Aragón, en Baleares, la siembra que ha de dar pronto brotes de sangre en todas partes y esa cosecha óptima de soldados de la Revolución Nacional el 18 de julio. En la creación del estilo retórico de la Falange tienen su puesto entonces Rafael Sánchez Mazas, José María Alfaro, Samuel Ros, Giménez Caballero y algún otro escritor joven ([77]). España entera siente un momento de curiosidad por la Falange. que hace fugaz la estúpida alegría de las derechas por su victoria electoral, que estiman suficiente para considerar definitivamente alejado el peligro de la Revolución marxista.

La Falange lanza sus primeros Puntos Iniciales, que más tarde perfilaría el propio José Antonio en el milagroso equilibrio de lógica política, de sintaxis militar y de profundidad ascética de los Puntos de F. E. de las J. O. N. S., adoptados por el Generalísimo Franco como la sólida arquitectura sobre la que edificar el castillo imperial del Estado Nacionalsindicalista.

Aun cuando después muchos han presumido de retocar las páginas de José Antonio -lo mismo que los rojos prisioneros o pasados decían siempre haber sido «escoltas» de José Antonio, hay muchos escritores de reciente ingreso en Falange que alardean de haberle enmendado o inspirado-, los primeros Puntos eran absolutamente debidos a su pluma. Y decían así:

«**I.-ESPAÑA**

Falange Española cree resueltamente en España.

España *no* es un territorio.
Ni un agregado de hombres y mujeres.

[76] Una de las primeras Falanges locales creadas, y precisamente por orden de José Antonio, el 9 de noviembre de 1933. ¿Qué presentimiento habría en el alma del Jefe?

[77] En cambio, en aquellos primeros días fundacionales, Alfonso García Valdecasas siente la llamada del silencio y se aparta voluntariamente de la Falange y de toda actuación política.

España es, ante todo, *una unidad de destino* ([78]).

Una realidad histórica.

Una entidad, verdadera en sí misma, que supo cumplir -y aún tendrá que cumplir- misiones universales.

* * *

Por tanto, España existe:

1º Como algo *distinto* a cada uno de los individuos y de las clases y de los grupos que la integran.

2º Como algo *superior* a cada uno de esos individuos, clases y grupos, y aun al conjunto de todos ellos.

* * *

Luego España, que existe como realidad «distinta y superior», ha de tener sus *fines propios.*

Son esos fines:

1º La permanencia en su unidad.

2º El resurgimiento de su vitalidad interna.

3º La participación, con voz preeminente, en las rituales del mundo.

II.-DISGREGACIÓN DE ESPAÑA

Para cumplir esos fines, España tropieza con un gran obstáculo. Está divida:

1º Por los separatismos locales.

2º Por las pugnas entre los partidos políticos.

3º Por la lucha de clases.

* * *

El separatismo ignora u olvida la realidad de España. Desconoce que España es, sobre todo, una gran *unidad de destino.*

Los separatistas se fijan en si hablan lengua propia, en si tienen características raciales propias, en si su comarca presenta clima propio o especial fisonomía topográfica.

[78] Pablo Ruiz de Alda, en el prólogo a la *Obra completa,* de Julio, dice de nuestro llorado camarada: «Su sentido de la acción, esa su naturaleza militar, se reflejaba también en sus convicciones políticas, siempre dinámicas, y así él divergía de esa definición maravillosa de la Patria 'como unidad de destino en lo universal' que nos ha dejado José Antonio y nos decía que más bien era España 'una unidad de misión en lo universal'. Porque a él esa palabra, destino, se le antojaba estática, fatalista, y él quería hasta para las puras definiciones metafísicas, voluntad actuante, el esfuerzo ciclópeo del pueblo español que se levanta para andar por la ruta universal de su Historia.»

Pero -habrá que repetirlo siempre- una nación no es una lengua, ni una raza, ni un territorio. Es una *unidad de destino en lo universal.* Esa unidad de destino se llamó y se llama España.

Bajo el signo de España cumplieron su destino -unidos en lo universal- los pueblos que la integran.

Nada puede justificar que esa magnífica unidad, creadora de un mundo, se rompa.

* * *

Los partidos políticos ignoran la unidad de España porque la miran desde el punto de vista de un interés *parcial.*

Unos están a la *derecha.*

Otros están a la *izquierda.*

Situarse así ante España es ya desfigurar su verdad.

Es como mirarla con sólo el ojo izquierdo o con sólo el derecho: *de reojo.*

Las cosas bellas y claras no se miran así, sino con los dos ojos, sinceramente: *de frente.*

No desde un punto de vista *parcial, de partido,* que ya, por serlo, deforma lo que se mira.

Sino desde un punto de vista *total,* de Patria, que al abarcarla en su conjunto corrige nuestros defectos de visión.

* * *

La lucha de clases ignora la unidad de la Patria porque rompe la idea de la *producción nacional* como conjunto.

Los patronos se proponen, en estado de lucha, ganar más. Los obreros, también.

Y, alternativamente, se tiranizan.

En las épocas de crisis de trabajo, los patronos abusan de los obreros.

En las épocas de sobra de trabajo, o cuando las organizaciones obreras son muy fuertes, los obreros abusan de los patronos.

Ni los obreros ni los patronos se dan cuenta de esta verdad: unos y otros son cooperadores en la obra conjunta de la *producción nacional.* No pensando en la producción nacional, sino en el interés o en la ambición de cada clase, acaban por destruirse y arruinarse patronos y obreros.

* * *

III.-CAMINO DE REMEDIO

Si las luchas y la decadencia nos vienen de que se ha perdido la idea permanente de España, el remedio estará en restaurar esa idea. Hay que volver a concebir a España como la realidad existente por sí misma.

Superior a las diferencias entre los pueblos.

Y a las pugnas entre los partidos.

Y la lucha de clases.

Quien no pierda de vista esa afirmación de la realidad superior de España verá claros todos los problemas políticos.

* * *

IV .-EL ESTADO

Algunos conciben al Estado como un simple mantenedor del orden, como un espectador de la vida nacional, que sólo toma parte en ella cuando el orden se perturba, pero que no cree resueltamente en ninguna idea determinada.

Otros aspiran a adueñarse del Estado para usarlo, incluso tiránicamente, como un instrumento de los intereses de su grupo o de su clase.

Falange Española no quiere ninguna de las dos cosas: ni el Estado indiferente, mero policía, ni el Estado de clase o de grupo.

Quiere un Estado creyente en la realidad y en la misión superior de España.

Un Estado que, al servicio de esa idea, asigne a cada hombre, a cada clase y a cada grupo sus tareas, sus derechos y sus sacrificios.

Un Estado *de todos,* es decir, que no se mueva sino por la consideración de esa idea permanente de España; nunca por sumisión al interés de una clase o de un partido.

* * *

V.-SUPRESIÓN DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Para que el Estado no pueda ser nunca de un partido, hay que acabar con los partidos políticos.

Los partidos políticos se producen como resultado de una organización política falsa: el régimen parlamentario.

En el Parlamento, unos cuantos señores dicen representar a quienes los eligen. Pero la mayor parte de los electores no tienen nada de común con los elegidos: ni son de las mismas familias, ni de los mismos Municipios, ni del mismo gremio.

Unos pedacitos de papel depositados cada dos o tres años en unas urnas son la única razón entre el pueblo y los que dicen representarle.

* * *

Para que funcione esa máquina electoral, cada dos o tres años hay que agitar la vida de los pueblos de un modo febril.

Los candidatos vociferan, se injurian, prometen cosas imposibles.

Los bandos se exaltan, se increpan, se asesinan.

Los más feroces odios son azuzados en esos días. Nacen rencores que durarán acaso para siempre y harán imposible la vida de los pueblos.

Pero a los candidatos triunfantes, ¿qué les importan los pueblos? Ellos se van a la capital a brillar, a salir en los periódicos y a gastar su tiempo en discutir cosas complicadas que los pueblos no entienden.

* * *

¿Para qué necesitan los pueblos de esos intermediarios políticos? ¿Por qué cada hombre, para intervenir en la vida de su nación, ha de afiliarse a un partido político o votar las candidaturas de un partido político?

Todos nacemos en *una familia.*

Todos vivimos en un *Municipio.*

Todos trabajamos en *un oficio* o *profesión.*

Pero nadie nace ni vive naturalmente en un partido político.

El partido es una cosa *artificial* que nos une a gentes de otros Municipios y otros oficios, con las que no tenemos nada de común, y nos separa de nuestros convecinos y de nuestros compañeros de trabajo, que es con quien de veras convivimos.

Un Estado verdadero, como el que quiere Falange Española, no estará asentado sobre la falsedad de los partidos políticos ni sobre el Parlamento que ellos engendran.

Estará asentado sobre las auténticas realidades vitales:

La familia.

El Municipio.

El gremio o Sindicato.

Así, el nuevo Estado habrá de reconocer la integridad de la familia como unidad social; la autonomía del Municipio como unidad territorial, y el Sindicato, el gremio, las Corporación, como bases auténticas de la organización total del Estado.

* * *

VI.-SUPERACIÓN DE LA LUCHA DE CLASES

El nuevo Estado no se inhibirá cruelmente de la lucha por la vida que sostienen los hombres.

No dejará que cada clase se las arregle como pueda para librarse del yugo de la otra o para tiranizarla.

El nuevo Estado, por ser de todos, totalitario, considerará como fines propios los fines de cada uno de los grupos que lo integran y velará como por sí mismo por los intereses de todos.

La riqueza tiene como primer destino mejorar las condiciones de vida de los más: no sacrificar a los más para el lujo y el regalo de los menos.

El trabajo es el mejor título de dignidad civil. Nada puede merecer más atención al Estado que la dignidad y el bienestar de los trabajadores.

Así, considerará como primera obligación suya, cueste lo que cueste, proporcionar a todo hombre trabajo que le asegure no sólo el sustento, sino una vida digna y humana.

Esto no lo hará como limosna, sino como cumplimiento de su deber.

* * *

Por consecuencia, ni las ganancias del capital –hoy a menudo injustas- ni las tareas del trabajo estarán determinadas por el interés o por el poder de la clase que en cada momento prevalezca, sino por el interés conjunto de la producción nacional y por el poder del Estado.

Las clases no tendrán que organizarse en pie de guerra para su propia defensa, porque podrán estar seguras de que el Estado velará sin titubeos por todos sus intereses justos.

Pero sí tendrán que organizarse en pie de paz los Sindicatos y los gremios, porque los Sindicatos y los gremios, hoy alejados de la vida pública por la interposición artificial del Parlamento y de los partidos políticos, pasarán a ser órganos directos del Estado.

***

En resumen:

La actual situación de lucha considera a las clases como divididas en dos bandos, con diferentes y opuestos intereses.

El nuevo punto de vista considera a cuantos contribuyen a la producción como interesados en una misma empresa común.

* * *

VII.-EL INDIVIDUO.

Falange Española considera al hombre como conjunto de un cuerpo y un alma; es decir, como capaz de un destino eterno, como portador de valores eternos.

Así, pues, el máximo respeto se tributa a la dignidad humana, a la integridad del hombre y a su libertad.

Pero esta libertad profunda no autoriza a socavar los fundamentos de la convivencia pública.

No puede permitirse que todo un pueblo sirva de campo de experimentación a la osadía o la extravagancia de cualquier sujeto.

Para todos, la libertad verdadera, que sólo se logra por quien forma parte de una nación fuerte y libre.

Para nadie, la libertad de perturbar, de envenenar, de azuzar las pasiones, de socavar los cimientos de toda duradera organización política.

Estos fundamentos son: *la autoridad, la jerarquía y el orden.*

Si la integridad física del individuo es siempre sagrada, no es suficiente para darle una participación en la vida pública nacional.

La condición política del individuo sólo se justifica en cuanto cumple una función dentro de la vida nacional.

Sólo estarán exentos de tal deber los impedidos.

Pero los parásitos, los zánganos, los que aspiran a vivir como convidados a costa del esfuerzo de los demás, no merecerán la menor consideración del Estado nuevo.

* * *

VIII.-LO ESPIRITUAL

Falange Española no puede considerar la vida como mero juego de factores económicos. No acepta la interpretación materialista de la Historia.

Lo espiritual ha sido, y es, el resorte decisivo en la vida de los hombres y de los pueblos.

* * *

Aspecto preeminente de lo espiritual es el religioso.

Ningún hombre puede dejar de formularse las eternas preguntas sobre la vida y la muerte, sobre la creación y el más allá.

A esas preguntas no se puede contestar con evasivas: hay que contestar con la afirmación o con la negación.

España contestó siempre, con la afirmación católica.

La interpretación católica de la vida es, en primer lugar, la verdadera; pero es además, históricamente, la española.

Por su sentido de *catolicidad,* de *universalidad,* ganó España al mar y a la barbarie continentes desconocidos. Los ganó para incorporar a quienes los habitaban a una empresa universal de salvación.

* * *

Así, pues, toda reconstrucción de España ha de tener un sentido católico.

Esto no quiere decir que vayan a renacer las persecuciones religiosas contra quienes no lo sean. Los tiempos de las persecuciones religiosas han pasado.

Tampoco quiere decir que el Estado vaya a asumir funciones religiosas que corresponden a la Iglesia.

Ni menos que vaya a tolerar intromisiones o maquinaciones de la Iglesia, con daño posible para la dignidad del Estado o para la integridad nacional.

Quiere decir que el Estado nuevo se inspirará en el espíritu religioso católico tradicional de España y concordará con la Iglesia las consideraciones y el amparo que le son debidos.

* * *

IX.-LA CONDUCTA

Esto es lo que quiere Falange Española.

Para conseguirlo llama a una cruzada a cuantos españoles quieran el resurgimiento de una España grande, libre, justa y genuina.

Los que lleguen a esta cruzada habrán de prestar el espíritu para el servicio y para el sacrificio.

Habrán de considerar la vida como milicia; disciplina y peligro, abnegación y renuncia a toda vanidad, a la envidia, a la pereza y a la maledicencia.

Y al mismo tiempo servirán ese espíritu de una manera alegre y deportiva.

* * *

La violencia puede ser lícita cuando se emplea por un ideal que la justifique.

La razón, la justicia y la Patria serán defendidas por la violencia cuando por la violencia -o por la insidia- se las ataque.

Pero Falange Española nunca empleará la violencia como instrumento de opresión.

Mienten quienes anuncian -por ejemplo- a los obreros una tiranía fascista.

Todo lo que es *haz o falange* es unión, cooperación animosa y fraterna, amor.

Falange Española, encendida por un amor, segura de una fe, sabrá conquistar a España para España con aire de milicia.»

EN POS DEL ESTILO NUEVO

TODAVÍA, no ha llegado el estilo político de José Antonio a la perfección escueta que le ha de marcar más tarde. Pero si aun no ha logrado adelgazarlo y buirlo en estos primeros Puntos -con repeticiones y explicaciones quizá innecesarias-, ya está en ellos todo el pensamiento que ha

de informar más tarde a la Falange Española de las J. O. N. S. -con la aportación más revolucionaria de estas últimas: adviértase que en este primer programa José Antonio no emplea la palabra revolución, con la que tanto ha de encariñarse luego- y después a todo el Movimiento Nacional. No está la palabra «revolución» y, sin embargo, es el documento más revolucionario de todos cuantos se habían publicado en España en lo que contaba de vida el siglo XX. Contrariamente a la fácil demagogia de los discursos y manifiestos de los republicanos radicales, de los marxistas, los sindicalistas y los anarquistas, estos Puntos iniciales buscan la línea entera y difícil de la Revolución auténtica, por los caminos -entrecruzados- de la libertad, el orden y la jerarquía. Su meta es mucho más lejana que la de aquéllos, pues pretende una revolución *total,* no de clase social o de clan político. Y no se diga si el primer programa de José Antonio no mira mucho más allá de los propósitos de revolución desde arriba de don Antonio Maura o de la propia Dictadura del General Primo de Rivera, que no habían sabido sustraerse a determinados prejuicios históricos y al gusto facilón de personalizar en la crítica. Esta diferencia fundamental se percibe claramente entre el manifiesto del General Primo de Rivera de 13 de septiembre de 1923 y el programa que brinda a España diez años más tarde su primogénito: El padre -viejo liberal en el fondo- creía que la maldad de los hombres políticos hacía deficientes para el servicio de España las instituciones constitucionales: el Parlamento, el juego de los partidos turnantes, las libertades públicas. Cuando toma el Poder, no piensa en destruir todo eso, sino en reformarlo. No declara fuera de la Ley partido alguno, ni suspende periódicos, ni se enfada por la murmuración. Deja hacer. Gobierna pendiente de la opinión pública; sueña con un partido político y crea la Unión Patriótica; siente nostalgias de un Parlamento y forma la Asamblea Nacional. Tiene en suspenso la Constitución liberal del 76, sin pensar en suprimirla definitivamente ni en hacer otra más en consonancia con la realidad política, económica y social del País; acepta la existencia de los convidados y los zánganos, y se deja rodear por algunos de ellos que acabarán por derribarle desde la camarillas de los clubs aristocráticos o las antecámaras regias, e influido por la división de España en clases, castas, grupos, partidos, regiones, capillas y tertulias, no encuentra el modo de reafirmar la Unidad, que se pierde irremisiblemente. Cree que zahiriendo a los hombres que han encarnado la anterior decadencia puede detener ésta. Y en lugar de atraerlos, separa y distancia de su Gobierno a sectores nacionales sumamente considerables.

José Antonio cree lo contrario: los hombres son aceptables, aun con sus grandes defectos. Las que son profundamente malas son las instituciones traídas por el liberalismo y la Restauración: la Monarquía constitucional, el sistema bicameral, el voto, los partidos, las clases. Si los políticos están corrompidos no es por maldad propia, sino por el ambiente agobiante de las Instituciones a que sirven. Por eso sale a la vida pública a combatir a todas esas Instituciones que esconden la verdadera España y anulan todas las

posibilidades de los hombres públicos. El sistema liberal acabó con Maura y con Canalejas; el sistema liberal -suavemente tratado- acabó con la Dictadura. El sistema liberal ha deshecho la «alegría del 14 de abril». El sistema liberal ha anulado las nada vulgares condiciones políticas, que siempre reconocerá José Antonio, de Gil Robles y de Azaña. Los partidos, el Parlamento, la Constitución... ¿No ve España que todo eso, agitado en la chabacanería ambiente por una Prensa estúpida y venal, es el clima propicio para la Revolución que destruye? ¡Y si fuese a destruir sólo eso, nada importaba! Pero detrás está la Unidad de la Patria, la Patria misma, en peligro. Esta Patria Una -de todos y para todos -es a la que va a defender la Falange de José Antonio.

Los Puntos iniciales se reparten profusamente. Pero no es suficiente. Hay que ponerse en contacto con la calle. Hay que crear un periódico nuevo para la nueva política. Un periódico joven, vivo, vigoroso y no estridente, irónico y no ordinario, donde haga gimnasia el Estilo. Los viejos periódicos que se brindan al Movimiento naciente son inutilizables, pues ninguno es de la Unidad. Son de derechas. De partidos de derechas, de clan derechista, y están encadenados por igual al interés de sus empresarios y a los prejuicios de sus lectores burgueses. Hay que crear el periódico de la Falange Española. En aquellos momentos hay señores propicios a financiar la aventura del periódico. Darán un cheque y luego tratarán de inspirarlo ideológicamente. José Antonio lo adivina y lo rechaza, o condiciona de modo enérgico algunos ofrecimientos.

A fines de noviembre, en algún periódico y en algún cartel se lee el anuncio de un semanario nacional que «aparecerá en breve» con este título sugestivo: F. *E.* Efe-e: es decir, Fe. Fe en España -de antes, de ahora, de mañana; España eterna y una-; Fe en la Juventud; Fe en el talento del Jefe; Fe en Dios. El nombre elegido por José Antonio es claro y magnífico. Sugiere lo que más necesita la Patria, carcomida por todos los viejos y nuevos escepticismos: F. E.

Sin embargo, la interpretación de las dos iniciales con mayúscula, separadas por el punto, da lugar a explosiones de pavor o de ira a las dos mitades de España, incapaces de un sentimiento «entero». La E quiere decir español, no hay duda. La F tiene que ser Fascio o Fascismo. El Gobierno y la Policía se alarman. ¿No les van a dejar gozar del triunfo electoral (el Parlamento es de derechas y España será -como alguien aseguró más solemne que perspicazmente- «lo que Gil Robles quiera») esos cuatro mozalbetes metidos a «fascistizar», que no han digerido las nuevas ideas políticas e intentan perturbar la tranquilidad con que las masas marxistas han visto el éxito de las derechas? Ahora que se puede enderezar la República a un sistema «de orden», democrático y agradable; ahora que se puede endulzar la acritud de su perfil -«Azaña y los socialistas han caído para no volver a levantarse- y hacerlo grato para todos; ahora que todos «estamos a punto» de atacar y suavizar el régimen que se dio el pueblo el 14 de abril de 1931; ahora que se advierte tanta cordialidad en los viejos radicales, curados para siempre de su

anticlericalismo; ahora que hay tantos corazones dispuestos al estrujón; ahora que se empieza a «poder vivir» y el capital respira tranquilo; ahora que podía el Gobierno ocuparse del paro obrero; ahora que es la ocasión de atenuar las pretensiones excesivas de la Generalitat -ya que la Constitución y el Estatuto son irremediables, se verá de «amoldarlos» a los nuevos modos-; ahora ¿van a venir a perturbar la vida española, feliz después del barullo armado por las izquierdas, estos locos de «fascistas»?... No, no. Habrá que hacerles entrar en razón. Habrá que «meterles en cintura». Gracias a que la Constitución del 31 no es del todo mala y tiene sus recursos -censura, suspensión de periódicos, multas, detenciones gubernativas, clausura de locales, estado de prevención o de alarma- se les podrá callar la boca. (También un Gobierno derechista podía ser «un poquito beligerante contra el fascismo») ([79]).

Claro que con el «respeto a la ley» -que no podía faltar en un Gobierno parlamentario y democrático, por muy controlado que estuviese por la CEDA- no había más remedio que aprobar los Estatutos del S. E. U., y más tarde los de Falange, y autorizar el periódico. Ya se vería después lo que se hacía, sobre todo si el «fascismo» prendía demasiado en la Universidad, lo que sería un fastidio, pues los estudiantes son de por sí alborotadores. Ya andaban a la greña y daban bastante que hacer a los guardias de Asalto los estudiantes católicos y los de la F.U.E., para que ahora haya un nuevo motivo de huelgas y discordias con los «fascistas»... Sin embargo, de momento no hay otro remedio que apechugar con todo este movimiento «panteísta» y «extranjerizante». Es poquita cosa y se deshará al primer soplo. Entre los oradores del Gobierno, la mayoría y la oposición se anulará en el Parlamento a Primo de Rivera, a quien los socialistas no dejarán «abrir el pico». Las razones gubernamentales «le dejarán en ridículo» ante las derechas españolas si no se decide a sumarse a la mayoría. En la Universidad sólo lograrán los «fascistas» algunas descalabraduras, y con ellas y unas severas sanciones escolares volverán a sus libros los estudiosos y al baile de modistas o al billar los clásicos estudiantes. En cuanto a los obreros, no hay ni que pensar puedan hacerles «picar» los fascistas. Son demasiado inconmovibles los Sindicatos marxistas, de la C. N. T. o católicos. Algún temperamento pálido propone una táctica para combatir el «fascismo». (La palabra táctica -aplicada a las artes políticas y no a las militares- hacía por entonces relamerse de gusto a muchas buenas gentes.) «La táctica del silencio»: No hablar para nada del «fascio» ni de los «fascistas». ¿Que matan a alguno de ellos? Nos callamos. ¿Que hacen ellos algo bien hecho? Nos callamos. Silencio de hielo en nuestra Prensa. Ni la menor alusión. Con nuestro silencio y los insultos de las izquierdas se asfixiarán rápidamente.

Se piensa así -o peor- y se autoriza la aparición de *F. E.* La lectura de su primer número hace sonreír a los políticos «serios». El «coco fascista» es una

[79] El 2 de enero de 1934, con motivo de unos incidentes callejeros al repartir unas hojas de *F. E.,* hubo el primer registro y las primeras detenciones en el Centro de Eduardo Dato.

buena persona, de modales distinguidos. Cierto que hay alusiones buidas y mortificantes, augurios fastidiosos y algún artículo violento para la nueva situación y sus cabezas rectoras. Pero, en general, el periódico es inocuo. Muy bien escrito, lleno de citas clásicas y modernas, tiene el aire de una revista intelectual de estudiantes de Filosofía. Un poco *Gaceta Literaria,* un poco *Revista de Occidente*. Buenas plumas lo escriben, pero no son artículos de buenas plumas los que pueden mover en España a las masas. *F. E.* no es el libelo que se temía. El lenguaje de estos «fascistas» es limpio y pulido. Ni el rotundo *me ne frego,* ni el puñal en los dientes, ni el vaso de ricino en la mano. *F. E.* no tiene cariz callejero. Su combatividad es de Academia. No será menester suspenderlo. Morirá por sí solo, como cualquier periódico literario de todos los tiempos.

Sin embargo, alguien más sutil y perspicaz que los gobernantes ha advertido peligros en el tono elegante, mesurado e irónico -intelectual, en suma- de la nueva revista. Alguien que sospecha -certeramente- no será todo blandura en aquel estilo gallardo y exacto. Bien puede ser que el guante blanco esconda un puño de hierro. Bien puede ser que quienes manejan tan bien la pluma sean capaces de manejar hábilmente «los puños y las pistolas». Es posible que no, pero lo mejor es salir de dudas inmediatamente. Hay que dilucidar con urgencia si los afiliados a Falange Española son unos señoritos con ganas de juego político y literario por puro esnobismo o si se trata de hombres de temple, capaces de enfrentarse con las briosas juventudes revolucionarias. Este «alguien» sabe perfectamente que el éxito electoral de las derechas no supone un dique -ni mucho menos- para la Revolución. Al contrario, le da ocasión para verlas desgastarse en el Poder -el Parlamento y la astucia medrosa del Presidente de la República serán muy eficaces-, mientras los dirigentes revolucionarios, alejados de las tareas del Gobierno, se pueden dedicar por entero a la organización de la revuelta. Para ello hay que prevenir cualquier obstáculo. Puede ser uno esta aparición inesperada del «fascismo» sin careta. A todos los demás tildados de «fascistas» -como aconsejaban los expertos de la propaganda soviética- ya se sabe cómo se les vence. Son masas burguesas y asustadizas, para quienes la violencia es algo horriblemente desagradable y que sólo son capaces de oponer a la revolución en marcha razones tímidas o fervorosas plegarias que barren los pistoletazos. ¿Serán así también estos «fascistas» que se lanzan ahora a la calle? Con habla popular, se piensa en «calarlos» como si se tratara de melones. Unos tiros a tiempo pueden allanar mucho camino. Cuanto antes, mejor. En la venta del primer número de *F. E.* hubo algunos incidentes: insultos, bofetadas, puñetazos. Los vendedores -estudiantes casi todos, pues los vendedores profesionales, obedeciendo la orden de su Sindicato, se negaron «como un solo hombre» a venderlo- no se habían amilanado y supieron replicar a los jaques marxistas. Era preciso ver si aquellos «niños» que usaban colonia en el pañuelo resistían el olor de la pólvora. Para la venta del segundo número de F. *E.* hay pistolas montadas en los bolsillos de los pantalones marxistas.

LOS PRIMEROS LUCEROS

LA calle de Alcalá. Las ocho de la noche del 11 de enero de 1934. Madrid -siempre «alegre y confiado»- se pasea tranquilamente. La primavera, aunque lejana, se anuncia en leves oleadas y en olor de violetas. Muchas estrellas -lavadas de heladas recientes- brillan sobre los faroles, los arcos voltaicos y las nuevas luces tubulares de la ciudad moderna. Tintineantes los tranvías, estrepitosos los motores y los *claxon* de los *autos*. Requebradores los mozos y sonrientes y bonitas las muchachas. Son las ocho de la noche en la calle de Alcalá.

Madrid pasea confiado y alegre. Las primeras escuadras de la Falange -a cuerpo gentil, a cuerpo limpio- irrumpen en la calle de la confianza y la alegría. En sus gargantas se abre como una rosa un grito breve: F. *E.,* F. *E.* -la rosa se ha abierto en sus corazones.

-«Ha salido F. *E.*» «Lea usted F. *E.*» «*F. E.,* órgano de Falange Española»...

Francisco de Paula Sampol estaba afiliado al S. E. U. o a Falange. No le había tocado «servicio» aquella tarde. Estaba en la calle de Alcalá porque era estudiante y porque eran las ocho de la noche, hora exacta de citas y de galanteos.

Frente al teatro Alcázar el gentío va apretado por la corriente humana que desemboca, de la calle de Sevilla hacia la Cibeles, y por la otra que ha aprovechado el cruce en Cedaceros para seguir hacia Sol. Hay dificultades de circulación con los toreros y actores parados que entran y salen de los cafés, con los mirones de la cartelera del teatro, con los vendedores ambulantes, con los rateros que aprovechan el oleaje humano para sus fechorías.

-«*F.E., F.E., F.E.*»

Francisco de Paula Sampol detuvo al camarada que voceaba -entre la indiferencia del gentío, alegre y confiado- el primer órgano de la Revolución Nacional, bautizado por José Antonio con las dos iniciales que formaban el nombre de la primer virtud falangista.

-Dame *F.E.*

Lo pagó con buena moneda. (Con mejor lo habría de pagar minutos más tarde.)

El acto de propaganda caía en vacío, pues nadie más se acercaba al incansable voceador, que seguía con sus gritos:

-«*F. E.,* F. *E.,* F. *E.*»

Francisco de Paula Sampol se detuvo, sin dar importancia a los codazos y pisotones de los paseantes. Desplegó -como un bergantín que se hace a la mar sus velas- todas las páginas de F. *E.,* mirándolas y remirándolas ávidamente para buscar una consigna, -tal vez la de morir mañana-, lanzando a los ojos de los transeúntes las gruesas, letras de la portada. Pero aquellos ojos -

miles de ojos- de los transeúntes, velados de frivolidad, ni veían ni adivinaban la FE de la Falange.

Francisco de Paula Sampol dobló el periódico cuidadosamente y con la misma precaución lo guardó en el bolsillo de la gabardina, procurando quedasen fuera y bien visibles las dos iniciales de su *F. E.* Echó a andar maquinalmente. Detrás de él, uno, dos o tres jóvenes marxistas que le habían espiado.

-¡A ése! -susurró uno a otro, dándole con el codo. (Antes, al acercarse al vendedor, le había contenido porque el vendedor llevaba escolta y no era fácil el crimen.)

Bruscamente, dos disparos cortaron en seco los idilios callejeros y la vida de Francisco de Paula Sampol. Sustos. Carreras. Desbandada. Cuando llegaban los de Asalto, los asesinos se habían escabullido entre el tumulto del miedo. La mano crispada de Sampol apretaba, estrujaba su *F. E.,* y su corazón se desangraba, herido por la espalda. Mas en las piedras de la calle, confiada y alegre, su sangre se haría germinal. Por sus junturas habrían de brotar un día -rojas y negras- millares de banderas falangistas.

José Antonio llora aquella noche. Por primera vez y quizá por última vez en su vida de Fundador y Jefe de Falange. Y durante ella y los días sucesivos resiste todas las excitaciones para responder con violencia a la violencia, con plomo al plomo. «La acción, cuando no está regida por el pensamiento, es pura barbarie», escribirá más tarde. En aquel momento temía que no estuviese todavía bien cuajado en las noveles escuadras falangistas ese pensamiento justificativo. Aún no era la Falange un cuerpo de doctrina ni sus afiliados habían ganado veteranía. El mismo dudaba aún de sus condiciones de Caudillo, y muchas gentes, incluso dentro de la Falange, le acompañaban en la duda. Los chicos primeramente afiliados eran más bien deportistas que catecúmenos. Era muy doloroso presenciar impasibles los asesinatos, pero sería más triste -y perjudicial para España- fomentar en los intrépidos corazones juveniles un *gangsterismo* sin sentido. Francisco Bravo, en el libro citado, dice que el Jefe «sentía unos invencibles escrúpulos de conciencia a convertir la naciente Organización en un instrumento de terrorismo irreflexivo, y también porque Falange Española, como todo grupo que nace a la lucha, no resultaba apta para lanzarse a la violencia por múltiples razones, que sólo podemos apreciar debidamente los que por fuerza hemos tenido que soportar el terrorismo y su atmósfera enrarecida».

Le excitan los suyos y le excitan los de fuera. «Aún es pronto. Falange necesita cargarse de razón y luto antes de emplear la encrucijada alevosa para la venganza. El que quiera vengar a Sampol tiene un procedimiento: salir a la calle a vocear *F. E.* el jueves que viene. Frente a frente, la violencia sí nos es permitida. Vengan todos los que quieran, que, aunque somos pocos, les sabremos dar cara. Pero que nadie hable de represalias por la espalda. Si las palabras no tienen exclusiva y podemos quitarles el monopolio absurdo del «camarada», de la «revolución», del tuteo, de la «justicia social» y de otras

muchas cosas, los procedimientos viles deben ser para ellos solos. La Falange, con el pecho bien ancho... Por lo menos hasta que estemos bien cargados de razón.»

-¿De muertos? -preguntó alguno, atreviéndose a ironizar ante el Jefe. Pero el Jefe tenía siempre la respuesta exacta y contundente:

-De razón. Los muertos nunca son una carga.

EL PRIMER ENTIERRO

CIPRESES. Cruces de mármol. Losas con inscripciones. Viento y nubes. Verdes brotes en rosales y jazmines. Cinco o seis centenares de muchachos en el camposanto. (Allí Matías Montero, allí Alejandro Salazar, allí Juan Cuéllar, allí Juan Costas, allí Luis Aguilar, allí Guillermo Aznar, y Escartín, y Tudela, y Aguinaco, y Gerardo... Los que habían de caer, antes y después, en la calle, en la cárcel, en el frente...)

Conduciendo en su coche a Andrés Cuerda y a Manolo Sarrión, corbata negra, gabán oscuro y la cabeza destocada (era «sinsombrerista» desde mucho antes de que fuese moda ir sin sombrero), llega José Antonio. Cinco o seis centenares de brazos en alto le saludan. No es toda la Falange: es sólo «la primera línea» de los días primeros. José Antonio va serio y grave. Adivina que a Ruiz de la Hermosa, a Juan Jara, a Tomás Polo -asesinados también en Extremadura hace muy pocos días- y a este pobre Francisco de Paula Sampol, a quien se va a dar tierra sagrada, seguirán otros. Quizá los mejores. Tal vez -seguramente- él mismo. Jóvenes valerosos, que milagrosamente no temen a la muerte, a pesar de amar mucho la vida...

(¡Cómo se va sintiendo crecer para adentro, enraizarse en la tierra de España a la Falange!... ¡Cuatro muertos ya, y sólo era ayer 29 de octubre!... ¿Qué importa realmente que se afilien muy pocos y que nos comprendan muchos menos todavía, si ya tiene por soñarla cuatro muertos esta Falange?)

Se acerca la primavera, pero el invierno defiende sus fueros tenazmente y hay cuchillos de hielo entre los cipreses. Ante la tumba abierta para sorber a su seno al camarada muerto y hacerse cinco rosas de sus jugos se apiñan los camaradas vivos. La emoción de la Muerte parece que afila más los glaciales puñales de hoja cortante y aguda. Habla José Antonio -el laconismo militar de su estilo inimitable llegaba a la desnudez más sublime en estos actos: a la desnudez de la llama o del chorro de agua, a la desnudez de la tierra de un tiesto o un soplo de viento, a la desnudez elemental, en suma- con voz profunda de campana que tañe. El epitafio queda en el aire para los siglos de los siglos.

Nuevamente los brazos en alto. Se deshace el cortejo, aunque se hacen más haz los corazones. ¿Hasta cuándo, cementerio? ¿Hasta la semana próxima? ¡Quien sabe!... Lo cierto es que la próxima semana saldrá de nuevo a

la calle el semanario y su título -a gargantas hinchadas, a pulmones estallantes- proclamará otra vez por las esquinas la fe de esta «nueva catolicidad».

-*¡F.E.!... ¡F.E.!...¡F.E.!...*

Mientras José Antonio, pensativo y grave, rueda en su automóvil hacia el Congreso de los Diputados, alguno de éstos, mordaz, pero no gracioso, dice, comentando el comentario «de pasada» que los periódicos de la tarde -como los de la mañana- hacen del asesinato de Sampol:

-Primo de Rivera hace morir a sus muchachos por vender a veinte céntimos las ideas de Platón.

Ya le contestarán cumplidamente las plumas de la Falange. Ya le contestará cumplidamente la Historia. Compradores y vendedores de *F.E.* -ideas de Platón ¡y de José Antonio! a veinte céntimos- morirán -¿platónicamente?- en el Alcázar Y en la Universitaria, en Brunete Y en Belchite, en el Alto de los Leones Y en las playas, en Oviedo y en la Sierra de Alcubierre, en los «cazas» y en los «bous», en todos los sitios donde la Patria pida a gritos desgarrados que se muera por ella... (Ahora bien: a principios de 1934, la idea de morir por la Patria era para algunos señores diputados una filosofía platónica que tal vez no compartían.)

CAMINO ADELANTE

A la muerte de Sampol siguen otros incidentes más o menos violentos. El tercer número de F. *E.* es vendido en plena «acera roja» de la Puerta del Sol -desde el café Universal a la calle del Carmen- por José Antonio y por Julio, por Rafael Sánchez Mazas y por Andrés de la Cuerda y por algunos otros camaradas. José Antonio había huido del Congreso para ver en la calle a sus muchachos. En todas partes le satisfizo el ímpetu con que voceaban el semanario. En todas partes menos en la «acera roja», llena de comunistas, de chulos, de vagos y de limpiabotas, que más tarde serían tenientes y capitanes en las brigadas marxistas del frente de Madrid. Frente a toda aquella gente malencarada, torva, amenazante, la escuadra de servicio vacilaba un poquillo. Hacían falta voces más potentes para sobresalir en el barullo sordo de las conversaciones gritadas y las suelas arrastradas. Hacía falta más garbo aún para contrarrestar los gritos estridentes de los vendedores de la *Soli* de Barcelona y de *Mundo Obrero* de Madrid. José Antonio sintió un arrebato al ver a sus ardorosos falangistas tocados de timidez. Avanzó a uno de ellos y le arrancó de las manos el paquete de periódicos, diciendo:

-Vas a ver cómo se vocea *F. E.*

Y él mismo empezó a gritarlo. Sus acompañantes le imitaron. Los chiquillos, deslumbrados por el gesto del Jefe se enardecieron. Alguno lloraba de vergüenza. Empezó un chillerío espantoso. Boinas sucias y gorras ladeadas,

sombreando rostros envenenados de odio, se arremolinaban en torno a los Jefes falangistas, pregoneros de su absoluta verdad. Enseguida empezaron los insultos, a los que los falangistas replicaban con su grito magnífico de sólo dos letras. La falta de réplica verbal -la dialéctica de la Falange no era de epítetos soeces, como la de los marxistas- hizo pensar a éstos que los «señoritos» tenían miedo. Y uno de ellos, tirando de faca matona, avanzó hacia José Antonio. Pero Andrés de la Cuerda, que estaba junto a él -como siempre, hasta que el Destino les separara en vida para juntarlos después de la muerte por España-, lo advirtió y lo evitó con un formidable puñetazo que tumbó sobre las losas -colillas y escupitajos- de la «acera roja» al agresor. Como un racimo de cerezas, se engancharon unos y otros. Se repartieron con profusión bofetadas y estacazos -los marxistas no eran mancos-, hasta que llegaron los de Asalto, avisados inmediatamente a Gobernación. Con ellos se encaró José Antonio, invocando aquellos derechos constitucionales en que no creía, para que le permitieran seguir la venta. Rafael Sánchez Mazas buscaba por los suelos sus primeras gafas de concha perdidas por la Falange -las últimas serían en el trágico fusilamiento de Collel, en que la Providencia le librara del honor de morir por España-, y Julio -que se había «quedado solo atizándoles»- trataba de encontrar una garrota de pastor navarro con la que había tundido los lomos a algunos malandrines.

Las mismas escenas -pues también Sancho y Luna, Sainz y Ezquer predicaban con el ejemplo- tenían lugar en las calles y plazas de Sevilla, de Cáceres, de Toledo, de Badajoz. Ojos amoratados, narices enrojecidas, labios hinchados, dientes rotos. La Falange empezaba a gustar el fuerte escozor del árnica. Detenciones: la Falange empezaba a respirar el aire acre de los calabozos. Paso a paso se endurecía, se curtía, se hacía ferozmente brava y solitaria.

El 24 de enero es agredido un camarada del S. E. U., de Medicina, por los «fueístas» de San Carlos. Al día siguiente, los escuadristas de la Facultad, con Matías Montero y Agustín Aznar, a los que se suman para la «operación» -que va a ser más militar que quirúrgica- algunos oficiales, asaltan la F. U. E. de Medicina, dan unos cuantos trastazos y destrozan los muebles. Agustín Aznar, blandiendo un bisturí, hace huir aterrados a los estudiantes rojos. Aquella noche -¿en qué cuchitril, en qué logia, en qué tabernáculo o qué bar elegante?- es condenado a muerte por los marxistas Matías Montero, fundador del S. E. U. de Medicina. No se atreven a hacerlo de frente y le espían unos días todavía para asegurar la impunidad en la alevosía.

También el 25 se zurran lindamente «fascistas» y socialistas -los comunistas apenas dan la cara entonces- en los climas distantes y distintos de Don Benito -con Ezquer al frente- y de Gijón, con los hermanos Posada, Enrique Cangas, Mariano Suárez Pola y otros.

En la noche del 27 asesinan a tiros en la calle del Clavel, de Madrid, al capataz de venta de *F. E.,* Vicente Pérez, obrero que ganaba su vida, pero que ni siquiera era falangista. Era un obrero libre, que no quería aceptar la tiranía

de los Sindicatos, razón suficiente para entregarlo al frío sadismo de los pistoleros.

El 3 de febrero caen heridos de bala en la Gran Vía, de Madrid, otros dos estudiantes que vendían *F. E.*

Todo esto «no importa». Al contrario: anima a los muchachos. Saben que la Falange es pobre de dinero y rica de valor, y tiene que adquirir la popularidad sin gastar un céntimo en la propaganda. Cuantos más tiros hagan ruido en torno de ellos, más se les conocerá.

El 9 de febrero, cuando después de sus clases en la Facultad de Medicina y de vender *F. E.* por las calles madrileñas, regresaba a su casa, es asesinado Matías Montero y Rodríguez de Trujillo, una de las más bellas y nobles inteligencias de aquella Falange primeriza. Cinco balazos le hieren por la espalda en una esquina de la calle de Mendizábal -donde vivía y donde le aguardaban en acecho alevoso sus asesinos-, cara al sol de la Ciudad Universitaria. Ya estaba próxima la fusión de la Falange Española con las J. O. N. S. -de la que se hablará más tarde- y ya soñaban las solapas de los falangistas con ponerse en el ojal las flechas con el yugo de los Reyes Católicos, emblemas de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista. En la cartera de Matías había un artículo hablando de ellas. ¡Y no llegó a llevarlas!

El mismo silencio sin dolor ni indignación en los afines; el mismo júbilo de la sangre española vertida, en los feroces enemigos de la Falange por enemigos de España, que armaron las manos homicidas. José Antonio ya no llora por Matías. Con los ojos enjutos, niega la venganza aún a los camaradas frenéticos que claman por ella. José Sainz, que ha venido de Toledo al entierro, tiene una escena violenta con el Jefe.

-¿Es que nos vamos a dejar matar como moscas? -pregunta a José Antonio, lleno de la santa ira de otros muchos camaradas.

Y José Antonio, que tiene también esa ira santa en el fondo de su alma, pero que, hombre de leyes al fin, siente repugnancia por un Talión primitivo y bárbaro, le contesta:

-No. Pero tampoco hemos de hacer barbaridades como ellos.

-La gente de Toledo se impacienta. Allí nos van a escabechar en una callejuela. Mis muchachos quieren hacer una sonada y vengo a pedirte autorización.

-Muy bien. Puesto que los cadetes del Alcázar dices que son falangistas en su mayoría, te encierras con ellos y tus escuadras en el Alcázar. Proclamas la revolución nacionalsindicalista y volaremos todos a ayudarte para conquistar a España saliendo de Toledo ([80])..

---

[80] *Nota de la segunda edición.-En* su referida carta de 9 de febrero de 1942, Raimundo Fernández-Cuesta me comunica este interesante dato: «Ignoro si dijo esas palabras a Pepe Sainz (de quien yo las tengo), pero cuando el glorioso episodio del Alcázar estuvo a punto de haberse realizado con algunos meses de anticipación fue al formarse el Gobierno Portela. Ese día José Antonio me envió a Toledo para que, previamente presentado por Pepe Sainz, hiciera al entonces Coronel Moscardó, Gobernador militar de la plaza, la oferta

La profecía le llenaba nuevamente de aliento el pecho y de luz las pupilas. Esta idea de los cadetes y los falangistas batiéndose por España en el Alcázar del César Carlos y con la imagen en bronce del César por Capitán -presagios de Moscardó y de Pedro Villaescusa- ya había pasado alguna vez por sus sueños de poeta. Ya a fines de 1933, comiendo en el hotel Savoy, se la había comunicado a Eduardo Aunós, camarada entonces -como otros muchos- del que llamaba José Antonio «frente invisible de la Falange». Encerrarse con los cadetes y los falangistas en el Alcázar inexpugnable por su piedra de eternidades y por el espíritu de la Infantería española, que palpitaba entre la gracia de las arcadas del patio renacentista. Cerrados en la fortaleza, gritando desde las cuatro torres y las tres mil ventanas nuestro grito de ¡Arriba España!, que iría cielo arriba y aguas abajo del Tajo a clamar la Unidad y el Imperio hasta el Atlántico.

La Falange de Toledo y los cadetes del Alcázar quizá no lo sabían. Pero en los setenta y dos días de su epopeya única realizaron una profecía poética de José Antonio.

Pepe Sainz se quedó pensativo, dando vueltas al proyecto como un chiquillo a un juguete inverosímil. Y silencioso, porque al Jefe no se le podía replicar, no sólo por el respeto que imponía su mirada dulce cuando se endurecía, sino porque la Poesía y la Lógica, que brotaban gemelas de su pensamiento, eran irrefutables como una ecuación y como un soneto de Herrera.

El entierro de Matías volvió a llenar de intensa emoción a la Falange. José Antonio, ante la fosa abierta, la supo concretar en este epitafio maravilloso, que andando el tiempo habría de repetir ante su propio cuerpo asesinado, en la Basílica relicario de San Lorenzo del Escorial, el Caudillo de España, Francisco Franco Bahamonde:

«Hermano Matías Montero y Rodríguez de Trujillo: Gracias por el ejemplo. Que Dios te dé su eterno descanso y a nosotros nos lo niegue hasta que hayamos sabido ganar para España la cosecha que siembra tu muerte.»

No le juraba la venganza ([81]). Le juraba ante Dios el poema de su vida, que supo cincelar genialmente hasta su muerte.

¡Y no le comprendían! ¡Y le llamaban visionario y loco los comodones, los haraganes, los parlanchines!...

---

de la Falange de encerrarse con los cadetes en el Alcázar y lanzar por la radio el grito de la rebeldía española. Moscardó, a quien hablé en la Escuela de Gimnasia, me escuchó con el mayor interés y afecto, y me dijo que esperase su respuesta hasta la tarde, pues en el acto tomaba un automóvil para trasladarse a Madrid y consultar con el General Franco, Jefe del Estado Mayor. Así lo hizo, y al caer de la tarde me hizo saber en el despacho de la oficina que Pepe Sainz tenía en Zocodover, y por conducto de un oficial a sus órdenes, que, agradeciendo mucho la oferta, por el momento la consideraban en Madrid impracticable.»

[81] Al sostener la acusación privada contra Francisco Tello Tortajada, socialista del grupo «Vindicación», autor del crimen -detenido por el Inspector de Policía don Justino Arenillas- José Antonio informó serena y objetivamente, consiguiendo una sentencia justa, a veintitrés años y medio de presidio.

En cualquier tertulia de miserables -colillas sobre el mármol de la mesa y poso de achicoria en los pocillos de recuelo, envidia verde de pechos canijos y ojos estrábicos, a los pechos anchos y a los ojos abiertos francamente a la luz de la Vida que es la Muerte en acto de servicio e ideales purísimos- nace un mote grosero y estúpido, de regusto flamencoide decadente de milonga, que saben borrar con tres puñetazos precisos tres escuadristas menores de edad. Se intenta llamar a José Antonio «Juan Simón el enterrador». Pero el mote no cuaja. José Antonio y la Falange son tan puros de línea, tan mágicamente clásicos como una columna dórica. Nada ni nadie puede caricaturizarlos. Ni siquiera aquel ambiente espeso donde se engendran los libelos del terrible sarcasmo español, es capaz de acertar con un perfil fácil al chiste, en lo físico y en lo moral de la contextura del Jefe y de los subordinados. ¿Recuerda alguien un dibujo o una frase mordaz contra aquella Falange gloriosa del tiempo difícil? Creo que no. Solamente este mote irrespetuoso con aquellos muchachos caídos por España pudo bisbisearse tres días por las comadres y comadrejas de las salas de redacción de algún periodicucho, los cafés de la murmuración y el bar nauseabundo del Congreso. Y la Falange le ahogó el resuello con un mínimo esfuerzo.

La muerte de Matías Montero aprieta más a José Antonio y su Falange. La camaradería de las horas alegres se hace más honda y más consciente cada minuto en el riesgo y la amenaza. Si la propaganda de las nuevas ideas resulta cada vez más difícil, la dificultad exalta a José Antonio y a sus jóvenes escuadristas, que, conviviendo con él en el Centro de Falange -ya instalado en el *chalet* de Marqués del Riscal, 16, esquina a la Castellana, alquilado a nombre del diputado Francisco Moreno Herrera, Marqués de la Eliseda-, empiezan a sentir que la simpatía y admiración primeras, trocadas enseguida en vivísimo afecto, se está haciendo delirio incontenible, para ser más tarde verdadera mística apasionada. José Antonio es todo gravedad y dulzura, ejemplo difícil de imitar en el equilibrio de la jerarquía y la camaradería. Cada palabra que pronuncian sus labios, cada gesto de su rostro, le gana autoridad, y sus «cóleras bíblicas» no le merman un átomo de ese afecto intensísimo de los mejores. Cierto que empieza a haber intriguillas menudas, envidias y celos en algunos hombres de los primeros puestos, mezquindades atizadas desde fuera por algunos que no ven con buenos ojos los progresos de la Falange entre la juventud, progresos realizados a costa de su sangre y a despecho de las voces cautas y sibilinas, de los consejos prudentes o las ironías de mal tono. La Falange ha escogido como compañeras de su vida a la austeridad y a la altanería, y vive sola en sus cimas de ensueño, como los aguiluchos. En esas intrigas contra José Antonio -no es menester decirlo- nunca se encuentran mezclados sus mejores de la primera hora y de todas -los Raimundo Fernández-Cuesta, los Julio Ruiz de Alda, los Rafael Sánchez Mazas, los Alfaro, los Valdés, los Gaceo, los Guitarte, los Cuerda, los Sarrión, los Gómez, los Alvargonzález, los Dávila, los Aznar, los Sainz y tantos otros que viven o han muerto con el pensamiento en él-, sino aquellos que han ido a la

Falange buscando otra cosa distinta de su esencia heroicamente revolucionaria y se apartarán o serán apartados de ella, aun cuando luego el alud frentepopulista, primero, y el Glorioso Alzamiento, después, atraigan a algunos de nuevo a la Sagrada Hermandad. A estos «abandonistas» de la primera hora, que tuvieron la luz de José Antonio tan cerca de los ojos y no la comprendieron, les llamaba el Jefe en la Cárcel Modelo «las clases pasivas de la Falange». Eran los que figuraban en los archivos ingenuos de la primera hora, encontrados por la Policía en los primeros registros, y que, andando el tiempo, aparecían complicados en la aventura heroica de una Falange que abandonaron por tibieza de fe, por flojedad de espíritu, por falta de ascetismo castrense y de fervor auténticamente revolucionario. Unos han muerto, ya otros ¡qué sonrojo les causará su deserción absurda en los momentos duros!

UNA INTERVIÚ

LA Falange se abría cauce a tiros entre la indiferencia y la estupefacción. José Antonio, sobre las intriguillas que se acaban de puntar, adquiría una popularidad llena de respeto en algunos sitios y de cóleras en otros. Los números publicados de *F. E.* -con su estilo limpio y nuevo- y los Caídos, que iban alcanzando cifra considerable, llamaban la atención de las gentes tibias. Hasta el aristocrático *Blanco* y *Negro,* alejado de la política, le brindó sus columnas para una interviú -aparecida en 11 de febrero de 1934-, decorada con una fotografía del Jefe de la Falange, en que aparece vestido de chaqué, con cuello de pajarita y plastrón. Sin duda, era el traje más apropiado para aquellas páginas, aun cuando no lo fuese para el texto enérgico de unas palabras que le seguían. Claro es que todavía en aquella época no había adoptado la Falange su uniforme de color «entero y proletario».

La excelente interviú a que aludo, firmada por L. Méndez Domínguez, dice así:

«Guión de una falange, propulsor de una idea, conservador del temperamento de su padre. Y es el temperamento de don José Antonio todavía más templado, por más juvenil, y es ésta su juventud recién estrenada la que implica grandes cosas sin estrenar.

Luces sin encender en la ruta inacabable. Tracas sin quemar en el jardín amplio de la victoria. Mil voluntades inéditas dentro de una.

Interviú. O charla. Más bien, simplemente, conversación ([82]). A la luz gris -en penumbra- de un despacho: de su bufete.

Un bufete.

[82] Esta impresión de conversación desprovista de énfasis publicitario es la que dio siempre José Antonio a los periodistas que le visitaron.

O un yunque.

Un bufete. Es José Antonio, por encima de todo, un letrado excelente. Pero ahora es política la charla. Primo de Rivera -ya con mis preguntas- empieza:

-A mi modo de ver, la situación política es ésta: jugamos a HACERNOS LOS DISTRAÍDOS ante un estado revolucionario. El 14 de abril de 1931 se hundió todo un régimen. No sólo una forma de gobierno, sino un régimen; es decir, la base social, económica y política en que aquella forma de gobierno se sustentaba. Naturalmente, los que tomaron en serio aquella semirrevolución no limitaban sus ambiciones a sustituir la Monarquía liberal por una República burguesa. Por eso, dueños del Poder, se salieron bien pronto de las maneras tranquilas esperadas por muchos. Azaña y los socialistas, revolucionarios auténticos, se pusieron a HACER LA REVOLUCIÓN.

(Primo de Rivera sonríe.)

Y continúa:

-En esto vienen unas elecciones. Las derechas, con sus justos motivos de protesta y con mejores métodos, sacan muchos diputados. Se forma un Gobierno republicano burgués, y durante varias semanas se entregan las masas conservadoras a la alegría de imaginar que la revolución HA TERMINADO, como una película enojosa.

-¿Usted cree que ha sido así?

-Exacto.

¡OJO A LA REVOLUCIÓN!

-Escucho.

-De pronto, he aquí que nos encontramos con que la revolución está viva. Y amenazadora. Y con que el triunfo de las derechas es tan débil que ni siquiera se les pasa por la cabeza aceptar el Poder o conquistarlo. Doscientos. diputados en el Parlamento no pueden nada contra la revolución.

-La gente opina que del 31 hasta aquí no ha habido más que un cambio de paisaje.

-No. Le decía que nos encontramos con la revolución a UN PASO. Esto, que no se ocultó ni un minuto a los que participan de mi manera de pensar, quiere decir únicamente que el AQUÍ NO HA PASADO NADA es imposible.

-Usted oculta una solución...

-No. ¿La quiere usted? Ahí está: hay que sustituir el Estado destruido por otro.

-¿Cuál?

-Una de dos: o el Estado socialista, que imponga la revolución hasta

ahora triunfante, o un Estado TOTALITARIO que logre la paz interna y el optimismo nacional, haciendo suyos los intereses de todos. Pero no con una muletilla verbal, sino penetrando hasta el fondo de la realidad social española, que exige reformas profundísimas. Mientras millones de familias españolas viven miserablemente, no puede NI DEBE haber paz en España. Lo interesante es incorporar el interés de esos millones de familias al interés total de España, en vez de acorralarlas en la desesperación anárquica y antinacional.

(«Una Nación es grande cuando traduce en la realidad la fuerza de su espíritu.» «La libertad no es un derecho, sino un deber.» «Ante todo, el fascismo, en lo que se refiere, en general, al porvenir y al desarrollo de la Humanidad, y dejando aparte todas las consideraciones de política actual, no cree en la posibilidad ni en la utilidad de la paz perpetua») ([83]).

MI POSICIÓN

-Bien, don José Antonio. Y su actitud ante nuestro momento, ¿cuál es?

-Mi posición es la manifestada en el discurso de la Comedia el 29 de octubre de 1933. Poner mi energía al servicio de ese Estado totalitario, nacional y social, que se considere instrumento del destino total de España como unidad en lo universal, no de la clase o el partido más fuerte.

-¿Y su labor parlamentaria?

-Poco más que esperar y observar, para ir señalando cada vez que sea oportuno la incapacidad del Parlamento para rehacer a España. Y en cuanto a la labor del Parlamento, ¿es que ha hecho alguna hasta ahora?

Primo de Rivera hace una pausa. Mira encima de la chimenea: hay un retrato de su padre; otro, dedicado, de Mussolini. Le ofrezco un cigarrillo y me dice:

-Gracias. No fumo.

Hasta la puerta llegan varias tarjetas. Primo de Rivera trabaja.

Un bufete.

O un yunque.

(¡Y aún hablan de oligarquías los nuevos señoritos que saltaron de la pensión al palacio!) »

* * *

[83] A propósito de esta última frase de Benito Mussolini, Ortúzar Vial ha escrito: «Cuando Mussolini exalta la grandeza de la guerra, sus palabras no tienen mero carácter circunstancial, sino un sentido profundo y permanente; no se dirigen contra otros países con belicoso propósito ni aspiran a suscitar conflictos que hayan de ser resueltos por medio de las armas, sino que concretan el afán combativo y traducen el anhelo de superación heroica que constituye el eje del ánimo fascista.» *(Nota del autor de la interviú)*

Naturalmente, la masa de derechas burguesas -republicanas, accidentalistas o monárquicas- consideraron que el joven aristócrata del chaqué y el cuello impecable que decía aquellas cosas en el sesudo y ponderado *Blanco y Negro* era un extravagante *snob* o un aguafiestas incontenible. ¿Quién podía asegurar que las derechas iban al fracaso? ¿Por qué no había de creerse en la buena voluntad de los cedistas triunfantes y de los radicales arrepentidos?... ¿Por qué el pesimismo del hijo de Primo de Rivera se atrevía a asegurar que la revolución socialista no estaba vencida después del reciente triunfo electoral de noviembre?... ¿Por qué recordar demagógicamente a los buenos lectores del elegante *magazine* las familias que vivían miserablemente?... ¿Por qué decir que mientras ellas vivieran así NO DEBÍA haber paz en España? Toda la vida había habido ricos y pobres y se había vivido muy bien en la Península. El Marqués de Estella tenía ganas de hablar y de llamar la atención. Pero aquel sarampión fascista le pasaría pronto y acabaría por venir al buen camino de los partidos gubernamentales..., si no se decidía a recordar que, como Grande de España, su obligación era la de combatir por la Restauración soñada. Y si no entraba por los aros de las gentes buenas y bienpensantes, tanto peor para él. La revolución de que hablaba, era en España una utopía. ¿Fascismo en España? ¿Levantar el brazo sin hacer reír a la gente? ¿Los civiles de uniforme por las calles? ¡Vamos, hombre!... Aquel pobre hombre era un soñador al que no había que hacer caso..., como no fuese para aprovechar la alegre energía de los muchachitos que creían en él ([84]), con los rojos de los arrabales madrileños... Eso ya era otra cosa, y sería conveniente pensar en ello, por si acaso. Pues, en efecto, los Socialistas no eran todavía buenos chicos y un día podrían ponerse tontos...

ACTIVIDAD.-LA UNIÓN CON LAS J.O.N.S.

CADA día, las idas y venidas al Centro y al Congreso iban robando a José Antonio el tiempo de su amado bufete. No bastaban los madrugones -siempre se había levantado temprano y ahora tenía que hacerlo con el alba para poder estudiar rollos y apuntamientos, recursos y sentencias-; era menester abandonar algo los asuntos pendientes a los pasantes fijos: Garcerán, Sarrión y Matilla, y a los que, por temporadas, frecuentaban el despacho: Reyes, Power, García Conde.

José Antonio comentaba con nostalgia estas forzosas ausencias de su despacho. Su destino le iba apartando de la vocación. Pronto, si la Falange crecía lo que prometía, habría de verse obligado a dejar totalmente sus pleitos

[84] Trepaban por las torres, como la de Bujaco, de Cáceres; escalaban fachadas, como la Casa del Pueblo, de Madrid; se descolgaban, temerarios, por los viaductos más altos para plantar, insolentemente deportivos, sus banderas, y se daban de puñadas con los marxistas y con su sombra.

queridos, sus problemas jurídicos intrincados, en los que buceaba con su saber y su agudeza profesional como un maestro consumado. Sería menester abandonarlo. Ello le causaba honda tristeza. Pero España se lo pedía. España necesitaba que él, José Antonio, le dedicase todo su tiempo y toda su vida. España estaba por descubrir. España estaba por amar. España estaba por gobernar. Había paros, huelgas, *lock-outs,* sabotajes, *boycots,* crímenes, estafas, intrigas políticas, odios. Y, sobre todo, se advertía la influencia de las fuerzas ocultas de la Revolución roja -no era tópico, no-, que destruían el Estado, rompían la Nación, quebraban la familia, aniquilaban la Economía, tergiversaban la Historia. Y esas fuerzas tenían más energía que España, resignada e indefensa en su agonía. Todo lo superiormente jerárquico -castas y clases, afortunadamente como tales, salvándose muchas individualidades- estaba minado o contaminado. España, desfalleciente, escupía su propia sangre por la boca. Nadie hallaba el remedio de su cuerpo y su alma dolientes y se ensayaban -y ensañaban -en ella los sistemas más inverosímiles e inadecuados.

Horas enteras del sueño, el placer y el trabajo, a que tenían derecho sus treinta años mozos y llenos de pujanza, José Antonio piensa en esa angustiosa situación de la Patria. Y cuanto más piensa, más claro ve el procedimiento curativo, enérgico e inteligente, en su Falange, cálidamente concebida, para la que va perfilando un programa, un contenido, un estilo dialéctico, un método de acción, en esos magistrales ensayos del tiempo difícil que aparecen en cada número de *F. E.:* «La gaita y la lira», «La victoria sin alas», «Consignas», «Guiones», «Revolución», «Arenga a los labradores», «Arenga a Cataluña» y tantos otros que, con sus discursos parlamentarios y sus proclamaciones de la verdad de España por sus campos dormidos, son hoy un asombro de revelación para quienes entonces no los leyeron.

Pero eran tan pocos todavía los falangistas y había tanto que hacer por España en la Falange, que era urgente y vital buscar ensanchamientos por los corazones jóvenes.

Por fortuna, existían las J. O. N. S., agrupaciones de muchachos también valerosos, frenéticos de amor por una España Una, Grande y Libre. Las J.O.N.S. y José Antonio se conocían ya. La vieja guardia jonsista había estado presente en el acto de la Comedia y en los primeros entierros de la Falange. Antes todavía, algunos de sus dirigentes habían estado al habla con José Antonio cuando el nacimiento de *El Fascio.* Faltaba, sin embargo, el engranaje espiritual que convirtiese en algo más profundo el conocimiento y la estimación. Algunos jonsistas, llevados de su pureza revolucionaria, se engañaban, como muchos espectadores de la Comedia, respecto a José Antonio. Veían todavía en él al aristócrata, al abogado, al hijo del Dictador. Otros, más perspicaces, adivinaban al Héroe en la sobriedad aristocrática de sus modales, en la distinción suprema de su estilo, en su misma arrogancia varonil, que hacía volver a las mujeres la cabeza cuando pasaba. El Héroe no necesitaba ser anónimo ni de extracción popular, como algunos suponían,

deslumbrados por recientes ejemplos. El Héroe con mayúscula, el que llena las rapsodias, las canciones de gesta y los romanceros -Aquiles, Rolando, Rodrigo Díaz de Vivar-, tiene siempre nobleza heredada. En torno de ellos se apiñan los héroes anónimos, los desconocidos, y de su ejemplo glorioso aprenden el camino de la Inmortalidad.

Lo extraño era que en el momento de salir José Antonio no lo advirtieran así algunos dirigentes jonsistas y sí lo viesen con toda claridad algunos mozos de sus filas, que las abandonaron para pasarse con armas y bagajes a la Falange, seducidos por la aureola que emanaba del nombre de José Antonio. El trabajo duro, heroico y constante de la magnífica J.O.N.S. de Valladolid, creada por Onésimo Redondo, criada y crecida con su aliento infatigable y su temple castellano; la energía y el valor de aquellos primeros seguidores madrileños de Ramiro Ledesma Ramos, que no desmayaban jamás ante el inmenso silencio que rodeaba su actuación abnegada y jocunda -inventaron mezclar con sidol el ricino para hacerlo tragar a los marxistas y poseían una variadísima colección de porras, matracas y rompecabezas, un Centrito donde hacían *La Conquista del Estado* y la Revista *JONS* en la calle de los Caños-, necesitaban para no morir de tedio un hombre de clarín para mandarlos. Apenas dos docenas de jóvenes escritores conocían a Ledesma Ramos, y nadie, fuera de Valladolid, a Onésimo Redondo. Las J.O.N.S. se debatían contra el anonimato. El más popular de los jonsistas era Ernesto Giménez Caballero; pero su nombre, entonces sólo brillantemente escandaloso en los cenáculos vanguardistas -*Gaceta Literaria* y *Cineclub,* con sus violentísimas encuestas y sus tumultuosas proyecciones de cine soviético o superrealista-, no era suficiente para invitar a una línea de conducta militar y ascética. Ernesto Giménez Caballero, con su mirada de lince, advirtió claramente que el *fascismo* español necesitaba un jefe, y aun cuando su afecto y admiración a Ramiro Ledesma fueran grandes, presagió en *La Nueva Catolicidad* la encarnación del César joven en José Antonio. El y otros iniciaron después del mitin de la Comedia la aproximación de las J.O.N.S. al nuevo Movimiento, encontrando siempre dispuesto a José Antonio a fusionar en uno solo ambos núcleos de juventudes. Alguien ha dicho lo contrario, desvirtuando la verdad. José Antonio jamás contradecía con su actuación sus manifestaciones verbales o escritas. Y si combatía encarnizadamente la división de España en partidos, ¿cómo no iba a desear con pasión que la juventud ardorosa e idéntica que se afiliaba a la Falange o militaba en las J.O.N.S. no se uniera en un fuerte abrazo hasta la muerte? No hubo por su parte la menor dificultad a la fusión. Cuando Ledesma Ramos escribe a Bravo que «no ha sido posible, después de cien intentos, en los que siempre correspondió a las J.O.N.S. la iniciativa, entenderse con esos caballeros desviados», no puede aludir a José Antonio, que tan franco y cordial se había manifestado con él, con Giménez Caballero y con Aparicio al crearse *El Fascio.* Indudablemente, aún cuando después en su temperamento se produjeran discrepancias con José Antonio y con otros camaradas, en esa

carta -citada por Bravo en su libro sobre José Antonio- debía aludir Ramiro a algunos elementos de la primera hora falangista, mucho más asustadizos y conservadores que el Jefe -a quien nada le amedrentaba y a quien le importaba conservar muy pocas cosas-, que, bastante antes todavía que el propio Ramiro, habían de ser separados de la Organización, que no se había creado para falsear esa Revolución que España tenía pendiente. José Antonio admiraba el talento clarísimo de Ledesma Ramos -a mí personalmente me dio a leer el *Discurso a las juventudes de España,* publicado un año después de su expulsión, encomiando su claridad y vigor- y la genialidad literaria de Ernesto Giménez Caballero, a quien había pedido colaboración en *F.E.* desde el primer número. Por otra parte, todavía a principios de 1934, no se sentía el Jefe indiscutible y deseaba que la Falange encontrara el conductor indispensable para poder él volver a su trabajo. Quizá le hiciese vacilar un poco cierto tufillo demagógico de algunos jonsistas o su marcada inclinación a la violencia; pero le seducían las consignas iniciales, que había de hacer tan suyas, que las últimas palabras de sus labios habrían de ser el «Arriba España» que él no inventara ([85]), con que se confundiría la descarga de sus ejecutores. José Antonio, antes de aceptar el nombre de Falange Española, había denominado a su sueño «Movimiento español sindicalista», aproximándose al Nacionalsindicalismo jonsista, y no quiso crear emblema ni bandera para la Falange, esperando poder darles las de las Juntas de Ofensiva.

Sin acusar concretamente a nadie -pues no he oído a José Antonio relatar estos momentos anteriores a la fusión-, creo, por lo que otros camaradas relatan, que por su parte no hubo el menor obstáculo a ella y que, antes al contrario, la deseaba ardientemente. Como deseaba poder unir al Movimiento -aunque fuese al «frente invisible»- a todos los valores españoles, para lo cual nos ha encomendado a muchos gestiones con escritores y artistas, que desgraciadamente, en algunos casos, no dieron resultado por la obstinación de los demás en no comprender la idea cordialísima, humanísima y españolísima de la Falange y de su creador.

En el libro de Bravo -que vivió los antecedentes de la fusión- se describen éstos así:

---

[85] «Este grito de ARRIBA -genuina creación de nuestro Movimiento- tuvo ya antecedentes precisos en *La Conquista del Estado* con la consigna: 'Arriba los valores hispanos', publicada en su número primero (14 de marzo de 1931). También es de esa época -anterior a la J.O.N.S.- el grito de España Una, Grande y Libre, inventado por Juan Aparicio. Así como fue Ledesma Ramos, en 1933, el que lanzó la consigna 'Por la Patria, el Pan y la Justicia', en la revista *J0NS* y en el semanario *La Patria Libre.»* (Nota de 1938 a la tercera edición -Ediciones Jerarquía- del *Genio de España,* de Ernesto Giménez Caballero) (*).

(*) *Nota de la segunda* edición.-Aunque el antecedente del «Arriba España» estuviera en esa consigna jonsista, fue Rafael Sánchez Mazas quien le dio su forma definitiva, con la que se incorporó al nuevo estilo de la Revolución Nacional.

«La fusión de las J.O.N.S. con Falange se hizo, en parte, porque logramos convencer a Ledesma([86]) varios amigos que de antiguo le ayudábamos en su labor, pero que reconocíamos la imperiosa necesidad de conseguir la unificación de las dos ramas fascistas surgidas en España. A mí me ayudaron en esta tarea varios camaradas, en especial Giménez Caballero. Desde comienzos de la Falange Española, yo mantuve cerca de Ledesma una postura consistente en aconsejarle que pactase con José Antonio, al que por su procedencia también miraba con recelo, temiendo no fuera el jefe capaz de suscitar, dirigir y encauzar el Movimiento fascista traducido al español, al que los precursores habíamos ya preparado la aparición.»

(Entre las muchas cosas buenas de este libro de Francisco Bravo está la sinceridad. Pocos falangistas se atreverían a decir hoy día que habían dudado de José Antonio, cuando no le conocían. Hay en la Falange mucho «nuevo fanático», que sin haber visto ni oído en su vida a José Antonio ahora censuran estas dudas inteligentes de Bravo y de otros jonsistas o falangistas que necesitaron «ver y creer», pero en el tiempo difícil, no después, cuando la personalidad egregia del Fundador inunda de luz y de doctrina a España) ([87]).

«Ledesma siempre se mostró receloso, sobre todo por motivos personales. Siendo quien había traído las gallinas, se consideraba con derecho a no dejar su capitanía en favor de nadie, aun cuando éste valiese más que él. Yo le señalaba el caso de Hitler, al que Antón Dressler dejó el mando del Nacionalsocialismo alemán porque era el mejor de los fundadores del partido. Pero siempre podían más en él la desconfianza y los celos que el buen sentido.

»En carta de 14 de noviembre de 1933, y contestando a otra mía en la que le pedía hiciera la fusión de las J.O.N.S. con Falange, Ledesma me decía: «Me entrega Aparicio su carta fecha 9. La contesto yo con gusto y celebraría que quedara usted ([88]) bloqueado en nuestras líneas, en las razones jonsistas.

---

[86] Para Ledesma Ramos, José Antonio no había dejado de ser «un señorito». Y siempre le reprocharía -absurdamente, dada su inteligencia- que no prescindiera de sus amistades y gustos aristocráticos de toda su vida. «Ramiro me reprocha que vaya a beber un whisky a Bakanik a las nueve y media de la noche, cuando acabo la primera jornada del trabajo -decía una vez José Antonio-. ¿Es que, forzosamente, por ser Jefe de la Falange, me debo encerrar en casa o ir a sentarme en una taberna de los barrios bajos o en un café céntrico de currinches?»

[87] Al hablar Bravo del «Movimiento fascista traducido al español», me hace pensar que si usaban esta frase los jonsistas al hablar con José Antonio fuese ella la causa de algunas dudas del Jefe, pues es bien sabido -lo dijo magistralmente en el discurso de Valladolid de proclamación de la F. E. de las J. O. N. S.- que no quería que se nos llamase «fascistas» ni aceptaba en modo alguno cualquier mimetismo que pudiese desvirtuar la españolidad de la Falange. Sobre esto he de volver cuando relate las negativas de José Antonio a que la Falange participase en reuniones internacionales de grupos «fascistizantes», principalmente en las que tenían lugar en Montreux (Suiza).

[88] El tuteo en la Falange fue iniciativa de José Antonio, al que dos cosas indignaban terriblemente: que un falangista le hablase de usted (y, sin embargo, había alguna excepción con magníficos camaradas, como Arqués, por ejemplo) o que alguien le llamase Pepe.

Plantea usted en su carta una cuestión ya cien veces resuelta. No ha sido posible, después de cien intentos, en los que siempre correspondió a las J.O.N.S. la iniciativa, entenderse con esos caballeros desviados. Hemos renunciado, pues, a adoptar la posición que usted cree necesaria, pero le repito ha sido ensayada bastantes veces. No hay para las J.O.N.S. responsabilidad de ninguna clase. Sería muy útil su viaje a los efectos de puntualizar detalles de organización, señalar su sitio y su puesto en el partido.» (Ledesma Ramos «todavía» era hombre de partido, a pesar de su visión clarísima de algunas ideas políticas. Quizá exista aquí otra clave justificativa de algunas discrepancias con José Antonio entonces y después.)

»Pocos días después hice el viaje aludido desde Salamanca a Madrid. En casa de Giménez Caballero nos reunimos los tres. Ledesma quedó convencido por los alegatos expuestos: «Si, como yo también temo, José Antonio no es capaz de asimilar nuestra doctrina nacional-sindicalista, nuestro estilo revolucionario y nuestras consignas, hecha la fusión lo desplazaremos del Movimiento, privándole de toda autoridad para dirigir o encabezar otro. Pero con él tiene, indudablemente, elementos aprovechables. Y, por otra parte, si se demuestra que es el más apto para jefe, todos tenemos el deber de acatar su mando y ayudarle ciegamente en su tarea» ([89]).

»Ledesma, comprobando que las J.O.N.S. iban desmedrándose, aceptó la idea de la fusión, que, por otra parte, se hizo en unos minutos y sin que José Antonio mostrase la desconfianza más mínima, procediendo contrariamente a Ledesma y otros jonsistas. Y si se compara el texto de las circulares de las J.O.N.S. y de Falange Española, aparecidas en sus respectivas publicaciones ([90]), dando cuenta de la fusión, se notará la diferencia más terminante en la psicología de los dos hombres que aparecían al frente de los dos grupos; la prosa de José Antonio, llena de satisfacción y de elogios, justos y generosos, para los jonsistas, de cuya tarea de precursores hace los encomios más fervientes.»

El párrafo de Bravo queda cortado así, sin comentar el texto que redactara Ledesma. Sin duda no le permitían comentarlo su vieja amistad con éste y el respeto a su muerte. Este último me veda a mí también subrayar nada. Pero lo publico íntegro para que el lector coteje su frialdad reticente con las cálidas frases del de José Antonio.

En el libro de Ledesma *¿Fascismo en España?,* publicado en noviembre de 1935 con el seudónimo de «Roberto Lanzas», con el que había firmado muchos artículos en la revista J*ONS* ([91]), se narran los incidentes de la fusión y

[89] No se hizo así. Ni se acató su mando, pues se aplicó durante unos meses al Movimiento el erróneo sistema de los triunviratos -aunque quizá en alguna provincia fuese necesario para soldar bien la fusión-, tan contrario a la tesis del mando único, plenamente jerárquico, ni se le ayudó ciegamente en la tarea.

[90] Véase más adelante.

[91] Véase *Antología de J.O.N.S.* Ediciones F.E. Año de la Victoria, pág. XIV del prólogo de Juan Aparicio.

los motivos que hubo para ella en el ánimo de los dirigentes jonsistas y las intenciones turbias de algunos de ellos.

«La unificación se hizo -dice en las páginas 145 y siguientes-, aunque no sin vencer dificultades, y en realidad había muchas razones objetivas en favor de ella. En primer lugar, los enormes defectos que se advertían en F. E. eran, quizá, *de signo transitorio, podían ser anulados y vencidos.* En cuanto a aquella masa de aluvión, carecía de vigor y de una conciencia histórica unida, *por lo que no había de resultar difícil desplazarla de las zonas de dirección.* De otra parte, las J.O.N.S., *manejando la resonante plataforma de F. E., podían conseguir con relativa facilidad la popularización de sus consignas.*

»No se olvide que la fundación de la F. E., acaecida, como se sabe, cuando las J.O.N.S. comenzaban a ganar popularidad y prestigio, *polarizó la atención del país hacia ella, como organización del fascismo.* Más tarde, los incidentes repetidos en la calle con motivo de la venta del semanario y los asesinatos a que ya nos hemos referido contribuyeron a *mantener en torno a F. E. la expectación, viéndose, en cambio, las J.O.N.S. un tanto desplazadas y luego paralizado su avance.*

»... *El ingreso de nuevos militantes, la ruta ascensional de las J.O.N.S., encalló visiblemente a raíz de la fundación de F. E.»*

Era, pues, necesario, si se quería que las J.O.N.S. no desapareciesen, unirlas a la Falange por mediación de sus jerarquías. Si no, ellas -tan deseosas de un jefe y de un prestigio y de una solidez- se unirían por la ancha base de sus muchachos, que sólo querían combatir por España. Ledesma no confiesa todo esto, pero bien claro se sobreentiende en sus palabras.

Los días 11 y 12 de febrero celebró una reunión en Madrid el exiguo Consejo Nacional de la J.O.N.S. Reunión clandestina, pues la había prohibido la Dirección de Seguridad y había una orden de detención contra su presidente, Ledesma Ramos. La reunión tuvo lugar en el despacho de un militante en la Gran Vía. Entre los temas a tratar figuraba el de la actitud de las J.O.N.S. ante Falange Española. En él hubo dos tendencias respecto a este asunto: una, sosteniendo la necesidad «de que las J.O.N.S. afirmen su desconfianza ante este grupo, declarando a sus dirigentes y a las fuerzas sobre que apoyan sus primeros pasos *como los menos adecuados para articular en España un movimiento de firme contenido nacional y sindicalista»,* y otra contraria, considerando en F. E. algunas calidades valiosas», aunque «su táctica y actuación sean erróneas» y posiblemente rectificables por las J.O.N.S. Se debía invitar a F. E. a desplazarse de sus «posiciones rígidas y situándose en un terreno nuevo, donde resulte posible la confluencia, unificación y fusión de ambos movimientos». Y si fracasaba esta tentativa, apoyar y defender la primera tendencia.

Sin temor a equivocarme, aseguraría que el inspirador de las dos proposiciones era el propio Ledesma, gran aficionado a la «estrategia política».

Triunfó democráticamente, por mayoría de votos, la segunda opinión. En el acto se invitó a Ruiz de Alda y a José Antonio para que, «si lo creían

oportuno, aclarasen ante el Consejo la posición de F. E., en relación a varios extremos de doctrina y táctica. Y una vez perfiladas y aceptadas las bases del acuerdo procedieron a firmarlo Primo de Rivera, por Falange Española, y Ramiro Ledesma, por las J.O.N.S.» ([92]).

Este acuerdo lleva fecha de 13 de febrero de 1934 y está hecho a máquina sobre una hoja de papel timbrado del Triunvirato Ejecutivo Central de las J.O.N.S., Avenida de Pi y Margall, 7, Madrid. Desde luego, el dactilógrafo era un jonsista, pues no separa con puntos las iniciales de su organización, escribiendo JONS, y pone Falanje en lugar de Falange, cosa que no hubiera hecho un falangista. También escribe separadas las palabras nacional y sindicalismo, en lugar de fundirlas en una sola ([93]).

Este documento trascendental, del que se conserva fotocopia, dice así:

«Bases aprobadas del acuerdo entre J.O.N.S. y F. E.: »

1ª. Creación del movimiento político «FALANGE ESPAÑOLA DE LAS JUNTAS DE OFENSIVA NACIONAL SINDICALISTA». Lo fundan F.E. y J.O.N.S. reunidos.

»2ª. Se considera imprescindible. que el nuevo movimiento insista en forjarse una personalidad política que no se preste a confusiones con los grupos derechistas.

»3ª. Encaje de las jerarquías de F.E. y J.O.N.S. Recusación en los mandos del nuevo movimiento de los camaradas mayores de cuarenta y cinco años.

»4ª. Afirmación Nacional-Sindicalista en un sentido de acción directa revolucionaria.

»5ª. El nuevo movimiento ha de ser organizado de modo preferente por los actuales jerarcas jonsistas en Galicia, Valladolid y Bilbao, y de acuerdo inmediato con las actuales organizaciones de F.E. en Barcelona, Valencia, Granada, Badajoz y sus zonas.

»6ª. Emblema del nuevo movimiento ha de ser el de las Flechas y el Yugo jonsista y la bandera actual de las J.O.N.S.: *Roja* y *negra.*

»7ª. Elaboración de un programa concreto Nacional-Sindicalista donde aparezcan defendidas y justificadas las bases fundamentales del nuevo movimiento: UNIDAD, ACCIÓN DIRECTA, ANTIMARXISMO Y UNA LÍNEA ECONÓMICA REVOLUCIONARIA QUE ASEGURE LA REDENCIÓN DE LA POBLACIÓN OBRERA, CAMPESINA y DE PEQUEÑOS INDUSTRIALES.

»Madrid, a 13 de febrero de 1934.-Por F. E., *José Antonio Primo de Rivera.-Por* J.O.N.*S., Ramiro Ledesma.»*

---

[92] *¿Fascismo en España?,* pág. 148.

[93] A José Antonio le gustaba hacer una sola palabra, sin guión, de estas dos, y escribir nacionalsindicalismo y nacionalsindicalista. Este gusto y deseos de José Antonio aún no ha sido cumplido totalmente.

Las J.O.N.S. ([94]) aportan sus hombres duros, sus consignas magníficas, su emblema, su bandera y sus intelectuales, casi todos hombres de acción también; la fibra política -su personalismo egolátrico no logra mermar su contextura, aun cuando le ciegue en momentos trascendentales- de Ledesma Ramos, el estilo originalísimo de Giménez Caballero, la fuerte mística castellana y agraria de Onésimo Redondo y todas sus espléndidas gentes vallisoletanas -los Bedoya, los Girón, los Ercilla, los Chemary-; la juvenil primera cosecha gallega de Suevos, Canalejo, Bárcena, Castroviejo, etc.; la experiencia sindicalista de Basas, Sotomayor y Santamarina, etc., se suman a la personalidad egregia de José Antonio, al estilo bellísimo y ardoroso de Sánchez Mazas, Alfaro y Samuel Ros, al genio organizador y al prestigio de Julio Ruiz de Alda y al semillero magnífico del S. E. U. y los primeros falangistas para formar el mejor frente juvenil que España había conocido. Escritores, militares, profesionales de distintas carreras y oficios; estudiantes, obreros y sacerdotes -todos jóvenes, todos sanos, todos «ardorosamente ingenuos», todos ajenos a la suciedad de la vieja política, todos intransigentes- constituyen la «élite juvenil más completa, frente a las decadentes, medrosas e infinitamente viejas juventudes de los demás partidos. Con la excepción de las personas -no del estilo- en los jóvenes de Renovación Española, donde el valor arrogante de los Miralles, los Gamazo, los Triana y otros cuantos, todos amigos de José Antonio, se perdía por falta de ímpetu y de fe en la Revolución Nacional. Y de los jóvenes tradicionalistas, más próximos a la Falange y bien compenetrados con ella en momentos decisivos.

Le faltó a la fusión para ser perfecta -ocho meses más tarde lo sería- el Mando Único. José Antonio, que no tenía ambición personal de mando, no hizo hincapié en ello, aun cuando advirtiera en seguida el grave error del sistema triunvirista. Dicho queda ya que por parte de los jonsistas seguían existiendo prejuicios contra José Antonio. Sin embargo, salvo Ledesma Ramos y algunos cuantos más -más disculpables por menos inteligentes-, todos los jonsistas vieron enseguida en José Antonio el Jefe indiscutible capaz de galvanizarles hasta el paroxismo de la muerte, como ya lo había hecho con los falangistas caídos que sólo por la voz de él habían sabido enamorarse de ella.

MATICES DE LA UNIÓN

NO fue perfecta la fusión, pues se designaron triunviratos ejecutivos en todas las provincias y uno nacional directivo en Madrid, formado por José Antonio, Ledesma Ramos y Ruiz de Alda. Se creó el carnet de Falange

[94] Que en 1932 habían tenido una actuación casi nula y en 1933 -según el propio Ledesma- «habían desarrollado una labor de presencia entre las juventudes».

Española de las J. O. N. S. con la maravillosa fórmula de nuestro juramento. Con ocasión del reparto de los cien primeros, José Antonio tuvo un gesto caballeresco y elegante, muy poco conocido. Espontáneamente, no obstante hacerle el número uno entre todos los camaradas su inmensa personalidad, su talento y su jerarquía intelectual, insistió en no tenerlo. Las J.O.N.S. eran más veteranas y el número uno del carnet de F. E. y de las J. O. N. S. correspondía al fundador de aquéllas, Ramiro Ledesma Ramos. José Antonio se reserva el número dos. El tres es para Onésimo, y el cuatro para Julio Ruiz de Alda. Así, alternados, los cincuenta jonsistas más viejos y los cincuenta falangistas primeros forman la Centuria de fundadores de Falange Española de las J. O. N. S., de la que pocos sobreviven. Los cuatro primeros, en ejemplo insuperable -¿qué otro partido puede decir otro tanto?-, han ofrendado su vida por España a las balas enemigas.

José Antonio, lleno de alegría santa por esa unión, escribía en el número 7 de F. *E.* (22 de febrero de 1934) el siguiente artículo:

«Desde la semana pasada F. E. y J. O. N. S. forman una organización única, con una Junta única de mando, con una perfecta fusión en todos los grados nacionales y locales de la jerarquía, Con una entrañable fraternidad en todas las masas de afiliados. No podía ser de otra manera. No es una unión lo que se ha logrado, sino una hermandad lo que se ha reconocido. Por eso no nos ha costado un solo minuto de discusión programática, y luego, en toda la práctica labor de acoplamiento de mandos, la generosidad y buena voluntad han sido tales por ambas partes, que ninguna dificultad ha surgido en las deliberaciones y resoluciones de la superioridad, cuyo solo criterio ha sido el de dar el máximo incremento a nuestra empresa común de redención de España y de constitución del nuevo Estado. Sirva de ejemplo a todas las Juntas provinciales. F. E. y J.O.N.S. eran dos movimientos idénticos, procedentes de un mismo estado de espíritu ético y patético, con raíces intelectuales comunes, nacidos de una misma escueta autenticidad española. Uno y otro estaban y están puestos al servicio de las mismas grandes invariantes de la historia patria y nutridos de la misma actualidad técnica y universal frente a la vicisitud de los tiempos. Además, las gentes de F. E. y de las J.O.N.S. estaban ligadas por amistades verdaderas y por un exacto y mutuo conocimiento ([95]), que tenía que sobreponerse de una vez para siempre a toda superficial diferencia y a toda competencia circunstancial. Este último momento de F. E. como entidad separada de las J.O.N.S. es necesario que lo aprovechemos para levantar el elogio que dentro nos cantaban de siempre estos camaradas que ya son uno con nosotros, no ya solamente en la fe y en el combate, desde siempre comunes, sino en la disciplina, en el destino de cada momento bajo ese claro símbolo imperial, las flechas y el yugo, que tomamos desde hoy como nuestros y que siempre sentíamos como nuestros e insustituibles. Con las

[95] Esta frase puede ser una fina ironía de José Antonio o un fallo ingenuo de su agudeza psicológica. Más bien me inclino a la primera interpretación.

J.O.N.S. en hermandad única y nueva vamos a reponer en el escudo, en el cuadrante solar de las Españas, yugo y haz; equilibrio perfecto de la pastoral y la epopeya. Esa es nuestra meta de combate, camaradas de la que hoy se llama para siempre Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista. Nuestros hermanos de las J. O. N. S., guiados por Ramiro Ledesma, fueron los primeros en abrir la brecha difícil. Fueron la primera guerrilla del estilo nuevo, los gallos de marzo ([96]), que cantaron escandalosos y aguerridos la gentil primavera de las Españas, la que hoy nos da ya por todas partes su brote irresistible de verdor. Y no podía ser, decimos, de otra manera. Dos movimientos con una finalidad idéntica y con una técnica idéntica, afianzados además en el principio inconmovible de la unidad y la abolición de los partidos, no tenían otro remedio sino aniquilarse uno a otro, lo cual hubiera sido inhumano, ininteligente y absurdo, o fundirse en uno solo apenas demostrada la ya demasiado evidente vitalidad de entrambos. Hecha la unión, en todo nos ha sonreído la fortuna.

»El movimiento de las J. O. N. S. había, sobre todo, insistido en una cierta crudeza de afirmaciones sindicales, que en nosotros habían quizá retardado su virtud operante y expresiva, aunque estuviesen bien dibujadas en nuestras entrañas ([97]). Con las J. O. N. S., hoy todavía más que ayer, al formarnos en un solo haz de combate, somos rotundamente "ni de izquierdas ni de derechas", o sea, de España, de la Justicia, de la comunidad total de destino, del pueblo como integridad victoriosa de las clases y de los partidos.

»Uno de los primeros efectos que la superioridad había previsto como resultado inmediato de la reunión era la seguridad de que nuestro Movimiento aumentaría poderosamente sus capacidades de atracción. El mismo día de firmado el pacto, este resultado previsor se producía en gran escala, no sólo por mayor afluencia de adhesiones, sino por la incorporación en bloque de núcleos importantes ([98]), que daremos a conocer en breve. Saludemos todos

---

[96] Delicada alusión al nacimiento, en marzo de 1931, del periódico jonsista *La Conquista del Estado.*

[97] ¡Con qué elegancia confiesa José Antonio la culpa política de la falta de una urgente visión de la necesidad sindicalista de España!

[98] Encauzada la propaganda jonsista hacia los núcleos obreros puramente sindicalistas, pareció inminente varias veces el ingreso en nuestros Sindicatos de los elementos apartados de la C. N. T. al unirse ésta a los terroristas de la F. A. I., acaudillados por Ángel Pestaña. José Antonio, que no llegó a hablar nunca directamente con este *leader* auténticamente obrero, sentía vivas simpatías por su persona, en la que reconocía cualidades poco comunes de honradez y convicción revolucionaria. Los últimos días de Pestaña y la actuación en el Madrid rojo de su Partido Sindicalista, donde ingresaron cientos de camaradas nuestros, demuestran la buena visión de José Antonio. Sin embargo, por razones que ignoro, nunca hablaron directamente ni se pudo realizar la fusión de ambos sindicalismos. Quien sí había estado al habla con él antes de nacer la Falange y quien animaba a José Antonio a captarle era Julio Ruiz de Alda. No me ha sido posible averiguar por qué no hablaron nunca José Antonio y Pestaña. Como me consta que José Antonio la deseaba, pienso si la entrevista se frustraría por temor de Pestaña o por la actuación de intermediarios poco hábiles o de mala

esta unión fraternal absoluta y sin reservas, camaradas de F. E. y de las J.O.N.S. Al escribirse este artículo es la última vez ya que sé verán separados nuestros nombres. Nos hemos unido por arriba y no por subalternos intereses para defender particulares que unen a los partidos de clase bajo máscaras de grandes principios. Nosotros no tenemos intereses subalternos de clase, y quienes nos conozcan, y nos miren de cerca y en lo hondo, lo saben. Nos hemos unido no sólo por lo más alto y noble, sino por la emoción, aun más que por la inteligencia. La sangre de nuestros muertos nos ha unido y ella es la que ha sellado nuestro pacto. Aquí abajo nos abrazamos nosotros en un solo haz; pero allá arriba, sobre el cielo azul de las Españas, se dan hoy abrazo estrecho José Ruiz de la Hermosa y Matías Montero y Rodríguez de Trujillo. Ante nuestras filas cerradas ellos están presentes. Camaradas de la Falange Española y de las J. O. N. S., ya para siempre un solo grito:

«¡ARRIBA ESPAÑA!»

Este bellísimo artículo es posible que a Ledesma Ramos, poseedor de una prosa eficaz, pero llena de tópicos revolucionarios facilones, le pareciese entonces -como habría de decir más tarde- «retórico y relamido». Pero a los muchachos falangistas y jonsistas les indujo a un abrazo de Hermandad Sagrada que nada ni nadie ha podido deshacer. Desde su lectura la inmensa mayoría de los jonsistas reconoció en José Antonio al Jefe indiscutible. Una minoría retorcida, demagógica o envidiosa, siguió recelando de su condición de Grande de España y de hijo del Dictador. Con el tiempo -salvo los contumaces- reconocieron su error.

A las cordiales palabras de José Antonio en *F. E.* respondió Ledesma Ramos en J. O. *N.* S. con éstas:

«Nos apresuramos a informar a todas las Secciones jonsistas acerca de la situación creada al Partido con motivo de nuestra fusión o unificación con Falange Española.

»Ante todo, hacemos a nuestros camaradas la declaración de que tanto el Consejo Nacional como el Triunvirato Ejecutivo decidieron la unificación de las J. O. N. S. con Falange Española para fortalecer y robustecer la posición nacional-sindicalista revolucionaria, que nos ha distinguido siempre. No hemos tenido, pues, que rectificar nada de nuestra táctica, y menos, naturalmente, de los postulados teóricos que constituían el basamento doctrinal de las J. O. N. S. Los amigos de Falange Española seguían un

---

fe (*).

(*) *Nota de la tercera edición.-En* un artículo titulado «La verdad entera», publicado en *Arriba* por Miguel Primo de Rivera, se decía que en el fichero de la Falange que revisó por última vez a principios de 1936, protegido por la palabra «reservadísimo» y con una nota «para prestar la más consciente colaboración», había otro nombre: Ángel Pestaña (18 de julio de 1961).

camino tan paralelo al nuestro, que ha sido suficiente el contacto personal de los dirigentes de ambas Organizaciones para advertir y patentizar totales coincidencias en sus líneas tácticas y doctrinales.

»Vamos a constituir, pues, un movimiento único. En él tenemos la seguridad de que los camaradas de los primeros grupos jonsistas *destacarán sus propias virtudes de acción y movilidad, influyendo en los sectores quizá algo más remisos, para que se acentúe nuestro carácter antiburgués, nacional-sindicalista y revolucionario.*

»A continuación os exponemos las líneas generales que presiden nuestra fusión con Falange Española, y que habrán de completarse con instrucciones concretas, dirigidas particularmente a cada Triunvirato local, a los efectos de que en el más breve plazo, con absoluta disciplina, tengan en cuenta todos los jerarcas y camaradas jonsistas las siguientes bases del acuerdo:

»1) Todas las Secciones locales del nuevo movimiento se denominarán Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (J. O. N. S. de...), y la integración nacional, la denominación total del Partido será Falange Española de las J.O.N.S. Las J.O.N.S, actualmente constituidas, permanecen, y las Secciones locales de F.E. pasarán a ser J. O. N. S., rigiéndose unas y otras por los nuevos estatutos que se están elaborando.

»2) Falange Española de las J.O.N.S. tendrá al frente una Junta de Mando, formada por siete miembros, funcionando en su seno un Triunvirato Ejecutivo: los camaradas José Antonio Primo de Rivera, Julio Ruiz de Alda y Ramiro Ledesma Ramos.

»3) El emblema y la bandera del nuevo movimiento son los mismos de las J. O. N. S. Nuestro camaradas no tienen, pues, que modificar en lo más mínimo las insignias que hoy posean, y esperamos que constituyan en el futuro una ejecutoria y un orgullo disponer de los primeros modelos jonsistas.

»4) Exactamente a como ya ocurría en nuestras Juntas, el nuevo movimiento tenderá a ser la expresión vigorosa de toda la juventud, y regirá en su organización el principio de recusar para los mandos a camaradas mayores de cuarenta y cinco años.

»5) F. E. de las J. O. N. S. elaborará un programa concreto que afecte a las inquietudes económicas de las grandes masas, interpretando la actual angustia de los trabajadores y de los industriales modestos.

»En fin, camaradas, os repetimos como última orden nuestra que entréis en bloque, con todo entusiasmo, en las nuevas filas, que, desde luego, son las mismas anteriores. *Y que en vez de interpretar este hecho de nuestra fusión como una rectificación* o *una política de concesiones a nuestros afines, os reafirméis en la línea jonsista de siempre,* disponiéndoos a ser más nacional sindicalistas y más revolucionarios que nunca. ¡Viva España! ¡Vivan las J. O. N. S.! -*El Triunvirato Ejecutivo Central.*-Madrid, febrero de 1934.»

La lectura de esta nota, tan falta de cordialidad como llena de agresividad para los nuevos camaradas, en quienes supone carencia de «espíritu antiburgués, nacional sindicalista y revolucionario», el grito final de

vivan las J. O. N. S., la ausencia de todo elogio a los Caídos de la Falange y de toda efusión para sus Jefes -deliberadamente fría es la frase «los amigos de Falange Española seguían un camino tan paralelo al nuestro»- demuestran el poco entusiasmo del Triunvirato Ejecutivo Central jonsista por la fusión. Parece que hubiese sido impuesto por alguien. Sin embargo, bien patente queda que fue por necesidad de ellos y no de la Falange, que vivía en un magnífico período de crecimiento.

José Antonio advirtió en seguida esa falta de calor y esa obra de recelo, pero no les dio demasiada importancia.

El 16 de febrero apareció en parte de la Prensa española esta otra nota:

«Ha sido firmado el documento por el cual las J. O. N. S. y Falange Española forman una organización única.

»El nombre oficial del movimiento será Falange Española de las J.O.N.S.

»Se ha establecido como imprescindible que el nuevo movimiento insista en mantener una personalidad que no se preste a confusionismo alguno con los grupos derechistas. Las jerarquías superiores de F. E. y de las J. O. N. S. han constituido una Junta única de mando. En todos los grados nacionales y locales de la organización la fusión se realiza con el mismo criterio de totalidad. Todos los mandos serán encomendados a militantes más jóvenes de cuarenta y cinco años.

»El emblema del movimiento ha de ser las cinco flechas y el yugo - de las J.O.N.S. En el programa aparecerán siempre mantenidas las bases fundamentales en que ya existía perfecta coincidencia: Unidad, patria, acción directa, antimarxismo, antiparlamentarismo, revolución económica que instaure la redención de la población campesina, obrera y de todos los pequeños productores.»

Todos los falangistas y todos los jonsistas -salvo los discrepantes por reaccionarismo o demagogia de una u otras- aceptaron con júbilo la unificación.

EL PRIMER ACTO DE F. E. DE LAS J. O. N. S.

SE empezaron entonces los preparativos para celebrar un gran acto que evidenciase ante España entera la significación de aquella fusión de juventudes y llamase a las banderas de la Revolución Nacionalsindicalista a otros jóvenes tímidos o retrasados que aún creían en posibilidades de salvación de España por los caminos del retorcimiento, la palabrería y los enjuagues parlamentarios. Se eligió Valladolid, donde las J. O. N. S. eran más pujantes que en parte alguna, gracias a la tenaz labor de Onésimo Redondo, que había captado en la ciudad a la mayoría de los estudiantes y en los campos a grandes masas de labradores. Se señaló la fecha del domingo 4 de marzo.

El domingo anterior se organizó un mitin en un pueblo perdido de la Geografía española: Carpio de Tajo. En él sonó por vez primera, por boca de José Antonio, la palabra de la Falange Española de las J. O. N. S. Más tarde, otros muchos pueblos de nombre desconocido para la mayor parte de los españoles fueron recibiendo la visita de los jerarcas falangistas: Corral de Almaguer, Puebla de Almoradiel, Corrales, Don Benito, Tordesillas, Daimiel, Puertollano, Villagarcía, Catoira, Toro, Puebla de Sanabria, San Adrián, Fuente Palmera, Peñafiel, Campo de Criptana, Mota del Cuervo ([99]), Alcañiz ([100]), Baena, Albalá.

---

[99] En este acto, José Antonio dijo estas palabras: «Muchos habrán venido a prometeros cosas que no cumplieron jamás. Yo os digo esto: nosotros somos jóvenes. Pronto -lo veréis- tendremos que cumplir o incumplir lo que predicamos ahora. Pues bien: si os engañamos, alguna soga hallaréis en vuestros desvanes y algún árbol quedará en vuestra llanura: ahorcadnos sin misericordia; la última orden que yo daré a mis camisas azules será que nos tiren de los pies para justicia y escarmiento» (*).

(*) *Nota de la tercera edición.-En* Mota del Cuervo se celebró uno de los actos más resonantes de aquella etapa falangista. Tuvo lugar el domingo 30 de mayo de 1934. Con ocasión de conmemorarse el XXV aniversario de su celebración -en la que se inauguró el primer monumento erigido en un pueblo español a José Antonio- recordó, en *Arriba* del 26 de mayo de 1959, Andrés Gallardo algunos episodios:

«La voz del Fundador resonó limpia en la mañana castellana, sirviéndole de tornavoz la pequeña plaza de toros del pueblo, hoy desaparecida. Y en el ánimo de todos los que le oyeron quedó clavada la certidumbre de que aquel capitán de camisa azul no sólo estaba en lo cierto, sino que acuciaba romper 'la costra que agobia a las entrañas eternas'.» «En la plaza de toros de Mota del Cuervo aquella mañana escucharon a José Antonio no sólo sus escuadristas y simpatizantes, sino hombres de todas las ideas. No sabemos si hubo conversiones en aquel acto, pero sí que de hombres de izquierda salieron frases como ésta: '¡Qué lástima que este hombre no esté con nosotros!' Reconocimiento exacto de la categoría política de José Antonio. El acto terminó sin un incidente, y durante el mismo se mantuvo el máximo respeto. José Antonio comió con Miguel Palacios y otros en hermandad, y sus camisas azules se desperdigaron por el pueblo. A la tarde, mientras visitaba las famosas 'cantarerías' de Mota, precisamente cuando iniciaban el regreso a sus pueblos los falangistas de Campo de Criptana, elementos de la Casa del Pueblo provocaron un incidente que los falangistas cortaron con rapidez. El estupendo Pepe Sainz fue agredido por un sujeto armado de un cuchillo, que le llegó a rasgar el pantalón. El agresor declaró luego en el Juzgado de Belmonte que aquel hombre tenía los puños de hierro.»

[100] *Nota de la tercera edición.-José* Antonio Giménez Arnau refirió en *Arriba* del 7 de diciembre de 1952 este interesante episodio del acto de Alcañiz: «Alcañiz, villa aragonesa muy en manos del anarquismo, doctrina que, según es bien sabido, tenia indudable curiosidad por el Movimiento que José Antonio capitaneaba y que también ese día atrajo una peligrosa proporción de espectadores 'cenetistas'. Veían los oradores, cuyos discursos fueron acogidos con el más hiriente de los silencios, cómo la sangre de José Antonio iba hirviendo ante la multitud de un público que, las cabezas cubiertas, no tenia ni siquiera un asomo de respeto por los nombres de los primeros caídos de la Falange en distintos lugares de España. Cuando la ocasión le llegó a José Antonio, éste se levantó y vino a decir:

»-Si no fuera por ese juramento sagrado que conscientemente hicimos de no dejar que fuese estéril la sangre de nuestros primeros caídos, ciertamente no estaríamos aquí

Montoro, Carballino, Quintanar del Rey, Briviesca, Talavera, Pola de Siero, Maside, Santa Fe, Navia, Trevias, Peralta, Pola de Laviana, Villaviciosa, Renedo, Queveda, Torrelavega, Urda, Villacañas, Quero, Huerta de Valdecarávanos, La Guardia, San Martín de Montalván, Navahermosa, Miajadas, Moraleja, Garrovillas, Coria, Brozas, Torremocha, Logrosán, Yecla, Belmonte, Huete, Cabra, Porcuna, Torredonjimeno, Manacor, Laredo, Sanlúcar, Mula, Villaviudas, Barambio, etc. A la Falange y a su Jefe Nacional no les bastaba el ambiente cálido de los actos en las capitales. En la capital hay mucho falseado. José Antonio prefería buscar la metafísica de España en los pueblos perdidos por esa «tierra española, ancha, triste, seca, destartalada, huesuda como sus pobladores, que no parece tener otro destino que el de esperar a que esos huesos de sus habitantes se le entreguen definitivamente en la sepultura» (discurso del 19 de mayo de 1935 en el Cine Madrid); por «esos pueblos, en donde todavía, bajo la capa más humilde se descubren gentes dotadas de una elegancia rústica que no tienen un gesto excesivo ni una palabra ociosa, gentes que viven sobre una tierra seca en apariencia, con sequedad exterior; pero que nos asombra con la fecundidad que estalla en el triunfo de los pámpanos y de los trigos. Cuando recorríamos esas tierras y veíamos esas gentes y las sabíamos torturadas por pequeños caciques, olvidadas por todos los grupos, divididas, envenenadas por predicaciones tortuosas, teníamos que pensar de todo ese pueblo lo que él mismo cantaba del Cid al verle errar por los campos de Castilla, desterrado de Burgos: «Dios,

---

presenciando este espectáculo que, como españoles, nos abochorna y avergüenza. El espectáculo de gentes que no solamente llevan cargados los bolsillos de municiones y el alma llena de rencor, sino que se despojaron de esa mínima decencia y elegancia espiritual que impone el respeto a los muertos. No; ciertamente, sin nuestro juramento no habríamos caminado largos kilómetros para enfrentar gentes capaces de permanecer con la boina o el sombrero en la cabeza delante de los nombres de quienes supieron dar la vida por España.
»Apenas pudo terminar su párrafo José Antonio, pues aquellos anarquistas insultados, despojándose rápidamente de las prendas con que tocaban su cabeza, empezaron a aplaudir frenéticamente al hombre que había sabido encontrar en su alma el único punto vulnerable. Haber empezado hablando de Bakunin o de Marx no hubiera ayudado un increíble resultado que él alcanzó con sólo referirse a lo que los anarquistas españoles sabían que era una indecente actitud.»

Tras lo viril, lo tierno. Como después del acto hubo algún jaleo y detenciones de falangistas -uno de ellos el joven Joaquín Giménez Arnau, muerto gloriosamente más tarde por España-, José Antonio intervino enérgicamente con el juez para que fuesen puestos en libertad, amenazando incluso con que todos los camisas azules que le habían acompañado se quedarían en Alcañiz, cosa poco tranquilizadora para el orden público, consiguió que se les liberase.

«Tardé yo en saber el hecho -dice Giménez Arnau- algunos días, pero al serme conocido me apresuré a entrevistarme con José Antonio para darle las gracias.

-¿Gracias, de qué? -me cortó él.

-De lo que hiciste por mi hermano.

-¿Por tu hermano? -sonrió, con un punto de timidez-. Te equivocas. Si algo hice, lo hice por tu madre.»

qué buen vasallo si oviera buen señor.» (Discurso del 29 de octubre de 1933 en el Teatro de la Comedia.) Mejor que a los intelectuales o burgueses, mejor que a los obreros de los núcleos urbanos, endomingados y achulapados de marxismo y «chotis», prefería hablar a los cientos de miles de hombres «sin una tierra un poco suya que regar con el sudor, sino en la situación desesperante y monstruosa de ser proletarios, es decir, hombres que ya vendieron su tierra y sus herramientas y su casa, que ya no tienen nada que vender y han de alquilar por unas horas las fuerzas de sus propios brazos; han de instalarse, como yo les he visto, en esas plazas de los pueblos de Andalucía, soportando el sol, a ver si pasa alguien que los tome por unas horas a cambio del jornal, como se toman en los mercados de Abisinia los esclavos y los camellos...». (Discurso del 2 de febrero de 1936 en el Cinema Europa, de Madrid.)

«Hablar a esos hombres curtidos por el frío y el sol, con sus blusas oscuras, sus gorras de felpa ladeadas, la colilla pegada a los labios, la vara de aguijar la yunta entre las manos callosas, es lo que más me emociona» -me decía una vez-. «Empiezan oyéndome con recelo, temerosos de que mis palabras sean una burla más como las de tantos agitadores socialistas o propagandistas agrarios. Pero en cuanto les hablo de España, de la tierra, del deber y el sacrificio, en cuanto les pido disciplina y servicio para España en vez de votos, hay que ver con qué alegría alzan el brazo...» ([101]).

Luego narraba entusiasmado las comidas campesinas -alubias con chorizo, lentejas, sopas de ajo y la fruta y el pan aldeano moreno y prieto- después del acto en el corralón o el pórtico de la Iglesia, o la plazuela de toros o el salón de baile. Los ojos le brillaban -clarísimos- en el rostro quemado del sol caliente y el viento de hielo reciente.

-El día que triunfemos, José Antonio, tendremos que llamarte el «Campeador», por tu valor de romancero y por tu amor al campo y a los campesinos.

Mi amistad con él estaba por encima de la adulación, y estas palabras no podían sonarle a ese defecto, que tanto odiaba, y sí a la lealtad, que tan vivamente agradecía. (Aunque en los momentos en que yo le dijera estas palabras podía haber dicho, como más tarde en la carta a Bravo del 28 de marzo de 1935: «Puedes creer que cada día tengo a mi alrededor más cosas amargas y que casi me vendría bien un poco de adulación como emoliente».) Sonrió al oírlas y replicó: «¿Sabes lo que más me gustaría tener del Cid, a quien evocas? ¡El ganar batallas después de muerto!»

Su Destino ha querido cumplirle ese deseo. Desde su Paraíso difícil,

[101] En el mitin de Carpio del Tajo dijo, entre otras cosas, a los campesinos: «La vida no vale la pena si no es para quemarla en el servicio de una empresa grande. Si morirnos y nos sepultan en esta tierra madre de España, ya queda en vosotros la semilla; y pronto nuestros huesos resecos se sacudirán de alegría, y harán nacer flores sobre nuestras tumbas, cuando el paso resuelto de nuestras Falanges nutridas nos traiga el buen anuncio de que otra vez tenemos a España.

vertical y militarmente angélico, su espíritu inmortal combate junto a sus camaradas cada áspero minuto de la Revolución, y ha de ir saboreando, lenta pero seguramente, el difícil zumo de la Victoria.

En el discurso de Valladolid no cantó José Antonio a la fusión. Consideró ya tan soldadas las dos Organizaciones, F. E. y J. O. N. S., que no tuvo por qué aludir a una ni a otra. Habló ya de «nosotros» -se sobreentendía quiénes eran «nosotros»- y de los demás.

Pero, sobre todo, habló de España con esa maravillosa elocuencia que Dios le había dado, con esa fuerza poética que tan extraordinariamente sabía amalgamar con las realidades políticas.

En muchas ocasiones se ha dicho que José Antonio era un poeta. Lo era y magnífico. No es sólo poeta quien escribe versos. Quien sueña y descubre mundos y horizontes; quien realiza el milagro de encender antorchas de fe en almas perdidas en sombras de desilusión y desesperanza, merece también ese calificativo. Por eso son poetas los apóstoles y los misioneros, los navegantes y los descubridores. Las palabras de Verdad y de Sueño de José Antonio tienen la misma fuerza lírica que las Epístolas de San Pablo, las Florecillas de San Francisco, las Narraciones de Marco Polo o el Diario de Navegación de Cristóbal Colón. Es poesía que revela rutas, desvela misterios, crea nuevas fechas y soles nuevos.

Dos años y medio después del 29 de octubre, y del 4 de marzo, estalla el Movimiento Nacional, y las palabras de José Antonio dan tema y perfil a toda la nueva poesía española: la Guardia bajo las estrellas arma al brazo o sobre los luceros en ademán impasible; los Ángeles verticalmente, militares en las puertas de un Paraíso difícil de escalar; la exaltada belleza de la muerte como acto de servicio; la alegría de la canción y las banderas nuevas desplegadas en vientos con olor de pólvora y de rosas... Todo cuanto él ha dicho de manera magnífica en discursos, ensayos o conversaciones, forma el estilo literario nuevo, en verso o en prosa, casi tópico en fuerza de repetirlo todos cuantos hemos escrito en España durante la guerra.

No creo que se haya dado en la Historia otro caso de orador político cuyas frases se repitan hasta la saciedad en cantares anónimos del pueblo hecho soldado; en los versos de los poetas eruditos; en las consignas de los Jefes; en los artículos de los ensayistas; en los preámbulos de las Leyes.

José Antonio ha influido en el éxito y en el fondo poético de la generación actual, tanto o más que en la forma influyó Federico García Lorca -cuya manera de hacer sigue siendo todavía la pauta de muchos poetas jóvenes-, lo que es insólito en un no profesional de la Literatura. Que Gabriel d'Annunzio haya impregnado toda la retórica fascista nada tiene de sorprendente, pues desde muchos años antes de nacer el fascismo, la concepción d'annunziana de una gran Italia, sus teorías irredentistas y su devoción por la latinidad y la romanidad, expresadas en versos espléndidos, en dramas vigorosos y en novelas inflamadas, habían ganado a la juventud italiana. Pero con una lentitud de años, forjando la gloria a golpes de talento y

de reclamo escandaloso. El fenómeno de José Antonio ha sido totalmente distinto. Nunca había sido escritor. Bruscamente, el Destino despertó en él el genio de la auténtica poesía -«la Poesía que promete», como decía él mismo-, y sus palabras conmueven y remueven la sensibilidad de la juventud española. Como un libro de Caballerías de héroes y enamorados. España es la dama de los pensamientos caballerescos de nuestro Amadís y de sus seguidores, pero no pensando en ella para un matrimonio de conveniencia; no pensando en ella como mujer apetecible para los brazos y los labios, para el yantar y el sueño. José Antonio ama -y nos hace amar a los demás- a España sin que nos guste sensualmente. Nos enseña a amar a una España que es un tormento para los ojos y para el espíritu. A una España que -como a Unamuno- nos duele en el cogollo del corazón. José Antonio sabe, y nos lo explica en todas las lecciones de su vida, que de esta España, violenta y oscura, ha salido radiante uno de los más altos destinos espirituales de la Historia. Amar a esta España, tal como es, por lo que ha sido y porque hayamos nacido en ella, es cómodo y hasta bonito si se quiere. Pero el amor no debe ser bonito ni cómodo (y José Antonio sabía bien también del buen amor). Tiene que ser terriblemente dramático y exasperado como es el amor de Dios para los místicos. Para llegar a él, la juventud tuvo un camino, un camino amargo que le señaló José Antonio: el de la crítica. Crítica en el café; en los mentideros tradicionales al sol; en el contacto con los libros pesimistas y acres de desesperados amadores de España: Cadalso, Larra, Ganivet, Unamuno, Galdós, Azorín, Baroja, Costa, Ortega, Maeztu. Cuando ese camino de la crítica se decide a buscar el contacto físico de los ojos se aprende a amar a España en el llanto del fondo de nuestra alma. Se aprende a luchar por ella. Se aprende a morir por y para ella.

¡Cómo habló José Antonio de Castilla en Valladolid! No hay en todas las páginas que se han dedicado a la región madre de España por los más grandes escritores, una que cale más hondo y se eleve más alto que esta inmortal de José Antonio que debieran saber de memoria como el Padrenuestro todos los castellanos:

«Esta tierra de Castilla, que es la tierra sin galas, sin adornos, la tierra absoluta, la tierral que no es el color local, ni es la característica, ni es el río, ni es el sendero, ni es el altozano. La tierra, que no es, ni mucho menos, los agregados de unas cuantas fincas, ni el exponente de unos intereses agrarios para regatearlos en Asambleas, sino que es la tierra como depositaria de esos valores eternos, la austeridad en la conducta, el sentido religioso de la vida y la alianza, la solidaridad absoluta entre los antepasados y la tradición. Y sobre esta tierra absoluta, el cielo absoluto. El cielo, tan azul, tan sin celajes, tan sin reflejos verdes de frondas eternas, que se dijera que es casi blanco de puro azul. Y así Castilla, con la tierra absoluta y el cielo absoluto mirándose, no ha sabido nunca ser una comarca, ha tenido siempre que ser un Imperio. Castilla no ha podido entender lo local nunca, Castilla sólo ha podido entender lo universal, y por eso Castilla se niega a sí misma, no se fija en dónde concluye

ni a lo ancho ni a lo alto, y Castilla, esta tierra llena de nombres maravillosos, como Tordesillas, Medina del Campo, Madrigal de las Altas Torres; esta tierra de Chancillerías, de las Ferias de Castilla -el decir todo esto es decir tierra de la Justicia, de la Milicia y del Comercio-, nos puede enseñar cómo fue aquella España que nosotros llevamos en el corazón con la nostalgia de su ausencia.»

El mitin de Valladolid tuvo resonancia de tiros y de la otra. Al concluirse, mientras abrazaban a José Antonio los duros labriegos de Castilla y los ardientes escolares que intuían en él al Jefe esperado, en tanto -como dice Bravo- los que andaban en busca del capitán a quien seguir se sentían arrebatados viéndole ante sus ojos con el alma sedienta de obediencia reconociéndole gozosa, empezaron a oírse detonaciones. Eran las «descargas de los marxistas» contra los asistentes al mitin que primero habían ganado la calle. Llegaba el rumor al escenario del Calderón como algo lejano.

-¡Ya hay tiros! -dijo alguien-. ¡Esperad un poco!

-No; lo mejor es salir. Podrían creer que se les tiene miedo.

-Vamos todos a la calle -ordenó ya José Antonio.

Y fueron. El delante y junto a él -¡cómo se habrán echado de menos uno a otro, al morir los dos!-, Julio Ruiz de Alda. Y Onésimo Redondo y Ledesma, al lado también.

Hubo muchísimos tiros, algunos heridos y contusos, y un estudiante no falangista -tampoco rojo- muerto.

Si algún recelo se había sembrado contra José Antonio entre los viejos jonsistas vallisoletanos, bien lo disiparía el aire varonil y heroico con que se echó a la calle, pistola en mano, quien minutos antes cantaba exaltadamente lírico a Castilla. Como un simple escuadrista, José Antonio actuó en la «operación de limpieza» de la Fuente Dorada y las otras calles inmediatas al teatro. El fino intelectual conocía -y no temía- la «dialéctica de los puños y las pistolas»; el señorito aristócrata era un hombre de temple. A los ojos de los jonsistas vallisoletanos, José Antonio se mostraba auténtico Jefe, como minutos antes se lo había cantado a los oídos con su voz única.

El mismo día, e igual que aquéllos, los jonsistas de Salamanca, de Zamora, de Palencia, de Burgos, que hubieron de asistir también al acto del Calderón, eran tan joseantoñistas como los falangistas de Madrid.

«Al principio, cuando abrieron las puertas del Calderón -me decía uno de mis camaradas salmantinos, un estudiante adolescente que fue después un guerrero sin tacha en la guerra civil- y comenzaron a disparar los socialistas; tenía miedo a salir a la calle, pues no tenía ni una mala pistola. Pero cuando salió José Antonio fui detrás sin temor a las balas, como si una coraza invencible me protegiera» (Bravo. Obra citada, pág. III).

VOCES Y TIROS

ZAHERIDAS por sus palabras duras, las derechas seguían haciendo el silencio en torno de José Antonio y su organización, cada vez más pujante. Su gloria la iban cantando el plomo y la sangre por la tierra de los vientos de España. La tarde del 4 de marzo hubo también una colisión en Don Benito (Badajoz) entre marxistas y nacionalsindicalistas con motivo de la venta de F.*E.* «Ezquer y su gente» ([102]) -catorce hombres por junto- hicieron correr a más de mil socialistas con sólo formar y dar una carga. El 7 de marzo, los mismos marxistas extremeños atentan contra Eduardo Ezquer. Ezquer se libra y muere, en cambio, un marxista. Antes que en Madrid, las Falanges provinciales y locales han declarado el «estado de guerra» contra los marxistas. En Madrid, el saldo de su sangre sigue siendo desfavorable para nosotros, porque el marxismo madrileño es más cobarde que el de otros sitios y sabe agazapar a sus pistoleros en las esquinas de la impunidad, sin dar la cara en el combate.

El 8 de marzo -no se había cumplido el mes de la muerte de Matías- asesinan de esta forma a Ángel Montesinos, obrero nacionalsindicalista que vendía *F. E.* en la Glorieta de Bilbao madrileña a la hora del almuerzo. Nuevo entierro solemne. Nuevos juramentos interiores de lealtad y sumisión, de gallardía y de silencio, de aceptación modesta de la Muerte el día que sea necesario morir. Otra vez José Antonio, la testa descubierta y la mirada grave, pasa entre hileras de muchachos con los brazos alzados para pronunciar una oración fúnebre escueta, como un parte de guerra redactado por un poeta: «La muerte es un acto de servicio. Cuando muera cualquiera de nosotros, dadle piadosa tierra y decidle:

-Hermano, para tu alma, la Paz; para nosotros, por España, adelante.»

"Cuando muera cualquiera de nosotros..." Otra vez el *ritornello* del presentimiento se entra en el alma y en la voz del Jefe.

¿Del Jefe?... Algunos se enfadaban. «Primo de Rivera no es el Jefe de la Falange Española de las J. O. N. S. Es solamente uno de los miembros de su Triunvirato Nacional Directivo.» Claro que esto lo era en el papel. En el corazón de los falangistas era, el Jefe Único. Su voz era la que se oía en los cementerios y en el Congreso; su figura era la que despertaba odios y pasiones; su palabra y su labor eran las que iban conformando "la manera de ser" falangista. Ciegos estaban quienes no lo veían. Porque hacía falta cortedad de

[102] Empleo esta frase, clásica en la Vieja Falange. Véase el número 7 de *Arriba,* de 18 de abril de 1935, donde se estampa este título al frente de un artículo de Vicente Galiana, en que se exalta la actuación de aquellos camaradas. José Antonio, a quien no le gustaba se tributase elogios a nadie -«nadie es mejor que los demás en la Falange, si no son los Caídos», decía-, vio con gusto este elogio a los camaradas de Don Benito, a quienes después defendió personalmente en un célebre proceso.

vista para creer que se hablaba con un hombre como uno cualquiera de nosotros cuando se hablaba con José Antonio. A mí, por lo menos, a pesar de la sencillez afable y de la cordialidad nacida en años muy alejados por los «pasos perdidos» de los pasillos de la Universidad, me intimidaba su presencia y me angustiaba -una angustia gozosa- su superioridad extraordinaria, que él jamás se complacía en demostrar. Al contrario: siempre nos pedía parecer a todos de las cosas, y, sobre todo, de «sus cosas». De sus discursos, de sus escritos. Desde luego, los que dentro de F.E. de las J.O.N.S. «le comprendían sin amarle» y se complacían en crearle dificultades ideológicas, o eran unos ambiciosos sin freno, o eran tontos. Porque la mayor tontería posible es no creer en el Genio porque se le hable de tú o se beba con él una cerveza.

José Antonio advirtió ese ambiente negativo de algunos de los primeros y de algunos de los llegados cuando la fusión. Pero también advirtió que para los camaradas modestos él era el Jefe a quien se obedece con delirio y fanatismo. José Antonio tenía dentro de la Falange hombres extremadamente adictos a su persona; pero no todos eran utilizables en aquellos momentos. Entonces se decide a sacar del «frente invisible», para llevarle a su lado, a uno de sus más íntimos amigos de toda la vida: a Raimundo Fernández-Cuesta y Merelo, hijo del médico familiar de los generales don Fernando y don Miguel, compañero de juegos de infancia y de caminos de adolescencia; el que le llevara por la senda del Derecho -José Antonio fue abogado por ser «lo mismo que Raimundo»-; el hombre puro, sano, inteligente, enérgico y leal que necesitaba a su lado para descansar en la confidencia y confiar en el consejo. En su despacho tenía a Garcerán, Sarrión y Cuerda; en el Centro, a Julio Ruiz de Alda, a Alfaro y a Sánchez Mazas. Pero necesitaba todavía, para no desmayar ante algunas tormentas de baja calidad, algo más sólido aun que estas amistades, aunque estrechísimas, recientes: el amigo de toda la vida, el de las horas alegres y tristes, el de los recuerdos íntimos, el de los consejos prudentes. Esta fue la primera -y envidiable- misión de Raimundo en la Falange. Que la cumplió bien lo patentizan los encargos que le encomienda en su testamento. Luego fue Secretario Nacional y Secretario General, como todos sabemos ([103]).

El 27 de marzo asesinan los marxistas al «flecha» de quince años Jesús Hernández. Cae en los alrededores de la Casa del Pueblo -la calle de Augusto Figueroa- en una hora propicia al crimen: el oscurecer. He dicho el «flecha». No lo era. En aquellos tiempos durísimos, la Falange no podía tener Organización juvenil. Toda ella era una fila compacta de «hombres machos», aun cuando cientos de escuadristas fueran lampiños y puros como los ángeles. Así, Jesús Hernández, escuadrista de quince años. Los quince años de Jesús

[103] Raimundo fue asiduo de José Antonio en el Centro de Falange, en los mítines y en la cárcel. Nunca -o rarísimas veces- se le veía con él en las tertulias literarias, más o menos afines de Falange, que frecuentaba el Jefe.

Hernández llevaban ya pistola en el bolsillo -por propia voluntad- y consignas para hombres. Jesús Hernández iba para morir cuando nos le mataron.

Su muerte causó gran revuelo. Los Caídos hasta entonces, más o menos jóvenes, no habían dado pie para la protesta. Jesús Hernández, con sus quince años, sí. Se acusó a la Falange de reclutar menores, de corromperlos, de educarlos en un ambiente de *gangsterismo*. Los que no se preocupaban de la falta del crucifijo en las escuelas ni de las enseñanzas disolventes de los maestros marxistas «enchufados» durante el bienio negro -¡oh, los famosos cursillistas (de cursillo, no de cursi) de don Fernando de los Ríos y de Marcelino Domingo!-; los que no adivinaban la infancia torva y criminal que pediría a gritos por la calle, en 1936, «la cabeza del niño de Gil Robles»; los que se encogían de hombros ante la prostitución enseñada y recomendada a las impúberes socialistas -«un camarada para cada domingo» e «hijos, sí; maridos, no»-; los que ignoraban todos los problemas de la infancia y la adolescencia desvalida -golfillos del Prado y Recoletos, rateros de la calle de Alcalá, limpiabotas de Sol, pilluelos, vagos y maleantes, carne de presidio abandonada-, se escandalizaban de que en Falange se enseñase a morir por España a los niños. ¡Si no hubiera sido porque Falange les enseñaba eso, tan terrible y tan santo, cuando tenían quince años, pocos alféreces provisionales de dieciocho hubiesen muerto en la guerra de liberación!... La mayor parte de esa oficialidad, infantil casi y gloriosísima, había frecuentado, de 1933 a 1936, las «escuelas de pistoleros» que, según las izquierdas y muchas derechas, eran los Centros de Falange. Y en ellas había aprendido a jugar con la muerte por España. y en ellas se había juramentado -tres o cuatro años antes que en las Academias- a no volverle la cara, a no esquivarla, a no tenerla miedo ni respeto.

Como entonces la ingenuidad de las derechas y su carencia de sagacidad no presentía la guerra inminente, pretendían que era un crimen de lesa juventud admitir a los niños en la Falange. Se hizo una campaña violentísima contra nosotros y contra José Antonio, y hasta creo que se debió votar una Ley, o publicarse algún Decreto -prudentes y comedidos- prohibiendo afiliarse a partidos políticos a los menores de dieciocho años. Eso iba contra nosotros solamente, pues los marxistas gozaban de bula, ya que tenían juventudes, pioneros, entidades deportivas, etc. Pero nosotros teníamos el S.E.U. y al S.E.U. -que tenía sus Milicias- pasaron todos cuantos por la disposición legal no podían ser falangistas. Bien sabe Dios que estos muchachitos habían venido por su propia voluntad a la Falange. Jamás hicimos nada para captarlos. Venían porque su extrema juventud era ardorosa y fuerte y les rezumaba brío varonil el corazón dentro del pecho, todavía sin vello. Venían porque habían oído vender F. *E.* en la calle con música de tiros y les atraía el tambor bárbaro del plomo; venían porque habían oído al padre socialistoide o burguesazo hablar de esos «demonios de fascistas» y a todos los angelotes les gusta ser un poco demonios; venían porque unos mocosos socialeros se reían de ellos y les decían palabrotas cuando les veían pasar camino del Instituto

con los libros bajo el brazo y un poco de vergüenza en las piernas, todavía dentro de los bombachos. Venían porque en el portal de sus casas había unas inscripciones que decían: «F. E. de las J. O. N. S.» y «¡Arriba España!», y un signo cabalístico con las flechas y el yugo, cuyo sentido no comprendían -tampoco los primeros en ir a las catacumbas sabían bien qué quería decir la cruz que dibujaban los cristianos-, y a la juventud extrema le interesa todo lo enigmático: el riesgo, el amor, la vida y la muerte. Venían porque alguna vez oyeron hablar de José Antonio, y este «José Antonio», sin más, parecía una promesa de romances maravillosos de un juglar invisible. Venían porque ser «de Falange» era ser deportista del Club más fuerte, del que va a llevarse todos los campeonatos y todas las copas, aunque sean llenas de sangre... Venían «porque tenían que venir» ...

Venían, juraban y se quedaban ([104]). Los gritos y reprimendas paternas cuando se descubría el carnet o el emblema, o cuando la imprudencia de un camarada descubría el secreto, sólo servían para hacer más fuerte ese deseo de quedarse. La juventud más tierna -y más dura- de España sabía cómo sus padres se habían venido equivocando toda la vida. Veía la pobreza y la miseria en las casas y en las calles, y se sentía desamparada -nadie le marcaba rumbo- en las escuelas y en el Instituto. Se quedaban. ¡Ya lo creo que se quedaban! Aun cuando el Jefe de la Escuadra, la Falange o la Centuria les expulsara. Algunos llegaban al Centro un día con huellas de cachetes. «¿Te han zurrado los *chíbiris?*» «¡Quiá! Mi padre, que no me deja ser falangista y me entrena para las tortas con los marxistas.» Y sin más, se ponía a pelar una naranja con la música de una película en boga o con la de *La cucaracha,* las primeras canciones de la Falange, que aún no tenía himno:

«Son las escuadras de José Antonio
las que tienen que triunfar,
y triunfaremos
e implantaremos
el Estado sindical.

---

[104] *Nota de la sexta edición.-Me* complazco en reproducir el juramento de la Vieja Falange, que muchos parecen haber olvidado:

«Juro darme *siempre* al servicio de España.

Juro no tener otro orgullo que el de la Patria y el de la Falange y vivir bajo la Falange con obediencia y alegría, ímpetu y paciencia, gallardía y silencio.

Juro lealtad y sumisión a nuestros Jefes, honor a la memoria de nuestros muertos, *impasible perseverancia en todas las vicisitudes.*

Juro, donde quiera que esté, para obedecer o para mandar, respeto a nuestra jerarquía del primero al último rango.

Juro rechazar y dar por no oída toda voz del amigo o enemigo que pueda debilitar el espíritu de la Falange.

Juro mantener, sobre todas, la idea de *unidad:* unidad entre las tierras de España, unidad entre las clases de España, unidad en el hombre y entre los hombres de España.

Juro vivir en *santa hermandad* con todos los de la Falange y prestar todo auxilio. y deponer toda diferencia, siempre que me sea invocada esta *santa hermandad.*

¡Viva, viva la Revolución!
¡Viva, viva Falange de las J. O. N. S.!»

«Cuando viaja José Antonio
necesita dos vagones...»

(Ya en el *folklore* primitivo de la Falange estaba José Antonio -que no era todavía el Jefe- presente y magnífico, ingenuo y alegre, como están todos los Héroes en los romances, sagas o baladas que preceden a los grandes «cantares de gesta».)

El proceso contra los pistoleros que nos mataron, como siempre alevosamente, al «flecha» Jesús Hernández, tuvo gran resonancia. José Antonio, que no gustaba demasiado en su profesión de las causas criminales -era principalmente un estupendo civilista-, y mucho menos todavía de llevar la acusación privada -prefería acusar públicamente, desde el periódico o el Parlamento, a toda la podredumbre española-, se encargó de asumirla, excepcionalmente, en este caso. Era la primera vez que la «hábil» Policía gubernativa del bienio estúpido lograba detener al agresor de algún falangista. Y la víctima era un niño de la Falange. José Antonio, venciendo su poca inclinación al menester acusatorio, lo asumió gallardamente, no obstante las amenazas recibidas. La defensa del anarcosindicalista García Guerra, señalado como autor o coautor del crimen, la ejercía el letrado Mariano Sánchez Roca. El 10 de abril se celebró el juicio «de urgencia» en la Cárcel Modelo de Madrid, y, como de costumbre en delitos de este tipo, la prueba fue favorable al acusado, y el Ministerio fiscal, medroso o tocado de favor por el procesado, retiró la acusación. No obstante la prueba contraria, José Antonio la mantuvo con habilidad y energía, condenando duramente los cobardes atentados que contra los muchachos de la Falange realizaban los extremistas, amparados por la inhibición de las autoridades. José Antonio, gravemente, indicó que, de continuar aquel estado de cosas, la Falange empezaría a tomar la justicia por su mano. La Sala de la Audiencia de Madrid, tal vez impresionada por la presencia en la vista de un gran número de afiliados a las Juventudes Libertarias, absolvió al acusado entre el júbilo de aquéllos.

Alrededor de las tres de la tarde terminó el juicio y José Antonio salió de la cárcel. Le acompañaban su pasante Manuel Sarrión -que había actuado como defensor del falangista que acompañaba a Jesús Hernández, detenido y procesado también y milagrosamente absuelto-, su secretario Andrés de la Cuerda y su fidelísimo José Gómez ([105]). Comentando con ellos las incidencias del proceso, subió a su automóvil, lo puso en marcha y arrancó para dirigirse a su casa, donde le esperarían impacientes y temerosas, como cada día, las hermanas y la tía «Ma». Al llegar a la calle de la Princesa, esquina a la de Benito

[105] Los tres asesinados en el verano trágico de 1936: Cuerda y Gómez, en la Cárcel Modelo, de Madrid; Sarrión, no se sabe exactamente dónde.

Gutiérrez, muy cerca todavía de la cárcel, cuatro individuos allí apostados arrojaron contra los vehículos dos petardos de gran potencia, especialmente uno de ellos, que hizo explosión en el mismo momento en que José Antonio, advertido por sus acompañantes de lo que ocurría, frenaba rápidamente. Las detonaciones, el humo, el estrépito de los cristales rotos, produjeron pánico en los transeúntes, quienes, corriendo en todas direcciones, favorecieron la huida de los criminales, que, teniéndola prevista, lo hicieron en distintas direcciones. El parabrisas del coche quedó hecho añicos y José Antonio y los tres camaradas que con él iban, cubiertos de cristales, pero ilesos. Los cuatro se tiraron del coche y se lanzaron en persecución de los agresores por la calle de Altamirano abajo. Los pistoleros, al huir, hicieron algunos disparos. El coche, desde aquel día, lució unas cicatrices de metralla. Pero no fue cambiado.

Desistió José Antonio de la persecución y volvió a su automóvil. Algunos falangistas que habían salido a pie de la cárcel le rodearon, vitoreándole y gritando «¡Arriba España!». Los curiosos, agrupados alrededor del vehículo, y los vecinos, asomados a los balcones por la alarma de las explosiones, aplaudieron al Jefe de la Falange. Es la única ocasión que tuvo aquella calle madrileña de ovacionar en vida a José Antonio. Dos años después le vería cruzarla impasible la noche de su conducción a Alicante. y cinco años, siete meses y diecinueve días más tarde, la atravesaría de nuevo, muerto ya su cuerpo, conducido en hombros de sus camaradas, camino de El Escorial...

Los autores del atentado «tampoco fueron habidos». José Antonio no se volvió a ocupar del asunto. Cuando le felicitábamos por haber salido ileso y mostrábamos indignación por el hecho, respondía sin darle importancia: «Gajes del oficio de falangista. ¡Ya me acertarán de lleno alguna vez!» y, sin desearlo ni temerlo, se podía a escribir artículos para F. E.

INTERVIÚ DE GONZÁLEZ RUANO

EN *ABC* de 11 de abril, el escritor César González Ruano publicó una interviú con José Antonio, a propósito del atentado, de la que copio los siguientes párrafos:

«Le encuentro dos horas después del atentado, en casa de Julio Ruiz de Alda, con Rafael Sánchez Mazas. La Trinidad oficial de un credo.

»Nos encerramos en una habitación Primo de Rivera y yo. El en una actitud defensiva que para ciertos ataques le observo peculiar. Hay en José Antonio Primo de Rivera una especie de complejo, de malicia literaria, difícil de explicar. Sabe bien, sin duda, que si un acento poético salva, un exceso o defecto literario, pierde, dispersa y aleja de su destino a la voluntad. Está, por otra parte, en esa situación que sólo un jefe fascista íbero puede y debe comprender como difícil. En Alemania e Italia mismo, no hay problema de

suspicacias para lo que es un aliento dramático y alegre, a la vez, de la revolución nacional. En España, toda política -y ésta es una política, la más política de todas, puesto que está en oposición con el concepto historicista español de la «cosa política»- puede fracasar por imponderables sutiles que en Primo de Rivera pesan más que en nadie. La situación de este joven caudillo es una antología de dificultades. Si se muestra prudente y hermético, se dirá de él: «¡Este hombre se cree ya Mussolini! » Si habla sencillamente, pero habla respondiendo a todo lo que se le pregunta, dirán: «¡Está deseando colocarse en un primer plano para hacer su carrera!» Si responde con prudencia, la chulería innata exclama: «¡El miedo es libre!» y, por el contrario, su valentía serena ante el peligro encontrará este eco inevitable: «¡Ya está haciendo el jaque y perdonándonos la vida!» Decididamente, hay hombres que han nacido para actuar sin decir una palabra. y éste es uno de ellos.»

* * *

«Entramos en el baño tibio de la interviú por el acreditado procedimiento del catecismo del padre Ripalda. Preguntas y respuestas a palo seco:

-¿Vio usted quién disparó?

-No pude verlos. Oí primero una explosión y luego el ruido de dos o tres detonaciones. Paré el coche, y como oyera, al saltar, que huían por la calle de Altamirano, corrí por ella sin conseguir encontrar a nadie. Me han dicho que fueron cuatro, cuya retirada cubrían otros tantos.

-¿Iba usted en el coche con...?

-Sarrión, defensor de uno de los procesados en la vista de que salíamos ([106]); Cuerda y Gómez. Ninguno vio a nadie.

-¿Esperaba usted este atentado un día u otro?

-No.

-¿Le concede usted importancia como síntoma?

-Sí. Hasta ahora, los atentados últimos eran de tipo marcadamente sindical pero no políticos.

-¿Sospecha usted de un credo político o social determinado?

-No.

-¿Cree usted relacionado el suceso Con su actuación en la vista que se acaba dé celebrar en la cárcel Con motivo del asesinato de Jesús Hernández?

-No. Creo, esto sí, que este atentado no tiene el mismo origen de otros de los que tenemos que lamentar las primeras víctimas del fascismo español. Y creo que sus ejecutantes pertenecen a un grupo o sociedad perfectamente

[106] No hay aquí un error, aunque lo parezca, del periodista. Sarrión, pasante de José Antonio, defendía, como ya se ha dicho, al falangista que iba con Jesús Hernández y que pudo resultar muerto con él en la cobarde agresión. Pero para no irritar a los marxistas, furiosos por la detención del asesino, se le procesó también por provocador, por tenencia ilícita de armas y por suponerle dispuesto, con el flecha, a un asalto a la Casa del Pueblo.

organizada que recoge indistintamente una inspiración política u otra, siendo, en definitiva, un servicio alquilado sin más complicaciones.

-¿Qué importancia le concede usted al atentado en sí para la influencia que pueda ejercer sobre los vientos que mueven el estado de cosas que usted preconiza?

-Para el movimiento en sí, yo no puedo especular con el atentado como pudiera hacer una «estrella» de variedades con el robo de unas alhajas. El movimiento tiene su contenido en sí y por sí, y estas cosas, puramente anecdóticas, no tienen ningún interés ni hemos de darle nadie la menor importancia.

* * *

La conversación ha entrado en un derrotero más íntimo. Me interesa ahora conocer el efecto que personalmente, como hombre, le ha podido causar a José Antonio Primo de Rivera este atentado. Ha usado de este día, después de sucedido el hecho que nos ocupa y preocupa, como de otro cualquiera. A las tres de la tarde se fue a almorzar a su casa de Chamartín. Con naturalidad absoluta, este hombre que tiene esa sequedad dulce, esa sosería gallarda del jerezano de tipo inglés ([107]), preciso y sin alboroto, me dice riendo:

-¡Claro que fui a Comer!... ¿Qué quería usted que hiciera? ¡Cualquiera se queda sin comer después de sufrir una vista y un atentado!

Un momento, ya en pie.

-¿Me permite usted una pregunta muy de interviú?

-Desde luego.

-Con esto de la interviú recuerdo los mejores años -pobreza, afán y risa- y acabo por encariñarme... Usted se da perfecta cuenta, dichas las cosas como son, de que ha podido morir el 10 de abril de 1934, ¿no es eso?

-Ahora..., sí. Antes no tuve ninguna sensación, ni siquiera de peligro. Fue todo rápido, inesperado. ¿Por qué me lo pregunta?

-Para que usted me conteste a una pregunta final. ¿Por qué hubiera usted sentido más morir esta tarde?

-Por no saber si estaba preparado para morir. La eternidad me preocupa hondamente. Soy enemigo de las improvisaciones. Igual en un discurso que en una muerte. La improvisación es una actitud de la escuela romántica y no me gusta...»

Las respuestas de José Antonio a su interrogador son un modelo de laconismo y de elegancia espiritual. La última, concretamente, es como un anticipo genial de todo cuanto iban a contener de magníficamente heroico -en un sentido clásico, cristiano y humanísimo- las últimas horas de su vida ejemplar, en que todo es preparación para morir con «decorosa conformidad».

---

[107] Reaparición del clásico tópico periodístico. José Antonio ni era jerezano, ni seco, ni soso, ni de tipo inglés.

Pocos días más tarde, pasado el primer revuelo de la Prensa, el atentado se había olvidado por todo el mundo menos por los falangistas, que decidieron montar una guardia para la persona del Jefe.

VALOR PERSONAL

POR entonces todavía vivía en el hotelito de su padre en la carretera de Chamartín, sitio peligroso y propicio para cualquier emboscada. Aceptó aquella guardia, Dios sabe a costa de cuántos esfuerzos y súplicas de los escuadristas, y sólo por temor a que la barbarie roja intentase alguna represalia contra las mujeres de su ilustre casta, pues ya por entonces, Pilar, inflamada de la misma fe de su hermano, creaba una Sección Femenina sencilla y rudimentaria, que andando el tiempo -muy poco, pero muy de prisa- sería la admirable organización que atendería a nuestros presos y a sus familiares, que curaría a nuestros heridos, que daría de comer a los niños, que lavaría la ropa de los soldados, que daría su sangre y su sonrisa dulcísima a los moribundos, que llevaría cruces y plegarias a los muertos, que haría suave y soportable la guerra con su aliento de hermana o de novia y su alegría de camarada.

Si José Antonio aceptó esa vigilancia en su casa -que luego, al volver a vivir a la ciudad, en Serrano 86, hizo quitar, reanudándola por encargo suyo el camarada Barroso y su Centuria cuando le encarcelara el Frente Popular y «la Pasionaria» vociferase en el Congreso sus amenazas injuriosas contra nuestra Pilar-, no es cierto que tuviese jamás escolta personal encargada de proteger su persona. Muchos somos los camaradas que le hemos visto solo en el cine, con Carmen o Pilar, y le hemos seguido después por la calle por movimiento espontáneo; pocos fueron -Gaceo y Luis Aguilar, con Cuerda y Sarrión casi siempre- los que le acompañaban en su coche a los mítines de fuera de Madrid. Yo he tenido el honor de que alguna vez me condujera en él desde el Centro de Riscal o Santo Domingo hasta mi casa, sin otros ocupantes ni otros coches detrás. Recuerdo una noche de domingo, en diciembre de 1935, que, después de pasar la tarde en Toledo, fuimos con él al cine Progreso, Agustín de Foxá y yo, ambos sin armas y verdaderamente preocupados. Dejó el coche en la calle de Alcalá, junto a las Calatravas, y por las calles de Sevilla, de la Cruz, Romanones y plaza del Progreso, llegamos al cine, a ver una película, *El Desertor,* que -inspirada en la novela de igual título de Lyan O'Flaherty, sobre episodios de la revolución irlandesa- tenía gran emoción para nosotros los falangistas. José Antonio, que no fumaba, no quiso que nosotros quedásemos sin fumar y nos hizo salir al vestíbulo, lleno de chulitos endomingados -pañolito blanco o de lunares al cuello- pertenecientes a los radios comunistas de Embajadores. Volvimos a pie hasta el café de Castilla, en la calle de las Infantas, donde quiso ir a tomar un bistec con patatas entre el estupor de los

periodistas del *Heraldo,* que allí tenían una tertulia, y luego propuso llevarnos en su coche, a Foxá, a la calle de Atocha, y a mí, a la de Fuencarral. No aceptamos, y se marchó solo, a las dos de la madrugada, entre nuestra desesperación, pues nos prohibió acompañarle o seguirle. Agustín y yo quedamos preocupadísimos. Aún tenía que encerrar el coche y volver solo y a pie hasta su casa, en la alta noche y el alto misterio del barrio de Salamanca. Otra noche -ya en enero del 36-, saliendo de una comida de «Los Amigos de Carlomagno», en el hotel de París, vestidos de etiqueta, prolongó media hora la sobremesa con Rafael Sánchez Mazas, con Adolfo Salazar -crítico musical de *El Sol,* admirador extraordinario de José Antonio... y propagandista rojo en París durante la guerra-, en la esquina de la calle de Alcalá y la Puerta del Sol. Cuando al fin se despidió y se metió con Rafael en el coche para llevarle a su casa, en las afueras, Salazar dio un suspiro profundo, diciendo:

-Creí que esto no acababa nunca. En mi vida he pasado más miedo. Todo el que pasaba se volvía y decía: «Ese es José Antonio», o «Ese es Primo de Rivera». Unos, con admiración; otros, con odio; nadie, con indiferencia. Durante media hora ha estado a merced de cualquier pistolero. ¿No os da miedo? ¿Cómo lo consentís? Debíais tenerle más protegido.

-Tú que le conoces, propónselo. A nosotros ya no nos hace caso y se ríe de nuestra preocupación. Yo tenía mucho más miedo que tú esta noche, y, probablemente, más que yo, tenía Rafael. Pero si le hubiésemos hecho la menor indicación de que se marchara, habría sido lo suficiente para que, en vez de media hora, hubiésemos estado hora y media. Pero no creas que es jactancia ni flamenquismo. Es, como dice él, que carece de adrenalina, que es lo que produce la angustia física del miedo.

-Sin embargo, debíais impedir que haga esos alardes. Un día os van a dar un disgusto.

-¿Por qué no dices «nos van» a dar un disgusto?

-Porque hablaba de vosotros, los falangistas. Pero claro que hago mío el «nos», pues yo lo tendría enorme, desde luego, ya que José Antonio es la persona más inteligente que he conocido en mi vida.

-¿Te lograría convencer?

-¿De qué?

-De lo que sea...

-Creo que sí... Creo que sí...

Como otros muchos izquierdistas, Salazar estaba convencido de la genialidad extraordinaria de José Antonio y de la posibilidad de salvación de España por su doctrina revolucionaria, entera y justa. Pero, como otros muchos izquierdistas, se atemorizó ante el giro de la política en España después del 16 de febrero de 1936; le faltó el valor para romper abiertamente con prejuicios y compromisos anteriores y para proclamar la verdad que presentía. Aterrado con la ola de sangre que inundara Madrid en el verano del 36, buscó la salida ala desesperada y aceptó una comisión para el extranjero, dejando en rehenes a sus familiares. Pero, a buen seguro, si las circunstancias

hubieran sido un poco más favorables, este izquierdista admirador de José Antonio habría venido a nuestras filas, como otros de su campo, a colaborar en la Revolución Nacional, pues también muchos de ellos amaban a España «porque no les gustaba».

EL SUEÑO DE UN DIARIO EN MADRID

UNO de ellos, Manuel Aznar, ya estaba captado por José Antonio y por el fervor de sus hijos, camaradas nuestros de las primeras horas ([108]). El Jefe estimaba grandemente su talento y sus condiciones periodísticas, que habían hecho de *El Sol,* de Madrid, uno de los diarios más cultos, más modernos y mejor escritos que ha tenido España. José Antonio lo había leído siempre, y en sus folletones estableció contacto su pensamiento joven y en formación con los mejores estilistas de España -Unamuno, Valle-Inclán, Ortega y Gasset, Marañón- en los tiempos universitarios. Recuerdo que José Antonio, entre sus libros y papeles de estudiante, llevaba siempre a la Universidad aquel periódico, que, desviado luego un poco de su ruta inicial, contribuyó de manera capital a desorientar a muchos hombres jóvenes de ideas poco firmes. Preocupación de José Antonio era asimilar para la Falange a todos los valores españoles sin distinción de origen o color político. Si su movimiento aspiraba a ser totalmente nacional, intelectual y popular a la vez, ¿cómo se iba a repudiar a cualquier hombre de talento, por sus antecedentes, sobre todo si se ofrecía para servir a la Patria con su indiscutible valer profesional? (También la idea del «profesionalismo» era fija en la concepción vertical de España del Fundador de la Falange. Le repugnaba el concepto anárquico de las funciones públicas y privadas que venían dominando a España, donde de muchos años atrás «todos servíamos para todo». La norma de José Antonio en su gobierno de España hubiera sido la de la sabiduría popular: «zapatero a tus zapatos». Y salvo casos excepcionales de verdadera utilidad pública, en el Estado que concebía, el médico habría sido médico; el juez, juez; el cura, cura, el militar, militar, y el periodista, el periodista. Cada hombre en su puesto y en su oficio.)

Por aquellos días de abril de 1934, o poco más tarde, Manuel Aznar fue llamado por José Antonio para tratar de un asunto capital para la Falange y que no logró ver realizado: la creación de un periódico diario en Madrid. Algunas veces hablaron del asunto. En un artículo publicado en la revista *Y* -número aniversario de la muerte de José Antonio (noviembre de 1938); 2ª

[108] *Nota* de *la tercera edición.-Al* cabo de veinticuatro años del episodio aquí recordado, diría Manuel Amar en una entrevista publicada en *AB*C, de Madrid, con ocasión de la concesión del Premio Mariano de Cavia: «José Antonio Primo de Rivera fue para mí el jefe político más cautivador y más digno de compañía y aliento» *(AB*C, 13 de marzo de 1958).

edición, corregida y aumentada (noviembre de 1939}- relata así el asunto Aznar, bajo el título de *Una noche en casa de José Antonio:*

«Nos reunió una noche José Antonio Primo de Rivera en su hotel de la carretera de Chamartín. La familia pasaba una temporada en Andalucía. José Antonio estaba solo en aquella grata mansión, decorada con retratos de nobles antepasados y con ejecutorias militares y políticas de don Miguel, del mal llamado Dictador. «Vamos a ver si os gusta el gazpacho que he mandado preparar para vosotros», dijo cuando nos sentamos a la mesa ([109]).

»Éramos allí cuatro amigos: José Félix de Lequerica, Ramiro Ledesma Ramos, Rafael Sánchez Mazas y yo. Íbamos a hablar de un proyecto que José Antonio acariciaba desde hacía varios meses, y que no encontraba medio de llevar a la práctica: la fundación de un periódico diario, más o menos directamente destinado a ser órgano de Falange Española ([110]). Digo que «más o menos directamente», porque nuestro anfitrión no había llegado aún a conclusiones muy seguras y terminantes acerca de si convenía crear un periódico de información general que apoyara las orientaciones falangistas, o

---

[109] El Fundador de la Falange era muy buen comedor y entusiasta de la comida popular española. En varias ocasiones le he visto gustar con apetito envidiable nuestros platos más suculentos: sopas de ajo con huevo, fabada asturiana, paella, callos a la madrileña, cocido, cordero de Burgos, cochinillo. Le encantaba comer con amigos en los restaurantes regionales de Madrid y en las tabernas que frecuentaban los escritores jóvenes.

[110] Al iniciarse el movimiento falangista pareció que iba a serlo *La Nación,* diario creado durante la Dictadura por el General Primo de Rivera y a cuyo Consejo de Administración pertenecía José Antonio como accionista. Pero, por una parte, la Redacción y Dirección se apartaron de nuestra doctrina por no encontrarla ajustada a sus ideales excesivamente monárquicos y conservadores, y por otra, ni a José Antonio ni a sus colaboradores y partidarios nos gustaba el tono viejo, chabacano y reaccionario de] antiguo órgano de la U.P. José Antonio concebía el periódico de la Falange ágil, fresco, ingenioso y bien escrito. «Si nos plegásemos al gusto zafio y triste de lo que nos rodea -escribía en el número 11 de *F. E.,* de 19 de abril de 1934, con el título de "Carta aun estudiante que se queja de que *F.E.* no es duro"- seríamos iguales a los demás. Lo que queremos es justamente lo contrario: hacer, por las buenas o por las malas, una España distinta de la de ahora, una España sin la roña y la confusión y la: pereza de un pasado próximo; rítmica y clara, tersa y tendida hacia el afán de lo peligroso y lo difícil. Hacer un *Heraldo* es cosa sencilla; no hay más que recostarse en el mal gusto, encharcarse en tertulias de café y afilar desvergüenzas. Pero envuelta en *Heraldos* y cosas parecidas ha estado a punto España de recibir afrentosa sepultura.»

La Nación se separó enseguida de nosotros, aun cuando guardase hacia José Antonio -por «hijo del Dictador- una deferencia más o menos fría. Con ocasión de los comentarios del mitin del 19 de mayo en Madrid, escribió el propio José Antonio, en el número 10 de *Arriba,* lo siguiente: «De triste excepción en la Prensa de la noche dio muestra *La Nación,* y aunque la decadencia manifiesta de este diario en la consideración del público nos incite a ser piadosos, no dejamos de notar que *La Nación* ha caído bajo las peores influencias que podía elegir en su campo. Un día este diario quiso ser exponente de nuestro Movimiento con comprensión por cierto escasa de nuestro espíritu, y ahora se llama a engaño porque no somos lo que él se había figurado, y por otras razones.»

si era mejor ir sin más vacilaciones al diario oficialmente incorporado a los sistemas, tendencias, mandos y consignas del Movimiento.

»Corrían por Madrid los «semanarios de combate»; se preparaba asimismo *Haz,* que sería redactado, ajustado y vendido por los estudiantes del S. E. U. con carácter bastante episódico, según recordarán todos los lectores. José Antonio suponía que un periódico diario, revestido de cierta autoridad profesional y de alguna solemnidad por la presencia en él de plumas distinguidas y no inscritas públicamente en los ficheros del falangismo, traería tales ventajas a la propaganda que valía la pena de consumar el esfuerzo y poner inmediatamente manos a la obra.

»Un día, sin más ni más, me pidió que le hiciera un presupuesto.

»-Has de partir de una realidad. bastante curiosa -me dijo-. Falange no dispone de un real. Quizá si movilizamos todas nuestras energías podremos llegar a reunir algunas cantidades; pero, en todo caso, ten en cuenta nuestra situación cuando acometas el estudio de las cifras.

»Declaro que durante varios días hice una labor de benedictino. Tomando como punto de partida los presupuestos de algunos periódicos que yo había dirigido, los fui reduciendo y reduciendo hasta límites excepcionales. Estaba seguro de que la falta de dinero abundante quedaría compensada por el entusiasmo y fervor proselitista de los falangistas. Total: llegué a fijar, como cifra indispensable si se quería echar a andar decorosamente, la de 200.000 pesetas. José Antonio sonrió al leer mis cuartillas. ¡Doscientas mil pesetas! Le constaba que tal cantidad no era nada, ¡nada!, con destino a la fundación de un periódico en Madrid. Sin embargo, dada la pobreza y la extrema necesidad de la Falange, aquel dos seguido de cinco ceros adquiría proporciones astronómicas. ¡Doscientas mil pesetas! ¿Quién soñaba en ello?

»Entre el doctor Pardo Urdapilleta y yo le presentamos un plan financiero. Provincia por provincia fuimos recordando los nombres de las personas propicias a un donativo para el Movimiento juvenil. Queríamos solicitar muy pocas pesetas de cada uno a fin de hacer más alegre la contribución.

»Era el doctor Pardo quien debía llevar adelante ese trabajo, por encargo cariñoso de José Antonio. Yo me ocuparía de perfilar, en una nueva Memoria, los capítulos relacionados con la redacción y la administración.

»Ya habíamos cambiado diversas impresiones en torno a este asunto, que era para José Antonio una especie de obsesión. Aquel día de la cena en Chamartín me dijo:

»-Vamos a reunirnos en mi casa; he invitado a Lequerica, a Rafael y a Ramiro. Pardo no podrá venir porque tiene una consulta fuera de Madrid. Expondremos tu plan y escucharemos a los amigos. Lequerica está dispuesto a resolver una parte de la ayuda económica imprescindible ([111]).

[111] Durante los primeros pasos de la Falange el señor Lequerica le prestó alguna ayuda económica, que terminó a fines de 1934 por razones que ignoro. *Arriba* se hacía con

»Nos reunimos, en efecto, los que más arriba he citado. Mucho tiempo se nos fue en el elogio de la casa, en una conversación deliciosa sobre genealogías de ciertos personajes que aparecían retratados en los salones del hotel, y en debatir temas políticos y literarios. Por fin, recayó la conversación en el asunto del periódico. Expuso José Antonio el proyecto. Los tres -José Félix, Ramiro y Rafael- lo acogieron con enorme entusiasmo. José Antonio se sentía feliz. Era aquel uno de sus momentos plenarios. De pronto, volviendo a mí, exclamó:

»-No hemos pensado en el título.

»-No hemos decidido aún si ha de ser o no un diario falangista puro -contesté.

»-Creo que sería lo mejor -comentó Ramiro, alargando la mirada para suplir su inicial sordera.

»Opinaron todos en favor del órgano oficial de Falange Española.

»-Si preferís ese tipo de periódico, creo que hay un título indicadísimo.

»-¿Cuál? -dijo, vivaz, José Antonio.

»-Sí.

»Lequerica recordará el gozo que produjo la propuesta de este título en el ánimo del fundador de la Falange.

»-¡Estupendo! -comentaba-. Un título archifalangista: corto, ligeramente agresivo, juvenil, afirmativo, optimista, denodado. Desde ahora, digo que el diario se llamará *Sí.*

»-¿Y el director? -preguntó Lequerica.

»En aquel momento se entabló debate, largo y sutil debate entre Rafael y Ramiro, acerca de las condiciones especialísimas que debía reunir el director de un diario falangista. Iban los dos encendiéndose en sus oposiciones. José Antonio asistía curioso al diálogo. Para que no se agriara, cortó, afirmando:

»-Tengo sobre eso una idea que os expondré otro día.

»Dos días después se decidió que Fernando Primo de Rivera se pusiera de acuerdo con el doctor Pardo para estudiar en detalle la financiación, según se había pensado. Fernando -tan silencioso y tan sereno, pero tan lleno de fe y de coraje- se dispuso a luchar.

»Poco tiempo más tarde, sin que las circunstancias permitieran cumplir el sueño de José Antonio Primo de Rivera, empezaron a producirse persecuciones más agudas. El fundador de Falange Española se llenaba de preocupaciones y responsabilidades; internas unas, porque se referían a la unidad y organización del Movimiento; externas otras, por la acritud y saña con que casi toda la España política combatía al falangismo.

---

nuestro esfuerzo personal y monetario exclusivamente. Cuantos en el primitivo *Arriba* hemos colaborado sabemos los apuros para pagar el papel o la composición, por qué se redujo de seis a cuatro páginas a partir del número 14 y otras muchas cosas de la heroica pobreza de la Falange.

»No se volvió a presentar ocasión de tratar el problema del periódico. El dinero que se recaudaba ([112]) resultaba necesario para finalidades mucho más urgentes ([113]).

»De este modo se concibió y se renunció a un diario de Falange Española que debía llevar el título de *Sí*» ([114]).

(Más tarde se intentaría -ya sin ayudas económicas de nadie- convertir en diario *Arriba*. En su lugar se contarán también las incidencias heroicas de este deseo de José Antonio, que tampoco llegó a convertirse en realidad.)

MOVIMIENTO

FALANGE Española de las J. O. N. S. no podía estarse quieta. ¡Si su Jefe, Señor, había decidido que fuese un Movimiento y se había abierto a los vientos de España como una rosa estrellada de treinta y dos puntas agudas! Su propaganda era precisamente esa vitalidad, esa vivacidad dinámica que inquietaba cada día aun Gobierno estólido que pretendía desanimar y enfriar con toda una gama variadísima de chinchorrerías a la ardorosa juventud alineada en sus escuadras. Ni chinchorrerías ni tiros por la espalda podían desviar de su camino a la Falange.

El 14 de abril tocó «la china» a la Falange de Sevilla. Esta Falange sevillana que supo muy pronto del olor de la pólvora y el sabor de la sangre, se había fundado por Sancho Dávila, pariente e íntimo de José Antonio. Desde el 12 de febrero, en que se autorizó su apertura, disponía de un Centro que, como todos los nuestros, era hogar y cuartel, claustro y tertulia, oficina y hospitalillo de urgencia para chichones y contusiones leves. Un gran emblema, un tintero, un frasco de árnica y cuatro sillas eran poco más o menos el ajuar de que disponía el Centro de Falange en Madrid, en Sevilla, en Cáceres, en Vigo, o en Barcelona. Una excepción era el de Toledo, instalado por Pepe Sainz con toda desenvoltura en su oficina del Patronato del Turismo, en la misma plaza de Zocodover, sobre el Arco de la Sangre, y cuyos balcones aparecían decorados con unas flechas enormes. La apertura del Centro en Sevilla fue un acontecimiento, y el valor de los falangistas plantando en sus

---

[112] De las cuotas de los afiliados, pues los donativos que se hacían al principio iban desapareciendo conforme la sangre de un Caído aumentaba la fe revolucionaria.

[113] Compra de armas para defenderse de las continuas agresiones y atenciones a los presos que aumentaban día a día, a los familiares que quedaban desamparados por la prisión o la muerte de los camaradas, etc. Pero Falange nunca tuvo personal «a sueldo» para servicios de primera o segunda línea.

[114] *Nota* de *la tercera* edición.-Más adelante hubo el proyecto de crear un semanario político-literario que dirigirían don Juan Pujol y Manuel Bueno. Esto era en vísperas del encarcelamiento de José Antonio, quien ultimó los detalles con don Juan Pujol y otra persona no identificada, en un almuerzo en el Hotel Nacional.

balcones de la Avenida de la Libertad nuestras flechas, tan grandes como las de Toledo, animó a muchos reacios a pedir el alta en nuestras filas. Desde el día de la apertura al 14 de abril, los afiliados de la capital andaluza aumentaron de 150 a 1.500.

Por los pueblos de la provincia se hacía intensa propaganda, y la doctrina salvadora de José Antonio corría como un novillo bravo por los campos bellísimos, con un ceceo gracioso. Tres camaradas impetuosos y decididos -Sancho, Miranda y Ruiz Arenado-, con sus falanges de estudiantes y obreros, la hacían como quería José Antonio, «con la ejemplaridad de su conducta». El Centro, «desde el día de su apertura, fue pasto de toda la expectación sevillana». Y al paso que su vida se vigorizaba y manifestaba, crecía el odio de unos y la malquerencia solapada de otros; odio y malquerencia que se mantenían, es verdad, inéditos, pues jamás se tradujeron, no ya en ataques o en agravios, sino ni siquiera en una proximidad que el más riguroso protocolista pudiera calificar de irrespetuosa».

«El rumor y el comentario, sin embargo, crecían, y el 14 de abril se aproximaba. El desfile militar que para tal fecha se había ordenado, debía discurrir precisamente ante los balcones de nuestro Centro. Por mentideros y tertulias se formulaban los juicios más contradictorios sobre nuestra probable actitud; se concertaban apuestas sobre si engalanaríamos o no; se susurraba también, por algún recinto, sobre la posibilidad de aprovechar aquella coyuntura para intentar un asalto...»

«El 10 de abril convoqué ([115]) a la Junta Directiva para, entre otros asuntos, tomar acuerdos en relación con el próximo desfile. Nuestro camarada Antonio Suero Rodríguez me transmitió el ambiente de expectación y los indicios de que podría ser utilizado para intentar una agresión impune, con numerosos datos que le proporcionaba su inseparable José Caraballo Reina» ([116]).

«Resumimos la situación de esta manera: ya que íbamos a ser tan observados y vigilados, debíamos con nuestros actos ofrecer una sencilla pero clara demostración de nuestras convicciones; por tanto, nada que pudiese significar adhesión o acatamiento de un régimen que constantemente se manifestaba tan francamente antinacional, pero tampoco una inhibición absoluta que pudiera interpretarse por achicamiento o por frialdad hacia los soldados que desfilarían por delante de nosotros. Así que mantendríamos exteriormente la compostura y ritmo habitual, y sólo en los momentos del desfile gritaríamos en dos vítores nuestro amor a España y la adhesión fervorosa hacia su primera institución: el Ejército.»

[115] Todo lo entrecomillado pertenece a la *Historia de la Falange de Sevilla,* de Sancho Dávila y Pemartín.

[116] Uno de los camaradas más antiguos de la Falange sevillana, Teniente de la Guardia Civil.

»Ya decidido, se cursaron las órdenes oportunas para que el 14 de abril concurrieran al Centro buen número de afiliados, y se decidieron interiores medidas de precaución.»

«El 14 de abril amaneció sevillano. Alrededor de las diez y media salí de mi casa para ir al Centro, y ya encontré por las calles, sobre todo por la Avenida de la Libertad, animación extraordinaria. Por la Avenida comprobé grupitos y grupos que ya tomaban posiciones para ver el desfile y sus consecuencias. Por la composición, atuendo y actitud de algunos de ellos, principalmente en las proximidades del Centro, vi claramente que tales posiciones, más que visuales, eran literalmente estratégicas...»

«Al llegar a nuestro domicilio encuentro ya en él a numerosos afiliados. Las órdenes de precaución, todas cumplidas. La primera escuadra, destinada a despejar el callejón de acceso a nuestra puerta, al mando de nuestro valeroso camarada Paco *el Legionario,* toda en su puesto... Me alegro, porque por minutos los grupos aumentan, y en algunos balcones cercanos aparecen y desaparecen en nerviosa velocidad elementos en realidad ya nada sospechosos. A las horas en que suenan los clarines estamos en el local unos ciento cincuenta camaradas, pocos menos de los convocados. Nuestros balcones y las azoteas se pueblan de falangistas que aplauden con todo entusiasmo a la sección de la Guardia Civil, que viene en cabeza. Después pasa la Infantería española. En ese momento Martín Ruiz Arenado grita con su voz de capitán: «¡Arriba España!», y segundos después repite: «¡Viva el Ejército!» Gritos que son contestados unánimemente por todos nuestros camaradas al tiempo que saludan con el brazo en alto. Ni un grito más, ni ninguna otra manifestación. Después de nuestros vítores hay un estrecho intervalo de silencio, cortado de pronto por la gritería que se levanta de los grupos que hay frente a nosotros: «¡Muera el Fascismo! ¡Muera el Fascio! ¡Viva la República!» Se inician las carreras y algunos grupos se unen, se concentran y parece que se aproximan. Gritando mucho, muy descompuestos de ademanes, avanzando muy lentamente, pero se aproximan. Nos invade la engañosa ilusión de que van a decidirse y van a presentar refriega. Ya han llegado algunas piedras y ya se ha roto algún cristal. Inicio el descenso, y Paco *el Legionario,* con los suyos, sale a despejar. Pero a la sola presencia de los primeros escuadristas se evapora el avance. No solamente el callejón, sino toda la Avenida en las proximidades del Centro queda totalmente limpia de personas; y sólo en los balcones vecinos y en el borde de la multitud lejana persisten los improperios y los mueras. Cuando creíamos que el asunto terminaría con un paternal despeje de los guardias municipales, hacen repentina y velocísima irrupción en el espacio desierto las camionetas de los de Asalto, y tras ellas, extraña previsión, varios coches celulares. Nada menos que el comandante jefe de todas las fuerzas de Seguridad, dirige el servicio. Como llega tan de repente, se tropieza casi con Paco *el Legionario,* que aún permanecía en el zaguán y no tuvo tiempo de ocultar su pistola. He llegado a aquel sitio en estos momentos y me percato de la situación: por lo menos cuatro años por tenencia de armas. Cruzo una seña

con algunos camaradas y organizamos la confusión precisa para que *el Legionario* pueda desasirse de sus aprehensores y vuele escaleras arriba. Allí, en un minuto, despoja de las gafas a uno del S. E. U., estupefacto; del sombrero al más próximo que lo posea..., y queda convertido en el más inofensivo y cándido de nuestros simpatizantes... Pero entretanto la situación se está haciendo intolerable. Los de Asalto han acordonado nuestro local, no a mucha distancia, y tras ellos hay una fila de guardias montados. La gentuza, ahora valiente, se aproxima de nuevo entre las grupas de los caballos, arrecia en sus denuestos y en las pedradas. Yo increpo al comandante: «Ya que usted no quiere despejar, saldremos y nos entenderemos con esos que nos insultan...» El comandante me contesta: «Saldrán ustedes, pero para ir conducidos a la cárcel.» Y, efectivamente, cursa órdenes perentorias para que sus subordinados procedan rápidamente a la detención de todos los que se encuentren en el Centro. Comprendo que la autoridad gubernativa había decidido, como los que vociferaban enfrente, aprovechar el desfile, y paso con los camaradas a los coches celulares. Avanzan éstos veloces, dejando la estela consiguiente de los puños en alto y de tumulto, y, con el intermedio de unas horas de Comisaría para los necios interrogatorios de costumbre, nos llevan camino de la cárcel. Al desembocar en la calle de Alfonso XII un grupo, esta vez adicto, con una mayoría femenina y familiar de los conducidos, prorrumpe en aplausos y vivas a España, y esta vez el grupo es disuelto violentamente bajo las coléricas órdenes del comandante. En el mismo momento en que entramos en la cárcel pasa por delante de ella el Cónsul de Italia, que nos reconoce y nos saluda a la romana. Yo le contesto y recibo el empellón de un guardia. Varios de éstos se lanzan a maltratar o detener al Cónsul, pero hay tiempo de que yo en voz alta lo identifique; y los celosos antifascistas tornan malhumorados y murmurantes...»

«Mientras en el rastrillo de la cárcel nos someten a los requisitos de admisión me llegan las últimas noticias: entre los numerosos cacheos y el escrupuloso registro de nuestro local, los guardias y la Policía han encontrado tres pistolas, una de ellas inservible, y cinco porras.»

«Cuando salió detenido el último falangista, un valiente, apoyándose en la vigilancia oficial que mantenía el acordonamiento, escaló los balcones de nuestro Centro y comenzó a arrancar el emblema y las iniciales. A la mitad de su tarea creyó descubrir tras los cristales cerrados sombras temerosas, y con la agilidad del terror ganó un balcón más abajo, desde donde trató de azuzar a la multitud y a los guardias regocijados contra los «pistoleros fascistas que aún quedaban dentro...» Mientras el escalador arrancaba nuestro emblema, un viejecito en la acera de enfrente, sin ocuparse de quienes le rodeaban, gritaba, llorando: «De oro, de oro las vais a poner más pronto de lo que pensáis.»

«Al día siguiente el Gobernador, al recibir a los periodistas y hablarles de la brillantez con que se había celebrado el tercer aniversario de la República, dijo, entre otras cosas: «Únicamente tengo que dolerme del incidente promovido por jóvenes de Falange Española, desde su domicilio

social. Es de lamentar que cuando en Sevilla se ha logrado apaciguar las luchas, contribuyendo a ello *la sensatez de las masas obreras, que están dando hoy ejemplo de cordura,* sean unos cuantos *señoritos desocupados* los que se propongan con su actuación convertir nuevamente a la capital *en un foco de perturbación,* pero me interesa hacer público que mientras yo esté en este Gobierno Civil esos elementos no perturbarán la ciudad. *Por de pronto,* he ordenado la clausura del local, y propondré que *esta clausura sea definitiva,* por tratarse de un Centro *dispuesto a alterar el orden sistemáticamente.* También he dado orden de que se proceda a la detención de la Junta Directiva, a la cual *impondré la máxima sanción* a que me autoriza la ley de Orden público. Vuelvo a repetir lo que dije a la manifestación que llegó a este Gobierno Civil, de que *no admito lecciones de republicanismo,* que hay en Sevilla un Gobernador *republicano* y dispuesto por todos los medios a que la ciudad recobre *su paz de siempre* y no consentir que *sean unos señoritos* los que pretendan reanudar la vida azarosa que ha padecido esta capital.»

Falange Española respondió duramente en la Prensa defendiéndose de las falsas acusaciones del Gobernador ([117]) y rebatiendo con toda dignidad sus injurias. Le emplazaba a demostrar que eran unos «señoritos desocupados» y despreciaba olímpicamente sus amenazas. El día 9 se puso en libertad a los detenidos, condenándoles a multas que unánimemente se negaron a pagar. Después de mil gestiones para lograr la reapertura del Centro -José Antonio lo intentó con todas las llamadas autoridades de la época: Director de Seguridad, Subsecretarios y Ministros de la Gobernación y Presidentes del Consejo-, y varios incidentes ruidosos, procesos y toda clase de historias, se logró su reapertura, ¡a los cuatrocientos cuarenta y dos días!, siendo Ministro de la Gobernación Portela Valladares. Todos los detalles de tan largo asunto están contados garbosamente en el libro tantas veces citado de Pemartín y Dávila, al que me remito. José Antonio felicitó a la Falange de Sevilla y se frotaba las manos de gusto. Aquel incidente estrepitoso era la mejor y la más barata propaganda de F.E. de las J.O.N.S. en Andalucía. Ni los marxistas habían corrido su pólvora ni los nuestros su sangre; pero sí habían demostrado en todo momento la gallardía requerida, el valor, la camaradería y la alegría. Andalucía entera repetía las frases de la réplica al Gobernador -que dos meses

[117] Llamado Álvaro Díaz-Quiñones, «señorito- asturiano, rico por su casa, tránsfuga de varios partidos políticos y asentado al fin en el radical-socialista para hacer carrera política. Carrera que se le frustró, en parte, por esa su *acertada* y *digna* actuación en Sevilla. Era abogado con muy pocos pleitos en Madrid, aficionado a la buena vida, campechano y no mala persona. El pobre hombre, -pequeño burgués y pequeño «beligerante contra el fascismo-, no pudo resistir después la competencia del «señorito» Casares Quiroga. La «cordura de la masa obrera» casi le arruinó en la revolución de octubre del 34 -¡oh sus minas!, ¡oh sus pomaradas!- y le olvidó en la del 36, en que vagaba como un fantasma por Barcelona, sin encontrar un destinito en el extranjero ni decidirse a coger un fusil para combatir a los "fascistas" que tanto odiaba. En resumen, un personaje de tragedia grotesca de los muchos alumbrados por la República de trabajadores de todas clases, en una de las cuales figuraba.

más tarde era sustituido por otro de la misma cuerda- con su proverbial zumba. F. *E.* estaba suspendido también, y no se pudo comentar el acto ni publicar la fotografía del momento inicial del suceso, en que aparecen -en cuatro pisos- dos miradores, seis terrazas y dos azoteas llenas de falangistas brazo en alto, y al fondo, la esbeltez insuperable de la Giralda, que también parece otro brazo gigantesco alzado al cielo para saludar al azul de la mañana radiante.

Contra su deseo de ir a Sevilla a felicitar a los camaradas, José Antonio se contentó con escribirles el 28 de abril -no había de ser la única carta que dirigiera a la magnífica Falange sevillana- estas letras que Sancho y sus camaradas apreciaron más que la libertad y más que todo, pues les compensaba con su sencillez de todas las amarguras: «Querido Sancho: Recibo tu carta y la fotografía, que se publicará en cuanto vuelva a aparecer *F.E.* Han vuelto a suspendérnoslo tan pronto como declararon el estado de alarma. Nos tienen fritos: casi todos los Centros cerrados; casi todos los Estatutos detenidos, y mientras tanto, el Ministro sonriente cuando va uno a él con sus protestas. Pero nada podrá contra gentes del espíritu que mostráis los de Sevilla, y a su cabeza, tú, modelo irreprochable de militantes y jefes. Saluda a todos y recibe un fuerte abrazo. *José Antonio.*»

No podía ir, pues tenía que multiplicarse. Aunque Falange Española de las J. O. N. S. carecía todavía de Jefe Nacional por el sistema triunvirista, las provincias donde ya la Falange andaba con paso firme o aquellas donde era menester crearla reclamaban la presencia majestuosa de José Antonio. Su presencia y su voz encendían fogaratas en los corazones juveniles. Sus consejos, sus ironías centelleantes, su valor personal impresionaban a los jóvenes como no sé de nadie. Irradiaba de su frente ancha y despejadísima -profundas entradas anunciadoras de calvicie prematura- un halo glorioso. Verle era presentir la fe. Oírle, sentirla en las entrañas. Seguirle -lo que sucedía en seguida de verle y oírle, si no se tenía el alma corrompida por la chabacanería y la estolidez del ambiente- era ofrendarle alegremente la vida en servicio de la España que él quería. Por todo eso le reclamaban las Falanges de todas partes. Por eso no pudo ir a Sevilla a abrazar a los camaradas presos por vitorear a España. Tenía que estar en Madrid y en Santander, en San Sebastián y en Bilbao. Aquellos días anduvo por el Norte a fundar la falange donostiarra -la de los gloriosos Manuel Carrión, José Manuel Aizpurúa y los hermanos Iturrino-; a visitar la incipiente Organización bilbaína, creada en medio del bramar iracundo del muera España de los *azkatutos*. En este viaje a Bilbao le acompañaban dos hombres de su confianza: Chichi Illera (que ha muerto de oficial de Regulares) ([118]) y otro camarada de Santander. Con ellos y con los triunviros provinciales visitó las oficinas de la Organización y pasó revista a las milicias mandadas por Florencio Milicua, milicias que apenas formaban una

[118] Hermano de Manolo Illera, Consejero Nacional de F. E. de las J. O. N. S.

centuria. Dirigió a los escasos escuadristas unas palabras magníficas, explicándoles el sentido de la Sagrada Hermandad de la Falange:

«Los camaradas -dijo- deben ser como hermanos; deben saber no sólo dónde viven, sino que deben conocer hasta el color del pelo de sus novias.»

Estos datos figuran en un artículo publicado en *El Correo Español* del 8 de noviembre de 1938 por Wenceslao Piqueras, en el que también se cuenta lo siguiente:

«Entre las personas que estuvieron a visitarle figuraba una distinguida dama, que le dijo: "Es una lástima que ustedes no se declaren monárquicos, pues me gusta el espíritu de la Falange. Si lo hicieran, me inscribiría en ella."

»A lo que contestó José Antonio: "Si volvieran Fernando e Isabel, en este mismo momento me declaraba monárquico" ([119]).

»Después de comer le llevamos a tomar café al Adrada, y luego le acompañamos en coche hasta cerca de Laredo, pues se dirigía a Santander. Por cierto que en el camino tropezamos con un entierro, y como Felipe Sanz estaba herido de un balazo en la rodilla y la conversación girase en torno al incidente, pues le habían alcanzado los marxistas cuando colocaba unos pasquines en la Gran Vía, José Antonio aprovechó la ocasión para relatarnos con aquel gracejo andaluz ([120]) el cuento de la viuda a la que van a consolar unos amigos, a la que tan bien consuelan que todos salen bailando.

»Os he contado este cuento -decía el Jefe- para señalaros el poco miedo a la muerte que ha de tenerse en la Falange, pues morir por ella y por España es tal honor que más bien es para bailar que para llorar.»

LA CUESTIÓN MONÁRQUICA

HAY en esta visita de José Antonio a Bilbao una nota sumamente interesante y que nos trae de la mano a la situación planteada en el seno de F. E. de las J. O. N. S. por aquellos momentos: la referencia a la vuelta de la Monarquía a España.

Las clases sociales que por vanidad y estulticia conspiraron contra la Dictadura del General Primo de Rivera, sin sospechar que su caída arrastraría irremediablemente a la Monarquía repitiendo un fenómeno invariante en la Historia de España, habían sentido la nostalgia del régimen desde el mismo momento en que lo dejaron ir sin saber -ni intentar saber- defenderlo. Aquellos cortesanos que «mucho tiempo antes, salvo excepciones muy

[119] La réplica de José Antonio era siempre prodigiosamente vivaz y oportuna.

[120] Es muy frecuente hablar del gracejo «andaluz» de José Antonio, que había nacido en Madrid, y si por la rama paterna tenía sangre jerezana, por la materna pertenecía a la Castilla que tanto amaba.

respetables, tramaban en las antecámaras del Palacio Real una sorda maniobra para hacer retirar el Poder al jefe vencedor de Alhucemas» ([121]), a la vista de los excesos demagógicos de una República que habían creído ingenuamente iba a ser derechista, moderada, católica y conservadora, buscaban acongojados una posibilidad de retorno a los tiempos idos. Fracasado el primer intento en la calle el 10 de agosto de 1932 y destruida su ilusión de que la C. E. D. A. «volviese la tortilla» al conocer la decisión de «acatamiento al régimen» de sus dirigentes, habían sentido un alivio a su murriosa desesperanza cuando José Antonio -jaleado por *La Nación*- decidió intervenir en la política española. El olvido absoluto que el Fundador de la Falange dedicara en su discurso del 29 de octubre a la Monarquía disgustó a muchos, aunque algunos otros creían que se debió a razones de «táctica». Dentro de la naciente Organización había muchos muchachos fervorosamente monárquicos y cabía aguardar de un momento a otro la ansiada declaración de la Falange para ayudarla económicamente y aprovechar su brío en servicio de la Causa de la Restauración.

No era éste el pensamiento de José Antonio. José Antonio, sin caer en la bobada de la «accidentalidad de las formas de Gobierno» -formulita liberaloide y acomodaticia para colaborar con la Monarquía los republicanos- y mucho menos en el «acatamiento a la República», táctica repugnante para servirla sin gallardía ni dignidad, creía todavía prematuro el momento para hablar del problema de la Restauración. Restauración, sí, de España, que había quedado mucho más deshecha que la Dinastía con los últimos vaivenes revolucionarios. Restauración plena de todos los valores nacionales; reincorporación de las esencias tradicionales; revisión rigurosa de todo lo extraño, lo artificial, lo ajeno al meollo racial; revolución nacional, sí. Pero Restauración a tontas y a locas de una Dinastía sin haber situado, atacado y conquistado todas las bases corrompidas en que pudiera sostenerse; restaurar la Monarquía sin haber construido el Estado Nuevo al que ella pudiera dar solidez, recibiéndola también de él, le parecía necedad insigne. Por otra parte, sus caminatas por tierras españolas le hacían ver claramente que para la gran mayoría del pueblo español no había necesidad de restaurar la forma monárquica, pero sí la de hacer una profunda Revolución nacional en lo económico, lo social y lo moral de la vida de España. Cada día veía más claro este anhelo de España y percibía con mayor lucidez que sólo podría realizarlo la exasperación de las masas encuadradas en unas milicias juveniles al servicio exclusivo de las ideas de Patria, Pan y Justicia. Estas tres ideas sí que podían realizar la Unidad de pensamiento de los hombres de España. Unidad que había de buscarse a todo trance sin subrayar ni por un momento nada que pudiese dispersar más de lo que estaban a los españoles. Por eso mismo, combatía por todo cuanto combatían los españoles: por el sentido social y

[121] Véase el libro de Eduardo Aunós *L'Espagne contemporaine,* 1ª edición, Chorlot. París, 1939; páginas 153 a 157

humano de las izquierdas; por el sentido nacional y cristiano de las derechas; por lo tradicional de los padres y lo renovador de los hijos. Por lo eterno -la familia, la religión y la Patria-, y por lo diariamente fungible: el Pan.

Por nacimiento y tradición familiar, José Antonio era monárquico. Pero -sin mezclar a sus normas otras razones que las españolas angustiadamente urgentes- antes que monárquico era español.

«Si volvieran Fernando e Isabel, en este mismo momento me declaraba -no *me hacía*- monárquico.»

Declararse algo quiere decir confesar públicamente algo. Declararse supone «ser» algo, «llevar» algo oculto que se pone a la luz. José Antonio no decía «me haría» monárquico, sino me declararía. Luego, secretamente, lo era ya. La gente -miope, astígmata, daltonista- no veía claramente delineado el pensamiento de José Antonio. Algunos pensaban que era republicano. ¿Republicano cuando quería para España el Imperio? ¿Podía imperar en España quien no fuese un César? ¿Un presidente democrático o un rey liberal? El Imperio supone unidad absoluta de mando, con Cortes gremiales si se quiere o con Senado, pero jamás con censo electoral y Congreso de los Diputados con *quórum* y con bar. Ahora bien; el Imperio tampoco es una Monarquía absoluta que entrega el gobierno del Estado a una camarilla o a un valido. El Imperio supone al César en funciones de Caudillo militar y conductor político, asistido de una minoría selecta -aristocracia militar y civil- para la realización de esas funciones augustas, y de un pueblo unido y fuerte con voluntad de cumplir un alto destino histórico. José Antonio se había declarado partidario del Imperio, que no consiste en la conquista y dominación de tierras extrañas, sino en la concentración en un haz vigoroso de todas las energías de un pueblo para realizar misiones históricas. La Monarquía española supo ser Imperio cuando Fernando e Isabel toman en sus manos fuertes y en sus ardientes corazones todas las espigas de España, todas las flechas, y señalan con ellas los cuatro puntos cardinales. No hubiese hecho falta descubrir el Nuevo Mundo ni reivindicar los reinos de Italia para hacer imperial aquel reinado. Bastaba la empresa común de los reinos de España de construir una poderosa nacionalidad; bastaba la voluntad de los hombres de selección que rodeaban a los Reyes Católicos para incorporar a esta Nacionalidad nueva todas las corrientes universales del Renacimiento; bastaba el deseo de todos los hombres y todas las tierras de la Península de encontrar su Destino. Si el azar no hubiese traído a España a Cristóbal Colón; si las consecuencias de determinados hechos históricos no hubieran llevado al Milanesado la infantería del Gran Capitán y a Nápoles los galeones del Almirante de Aragón, aquel reinado hubiera sido imperial también porque la Unidad cuajada habría sabido encontrar otras rutas, y Cisneros, Gonzalo de Córdoba, Nebrija, Pedro Mártir, Berruguete, Torquemada, Juan de la Encina, los nobles y los villanos no hubiesen podido estar cruzados de manos. Imperio es la plenitud física, moral e intelectual de un pueblo, plenitud que le impone irradiar y expansionarse en cualquiera de esos tres aspectos. En

cambio, no fue Imperio el Reino de Felipe III o de Felipe IV, aunque en las tierras de la Corona no se pusiera el sol. La plenitud española había terminado con la última palabra de Felipe II. Lo de los sucesores era ya la decadencia, larguísima porque la plenitud había sido enormemente vigorosa. Los Reyes sienten hastío de gobernar y entregan su función solemne al favorito que adula. El pueblo siente el hastío de su propia misión y quiere vivir de sus glorias pasadas. La propia minoría selecta se desentiende del pueblo, aunque «le hable en necio para darle gusto», y de la misma Realeza, que, rodeada de los nobles aduladores, no les sabe atraer. Los más finos espíritus políticos -Quevedo, Gracián, Saavedra Fajardo-- buscan «el amargo camino de la crítica»...

José Antonio nos decía todo esto -cien millones de veces mejor dicho- y nosotros le entendíamos. Sus síntesis históricas nos parecían tan claras como la luz. Sin embargo, muchos no le comprendían y se preguntaban o le preguntaban: «¿Por qué no se declara monárquico?» .

Pasándose de listos, algunos suponían que José Antonio había perdido la fe en la Monarquía por la participación que el último Rey de España tuviera en la caída de la Dictadura. Su silencio sobre el problema de la Restauración, primero, y sus palabras sobre el fin de la Monarquía, después ([122]), autorizaron a estos «vivos» a lanzar contra José Antonio esa calumnia, suponiéndole de la misma baja calidad moral de un Alcalá Zamora o un Miguel Maura, que se hicieron republicanos, como Ossorio, por bajas pasiones. (Aunque en el caso de José Antonio la pasión filial legítima hubiera justificado cualquier desviación del dolor hacia el despecho.)

---

[122] «... ante el problema de la Monarquía, *nosotros no podemos dejarnos arrastrar un instante ni por la nostalgia ni por el rencor.* Nosotros tenemos que colocarnos ante el problema de la Monarquía con el rigor implacable de quienes asisten a un espectáculo decisivo en el curso de los días que componen la Historia. Nosotros únicamente tenemos que considerar esto: ¿cayó la Monarquía española, la antigua, la gloriosa Monarquía española, porque había concluido su ciclo, porque había terminado su misión, o ha sido arrojada la Monarquía española cuando aún conservaba su fecundidad para el futuro? Esto es lo que nosotros tenemos que pensar, y sólo así entendemos que puede resolverse el problema de la Monarquía de una manera inteligente.

»Pues bien; nosotros -ya me habéis oído desde el principio-, nosotros entendemos, sin sombra de irreverencia, *sin sombra de rencor, sin sombra de antipatía, muchos incluso con mil motivos sentimentales de afecto,* nosotros entendemos que la Monarquía española cumplió su ciclo, se quedó sin sustancia y se desprendió, como cáscara muerta, el 14 de abril de 1931. Nosotros hacemos constar su caída *con toda la emoción que merece,* y tenemos sumo respeto para los partidos monárquicos que, creyéndola aún con capacidad de futuro, lanzan a las gentes a su reconquista; pero nosotros, *aunque nos pese, aunque se alcen dentro de algunos reservas sentimentales* o *nostalgias respetables,* no podemos lanzar el ímpetu fresco de la juventud que nos sigue para el recobro de una institución que reputamos gloriosamente fenecida.» (Discurso pronunciado en el cine Madrid, de Madrid, el 19 de mayo de 1935. Edición de la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de F. E. T. y de las J. O. N. S., 1938, págs. 109 y 110.)

Respecto a esta cuestión, ni uno sólo de los que nos honramos con su amistad le hemos oído una sola palabra privada que autorizase esa sospecha. Francisco Bravo le habló de ello una vez concretamente y la respuesta fue elusiva. Véase cómo lo refiere el ex Jefe provincial de Salamanca y ex Consejero Nacional de los tiempos heroicos:

«Recuerdo que una tarde del verano de 1934, paseando en San Sebastián con él y con Aizpurúa, la conversación derivó hacia sus relaciones con quien encarnó la Monarquía. Aludimos a lo que se decía respecto a ingratitudes para con el Dictador, gastado en una empresa condenada al fracaso de antemano. No era fácil vencer la reserva de José Antonio en estas y otras muchas cuestiones ([123]).

Mas, desde luego, *nunca asintió a los rumores aludidos.* En cambio, nos dijo esto:

»-Después de la caída de mi padre, el Secretario del Rey dejó de felicitarme en su nombre el día de mi cumpleaños, como venía haciendo desde hacía varios años. Esto indicó que mis relaciones con Don Alfonso quedaban canceladas.

Y cuando dijo esto no había el menor dejo de amargura ni de reproche. Jamás pudo inculpársele una resolución motivada en el despecho. Aristócrata por su finura espiritual tanto como por su casta, abominó de toda arma indelicada. Nunca sintió despecho. Era en plena persecución sañuda contra la memoria de su padre y jamás cayó en la tentación de usar el archivo del General, en el que indudablemente había demandas y pruebas de adulación suscritas por muchos de sus acusadores.

-Sería situarme en un plano de envilecimiento moral -nos decía un día- si yo, para defender a mi padre de quienes le denigran, probase que habían mendigado su favor. Me basta con conocer a muchos de ellos y tenerles a raya con una sonrisa de conmiseración irónica.»

Pues aquellos quienes José Antonio tenía a raya con una sonrisa de conmiseración irónica -¡qué cantidad de frialdad y desprecio sabía poner en ellas su alma cálida y entusiasta!- le zaherían lanzando ese rumor: José Antonio no se declaraba monárquico por rencor personal a Don Alfonso XIII, a quien consideraba responsable de la caída del Dictador. Estas pobres gentecillas miserables probablemente no han comprendido aún -después de popularizados sus discursos y artículos sobre el tema- la objetividad espiritual de José Antonio. Su finura no podía -ni podrá- ser comprendida por la tosquedad de sus raciocinios ofuscados por vanidad o egoísmo. ¡Tan ofuscados entonces que suponían a José Antonio capaz de desligarse de la Realeza española por la caída del General Primo de Rivera y sentir inclinación

[123] Una de ellas era la muerte en París del General. Hablé con José Antonio de ella cuando Mauricio Karl, en su libro *El Enemigo,* se la atribuyó al doctor Bandelac de Pariente y a las logias masónicas. José Antonio me contestó: «No hagáis caso de novelas policíacas.» y cambió de conversación.

o simpatía hacia la coalición republicano-socialista triunfante el 14 de abril, aunque ésta se compusiera de los hombres más encarnizadamente soeces en la violencia verbal contra la memoria respetable del Dictador! ([124]). ¡Tan ofuscados ahora que no habrán comprendido la admirable cláusula del perdón de su testamento sublime! Algunas veces he pensado, contemplando a esos tipos, que España quizá no mereciese a José Antonio, ya que no era capaz de comprenderle. Pero este mal pensamiento se me ha borrado de la mente al ver en las chabolas de los falangistas y los soldados de Franco su dulce imagen animándoles a morir por España Una, Grande y Libre. Sí. Le merecía España entera, la podrida y la sana. Esta, para su alegría sencilla del deber cumplido. Aquélla, para vergüenza de su corrupción con el ejemplo de los mejores.

Toda esta larga digresión viene a cuento de que ya por el mes de mayo de 1934 se minaba la unidad interna de la Falange Española de las J.O.N.S. por parte de quienes querían anteponer sus sentimientos monárquicos a sus sentimientos de Unidad, Libertad, Grandeza y Justicia Social. Entre los primeros falangistas había un grupo de muchachos caballerescos y valientes que deseaban -como la distinguida señora de Bilbao- que José Antonio se declarase monárquico. Su ideal hubiera sido que José Antonio se declarase monárquico y se hubiese unido a Calvo Sotelo, recién llegado de París amnistiado y con ideas de corporativismo y Estado fuerte, dentro del régimen monárquico. José Antonio no estuvo nunca dispuesto a esta unión por diferentes razones, que más tarde se expondrán con toda sinceridad. A su juicio, las ideas que pudiese aportar Calvo Sotelo no arrastrarían jamás a la juventud española para una empresa total revolucionaria. Prefirió a la aportación de unos cuantos muchachos monárquicos -valerosos; pero llenos de prejuicios- la de los jonsistas, para quienes no había nada que poner por encima de la Patria. José Antonio, en política, pensaba lo mismo. España -con todos sus hijos- sólo como lema. El Rey no era fundamentalmente imprescindible para la Revolución de la unidad de las tierras, los hombres y las clases. Por el contrario, en algunos momentos de esa Revolución pudiera ser un obstáculo, y si no él personalmente, la complejidad de los intereses

---

[124] Cuando más tarde José Antonio, objetivamente también, hablaba de la innegable -sólo los ciegos o los temblorosos de miedo por sus intereses, que escondidos en los desvanes o los sótanos de sus casas confortables no la vieron- "alegría del 14 de abril", decían los mismos que insinuaran el antimonarquismo de José Antonio por causa de despecho: "José Antonio es republicano." Claro que a los republicanos, que sabían con qué armas buidas y auténticamente peligrosas venía a combatirles la Falange, la afirmación no les hacía mucha gracia.

Respecto a la "alegría del 14 de abril", pregunté una vez a José Antonio si la había sentido él en efecto. Me contestó que sí, pues era español y se alegraba con cuanto alegrase a España. Apurando el margen de confianza que me daba en la conversación, llegué a preguntarle:

-¿Tú habías votado por los republicanos el doce?

Con su agilidad para soslayar preguntas impertinentes, respondió con la mayor seriedad:

-No olvides que el voto es secreto. Permíteme que no lo quebrante.

cortesanos cuchicheados en la antecámara. Y Dios nunca podía ser una bandera política, mucho menos cuando el sentimiento católico en España se había debilitado en parte por los largos años de liberalismo con sus secuelas de Instituciones libres de Enseñanza, Ateneos desde científicos y literarios hasta libertarios, anticlericalismo sectario y sectarismo clerical, principalmente en los problemas catalán y vasco.

Esta manera de pensar de José Antonio enfrió la fiebre falangista de algunos, que empezaron a intrigar antes de apartarse definitivamente. Por otra parte, en el grupo de jonsistas también unos cuantos -tocados de extremado amor a la violencia y tendencia a la demagogia- iniciaron movimientos y actitudes que amenazaban quebrantar la solidez de la Falange, amasada por la sangre de sus primeros caídos. José Antonio lo observaba y sufría. ¡Cómo iban a entenderle, Dios mío, los que estaban lejos si quienes estaban junto a él a todas horas en el fervor de la labor, el riesgo y la tragedia no querían ver cómo era la Falange Española de las J. O. N. S. que él soñaba! Afortunadamente, éstos eran una minoría y la gran masa del Movimiento adelgazaba cada día más su sensibilidad juvenil para empaparse de sus ideas. Afortunadamente, cada viaje por tierras de España se las clavaba más a él en el alma y le afirmaba y aclaraba más los conceptos. ¡Aquel mitin de Puebla de Almoradiel del 22 de abril fue tan expresivo con sus campesinos y su solazo, sus bofetadas y su vino, sus gritos y sus canciones! ¡Aquella casa aldeana de los camaradas Torrijos, falangistas de Corral de Almaguer ([125]), en donde se detuvo a beber una copa y a hablar diez minutos con los campesinos del deber y de la muerte! «Almoradiel como la Universidad -escribía en *F. E.* el 25 de julio-. Almoradiel como la Universidad, llenos de amor a España entre estacazos y algarabía de juventud, sin saber de intriguillas, que serían veniales si sólo fuesen contra mí y no contra España, que cada vez necesita más de la Falange.» Y en sus meditaciones sobre el porvenir de su Falange se adelantaba a la frase que el maestro Ortega y Gasset, a quien tanto admiraba, iba a escribir poco más tarde -en el mes de junio- en el prólogo de la cuarta edición de *España invertebrada:* «Siempre ha acontecido lo mismo. Lo que va a ser la verdadera y definitiva solución de una crisis profunda, es lo que más se elude y a lo que mayor resistencia se opone. Se comienza por ensayar todos los procedimientos, y con predilección los más opuestos a aquella única solución. Pero el fracaso de éstos deja exenta, luminosa y evidente, la efectiva verdad, que entonces se impone de una manera automática, con una sencillez mágica.»

A José Antonio le preocupaba sobremanera aquella incomprensión de algunos camaradas. Y, naturalmente, la de los del otro sector demagógico y con exceso virulento. Nadie más opuesto que José Antonio a un «centrismo». Pero tampoco nadie más enamorado del equilibrio, de la serenidad, de la meditación ante las decisiones graves. Con este amor defendía a su Falange de los caminos opuestos desde los que la cantaban voces tentadoras. Y la

[125] Ante la que se había de detener su entierro en 27 de noviembre del Año de la Victoria.

infundía, con su estilo cristalino, el espíritu equilibrado y de disciplina con que él sólo podía triunfar. La crisis interna de la Falange no era más que un tumor de crecimiento, que pronto sabría extirpar su Jefe.

VOCES EN DESIERTO

CON motivo de las infinitas crisis a que daba lugar el veto de los socialistas y Alcalá Zamora a la entrada en el Poder de la C.E.D.A. y la medrosidad de ésta para conquistarlo, medrosidad que iba a costar a España, en octubre, la sangre derramada en la intentona marxista y separatista, Falange Española dio al país, a finales de abril del 34, este manifiesto:

«Otra vez, como tantas en los últimos tiempos, vuelve a ponerse en azar los destinos de España. Se dijera que pesa sobre nuestra Patria la maldición de no llegar a ser una realidad perfilada y establecida, sino un perpetuo proyecto de realidad, siempre en período de borrador inseguro.

»Cada vez que ha parecido entreverse el resurgimiento de una común aspiración nacional, pronto lo ha frustrado la pugna de unos partidos contra otros. La última vez fue el 14 de abril de hace tres años; entonces, a costa de la pérdida -lamentada por muchos- de una institución milenaria, pareció levantarse a los ojos de casi todos una coyuntura de alegre esperanza colectiva. El movimiento del 14 de abril era, en apariencia, portador de las dos cosas que España necesitaba apremiantemente: un optimismo nacional, integrador de todos en la fe de un mismo destino, y una justicia social, rectificadora, de las condiciones inhumanas en que vegetan gran parte de nuestras gentes proletarias.

»Pronto se apartaron los Gobiernos del primero de esos principios. Lo que pudo ser régimen nacional se convirtió en régimen de secta, inhospitalario y rencoroso. Y apenas terminada esa época, cuando el Gobierno Lerroux y las derechas que le asistían anunciaban poner fin a la política de secta, no hicieron otra cosa que frustrar del todo el otro punto esencial de la República: el de la justicia social. La República, en manos del Gobierno Lerroux, vino a convertirse en un régimen burgués idéntico al que imperaba en 1921.

»Ha sido inútil que la Falange Española de las J. O. N. S. alzara su voz reiteradamente contra un sistema político que juega con la Patria en una contradanza alternativa de derechas e izquierdas. Ha sido inútil repetir que el destino y el interés patrio son siempre los mismos y no pueden mirarse desde la derecha ni desde la izquierda, sino en toda su integridad. Pese a tales predicciones, los partidos de izquierda se han esforzado en calumniarnos, presentándonos, a sabiendas de que mentían, como defensores de un sistema

capitalista que consideramos detestable, y las gentes de derechas han preferido agruparse alrededor de los jefes que presentaban programas más cómodos, aunque sacrificasen a la comodidad de tales programas toda emoción juvenil, española y profunda.

»Como de costumbre, los que han querido ser más listos se han acreditado de insuperablemente torpes. Gracias a la sabiduría política, al juego parlamentario y a todas esas cosas en que aún tienen algunos puesta su fe, se encuentra España en una de las situaciones más confusas que se recuerdan: en la situación paradójica de que la fuerza material suficiente para cohibir incluso a los primeros poderes del Estado se halle en manos de quienes disponen de una mínima representación parlamentaria, mientras detrás de la mayoría parlamentaria y de los partidos mejor dotados de medios para ganar elecciones y organizar paradas espectaculares no hay sino debilidad y falta de fe.

»Falange Española de las J. O. N. S. no tiene nada que hacer directamente en este caos donde ha metido a España la descomposición; cada vez más hedionda, de un sistema político agonizante. Pero quiere, para salvar su responsabilidad, y segura de que aún no se ha perdido todo, dirigirse al pueblo de España con su desesperado llamamiento: ¡Españoles! ¡Basta de Parlamento y política oscura! ¡Basta de izquierdas y de derechas! ¡Basta de egoísmos capitalistas y de indisciplinas proletarias! ¡Ya es hora de que España, unida, fuerte y resuelta, recobre el timón de sus grandes destinos! ¡Eso quiere y por eso os llama a todos la Falange Española de las J. O. N. S.! ¡Estudiantes, campesinos, trabajadores, labradores, gentes mozas de cuerpo y de espíritu, desdeñad los llamamientos que os lanzan desde un lado el odio y desde otro lado el egoísmo y la pereza y agrupaos bajo nuestra bandera, que es la bandera libertadora de la Revolución Nacionalsindicalista!»

El estilo de la prosa, la analogía con escritos y discursos próximos patentizan que -a pesar del Triunvirato- la única voz sonante en el desierto español era ya la de José Antonio y nada más que la suya.

UN VIAJE A ALEMANIA

EN mayo de 1934, José Antonio emprende un viaje a Alemania. Quiere conocer por sus propios ojos y oídos sagaces lo que es en realidad el experimento «nazi», tan desfigurado por la Prensa y la propaganda adversas. La nueva Alemania aún no ha dado los primeros pasos ruidosos de su despertar -que habría de asombrar al mundo-, sino que trabaja en un silencio de febril actividad para poner en marcha su energía secular. El fenómeno nacionalsocialista -todavía en sus balbuceos- atrae la curiosidad de José Antonio antes de que los noticiarios de cine difundan por el mundo la espectacularidad de sus Congresos de Nüremberg, la arquitectura de la casa del Partido en Munich, la disciplina de la ocupación del Sarre, la mística

castrense del rearme de Renania, la entrada en Viena, Praga, Dantzig o Memel y los ataques en picado de las formaciones de «Stukas». A José Antonio le interesa el experimento del III Reich mucho antes de que nuestra guerra de Liberación ponga ante la mirada de España las simpatías de Alemania hacia nuestra causa; mucho antes de que la Falange establezca la camaradería con los camisas pardas que nos habían precedido en las luchas callejeras contra el marxismo.

El genio intuitivo de José Antonio no se abría a la curiosidad cuando el deseo o la necesidad de conocer son irremediables. Su apetencia de saber le llevaba a buscar las cosas grandes desde sus orígenes. Por eso, luego de haberse impuesto teóricamente de la ideología nacionalsocialista por detenidas lecturas del *Mein Kampf,* de Hitler, y *Der Mythus,* de Rosemberg, y sus antecedentes nietzscheanos, decide ir a ver cómo es en la realización toda aquella teoría de profundo germanismo, de romanticismo esencial alemán que se llama el nazismo.

Como todavía no es más que un joven Diputado y el Movimiento que dirige no ha traspasado las fronteras ni le ha dado aureola de popularidad, espera del viaje los frutos más sabrosos, que son los obtenidos por la observación directa en la plaza pública, con buenos camaradas alemanes y españoles conocedores del ambiente.

Nada de programas oficiales, condenados casi siempre a la esterilidad por la cargazón de visitas y estudios y la prolijidad de pormenores ininteresantes. Nada de coacción para el ver y el oír, de acompañantes oficiosos que muestran el anverso y ocultan el reverso de las situaciones políticas. Bien está la explicación somera sobre tal o cual manera de organización, funciones o procedimientos de la máquina política. Pero lo más interesante es el estudio de la adaptación de un sistema a un pueblo y de un pueblo a un sistema; la observación de las reacciones sentimentales frente a los hechos nuevos y trascendentes; el análisis de los resultados ya obtenidos y la adivinación de los éxitos por lograr. Cosas que un espíritu sutil advierte en la voz de los hombres, la risa de las mujeres, el juego de los niños, la música de la plaza, la alegría o melancolía del bar, el color de los trajes de la gente, el ritmo de moda y mil pequeños detalles más de la masa humana que vive la experiencia.

José Antonio no conocía Berlín ni apenas Alemania. Le pilotan por la inmensa capital prusiana algunos amigos. El inseparable de aquellos días por los cafés de la Kúrfürstendam, los Museos de Pérgamo y del Kaiser Guillermo, por el Unten der Linden, que aún tiene tilos; por el Tiergarten, con cisnes y ardillas, y por el Wansee, ya alborotado de blancas velas de balandros y rojos bañadores de muchachas nadadoras, es Eugenio Montes. Con ellos, a veces, González Ruano y otros periodistas y estudiantes de Medicina, Derecho, Arquitectura, Ingeniería, Filosofía o Música. Eugenio le hace comprender muchas facetas del carácter alemán y muchas razones afiladas del nacionalsocialismo. José Antonio comprende -la comprensión de José

Antonio se repartía en amor y crítica- y selecciona del nuevo sistema político-social de Alemania lo que puede aprovechar a la mentalidad de la juventud española en busca de un nuevo ideal de disciplina y fe en la Patria.

Algunos dirán -lo dicen siempre en su tosquedad de analfabetos o su pedantería de autodidactos- que el viaje de José Antonio -como el anterior a Italia- ha sido para «copiar». No entienden que ha sido para «aprender». Plagia, copia, parodia o falsea quien carece de genio creador. El genio creador aprende, consciente de que la Genialidad -por muy espontánea que sea- necesita el pulimento de la confrontación. José Antonio, que comprende perfectamente el genio de España, adivina todo cuanto ese genio puede aprovechar o repeler del genio alemán cuajado en el nacionalsocialismo hitleriano. Hay cosas en el sistema germánico que le gustan o le disgustan. Mentalmente toma nota de ellas, aun cuando, en apariencia, su mirada sea ligera y fugitiva. A su regreso a España, la Falange recibirá nuevas consignas de vigor y de espiritualidad, de cosas y hechos diferenciales aprendidos a través de un paseo por un bosque, de la visita a un Centro cultural o, simplemente, de la presencia como espectador callejero de un desfile de la S.A. o del Ejército, todavía triturado en Versalles, pero próximo al desperezamiento enérgico, que le conducirá a las victorias de Polonia, Noruega y Francia- [En el libro *Falange, hoy,* de Miguel Veyrat y José Luis Navas-Migueloa (Madrid, G. del Toro, 1973), el viejo camarada de la Falange valenciana Adolfo Rincón de Arellano, hablando de José Antonio, dice en la página 265: «Con respecto a su relación con la Alemania nacionalsocialista, puedo decir que estuvo en desacuerdo en muchas cuestiones y que en el verano de 1934 las apuntó en su discurso del Ateneo de Santander, lo que me recordó en 1935 cuando le pedí ayuda para obtener una beca para ampliar estudios en aquella nación, al decirme: "Los alemanes, que toman nota de todo, no se han olvidado de mi discurso de Santander, donde tú también estuviste, y desde entonces no tengo ningún amigo en la Alemania oficial".»

Quizá aquel discurso y la posición de José Antonio ante la Alemania nacional socialista tuviera algo que ver con la negativa del Secretario Político del Ministerio de Asuntos Exteriores del III Reich, Ernst Von Weizsacker, a la petición del Cónsul germano en Alicante, Von Knobloch, de autorización para liberar a José Antonio preso, en el verano de 1936.

Otro detalle de cómo juzgaba el Jefe de la Falange al nacionalsocialismo alemán y a su «Führer» lo ha proporcionado la gran artista española Ana de Pombo, al decir en un reportaje que le hicieron en *ABC*, de Madrid, acerca de sus *Memorias,* estas palabras: «En París recibí un telegrama de José Antonio Primo de Rivera en el que me anunciaba su llegada. Fui a buscarle. En un día de frío terrible, bajó del tren sonriendo, sin abrigo y sin sombrero. Iba de paso para Alemania, donde se entrevistaría con Hitler. Al regreso me dijo: "Con este hombre no nos entenderemos nunca. No cree en Dios".]»

Breves días pasó José Antonio en Berlín; breves, pero intensos para la amistad y el conocimiento. De su estancia en la capital alemana nos queda un

autógrafo magnífico en el álbum de la Pensión Latina -albergue de universitarios y periodistas españoles-, frecuentadísima por él, en busca siempre de la cordial camaradería, tan difícil de encontrar en el *hall* o el bar de los grandes hoteles de tipo cosmopolita, donde se intriga en amor, amistad o política en el ambiente esnobizado. Estas palabras de José Antonio tienen la emoción poética y profética de todo cuanto escribió. Por ser de las raras que de él se conocen escritas en el extranjero, son hoy un poco como la piedra de fundación de la Falange Exterior. Dicen así:

«Con un recuerdo -agradecido a esta hospitalidad- para la España que acaso no existe físicamente, pero que existe en lo eterno, como las verdades matemáticas, y que volverá a proyectarse en la Historia.-José *Antonio Primo de Rivera.* 6 mayo 1934.»

PROPAGANDA GRATUITA

ESTABAN clausurados casi todos los Centros, suspendido *F.E.,* pendientes de aprobación algunos Estatutos provinciales -los mismos que eran aprobados en otras provincias, pues todo dependía del caprichoso humor de los Gobernadores civiles y su disposición mayor o menor a aceptar lecciones de republicanismo-, y, sin embargo, Falange crecía en todas partes. Hasta el punto de que nombrarla -¡aún no habían tomado otras armas los escuadristas que las porras de plomo y sus puños de hierro!- hacía temblar a las Organizaciones marxistas y a los redactores de los periódicos republicanos. Un ejemplo es aquella famosa movilización o concentración falangista en el aeródromo de Extremera, celebrada el domingo 3 de junio.

Vale la pena de transcribir íntegro el relato -magnífica propaganda- que del suceso hizo el tristemente famoso "diario de la República", *Luz,* degenerada consecuencia de *El Sol* de los buenos tiempos y de su primer hijo -natural y pródigo-, *Crisol.*

Decía así *Luz* en la página 1 de su número del lunes 4 de junio de 1934:

«MOVILIZACIÓN FASCISTA EN PLENO ESTADO DE ALARMA

«Centurias en marcha, desfiles en formación militar, ejercicios de combate y *arengas en los alrededores más próximos de Madrid.*

«En la mañana de ayer, la Falange Española de las J. O. N. S. dio orden de concentración de los escuadristas en un aeródromo cercano a Madrid.

»Formaron veinte Centurias y *fueron arengadas por José Antonio Primo de Rivera.*

»Cuando iban a desfilar ante los triunviros se presentó la Guardia Civil del puesto de Carabanchel, alarmada ante aquella reunión, y *prohibió el desfile. ¿Dónde está el Ministerio de la Gobernación, que ni previene, ni reprime, ni se entera?*

»En las primeras horas de la tarde de ayer comenzó a saberse en Madrid que durante la mañana había tenido lugar en los alrededores de la capital un acto de concentración fascista, secretamente ordenado por la Organización de la Falange Española de las J. O. N. S.

»Procuramos informarnos por medio del Director General de Seguridad, pero nadie supo decirnos absolutamente nada. El descanso dominical era casi absoluto en aquella casa. "¿Concentración fascista? -nos decía alguno de los interrogados, lleno de asombro-. ¡No bromeen ustedes! No ha ocurrido nada de eso. ¿Creen posible que si, en efecto, los fascistas hubieran llevado a cabo un movimiento de esta índole no lo sabríamos a estas horas?"

»Sin embargo; la concentración era una realidad. Y puestos a obtener informes exactos, no nos fue difícil, gracias a algunos republicanos de Carabanchel ([126]), saber lo que durante la mañana había sucedido en los alrededores de Madrid.

«ORDEN DE CONCENTRACIÓN Y EJERCICIOS MILITARES

»El viernes, durante la tarde, los "triunviros" que dirigen la Organización fascista, señores Primo de Rivera, Ruiz de Alda y Ledesma Ramos, pensaron en la conveniencia de organizar algún acto de propaganda para ayer domingo. ¿Conferencia pública? ¿Mitin? No era posible siquiera soñar en semejante cosa. Se oponía terminantemente el estado de alarma. Tampoco se podía soñar en la organización de un mitin de carácter clandestino, porque, sobre no tener objeto, la fuerza pública lo impediría fácilmente. Pero ¿cómo, por otra parte, se podía dejar pasar el domingo sin hacer algo que pusiera a los jefes en contacto con los afiliados y a éstos entre sí? ¿Cómo, sobre todo, dejar pasar los días sin probar el grado de organización en que estaban las escuadras de combate o, como si dijéramos, las fuerzas de choque?

»En vista de la imposibilidad de convocar un mitin u otro acto parecido, resolvieron los "triunviros" dar una orden secreta de movilización de las centurias que tienen organizadas en Madrid y de concentración de las mismas en un campo cercano a Madrid.

[126] Entre aquellos republicanos carabancheleros habría algún falangista que «hinchara el perro» para hacernos el reclamo. Las fotografías del acto -una de José Antonio al frente de varias hileras de muchachos y otra del Jefe contestando a las preguntas de la Guardia Civil- fueron tomadas tan oportunamente para mostrar a los rojos lectores de *Luz* cuál era el estilo falangista, que hace suponer fueran del propio y famoso fotógrafo de *F. E.* y *Arriba,* el gran Agripino Camín, de quien ya habrá ocasión de hablar más adelante, en toda esta parte en que tan confundidas -son una sola cosa- están la vida de José Antonio y la de su Falange.

»SECRETO DE LAS ORDENES

»Una vez tomado el acuerdo, uno de los "triunviros" quedó encargado de circular las órdenes. Ni siquiera los otros compañeros de dirección y caudillaje de las "falanges" debían intervenir en ella. Tenían que ser absolutamente secretas. El "triunviro" designado al efecto se encargaría de todo y organizaría la movilización, de acuerdo con el Jefe supremo de las milicias.

»Dicho y hecho. Durante la noche del viernes los jefes de centuria fueron conociendo la consigna por medio de los agentes de enlace, y quedaron comprometidos a reunir y concentrar las centurias en los lugares que les fueron señalados.

»¿Dónde debía llevarse a cabo la concentración? Este era otro de los secretos, incluso para los directores. Desde luego, no cabía pensar en lugar muy alejado de Madrid. Al propio tiempo convenía elegir un campo que reuniera las condiciones para que en él pudieran formar, ejercitarse y desfilar mil quinientos o dos mil hombres. El "triunviro", provisto de plenos poderes, decidió que ese campo fuera un aeródromo particular, situado cerca del campo de Aviación Militar de Cuatro Vientos. A nadie se comunicó este dato, y los jefes de centuria sólo sabían que la ruta a tomar era la de la carretera de Carabanchel.

»FUNCIONA LA SECCIÓN DE TRANSPORTES

»Avisados los jefes de escuadra, no quedaba sino organizar el transporte de los expedicionarios. Para ello, en la mañana del sábado, fue convocada la "Sección de Trasportes" ([127]) de la Falange Española de las J. O. N. S. y notificada de la misión que debía cumplir. El transporte se haría en autobuses y camionetas. La Sección de Transportes se dedicó durante la tarde del sábado a contratar los vehículos y a fijar los lugares de la ciudad en que habrían de esperar los "escuadristas". Estos, a su vez, por medio de sus jefes, recibieron una nota secreta, en que se les asignaba el punto de concentración a que habían de acudir dentro de la ciudad para tomar el autobús que les había sido reservado. Era, por así decirlo, como la orden del día para la primera etapa de marcha. Evidentemente, un espíritu muy militar, habituado a esta clase de operaciones, directamente relacionadas con la milicia, estaba interviniendo activamente en la movilización.

[127] La falta de la ene en la palabra transporte es de *Luz,* cuyo relato transcribo literalmente.

»UNA AVANZADILLA ALA SALIDA DE MADRID

»Como los expedicionarios fascistas salían de Madrid sin conocer cuál era el campo en que habían de reunirse, el organizador del movimiento dispuso que sobre la carretera de Carabanchel, a la salida de Madrid, se situara una avanzadilla y que ésta fuera la encargada de comunicar a cada uno de los jefes el lugar que se había destinado para la concentración. Uno por uno fueron recibiendo la orden escrita y procedieron a seguir la ruta que se les indicaba.

»De ocho y media a nueve de la mañana empezaron a salir los autobuses de Madrid. La hora en que las fuerzas fascistas tenían que estar formadas sobre el aeródromo era la de las diez de la mañana.

»OCHO CENTURIAS TUVIERON QUE QUEDARSE EN MADRID

»Según los cálculos que habían hecho los organizadores del "fascio" español, se reunirían en la concentración unas veintiocho centurias, o sea, dos mil ochocientos hombres. Pero aproximadamente a las nueve de la mañana, cuando los "triunviros" salían de Madrid a la carretera de Carabanchel, les salió al paso la avanzadilla de que antes hemos hablado y les comunicó que debían retrasar un poco su llegada al campo, porque se habían presentado dificultades para el traslado de ocho centurias.

»Momentos después llegaba al puesto de la avanzadilla una motocicleta de las Falanges a comunicar que varios de los autobuses contratados habían sido objeto de actos de sabotaje por parte de algunos chóferes y que, por consiguiente, no les sería posible presentarse en el aeródromo de Carabanchel a la hora que se les había señalado.

»En efecto, a medida que iban saliendo autobuses, parece que determinados mecánicos encargados de conducirlos se fueron dando cuenta de que algo raro sucedía con todo aquel movimiento, y cayeron en la sospecha de que los fascistas se estaban reuniendo para trasladarse a algún punto de las proximidades de la capital; ignoraban con qué objeto. Llevados de esa sospecha, que por momentos se hacía más clara, se fueron negando a conducir a los expedicionarios, y en algunos casos fingieron averías que hacían imposible el viaje de varios autobuses. Por efecto de esa actitud de los mecánicos, las ocho últimas centurias que habían sido avisadas tuvieron que quedarse en Madrid y no se unieron a la movilización.

»FORMACIÓN DE LAS CENTURIAS

»Estas noticias fueron transmitidas inmediatamente al campamento en que estaban ya reunidos los restantes viajeros fascistas, y se dio orden de que, sin esperar la llegada de las ocho centurias restantes, procedieran las veinte ya concentradas a formar militarmente.

»Inmediatamente quedó hecha la formación, y entonces se avisó a los "triunviros" para que se presentaran en el aeródromo y pasaran revista.

»Estos siguieron el mismo camino que los "centuriones", o sea, un camino que, saliendo de la carretera de Carabanchel, va a dar en el aeródromo particular, situado cerca de Cuatro Vientos. Subieron todos por la llamada "Vereda del Soldado". Y cuando se presentaron sobre el campo, las formaciones de fascistas saludaron con los brazos en alto al grito de "¡Viva España!". Los "triunviros" pasaron revista a sus "fuerzas" y fueron haciendo observaciones sobre la regularidad y disciplina de cada una de las centurias. Esto duró buen rato, sin que nadie molestara a los reunidos.

»Terminada la revista, don José Antonio Primo de Rivera subió a la torreta que hay en ese aeródromo y pronunció una breve arenga de sentido militar, que fue contestada con vítores por todas las formaciones ([128]).

»VUELAN VARIOS AVIONES SOBRE EL CAMPO

»Apenas había terminado de hablar el señor Primo de Rivera, cuando se presentaron en el campo varios aviones procedentes de Cuatro Vientos. Las formaciones de "centuriones" continuaron conservando la alineación militar.

»Los aviones describieron varios círculos sobre el campo, estrechándolos cada vez y volando a muy poca altura.

»En este punto, los informes que nos han sido suministrados de Carabanchel contienen datos graves. Se nos dice que los aparatos de Cuatro Vientos llegaron a volar a muy poca altura y que entre los fascistas y algunos de los pilotos se cambiaron saludos. ¿Se trataba de una pura broma de los aviadores, que desconocían la significación de lo que se estaba celebrando sobre el campo, o conocía alguno de ellos cuanto ocurría en aquel lugar? No podemos saberlo y, por consiguiente, nos limitamos a anotar esta rara circunstancia de que, coincidiendo con un acto perfectamente subversivo, sintieran varios pilotos la necesidad de volar por encima del aeródromo civil.

»Quien deba enterarse de esto, que se entere.

---

[128] No es cierto que hablara desde una torreta, sino desde una ventana. Sus palabras de aquella mañana -como tantas otras suyas- no fueron recogidas. La Falange pecó de falta de taquígrafos que hubiesen perpetuado estos momentos -quizá los mejores- de la elocuencia de José Antonio. Desde luego, tos pocos que viven todavía de aquellos concentrados en el aeródromo de Extremera, y que no recuerdan exactamente los conceptos, dicen que habló del sentido militar de la vida, del ascetismo de la Falange y de la belleza de la muerte en acto de servicio. de la manera arrebatadora que lo hacía siempre que tocaba esos temas.

»PREPARACIÓN DEL DESFILE Y LLEGADA DE LA GUARDIA CIVIL

»Una vez que los aviones se hubieron retirado, los "triunviros" dieron orden de preparar el desfile de las escuadras hacia la carretera. Previamente se mandaron varios movimientos y ejercicios como para un combate. Y después iban a empezar los escuadristas su desfile, cuando llegaron al campo unos números de la Guardia Civil, al mando no sabemos bien si de un cabo o de un sargento.

»Eran guardias civiles del puesto de Carabanchel, a cuyo puesto había llegado la noticia de que se estaba celebrando una reunión numerosa cerca de Cuatro Vientos.

»El jefe de la fuerza preguntó por los organizadores de la concentración y entonces se presentó a él don José Antonio Primo de Rivera.

»Solicitó el citado jefe la exhibición del permiso correspondiente para la reunión y se le comunicó que no existía tal permiso, pues todo había sido tramitado secreta y clandestinamente y, por consiguiente, sin permiso de la autoridad. Entonces la Guardia Civil procedió a prohibir que la concentración continuase y rogó al señor Primo de Rivera que se presentara ante el Juzgado de Carabanchel, puesto que se declaraba responsable de todo lo sucedido.

»Acompañado por la Guardia Civil, el señor Primo de Rivera se presentó, efectivamente, ante el Juzgado y ratificó allí la declaración hecha ante la Guardia Civil, en el sentido de que era el organizador y único responsable del acto. El juez le tomó declaración y levantó el atestado correspondiente.

»Los fascistas esperaron en el aeródromo el regreso de Primo de Rivera. Cuando éste volvió a presentarse ante los reunidos los ordenó que rompieran filas y que salieran del campo sin guardar la formación militar, orden que fue inmediatamente obedecida. Las escuadras volvieron a ocupar los autobuses y regresaron a Madrid poco después del mediodía.

»SILENCIO EN LA DIRECCIÓN GENERAL DE SEGURIDAD

»Ese es el relato de 10 que ayer ocurrió en las cercanías de Carabanchel. ¿Inaudito? ¿Escandaloso? Esas palabras nos parecen débiles para calificar lo ocurrido. Esperábamos hoy una nota de la Dirección General de Seguridad o una declaración del Ministro de la Gobernación que nos explicara el hecho y comunicara al público la actitud del Gobierno ante el alarde fascista que tuvo lugar a muy pocos kilómetros de la puerta del Sol. Pero la *Hoja Oficial,* ese maravilloso periódico de los lunes madrileños, que ayer habló con el Ministro de la Gobernación de turno, nada nos dice. Parece que no sucedió absolutamente nada en Carabanchel.

»¿Cómo es posible continuar con un Ministerio que ni se previene, ni sanciona, ni se entera de estas movilizaciones contra el régimen y contra el espíritu de la República? ([129]). ¿A qué grado de frivolidad y de indolencia hemos llegado, que las escuadras fascistas se permiten el lujo de concentrarse y hacer ejercicios militares en pleno estado de alarma y a las puertas de un gran campamento militar? ¿Puede seguir la República tolerando estos desmanes? ¿Se comprende la razón que nos asiste cuando decimos que está entregada a sus peores enemigos y que por el camino actual vamos al aniquilamiento total del régimen? ¿No es una vergüenza, un bochorno para todos los republicanos, que suceda, a ciencia y paciencia de las autoridades, lo que ayer sucedió en la carretera de Carabanchel? (Continúa en la página 13.)

»Ya no queremos indignarnos por estos hechos, porque no se trata solamente de que los republicanos se indignen, sino de algo mucho más urgente y mucho más profundo: de que den el paso al frente si quieren salvar la República.

»Al amparo de la frivolidad o de la inhibición del Poder público, la Falange Española de las J. O. N. S., que después de la fusión ha sido nutrida por el espíritu revolucionario de los "jonsistas", está propagándose entre la juventud y reclutando adeptos, sobre todo entre los jóvenes. Lo que ayer pudieron llevar a cabo hubiera parecido absolutamente imposible hace muy pocos meses. Si los republicanos siguen como hasta ahora, entregados a la incapacidad de defender el régimen, no nos sorprenda que dentro de unos meses más el desfile y la concentración y las arengas tengan como escenario el Paseo de Coches del Retiro o la propia Puerta del Sol» ([130]).

---

[129] En esto tenía razón *Luz*. El Gobierno no se enteraba de ninguna «movilización» contra el régimen. Ni de esta concentración falangista, ni de las de las milicias rojas que se preparaban para la revolución de octubre en Madrid y en provincias. Ni de los desembarcos de armas en Asturias, ni de los desfiles de *escamots* en Barcelona, ni de nada. De todos los Gobiernos republicanos, el de la primavera y el estío de 1934 fue el de más plácido sueño a la sombra de la higuera.

[130] A este relato de *Luz* siguieron otros, sin duda del mismo redactor, en los que llegó a decir lo siguiente: «Más interesante es la transformación fascista que experimenta una gran parte de la juventud de Acción Popular. Los antiguos *luises* y *kostkas* están abandonando la actitud puramente religiosa para sustituirla por una interpretación más nacional de los hechos políticos. El fascismo les brinda todo un programa de audacias, de espectacularidades y hasta de histrionismo dramático. El verbo fascista es más juvenil, tiene mayor emoción, ofrece más novedad que los adoctrinamientos de la Ceda. Entre una cosa y otra hay la diferencia que existe: entre una arenga y la lectura de una estadística. Es natural que la juventud de derecha, puesta en el trance de optar, prefiera la arenga. Y he aquí que esta preferencia se manifiesta de modos muy claros. No digamos que el fascismo toma en España modos gigantescos. No. En España pasó hace siglos la edad de lo gigantesco. No sabemos cuándo volverá: si por las Pascuas o por la Navidad. Pero dentro de la relatividad de las cosas españolas se puede apuntar el crecimiento de los núcleos fascistas con eficacia mayor que la que hace algunos meses podríamos suponer. Falange Española arrastra a la juventud de las derechas. Los republicanos lo creerán o no; harán mal en no creerlo. Llamamos la atención para que no llegue un momento en que digamos, mirándonos

No es necesario decir el contento que en José Antonio produjo esta página de *Luz,* que tantos falangistas guardaban.

-Es el número 13 de F. *E.* -decía José Antonio, frotándose las manos y llena de ancho optimismo infantil su risa clara-. El número 13, que no es de tan mala suerte como dicen, pues no nos ha costado un céntimo ni un tiro y lo han leído todos nuestros enemigos, que ahora andan asustadísimos con nuestra fuerza. Nos dan un bombo que nuestra sencillez no nos hubiese permitido darnos.

En efecto, así era. O el redactor de *Luz* tenía un miedo atroz al cóctel ricino-sidol de la Vieja Guardia «jonsista» o era uno de los nuestros, que ya por entonces iniciaba la actuación de la heroica y nunca bastante elogiada «quinta columna». Por lo bien informado, por el acierto de las fotografías tomadas en momentos oportunísimos, por la ausencia de calificativos despectivos para la Falange y sus Jefes -no se llamaba «señoritos», ni «fascistizantes», ni «chulos», ni «provocadores» a los falangistas-; por los elogios velados a la organización del acto, a la eficacia de los mandos y a la gallardía de José Antonio declarándose responsable de todo para amparar con su inmunidad parlamentaria las consecuencias posibles del acto; por su respeto al hablar de los oficiales de Aviación y de la Guardia Civil y por su desdén al Ministerio de la Gobernación y a la Dirección General de Seguridad, el autor de la sensacional información bien podía haber sido algún redactor de *F. E.,* descuidando algo el estilo para no descubrirse demasiado. Hay motivos bastantes para suponerlo y brindo la idea de averiguar quién fue su autor a quienes más adelante se ocupen de hacer la historia de la Falange madrileña ([131]).

En los demás periódicos izquierdistas también se comentó la concentración de la Falange. Naturalmente, los de derechas no la dieron la menor importancia. Los falangistas empezaban a ser para su perspicacia los «cuatro» gatos que pasarían a la historia de las planchas políticas,

---

estúpidamente los unos a los otros: '¡Pero hombre! ¿Quién lo había de pensar? ¿Recuerdan ustedes cómo empezó ese movimiento? ¡Si parecía cosa de unos cuantos señoritos!' *Sólo hay un medio* de parar en seco este movimiento, y es éste: que no haya en España otra Falange Española que la de los republicanos. Y que esta falange sea de tal modo combatiente, de tal suerte creadora, de tal manera audaz, constructiva, moderna, emocionada y, sobre todo -¡entiéndase bien, nacional!, ¡¡nacional!!-, que todas las demás falanges resulten pueriles y risibles junto a ella, se sientan superadas y decreten su propio aniquilamiento.» (Citado en el libro *Vieja guardia,* de Gumersindo Montes Agudo, Madrid, año 1939.)

Luz, por aquellos tiempos, recibía la «inspiración» de Miguel Maura, y quería para el frustrado jefe de la derecha republicana una Falange, con todo lo que tenía la nuestra. ¡Como si fuese cosa fácil crear una Falange cada día!

Lo que no hay duda es que el Nacionalsindicalismo -al que entonces como ahora mucha gente no quería dar este nombre áspero y revolucionario- se iba creando su atmósfera.

[131] *Nota de la segunda* edición.-La justeza de mi sospecha la confirmó Raimundo Fernández Cuesta al decirme en su carta de 9 de febrero de 1942: «Los datos de la información los facilitó Ramiro a *Luz* y quizá los redactara él también.»

acompañando a los poderes de Gil Robles, a los 300 Diputados de la C.E.D.A. y a tantas otras cosas peregrinas creadas por la imaginación miope de algunos infelices.

La Falange y sus Jefes quedaron satisfechos del éxito logrado. Todos los escalones de la organización de la concentración de Extremera habían funcionado con gran espíritu y disciplina y se adivinaba que la flexible estructura de las milicias ([132]) podía dar resultados estupendos en concentraciones y actuaciones rápidas. Para el domingo 10 se pensó en una actuación de estilo violento contra las juventudes marxistas que, sin escándalo de nadie, invadían todos los domingos los alrededores de Madrid -Moncloa, Pardo, ribera del Manzanares- con sus pantalones, camisetas y gorros americanos blancos y sus pañuelitos rojos al cuello, disimulando el carácter militar de sus concentraciones por la presencia de muchachas, que simultáneamente se entrenaban en los goyescos parajes para el milicianismo de mono y pistolón y para el amor libre. Aquellas hordas de jóvenes, que volvían a Madrid de noche, sudorosos, afónicos, con los botijos vacíos y los puños en alto, dejando plagados de latas de conservas, «Socialistas» grasientos de tortilla, cajetillas, cenizas de pinos y prendas íntimas la Casa de Campo, la Moncloa y todas las márgenes del arroyo aprendiz de río, se llamaban en el «argot» de la Falange los "chíbiris", por el estribillo de una cancioncilla popular a la que ponían las más procaces e insultantes letras alusivas al fascismo en flor, a los políticos en fracasos y a la revolución roja, ya mecha impregnada de gasolina, a la que sólo faltaba aplicar el fósforo. Ni que decir tiene, tratándose de marxistas, que las variadas letrillas -más bien letrinas- del cantarzucho aludían también a la Divinidad, al Clero, a las monjas y a las necesidades fisiológicas, temas todos predilectos de la "poética" popular o erudita (?) de los intérpretes materialistas de la vida y de la historia.

REPLICA A LOS «CHIBIRIS»

LOS «chíbiris» tenían acotados para sus domingos los más bellos parajes de los alrededores madrileños, a donde no se podía ir a pasear con las novias o las hermanas por lo indecoroso del espectáculo de la «expansión» proletaria. La Falange quería reivindicar para todos aquellos parajes y demostrar a los marxistas que nadie tenía derecho a impedir a los ciudadanos

[132] Esta estructura era: elementos, escuadras, falanges, centurias, tercios, banderas y legiones. La escuadra se componía de tres elementos -formado cada uno por tres hombres-, un jefe y un subjefe. La falange, de tres escuadras. La centuria, de tres falanges. El tercio, de tres centurias. La bandera, de tres tercios; y la legión, de tres banderas. Para la rapidez en el funcionamiento, las órdenes se transmitían a los jefes de escuadra. Estos, al subjefe y al primer hombre de cada elemento. Este, a los dos primeros de los otros dos elementos, y cada uno de los tres cabezas de elementos, a sus dos muchachos.

con decencia tomar el sol y el aire bajo las frondas oscuras de los paseos públicos y los antiguos Parques reales.

La actuación violenta del 10 de junio debía consistir en mezclarse un par de Centurias -las heroicas Primera y Segunda Centurias de la Falange de Madrid- con los marxistas y a una hora determinada cantarles la cartilla con la voz contundente de nuestros muchachos.

A tal efecto, Juan Cuéllar, con otros elementos de su escuadra, se situó en las primeras horas de la mañana a la orilla izquierda del Manzanares, frente a la Playa de Madrid. Acamparon cerca de un numeroso grupo marxista, vociferador y soez en extremo. Hombres y mujeres, medio desnudos, retozaban y se achuchaban cerca del agua. Cuéllar y los suyos comentaban en voz baja el juego -que tan poco tenía de danza de ninfas y faunos- y ardían en deseos de que llegara la hora de las «explicaciones» con los marxistas. Estos, al ver que los falangistas no participaban en su regocijo espeso y dominguero, empezaron con pullitas. Cuéllar y los suyos, acatando la orden que habían recibido, las aguantaron tragando bilis. Los marxistas se animaron y comenzaron a cantar la «Internacional», con los puños en alto. Los muchachos de Falange callaban, pálidos de ira. Uno de los jaques marxistas se les acercó provocador:

-Y vosotros, ¿cómo no cantáis la «Internacional»?

-Porque no queremos -repuso Cuéllar.

-¿Sois cenetistas?

-No. Somos la Falange. ¿Qué pasa?

Los cuatro o cinco elementos se vieron rodeados rápidamente por el grupo. Valientemente, los veinte o treinta matones y aprendizas de «tiorras» se abalanzaron a ellos. Puñetazos, mordiscos, patadas, navajazos. Sonaron dos tiros. Juan Cuéllar cae malherido. Los otros se baten en retirada para buscar ayuda en los camaradas que andan cerca, desperdigados. Algunos socialistas les persiguen. Entretanto, las enfurecidas hembras rojas se ceban con el caído y ensayan sobre su cuerpo joven y su cara de fresca mocedad el feroz ensañamiento que habían de realizar dos años más tarde con los «paseados» abandonados en las cunetas, en las tapias, en las callejas. Le pisotean, la arrancan el pelo, le machacan el rostro con un cántaro lleno de vinazo, que se mezcla con su sangre; le insultan, bailan satánicamente alrededor de su cuerpo, y Juanita Rico orina encima de él. Todo esto lo ve un camarada de Juan Cuéllar que ha quedado herido y espantado apoyado en un árbol, esperando que le descubran las arpías. Este camarada -José Costas, de la Vieja Jefatura de Prensa y Propaganda, fusilado en Madrid en 1936, como tantos otros-, íntimo amigo de Cuéllar, lloraba de rabia y horror recordando la escena, en la que no podía intervenir sin correr el mismo riesgo. Duró unos minutos trágicos. En seguida llegaron otros escuadristas -Miguel Primo de Rivera y Cobo de Guzmán, Guillermo Aznar, Escartín, Palao, avisados por los primeros-, y otros marxistas, con los que nuevamente se golpean. Y la Guardia Civil, atraída por el tumulto, los tiros y los chillidos de los bañistas de la Playa de

enfrente. La Guardia Civil, ante la que huyen los marxistas y a la que se presentan los de Falange para denunciar lo ocurrido. La Guardia Civil, que ve horrorizada el cadáver de Juan Cuéllar -tumefacto y mutilado, como los de sus compañeros de Arnedo-, pero que en vez de disparar sus mosquetones contra los criminales que huyen por la arboleda detiene -son las órdenes del Gobierno, que tampoco recibe «lecciones de republicanismo»- a los falangistas.

Por las declaraciones de éstos y los papeles que lleva en los bolsillos se identifica el cadáver de Juan Cuéllar en el Juzgado de El Pardo. Y se avisa a su padre, que es Agente de Policía. Llega el padre, que, deshecho de dolor y espanto, no acierta a reconocer el rostro -grabado a fuego en sus pupilas- del hijo amadísimo en aquel montón de piltrafas moradas y negruzcas, sin forma de facciones humanas, sobre el que ha pateado inmundamente la fiera marxista. A la madre no se le permite ver el cadáver, que es llevado subrepticiamente al Depósito judicial.

Pocos momentos después del horrible suceso, José Antonio, que con uno de sus hermanos paseaba por la carretera de El Pardo ([133]), dispuesto, como siempre, a intervenir con sus muchachos en el instante en que empezara el jaleo previsto, se entera de lo ocurrido y va a rezar ante el cadáver. El espectáculo impresionante de aquel mozo «masacrado» (permítaseme por una vez emplear el odioso barbarismo de la propaganda marxista), de aquel padre que no quiere creer sea su hijo, de aquella madre a quien no dejan entrar a ver el cadáver para que no se vuelva loca de dolor, actúa profundamente sobre su sensibilidad humana y cristiana. Por primera vez abandona su concepto humanista de la Falange ([134]) y murmura como para sí: «Esto se tiene que acabar.» Da órdenes a los camaradas de que se retiren todos, en evitación de nuevos sucesos, y convoca a los otros Triunviros.

Los asesinos han vuelto a acampar por los alrededores del lugar del crimen. Nadie vuelve a importunarlos. Siguen el retozo, el cántico, el baño, el vinazo y el contacto sucio, mientras la Falange Española de las J. O. N. S. oye, transformadas en órdenes de la Jerarquía suprema, las palabras de José Antonio: «Esto se tiene que acabar» ([135]). *Esto* era la ardorosa ingenuidad

---

[133] *Nota de la segunda edición.-Raimundo* Fernández Cuesta (carta citada) rectifica mi versión -que yo tenía de referencias-, precisando así los hechos: «Cuando trajeron la noticia de la muerte de Cuéllar, alrededor del mediodía, José Antonio se encontraba con varios camaradas en su despacho, e inmediatamente salió en automóvil para el lugar del suceso, acompañado por Julio, J. Antonio Ansaldo y yo. Estuvimos procurando hallar a los protagonistas de la lucha, pero no nos fue posible por no conocer exactamente el sitio donde había tenido lugar.»

[134] Véanse los capítulos del libro citado de Francisco Bravo: «José Antonio y el terrorismo» y «El humanismo del fascismo». En ellos se señala con toda exactitud el odio del Jefe a la lucha terrorista, que sólo aceptó porque no había otro remedio, ya que nos obligaban a ir a ese terreno y no era hombre que esquivase el riesgo o la responsabilidad de ir a cualquiera.

[135] No quiere decir esto que José Antonio diese la orden de lo que sucedió después de la muerte de Juan Cuéllar, ni otra alguna del mismo tipo. El día de la muerte de Cuéllar, José

combativa, de frente e inermes, como si el enemigo fuera leal, caballeroso y deportivo. *Esto* era el rezar cristianamente por los Caídos sin venganza. *Esto* era el juego, absolutamente limpio, pero perfectamente estéril, en el que se sacrificaba a los mejores. *Esto* era la letra futura de la primera canción de la Falange:

> Cuando avanza la Falange
> y se oyen silbar las balas
> o te quitas por las buenas
> o te quitas por las malas.
> Los falangistas, los falangistas
> no tienen miedo a «ná»,
> porque ya saben que si les matan
> con diez se les vengará.

Esto era el terror contra el terror, lo que no había querido su alma delicada. El Talión, que repugnaba su espíritu de jurista. Pero no había opción: como en España no había ley y aún la Falange no podía imponer la suya, era menester aceptar la bárbara retorsión en legítima defensa. Ante siete Caídos, la Falange había tenido plegarias y ¡presentes!. Desde el octavo, para cada asesinado a traición habría también la plegaria humana de la venganza.

A las nueve y media de la noche, las manadas de «chíbiris» atravesaban Madrid con un griterío provocativo. Una de ellas había subido por Rosales y los bulevares de Marqués de Urquijo y Alberto Aguilera y desembocaba por la glorieta de Quevedo en la calle de Eloy Gonzalo, hacia la de Cardenal Cisneros. De diosa Razón -fémina marxista del grupo- iba Juanita Rico, la «heroína» del crimen de la mañana, acompañada de dos hermanos suyos y una docena de tagarotes, que celebraba todavía con chacota el suceso. En la esquina hay un coche parado, y en él las pistolas de Falange, que por primera vez van a dar la réplica en lenguaje marxista a los marxistas. Tal vez así comprenderán de una vez los asesinos que la Falange no es débil ni blandengue. Suenan varios disparos. Caen en el suelo los hermanos Rico y el coche se pierde a toda velocidad por las calles, en que la bullanga dominguera se hacía pánico indescriptible.

Antonio «se resignó» a que la Falange dejara de ser angelical, como la había soñado. Pero nunca tuvo intervención en la preparación de las represalias, que corrían a cargo de las Milicias, mandadas entonces por Juan Antonio Ansaldo y por Groizard. La fiereza de la lucha endureció un poco el alma de José Antonio, aun cuando siempre sostuvo su parecer de que Falange no iniciara atentado alguno (*).

(*) *Nota de la segunda edición.-Según* Raimundo Fernández-Cuesta, "la orden la dio Juan Antonio Ansaldo".

Describir la campaña que desencadenaron los periódicos de izquierdas contra la Falange es difícil ([136]). Todo el sentimentalismo y la cursilería de las redacciones rojas inundaron de folletín truculento las páginas de *El Socialista,* de *La Libertad,* de *Claridad,* de *Luz,* del *Heraldo.* Juanita Rico se convirtió poco menos que en la Manuela Malasaña de los marxistas. Póstumamente la adornaron con todos los chafarrinones de que es capaz una mala literatura burguesa al servicio del proletariado. Los tópicos de *Juan José,* invertidos, le fueron aplicados. La gimieron en prosa Zozaya y Castrovido, y en verso, Luis de Tapia y Alberti. Podían hacerlo, pues el cuartel de la Montaña de julio del 36 perdió una de sus milicianas más frenéticamente morbosas. Toda la Prensa roja -que dedicaba dos líneas a la muerte de Cuéllar, las mismas que habían dedicado a Sampol, a Montero, a Montesinos, a Hernández- consagraba amplias páginas a llorar a la Rico y a excitar contra Falange a las hordas comunistas. Nacen entonces las amenazas contra Pilar Primo de Rivera, de quien más tarde, por orden de *la Pasionaria,* llevarán el retrato en la cartera todos los pistoleros marxistas, con la consigna de asesinarla donde la encuentren. La propia *Pasionaria,* en plenas Cortes frentepopulistas, incitará públicamente a que se la asesine.

El Gobierno obliga a enterrar clandestinamente a Cuéllar y a los hermanos Rico; pero también la clandestinidad tiene horas diferentes para los gobernantes radicales, y a Cuéllar le recibe la tierra sagrada con la luz del amanecer, mientras el pleno día quiebra el secreto del entierro de Juanita Rico, que tiene lugar entre una apoteosis de puños en alto.

PROCESO RUIDOSO

LA Policía, contra lo que venía haciendo en anteriores sucesos sociales, busca activamente a los autores de la muerte de Juanita Rico. Tanto influye en su actividad la presión del Gobierno, que quiere escarmentar a los fascistas, como el *chantage* de los marxistas, atribuyendo el suceso de la calle de Eloy Gonzalo a la propia Policía, de acuerdo con la Falange, por ser Cuéllar el hijo de un agente del Cuerpo.

Se encuentra un automóvil que, al parecer, tiene una huella como de quemadura de bala en una ventanilla. Se detiene a su propietario, el secretario de Embajada Alfonso Merry del Val, quien niega obstinadamente su participación y la de su coche en el hecho. El automóvil, no obstante ser de una marca y modelo nuevos en Madrid y perfectamente identificable, no es reconocido por los testigos. Pero la detención de Merry del Val es un buen

[136] El *Mundo Obrero* acusaba concretamente de la muerte de Juanita Rico a un falangista a quien llamaban *el Cejas* y que era el camarada Alberto Ruiz, hijo del cronista oficial de la Guerra de Liberación señor Ruiz Albéniz. Alberto no intervino en el suceso.

argumento para los periódicos que adulan las bajas pasiones de la plebe. Merry del Val es un señorito y diplomático -esta «carrera de señoritos que cobran en oro por bailar y jugar a las cartas», según afirman todos los periodistas mediocres que sueñan ponerse de frac alguna vez y ser llamados excelencia-, hijo de un Marqués Embajador del Rey y sobrino de un Cardenal de la Corte Romana. Tienen todos los blancos para lanzar sus calumnias y escupitajos contra todo lo jerárquico y tradicional, contra la aristocracia y el clero. Pero Alfonso Merry sigue imperturbable, y los esfuerzos de los abogados y los jueces y la tenacidad de la Prensa voceadora no logran arrancarle una declaración que justifique su responsabilidad. En la vista ante el Tribunal de Urgencia es defendido por el abogado del Ilustre Colegio de Madrid don Alfredo Serrano Jover, que había de pagar con su vida, en el verano sangriento de 1936, esta defensa y la de algunos otros camaradas de la Falange ([137]). La prueba le es favorable y, a pesar de la enorme presión de los socialistas y comunistas, es absuelto. Pero el Ministerio de Estado, advertido de las gravísimas amenazas lanzadas sobre él, le destina a América, y sale de la cárcel para ganar rápidamente la frontera, sin ir siquiera a su casa, rondada día y noche por pistoleros rojos que cobrarían su muerte. Algún falangista, detenido por vagas sospechas, es puesto en libertad también. José Antonio se había retorcido de dolor las manos ante la necesidad imperiosa de contestar a los marxistas con su mismo ademán, pero no había tenido otro remedio que aceptar la lucha en esos términos De no haber acabado con las contemplaciones se habría resquebrajado la moral y la disciplina en las Milicias, y ya había bastante con la inquietud que se observaba en los dirigentes, a que antes se ha aludido, y que iba a cuajar pronto en actitudes desagradables de algunos en quienes precisamente José Antonio confiaba más por su preparación intelectual d por su personal amistad.

EL VERANO DEL 34

EL 5 de julio reapareció F.*E.* y con F.*E.,* el cortejo de incidentes: estacazos, puñetazos, tiros y detenciones. La Falange empezó a conocer y frecuentar los calabozos de la Dirección General de Seguridad en las delicias del verano.

---

[137] El señor Serrano Jover no pertenecía a Falange, sino a Renovación Española. Algunos otros abogados de este partido monárquico y caballeroso alternaron con José Antonio y sus pasantes Garcerán, Matilla, Sarrión y Reyes en las defensas de los falangistas sin temor a las amenazas rojas (*).

(*) *Nota de la segunda edición.-«La* defensa de Alfonso Merry del Val la hizo Colom y Cardany. Y le cobró 25.000 pesetas.» (Fernández-Cuesta. Carta citada.)

El 10 de julio, un coche fantasma tirotea a un grupo de camaradas que toman el fresco en la puerta y en el jardín del hotel de la calle del Marqués del Riscal. La Policía, el mismo día, da una batida y detiene en el Centro a sesenta y nueve camaradas del S. E. U. y de las Milicias ([138]). Casi todos ellos ganarían más tarde las aspas rojas o blancas, la Palma de Plata y la gloriosa sombra negra de los brazos abiertos de la Cruz de los Caídos.

Se han cerrado las Cortes y los Tribunales. El estado de alarma perdura y la vida de la Falange continúa sus azares. José Antonio aprovecha los primeros días de agosto para tomarse un breve descanso en San Sebastián, nadar un poco en Ondarreta -aplicando las lecciones teóricas y prácticas de Manolo Valdés en el Jarama o la piscina del Club de Campo-, charlar con amigas y amigos y advertir gravemente a los políticos, dispersos por las playas cantábricas, de la delicadísima situación por que atraviesa España, en vísperas de una revolución de inusitado porte. Como es natural, los políticos no le hacen caso. «La serpiente de mar» es este año la revolución marxista. José Antonio y su Falange, unos aguafiestas. No pasará nada. El llamado Gobierno Samper que se ha dejado en Madrid es sedante como una horchata. Cuando se reanuden las tareas parlamentarias -pasados los calores- se hará el reajuste político necesario. El *Botas* no tendrá más remedio que transigir y tragar unos cuantos ministros de la Ceda, que sabrán hacer la felicidad de España. ¡No pasa nada!

José Antonio, cumplido su deber de advertir lealmente lo que su clara inteligencia adivina, se vuelve a sus amigos y camaradas. En estos breves días de estancia en San Sebastián, acompañado de Cuerda, Aguilar, Aizpurúa, Sánchez Mazas, Giménez Caballero y Bravo, y algunos intelectuales jóvenes no falangistas, José Antonio divaga sobre política, sobre libros, sobre los toros, sobre la tradición, sobre los separatismo, sobre el Arte y la Historia ([139]).

---

[138] José Antonio comentó así esta detención y clausura del Centro: «Otra vez ha entrado la Policía en nuestro Centro -ya medio clausurado- y ha recorrido todas sus dependencias, como si albergase los mayores peligros. Otra vez ha interrumpido la autoridad nuestro normal desenvolvimiento. Cuarenta y cuatro camaradas están en la cárcel y otros veinticinco pasaron veinticuatro horas detenidos. ¡Otra vez! y así cada semana, cada dos semanas. Nuestros mítines. prohibidos; nuestros Centros, clausurados; casi todos los gobernadores reteniendo -contra la Ley- nuestros Estatutos, ya aprobados por la autoridad central... Todos los procedimientos más refinadamente escogidos para aniquilarnos por el tedio, ya que parecen convencidos de que no nos aniquilarán por el terror. El tedio, el aburrimiento, el desaliento, la desgana. Esas son las musas de los que dicen que nos gobiernan. Triste charca la de nuestros días. en que parece ilícita toda resuelta fe. ¡Días putrefactos dedicados a la monstruosa tarea de cortar las alas a España!»

[139] Nota de la tercera edición.-Víctor d'Ors ha recordado recientemente en una conferencia en los Círculos «Medina» de Madrid y Barcelona (esta última el 28 de noviembre de 1961) que durante aquella estancia de José Antonio en San Sebastián el conferenciante y otros camaradas provocaron un encuentro entre el jefe falangista y el creador del cubismo y tantos «ismos» más, Pablo Picasso. La conversación, animadísima, después de tocar diversos temas, vino a desembocar, como era lógico, en el del arte, y especialmente en el de la pintura. José Antonio -según d'Ors- sostuvo con briosa dialéctica la excelencia de la

Se da de lleno a dos goces íntimos de calidad: la amistad y el diálogo, para los que era insuperable como dador y como receptor. En diversas páginas del libro de Francisco Bravo sobre José Antonio se alude a estos días y a estas conversaciones en las terrazas de los clubs o los cafés, llenas de espiritualidad, de cultura, de ingenio. Entre las discusiones sobre las cocinas española y francesa; sobre si debieran o no perdurar en el Estado Nacionalsindicalista las corridas de toros; sobre si era aceptable o no para la nueva España de la Falange el traje de baño modelo «padre Laburu», que se había hecho adoptar en San Sebastián a las bañistas; sobre el último libro de Ortega o el último drama de García Lorca; sobre Lope o Garcilaso; sobre los ensayos de Chestterton o de Huxley; sobre la voz de Mussolini, el ritmo de *la Argentina* o el humorismo de Charlie Chaplin; sobre la biografía de Maurois, de Ludwig o de Zweig; sobre la novela de Proust, la pintura de Picasso o *el Greco* y la danza de Josefina Báker; sobre todo esto y mil cosas más hablarían seguramente ([140]). Se hablaba de política y se hablaba de la Falange, amenazada de una crisis interna, «producida por existencia del mando plural. Ledesma pretendía seguir con las J. O. N. S. como con un cantón independiente. En el palacete de Marqués del Riscal tenía una oficina aparte; pretendía que los jonsistas le hicieran caso únicamente a él. Y esta crisis, paralelamente a la represión gubernamental, retrasaba insuperablemente las posibilidades del movimiento, cosa que hacía desmayar a los que habían ido con él sin idea de la Historia.»

Bravo -de quien son estas palabras- y los otros camaradas estimaban -como muchos más de Madrid y otras provincias, así como los del «frente invisible»- que la fusión no tendría eficacia plena sin la unidad de mando absoluta. Y todos ellos pensaban que, por encima de prioridades en el tiempo, de veteranía en la idea o en la lucha política, el Jefe único, con plena

---

naturaleza como maestra, en tanto que Picasso mantuvo su preferencia por el trabajo en el estudio, apoyándole en esto Rafael Sánchez Mazas, con la ayuda de la opinión de Leonardo de Vinci, cuando afirmó que, a su juicio, la elaboración de la pintura es un proceso mental. Entonces intervino Víctor d'Ors, manteniendo la opinión de que quizá los cuadros más excelentes de la historia de la pintura hayan sido, efectivamente, elaborados en el estudio, pero como resultado de amplia y profunda observación previa de la naturaleza. Y tuvo entonces la satisfacción de ver que José Antonio corroboraba sus palabras, asintiendo con verdadero alborozo, sin duda alguna porque en ello había visto una solución de armonía, que era la sustancia misma de su modo de pensar y de proceder. En la última parte de su conferencia, Víctor d'Ors explicó cómo ese amor de José Antonio por la armonía -coincidente con el de don Eugenio d'Ors- le inspiró la maravillosa síntesis entre la irrevocable unidad de la Patria y la rica variedad de sus rincones, dando así plena satisfacción a la personalidad de Cataluña, que él supo comprender como nadie con auténtico y apasionado entendimiento de amor. (Extracto publicado en Arriba, de Madrid, el 29 de noviembre de 1961.)

[140] *Nota de la tercera edición.*-Pocos días antes de esta corta y un poco tardía vacación había declarado en una encuesta del semanario *Estampa,* de Madrid (18 de agosto de 1934): «¡Veranear! Si pudiera hacerlo sería feliz, no por el descanso, sino por el orden: Esta será mi aspiración frustrada toda la vida: veranear en verano, invernar en invierno, no tener más cartas que las precisas y comer a horas razonables.»

responsabilidad y autoridad plena, tenía que ser José Antonio. José Antonio se resistía. No por temor a la responsabilidad de la jefatura, pues bien claro se advertía que, tanto para los amigos como para los enemigos, él era la cabeza visible y la voz audible de la Falange. No por falsa modestia, que le hiciese dudar de sus condiciones de mando y de su capacidad intelectual para enderezar a la Falange por una senda firme, con paso decidido. No por temor a desmayar, pues conocía la reciedumbre de su voluntad, necesitada de duras pruebas para manifestarse inquebrantable. Además, no era ambicioso ni capaz de buscarse apoyo en la sombra. Veía claramente que la Falange *no llegaría a ser* con el sistema triunvirista imperante, pero sabía que el cambio podía traer consecuencias enojosas. Si se le elegía a él como Jefe único, era posible que los jonsistas rompiesen la fusión, impulsados por Ledesma Ramos y algún otro. Si el elegido fuese Ledesma Ramos, su virulencia y agresividad, un tanto demagógica, podrían torcer el rumbo recto, poético y cristiano de la Falange. El sabía que, en realidad, la jefatura era suya -pues el jefe nace, no se hace, y José Antonio había nacido ya ungido con la jerarquía moral e intelectual-, aunque el saboteo y las maniobras constantes desfiguraban sus órdenes y sus consejos. Pero jamás intrigaría para que se cambiase el sistema en aparente beneficio suyo. En esta actitud, José Antonio compartía por inhibición la responsabilidad de los demás. Inhibición que no tenía como causa falta de amor a la Falange, cada hora más fundida en su sangre y en su espíritu, sino la «indolencia o fatalismo moruno», que alguien que le conocía bien achaca a su carácter y la elegancia espiritual de no combatir por sí mismo. Para ello encontraba la disculpa de los méritos innegables de Ramiro Ledesma y de Julio Ruiz de Alda, triunviros con él.

En aquellas charlas de San Sebastián, la tenacidad de Bravo, machacando incesante sobre el tema, apoyado por Ruiz de Alda, tan magnífico camarada y gran admirador de José Antonio, que si hubiera dado la vida por él, ¿no iba a ceder su tercera parte de autoridad y responsabilidad en beneficio del Movimiento?; por Aizpurúa, por Sánchez Mazas y algún otro, consiguieron de José Antonio el propósito de lograr la convocatoria del I Consejo Nacional que resolviera esta espinosa cuestión. Costó trabajo decidirle; por todas las razones dichas, no sin que advirtiera los peligros que traería la actitud de Ledesma Ramos, cada vez más displicente y amargo, si la elección de Jefe único recaía en otro que no fuese él mismo.

A primeros de septiembre regresó a Madrid José Antonio. La situación en la capital era grave; la Falange tenía que estar alerta, y él a su lado. Millares de asambleístas del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro habían acudido a Madrid para protestar contra las leyes del Gobierno de la Generalidad. Su viaje provocó una grave huelga general, que duró tres días. Los partidos extremistas anunciaban una concentración monstruo en el Estadio Metropolitano. El separatismo vasco había hecho grandes progresos en el verano con motivo de las elecciones municipales, prohibidas por el Gobierno, y de los sucesos de Zumárraga, donde Prieto, con Aguirre y con los

representantes de la Generalidad, habían cantado el *Guernikako Arbola* y otros cantos separatistas. Para el 13 estaba acordada la reanudación de las sesiones de Cortes.

Antes de la anunciada reunión de las Cortes tuvo José Antonio que volver a San Sebastián. No precisamente a nadar en Ondarreta o tomar el aperitivo en el Club Náutico, sino a una misión dura y sagrada: la de asistir a los funerales de otro de los mejores -Manuel Carrión-, elegido para la Guardia Eterna. A diferencia de los demás Caídos, Manuel Carrión no era un muchacho. Era un hombre maduro, honrado y trabajador, dueño de un hotel modesto. Tampoco era, pues, un «señorito» en el sentido que se daba al motejar de tales a los falangistas. Manuel Carrión fue asesinado en la mañana del 9 de septiembre, cuando salía del número 32 de la calle de Prim, donde se había reunido con la Falange donostiarra, de la que era un verdadero animador, entusiasta cien por cien de José Antonio. Carrión estaba amenazado de muerte hacía algún tiempo, pero no le daba importancia. Unos pistoleros le mataron por la espalda.

Como ya se había establecido que la autoridad dejase impunes a los cazadores de falangistas, pero también que la Falange aplicase su dura ley de legítima defensa -terror contra terror-, aún estaba caliente el cuerpo de Carrión cuando sus camaradas le vengaron, repitiendo sobre Manuel Andrés Casaus -ex director general de Seguridad del bienio azañista, furibundo partidario del ex secretario del Ateneo y encargado por los dirigentes de la Revolución de prepararla en Guipúzcoa- la misma escena de *gángsters*. Nuevamente se armó el gran revuelo contra la Falange, que «jamás iniciara una agresión».

La misma tarde del 9 tuvo noticia José Antonio de la muerte del camarada, a quien acababa de conocer, tratar y dejar enfervorizado con su voz y con su genio. No pudiendo desplazarse para el entierro, que tendría lugar el 10, ordenó telegráficamente a Fernández-Cuesta, que se hallaba en San Sebastián, para que representara al Triunvirato, el cual iría después, para los funerales. Ledesma no fue, acompañando a José Antonio, Ruiz de Alda y otros varios camaradas, hasta trece -la Falange no era supersticiosa-, en los coches de los dos Triunviros y en los de los hermanos Peláez. Salieron de Madrid el 10 por la tarde, «haciendo noche en Burgos y llegando a San Sebastián a la mañana siguiente, a las diez y media, atravesando la Avenida en el crítico instante en que los marxistas se concentraban para asistir al entierro de su líder Andrés Casaus. Fueron unos momentos de gran tensión, pues nuestros camaradas habían desembocado allí como pudieron haberlo hecho en otro sitio, ajenos a lo que ocurría. La gente reconoció a José Antonio, sobre el que se concentraron todas las miradas de odio de aquella chusma. La serenidad magnífica de nuestros camaradas permitió que aquel día no corriese la sangre por las calles de San Sebastián. Los funerales se celebraron con toda solemnidad y fueron presididos por José Antonio, Julio Ruiz de Alda y Raimundo Fernández-Cuesta. A la salida formaron unas escuadras al mando de Ezquer, dándose los gritos reglamentarios y el «presente» al camarada que

acaba de coronar con su martirio una vida de sacrificio por la Falange. De modo tan sencillo, pero en el que a la ostentación suplía el fervor de nuestros camaradas, la Falange se despedía de sus mártires».

«El día 12 salía José Antonio de San Sebastián, después de pasar unas horas con su tía y hermanas. En su coche marcharon Aznar y Aguirre, conduciendo Ezquer. Al llegar a Riaza les hizo señal de que parasen una familia, que con muchos aspavientos les pidió la condujeran a Madrid, adonde tenían necesidad imperiosa de ir con urgencia, ya que un familiar estaba gravísimo y carecían de medios para el viaje. En fin, toda la serie de pretextos que se tienen para estas ocasiones. Se les invitó muy amablemente a que compartiesen el coche. Pero he aquí que uno de nuestros camaradas deja caer la noticia de que aquel coche era de Primo de Rivera y ellos unos «fascistas» que le acompañaban. La señora, que ya se encontraba dentro del automóvil, sufrió una sacudida al saber la «noticia». En un abrir y cerrar de ojos estaba fuera del coche, en franca retirada, mientras musitaba un «muchas gracias» que Dios se lo pague; pero van ustedes muy estrechos: esperaremos otro coche». El auto había arrancado y aún se oía a la señora decir: «¡Dios mío, qué susto, qué horror; unos "fascistas"!» Tal era el pánico que incluso a las gentes «de orden» daba la sola proximidad de nuestros camaradas en aquellas horas de vida difícil» ([141]).

¡Con qué regocijo comentaría José Antonio el incidente y cómo ese regocijo apartaría un momento de su imaginación el dolor por los Caídos y la preocupación por los que habrían de caer todavía antes de lograr la salvación de España! Esa salvación a la que dedicaba todos sus afanes la Falange, mientras los marxistas y los separatistas laboraban contra ella a ciencia y paciencia del llamado «Gobierno de la República», presidido por la ineptitud medrosa de aquella caricatura de gobernante que se llamaba Samper, quien para contemporizar más con la rebelión había suspendido nuevamente el semanario de la Falange, que ya no había de reaparecer. Esa salvación que sólo tenía un camino: la renuncia al politiqueo y a la fragmentación de las escasas buenas voluntades y medianas inteligencias que el sufragio universal había designado para regir la vida de la Nación en las coyunturas más peligrosas de la Historia. El separatismo había hecho tales progresos con la concesión del Estatuto, que sólo la más absoluta ceguera, unida a la más vigorosa mentecatez, era incapaz de percibirlos. En Cataluña se había apoderado por igual de izquierdas y de derechas, que no querían saber nada de España. En el País Vasco, los nacionalistas mezclaban repugnantemente un sentimiento católico -de catolicidad mentida, pues lo católico tiende a lo universal- con el más plebeyo localismo aldeano. Desde los escaños del Parlamento, desde las columnas de *F. E.* y de J. O. *N. S.,* desde los escenarios de los teatros provincianos o las plazuelas de las aldeas, José Antonio iba gritando hasta desgañitarse las lecciones de buen amor a esas regiones y pidiendo a los

[141] *Vieja Guardia,* de Montes Agudo, págs. 157 a 159. Dice Aguirre por Aguilar.

hombres de una y otra y de España entera no se cometiera el error gravísimo de dejarlas apartarse un milímetro del Destino total de la Patria. Todo era inútil. España entera aparecía con la cara bobalicona del sordo y de nada servían los gritos o los pistoletazos en defensa de la Unidad. «Habrá que imponerla a cañonazos», profetizó alguna vez José Antonio, harto ya de hablar a Cataluña y a Vasconia de Historia y de Poesía, del crimen de la insolidaridad, de la fuerza axiomática de la España irrevocable, de la permanencia histórica de la Patria y de cosas más positivas que tampoco se querían entender ([142]).

De igual modo que el separatismo, el marxismo había hecho terribles progresos desde la terminación del primer bienio. Los hombres del segundo, dominados por la intriga política y las pasiones de partido, habían dejado hacer a los socialistas. El reciente descubrimiento del alijo de armas del *Turquesa* lo era sólo para algunos gobernantes, pues el noventa por ciento de los españoles estaba al cabo de la calle de que en Asturias se preparaba meticulosamente una grande y violentísima revolución proletaria. No había sido necesario ningún aviso providencial para saberlo. Bastaba vivir un poco fuera de la torre de marfil de la tertulia o el clan político. Solamente los tontos de capirote creían la fantasía de que las armas del *Turquesa* eran las que Azaña había comprado siendo ministro de la Guerra para apoyar un complot revolucionario en Portugal.

Era el 13 de septiembre. José Antonio recordaría otro 13 de septiembre, en que también España se veía metida en un callejón, al parecer sin salida, del que la libró la santa audacia del General Primo de Rivera. Lo recordaría, probablemente sin decírselo a nadie, pues no le gustaba hablar de su padre, al entrar por la tarde en el Congreso y ver el espectáculo tragicómico de la bochornosa agonía del Gobierno Samper.

«Samper expone su obra insistiendo en el hecho de que gozaba del apoyo incondicional de Lerroux. Gil Robles pronuncia un discurso de oposición, y cuando el Presidente del Consejo va a responder, uno de los ministros, Cid, representante de los agrarios, abandona el banco azul del Gobierno, seguido por el ministro de Instrucción Pública, Villalobos, liberal demócrata. Ante estas defecciones inesperadas, Samper se declara dimisionario antes del fin del debate político y se va. El régimen llegaba a sus últimas convulsiones. Es, sin embargo, el momento que ha escogido la Ceda para participar efectivamente en las responsabilidades del Poder» ([143]).

El mitin de las Juventudes marxistas tiene lugar el día 14, a las diez de la noche, en el Estadio Metropolitano. Fue como un aviso de la magnitud que había de tener la sublevación roja inminente, aquel tren desenfrenado que José Antonio veía avanzar mientras los demás se tapaban los oídos y los ojos por no escuchar y no ver sus bramidos y sus espumarajos de fuego. Ante aquellos

[142] Véanse los artículos de José Antonio en F. *E.* «Arenga a Cataluña» (núm. I), «La gaita y la lira» (núm. 2), «Cataluña, camino de la insurrección» (núm. 13), «España es irrevocable» (núm. 15), y sus discursos de Valladolid y los del Parlamento antes del 6 de octubre.
[143] Eduardo Aunós: *L'Espagne contemporaine,* pág. 206.

ochenta o noventa mil proletarios reunidos y enardecidos para oír la palabra de sus caudillos Prieto y Largo Caballero, la autoridad se esfuma y las bravas oposiciones del Congreso y las concentraciones con tortilla no dan señales de vida. Sólo unos cuantos jabatos de las escuadras de José Antonio se atreven a asistir y a avisar a los marxistas de que su rebelión encontrará unos pechos juveniles cargados de alientos heroicos, dispuestos a defender la Cultura, la Tradición y la Historia de España. Apenas empezado el acto, aquel puñado de falangistas valerosísimos empieza a arrojar octavillas en las tribunas. Octavillas clamando por la Patria, el Pan y la Justicia; por España Una, Grande y Libre, y aquella otra famosa hoja -del más puro estilo joseantoñista- que decía: «La Falange Española de las J. O. N. S. aguarda a cuantos reclamen el honor inaplazable a alistarse para servir, con riesgo glorioso de muerte, la Causa de España. Para los demás, todo llamamiento es inútil. No puede pedirse el sacrificio de la vida a quien ha comenzado por perder la vergüenza.» Esta octavilla había recorrido toda España, avisando a los pueblos dormidos de lo que era y lo que quería la Falange.

El lanzamiento de octavillas produjo un momento de estupor. Cuando los falangistas se decidían a hacer eso, es que iban decididos a todo. Su actuación les identificaba como capaces de todo. Gentes para quien el riesgo de muerte era un «honor inaplazable» y tienen a gala el buscarlo de frente, de perfil o de espaldas, son de cuidado. Indalecio Prieto lo advierte y, con gritos ante el micrófono, aconseja a los irritadísimos marxistas la más absoluta calma. Una actitud de violencia contra los falangistas puede originar allí mismo una ensalada de tiros, y él, en la plataforma situada en el centro del campo de deportes, ofrece buen blanco a cualquier pistola hábilmente manejada. Bien puede ser que estén repartidos por el Estadio las veinte o treinta Centurias (!) que estuvieron en el aeródromo de Extremera, y tienen corazón para liarse a balazos con todos. Nada de violencias. La prudente cautela de Prieto prende en los esforzados ánimos marxistas, y a tres o cuatro escuadristas que han sido detenidos se les conduce a la tribuna de los oradores para que protejan con sus cuerpos los de los líderes rojos. Por lo pronto, los falangistas andarán con cuidado antes de apuntar para donde están sus camaradas. No es generosidad de Prieto. Es el miedo insuperable. Guardados por jóvenes rojos, unos muchachos de Falange escucharon el mitin en el propio tablado de los oradores y luego fueron evacuados del Estadio con las máximas precauciones para evitar incidentes. La Falange sabía hacerse respetar. Claro que de esta hermosa página de la historia falangista no habló ningún periódico. ¡Era ya demasiado el reclamo que se estaba haciendo a aquéllos grupos de mozalbetes camorristas!

* * *

Se abre una crisis larga y densa, dramática y risible a la vez. Se consulta y se vuelve a consultar a los hombres de los partidos. El Presidente de la República no tiene -constitucionalmente- más que un camino, para solucionar

la crisis -el que aceptará, finalmente-; pero se resiste a entrar en él por las amenazas revolucionarias de los socialistas y comunistas si llegan a formar parte del Gobierno los cedistas. Los republicanos avanzados le amenazan también. La situación es gravísima, porque todo el mundo sabe que los Sindicatos marxistas están armados hasta los dientes y perfectamente entrenados para la subversión, y frente a ellos el Poder carece de instrumental eficaz, pues el Ejército está «triturado» por la obra de Azaña; la Guardia Civil teme que el Gobierno -el que sea- abandone sobre ella la responsabilidad y el escándalo de una represión; la Policía tiene iguales temores y escrúpulos, y el Cuerpo de Asalto es la fuerza de confianza de los republicanos extremistas.

Pasan los días. La tensión aumenta. Alcalá Zamora fracasa en su intento de constituir un Gobierno de «notables» con todos los jefes de grupo. Gil Robles no ha querido.

JOSÉ ANTONIO PIENSA EN FRANCO

José Antonio no come, no duerme. La inquietud le gana. ¡Si Falange Española fuese un poco más fuerte o si, al menos, él tuviera su mando absoluto! El Consejo Nacional se ha convocado para el 4 de octubre. ¿Qué saldrá de allí?... Pero el momento no es de pensar en Falange, sino en España. Cada hora, José Antonio medita más y más y piensa en su padre muerto. El General Primo de Rivera hubiese podido salvar la situación. Pero el General Primo de Rivera está enterrado en el cementerio de San Isidro... Hay otros Generales. Y, sobre todo, hay otro General: Francisco Franco, el héroe de la Legión. Franco es el prestigio más puro del Ejército español. Está lejos de Madrid y lejos de toda intriga política. Voces de sirena habían intentado atraerle a cualquiera de los partidos, mas el General Franco se había taponado los oídos con la cera de sus deberes militares para no escucharlas. Estaba sólo con España, como la Falange, y era joven y valeroso, como la Falange. José Antonio le conoce hace algunos años. Los dos fueron testigos en Oviedo de la boda de Ramón Serrano Súñer con una hermana de la mujer del General. Serrano y José Antonio, que conservan la amistad de los años universitarios, coinciden en el Congreso, en Serrano, 86, o en otros sitios. José Antonio se decide. Le aprieta en la entraña un deber y una profecía. Hay que escribir a Franco. Hay que gritarle la angustia de España y de la Juventud de España. El propio Serrano se ofrece a llevar la carta que escriba José Antonio al General. José Antonio escribe en papel timbrado de abogado al General ilustre esta carta histórica, que el Destino ha querido que fuese conservada:

«José Antonio Primo de Rivera, Abogado. Serrano, 86. Teléfono 61993. Madrid, 24 de septiembre de 1934.-Excelentísimo Señor Don Francisco Franco ([144]).

Mi general: Tal vez estos momentos que empleo en escribirle sean la última oportunidad de comunicación que nos quede; la última oportunidad que me queda de prestar a España el servicio de escribirle. Por eso no vacilo en aprovecharla con todo lo que, en apariencia, pudiera ello tener de osadía. Estoy seguro de que usted, en la gravedad del instante, mide desde los primeros renglones el verdadero sentido de mi intención y no tiene que esforzarse para disculpar la libertad que me tomo.

Surgió en mí este propósito, más o menos vago, al hablar con el ministro de la Gobernación hace pocos días. Ya conoce usted lo que se prepara; no un alzamiento tumultuario, callejero, de esos que la Guardia Civil holgadamente reprimía, sino un golpe de técnica perfecta, con arreglo a la escuela de Trotsky y quién sabe si dirigido por Trotsky mismo (hay no pocos motivos para suponerle en España). Los alijos de armas han proporcionado dos cosas: de un lado, la evidencia de que existen verdaderos arsenales; de otro, la realidad de una cosecha de armas risible. Es decir, que los arsenales *siguen existiendo.* Y compuestos de armas magníficas, muchas de ellas de tipo más perfecto que las del Ejército regular. Y en manos expertísimas, que, probablemente, van a obedecer aun mando peritísimo. Todo ello dibujado sobre un fondo de indisciplina social desbocada (ya conoce usted el desenfreno literario de los periódicos obreros), de propaganda comunista en los cuarteles y aun entre la Guardia Civil y de completa dimisión, por parte del Estado, de todo serio y profundo sentido de autoridad. (No puede confundirse con la autoridad esa frívola verborrea del ministro de las Gobernación, y sus tímidas medidas policíacas, nunca llevadas hasta el final.) Parece que el Gobierno tiene el propósito de no sacar el Ejército a la calle si surge la rebelión. Cuenta, pues, sólo con la Guardia Civil y con la Guardia de Asalto. Pero, por excelentes que sean todas estas fuerzas, están distendidas hasta el límite al tener que cubrir todo el área de España, en la situación desventajosa del que, por haber renunciado a la iniciativa, tiene que aguardar a que el enemigo elija los puntos de ataque. ¿Es mucho pensar que, en un lugar determinado, el equipo atacante pueda superar en número y armamento a las fuerzas defensoras del orden? A mi modo de ver esto no era ningún disparate. Y, seguro de que cumplía con mi deber, fui a ofrecer al ministro de la Gobernación nuestros cuadros de muchachos por si, llegado el trance, quería dotarlos de fusiles (bajo la palabra, naturalmente, de inmediata devolución) y emplearlos como fuerzas auxiliares ([145]). El ministro no sé si llegó siquiera a

[144] Esta carta fue publicada por primera vez en el número extraordinario de la revista de la Sección Femenina de Falange *Y,* dedicado al segundo aniversario del Jefe (octubre de 1938).

[145] No he logrado averiguar si esta decisión de José Antonio fue iniciativa suya personal o si se trató en el Triunvirato, aun cuando tengo la certeza de la conformidad de Ruiz de Alda.

darse cuenta de lo que le dije. Estaba tan optimista como siempre; pero no con el optimismo del que compara conscientemente las fuerzas y sabe las suyas superiores a las contrarias, sino con el de quien no se ha detenido en ningún cálculo. Puede usted creer que cuando le hice acerca del peligro las consideraciones que le he hecho a usted y algunas más, se le transparentó en la cara la sorpresa de quien repara en esas cosas por primera vez.

Al acabar la entrevista no se había entibiado mi resolución *de salir a la calle con un fusil* ([146]) *a defender a España,* pero sí iba ya acompañada de la casi seguridad de que, los que saliéramos, íbamos a participar dignamente en una derrota. Frente a los asaltantes del Estado español, probablemente calculadores y diestros, el Estado español, en manos de aficionados, *no existe.*

Una victoria socialista, ¿puede considerarse como mera peripecia de política interior? Sólo una mirada superficial apreciará la cuestión así. Una victoria socialista tiene el valor de *invasión extranjera;* no sólo porque las esencias del socialismo, de arriba abajo, contradicen el espíritu permanente de España, no sólo porque la idea de Patria, en régimen socialista, se menosprecia, sino porque, de modo concreto, el socialismo recibe sus instrucciones de una Internacional. Toda nación ganada por el socialismo desciende a la calidad de colonia o de protectorado.

Pero, además, en el peligro inminente hay un elemento decisivo que lo equipara a una guerra exterior; éste: el alzamiento socialista va a ir acompañado de la separación *probablemente irremediable* de Cataluña. El Estado español ha entregado a la Generalidad casi todos los instrumentos de defensa y le ha dejado mano libre para preparar los de ataque. Son conocidas las concomitancias entre el Socialismo y la Generalidad. Así, pues, en Cataluña la revolución no tendría que adueñarse del Poder: *lo tiene ya.* Y piensa usarlo, en primer término, para proclamar la independencia de Cataluña. Irremediablemente, por lo que voy a decir. Ya sé que, salvo una catástrofe completa, el Estado español podría recobrar por la fuerza el territorio catalán. Pero aquí viene lo grave: es seguro que la Generalidad, cauta, no se habrá embarcado en el proyecto de revolución sin previas exploraciones internacionales. Son conocidas sus concomitancias con cierta potencia próxima. Pues bien: si se proclama la República independiente de Cataluña no es nada inverosímil, sino al contrario, que la nueva República sea reconocida por alguna potencia. Después de eso, ¿cómo recuperarla? El invadirla se presentaría ya ante Europa como agresión contra un pueblo que, por acto de autodeterminación, se había declarado libre. España tendría frente a sí no a Cataluña, sino a toda la Antiespaña de las potencias europeas ([147]).

¿Hay quien lo sepa? Lo que más puede sorprender de esta magnífica carta es que José Antonio no nombre a F. E. de las J. O. N. S. Ya se explicará luego el porqué.

[146] ¡Qué vergüenza para los que no han salido así ni entonces, ni al estallar el Movimiento, ni después! ¡El sí hubiera salido!

[147] Repárese bien en la exacta profecía de esta frase.

Todas estas sombrías posibilidades, descarga normal de un momento caótico, deprimente, absurdo, en el que España ha perdido toda noción de destino histórico y toda ilusión por cumplirlo, me ha llevado a romper el silencio hacia usted con esta larga carta. De seguro usted se ha planteado temas de meditación acerca de si los presentes peligros se mueven dentro del ámbito interior de España o si alcanzan ya la medida de las amenazas externas, en cuanto comprometen la permanencia de España como unidad. Por si en esa meditación le fuesen útiles mis datos, se los proporciono. Yo, que tengo mi propia idea de lo que España necesita, y que tenía mis esperanzas en un proceso reposado de madurez, ahora, ante lo inaplazable, creo que cumplo con mi deber sometiéndole estos renglones. Dios quiera que todos acertemos en el servicio de España.

Le saluda con todo afecto, *José Antonio Primo de Rivera* (Rubricado.»

* * *

Muchos son los comentarios que sugiere esta epístola extraordinariamente lúcida. Voy a intentar sintetizarlos.

Toda ella es un puro acierto psicológico. José Antonio, viendo perfectamente la situación de España en aquel momento, piensa que sólo el Ejército podría evitar el trance angustioso que se avecina. Sólo el Ejército, conducido por un jefe como Franco, en quien la ciencia y la prudencia, el amor a la Patria, el valor personal y el alejamiento de todo partidismo político se reúnen como las cinco flechas de nuestro haz. Por eso, no se le habla en la carta de la Falange Española de las J. O. N. S. ni se le ofrece su mando, aunque se le brinda -sin decirlo- la cooperación de los falangistas. Esta cooperación, ya ofrecida al ministro de la Gobernación y reiterada en el propósito del Jefe de salir a la calle. José Antonio conoce suficientemente al General Franco para hablarle de sublevación o de pronunciamiento. El General jamás hubiese aceptado tales insinuaciones de un jefe de partido, y probablemente hubiera roto o quemado tales proposiciones sin tomarlas en cuenta o las hubiese denunciado a las Autoridades como contrarias a su rectitud militar. José Antonio lo sabe, y por ello precisamente evita todas las palabras incitantes a la subversión -«adelgazando sus precauciones», según frase suya-, y las sustituye por la enumeración de las circunstancias y consecuencias de la revuelta inminente. Empieza por denunciar el propósito gubernamental de mantener ajeno a la lucha que se va a plantear el brazo armado de la Nación, aun cuando el alzamiento previsto va a ser un golpe de técnica perfecta con masas adiestradas y un armamento mejor que el del propio Ejército. Plantea luego el problema estratégico de las fuerzas que pueda movilizar el Estado contra la insurrección y la posibilidad de que en

algunos puntos sean desbordadas ([148]), después de haber dibujado el fondo de indisciplina de los cuarteles infestados de células comunistas. Pasa después a analizar los resultados de la revolución inminente caso de. salir triunfante -lo que hubiese ocurrido de no intervenir el Ejército-, y aquí sí que cala hondo en los sentimientos del honor militar, que conoce también por herencia de sangre. No sería del todo peligrosa una victoria socialista si sólo fuese una peripecia de política interior. Acaso resultara una lección conveniente para tanta frivolidad y tanto «diletanttismo» como infestan el aire de las capitales españolas. Acaso fuese también una lección severa y amarga para las masas, ciegamente confiadas en el marxismo. Pero es innegable que la victoria socialista rebasaría todos los límites de un conflicto interior. Se sabe que Amsterdam, París, Moscú y Ginebra -internacionales de toda laya: socialistas, masónicas, comunistas, demopacifistas, etc.-, mueven sus peones en el tablero español, mediatizando con sus consignas y su oro todo el sentimiento humano y nacional que pudiera tener la revolución que España necesita. Y José Antonio subraya estas palabras, seguro del efecto que han de hacer en el alma del militar español a quien van dirigidas. Como subraya luego lo *probablemente irremediable* de la separación de Cataluña y la posesión por esta región de todos los instrumentos de poder necesarios para proclamar su independencia con gravísimo riesgo de la Unidad. Riesgo gravísimo, no porque José Antonio tenga demasiada fe en el heroísmo de los separatistas catalanes para defender esa independencia que van a conquistar tan fácilmente, sino por la situación internacional que crearía el reconocimiento por algún país vecino del Estado catalán independiente, con toda su secuela de ingreso en la Sociedad de Naciones y defensa por ésta de los «sagrados» derechos de autodeterminación de los pueblos, cantado en el pacto y negado en ocasiones en comisiones, Asambleas y Consejos. Estas consideraciones de peligro exterior son las que más han de impresionar al General Franco, y por ello José Antonio las expone -cruda mente y bañadas de una luz meridiana- nada más que para ayudar a las meditaciones que el General se habrá planteado sobre el alcance de los sucesos inminentes. Como más adelante, en otra famosísima carta a «un militar» -pensando probablemente en Franco y escrita en situación igualmente grave-, José Antonio ataca directamente al corazón con las armas más afiladas de la emoción de su alma y su estilo. Nada de política baja ni menuda; nada de intereses mezquinos por defender -que no valen la vida de un soldado español-. Es la Patria la que está en peligro mortal. Es la Patria total, la «Unidad de Destino» -que permitió las empresas más gloriosas, la amenazada de quiebras de imposibles soldaduras-; es la independencia -episodio heroico y constante de nuestra Historia- la que se ve amagada de tormenta de indefinible alcance. De todo esto sí se puede hablar con seriedad y con hondura a un militar español. Y aunque el que escribe tenga su idea propia de

[148] Como lo hubiera sido en Asturias de no acudir el Teniente Coronel Yagüe con sus Banderas de legionarios

lo que España necesita -no un alzamiento militar con otra nueva Dictadura buenaza y liberal en el fondo, sino una revolución nacional totalitaria-, y con ella sus esperanzas en un proceso reposado de madurez ([149]), ante el momento de urgencias inaplazables, renuncia a ellas para salvar a España, y cumple con su deber escribiendo a quien puede comprender los porqués de esa renuncia, invitándole tácticamente a erigirse en el salvador de España. Todo, claro es, sin oficiosidad ni adulación. La transparencia y sinceridad del estilo de esta carta ejemplar, de renuncias a lo cómodo y ofrecimientos para lo difícil, contrasta con todas las incitaciones a la subversión militar que hayan podido hacerse en la Historia. José Antonio -se decida o no Franco- está dispuesto a salir con un fusil a la calle, convencido de que va a ser derrotado. La derrota será la muerte en la barricada o en el patio de una cárcel. No le importa, aunque es joven y ama a la vida, porque ésta no vale la pena de conservarla si no se es verdaderamente libre, es decir, ciudadano de una nación fuerte y libre, no de un Estado marxista rebajado a la condición de colonia o protectorado.

FRANCO PIENSA EN JOSÉ ANTONIO

Así se ofreció José Antonio a España y a Franco el 24 de septiembre de 1934. Y aunque falta saber textualmente la respuesta del General, conocemos ya por sus hechos posteriores que no le fueron ajenas las preocupaciones de José Antonio, de quien tenía el concepto más alto. Si en aquella ocasión, por conveniencias nacionales, la espada de Franco no salió de la vaina, no quiere ello decir que su inteligencia y su corazón no vibrasen plenamente de acuerdo con los de José Antonio. En lo sucesivo -cuando los vaivenes de la Patria lo requerían-, José Antonio y Franco estuvieron en contacto, aun cuando algunos quisieran mezclar al futuro Caudillo de España en contingencias de politiqueo alguna vez enderezadas contra la Falange. El pensamiento de Franco no necesita de aclaraciones de nadie, y no voy a tener yo la osadía de intentar aclararlo. Aunque sí recordar unas palabras del General dichas al

[149] José Antonio estaba convencido que en un plazo de cinco años la Falange, -con su ejemplar abnegación y su estilo ardiente y combativo, captaría la suficiente «minoría inasequible al desaliento», capaz de llevar a cabo la Revolución. Minoría que -no hay que decirlo- se formaría con hombres de todas procedencias. Ya en la cárcel, en abril de 1936, aconsejaba a los falangistas -me lo ha dicho por la reja- nada de precipitaciones y nada de exclusiones con los hombres que viniesen de buena fe. «Cuando todo lo demás se está resquebrajando, lo mismo el frente popular que el bloque de derechas, y la Falange se hace más de una pieza y se ensancha, a pesar del hierro de estas rejas y el plomo de las esquinas, tenemos que esperarlo todo. Pero saber esperar está reñido con la impaciencia. Un par de años de cárcel nos darán el triunfo», repetía

periodista madrileño señor Ruiz Albéniz (el «Tébib Arrumi») en mayo de 1936 en el Gobierno Militar de Tenerife.

El General Franco preguntó a su gran amigo e interlocutor qué opinaba de José Antonio.

«Creo, mi General, que de todo cuanto existe en nuestra España de hoy fuera del Ejército, el único que merece verdadera atención es José Antonio. Tiene cualidades sublimes de excelso patriota, de hombre de mando, de político honrado, de sociólogo moderno despierto. Tiene, sobre todo, la gran virtud de saberse hacer no ya querer, sino adorar de cuantos le tratan y oyen una sola vez. ¿Te acuerdas, mi General, del don divino de Millán cuando daba espíritu a la Legión...? Pues algo no ya como eso, sino quizá superior a eso. Porque José Antonio ha operado sobre una masa inerte, tan fría como es la generación de jóvenes españoles de ahora, frívolos, adocenados, sin pulso ni ideal siquiera, y ha hecho de ellos, en pocos meses, una Falange con alma y cuerpo, corazón y voluntad de titanes, de héroes... ([150]).

»Franco me miraba sonriendo. Estaba acostumbrado a mis «riendas sueltas» entusiásticas. Pero..., con gran asombro por mi parte, esta vez el General, en lugar de frenar mis ímpetus encomiásticos, exclamó:

»-Tengo exactamente la misma opinión que tú. Yo vengo observando a ese muchacho desde sus primeros pasos, y creo sencillamente que su obra y su temple es algo providencial para España en estos momentos. Mira: ¿Tú te acordarás de cómo su padre, aquel gran patriota, se complacía en decir en la intimidad que se sentía llevado de la mano de Dios para salvar a España...? Pues yo te digo que lo que no pudo acabar de hacer el padre puede ser que lo haga el hijo. El hombre que ha puesto en pie nuestra juventud cuenta ya con el triunfo mayor que se podía imaginar. Y esa juventud, esos que son como tu hijo, que adoran a José Antonio y por él y por lo que él ordene lo dan todo, y desde luego su vida joven con la sonrisa de héroe en los labios, esa juventud será la que salvará a España cuando el Ejército diga la última palabra en este drama; ¡Y la dirá, no lo dudes, en el momento oportuno! Pero hay que contar con José Antonio íntegramente, y mira, ya he enviado a mi primo a Madrid para buscar el contacto necesario. Yo quiero conocer hasta el último repliegue de su ideal y que él conozca el mío. Haz tú lo que puedas para que se logre esa inteligencia leal primero y esa compenetración después, porque si se alcanzan, España estará salvada, pese a quien pese y opóngase quien se oponga. Yo puedo darle quizá el Ejército; que me dé él la juventud y seremos invencibles. y puesto que vas a Lisboa, háblale de esto a Don Pepe (Sanjurjo) ([151]).

---

[150] El *Tebib Arrumi* era padre del falangista Alberto Ruiz, magnífico camarada, y tenía motivos para conocer bien el milagro de nuestra fe en José Antonio y en la España que soñaba éste.

[151] También el General Sanjurjo estimaba enormemente a José Antonio, a quien había conocido de niño y de muchacho. José Antonio y Sanjurjo sostuvieron frecuente correspondencia y conversaciones. Precisamente en el proceso de Alicante contra José Antonio salieron a relucir unas cartas cruzadas entre ambos estando el General en

»José Antonio fue llevado a Alicante, prisionero de la horda marxista. Pero tengo mis motivos para decir que aun así se llegó a la compenetración salvadora que anhelaba Franco. Eran dos hermanos en el santo ideal de una España Grande, Honrada, Una y Fuerte, y con esa comunidad en lo esencial del Credo no podía haber nada esencialmente separador de sus dos inteligencias, sus dos corazones y sus dos voluntades» ([152]).

OCTUBRE ROJO
EL I CONSEJO NACIONAL DE F.E. DE LAS J.O.N.S.

En espera de la contestación de Franco, que quizá dé a la Falange una coyuntura gloriosa, José Antonio alterna su actividad entre el Congreso y el Centro de Falange, donde hay que animar y prevenir a los muchachos para el combate, que no ha de tardar. Además, hay que estudiar el proyecto de Estatutos nuevos y los demás temas que ha de tratar el Consejo Nacional. Por las noches, si tiene algún rato libre, va al cine o a alguna tertulia. Yo le vi muy pocas noches antes del movimiento marxista salir del cine Rialto con su hermana Carmen. Los transeúntes -escasos- le miraban con estupor y se alejaban con miedo -muchos con odio- por «si acaso». Muchos se figuraban que cuantos iban delante o detrás de él serían sus escoltas. Yo puedo asegurar que aquella noche iba solo con Carmen y un oficial aviador. Yo, con un amigo no falangista, le seguí intranquilo hasta la Cibeles, donde Carmen y él tomaron un «taxi».

Acaba septiembre. El 2 de octubre el presidente de la República, agotada su capacidad de resistencia, acepta la lista del Gobierno que le presenta Lerroux. En ella figuran ocho radicales, tres cedistas, un agrario, un

---

Alemania y a su regreso a Lisboa, después de la amnistía que le libró del infamante penal del Dueso. Cartas que me ha sido imposible conocer, pero que deben existir, al menos en parte, en el archivo del General.

Por cierto que esta amistad ha sido desconocida por algunos, que -con muy poca piadosa intención- aseguraban que el General Sanjurjo había impuesto como condición para sublevarse hacerlo únicamente con los tradicionalistas navarros y el Ejército. Las palabras de Franco -cuya identificación con Sanjurjo es conocida- son el mentís más rotundo a aquellas insinuaciones que vieron la luz en algunos periódicos, entre otros, en *El Alcázar de Toledo,* en un largo artículo con ocasión del primer aniversario de la muerte del glorioso General. No tengo a mano la fecha, pero debe ser en los números entre el 20 y el 30 de julio de 1937.

Igualmente se quiso suponer al General Mola en desacuerdo con José Antonio. Alguna vez tendré ocasión de referir lo que oí al General respecto a ello.

[152] Artículo publicado en *Unidad,* de San Sebastián, el 8 de octubre de 1937, y titulado «Hermanos de ideal: José Antonio y Franco». (Una anécdota para no olvidarla.)

liberal-demócrata y dos ministros sin cartera de distintos partidos. La entrada en el Gobierno de la Ceda era la señal convenida para el estallido de la revolución roja, y al día siguiente de la constitución del Ministerio, los organismos socialistas y comunistas declaran la primera etapa revolucionaria: la huelga general. La F. A. I. y la C. N. T. se abstuvieron, porque no habían perdonado Casas Viejas y Figols; pero en el momento de empezar la orgía de sangre, se sumaron en casi todos los sitios, aun cuando no demasiado convencidos. Los republicanos «rabiosos», aun insistiendo siempre en su enemiga a la dictadura del proletariado y en su respeto a las normas democráticas -una de ellas era la llamada al Poder de la Ceda-, declaran solemnemente su ruptura con Alcalá Zamora. Olvidando lo de «fango, sangre y lágrimas» y la decisión de no volver a saludarse y todas las aparentes diferencias políticas y tácticas, se unen en «venerable» hermandad masónica Azaña y Martínez Barrios, Maura y Casares Quiroga, con el aglutinante de Sánchez Román y probablemente el visto bueno de Ossorio y Gallardo. Todo el aparato revolucionario funciona a la perfección, pero ni Alcalá Zamora ni Lerroux ceden ante él. La suerte está echada, y habrá que decidir en la calle la partida. La noche del 4 al 5, Madrid oye los primeros disparos. En Asturias se alzan al grito de U. H. P. 30.000 obreros, dirigidos por Belarmino Tomás y por González Peña. En muchos Ayuntamientos vascos se declara el comunismo libertario. Cataluña aún fluctúa por el miedo de Companys. Hasta el 6, el presidente de la Generalidad titubea; pero aquella noche, presionado por algunos miembros de ella, como Bassols y Dencás, proclama el Estado catalán, dentro del cuadro de la República federal española, que al día siguiente se desmoronaría en el ridículo, no obstante la complicidad repugnante de algunos militares como Pérez-Farrás y Escofet, por la inhibición de los anarcosindicalistas, el pánico de los «escamots» y la sordera de los «rabassaires» que no escuchan a Companys.

Todo esto es historia. Reciente, pero vieja. Es la primera crisis gravísima de un régimen político advenido tardíamente a un país que, si en ciertos aspectos sufre un retraso de cien años con el resto de Europa, en sensibilidad política está al corriente con el tiempo. La República era absurdamente vieja. Repintada con ciertos afeites sociales, seguía siendo la estampa antigua del liberalismo, el anticlericalismo y la masonería, cuando en el mundo contaban con más de dos lustros de vida el régimen comunista en Rusia y la Revolución Nacional Fascista en Italia. Una Europa en que Oliveira Salazar había sabido superar con una nueva norma católica y científica los trasnochados vaivenes revolucionarios de tipo romántico. Donde los delirios del prusianismo kaiseriano, aristocrático y militarista había sido desbordado por un Partido Obrero Nacionalsocialista alemán, que se decía apoyado en la raza -en la Unidad de Destino de la raza-, en el honor del pueblo y en la fortaleza heroica de una juventud radiante. Una Europa en que cuatro países de gran población -Rusia, Alemania, Italia y el Imperio portugués-, cumpliendo las profecías nietzscheanas, se han entregado dócilmente a cuatro

hombres temperamentalmente distintos y si se quiere antagónicos: Lenin, Hitler, Mussolini y Salazar, que encarnan la realeza natural -el Imperio- frente a todas las teorías democráticas, imposibles y anticuadas. Mientras aquellas páginas de la vieja Historia de España se escribían a tiros en Madrid, Barcelona, Bilbao y Asturias, el Consejo Nacional de la Falange Española de las J. O. N. S., reunido por primera vez en el palacete de Marqués del Riscal, 16, redactaba las primeras líneas de la Historia nueva, cuyo prólogo habían sido los cuatro años transcurridos -entre sangre, pólvora y oscuridad- desde la creación de la primera Junta de ofensiva Nacionalsindicalista.

Desde 1º de octubre, cada J. O. N. S. local tenía las consignas de José Antonio para actuar en caso de estallar la revuelta. Más tarde diremos cómo las cumplieron. Y el 4, inminente ya el conflicto entre la España que quería vivir -todavía sin saber cómo- y la España que intentaba suicidarse en el pozo negro del marxismo, el I Consejo Nacional de Falange Española de las J.O.N.S. reunía a medio centenar de hombres jóvenes de todas las provincias españolas para hablar y discutir de una España que no podía seguir así y para cumplir también la profecía nietzscheana en nuestra Patria, a la que la Providencia había dado generosamente el Superhombre, que era además el Héroe de la Leyenda: José Antonio. De aquel medio centenar de hombres jóvenes, muchos han entregado su vida por España y todos los otros la han jugado bravamente en las terribles partidas de lo que se llamaba la paz y lo que ha sido la guerra. Estaban José Antonio, Julio Ruiz de Alda, Ramiro Ledesma Ramos, Onésimo Redondo, Emilio Alvargonzález, Roberto Basas, Luis Aguilar, Andrés de la Cuerda, José Manuel de Aizpurúa, Alejandro Salazar, Martín Ruiz de Arenado, Manuel Mateo, Vicente Gaceo y José Miguel Guitarte -¡Presentes!-, y Rafael Sánchez Mazas, Raimundo Fernández-Cuesta, José Moreno, José Sainz, Emilio Gutiérrez Palma, Sancho Dávila, Jesús Muro, Luis Santamarina, Francisco Rodríguez Acosta, Javier Martinez de Bedoya, Manuel Illera, Ernesto Giménez Caballero, José María Alfaro, Juan Aparicio, Jesús Suevos, Eduardo Ezquer, Aniceto Ruiz Castillejos, Alfonso de Zayas, Ricardo Nieto, Francisco Bravo, Juan Francisco Yela, Leopoldo Panizo, Celso García Tuñón y Agustín Aznar, «con otros más, que no supieron mostrarse firmes en la lealtad, en la fe respecto al Movimiento o que sencillamente no eran nacional sindicalistas y fueron quedando arrumbados al margen del camino heroico y duro que la Falange siguió posteriormente». (Bravo: Obra citada, página 155.)

Se había acordado previamente por la Junta de Mando la suspensión de dicha Junta y del Triunvirato Ejecutivo Central, cuyas funciones serían desempeñadas por el Presidente del Consejo Nacional. Mientras el Consejo no decidiese definitivamente, se designó de manera provisional a José Antonio. El orden del día del Consejo Nacional comprendía, en primer lugar, la elección de Jefe Nacional, si se adoptaba este sistema de mando mejor que el Triunvirato. Luego seguirían la determinación precisa de la actitud del Movimiento antes los grandes problemas nacionales. Estos eran: Unidad de la

Patria, Lucha de clases, Situación del campo, Defensa Nacional, Pedagogía, Cuestión religiosa y Política Internacional. El primero comprendía tres ponencias: «Hechos diferenciales», «Lenguas vernáculas» y «Estatutos». El segundo, «Antimarxismo», «Anticapitalismo» y «Corporativismo». El tercero, «Reconstrucción del suelo nacional», «Problemas jurídicos de la tierra», «Cultivos», «Aranceles» y «Campo y ciudad». El cuarto, «Educación preliminar» y «Ejército y Marina». El quinto, «Universidad», «Enseñanza Media», «Primera Enseñanza» y «Enseñanza Profesional». José Antonio quiso llevar al Consejo Nacional la determinación de la postura de la Falange ante el problema religioso. Y como hombre de Estado, el estudio de normas para una política internacional capaz de sacar a España del triste olvido en que era tenida por el mundo como consecuencia de sus graves errores, su falta de ambición, su apartamiento de las cuestiones vitales de Europa y sus absurdas definiciones constitucionales.

Pocos partidos políticos han tenido un orden del día más vasto para la primera reunión de sus jerarquías supremas. Pocos se preocuparon menos de sus conveniencias políticas, pues únicamente, a modo de apéndice, se enviaron a las Jefaturas Provinciales órdenes para estudiar «el trato y relaciones de la Falange con los partidos políticos afines» y la designación de una prenda de uniforme.

Las ponencias, redactadas con el mayor entusiasmo nacionalsindicalista por los grupos de Consejeros designados al efecto, fueron recibidas por el Mando antes del 25 de septiembre. José Antonio las estudió minuciosamente, tomando notas en cada una de ellas para debatirlas y dotar a la totalidad de los temas de la homogeneidad de pensamiento y estilo falangistas. Esta ha sido una de las más grandes glorias del Jefe: conseguir algo más que la unificación de los dos grupos iniciales de F. E. y de las J. O. N. S.; homogeneizar conductas y estilos, pensamientos y normas; crear una atmósfera tal de identificación entre los falangistas, que nada ni nadie -más que su ausencia- podría romper. Con su ausencia, la homogeneidad de pensamiento y estilo ha podido aparecer hasta amaneramiento, y la conducta y la norma -que cada cual ha interpretado según su leal saber y entender- se han podido desviar en la apariencia, pero sólo en la apariencia, porque contra toda interpretación torcida de lo fundamental, de lo esencial, la Falange entera sería otra vez un solo hombre. Quien lo dude -falangista o no-, que piense solamente en esto: ¿qué actitud tomarían los hombres de la Falange si en España volviera a plantearse un problema de quiebra de la Unidad de Destino? (Empleo la pregunta sobre lo más inverosímil, porque no quisiera que nada ni nadie pudiese ver en mis afirmaciones falangistas el menor deseo de aludir a algo real, pasado o presente.) No hay que dudarlo: ante una sombra de separatismo o de lucha de clases, la Falange volvería a ser lo que fue en la calle los días en que esa Unidad se pisoteaba. Viniese de donde viniese la autorización o la tolerancia del fenómeno disgregatorio.

TERCERA PARTE

JOSÉ ANTONIO, JEFE NACIONAL

EN la primera sesión del Consejo se planteó la elección de Jefe Nacional. Ya hemos visto -tomándolo de Bravo, testigo de mayor excepción de los forcejeos iniciales con José Antonio y de los que tuvieron lugar en el propio Consejo entre triunviristas y partidarios del Mando único- cómo estaba el asunto planteado. José Antonio estaba convencido de la necesidad de un Jefe único, «con toda la autoridad y toda la responsabilidad». Pero, convencido de que no podía ser otro que él, no hizo presión sobre ningún camarada. Ni siquiera consintió en decir a Bravo -el más encarnizado partidario del Mando único- quiénes, entre los Consejeros, podrían ayudarle en la defensa de su tesis. La polémica fue larga y difícil. La votación, reñidísima. Sólo por un voto de diferencia -el del viejo jonsista Jesús Suevos, según cuenta Bravo- fue decidido el mando único. A continuación y a propuesta de Ledesma, se designó Jefe Nacional a José Antonio, quien grave y enérgico, aceptó con «toda autoridad y toda responsabilidad» -¡con la autoridad y la responsabilidad de saber la vida en juego por la salvación de España!- el puesto de «Jefe Nacional de la Falange Española de las J. O. N. S.» por tres años ([153]). Su discurso al aceptar no tuvo un párrafo de gracias. Fue un juramento cálido de llegar al final de su mandato sin otro orgullo que el de España y el de la Falange, sirviéndolas con toda la fe, con toda la fuerza y con toda la sangre, si preciso fuera. El Destino quiso que no se cumplieran los tres años de su Jefatura efectiva (aunque en realidad la tuviera desde el 29 de octubre de 1933). A los dos años, un mes y quince días cumplía su juramento solemne, bañando con su sangre -la más generosa y la mejor de toda la sangre falangista y jonsista- las tres estrellas de plata de su Jerarquía suprema.

En la intimidad, José Antonio, satisfecho del honor de morir por España que le brindara aquel voto de diferencia, agradeció su esfuerzo a

[153] En realidad, como se ve por todo cuanto llevamos narrado, ya lo era. Dos días antes de la reunión del Consejo, Mundo Obrero escribía contra F. E. de las J. O. N. S., atribuyendo a José Antonio toda la responsabilidad de la actuación. Toda la responsabilidad, luego toda la autoridad. Los comunistas habían comprendido, antes que algunos falangistas, que la Falange era José Antonio.

Bravo y a los otros Consejeros que le votaron con estas palabras, que, como todas las suyas, son una imagen fiel de su alma puramente falangista:

«-Ahora es cuando pudo decirte que lo hecho por vosotros salva a la Falange de la descomposición, acaso de la muerte. Yo veré si soy capaz de cumplir con mi deber, que es tan duro y penoso. Pero, pase lo que pase, jamás olvidaré el desinterés de los camaradas que me habéis hecho Jefe Nacional, por creerme el más dispuesto al sacrificio y pensando únicamente en el bien del Movimiento» (Bravo: obra citada, página 60).

Sería pueril negar que, a pesar del solo voto de diferencia, aceptó jubiloso la dura carga de la Jefatura, como único medio de encauzar el Movimiento. Lo pensaba siempre, y lo dijo rotundamente muchas veces: «Sin la unidad de mando no se va a parte alguna.»

PRIMERA ACTUACIÓN DE JOSÉ ANTONIO COMO JEFE NACIONAL DE F. E. DE LAS J. O. N. S.

SIGUIÓ el Consejo sus tareas. Ya sonaban los tiros en la calle y ya engrasaban sus viejos pistolones los hombres de la primera línea, gozosos de saberse conducidos por el Jefe a la gloria de la victoria o la muerte por España. Y como el César nace, no «se hace», José Antonio, desde el primer instante de su Jefatura, como desde un año antes, actuó cesáreamente, sin tener que aprender y sin que un momento le vinieran anchos el puesto y el deber, «duros y penosos».

Ante la lucha inminente, se decide determinar la prenda uniforme que exprese exteriormente la Sagrada Hermandad y la Milicia. Alguien ha llamado a esta decisión del Jefe «el primer acto de autoridad de José Antonio». Fue por su voluntad por lo que la Falange vistió camisa azul mahón, contra la opinión de algunos, que la preferían negra, como los fascistas italianos; parda, como los nazis; gris o verde. «Camisa azul con cuello de forma legionaria» -como diría después el Reglamento de primera línea-, sin corbata, «que peligra en la lucha de la calle», y con las mangas remangadas por encima de los codos, como para curar, para lavar y para combatir, que es para cuanto había nacido la Falange. Sobre la cabeza, nada: La intemperie. Las frentes deben curtirse. Como los cuellos, y los brazos, y los pechos. La Falange era -como su Jefe- «sinsombrerista». Los mismos viejos jonsistas, que habitualmente llevaban unas pequeñas boinas negras, las colgaron en sus perchas. Todo esto y la aprobación definitiva de los Estatutos y el estudio de las ponencias se hizo entre el fragor de tiros lejanos en las calles y de las voces de una gran masa de

muchachos hirvientes de entusiasmo en el vestíbulo del Centro. Falangistas veteranos, voluntarios que llegaban ávidos de luchar por España y otros que, como yo, estimábamos había terminado la etapa del «frente invisible» y llegado el momento profetizado por José Antonio. «Antes de un año -fíjate bien- habrá llegado el momento de que tengas tu carnet y tu pistola para salir a la calle, al aire libre, a jugártelo todo por España con los camaradas.»

(Sin embargo, mi primera salida con los camaradas fue, sin carnet ni pistola, la noche del 6 de octubre. y mi primera misión -no obstante «no ser católica» la Falange, como decían muchos necios- consistió en acompañar a su convento en la Guindalera, con otros dos falangistas, a pie e inermes, a dos monjas que se habían refugiado en nuestro Centro a media tarde. De ser más católicos, quizá mi primer servicio hubiera sido barrer una calle o vocear un periódico de derechas desde un camión. Pero para eso no se tenía un César como Jefe y camarada.)

El Jefe Nacional se multiplicó aquellos días. Atendiendo a las tareas del Consejo, dando instrucciones a las Milicias, contestando preguntas por teléfono, telefoneando a su vez a Guerra, a Gobernación y al Congreso para precisar el alcance de los sucesos y acudiendo a los Ministerios para ofrecer la cooperación de sus Centurias con el Ejército para contener la revolución. Cooperación que -bien lo precisó a los Ministros- se circunscribía a la lucha contra los marxistas y los separatistas, pues en lo demás, también Falange estaba «contra el orden» ([154]). Contra aquel orden triste y estéril, sin vitalidad ni disciplina; orden de seres mediocres y fofos, carentes de ideal y concepto fuerte de la Patria, que intentaba oponer al brío de las juventudes revolucionarias el Gobierno cedorradical.

Entre ocho y nueve de la noche, el Jefe Nacional convocó de urgencia en el Centro a los Consejeros. En gran parte de las provincias se iba a combatir, y era necesario que las jerarquías estuviesen con sus camaradas en las barricadas. Espontáneamente solicitaron todos la autorización para marchar a sus puestos. José Antonio se la dio, exhortándoles una vez más a que la Falange cumpliera con su deber.

La noche del 6 al 7 llegó a su colmo la gravedad de la situación con la traición de la Generalidad de Barcelona. El Centro de Falange estuvo custodiado por una guardia permanente de falangistas, en previsión de un asalto por los elementos de izquierdas. José Antonio permaneció trabajando en él hasta la madrugada con un grupo de Consejeros. Su dolor era inmenso por la trágica situación de la Patria. Por teléfono iba conociendo los detalles de la rebelión de Cataluña, mucho más grave, a su juicio, que la de Asturias,

[154] Las consignas a las Jefaturas Provinciales habían sido éstas: «Las concentraciones de camaradas, en caso de alzamiento, serán: si hubiese guarnición, en el cuartel de la misma; en su defecto, en el cuartel de la Guardia Civil más próximo. Nunca en los Gobiernos Civiles.» Exactamente lo mismo aconsejaba el General Franco en julio de 1936. (Véase el artículo citado del Tebib Arrumi: «Hermanos de ideal»)

aun cuando algunos pusilánimes entendieran lo contrario, prefiriendo, al revés que José Antonio y que Calvo Sotelo, una España rota a una España roja.

LA FALANGE SALE A LA CALLE EL 7 DE OCTUBRE

POR la mañana -ya con camisa azul- volvió. Era poco menos de las nueve. Estuvo unos momentos cambiando impresiones con sus hombres, y salió, al volante de su automóvil, acompañado de Julio Ruiz de Alda, Ledesma Ramos, José Sainz, Groizard y el entonces teniente coronel -hoy General- Rada, que a la sazón mandaba nuestras Milicias. «Su intención era entrevistarse con el Ministro de la Gobernación y solicitar permiso para organizar una manifestación de adhesión al Gobierno que animase el decaído espíritu de los madrileños, temerosos ante las violencias que desarrollaban los pistoleros marxistas ([155]). Antes de ir a Gobernación, pasaron por el Gobierno Militar, donde Rada, Julio y Sainz se presentaron, en su calidad de militares los dos primeros y brigada de complemento el tercero.»

Cabe suponer, conociendo el amor de José Antonio al Ejército y la ilusión con que había hecho el servicio militar como voluntario para ser oficial de complemento, cuánta tristeza le produciría no poder subir al viejo caserón del Gobierno Militar para ofrecerse. Pero estaba separado del Ejército por su incidente con un General al que, lejanamente, podía considerarse responsable de aquello que estaba ocurriendo en España.

«Una vez hecha la presentación, siguieron hasta llegar al Ministerio, donde subió José Antonio. Tardó un buen rato, al cabo del cual bajó y dijo a los que le esperaban que había conversado con el Ministro sobre la gravedad de los sucesos, pero que parecía que el foco rebelde se achicaba cada vez más, lo que indicaba que en unos días podría terminarse con los revolucionarios, aun en Asturias, que era donde ofrecía más gravedad el movimiento subversivo. Le había pedido permiso para la manifestación, y el Ministro *no quiso correr el riesgo de dar la autorización* (!), aunque aseguró que si ésta se organizaba espontáneamente, los agentes de la Autoridad no harían nada por impedirla. Como esto era un consentimiento tácito, José Antonio ordenó regresar al Centro y que fuese la Falange la que saliese en manifestación. Ya se añadirían los que quisieran. Al llegar a Riscal y dar la noticia, nuestros camaradas se repartieron en busca de aquellos que no estaban enterados ([156]). Al cabo de un rato, estaba el Centro abarrotado. Más de doscientos camaradas

[155] Transcribo las palabras de Gumersindo Montes Agudo (págs. 218 y sigs. de Vieja Guardia), que me constan dan la versión recogida de labios de José Sainz, único superviviente nacionalsindicalista de aquel grupo que acompañaba a José Antonio.

[156] José Antonio hubo de pronunciar una de sus más ardorosas arengas, en el mismo centro de Riscal, para animar a algunos remisos por pereza, cansancio o poca fe.

habían acudido, y con ellos se intentaría empezar la manifestación. Antes se miró con cuántas armas se contaba, para el caso de ser agredidos por los izquierdistas. Entre todos, no llegaban a treinta los que tenían un arma, y muchas de ellas meramente decorativas. Se hizo un esquema de la formación, en el que los camaradas con armas cubrirían los flancos y la primera fila delantera» ([157]).

«Los primeros que salieron fueron Binás, Alvargonzález y Sainz. Inmediatamente, Julio, Valdés, Alfaro y José Antonio, y detrás el resto de la «numerosa» manifestación. A la salida, al camarada Alvargonzález estuvo apunto de darle un tiro un camarada al que se le disparó la pistola mientras Emilio se ataba el cordón del zapato. Al llegar al edificio de la Presidencia, un brigada de la Guardia Civil quiso detener a aquel grupo de jóvenes, que con sus voces y gritos de «¡Arriba España! » daban una nota de animación y entusiasmo en la frialdad de la mañana madrileña. José Antonio le dijo que llamase a Gobernación, donde le dirían que aquella manifestación estaba permitida. Así lo hizo el brigada, que al poco tiempo volvía diciendo que podía continuar. La gente, atraída por las voces, se había ido aumentando poco a poco a aquel conato de manifestación. Al llegar a Cibeles, un socialista hizo unos disparos contra los grupos y fue detenido por nuestros camaradas. Al instante llegó un camión con guardias de Asalto, que se hicieron cargo del detenido y quisieron impedir que la manifestación prosiguiese. Se les dijo que llamasen al Ministerio, y después de otra conferencia, se permitió que prosiguiera. Los periódicos de aquel día, entre otros La Nación, dijeron, al hablar de la manifestación, que no se había pedido permiso para celebrarla. Sin embargo, antes de comenzarla, hemos visto cómo José Antonio estuvo so1icitando dicha autorización y cómo, aunque no se había concedido oficialmente, las dos veces que la autoridad intentó detenerla, desde Gobernación se le dio orden de no interrumpirla.»

«La camioneta de Asalto en que se colocó al detenido marchó delante en dirección a la Puerta del Sol, y detrás nuestros camaradas gritando cada vez más y animando a los transeúntes a que se uniesen a ella. De este modo, los que eran en total unos doscientos camaradas al salir de Riscal, al llegar a Gobernación eran bastantes miles de personas. Madrid se había lanzado a la calle. Se había roto el hielo de la cobardía en la gente, y ésta se lanzaba de sus casas a vitorear a España y al Ejército. La Falange había cumplido un acto más de servicio. Había dado una vez más la nota de patriotismo en aquella mañana tristona de octubre. Y fue José Antonio quien, encaramándose a unos andamios, habló a la multitud congregada con el fervor de los grandes momentos, y dio el parabién al Gobierno por haber devuelto la unidad a los hombres y a las tierras de España. Por cierto que en las fotografías que se hicieron de la Puerta del Sol llena de gente destacaba la camioneta en que se

[157] También allí, precipitadamente, se confeccionó un cartelón, que decía tan sólo: «¡¡¡Viva España!!!». José Antonio no quiso otras palabras ni otros vivas.

había subido al socialista autor de los disparos contra la manifestación. Al recordar aquella fecha muchos de nuestros periódicos han reproducido la fotografía y señalan a dicho izquierdista, al que se ve aislado en la camioneta, cómo a José Antonio hablando a los manifestantes.»

Las palabras sobrias y enérgicas que José Antonio pronunciara aquella mañana del 7 de octubre frente al Ministerio de la Gobernación, a cuyos balcones se asomó el Gobierno Lerroux, fueron éstas:

«Gobierno de España: En un 7 de octubre se ganó la batalla de Lepanto, que aseguró la unidad de Europa. En este otro 7 de Octubre nos habéis devuelto la unidad de España.

¿Qué importa el estado de guerra? Nosotros, primero un grupo de muchachos y luego esta muchedumbre que veis, teníamos que venir, aunque nos ametrallaran, a daros las gracias.

¡Viva España! ¡Viva la unidad nacional!»

Lacónicamente, José Antonio señaló entonces lo que después había de ser «leit-motiv» de su oposición a aquel funesto Gobierno. España y la Falange se habían pronunciado por él, no en consideración a su matiz político centro-derecha, ni siquiera por su actitud contrarrevolucionaria frente a las hordas marxistas y anarquistas sublevadas en Asturias y en amenazadora huelga en otras provincias españolas. José Antonio marcaba, con visión clarividente, el peligro separatista, conjurado de momento, y ponía su único vítor en la totalidad del cuerpo nacional, milagrosamente salvado en aquella fecha de una amputación traidora. Sus palabras no suponían en manera alguna adhesión a la política cedorradical que se inauguraba, y de la que la Falange no podía esperar remedio para otros males de España. Pero sí abría un crédito de confianza a su actuación en servicio de la idea esencial de la unidad patria.

Las palabras del Jefe falangista fueron acogidas con estruendosos aplausos y aclamaciones a la Patria, al Ejército, al Gobierno y a la Guardia Civil. La manifestación falangista se disolvió pacíficamente poco después. La Prensa de toda España acogió y comentó con cordialidad el suceso, que probaba los verdaderos sentimientos de la juventud española. Entre otros, el de que, frente a las provocaciones extremistas, había una línea de corazones decididos a combatir ardorosos. por la España Una, Grande y Libre de los camisas azules ([158]).

---

[158] Nota de la segunda edición.-Para escribir este capítulo me atuve a lo que recordaba haber oído a algunos camaradas que asistieron a la manifestación, a la que yo no pude asistir, como he dicho, y al relato de Montes Agudo, recogido de labios de Pepe Sainz. Raimundo Fernández-Cuesta, en su citada carta, aclara algunas cosas. Sus palabras -de testigo de mayor excepción- son las siguientes:

«El relato de la manifestación del 7 de octubre tiene algunas equivocaciones. Durante la noche antes, que, como todas desde el comienzo de la Revolución, había sido en el Centro de Riscal de ansiedad extraordinaria, se habían congregado multitud de camaradas ansiosos de actuar en la calle. Hacia la madrugada, Julio, en una de sus intuiciones geniales, propuso organizar una manifestación callejera para expresar nuestra alegría por la derrota de la

LA FALANGE, DESCONTENTA

SIN embargó, ya José Antonio y la Falange estábamos descontentos al día siguiente. El Gobierno no supo, no quiso o no pudo recoger nuestro anhelo -retorcimientos de corazón unos y pactos de logias tenebrosas otros-, que era el de la parte sana de España, y se empezaron a dibujar las tolerancias y claudicaciones mientras todavía sonaban los tiros entre los que sólo andaban garbosa y limpiamente con los revolucionarios, los soldados de España y nuestros camaradas. Los rojos, sorprendidos por la resistencia, empezaban a batirse en retirada, susurrando su consigna -eterno compás de espera-, ya conocida desde su fracaso de 1917: «Es una huelga general más que hemos perdido.» Se capturaba a González Peña y a Belarmino Tomás en Asturias, a Companys, Farrás, Gassols y compañía en Barcelona; a Azaña -sin pitillo esta vez- también en un balcón barcelonés. Más tarde era Largo Caballero, «el Lenin español», el capturado. Todos ellos eran depositados cariñosamente en magníficos barcos de guerra o en cómodas prisiones, en las que a veces habían de invertirse considerables cantidades para favorecer las exigencias de «confort» de unos cuantos delincuentes vulgares, convertidos por obra y gracia de los partidarios del «mal menor y el bien posible» en presos políticos, como si fuese un delito político el crimen bestial, el asalto a los Bancos, las violaciones, los incendios y la traición a la Unidad de Destino. José Antonio, siempre zahorí -como le ha llamado Melchor Fernández Almagro-, adivinó inmediatamente el carácter cruel y tibio a la vez de la punición de la revuelta, que habría de convertirse, indefectiblemente, en represalia de clase, pero que, como es natural, la clase vengadora delegaría en las Instituciones permanentes de la defensa nacional -la Guardia Civil y el Ejército- para atraer sobre ellas el odio de los revolucionarios, si vencidos, convencidos también de que la revolución quedaba pendiente.

Por aquellos días, el General Franco vino a Madrid a hacerse cargo del Estado Mayor Central del Ejército, como Jefe del mismo. La cobardía gubernamental no le permitió ser Ministro de la Guerra, cargo en el que

---

Generalidad. Desde ese momento hasta el de su realización hubo discusiones y argumentos en pro y en contra, que cortó José Antonio dando orden de salir a la calle hacia las diez u once de la mañana. En primera fila, delante de todos, iban abriendo paso Alvargonzález y Fernando; después, Bassas, con su cartel vitoreando la unidad de España, y luego, la presidencia de la manifestación, formada por José Antonio, Julio, Ramiro, Gaceo, Alfaro, Valdés, Rada y yo, que recuerde. Al llegar a la Presidencia, la Guardia Civil nos encañonó para no dejarnos seguir; pero después de algunas explicaciones nos dejó continuar. Al llegar a la entrada de Recoletos, los guardias de Asalto repitieron la escena, con iguales consecuencias, y al salir de Recoletos, frente a Olózaga, un muchacho vestido de luto y de aspecto distinguido tuvo la audacia de enfrentarse con nosotros, y mal lo hubiera pasado si el mismo José Antonio no le hubiera abrazado a él para salvarle de las iras de los falangistas, lográndolo, así como la gratitud del joven, que se la expresó en el acto y en voz alta.»

quedó «el notario español en Rusia» don Diego Hidalgo. No obstante, la llegada del General Franco al palacio de Buenavista llenó de esperanzas a los españoles y a los falangistas. Ignoro si en aquellos días el futuro Caudillo de España contestaría por escrito o verbalmente a José Antonio, pero sí me consta que en el ánimo de éste se abrió por unas horas la ilusión de que el Ejército tomase la dirección del Estado, una vez más en peligro por la timidez, la falta de energía y la insólita carencia de virilidad de los gobernantes. Los periódicos empezaban a atenuar la gravedad de lo ocurrido y a esbozar el impunismo que pronto habría de ser la norma política del momento. En Asturias, donde se lograba dominar el terror rojo a fuerza de heroísmo de las tropas de Yagüe, la Guardia Civil y nuestros camaradas, se fusilaba a un sargento -el sargento Vázquez- y a un insignificante pistolero, el «Pichilatu», mientras los cabecillas presos eran tratados con todo género de consideraciones. Aún no se sabe -¿se sabrá algún día?- por qué se entregó tan dulcemente González Peña al entonces capitán Doval, que mandaba fuerzas de la Guardia Civil y era para los rojos de Asturias una «hiena sanguinaria», y se ignora también por qué los revolucionarios juraron asesinar al General López Ochoa, al que el Gobierno colmaba de honores. Un Gobierno que se decidió a condecorar a nuestros camaradas Innerárity y Suárez Pola por su actuación extraordinaria en Gijón ([159]), pero ordenando a la censura no autorizar la noticia en la Prensa diaria, en la que -en cambio- ya se comenzaba a cantar- el valor de los mineros asturianos.

José Antonio esperó algunas horas el golpe de Estado militar, para el cual el Ejército «contaba con la Falange». Me consta, porque tuve el honor de convivir con la primera línea madrileña, a la que pertenecía, como novel jefe de escuadra en la Falange de Guillermo Aznar, centuria de Gerardo González Sampedro, la noche de tensión y vela de armas en el Centro de Riscal. Fue entre el 15 y el 20 de octubre. Madrid se iba normalizando y la vida volvía a su cobardía habitual de ciudad alegre y confiada. Empezaban a llegar documentales cinematográficos de Oviedo, y la gente los acogía con indiferencia incluso en los cines de la Gran Vía, netamente burgueses. Al llegar una noche a mi casa a eso de las nueve y media me dieron el recado transmitido misteriosamente por el enlace de la Falange: «A las diez en punto en Riscal.»

Casi sin cenar salí a la calle. Fui al Centro, luego de avisar como pude a algunos de los elementos. El Centro estaba abarrotado de camisas y camisetas azules debajo de las americanas y las gabardinas. Nadie sabía para qué se nos convocaba. Los camaradas de guardia nos impedían estar en el vestíbulo -de donde arrancaba la escalera para el piso principal, en que se hallaba el

[159] Yendo en una piragua desde la playa al crucero «Libertad», a llevar un parte de la guarnición en peligro -donde se señalaban los lugares de la concentración de los marxistas en Cimadevilla-entre un horrible fuego de los rebeldes y más tarde de la marinería del «Libertad», que no sabía quiénes eran, Innerárity y Suárez Pola ganaron más tarde dos de las raras Palmas de Plata de nuestra vieja Falange.

despacho del Jefe- y nos empujaban al salón de la izquierda, completamente lleno de escuadristas. Todo eran cábalas y suposiciones. Fuera, chispeaban las agujas de las primeras heladas madrileñas, y dentro nos ahogábamos en el humo de nuestros cigarrillos, fumados nerviosamente. Había que tener las ventanas cerradas para evitar que desde fuera se advirtiese nuestra concentración. Los camaradas de aquellos tiempos recordarán perfectamente el salón, sin una silla ni un banco. Tantos como éramos, no podíamos dar un solo paso. Estábamos «como sardinas en banasta», según la gráfica expresión popular. Pero como siempre en la incomodidad, la Falange tenía buen humor y alegría. Muchos ¡Arriba España! para saludarse, muchas cábalas descabelladas sobre el objeto de la reunión, muchos asaltos a las cajetillas de los que teníamos tabaco de quienes nunca lo tenían, pero sabían que partir el pan y el tabaco eran goces de nuestra Hermandad. Así una hora y dos y cuatro. El cansancio y el sueño ponían ojeras en las caras de los muchachillos escuadristas poco acostumbrados a trasnochar. Algunos miraban al reloj con impaciencia. Otros con verdadero pánico a la bronca paterna al regresar a casa, de la que habían salido -creyendo ir al Centro a recoger alguna consigna cualquiera nada más- sin permiso y sin llave, y temían que la inquietud cariñosa de los padres se trocaría en áspera reprimenda y denuestos contra «esa Falange de locos». Los más viejos les animábamos. Alguno no podía resistir el sueño y dormía acurrucado en un rincón.

Quienes no han vivido las horas del Centro de Marqués del Riscal o de Santo Domingo, no es posible que puedan imaginar esta escena, ni yo pretendo describirla exactamente, pues me es imposible acertar con el color, el aroma y la mística de aquel enjambre juvenil. La Falange de la Presidencia del Consejo de Ministros de los días de la liberación de Madrid lo recordaba -aun cuando en el palacio de la Castellana había arañas, cuadros, tapices y brocados- y también nuestros primeros edificios requisados en las provincias al empezar el Movimiento Nacional, si bien en éstos -las Casas del pueblo casi siempre- ya la Falange ensayaba cintos y cartucheras para los cuerpos, y bayonetas y baquetas para los fusiles, y además, tenía el «Cara al Sol» para expresar su júbilo ante la idea de morir por España. Marqués del Riscal era más sórdido y más clandestino, pero más alegre que ninguno de los sitios en que haya estado la Falange.

Llegaron las tres de la mañana en «vigilia tensa». Todos estábamos aburridos ya y desesperanzados, cansados, lánguidos. Sonó una voz vibrante: «¡J.O.N.S. de Madrid: Atención! El Jefe nacional». Como por encanto se limpiaron las ojeras, bostezos y legañas de los rostros de los escuadristas. Por primera vez vi a José Antonio con la camisa azul, abierto el cuello y subidas las mangas, como en esas plásticas suyas que en el alma llevamos todos los falangistas que le oímos en los mítines posteriores. Se abrió en dos el grupo compacto de escuadristas, alzando con respeto los brazos. José Antonio, brazo en alto también, pasó entre nosotros seguido -que yo recuerde- de Julio Ruiz de Alda, Ramiro Ledesma Ramos, Luis Aguilar y Vicente Gaceo. Subió a

un pequeño estrado de unos cuatro metros de largo por tres de ancho y cincuenta centímetros de alto. El mosconeo de las conversaciones se había apagado como una vela soplada reciamente. José Antonio habló. De pie sobre la tarima, con su apostura verdaderamente legendaria y su voz de bronce y de fuego, de agua y de hombre, nos explicó por qué nos había llamado: «para una ocasión que quizá ya no iba a tener lugar, en la que el Ejército de España contaba con la Falange Española de las J. O. N. S. como auxiliar indispensable. Aunque todavía no había llegado el momento del desistimiento, venía a decimos que quien estuviese cansado, quien no pudiera respirar el humazo de los cigarros, quien temblase de sueño o del frío de la noche otoñal, el que no resistiera más la espera vertical y sintiese tronchados los riñones o el corazón desfalleciente, se podía marchar sin aguardar la ocasión, que tal vez llegase, que tal vez no llegase. El volvía a su puesto, porque sabía esperar. La gloria no es fácil, ni cómoda, ni rápida. La gloria nos exigía muchas horas de insomnio, de frío, de tedio, de dolor, de angustia, ya que la gloria falangista había de ser difícil, y cuanto más difícil, más falangista. Volvía a su puesto de escucha, a la espera llena de zozobra de un telefonazo que podía sonar como un clarín de guerra alegre y luminoso, que podía no sonar, como no suena la Muerte, condenándonos otra vez al aburrimiento, a los días monótonos y grises de una España empeñada en desaprovechar todas las ocasiones» ([160]).

No necesito decir que nadie se movió de allí. A las siete de la mañana, cuando el día apuntaba, todos permanecíamos en nuestros puestos sin añadir un gesto de disgusto a las ojeras, más hondas cada hora, del no dormir y la fatiga. Algunos chicos decían: «si el Jefe volviera otra vez a decirnos algo, podríamos tirar así hasta el medio día sin cansarnos.» Pero no volvió. A las ocho bajó Luis Aguilar a decirnos que «no había nada que hacer» y que el Jefe se marchaba a dormir, recomendándonos paciencia para esperar nuestra hora, que tenía que llegar más tarde, o más temprano. Sin la menor protesta, mas con la máxima desilusión, regresaron todos los muchachos a afrontar satisfechos el mal humor paterno, puesto «que habían visto y oído al Jefe». Si la Universidad de Salamanca es la cátedra de la mística luisiana, el hotel de Marqués del Riscal es la de la mística falangista, que tenía una forma concreta en la mística del Jefe. Desde el momento en que estalló el Movimiento y España entera sintió en el corazón la ausencia de José Antonio, legiones de

[160] Desgraciadamente, no es el texto auténtico de sus palabras esta versión que doy, pero todos los conceptos expuestos los dijo de una manera maravillosa en una breve alocución de cinco minutos. Aunque su gesto y su voz no pueden ser olvidados, la palabra escrita que trate de repetir las suyas tiene que ser fría e inexpresiva parodia de lo que él dijera con su elocuencia única. Pero el que esto escribe no se atrevería, por respeto a José Antonio, a imputarle frases que no le haya oída, aun cuando es incapaz de sacarlas intactas del pliegue de la memoria y el corazón en que se hallan archivadas, Esta escena -que no he visto relatada en ninguna parte y que yo conté por primera vez a la Falange de Toledo el primero de enero de 1938, en una charla titulala «Así hablaba José Antonio»- fue vivida por muchos camaradas, que quizá recuerden más exactamente que yo sus párrafos. y también los habrá que sepan exactamente de qué «ocasión» se trataba aquella noche y por qué se frustró.

escritores se dedicaron a cantarle, a ensalzarle, a decir de él lo que de nadie se había dicho ni volverá a decirse en España. Se le han hecho odas, sonetos, romances, y se han podido publicar libros enteros de sus alabanzas, escritas en muchos casos por quienes no le conocían ni de vista ni sabían de su persona más que se trataba del hijo mayor del Dictador. Con ellos, sus amigos escritores han colaborado en realizar literariamente su figura mística, de pensador, de poeta, de hombre genial, de conductor de un pueblo. Pero su imagen de camarada, de Jefe de una minoría -acorralada por todas las ofensivas, desde las de plomo a las de baba, desde las de fuego a las de hielo- sólo podían darla sus jefes de milicias fusilados en Madrid, sus más íntimos y humildes colaboradores caídos, que no sabían de retórica ni métrica, pero que se estremecían al verle y soñaban con él despiertos la realización de la España prometida por su verbo fulgurante al corazón de cada uno, en una sonrisa, en una voz de enfado o en una decisión momentánea, siempre llena de nervio y vehemencia arrebatadoras, de jerarquía y ternura.

Pocos días más tarde de la noche que acabo de contar, fuimos convocados de nuevo en Riscal. Julio Ruiz de Alda acababa de marchar a Oviedo, recién liberado, y José Antonio iba a reunirse con él para esclarecer toda la magnitud de la revolución que acababa de aplastar el Ejército y a la que ya el Estado putrefacto empezaba a dar alientos para renacer. Eran las siete de la tarde. Nos reunimos en el mismo salón destartalado y frío. José Antonio, ya con el gabán puesto, bajó de su despacho para despedirse: «Camaradas: Me voy a Oviedo a saber qué ha pasado y qué pasa. El Gobierno miente en todo lo que dice, y Falange Española de las J. O. N. S. necesita averiguar la verdad para gritársela a España entera. No tengo que daros instrucciones, pues estoy orgulloso de vosotros y sé que cumpliréis ciegamente las que os den vuestros jefes directos. Pero sí quiero deciros a todos una sola cosa. La cobardía del Gobierno está preparando los hilos de una burda maniobra impunista. Impunidad para los cabecillas y los dirigentes; impunidad para los militares que han deshonrado su uniforme y para los políticos que han lanzado a unas pobres masas embrutecidas de odio a las más atroces violencias. Algunos de estos delincuentes fanatizados pagarán el pato, mientras para los inspiradores se preparan indultos y amnistías con los que comprar la permanencia en el Poder un par de años. Lo sabemos y debemos oponernos. Acaso, esa fuerza pública que permite la fuga de los jefes marxistas tire contra nosotros por gritar la verdad a España. No os importe. Morir con la verdad en los labios y en el corazón es morir en gracia de Dios, como murieron nuestros camaradas con el grito de su fe. Yo me voy a Asturias esta noche. Sé que algunos intentabais hacerme una manifestación de despedida en la estación del Norte. Os lo agradezco, pero os lo prohíbo. Es mucho mejor que nos digamos adiós así, sencillamente, como camaradas. Si yo no volviese de Oviedo o alguno de vosotros me faltase al regreso, caído en acto de servicio, tened la seguridad de que más tarde habremos de encontramos en un cielo más alto y más azul que ninguno, que Dios está creando para los falangistas. Pero como no es cosa de

que se desaprovechen esas ganas de chillar en la estación que, al parecer, os acucian, os propongo que las empleéis en la calle de Alcalá, en la Puerta de Sol, en la Gran Vía, en esos sitios donde Madrid vuelve a la pereza del café, al paseo impreciso y los piropos. Nada de salir en manifestación. Os vais en grupos pequeños, paseáis, os paráis y discutís a voces entre vosotros. No importa que vuestras palabras sean confusas. Sólo tenéis que pronunciar con toda claridad estas dos: impunismo y justicia. Por vez primera os aconsejo que os dividáis. Algunos que se sacrifiquen y hagan el papel de impunistas y otros el de justicieros. En seguida os cercarán los verdaderos impunistas, y entonces, todos la emprenderéis a mamporros con ellos, gritando: «¡Arriba España!». Vendrán los guardias, los cobardes se empeñarán en que se bajen los cierres de las tiendas y se cierren las puertas de los casinos y cafés donde se frustran desde hace un siglo los deseos de justicia de España, y se desmayará alguna señora. Y vosotros seguiréis gritando: «¡Arriba España!», con la seguridad de que por cada señora desmayada en la calle hay tres ministros pensando, llenos de susto, en la dimisión.»

Vuelvo a insistir en que a estas palabras -recordadas también de memoria- les falta la precisión genial de que él las revestía. La precisión de cólera y de gracia que sazonan el verbo de los dioses. Imagínese el lector, por el pálido reflejo que mi pluma da de ellas, cómo serían de cálidas y picantes y cuál sería el entusiasmo de los muchachos. Dos o tres centenares se echaron a la calle a cumplir la consigna, y hora y media más tarde, la de Alcalá era un hervidero. Como pidiera el Jefe, se daban vivas a la Justicia y mueras al impunismo, no ya por los falangistas, sino por un Madrid entero que volvía a vibrar como en la mañana del 7 de octubre, por obra y gracia de nuestros jóvenes. Los camiones de guardias de Asalto se acogían con estruendosos gritos de entusiasmo y el brazo en alto. Si hubo algún detenido, fue por vitorear a España y a la fuerza pública que acababa de salvarla. O por tomar demasiado en serio de juego de «justicias y traidores» y excederse en la consigna de los mamporros.

José Antonio recorrió Oviedo a pie entre las aclamaciones de los falangistas y de las gente estupefactas por la actuación de nuestros muchachos en los días terribles. Pero regresó descorazonado. Había hablado con obreros y patronos, con legionarios y falangistas, con guardias civiles y con sacerdotes; había visitado las ruinas humeantes de la calle de Uría; había percibido la magnitud de la tragedia asturiana y la necesidad de salvar a aquella espléndida región de la «segunda vuelta» que ya anunciaban los jaques vencidos. Pero por estar en contacto, por su cargo de diputado, con las Comisiones parlamentarias que visitaban también la ciudad deshecha, traía la certidumbre de que nada se haría y de que la maniobra impunista lograría su triunfo. Como no teníamos periódico, la Falange no pudo protestar de la burla a los muertos que se urdía por los gobernantes ni elogiar a nuestros hombres que tan bravamente habían luchado en los campos astures y en las calles ovetenses. Solamente un periodista ejemplar e inteligentísimo, Tomás Borrás, tuvo el

valor de hablar en ABC de la Falange Asturiana. Tomás Borrás, que, de vuelta de otras tímidas ideologías nacionales, se convirtió ardorosamente a la fe nacionalsindicalista, viendo entre los escombros de Oviedo la arcangélica figura de José Antonio con su camisa azul, saludando, brazo en alto, a los Caídos. Falange Española de las J. O. N. S. tenía cinco más en la revolución que el Gobierno radicalcedista liquidaba con las muertes del «Pichilatu» y el sargento Vázquez. Eran José Montes, Álvaro Germán, Eleuterio López, Francisco Díaz y Jesús Sainz, muertos en acto de servicio. José Montes y Álvaro Germán cayeron en Moreda defendiendo con un grupo de mineros el Centro Católico desde las primeras horas de la mañana del día 5 hasta las del día 6, permaneciendo en su puesto cuando ya casi todos sus compañeros supervivientes de defensa se habían retirado. Francisco Díaz Nerco era el Jefe local de las J. O. N. S. de Torrelavega, y cooperó con la Guardia Civil en todos los servicios. Cada uno de ellos viajaba en una camioneta a las órdenes de un sargento. Al llegar a un recodo de la carretera, desde una casa abandonada, y desde la tapia de un cercado de enfrente, hicieron unas descargas sobre el camión, causando la muerte instantánea a Francisco Díaz y heridas graves a otros dos falangistas. Eleuterio López y Jesús Sainz cayeron en Asturias. Cerca de un centenar de muchachos de otras provincias fueron también heridos. Con motivo de la revolución, fueron varias las Palmas de Plata concedidas.

* * *

El 29 de octubre, de regreso a Madrid, José Antonio presidió los primeros funerales por los Caídos con ocasión del I Aniversario del mitin fundacional de la Falange. Se celebraron con toda solemnidad en la iglesia de Santa Bárbara, de Madrid, que para todos nosotros es la iglesia de Santa Bárbara de la Falange. Acudió en pleno la Primera Línea, casi toda la Segunda y la incipiente Sección Femenina, que por entonces no reunía en tomo a Pilar a más de un centenar de chicas. En la amplia nave y en el gran atrio nos alineábamos los escuadristas, cubierta la camisa azul con las chaquetas. José Antonio entró entre un bosque de brazos en alto. A la salida, Raimundo Fernández-Cuesta leyó los nombres de los quince Caídos, contestándose con el «¡Presente!» de ritual. José Antonio leyó con su voz más patética la Oración por los muertos de La Falange, de Rafael Sánchez Mazas. Y en medio de un clamor de «¡Arriba España!», regresó a su despacho. Por la tarde, en Riscal, le oímos una nueva arenga magnífica a los camaradas que durante el corto e intenso año de la vida de la Falange habían sabido ganar nuestras primeras y sencillas condecoraciones. Aún me parece verle abrazar, después de imponérselas, a tanto heroico muchacho que no volverá a estar entre nosotros...

Por aquellos días ocurrió este episodio, referido por Raimundo Fernández-Cuesta como ejemplo del modo en que se daban en el alma de José Antonio la buena razón y el justo vigor para imponerlas: «A raíz de la dominación de la intentona de octubre, y cuando los periódicos hablaban de las posibles severísimas sanciones que alcanzarían a los responsables, así como las detenciones de los miembros de la Generalidad, vimos en el Savoy, de Madrid, al político catalanista Sbert. José Antonio, pensando en lo repugnante que era el ver a aquel hombre en tal lugar, cuando no sólo había sido partícipe de una intentona revolucionaria, sofocada hacía horas, sino también, y hasta desde el punto de vista de su posición política, compañero de quienes se decía padecían los mayores riesgos en aquel momento, nos comunicó su proyecto: había que ordenar a aquel hombre que abandonase inmediatamente el local. Y así lo hizo. Y Sbert cumplió, cabizbajo y temeroso. Como también se pusiese en pie la señora que le acompañaba, José Antonio le hizo saber que por ella no iba la indicación, pero con voz estridente la acompañante dijo que se marchaba. Por cierto, que un matrimonio inglés que cenaba en una mesa próxima llamó también al maitre y le preguntaron si ellos tenían también que marcharse.»

DEFECCIÓN DEL CONSEJERO NACIONAL DE F. E. DE LAS J. O. N. S., MARQUES DE LA ELISEDA

POCO tiempo después del I Consejo Nacional de la Falange, José Antonio designó la Junta Política. Sus miembros fueron los camaradas Sánchez Mazas, Ruiz de Alda, Fernández-Cuesta, Onésimo Redondo, Bravo, Aizpurúa, Sancho Dávila, Mateo, Alfaro, Sainz y Valdés. La presidía Ramiro Ledesma Ramos. Se había eliminado de la dirección política del Molimiento a cuantos por su demagogia o su espíritu contrarrevolucionario pudieran detener o desviar el fervor nacionalsindicalista de la doctrina naciente.

El I Consejo había decidido la publicación de un programa concreto del Movimiento. Bravo, por encargo del Jefe, redactó un primer proyecto, que pasó a estudio de la Junta Política, quien, después de retocarlo, lo devolvió al Jefe Nacional para su última versión. Se recogían todas las orientaciones de las ponencias aprobadas en el Consejo y se afrontaban con gallardía todos los más hondos problemas nacionales.

José Antonio lo recibió y comprendió la necesidad de perfilarlo y concretar en párrafos escuetos y definitivos las aspiraciones concordantes de los viejos jonsistas y los nuevos falangistas, todos ya unos en el espíritu formidable de la Falange Española de las J. O. N. S. Los Puntos iniciales habían de contribuir enormemente a la homogeneidad del pensamiento político del Movimiento y de dotar a los escuadristas de un arma tan contundente como sus gastadas pistolas y sus porras juveniles.

José Antonio, después de estudiar los discursos de todos los organizadores de una y otra organizaciones, de releer los textos doctrinales de *La Conquista del Estado*, de *J.O.N.S*., de *F.E.* y del semanario *Libertad*, que en Valladolid fundara Onésimo Redondo años atrás, se encargó de la redacción definitiva de la síntesis. De su pluma salieron, enérgicos y lacónicos, impregnados de la belleza de su estilo inimitable, los 27 Puntos iniciales de F. E. de las J. O. N. S., que, andando el tiempo, en marzo de 1937, suprimido el último -sin duda, por considerarlo inaplicable después de la guerra civil, pues fue concebido para captar a los elementos afines de la izquierda, los sindicalistas, y no para los partidos de derechas que José Antonio contaba absorber en la Falange, según le he oído decir alguna vez, como los partidos fascistas y nacionalsocialistas habían absorbido, al triunfar revolucionariamente, los partidos de derechas similares a los españoles: «nacional» en Italia y «cascos de acero» en Alemania, disolviendo, en cambio, a los «populistas» timoratos y contemporizadores-, pasaron a ser base del nuevo Estado español nacionalsindicalista, apoyado en el partido Único F. E. T. y de las J. O. N.. S.

Estos 27 Puntos iniciales aparecieron a fines de noviembre de 1934, en hojas volanderas y clandestinas, por estar suprimido *F.E.* Más tarde se recogieron en la Prensa madrileña. El programa llenó de satisfacción a la mayoría de los militantes, aun cuando manifestaron su disgusto algunos elementos monárquicos al ver que el programa definitivo de la Falange no tomaba partido por determinada forma de gobierno, a pesar de qué la «voluntad del Imperio», expresamente manifestada en el Punto primero, significara rotundamente la vuelta de espaldas al artificio republicano, democrático, electorero y antiunitario. Callaron una vez más sus sentimientos los monárquicos, salvo algunos de los más exaltados, que se dieron de baja en la Falange por entonces. Pero, en cambio, se dio el caso insólito de que alguien, recogiendo las teorías populistas que acusaban al fascismo de panteísta y de incompatible con la catolicidad, provocara la gran campanada.

El diputado Francisco Moreno Herrera, Marqués -de la Eliseda- a quien José Antonio con afectuosa amistad llamaba siempre por su nombre de soltero, Paquito Andes-, bruscamente, sin que nada lo justificara ni lo hiciera esperar, se apartó de la Falange, pero no en silencio, sino dando a la publicidad en la Prensa de derechas -tan poco cordial para nosotros siempre- esta nota en que ponía en duda el sentido católico ardoroso de F. E. de las J.O.N.S.:

«Francisco Moreno Herrera, Marqués de la Eliseda, miembro del Consejo Nacional de Falange Española de las J. O. N. S., ha visto con grandísima pesadumbre que en el nuevo programa doctrinal aprobado por la Junta Política, y publicada por el Jefe, el Movimiento Nacionalsindicalista adopta una actitud laica ante el hecho religioso y de subordinación de los intereses de la Iglesia a los del Estado.

»Con ser esto, a juicio del que suscribe, una posición doctrinal insostenible, llega al colmo su tristeza cuando ve que el espíritu que informa el artículo 25 del programa es francamente herético y recuerda que por motivos semejantes fue condenado el movimiento de Action Française.

»Por todo ello, el que suscribe, con pena hondísima, pero cumpliendo su deber de católico, se ve obligado a apartarse del movimiento de F. E. de las J.O.N.S.»

Esta nota apareció, entre otros periódicos, en el ABC, de Madrid, de 30 de noviembre de 1934, sin comentarios, y produjo verdadera indignación entre los falangistas ([161]).

No será necesario señalar el enorme disgusto de José Antonio al leer esta extravagancia. Probablemente, esperaba todos los ataques a la doctrina nacional sindicalista menos ese, realizado por quien, por razones de amistad, conocía perfectamente el profundo sentido religioso que informaba todos los actos de su vida. Que un fanático tradicionalista encerrado en su casona navarra o un cedista intransigente lector de *El Debate*, y dirigido espiritualmente por este diario, donde, según palabras de José Antonio, «hasta la emoción religiosa está prohibida» ([162]), saliera con esa cantinela, no le hubiera sorprendido ni disgustado. Estaba hecho a las incomprensiones. Pero que lanzase afirmaciones contrarias al sentido religioso de la Falange quien la había visto nacer, quien había asistido a los entierros y funerales de los

---

[161] Acaso no fueran ajenos a su redacción unos intentos de captación de la Falange por ciertos elementos descontentos de la política cedista, a cuya maniobra había respondido José Antonio con esta nota, aparecida en la Prensa el 27 de noviembre:
«José Antonio Primo de Rivera quiere hacer constar, sin mengua de todas las consideraciones afectivas que le unen al señor Calvo Sotelo *como eminente colaborador de su padre*, que Falange Española de las J.O.N.S. no piensa fundirse con ningún otro partido de los existentes ni de los que se preparen, por entender que la tarea de infundir el sentido nacional en las masas más numerosas y enérgicas del país exige precisamente el ritmo y el estilo de la Falange Española de las J.O.N.S. Esta, sin embargo, bien lejos como está de ser un partido de derechas, se felicita de que los grupos conservadores tiendan a nutrir sus programas de contenido nacional en lugar de caracterizarse, como era frecuente hasta ahora, por el propósito de defender intereses de clase.»

[162] «La emoción está prohibida en *El Debate*: toda emoción, hasta -nos atrevemos a decirlo- la religiosa. Hay ciertas horas y minutos del día en que puede admitirse cierta emoción religiosa, pero con circunspección y según las pautas de la casa. Es decir, técnicamente, tal como debe expresar la emoción religiosa un buen alumno de la Escuela de Periodistas.» (Artículo "Reportaje posible. ¿Se da de o baja el señor Gil-Robles de Acción Popular?", publicado en el número 2 de Arriba, de 28 de marzo de 1935. Sobre la paternidad indudable de este artículo se hablará más adelante.)

primeros Caídos, quien convivía con hombres de tan acendrada fe católica como Rafael Sánchez Mazas, Raimundo Fernández-Cuesta, Julio Ruiz de Alda y el propio José Antonio, cuya psicología debía conocer perfectamente el Marqués de la Eliseda, sacó de quicio al Jefe. La deformación de los demás le hacía sonreír irónicamente, pero la deformación de un amigo a quien había abierto el alma a las más puras confidencias espirituales provocó en él una reacción «vivísima». Inmediatamente redactó esta réplica, que hizo insertar el día primero de diciembre en las mismas columnas donde había aparecido la retorcida afirmación:

«El Marqués de la Eliseda buscaba hace tiempo pretexto para apartarse de Falange Española de las J. O. N. S., cuyos rigores compartió bien poco. No ha querido hacerlo sin dejar tras de sí, como despedida, una ruidosa declaración que se pudiera suponer guiada por el propósito de sobresaltar la conciencia religiosa de innumerables católicos alistados en la Falange.

»Estos, sin embargo, son inteligentes de sobra para saber: primero, que la declaración sobre el problema religioso contenido en el Punto 25 del programa de Falange Española de las J. O. N. S. coincide exactamente con la manera de entender el problema que tuvieron nuestros más preclaros y católicos reyes; y segundo, que la Iglesia tiene sus doctores para calificar el acierto de cada cual en materia religiosa; pero que, desde luego, entre esos doctores no figura hasta ahora el Marqués de la Eliseda.»

Ni cólera bíblica esta vez ni despecho. En el fondo y en la forma de la réplica, el exabrupto del Marqués parece tomado a broma. No sin razón, pues el señor Moreno ya conocía desde primeros de año el pensamiento de José Antonio en cuestión religiosa, expuesto en los primeros Puntos de F. E. de las J. O. N. S., con los que había transigido.

El Marqués de la Eliseda quedó separado de la Falange por voluntad propia, pero también por la de todo el Movimiento, que se consideró incompatible con quien tan injustamente le ofendía en sus profundos sentimientos. José Antonio se apartó de él en los escaños del Congreso, y transformó en sarcástico el acento cariñoso con que antes subrayara el nombre de Paquito Andes. Desde luego -como había de hacer más tarde con los protagonistas de otras defecciones-, impidió que la vehemencia de algunos escuadristas sancionase con ricino las inexactitudes vertidas contra el espíritu de la Organización: pero alejó de su saludo y de su afecto personal al amigo, al compañero de candidatura y lucha electoral, al hombre estudioso y educado al que estimaba. Aun cuando alguna vez solía decir: «Paquito Andes es un buen chico, y volverá a la Falange.» Como en otros miles de casos, esta profecía de José Antonio se ha cumplido, y hoy el Marqués de la Eliseda forma parte del Consejo Nacional de la Falange, cuyo sentido religioso habrá podido ver en la guerra civil, en la muerte ejemplar de tantos camaradas mártires, en el

testamento de José Antonio, en sus cartas póstumas y en el traslado de sus restos desde Alicante a la basílica de El Escorial ([163]).

CATOLICIDAD DE LA FALANGE Y DE JOSÉ ANTONIO

Estos recuerdos son más que suficientes para desmentir rotundamente la especie -creciente desde entonces y que en algunos momentos de la guerra civil se intensificó para combatir nuestro concepto revolucionario por los enemigos de dentro- de la falta de catolicidad de la Falange ([164]). Desde luego, José Antonio no quería una Falange beata y gazmoña. Comprendía la religión como la vida, alegremente, sanamente, sin atormentar el alma del creyente con amenazas infernales. Y quería una Iglesia ceñida de manera exclusiva a su misión espiritual y eterna, sin intromisión en funciones ajenas a ella. Bien patente está en todos sus discursos y escritos. Pero como hombre moderno y culto, creía que debía mantenerse -puesto que el hombre es un ser capaz de salvarse o condenarse- una gran tolerancia hacia aquellos que han perdido la fe por accidentes de la vida o por un afán de buscar la Verdad Divina por caminos aparte de los Evangelios. Algunos de estos hombres habían llegado a la Falange, y José Antonio, gran conocedor del corazón humano, adivinaba cómo en sus almas ansiosas de creer sustituían con la idea de España la idea de Dios. ¿Iba a separarles de la Sagrada Hermandad por ese accidente desgraciado de su espíritu y a empujarles hacia los grupos humanos donde se empezaba por negar a Dios y se acababa negando todas las demás hermosas verdades del alma? ¿No era mucho más humano acercara su fe grandiosa a esos desventurados y salvarles para la Patria, librándoles de la desesperación y el desconsuelo del extremismo?

«-Yo soy católico convencido -decía José Antonio a Bravo el domingo 24 de junio de 1934, es decir, unos meses antes del incidente Eliseda-. Pero la

---

[163] Nota de la tercera edición.-Luisa María de Arámburu, amiga fraternal desde la infancia de los hermanos Primo de Rivera, recuerda la siguiente anécdota a propósito de la manera naturalísima en que José Antonio manifestaba su religiosidad:
«Una noche fue invitado a cenar en cierta casa. Era un viernes de Cuaresma. Uno de los platos era de carne. José Antonio, al advertirlo, rogó discretamente a su anfitriona que le permitiese prescindir de aquel manjar. Entonces aquélla, dirigiéndose a uno de los servidores, y como burlándose amistosamente, dijo: «Oiga usted, al señorito José Antonio tráigale una tortilla. Hoy es viernes y no puede comer carne.» José Antonio -lo recuerdo muy bien- contestó: «Es posible que me condene, señora; pero por un filete..., por un filete no vale la pena.»

[164] Especie atribuida al fascismo en general y rebatida por José Antonio en el Punto 4 de la carta a Julián Pemartín, publicada en la *Historia de la Falange de Sevilla* (pág. 26 de la primera edición) y en el volumen III de las *Obras Completas de José Antonio* (Escritos), pág. 37.

tolerancia es ya una norma inevitable impuesta por los tiempos. A nadie puede ocurrírsele perseguir a los herejes como hace siglos, cuando era posiblemente necesario. Nosotros haremos un Concordato con Roma en el que se reconozca toda la importancia del espíritu católico de la mayoría de nuestro pueblo, delimitando facultades. La infancia será educada por el Estado; mas los padres que quieran dar a sus hijos una instrucción religiosa podrán utilizar los servicios del clero con plena libertad. El culto será respetado y protegido. Pero, como sostiene Mussolini -«hombre providencial deparado a Italia», según el Papa-, la formación de la infancia y de la juventud corresponde al Estado. Un acuerdo inteligente sobre el particular evitará todo equívoco» ([165]).

La tolerancia de José Antonio era maravillosamente ejemplar. Y como en todos los aspectos de su vida de Jefe de Falange, hacía -según su consejo a los demás- «la propaganda con la ejemplaridad de su conducta»; y sin proponérselo, su sencillez en las prácticas religiosas, sin alharacas ni exhibiciones, incitaba a muchos a la imitación. Aunque jamás trataba de hacer de predicador, y menos en su actuación política. Como para Mettemich, para José Antonio la Iglesia era una fuente de moral individual, un consuelo de las almas piadosas, jamás una inspiradora de acción gubernamental ([166]).

Una vez, en conversación privada, le trasladé un ruego del camarada Manuel Mateo, Secretario de la Central Obrera Nacionalsindicalista, quien, procedente del campo comunista, había ingresado en la Falange, sin dejar sus aspiraciones de justicia social, puesto que «podían satisfacerse plenamente con el Estado nacionalsindicalista, que adquirirá un sentido profundo, permanente, total, y dejará de variar su aspecto y tono como ahora lo hace, según el partido político que predomina en su dirección» ([167]).

Mateo tenía verdadera admiración fanática por José Antonio, y una tarde, hablando con él en su despachito de la Cuesta de Santo Domingo, me contaba cómo había perdido la fe religiosa y cómo le era necesaria para vivir.

«-¿Por qué, diplomáticamente, no le dices tú al Jefe que me hable de Dios? El sí lograría devolverme esta fe que me falta hace años.»

-Yo soy misionero de España, no misionero de Dios -me contestó José Antonio cuando le referí la charla con Mateo.

* * *

Andando el tiempo, para estupor de quienes le acusaron de laico, su vida y muerte serían glosadas en la altísima tribuna sagrada de la catedral de Burgos por el excelentísimo y reverendísimo Arzobispo de Valladolid, en palabras como éstas: «Aunque sólo tengan valor humano los elogios que voy a tributar

[165] Obra citada, pág. 70.

[166] Como el famoso Canciller católico, pensaba también que un político debía tener con la Iglesia una actitud correcta y enérgica.

[167] Número 4 de *Arriba*. Discurso de Manuel Mateo en un acto de propaganda de F. E. de las J.O.N.S. en Jaén.

a José Antonio Primo de Rivera, serán elogios esplendentes y bien merecidos, por cierto. El supo vivir y, sobre todo, supo morir como siervo bueno y como hijo bueno de la Patria y de la Iglesia. y Dios ordenó en su Providencia amorosísima que nos dejase José Antonio un retrato sublime de su corazón en aquellas horas que precedieron a su muerte: su testamento, que es prueba palmaria de mi afirmación: José Antonio, hijo preclarísimo de España e hijo ferviente de la Iglesia católica.

»No era estoico, era cristiano, y el cristiano es divino y es humano. Cristo es Dios y es hombre, hombre perfecto. Por ser Dios no pierde las características de la naturaleza humana. El cristiano, por ser divino, por llevar en su entendimiento la luz sobrenatural de la fe y las aspiraciones sobrenaturales de la esperanza en el corazón, y los ardores de la caridad en la voluntad, no por eso deja de ser humano; más aún: aquellas fuerzas sobrenaturales, bien aplicadas, aumentan, vigorizan y exaltan todas las fuerzas ordenadas de la humana naturaleza. Ved, pues, a José Antonio, valiente, activísimo, denodado hasta el sacrificio, hasta la muerte, y a la vez de corazón sensible. No merece la recriminación del apóstol San Pablo contra los gentiles: *sine afectione*: hombre sin corazón.

»Y al final del párrafo sexto ([168]), otra lección hermosísima de respeto a la verdad y al buen nombre y fama del prójimo. Ojalá todos la aprendan bien y a ella ajusten su proceder en esta hora en la que no sé cuál sea el arma más terrible y mortífera, si las máquinas de guerra que el ingenio humano produce o las lenguas viperinas que lanzan los proyectiles de la calumnia, de los gases deletéreos de la confusión y del odio, de las desconfianzas y recelos, de las suspicacias e inquietudes y desasosiegos.

»La España que soñaba el Fundador de la Falange es una España en consonancia con el espíritu español y católico que informa, y anima, y vivifica, y engrandece, y sublima el testamento de José Antonio» ([169]).

Para terminar con el espíritu creyente de José Antonio, añadiré que en diciembre de 1935 o enero del 36 nos pidió, una tarde, a Agustín de Foxá y a mí, que le acompañásemos la próxima Cuaresma a hacer ejercicios espirituales. Como el ilustre poeta y yo ensayáramos alguna resistencia, José Antonio, serio, nos dijo: «Os haría un gran bien. Yo he hecho dos veces este retiro, una de ellas con ocasión de una gran crisis espiritual ([170]), y me sirvieron de gran alivio y vigorización.»

---

[168] Del Testamento de Alicante, que glosa Su Eminencia.

[169] Oración fúnebre pronunciada por el Excmo. y Rvdmo. Dr. Gandásegui, Arzobispo de Valladolid, en el funeral celebrado en la catedral de Burgos en sufragio de José Antonio Primo de Rivera el día 20 de noviembre de 1938. (Recogida en el libro *Dolor y Memoria de España*, Ediciones Jerarquía, págs. 68 y sigs.)

[170] No pudimos saber cuál: si la súbita muerte de su padre, seguida del feroz alboroto de odio contra su memoria, o si en otra más íntima, cuando la ruptura con «ella».

-Si nos lo ordenas, iremos contigo como subordinados falangistas, contestó Foxá.

Y José Antonio, vivamente, replicó: «Yo no puedo ni debo mandar eso como Jefe. Os lo aconsejo como amigo. Ahora, si no os ponéis a bien con Dios y os toca caer un día, no aleguéis allá arriba el acto de servicio para libraros del infierno.»

(Aquellos ejercicios espirituales que pensara hacer los seguiría en la Cárcel Modelo...)

Volviendo al asunto Eliseda, recordaré que si bien José Antonio le libró de sanciones «laxantes», no le libró de sanciones económicas. Por entonces, como ya creo haber dicho, la Falange tenía su domicilio en el hotel de la calle del Marqués del Riscal, número 16, alquilado para su oficina política por el Diputado a Cortes don Francisco Moreno Herrera. La Falange era pobre, alegre y pícara como una bandada de gorriones. (Si hubiera sido rica, seria y circunspecta, con oficinas, archivos, ficheros y teletipos, no hubiese sido, como era, el mismo corazón de España.) La ruptura con Eliseda la puso en el trance de reunirse en los bancos de los paseos públicos. No es que hubiese dejado de amar la intemperie ni que el Centro de Riscal, casi sin muebles, con cristales rotos y habitaciones destartaladas, fuese mucho más que la misma intemperie. Pero por aquel entonces empezaban a funcionar los Sindicatos y se había creado una oficina de parados, a la que cada día llegaban centenares de obreros, asqueados del marxismo, con la esperanza de obtener una colocación -que toda la Falange buscaba afanosa entre los patronos conocidos, sin grandes éxitos, por cierto, pues los patronos, no obstante ser antimarxistas, padecían de un miedo terrible a los Sindicatos ugetistas y cenetistas y no se atrevían a colocar a ningún obrero que no llevara sus carnets-. Las Milicias, que continuaban sus entrenamientos por pequeños grupos en las orillas del Jarama., necesitaban un lugar donde poder acuartelarse en un momento dado; *F.E.*, que volvía a salir, necesitaba redactarse en algún sitio. Y el número de afiliados, aumentando perezosamente, exigía un local para su control y administración. El Marqués de la Eliseda pretendió inútilmente echar a la calle a la Falange que, bonitamente, se le quedó «en precario» en la oficina política. Se intentó el desahucio y José Antonio puso toda su habilidad de abogado en defender la permanencia en Riscal.

-No nos iremos --decía- hasta que Paquito Andes nos gane el pleito en el Supremo.

En efecto, la Falange, desahuciada, cortadas la luz y el agua, se sostuvo en el histórico hotelito hasta principio de 1935. Con la luz se empleaban todos los subterfugios -bien conocidos- de empalmes y combinaciones. Cuando a veces los agentes de vigilancia eléctrica veían iluminadas las ventanas y

entraban a protestar y a amenazar con multas y otros fieros males, la Falange les remitía al inquilino.

«-A Paquito le va a dar un ataque -decía José Antonio-. Pero si le da será de frente y no alevoso, como el que él ha querido asestar a la Falange.»

EXPULSIÓN DE LEDESMA RAMOS

POR entonces se veía ya muy poco en el Centro a Ledesma Ramos. Tenía su despacho independiente y trabajaba con los Sindicatos, realizando una labor sospechosa en contra de José Antonio y de la disciplina interna de la Falange.

Hasta la aparición en septiembre de 1939 del libro de Francisco Bravo sobre José Antonio ha habido el criterio de callar sobre este episodio íntimo y doloroso de la Falange. Bravo ha puesto el dedo en la llaga, sin apretar en ella. Yo no estoy lo suficientemente informado para hablar con detalles del asunto, pero sí poseo algunos que creo mi deber hacer públicos, ya que ha habido un momento en que, muertos por España José Antonio y Ramiro, se intentó hacer «ramirismo» como a fines de 1934, probablemente, como entonces, con no muy buenas intenciones para la Falange. Conste ante todo que, aunque yo no niego jamás mi fe y mi admiración fanáticas por José Antonio, no he sido en ningún momento enemigo personal de Ledesma Ramos, a quien apenas conocía. Y que al hablar de este episodio de tipo humano a los que por su humanidad no podía sustraerse la Falange, no puede moverme ninguna hostilidad a quien después de dar magníficas consignas a las J. O. N. S. y a la Falange, y escribir el soberbio *Discurso a las juventudes de España*, murió asesinado por las hordas rojas en Madrid. Por el contrario, con todos sus defectos humanísimos -vanidad, ambición, soberbia, indisciplina-, Ledesma ha sido uno de los hombres más extraordinarios de la Falange y su pérdida para el Movimiento fue sinceramente deplorada por el mismo José Antonio.

Hay quien opina que no se debe hablar de este episodio. Yo, por el contrario, pienso que la Historia de nuestra Falange debe hacerse total, pues no ha habido partido en el mundo que no haya tenido sus crisis internas. Cuando se haga -por quienes la conocen día por día- la gran Historia de la Falange, se precisarán grandemente cosas del «secreto del sumario» que yo, por mi condición de simple escuadrista, no obstante mi amistad con José Antonio, no puedo conocer como un miembro de la Junta Política -Alfaro, Sainz, Sancho Dávila- un Consejero de la gran intimidad de José Antonio -Gaceo o Sánchez Mazas- o el propio Secretario General de entonces -Raimundo Fernández-Cuesta-. Mi versión se reduce a cosas sueltas oídas a José Antonio, a Mateo y a otros camaradas sobre el asunto. Del propio José

Antonio hay un documento auténtico que, por la violencia del lenguaje, inusitada en él, demuestra hasta qué punto de gravedad habían llegado las cosas en el seno de la Falange. Es el «entrefilet» titulado AVISO A LOS NAVEGANTES. ARTE DE IDENTIFICAR «REVOLUCIONARIOS», aparecido en el primer número de Arriba, al que más adelante habré de referirme ([171]).

En el libro de Bravo tantas veces mencionado se historia un poco deshilvanadamente esta crisis interna de la Falange. Por él sabemos cómo los propios «jonsistas» estimaban indispensable para nuestra disciplina la unidad de mando y que esta unidad recayera precisamente en José Antonio, por su talento, su prestigio personal y su condición de Diputado a Cortes, que facilitaba grandemente la difusión de nuestro ideario y permitía resolver numerosísimas «pegas» que continuamente nos planteaba la arbitrariedad gubernamental. Ledesma Ramos, que desde antes de la fusión de F.E. y J.O.N.S. desconfiaba de José Antonio «por señorito» -Ledesma tenía el complejo demagógico de creer necesario para una Revolución Nacional el tipo de jefe proletario- desconfió, luego de hecha aquélla, por advertir en las dotes personales de José Antonio la imposibilidad de evitar la recaída en él del caudillaje del Movimiento nacionalsindicalista. «Si José Antonio no sirve, se le echa, se le inutiliza totalmente en política y se le sustituye», pensaba. Pero José Antonio servía. La inteligencia clarísima de Ledesma advirtió en seguida que de su personalidad irradiaba un algo congénitamente fascinador, imposible de superar por nadie. José Antonio había nacido César y los demás tenían que afanarse para lograr la prestancia y el esplendor físicos que en él eran tan naturales como su voz. No se puede improvisar algo que sustituya toda la depuración de una raza aristocrática afinada en el culto de la Cultura y la Distinción. La intuición de Ledesma, enamorado de su creación jonsista, le hacía ver cómo aquellas Juntas por él concebidas alzaban el brazo enronqueciendo de gritos por el nuevo Caudillo. Como cada palabra de José Antonio parecía encendida de luces y promesas deslumbradoras, y cada gesto suyo tenía la plástica de los altorrelieves en que están presentes los héroes eternos, lo más viejo de la guardia jonsista febril de su elocuencia y presencia suntuosas, se disponía a morir, más todavía que por la idea del Partido, por la mística del Jefe. Es humanamente disculpable el recelo de Ledesma Ramos. Y lógico también que ese recelo tratara de impedir lo que se presagiaba inminente: la Jefatura única de las Falanges de jóvenes heroicos de toda la Nación, dispuestos a morir a sus órdenes por la España Una, Grande y Libre que Ledesma había sido el primero en concebir. La gran equivocación de

[171] Nota de la segunda edición.-«El episodio de la expulsión de Ramiro tiene su origen en la envidia personal que sentía por José Antonio, nacida quizá de las diferencias de origen, ambiente y educación. Era la expresión en la Falange de la lucha de clases, que en España envenenaba todas las actividades. Eso, unido a la difícil situación económica de Ramiro, le hacía apto para ser instrumento de los partidos derechistas, que deseaban sembrar la cizaña en nuestras filas.» (Carta citada de Fernández-Cuesta del 9 de febrero de 1942)

Ledesma consistió en no aceptar la consumación de aquel hecho, sacrificando a la realidad y a la necesidad imperiosa del Movimiento cualquier impulso normal de su justa soberbia creadora. Ledesma se aisló del mando político de la Falange, intentando trabajar con las posibles pasiones humanas de algunos íntimos colaboradores de José Antonio. Lo más triste de todo fue que Ledesma, procedente de campos ideológicamente avanzadísimos, no pudiendo volverse a ellos, trató de enderezar la actividad de los Sindicatos Nacionales hacia los partidos de ultraderecha, conducidos por la reacción y la incapacidad revolucionaria. Ello movió a José Antonio a escribir el «aviso a los navegantes» antes citado, cuando Ledesma inició contra José Antonio y otros dirigentes falangistas la publicación de su semanario -*La Patria Libre*-, encaminado a combatir a la Falange... ¡en nombre del nacionalsindicalismo!

Los escuadristas tuvimos noticia de la decisión del Jefe de expulsar a Ledesma una mañana de domingo de diciembre en que habíamos sido convocados en el jardín de Riscal para ser revistados por el Jefe y por el Teniente Coronel Rada, que aún era Jefe de Milicias. Al llegar, nos anunciaron que la revista se había aplazado. El revuelo que había por el Centro nos hizo sospechar alguna novedad grave. Algún camarada con motivos para estar bien enterado nos anunció que se había descubierto una conjura para sublevar contra el Jefe a los Sindicatos, y que el cabecilla de aquella conspiración era Ledesma Ramos ([172]). A quienes no teníamos por entonces idea de las interioridades del Mando nos sorprendió muchísimo. Pero nuestro informador nos dijo: «Tenía que suceder un día u otro. Cuanto antes, mejor. No importa que seamos pocos, pero bien avenidos y sobre todo sin coquetear con las derechas.» Algunos opinaban que Ledesma debía ser castigado con toda dureza, considerando que la indeferencia con que se había acogido la primera escisión de Moreno Herrera alentaba las rebeldías. José Antonio tuvo que usar de toda su autoridad y energía para impedir una sanción contra él.

Al día siguiente de aquel domingo de diciembre en que se decretara la expulsión de Ledesma, aprobada por toda la Falange -incluso por el 95 por 100 de los viejos jonsistas-, José Antonio se dirigió a los Sindicatos, que estaban en un pabellón diferente de Marqués del Riscal. Atravesó el jardín acompañado de sus fieles camaradas de todas las horas. El local de la Central Obrera Nacionalsindicalista estaba lleno de obreros revolucionarios, preparados para la explosión por la palabra ardiente, tajante y gutural de Ledesma Ramos y la dureza conceptual de Sotomayor. Ellos, que habían vuelto los ojos dolidos de las desesperanzas marxistas o anarquistas hacia la clara luz de la Falange, se creían engañados también por José Antonio, a quien algunos pintaban como «un señorito de cabaret». Esta insidia, fácil de creer por los «señoritos», ¿no iba a prender con más facilidad en los violentos

[172] Fueron los camaradas Fernando de Castro, Manuel Veglison y Bartolomé Mostaza quienes avisaron a José Antonio del intento de escisión de la Falange preparado por Ledesma.

obreros de nuestra Central? Al ver a José Antonio empezaron a gritar desaforadamente, intentando desviarle por la coacción de su propósito de hablarles. Hubo gritos de «Fuera los señoritos» y otros muy poco gratos y no menos injustos para los oídos de aquel hombre, entregado por voluntad propia a la áspera misión de buscar para todos los españoles -y sobre todo para quienes difícilmente podían conseguirlos en la encrucijada histórica de España- el sabor del Pan y la tranquilidad de la Justicia de una Patria Grande y Libre. José Antonio no se inmutó. Tenía hecha el alma a todas las ingratitudes y a todas las incomprensiones. Y aun cuando después nos haya dicho algunas veces que fue aquel momento, al enfrentarse con cuatrocientos hombres hoscos y malvestidos que le denostaban ferozmente, cuando su ánimo y su temple, serenos siempre, flaquearon un poco, su fuerza de voluntad se impuso y, apartando de un empellón a quienes le negaban la entrada en el recinto sindical, avanzó hacia el centro de la estancia con su eterna actitud majestuosa. No iba con la camisa azul y proletaria, sino con su traje gris de magnífico corte, su camisa blanca impecable y sus manos cuidadas de aristócrata. Una escena parecida había sido vivida años antes en Milán -el 24 de noviembre de 1914- por Benito Mussolini, cuando sus propios y fanáticos partidarios socialistas le expulsaron del partido, acusándole de «vendido», en medio de un tumulto horrible de injurias y de amenazas. «Me odiáis hoy porque me amáis todavía. Me echáis de vosotros porque no me comprendéis», dijo Mussolini. José Antonio pronunció estas solemnes palabras:

«-Quizá salga muerto de este cuarto. Pero lo que aseguro es que antes de matarme habréis oído a este señorito.» Su mágica presencia física y su impecable palabra, sin un trémolo en la voz, sin una bravata ni una adulación de más, sin un acento de sinceridad de menos, convencieron rápidamente a aquellos camaradas a quienes se había tratado de desviar. Al cabo de un cuarto de hora de explicaciones leales de conducta, cara a cara de los exaltados nacionalsindicalistas, José Antonio abandonaba la Central obrera en un bosque de brazos alzados y un clamor de vítores a su figura señorial. La posibilidad de división en la Falange había fracasado definitivamente. Bajo el mando de José Antonio jamás volverían a producirse corrientes escisionistas. La Falange entera sintió a su Jefe cada vez más en el alma, y aun cuando alguna discrepancia se produjera entre José Antonio y ciertos jerarcas del Partido -que nunca llegaron a entenderse totalmente con el Jefe por pequeñas vanidades personales-, ni un momento siquiera volvió a peligrar la sagrada unidad. La separación -poco después de la expulsión de Ledesma Ramos- del Teniente Coronel Rada, de los hermanos Ansaldo y de algunos otros que prefirieron seguir la bandera de la Restauración monárquica a la bandera de la Revolución Nacionalsindicalista, se hizo de manera cordial y llena de respeto humano y mutuo afecto. Al llegar momentos de gravísimo peligro para algunos falangistas -el atentado contra Jiménez Asúa y las violencias: frentepopulistas- los hermanos Ansaldo, dando pruebas de caballerosidad y camaradería inolvidables, ofrecieron sus avionetas particulares para salvar a

algunos de los nuestros. ¡Y quién sabe también si era en alguna de ellas en la que esperaba llegar José Antonio a la Ciudad Universitaria el día que estallase el Movimiento!

La expulsión de Ledesma y sus secuaces suscitó algunos comentarios -malévolos en su mayoría- en la Prensa madrileña. A uno de buena fe, de nuestro camarada Federico de Urrutia en Informaciones, salió al paso José Antonio con la siguiente carta:

«Madrid, 19 de enero de 1935. Sr. D. Juan Pujol, director de Informaciones. Madrid.

Mi querido amigo: Agradezco mucho la información que en el número de anoche me dedica Federico de Urrutia, y estimo en lo que vale la acogida que usted le dispensa. Pero como en medio de los aciertos del trabajo hay un punto algo confuso que pudiera originar malestar entre algunos de nuestros mejores militantes, le agradeceré muy de veras la aclaración siguiente:

El elemento indeseable que se introdujo en la Falange de las J. O. N. S. no consistía en "una legión de indocumentados procedentes del campo marxista", perjudicial para "toda esencia pura, mística y profundamente española de nuestro movimiento". Los antiguos marxistas incorporados a la Falange de las J .O. N. S. se conducen de un modo intachable y han aportado el sentido profundo de totalidad y de disciplina que en los medios marxistas se adquiere. Lo malo era un grupo -no legión- de gentes cultivadas, fuera de todo ideal político, en los fondos infrasociales más turbios de la vida humana. Estos elementos. revolucionarios de alquiler, son los que han tenido que salir de la Falange de las J. O. N. S., no por establecer unidad de pensamiento, nunca rota entre nosotros, sino por higiene ([173]).

Así, resulta que "todos" los antiguos jonsistas y "todos" los obreros de los Sindicatos nacionalsindicalistas se han quedado con nosotros, sin que llegue a dos docenas en toda España el número de las defecciones.

Mil gracias por la publicación, que le ruego, de estas aclaraciones y disponga de su siempre buen amigo, *José Antonio Primo de Rivera*.»

* * *

Suspendido *F.E.*, *Libertad*, el órgano oficial de las J. O. N. S. de Valladolid, publicó el 21 de enero el siguiente editorial:

---

[173] *Nota de la tercera edición*.-Algo por el estilo -más fuerte todavía- diría en una circular a los Jefes provinciales y en una carta -inédita- a Sancho Dávila fechada el 17, fecha en la que redactó también una nota para *La Época*, aparecida el 18.
Nota de la sexta edición.-Aun cuando poseo copias de ambos documentos, como también las tienen los editores de las Obras Completas de José Antonio, me parece la más acertado dejar que éstos las publiquen en alguna nueva edición, ya que si yo las publicase no añadiría nada realmente nuevo al doloroso episodio.

«Nosotros, con tos hechos

»A partir del lunes anterior se ha visto sorprendida la opinión con una noticia tan desfavorablemente acogida por la masa nacional como grata a la Prensa inmunda, de que se separaban Falange Española y las J. O. N. S.

»Podemos afirmar rotundamente, sea cualquiera el juicio que tengamos de personas y hechos en concreto, esta verdad, que ante todo importa publicar y servir: No hay separación.

»Si a alguien le cabe duda, asómese al comentario del acto de ayer mismo en Valladolid. Allí estaba presente la mayoría del movimiento en nuestra ciudad, baluarte del jonsismo. Allí habló el Jefe de Falange Española de las J. O. N. S. y figuró a su lado nuestro Director, Onésimo Redondo. El entusiasmo de los mil estudiantes que llenaban el *"Hispania"*, la perfecta coincidencia de los que hablaron y el sentir unánime de los aplausos y vítores bastan para proclamar que las J. O. N. S. de Valladolid confirman con hechos lo invariable y perpetuo; no hay ni puede haber, ni habrá jamás, división verdadera en el cuerpo ni en la fe. Las J. O. N. S, no pueden separarse de sí mismas. Todas forman y formarán siempre una Falange nacional.

»No hemos de entrar, por no ahondar una herida que nos afecta, en el comentario de ese lamentable cruce de notas habido en la Prensa madrileña. Y eso que nos importan aclaraciones de trascendencia, para las cuales habrá tiempo. Lo que nos interesa urgentemente es proclamar cómo los hechos se han puesto en Valladolid rápidamente por encima de cualquier apariencia o intento de separación. Nadie, en Valladolid, se ha separado del movimiento "uno e indivisible", como dijo Primo de Rivera ayer, con el aplauso delirante de la multitud toda.

»El tiempo dará lugar a toda clase de aclaraciones y fructuosas perfecciones de conducta. Entonces se verá que en las J. O. N. S. no ha habido división, ni puede haberla, por la sencilla razón de que quien la intente se queda sin masa jonsista. Y como entre nosotros no tienen sentido las actitudes que no van nutridas del pueblo, dicho está que no hay disolución posible donde la masa aparece compacta y decidida, con una sola fe, una misma organización y una misma trayectoria.»

No obstante las rotundas afirmaciones de *Libertad* y las de José Antonio en la Prensa de Madrid, Ramiro Ledesma continuó su campaña, con la que sólo consiguió provocar ironías fáciles de los diarios izquierdistas y cohesionar el espíritu de la Falange.

UNA PROPAGANDA ORIGINAL Y BARATA

LA víspera de Nochebuena del 34 fuimos convocados algunos escuadristas en Riscal. A las siete bajó José Antonio con algunos camaradas de la Junta Política para designar quiénes de entre los estudiantes y obreros que formaban las Centurias debían salir -aprovechando las vacaciones unos y el paro forzoso otros- para marchar a distintos pueblos de la provincia de Madrid a hacer propaganda.

«-Falange no tiene millones para editar periódicos y carteles. Falange no tiene automóviles para llevar de un lado a otro a sus propagandistas. Pero Falange necesita propagarse tal y como es: joven, pobre y alegre. Dejemos los millones y los autos para los potentados populistas o marxistas y nosotros hagamos con humildad nuestro camino hacia los humildes. Los apóstoles y peregrinos de la Fe caminaban jornadas enteras para cumplir su misión. Andando, andando, llegaron San Pablo a Roma y Santiago a Zaragoza.

»Iréis a pie, camaradas. La intemperie y el asfalto de las carreteras convienen a nuestro estilo militar y ascético. Llegar a Villalba o a Navalcarnero, a Aranjuez o a Illescas no es nada extraordinario. Comeréis en las posadas aldeanas el pan moreno y los fuertes guisotes campesinos. Hablaréis con arrieros y labradores de nuestro modo de ser falangista y les explicaréis cómo dejáis la ciudad para ir a ellos, no a pedirles nada, sino a ofrecerles lo más hermoso que se puede ofrecer a un hombre: la alegría del amor a la Patria. Explicadles bien nuestro afán de Unidad de las tierras y los hombres de todas clases. Explicadles bien que ser español es una de las pocas cosas serias que se pueden ser en el mundo. Explicadles nuestra Historia y reanimadles el ansia de Imperio. Estaréis diez días de peregrinación por esos campos de Dios. Cada uno llevaréis diez duros para vivir. Es poco. Pero pensad que hay muchos españoles que ni esas cinco pesetas diarias ganan para mantener un hogar con mujer e hijos. Casi no importa que quienes vivís cómodamente en vuestras casas aprendáis la angustia del hambre. Si todos los españoles supieran lo que es quedarse sin comer un día, quizá pudiera lograrse que comiesen todos a diario. Un duro no es mucho en sí. Pero pensad que quienes lo lleváis sois falangistas. Si es necesario compartirlo con alguien más pobre que vosotros, no dudéis en hacerlo. Y si es posible -lo es, porque vosotros sois jóvenes y alegres, y la juventud y la alegría siempre son acogidas con cariño y calor en todas partes- ese duro os debe sobrar y debéis devolverlo al regreso. Os deben oír y convidar. En estos días navideños hay buenas comidas familiares en las casas. Seguro estoy de que muchos sabréis ser invitados de honor de esos hogares. Tenéis diez duros cada uno para diez días, camaradas. El que al final de la jornada los devuelva a la Falange será el mejor camarada..., a no ser que alguno caiga en el acto de servicio que se os

encomienda, pues siempre son los mejores los que de entre nosotros elige Dios para su Guardia.»

Salieron así más de cien camaradas, caminando por los pueblos. Muchos de ellos volvieron con las dietas intactas o acrecidas por la generosidad aldeana, sorprendida por aquella insólita manera de hacer la propaganda. Otros, por no quedar mal a los ojos del Jefe, sacaron de sus ahorros o de los aguinaldos familiares los diez duros para devolverlos. Algunos volvieron como vuelven de sus aventuras con cuadrilleros los caballeros andantes de Castilla: descalabrados y maltrechos. Pues también por los pueblos había cuadrillas de jaques marxistas al terminar 1934. Cuadrillas con las que nuestros chicos midieron gallardamente la fuerza de sus puños y la destreza de sus cantazos en reyertas por las plazas y pedreas en los campos abiertos. Pero Falange dejó semilla en los alrededores de Madrid. Esa semilla floreció en mártires o en héroes de las Banderas azules en el Estío del Movimiento Nacional.

«LA PATRIA LIBRE» DE LEDESMA RAMOS

EL órgano de los jonsistas disidentes yace en profundo olvido. Nadie ha querido acordarse de él. Ni los fanáticos admiradores de Ramiro Ledesma se atreverían a publicar una antología de aquel libelo dirigido contra la persona de José Antonio. Bravo tampoco ha querido hacerlo, temeroso de causar daños a destiempo a algunos colaboradores del periodicucho antijoseantoñista. Yo estimo que para justificar la única reacción violenta de José Antonio contra los que le atacaban sin pensar que hacían el juego a los enemigos de todos los flancos es menester seleccionar algunos de los textos del efímero semanario. Quienes veneran la memoria de José Antonio deben refrescar la suya leyéndolos para admirar una vez más su serenidad al oponerse a toda represalia contra Ramiro y sus huestes. Y quienes no lo veneren, pero tengan interés por conocer su figura humanísima, deben también leerlos para darse cuenta de la intensidad de sus amarguras íntimas sufridas por el amor de España.

José Antonio hubiera preferido marcharse de la Falange a su gabinete de estudio confortable y lleno de sus libros queridos. Pero comprendía que quienes por la izquierda o por la derecha le clavaban en la cruz de la permanencia en la lucha por España, y quienes le daban para los labios secos la hiel y el vinagre de la injuria o la calumnia, no hacían más que ensalzarle al puesto a que el Destino le había llamado: al puesto de mártir y de héroe, de profeta y de definidor de las más profundas y graves verdades. ¡Qué pocos de sus perseguidores han entrado en la Inmortalidad con el derramamiento de su sangre! ¡Qué pocos de cuantos le llamaban ensayista o incapaz, jefe de

pistoleros o ridículo burócrata han sabido dar su pecho a las balas, no ya en una prisión de la que la suerte les había librado, sino en el campo de batalla, donde tantos obreros, estudiantes y campesinos de las Juntas espontáneas, alegres y claras o de la Falange «cerebral, intelectualoide, sin emoción popular, sin aire de la calle, sin sabor ni color», han caído con su imagen en ese bolsillo de la camisa azul que cubre precisamente el corazón! Tan pocos como tantos han sido los que han sentido la mayor emoción de su vida al trasladar sus restos sagrados por la sagrada tierra de España, sobre unos hombros vencidos de dolor.

Es amargo remover estos hechos. Pero no podría ser completo el esbozo de una figura de José Antonio sin recoger un poco del fango con que trataron de salpicarla. Sin tratar, naturalmente, de juzgar la actuación en aquel momento de algunos ofuscados -que más tarde han vuelto al buen camino y han cantado las alabanzas del Jefe, de la Falange y del espíritu falangista-, no hay otro remedio -por la pasión de José Antonio que dicta este libro y por rigor histórico- que seleccionar algunas páginas de La Patria Libre para hacer ver cómo es falible el juicio de los hombres, aun cuando sean indudablemente inteligentes.

Como muestrario variado de aquella Patria Libre de Ramiro Ledesma, se copian a continuación unos cuantos artículos, que los lectores juzgarán por sí mismos.

Patria Libre, 16-2-35

«MANIFIESTO DE LAS J. O. N. S.

»A todos los militantes, a los obreros de la Central Nacional Sindicalista y a toda la opinión nacional de España.

»Camaradas:

»Hecha pública nuestra ruptura con Falange Española, nos apresuramos a ampliar las razones y los móviles de una decisión tan importante. Nadie puede olvidar, y menos que nadie nosotros, que las J.O.N.S. descubrieron a los españoles las perspectivas nacionalsindicalistas, desarrollándolas teóricamente, como un camino recto hacia la conquista de la Patria justa y grande.

»Pues bien, hacía ya algún tiempo que nosotros -fundadores del nacionalsindicalismo- veíamos con angustia que en el seno de la Falange, y debido a los errores y al espíritu desviado de Primo de Rivera, era cada día más difícil laborar con eficacia por el triunfo y la Victoria de nuestras ideas de siempre.

»Veíamos nosotros, y con nosotros la opinión popular de España, que el nacionalsindicalismo que decía defender Primo de Rivera era un truco ingenuo, una ficción sin jugo, cuyo sostenimiento por parte nuestra nos convertiría en verdaderos cómplices de una farsa contra el autentico sentido

nacional y popular de nuestra doctrina. Correspondía a las J. O. N. S. revolverse contra ese simulacro, y a nosotros, como dirigentes jonsistas, el deber, el valor y la decisión de denunciar ante el Partido una situación así y ponerle remedio.

»Hemos puesto siempre tal emoción y sinceridad en la propaganda nacionalsindicalista, teníamos y tenemos tan intensa fe en que por esta ruta alcanzarán una meta triunfal los destinos históricos y económicos de España, y disponíamos, en fin, de un bagaje combativo, de una histórica y lenta elaboración de la doctrina, de una actividad laboriosa y espinosa agitación, que no podrá nadie discutimos el derecho a vigilar, controlar y dirigir en España la ruta del nacionalsindicalismo. No podía todo esto jugarse a una carta de frivolidad vanidosa, como es notorio ocurría estando la bandera de las yugadas flechas nacional-sindicalistas en manos de Primo de Rivera y de sus amigos de Falange Española.

»Nuestra posición es firme. Y la asistencia de los grupos de camaradas en quienes permanece arraigada una inquebrantable decisión de triunfo está asimismo fuera de toda duda. Las masas universitarias, los obreros de la Central nacionalsindicalista, los grupos veteranos de las J. O. N. S., con sus jerarquías y su disciplina de siempre, nos siguen en pleno. Y junto con todo eso, la expectación popular en torno a nuestros propósitos, que son hoy la única esperanza de los españoles sin pan y sin justicia, sitúa a las J. O. N. S. delante de un espléndido panorama victorioso.

»Renacen las J. O. N. S. en una hora culminante de España. Tenemos plena conciencia del momento, así como de la inmensa responsabilidad y de la gran tarea que corresponde a quienes esgriman hoy ante España una decidida voluntad de salvarse como pueblo grande y libre. Sabemos que ese ejército de salvación necesita estar formado por filas de gran temple. La empresa es gigantesca y de volumen enorme. Por eso las J. O. N. S., en esta etapa nueva y definitiva que comienza, pondrán especial empeño en dirigirse a los sectores sociales donde aniden y residan las reservas más valiosas y profundas de España. Adelantamos aquí la convicción de que es principalmente entre los trabajadores y entre las proletarizadas clases medias donde hay que buscar el aliento y la colaboración activísima que precisamos. En ellas confiamos y a ellas entregamos, en definitiva, nuestro destino y el destino nacional de España. »Las J. O. N. S. reafirman, pues, su fidelidad de siempre al nacionalsindicalismo, que ellas, y sólo ellas, representan. Nos organizaremos de un modo sencillo. Habrá en la cúspide de las J. O. N. S. no un jefe, sino un férreo Comité Central o Junta Nacional de cinco miembros, a cuya disciplina deben estar sometidos sin reservas todos los organismos jonsistas. Modificaremos los estatutos antiguos de las J. O. N. S. en un sentido de agilidad y sencillez. Mientras tanto, los grupos provinciales y locales funcionarán con arreglo a las normas provisionales que los dirigentes señalen en cada caso.

»LA PATRIA GRANDE, esta primera etapa, que es de reorganización, a la vez que de liberación de las ineptas jerarquías de F. E., será corta y breve. Pues no hay que olvidar la misión fundamental nuestra, la gran empresa jonsista que nos espera a todos.

Ramiro Ledesma Ramos Secretario General de las J. O. N. S.»

* * *

Patria Libre, 16-2-35

«LA LIBERACIÓN DE LAS J. O. N. S.

»Al fin, las J. O. N. S. se separan de la Falange. A ella se unieron con desinterés y con esperanza hace ahora un año, tras de un Consejo Nacional, pleno de idealismo y espíritu de sacrificio, en el que tuve la suerte de participar. Y ahora, con desinterés y con esperanza, tomamos cada uno nuestra ruta.

»Con "desinterés", porque nos volvemos a las tareas heroicas y austeras, de las que nunca debimos apartarnos. Con "esperanza", porque creemos, con esta actitud radical y con esta acción quirúrgica -de cortar por lo sano-, salvar la bandera de la juventud nacional. Banderas que a jirones iba dejando en el camino, sin querer, el que tomamos por guía.

»Era necesario que las J. O. N. S. se liberaran del lastre de la Falange, a cuyos hombres creímos, ingenuamente, un día que íbamos a asimilarles el espíritu nacionalsindicalista. Yo llegué al convencimiento terminante de que esta separación era necesaria precisamente en una ocasión en la que comí con Primo de Rivera y Sánchez Mazas. Durante la comida se habló largo y tendido y muy claro. Allí pude apreciar que el pueblo, como tal, no contaba nada: el pueblo es un rebaño, la masa es inconsciente. La Falange no será nunca un movimiento de masas, auténticamente popular, y, por el contrario, según perfilaban en la intimidad de la sobremesa, sería un movimiento de minorías selectas que un día -no me explico cómo- dirigiría al pobre populacho por los caminos de la victoria. Falange Española iba a ser -comencé a ver claro- el producto inerte de una inteligencia ordenada. Un "movimiento" cerebral, intelectualoide, sin emoción popular, sin aire de la calle, sin sabor ni color, alejado de la realidad. Todo lo contrario, en fin, del espíritu de nuestras espontáneas Juntas de Ofensiva.

»Y ya desde ese día todo ha sido para mí una amarga ratificación. El partido en Madrid era una perfecta máquina burocrática, sin calor; todo estaba -es verdad- perfectamente reglamentado: horas de despacho, orden de visitas, deslinde de atribuciones, jefaturas -el que esto suscribe lo era de publicaciones-, inspecciones, secretarías... pero el aparato burocrático asfixiaba a lo popular, y allí, poco a poco, nos íbamos apagando todos, y nuestras ilusiones y nuestros desmedidos afanes íbamoslos guardando en el "cuarto de los trastos rotos".

»Habíamos querido darnos por decreto un "jefe", nada menos, y le dimos tantas atribuciones –"todas"- como no las ha tenido en el mundo jefe de partido alguno. Y todo tenía que recibir su autorización, hasta el límite de necesitarse para mover una mesa de una habitación a otra. Y como él no iba más que de doce a dos, por la mañana, porque por las tardes, con puntualidad ridícula, se las pasaba en el Parlamento, terminó la cosa por no funcionar ya apenas ni el aparato burocrático, que no podía moverse sin contar para cada caso con él.

»Y en esta situación la Central Obrera nacionalsindicalista, con sus obreros, lo más sano y fuerte del movimiento, comenzó a dar muestras de desagrado ante el rumbo de la Falange. Primo de Rivera, para dar una satisfacción a los Sindicatos, hacía constantes manifestaciones de nacionalsindicalismo, pero a la vez entorpecía con sus órdenes confusas el arrollador empuje de la Central Obrera. Todo esto junto ha conducido al rompimiento de los hombres de las J.O.N.S. y los de F.E.

»Por salvar el nacional sindicalismo nos hemos vuelto a nuestras Juntas espontáneas, alegres, claras, de obreros, estudiantes y campesinos. Comenzamos sin prisas, porque nuestra tarea es salvar a España.

»Y ahora, desde nuestra arisca independencia, un saludo para los hombres de F. E., con los que durante un año hemos convivido sin entendernos, porque ellos, aun con buena intención, no comprenden, ni comprenderán nunca, al pueblo.

Javier M. de Bedoya.»

* * *

Patria Libre, 16-2-35

«LAS J.O.N.S y F.E.

»Con precisión, con serenidad y con entereza

»Comenzamos por declarar que el tema no es para nosotros de ninguna manera grato. Por ello mismo lo abordamos hoy con cierta amplitud y volumen, deseosos de dejar dicha tanto la primera como la última palabra. Disponemos de la información mejor y más exacta, y cuanto aquí decimos tiene todas las oficiosidades deseables.

»En general, las razones y los móviles que los dirigentes jonsistas han tenido para la ruptura son de índole programática, a la vista de las consecuencias infelices que la unión con Falange Española y la subordinación a la disciplina de Primo de Rivera han tenido para el nacionalsindicalismo. Honradamente lo han confesado así, sin querer destacar otros motivos de muy distinta índole, que afectan gravísimamente a los temperamentos y a las conductas. A esa lealtad y nobleza de los jonsistas han contestado Primo de Rivera y sus amigos con una circular calumniosa dirigida al Partido, en la que,

a sabiendas de su falsedad, se lanzan contra nuestros camaradas Ledesma y Sotomayor las injurias más soeces ([174]).

»Nosotros desmentimos rotundamente esas especies falsas y calumniosas y no perdemos la serenidad, aun disponiendo, como disponemos, de pruebas e informaciones categóricas que nos convertirían, sin disputa alguna, en acusadores implacables. Bien saben muchos a qué y a quiénes aludimos.

»Situación actual de las J. O. N. S.: Los elementos de Falange Española han pretendido desorientar y confundir al Partido, asegurando que las J. O. N. S. no se habían escindido y que la cosa afectaba a unas docenas de expulsiones. En primer lugar, es notoriamente falso que haya habido expulsiones. Los dirigentes jonsistas abandonaron la disciplina de la Falange Española por su propia iniciativa, según hicieron público clarísimamente, y afirmar o creer de buena fe lo contrario es sentar plaza de candidez y de tontería.

»Y así tenía que ser, porque las J. O. N. S. no habían sido disueltas. Su período de unión o de aproximación a Falange Española fue a los efectos legales una unión táctica, efectuada con la firma de Ledesma Ramos -hoy ya, claro es, retirada-, y nada más que eso. En la Dirección General de Seguridad subsistía y subsiste registrada una entidad legal, de las J. O. N. S., con sus estatutos, sus directivos, etc.

»Por eso ha bastado que los dirigentes jonsistas declaren rotas sus relaciones con F. E. y con Primo de Rivera para recobrar en el acto, sin más, su carácter independiente y exclusivo como tales, verdaderas, auténticas y *únicas* J.O.N.S. No caben, pues, confusiones. La bandera jonsista es nuestra; está recobrada. Y si los elementos de F. E, reconociendo la flacidez y pequeñez de su denominación y de su doctrina falangista, quieren a la vez acogerse a las nuestras, se lo agradecemos mucho, pero les hacemos la leve observación de que está en nuestra voluntad el concederles el permiso. En nuestra voluntad, repetimos, y para que se nos reconozca así entenderá, naturalmente, en caso preciso, el Juez de guardia.

»Esta es la situación en cuanto afecta a la cuestión legal, a nuestro derecho a esgrimir -precisamente nosotros y sólo nosotros- la bandera de las J. O. N. S. No se deje engañar, pues, ningún grupo de camaradas. Muy honrados en que se nos copie y se nos pida y se nos implore el pan de nuestra cosecha, pero sin falacias, ni menos, arrogancias; al contrario, reconociéndose pedigüeños, necesitados y mendigos.

»**La táctica de las J. O. N. S. con F. E.-** Tenemos mucho interés en destacar, y por eso lo repetimos y repetiremos, que tras la escisión

---

[174] No he conseguido recordar ni encontrar esa Circular. Acaso la conserve alguien (*).

(*) Nota de la tercera edición.-Recientemente he visto fotocopia del manuscrito joseantoniano de aquella durísima Circular (**).

(**) Nota de la sexta edición.-Es la Circular aludida en la nota de la pág, 268

conservamos los jonsistas una serenidad de ánimo absoluta. No odiamos a los antiguos camaradas que allí queden. Eso sí: mantendremos una rígida y total permanente incompatibilidad política con Primo de Rivera. Pero con aquellos camaradas y con el Partido falangista en general mantendremos las relaciones que ellos quieran. Por nosotros, cordiales y amistosas. Pues tenemos la seguridad de que sus grupos mejores, después de que el transcurso de varias semanas les aclare la visión y vean la falsedad maliciosa con que Primo de Rivera les explicó y presentó la escisión jonsista, vendrán a nuestras filas. Y nosotros los acogeremos con el mejor entusiasmo, como antiguos y magníficos camaradas nuestros.

»Hemos perdido, naturalmente, toda la confianza en Falange Española. Sabemos que Primo de Rivera, desprovisto en absoluto de capacidad, la convertirá en escombros antes de pocos meses. Pero si, contra nuestra opinión actual, resultase que era capaz de alguna realización positiva, de conseguir algún triunfo, por leve que fuese, contra los elementos antinacionales de España, o a favor de nuestros ideales nacionalsindicalistas, tengan todos la seguridad de que los primeros en celebrarlo seríamos nosotros, y estas hojas de nuestro periódico, las primeras en destacarlo con elogio.

»Así somos. Aunque los demás sean de modo diferente y aunque en

(Visado por la Censura,)

»Ni sombra, pues, de dificultades aparecen por este lado para el jonsismo nuestro. A demostrar todos empuje, actividad y brío. Tienen las J. O. N. S. un porvenir espléndido. Les basta, para irlo consiguiendo, mantenerse fieles a sí mismas, ir y acudir al pueblo, movilizarlo tras de la Patria, el Pan y la Justicia.

»Y dejar a los demás en paz, con su destino a cuestas, que bastante tienen con la tarea de arrastrarlo por los andurriales tristes del fracaso, de la impotencia y de la Patria.»

***

«EN PRESENCIA DE LA RUINDAD

»En nuestro primer número expusimos el deseo de dar por terminado el tema de la ruptura con los dirigentes falangistas. No nos es posible. Y lo sentimos. Tenemos hoy que volver brevemente sobre el tema y denunciar a todos los camaradas el tipo ruin y miserable de pelea que nos ofrecen tales elementos. Pretenden, al parecer, no dejarnos un día tranquilos y, desde luego, acabar con La Patria Libre y con las J. O. N. S. Claro que si no han tenido todavía éxito en nada, menos lo van a tener en su pugna con nosotros. De eso estamos seguros.

»Pero no creemos ocioso decir públicamente a los camaradas jonsistas, y hasta a los elementos sinceros y limpios de F. E., que Primo y su camarilla apelan a todo para perturbar nuestro camino nacional-sindicalista. Con su

habilidad -nunca negada por nosotros- de rábula, nos han liado en varios procesos, demostrando una mala fe y una ruindad insuperables.

»Y no hay día en que alguno de los dirigentes de las J. O. N. S. no sea provocado en la calle por alguno de los diez o doce rufianes asalariados de que dispone. Eso es suficiente para juzgarlo. No tiene ni el natural y obligado gesto de arreglar personalmente sus conflictos, que a él, y sólo a él, le afectan, puesto que con él, y sólo con él, han declarado públicamente su incompatibilidad política los jefes de las J.O.N.S.

»Una vez más, recomendamos a todos los camaradas que tengan calma frente a esas provocaciones. Que las afronten con serenidad y sólo las contesten cuando rebasen el límite de la dignidad humana.»

*** * ***

La Patria Libre, 2-3-35

« DESTACANDO DOS HECHOS

»EN EL PANORAMA Y LA PROPAGANDA DE LAS DERECHAS

Nada nacional nos es ajeno.
(Ledesma Ramos.
La Patria Libre, primer núm.)

»No es el espíritu que nos anima sectario y mezquino. Por el contrario, es amplio, desprendido y generoso en el sacrificio. Somos un grupo al servicio de la Patria Justa, con tal firmeza y denuedo que no tenemos celos femeninos en elogiar a todos aquellos que luchan con constancia por España. Hemos de subrayar los éxitos parciales de los hombres que un día y otro trabajan por una Patria Única, Grande y Libre.

»No somos "ensayistas" ni retóricos, y en su día agitaremos la indignación popular contra los sofistas y contra los que hacen literatura con las miserias del pueblo. Somos Juntas de Ofensiva contra los enemigos del pueblo y de la Patria. Pero con los demás, con los bien intencionados, con el pueblo y con la Patria, somos Juntas de Defensa, dispuestos a la ayuda y sacrificando el amor propio, que en política es "pequeñez de espíritu", al esfuerzo común en pro de ideales tan altos que pueden ser de todos.

»Esta carencia de vanidad enfermiza en nosotros, esta abundancia de deseos de "hacer" y de laborar por el pueblo, que se traduce en falta de hostilidad para los colocados en un mismo frente nacional, no es confusión, ni menos afectación de programas y tácticas ajenas. Sino reconocimiento de la buena intención que los guía y exaltación de todo aquello que no divide, resquebraja y encrespa a los unos con los otros.

»Que las horas amargas que vivimos es quiebra de toda una concepción de la vida -la liberal-, y frente al peligro pavoroso de una tiranía antinacional de unos cuantos explotadores de los obreros -el marxismo-, es preciso destacar los valores personales de su línea coincidente en relación al Estado Nuevo que, sostenido como necesidad desde diversos frentes, será realidad por el esfuerzo de muchos y para bien de todos.

»En otro lugar de este número dirigimos un llamamiento desinteresado y vibrante desde nuestra posición sindicalista a fuerzas alejadas hoy de la realidad nacional. Es preciso sumar e integrar grandes núcleos de masas en torno al Nuevo Estado nacionalsindicalista. El pueblo en su totalidad ha de ser la base del Nuevo Estado. Y a esta tarea de incorporar al pueblo a las doctrinas salvadoras sacrificamos todo, en un alarde de idealismo y practicismo al mismo tiempo. Acaso otros desde los cenáculos literarios o haciendo malabarismos dialécticos, ya en el "Ritz", ya en restaurantes más o menos económicos, consigan efectos más abundantes que nosotros en este sentido. Pero se nos permitirá por lo menos dudarlo, y ensayar otra táctica menos "estilizada", pero más eficaz y pura. Desde el punto de vista nacional debemos señalar dos éxitos de dos figuras muy alejadas de nuestro campo. Nada perdemos por elogiar dos hechos de dos figuras ajenas al nacionalsindicalismo, siempre que dejemos a salvo nuestra independencia, tanto más reconocida por todos cuanto más comprendemos nuestras posiciones, elogiando o censurando con sonoridad e imparcialidad "porque con la misma medida que juzguemos seremos juzgados".

»Queremos destacar dos hechos: un discurso teórico-jurídico de Goicoechea y un discurso de Gil Robles en Salamanca.

»Goicoechea pronunció en la Academia Nacional de Jurisprudencia un discurso de apertura de curso teórico-jurídico sobre el Estado totalitario, que puede calificarse de magnífico. Todo él de altos vuelos, fundamentado, brillante, y prueba cómo en España tenemos hombres capaces de ir elaborando una doctrina filosófico-política y jurídica del nuevo Estado, que satisfaga a los hombres más escrupulosos científicamente. Y es que es la realidad con sus problemas candentes, con las nuevas situaciones económicas sociales, la que ha producido la crisis del Estado liberal y determina el nacimiento del Estado totalitario.

»El estudio de esta realidad ha llevado a Goicoechea a formular magnífica teoría sobre derechos individuales, a mostrarnos desde un punto de vista teórico la justificación del proceso de su crisis y a describir lo que son las garantías del individuo en el Estado totalitario.

»En Salamanca, ante una Asamblea de labradores, disgustados por la política gubernamental en la cuestión triguera, Gil Robles ha tenido un éxito que manifiesta la facilidad y la eficacia de su oratoria sencilla y popular. Poder, aun en circunstancias adversas, no ya sólo dominar a un público numeroso y pueblerino, sino inyectarle una fe y una esperanza, conseguir la confianza y el aplauso de los que se sienten perjudicados o no atendidos por el Gobierno

sostenido por el partido del orador, es cosa nueva en la política española y que merece ser destacada. Y es que Gil Robles habla y sabe hablar al pueblo de los campos.

»Que reparen en esa oratoria a quien les gusta deslumbrar a cuatro patanes con cuatro palabras floridas y académicas y que van dando conferencias relamidas (muy estudiadas y muy dichas), pero que no conmueven y agitan al pueblo levantándole de su desgracia en un arranque de indignación y fortaleza.

Javier M. de Bedoya.»

* * *

La Patria Libre, 2-3-35

«LAS J. O. N. S. SE DISPONEN A PRESENTAR UNA QUERELLA CRIMINAL CONTRA PRIMO DE RIVERA, POR USURPACIÓN.- PEDIRÁN 1.000.000 DE PESETAS COMO INDEMNIZACIÓN POR LOS PERJUICIOS ENORMES QUE CAUSA A LAS J. O. N. S. TITULÁNDOSE JEFE DE LAS MISMAS

»En uno de los próximos números hablaremos con más extensión de este asunto. Hoy nos limitamos a anunciar la inminente presentación de la querella. Es, en efecto, intolerable que Primo, Marqués de Estella y millonario, aparezca en público con la falta de escrúpulos que supone el titularse Jefe de las J. O. N. S., y utilizar este nombre como denominación de su partido.

»Hemos esperado más de un mes, creyendo lógicamente que por sí mismo renunciaría a lo que no le pertenece. No ha sido así. Muy consciente de las limitaciones de su Falange, no le ha bastado con adoptar -por querer adoptar, claro- la doctrina de las J. O. N. S., la que hemos creado y articulado los jonsistas, sino que también necesita del nombre, de la marca, de la bandera.

»Y como la cosa entra ya notoriamente en el plano delictivo, las J.O.N.S., representadas por sus dirigentes legales, trasladan el asunto al Juzgado. Nada más.

»Repetimos que daremos amplia noticia de su tramitación.»

* * *

La querella fue un fracaso. La vida de las J. O. N. S. escindidas duró escasamente unos meses. La Patria Libre se hundió pronto en el olvido total. Y José Antonio -como de las balas- salió indemne y fortalecido de esta prueba de los salivazos.

No obstante, meses más tarde, Ramiro Ledesma Ramos volvería al ataque con un librito inverosímil, del que se hablará con atención más adelante.

NACIMIENTO DE «ARRIBA».- ALGO SOBRE ESTE PERIÓDICO.

VUELTA la Falange -en la vida gris y mediocre que la legalidad cedorradical imponía a España con sus claudicaciones, sus indultos y los discursos de Gil Robles, que empezaban a gustar a los amigos de Ledesma Ramos- a la actuación esporádica y clandestina después de lo de octubre, determinó José Antonio que algunos cuantos camaradas alistados en las Milicias en los días duros de octubre pasaran a prestar otros servicios en la Segunda Línea y en la Jefatura Nacional de Prensa y Propaganda, donde era menester impulsar -junto a la actuación garbosamente violenta de los escuadristas- una norma tenaz de propaganda, de estudio, de preparación para el futuro. Ello nos produjo cierto desencanto. «No sois lo suficientemente jóvenes para ricinar a un comunista o asaltar un kiosco de periódicos. Para eso hace falta menos de veinte años y la alegre irresponsabilidad de la adolescencia» -dijo el Jefe viendo nuestras caras entristecidas por el alejamiento de la Milicia, donde los muchachos «se batían como ángeles».

A cada uno supo José Antonio encomendarle una misión en armonía con sus condiciones. No podría decir lo mismo de que sus subordinados supiéramos cumplirla, aunque puedo afirmar que cada uno hizo cuanto pudo.

A principios de 1935 fuimos llamados unos cuantos al despacho del Jefe, en Marqués del Riscal. También era un domingo por la mañana. Con el Jefe, el Secretario general, Raimundo Fernández-Cuesta; el Presidente de la Junta Política, Julio Ruiz de Alda; los Consejeros Sánchez Mazas, Manuel Mateo, Vicente Gaceo y José Manuel Aizpurúa, y los camaradas Vicente Cadenas, Carlos Ruiz de la Fuente y yo.

José Antonio nos habló de la necesidad imperiosa de publicar un semanario. Era necesario, frente a las claudicaciones de la política gubernamental y frente a las insidias y ataques de los enemigos viejos y los nuevos surgidos de la disidencia de Ledesma, salir otra vez a la calle a vocear nuestra Revolución Nacionalsindicalista. Las dificultades económicas serían mayores que cuando se publicaba F. E., pues el nacimiento del Bloque

Nacional había desviado hacia su ruta contrarrevolucionaria a los pocos amigos que de cuando en cuando hacían donativos a la Falange. Naturalmente, ahora no podía pagarse un solo artículo. La colaboración tendría que ser anónima y, alguna vez, redactores y colaboradores habríamos de poner el dinero para el papel o la imprenta. No había que contar con que un solo comerciante anunciara en sus columnas, pues lo menos que se jugaría con ello serían las lunas del establecimiento; no había que contar con otros ingresos que con los de la venta difícil, a tiros, y alguna tímida suscripción. El aspecto gubernamental no aparecía más fácil que el económico. Desde luego, las gestiones hechas por el Jefe para que se nos autorizase la reaparición de *F.E.* habían fracasado, y tampoco el Ministro de la Gobernación dejaba que el periódico de la Falange se llamara Unidad, nombre propuesto por José Antonio para sustituir al viejo y glorioso de la primera etapa ([175]). Se debatió el título que debería darse al nuevo semanario. Se desecharon algunos, entre otros el *Sí* que José Antonio meses antes quería para un diario. Alguien propuso bautizarle con nuestro grito de guerra Arriba España. José Antonio prefería una sola palabra, como Unidad, Verdad, Libertad, Fe. Yo propuse dejar solamente la primera de nuestro grito. A José Antonio no le disgustó, pero aplazó la decisión, adoptándola días más tarde.

Se eligió el formato, ordenándose a Aizpurúa encargara la cabecera con letras gruesas y un gran emblema falangista al dibujante Ponce de León, que se inmortalizaría más tarde en unas caricaturas anónimas, en el dibujo del guión del S. E. U., en la confección de algún cartel electoral y en su actitud espléndida y viril ante los fusiles de los milicianos rojos que le ejecutaron en agosto de 1936. Se decidieron los cuatro grandes apartados que había de comprender el semanario: «Consignas de normas y estilo», a cargo de Rafael Sánchez Mazas; «Política nacional», que redactaría José Antonio; «Vida sindical», de que se encargó a Mateo, y «Política internacional», que se me encomendaba a mí.

-Tienes que buscar para la Sección un título llamativo, pero no cubista, ¿eh? -dijo José Antonio.

Le pregunté si le parecía bien «Ventana al mundo».

-Yo le pondría «Cuernos al mundo» -respondió.

-Eso sí que sonaría a superrealismo.

-Lo peor es que daría lugar a torcidas interpretaciones de quienes se complacen en deformarnos. No. No le pondremos «Cuernos al mundo». La Ceda se escandalizaría mucho y pensaría mal de nosotros. Acepto lo de «Ventana al mundo». Pero por ella tiene que entrar mucho aire y mucha luz.

---

[175] Y eso que el «propietario» de Unidad no iba a ser la Falange ni José Antonio, sino el camarada Mariano García, encubridor de todas las travesuras de la vieja Prensa falangista (*).

(*) Nota de la segunda edición.-«El nombre de Unidad fue idea de pepe Sainz.» (Carta citada de Raimundo Fernández-Cuesta.)

Ante ella no puede pasar nada que no vea la Falange con mirada aguda y fino espíritu crítico. Tienes que hacer la «Ventana» como si se llamase «Cuernos» -dijo José Antonio.

-El título será de letras grandes, y debajo llevará otros epígrafes sintéticos y tajantes, con el laconismo militar de nuestro estilo, hecho de violencia e ironía -añadió.

(De acuerdo con esas órdenes del Jefe, para los 34 números de *Arriba* que vieron la luz agonizante de una España camino del caos se escribieron artículos en donde se cumplían exactamente sus consignas. Decir que se escribieron no significa que todos se publicasen. Algunos fueron tachados íntegramente por la Censura. Otros se retiraron por necesidades de confección, cediendo gustosos su espacio a los discursos del Jefe Nacional o de los Jerarcas del Partido.

Más tarde hablaré de las ideas que informaron todos ellos.)

-¿Y el resto del periódico ? -preguntó alguien.

-Lo haremos todos -repuso José Antonio-. Nos mandarán artículos los camaradas periodistas que se ven forzados a escribir en otros periódicos y habrá una sección de colaboración espontánea de todos los políticos españoles. Le miramos asombrados.

-Sí -añadió riendo-. Tenemos que hacer una sección titulada «Historia natural», en que se recojan las frases más huecas del régimen, de los discursos parlamentarios, de las contestaciones de los prohombres a las consultas en las crisis, de los artículos de Castrovido, Zozaya, Zulueta, Herrera y otros de derechas; de las explicaciones del Presidente de la República a los Ministros en esos consejos de seis horas; «historia natural» de la estupidez política y de la pobreza espiritual de nuestros personajes. Será algo mucho más divertido que lo que pudiéramos inventar en nuestra euforia desenfadada ([176]).

Continuó hablando, alegre e ilusionado, con el nuevo periódico, como un chiquillo con su juguete.

-El primer número tiene que salir sensacional. Yo, además de la «Política nacional», daré un reportaje «bomba» que se me acaba de ocurrir. A ver qué os parece el título: «¿Se da de baja Gil Robles en Acción Popular?».

-Magnífico -dijimos a coro. Sánchez Mazas reía con su risa profunda y sonora ([177]), y Julio, con la suya, silenciosa.

-Pues aún tengo este otro que os voy a leer, a ver si dais con el sujeto -añadió el Jefe.

---

[176] La sección «Historia natural» no llegó a aparecer en Arriba, pues en días sucesivos José Antonio, de menos buen humor que aquel domingo y preocupado por la censura, pensó que nos iba a acarrear suspensiones o molestias, y no quería perder la comunicación espiritual con los falangistas alejados de Madrid, asegurada por el periódico.

[177] El "reportaje posible" -por ciertas dificultades en la censura- no pudo salir hasta el número 2

Sacó del bolsillo unas cuartillas apaisadas, cubiertas por su letra rápida y difícil, y nos leyó el primero de los «Avisos a los navegantes», al que antes se ha aludido.

Dicho artículo, que apareció en la última página del número primero de Arriba, dice así:

«AVISO A LOS NAVEGANTES»

Arte de identificar revolucionarios

»Quienquiera que se tope con un feroz revolucionario -o «gevolucionario», según dicen algunos guturalizando la erre-, con uno de esos «revolucionarios» tan feroces, tan feroces que juzgan falsos revolucionarios a todos los demás, debe plantearse a sí mismo, como tema de investigación instructiva, la pregunta siguiente: ¿De qué vive este sujeto?

»Porque hay tremebundos «revolucionarios» que ganan, por ejemplo, en una oficina pública cuatrocientas cincuenta pesetas al mes y que gastan por lo menos dos o tres mil entre viajes, alojamiento independiente, invitaciones a cenar y salario de tres pistoleros en automóvil para protección de sus preciosas vidas.

»Si alguien se obstina en averiguar de qué manera los tales «revolucionarios» repiten con sus parcos ingresos el milagro de los panes y los peces, no tardará en descubrir como fuente secreta de tales dispendios la mayordomía de algunos millonarios archiconservadores ([178]) o ciertos fondos estables dedicados a la retribución de confidentes. O las dos cosas, que de todo hay en la viña del Señor.

»Esta abyección inicial aceptada por el pobre «revolucionario» matiza todos sus gastos y actividades. Unos y otros acaban por adoptar el color de la estafa: desde la afirmación de poseer secretos comprometedores hasta las alocuciones ingenuas en letras de molde dirigidas a imaginarias «masas», cuya simpática escasez permitiría de sobra la celebración de juntas generales en la plataforma de un tranvía.

»Esto de que un individuo tenga que vender su cualidad de persona decente a cambio de unos cochinos duros (duros, ¡ay!, que sólo recibirá mientras su abyección convenga a los amos) es, aunque triste, un corriente episodio individual. Pero ya es peor que el tal individuo, para devengar su salario, tenga que jugar con la crédula desesperación de unos pobres obreros a los que promete redimir. O que se dedique a injuriar a quienes con sacrificio serio de posiciones, ventajas, tranquilidad y afectos llevan adelante la durísima tarea de alistar y curtir en la abnegación a una magnífica juventud patria.

»Que este movimiento pujante ponga en zozobra a los fabricantes de falsos «patriotismos» y «estados corporativos» fiambres no tiene nada de

[178] A quienes retrata magistralmente en el "Aviso a los navegantes" del segundo número.

particular; pero que al servicio de esos fabricantes haya tipos «revolucionarios» afectadamente mal vestidos y sucios, con la boca llena de demagogias «corajudas», es una inmundicia. Las agrupaciones sanas eliminan esas inmundicias normalmente, sin aspavientos ni sorpresas.»

La sorpresa fue la de los auditores cuando José Antonio acabó la lectura. Había empezado en tono de broma y terminó con una seriedad impresionante. Nunca le habíamos oído nada tan violentamente descarnado, tan poco «relamido», tan a gusto, en suma, de los admiradores del lenguaje duro.

Quienes estaban en los secretos más íntimos de la Organización no ocultaron su entusiasmo por la violentísima arremetida. Quienes sólo sabíamos parte de lo ocurrido, vimos con toda claridad los hechos. Conocíamos de sobra la caballerosidad, la lealtad y la generosidad de José Antonio para juzgar a los enemigos y le sabíamos incapaz de cargar su pluma de venenos tan amargos ni aun cuando se trataba de atacar a los destructores de España. Algo muy grave, muy serio y muy anormal tenía que haber inspirado aquel «Aviso a los navegantes». No era en manera alguna la defensa propia contra la ofensiva a su persona desde La Patria Libre. No era despecho por esta o la otra «faena» ni rencor por las puñaladas traperas. Ni siquiera dolor por la injusticia -aun cuando apunte una amarga protesta por ella en algún párrafo-.

Era asco, asco profundo del corazón y del estómago. Un asco que sólo tiene igual en la vida de José Antonio en sus últimas palabras de la intervención parlamentaria con motivo del «straperlo». Un asco tan angustioso en las entrañas que le obliga a meterse los dedos en la boca hasta ellas mismas para echarlo fuera de una vez y no tener que volverse a acordar de él. (Y, en efecto, nunca más volvió a escribir o a permitir que escribiesen los demás sobre el asunto, aun cuando Ledesma y sus acólitos siguieron una temporada ofendiéndole y ofendiendo a la Falange. Y aún tuvo la generosidad de recibir a Ramiro Ledesma en la cárcel ([179]) y sostener correspondencia desde ella con otros que no se atrevieron a visitarle personalmente, no se sabe si por temor a su «cólera bíblica» o a una posible represalia del Gobierno frentepopulista, que fichaba a todos los visitantes.)

José Antonio nos pidió parecer sobre otras cosas del periódico y artículos, muchos artículos, siempre con cuidado en la forma.

-Por mucho que nos inciten a ello no caeremos en la chabacanería, en la demagogia o en la estupidez, esas tres cosas que tanto prodiga la prensa del momento -añadió.

Y a todos nos pareció Muy bien, naturalmente. Yo ofrecí otro articulo quE tenía hecho hacía tiempo, titulado "La camisa", en el que se defendía la

[179] En donde Ledesma -dando al olvido incidentes pasados- lo visitó en mayo del 36 para ofrecerse a la Falange incondicionalmente.

nuestra azul, no por el aspecto militar, de uniforme, sino por lo que representaba como posibilidad de que todos los españoles tuvieran una camisa que ponerse ([180]). Los demás ofrecieron también su colaboración.

Como Aizpurúa vivía en San Sebastián la mayor parte del tiempo, José Antonio encargó a Gaceo y a Cadenas ocuparse del periódico con amplias facultades para administrar ricino incluso al Jefe Nacional si se descuidaba en tener a tiempo los trabajos, pero también con toda responsabilidad por la marcha del periódico. Del reparto a provincias se encargaba Mariano García, ayudado por Ruiz de la Fuente. Intervenían también en la confección y en la distribución de Arriba los camaradas Costas, Garnelo, González Hontoria y Julio Fuertes.

No se pudieron vencer todas las dificultades legales y materiales de todas clases. Se tiraba en la imprenta de *El Financiero*, en la calle de Ibiza. El propio José Antonio iba en persona a vigilar la tirada. Nunca había tiempo para corregir pruebas -los artículos llegaban tarde, la censura tardaba en despacharlos y la tirada había de hacerse a altas horas de la noche- y a todos nos salían erratas, que sacaban de quicio a José Antonio, que echaba terribles broncas a los dos Vicentes -Cadenas y Caceo-, a quienes hacía comparecer juntos ante su presencia diciendo: «A ver, que vengan L. I.» (Aludía así a la diferencia de estatura entre ambos camaradas.) Después de la bronca bromeaba con ellos. José Antonio nunca estaba contento con Arriba, o por lo menos no lo decía. Bravo ha contado cómo -excepcionalmente- encontró estupenda su burleta sobre «Unamuno, el Fascismo y el Premio Nobel». José Antonio nunca elogiaba, es cierto. A mí, después de publicarse el primer número, me dijo: «No he leído todavía tu «Ventana al mundo», pero Julio me ha dicho que está bien. Espero que tendrá razón.»

Después de aparecer el segundo, sin volver a hablar del primero, me dijo: «Parece que está bien eso de la «Ventana al mundo», porque ayer me han hablado de ello en casa de X.» José Antonio dijo el nombre de un aristócrata madrileño que no recuerdo. Jamás me volvió a hablar de lo que yo escribía. Pero me cabe la satisfacción de que jamás me haya reconvenido por mis escritos. Sólo en una ocasión en que, comentando en el número 14 el proyecto de reforma de la Constitución que preparaba la Ceda, hice una alusión sobre el divorcio, que se abolía con aquel proyecto, mientras se dejaba en pie el Estatuto catalán, como alguien preguntara a José Antonio si la Falange era partidaria del divorcio vincular, el Jefe se indignó con Cadenas y Caceo por haber dejado pasar aquello sin consultárselo, preguntando luego

[180] «La camisa» no llegó a aparecer. La censura lo tachó en el primer número. Se volvieron a enviar las galeradas para el segundo, y hubo que retirarlo a última hora para ajustar un artículo de Bravo sobre Unamuno, de más oportunidad. Al tercer número volvió a ser tachado. Convencidos de que el artículo era gafe, no lo volvimos a enviar al Gobierno Civil. Las galeradas, que indicaban la falta de criterio de los censores, adornaron las paredes del cuartito de Prensa y Propaganda en nuestros Centros de Santo Domingo y Nicasio Gallego.

quién lo había escrito. Le dijeron que yo, y ordenó que me presentara a él cuando fuese por el Centro. Los camaradas me previnieron de la «cólera bíblica» del Jefe, en cuyo despacho entré temeroso de su disgusto, no obstante nuestra vieja amistad. José Antonio, al verme, me dio unas cuartillas que tenía sobre la mesa.

-Toma, lee eso y entérate de lo que pienso y de lo que piensa la Falange del divorcio. Y dáselo a Cadenas para el periódico.

Ni más, ni menos. Ya era bastante. Aquellas cuartillas aparecieron en la última página del número 16, del 4 de julio, de nuestro semanario. Puedo decir que no llegaba a ser una rectificación de las mías, pues yo no había defendido el divorcio. Pero también que constituyeron para mí una lección admirable de cómo entendía el Jefe la amistad, la camaradería y la Jefatura. En adelante jamás escribí cosa alguna -aparte de mi Sección, en que sabía estaba conforme conmigo José Antonio, por las conversaciones que tenía con él antes de cada artículo- sin rogar a Cadenas o Caceo se lo hicieran «supervisar» al Jefe. Cuando el mitin del 17 de noviembre en el cine Madrid, y cuando el doble del 2 de febrero de 1936 en el Europa y el Padilla, José Antonio ordenó expresamente fuese yo quien hiciera las reseñas. Y más tarde, en la Cárcel, me pidió, además de colaboración en el *No Importa*, inolvidable y perdido, redactar un folleto sobre los Caídos.

La «cólera bíblica» de José Antonio más estrepitosa en la vida de Arriba fue con Gaceo, con motivo de la aparición de unos pies cambiados -más que probable, seguramente adrede- en dos fotografías publicadas en el número del 13 de junio. En una reunión de paseo provinciano aparecía este pie: «La riqueza ganadera de España». Y en la fotografía de un rebaño de bueyes, este otro: «Concentración de la J. A. P. en Uclés». José Antonio, indignadísimo -le irritaba la idea del insulto en nuestras columnas-, amenazó con suspender el periódico y expulsarnos del Partido a cuantos más o menos directamente interveníamos en su redacción. Al fin se le pasó el enfado y acabó Gaceo por convencerle de que los pies no estaban cambiados deliberadamente, sino mal colocados por pura casualidad.

La realización de nuestro periódico me permitía ver a José Antonio casi diariamente en el Centro, que hacia principios de marzo se instaló en el entresuelo de la Cuesta de Santo Domingo, número 3. En aquella casa, y creo que en el mismo piso, había vivido durante muchos años el político liberal don Manuel García Prieto, uno de los más perfectos ejemplares de la política decimonónica, quien por cierto, en los últimos años de su vida, ante el tremendo cataclismo del Movimiento Nacional, no dudó en sacrificar sus viejísimas convicciones y servir en una Milicia Nacional que hacía guardias nocturnas, carabina al hombro, en San Sebastián el año 37. A José Antonio le hacía especial gracia que la Falange estuviera instalada en la casa de aquel viejo político, Presidente del Consejo de Ministros el 13 de septiembre de 1923, que al conocer el golpe de Estado del General Primo de Rivera pronunció aquella frase de «Historia natural»: «Tendrán que pasar por encima de mi cadáver.»

José Antonio se reía de aquella hueca figura liberal, llena de fraseología del siglo anterior, y afirmaba algunas veces que la Falange crecía «como un jazmín trepador, fresco y fragante, sobre la tumba de un siglo de estupideces».

JOSÉ ANTONIO Y LA POLÍTICA INTERNACIONAL

MI colaboración constante en la Sección encomendada por el Jefe me permitió conocer exactamente su pensamiento en las cuestiones internacionales. Puedo afirmar que la inspiración de todos mis escritos procedía de él. Nuestra protesta iba dirigida por igual contra los vergonzosos artículos de la Constitución española de 1931, que declaraban «la renuncia a la guerra como instrumento de política nacional», otorgando la consideración de leyes del país a los artículos del Pacto y a los acuerdos de la Sociedad de Naciones, que contra los prolongados *status quo* en Marruecos, en el Mediterráneo, en Gibraltar y en todos los problemas europeos, sancionados con la pasividad de todos los Gobiernos desde el 98. Conscientes de que una nación es «un quehacer en la Historia», no nos conformábamos con el papel de escuderos que algunas naciones nos otorgaban y con el que se satisfacía la vanidad y la falta de amor patrio de algunos pedantes aficionados al bien retribuido oficio de lacayos. No queríamos ser palurdos deslumbrados -como llamaba José Antonio a los Madariagas de los Comités ginebrinos-, sino representar en el drama del mundo un papel serio y honorable. No queríamos vivir de las migajas abandonadas en las mesas de sus banquetes por algunas grandes potencias, a las que nos ligaban no grandes intereses nacionales o europeos, sino Pactos secretos y tenebrosos, redactados en Dios sabía qué logias masónicas. Anhelábamos nuestro puesto -sin locas ambiciones, pero sin humillaciones vergonzosas- en el concierto mundial. Estábamos en el fiel de la realidad, sin pretender expansiones injustas, pero sí la reivindicación de cuanto en justicia nos debía el mundo, ya que no por nuestra decadencia del momento, sí por nuestra historia y nuestra posición en los mapas estratégicos y comerciales. Soñábamos con la liberación de las cadenas que, contra toda conveniencia y contra toda razón de destino histórico, nos sujetaban a la política internacional de otros. En resumen: la aspiración de la Falange era romper lazos creados por intereses de secta, de partido o de egoísmos en momentos de capacidad nacional «disminuida» y crear otros nuevos en razón de la conveniencia española. De ningún modo quería José Antonio salir de una esfera de influencia determinada para entrar en la órbita de otra. La salida o la entrada habría de hacerse con capacidad plena, luego de pesar todos los pros y todos los contras. Ni simpatías ni afinidades sentimentales o

ideológicas nos bastaban para la creación de una nueva política internacional de España. El conjunto de los intereses y conveniencias de la Nación era mucho más vasto que nuestra predilección por una forma política determinada o nuestra admiración por tal o cual estadista genial.

La aspiración primera y fundamental de la Falange en cuanto Movimiento encaminado a la constitución de un verdadero Estado nacional era superar todas las tentativas peligrosas que mermaran lo más mínimo nuestra independencia. Este sentimiento, tradicional en España, había sido arrojado al pozo del olvido por los politicastros y aventureros de las internacionales de toda laya.

Unos grupos arrastraban a España a las internacionales democráticas y masónicas de las logias y de su Catedral ginebrina. Otros hacia la II y la III Internacionales, más descaradas y más desvergonzadas. Por un lado y por otro se trataba de llevarnos a una renuncia de independencia, a una deformación de la manera de ser original -deformación intolerable cuando se es «nada menos» que español, es decir, individuo dotado de las condiciones de una raza creadora-, para convertirnos en mesnaderos de políticas turbias. Se pretendía hacernos renunciar a lo irrenunciable: a la manera de ser y a la razón de estar en el mundo, para darnos un «ser» y un «estado» artificiosos de soldados, de algo inconcreto o repugnante a nuestra naturaleza.

«Los españoles, todo lo más que pueden ser, es aliados de una política en que se jueguen intereses secundarios nuestros, pero ¡nunca! servidores de otra, aunque se ventilen en ella nuestros intereses vitales», nos decía José Antonio alguna vez.

«Debemos aspirar a la amistad de los pueblos que se honran aceptándola, pero jamás a la protección «generosa» de quienes nos consideran inferiores», afirmaba en otra ocasión.

«Cuando hayamos hecho nuestra propia Revolución y podamos ofrecer al mundo la seguridad de nuestra Doctrina hecha Estado será el momento de escoger nuestra política externa.»

Entre tanto, sus consignas para mi «Ventana al mundo» eran el estudio profundo de los problemas, relacionándolos con el momento político español e inclinándolos en la postura del lado de la Razón y la Justicia. Muchas veces -rearme de Alemania, conflicto ítalo-etíope, etcétera- se nos tachó de parciales porque la Razón y la Justicia estaban del lado de aquellos pueblos que habían hecho una Revolución Nacional de tipo heroico, como la que hacían nuestros camaradas por las calles y los campos de una España en trance de desaparición.

Pero no era así. El pensamiento de José Antonio solía ser frío y reflexivo, aun cuando su corazón y sus puños tuviesen fiebre, rapidez y contundencia.

José Antonio no juzgaba ni decidía sin una paciente labor de análisis escrupuloso.

Prueba de ello es su obstinada resistencia a que el Movimiento falangista ingresara en una especie de «Internacional fascista» que celebró algunas reuniones en Montreux. Nuestro Jefe sólo asistió a una de ellas -en septiembre de 1935- por cortesía y por conocer a los jóvenes de Europa que las frecuentaban. Estuvo en ella, como en el Parlamento, sin fe y sin entusiasmo ([181]).

«Las Revoluciones Nacionales no son jamás obras de una Internacional, sea cualquiera el apelativo que ésta lleve.» «Una Internacional siempre trata de absorber al individuo por la masa, desfigurando los valores humanos, que es necesario conservar si se quiere salvar al mundo.» «Toda mi admiración y mi respeto por el Fascismo italiano y por su creador genial no justificarían mi adhesión a una Internacional fascista. Ello sería negar al Fascismo y a Mussolini su condición mejor: la de italiano.» «Además, ya han dicho Mussolini e Hitler que el fascismo y el nacionalsocialismo no son materiales de exportación.» «La Revolución Nacional en cada país ha de tener su forma y su contenido peculiares, hechos de la sustancia propia de sus hombres y las realidades de sus circunstancias físicas y políticas. Desvirtuar cualquiera de estos materiales necesarios es traicionar a la Revolución.»

De acuerdo con estas y otras muchas cosas oídas de sus labios y hoy perdidas, porque a la catástrofe de su muerte se une la desaparición de sus cartas, de sus esquemas y de los apuntes rápidos que de sus palabras precisas tomábamos sus interlocutores -los papeles que yo conservaba en mi casa de Madrid fueron quemados por mis familiares en los primeros días de agosto de 1936, después de varios registros de milicianos, que inconcebiblemente no los hallaron-, se redactaba la «Ventana al mundo». Tan ceñida en lo esencial al pensamiento del Jefe que, aunque le faltase a mi prosa la magia de la suya, nítida y transparente, algunos creían que dicha Sección salía de la pluma de José Antonio. En un Movimiento como el nuestro, en que uno de los factores primordiales es la mística del Jefe, poco puede haber más halagador que esto. Quizá ni la felicitación del Mando Supremo se pueda comparar a la satisfacción íntima -por lo que demuestra de identificación con el Genio- de

---

[181] En los elogios tributados a la memoria de José Antonio por el Duce se ha dicho que esta negativa del Jefe de la Falange a ir a Montreux fue la que causó en él mejor impresión, dándole el convencimiento de las magníficas condiciones políticas y de conductor de una Revolución Nacional que atesoraba José Antonio (*).

(*) Nota de la sexta edición.-Esta actitud de José Antonio, totalmente contraria a una pretendida Internacional fascista, que todos -amigos o enemigos- le conocíamos, sería contradicha por sus acusadores frentepopulistas en el proceso de Alicante... y mucho tiempo después por algunos interesados en mantener equívocos respecto a la independencia ética e ideológica de la Falange. La afirmación más extravagante y peregrina la hizo León Degrelle en el capítulo 10 de las *Memorias de un fascista,* publicado en el diario *Pueblo*, de Madrid (número 9.373, viernes 17 de octubre de 1969), al decir que «la Falange, de inspiración católica (?), estaba muy cerca del rexismo política y espiritualmente. En 1934, yo mismo fui nombrado por José Antonio Primo de Rivera número uno de la Falange del exterior» (!).

que le pregunten a uno si ha hecho el Jefe lo que uno sabe es obra propia. Séame perdonado traer aquí este recuerdo mío, que puede parecer pedantería o vanidad. Yo, con toda veneración, se lo ofrezco a la memoria del Jefe, como homenaje fervoroso una vez más. Y pongo por testigo a Sancho Dávila, quien me ha contado alguna vez que en un viaje a Madrid preguntó al Jefe quién era el redactor de la «Ventana». José Antonio le dijo mi nombre, y como Sancho no me conocía, creyó era una invención suya.

Más tarde, en otra visita de Sancho, entré yo en el despacho del Jefe, que nos presentó, y ante el estupor mío, que no sabía el motivo de ello, dijo José Antonio al Jefe de la Falange sevillana: «Ya ves, Sancho, que Sandoval no es un invento mío.»

En la primavera de 1935 comenzó a inquietar al mundo un conflicto que presentaban como insoluble por vía pacífica la actitud de las partes interesadas y la expectación de aquellos países que, por no tener un interés directo en él, hacía suponer encubrían con su simpatía o antipatía a los litigantes, pasiones ideológicas o móviles aún menos confesables.

No es menester decir más para advertir que aludo al conflicto ítalo-etíope. Desde el momento de su iniciación, el mundo se dividió en dos partes desiguales: de una, Italia, con sus razones imperiosas; de otra, el mundo antifascista, que llegaba desde las estepas de Rusia a las costas de California, a través de viejas monarquías, imperios de rapiña y repúblicas democráticas o de «trabajadores de todas clases» -como se calificaba a sí misma la española-. No importaba que dentro de cada uno de esos tipos de Estado enemigos de la norma política italiana hubiese minorías sensatas -incapaces de juzgar por un odio de ideas y formas políticas- que se preocuparan de buscar las raíces hondas que siempre tienen las decisiones políticas de envergadura. No importaba que en los viejos mundos europeos y asiáticos, dos países jóvenes, con conciencia histórica y normas semejantes a las italianas -Alemania y Japón-, se pusieran a estudiar serenamente esas hondas raíces, examinándolas a la luz de las nuevas ciencias relacionadas con la política de los tiempos presentes: Economía, Demografía, Estadística, e incluso, a las del antiguo y eterno Derecho natural, todas las cuales apoyaban la posición italiana en el conflicto.

La sociedad política nacida de la Revolución francesa se colocó tan decidida como inverosímilmente al lado del Imperio feudal del Ras Taffari. La esclavitud, la lepra, la castración, el martirio y demás instituciones tradicionales de Abisinia -tan pintorescas para el Kodak de los turistas -fueron defendidas por los países de la libertad, la igualdad y la fraternidad, que tomaron partido por el Emperador etíope, que gobernaba a sus hordas con los más primitivos procedimientos. (No más primitivos, ciertamente, que los usados en Moscú por el comunismo, con quien coqueteaban, en un delirio de insano esnobismo, las democracias o imperios de Occidente.) Claro que la conservación -¡oh, el conservatismo!- de ese Estado feudal en las proximidades de Egipto, del Sudán, de la Somalia, permitía el sueño tranquilo

de muchos financieros. Con los dos millones y medio de kilómetros estériles de Abisinia no había que temer competencia para el algodón del Nilo y las acciones de ciertos «trusts» podían continuar su alza, aunque siguieran muriendo de hambre millones de obreros sin trabajo y el mundo continuara pagando caro el algodón que Inglaterra adquiría en Egipto. Probablemente no tenía importancia para ese mundo democrático y gran capitalista que los etíopes muriesen a millares, corroídos de lepra o de tracoma, en las provincias de los «rases» brutales, con tal de que no se alteraran las digestiones de los plutócratas. Pero sí la tenía -y gravísima- que la Italia fascista, defendiendo la civilización, quisiera proteger a Abisinia con el mismo derecho e igual razón que los demás grandes países han tenido para colonizar, proteger o absorber a otros pueblos inferiores en el ejercicio de una misión universal: la explotación de la riqueza por la inteligencia y el trabajo. No tenía importancia que mientras esos vastos territorios esperaban que se fijara en ellos Inglaterra, la nación italiana desbordase de sus propios límites sin poder satisfacer sus necesidades humanas. Pero sí que Italia no quisiera aguardar para buscar esa satisfacción realizando ala vez labor civilizadora, exigida por los tiempos.

Todas esas razones -aparte de la política de expansión, natural en un pueblo fuerte- fueron vistas claramente por José Antonio. Por mi situación profesional, yo estaba en condiciones de suministrarle detalles de los manejos de las cancillerías y del avispero furioso de la Sociedad de Naciones, cada día más rabioso de su impotencia ante el despertar de algunos pueblos fuertes de las pasivas drogas societarias. Primero había sido Alemania quien sacudió el pesado yugo. Ahora, Italia se disponía a liberarse de él. Más tarde le tocaría a la España de Franco acabar de desenmascarar la verdadera finalidad del destartalado Organismo.

José Antonio sentía repulsión por el sistema parlamentario, y el superparlamento ginebrino le producía náuseas. Conocida es la frase que dirigió a nuestro camarada Giménez Arnau, que iba a Ginebra, pensionado al Instituto de Altos Estudios Internacionales (ese Instituto donde nadie aprendió nada), y le preguntó al despedirse si quería algo de o para Ginebra: «Si tienes tiempo, la quemas.» No era fobia a la bella ciudad suiza del lago Leman, ni siquiera a la patria chica de «aquel hombre nefasto» que se llamó Juan Jacobo Rousseau. Era la repulsión al espíritu de la Liga, intoxicando de mediocridad a los espíritus «nacionales» con las fórmulas de aquel utopista abstemio que se llamó Wilson. Era el convencimiento -en el fondo de su alma- de que el individuo es un «un portador de valores humanos» que se perdían irremediablemente en los legajos de una Institución incapaz de un sentimiento de ese tipo.

«¿Qué piensa la Sociedad de Naciones del conflicto ítalo-etíope?», me preguntó un día, a comienzos del verano de 1935.

Al contestarle los cabildeos ginebrinos pará impedir la realización de la aspiración italiana, replicó rápidamente: «Es lo único que me faltaba saber para afirmar mi convencimiento de que Italia tiene la razón y tendrá la victoria.»

No hay que olvidar que José Antonio era de vocación y de profesión hombre de Derecho y que para él no había más postura en el pleito que al lado de la razón. El Derecho, de no ser el sostén de ésta, es una mixtificación repugnante.

La fatalidad no nos dejó comentar semanalmente todas las fases del conflicto. A partir del 4 de julio, nuestro *Arriba* fue suspendido por el Gobierno, que encauzaba a España hacia el caos si el milagro de nuestra juventud al servicio del genio de Franco no hubiera puesto a ese caos una barrera infranqueable de heroísmo. Hasta el 31 de octubre -cuando ya el miedo de lo que se venía encima hizo pensar a «las derechas» en la conveniencia de que la Falange actuara de pararrayos-, que volvimos a salir a la calle, no pudo la Falange hablar del asunto de Abisinia, salvo en una ocasión excepcional. Esta fue el magnífico discurso de José Antonio en el Congreso de los Diputados en la sesión del 2 de octubre de 1935. Aquel discurso fue el único en que se fijó una posición -nacional e internacional- de España frente a los problemas de las sanciones económicas o militares a Italia. Naturalmente, el pensamiento de José Antonio, altivo como el vuelo de un águila, no podía seguirse por el torpe aleteo de los políticos que ensayaban un vuelecito de estadistas. Es más, la posición auténticamente nacional y realista de José Antonio -que supo elevarse por encima de sus afinidades sentimentales y sus admiraciones personales para producirse con la desapasionada objetividad del gran político- fue interpretada torcidamente, y más que por incomprensión -pues sus palabras, sencillas y luminosas como siempre, eran perfectamente inteligibles para cualquier sector parlamentario-, por la voluntad de unos y otros de deformar el pensamiento falangista. Nadie quiso creer en su sinceridad y en su interpretación «absolutamente española» del problema sancionista. Y la Falange -una vez más-, por defender el derecho de España, que en aquel momento coincidía con las razones de Italia, se vio acusada de estar «vendida a Mussolini». ¡Al oro que el Duce conseguía entonces con las cesiones de las alianzas de las mujeres italianas!

El discurso no pudo publicarse en *Arriba* por su suspensión. La Prensa española lo reprodujo terriblemente deformado y mutilado, en extractos y casi sin comentarios. La Falange, en seguida, lo imprimió clandestinamente y lo repartió a costa de las detenciones consiguientes.

Para la preparación de dicho discurso y para el total conocimiento de las circunstancias en que se arrancaron al mundo las sanciones económicas -que tan hábilmente sabría burlar luego el mundo-, José Antonio tuvo información diaria desde Ginebra. A petición suya se la proporcionaba yo en amplias cartas, en que le daba cuenta de los acontecimientos y de la desdichada actuación de los delegados de España, sumados en todo a la política anglo-francesa, tanto por sus sentimientos «antifascistas» naturales y las influencias de los Herriot, los Eden, y los Litwinoff como por la

despreocupación de los intereses nacionales, tan característica de los políticos que se turnaban en el Ministerio de la plaza de Santa Cruz ([182]).

Con motivo de estas cartas ocurrió un episodio que retrata el espíritu exquisito de José Antonio y que a mí, personalmente, me conmueve en lo más profundo del alma. Como las circunstancias aconsejaban cautela, pues la correspondencia del Jefe -a pesar de la «escrupulosidad constitucional» con que se gobernaba a España- estaba vigiladísima y mis noticias eran las de un «sublevado», yo, comprendiendo sería imprudente dirigirlas a nombre de José Antonio, las enviaba certificadas y por correo aéreo a mi padre, quien en cuanto recibió el primer pliego se puso en comunicación telefónica con el Jefe para preguntarle dónde y a quién debía entregarlo. José Antonio le rogó que no se molestara, pues a la hora que más le conviniese enviaría a una persona de su absoluta confianza para recogerlo. Mi padre señaló la hora, y con exactitud matemática se presentó en mi casa el propio José Antonio. Durante toda la temporada de envíos continuó el Jefe de Falange honrando mi casa con su presencia para evitar a mi padre la molestia mínima de llevar las cartas a la suya. La cordialidad y sencillez del Jefe ganaron de tal forma el corazón de mi padre, que con su cabello blanco y su salud delicada no dejaría luego un solo día de los que duró la prisión en Madrid de José Antonio de devolverle en la cárcel las visitas, prestando después de estallar el Movimiento cuantos servicios le encomendara la heroica Falange clandestina del Madrid rojo, con la decisión y el ímpetu del más joven escuadrista inflamado por la mística de José Antonio, quien en alguna ocasión, hablándome de mi padre y camarada, me decía: «Tenemos que dar a tu padre el mando de una escuadra de chavales. Les daría un magnífico ejemplo de juventud y decisión.»

---

[182] Nota de la tercera edición.-Entre otras cosas, dijo José Antonio en su discurso: «¿Qué posición vamos a aconsejar nosotros en España, ni aconsejarla nadie en estos días, que no estuviera inspirada en un interés español? ¿Cómo va a pensar nadie que va a influir en nuestras actitudes una determinada simpatía hacia un país o hacia otro? Entre otras cosas, porque, de seguro, entre los que nos sentamos aquí no hay uno solo de los que tengan espíritu abierto que no haya recibido la influencia de muchas simpatías; todos nos hemos asomado, unos más, otros menos, entre estos últimos yo, a la cultura europea; todos hemos sentido la influencia de las letras francesas, de la educación inglesa, de la filosofía alemana y de la tradición política de Italia, que está realizando uno de los experimentos culminantes, un experimento culminante que nadie puede zafarse de estudiar en serio y al que, de seguro. nadie está libre de alguna objeción que formular... Inglaterra ha conseguido montar una de las más prodigiosas arquitecturas políticas que conoce el mundo... Si yo fuera inglés, en este momento estaría con los ojos cerrados al lado del Gobierno inglés, porque yo sería imperialista inglés, porque yo creo que el Imperio es la plenitud histórica de los pueblos; y si hubiese tenido la suerte de nacer en un pueblo en el instante de su plenitud histórica, creería que todos mis esfuerzos debían ponerse al servicio de la conservación de esa plenitud... España, en el instante de decidir si se mantiene neutral o no se mantiene neutral, tiene que considerar únicamente esto: su conveniencia y su decoro; debe considerar si hay de por medio un interés español... Lo que no tolera el decoro de España es adoptar una actitud de intervención o de neutralidad por una amenaza o una exigencia.»

UN BANQUETE Y UN BRINDIS

EL 24 de febrero de 1935 tuvo lugar en el café de San Isidro, de Madrid, enclavado en la popularísima calle de Toledo, un banquete a Eugenio Montes para festejar sus triunfos como cronista por tierras de la nueva Alemania, y despedirle ante su próxima marcha a Italia. Al acto asistieron más de mil comensales, muchos de los cuales, por la falta de espacio vital en el local elegido -no obstante el gran tamaño de sus naves-, tuvieron que reunirse en otros restaurantes de las proximidades, en espera de hacer acto de presencia a la hora del brindis. Presidió José Antonio ([183]), con Julio, Rafael, Eugenio, Pilar, Alfaro, Valdés, Fernández-Cuesta y Cuerda. Estaba -en pleno- toda la primera hora falangista, mezclados, en el homenaje al escritor magnífico, los duros hombres de las Milicias y los más finos pensadores y poetas del nacionalsindicalismo. ¡Cuántos cientos de caras jóvenes y alegres que recordamos de aquel acto no volverán a ser vistas de nuestros ojos!

Antes de José Antonio hablaron Ruiz de Alda y Sánchez Mazas. Después del Jefe, Eugenio, José Antonio replicó con toda su elegancia a los reproches eternos del «estilo» falangista. Aquellos reproches de Giménez Caballero, recogidos con fruición y mala intención por los fracasados estilistas que redactaban La Patria Libre. y por otros tantos fracasados que redactaban tantas cosas análogas a La Patria Libre.

José Antonio dijo así: «Esta es nuestra Falange. Esta mañana, predicando por campos de Castilla; ahora, contigo a la mesa, hermano Eugenio Montes. Eso es nuestra Falange: lo que integra una intelectualidad que vivió sin entraña, perdida en un esteticismo estéril, con una tierra entrañable a la que quiso privar de toda exigencia de estilo.

»Así sabemos fundir el sentido eterno de la tierra castellana con la exactitud difícil de un filósofo y de un poeta, si es que el ser filósofo y el ser poeta son cosas distintas.

»Entrañas y estilo: he aquí lo que compone a España. Ahora se nos habla mucho contra el estilo: se nos dice que nadie que hizo nada grande se dio cuenta de que tenía un estilo. ¿Y qué importa que no se diera cuenta? Lo importante es tenerlo; en eso, el estilo es como lo que Goethe llamaba la idea de su existencia: es la forma interna de una vida que, consciente o inconscientemente, se realiza en cada hecho y cada palabra.

»Alguien escribió: «La española Infantería es valiente porque sí.» ¡Porque sí! Mal había entendido a la Infantería española quien escribió aquello. Era valiente porque servía un gran destino: porque realizaba un gran destino; estaba sosteniendo el Imperio de Occidente, la unidad espiritual de Europa, el

[183] Nota de la tercera edición.-José Antonio quería y admiraba mucho al gran escritor, a quien algunas veces llamaba en broma «Padre Feijoo», aludiendo a su naturaleza gallega ya su saber enciclopédico.

rigor de los mejores principios... ¡Pues así que no tenía razones la Infantería española para ser valiente!

»No faltan consejeros oficiosos que nos digan, Dios sabe con qué intención: «Hay que hablar al pueblo de una manera tosca, para que lo entiendan.» Eso es una injuria para el pueblo y para nosotros, que, como también decía Rafael, nos sentimos carne y habla del pueblo mismo. ¿Quién ha dicho que nuestro pueblo sólo entiende lo zafio? En el teatro de Calderón están toda la Teología y toda Metafísica contenidas en la forma más disciplinada; y, sin embargo, fue bien popular. Bien populares somos nosotros -mira, Eugenio, las caras que nos rodean- y bien nos entendemos contigo. Precisamente porque no somos «castizos» no estamos como el pez en el agua en esta España que nos tocó vivir. Al contrario: andamos por los caminos, sin reposo, porque España no nos gusta nada, porque la que nos gusta es «la otra», la exacta, la difícil.

»Este es el sentido de nuestro banquete: tú, Eugenio Montes, maestro en cosas difíciles, recobras para lo intelectual la función de servicio, de artesanía; y nosotros luchamos porque entendemos lo que quieres decirnos. Ahora te vas a Roma. Cuando vuelvas, acaso hayamos hecho ya la España exacta que llevas en la mente. Entonces te prometo que volverás a partir con nosotros el pan sobre estos mismos manteles del café de San Isidro.»

Eugenio -el gran maestro- recogió las palabras de José Antonio y trazó una maravillosa silueta del Jefe.

«Allá en el abril del Renacimiento italiano -comenzó diciendo- hubo un día, feliz entre los días, en que los estudiantes de Bolonia, hartos de Pandectas y de menudas aburridas glosas, irrumpieron en las aulas dándole al aire este grito divino: «¡Habladnos de Platón! ¡Por lo que más queráis, habladnos de Platón, por Dios y por la Virgen!»

»Por insultar a Indalecio Prieto o a Manuel Azaña, perder una vida es mucho. Es, en verdad, demasiado. Pero por un concepto platónico de España, por una «esencia», bien puede darse una existencia de sacrificio, porque el hombre muere y la esencia dura.

(¡Qué bien te entendió José Antonio aquella noche, Eugenio Montes, y con qué elegancia supo morir año y medio más tarde por la «esencia» de España!)

»No hagáis caso, pues, a los que os dijesen que debéis realizar una política chabacana, con cosas gruesas «al alcance de la gente». Que la voluntad de la nación sólo se logra si se ennoblece a la vez con la más pura voluntad de estilo y la más acre y severa exigencia rítmica de forma. Quien os pide vulgaridad, ése os ofende y ofende también a España, porque opera a base de una creencia inexacta y vil: la de suponer que el pueblo español -que ha sido entre todos los de Europa el que ha vivido en las más altas y limpias mesetas- sólo concede el éxito a quien se hunde en el lodo y se degrada.

»Se imaginaban, quienes pensaban así, que España era ya únicamente una inmensa colección de lectores de novelas rusas. La novela rusa ya sabéis

que es un modo de resentimiento, por el cual el héroe tiene que ser o jorobado, o loco, o asesino, o idiota. Una España de lectores de novelas rusas, ¿cómo podría perdonarle a José Antonio Primo de Rivera el feliz encuentro de tantos valores positivos en un solo ser, su impecable exigencia y realización de perfecciones?

»Linaje ilustre, coraje personal, una elegancia física y metafísica susceptible de despertar tantos rencores, ambición intelectual, claros conceptos, pureza de cultura, esto, en verdad, podría parecer demasiado a los escépticos; pero yo creí siempre que a una España de lectores de Dostoyewsky podría oponerse una España de lectores de Amadís. Como un Amadís llegaba José Antonio a liberar Orianas sin par, encerradas en oscuras cuevas de chabacanería. Nos hemos metido a paladines sin tacha y sin miedo. Nos hemos metido en libros de Caballería, que fueron los que nos dieron América. ¡Benditos sean!»

Continuó Eugenio hablando del valor militar y del intelectual, de la armonía de la espada y la pluma, que ganó el Imperio español, y evocó la figura del General Primo de Rivera, incomprendido por los intelectuales. «La batalla de Lepanto -terminó- fue ganada por los estudiantes de Alcalá, que sabían griego.»

Y terminó -entre el entusiasmo de la gente moza de la Falange, que comprendía todas sus sutilezas conceptuales- diciendo: «Porque esos tiempos vuelvan, ya oímos todos un grito que nos llega desde el corazón encontrado del Imperio: "Vuelve, España, a donde has ido".»

Dos días antes, en otro banquete -no precisamente popular, como el del café de San Isidro-, organizado en honor de Montes por la revista Acción Española en el hotel Ritz, José Antonio había hablado también en su discurso breve, del que sólo conozco el pequeño extracto que sigue, publicado en ABC, que lo reseñó así: «El señor Primo de Rivera, en una breve y certera improvisación, dice que donde empieza la verdadera tradición de España, cuando España fue grande, fue antes de que las princesas y las damas de la aristocracia se dejaran pintar por Goya y antes de la época bulliciosa, ociosa y pintoresca de los chisperos y toreadores. A propósito de la crítica histórica de aquel período, el orador hace un elocuente y sutilísimo análisis del resurgimiento del nacionalismo hispano con todos los puros valores de la raza. El señor Primo de Rivera termina dedicando palabras de homenaje a Eugenio Montes» ([184]).

---

[184] Nota de la tercera edición.-En el volumen citado de *Obras inéditas y Epistolario de José Antonio* figura una reseña algo más amplia de este discurso, publicada en La Época (22 de febrero de 1935). Se titula «La política tendrá que hacerse pensamiento», y dice: «A requerimiento del homenajeado, hace uso de la palabra el Jefe de Falange Española, don José Antonio Primo de Rivera.» Comienza refiriéndose a la improvisación, y dice que tiene que improvisar en estos momentos, y que esto, que en el siglo XIX era acostumbrado y legal, hoy tiene todos los caracteres de la desvergüenza. Actualmente no sirve lo

OTRAS ACTIVIDADES

POCOS días antes de la aparición de *Arriba* tuvo lugar uno de los actos más resonantes de la Falange: el mitin del teatro Bretón, de Salamanca, celebrado el día 10 de febrero de 1935. Aunque el viaje fue triunfal por tierras de Castilla -entre Ávila y Salamanca salieron los labriegos a la carretera a saludar brazo en alto a José Antonio, quien, como dijo Federico de Urrutia en Información del 18 de febrero, vivió unos minutos de César-, la gran resonancia se la dio la presencia en el mitin salmantino de don Miguel de Unamuno, quien, después de aplaudir rabiosamente a José Antonio, asistió al banquete de camaradas que se celebraba siempre después de todos ellos. El escándalo en la inmunda Prensa madrileña fue mayúsculo, y eso que sus redactores no conocían la entrevista que había tenido lugar un par de horas antes en casa de don Miguel, en la que José Antonio, admirador de la obra del genial vasco, dio al olvido las atrocidades dichas por él contra la Dictadura, hablándole cordial y afectuosamente. Huelga decir que idéntico espanto que produjera a las izquierdas que Unamuno oyese a José Antonio causó en las derechas que José Antonio estrechara la mano del viejo liberal bilbaíno, enemigo político de su padre ([185]). Huelga decir, porque es de sobra conocido,

---

improvisado. «No sé -continúa- a qué título hablo en estos momentos. Debe de ser a título de invitado. Carezco de representación intelectual, y por eso no he de invocar sino mi calidad de representante de una entidad política. Ya no es posible ser literato o político exclusivamente, porque todo lo que es literatura, todo lo que son letras, se ha hecho política; claro que yo sospecho que la política también tendrá que hacerse pensamiento, que hacerse inteligencia. Los intelectuales, es cierto, se desentendieron en una época de lo nacional; pero no olvidemos también que lo nacional se había desintelectualizado por completo.» Habla a continuación del origen de la tradición española, y dice que España fue grande cuando no era castiza, esto es, antes de que las princesas y damas aristocráticas se dejaran pintar por Goya, antes de aquellos momentos bulliciosos de toreros y manolas. España fue grande cuando sabía que todo lo que es grande puede servir a un destino universal. «Celebro mucho que nos pongamos algunas veces, como ahora, al habla para hacer nuestros exámenes de conciencia, para examinar los problemas que nos inquietan.»
Habla de Eugenio Montes, de quien hace un cálido elogio, expresando la admiración que siente por la labor del pensador insigne, y dice que Montes recobra el sentido artesano de la intelectualidad... Analiza, por último, el resurgir nacional hispano, con los más puros valores de la raza, y termina diciendo que la grandeza de España hace ya cuatro siglos que resplandeció.

[185] José Antonio admiraba profundamente la genialidad españolísima de don Miguel y recordaba siempre que con ocasión de la apertura del curso 1931-32, a los pocos meses de estrenada la República, había pronunciado en Salamanca un discurso completamente falangista, en el que habló de los Reyes Católicos, forjadores de la Unidad e Imperialidad de España, «que fue siempre democrática porque hizo a los Reyes hacer empresas que el pueblo sentía», «Ahora se amparan en ciertas leyendas disgregadoras para dividir a España los que quieren concluir con su Imperio, los que fueron contra la Monarquía no por ser

que la mentalidad de las izquierdas o las derechas españolas era incapaz de comprender la tolerancia de los hombres de genio o simplemente de mundo.

Francisco Bravo, zurcidor magnífico de aquella histórica entrevista presenciada por Rafael Sánchez Mazas, la ha contado alegre y plásticamente en su libro sobre José Antonio. Prescindiendo de detalles, voy a copiar el, diálogo entre aquel anciano único y aquel mozo de excepción, según lo recuerda Bravo:

Unamuno.-«Sigo los trabajos de ustedes. Yo soy sólo un viejo liberal que ha de morir en liberal, y al comprobar que la juventud ya no nos sigue, algunas veces creo ser un superviviente. Cuando de estudiante me puse a traducir a Hegel, acaso pude ser uno de los precursores de ustedes.»

José Antonio.-«Yo quería conocerle, don Miguel, porque admiro su obra literaria y, sobre todo, su pasión castiza por España, que no ha olvidado usted ni aun en su labor política de las Constituyentes. Su defensa de la unidad de la Patria frente a todo separatismo nos conmueve a los hombres de nuestra generación.» .

Unamuno.-«Eso, siempre. Los separatismos sólo son resentimientos aldeanos. Hay que ver, por ejemplo, qué gentes enviaron a las Cortes. Aquel pobre Sabino Arana que yo conocí era un tontiloco. Maciá también lo era, acaso todavía más por ser menos discreto. Estando yo en Francia, cuando la Dictadura, se empeñó en que hablásemos en un mitin contra «aquello». Yo me negué, y él lo hizo ante unos cientos de curiosos, a los que se empeñó en hablarles en catalán, siendo así que la mayoría de los españoles presentes no le entendían. Era un viejo desorbitado, absurdo.»

Bravo.-«Bueno, don Miguel. Aquello del padre de José Antonio es ya Historia. Díganos cuándo le apuntamos para la Falange.»

Unamuno.-«Sí; aquello es Historia. Y lo de ustedes es otra historia también. Yo jamás me apunté para nada. Como tampoco jamás me presenté candidato a nada. Me presentaron. Pero esto del fascismo yo no sé bien lo que es ni creo que tampoco lo sepa Mussolini. Confío en que ustedes tengan, sobre todo, respeto a la dignidad del hombre. El hombre es lo que importa; después, lo demás: la sociedad, el Estado. Lo que he leído de usted, José Antonio, no está mal; porque subraya eso del respeto a la dignidad humana.»

---

liberales, sino por ser disgregadores», había dicho el Rector salmantino, que declaró abierto el curso en nombre de Su Majestad España, una, soberana y universal.

Ni las derechas ni las izquierdas, que se espantaron de la presencia de José Antonio en casa de Unamuno y de la de Unamuno en el mitin y el almuerzo de la Falange, recordaban ya aquellas frases y otras muchas del insigne vasco, quizá porque nunca le habían leído. Pero José Antonio tenía el buen gusto de releer con mucha frecuencia sus ensayos, modelos de pasión y de prosa española. Uno de los que más le emocionaban era el titulado Soledad.

José Antonio.-«Lo nuestro, don Miguel, tiene que asentarse sobre este postulado. Respetamos profundamente la dignidad del individuo. Pero no puede consentírsele que perturbe nocivamente la vida en común.»

Unamuno.-«Pero yo confío en que no lleguen ustedes a esos extremos contra la cultura que se dan en otros sitios. Eso es lo que importa. No es posible que la juventud, por muy estupidizada que esté, y yo lo creo sin ánimo de molestarles, caiga en el horror de creer que el pensamiento es una «funesta manía»: la funesta manía de pensar de aquellos bárbaros de Cervera. Por cierto que el otro día, y con motivo de una huelga en la Universidad, recibí aun grupo de muchachos de los de ustedes. Les pregunté qué querían; qué era eso de la Falange.»

Bravo.-«Estarían aturdidos ante usted y no sabrían explicárselo».

Unamuno.-«No sé. Pero no sabían bien lo que querían. Yeso me prueba que hay un peligro de desmentalización de los muchachos. No conviene que ustedes acentúen esa tendencia personal.»

Sánchez Mazas.-«Pero usted, don Miguel, ha escrito a veces otra cosa.»

Unamuno.-«Acaso. Llevo ya más de cuarenta años de escritor, y unas veces me olvido de lo que dije y otras me contradigo; y repito. Eso es lo humano. Una vez, siendo presidente de unos Juegos Florales o algo así, envió un chusco amigo mío una poesía que a mí me «sonaba» al leerla. No me gustó; no la premiamos ni mencionamos siquiera. Luego resultó que era mía y que ya no me acordaba de ella. Eso me pasa con las ideas y con los pensamientos. Pero crean ustedes que hay un peligro terrible para la cultura y el espíritu en que se lance a la juventud a la borrasca de la pasión y no a la tarea de pensar y criticar .»

José Antonio.-«Estamos necesitados, don Miguel, de una fe indestructible en España y en el español.»

Unamuno.-«¡España! ¡España!... Muchas veces he pensado que he sido injusto en mis cosas; que combatí sañudamente a quienes estaban enfrente; acaso quizá a su padre. Pero siempre lo hice porque me dolía España; porque la quería más y mejor que muchos que decían servirla sin emplearse. en criticar sus defectos.»

José Antonio.-«También nosotros, don Miguel, hemos llegado al patriotismo por el camino de la crítica. Eso lo he dicho yo antes de ahora. Y hoy, en esta Salamanca unamunesca, voy a decir a quien nos escuche que el ser español es una de las cosas serias que se pueden ser en el mundo.»

Unamuno.-«Muy bien. Pero sin xenofobia. ¡El hombre, el hombre! y también el español y España. y los valores del espíritu y de la inteligencia. Pero cuidado con que ustedes aticen ésa propensión a desmentalizarse que tienen nuestros muchachos.»

Bravo.-«¿Por qué no nos ayuda usted en la lucha contra los separatismos? En el fondo, nosotros somos sus discípulos y hemos aprendido de usted a sentir a España con orgullo, apasionadamente. Pero son los

liberales, los hombres retrasados del XIX, los que ponen en peligro a la Patria.»

Unamuno.-«Usted repite mucho esa tontería de Daudet sobre el "estúpido siglo XIX". Pero eso no es verdad. Yo lo defiendo. Vivimos ahora mismo de su herencia. Incluso lo de ustedes tuvo en él sus primeros maestros. Después de Hegel, Nietzsche, el conde José de Maistre, aquel gran desdeñoso que gritaba a sus adversarios: «No tenéis a vuestro lado más que la razón...»

José Antonio.-«Nosotros no queremos nada con De Maistre, don Miguel. No somos reaccionarios.»

Unamuno.-«Mejor para ustedes.»

Se hacía tarde. Bravo recordó que era la hora del mitin. José Antonio se despidió cordialmente de don Miguel, quedando gratamente sorprendido cuando éste le dijo que iba con ellos al teatro. El asombro de José Antonio fue el de todos los falangistas, el de todos los rojos que rondaban las esquinas salmantinas, el de toda España luego, el del mundo entero después. ¡Ahí era nada la presencia del más destacado liberal español, del más violento crítico del General Primo de Rivera, asistiendo espontáneamente a un acto del fascismo español y acompañando por la calle al hijo del Dictador, Jefe precisamente de ese Movimiento! ([186]).

En su discurso, José Antonio aludió a la «voz familiar y magistral» de don Miguel, denunciador de los errores de la República en su primer bienio. Según Bravo, no logró José Antonio como otras veces que su oratoria «fuera ágil y bella como un pájaro de acero y certera en su rumbo, acaso por la presencia de Unamuno, que le turbó hasta el instante mismo de su marcha de la ciudad, de regreso a Madrid». Esta afirmación de Bravo, unida a su testimonio de que Unamuno aplaudió a rabiar a José Antonio, y al despedirse le dijo: «¡Adelante!, y a ver si ustedes lo hacen mejor que nosotros», me ha hecho buscar con afán el discurso, no publicado en Arriba, y he encontrado esta versión dada por el periódico de Salamanca *El Adelanto*, en su número del 12 de febrero de 1935, probablemente redactada por el propio Bravo:

«Agradezco estos aplausos, pero os pido que siempre seáis parcos de ellos. Que imitéis siempre en vuestra conducta a esta magnífica Salamanca, capaz de conservar siempre un señoril y áspero decoro, cuyas dos notas características son las que nosotros deseamos para España: la firmeza del estilo y el sentido imperial en la conducta.

[186] No era la primera vez que don Miguel había escuchado -y aprobado- la voz y las ideas de José Antonio. El discurso -radiado- fundacional de la Falange, de 29 de octubre de 1933, había sido escuchado en Salamanca por el ilustre vasco. Ya sabía, pues, don Miguel que no asistiría en el Teatro Bretón a un mitin pintoresco de unos mozos insensatos, sino a un acto político e intelectual de excepcional calidad.

»Estas dos cosas son las que han hecho grande a España en sus tiempos de gloria. Cuando han faltado, como ahora, al país le entró un tedio insoportable, una desgana pesimista, que metió por las rendijas de su alma, haciendo dudar de su destino a un pueblo tan magnífico como el español. Ahora está ocurriendo eso, y de ahí que hayamos venido nosotros para cobrar ([187]), al servicio de España, su estilo impecable y su ímpetu imperial.

»En 1931 -pensemos que somos una generación desligada de los errores anteriores a dicha fecha- el pueblo español creyó haber recobrado la conciencia de su unidad, la fe en su destino. Pero pronto, por errores de aquellos que recogieron el Poder, se vio que las promesas de que tuviéramos un gran quehacer común que desempeñar en el mundo y la seguridad de que a ella estábamos decididos se frustraron. Fue la última gran defraudación sufrida para su mal por España. Poco tiempo se tardó en comprenderlo, y eso que buenos españoles, como éste cuya voz oís en Salamanca con acento familiar y magistral a la par, lo advertían con acento profético.

»Los que gobernaron durante el período de Azaña no se acordaron de la entrañable aspiración popular, no tuvieron en cuenta que España necesitaba una fe y una enérgica tarea de nacionalización de todos los valores. Y perdieron su tiempo, dedicados a un esteticismo monstruoso, jugando con los valores más caros al alma popular y menospreciando las ansias espirituales del pueblo.

»Cayeron en la peor fecundidad social y política, y no es lo malo que aquellos enemigos nuestros se equivocaran. Lo malo es que esta fecundidad ([188]) persiste ahora, cuando impera un maridaje de sacristías y masones que, con olvido de los ideales magníficos de la hispanidad, perpetúan un fracaso y un espectáculo lamentable ([189]). (Ovación.)

»Así tenemos que el partido radical, cuyos únicos ideales de juventud fueron degollar frailes y atropellar religiosas, cuando por azar le llega la ocasión de ejercer influencia en el Poder, no tuvo con qué suplir sus aspiraciones de juventud, tan pintorescas como nefandas, y las ha sustituido con el afán de gobernar a costa de lo que sea y para lo que sea, aliándose con Acción Popular, que así se llama hoy lo que comenzó llamándose Acción Nacional, de sentido monárquico, dando lugar a la mixtura cedorradical que nos gobierna. Y todavía hemos podido ver nosotros en las fachadas de Madrid los carteles con los que las derechas unidas ganaron las elecciones de 1933, en las que, con su sabiduría acreditada, Acción Popular se comprometió, para después del triunfo electoral, a anular la Ley del divorcio, a introducir el crucifijo en las escuelas, a defender las grandes cosas (religión, familia, orden)

[187] Debe querer decir «recobrar».
[188] Las dos veces quiere decir «infecundidad». Es errata de imprenta o error del redactor.
[189] Salamanca -donde José Antonio dijo tan claramente estas verdades- era la cuna del "populismo".

amenazadas por la Revolución, sin que a los quince meses de su éxito haya logrado imponer casi nada de lo que solemnemente prometía. (Ovación.)

»Se produjo después en nuestra Historia el terrible 7 de octubre, subversión con indudable fondo popular, equivocado, pero popular, cuyos jefes cometieron el delito de aliarse con el más torpe separatismo. Por esto acaso no triunfó la revolución, ya que a los más decididos revolucionarios repugna y subleva la idea que llevan dentro de su pecho, exaltadora de la unidad patria. Al día siguiente, cuando el heroísmo de las fuerzas armadas consiguió dominar la revuelta, se pudieron recobrar cincuenta años de Historia, emprender la tarea de acabar para siempre con los peores enemigos de España: el separatismo y el marxismo. Pero el Gobierno del extraño bloque gubernamental, fundado para el disfrute del Poder, no hizo nada. En vez de emplearse a fondo en la primera hora, evitando la tardía represión actual, se limitó a dejar hacer. Y es que no sólo hay un fracaso de hombres y de partidos. Es que este Estado ya no sirve, resulta inválido para nuestros tiempos difíciles, y ha dejado que se forjen, y están ahí en la calle, nuevos fermentos incubadores de insurgencias.

»Anda ahora España como un ciego perdido por un pasadizo, tocando con una mano o con otra, perdido el tino. Consideramos fundamental, para que encuentre su Norte, el arreglo profundo de la economía, pues la que se regía por las normas liberales está en plena decrepitud. Si no damos una fe y un ideal a las nuevas masas desesperadas, volverán de nuevo a la violencia.

»Se refiere a Rusia, para decir que no se ha previsto el augurio de Lenin, para el cual primero atravesarían por capitalismo de Estado, luego por el socialismo de Estado, para llegar finalmente al comunismo. Han fracasado allí, ya que, no obstante la férrea disciplina, no han pasado de la primera etapa.

»Alude al capital financiero, estimando que su excesivo desarrollo ha perjudicado a la misma economía, y cita en apoyo de su tesis el caso de una empresa de Madrid.

»Se ocupa del problema del trigo, y dice que es absurdo que mientras hay muchos españoles que no tienen qué comer, los labradores tengan abarrotadas sus paneras, y por la paralización del mercado no tienen dinero para cubrir sus necesidades. Resulta, además, que el español es quien menos pan come, según estadísticas comparativas de varios países. Esto no puede ser. El Estado debe resolver íntegramente los problemas de la distribución del trigo con medidas eficaces, no con las que suelen dictar desde los despachos ministeriales de Madrid, nidos de arbitristas que no conocen la realidad española.

»Se muestra partidario de una profunda reforma agraria, inteligente, pero no demagógica. Hay que procurar que la tierra de España sostenga a todos sus hijos, cueste lo que cueste.

»Se respetarán las fincas extensas, que son unidades de cultivo, y se protegerá al pequeño labrador, procurando siempre que la Economía agraria integre regularmente la riqueza nacional.

»Mas, ante todo, hay que nacionalizar el Estado, dotarlo de prestigio y fuerza. Ahora se habla de los estados fuertes, pero yo os digo que aquel que sólo se apoya en las dignas instituciones armadas y que no suscita una adhesión espiritual está condenado a ser vencido por sus enemigos.

»Define el concepto de Patria desde el punto de vista nacionalsindicalista. Para nosotros, nuestra España es nuestra Patria, no porque nos sostenga y haya hecho nacer, sino porque ha cumplido en la Historia uno de los tres a cuatro destinos trascendentales que caracterizan la Historia del mundo. Por eso no podemos ser nacionalistas a la manera estrecha y mezquina de esos nacionalismos pequeños que representan un retorno a la prehistoria.

»Elogia después la organización provincial del Movimiento y termina excitando a todos sus correligionarios para que afinen su estilo nacionalsindicalista en todo momento de la vida social, política y sindical, pues no cabe duda que una minoría disciplinada y creyente será la que se transforme en eje implacable de la vida española sobre el que montar el resurgimiento español, acabando con este tedio y esta chabacanería de la vida española actual. (Gran ovación).»

Los comentarios a la presencia de Unamuno ([190]) en nuestros actos fueron tan vivos y tan enconados en algunos periódicos, que la erecta independencia de don Miguel y la valerosa tenacidad con que -a lo castellano- sostenía siempre sus actos hubo de flaquear y dictarle palabras despectivas para quienes habían ido a visitarle no para utilizar su figura como elemento de propaganda, ni mucho menos para convencerle de nada, pues bien le sabían totalmente inconvencible y totalmente «contra esto y aquello», sino para rendir homenaje de admiración a su excelsa figura de pensador y patriota. En los sucios periódicos izquierdistas, Unamuno despotricó contra la Falange, mereciendo una áspera réplica del mismo Bravo en el segundo número de *Arriba*. Réplica que pareció «estupenda» a José Antonio, desilusionado por la actitud del viejo rector de Salamanca, después de la ilusión que le hiciera sentir su presencia. De esta ilusión es testimonio su carta del 15 de febrero a Bravo, en que dice: «Al regresar de Andalucía me encuentro con tu carta, que reaviva el recuerdo magnífico del domingo pasado en Salamanca. No puedes figurarte la resonancia que ha tenido nuestro acto, a pesar del semisilencio de la Prensa. Hasta en lejanos pueblos andaluces han valorado en su exacto sentido la presencia de don Miguel en el mitin y en el almuerzo.»

En otra carta -13 de marzo de 1935- al Jefe de Salamanca, José Antonio anuncia la inminente aparición de *Arriba*. «El periódico iba a salir mañana jueves. Por dificultades de última hora, debidas especialmente a la lentitud de la censura, saldrá el jueves próximo, sin falta, a menos que lo suspenda la autoridad. Va a titularse *Arriba*, porque ninguno de los dos títulos anteriores se nos permite.» El 28 de marzo, José Antonio, en una nueva carta a Francisco

[190] Véase Dolor y memoria, págs, 277 y sigs.

Bravo, censura a los encargados de tirar el periódico una «pereza interna» que retrasara su primera salida. Sin que ello suponga falta de acatamiento a todo cuanto el Jefe dijera, la carta anterior y las «dificultades externas» de que habla en ésta eximen a los camaradas de la imputación de pereza que osé Antonio les hiciera, acaso en un momento de enfado.

En esta carta hay otra nota mucho más interesante, enderezada contra Onésimo Redondo. Este magnífico camarada, no obstante la aceptación sin límites prestada a la elección de José Antonio como Jefe Nacional, y a pesar de su decisión de permanencia en la Falange después de la expulsión de Ledesma Ramos, tenía criterios personalísimos en algunas cuestiones, noble ambición de mando de sus espléndidas gentes vallisoletanas y quizá también algún pequeño resquemor de tipo humano. Todo ello dificultaba en algunos momentos la marcha de la Organización, aburría a José Antonio y hacía bramar a algunos de los fidelísimos del Jefe. En dicha carta, José Antonio anuncia: «En cuanto a Onésimo, el domingo le veré en Tordesillas, por la tarde, e intentaré seguir esforzándome por entenderle.»

Tenía que esforzarse por entender a todos y atender a todos. Pero como decía: «La jefatura es la suprema carga, la que obliga a todos los sacrificios, e incluso a la pérdida de la intimidad; la que exige a diario adivinar cosas no sujetas a pauta, con la acongojante responsabilidad de obrar. Por eso hay que entender la Jefatura humildemente, como un puesto de servicio, y, pase lo que pase, no se puede desertar ni por impaciencia, ni por desaliento, ni por cobardía. De ahí la imponente gravedad del instante en que se acepta una misión de capitanía, que con sólo asumirla se contrae el ingente compromiso ineludible de revelar a un pueblo ([191]) -incapaz de encontrarlo por sí en cuanto masa- su auténtico destino. El que acierta con la primera nota en la música misteriosa de cada tiempo, ya no puede eximirse de terminar la melodía. Ya lleva sobre sí la ilusión de un pueblo y abierta la cuenta tremenda de cómo la administre. ¡Cuál no ha de ser su responsabilidad si, como en el poema de Browning, arrastra a una turba infantil detrás del caramillo para sepultarla bajo una montaña de la que no vuelve!»

Con arreglo a estas palabras se comportaba José Antonio en la Jefatura Nacional: entendiendo, atendiendo, adivinando, guiando. Sabía su fin y marchaba a él alegre. El paso a la vida inmortal era la tarea diaria. Y no lo perdía ni se detenía ni volvía atrás la vista. Pero su ritmo sonoro no le impedía advertir todo cuanto le rodeaba: «Todo se andará, y puedes creer que no se descansa.»

A mediados de febrero hubo unos incidentes en Santander. Los falangistas, cansados de un mando mediocre, vacilante y poco nacionalsindicalista, «mediatizado por las gentes de siempre», le destituyen

[191] Otra vez escribía: «El jefe no debe obedecer al pueblo; debe servirlo, que es cosa distinta. Servicio es ordenar el ejercicio del mando hacia el bien del pueblo, procurando el bien del pueblo regido, aunque el pueblo mismo desconozca cuál es su bien; es decir, sentirse acorde con el destino histórico popular, aunque se di- sienta de lo que la masa apetece.»

fulminantemente y sin encomendarse a Dios o al diablo. José Antonio estudió el caso, dio la razón a los «indisciplinados» y designó Jefe Provincial de la Falange al Jefe Local de Renedo, Manuel Hedilla, antiguo marino y a la sazón jefe de taller en La Vidriera Montañesa, que había actuado espléndidamente por toda la provincia durante la revolución de octubre. Hedilla, con modestia, se resistía a aceptar la designación, que consideraba superior a sus fuerzas, y José Antonio, que estimaba grandemente sus condiciones personales y su falangismo, hubo de convencerle por teléfono en una conversación en la que su «cólera bíblica» sacudía los hilos. Después de ésta y otras designaciones podía escribir: «Ya se van encontrando jefes, como verás. Si hay aún algunos puestos deficientemente atendidos, es porque los hombres aptos abundan menos de lo que uno quisiera» ([192]).

El 3 de marzo, víspera del aniversario del primer mitin de Falange Española de las J. O. N. S., José Antonio pronunció en el mismo escenario del teatro Calderón, de Valladolid, la famosa conferencia «España y la barbarie». Esta vez, los marxistas no osaron intentar el más mínimo conato de violencia contra la Falange, de cuyo temple viril tenían pruebas bien recientes.

El 21 interviene en el Parlamento en el debate de la acusación contra Azaña por el famoso asunto del alijo de armas y su supuesta participación en un «complot» contra el régimen político portugués. En este discurso, de formidable abogado y hombre de Estado, predice por vez primera, entre sonrisas irónicas de la mayoría cedorradical, la vuelta al Poder del ex secretario del Ateneo, glorificado precisamente por ese proceso de responsabilidades, proceso de tipo puramente parlamentario y no estatal, del que habría de salir forzosamente algo peor que una absolución: una condena ridícula por un delito imposible. Otra afirmación entera y solemne lanzada por él en el tristemente célebre hemiciclo fue la de que el Estado español no existía: «Si el Estado español existiera en proceso de formación revolucionaria y reciente como es el Estado español implantado el 14 de abril, este Estado español, impetuoso, exuberante, ante un ataque como el que se desencadenó contra él el 6 de octubre de 1934, hubiese llegado incluso a adoptar resoluciones trágicas. Si a los cuatro días o a los seis días del 6 de octubre de 1934, el Estado español, considerando a don Manuel Azaña representante de un sentido opuesto e incompatible con el propio Estado, le hubiera hecho fusilar por un piquete, es muy posible que hubiese cometido una injusticia penal, pero es evidente que hubiera servido una justicia histórica. La justicia histórica se administra así. Nunca en la Historia se ha fusilado a nadie por una malicia personal. Un Estado fuerte, un Estado seguro de su explicación vital, de su razón de existencia, ha procedido inexorable y trágicamente con quienes representaban el sentido contrario al suyo, incompatible con el suyo ([193]).

---

[192] Carta citada a Bravo, de 15 de febrero de 1935.

[193] Firme en esta idea, no la cambia ni en su último proceso ni en el testamento que siguió a su soberbio informe en propia defensa (*). Se defiende -humana y profesionalmente- con

Si cuando estalló la revolución en Asturias se hubiese considerado por el Estado español que don Manuel Azaña tenía un vínculo con aquella revolución, sin el cual acaso la revolución no hubiera llegado a desencadenarse, el Estado español también entonces podía haber hecho

---

sus mejores argucias de abogado, pero no trabuca los conceptos ni se le ocurre clamar contra la justicia histórica que le condena. El sabía que todos los hombres que hacen la Historia están sujetos a las contingencias de esta Justicia, que les puede llevar al cadalso. Pero no protesta de ella ni se defiende contra ella. Su defensa es jurídica y no política, aun cuando tenga que hablar de hechos políticos. E el fondo, José Antonio aceptó la muerte resignado no sólo como cristiano, sino también como Jefe político responsable. El único aspecto de su persona que se indignaría con la sentencia sería el jurista, por las infracciones de Ley en ella y los quebrantamientos de forma en el proceso. Aun cuando, quizá, su calidad de revolucionario aceptase esos defectos, por cuanto la sentencia atacaba revolucionariamente las fórmulas jurídicas vacías de un Estado que tampoco existía.

(*) Nota de la tercera edición.- Véanse como ejemplo estos párrafos de la versión -deficientemente taquigrafiada- de ese último informe, llegada a nuestro conocimiento mucho después de escrito este libro y agotadas sus dos primeras ediciones:

"Toda la juventud de España, todas las clases enérgicas de España, las juventudes ardientes, están divididas en dos grupos encarnizados. A esto se debe que de cuando en cuando nos matemos como fieras. A que unos aspiran a otro orden social más justo y se olvidan de que forman, con el resto de sus conciudadanos, una unidad de destino, y los otros ventean el gallardete del patriotismo y se olvidan de que hay millones de españoles y de que no basta pasear la bandera de la Patria sin remediar a los que padecen hambre. No ahora, que comparezco ante este Tribunal, ni por este hecho, sino desde 1933, he venido sosteniendo esto, sin descanso, hasta enronquecer, y lo atestigua mi declaración que figura al folio 69 de la causa instruida en Madrid...

»Yo he redactado casi todo el ideario de Falange Española, de la que soy Jefe. Que soy el Jefe es evidente. Que la Falange Española se mueve dentro de la legalidad republicana lo he demostrado también ayer. Y no he sido yo solo. Lo ha dicho el Tribunal Supremo de la República hace muy pocos meses, mucho después de triunfar el Frente Popular, y lo ha dicho una de las Salas, que por los antecedentes de quienes la componen debe ofrecer las mayores garantías. Estoy seguro que al hacer el programa me he movido dentro de la misma Constitución. Ahora, si esto es delito, yo ruego, y de manera especial, al Tribunal de Derecho que ha de redactar las preguntas para el veredicto que no involucre este hecho mío innegable: toda la responsabilidad para mí, por haber sido el fundador de esta entidad y por ser el autor de su programa; pero que no la vuelvan hacia otras cosas que han sucedido también y que no tienen nada que ver con mi condición de fundador de Falange Española...

»Vuestro rigor no va a ser puesto en duda por nadie. Habéis defendido a las instituciones que os han encargado defender con severidad. Os ruego que no veáis en mí si soy Fulano o Mengano, sino que soy un acusado que viene aquí a comparecer ante la Justicia con otros dos. Que peséis mi causa con todos los indicios y todas las pruebas; y porque creo que lo merecemos y no tenéis que acreditar vuestro rigor y os interesa seguir acreditando la absoluta justicia de este Tribunal Popular, os pido que dictéis un veredicto de inculpabilidad para los tres.

»Yo os aseguro en nombre de todos y mío, que he de agradeceros muy de veras, que me alegraré muy de veras esta noche de encontrarme con la vida en el cuerpo, con esta vida que modestamente he dedicado y seguiré dedicando a que contribuya con mucho o poco a que el pueblo español tenga uno de los lemas de nuestro Movimiento: 'La Patria, el pan y justicia'.» (Del texto taquigráfico del juicio oral de Alicante, recogido por José María Mancisidor en su libro recién publicado *Frente a frente*.)

comparecer al señor Azaña ante un piquete y le podía contar en estos instantes entre los muertos. Esto podía haber hecho el Estado español, y esto exigía al Estado español una masa fuerte más o menos expresada en la forma actual en que el Estado español cristaliza; pero como el Estado español no existe, no se ha atrevido a hacer nada de eso; ha ido escalonando las responsabilidades del señor Azaña, para situarlas cada vez sobre una trinchera de repliegue, un poco más atrás, en una actitud un poco más tibia, un poco más vacilante y un poco más cobarde.»

Declaró a continuación que se sentía libre del menor vínculo con el señor Azaña; que la Cámara no se arrepentía un solo día de ser un constante vivero de desatinos, y que el mayor sería que ella misma declarase que el Estado español había estado conspirando contra la seguridad de un Estado vecino. No decía esto por solidaridad de régimen, sino por un sentido de continuidad del Estado. Si se habían pasado por alto todas las razones -que tan magistralmente exponía-, era para mover una controversia política de responsabilidades, desatinada como todos los procesos de responsabilidades, que «acaban siempre ensalzando al que tratan de perseguir» ([194]).

«A los sistemas políticos hay que enjuiciarlos en su conjunto» y no en sus peripecias. El reproche político que podía lanzarse contra Azaña era el haber tenido en sus manos una de esas coyunturas que bajan sobre los pueblos cada cincuenta, sesenta o cien años para hacer la revolución que devolviese al pueblo español, revolucionariamente, el quehacer que necesita. Esa era la acusación que podría inhabilitar políticamente a Azaña y a los demás hombres del bienio, pero estos hombres tenían la suerte de tener un buen lote de enemigos que les iban a acusar de una majadería para que el Tribunal de Garantías les absolviera y devolviese una virginidad con la que intentar de nuevo la torpe revolución roja si antes no llegaba un Sansón que hundiese todo el templo.

El Parlamento, naturalmente, no quiso oír la voz de José Antonio, y preparó, con su actitud de entonces, la vuelta de Azaña en 1936. José Antonio volvió a denunciar en *Arriba* (número dos) la farsa política: «Ahora resulta que al bienio del Estatuto y de Casas Viejas se le lleva al banquillo por haber pasado dos duros diarios a unos refugiados portugueses.»

* * *

Entre tanto, siempre en su coche, José Antonio recorría España. Mítines en Corrales, pueblo de gran importancia en la provincia de Zamora, donde hablaron antes que él Dávila, Mateo y el Jefe Provincial, Nieto. En Villagarcía (Pontevedra), usando de la palabra con el Jefe Nacional, Buhigas,

[194] También profetizaba aquí el resultado de los procesos que contra él urdiera en 1936 el Gobierno frentepopulista.

Suevos, Valdés y Mateo. En Daimiel (Ciudad Real), con Lafuente, Santodomingo, Mateo y Fernández-Cuesta. Por todas partes -menos en aquel Parlamento del tedio y la estupidez- la palabra del profeta enardecía a las juventudes, creaba en ellas una mística de España y advertía a los rojos la seriedad de aquella gran muralla de pechos varoniles que se elevaba por todas partes para enfrentarse a sus pistolas.

El más importante de estos tres actos nacionalsindicalistas fue el de Villagarcía, al que concurrieron camaradas de Orense, Lugo, Ferrol, La Coruña, Vigo, Santiago de Compostela y otros muchos puntos de Galicia. «Al paso de los camiones que conducían a nuestros camaradas se cerraban las ventanas en los pueblos y miradas de odio seguían a los camisas azules, que con insolencia revolucionaria cantaban con orgullo el «Adelante, valientes camisas azules», canción revolucionaria de las J. O. N. S. gallegas, hermana mayor del «Cara al Sol». No cuidaban los marxistas de disimular su odio, ni los llamados de derechas su antipatía ante los revolucionarios de la Falange. Muchos de los coches fueron apedreados: Más de un puño se alzó en saludo marxista de amenaza ante nuestros camaradas, que, con la camisa azul y las flechas rojas en el corazón, se dirigían a Villagarcía para oír la voz cálida y profunda de José Antonio.»

«Villagarcía, al decir de los marxistas, fue aquel día de los fascistas. Se presentía olor de combate en aquella mañana de marzo, y ello no impidió a nuestros camaradas acudir como uno solo a escuchar la voz del César. Allí se hallaban congregados, entre otros, Eduardo Paz, Juan Canalejo, Gustavo Krukemberg, Daniel Buhigas, Jesús Suevos, Alejo Marais, Fernando Meleiro, Cedrón del Valle, Gutiérrez Flórez y camaradas de las secciones femeninas representadas por María Laura Colmeiro y Pilar Lago.»

«De los discursos, solamente el de Jesús Suevos se conserva. Los demás, y principalmente el grandioso discurso de José Antonio, en que manifestó su fe en la revolución de las juventudes españolas, se han perdido en los innumerables registros efectuados por la Policía. Sin embargo, quizá aún se pueda dar con él, pues constituye una magnífica joya doctrinal de José Antonio. Un verdadero bosque de manos alzadas saludaban al César, y los gritos de ¡Arriba España! rebosaban en el cine Madrid, donde se celebró el acto. José Antonio salió plenamente satisfecho, como lo declaró a los camaradas en la comida celebrada después del acto: *Es la segunda vez que vengo a Galicia. ¡Y qué diferencia! La primera vez, todo fueron para mí amarguras; la segunda vez, todo fueron éxitos y satisfacciones. Cuando vuelva por tercera vez será para tomar el Poder*» ([195]).

A la salida de aquella comida, un grupo de marxistas agredió a navajazos a un camarada de Orense. Los falangistas contestaron tan cumplidamente a la agresión, que varios marxistas pasaron al hospital. José

[195] *«Notas para la historia de la Falange gallega»*, por Carlos Herrero. *El Pueblo Gallego*, 22 de Noviembre de 1938. Recogido en el libro citado: *Dolor y memoria de España*,. págs. 261 y sigs.

Antonio, contándolo en Madrid, decía lleno de orgullo de aquellos camaradas: «Esos galleguitos son unos jabatos» ([196]).

El día 28, en el curso de propagandistas de F. E. de las J. O. N. S., dio José Antonio su conferencia sobre «Estado, Individuo, Libertad», de la que solamente se conserva un extracto redactado por el camarada cursillista Eduardo Alastrué.

El mitin de Daimiel se celebró a puerta abierta en la plaza de toros, ante mil quinientas personas que la llenaban totalmente, dispuestas a demostrar su frialdad cuando no su odio implacable y que, sin embargo, acabaron aclamando a José Antonio.

El 4 de abril denuncia *Arriba* -con un artículo semideshecho por la censura- la deformación por las derechas de la victoria de octubre del 34. «A la victoria magnífica de nuestro Ejército sobre la revuelta se la presenta no como triunfo del genio nacional contra lo antinacional (separatismo y marxismo internacionalista), sino como triunfo del orden burgués contra lo antiburgués (subversión proletaria....). ¿Será que el sentido de la Patria se halla totalmente embotado en las frígidas gentes de Acción Popular? Todo puede ocurrir cuando se educa a una generación en el horripilante cultivo de la técnica y de la cautela.»

Asimismo, acusa a Alcalá Zamora de haber llamado a consulta para resolver una crisis provocada por el indulto de González Peña -no había

---

[196] Que esta opinión de José Antonio sobre los futuros heroicos «mariscos» no era exagerada lo prueban estas palabras que *La Región*, de Orense, publicó con ocasión de os desmanes de los marxistas en las calles orensanas con motivo de las fiestas de la República:
«...los fascistas el domingo salieron a la calle para disputarle la calle a los marxistas y ganársela. Reprobamos toda violencia. Nada tenemos que ver con el fascismo, que es el mal menor del marxismo. No puede tolerarse que la calle sea monopolio de nadie, sino de todos. La autoridad debe agotar todos los medios para evitar estas reyertas y contiendas y castigarlas cumplidamente, sin distinción de bandos y sin contemplaciones. Pero los hechos son los hechos, y los hechos son que los marxistas, toda esa hez antiespañola e insensata, querían imponerse otra vez en la calle y que nadie pasara por ella sin su salvoconducto, sin ellos perdonarles la vida, y que ahí están los fascistas para impedirlo, debiendo estar sola la autoridad. Pero la autoridad, por lo visto, no bastó estos días. Pues tiene que bastar por encima de todo, como la Ley ordena y la salud pública exige.
»Los fascistas dieron muestras, hartos ejemplos de arrojo y de disciplina, el domingo. Los marxistas, no menos de cobardía y de indecencia. Sólo en montón se precipitaban sobre cualquier pobre muchacho a quien sorprendían solo y aislado. Y sólo ocho o diez fascistas hicieron frente en la noche del domingo a más de cincuenta de los otros, a pecho descubierto los fascistas, inmóviles, impávidos, frente a ellos, y a la descubierta, y los socialistas y demás, parapetados tras los veladores de mármol y las paredes de un café. Esta es la verdad, escueta y desnuda, y lamentamos tener que hablar de la disciplina y del arrojo de unos hombres que piensan muy distinto de nosotros y muchas cosas en contrario absoluto. Pero es la verdad que hemos recogido de diversos conductos, de diversos testigos, de absoluta garantía, y algunos que representan mucho en nuestra ciudad.»
¡Esta era la Falange de José Antonio, orgullo de propios y admiración de todos!

ocurrido igual con el indulto de Pérez Farrás, el militar traidor de Barcelona- a la Esquerra y a los socialistas ([197]).

A aquellos socialistas que, dos días antes, a las cuatro de la tarde, asesinaron a tiros, por la espalda, como siempre, a nuestro camarada José García Vara, secretario del Sindicato de la Panadería, antiguo marxista que había comprendido en uno de nuestros actos la verdad nacionalsindicalista, tremendamente española y auténticamente revolucionaria, alistándose en ella con entusiasmo de escuadrista. Con su tenacidad y su destreza iba logrando que nuestro Sindicato rompiera con el intolerable monopolio del trabajo en las Artes Blancas, ejercido por la Casa del Pueblo. Gracias a él trabajaban en los Sindicatos Nacionales y amasaban el pan de todos numerosos obreros emancipados del yugo marxista. Otra vez en el cementerio del Este nos apiñamos pálidos en torno a José Antonio para oírle una de sus escalofriantes oraciones fúnebres. Oración fúnebre la de aquella tarde primaveral, cuajada más que nunca de profecías y augurios que, por suerte y por desgracia suya, la Falange ha sabido cumplir. José Antonio, apretando con su emoción la emoción de nuestras venas estallando de fiebre en los pulsos, nos dijo:

«Otro glorioso caído. Otro mártir que, como tal, ha sabido ofrendarlo todo, hasta su vida y su sangre, en el altar de la España inmortal.

»Otro caído en aras del amor. El supo cumplir una misión sagrada dentro de la Falange Española de las J. O. N. S., y el plomo marxista le cercenó la vida antes de traspasar el umbral de la Patria renaciente.

»Por luchar por el amor le ha matado el odio. ¡Camarada! Tu sacrificio no será vano: *Todos los que podemos aún saludar ante tu tumba con el brazo en alto, sabremos seguir tu ejemplo magnífico. Todos estamos dispuestos a llegar, como tú, hasta el supremo sacrificio por cumplir nuestra misión. Misión en el neto sentido de la palabra, en el sentido religioso.* España, que no es un territorio, ni una fantasía hija de calenturientas imaginaciones, sino que es una realidad intangible y suprema, que es el esfuerzo de nuestros hermanos, las hazañas gloriosas de nuestros padres y la sangre fecunda de nuestros abuelos, amenaza hoy morir cobardemente abandonada. Y somos nosotros, los nacionalsindicalistas, los llamados a correr en su auxilio, en su apoyo, en ayudarla a levantarse. ¡*Bendita*

---

[197] *Nota de la Segunda edición.*-La tarde del 29 de marzo de 1935, en que se conoció el indulto de González Peña, José Antonio escribió de su puño y letra un espléndido manifiesto de protesta. Tuve la honra de recoger sus cuartillas conforme las iba llenando de su letra rápida y nerviosa y componerlas -ayudado por Mateo- en el «cyclostile». Ya entrada la noche -una noche fría y lluviosa-, con José Antonio en su coche, al que seguía el de Julio, en el que iba Mateo, arrojamos las hojas en las calles céntricas de Madrid. Al día siguiente se hizo una tirada -clandestina- de imprenta, que asimismo se repartió en las calles, y de la que no ha quedado -yo, al menos, no he logrado dar con él- un solo ejemplar (*).

(*) *Nota de la tercera edición.*-Más afortunados que yo, Agustín del Río Cisneros y Enrique Pavón Pereyra, cuando preparaban su volumen de Obras inéditas y Epistolario de José Antonio, obtuvieron un ejemplar -proporcionado por el camarada Licinio de la Fuente, Gobernador Civil de Cáceres a la sazón- del magnífico escrito, que le vi redactar de un tirón, sin una sola vacilación, repetición o tachadura. Lo reproduzco en los Apéndices.

sea la Falange si ella nos lleva a morir por España! ([198]). Tengamos siempre presente que España es "una unidad de destino" en lo futuro, y sepamos demostrar, cara al mundo y al sol ([199]), con orgullo de españoles, que si somos muchachos por la edad, somos, en cambio, hombres para morir y vivir por España en el cumplimiento de un sagrado deber.

»Somos jóvenes. Demasiadas veces hemos oído repetimos con énfasis de superioridad que luchamos así *porque no tenemos nada que perder*. ¿Nada? Los mismos que tal dicen no lo sienten, no lo pueden sentir: demasiado saben ellos, porque también fueron jóvenes, *que vale más un porvenir por hacer que uno ya hecho. Que vale más una ilusión que una realidad.*

»Yo os aconsejo que cerréis los oídos para esas gentes que ahora, como siempre, se dolerán lastimeramente, por la muerte de nuestro camarada, y quizá os aconsejen extremar las represalias ([200]). Yo os pido que les demostréis con vuestra conducta *cómo sabemos sufrirlo todo, recogiendo de entre la sangre de nuestros hermanos su animoso espíritu -de esa sangre que vuelve a ser el abono fecundo en el suelo de España para la futura cosecha- para seguir imperturbables nuestra ruta.*

»Quizá os digan, en tono de insufrible superioridad, que no debéis permanecer en nuestras filas, que hagáis caso a su consejo «de hombres» y os dejéis de «locuras». Replicadles que los hombres no se miden por la estatura ni por las palabras: que los hombres se miden y se ven en el terreno de los hechos, de la acción, que es nuestro terreno. Y si es verdad que somos locos, *bendita locura la de este amor que nos lleva a entregar a la Patria lo más precioso que nos dio: ¡nuestra sangre!*

»Hacerles ver, clara y rotundamente, cómo son los responsables directos de la muerte de nuestros camaradas, con su egoísmo, con su incapacidad y con su cobardía; que el problema de vida o muerte que tiene España planteado no se resuelve con palabras; que mientras ellos en sus casas o en los cafés «arreglan» a España, estamos nosotros en estas calles españolas que parecen destinadas a ser siempre regadas con la sangre de sus hijos, cruel y cobardemente asesinados por el solo delito de tener corazón; de tener de sobra todo el corazón que a ellos les falta; y que en último término, *preferimos morir todos, del primero al último*, antes que seguir encenagados en el oprobio y la vergüenza.

»Otra vez nos vemos precisados a rendir el póstumo homenaje al camarada caído. Vil y cobarde, malnacido el que ahora se retrase de la primera fila: ese no es digno de llamarse camarada del muerto en esta hermandad suprema de la Falange.

---

[198] ¡Qué consigna para todos los días, camaradas de nuestra Falange, bendita por la muerte del Jefe!

[199] José Antonio hablaba ya de Cara al sol cuando nuestro himno no había nacido.

[200] Estas habían tenido lugar ya la misma noche del crimen, con el asalto a una taberna de los arrabales, en el Pico del Pañuelo, donde una escuadra vengó con cuatro marxistas a José García Vara.

»Otra vez las Falanges. ¡Firmes! Todos en las filas de choque, en la vanguardia, ahora más que nunca y como siempre. Hay ya uno más entre los mártires de España. José García Vara: Presente. ¡Arriba España!»

El entierro de García Vara se había anunciado que terminaría trágicamente. Grandes grupos de marxistas se veían por la plaza de Manuel Becerra, por las Rondas, por las Ventas, por la carretera del Este. A algunos de ellos, en esta ruta del cementerio, se les obligó a descubrirse al paso del cadáver. Dentro de la Necrópolis había gran lujo de precauciones y abundantes números de la Guardia Civil y de Asalto. Al salir del cementerio oí decir a un viejo guardia civil que en su vida había presenciado un acto de más sobriedad y disciplina que aquel entierro, no obstante llevar veinticinco años en la Benemérita.

LA HERMANDAD DE LA VIEJA FALANGE

A la vuelta del cementerio -que recuerdo hice a pie con Cadenas, Gaceo y Ruiz de la Fuente-, nos reunimos como de costumbre en nuestro despacho, modestísimo y con los cristales rotos, de la Jefatura de Prensa y Propaganda en el Centro de Santo Domingo. En seguida llamaron con los nudillos. Era un camarada joven y rubio, que hablaba medio vasco, medio alemán, y se llamaba -o le llamaban- Fóster. Iba siempre de mono y con boina. Estaba parado, era escuadrista de primera línea y vivía de rifar a diario en el Centro -vendiendo a diez céntimos sesenta o setenta papeletas- una cajetilla de Lucky Strike y un objeto de higiene de frecuente uso por estudiantes y obreros juveniles. No obstante hacerle a diario los camaradas el favor de comprarle todas las papeletas y dejar para él el premio del favorecido, nuestros enemigos aseguraban que la Falange pagaba magníficos jornales a sus pistoleros.

Fóster venía indignado con los cuatro camaradas que, comentando las incidencias de la Falange, habíamos hecho andandito el largo trayecto entre la Necrópolis y el Centro, bajo la tarde abril madrileña, ya templada y aromada de violetas.

-Ya podéis otra vez tomar el Metro o el tranvía en las Ventas.

-Bueno, Fóster, ¿y a ti qué te importa si queremos pasear?

-¿Qué me importa?... ¡Mirad!.

Subió el pantalón del mono hasta la rodilla. En la pantorrilla derecha, pegada a la carne, llevaba sujeta con la liga una Star del 9 corto. La boca del cañón, rozando el tobillo, le había hecho sangre.

-Como sé que vosotros nunca lleváis armas y había mucho chulo marxista por los alrededores, me he venido detrás de vosotros por si a alguien se le ocurría gastaros una broma de estas que nos gastan a los falangistas. ¡Y se os ha ocurrido venir a pie, con toda la pachorra!... ¡Pero me la vais apagar ahora mismo comprando unas papeletitas!

Le compramos todas. Aquel día cayó el premio en la redacción de Arriba. Devolvimos a Fóster el premio y le agradecimos su vigilancia.

-¡Si me volvéis a dar las gracias, soy yo el que os sacudo un tiro!

Y acariciaba la culata de su pistola, ya devuelta al bolsillo.

Así era la Hermandad de la vieja Falange.

EPISODIOS.-NUEVOS DISCURSOS

POR aquellos días -vísperas del aniversario de la proclamación de la República-, unos salvajes -o quizá unos tácticos de la propaganda antifalangista- profanaron en Jaca las tumbas de los capitanes Galán y García Hernández, echando la culpa de la heroica acción a la Falange. José Antonio, con su gallardía acostumbrada, salió al paso de la insidiosa calumnia, redactando esta breve nota, que hizo insertar en cuantos periódicos se atrevieron a publicarla: «La Falange Española de las J. O. N. S., ante la primera noticia de haber sido profanadas las tumbas de los capitanes Galán y García Hernández, no quiere demorar por veinticuatro horas su repulsión hacia los cobardes autores de semejante acto. Quien demostrara su aquiescencia para tan macabra villanía no tendría asegurada ni por un instante su permanencia en la Falange Española de las J. O. N. S., porque en sus filas se conoce muy bien el *decoro de morir por una idea*.»

Nuevamente esta nota de purísimo estilo moral y literario joseantoñista provocó las críticas más sandias y las estupideces más venenosas de nuestros enemigos de ambos frentes. Quién lo interpretaba como miedo, quién como adulación a aquellas masas que -hambrientas de héroes que no les daba la decadencia española- habían hecho de los capitanes fusilados en Jaca dos figuras de romance popular..., aun cuando les llevasen al romance político los poetas comunistoides. Alguien nos preguntaba con impertinencia si los capitanes de Jaca eran también Caídos de la Falange. José Antonio, al saberlo, decía: «Haber dicho que como los dos dieron su sangre por España en Marruecos, se levantaron contra un régimen caduco alzando una bandera revolucionaria, aunque equivocada, y supieron morir sin temblar frente al piquete, bien lo hubieran podido ser. Desde luego, mejor que quienes no respetan al enemigo muerto, aun llamándose cristianos, ni estiman ese decoro de morir por una idea, pues sus ideas de vida facilona desprecian la belleza de morir como ellos murieron y se muere en la Falange, pecho a las balas, a la intemperie, sin embozos ni mantas ni botellas de agua caliente en los pies.»

Frente a los sarcasmos zafios, el espíritu egregio de José Antonio seguía gritando con el corazón las miserias de España. Atacaba en el periódico a la farsa del «orden constitucional» y señalaba la influencia de la «masonería blanca» sobre el temperamento enérgico del señor Gil Robles. (Número 4 de *Arriba*.) Ciertamente, no acertó al creer que ese señor rompería para siempre

la alianza con el partido radical, querida y sostenida por las influencias heladas, cautas, sinuosas y escurridizas de Acción Popular. Su estimación personal al jefe cedista, le hacía creer que no tropezaría dos veces en la misma piedra. Más que creerlo, lo deseaba con la buena fe de su espíritu, nada aficionado al deporte español de «echar abajo» una fama. Puedo asegurar que pocos fanáticos de Gil Robles habían deseado más ardientemente que José Antonio su acierto. Aunque, claro es, no el de los dos parlamentos sucesivos, donde cambiara el oro de unos ideales por la calderilla de un falso Poder, de unos falsos triunfos, de una falsa confianza, de un falso gobernar estrujándose el corazón.

En una semana de plenitud de pensamiento, José Antonio pronuncia, el domingo 7 de abril, un gran discurso ante las Falanges de Jaén, Córdoba, Granada y Málaga ([201]). Discurso de unidad de España, en los hombres, las tierras y las clases, donde declaró que los nacionalsindicalistas queríamos un Estado fuerte, «pero después de darle a España la conciencia de una unidad firme y alegre y hacer ver a los españoles que es algo superior a las minúsculas competencias de clases, grupos o partidos. Para conseguirlo no bastan ni bloques ni confederaciones, pues jamás se ha dado el caso de que varios enanos hayan formado un gigante. Lo que es preciso es tener una gran verdad a quien servir, una verdad que sea el eje, el polo de atracción de un pueblo entero. La Falange Española la quiere profundamente, la defiende con su sangre: 17 hombres jóvenes han caído ya por ella, y cuando los españoles entregan su vida con tal generosidad, estad seguros de que la causa es sublime y su triunfo indudable. Apretad, pues, vuestras organizaciones, nutrid bien vuestras filas, tened tenso el espíritu y pronta la decisión, que no está lejos el día glorioso para todos en que sol amanezca con un haz de flechas sobre los campos de España.»

El martes 9, a las diez de la noche, ocupó José Antonio la tribuna del Círculo Mercantil e Industrial para dar su famosísima conferencia -una de sus piezas más enjundiosas y serenas- «Ante una encrucijada en la historia política y económica del mundo».

La Directiva del Círculo de la Unión Mercantil de Madrid había tenido que librar una gran batalla con sus consocios antes de invitar a José Antonio. El comercio madrileño se componía de viejos conservadores -indiferentes a la forma de Gobierno, pero conservadores- y jóvenes cedistas si eran hijos de patronos, o socialistas si dependientes de comercio. En los tres sectores causaba gran zozobra la invitación a José Antonio. La Falange no era lo mismo que la Ceda o el Bloque, cuyos jefes ya habían perorado en el Círculo. La invitación a José Antonio era un riesgo, pues los falangistas llevaban siempre consigo un cortejo de tiros. A este pensamiento de los «de orden» respondían los ugetistas que era una provocación llevar a los salones de un

[201] También hablaron Rodríguez Acosta, Jefe Provincial de Jaén; Valdés, Mateo y Fernández-Cuesta.

Círculo apolítico y recreativo a un orador «fascista». La Directiva ganó la batalla, ignoro con qué razonamientos, y consiguió la autorización gubernativa.

La expectación era enorme la noche de la conferencia. Desde más de una hora antes de empezar el gran salón de actos, los demás salones, las galerías de los tres pisos y el patio del inmenso Círculo estaban atestados de público. Se habían instalado altavoces y podía oírse desde toda la casa. No bajaban de seis mil las personas congregadas para oír al Jefe Nacional de la Falange. Muchísimos camaradas llevábamos la camisa azul y las flechas en la solapa, menos discretos que José Antonio, correctamente vestido de oscuro y sin emblema político alguno, pues su propósito era corresponder a la hospitalidad que le brindaban tirios y troyanos, con la objetividad más exquisita en gestos y palabras. Nosotros, con menos disciplina, estábamos dispuestos a convertir la conferencia en mitin si se cumplían las predicciones de interrumpirla. Junto a cada puerta habían «coincidido» tres o cuatro escuadristas, situados estratégicamente para no dejar salir tranquilamente al que osara perturbar el acto. Hacía un calor sofocante. Además de las chicas de la naciente Sección Femenina, numerosas mujeres, atraídas por la fama de José Antonio, que tan poco se prodigaba en Madrid en actos de exhibición, habían acudido al Círculo, que, desde dos días antes, no disponía de una sola invitación. Algunos cientos de camaradas se quedaron sin poder entrar en el Casino, pues no habían llegado a nuestro Centro muchas invitaciones. Unos cuantos acudieron al procedimiento de los golfillos madrileños para entrar en los partidos de fútbol, que toman una entrada para varios y se la tiran por encima de las tapias a los que aguardan fuera. Por los balcones del Círculo a la Gran Vía y a la calle de Hortaleza, cayeron algunas tarjetas para hacer entrar trampeando a los «hinchas» más «hinchas» del Jefe.

El Presidente del Círculo, don Mariano Matesanz, presentó a José Antonio con palabras llenas de afecto. Ensalzó sus dotes laboriosas y dijo que «en reconocimiento de ellas y sin consideración a características políticas» se le había invitado a ocupar la cátedra.

Al levantarse a hablar José Antonio estalló una ovación imponente que duró varios minutos. Su sola presencia gentilísima y desprovista de teatralidad, su semblante cesáreo y juvenil, su elegancia física, el prestigio inmenso de su obra -la Falange-, juntaban las manos de amigos, simpatizantes e incluso enemigos. Los falangistas en sus puestos no aplaudían. Rompiendo la consigna de cautela que se nos había dado, nos cuadramos y alzamos el brazo sin poderlo remediar. Si para el señor Matesanz el orador era Primo de Rivera, hombre trabajador y estudioso y para sus futuros oyentes era el Diputado animoso o el muchacho valiente y de talento, para nosotros era José Antonio, el Jefe extraordinario que nos había dado Dios para emprender alegremente la tarea de salvar a la Patria. El cual, por cierto, al vemos alzar los brazos, hizo un geste expresivo, como queriendo decir: «Os lo había prohibido, pero reconozco que me gusta.»

Empezó fríamente su conferencia, tal vez apagando con esfuerzo en su corazón y en su garganta la palabra camaradas: «No creáis que me concedo a mí mismo ese crédito de aplausos que acabáis de otorgarme. Para concedérmelo, tenían que ser menores en este instante mi gratitud enorme por haber sido invitado para ocupar esta cátedra en la que tantas voces autorizadas se oyeron, y mi sentido de responsabilidad de la empresa que acometo ahora: primero por la altura misma de la cátedra y por el agradecimiento que las palabras tan cariñosas de don Mariano Matesanz me imponen, y después, porque os diré que no es fácil tarea acertar precisamente esta noche con el tono que he de dar a mi disertación.

»Desde luego, supongo que ninguno de vosotros espera de mí un mitin político. El darlo sería corresponder mal a la abierta hospitalidad de esta cátedra libre; pero es que además entiendo que, reunidos unos cuantos españoles, muchos españoles, como ahora, y teniendo encima cada uno de nosotros, y todos nosotros, la congoja apremiante de España, resulta tan desproporcionado reducirnos al comentario de la peripecia, al pormenor de la política española, que, cabalmente, al hacerlo nos alejaríamos de la misión de una grande y de una trágica política. En cuanto esta noche intentara poner en claro si las Cortes van a reunirse más o menos pronto, si van a hacer las paces más o menos pronto los grupos que hasta ha poco fueron amigos, en cuanto me deleitara y fingiera deleitarme con eso, estoy seguro que desaprovecharíamos una de las ocasiones para interesarnos por las cosas trágicas y apremiantes que nos angustian.

»No puedo, pues, dar un mitin, pero tampoco puedo hacer una disertación académica, ni ese sería vuestro humor ni tengo para ello autoridad, ni están los tiempos para disertaciones académicas de «dilettanti». Generalmente, cuando las cosas graves se traducen en disertaciones académicas, es que una hecatombe se aproxima, y precisamente la hecatombe que en Europa se aproxima, la que España tiene delante, como parte de Europa, empieza en unos salones, acaso en los más refinados que la historia de los salones ha visto nunca. Si queréis, y con esto podemos dar una cierta variedad a estos momentos algo nerviosos, en parte por vuestra benévola curiosidad, en parte por mi justa emoción, en parte no sé si por algún entorpecimiento de este aparato que tengo delante ([202]); si queréis, digo, podemos trasladarnos con a imaginación a esos salones de que os hablaba.»

A partir de este exordio se tranquilizan sus temores y escrúpulos y con su media voz inimitable y su gesto de sin par elegancia abrió el chorro de una disertación exquisita y de una conferencia política -no un mitin- de una altura a que muy pocos pensadores españoles contemporáneos habrán llegado. Lección que, si oímos admirados quienes conocíamos toda la riqueza de

[202] El micrófono, que empezó funcionando mal, haciendo unas veces tonante, y otras perdiendo totalmente la voz del Jefe. Pero enseguida, como los nervios de José Antonio, encontró el tono justo.

conocimientos históricos y sociológicos de nuestro Jefe, escucharon con pasmo de revelación quienes tenían de él la idea tan difundida por sus enemigos de derechas e izquierdas de que era un «niño pera», un «niño de cabaret» o, todo lo más, un aprendiz de la escuela filosófica de don José Ortega y Gasset. Está por fortuna estenografiado el texto de aquella conferencia y corre impreso en múltiples ediciones. No he de comentar, pues, la sutileza maravillosa y la prosa espléndida con que condujo al auditorio en hora y media desde los refinados salones dieciochescos -donde entre pavanas y rigodones se infiltraban las teorías de Rousseau y Adam Smith sobre liberalismo y economía- hasta el terrible panorama mundial de la trasguerra, con la crisis, la paralización, el cierre de las fábricas, el desfile inmenso de proletarios sin tarea, las revoluciones sociales, consecuencia de la descomposición postrera del liberalismo político y del liberalismo económico, más los fantasmas pavorosos que brotan de todo ello, añadiendo como colofón la disección más perfecta de aquel triste cuerpo ulcerado que en 1935 llamábase todavía Estado español y que en las manos torpísimas de los más desdichados curanderos agravaba sus dolencias minuto a minuto sin encontrar el cirujano que cortase por lo sano, con bisturí y espada. Empleó José Antonio una imagen de cinematografía al principio para hacer pasar las fechas de desenvolvimiento del maquinismo y de la revolución francesa. Con la misma imagen de él puede afirmarse que toda su conferencia fue -animada por su voz- de una plasticidad tan perfecta que el auditorio «vio» la Historia del mundo en los dos siglos últimos y «adivinó» escalofriado el porvenir que José Antonio le mostraba.

Al final de la narración y de la profecía, José Antonio, en español, en europeo, brindó la solución a los problemas de nuestra Patria, del desdichado Viejo Continente y tal vez de la Humanidad toda, con estas palabras profundas y claras, como deben ser los resúmenes de todas las lecciones de Filosofía de la Historia.

«La única manera de resolver la cuestión social es alterando de arriba abajo la organización de la Economía. Esta revolución en la Economía no va a consistir, como dicen por ahí que queremos nosotros, los que todo lo dicen porque se les pega al oído, sin dedicar cinco minutos a examinarlo, en la absorción del individuo por el Estado, en el panteísmo estatal.

»Precisamente, la revolución total, la reorganización total de Europa, tiene que empezar por el individuo, porque el que más ha padecido con este desquiciamiento, el que ha llegado a ser una molécula sin personalidad, sin sustancia, sin contenido, sin existencia, es el pobre individuo, que se ha quedado el último para percibir las ventajas de la vida. Toda la organización, toda la revolución nueva, todo el fortalecimiento del Estado y toda la reorganización económica, irán encaminados a que se incorporen al disfrute de las ventajas esas masas enormes desarraigadas por la economía liberal y por el conato comunista.

»¿A eso se llama absorción del individuo por el Estado? Lo que pasa es que entonces el individuo tendrá el mismo destino que el Estado; que el Estado tendrá dos metas bien claras: lo que nosotros dijimos siempre: una, hacia afuera, afirmar a la Patria; otra, hacia dentro, hacer más felices, más humanos, más participantes en la vida humana a un mayor número de hombres. Y el día en que el individuo y el Estado, integrados en armonía total, tengan un solo fin, entonces sí que podrá ser fuerte el Estado, sin ser tiránico, porque sólo empleará su fortaleza para el bien y la felicidad de sus súbditos. Esto, es precisamente lo que debiera ponerse a hacer España en estas horas: asumir este papel de armonizadora del destino del hombre y del destino de la Patria; darse cuenta de que el hombre no puede vivir como un hombre si no se le asegura un mínimo de existencia, si no se le ordena la economía sobre otras bases que aumenten la posibilidad de disfrute de millones y millones de hombres; y no puede ordenarse la economía sin un Estado fuerte y organizador, y no puede haber un Estado fuerte y organizador sino al servicio de una gran unidad de destino, que es la Patria; y entonces ved cómo todo funciona mejor, ved cómo se acaba esta lucha titánica, trágica, entre el hombre y el Estado que se siente opresor del hombre. Cuando se logre eso (y se puede lograr, y esa es la clave de la existencia de Europa, que así fue Europa cuando fue, y así tendrán que volver a ser Europa y España), sabremos que en cada uno de nuestros actos, en el más familiar de nuestros actos, en la más humilde de nuestras tareas diarias, estamos sirviendo, al par que nuestro destino individual, el destino de España y de Europa y del Mundo, el destino total y armonioso de la Creación.» .

Una hirviente tempestad de aplausos acogió el final del bellísimo y trascendental discurso. Con más orgullo que nunca, los camisas azules alzábamos el brazo. Como estrellas de plata brillaban en nuestros ojales las modestas flechas de plomo de los emblemas adquiridos por seis reales en la Cuesta de Santo Domingo. La imponente ovación al Jefe nos parecía dedicada a los Caídos y a los vivientes que, por creer en José Antonio, esperábamos con alegría la muerte cada día. José Antonio había sido descubierto por un auditorio escéptico que no se cansaba de aplaudirle admirado. A nosotros nos enorgullecía más aun saber que además de admirable era adorable, pues a su genio de pensador, de profeta, de estilista, de hombre de Estado, se sumaba en la heroica intimidad diaria de la Falange lo excepcional de su capitanía impuesta dulcemente, como un credo místico y poético.

Largo rato quedó José Antonio en el Círculo hablando con todos cantos iban a felicitarlo. Nosotros nos acercábamos a los grupos para captar la impresión que sus conceptos habían producido. Se puede resumir esa impresión en esta sola palabra: deslumbramiento. Cuando al día siguiente me presenté en su despacho para decirle toda la emoción que nos había causado, todo el orgullo que por estar a sus órdenes nos inundaba el alma, toda la alegría que suponía pertenecer a la Falange mandada por él y todo el deseo de

que nos diese pronto la consigna de morir por España, adivinó en mis ojos mis pensamientos, y atajándolos con un gesto sencillo, me dijo:

-Anoche vi a tu padre en una de las primeras filas. ¿Le gustó también la conferencia?

Ya he dicho alguna vez que era tímido, pero no tenía falsa modestia. Sabía aquella tarde que su conferencia había gustado a muchas gentes y, desde luego, nos había entusiasmado a sus hombres. Lo daba por supuesto, sin ñoñería; pero quería saber si hombres de otra generación y otra formación política habían comprendido la redondez y transparencia de sus palabras.

Al decirle cómo mi padre había percibido todo el sentido grave y trascendental de su disertación, me contestó con una suave tristeza que nunca le había oído:

-Creo que también me hubiera entendido el mío.

Y sin más comentarios pasó a los asuntos de actualidad y a preguntarme si había entregado a tiempo para la imprenta mi *Ventana al mundo.*

LA FALANGE VIVE SU VIDA

EL primer Consejo Nacional del S. E. U. tuvo lugar solemnemente en el Centro de Falange de la Cuesta de Santo Domingo madrileña en los días 11 al 16 de abril de 1935.

A él asistió medio centenar de muchachos alegres, cultos, estudiosos, disciplinados y valientes, que se preparaban para el heroísmo de las trincheras en la guerra de Liberación de 1936-39. Ante ellos, José Antonio pronunció un discurso admirable en el que empezó recordando los primeros pasos de la Falange, aun ni siquiera nacida, en una pieza de la calle de Alcalá Galiano, donde se reunían los primeros. «Luego vino la salida pública y las interpretaciones interesadas; para unos éramos en lo secreto, nostálgicos de cosas idas; para otros, la fuerza de choque del orden burgués; todos se equivocaron: somos de veras lo que dijimos desde el principio: nacionalsindicalistas. Por eso nos apresuramos a estructurarnos en Sindicatos. Los Sindicatos no son órganos de representación, sino de actuación, de participación, de ejercicio. En ellos se logra armonizar al hombre con la Patria a través de la función que es lo más auténtico y profundo.»

«El primer Sindicato que nació fue el de estudiantes, que hoy -¡quién lo hubiera dicho hace dos años!- se ha adueñado de las Universidades españolas, e inaugura su primer Consejo Nacional. En esta hora los camaradas estudiantes tienen que meditar acerca de tres órdenes de deberes.

»Primero, en sus deberes para con la Universidad, que no ha de ser considerada como una oficina de expedición de títulos, sino como un

organismo vivo de formación total. Así el Sindicato, dentro de la Universidad, tiene que cumplir dos fines: el propiamente profesional, escolar -donde nuestros camaradas han de aspirar a ser los primeros-, y el de aprendizaje para los futuros Sindicatos, en que el día de mañana se insertará cada uno.

»Segundo, en sus deberes para con España. La ciencia no puede encerrarse en un aislamiento engreído: ha de considerarse en función de servicio de la totalidad de la Patria, y más en España, donde se nos exige una tarea ingente de reformación.

»Y tercero, en sus deberes para con la Falange, donde el Sindicato de Estudiantes ha de ser gracia y levadura. Por eso en él han querido introducir sus más activos venenos de desunión todos los enemigos declarados o encubiertos de lo que representa la Falange.

Si cumplís estos tres deberes estad seguros de que España será nuestra. *Solo nuestra debilidad interior nos puede deparar la derrota*. Pero si permanecemos unidos y firmes, veréis cómo un día, cuando seamos viejos y veamos en torno nuestro la Nueva España de nuestros hijos, recordaremos esta mañana primaveral, que aún tiene luz inverniza, con la satisfacción de los que no están descontentos de su obra.»

El mismo día 11 de abril en que José Antonio pronunciara estas palabras cae herido en Salamanca nuestro camarada Juan Pérez Almeida. Con él iba una niña de doce años, hermana suya, a la que asesinan los pistoleros rojos. En Galicia hay incidentes con los mismos elementos, en los que las J.O.N.S. de Orense se cubren de gloria.

Don Francisco de Asís Cambó habla de política y economía en el cine Goya, de Madrid. «Su conferencia (según José Antonio) fue una delicia evocativa, como los sombreros de la reina Mary de Inglaterra.»

Y en el Parlamento, luego de celebrarse con una frialdad espantosa en toda España el cuarto aniversario de la República, apareció de nuevo el fantasma del separatismo catalán. José Antonio advierte el peligro y lanza en el número 5 de *Arriba* su magnífica «Lección gritada», en que recuerda la trágica y tartarinesca sublevación de la Generalidad de Cataluña y la intervención gloriosa del Ejército español para atajarla.

En el número 6, obsesionado por el peligro de disgregación, escribe unos gritos desgarradores sobre el separatismo declarado o encubierto, un artículo arca del Estatuto Catalán, y hace reproducir otro publicado el 19 d julio de 1934 en el número 15 de *F. E.* Aparte de la sección acostumbrada de «Política española», en que critica la descomposición del llamado Bloque Nacional fundado por Calvo Sotelo, y un «entrefilet» enderezado a comentar la «originalidad» de las ideas políticas de su Jefe, tan poco simpatizante con nuestra Falange juvenil y revolucionaria. A este mismo tema y a otros del momento dedica su afilada ironía en el número 7.

El 28 de abril había hablado en Don Benito y pronunciado después sus magníficas palabras a las camaradas extremeñas. Por primera vez el Jefe habló en público a la Sección Femenina, que ya en aquella primavera de 1935 crecía

garbosa y generosa bajo los mandos de Pilar y de Dora Maqueda. Como en todo, José Antonio definió la posición de la Falange y de los falangistas respecto a las camaradas de camisa azul, y a todas las mujeres en general:

«En la Falange no acostumbramos a usar ni la galantería ni el feminismo. La galantería no era otra cosa que una estafa para la mujer. Se la sobornaba con unos cuantos piropos para arrinconarla en una privación de todas las consideraciones serias. Se la distraía con un jarabe de palabras, se la cultivaba una supuesta estúpida, para relegarla a un papel frívolo y decorativo. Nosotros sabemos hasta dónde cala la misión entrañable de la mujer ([203]) y nos guardaremos muy bien de tratarla nunca como tonta destinataria de piropos.

»Tampoco somos feministas. No entendemos que la manera de respetar a la mujer consista en sustraerla a su magnífico destino y entregarla a funciones varoniles. A mí siempre me ha dado tristeza ver a la mujer en ejercicios de hombres, toda afanada y desquiciada en una rivalidad donde lleva -entre la morbosa complacencia de los competidores masculinos- todas las de perder. El verdadero feminismo no debiera consistir en querer para las mujeres las funciones que hoy se estiman superiores, sino en rodear cada vez de mayor dignidad humana y social a las funciones femeninas.»

Estas palabras y todas las que siguieron en su bellísima arenga a las mujeres extremeñas cuajaron en el alma de todas las falangistas de España, que, un año más tarde, colaboraban tan decididamente con los camaradas presos o en libertad a preparar la Revolución Nacionalsindicalista del modo que les era posible, contado sencillamente por Pilar en su verídica Historia de la Sección Femenina. Y recogidas por un poeta anónimo -como otras tantas del jefe- circularon durante la primavera de 1936 en un romancero que recordarán los camaradas madrileños:

«Lola Primo de Rivera
nunca será diputada...» ([204]).

A la vuelta de Don Benito, y animado José Antonio por la resonancia de su conferencia en el Círculo de la Unión Mercantil e Industrial, se pide

---

[203] Lo adivinaba, pero no lo sabia aún del todo. Las mujeres de su casa -la tía «Má», Pilar y Carmen- aceptaron con alegría la vida de sumisión a la azarosa del padre, primero, y luego de José Antonio; de servicio a la idea familiar; de ofrenda abnegada a la tarea casera y española; pero todavía no habían dado de sí -como las otras mujeres de la Falange- todo el tesoro que llevaban dentro. ¡Qué hubiese dicho José Antonio a las enfermeras de la Universitaria; a las lavanderas de Valdequemada; a las defensoras de Carrascalejo; a las cuidadoras de niños en las guarderías; a las improvisadas segadoras, trilladoras, espigadoras de la Hermandad de la Ciudad y el Campo; a las madres sin hijos, a las novias y viudas, a las hermanas; a las heroínas del Auxilio Azul en el infierno rojo!

[204] Aludían estos versos anónimos al encarcelamiento de Dolores Primo de Rivera, prima carnal de José Antonio -hija del héroe de Monte Arruit-, por haber insultado a los magistrados que condenaron a José Antonio en uno de los procesos de la Cárcel Modelo.

autorización para celebrar un gran acto nacionalsindicalista en Madrid, donde todavía no se había celebrado más mitin que el inicial de la Comedia. Anunciado en el número 7 de *Arriba*, con la duda de si se obtendría el permiso, no se consiguió éste -¡tanto cabildeaba el Gobierno antes de decidirse!- hasta tres días antes de su celebración. En este plazo exiguo hubo de prepararse todo.

La Falange pasa por el dolor de que mueran Pérez Almeida en Salamanca -cuya mejoría había esperado con emoción e impaciencia José Antonio, según escribía a Bravo el 16 de abril- y Manuel García Míguez en Aznalcóllar (Sevilla) el 30 de aquel mes. Se había recrudecido la violencia roja contra los falangistas, pero no habían variado los procedimientos cobardes y traicioneros. Almeida cayó en una emboscada nocturna y alevosa en el jardín salmantino de la Alamedilla, en tanto esperaba confiado a sus hermanas y a su novia. Los que venían siguiéndole se acercaron sigilosamente al jardín, apoyaron las pistolas en las piedras del basamento de la verja y cuando salían las tres mujeres, a una distancia de tres o cuatro metros, dispararon sobre el grupo, cayendo el camarada y su hermana Carmen heridos de muerte y de gloria.

García Míguez cayó en un incidente con motivo de la venta de Arriba. Se narra así el hecho en la *Historia de la Falange de Sevilla*, de Dávila y Pemartín: «El 29 de abril... salieron hacia Aznalcóllar cuatro militantes... para vender el sexto número del periódico *Arriba*. Fueron sin armas, pues sabíamos que en cuanto llegaran al pueblo serían rigurosamente cacheados. Así sucedió, y no bien se inició la venta por las calles, se fueron agrupando los vecinos en derredor de nuestros camaradas hasta que rebasaron el centenar. Entonces, repentinamente, agredieron con piedras, palos y navajas a los vendedores, que consiguieron herir a dos de los contrarios, pero que -después de recibidas por todos numerosas contusiones y por uno de ellos, Irusta, una puñalada, afortunadamente leve- hubieron de retirarse hacia el coche sin haber conseguido el objeto de la venta.

»Pablo Gutiérrez Tagua, jefe de aquel servicio, me dio, al llegar a Sevilla, cuenta detallada de sus incidentes, y aquella misma noche decidimos que al día siguiente, Dios mediante, se vendería nuestro periódico en Aznalcóllar.

»Preparamos una excursión de dos escuadras que conducirían Martín y Manuel García Míguez, gallego; de mediana edad, trasplantado a Andalucía, perito industrial y buen aficionado a las letras.

»A las seis de la tarde del día 30 salieron de la cervecería «Munich» tres automóviles de alquiler con veintiún camaradas, que a la media hora llegaba a su destino.

»Aznalcóllar, pueblecito, desde luego blanco, en el límite entre la llanada y los montes, comienza por una ancha calle que a los 300 metros se dilata en una plazoleta llamada «la rotonda del transformador».

»Antes de llegar a las primeras casas, Martín ordenó el descenso y colocó los vehículos vueltos para Sevilla, bajo la custodia de dos camaradas. Con los restantes, diez de los cuales llevaban pistolas y los demás porras y vergajos, penetró en el pueblo. A sus mismas puertas una pareja de guardias municipales, tras de la que ya vociferaban grupos de enfurecidos paisanos, trató de detenerlo, comunicándole una fantástica prohibición de propaganda. Martín notificó a los guardias su perfecto derecho de vender un periódico autorizado por todas las censuras, e inmediatamente comenzó el voceo estentóreo de Arriba.

»Los grupos, que iban engrosando con rapidez casi todos los mozos de Aznalcóllar, prorrumpieron en aullidos y denuestos; pero al comenzar un despeje ordenado por Martín se replegaron en las bocacalles próximas y contra las casas lejanas.

»Los municipales fueron a dar cuenta de lo que ocurría al alcalde.

»Entre tanto, los vendedores ascendían hacia la «rotonda del transformador» con las escoltas ordenadas y desplegadas. Los grupos, mientras más compactos más iracundos, pasan de los gritos a la acción, y aquellos serranos son buenos honderos, porque una de las primeras piedras descalabra y abate a nuestro camarada Francisco Moreno.

»Martín ordena entonces la retirada de los de las porras con el herido, y una descarga al aire. La orden se cumple al pie de la letra; los grupos se hacen todavía menos visibles, pero contestan con nutrido fuego de pistolas y de alguna escopeta. Martín, García Míguez y otros camaradas, abiertos en el centro de la ancha vía, mantienen la situación sin dar un paso atrás durante un buen rato, hasta que se columbran, por las calles altas, tricornios de la Guardia Civil.

»Hay que ordenar la retirada, que se hace lentamente, como con tristeza de dejar el campo, a pesar de que el adversario, comprendiendo que los nacionalsindicalistas no harán frente a la Guardia Civil, aprietan el cerco en los puntos más favorables, y a pesar de que las municiones, nunca abundantes, comienzan a faltar, García Míguez es de los más morosos en la retirada; destacado, enhiesto, dispara lentamente la pistola, marcando los grupitos de mayor agresividad.

»De una bocacalle próxima y al parecer solitaria llega una piedra, que le da en la sien. Cae sangrante y sin sentido y por el ancho hueco que han dejado sus disparos un golpe de enemigos se le echa encima. El que llega primero le hace fuego a quemarropa y lo atraviesa. Los demás caen sobre su cuerpo con palos y navajas. Martín se acerca a saltos y recupera al moribundo, al que mantiene recostado en su brazo izquierdo y guarnecido por un semicírculo de certeros disparos. Pero se agota el tambor de su revólver, y como por la retaguardia los grupos más numerosos parecen ya infranqueables, corre en la dirección opuesta, que su avance inesperado va aclarando de enemigos, hasta reunirse con el cabo de la Guardia Civil, que recoge al falangista muerto y no se decide a detener al bravo camarada que se lo entrega.»

La Falange, en tan gloriosa actuación, tuvo un muerto, dos heridos, trece detenidos -nueve absueltos y cuatro condenados, defendidos todos por José Antonio ([205])-, cuatro Palmas de Plata y diecinueve aspas blancas y rojas. El chofer de uno de los taxis de la expedición de Aznalcóllar cayó asesinado en Sevilla a los pocos días. No era de la Falange.

Los marxistas tuvieron un muerto -el que remató a nuestro camarada-, cinco heridos y ninguna detención.

* * *

El 3 de mayo, ante una gran concurrencia, dio José Antonio una conferencia sobre sindicalismo en el local de la Falange barcelonesa. José Antonio ha muerto con el deseo irrealizado de un gran mitin falangista en «la tierra española de Cataluña», en el que hubiera hecho ondear, junto a la rojinegra de la Falange, la bandera catalana -las barras gloriosas y tradicionales- «la más antigua y venerable de España», como le oí decir algunas veces. José Antonio amaba a Barcelona, donde había vivido su despertar a los encantos de la vida social, intelectual y política en 1922 y 1923. Pero, además, la amaba «porque es una ciudad enigmática como una corazonada» ([206]).

El acto a que me refiero no tuvo el público que la Falange hubiese querido para hacer oír su voz por primera vez en Cataluña. Pero sí el consabido acompañamiento de tiros. Tres individuos, apostados en la calle, dispararon sobre el edificio cuando el conferenciante disertaba. No hubo víctimas ni los pistoleros fueron detenidos. La conferencia no se interrumpió. El episodio de los tiros, escuchado por José Antonio con su calma habitual, le hizo exclamar: «Este es mi Destino: decir a un público de gente, por lo general acomodada, cosas más bien desagradables, como es esta eterna cantinela mía de indicar a los privilegiados que han de renunciar -si quieren salvar a España- a gran parte de sus ventajas. Y a la vez, que aquellos por quienes nosotros renunciamos y renunciaremos a privilegios, los obreros, me reciban a tiros por todas partes. Pero confío en que unos y otros -privilegiados y proletarios- comprenderán un día que no hay otro rumbo a seguir que este que les señala la Falange. Por este propósito nuestro han dado ya sus vidas, comprendiendo que valían menos que la Unidad, la Grandeza y la Libertad de España que

---

[205] Para defenderlos -el 5 de octubre- se dio de alta en el Colegio de Abogados de Sevilla, el 20 de septiembre de 1935, fijando su bufete en casa del camarada José Morón, en la calle de Felipe Pérez, 4. (Nota a la pág. 97 del libro citado.) Su informe de defensa, como otras tantas piezas de oratoria forense, se ha perdido.

[206] Este amor a Cataluña y a Barcelona, bien sabido por mí, me impulsó a desear que la primera edición de esta biografía suya se compusiera y editara en Barcelona. Sé bien la alegría que ello causaría a sus ojos, que -muertos- nos ven desde el lucero más claro (*).

(*) Nota de la sexta edición.-Barcelona ha correspondido a ese amor de José Antonio, siendo la primera ciudad que ha erigido un gran monumento a su memoria, en el paseo de la Infanta Carlota, inaugurado el 29 de octubre de 1966.

queremos, diecisiete jóvenes. A los que nos sigan ahora habremos de darles -quizá a costa de la nuestra- la luz y la alegría de tener otra vez una España por la que valga: la pena de morir.»

Antes había manifestado su ilusión de «presentarse en un acto de propaganda en Barcelona, para mostrarse el y los suyos tal como son», añadiendo que Cataluña, en los últimos tiempos, había sido maltratada doblemente: por los que se esforzaban en sustituir por algo pequeño el sentido imperial de España y por la estupidez de quienes no logrando ver más que el fenómeno localista habían creado un separatismo contrario. «Pero yo siento el inmenso poder de captación de Cataluña y por eso mismo comprendo lo que les ocurre a los catalanes, y les aconsejo que se sobrepongan a esta fuerza de captación para pedir un puesto en esta misión de destino en lo universal que se llama España.» Luego expuso, en términos semejantes a los de otros discursos, la doctrina y los fines de Falange. «Siendo para todos los españoles seguro y cierto que los actuales órdenes políticos y económicos del mundo han fracasado totalmente, o bien hemos de acostumbrarnos a la idea de que se avecina una catástrofe espantosa: la revolución marxista, que arrastraría lo bueno y lo malo de nuestra civilización, o bien se ha de pensar en la transformación social revolucionaria que la Falange Española de las J.O.N.S. preconiza: la organización del Estado nuevo por medio de grandes Sindicatos.

* * *

Con el ambiente caldeado entre los rojos y la rabia de las derechas al ver aumentar cada día el prestigio de José Antonio y la Falange y de sentirse moralmente desnudadas, por la cada vez más certera pluma del Jefe -que el 9 de mayo volvía a señalar a Azaña a la puerta y a denunciar el hundimiento de España en melancolía frente a su destino, denunciando el 16 que la estabilización de la mediocridad que pretendió borrar las últimas esencias del primer bienio conducía nuevamente a España al marasmo de que debió sacarla la revolución del 31 si hubiera cumplido su destino- se prepara el mitin de Madrid.

Anticipos del importantísimo discurso del 19 de mayo fueron los celebrados el domingo 12, en Córdoba por la mañana y en Fuente Palmera por la tarde.

El mitin de Córdoba, que estaba anunciado para el domingo anterior, y con más de ocho mil invitaciones repartidas, dos teatros contratados y hecha la propaganda por todas las J.O.N.S. cordobesas, fue suspendido gubernativamente con motivo del planteamiento en Madrid de una crisis ([207]). Aplazado para el domingo siguiente, no hubo forma de conseguir la necesaria

[207] La enésima del sistema cedorradical.

autorización hasta las ocho de la noche del sábado, sin tiempo ya casi para avisar a las organizaciones de la provincia y de las inmediatas de Jaén, Sevilla, Granada y Málaga, que ignoraban si al fin se daba el mitin o había quedado definitivamente suspendido. No obstante estas «facilidades», el Jefe provincial, entusiásticamente ayudado por los camaradas impacientes de ver y oír a José Antonio, cursó avisos, publicó anuncios, buscó local y en breve horas, después de un trabajo febril, consiguió tener todo perfectamente preparado para que a las once y media de la mañana diese comienzo el acto con el Gran Teatro completamente lleno, a pesar de ser el mayor de Córdoba y de las dificultades enumeradas, que como decía *Arriba*, no surgieron precisamente del azar ni de nuestra culpa. Eran demasiado frecuentes las dificultades para poder considerarlas azar..., a no ser que «azar» fuese una calificación «bienpensante».

Antes del Jefe Nacional hablaron Rogelio Vignote, Manuel Montoro, Mateo y Fernández-Cuesta. Cuando se levantó José Antonio, todo el público, como movido por un resorte, se puso en pie alzando el brazo.

José Antonio comenzó comentando la formación del nuevo Gobierno, «que ha hecho concebir a muchas personas la esperanza de poder dedicarse a dormir tranquilas. Para esas personas, la presencia en el Gobierno de cedistas y agrarios asegura la vuelta al orden. Nosotros tenemos la misión de alterar ese orden tranquilo. No podemos aceptar que se estabilice como orden precisamente este momento de decadencia. España perdió primero su misión imperial; perdió después, al caer la monarquía, el instrumento con que había realizado esta misión imperial. Hoy no tiene ninguna misión que cumplir ni un Estado fuerte que la realice. ¿Y va a ser precisamente ahora cuando aspiremos a cristalizarnos, a detenernos históricamente? No será esto, de seguro, lo que apetezcáis vosotros, cordobeses. Vuestros más gloriosos paisanos, Séneca, Trajano ([208]), el Gran Capitán, *supieron muy bien que ni siquiera las cosas pequeñas se*

---

[208] *Nota de la segunda edición.*-En una carta fechada en Cádiz a 11 de diciembre de 1941, el gran poeta José María Pemán, comentando algunos aspectos de esta biografía, recién publicada, me decía, entre otras cosas interesantísimas que copiaré más tarde: «Siempre he visto en los extractos o referencias que se publican de su discurso en Córdoba, en la evocación que hizo de los grandes cordobeses ilustres, citado, al lado de Lucano y Séneca, el nombre de Trajano. Yo le oí, estando de paso aquella mañana en Córdoba, aquel espléndido discurso, y no recuerdo que José Antonio cometiera ese 'lapsus'. Ni él ignoraba que Trajano era de Sevilla (si es que no era, como ahora quieren algunos, de Cilicia), ni yo, si se le hubiera deslizado el error, hubiera dejado de advertirlo. Creo que eso debería corregirle en las futuras referencias.»
Pemán tenía razón, y ese error se nos ha pasado a todos cuantos con frecuencia releemos las *Obras completas* del Fundador de la Falange. A su tiempo lo avisé a quien se ocupaba de la edición de estas Obras completas, y supongo se habrán rectificado en las últimas ediciones.
(*) *Nota de la tercera edición.*-En las Obras completas de José Antonio (Publicaciones Españolas, Madrid, 1949) no se había hecho. Esperemos ver rectificado este , error en la nueva que se prepara.

conseguían sino a través de las cosas grandes, y por eso no aspiraron a un orden pequeño para Córdoba, sino que se fueron a Roma, a Europa, empuñar las riendas del mundo. Aquellos cordobeses sabían que, ordenando el mundo, ordenaban a España. Sabían ya que *en la historia y en la política el camino más corto entre dos puntos es el que pasa por las estrellas. Nosotros tenemos que volver a ordenar a España desde las estrellas*».

Continuó explicando su concepto de la unidad de destino en lo universal, describiendo cómo España, la vida española, se encontraba «oprimida entre una capa de indiferencia histórica y una capa de injusticia social», y cómo entre esas dos capas de política española conservaba «un tono colonial». Estudió las salidas ofrecidas a ese estado de cosas por los partidos de izquierdas o de derechas, faltos de armonía total.

«Nuestro Movimiento -añadió (y esta consigna debemos releerla todos los días los españoles)- no es de derecha ni de izquierda. Mucho menos es de centro. Nuestro Movimiento se da cuenta de que todo eso son actitudes personales, laterales, y aspira a cumplir la vida de España no desde un lado, sino desde enfrente; no como parte, sino como todo. Aspira a que las cosas no se resuelvan en homenaje al interés insignificante de un bando, sino al acatamiento al servicio total del interés patrio. Para nosotros, la Patria no es sólo un concepto, sino una norma. El acatamiento de esta norma hay que imponerlo con todo el rigor que haga falta, contra todos los intereses que se opongan, por fuertes que sean. Por eso somos revolucionarios.»

Después de exponer el programa social y económico de la Falange, atacar al sistema financiero del momento y bosquejar el orden futuro del Estado Nacionalsindicalista, habló de la tarea de los falangistas -«educar a una generación por el sacrificio, con tal de que las otras reciban una Patria más grande»-, tarea que lograban nuestros muertos, nuestros heridos, nuestros presos.

En el final de su discurso de Córdoba, José Antonio encontró -como en todos los suyos- acordes magníficos. La perfección oratoria de José Antonio consistía en «saber acabar». Muchas veces le he oído hablar de otros oradores, censurándoles precisamente «no saber terminar». De alguno, como Azaña, precisaba más: «no saber acabar nunca», aludiendo a la falta de belleza en el acorde final, a la vez que a la longitud desmesurada ([209]). En los de José Antonio el acorde era perfecto de poesía y profecía.

Así terminó en Córdoba, entre un clamor de aplausos:

«Estad seguros de que este ímpetu nuestro triunfará al cabo. Entonces veremos cuántos alegan que nos acompañaron desde el principio. Veremos cuántos se apresuran a ponerse camisas azules. Pero las primeras, las de las horas difíciles, no se confundirán con estas camisas retrasadas. Aquéllas tendrán olor a pólvora y rozaduras de plomo, pero tendrán también la virtud de que les broten de los hombros alas de Imperio.»

[209] «Los discursos de Azaña serían muy buenos si sólo durasen media hora», me decía una vez.

Luego de almorzar con los camaradas en el hotel Regina y decirles algunas palabras de hermandad y estilo, se dirigió a Fuente Palmera, pueblo situado a cuarenta kilómetros de Córdoba. Habló en un teatro de verano, al aire libre, ante dos mil oyentes, en su mayoría campesinos y extremistas. Como siempre ante esta clase de público, la frialdad y la indiferencia, cuando no la hostilidad, desaparecieron al oírle. A aquellas gentes ásperas les ganaban la voz y el acento varonil tanto como la sencillez de las promesas falangistas.

UNA JORNADA MEMORABLE

ASÍ titulaba *Arriba* en su número 10 el acto del 19 de mayo de 1935 en el cine Madrid, antiguo Frontón Madrid, de la capital de España. Y así fue. ¿A quién que, además de espectador, hubiera de intervenir en su preparación no le llena de orgullo cerrar los ojos y evocar la inmensa sala abarrotada de un gentío inmenso, y entre él, millares de camisas azules despechugados y remangados, alzando los brazos con un fervor nunca visto en España?

Yo recuerdo la tarde anterior en el Centro. José Antonio estaba preocupadísimo.

-No se va a medio llenar la sala -decía.

Mateo, contagiado de pesimismo, gruñía a los de Prensa y Propaganda:

-Tenéis monomanía de grandezas. Podíais haber buscado otro lugar más pequeño y no quedaríamos desairados.

Julio preguntaba:

-¿Es verdad que habéis repartido diez mil invitaciones?

Y cada uno de nosotros -un poco temerosos también- repetíamos:

-Y las cincuenta que yo he entregado personalmente se recogerán a la entrada. Ya lo veréis.

Cadenas, que siempre argumentaba con realidades y no con esperanzas, animaba a José Antonio:

-¿No recuerdas la noche del Círculo Mercantil? También creías que ibas a tener poca gente, y ya viste.

-Es distinto ahora, Vicente. Esto es un mitin de la Falange, no una conferencia en un casino privado. Los marxistas han lanzado bravatas y la gente se atemorizará. La gente tiene mucho miedo a los tiros y a la «provocación» de los señoritos fascistas. Habrá muy poca gente y os ganaréis la Jefatura en pleno, más un litro de ricino.

-Más castigo te pedimos si el acto no resulta digno de ti y de la Falange, José Antonio -replicó Cadenas.

A solas en la Jefatura de Prensa y Propaganda, nos mirábamos luego confusos. ¿Saldría bien? ¿Saldría mal?... ¿Qué habíamos hecho para prepararlo? Todo cuanto podíamos. Redactar unas circulares dirigidas a las Jefaturas Provinciales, unas notas enviadas a los periódicos -que la mayor

parte, como de costumbre, no publicaron- y unos modestos carteles pegados por las calles. Para el resto -el éxito- contábamos con la pujanza de nuestra organización interna. Todos los órganos de las J. O. N. S. de Madrid -Jefaturas de distrito, de barrio y de grupo-, las Milicias y la Segunda Línea, se encargaban de transmitir las consignas con entusiasta energía, pero ¿sería suficiente? Queríamos creer que sí, pero teníamos un miedo horrible al fracaso.

A la noche fuimos al cine Madrid. Cuando se acabó la sesión de cine y vimos vacía e iluminada la enorme sala, nos volvió a asaltar el horror de dejar en ridículo a la Falange si no conseguíamos abarrotar el local. Puedo afirmar que si esto hubiera sucedido, algunos se habrían pegado un tiro.

Aizpurúa, Cadenas, Gaceo, los demás camaradas de la Jefatura de Prensa y Propaganda y los afiliados a la Central Obrera que les prestaron ayuda no durmieron en toda la noche, enloquecida de trajín. Martillazos, voces, prueba de altavoces y reflectores. Se colgaron las barandillas de los cuatro pisos de palcos con banderas nacionalsindicalistas y carteles alusivos. A la madrugada hubo un momento solemne: aquel en que se izó el enorme telón de fondo. El antiguo frontón tenía la pantalla en lo que fue pared de bote. Había que cubrir enteramente su superficie, de más de doscientos metros cuadrados, y a ese efecto se construyó un inmenso telón de paño negro, con un emblema en rojo de cinco metros de alto. A ambos lados de las flechas, los nombres, en letra de oro, de los camaradas caídos, por el riguroso orden cronológico en que habían rendido su vida a la idea de una Patria mejor. El telón tenía dieciocho metros de ancho y hubo que izarlo lentamente, tirando por igual de las varias cuerdas de que pendía, para que no se rompiera la larguísima vara de madera que lo armaba. La operación fue larga y penosa. Pero cuando al fin el imponente repostero de duelo por los muertos cubrió el extremo del frontón, vacío, cuantos trabajaban en el decorado de la sala experimentaron una sacudida. Ya clareaba el amanecer.

Entre tanto, empezaban a llegar a nuestro Centro expediciones de camaradas de provincias. Cada Jefatura las organizó con sus propios medios. Vinieron en trenes, en autobuses, en camiones, en bicicletas y a pie. Como anticipo de un recorrido glorioso y tristísimo de toda la Falange, unas escuadras de Alicante, caminando día y noche por las huertas y las llanuras, llegaron a pie con sus banderas a las ocho de la mañana, presentándose directamente en el cine. Los camaradas de las provincias traían un aire fresco, juvenil y alegrísimo, que nos aliviaba de preocupaciones.

Al pie del telón, un zócalo de banderas, sostenidas por los abanderados con los uniformes de Primera Línea: camisa azul de cuello legionario, abierto, adolescente y proletario, con las mangas remangadas los brazos desnudos hasta el codo. En el centro, el guión de Madrid y el del Jefe Nacional.

A los lados, las banderas de las Provinciales. Delante de las banderas, una larga mesa para la Junta Política que, en pleno, presidiría el acto.

Ante la tribuna, ya en el suelo, los banderines de los distintos grupos de

Madrid, y de arriba abajo del salón, en cuatro filas interminables, nada más que la Primera Línea de Madrid de uniforme. En todos los pisos, las entradas, las escaleras y dependencias tenían montado un servicio de orden impecable, varios cientos de camaradas con brazal rojo y negro.

Poco a poco empezó a entrar gente. A las diez, rebasando las ilusiones más optimistas, las filas de palcos, las cuatro espaciosísimas galerías detrás de éstos, los pasillos central y laterales del patio de butacas -más de dos metros de ancho-, el vestíbulo, el bar, las escaleras, todo estaba lleno de una muchedumbre tan impresionante como impresionada, que se apiñaba en pie, cercando, aplastando materialmente a los madrugadores que habían logrado butacas y sillas. Superando a nuestros cálculos, bastante más de las diez mil personas con invitación habían acudido a oír al Jefe. Pues los escuadristas formados habían entrado sin ella, cediéndola a familiares o amigos que la noche anterior la suplicaban. Jamás, en local cerrado, se había concentrado en España una multitud semejante. Y jamás los espectadores que no habían visto en Alemania o Italia concentraciones fervorosas de juventudes habían imaginado en el Madrid cursi o desgreñado de las derechas, o de las izquierdas que le llevaban al martirio, nada tan riguroso, ordenado, limpio, alegre, joven, nuevo y ardoroso. En nuestras miradas de falangistas resplandecía el orgullo. En la de los curiosos, el estupor y la curiosidad. Los de la Jefatura de Prensa y Propaganda -a quienes cariñosamente zaherían las Milicias cuando les entregábamos los papeles, las hojas clandestinas y los carteles para vender, repartir y pegar entre tiros o estacazos- sonreían radiantes. Los escuadristas -impasible el ademán- nos sonreían también, como diciendo que los de Prensa «éramos dignos de ellos». Nosotros, en nuestros cuchicheos, gozábamos con la magna sorpresa que iba a recibir el Jefe.

José Antonio, precedido por el grito de «Atención: El Jefe Nacional», apareció en el pasillo central a las once en punto. Le seguía la Junta Política -Raimundo, Julio, Onésimo, Valdés, Mateo, Sánchez Mazas, Salazar, Sancho Dávila y Sainz ([210])-, algunos Consejeros y Jefes de servicio y el Jefe de la J.O.N.S. de Madrid. Toda la concurrencia se puso en pie aclamando, brazo en alto, a aquel puñado de valientes de los que tantos se nos fueron a un puesto más alto. El cortejo recorrió la larga distancia de la puerta a la tribuna. José Antonio iba con su rostro aniñado, lleno de timidez. Toda su figura resplandecía arcangélicamente. Por fortuna, para no dejarme mentir, se conservan fotografías suyas de aquel acto. Resplandecían el azul de su camisa y el tono claro de sus ojos. Resplandecían las tres estrellas de plata de su jerarquía y las bellotas de oro de sus cordones de Consejero Nacional. Resplandecía su frente como besada ya por los luceros que le aguardaban temblorosos. Resplandecía su voz de diamante, dura, transparente y luminosa. Ocupó su sitio en el centro de la tribuna, teniendo a su lado a los miembros de la Junta Política, al Jefe de Asistencia y al de la J. O. N. S. de Madrid. El

[210] Bravo estaba enfermo en Salamanca.

Secretario General, Raimundo Fernández-Cuesta, ocupó la mesa lateral donde estaba instalado el micrófono.

Los oradores anunciados eran: Raimundo Fernández-Cuesta, Manuel Valdés, Manuel Mateo, Onésimo Redondo, Julio Ruiz de Alda y José Antonio.

Con su voz y su gesto magníficos, con su oratoria contundente y enérgica, Raimundo pronunció un breve discurso, al final del cual, en medio de un religioso silencio de la multitud puesta en pie -que contestó con ¡Presentes! unánimes-, leyó los nombres de los dieciocho caídos.

Seguidamente Valdés, Mateo, Onésimo y Julio enardecieron a la concurrencia. En un pasaje del discurso de Mateo, interrumpido con algún muera, José Antonio vigorosamente gritó: «Orden: no se dan más gritos ni se contestan más gritos que los que de aquí partan.»

Onésimo, en una maravillosa exposición de sus acontecimientos y en un alarde de su elocuencia arrebatada y arrebatadora, arrancó ovaciones frenéticas. Julio, con su famosa e inolvidable alusión a Gibraltar, interrumpió por dos minutos el acto en uno de los momentos de mayor tensión nacional que hemos vivido en la Falange.

Poco después de las doce empezó a hablar José Antonio. En el momento de ponerse en pie estalló un verdadero clamor de entusiasmo, de admiración, de alegría, de frenesí. La temperatura de la sala, caldeada por los oradores precedentes, estaba al rojo vivo. Se hizo ese silencio denso de las misas solemnes cuando el sacerdote eleva a Dios. José Antonio, místico del amor a España, iba a tomarla en sus dedos finos de conductor y de poeta para elevarla, para ponerla arriba. El silencio era sobrecogedor y escalofriante, como si los dieciocho caídos primeros penetrasen solemnemente en la sala para oírle.

Es tan conocido el discurso del Jefe en aquella fecha memorable que sería superfluo tratar de hacer aquí una glosa o resumen. Fue un examen de conciencia nacional, desde el fracaso de la revolución del 14 de abril hasta el de la Revolución roja y la contrarrevolución del populismo. Las declaraciones más trascendentales fueron las de que habíamos llegado al patriotismo «por el amargo camino de la crítica» y que no nos emocionaba, «ni poco ni mucho, esa patriotería zarzuelera que se regodea con las mediocridades, con las mezquindades presentes de España y con las interpretaciones gruesas de su pasado. Nosotros amamos a España porque no pos gusta. Los que aman a su Patria porque les gusta, la aman con voluntad de contacto, la aman física, sensualmente. Nosotros la amamos, con una voluntad de perfección. Nosotros no amamos a esta ruina, a esta decadencia de nuestra España física de ahora. Nosotros amamos a la eterna e inconmovible metafísica de España». Además, nosotros «entendemos sin sombra de irreverencia, sin sombra de rencor, sin sombra de antipatía, muchos incluso con mil motivos sentimentales de afecto, nosotros entendemos que la Monarquía española cumplió su ciclo, se quedó sin sustancia y se desprendió, como cáscara muerta, el 14 de abril de 1931. Nosotros hacemos constar su caída con toda la

emoción que merece y tenemos sumo respeto para los partidos monárquicos, que, creyéndola aún con capacidad de futuro, lanzan a las gentes a su reconquista; pero nosotros, aunque nos pese, aunque se alcen dentro de algunos reservas sentimentales o nostalgias respetables, no podemos lanzar el ímpetu fresco de la juventud que nos sigue para el recobro de una institución que reputamos gloriosamente fenecida».

En lo del populismo nos entendemos todos. «La escuela populista es como una de esas grandes fábricas alemanas en que se produce el sucedáneo de todas las cosas auténticas. Por eso, camaradas, ni estamos en el grupo de la reacción monárquica ni estamos en el grupo de la reacción populista. Nosotros, frente a la defraudación del 14 de abril, frente al escamoteo del 14 de abril, no podemos estar en ningún grupo que tenga, más o menos oculto, un propósito reaccionario, un propósito contrarrevolucionario, porque nosotros, precisamente, alegamos contra el 14 de abril no el que fuese incómodo, sino el que fuese estéril, el que frustrase una vez más la revolución pendiente española. Y por eso nosotros, contra todas las injurias, contra todas las deformaciones, lo que hacemos es recoger de en medio de la calle, de entre aquellos que lo tuvieron y lo abandonaron y aquellos que no lo quieren recoger, el sentido, el espíritu revolucionario español que, más tarde o más pronto, por las buenas o por las malas, nos devolverá la comunidad de nuestro destino histórico y la justicia social profunda que nos está haciendo falta. Por eso nuestro régimen, que tendrá de común con todos los regímenes revolucionarios el venir así del descontento, de la protesta, del amor amargo por la Patria, será un régimen nacional del todo, sin faramallas de decadencia, sino empalmado con la España exacta, difícil y eterna *que esconde la vena de la verdadera tradición española*, y será social en lo profundo, sin demagogia, porque no hará falta; pero implacablemente anticomunista. Ya veréis cómo rehacemos la dignidad del hombre para sobre ella rehacer la dignidad de todas las instituciones que, juntas, componen la Patria.» Y enumerando las dificultades pasadas, presentes y futuras de la Falange, se pronunció contra el Descanso, ni aun en el Paraíso. «El Paraíso está contra el Descanso. En el Paraíso no se puede estar tendido: se está verticalmente como los ángeles. Pues bien, nosotros, que ya hemos llevado al camino del Paraíso las vidas de nuestros mejores, queremos un Paraíso difícil, erecto, implacable, un Paraíso donde no se descanse nunca y que tenga, junto a las jambas de las puertas, ángeles con espadas» ([211]).

---

[211] Esta imagen del Paraíso se la sugiere a José Antonio este verso romántico que ha recordado hace días ante un pequeño auditorio: «No quiero el Paraíso, sino el descanso.» Por más que me he esforzado, no he logrado obtener detalle alguno de esa velada literaria. ¿Sabe alguien cuándo, dónde y cómo recordó José Antonio ese verso y de quién es? Sería interesante para futuras biografías más amplias que este modesto ensayo mío conocer el origen exacto de este párrafo final del discurso del 19 de mayo, que tanto se ha repetido. Tengo idea de que por aquellas fechas intervino José Antonio con José María Pemán en el Centro Andaluz de Madrid, con ocasión de un homenaje a Bécquer. ¿Sería en aquel acto?

De todos modos, el verso tampoco me parece de ningún poeta español, lo que me hace pensar que su recuerdo fuera en alguna tertulia literaria de las que frecuentaba en «La Ballena Alegre», en el Café Europeo, en las «Cenas de Carlomagno» o en casa de la Condesa de Yebes, de Marichu de la Mora o de Rafael Sánchez Mazas. Creo interesantísimo que quien recuerde algún dato sobre esto lo haga público (*).

(*) *Nota de la segunda edición.*-En la carta de José María Pemán -citada anteriormente a propósito del mitin de Córdoba-, el ilustre académico y orador confirmó mi sospecha de cuándo recordó José Antonio el verso romántico. Dice así Pemán:

«Acabo de leer su bellísima 'biografía apasionada' de José Antonio, lo más completo y humano que sobre él se ha escrito. En una nota pide usted, si alguien los recuerda, datos sobre la gestación, en la mente de José Antonio, de su imagen del Paraíso difícil. Efectivamente, poco antes del famoso discurso que finalizó con dicha imagen, José Antonio intervino conmigo en el Centro Andaluz de Madrid en un homenaje a Bécquer; y recuerdo que haciendo tiempo para la hora de la velada, paseando por la Carrera de San Jerónimo, en unión de Sánchez Mazas, nos dijo el verso 'No quiero el Paraíso, sino el descanso'. Y en torno de él se detuvo en divagaciones que tenían ya toda la sustancia y sentido de sus futuras palabras en el mitin. Acaso Sánchez Mazas recuerde algo más concreto. En el acto del Hogar Andaluz, en las breves palabras que dijo, no recuerdo que citara el verso dicho, aunque sí que su peroración anduvo rondando, en parte; la misma, incluso, en algún momento, en torno al Adelfos de Manolo Machado.»

«Y ya con la pluma en la mano -continúa la primorosa carta de Pemán, por cierto escrita a máquina-, perdóneme que le moleste con alguna cosa más, que acaso pueda interesar a su fervoroso deseo de reunir cuantos detalles pueda de José Antonio. Siempre he visto citada como primera empresa electoral de José Antonio la de las Constituyentes de la República contra Cossío. Nunca he visto consignado su anterior propósito de presentarse diputado y aun su inicio de campaña electoral, cuando la convocatoria de elecciones a Cortes que hizo el General Berenguer, y que, al fin, no llegaron a realizarse, siendo sustituidas por las elecciones municipales que trajeron la República. Para aquellas proyectadas Cortes, José Antonio pensó presentarse diputado por Jerez de la Frontera, ya con el solo y único propósito de defender la memoria de su padre. A ese fin. fue a Jerez por mayo de 1930, cuando aún no se habían convocado las elecciones, pero ya se había anunciado el propósito de celebrarlas. Tuvo una reunión de unas cuarenta personas en su casa. a las que expresó en una breve plática sus propósitos, y empezó a visitar los pueblos del distrito jerezano. Le acompañé en todas esas excursiones. en unión del ex alcalde jerezano de la Dictadura don Enrique Rivero, y alguna vez de mi primo Julián Pemartín. José Antonio visitaba en los pueblos a los antiguos amigos de su padre, y en alguno en donde, por ser éstos más numerosos o haber permanecido más fieles, el auditorio era mayor, llegaba su visita a adquirir proporciones de verdadero mitin. Así en Villamartín hablamos en el paseo, desde el tablado de la música. Lo mismo sus conversaciones que sus discursos en éste su primer esbozo de campaña electoral iban dirigidos a su solo propósito de defender la memoria de su padre. Pero hay una excepción que estimo interesantísima. En Alcalá de los Gazules, por ser el antiguo jefe de la U.P. hombre de humilde posición, el auditorio que esperaba a José Antonio, en un corralillo o patio, eran unos treinta o cuarenta auténticos campesinos renegridos por el sol. Allí José Antonio, insospechadamente, varió totalmente de tono, y, tocando apenas el asunto de la vindicación paterna, les habló a aquellos hombres del campo de su vida mísera y de una España más justa, con palabras reveladoras, que ya hubieran empezado a inquietar, si las hubieran oído, a muchos de los que en aquella ocasión se disponían a ser sus 'electoreros'. Sin recordarla textualmente, sí recuerdo que terminó con palabras muy parecidas a aquellas que más tarde dijo: que si incumplía sus propósitos cogieran las piedras de la calle para tirárselas. ¿No fue aquél el primer discurso

¡Cómo fue dicho este final! La voz de José Antonio llegó en aquel momento a una de sus cimas más altas. Su dicción clarísima, en perfecto equilibrio con la voz y el ademán de las manos llenas de armonía, formaron ese conjunto mágico de los últimos acordes del preludio de «Parsifal» o de la «Novena Sinfonía». No era el final del discurso acostumbrado, de latiguillo más o menos efectista. Este final, dicho por José Antonio, era nada menos que descorrer el velo del misterio y presentar radiante, luminoso, magnífico, el nuevo Paraíso de los que mueren por la Patria. Presentido para él y para su ardientes seguidores, constelado de luceros vigilantes, lo han adoptado para sí todos los Héroes puros de una guerra liberadora. En pocos momentos de la historia de la Elocuencia se llegará a una emoción mayor del orador y de los auditores. Por todos nosotros pasó, como una ráfaga de puñales de hielo y de fuego, la imagen de aquel Paraíso anunciado, en el que aspirábamos entrar con él por nuestra España, Una, Grande y Libre. La congoja nos sobrecogió un instante, en el que alzamos el brazo para tocar con las puntas de los dedos aquel Cielo próximo, y remoto. Los no falangistas juntaron sus manos en una de las más abrasadoras ovaciones que han escuchado oídos, que duró larguísimo rato, mientras el Jefe y sus jerarquías salían a la calle. A una calle radiante de Madrid en mayo.

Unos cuantos cientos de camaradas marchamos en grupos de cinco o de seis hasta la Bombilla. El almuerzo tradicional se celebró en Casa de Juan, entre una tensión y un entusiasmo inmensos. La comida fue sencilla y popular. Se cantaron todas las viejas canciones falangistas, con músicas de todas partes y palabras magníficamente violentas. Y al final, después de un brindis de Rafael Sánchez Mazas, como de Rafael Sánchez Mazas contundente y emocionado, apoyando en un verso de Eurípides -«amor del cielo y de la tierra»- nuestro espíritu de amor, nuestra leal compañía de españoles, nuestra

---

falangista de José Antonio?

»En aquellas excursiones visitamos, entre otros, el pueblecito de Paterna de la Rivera, y allí se le ocurrió aquella *soleá*: "Jardin de Paterna, el tiempo", etc., que usted cita en su libro. Yo le dediqué, al terminar nuestro viaje, un ejemplar de un libro mío, con esta evocación humorística:

"Jerez. Mayo. Mucha luz.
Un ex alcalde andaluz.
Dos poetas de postín.
Un auto que viene y va.
¡Parra verde de Alcalá!
¡Niñas de Villamartín!"

»El ex alcalde era don Enrique Rivero. El y yo, los dos poetas de postín. La 'parra verde', aquella bajo la cual tuvo su primer discurso revolucionario. Las 'niñas de Villamartín', unas que se le acercaron en dicho pueblecito y con las que estuvo bromeando un rato. José Antonio -que, dicho sea de paso, no estimaba ni pizca mis versos ni mis discursos, y sólo apreciaba mis cuentos- se sabía de memoria estos versillos v me los recordaba continuamente.»

El verso motivo de estas largas citas pertenece, en efecto, a Lord Byron.

Hermandad y capitanía juradas, nuestro fervor, nuestra doctrina y nuestra disciplina, nuestro símbolo yugal y la pasión de nuestros muertos, habló José Antonio, refiriéndose a los deberes del falangista contenidos en el juramento: obediencia y alegría, ímpetu, gallardía y silencio. Concluyó así: «Volvamos al silencio ahora. El ímpetu de hoy nos hace dignos del silencio. Y en ese silencio volverá a germinar nuestro ímpetu.»

Estaba satisfecho. Parco en sus elogios, los tributó, sin embargo, a los camaradas que intervinieron en la organización del acto. Como un chiquillo, gozaba recordando detalles del acto y del almuerzo. Y como un novillero o un comediógrafo novel que gozan de su primer éxito, buscó en los periódicos las críticas. El mismo redactó para Arriba este comentario de aquellos comentarios:

«El acto de Madrid y la Prensa

»Con recortes de Prensa se podrían demostrar respecto al acto de Madrid las más diversas cosas, desde la realidad de su gran importancia hasta la suposición de que no se ha celebrado nunca. Entre los de la mañana, *ABC* se produjo con una probidad informativa que a quien más favorece siempre es al periódico que la usa, reflejando la verdad ante sus lectores. Dedicó al acto del domingo casi una plana en su edición de Madrid y dos en su edición de provincias. Más que la extensión nos interesa la calidad, y las noticias y extractos de los discursos eran fieles. Otro criterio siguió su colega *El Debate*. Pretendió restar importancia al acto no sólo en volumen, sino en estilo, y dijo, por ejemplo, "que se habían tomado toda clase de precauciones para evitar incidentes", mientras ABC, más veraz, cerraba su información señalando que "no hubo alarde de precauciones". La autoridad estaba bastante informada para saber que no eran necesarias. En la prensa de izquierdas circuló la consigna masónica del silencio. Hicieron la política del avestruz, en la cual brilló sobre todo *Diario de Madrid*, imparcial, equilibrado y sereno, mitad capitalista y mitad masónico. Algunos diarios de izquierdas a sus referencias brevísimas añadieron comentarios breves al discurso del Jefe Nacional. El número de asistentes fue calculado, por cuantos periódicos asistieron a él, con cifras aproximadas, en 10 a 12.000. Se dio a entender también en diversos diarios que estos 10 a 12.000 no eran precisamente curiosos, sino en su inmensa mayoría, por no decir unanimidad, gentes de "Arriba España" y brazo en alto. *Informaciones* ([212]) hizo honor a su espléndida carrera de periódico

[212] En la Redacción del segundo periódico madrileño inspirado por don Juan March figuraban varios camaradas: Víctor de la Serna, Alfredo Marquerie y Federico de Urrutia;

vivo y rápido, y dio una información amplia y exacta, con una fotografía magnífica bajo grandes titulares que recogían la vibración del acto. No quedó a la zaga *La Época* en fidelidad informativa, y en su fondo publicó un comentario lleno de ponderación e inteligencia, fértil en objeciones, pero que puede servir de modelo de disparidad polémica por la limpieza y la claridad de las actitudes doctrinales. *Ya* se supo conducir también como un gran periódico. Su descripción del aspecto de la inmensa sala revelaba una percepción excelente de nuestra ritualidad colectiva ([213]). De triste excepción en la prensa de la noche dio muestra *La Nación*, y aunque la decadencia manifiesta de este diario en la consideración del público nos incite a ser piadosos, no dejaremos de notar que *La Nación* ha caído bajo las peores influencias que podía elegir en su campo ([214]). Un día este diario quiso ser exponente de nuestro Movimiento, con comprensión, por cierto, escasa de nuestro espíritu, y ahora se llama a engaño porque no somos los que se había figurado y por otras razones. La información gráfica del acto y de la comida que hubo después fue amplísima. Pero esas fotografías apenas se publicarán. Son un testimonio vivo y patente, y no exigimos demasiado. La prensa, dadas las posiciones en que nos movemos, ha hecho, esta vez bastante.

El 29 de mayo, don Federico Santander publico en *ABC* el siguiente artículo -dedicado al aspecto que menos importaba a José Antonio de su discurso-, no lleno precisamente de profecías históricas:

«La Monarquía y el Fascismo

»Expresé hace ya tiempo, en estas mismas columnas, la simpatía que me inspiraba la figura política de don José Antonio Primo de Rivera. Inteligente, culto, serio, intrépido, valeroso, con un valor sereno y sin desplantes, el tercer Marqués de Estella atesora las dotes necesarias al conductor de multitudes. No ha de olvidarse entre esas felices cualidades su juventud. Hoy, más que nunca, la fortuna "es una dama joven"; el tono deportivo de la época exige modos y siluetas de campeón en el caudillo.

---

entre otros. La reseña del acto la hizo Federico de Urrutia, que colaboraba alguna vez en Arriba (*).

(*) *Nota de la tercera edición.*-Dirigía *Informaciones* el ilustre periodista don Juan Pujol. Incomprensiblemente, en las dos primeras ediciones de esta biografía se me pasó mencionar la cordialidad que en todo momento manifestó hacia José Antonio y la actuación de la Falange. Como nunca es tarde, me complazco ahora en mencionar su nombre entre los de los hombres que mejor comprendieron el alto significado patriótico de la empresa falangista.

[213] Probablemente, debida a la pluma de José María Alfaro.

[214] Se había convertido en órgano del Bloque Nacional, mientras La Época lo era de Renovación Española.

»Sin coincidir con el fascismo, antes al contrario, creyendo que el fascismo es reprobable por ser anticristiano (la apelación a la violencia y la divinización del Estado son opuestas a la doctrina de Cristo), seguía con interés benévolo la actuación del joven aristócrata que, en lugar de consumir su vida en el ocio y la frivolidad, ejercía con entusiasmo y fruto una profesión, se entregaba apasionadamente a la política, subía a estrados vistiendo y honrando la toga en que podía poner una nota sangrienta la roja cruz gladiada y capitaneaba falanges ardorosas y simpáticas, compuestas, en gran parte, por mozos de oficina y de taller.

»El tercer Marqués de Estella era, y es, lo que más conviene ser: un ejemplo. (Si algo hay que apuntar en el haber de este momento, muy poco amado por mí, es ese laudable despertar por el que las gentes van saliendo de su pasividad suicida, comprendiendo que su propio interés, ya que no otros impulsos más meritorios y elevados, exige la cooperación de todos a la obra social.) Por cuanto llevo escrito puede calcularse el dolor con que habré leído algo de lo que dijo el señor Primo de Rivera en su último discurso, como todos los suyos bello y elocuente. El Marqués de Estella extiende a la Monarquía su certificado de defunción y canta su responso, diciendo que murió después de haber cumplido gloriosamente su misión en la Historia. Esta rotunda afirmación, que no pasaría de ser un tópico vulgar hecho por un republicano más o menos auténtico en un mitin de Cuatro Caminos, sorprende por lo atrevida y desentona, por lo incongruente, en labios de un grande de España que adoctrina y guía legiones entusiastas, unidas en el culto a la disciplina y a la autoridad y en el amor a la tradición.

»El caso parece inexplicable, pero no es único. Es el caso de todos los contaminados por la preocupación novelera, morbo el más pernicioso e invasor, que ataca principalmente a los jóvenes, aunque haya cuarentones y hasta cincuentones que se inoculen el virus para estar a la moda y presumir de juventud. El señor Primo de Rivera es un "postguerriano". Postguerrianos son aquellos nacidos o formados después de 1914, que creen que la cruel contienda que asoló a Europa fue un colosal tajazo de la espada suprema que escindió la vida de la Humanidad. "Antes de la guerra: después de la guerra." Dos mundos, dos ideologías; en medio, un abismo infranqueable: lo viejo queda allá, en la otra orilla, en el "antes"; todo ha de ser nuevo y flamante en el "después", que es el ahora actual, recién nacido, sin antecedentes y sin herencia, alojado en una anaquelería cubista, con radio, bar, piscina y muebles de dentista o de clínica.

»La guerra de 1914 es, en efecto, un hito histórico; marca la separación entre dos épocas, pero esta separación no puede tener la hondura que pretenden los estrenamundos, que en su ambición (o en su vanidad) no se contentan con menos que con gozar una existencia nueva en cada amanecer. Las grandes conmociones históricas podrán arrasar y borrar lo que es histórico, pero no lo que es del alma y por ser del alma es de la eternidad. Pasaron Persia, Egipto, Grecia y Roma; desaparecieron, después de ser

emporios, Nínive, Babilonia, Tebas; decayeron Alejandría y Atenas. Pero al suceder en la hegemonía un pueblo a otro pueblo y en el rodar del pensamiento y de los usos a una cultura otra cultura, una civilización a otra civilización, persistieron en todas ellas como supremas formas políticas estas dos: Imperio y Democracia; Uno o Todos; el canto aislado o el coral.

»Monarquía y Poliarquía. En Aristóteles, antes de Aristóteles y después de Aristóteles, ésta es la alternativa ineludible; habrá formas mixtas, transacciones circunstanciales para conciliar voluntades y evitar discordias, pero no se descubrirá ninguna forma de Gobierno que contradiga esos dos modelos inmutables.

»Ahora los inventores de alambiques han dado en propugnar lo que creen peregrina invención: "los reyes naturales". El Caudillo improvisado, que salió rápidamente de la nada, encumbrado a la mejor fortuna y al más fuerte poder, mandando sin freno ni rendaje. Claro es que esto, como otras muchas "invenciones" actuales, es muy antiguo. Los bosques de Germania y las llanadas de Lusitania y de Bardulia sabían de esos encumbramientos sobre el pavés. Zamora tiene en una gran plaza la estatua de Viriato ([215]). Exaltar como forma de Gobierno moderna y progresiva los métodos que empleaban los godos y celtíberos es un evidente retroceso.

»Al señor Primo de Rivera, como a otros muchos, le ha fascinado algo de lo que hoy ocurre por el mundo. Portugal, Alemania, Austria, Hungría..., situaciones equívocas, Estados intermedios con forma republicana y esencias imperiales. Pero los que quieren que imitemos esos ejemplos extranjeros no se han percatado de que tales situaciones obedecen a causas puramente locales. Si esos países están como están, no es por su gusto, ciertamente, sino porque no pueden estar de otro modo. Portugal, extinguida la línea directa de su dinastía, espera que se ultime su reconstrucción interior y que el príncipe D. Duarte gane plenamente la popularidad, muy creciente, y complete su educación de rey. Alemania necesita liquidar su derrota, cuya responsabilidad gravita de un modo abrumador sobre los Hoenzollern. Austria y Hungría no pueden dar realidad a sus anhelos restauradores porque se lo impide el veto de las Potencias y la vigilancia de la Pequeña Entente, temerosa siempre de que pueda resucitar el Imperio cruel e inicuamente desmembrado. Mas en todos estos países, ¡en todos!. late el deseo monárquico; todos están en camino de ser nuevas monarquías, y llegarán a serLo. Italia, alto ejemplo irrecusable para el señor Primo de Rivera, es a la vez monárquica y fascista. Y por ello su situación actual es más limpia, clara y desembarazada que la de los países del fascismo imitado e incompleto. Si la obra de Mussolini tiene un sentido de permanencia y una solidez que no ha logrado la de Hitler, es porque por

[215] *Nota de la segunda edición.*-Con la que, por cierto, no estaba muy conforme José Antonio, pues aun admirando el gesto de independencia -romántico- del pastor celtibérico, le agradaba más el orden clásico, romano, contra el que se alzara el primer guerrillero español. Pero la opinión de José Antonio sobre Viriato nada tenía que ver con la monarquía constitucional hereditaria.

encima de Mussolini está el Rey, que consolida y remacha en la Historia lo que el Duce va clavando con su martillo de dictador.

»¿Fascismo antimonárquico? ¿Puede darse contradicción más evidente? La Monarquía puede no ser fascista (y yo deseo que no lo sea), pero el fascismo tiene que ser monárquico o no será. Porque el fascismo es amor a las glorias del pasado, exaltación de los valores espirituales, patriotismo ardoroso, deseo de una España mejor; lo que el fascismo tiene de más noble, elevado y simpático es, con su disciplina y su entusiasmo, su afán apasionado de nutrir sus falanges con la nata sabrosa de la ciencia de nuestros sabios, y embriagarlas con el fuerte licor caliente de la sangre de nuestros héroes y encenderlas en la llama de nuestros santos. Y todo eso -pasado glorioso, amor a la patria, sabios, héroes y santos- en España es, esencialmente, Monarquía y nadie puede separarlo de la idea monárquica.

»Menos que nadie podrá hacerlo quien, como el tercer Marqués de Estella, conserva -y hace muy bien en conservarlos- los títulos, prerrogativas y preeminencias que sus ilustres antepasados recibieron de manos del Rey y en su servicio.»

Invito a mis lectores a releer el discurso de José Antonio, motivador de este artículo del señor Santander, y advertirán la serie de incongruencias entre las frases del fundador de la Falange y su poco acertado -como escasamente bien intencionado- comentarista en el periódico monárquico.

Así como otras observaciones a sus discursos crisparon los nervios de José Antonio, la crítica de *ABC* a su concepto histórico de la caída de la Monarquía le hizo sonreír, sugiriéndole comentarios donosos y agudos, reflejados -a través de una de las plumas magistrales de la Falange: la de Rafael Sánchez Mazas- en un picante artículo-réplica publicado en el número 11 de *Arriba* con el título de «Vista de Santander, o Ideas a la Federica». Aunque es fuerza reconocer que la pulcritud de la prosa de Sánchez Mazas no expresó el pensamiento de José Antonio con la fuerza irónica que manaba de sus labios en aquellos días.

La Nación, el 20 de mayo, había publicado unas «aclaraciones» al concepto de la Monarquía, en las que decía: «Sentimos hacia José Antonio Primo de Rivera un afecto y una admiración que él no desconoce. Por su persona y por su glorioso apellido, del que está impregnado el ambiente de esta casa y llenos nuestra memoria y nuestros corazones. Júzguese lo que ha de dolernos una discrepancia respecto a él, aunque lo hagamos con el mayor cariño y la consideración que nos merece.

»José Antonio Primo de Rivera ha dicho ayer que la Monarquía cayó como un fruto maduro, porque había cumplido su misión, y que no podrá volver.

»Eso, en labios de un hombre de apetencias políticas, que deseara hallarse cerca del Poder, sería justificable. En un espíritu noble, limpio de ambiciones, como el del Marqués de Estella, sólo puede representar un momento de ofuscación, tanto más extraña cuanto que si el batallador Jefe de

Falange Española defendía con ardimiento, en 1930, próxima la proclamación de la República, la supervivencia de la Monarquía en los actos resonantes de la Unión Monárquica, no puede ahora sentir ni pensar otra cosa diametralmente contraria ([216]).

»Nosotros, que seguimos defendiendo la política del inolvidable General Primo de Rivera, tal como nos la inspiró en el transcurso de su gloriosa vida de gobernante en los días anteriores a su muerte, y sabemos que, fueran las que fuesen sus apreciaciones de carácter personal, creía que la permanencia del régimen monárquico era consustancial con la unidad y el engrandecimiento de España, con su paz interna y su prestigio histórico en el exterior, no podemos admitir lo contrario y tenemos la seguridad de que si José Antonio Primo de Rivera, con su claro entendimiento, su probado desinterés, su alto patriotismo y una visión certera del porvenir, medita sobre las palabras que en una fogosa improvisación ha pronunciado ([217]), ha de esclarecerlas de acuerdo con nuestras objetivas apreciaciones.»

No fue así. José Antonio siguió viendo claramente el problema de la Monarquía española y aquilatando en su pensamiento las razones históricas que habían ocasionado su caída. Nunca llegó a ver claro lo que los diarios monárquicos aseguraban: la resolución de los complejísimos problemas nacionales por que se restauraran las Capillas públicas, los Lavatorios, el Tiro de Pichón, las dos Cámaras y las diversas camarillas. El morbo del separatismo, los encrespados problemas sociales, el paro, la incultura, la falta de higiene, la pobreza de ideas nacionales, la lucha de clases, la vida chata y alicorta de España, no se podían resolver con la vuelta al Trono de la dinastía en destierro. Era necesario algo mucho más trascendental: la Revolución Nacional con toda energía y la instauración de un Estado nuevo. Al final de este ciclo revolucionario y evolutivo, tal vez –y a este supuesto no cerró jamás su pensamiento- por imperativo de toda la Nación, volviese, transformada, la forma monárquica a coronar el edificio estatal. A ello, si redundaba en bien de España, jamás se opondría la Falange.

En este sentido había contestado en París a un redactor de la Agencia Havas algún tiempo antes del discurso del cine Madrid. A la pregunta de si era monárquico o republicano, contestó sonriendo: «Qué pregunta más rara me hace usted. Monárquico o republicano; acaso ni lo uno ni lo otro. ¿No cree

---

[216] Precisamente porque había defendido la supervivencia de la Monarquía por su esfuerzo de renovación, de regeneración y de superación, y la Monarquía desoyó las voces salvadoras, entregándose a sus enemigos a fines de 1930, es por lo que José Antonio pudo advertir cómo su misión histórica estaba terminada, y se hacía necesario un nuevo régimen que superase sus errores y defectos.

[217] Es muy interesante señalar que el párrafo dedicado a la Monarquía lo escribió José Antonio dos o tres días antes en casa de Julio Ruiz de Alda, en la calle de Abascal. Al terminarlo llamó al inolvidable camarada y a su mujer -Amelia- para leérselo y pedirles opinión. Ambos se entusiasmaron. José Antonio exclamó: «Puesto que os ha gustado tanto, me convido a cenar en vuestra casa.»

usted que existe, si no específicamente otro régimen, por lo menos otras formas de esos regímenes más adecuadas a nuestra exigencia actual y a sus exigencias?»

* * *

No hay que decir cómo sentó de mal este comentario de comentarios en *El Debate* y en *La Nación.* Algunos redactores de este último periódico lo encontraban injusto, agrio y provocador.

Con buena o mala Prensa, nos daba igual. Por encima de todo, el mitin había tenido una resonancia inusitada, y en los días siguientes se notó una gran animación de gente que acudía a afiliarse ([218]). Falange había afirmado su posición de una manera indudable. Por primera vez en su historia, *Arriba* -que publicó íntegros los discursos y duplicó la edición- se agotó a las pocas horas de ponerse a la venta.

Claro que el éxito de la Falange y su Jefe en Madrid no tuvo comparación con el apoteósico de Azaña en el campo de Mestalla, de Valencia, celebrado a los pocos días. Al contrario que el nuestro, el del hombre símbolo de la revolución roja -indemne e inmaculado, por la gracia de la Constitución y el respeto a las esencias democráticas, de todas sus tremebundas responsabilidades- se autorizó con gran antelación y el dinero de los Sindicatos marxistas y de las logias masónicas circuló a manos llenas para organizar trenes especiales y caravanas de autobuses. Por aquellos días se iba a celebrar el proceso contra Companys y sus compañeros de traición en la sublevación de Cataluña. El Gobierno autorizó el mitin triunfal de Azaña, concentración revolucionaria con todo el carácter de una coacción al Tribunal que había de juzgar a los traidores separatistas. Pero el Tribunal de Garantías podía llamarse de «garantías revolucionarias», y la actitud del Gobierno, tolerando en la Prensa de izquierdas la glorificación del presidente y consejeros de la Generalidad mientras se censuraba implacablemente nuestro *Arriba,* no dejaban lugar a dudas de que se estaba urdiendo una nueva farsa política de gran envergadura y trágicas consecuencias. Semanalmente, José Antonio la seguía denunciando, sin que se le hiciera caso.

---

[218] El día antes, el Sindicato sevillano de camareros y afines dependientes de hoteles celebró Junta general, y acordó por aclamación pasarse al nacionalsindicalismo e instalarse en el local de Falange.
José Antonio tuvo una gran alegría con la noticia, y afirmaba que a algunos señoritos de Sevilla se les iban a atragantar las tapas, como a los capitostes rojos.

ESPAÑA, RUMBO AL CAOS

EL 26 de mayo -mientras Azaña hacía la apología de la revolución en Valencia- José Antonio hablaba en Oviedo. Como de costumbre, el mitin fue suspendido y autorizado sólo horas antes. Pero como de costumbre, la presencia del Jefe movilizó primero y electrizó después a varios millares de personas concentradas en el cine Principado de la ciudad mártir. El día antes, después de arengar a los camaradas de León, atravesó en su coche la cuenca minera, deteniéndose en varios pueblos a saludar a los camaradas que aguardaban su paso para aclamarle. Pese al terror rojo que dominaba Asturias, bajaron a Oviedo para escuchar a José Antonio cuatrocientos camaradas mineros; más otros de las J.O.N.S. de León, Gijón, Avilés, Mieres, Moreda, Pola de Lena, Pravia, Ribadesella, Tineo, Turón, Villaviciosa y otros pueblos de la provincia, más algunos de Santander y León.

Antes de José Antonio hablaron Mateo, Fernández Cuesta y Julio Ruiz de Alda. José Antonio repitió en un sobrio discurso su concepto de la revolución.

Como en Valladolid, algunos rebeldes de los que siguieron a Ledesma perturbaban la vida del semanario *Libertad*, fundado por Onésimo Redondo, y querían llevar a él normas distintas del puro estilo falangista -demagogias de las que escribían o habían escrito en el libelo ledesmista ya fallecido-, José Antonio decidió suprimirlo. Hubo de vencer algunas dificultades por el natural cariño que Onésimo tenía a su criatura, pero al fin se impusieron la serenidad, la disciplina y la cordura en los viejos jonsistas vallisoletanos, que consideraban a José Antonio, a pesar de los exabruptos de Bedoya y otros pocos «intransigentes», como «el primero y más auténtico representante», según dijo el propio Onésimo en el mitin de Tordesillas el 14 de abril.

José Antonio, con su nobleza acostumbrada, escribió para adiós a *Libertad* unas bellas cuartillas en que una vez más cantaba en limpia prosa profética la belleza del sacrificio de la vida.

«Quienes entienden la vida como de sí propios quieren, ante todo, vivir, permanecer, afirmar la propia individualidad entre todas las individualidades, existir por encima de todo. Quienes entienden la existencia como servicio, como camino a una meta superior, tienen hecha siempre ofrenda de su vida en tanto el sacrificio de la vida sirva al cumplimiento de un fin más alto.

»Libertad no nació por el gusto de afirmarse, de erigirse en centro vivo justificador de sí propio: nació para ser voz de una empresa abnegada..

»Cuando esa misma empresa, en una misma etapa más extensa y más fuerte exige que vuelva al silencio aquella voz, *Libertad* renuncia a la vida.

»Pudo resistirse a morir; pudo obstinarse en lanzar su grito y su nombre como un ángel rebelde. Entre nosotros no es esa la moral que rige. Cada uno de nosotros está dispuesto a callar y a renunciar para ocupar el puesto en que mejor sirva a la Falange Española de las J. O. N. S.

»Válganos a todos el caso de enseñanza. Y en las horas próximas de triunfo, como en las horas presentes del crecimiento, no olvidemos aquellos intentos de los primeros días -como esta *Libertad* que ahora se extingue, cumplido el deber- ni seamos desagradecidos para los que ocuparon el puesto de vanguardia en los tiempos duros.»

Estas palabras de José Antonio -como casi todas las suyas no pueden considerarse como circunstanciales. Es difícil saber qué tenía en su mirada para penetrar tan bien el futuro. Siempre tienen un vuelo y una proyección de norma y consejo permanente para todas las ocasiones y para todos los camaradas. Conviene que cada palabra que nos ha dejado el Jefe, desde su más insignificante carta al monumento ingente de su testamento, sea deletreada en nuestra conciencia y la apliquemos rigurosamente a nuestra vida de falangistas si queremos en verdad ser dignos de esta designación, tal cómo José Antonio la entendía.

«No nacimos por el gusto de afirmarnos, de erigirnos en centro vivo justificador de sí propio, sino para ser voz de una empresa abnegada...» Así se renuncia y así se muere: es decir, así se es falangista de verdad.

En el número 13 de junio, escribía José Antonio en *Arriba*: «Hacia fin de año se disolverán las Cortes. Acción Popular habrá perdido todos sus tópicos electorales; habrá *gobernado sin gobernar; que es el mayor desastre que le puede ocurrir a un partido*. Toda su crítica del primer bienio caerá como follaje sin vida después de haber soportado la larga estación de esterilidad del segundo bienio. Y en cambio las extremas izquierdas, seguras de contar con la falta de memoria de las masas, desplegarán una propaganda frenética *que les dará el triunfo*..

»Ya lo pueden ir sabiendo las gentes de buena fe, que no por interés material, sino por adhesión a altos valores espirituales votaron contra la política de Azaña en 1933. Azaña volverá a gobernar para principios del año que viene. Para impedirlo dieron aquellas gentes de buena fe trabajo y dinero amanos llenas para las elecciones. Dieron el triunfo a Acción Popular. Ya ven de lo que ha servido.

»Ahora que, cuando estas cosas ocurran en otoño, otros serán los sorprendidos: nosotros, no. La misma mano que escribe estas líneas escribió a raíz de las elecciones del 33 aquel artículo que se tituló «La victoria sin alas». Desde el principio le vimos la falta de alas a la victoria aquella y señalamos por dónde había que ir. Los nuestros no fueron remisos. Pero hubo y hay *millones de sordos que vendrán cuando, si no es tarde todavía, les sea imposible recabar la gloria de haber llegado en las horas de la adivinación y del heroísmo.»*

La adivinación y el heroísmo eran las cualidades que más destacaban en José Antonio. En la segunda, sobre todo, le seguía de cerca la Falange, que continuaba dando nombres como el de Miguel Soriano Jiménez al denso martirologio, entre tanto el Gobierno seguía haciendo el más espantoso ridículo, persiguiendo a la Falange, alentando a los socialistas y dejando glorificar a los separatistas.

Con *Arriba*, la censura cometía desafueros monstruosos. En un número nos dejaban publicar una fotografía del Peñón con una cabecera que repetía la frase de Ruiz de Alda: «La vergüenza de Gibraltar», y tachaban el pie. En el número siguiente toleraban el pie y la foto, tachando la cabecera. Harto José Antonio, ordenó hacer una hoja clandestina, que tuvo gran difusión, con la cabecera, la foto y el pie. Una noche en Bakanik se la pidió a su fiel acompañante Vicente Gaceo para mostrársela a Juan Ignacio Luca de Tena, que acababa de entrar. El marqués de Luca de Tena la vio y dijo despectivamente que la encontraba inoportuna y que la Falange no debía meterse en cosas tan serias y trascendentales. José Antonio no se inmutó por el juicio del aplaudido comediógrafo y replicó con tono de buen humor, relatando lo que sería la vida de ABC si triunfase la Falange: «El primer día estaría a nuestro lado todo lleno de entusiasmo por el movimiento. El segundo día empezaría a decir que si patatín, que si patatán. El tercer día ya no diría nada, porque nuestro Ministerio de Prensa y Propaganda lo habría suprimido para siempre. Con la Falange no habrá bromas y nadie más que nosotros, que lo sentimos entero, recto y sin deformación, podremos monopolizar el sentimiento patriótico. A nosotros no se nos engatusa diciendo que «España será lo que Falange quiera». Lo sabemos de sobra y no necesitamos rapsodas de momentáneo entusiasmo por el hecho consumado. Queremos gente de fe en los hechos por consumar, que son los verdaderamente importantes siempre.»

La Policía y el Ministerio de la Gobernación actuaban con una torpeza inconcebible, enseñando la antena de su juego cobardemente sucio. Suspendían el semanario de las juventudes de Acción Popular (el famoso *J.A.P.*), preparando así la suspensión del nuestro y dejaban a los comunistas hacer cuanta propaganda les venía en gana. La Falange lo denunciaba todo inútilmente. Pero el sonar el aldabón que despertase a España dormida era nuestra misión, que cumplíamos sin desmayo. Se aprobaban de cualquier manera el presupuesto y las leyes de Paro y de Repoblación forestal, preparando las vacaciones parlamentarias, buenas para armar tinglados revolucionarios. Los demás dormitaban debajo de una higuera, y la Falange seguía alerta y arma al brazo bajo las estrellas.

Acción Popular se concentra en Mestalla -por no ser menos que Azaña- y en Medina del Campo. En Valencia, Gil Robles declara que soporta a los radicales como socios poco gratos, pero indispensables. En Medina, su soberbia le hace decir: «¿Que yo quería ir al Ministerio de la Guerra para dar un golpe de Estado? *¿Qué necesidad tenía yo del Ejército para triunfar?...* Aunque el Ejército hubiera olvidado sus deberes -que no los olvida-, ¿qué necesidad tenía yo de eso? ¿Quién duda que con nosotros esté España entera? Que venga aquí el que lo dude y que vea esta muchedumbre congregada. Y aún más: yo le ofrezco un puesto en el avión para que vea conmigo otra muchedumbre reunida en Mestalla. *Un golpe de Estado lo da el que se encuentra en minoría, pero quien, como nosotros, tiene a España entera, tiene bastante con la fuerza de la ciudadanía,*

con las papeletas electorales, que han barrido del campo nacional el 19 de noviembre todos los obstáculos.»

La España cedista abre la boca extasiada oyendo al Jefe que nunca se equivoca. Pero a los puntos de la estilográfica de José Antonio acuden estas frases -preludio de la decisión de la Falange de no conformarse con el resultado electoral del 16 de febrero, si resultaba peligrosamente contrario a los destinos de España-: «He aquí las asombrosas deformaciones a que llegan los hombres inteligentes cuando los envenena la política. España será lo que digan las papeletas electorales. ¿Y si vuelven a decir ferocidades y blasfemias, como tantas veces han dicho? ¿Y si vuelven a dar el triunfo a los que preconizan el suicidio de España? En esos casos, ¿aceptará el triunfo como legítimo el señor Gil Robles?

»Ya es hora de acabar con la idolatría electoral. Las muchedumbres son falibles como los individuos, y generalmente yerran más. La verdad es la verdad (aunque tenga cien votos) y la mentira es la mentira (aunque tenga cien millones). *Lo que hace falta es buscar con ahínco la verdad, creer en ella, e imponerla, contra los menos o contra los más*. Esa es la gran tarea del conductor de masas: operar sobre ellas para transformarlas, para elevarlas, para templarlas; no ponerlas a temperatura de paroxismo para después pedirle (como en el circo de Roma a la plebe embriagada) decisiones de vida o muerte. Y ese deber -gloriosamente duro- es tanto más apremiante en nuestra España, donde cien años de desaliento y de pereza han sumido a nuestra masa en la más desalentadora mediocridad. Todo lo que se haga para sacudirla será poco. Pero mientras se la halague y se le sirva no se hará otra cosa que estabilizar la mediocridad.»

En el mismo número de *Arriba* se hacía un resumen de cómo se estaba liquidando la revolución de octubre por un Gobierno que tenía cinco ministros de la CEDA, la campeona de la contrarrevolución. El balance era terriblemente acusador. Parecía que los responsables de Asturias y de Cataluña eran los nacionalsindicalistas. El Gobierno no pudo aguantar más el terrible escalpelo con que hurgaba en su debilidad ininteligentemente morbosa la Falange y nos suspendió el semanario. Por más gestiones que hizo José Antonio, no logró su reaparición hasta el 31 de octubre.

Por aquellos días -el 5 de julio-- hizo José Antonio unas declaraciones a La Vanguardia, de Barcelona, repitiendo -cada vez más nítidas- sus profecías:

«-Si hay pronto elecciones, triunfarán las izquierdas. Pero no sabrán conservar el triunfo. Volverán a hacer lo que hicieron. Tienen el prurito de revivir viejos rencores y cosas pasadas sin mirar hacia adelante. Eso les pasó después de lo de abril de 1931. Y eso les volverá a pasar otra vez.

»Hay una miopía política que nos pone a nosotros camino del triunfo.

»Los españoles reaccionan siempre por estímulos espirituales, no por necesidades materiales. La misma República vino, no en momentos de depresión económica, sino después de una época de prosperidades. Metieron al pueblo en la cabeza que había vivido una era de tiranía, y contra esa

supuesta tiranía es contra lo que se pronunció. Más tarde, los mineros de Asturias estaban en mejores condiciones que los demás trabajadores de España; pero se alzaron contra un estado de cosas que juzgaban injusto, porque se les había dicho que era injusto.»

LA REUNIÓN DE GREDOS

LA suspensión de Arriba no supuso la merma de actividad de la Falange. Por el contrario, durante ella, la Junta Política madura la decisión trascendental de sublevarse «sola o acompañada» y en el momento oportuno, tomada poco más de un mes antes de Gredos. Las Jefaturas Provinciales, cumpliendo con sus instrucciones, activan la puesta en pie de guerra de las organizaciones, y el Jefe empieza a tantear sobre terrenos propicios las colaboraciones posibles, siempre que -según el Punto 27- estuviese asegurado nuestro predominio.

La reunión de Gredos, de la que queda un interesantísimo documental fotográfico, en gran parte inédito ([219]), tuvo para José Antonio, además de la importancia de las decisiones tomadas, una significación especialísima de orden privado, creo que desconocida hasta la fecha.

La reunión se había convocado para el día 16 de junio. La víspera llegaron casi todos los componentes de la Junta Política y algunos camaradas más que -como dice Bravo- iban «para gustar de nuevo el placer de sentirse al lado del Jefe, de sentarse a sus manteles y embelesarse oyéndole y viéndole». Entre otros, Sánchez Mazas, Alfaro, Sáinz, Mateo, Fernández-Cuesta, Sancho Dávila, Luna, Montarco, Ruiz de Alda, Salazar, Valdés, Aizpurúa, etc. Por la mañana había llegado Bravo con tres falangistas de Salamanca. Por la noche, conduciendo su coche, con Luis Aguilar al lado, como siempre, llegó José Antonio procedente de Badajoz, en cuya Audiencia había defendido a los camaradas de Don Benito por los sucesos de enero en que las gentes de Ezquer anduvieron limpiamente a tiros con los marxistas. Llegó cubierto de polvo y cansadísimo. Abrazó a los camaradas que le esperaban y después de lavarse bajó al comedor con su habitual hambre de lobo. Escoltado por sus camaradas entra en el comedor. Hay poca gente. Gredos no es un sitio demasiado a mano para ir a comer desde Madrid. Gredos es un lugar para reposo, para meditación, para trabajo o para comienzos de luna de miel. En un rincón, iniciando la suya -se ha casado en Madrid por la mañana-, está «ella». José Antonio la ve en seguida. «Ella» le ve también y baja los ojos. El marido, probablemente, advierte la presencia de José Antonio. La situación es violentísima para los tres. José Antonio, -hombre de mundo-, avanza hacia los

[219] José Sainz guarda algunas fotografías muy curiosas del Jefe entrenándose con una pistola y bañándose en un arroyo.

recién casados. Besa la mano de su antigua novia y estrecha la del marido. Les felicita y vuelve a su mesa, con el corazón lleno de amargura. Nadie advierte nada en su rostro. El hambre de lobo se le ha pasado súbitamente. Pero ha dicho que tiene hambre de lobo y no podría dejar de comer sin causar extrañeza en sus camaradas que se disponen a oírle elogiar la fuerte cena serrana. Come y habla maquinalmente. Su pensamiento se aparta un poco de España para volverse sobre el yermo de ilusiones de su corazón juvenil. Ninguno de los comensales advierte su honda tristeza íntima. Su ironía es más fina que nunca, quizá porque por vez primera tiene un ribete de amargura. Como ha venido cansado, puede irse pronto a dormir. ¿A dormir...? ¿Podría dormir, sabiendo que «ella» pasaba sus bodas tan cerca?

Pero José Antonio no ha ido a Gredos para vivir una noche de personaje romántico. Daría vueltas en su lecho, sin sueño, pero en su insomnio, la preocupación de España vencería su dolor particular, indigno de tenerse por él ([220]). Probablemente se levantaría, se asomaría a la noche clara y estrellada, miraría al cielo con lágrimas en los ojos, y el cielo le daría la visión de los astros, donde la fuerte poesía de la Falange ha colocado a los mejores. Buscaría una estrella para él, en aquel enjambre de luciérnagas clavadas en la noche. «Su» estrella... sonreiría a la idea del pistoletazo de Werther. «La vida no es una bengala que se quema alegremente al final de una noche de fiesta.» Ni una antorcha que se encienda funeral para acabar una serie de desilusiones. Vivir es más. Es vencerse. El se ha vencido a sí mismo muchas veces, para servir la más alta Causa. ¿A qué espacio volaría su pensamiento místico aquella noche interminable? Pocas personas habrán tenido la confidencia. Rafael Garcerán -por quien yo conozco este episodio emocionante y novelesco- dice que le dijo al contárselo: «En mi vida he pasado una noche más horrible.»

Se le conoce en las fotografías. Hay una de la mañana siguiente en que está despeinado y con gesto de fatiga. Sonríe tristemente; sus ojos miran muy lejanos -cosa extraña en él, que siempre mira a lo inmediato, con fijeza y precisión irresistible- y su mano empuña la pistola con que se ha entretenido en pegar tiros a los aguiluchos y a sus preocupaciones personales ([221]).

Nadie lo advirtió, sin embargo, aunque es probable que si ahora me leen recuerden un algo especial en la voz o en el gesto del Jefe. Aunque lo más probable es que su entereza de carácter venciese su dolor íntimo y sobrepusiera a él las consideraciones urgentes de la Patria.

«Ella» desapareció del Parador de Gredos aquella misma mañana en que «a la sombra de los copudos pinos», sentados como moros, comenzaron las reuniones de la Junta Política ([222]).

«José Antonio habló como una media hora -acompañado de la música del viento serrano que jugaba con la fronda, con caricias del sol sobre su

[220] Hay quien asegura que José Antonio se marchó del Parador y durmió en una casa aldeana de la misma sierra. Pero no es cierto. Durmió en el Parador

[221] Número extraordinario de la revista **Y**, 2ª edición, octubre 1938.

[222] Todo el relato de la Junta es del libro de Francisco Bravo, citado veces.

frente altiva-, trazando un bosquejo, certero y pesimista, de la situación de España por aquel entonces.» (Situación fijada con máxima precisión en los últimos discursos y en los artículos citados de *Arriba*.)

«-Yo os digo -decía José Antonio- que en las próximas elecciones el triunfo será de las izquierdas y que Azaña volverá al Poder. Y entonces a nosotros se nos plantearán días tremendos, que habremos de soportar con la máxima entereza. Pero creo que en vez de esperar la persecución debemos ir al alzamiento, contando, a ser posible, con los militares, y si no, nosotros solos. Tengo el ofrecimiento de 10.000 fusiles y un General. Medios no nos faltarán ([223]). Nuestro deber es ir, por consiguiente, y con todas las consecuencias, a la guerra civil.

»Si a todos los camaradas se les hubiera podido medir el júbilo ante palabras tan trascendentales y decisivas, se habría tenido que reseñar con una cifra desmesurada. Si acaso, a la manera de astrónomo, «con años de luz». Hasta aquel magnífico Aizpurúa, flemático y tranquilo, exultaba como ahora un jefe de escuadra nuestro, después de un asalto provechoso a una posición roja. De los hombres de armas tomar, de Ruiz de Alda, Aguilar, Luna, etc., no hay que hablar. Alfaro y Sánchez Mazas veían nuestra concentración y la marcha consiguiente sobre Madrid desde un punto de vista literario y poético. Onésimo vibraba con aquella pasión suya de castellano requemado por dentro, dispuesto siempre a lo que fuera por su España y sus ideales. Y como tantas otras veces -ayer, hoy y mañana-, tuve que cargar, para restablecer un poco el equilibrio y sujetar a los camaradas aun plano realista y objetivo, con el papel desagradable de crítico, un tanto escéptico. Pero mis razones se las llevaba el viento, hundiéndolas en el agua fría de la Fuente Tormella, donde nace un río universitario y socarrón; en el que quizá aprendí yo, tanto como en la Historia, a no confundir nuestros deseos con los hechos y a no creer en que las cosas son como queremos que sean, sino sencillamente como son.

»José Antonio, conteniendo la alegría que le rebullía por dentro ([224]), nos expuso sus planes. Haríamos concentrar en un punto próximo a la frontera portuguesa -luego me enteré que se había elegido Fuentes de Oñoro, en mi provincia salmantina- unos miles de nuestros hombres. Allí serían armados. Allí aparecería a su frente un general, del que se nos ocultó el nombre, pero cuya figura maciza y fuerte vagaba por nuestras mentes, tal como si lo viéramos al frente ya de nuestras centurias. Y nos lanzaríamos a la lucha, planteando un hecho consumado a los patriotas de corazón que no tuvieran borrado el sentido del honor y de la vergüenza, bien por contacto con los grupos políticos exentos de quijotismo y de virtud heroica, o por la

[223] Ni el nombre del General ni la procedencia de los medios fueron revelados entonces -y creo que nunca- por José Antonio, que no quería comprometer a nadie..., ni aun hablando a los suyos.

[224] ¿No sería su exaltación fruto de la noche amarga pasada en la soledad de la alcoba del Parador y un poco de deseo de aturdirse para olvidar? Generalmente, el Jefe era muy mesurado y poco optimista.

contaminación con las ideas antinacionales.

»Dedicamos cerca de dos días al examen, en principio, de todas las contingencias del difícil plan que José Antonio había pensado, sintiendo dentro de sí, no sólo su amor inimaginable por España y la Falange, sino también una vocación guerrera de casta. Era el genio familiar y militar de sus antepasados el que le hacía creer factible la concentración de «camisas azules» y la marcha sobre Madrid. No es que se creyera un estratega ni un organizador de ejércitos. Para tal menester esencial estaban Ruiz de Alda y los militares inscritos ya en nuestras filas. Pero en José Antonio se daba siempre, y paralelo al político y al polígrafo, un guerrero inteligente y capaz. Auténtico napoleónida, el arte bélico no le podía ser ajeno.

»Y así fue acordado que Falange -que iría a las próximas elecciones para hacer propaganda y nada más- cifrara todos sus anhelos en la preparación para la guerra insurreccional.

»Desde aquel junio de 1935 -¿quién puede aludir a fecha históricamente tan remota, al hacer valer los títulos de santa rebeldía por la nueva España?-, Falange se dedicó a conspirar.»

A conspirar, pero con el deseo de embarcar en la conspiración a todo lo mejor de España. Sin exclusivas ni fobias. Y sin embargo, muchas gentes, deseosas de cambiar el sistema estúpidamente suicida, no se decidían por si nuestro plan no era el cambio de régimen o por si lo era. No les convencía la revolución nacionalsindicalista al solo grito de Arriba España. Necesitaban que se hiciera con vivas o mueras a esto y a lo otro. Creían también que el momento no era llegado; que aún podrían hacer algo el Parlamento agónico y la Democracia estéril. Creían que aun en el caso de acertar José Antonio en su reiterada profecía de la vuelta de Azaña, los hombres del bienio podrían sujetar el furor torvo de las masas marxistas. Creían que nada podría hacerse sin contar con el Ejército, y temblaban ante la idea de una Dictadura militar.

Pero mientras la timidez, el miedo, la comodidad y el egoísmo aconsejaban prudencia a los otros, a José Antonio y a su Falange les encendía la sangre el ruido y el olor de la pólvora marxista que, implacablemente, les rondaba por todos los cruces de calles y caminos.

CAMINO ADELANTE

POCOS días después de la suspensión de Arriba se frustró un atentado contra José Antonio al salir de una reunión en la finca del Marqués de Valdeiglesias, en las cercanías de Madrid. Al abandonar aquélla en su coche el doctor Luque -al oscurecer- y llegar en él al camino de Maudes, un grupo hizo una nutrida descarga. El coche tuvo varios impactos y su propietario una contusión en un pie. La Guardia Civil, después de dar una batida, advirtió al Marqués que habiendo visto los comunistas de Tetuán el coche -bien conocido por ellos- de José Antonio, habían creído favorable la ocasión para

«cazarle». El número de matrícula del del doctor era muy semejante ([225]) y los comunistas, precipitándose por creer la ocasión propicia, dispararon.

El Marqués y sus invitados rogaron a José Antonio, al que acompañaban dos amigos, dejase pasar algún tiempo a fin de que los rojos creyeran terminada la reunión y se marchasen, si todavía seguían por allí apostados. Pedro Chicote propuso a José Antonio salir en la camioneta en que había llevado las botellas para el «cock-tail». José Antonio se echó a reír, negándose a cuanto se le proponía para esquivar el riesgo, cosa que jamás hacía un falangista. Por el contrario, se dispuso a salir inmediatamente, eso sí, con la pistola montada «por si las moscas». En lo único que consintió, no sin protesta, fue en aceptar la idea del conductor de dirigirse a Tetuán y Cuatro Caminos en lugar de tomar el camino de Maudes. Pero también sabía que por aquella dirección habría gentes apostadas a lo peor. Salió de la finca sonriente, después de prometer al anfitrión telefonearle desde su casa, si llegaba vivo.

Venciendo las dificultades de rigor, acrecentadas aquella vez por la «generosidad» -el propietario del teatro exigió una prima altísima y el pago del seguro de incendio- se celebró un mitin en Málaga el 21 de julio, anunciado así en la Prensa de la capital: «Esta mañana, a las once, se celebrará en el teatro Cervantes el primer acto público de Falange Española de las J.O.N.S. En él intervendrán los camaradas Manuel Mateo, Raimundo Fernández-Cuesta, Julio Ruiz de Alda y el Jefe Nacional, José Antonio Primo de Rivera. Para conocimiento de todos se hace saber que la entrada será pública.»

La Falange de Málaga era escasísima. Un puñado de heroicos camaradas -entre los que había algunas chicas excepcionales, como Carmen Werner- mantenía el fuego sagrado entre las hordas comunistas que infestaban la bellísima ciudad. Al principio había tenido el local en pleno barrio del Perchel -antes castizo y ahora rojo: antes de pregón de Salvador Rueda o José Carlos de Luna recitado por González Marín y ahora de blasfemias rojas-, del que habían tenido que marcharse por las continuas amenazas a la casa número

---

[225] El coche de José Antonio era un Chevrolet con el número M-45209 de matrícula (*).
(*) *Nota de la sexta edición*.-Con gran sorpresa mía, en el diario bilbaíno *La Gaceta del Norte* del 18 de febrero de 1973 leí un reportaje titulado «Un Chevrolet histórico», en el que se decía: «Estamos ante el Chevrolet M-31481, que llevó a José Antonio Primo de Rivera por toda España en sus numerosas campañas políticas. Un coche histórico y no mal conservado. Pero para despertarle de su letargo ha sido necesaria una alimentación adecuada, vertiendo gasolina directamente a la toma de aire del carburador. El giro es bronco; fuertes retemblores agitan todo el coche; son los millares de kilómetros recorridos por un automóvil que nunca ha sido objeto de lujo, tanto en sus cuatro primeros años de vida, con José Antonio, como en los últimos que ha pasado al servicio de don Juan Reyes, por tierras murcianas. De nuevo en Madrid, este Chevrolet está dispuesto a descubrirnos sus secretos.» Y, en efecto, el reportero expone los detalles técnicos del coche, pero en manera alguna justifica que, en efecto, sea el de José Antonio -que tenía otro número de matrícula y probablemente sería incautado por los milicianos marxistas-, ni explica cuándo, dónde y cómo fue adquirido por ese señor de Murcia que cita

22 del Paseo de Reding. No obstante la escasez de camaradas, su valor era el suficiente para anunciar la entrada libre al acto y hacer cara a lo que pudiese ocurrir. El elemento izquierdista no quiso asistir al mitin, quizá para no dejarse convencer por la doctrina cálida y generosa de José Antonio. Las derechas se retrajeron por miedo. Jamás ha tenido menos público una reunión falangista. Pero quizá nunca los cobardes que no querían oír nuestra voz hayan pagado más cara su timidez que en aquella Málaga que un año justo después de aquel acto, veía arder sus calles y asesinar a sus mujeres, impotente y desesperada.

José Antonio llegó horas antes del mitin. Le esperaban en el hotel Caleta unos cuantos camaradas que le saludaron con la emoción de siempre. El Jefe les estrechó la mano mirándoles «con esa mirada, plena y confiada de los Fundadores que sólo poseen minoría y están seguros de conseguir multitudes» ([226]).

Con aquellos camaradas fue a oír misa a la Catedral, sin retirarse del pie del altar hasta que no hubo rezado las tres Avemarías y la Salve del final, porque tenía -dijo- una idea completa de las cosas. Después de contemplar el palacio episcopal incendiado por los rojos, se dirigió a pie al teatro, entre la admiración contenida y el miedo por su proximidad de los curiosos. Entonces se le acercó un señor de edad de aspecto pacífico y le dijo con voz apremiante y nerviosa:

«-Don José Antonio. Soy el policía designado por el señor Gobernador civil para darle escolta. Considere usted que con su exhibición me pone en un compromiso. Yo le agradecería sinceramente que tomasen ustedes los coches para ir al teatro.

»-No se apure usted -le contestó irónico José Antonio-. Subiremos a los coches, pero tranquilícese. No considere tan peligrosa mi exhibición.»

Al llegar al teatro, donde la autoridad obligó a los falangistas a estar con las chaquetas puestas sobre las camisas azules, un pequeño grupo de insensatos saludó con el puño cerrado. Pronto fueron «convencidos» sus integrantes para que los abriesen.

José Antonio dio lectura a los nombres de los Caídos. Hablaron Mateo, Raimundo y Julio y finalmente el Jefe, que se había quitado la americana, sin que el Delegado de la Autoridad se atreviese a llamarle la atención.

Su discurso parece ser que fue espléndido y emocionantísimo. Se ha perdido, como tantos otros; pero quienes lo oyeron dicen que fue mucho más místico que político o doctrinal. Parecía aquel día impregnado de un presentimiento mucho más fuerte que otras veces y encontraba más bella que nunca la muerte por España.

Juan Peralta recuerda algunas frases. Comenzó diciendo: «Aquí somos todavía demasiados pocos para llenar un teatro tan grande. Yo quisiera mejor

[226] El relato completo de este viaje de José Antonio -con la fecha equivocada- puede verse en la *«Breve noticia y clara visión de la visita de José Antonio a Málaga»*, por Juan Peralta. *Dolor y memoria de España* (págs. 280 y sigs.).

estar con vosotros en el campo; sentados a la sombra de un árbol con las piernas cruzadas, para repartiros, en la intimidad, el pan espiritual de nuestra Doctrina.»

Siguió hablando de la Falange con la insistencia y con el delirio con que hablan los amantes de los seres amados. Contó la muerte de los últimos camaradas caídos y dijo que diariamente tenía que revalidar su título para mantener el derecho de mandar a tan formidables camaradas. Exhortó a no decaer ni un solo instante en la tarea emprendida y terminó diciendo:

«Cada cual, firme en su puesto, sin dudas ni vacilaciones. Pronto florecerán en sus tumbas los huesos de nuestros muertos. Cuando retiemblen los caminos de España con el paso marcial y victorioso de las nuevas legiones.»

Después del acto, visitó el local de la Jefatura, departiendo con los camaradas malagueños con su peculiar llaneza alegre, de franca risa y cordial consejo o amonestación. De allí se trasladaron a una pensión situada en Villa Carlota, en La Caleta, en cuyos jardines, frente al Mediterráneo intensamente azul, almorzaron bajo un toldo. A petición de los camaradas habló José Antonio. Sólo dijo:

«No creáis que voy aparecerme a los demás pronunciando un discurso a la hora de los brindis. Quiero deciros únicamente dos cosas: primero, que hemos comido bastante bien ([227]). Pensad en este instante que hay muchos españoles que no comen. Segundo, tenemos sobre nuestras cabezas una lona y frente a nuestra mirada un mar azul y transparente. Hagamos de esta lona una vela navegante y lancémonos de nuevo por el mar a la conquista de las empresas imperiales. ¡Arriba España!»

Aquel día, José Antonio quería haber ido a Melilla. Era el aniversario de la tragedia de Annual, fecha dolorosa y terriblemente olvidada. Yo, que en aquellos días estaba por tierras africanas, le había sugerido la idea, que acogió con entusiasmo. Pero no pudo realizar el viaje por tener que intervenir el 23 en el Parlamento, en aquel triste debate que se llamó «reforma de la Reforma Agraria». Marchó de Málaga enseguida para hablar el 22 en la Plaza de Toros de Madridejos, en un acto en que intervinieron también Emilio Serrano, Alejandro Salazar y Manuel Mateo, y del cual nos quedan -ya que no sus palabras- unas fotografías espléndidas en que aparece el Jefe Nacional con una plástica cesárea y majestuosa entre los labriegos que le aclaman. En la tarde del mismo día se trasladó a Puertollano; donde también en la Plaza de Toros, bajo el solazo tórrido, su voz musical refrescó el alma quemada y ahogada de los campesinos y mineros, que, escépticos al principio, acabaron roncos de gritar «Arriba España». Tampoco se conserva este discurso, que siguió a dos de José Sainz, Jefe Regional de Castilla la Nueva, y Manolo Mateo.

[227] La comida había sido sencilla y popular, como le gustaba comer a José Antonio con los camaradas.

El 23 de julio pronuncia José Antonio en el Congreso su gran discurso revolucionario y nacionalsindicalista sobre la reforma de la Reforma Agraria, asombrando por igual -aunque por muy distintos motivos- a los viejos diputados de derechas -que le escucharon aterrados, haciéndose cruces y preguntándose si no era un *loco* o un *bolchevique* aquel Grande de España, impetuoso y soñador- y a los izquierdistas, al considerar éstos cómo resultaba de pobre, falso y mezquino junto al de José Antonio su concepto clasista de la Revolución que España necesitaba. Recordando aquel discurso, decía José Antonio el 17 de noviembre en el del Cine Madrid: «Desbordando sus rótulos, los muchachos de izquierdas y de derechas que yo conozco han vibrado juntos siempre que se ha puesto en juego algún ansia profunda y nacional. Yo he visto a los diputados jóvenes de derechas que se sientan cerca de mí, *físicamente,* en el Parlamento, felicitarme cuando me opuse a aquel monstruoso retroceso de la contrarreforma agraria.»

El 25 de julio acude a una misa en sufragio de los veintidós camaradas caídos en el cumplimiento del deber falangista, que tiene lugar en Chamartín de la Rosa. Y el 27 vuelve a hablar en el Parlamento para fijar definitivamente la posición de la Falange ante el problema de la tierra.

Estos dos discursos parlamentarios produjeron en los medios derechistas gran indignación, y alguien -en uno de los frecuentes colmos de estupidez que se alcanzaban cuando se trataba de juzgar a José Antonio con egoísmo, con miedo o mala fe, capaces de nublar la comprensión serena- repitió a voz en grito que era un *bolchevique*. José Antonio, por la suspensión de nuestro *Arriba,* tuvo que pedir la hospitalidad de *AB*C -que por ser menos injusto que otros periódicos de derechas y el más difundido de todos, convenía más que ninguno- para insertar una rectificación atan absurdo e incongruente calificativo.

Su artículo «Palabras de un bolchevique», con cuya publicación se honró el *AB*C de Madrid del 31 de julio de 1935, es este prodigio de ironía, laconismo y claridad política:

«El pasado día 24, por la mañana, fui clasificado definitivamente como bolchevique por innumerables personas de las que me dispensan el honor de inquietarse por mi suerte. El motivó próximo de tal clasificación fue el discurso pronunciado por mí la tarde antes, en el Congreso, con ocasión de la reforma de la Reforma Agraria. Dicho sea de paso, la mayor parte de los que fulminaron el anatema contra mí no habían leído el discurso, sino algún lacónico extracto de la Prensa. Aunque me esté mal el decirlo, mi retórica tiene, a falta de otras dotes, la de una estimable concisión. Extractada se queda en los huesos y resulta imposible de digerir. Pero sería demasiado aspirar a que las personas, para juzgar discursos, se tomaran el trabajo de leerlos. Con aquellos comprimidos era bastante para pronunciar la sentencia: quien así hablaba no podía ser más que un bolchevique.

»Ahora bien: ¿Qué idea tienen de los bolcheviques mis detractores? ¿Piensan que el bolchevismo consiste, antes que nada, en delimitar tierras y

reinstalar sobre ellas aun pueblo secularmente famélico? Pues se equivocan. El bolchevismo es en la raíz una actitud materialista ante el mundo. El bolchevismo podrá resignarse a fracasar en los intentos de colectivización campesina; pero no cede en lo que más le importa: en arrancar del pueblo toda religión, en destruir la célula familiar , en materializar la existencia. Llega al bolchevismo quien parte de una interpretación puramente económica de la Historia. De donde el antibolchevismo es cabalmente la posición que contempla al mundo bajo el signo de lo espiritual. Estas dos actitudes, que no se llaman bolchevismo ni antibolchevismo, han existido siempre. *Bolchevique es todo el que aspira a lograr ventajas materiales para sí y para los suyos, caiga lo que caiga. Antibolchevique, el que está dispuesto a privarse de goces materiales para sostener valores de calidad espiritual.* Los viejos nobles, que por la Religión, por la Patria y por el Rey, comprometían vidas y hacienda, eran la negación del bolchevismo. Los que hoy, ante un sistema capitalista que cruje, sacrificamos comodidades y ventajas para lograr un reajuste del mundo, sin que naufrague lo espiritual, somos la negación del bolchevismo. Quizá por nuestro esfuerzo, no tan vituperado, logremos consolidar unos siglos de vida menos lujosa para los elegidos, pero que no transcurra bajo el signo de la ferocidad y la blasfemia. En cambio, los que se aferran al goce sin término de opulencias gratuitas, los que reputan más y más urgente la satisfacción de sus últimas superfluidades que el socorro del hambre de un pueblo; *ésos, intérpretes materialistas del mundo, son los verdaderos bolcheviques.* y *con un bolchevismo de espantoso refinamiento:* el bolchevismo de los privilegiados.»

Impotentes para rectificar su contundente palabra hablada o escrita, no le replican ni en el Parlamento ni en la Prensa. Pero en sus cuchicheos y tertulias le siguen zahiriendo. Este mozo aristócrata «que ama a España porque no le gusta»; que encuentra ridículo el patrioterismo que -¡oh, ah!- les emociona a ellos con su abigarramiento y sus colorines; que se suma a la anarquía con sus prédicas de Hermandad por los campos, los talleres y las minas; que reniega de sus privilegios considerándolos injustos y que empuña la pistola con la decisión de un faísta, declarándose «contra el orden», aunque presuma de su amor a la Patria no la ama. ¿Cómo se puede amar lo que no gusta? Aunque presuma de respetar la Tradición, ello no es cierto. ¿Cómo se puede respetar la tradición y a la vez protestar de que los ricos sean nada más que ricos y los pobres sólo pobres, si así lo han sido siempre, desde que el mundo es mundo? Este señorito que se declara contra el orden de los señoritos, es un rebelde o un «snob». Este intelectual que ataca a los intelectuales, es un demagogo de las palabras bonitas, que arrastra a la juventud a la peor de las demagogias: a la demagogia heroica y mística de la Muerte.

Aumenta la indignación de los patriotas facilonamente cursis, de los chinchines de platillos -nada más que viento entre dos platos-, de las soflamas de brocha gorda y de los oropeles heráldicos; sonríen sarcásticos y verdes quienes no encuentran la palabra «metafísica» en sus bien ordenados ficheros,

donde se guardan químicamente puras las fórmulas de la felicidad estática y burguesa; se rasgan las vestiduras los pesimistas clavados a la idea de que la decadencia y la miseria son el destino fatal de España. Para ellos, la poética joseantoñista es -cuando no una farsa- una utopía de visionario anarquizante. No se molestan en tratar de profundizar en esos conceptos poéticos, y no advierten cómo de ellos están naciendo las nuevas fórmulas del Derecho Político español -«España es una unidad de destino universal», «una Nación es un quehacer en la Historia»- que escribirán con su sangre las víctimas del cataclismo que la cordura derechista está forjando. Fórmulas escritas con sangre en las losas de las calles o las tierras sedientas de justicia por unos muchachos generosos que quieren hacer olvidar todas las viejas y frías definiciones universitarias, aprendidas por todos los oficiantes de la política española, desde los constitucionalistas del 76 a los del 31.

Las fórmulas que trae, alegre y poéticamente, la doctrina de José Antonio, tienen la novedad fundamental de ser sustantivas, no adjetivas y encuadradas, como las del viejo liberalismo, en los tópicos de la Revolución francesa -parlamento, división de poderes, libertad, igualdad y fraternidad- y los de la socialdemocracia republicanomasónisa: república de trabajadores, lucha de clases, dictadura del proletariado, revolución social. Para José Antonio, místico, poeta y metafísico, lo sustancial de una Patria es la Unidad de Destino. No la Monarquía o la República; no las Cortes, el Jurado o los Sindicatos; no la gaita o la dulzaina, el folklore diverso o el «hecho diferencial». y sí el Genio de la Raza, del Idioma, de la Tradición, de la Fe, de la posición geográfica: el Genio de todo lo que nos unió a los españoles bajo el Yugo y las Flechas para forjar el más grandioso destino que conoce la Historia: alumbramiento de Universos para un Imperio católico.

Naturalmente, para la patriotería andante del bienio «estéril y melancólico», el patriotismo medular, hondo y poético de José Antonio sonaba a herejía. ¡Patriotismo no de fórmulas hueras ni de cadencia zarzuelera, sino rimando con la Sinfonía inmensa de la Tierra y el Cielo, el Dolor y la Injusticia! Los buenos burgueses se reían o se asustaban y se santiguaban diciendo: ¡Qué horror, qué horror! ¡Un hombre a quien no le gusta España tal como es, tan bonita como es, con su cante flamenco, sus corridas de toros, sus gitanos famélicos, sus pueblos pintorescos sin agua, sin fuego y sin higiene, sus gentes analfabetas, su vino generoso y sus mujeres morenas! ¡Este hombre está loco o es un bolchevique!

No pensaban quienes así comentaban el áspero amor de José Antonio y su Falange a España, que ése ha sido el amor de los genios a su Patria en momentos de decadencia o banderías. No sabían que así amaban a la sombra del Imperio español que era la España de Felipe IV y Carlos II, los claros intelectos y limpios corazones de Quevedo y Saavedra Fajardo. Que así quería Sócrates a Atenas; que así adoraba Dante a su Florencia.

En un libro espléndido de Giovanni Papini se leen estos párrafos clarísimos en que el autor defiende al genial poeta de las acusaciones que

algunos comentaristas le lanzan por juzgar acremente a su Patria: «Para los modernos que entienden el amor a la Patria bajo la única forma de adulación y de celebración y creen que el buen ciudadano es el que lo encuentra todo bien hecho en su casa, el amor del Alighieri puede parecer poco amoroso, pues se manifiesta, la mayoría de las veces, con censuras y reproches; fiero amor hecho de arañazos y de mordiscos más que de mimos y de dulzuras... Aunque yo sea florentino y Florencia sea la más crudamente herida por las uñas y los caminos de Dante ([228]), soy de opinión que su manera de amor patrio es más saludable en momentos de confusión y de aflicción. Puede perjudicar la fortuna y la fama de quien le usa y por eso es mucho más heroico. Los mismos pueblos, heridos y escarnecidos con justa razón, terminan al pasar de las generaciones, por reconocer que aquellas censuras eran merecidas y que han contribuido, aunque sea en corta medida, a mejorarlos... Y esas reprensiones son signos de un amor más sincero que las maquinales adulaciones de los temerosos o de los indiferentes. Respecto a Dante, más que nadie, resulta verdadero el axioma de la pedagogía viril: te pego porque te amo. Precisamente porque ama entrañablemente desearía que su patria fuera la mejor, y para hacerla mejor se ve obligado, contra su voluntad, a cauterizar las llagas con la ardiente palabra, para ver si se cicatrizan» ([229]).

Dice también Papini -y ello puede aplicarse a nuestro José Antonio- que «un poeta que estuviese satisfecho del mundo en que vive no sería poeta». José Antonio se empareja así por su áspero amor a la Patria con los grandes genios que han soñado la buena y santa Revolución humana de la Belleza y de la Ética desde la obra de Arte: Dante, Shakespeare, Cervantes, Quevedo, Moliere, Goethe...

Junto a la Poesía de su espíritu, florecía la Ironía. José Antonio, intelectual -¡intelectual, sí, aunque ahora los que se han considerado siempre a sí mismos como intelectuales hagan aspavientos grotescos cual si hubieran sido la vida entera mineros en la galería, braceros en el campo o rancheros en el cuartel!-, sabía que la Ironía es el arma más buida de la Inteligencia. A algunos que en momentos duros se acercaron a él a pedir un puesto en la Primera Línea, le he oído contestarles: «La Falange tiene dos armas: la Ironía y la Violencia. Deja la segunda para los más fuertes y los más jóvenes y tú combate con la que te conviene.»

Ahora bien, su Ironía fue siempre como una rosa tersa de un jardín del Atica; nunca ortiga de un yermo de Beocia. Por ello, su dialéctica era sutil y suave. Jamás, en momentos en que había que debatir o comentar, salió de sus labios un insulto al enemigo, una palabra gruesa para el juicio de una actuación o un calificativo grosero. Tenía agilidad mental de sobra para hundir con un

[228] José Antonio era madrileño y decía -no sin razón- de su Madrid: «Es menester pegarle fuego por los cuatro costados, poniendo unos retenes de bomberos en sus monumentos para que se salven»

[229] Giovanni Papini: *Dante, vivo*. Trad. esp,-, págs. 200 y 201.

elogio irónico a sus adversarios. A veces no precisaba ni nombrarlos para que todo el mundo adivinase al aludido y éste se pusiera la venda. Ejemplos suavísimos de su Ironía hay multiplicados en sus escritos y discursos. Baste ahora recordar el reportaje citado de *Arriba* sobre la posible baja del señor Gil Robles de Acción Popular, y otro, en el discurso del Parlamento el 6 de junio de 1934, en que hizo ostensible la hipocresía de los capitostes socialistas y concretamente la del estupendo farsante Fernando de los Ríos. Claro es que la Ironía, como la música de Ravel, no se entiende fácilmente por todo el mundo, y por eso, muchos de los que oían estas cosas a José Antonio decían, indignados y apretándose con las manos la cartera de los resguardos y los talonarios de cheques: ¡Es un bolchevique!

COMPÁS DE ESPERA

EL «bolchevique», cerradas las Cortes y los Tribunales y abiertos los más o menos masónicos compases de espera para el último tiempo de la dramática sinfonía de la república española, va, como de costumbre, unos días de agosto a San Sebastián. Sus ojos azules quieren ver el mar. Frente al mar se sueña -cuando se es poeta y se medita en falangista- profundo y azul. En San Sebastián, el viento tiene yodo y sal para desintoxicar el pecho de los miasmas respirados en el Parlamento y en tantos otros sitios de Madrid. José Antonio va a meditar y a reposar, a tonificarse un poco y a gozar de la vida, que ama porque es joven y fuerte y sano. Ya sabe que se lo critican los burgueses, cuyos jefes políticos también pasean por la Concha y por los muelles de San Juan de Luz o los bulevares de Biarritz. Ya sabe que se lo censuran los izquierdistas, cuyos caudillos también se hospedan en los grandes hoteles de las ciudades de lujo. El único hombre público en España que parece no tener derecho a la vida es el Jefe Nacional de la Falange, que tan gallardamente se la juega a cada minuto en el azar de las esquinas implacablemente antifalangistas.

De esta estancia en San Sebastián ([230]), interesan para la biografía del Jefe dos artículos de Bravo recogidos en su libro y titulados «Frente a la dulce Francia enemiga» y «Con José Antonio sobre César». Son dos versiones diferentes de una tarde pasada en Fuenterrabía junto al mar, en la que José Antonio, frente a Francia, después de recordar hazañas guerreras de sus antepasados, recita unas estrofas del «Cementerio marino», de Paúl Valery, que conocía de memoria en francés, como en inglés sabía las de Shelley y Kipling, y en castellano las de Garcilaso, el poeta que más amaba de los de nuestra

[230] Muy breve. Yo tenía una carta suya, fechada en Madrid ya el 13 de septiembre, día en que fueron clausurados de nuevo nuestros Centros como consecuencia de un suceso en la calle de la Madera.

lengua, acaso por el parecido de sus temperamentos y su aristocracia ([231]). Dice Bravo que hablaron de la intervención parlamentaria de José Antonio en el asunto Nombela, dato completamente erróneo, pues el escandaloso chanchullo no se planteó hasta noviembre.

Bravo, mirando a José Antonio, «erguido en una peña cara al mar, recordaba una observación de Georges-Roux sobre César, aludiendo a otra de Bainville sobre Napoleón, los dos titanes que nunca dejaron de ser «hombres de letras». Y como en presencia de José Antonio sólo podía pensarse en las cimas de la más alta humanidad y en los problemas decisivos de la Historia y de los tiempos -ningún signo mejor de su grandeza-, la charla se nos fue sobre temas de Literatura y de Historia.»

«-¿Conoces -le pregunté- *La lección de César*, de Roux? (Como en el noventa por ciento de los casos en que se le preguntaba acerca de las obras históricas, políticas, sociológicas o literarias; la respuesta fue afirmativa. Tenía una violenta pasión de lector y gustaba de estar al corriente de cuanto aparecía en los tres idiomas que conocía perfectamente. Una vez que le pregunté dónde encontraba el tiempo para leerlo todo, saberlo todo y aprenderlo todo, me respondió: «De seis a nueve de la mañana se lee doblemente de prisa que a otras horas. Leo, pues, seis horas diarias, y a las nueve empiezo a trabajar.»)

»-La leí en París hace unos meses -replicó a Bravo-. Me ha parecido un libro excelente, de lo mejor que se ha hecho sobre aquella figura genial.»
Bravo -«con aquella confianza que nos consentía su cordialidad a los que le queríamos y obedecíamos desde la hora primera:»- le dijo:

«-En este libro, tan actual, hay un pasaje que puede serte aplicado. Recuerda esta frase, referida a César: «Los aristócratas han sido siempre los revolucionarios más seguros. Es la selección la que hace las revoluciones; el pueblo no pasa de los motines.» Los que te reprochan el venir de casta aristocrática, el ser hostil a toda zafiedad e inaccesible a lo vulgar, no caen en la cuenta de que hacen tu mejor elogio como jefe de un gran movimiento de renovación espiritual, que está destinado a influir decisivamente en la vida de nuestra España.»

«José Antonio -sigue Bravo- poseía como pocos el pudor de las almas grandes cuando se alude a su psicología... Sonreía irónico, cara al mar, rechazando mis palabras, y recuerdo que dijo:

»-Julio César es, posiblemente, la figura más grande de la Historia de Occidente. A lo largo del tiempo viene a ser nuestro maestro. Lo que realiza Mussolini es lo mismo que él ya ensayó. Fue un gran revolucionario; el profeta de una nueva edad clásica e imperial. Ya veremos si nosotros somos capaces de mostrar un alma tan magnánima y un temple tan firme como el suyo.»

Luego siguió hablando de Mussolini, preocupado por el resultado de la empresa que el Duce iba a acometer en Abisinia, recordó nuevamente sus

[231] También admiraba a Herrera y a Fray Luis. En cambio, no le gustaba Lope como poeta lírico ni dramático -prefería a Calderón-, por cuyo motivo discutíamos algunas veces.

impresiones de las visitas que le había hecho, resumiendo su admiración por el conductor de la nueva Italia con estas palabras:

-Lo que más cautiva es su voz; una voz dominadora, acariciante, inexorable. Una voz única, que no se parece a la de ningún otro hombre.

A su vez, cierra Bravo el capítulo con estas palabras, que suscribirán plenamente cuantos tuvieron la fortuna de oírle en el foro, en el mitin y, sobre todo, en el diálogo: «Nosotros también podemos evocar la voz de José Antonio, cautivadora, hecha para la emoción mejor que para el sarcasmo. Una voz finamente varonil, en la que latía lo mejor de su magia sobre las multitudes fanatizadas ante su figura heroica, huidiza siempre a toda chabacanería, a toda propensión a lo vulgar.»

* * *

Acabada la breve vacación, José Antonio emprende un viaje a Suiza. Va a volver a reunirse en Montreux el conato de Internacional fascista, en vísperas de la Asamblea en que la Sociedad de Naciones iniciaría su agonía con el famoso tema de las sanciones. José Antonio, que siempre se ha negado a acudir -como ya se ha dicho-, va entonces, por pura cortesía y curiosidad de conocer los rostros y actitudes de los Degrelle, Mosley, Stahremberg, Codreanu y demás jefes en Europa de partidos «fascistizantes». Hace acto de presencia, les saluda y se vuelve después de decirles que nada tienen que hacer reunidos en Internacional, pues ni el fascismo es mercancía de exportación, según ha dicho Mussolini, ni una revolución nacional puede salir de una conferencia de jefes de distintas nacionalidades. La revolución nacional tiene que arrancar de lo profundo del alma de los pueblos. El se vuelve a España a trabajar las almas aletargadas de sus compatriotas que, salvo una alegre y audaz minoría de héroes, no presienten el cercano amanecer.

Se detiene en Ginebra de tren a tren y no quiere ni salir de la estación. Cuando llega a Madrid me escribe a la ciudad de Rousseau manifestándome que no ha querido detenerse en ella por evitar las torcidas interpretaciones que pudieran darse a su presencia y por temor a ahogarse de asco en el super-Parlamento societario. Es entonces cuando me ordena mandarle frecuentemente informes de lo que ocurra y del alcance de las decisiones que tome España. Con mi compañero de profesión José Manuel Aniel-Quiroga redactamos para él las notas que recogía en casa de mi padre, como ya he contado más arriba.

El 2 de octubre, de vuelta al Parlamento, pronuncia su nunca bastante admirado discurso sobre las sanciones y en general sobre la política internacional de España. Por desgracia mía, no llegué a Madrid a tiempo de oírselo. En cuanto estuve en la capital -días después- me puse a sus órdenes para contarle las últimas impresiones que tenía de Ginebra. Recuerdo que me citó en Bakanik -bar que frecuentaba- a las siete y media de la tarde, hora en que estaba desierto. Como al llegar advirtiera mi extrañeza por el lugar de la entrevista, sonrió y dijo: «Ni en mi casa ni en el Centro tengo ya tiempo de

sostener una larga conversación con nadie. La Falange está adquiriendo un ritmo endiablado. ¡Pronto van a ver los que aún no quieren creer en ella!... La gente está cada día más magnífica y vamos a tener ocasión de pelear de firme... y en cuanto a tu disparatada idea de venirme a ver al Congreso, ¿crees que quiero tan mal a un camarada para dejarle penetrar en aquel antro pestilente?»

-Vengo de Ginebra y estoy inmunizado -le contesté.

Hablamos ancha y tranquilamente. Le conté pormenores y anécdotas de cuanto había visto y oído, y él, a su vez, al agradecerme los informes, me contó el estupor de Gil Robles cuando le abordaba en los pasillos del Congreso para advertirle de los peligros de la política que España seguía en Ginebra, contraria a los altos y sagrados intereses nacionales. «José María al principio no quería creer en lo que yo le decía. Pero luego, cuando el pobre Rocha informa en los Consejos de Ministros y resulta verdad lo que le había señalado, no sale de su asombro. Se le pone la cara más Gil Robles que nunca y viene a preguntarme: «¿Cómo te enteras de todo?» y yo le contesto con una frase que creo es de una de tus Ventanas al mundo: «La Falange tiene ojos y oídos en todas partes.»

Me dijo a continuación cómo estaba de difícil la situación política: «¡Azaña está a la puerta! No me lo quieren creer, pero te lo aseguro. Está a la puerta, y detrás de él toda la revolución comunista. Si no somos nosotros, nadie podrá salvar a España. Y a nosotros nos haría falta tiempo. Alguien cree que no, que gobernar es muy sencillo, que hacer una revolución es coger una bandera y un fusil y echarse a la calle. ¡Así lo hicieron el 14 de abril!... Nosotros tenemos que estudiar más cada día y encontrar la mejor gente. A muchos camaradas magníficos de hoy, incluso Consejeros nacionales, tendré que «jubilarles con todos los honores» el día del triunfo. Se juegan la libertad y la vida con tanto garbo, que da pena pensarlo así. Pero no habrá más remedio. Tendrán la Palma de oro, tendrán un carnet especial, tendrán una consideración de semidioses dentro de la Falange..., pero su momento habrá acabado. Alguno no será ni concejal de su pueblo, y habrá sorpresas, muchas sorpresas, de figuras que nadie piensa lo cerca que están de nosotros... Claro que esto, es hablar por hablar... ¡Sin un milagro de Dios, qué pocos de nosotros podrán ver el triunfo!»

Me hizo una gran impresión. Sus profecías eran contundentes respecto al giro de la política española. Respecto al auge de la Falange y al brío de sus hombres, le rezumaba el optimismo. El porvenir del Partido si llegábamos a triunfar le acongojaba por los viejos camaradas y le ilusionaba por las inyecciones con que pensaba fortalecerlo. Pero luego, como una corazonada, le asaltaba, no el temor, sino la certidumbre de su muerte, imposibilitándole de ver el triunfo de sus escuadras.

CON TODO EL BRÍO

DURANTE los meses del verano, *Arriba* ha estado suspendido, pero no la actividad del Jefe de la Falange toda. Ha habido, como en todo tiempo, tiros, puñaladas, detenciones, procesos y clausuras. El 7 de agosto ha caído en Sevilla Antonio Corpas. Días antes había sido herido en otro atentado Luis Torres, y la Falange organizó severas represalias. Cada minuto la actuación, desde el Jefe al último afiliado, era menos *dilettantismo*. La Falange se había hecho ya una profesión mística y sublime, aunque de ella y de José Antonio se siguiera diciendo «que si fue y que si vino». Pero no era señoritismo, ni chulería, ni ensayismo, ni reacción, un movimiento que se dirigía así -por la pluma de su Jefe, y clandestinamente en hojas volanderas perseguidas de manera implacable por el Ministro de la Gobernación cedorradical- a los mejores sectores de la opinión nacional:

«A LOS MAESTROS ESPAÑOLES:

»En estos momentos de angustia, cuando los cimientos del viejo régimen liberal se resquebrajan y los repugnantes tentáculos del marxismo y sus aliados aprisionan a nuestra España, amenazando desgarrar su territorio, borrar su historia, destruir sus valores eternos, envilecer y sumir en la miseria a la población; cuando los que antes y los que después del «bienio», lejos de obtener el fruto provechoso que la revolución del 14 de abril les brindaba, han hecho alarde de dejación y de impericia -cuando no de sadismo y concupiscencia- conduciendo el carro de nuestra fortuna al borde del precipicio, es cuando la FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S. reitera el llamamiento a todos los españoles y dedica en particular este manifiesto a vosotros, a los que ejercéis el sagrado ministerio de la Enseñanza primaria, a los que habéis de forjar el espíritu del Pueblo Español para de aquí en adelante, y os dice:

Maestros nacionales:

¡En pie en servicio de España!

»Como españoles que sois, ¡uníos a nosotros! ¡Acudid con vuestros medios espirituales a esta cruzada que hemos emprendido para salvar a España!

»Ante los ojos tenéis el balance de dos bienios: en el interior, sangre, lágrimas, dilapidación, orgía, paro obrero, enchufes, "affaires", caricias a la inhumana revolución de octubre, que hace poco reiteró sus propósitos dando "el primer aldabonazo" a las puertas de Madrid. En el exterior, debilidad,

servilismo, olvido de Gibraltar y de Tánger. En resumen: ruina espiritual y material, ¡vergüenza!

»LA FALANGE ESPAÑOLA de la J. O. N. S. tiene sellado con la sangre de veinticuatro mártires el compromiso de liberar a España; de construir sobre la ruina inminente del Estado liberal-capitalista la nueva España imperial, la España una, grande y libre que ocupará el lugar preeminente que su destino reclama y cuyo nombre será escuchado con respeto y admiración en las cinco partes del mundo.

»Por lo que hace a los intereses del Magisterio primario y a vuestra posición con respecto a la Falange, sólo os diremos que el Movimiento Nacionalsindicalista no olvida que vuestros servicios están peor remunerados que muchos de carácter subalterno, pero no hemos de empezar por ofreceros un inmediato aumento de sueldo sin saber aún cuándo y con qué medios económicos podremos regularizar los escalafones y elevaros el nivel de vida al punto que merece vuestra noble misión: no tenemos el propósito de ofenderos intentando comprar vuestra adhesión, ni la Falange emplea esa moneda falsa de tan profunda circulación en las propagandas de las derechas y de las izquierdas. Ahora hemos de dejar todo esto a un lado para atender a un punto de vista totalitario: Salvar la integridad moral y material de España sin desglosar intereses de ningún sector determinado. Es la hora de deciros tan sólo...

Maestros nacionales:

»¡Ayudadnos a salvar a España! Acudid a las filas nacionalsindicalistas, donde podréis encauzar vuestros valores docentes en un sentido nacional, evitando el triste espectáculo de esos niños a quienes se ha enseñado a saludar con el puño en alto en señal de odio, ¡monstruoso contraste con la delicadeza de sus almas!. Enseñadles a saludar con el brazo tendido al horizonte y con la mano abierta en señal de esperanza en el futuro; alejad del espíritu de los niños todo sentimiento de egoísmo individual y de clase; enseñadles a creer en Dios, en la Patria y en la obra de salvar a España para España mediante una alegre vida de trabajo y de milicia.

¡ARRIBA ESPAÑA!
FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J. O. N. S.»

* * *

OBREROS ESPAÑOLES:

DOS CAMINOS

»Todos los trabajadores, ante la angustiosa situación presente, han de preguntarse a qué se debe el que, a pesar de los constantes cambios de Gobierno, a pesar de haber gobernado las izquierdas, a pesar de los Gobiernos de centro y de derecha, el paro aumente sin cesar, la carestía de vida se haga cada vez más agobiadora y la pugna entre clases sea cada día más áspera. Fácil es comprobar la existencia de estos problemas y aun su agravación. Con Gobiernos en que figuraban ministros socialistas, todas las calamidades que abruman a la masa obrera, no sólo no tuvieron solución, sino que se agudizaron. Con Gobiernos de derecha toda la política se orienta en contra de los productores. Empeoran las condiciones de trabajo, se reducen los jornales, aumentan las jornadas, se les persigue, etc. ¿Qué significa esta coincidencia en el fondo de los partidos políticos, sean de derechas, sean de izquierdas? Significa que el régimen de partidos es incapaz de organizar un sistema económico que ponga a cubierto a la masa popular de estas angustias; que tanto unos partidos como los otros están al servicio del sistema capitalista.

»Mientras la terrible crisis económica actual ha arruinado o está en camino de arruinar a los modestos productores y la masa obrera sufre como nunca la pesadilla del paro, la cifra de los beneficios obtenidos por los beneficiarios del orden actual de cosas, los dueños de la Banca, es elevadísima.

»Así, la tarea urgente que tienen los productores es ésta: destruir el sistema liberal, acabando con las pandillas políticas y los tiburones de la Banca. Pero para llevarla a cabo se ofrecen dos caminos: el camino comunista y el camino del nacionalsindicalismo. No hay más salidas. Los dos aspiran a hacer astillas este orden de cosas; los dos quieren un orden nuevo.

»Ahora bien, ¿son igualmente fecundos, eficaces ambos?

»Cada día es más patente la influencia comunista de Rusia en el seno de la masa obrera, transportada tanto por los partidos comunistas como por los socialistas. Las consignas de la Tercera Internacional son las que animan al movimiento marxista. Aquí, en España, los partidarios de la orientación comunista dentro del partido socialista son cada día más numerosos.

»Pero el triunfo comunista en España, ¿beneficiaría a la clase trabajadora? Este es el problema que tenemos que esclarecer, poniendo en ello un especial y honrado propósito. Si el comunismo proporciona un nivel de vida más decoroso, si satisface los ideales de una empresa común, la elección no es dudosa. Pero ¿el comunismo es capaz de realizar estos objetivos?

RUSIA

»En Rusia, donde más lejos ha ido este ensayo comunista, salta a la vista no sólo que ni económica ni políticamente han ganado nada los

trabajadores (existe el régimen de salario, los jornales son bajísimos, la carestía de los artículos de primera necesidad mayor que en ningún país de Europa, según cifras dadas por periódicos rusos como *Pravda* e *Izvestia*, y la libertad política está de hecho anulada), sino que, además de eso, les han arrebatado la dignidad como hombres y les han convertido en una pieza fría de la máquina montada por los nuevos privilegiados: la burocracia oficial reclutada entre los viejos militantes comunistas. Esto, que debiera bastar para repeler al comunismo, es poco si tenemos en cuenta que aquí el movimiento estaría no al servicio de un interés español, sino supeditado a las necesidades de Moscú. El triunfo del comunismo no sería el triunfo de la revolución social de España; sería el triunfo de Rusia. Y no hay sino mirar la política turbia que hace Rusia con los grandes Estados capitalistas para deducir los fines que persigue al intentar provocar el estallido revolucionario dirigido y financiado por ella. Seríamos ni más ni menos que una colonia rusa, y es buena prueba de lo que haría con los obreros de España ver cómo trata hoy a los dirigentes comunistas. Por sus servicios les da unos rublos; pero, en cambio, los maneja como autómatas y los convierte en instrumentos ciegos, serviles de su política.

»Pues bien: si el comunismo acaba con muchas cosas buenas, como el sentido familiar y la emoción nacional; si no dan pan y libertad y nos pone a las órdenes de una nación extranjera, ¿qué hacer? No vamos a resignarnos con la continuación del régimen capitalista. Hay una cosa de toda evidencia: la crisis del sistema capitalista y sus estragos, ni siquiera atenuados por el comunismo. ¿Qué hacer, pues? ¿Estamos en un callejón sin salida? ¿No hay solución para el hambre de pan y de justicia de las masas? ¿Tendremos que optar entre la desesperación del régimen burgués y la esclavitud de Rusia?

LLAMAMIENTO

»No. El Movimiento Nacionalsindicalista está seguro de haber encontrado una salida justa, ni capitalista ni comunista. Frente a la economía burguesa individualista se alzó la socialista que atribuía los beneficios de la producción al Estado esclavizando al individuo. Ni una ni otra ha resuelto la tragedia del productor. Contra ellas levantamos la sindicalista que ni absorbe en el Estado la personalidad individual ni convierte al trabajador en una pieza deshumanizada del mecanismo de la producción burguesa. Esa solución nacionalsindicalista ha de producir las consecuencias más fecundas. Acabará de una vez con los intermediarios políticos, los parásitos. Aliviará a la producción de las cargas con que la abruma el capital financiero. Superará su anarquía ordenándola. Impedirá la especulación con los productos, asegurando un precio remunerador. Y, sobre todo, asignará la plusvalía, no al capitalista, no al Estado, sino al productor encuadrado en sus Sindicatos. y esta organización económica hará imposible el espectáculo irritante del paro, de las casas infectas y de la miseria.

»¡Trabajadores, alerta! El comunismo y todo el movimiento internacionalista tratan de especular con las masas obreras. Con los mismos

tópicos que en 1914 -libertad, democracia, progreso- intentan arruinar a España en beneficio del que paga: Rusia. Las «concentraciones populares antifascistas» son el taparrabos de los apetitos de Moscú. Ayer imponía la consigna de «clase contra clase», de lucha violenta en las calles; hoy quiere meter a la masa obrera en andanzas electorales, ligándola con los partidos burgueses de izquierdas. Los obreros, con este cambio de táctica, no van a ganar nada; perderán tanto si aúpan a las izquierdas burguesas como si llevan a participar en el Gobierno a los comunistas y socialistas. Las izquierdas burguesas, bien avenidas con el capitalismo internacional y los marxistas de Rusia, harán la política que les ordenen sus amos, no la que interesa a los obreros españoles. Los trabajadores harán una vez más de carne de cañón, y al final no hallarán el pan ni la libertad.

»¡Trabajadores! ¡Camaradas! Se acercan momentos decisivos. Nadie puede estar cruzado de brazos. Está pendiente la suerte de todos: O los trabajadores, enérgicamente, implacablemente, terminan con el gran capitalismo financiero y se unen al Movimiento Nacionalsindicalista para imponer el régimen de solidaridad nacional, o el internacionalismo nos convertirá en cipayos de cualquier gran poder extranjero.

»El Movimiento Nacionalsindicalista, consciente de su fuerza y de su razón, mantiene el fuego contra todos los enemigos: contra las derechas, contra las izquierdas, contra el comunismo, contra el capitalismo. Por la Patria, el pan y la justicia. Estamos seguros de vencer. Lo exige así el interés de los productores y la conveniencia nacional. Impondremos sin contemplaciones un orden de cosas nuevo, sin hambrientos, sin políticos profesionales, sin caciques, sin usureros y sin especuladores.

»¡Ni derechas ni izquierdas! ¡Ni comunismo ni capitalismo! Un régimen nacional. ¡El régimen nacionalsindicalista!

¡ARRIBA ESPAÑA!

*** * ***

LABRADORES

«Se os ha engañado tanto con palabras más o menos bellas, que ya casi da vergüenza acercarse a vosotros con nuevas palabras. Hay tantos "agrarios" por ahí vueltos de espaldas a vuestra angustia, que tenéis razón para desconfiar de todo el que viene a recordárosla. Estáis hartos de política. Pero todo el asco que se os ha metido en el alma no impide que sigáis en vuestro puesto, callados y sufridos, bajo la helada y bajo el sol, siendo el soporte

económico de España y la guarda duradera y profunda de sus esencias espirituales.

»Mientras vosotros os extenuáis, acaso para sacar tres ó cuatro semillas por una, el prestamista descansa en la seguridad de que vuestro sudor le asegura los réditos; el especulador sabe que tendréis que venderle la cosecha a cualquier precio, para que no se os pudra en los trojes; el cacique cuenta con vuestra esclavitud para especular en política, y el político os adormece con promesas para encaramarse sobre vuestras espaldas. *Pero ninguno de ésos quiere vuestra salvación, porque su medro depende de que sigáis siglos* y *siglos como ahora.* Ninguno de ellos quiere la *revolución agraria* que España necesita.

HAY QUE ENRIQUECER AL CAMPO

»Lo primero que hace falta es dotar al campo de mayores recursos económicos. El campo sostiene a la ciudad. Pero la ciudad, en vez de devolver al campo la mayor parte de lo que éste produce, lo absorbe en el sostenimiento de la vida urbana. La ciudad presta al campo ciertos servicios intelectuales y comerciales; pero *se los cobra demasiada caros.* Así resulta que lo que vuelve de dinero al campo cuando se venden las cosechas es apenas suficiente para dar de comer a quienes las recogieron y, desde luego, insuficiente para emprender nuevas labores. Así, resulta que casi todo el campo español recibe un cultivo defectuoso, produce escaso y caro y coloca cada año a los labradores en la misma congoja cuando llega el instante de vender la cosecha.

»Un Estado que se interese de veras por el labrador para algo más que para pedirle los votos, ya hubiera asegurado a los productos del campo un cultivo adecuado y un precio remunerador con medidas como las siguientes:

»Organización de un verdadero crédito agrícola que prestara al labrador dinero con facilidades y bajísimo interés sobre la garantía de sus cosechas y le redimiera de este modo de la usura y del caciquismo. Si el Estado obligara a la Banca -que se enriquece con los millones ajenos- a dar dinero al contado sobre el valor de las cosechas con un interés bajísimo, ni los labradores se quedarían con las cosechas sin vender, ni tendrían que venderlas a cualquier precio a los especuladores, ni los diputados y ministros tendrían que gastar más tiempo en palabras inútiles, convertidos en una nueva plaga del campo.

»Difusión de la enseñanza: agrícola y pecuaria, llevándola hasta el mismo campesino, para orientarle y aumentar su capacidad técnica.

»Ordenación de las tierras, para evitar que los labradores se arruinen dedicando sus tierras a cultivos absurdos, cuando quizá bien dirigidos podrían obtener de esas mismas tierras productos remuneradores.

»Protección arancelaria enérgica de los productos del campo, sacrificados muchas veces a la defensa de industrias artificiales e inútiles.

»Aceleración de las obras hidráulicas. llamadas a fertilizar tantas tierras sedientas.

PERO NO BASTA

»Pero no basta con esas medidas. Hay que llevar a cabo a fondo la verdadera *revolución nacional agraria.* Todavía, pese a las «reformas agrarias» que se hicieron pasar ante nuestros ojos, hay muchísima gente en España que vive del campo sin trabajar, que vive de las rentas del campo sin contribuir *en nada* a que el campo produzca, cobrando la renta como quien cobra el impuesto. Hay, por otro lado, muchísima gente que se ve obligada a labrar durante años y años, a falta de otra cosa, un terruño seco que apenas le da para sostener su hambre. y muchísimas tierras que por mala distribución, por mal cultivo o por avaricia de sus dueños sostienen a mucha menos gente de la que podrían sostener.

»Hay que acabar con eso. Pese a quien pese, sobre la tierra de España tiene que vivir el pueblo español. Y no sobre *toda* la tierra de España, porque una grandísima parte de ella es inhabitable e incultivable. Es *una burla* para el campesino elevarle a propietario de un trozo de tierra pedregosa y estéril. No; donde hay que instalar al pueblo labrador de España es sobre las tierras buenas, sobre las que hoy existen y sobre las que pueden fertilizar los riegos. *España tiene tierras suficientes para mantener a todos los españoles y a quince millones más.* Sólo faltan los hombres enérgicos que lleven a cabo la bella y magnífica revolución agraria: el traslado de masas enteras, hambrientas de siglos, agotadas de arañar tierras míseras, a los anchos campos feraces.

»Para esto habrá que sacrificar a unas cuantas familias, no de grandes labradores, sino de capitalistas del campo, de rentistas del campo; es decir, de gentes que sin riesgos ni esfuerzos sacan cantidades enormes por alquilar sus tierras al labrador. No importa. Se les sacrificará. El pueblo español tiene que vivir. Y *no tiene dinero para comprar todas las tierras que necesita.* El Estado no puede ni debe sacar de ningún sitio, si no es arruinándose, el dinero preciso para comprar las tierras en que instalar al pueblo. Hay que hacer la reforma agraria *revolucionariamente,* es decir, imponiendo a los que tienen grandes tierras el sacrificio de entregar a los campesinos la parte que haga falta. Las reformas agrarias como la que rige ahora, a base de pagar a los dueños el precio entero de sus tierras, *son una befa* para los labradores. Habrán pasado doscientos años y la reforma agraria estará sin hacer.

TODO DEPENDE DE VOSOTROS

»Todo depende de vosotros, labradores. De que sacudáis de una vez vuestra fe en políticos charlatanes y en panaceas llegadas del Parlamento de Madrid. *Falange Española de las J.* O. *N. S.,* que es la que os dirige estas palabras, no pide votos ni ofrece milagros: os conmina a que os unáis en Sindicatos fuertes, defensores directos de vuestros intereses sin la mediación de los políticos. Formad Sindicatos fuertes, que reclamen la revolución agraria nacional, esa revolución agraria que hará la Falange sin contemplaciones cuando gobierne. Levantar la vida del campo es levantar la vida de España.

Nuestra Patria espera el instante de un gran resurgimiento campesino, que será la señal de su nueva grandeza. El campo libre y rico nos deparará una España unida, grande y libre. ¡Arriba España!»

INDUSTRIALES, COMERCIANTES, LABRADORES, GANADEROS, PESCADORES, ARTESANOS, EMPRESARIOS, PRODUCTORES DE ESPAÑA

«¿Sabéis lo que os espera?

»Os espera para muy pronto una nueva revolución comunista. El actual Estado español, impotente y escéptico, se encontró milagrosamente con una victoria sobre la intentona terrible de octubre de 1934. Si hubiéramos tenido algo que se pareciese a un buen equipo de gobernantes, la revolución comunista, diestramente desarticulada, no hubiera vuelto a levantar la cabeza en muchos lustros. ¿Es eso lo que ha ocurrido? No hagáis caso del optimismo oficial, que todo lo pinta de color de rosa: asomaos a los hechos y juzgar por ellos si el peligro rojo puede considerarse evitado.

»Todos los domingos se celebran en distintas ciudades españolas mítines comunistas. Hay en ellos profusión de puños en alto, vivas a Largo Caballero y a González Peña -condenado el uno y acusado el otro como jefes de la rebelión de hace un año-; multitudes enardecidas no sólo no muestran la menor contrición por las enormidades de Asturias, sino que se jactan de haberlas realizado. Ved *Alianza Obrera,* de Valencia; ved *La Verdad,* de Sevilla. Y leed en sus páginas cosas como estas:

«Conmemoremos, estrechamente unidos, el primer aniversario de octubre.» (En la primera plana de *La Verdad* del 15 de septiembre.)

«Nosotros reivindicamos octubre, estamos orgullosos de octubre y absolutamente convencidos de que si mañana mismo se planteara ante la clase trabajadora de España una situación semejante, no tendríamos la menor vacilación en repetir aquella misma gesta.» (Palabras de J. G. Gorkin, del Bloque Obrero y Campesino, en el mitin celebrado en la Plaza de Toros de Valencia el 18 de agosto último.)

«Estamos con los de octubre. Reivindicamos para el proletariado, español la continuidad histórica de aquella gesta.» (Palabras de Francisco Galán, del Partido Comunista, en el mismo acto.)

«Hoy la luz viene de Asturias. Asturias pudo triunfar precisamente porque se constituyó la verdadera alianza obrera. Si en España, como nosotros antes del movimiento de octubre decíamos, si en España se constituye la alianza obrera total del proletariado español, la revolución proletaria triunfará en todo el país.» (Palabras de Francisco Arín, de los Sindicatos de Oposición, en el mismo mitin.)

»¡Esto se dice todos los domingos en todos los ámbitos de España, sin disimulo ni recato! ¿Suelen hablar así los vencidos?

SI LLEGAN A TRIUNFAR

»Si llega a triunfar la ola roja, ¿quiénes hubieran sido sus víctimas? ¿Los grandes capitalistas? Ciertamente, no; el gran capitalista es internacional; cuando recibe un golpe en un país cubre las pérdidas con la que en otros países gana. Rusia ha acabado por ser la tierra de los grandes negocios para unos cuantos grandes financieros. Las víctimas -aquí como en Rusia- hubierais sido vosotros, pequeños industriales, pequeños comerciantes, pequeños ganaderos y agricultores, pescadores y artesanos... Vosotros sois siempre las víctimas de la revolución: vuestras casas arden las primeras; vuestros negocios son los primeros que se «socializan». Además, como vuestras reservas económicas son escasas, no podréis resistir en espera de mejores tiempos.

»Y esto pensando sólo en lo material. Pensad ahora en lo espiritual: pensad en la blasfemia, estimulada casi como virtud cívica; en la idea de Patria, arrancada del alma del pueblo; en el sentimiento de la familia, extirpado como «prejuicio burgués»; en el pudor, hecho objeto de befa... Pensad en que vuestras hijas, en la escuela materialista que el Estado rojo implantará, oirían recomendar el amor libre. Esto no son fantasías: antes de 1917 pudiera recusarse un cuadro así como ennegrecido con miras de propaganda; pero desde 1917 la realidad de Rusia proclama que todo es verdadero y posible.

»No vale meter la cabeza bajo el ala y decir, por ejemplo: «¡Bah!, aquí no puede arraigar el comunismo; somos muy individualistas.» Vano subterfugio: los rusos también son individualistas; a los rusos no les gustá el comunismo; pero el comunismo -¡no lo olvidéis!-, una vez triunfante, no se sostiene por la aceptación del pueblo, sino por la fuerza y el terror. El partido comunista ruso, con sólo dos millones de afiliados, se mantiene en el Poder gracias a su inmenso ejército, bien retribuido, y a la ocupación de los puestos de mando. Y para mantenerse no vacila en adoptar las medidas más atroces: durante diez años el Poder bolchevique ejecutó casi *dos millones de fusilamientos*.

TAMBIÉN EL CAPITALISMO OS MALTRATA

»Bien sabéis vosotros que el gran capitalismo tampoco os hace felices. La competencia con él es ruinosa para vosotros; la gran industria, de enorme producción en serie, devora a la pequeña industria y a la artesanía, incapaces de producir tan barato, aunque produzcan con más primor; los grandes almacenes, de precio único o de precios bajos, hunden al pequeño comercio; los agricultores pequeños tienen que vender a cualquier precio sus productos para que los vendan poderosos intermediarios; los ganaderos y pescadores, lo mismo; y la Banca los atosiga a todos con los créditos caros, el descuento caro, los plazos cortos y el interés compuesto.

FRACASO DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

»Los partidos políticos no han mejorado en nada nuestra suerte; los de izquierdas estuvieron a punto, en dos años, de arruinarnos sin remedio. Los de derechas, vacilantes y prisioneros del gran capital que los sostiene, ni han sabido implantar un régimen económico más justo en favor de los verdaderos productores, que sois vosotros y los obreros, ni han sabido alejar implacablemente la amenaza comunista.

»Por no descubrir la verdadera trama del juego, siguen dejando que arda la lucha de clase entre vuestros obreros y vosotros, cuando lo que os esquilma a vosotros y a vuestros obreros es una tercera fuerza, especuladora e improductiva, el gran capital financiero, que recaba para sí, sin trabajo, lo mejor que producen vuestros esfuerzos conjuntos.

»Si el producto entero de la dirección y la técnica, la propiedad real y el trabajo, quedara en manos de quienes de veras cooperan a su obtención, las luchas sociales serían mucho menos duras. Pero los partidos de derechas nunca llevaron a cabo la verdadera transformación económica. Así perdurará el rencor con que obreros y empresarios luchan como perros hambrientos por el mendrugo que el capitalismo les deja. Y los demagogos -esos «apóstoles» del proletariado, que han hallado en la agitación una manera de encubrir su gandulería- azuzarán el odio y acelerarán los intentos revolucionarios. y vosotros, en medio, víctimas de los unos y de los otros, iréis viendo clarearse vuestras filas con los atentados «sociales» y con las quiebras.

SOLO HAY UN CAMINO

»Urge rehacer a España sobre bases nuevas, fuertes y justas. Daos cuenta de que esto es *completamente posible* en cuanto los españoles nos unamos resueltamente para hacerlo: España no ha padecido con el rigor de otras naciones la crisis económica de hace unos años. No entró tampoco en la guerra europea. Tiene innumerables cosas por hacer, en las que pueden hallar trabajo durante un siglo cuantos quieran trabajar de veras. ¡Qué magnífico porvenir se nos presenta como realizable! ¿y qué impide que lo realicemos? ¡La política! La política, que nos desune, nos envenena, sacrifica por las miras electorales el verdadero interés del pueblo y gasta en querellas inútiles el esfuerzo que debiera emplearse en trabajar por el bien de España. Ya no os queda partido político en que confiar: las izquierdas os maltrataron; las derechas han perdido dos años preciosos; *dentro de tres meses todo lo más, de no haberlo sabido evitar las derechas, España será entregada de nuevo a la inseguridad de unas elecciones. En ellas triunfarán los partidos revolucionarios de octubre y volverá otra era de persecución, desastre económico y rencor* ([232]). Si las derechas, que os prometieron tanto, hubieran sido fuertes, inteligentes y, sobre todo, «nacionales», eso no

[232] Véase la fecha de esta hoja. Antes de los tres meses estaba dado el Decreto de disolución.

hubiera podido ocurrir. ¿Seguiréis, después del fracaso, confiando en ellas?

»No hay más que un camino: nada de derechas ni de izquierdas; nada de más partidos: un gran movimiento nacional, esperanzado y enérgico, que se proponga como meta la realización de una España grande, libre y unida. De una España *para todos los españoles,* ni mediatizada por poderes extranjeros ni dominada por el partido de la clase más fuerte.

»Hace falta un gran movimiento nacional, nutrido además del viejo temple heroico de España. Un gran movimiento que no tolere las provocaciones de la insolencia roja ni asista impasible al asesinato de sus militantes, como asisten, débiles, los partidos llamados de «orden» y las asociaciones profesionales en que estáis inscritos. Un gran movimiento nacional que aspire a infundir de nuevo ese mismo temple heroico a la Patria entera, llamada otra vez, si lo queremos firmemente, a realizar gloriosos destinos.

»Pues bien: ese gran movimiento nacional ya existe. Contra todas las persecuciones, contra todas las dificultades, bajo el silencio tramposo de la Prensa capitalista, ese movimiento ha penetrado ya en todos los pueblos de España y se extiende cada minuto. *Su triunfo está próximo.* Quizá algún escéptico sonría al leer esta frase; pero los escépticos, los cautos, se han equivocado *siempre.* Sólo la fe remueve montañas, y la fe en un gran destino español es el patrimonio de ese movimiento que os convoca a sus filas. Se llama la FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J. O. N. S.

»1º de octubre de 1935.»

* * *

José Antonio, infatigable, se debatía con los invisibles tentáculos del calamar radicalcedista, que intentaban asfixiarnos, y tenía, a la vez, que atacarle por todos sus flancos vulnerables, blanduzcos, fofos y repugnantes, y que solicitar de él para la Falange «el favor» de un trato igual al que se daba a la Prensa y a las organizaciones marxistas. Es dable suponer su esfuerzo para vencer su repulsión física para ir a hablar a este o el otro Ministro de la suspensión de *Arriba,* de las clausuras de centros, de las detenciones de camaradas.

Quiso la mala suerte del conglomerado gobernante que se autorizase la salida de *Arriba* en vísperas del «straperlo». El 31 de octubre -dos días después de un solemne funeral por los Caídos en Santa Bárbara, rebosante de gente y henchido de emoción- volvió a oírse por las calles madrileñas la saeta optimista de su título: «¡Ha salido *Arriba!*» Había salido mutiladísimo por la censura, que tachó casi todo el artículo de José Antonio, el rótulo y el pie de

una caricatura genial de Alfonso Ponce de León, aun cuando tuviera que dejar íntegro todo el editorial «Gas de los pantanos», del propio José Antonio -en el que se afirmaba categóricamente que «aunque no fuese más que para evitar de manera tajante toda participación con el resto de la política española, nuestra Falange debe existir y persistir»-, y su discurso en el Parlamento en la memorable sesión suicida del lunes 28 de octubre, pronunciado en un momento en que todas las habilidades y torpezas parlamentarias se disponían a echar tierra al escándalo. Este discurso y su efecto impresionante habían sido silenciados en la «gran Prensa» -salvo alguna honrosa excepción y sin la excepción de cierto «gran periódico», órgano del patriotismo oficial- y su aparición textual en las resucitadas columnas de nuestro semanario fue un campanillazo tan vibrante que despertó a algunos, durmientes aún después del mitin de Azaña en Comillas. La suciedad apestosa de todo un sistema, de todo un régimen, y la contaminación por sus miasmas de gentes que pretendían exhibir «patente limpia» fueron anatematizados por José Antonio en una elocuentísima y breve «carga a la bayoneta». Porque este discurso -imperdonado por la C.E.D.A.- tuvo consecuencias no simplemente políticas, sino históricas -la exclusión de la Falange del Frente Nacional en las elecciones de febrero-, y porque justifica por sí soto la presencia constante en el Parlamento de José Antonio, -denunciada como un terrible delito por Bedoya y Ledesma Ramos-, se transcribe íntegro a continuación:

«Está terminándose esta discusión y no ha alcanzado su medida ni su volumen. La gente que nos mira desde fuera, quienes nos escuchan desde las tribunas, saben que esto no puede quedarse en una votación más o menos copiosa de los tres, de los cuatro o de los cinco extremos que nos propone la Comisión. Aquí hay sencillamente -y sé que quizá por primera vez en mi actuación parlamentaria voy a suscitar un escándalo-, hay un caso de descalificación de un partido político. *(Rumores y protestas.)* Ni más ni menos: descalificación de un partido político, que es el partido republicano radical. *(Protestas de [a minoría radical)*

»Por la siguiente razón. *(Continúan los rumores.)* Estoy decidido hoy a no dimitir mi puesto de acusador aunque me insultéis.

»Hemos estado escuchando al señor Salazar Alonso. Todos conocemos al señor Salazar Alonso y estamos todos, probablemente, inclinados a creer en su inocencia. El señor Salazar Alonso ha hecho una defensa torpísima; nos ha querido hacer creer que el Gobernador de Guipúzcoa, que el Subsecretario, todo el mundo, daba autorizaciones de juego sin que el Ministro de la Gobernación se enterase. El señor Salazar Alonso, que tuvo en su despacho del Ministerio aquel juego, que ya no recuerdo cómo se llama, pero que consiste en un simulacro de ruleta. El señor Salazar Alonso no ha tenido siquiera el valor de negar de frente una sola de las imputaciones, sino que viene señalando defectos procesales en la tramitación, como si estuviéramos en un juicio verbal. Y, sin embargo, debajo de toda esta debilidad de defensa,

rezumaba como una especie de sinceridad, como una especie de verdad en la honradez íntima del señor Salazar Alonso. Pero quedaron en el ánimo de todos dos conclusiones: primera, -que probablemente el señor Salazar Alonso no había obtenido el menor beneficio de todo ese asunto; segunda, que el señor Salazar Alonso había faltado a las normas de esa buena ética política en la tramitación de este asunto. ¿Qué hay para que el señor Salazar Alonso, que no ha recibido si acaso más que ese modesto regalo de un reloj, con el que no se soborna a ningún Ministro de la Gobernación, accediera a todas esas maquinaciones en que entra el holandés a quien descalificáis, pero con el que habéis estado tratando cuatro meses, y el hijo adoptivo de don Alejandro Lerroux, y don Sigfrido Blasco, y todas esas personas? ¿Qué aparece aquí? Pues aparece, sencillamente, el reflejo de un clima moral, que sólo existe, en estos momentos, en el partido radical, de que formáis parte. *(Rumores y protestas en el partido radical.)* No, ahí, en esos bancos, en aquellos otros *(señalando a los de distintas minorías)* no hubieran estado cuatro meses unos cuantos indocumentados con unos diputados colocando, al extranjero, en el ejercicio de su truhanería barata, el importe de un billete de coche-cama, el importe del almuerzo, el de una conversación telefónica; eso no ocurre en más partido que el vuestro. *(Protestas de los radicales.)* Yo sé que en vuestro partido hay personas honorables; pero esas personas honorables tienen que saltar, como las ratas saltan del barco que naufraga, por que si no se hundirían con el barco.

»Además, el señor Ministro de la Guerra y vosotros, los que os sentáis en esos bancos *(señalando a los de la minoría popular agraria),* con los que he contendido muchas veces, pero entre los que tengo muy buenos amigos y en los que hay un instrumento de gobierno para España y, si queréis, para la República; vosotros y su señoría, señor Ministro de la Guerra, que sabe cuán profundos son el afecto, el respeto y la admiración que le profeso, tenéis que pensar en esto: que ya ningún partido español podría ir nunca en alianza electoral ni política con el partido radical, porque el partido radical está descalificado ante la opinión pública. Y no me vengáis con que las colectividades no delinquen; las colectividades sí delinquen; contra las colectividades se toman los acuerdos de descalificación, se pronuncian condenas colectivas, y si no coged el *Diario de Sesiones* número 122, del 15 de noviembre de 1934, y veréis cómo colectivamente con vuestros votos, con la firma del señor Gil Robles en primer lugar, se impusieron sanciones colectivas al partido socialista, se recomendó al Gobierno que disolviera las entidades socialistas y que se incautase de sus bienes. No me vayáis a decir que todos y cada uno de los socialistas delinquieron, ni que delinquieron las Casas del Pueblo, que no pueden delinquir porque son inmuebles; sin embargo, por un principio de justicia política y con vuestros votos, fuisteis vosotros los que propusisteis a la Cámara, y la Cámara acordó, que se extendiera al partido la responsabilidad de una actuación ilícita de sus miembros. Pues bien: cuando en un partido pueden manipular durante meses -sin que esto cause extrañeza, sin que esto pueda explicarse, sin que personas de probabilísima austeridad,

como el -señor Salazar Alonso ([233]), puedan sustraerse a la red- cosas como éstas que nos avergüenzan y nos apestan, que encolerizan contra vosotros, y si no lo remediamos esta misma tarde, contra el Parlamento, a todo el pueblo español, ese partido, empezando por su jefe, que hace muy bien en alegar su vida política, porque la conocemos todos, tiene que desaparecer de la vida pública.» *(Rumores.)*

* * *

Tiene otra excepcional importancia este discurso, y de ella se dio cuenta José Antonio enseguida y se la empezó a dar gran parte de España. Y es ésta: España, por pereza mental, por cansancio de siglos o por lo que sea, no se sabe interpretar a sí misma ni acierta a conocerse en las interpretaciones auténticas de sus hombres de excepción. Esos fueron los fracasos de un Prim, de un Maura, de un Primo de Rivera. Pero España -que se ignora y se complace en ignorarse- tiene la sensibilidad despierta para juzgar y la pituitaria ultrasensible para advertir el primer vaho de podredumbre. Hacía ya tiempo que España -vuelta de espaldas al espejo que José Antonio le ofrecía para que comprendiese por qué no le gustaba y por qué no podía gustarse a sí misma- venía tapándose la nariz por todo un hedor pestilencial próximo. España advirtió en aquel discurso de José Antonio una coincidencia total de criterio y empezó de soslayo a mirarse en el claro cristal de la Falange, para terminar por comprender -tarde, desgraciadamente, para tener a José Antonio al frente, pero a tiempo, por fortuna, para salvarse- que «arrojar la cara importa», cosa hasta entonces inadvertida por las derechas y por las izquierdas.

---

[233] *Nota de la tercera edición.-Víctor* de la Serna refirió en un artículo titulado «*Ida y vuelta del último artículo de José Antonio*», que el 29 de junio de 1936 marchó a Alicante en automóvil para llevar al Jefe, encarcelado, el texto mutiladísimo por la censura de un artículo que José Antonio le había enviado desde su celda, a fin de consultarle si procedía o no su publicación en *Informaciones*. «Iba conmigo -escribía el gran periodista- un republicano converso: uno de aquellos hijos del pueblo, mal a gusto con una sociedad cargada de prejuicios arcaicos, pero a partir un piñón con esa adorable criatura, siempre tierna, enamorada y fiel que es España, que estaba hermosa aquella mañana, coronada de abejas, alondras y palomas. Casi no nos dábamos cuenta el valeroso y sencillo español Rafael Salazar Alonso y yo de que nos saludaban al pasar con pañuelos rojos y puños encrespados. Sin embargo, a él se le vio muy bien emocionarse cuando en Mota del Cuervo unos mozos nos saludaban brazo en alto. Ya he dicho que era español, valeroso y sencillo. El lo que quería era ver a José Antonio y recibir la investidura de falangista, cosa que no era un negocio. Luego, en Alicante, no se atrevió a ir. Con una enorme humildad que no he olvidado, me dijo: 'No quiero que nadie me tome por un histrión. Dígale usted a José Antonio que le escribiré.'

Ignoro si Salazar Alonso escribió a José Antonio y si José Antonio llegó a admitirle en la sagrada hermandad de la Falange. Lo cierto es que, encarcelado en la Modelo en julio de 1936, el ex ministro radical, converso -como otros diputados de su mismo partido- a la fe española de la Falange, murió como un camarada más en la matanza de agosto.»

En este mismo número, José Antonio, en un extenso artículo titulado *Azaña,* repite con machaconería obstinada su profecía de la vuelta al Poder del hombre de Casas Viejas. Y hace un estudio crítico de la figura del ex-secretario del Ateneo, que vale por toda una biografía de Zweig. Un solo párrafo le basta para perfilar su figura y el porqué de su llegada a la cima de la política española. Otro para inquirir las causas de sus fracasos, y un tercero para justificar su vuelta, Recomiendo a los lectores el estudio y la reflexión de este artículo, prodigio de objetividad, de crítica implacable a pesar de aquella objetividad, de agudeza política y de penetración profética en las oscuras encrucijadas del porvenir. Nada se ha escrito más exacto sobre el político de los trágicos bienios. Ni el autorretrato que es el libro reciente *La veillée a Benicarló,* del propio monstruoso gobernante, cala más hondo en su ser repulsivo.

*** * ***

La salida de *Arriba* encuentra cada vez más dificultades, y no es la menor de ellas la económica. Sin embargo, José Antonio advierte que es indispensable tener un diario. Como no se vive ya en los tiempos del nonnato *Sí* y la Falange se ha decidido rotundamente «contra el orden» y contra otras muchas cosas, no hay que contar con las onzas de los millonarios ni la sapiencia de los técnicos. La Falange, desamparada y liberada como un bando de gorriones en su intemperie, hará su propio periódico diario de una manera distinta a como los demás se hacen. Con acciones de cincuenta pesetas. Con suscripciones de once veinticinco. Se considerará como acto de servicio la adquisición de una acción o el pago de una suscripción. Así, alegremente, soñaba hacer José Antonio su *Arriba* diario:

POR NUESTRO DIARIO

CAMARADAS:

«Nuestro más turbio enemigo se agazapa entre los bastidores de la Prensa capitalista.

»De esa Prensa que aspira a llamarse «nacional» y que no ha tenido una palabra de elogio para nuestros hermanos de milicias muertos por España en la revolución de octubre.

»Ni para los que llevaron partes de guerra, bajo las balas, de pueblo a pueblo, del grueso a la vanguardia, de la playa al crucero.

»Pero en cambio lanza a los cuatro vientos, con rencorosa complacencia, la más leve prisión de uno de los nuestros, la clausura de cualquiera de nuestras casas, todo lo que pueda representar para nosotros humillación o contrariedad.

»Nuestra voz no puede seguir condicionada por la benevolencia tacaña de la Prensa capitalista.

»Necesitamos un diario. Y lo merecéis vosotros, camaradas magníficos, dignos de que esta España sorda conozca y agradezca vuestro heroísmo.

»Necesitamos un diario. ¡Y lo tendremos!

»Desde hoy, todos quedamos adscritos a la tarea de procurar fondos para el diario. Cada uno de nosotros se transformará en altavoz y multiplicará por diez su actividad para que no haya rincón de España a donde el anuncio de nuestro diario no llegue.

»Todos los días, en todas partes, de una manera pertinaz y entusiasta, hablad de nuestro diario.

»A toda persona que conozcáis persuadidla -con la vehemencia del que anima a una cruzada de que adquiera acciones para el diario, a cincuenta pesetas cada una.

»Al que no pueda adquirir acciones, convencedle de que se suscriba por un trimestre, al precio de once veinticinco pesetas.

»Tan pronto alguno acceda a lo uno o lo otro, dad su nombre a vuestro jefe local para que, sin pérdida de tiempo, le cobre la cantidad ofrecida y la remita a la Administración de *Arriba,* apartado 546, Madrid, con nota del nombre y domicilio del accionista o suscriptor.

»A los suscriptores convencedles de que paguen el trimestre adelantado; porque su dinero es indispensable para empezar. El periódico se les servirá, durante tres meses a partir del primer número.

»El militante de cada J. O. N. S. que cada semana haya procurado más dinero al diario será inscrito en el cuadro de Honor local, donde permanecerá hasta que otro le supere.

»La escuadra que en cada provincia procure más dinero al diario cada semana tendrá derecho a usar un banderín que esta Jefatura Nacional enviará a las Provinciales y a conservarlo hasta que otra escuadra la supere.

»En el semanario Arriba, *que pronto reanudará su publicación, se dará noticia cada semana de las Organizaciones provinciales que se distinguen en esta campaña por nuestro diario.*

»¡Camaradas!: ¡Todos desde ahora en campaña hasta que logremos el periódico de la Falange!

ARRIBA ESPAÑA

1º de octubre de 1935.

El Jefe Nacional,
José Antonio Primo de Rivera.»

II CONSEJO NACIONAL DE F. E. DE LAS J. O. N. S.

COMO la situación de España es gravísima y José Antonio advierte todos los peligros, se convoca al Consejo Nacional de la Falange para los días 15 y 16 de noviembre. El día 17, como sesión de clausura, se organiza un gran mitin en el mismo cine Madrid, de tan grato recuerdo para la Falange. La Jefatura Nacional de Prensa y Propaganda quería organizarlo en la Plaza de Toros Monumental; pero el apremio y la inseguridad en el tiempo y el que a última hora fallase el permiso de la autoridad obligó a desistir de ello. El Consejo había de estudiar los seis temas siguientes: A) Posibilidades de creación de un Frente Nacional español y actitud de la Falange ante tal supuesto. B) Métodos tácticos que debe seguir la Falange. ¿Participación en la mecánica política constitucional? ¿Actividad circunscrita a la actuación crítica y propaganda? C) Actitud ante los nacionalismos particularistas españoles. D) Elaboración de un índice de los problemas económicos más apremiantes. E) Problema del paro. F) Orientaciones de política agraria.

En las noches del 6 y el 7 mueren asesinados en Sevilla Eduardo Rives y Jerónimo de la Rosa, en las circunstancias tan admirablemente relatadas por Dávila y Pemartín en su *Historia de la Falange sevillana*. José Antonio alza su voz acusadora en el Parlamento. «No para formular una enérgica protesta, como es uso parlamentario», sino para denunciar la incapacidad y, sobre todo, la parcialidad del Gobernador civil, protector de los comunistas y perseguidor de la Falange. Sacrificando en parte la posible resonancia de su discurso, anunciado para el día 17 -para oírle hay ya, con nueve días de anticipación, batallas por las tarjetas-, se lanza a fondo a descubrir los propósitos de los socialistas: la Dictadura de tipo asiático que «está rugiendo bajo la indiferencia de España».

Y ante aquel Parlamento del tedio y la suciedad, que escucha como el que oye llover las denuncias sobre las actividades rojas, habla por vez primera de sus camaradas el Jefe Nacional de la Falange. Y no lo hace para pedir el simple respeto a los Caídos, sino para exigir de unos Diputados cómodos y perezosos, que falsean y disimulan la función de legisladores para que fueron elegidos, la gratitud y la admiración «porque en medio de la distracción de casi todos están hombres humildes en la primera línea de fuego, cayendo uno tras otro, muriendo uno tras otro para defender a esta España que acaso no merece su sacrificio».

En la reseña de la sesión de Cortes de aquel día, los periódicos dirían sólo que el señor Primo de Rivera interviene para protestar de la muerte de unos falangistas en Sevilla y acusar a los socialistas de preparar la revolución, mientras dedicarían columnas enteras a las habilidades, las intrigas y los navajazos políticos de unos y otros canes con diferentes collares. Pero la

Falange, conmovida, lee las cálidas palabras de su Jefe y se llena de orgullo de morir por una Patria que quizá no lo merezca, pero también por un Jefe a quien se ofrenda con alegría toda la sangre de las venas.

Sancho Dávila merece también de José Antonio una cuartilla encomiástica en el número 19 del periódico. José Antonio dice de él palabras justas y sobrias -como lo hace siempre que censura o elogia- sin que influyan lo más mínimo en ellas el parentesco y el afecto: «Día tras día, con sacrificio de todo -ocios, holgura económica, puesto social, tranquilidad de un hogar reciente-, Sancho Dávila viene dándose por entero a la Falange. Los camaradas de Sevilla encuentran a toda hora en su Jefe territorial no sólo el consejo seguro y la autoridad benigna, sino el afecto de un hermano mayor, a la par tierno y fuerte. Así se hacen los hombres en el ambiente religioso y militar de nuestra Falange. Así, en el instante de morir, todos, como Jerónimo de la Rosa, llaman antes que a nadie a los hermanos de milicia. Así toca a los Jefes ejemplares como Sancho Dávila aprender junto a la cabecera de los moribundos este sentido grave, sacrificado y gozoso, que va depurándonos por dentro para hacernos dignos de la misión que nos aguarda.»

Este retrato de Sancho Dávila era el de todos los Jefes falangistas, exaltadamente queridos, respetados y obedecidos por los camaradas.

No digamos de José Antonio y de Ruiz de Alda en Madrid. Pero sí que cualquier camarada de Burgos hubiese querido tener a Andino a la cabecera en la hora de la muerte, y los de Toledo, a Sainz; los de Valladolid, a Onésimo; los de Aragón, a Muro y a Merino; los de Galicia, a Suevos; los de Badajoz, a Ezquer; los de Cáceres, a Luna; los de Salamanca, a Bravo; los de Santander, a Hedilla; los de Mallorca, a Zayas... José Antonio estaba bien cierto de ello y por eso le entristecía que algunos Jefes careciesen de preparación política suficiente para continuar al frente de sus provincias o regiones el día del triunfo.

-Es desconsoladoramente bello que la Falange tenga muchos más corazones que cabezas -me decía una vez.

-¿Preferirías lo contrario?

-No, porque entonces no seríamos lo que somos y en vez de la gloria de o triunfar o caer, nos aguardaría la mediocridad de triunfar con los otros.

Aquellos hombres modestos y entusiastas, reunidos con José Antonio en un saloncito de la Cuesta de Santo Domingo, fijan la posición de la Falange ante la tragedia inminente de la Patria, durante los días 14 a 16 de noviembre. Las comisiones encargadas de redactar las ponencias sobre los seis temas sometidos por la Jefatura Nacional a los Consejeros estuvieron así formadas: A) Sánchez Mazas, Bravo, Dávila, García Tuñón y Gaceo. B) Valdés, Allanegui, Salazar, Alvargonzález, Servet, Ezquer, Guitarte y Batllés. C) Bassas, Esteve, Andino, Meleiro, Sánchez Puerta, Aguilar, Alfaro, Aizpurúa, Sánchez Mazas, Bravo y Moreno. D) Ruiz de Alda, Buhigas, Barrado, Panizo, Sainz y Cuerda. E) Mateo, Hedilla, Blasco, Cabezas y Luna. F) Moreno, Aizpurúa, Redondo, Vignote, Maciá y Muro.

Por distintas razones no pudieron tomar parte en las tareas del Consejo otros miembros del mismo, como Ruiz Arenado, Lozano, Navarro, Suevos, Santamaría, Rodríguez Acosta, Illera, Nieto, Yela y Merino.

Asistieron a las reuniones, además de los citados, el Jefe Nacional, el Secretario General y Agustín Aznar, que ya era Jefe Nacional de la Primera Línea. José Antonio inauguró las sesiones del II Consejo con unas palabras sobrias y elocuentes, en las que expuso la labor llevada a cabo por la Organización en los trece meses transcurridos desde octubre del 34, de la que subrayó la redacción de los Estatutos, la exposición de los 27 Puntos Iniciales, la reorganización del Partido después de los intentos escisionistas, la recuperación plena del optimismo, el entusiasmo y la disciplina; la magnífica actuación de las Jefaturas Provinciales y la cada día más entusiasta y eficaz actuación del S. E. U. y de la Central Obrera Nacionalsindicalista. Con su claridad de visión y su preparación rigurosa intervino en la discusión de todos los temas, sin perdonar el más pequeño detalle o matiz que aclara se los conceptos que Falange tenía que dar, irremediablemente, a España.

Como clausura se celebró el 17 el mitin en el cine Madrid. Ante el mismo decorado del 19 de mayo -gloriosamente aumentado de nombres el telón de los Caídos- y ante un público más numeroso y vibrante -del que varios miles de personas quedaron en la calle- hablaron Roberto Basas, Raimundo Fernández-Cuesta y José Antonio, verbo de España hecho luz y claridad.

Antes de empezar el primer orador, el Jefe, saliendo al paso de rumores propalados para amedrentar a los tímidos, dijo estas palabras lapidarias, hasta ahora no recogidas en ninguna parte: «Ha corrido por ahí el rumor de que alguien piensa perturbar este acto. La Falange está dispuesta a no consentir la menor tentativa de alteración del orden, por lo que advierto a cualquier venido aquí con ese propósito que no habrán transcurrido dos minutos desde el instante de la exteriorización de tal propósito y su ingreso en la Casa de Socorro más cercana. Así que orden, orden y orden. El camarada Secretario general, Raimundo Fernández-Cuesta, va a dar lectura a los nombres de los Caídos.»

Lo hizo Raimundo con su voz grave y enseguida empezó a hablar Bassas. Tras su breve discurso habló Raimundo, que encendió el entusiasmo del auditorio con su claro arrebato falangista.

En el momento de empezar su discurso José Antonio se oyó una explosión muy intensa. El Jefe hizo un gesto para imponer una calma que nadie había perdido, aun cuando todos temimos que se trataba de un atentado. Afortunadamente no era nada de eso. Se trataba -«si no lo has, ¡oh, lector!, por pesadumbre o enojo»- del magnesio del aparato fotográfico de Agripino Camín, que por no sé qué extraña ley física explotó antes de tiempo y con mayor estrépito que el habitual.

(José Antonio, que no se inmutó, creía después que había sido todo un truco de los camaradas de Prensa y Propaganda para demostrar la disciplina de la Falange, ya que nadie se movió de sus asientos.)

En la reseña del acto que, por encargo expreso del Jefe, hubo de hacer el autor de este libro se decía: «La Falange no oye: escucha. Escucha como el místico a sus voces interiores, cada uno escuchamos nuestra propia alma en el examen de conciencias que fue el magnífico discurso del Jefe, y cada uno se sintió al terminar la oración -auténtica oración esta vez- de José Antonio Primo de Rivera, más purificado, más fuerte y más generoso para el sacrificio que nos pidan España y la Falange, estas dos cosas por las que vivimos, que el Tiempo convertirá muy pronto en una sola.»

José Antonio comenzó su discurso a los consejeros y a los demás camaradas que gozaban juntos tan alta temperatura espiritual. Luego describió, el Parlamento estéril, en su agonía de úlceras malolientes, que hacían de él algo como un cadáver insepulto. Recordó su profecía del 29 de octubre de que no estaba en él -ni estaría nunca- nuestro sitio, y formuló la pregunta de congoja de todo español: Después del derrumbamiento previsto y apetecido, ¿qué vendría? Volvió a hablar de Azaña, diagnosticando otra vez su diabólico esteticismo, para anunciar su vuelta no al frente de las masas ingenuas y alegres del 14 de abril, sino a lomos de las masas torvas y rencorosas, envenenadas por los agentes españoles del bolchevismo ruso, bolchevismo que definió de una manera espeluznante después de leer algunos textos de los Socialistas españoles: «El bolchevismo ruso es la versión infernal del afán hacia un inundo mejor.» Examinó la descomposición del capitalismo y del liberalismo, que han roto «la armonía del hombre y de la Patria, del hombre y su contorno», hiriendo de muerte el sistema, abriendo paso a la invasión de los bárbaros, en la que «van ya, ocultos y hasta ahora negados, los gérmenes de un orden futuro y mejor», que ha de salvar nuestra generación pasando «de la última orilla de un orden económico social que se derrumba a la orilla fresca y prometedora del orden que se adivina». Señaló las actitudes frente a ese porvenir y la misión de impedirle el paso de una generación como valor moral. Esa generación -ya juventud española- tiene el alma partida por los rótulos de izquierda y de derecha; pero en cuanto llega un trance de prueba nacional se entienden todos los valores a quienes resultan estrechos aquellos moldes. Ambas juventudes de izquierda o de derecha arden con el afán de encontrar en los espacios eternos los trozos ausentes de sus almas partidas. Vaticinó la lucha futura -más dramática que unas elecciones- entre un frente asiático y un frente nacional que definió con precisas limitaciones para evitar que se metiera en él «mercancía de contrabando». Ni propósitos reaccionarios o nostalgias clandestinas de formas terminadas o de vueltas a sistemas económicos o sociales reprobables, ni gentes «habituadas a vivir en climas morales donde florecen estraperlos». Además de estas exclusiones en lo histórico y lo moral señaló la necesidad de una tarea que diese a España una base material de existencia para elevar a los españoles al nivel de seres humanos y la fe en un

destino nacional colectivo. Lo económico suponía la desarticulación -revolucionaria- de los capitalismos rural, bancario e industrial y la reforma agraria en sus dos aspectos de reorganización económica de la tierra y la reinstalación revolucionaria del pueblo campesino. Pero además era necesario mirar a nuestro pueblo por arriba, dándole una fe colectiva en la Patria como unidad de destino, sin ironía ni ordinariez. Acabó explicando una vez más el «modo de ser» de la Falange y volvió a hablar del Frente Nacional, en el que la Falange sólo pedía una cosa, a l que tenía derecho: «ir a la vanguardia, porque no nos aventajaba ninguno en la esplendidez con que dimos la sangre de nuestros mejores». Si no querían acudir los demás a esa llamada, peor para nosotros, pero peor para ellos también y peor para España. *«La Falange seguirá hasta el final en su altiva intemperie. Y ésta será otra vez -¿os acordáis, camaradas, de la primera hora?-, ésta será otra vez nuestra guardia bajo las estrellas.»*

El escalofrío vuelve a apretarnos el corazón con sus tenazas de hielo al releer las profecías -cumplidas todas- de este discurso. Nos vuelve a apretar de ira los dientes el recuerdo de la sordera, la indiferencia, la cobardía y la ruindad con que se acogió aquel discurso maravilloso -tan actual y tan fresco cada día como si se hubiese pronunciado el anterior- que sirve para todas las horas de España y del mundo, que aún no ha visto claro los peligros que amenazan a una civilización y a una cultura gloriosas. Y nos vuelve a llenar de orgullo haberlo escuchado apasionadamente, haberlo releído miles de veces, saber de memoria sus conceptos y descubrir en él cada vez nuevas verdades y nuevas normas, que se levantan contundentes ante cada circunstancia diversa de la Patria. Como en el instante de oírlo de los labios inspirados de José Antonio, el alma y la sangre nos revientan en juramentos interiores, alegremente secretos de fidelidad hasta la muerte, al Jefe que nos movía y nos mueve a todo lo más alto y lo más generoso. Es tan mágicamente vivo este discurso -como todo cuanto habló y escribió José Antonio-, que su lectura a los tres años y medio de pronunciarse y a miles de kilómetros de la Patria nos hace llorar y reír y caer de rodillas ante Dios para agradecerle sobre todos sus dones éste, que no cambiaríamos por nada: el haber creído en José Antonio cuando los demás no creían y el llevarle en el pensamiento cada segundo de sueño y de vigilia, cuando quizá ya algunos empiezan a olvidarle.

* * *

Sordera, indiferencia, cobardía y ruindad... Todo eso se produjo después del discurso del 17 de noviembre en el ánimo de aquellos hombres a quienes iba enderezado.

El silencio en la Prensa, consigna de siempre; el sarcasmo en los corrillos, el revuelo en las pandillas, el recelo en los figurones, el pánico en las escarcelas. Temblorosas las pilas de oro y los fajos de cupones de los capitalistas, gritaban «¡No! ¡No!», como los ficheros en que el populismo encerraba las fórmulas imposibles de su política de transigencia. España era

una charca infecta y en todas sus orillas había sapos y ranas que croaban «no, no». Censores y críticos subrayaban con gruesos trazos rojos las frases revolucionarias para enseñarlas a sus clientelas asustadas. El gallinero tenía estremecimientos, como si un águila se acercase. Y en medio de los campos tristes, descritos por el Genio -«los eriales que nunca debieron dejar de ser eriales, los pedregales que no se debieron haber labrado nunca; nuestras tierras calvas con nostalgias de bosques; las tierras estériles donde el pueblo español perpetúa su miseria-, se plantaban espantapájaros con figuras caricaturescamente humanas para intentar espantar a las frescas alondras del amanecer revolucionario de la Falange, que habían nacido curadas de espanto... ¡Sordera, indiferencia, cobardía y ruindad de los politicastros!... Pero ya España está oyendo la voz de su misma angustia en el clamor angustiado de José Antonio, y aunque todavía no entiende la profecía, sí presiente que puede llegar a entenderla. Quizá en el fondo de su tierra doliente se lo están diciendo los cadáveres de los veintitantos falangistas que pudren sus carnes tronchadas por haberla querido desmesuradamente.

NUEVAS TÁCTICAS DE ATAQUE EN EL LIBRO DE LEDESMA RAMOS

EN ese momento hay que combatir por todos los medios esta verdad que España empieza a oír y a querer entender: la verdad de José Antonio más que de la Falange, porque toda la Falange ha sido José Antonio mientras estuvo entre nosotros, y todos los demás, con ser muchos, no éramos nada sin él. Las tácticas políticas justifican todos los medios. Contra José Antonio y la Falange se recrudecen los antiguos, bien conocidos y se emplean otros nuevos. Por aquellos días aparece una nueva edición de un libro de «El Caballero Audaz» en que se escribe esto:

«DON JUAN DE ESPAÑA
(Por El Caballero Audaz)

Págs. 258-59-60

»¿Qué solución queda entonces?

»¿El fascismo acaso? Permitidme que me sonría despreciativamente.

»Yo he sido, sin razón, tildado de fascista porque en un libro mío preconicé la necesidad de un Estado fuerte, capaz de responder con la violencia justiciera a la violencia solapada que se hacía en contra de él; pero yo soy un desengañado del presunto fascismo español.

»Está desplazado de nuestra política porque el fascismo, por culpas ajenas a su ideología y por un equivocado encauzamiento, tampoco ha sabido cumplir su misión.

»¿Cuál es, cuál ha sido la misión del fascismo en la política europea contemporánea?

»Simplemente la de dar la batalla al marxismo.

»Y resulta, por modo dramáticamente grotesco, que el fascismo en España ha habido ocasión en que se ha abrazado -en la persona de su Jefe- con uno de los líderes del socialismo militante en pleno salón de sesiones del Congreso.

»¿Qué podrá esperarse de un fascismo de tal forma dirigido? Simplemente, lo que ha pasado: que mientras el líder fascista se reducía a un papel decorativo de pasar junto a los muertos de su agrupación en las ceremonias fúnebres, el marxismo salió a la calle a dar la batalla.

»Y esa batalla al marxismo no se la ha ganado como en Italia, en Alemania o en Austria, el fascismo militante. No; la batalla contra el marxismo, en España, la han ganado, con su esfuerzo, con su dinero y con su sangre, los partidos de derecha en las elecciones de noviembre, trayendo una mayoría parlamentaria, y ahora, en el momento de la revolución, la ha ganado el Ejército.

»¿Qué tiene, pues, que hacer ese equívoco fascismo español, que elogió a los socialistas y ha dejado que las juventudes de Acción Popular y el Ejército del Estado republicano ganen la batalla a sus enemigos?

»De no rectificar inmediatamente sus formas y maneras, recemos un responso irónico, burlesco y piadoso sobre el cadáver de ese nonnato fascismo español, que sólo tradujo del fascismo verdadero la espectacularidad teatral y aparatosa y la inofensiva ceremonia de unos saludos a la romana.»

* * *

También aparece entonces el libro, de Ledesma Ramos, ya citado, *¿Fascismo en España?,* publicado con el seudónimo de «Roberto Lanzas». Hacía tiempo que la *Patria Libre* había muerto de aburrimiento y que las *masas corajudas* de Ledesma no daban señales de vida. Algunos de sus seguidores volvían, cabizbajos, a acercarse a la Falange Española de las J. O. N. S. Otros merodeaban a la expectativa para ver qué pasaba. Algunos se ofrecían a las nonnatas «guerrillas» de choque de partidos reaccionarios y otros soñaban con crear nuevos partidos patronales desde los que combatir el capitalismo. A Ledesma se le tenía olvidado generosamente y ni los mismos de la vieja guardia jonsista querían oír hablar de él. Y he aquí que sale a la luz su libro, lleno de injurias contra José Antonio -tantos como elogios de «Roberto Lanzas» a Ramiro Ledesma-, en el momento en que la Falange se apretaba más en haz con su Jefe venerado. ¿No es mucha casualidad que sea entonces cuando Ledesma quiere volver a conquistar el Estado? ¿Quién financiaría la edición de *¿Fascismo en España?* ¿Los fascistizados de derecha a quienes elogia?... ¿Otras fuerzas que ni se nombran en el libro?...

Como todo lo de Ledesma, el estilo es claro y vigoroso. Su primera parte, dedicada a explicar el fenómeno del fascismo, primero como actitud mundial y después como arisca posición nacional de la hora española, tiene grandes aciertos. La segunda parte es la de la saña contra José Antonio.

En las páginas 5 y 6 -perteneciente a las líneas previas-, el autor dice que ha sido «desde las primeras jornadas uno de los más fervorosos de ese designio ([234]). Entré a formar parte de los primeros grupos nacionalsindicalistas que enarbolaron la bandera, de las flechas yugadas y he permanecido en el movimiento hasta hace pocos meses, en que se produjeron los conocidos sucesos de orden interior, reflejos lamentables de descomposición y crisis. He de manifestar que mi participación en el movimiento ha sido la de un militante de la base, un simple soldado de filas. No he desempeñado cargo alguno ni puedo ofrecer, por tanto, desde estas líneas previas una especial autoridad que confiera al libro prestancias espectaculares. Ahora bien, creo disponer de dos ingredientes de valor altísimo, que de seguro agradecerá el lector y los estimará como los mejores para que este libro le ofrezca confianza. *Uno es mi honradez y fervor de militante, que me dota de especial sensibilidad para comprender el sentido de los esfuerzos a que aquí he de referirme.* Otro, que poseo la información necesaria, que mis datos son de una autenticidad rigurosa, pues he colaborado con cierta asiduidad en las revistas y en los periódicos del Partido y he sido honrado de un modo permanente con la amistad de los jefes, de los camaradas que han tenido a su cargo las tareas centrales de la organización. Mi información es directa. Ni una sola tilde de cuanto en el libro figura puede ser objeto de rectificación honrada. *Cuanto se dice en estas páginas es rigurosamente cierto, es la verdad, aunque, naturalmente, no sea ni pueda ser toda la verdad.»*

Este subrayado es del propio Ledesma y, sin duda, irónico, pues un hombre que concibe un libro de polémica, de defensa personal, de ataque violento contra otro, empieza encabezándolo con nombre supuesto y sigue alardeando de honradez y de veracidad, tiene -si no es tonto, y Ledesma no lo era- que sonreírse de sí mismo.

Pero lo peor es que los jonsistas y falangistas -ya unos en el ideal y en la devoción del Jefe- sabían que «Roberto Lanzas» era Ledesma Ramos, y claro, esa afirmación solemne, casi de juramento de proceso cinematográfico -«es la rigurosa verdad, aunque no sea toda la verdad ni pueda ser toda la verdad»-, hacía que no sólo no se tomara en serio el libro, sino que fallara la presunción del autor cuando decía en el mismo preámbulo: «Estoy seguro de que me lo agradecerán los millares de jóvenes a quienes ese colapso del movimiento puede privar de consignas combativas y de bandera eficaz. Y estoy seguro también que he de facilitar los trabajos para la victoria y vigorización triunfal del *movimiento jonsista,* cuyas ideas han sido la única levadura de Falange

[234] La organización de un movimiento «fascista».

Española y de las J. O. N. S. y cuyos hombres son los más desprovistos de responsabilidad en la coyuntura desgraciada que la organización atraviesa.»

No le agradeció ni uno solo la publicación de aquel panfleto, en que trataba de separar a cuantos ya éramos una Hermandad sagrada e inquebrantable de mística y de sangre; de anular la personalidad de José Antonio, ya demasiado cimera en la Historia contemporánea de España para que nada ni nadie pudiese empañar la gloria purísima de su prestigio; de hacer el juego a todas las maquinaciones que se urdían para alejar del Frente Nacional al único hombre capaz entonces de darle contenido y formas de auténtica revolución española, histórica y socialmente. Los dos propósitos primeros quedaron fallados, y el último no es de presumir cuajara por la fuerza del libro, sino que, como ya se ha dicho, no necesitaban acicate para ser como eran los sordos, los indiferentes, los cobardes y los ruines.

José Antonio, al conocer el libro, viendo la indignación de algunos, dijo con soberano desprecio:

-Dejad al pobre Ramiro. ¡Bastante desgracia tiene con que todas las «lanzas» se le vuelvan cañas!

Y éste del Jefe sería nuestro comentario si no fuese porque, aun después de enterrado José Antonio en El Escorial, hay «ramirismo» -aliado con otros «ismos» aún no muertos del todo en España- y porque algunas de sus afirmaciones dan pauta para esclarecer algunos aspectos del pensamiento del Primer Jefe Nacional de la Falange, propósito de todo este libro.

Afirma Ledesma en la página 69 que, cuando la quema de los conventos en 11 de mayo de 1931, algunos redactores de *La Conquista del Estado* propusieron impedir la destrucción del de los Jesuitas, en la calle de la Flor, «no, naturalmente, por simpatía a la Iglesia, pues *La Conquista del Estado* "lo era todo" menos clerical. Pero se desechó en el acto. Pues lo mismo que tiene sus doctores debe tener también sus defensores, ya que no son pocos los que medran y se cobijan políticamente en sus banderas. Además, *La Conquista del Estado* culminaba entonces su táctica de estruendo popular, de acercamiento a las consignas de la revolución contra el Gobierno provisional ([235]), y su intervención en aquel pleito, después de todo no ligado a ella de una manera directa, hubiera reducido al periódico y al grupo a la impotencia». Como es natural, Ledesma no se recató de afirmar que era todo menos clerical. Aunque más tarde, al fundar las J. O. N. S., *«se postulara el respeto a la tradición religiosa»,* encerrando ciertas concesiones, «a lo que pudiera llamarse el espíritu de las derechas, en parte, para batir al marxismo buscando en sus medios el apoyo necesario» (pág. 75), chocó con el espíritu sinceramente católico de José Antonio, que aunque no era clerical -ni mucho menos-, tampoco *era todo* antes que aquello, sino solamente lo que debía ser.

[235] En la página 64 narra su propósito de enlazar por su flanco con la C. N. T., y en la 65, sus interferencias en la huelga de la Telefónica y su quebranto al fracasar ésta.

El espíritu unificador de Ledesma no respondía jamás a otro deseo que al de engrosar *sus huestes*. Aun con repugnancia o desprecio, acepta colaboraciones para hacerse una fuerza. Así, al hablar de los jóvenes que en Valladolid seguían a Onésimo Redondo -grupo en el que más tarde había de sembrar la cizaña de la escisión, sin conseguir arrastrar más que a media docena insignificante de los que no habrían de ir al «Alto de los Leones» en julio de 1936-, dice que «este grupo no ofrece muchas garantías de fidelidad al espíritu y a los propósitos de las J.O.N.S., pues estaba compuesto en su mayoría de antiguos «luises», y con una plena formación reaccionaria». Pero Ledesma y los demás fundadores jonsistas, deseosos de ampliar el radio de la organización y *de utilizar en lo posible el máximum de colaboraciones,* en la creencia de que más tarde llegaría la formación jonsista de los militantes, no mostraron inconveniente en gestionar el ingreso de este grupo en las J.O.N.S., ofreciendo además a Onésimo Redondo un puesto en la Dirección Nacional del Partido (pág. 78).

José Antonio, en cambio, segurísimo de que el movimiento que salvara a España jamás podría ser «una manera de pensar», sino «un modo de ser», nunca trató de procurarse colaboraciones que careciesen de esta identidad esencial, sin la cual entendía que el partido sería todo lo más una confederación de fuerzas autónomas, para lo cual ya estaba bien -es un modo de decir- la CEDA. Si José Antonio hubiera sido *todo menos clerical,* no hubiera dado un puesto en la dirección nacional del Movimiento a un hombre como Onésimo, «antiguo discípulo de los jesuitas, con los que seguía en íntimo contacto», según afirmaba de él Ledesma Ramos.

«Roberto Lanzas» cuenta en las páginas 86 a 90 la aparición de *El Fascio* y descubre una vez más el maquiavelismo político de Ledesma Ramos.

Delgado Barreto -su fundador- «era un hombre que no tenía posiblemente, del fascismo más que ideas muy elementales y hasta incluso falsas, pero sabía a la perfección el arte de hacer un periódico fascista para el tendero de la esquina, para el hombre de la calle. Lo que es, desde luego, un valor».

«Indudablemente -prosigue-, tras de Barreto estaba ya José Antonio Primo de Rivera.

»No se olviden las relaciones de Delgado Barreto con el General. Y ahora, ante la empresa fascista, operaba de acuerdo con los propósitos políticos del hijo, de José Antonio, que en estas fechas comenzó a soñar con un partido fascista del que él fuera el Jefe. No obstante, Delgado Barreto daba ya entonces la sensación de que no le dominaba una fe absoluta en cuanto a la capacidad de José Antonio, y con mucha prudencia eludía el jugarlo todo a la carta exclusiva de éste.»

«Se formó un Consejo de redacción, para el que fueron requeridos los jonsistas. *Estos se prestaron de malísima gana,* porque les horrorizaba verdaderamente el título del periódico y porque no veían garantías de que aquello no se convirtiese en una madriguera reaccionaria. *Pero el afán de destacar*

su labor y de popularizar en lo posible el movimiento jonsista pudo más que todo y convinieron entrar en aquel Consejo, si bien bajo el compromiso que ellos, los de las J.O.N.S., redactarían las dos planas que de un modo exclusivo estarían con integridad dedicadas al jonsismo.

»El Consejo de redacción, además del director, que era Barreto, lo formaban: Giménez Caballero, Primo de Rivera, Ramiro Ledesma, Sánchez Mazas y Juan Aparicio ([236]).

»El periódico estaba listo y se disponía a arrostrar cualquier vendaval. Desde luego, y después de la actitud coactiva de los socialistas, era segura la intervención del Gobierno y muy probable el encarcelamiento de los redactores más destacados. El día antes de la salida no faltaba más que el artículo de Sánchez Mazas, hombre al parecer no muy provisto de heroísmo, que, ante la inclemencia del temporal, con diversas excusas, no escribió el artículo y se fue a pasar el día fatídico a El Escorial.

»Giménez Caballero hizo un plan programático, de bastante interés, si bien quizá demasiado severo, intelectual y seco. Primo de Rivera escribió un artículo teórico contra el Estado liberal, que firmó con la inicial «E.». Ledesma y Aparicio llenaron las dos planas jonsistas, y Barreto, periodista fecundo, escribió innumerables cuartillas haciendo llamamientos, perfilando la futura organización, etc.»

Narra luego la aparición y recogida de *El Fascio,* añadiendo que fue una gran ventaja que su aventura terminase apenas nacida. «Se iba desde él a una segunda edición del antiguo upetismo, que, naturalmente, para quienes representaban un sentido nuevo, nacionalsindicalista y revolucionario, hubiera significado el mayor de los contratiempos...» «Y la renuncia a hacer del movimiento una cosa propia, una cosa de la juventud nacional, con su doctrina, su táctica y sus propósitos, en absoluto desligados de la carroña pasadista y superviviente.»

«Los jonsistas, a la vista de aquella gente, y después de alegrarse de la suspensión, volvieron a sus tiendas, pues comenzaba para ellos su mejor etapa, la que los convirtió en señaladores y orientados innegables del nuevo movimiento.

»Por primera vez conocieron entonces a Primo de Rivera, del que justo es decir no se mostraba tampoco muy conforme con aquella virgolancia de *El Fascio,* pues *aunque nada provisto de condiciones. de caudillo,* es hombre inteligente y de buen sentido. En aquella ocasión, como luego en muchas otras, se dejaba llevar.»

Juan Aparicio -seguidor de Ledesma en el cisma de fines de 1934- ha rectificado a «Roberto Lanzas», al historiar el nacimiento de *El Fascio.* Contando cómo José Antonio condujo en su coche al Consejo de redacción

[236] Un artículo de éste, publicado en *La Gaceta Regional,* de Salamanca, en 20 de noviembre de 1938, recogido en el libro *Dolor y memoria de España* (págs. 255 y 256), discrepa en algunas cosas de la narración de Ledesma, como se verá más adelante.

para ver a Delgado Barreto en su hotelito de las afueras de Madrid, nos da un perfil mucho más ingenuo y veraz de José Antonio, que en nada presentaba ese aspecto que quiere darle Ledesma de embutido en el sueño de ser jefe fascista. Dice, por el contrario, que «se sentía contento, aunque nos anticipó durante el camino su zozobra de autor ante un artículo que nos leería después: Cada uno, como si se tratara de primerizos noveles, que se prestan ánimos y consejos recíprocamente, declamamos nuestras cuartillas en común. José Antonio había escrito, bajo la rúbrica de *Orientaciones,* un ensayo acerca del Estado nuevo. Este artículo se publicó firmado con la inicial de su título nobiliario una simple «E». El Marqués de Estella aún se resistía a prescindir de los vínculos históricos de su pasado familiar ([237]). Don Manuel leyó sus chirigotas. Ledesma, una entrevista consigo mismo, o sea, con Ramiro Ledesma Ramos ([238]); Sánchez Mazas, unas páginas de 1927 sobre el yugo y las flechas ([239]); yo, la primera exégesis poética de nuestro escudo ([240]) y la «Camisa Negra» -apelación a la batalla entre un paralelo del Duce y Ortega y Gasset-; Giménez Caballero, su copiosa colaboración variada, su coloquio con Ruiz de Alda, su interpretación de Mussolini, sus puntos de partida para un gran movimiento nacional, para una conquista del Estado, para una organización sindical de España. Por estos triunfos venideros brindamos los seis con benedictino ofrecido por Barreto. Parecíamos colegiales por el ademán y profetas por el empeño. Nuestro jubilo era expansivo y se perpetuó durante el regreso. Otra vez en el automóvil, volvían a retozar las cábalas y los augurios. Corría el coche empujado por un hálito de la campiña de Roma. La conversación se había tornado romana por completo. Ramiro, como un joven Viriato discrepante, se encerraba en sí; yo recordaba mi latín de Salustio en la conjuración de Catilina. Rafael Sánchez Mazas hablaba y hablaba de sus recuerdos romanos -fantasías, amores y erudición-. José Antonio nos propuso el tuteo. Ernesto Giménez Caballero mentó a César. Por primera vez profetizaba a José Antonio que era Augusto, que sería el hijo de César.»

Ledesma Ramos continua su libro haciendo historia de las J. O. N. S. sin perdonar ocasión de zaherir a José Antonio y a sus primeros seguidores ni olvidar una cosa que a muchos interesaba conseguir y para lo que no se repararon medios: señalar discrepancias entre el Fundador y su hombre numero uno, Julio Ruiz de Alda. Así dice en la página 104 que, además de las

---

[237] Y nunca rompió con ellos, aun cuando desde 1935 no utilizara el título y escribiera sus cartas -por lo menos a los camaradas- en papel de abogado, sin emplear el antiguo con la corona y la inicial.

[238] Esta autointerviú le retrata. Más tarde, en el libro que se comenta en estas páginas se haría su autoelogio. Desde luego, no era la modestia su virtud característica. Al revés de José Antonio, a quien no le gustaba hablar o que se hablara de él.

[239] No he conseguido hacerme con el ejemplar de *El Fascio,* por lo que ignoro si se publicaron y, por tanto, si la aseveración de que Rafael no colaboró es una falsedad más de Ledesma.

[240] Que hasta la aparición de este artículo de Aparicio había venido atribuyéndose al propio José Antonio.

J.O.N.S., había otros grupos que se llamaban «fascistas» «que venían dedicados infantilmente a extender hojitas y pasquines de redacción bastante ingenua que circulaban profusamente por Madrid y provincias». Estos trabajos eran ya dirigidos por Primo de Rivera y Ruiz de Alda, circulando tales hojas entre elementos de antiguo ligados a la Dictadura, militares retirados y terratenientes de las provincias. De todos modos su actividad se limitaba a esa, al reparto de hojas, que llevaban como membrete un recuadro, con las iniciales F.E. (Fascismo Español). En la 106 habla de unos detenidos en el penal de Ocaña por uno de los famosos «complots» que se inventaba la Republica, y escribe: «Espíritu de grupo sólo se advertía en los anarquistas y en los de las J.O.N.S. En los demás detenidos como derechistas, se advertía un guirigay pintoresco. Era gente varia, sin ninguna o muy poca ligazón de partido. De ellos, unos doce pertenecían a la organización que por entonces trataba de fundar Primo de Rivera, con el nombre -nos parece recordar- de M.E.S, (Movimiento Español Sindical).» En la 107 añade de estos hombres «que, poco o nada acostumbrados a la persecución política, se deprimían con gran frecuencia, armando entre sí altercados y peloteras. Había entre ellos, por ejemplo, un valenciano que reclamaba a la organización no sé cuántos miles de pesetas por los trastornos -decía- que le ocasionaba la estancia en el penal. Y se los reclamaba al que le había captado para el partido primorriverista, creo que un señor Marquina, antiguo torero (?). Todo esto, presenciar esto, era para los jonsistas muy divertido.»

El terrible revolucionario, ferozmente antiburgués, confiesa en la página 110 que al salir del penal de Ocaña hizo un viaje a San Sebastián y Bilbao, donde tenía algunas amistades que lo conocían y estimaban desde la publicación de *La conquista del Estado.* Allí pudo lograr la media docena de jóvenes de la alta burguesía que gestionaron algún auxilio económico para las J. O. N. S., que necesitaban «extender la propaganda, de que viajasen los dirigentes, de "equipar" los *grupos, de crear, en lo posible, Prensa. Reunieron unas 10.000 pesetas, cifra no muy alta, pero que puso al partido en franquía, le permitió tener un local amplio y aumentar enormemente el ritmo de la propaganda» ([241]).*

Continúa en la misma página: «A fines de agosto fue Ledesma a San Sebastián, donde veraneaban los elementos que, fuera y alejados de las J.O.N.S., venían desde algunos meses antes tratando de organizar una fuerza fascista: Primo de Rivera, Ruiz de Alda y Valdecasas. Tuvo con los tres una entrevista larga, a la que asistió también José María Areilza.

»Durante los meses anteriores, la relación de las J.O.N.S. con los proyectos de *esos elementos* a que nos referimos había sido muy escasa. Los jonsistas no creían en la seriedad de sus trabajos ni le atribuían mucha importancia ([242]).

---

[241] Esta confesión del propio Ledesma no contradice, sino apoya, las acusaciones de José Antonio en el famoso primer «Aviso a los navegantes», citado más arriba.

[242] Sin embargo, a espaldas de ellos, iba su jefe a buscar contactos.

»En esa entrevista de San Sebastián, Ledesma -sigue diciendo Ledesma- pudo apreciar que seguían dispuestos a organizar algo, y que, desde luego, estaban muy deseosos de contar con los jonsistas. Pero pudo también apreciar que se movían entre grandes vacilaciones, que sus planes eran cosa *en exceso fría y calculada,* y, sobre todo, que estaban decididos a no dar publicidad a sus propósitos hasta que no aconteciese la caída de Azaña. Ledesma se mostró con ellos quizá demasiado intransigente, encerrado en su trinchera de las J.O.N.S, y no volvió a verlos hasta pasados dos meses, ya celebrado el mitin de la Comedia.»

Los reproches de Ledesma a los fundadores de la Falange son absolutamente pueriles, cuando no falsos. Que vacilaran y calcularan antes de lanzarse a una aventura peligrosa y trascendental, es lógico cuando no se trata de inconscientes aventureros, sino de hombres que quieren lo mejor para su Patria. La confusión política en aquellas fechas llegaba a su colmo. España estaba dividida en dos mitades, que creían ciegamente en Azaña o en Gil Robles. Levantar una bandera que, por fuerza, había de significar enfrentarse con ambos sectores de opinión no era un juego de chiquillos, máxime si los hombres que iban a empuñarla tenían ya una responsabilidad en la vida. Un demagogo cualquiera, un arribista, un pícaro, podía salir a la plaza pública a vociferar. Tres hombres con nombres adquiridos en serios aspectos de la vida y cuya participación en el tinglado político habría de llamar la atención del país por esos prestigios bien ganados, no podían lanzarse a tontas y a locas con palabrería fácilmente ardorosa, pero sin contenido. La propia estimación de su juvenil madurez aconsejaba la meditación y la duda. España necesitaba se le dijesen no las palabras de siempre, siempre falsas. España soñaba una voz nueva, sin oquedades, que precisase matemáticamente, clínicamente, el diagnóstico de sus dolencias y el plan curativo. Antes de formular el primero y proponer el segundo, era lo normal un estudio sereno si no se tenía temperamento de curandero. La vacilación, la frialdad y el cálculo eran indispensables.

Lo que es absurdo en el comentario de Ledesma a la entrevista de San Sebastián es la insinuación del miedo a Azaña. La actuación pública de José Antonio desde la caída de su padre desmiente tan terminantemente que algo le asustara, como el vuelo del «Plus Ultra» es suficiente para asegurar la falta de temor de Ruiz de Alda. Pero además de haber probado un valor personal a toda prueba, los dos habían demostrado temple moral en grandes adversidades y ninguno de ellos había de retroceder en afrontar otras nuevas por España. Quizá les contuviera la idea de que las penalidades que por la causa de la redención nacional habrían de pasar serían compartidas por muchos españoles más. Tal vez ya José Antonio intuía la teoría de Caídos por las esquinas, y por eso aguardaba una coyuntura menos bárbara que aquellos días de agonía de Azaña en que los frenéticos coletazos de los monstruos de Figols y Casas Viejas buscaban nuevas víctimas. También era normal la espera, sabiendo -el propio Ledesma lo reconoce al hablar del mitin de la Comedia en

la página 124- que bajo el mando de Azaña no podría tener lugar ningún acto de propaganda «fascista» o de algo que se le pareciera.

¿Cuántos organizó Ledesma en aquel período?

Siguiendo su táctica de insinuaciones, con las que su panfleto servía a otras tácticas, decía Ledesma al hablar del 29 de octubre: «El mitin de la Comedia fue radiado a toda España y *además muy protegido por la fuerza pública*. Esto originó que Giménez Caballero, hombre alerta, aunque quizá marre algunas veces la mirada, extendiese la creencia de que la masonería -entonces en el Poder- no sólo favorecería el mitin a que aludimos, sino que además, merced a una amplia intriga, se disponía a controlar el movimiento fascista que de él había de derivarse.»

No sé de dónde sacaría Giménez Caballero -ni dónde lo publicó- ese risible cuento de miedo.

Seguramente, alguna vez nos lo dirá. Desde luego, tan absurda paparrucha no merece ni comentario.

«Las derechas, en su más extrema representación, se adscribieron al mitin, desde luego sin violentar mucho los textos. Y los oradores no opusieron a esa adscripción reparo alguno visible.» Pero José Antonio había afirmado que el movimiento no era de derechas ni de izquierdas, porque en el fondo «la derecha es la aspiración a mantener una organización económica aunque sea injusta». Añadiendo, para perfilar bien su separación de las derechas arcaicas españolas: «Queremos que no se canten derechos individuales de los que no pueden cumplirse nunca en casa de los famélicos, sino que se dé a todo hombre, a todo miembro de la comunidad política, por el hecho de serlo, la manera de ganarse con su trabajo una vida humana, justa y digna. Queremos que el espíritu religioso, clave de los mejores arcos de nuestra Historia, sea respetado y amparado como merece, sin que por eso el Estado se inmiscuya en funciones que no le son propias, ni comparta -como lo hacía, tal vez por otros intereses que los de la verdadera religión- funciones que sí le corresponde realizar por sí mismo.»

Estas palabras estaban tan lejos de los sueños de Estados teocráticos y rabiosamente capitalistas que concebían los partidos derechistas españoles, como de las demagogias rojas. Sin embargo, *Acción Española* y *La Nación*, órganos de algunos grupos derechistas, publicaron íntegro el discurso y hasta lo comentaron con entusiasmo. ¿Qué iba a hacer José Antonio, unido por amistad con las gentes de uno y otro periódico? ¿Negarse a dárselo y condenarlo a la ignorancia de las gentes? ¿Es que Ledesma hubiese negado -con su sed de publicidad- un discurso suyo a cualquiera de ellos? ¿No había aceptado la colaboración de *El Fascio*?

Ledesma reconoce que en las primeras semanas llegó a Falange Española una verdadera avalancha de adhesiones, que califica de mercancía política averiadísima, salvo un grupo de jóvenes estudiantes. Es muy probable que tenga razón en cuanto a algunas adhesiones de primera hora. Pero mucho antes de que él lo advirtiera lo había visto José Antonio, que les dejó separarse

desengañados, pero sin haber empleado para provocar el desengaño más que su actitud insobornable ante cualquier tentativa de arrastrar a la Falange hacia lo reaccionario y lo gloriosamente terminado. Ya antes de que Ledesma diera a luz el libro que nos ocupa, José Antonio llamaba donosamente a aquellos equivocados del primer momento -que, sin embargo, figuraban en ficheros incautados por la Policía, y caían en las redadas de ésta, mientras, otros falangistas, más tardíos, pero más seguros, se libraban de ella- las «clases pasivas de la Falange».

Para Ledesma no cuenta el atractivo personal de la juventud de José Antonio, de su prestigio forense, de la aureola de su conducta pública y privada todo el tiempo que la vida le hizo ser «el hijo del Dictador» y los primeros tiempos durísimos -contra todo y contra todos- de la orfandad gloriosa. Ni la valiente campaña electoral para las Constituyentes, ni el discurso magníficamente convincente de la Comedia. Le seguían sólo -según él- los peores reaccionarios, y para eso porque «en aquella fecha, recién salida España, como hemos dicho, de la experiencia azañista, los iniciadores de un movimiento abierta y descaradamente fascista tenían garantizada una inmediata repercusión en el país ([243]). Sobre todo si, como en este caso del mitin de la Comedia acontecía, esos iniciadores disponían asimismo de una plataforma resonante. Pues los españoles, quizá por nuestro despego e incapacidad para la tarea crítica, no fijamos realmente la atención sino en lo que aparece ante nosotros provisto de algún abalorio especial que lo resalte. Actitud de papanatas, de perezosos».

Papanatas y perezosos fueron, pues, los que desde el primer momento se alistaron en la Falange y salieron a dar la cara en la calle monopolizada por la chulería marxista. Pero ya se ha visto cómo mientras los «linces y ardillas» escurrían el bulto a los violentos incidentes callejeros, aquellos papanatas y perezosos señalaban con su sangre los hitos primeros de la Revolución Nacional. «El Caballero Audaz», girando de las novelas de escándalo a la dogmática política y algún humorista en oposición a un sillón de la Academia y a la Orden de la República, inventaban sarcasmos contra los «papanatas y perezosos» que morían por España. José Antonio -¡no faltaba más!- se dedicó a no escuchar estas voces alborotadoras y las de otros que, temerosos del fuego, querían que los «papanatas» se acercasen a él para sacarles las castañas y tomó la actitud que más arriba se ha dicho.

Sigue Ledesma intentando separar a José Antonio y a Ruiz de Alda, hablando de algunas diferencias de criterio, que, si existieron, nunca podían entibiar la verdadera comprensión y el fraternal cariño que les unía.
Agregaba que «F.E. no lograba incorporar apenas nada nacional, y sugestivo. Ni bandera, ni vocabulario, ni agitación profunda en torno a las angustias

[243] Esto lo vio tarde su clarividencia política. Pudo él, que ya tenía organizadas las J.O.N.S., ser el iniciador del movimiento. Pero -y ésta es la tragedia honda de Ledesma- tenía conciencia de que le faltaba personalidad.

verdaderas de los españoles» (pág. 137). Critica ásperamente al semanario *F.E.*, controlado personalmente por Primo de Rivera, en cuyo ánimo «pesaba una preocupación que lo acompaña constantemente y es piedra crucial de su juicio sobre la dictadura de su padre: el afán de contar con los intelectuales, de halagarlos y de apoyarse en ellos». Esto es otra falsedad. Que José Antonio censurase a la Dictadura, su desdén por ciertos hombres de primera fila en España y que juzgara severamente los méritos de estos magníficos escritores y pensadores, algunos de ellos espléndidos españoles también, no quiere decir que los adulase. En ningún artículo publicado en *F. E.* o en *Arriba* hay una sola frase de adulación. Personalmente, ya hemos visto cuándo y cómo conoció a Unamuno y cómo Falange dio por terminada la relación con el egregio humanista vasco. A Ortega y Gasset no le habló en su vida, no obstante la amistad de amigos comunes. Lo mismo le pasaba con Pérez de Ayala. Más tarde contaré su única entrevista con Marañón. A Federico García Lorca -a quien admiraba extraordinariamente y de quien decía que sería el poeta de la Falange- no hubo modo de presentárselo, aun cuando una vez me invitara a ver «Bodas de sangre» en el Coliseum y entráramos en el camerino de Lola Membrives para ver si estaba y conocerle ([244]). A Sánchez Román y a Jiménez Asúa, profesores suyos en la Universidad, no les volvió a dirigir la palabra no siendo en ocasiones profesionales. Con los socialistas no tuvo trato, sino algunas conversaciones con Fernando de los Ríos en los pasillos del Congreso. No conocía ni de vista a Juan Ramón Jiménez, ni a Salinas, Alberti o Guillén. Los únicos grupos de intelectuales que frecuentó fueron el de «Acción Popular» -al que ciertamente no adulaba si decía preferir a Lorca que a Pemán como poeta andaluz, a Unamuno que a Maeztu como ensayista vasco y a Ortega que a Vegas Latapié o Vigón como filósofo español- y luego los de jóvenes escritores falangistas en «La ballena alegre» o en el «Café Europeo», con Sánchez Mazas, Montes, Mourlane, Alfaro, Samuel Ros, Fernández Cuenca y otros muchos. Un intelectual cien por cien -aunque ahora él se empeñe en negarse a sí mismo esta cualidad- que le llenaba plenamente era Ernesto Giménez Caballero. Y en el propio Ledesma Ramos prefería la preparación universitaria y sus años en la capilla de la Revista de Occidente a su derivación última al manejo un tanto demagógico de la «agitación», «las masas», «el coraje», «la demo-burguesía» y otros tópicos que también -aunque peor- manejaban los redactores de *Claridad* y *el Heraldo*. José Antonio no adulaba a nadie. Aunque quizá resultase halagador para los ilustres escritores izquierdistas que el hijo del Dictador y Jefe del partido «Fascista» no les injuriase como hacían los derechistas o los rojos con los pensadores y artistas

[244] *Nota de la tercera edición.*-En una conferencia pronunciada por mí en los Colegios Mayores José Antonio, de Madrid, y San Jorge, de Barcelona, y en el Instituto de Cultura Hispánica, en 1962 y 1963, he explicado las razones por las que José Antonio y García Larca pudieron llegar a ser amigos y la sinrazón por la que no lo conseguimos cuantos teníamos interés en ello. Por Miguel sé que se enteró del trágico fin del gran poeta granadino en los días de su proceso -en que se levantó la incomunicación a ambos hermanos- y le impresionó mucho.

del campo opuesto. No hay que olvidar que para José Antonio todo valor «nacional» debía ser exaltado y a ser posible captado por un movimiento que, si bien tenía que ser popular, necesitaba también de gentes de selección que lo comprendieran.

No obstante, los «fallos y defectos de volumen enorme» que Ledesma encontraba en la Falange «vacilante en sus nortes, influida en gran parte por la tradición política reaccionaria de la mayoría de los militantes, influida también por el apellido de su dirigente más destacado, Primo de Rivera, que, naturalmente, enlazaba la organización de modo automático con el período de la Dictadura», había «muchas razones objetivas» en favor de la unificación con las J.O.N.S. y la unificación se hizo. Anteriormente he relatado cómo y subrayado que junto al espíritu de José Antonio y sus camaradas y al de los militantes jonsistas, preocupados de fortalecerse con ella para la lucha decisiva por la salvación de España, el de algunos dirigentes jonsistas -sobre todo Ledesma- estaba lleno de reservas mentales «por lo bajini» y de concepciones tácticas de posibles golpes de Estado que pusieran en sus manos exclusivas la resonante plataforma de F.E. y la «atención polarizada del país hacia ella como organización fascista». El propio Ledesma confiesa en la página 151 que «había en el seno de las J. O. N. S. una corriente que postulaba el acercamiento a F. E. También los jefes falangistas lo deseaban, y al ver las dificultades, unos y otros, maliciosamente, señalaban como una de las trabas el posible afán de Ledesma de no perder la jefatura jonsista. El error era patente. Este camarada, en cuanto creyó oportuna y beneficiosa la unificación, se mostró partidario de ella, con toda generosidad y desprendimiento personal». Ya hemos visto en su correspondencia con Bravo los forcejeos de su espíritu antes de decidirse. Y el de después con las reticencias -ciertamente poco generosas- de la nota dando cuenta a los jonsistas de la fusión.

De lleno ya en su interpretación de la unificación, dice Ledesma en la página 158 que «el primer contacto de los jonsistas con la organización de Falange Española les produjo una impresión lamentable...» «Sabían que tenían dos frentes de lucha: uno, el enemigo exterior, el que constituía su justificación como combatientes, y el otro, el ancho sector pasadista, quieto, inerte, al que había que vigilar para que no tomase las riendas e hiciese imposible la victoria. A pesar de eso, durante las primeras semanas el optimismo de los jonsistas fue absoluto. Los antiguos dirigentes de F.E., Ruiz de Alda y Primo de Rivera, aceptaron la consigna del nacionalsindicalismo revolucionario, y aunque quizá se reservaban su interpretación de ella, bastaba esa actitud para que los jonsistas desarrollasen libremente su actividad.»

Habla del Triunvirato Ejecutivo Central, formado por José Antonio, Ruiz de Alda y Ledesma, y dice que el período en que tuvo efectividad «coincide con la etapa culminante del Partido, y es en él cuando tuvo mayor intervención en la política nacional, consiguiendo asimismo inspirar temor a

las organizaciones enemigas» ([245]).

En las páginas 166 y 167, bajo el epígrafe «No se admite a Calvo Sotelo», dice Ledesma:

«En mayo, al regresar Calvo Sotelo a España, después de la amnistía, quiso entrar en el partido y militar en su seno. Primo de Rivera se encargó de notificarle que ello no era deseable ni para el movimiento ni para él mismo. Parecerá extraño, y lo es, sin duda, que una organización como Falange, que se nutría en gran proporción de elementos derechistas, practicase con Calvo Sotelo esa política de apartamiento. Y más si se tiene en cuenta que éste traía del destierro una figura agigantada y que le asistían con su confianza anchos sectores de opinión.»

«Calvo Sotelo aparecía como un representante de la gran burguesía y de la aristocracia, la que chocaba desde luego con los propósitos juveniles y revolucionarios del Partido, así como la meta final de éste, la revolución nacionalsindicalista. En ese sentido, Primo, que se iba radicalizando, tenía, sin duda, razón. Ruiz de Alda se inclinaba más bien a la admisión, guiado por la proximidad de la revolución socialista y la necesidad en que se encontraba el Partido, si quería intervenir frente a ella con éxito, de vigorizarse y aumentar como fuese sus efectivos reales. No carecía de solidez esa actitud de Ruiz de Alda, pero Primo se mantuvo firme.»

Silencia «Roberto Lanzas», tan bien enterado del pensamiento de Ledesma Ramos, cuál fue la actitud del Tercer Triunvirato respecto a tal asunto. Pero quien haya leído su juicio sobre las masas derechistas, la U. P. y el enlace de la Dictadura, no podrá dudar de cuál sería su postura, aunque en ella tuviera que coincidir con José Antonio. Es, sí, curioso que no haya alusión a ella en el libro, y eso confirma las sospechas de que su intención al publicarlo era, además de debilitar a José Antonio y a la Falange, aproximarse al Bloque Nacional en vísperas de los acontecimientos políticos que a fines de 1935 se avecinaban. Hubo quien dijo que había llegado a entrar en el Bloque, pero nunca se tuvo certeza de ello en la Falange.

INCISO SOBRE EL CASO DE CALVO SOTELO

La oposición de José Antonio a la entrada de Calvo Sotelo en Falange Española de las J.O.N.S. es un tema que merece tratarse despacio y delicadamente, ya que ambos han caído gloriosamente por España, entrando en una inmortalidad idéntica. Hubo en ello razones políticas y motivos

[245] El Triunvirato duró del 15 de febrero al 6 de octubre del 34, fecha de la elección del Jefe Nacional único. Hay que reconocer que no es ése precisamente el periodo más culminante de la Falange. Ledesma se ofuscaba un poco.

personales que no deben silenciarse, sobre todo cuando se trata, como en este libro, de dar a conocer en lo posible la figura humana del Fundador de la Falange.

Ya en tiempos de la Dictadura del General Primo de Rivera, José Antonio, que trataba amistosamente a los Ministros de su padre, no congeniaba del todo con el Ministro de Hacienda. Pudo existir admiración personal, identidad de ideales, hasta un destino análogo fijado en misteriosas astronomías, y no coincidir con ese algo inexplicable que origina la *simpatía*. Ese algo que, si se da, se da recíprocamente y abre en el gran órgano humano los registros maravillosos de la risa, la confidencia, la confianza, el intercambio de sentimientos. Entre Calvo Sotelo y José Antonio nunca vivió ese «algo». José Antonio, más joven que el Ministro, aunque grave como él en las profundas razones de la gravedad humana, no era, como habitualmente se dice, «un hombre serio». Al contrario, su fisonomía infantil se modelaba maravillosamente con su risa fresca y su fino espíritu zumbón, heredado de su sangre andaluza. La gravedad se la daba la Castilla de su madre. Calvo Sotelo tenía otro carácter, también típicamente racial de su provincia gallega. José Antonio era tímido y Calvo Sotelo audaz. A José Antonio, en aquellos años juveniles, le desagradaba la política, mientras Calvo Sotelo era un político de nacimiento, dotado por la Naturaleza para ese Arte complejo, y crecido en el ambiente propicio para desarrollar esos dones. También eran los dos hombres de estudio, pero con diferente meta en el conocimiento. En aquella época, José Antonio era todavía un soñador -no dejó de serlo nunca-, mientras Calvo Sotelo era un formidable realista. José Antonio gustaba de los versos y Calvo Sotelo de los números. En su misma carrera de Derecho, José Antonio se inclinaba al civil, en tanto que Calvo Sotelo prefería el administrativo. José Antonio veía la Historia y Calvo Sotelo miraba el porvenir. José Antonio se apasionaba con los temas literarios y para Calvo Sotelo tenían poca importancia esas cuestiones.

El hijo del Dictador prefería, en las sobremesas de las comidas paternas, charlar con Eduardo Aunós, temperamento cálido y mediterráneo, buscador de razones presentes en el pasado de los pueblos; con Yanguas Messía, sobre problemas universitarios; con don Galo Ponte, de anécdotas judiciales, o con el Duque de Tetuán, de cosas de milicia. Cuando la oposición contra la Dictadura se iba concretando, sobre todo, en la figura del joven Ministro de Hacienda -que en un momento dado llegó a simbolizar para los enemigos todos los vicios que se imputaban al régimen-, José Antonio empezó a mirarle con recelo filial. Al llegar la caída de la Dictadura, en enero de 1930, Calvo Sotelo se sumerge en un pozo de silencio desde el que muy rara vez asoma la cabeza al aire de España.

Muere súbitamente en París el General Primo de Rivera, y todas aquellas responsabilidades de la Dictadura quedan acumuladas sobre las cabezas de Martínez Anido y de Calvo Sotelo -aún en España se respetaba un poco la muerte y, salvo excepciones vergonzosas, se dejó en paz la memoria

del Dictador-, desterrados voluntariamente. Es un momento de gran agitación política, de porvenir incierto, y es quizá hasta beneficioso -aunque no sea gallardo- procurar aquietar las aguas revueltas con la calma de una ausencia. José Antonio, Miguel y Fernando, que no entienden de política ni de lo que sea conveniente en política, salen todos los días a la calle a vindicar con sus puños y sus palabras recias el recuerdo de su padre, que ultrajan algunos malandrines. Es su deber filial y ellos no le dan importancia. Puñetazos, bofetadas y escándalos acompañan orgullosamente a aquellos tres muchachos, tan satisfechos de llamarse Primo de Rivera. José Antonio alterna las broncas callejeras con una reivindicación propia en su bufete. Continúa impasible el estudio de los pleitos que sigue ganando en la Audiencia y en el Supremo, a pesar de que ya no es el hijo del Dictador, sino el huérfano de un español a quien execran con toda injusticia muchos miles de compatriotas. José Antonio guarda cuidadosamente y analiza con rigor el archivo paterno, del que salen cientos de fichas para el desprecio más profundo. Elegante espiritualmente, hizo sordos sus oídos a las voces que le cantaban el sabor de la venganza con la publicación de aquel archivo, quizá perdido hoy para la Historia. «Si sólo hubiese modo de defender la memoria de mi padre con esta especie de "chantaje" que algunos me proponen, la dejaría quizá hundir. Pero se le puede defender mucho mejor hablando de su obra que de la ruindad de los que ahora son sus enemigos.» Y guardaba para ellos la afilada ironía de una sonrisa o un meterse la mano en el bolsillo cuando alguno venía a ofrecerle en público la suya.

El tiempo corre veloz. Arrancadas implacablemente por sus manos descarnadas como las de la muerte, han caído todas las hojas de los calendarios desde enero de 1930 a abril de 1931. Las hojas de los calendarios y las del falso verdor con que algunos viejos troncos se habían fingido Primaveras al ver marcharse al Dictador. El suelo de España está cubierto de desilusiones, como de hojarasca el del bosque en octubre. En las camarillas se añora lo que se impulsó a derrocar. El viento de abril anuncia horribles tempestades, y España hacía tiempo que tirara al timonel por la borda. El 14 de abril se hunde lo que sólo un milagro de Dios o de un hombre genial podía haber salvado. El populacho grita las aleluyas sangrientas de Berenguer, de Alfonso XIII y de algunas duquesas, como antes gritara las de Primo de Rivera y Calvo Sotelo y después las de los estraperlistas o las de Alcalá Zamora.

Se convocan las Constituyentes. Desde París, Calvo Sotelo, desterrado, siente el anhelo de venir al Parlamento a defender su obra durante la Dictadura y la propia Dictadura. Ya había sido Diputado antes del largo período de Gobierno antiparlamentario, y allí, en su Galicia natal, sus electores le recordaban con afecto. La República -que se llama Libertad por otro mal nombre, como la hija de cualquier portero ácrata- amenaza con fieros males a los hombres de la Dictadura, habla de procesos del régimen y cohíbe el ejercicio de todos los derechos, que canta, del hombre. Prudentemente, Calvo

Sotelo no se decide a volver a la Patria a realizar su campaña electoral, que allá en la provincia gallega llevan a cabo unos amigos abnegados. Ante el estupor de los republicanos, el ex Ministro de la Dictadura antiparlamentaria, el odiado heredero político de todas las «atrocidades» del General Primo de Rivera, resulta elegido Diputado para las Cortes que han de confeccionar la Constitución de la segunda República española. Elegido por sufragio universal, amparado por la inmunidad parlamentaria y con derecho a hacer que se oiga su voz en el «recinto sagrado» que su «felonía» convirtió en Asamblea Nacional. ¡Podrá venir y rebatir todas las acusaciones, desmentir las calumnias, volver a poner ante los ojos del país blanco lo que es blanco y la demagogia ha hecho parecer negro! ¡Podrá negar con todas las fuerzas de su alma las «francachelas» de la Dictadura! ¡Podrá decir a España entera cómo fue de serio y honrado aquel Régimen y cómo la amaba locamente aquel General que envejeció a su servicio!... ¡Podrá hablar alto y recio sobre el coro de ranas y rehabilitar la memoria del Dictador!...

Por vez primera tienen un mismo pensamiento los encarnizados enemigos del Dictador y su hijo primogénito. Un mismo pensamiento matizado de sentimientos opuestos. En los «republicanos», teñido de odio, de rencor, de desasosiego, como un trapo rojo de sangre o de veneno. En José Antonio, pintado de fe, de ilusión en la justicia, de esperanza en la verdad, tiene el color azul de la futura camisa falangista. Mientras los que más tarde serán el frente popular vociferan iracundos y anulan el acta limpia del Diputado a las Constituyentes por Carballino, José Antonio le felicita pletórico de alegría y entusiasmo a París, donde todavía el ex Ministro titubea, vacila... Hay que ir a una segunda elección. Y Calvo Sotelo va a ella. Como en la primera, le hacen la propaganda los amigos... y los enemigos, que siempre son los mejores panegiristas. Las anulación del acta primera ha llenado de indignación a muchas gentes -entre ellas a José Antonio, claro es- y la segunda elección hace mayor el triunfo del ex Ministro desterrado. Sin miedo a las coacciones ni a las terribles amenazas, los campesinos gallegos, con su sonrisa socarrona, depositan en las urnas de los Colegios electorales las papeletas con el nombre de su candidato. Esta segunda elección tiene caracteres de plebiscito apoteósico para Calvo Sotelo, y anuncian a España la existencia de un pueblo no tan dormido ni tan insensible como se supone. Orense de 1931 tendría una réplica soberbia en 1936 en Cuenca, cuando frente a la barbarie frentepopulista, en la segunda vuelta de las elecciones de febrero, el pueblo elige a José Antonio, no desterrado en París, sino preso en la Cárcel Modelo por servir a España.

Cada elector, viniendo de su pazo o su choza montañesa a la escuela aldeana para votar a Calvo Sotelo, se juega la vida ante los rostros patibularios de los interventores y apoderados republicanosocialistas, «dispuestos a todo». Pero también aquellos campesinos gallegos -que se descubren respetuosos ante los calvarios de los caminos y se santiguan entre creyentes y supersticiosos al oír a los canes aullar a la *meiga* o al *trasno*- están dispuestos a

todo porque la voz de Calvo Sotelo suene en el Parlamento.

¡Y ay que no suena! José Antonio llora de rabia al saber que el ex Ministro, dos veces elegido por un pueblo templado, se resigna a la declaración de incompatibilidad con él de la mayoría constituyente y decide quedarse en París. La Dictadura quedará sin defensor y la memoria sagrada del General será pisoteada por las alpargatas de la horda. A Calvo Sotelo le ha faltado el gesto que él, José Antonio, hubiera tenido: pasar la frontera y presentarse en el Congreso a afrontar todo el huracán. El Gobierno provisional le hubiese podido detener, encarcelar y hasta matar. Pero como el propio Calvo Sotelo diría en 1936 a los mismos energúmenos en el mismo Congreso: «La vida podréis quitarme, pero más no podréis.» La escasa simpatía natural de José Antonio a Calvo Sotelo se convierte en antipatía franca desde aquel momento, momento en el que decide también -antes por corazonada filial que por llamamiento del destino- intervenir en la política con una sola finalidad: que se oiga en España una voz apasionada en justificación o defensa de la Dictadura. Vienen su campaña electoral y las elecciones parciales para un puesto de Diputado por Madrid. Viene el memorable proceso de don Galo Ponte ante el Tribunal de Responsabilidades Políticas en el Senado. Viene el 10 de agosto. Viene todo el horror del primer bienio y con él, como reacción generosa, la creación de la Falange. José Antonio es elegido Diputado. Poco después, unificadas la Falange Española y las J. O. N. S., es ante España, entre cerco de burlas y de balas, el Jefe responsable y visible de una Organización heroica. Las nuevas Cortes, con mayoría derechista, después de largos forcejeos internos, amnistían a los desterrados políticos, y en mayo del 34, después de tres años, Calvo Sotelo se sienta en los escaños de las derechas parlamentarias y observa cómo su figura, que hubiera podido ser la que polarizase la tensión de España, está disminuida, pues en aquellos mismos bancos se sientan Gil Robles -de quien ha dicho un periódico en tono sentenciosamente profético: «España será lo que Gil Robles quiera»- y José Antonio, de quien todavía nadie ha dicho nada, pero que lleva en su frente el resplandor de iluminado, por el que mueren alegremente en las calles los chavales.

Monárquico por convicción teórica y sentimental, influido durante los tres años de destierro por las teorías de la *Action Française*, autoritario por naturaleza y corporativista por estudios, Calvo Sotelo, «el Diputado que todo lo aprendió en los libros» ([246]), como decía de él José Antonio imputándole falta de imaginación política y de lirismo nacional, no se decide a acercarse a la CEDA y a Gil Robles, que en el anverso y el reverso de su baraja de fórmulas y tópicos tienen el «acatar» y el «servir» a la República parida por las logias. Los tradicionalistas -separados ya de los bizcaitarras, con quienes formaron

[246] José Antonio, a pesar de todo más «intelectual» que Calvo Sotelo, pensaba, sin embargo, que España estaba, quizá, envenenada de sabiduría y necesitaba una recia cura de espontaneidad.

minoría en 1931-, aun cuando tengan muchos puntos de contacto con su manera de pensar, consideran facciosa e ilegítima la rama dinástica que Calvo Sotelo quiere servir y veneran a un rey viejecito y lejano de quien nadie conoce ni la efigie. Renovación Española sigue fiel a la Monarquía recientemente caída, pero en sus filas militan los cortesanos que contribuyeron a derribar a la Dictadura y otras gentes a quienes no se puede ir con historias totalitarias y corporativistas: gentes conservadoras de todo lo que no vale la pena de ser conservado y que no tienen de renovador más que el nombre, pues todo lo demás de su ideario es de un puro canovismo, sesenta años estancado. Cada uno de estos partidos afines con la manera de pensar del ex desterrado tiene su jefe prestigioso, su segundo de a bordo y hasta sus grumetes. Difícilmente podía lograr en ellos la rueda del timón. Queda Falange Española de las J. O. N. S., grupo juvenil e impetuoso, falto de piloto experto en el cabotaje de la política española. Falange es una organización de tipo fascista en lo externo. En lo interior, en lo medular, se llama nacionalsindicalista, cosa que nadie sabe todavía si ha de comerse con tenedor o con cuchara. El Nacionalsindicalismo que aún se está cociendo puede aceptar las fórmulas corporativas que Calvo Sotelo trae en su cabeza de sus estancias y lecturas en París y Roma. Falange, además, no tiene Jefe todavía. Rige la Organización un Triunvirato tan entusiasta como ingenuo. Con un Jefe como Calvo Sotelo muchos sectores de opinión se le adherirían, sectores que, ciertamente, darían un tono de seriedad al Partido, mientras los jovencitos alborotaban por las calles con el fragor de las pistolas y el brillo de la sangre. Calvo Sotelo pide el ingreso en Falange y José Antonio le dice que «ello no es deseable, ni para el Partido ni para él mismo», según nos ha contado Ledesma Ramos. Para mucha gente ello no tiene explicación. Es un rapto de soberbia de José Antonio, que se cree superior al resto de los mortales o está completamente chiflado.

Yo, que he oído hablar a José Antonio algunas veces de este asunto, puedo decir, resumiendo esta larga digresión, cuáles eran las razones para no considerarlo deseable para el Partido: las que expone Ledesma. Su espíritu burgués, sus relaciones con el capitalismo financiero, su tendencia realista más que idealista, su monarquismo intransigente y su formación conservadora y contrarrevolucionaria. Personalmente no le consideraba deseable por haber dejado -con dos elecciones clamorosas- vacío el escaño de las Constituyentes, desde donde debía haber brotado la defensa de la obra de la Dictadura y de la persona del General Primo de Rivera. La incompatibilidad de caracteres hubiera sido secundaria en José Antonio de haber reconocido en Calvo Sotelo -como reconocía otras muchas cualidades que le adornaban- el temple revolucionario y heroico que exigía en sus escuadristas ([247]).

[247] Una tarde estaba José Antonio trabajando en su despacho, al que entró uno de los hermanos Peláez para decirle que acababa de tener una conversación muy interesante con Calvo Sotelo sobre la Falange. José Antonio, sin levantar los ojos del papel en que escribía, le preguntó: ¿Sí?... ¿y qué te ha dicho?» «Que le gusta nuestro ideario, pero que no le gusta

Y de revolucionario no tenía un adarme de sangre el Jefe del Bloque. Era, por el contrario, marcadamente contrarrevolucionario. Toda su actuación lo demuestra y José Antonio previó con razón que nada hubiera sentado peor a su manera de ser que la camisa azul proletaria y la lucha en la calle. Hasta que los avances brutales de la revolución del Frente Popular, no le forzaran a ello, Calvo Sotelo rehuyó la calificación de fascista que le aplicaban los rojos. Con todo su talento, no logró ver claro hasta el final que ser fascista es decir ser revolucionario ardoroso y decidido contra todo lo inútil, lo inservible, lo inconservable, oponiendo a la violencia desenfrenada de la horda marxista y a la complicidad de las tímidas violetas contrarrevolucionarias que se dejan aplastar por las pezuñas de la bestia otra violencia exasperada, guiada por el amor a la Patria y la fe en sus destinos eternos. Cuando lo comprendió era ya tarde para él. Como todo buen contrarrevolucionario, era hombre ingenuo y creía en la autoridad de los revolucionarios. Si él lo hubiera sido, hubiese muerto tal vez cuando murió en la madrugada del trágico 13 de julio, pero no asesinado de un tiro en la nuca traidoramente, sino combatiendo al frente de una escuadra suya en defensa legítima y gloriosa de su vida necesaria a la Patria. Este reproche de contrarrevolucionario se lo hizo siempre José Antonio. En los últimos días de junio y primeros de julio hubo una pequeña polémica entre el prisionero de Alicante y el periódico de Madrid *La Epoca*, a propósito de unos artículos de José Antonio en *Informaciones* atacando sin ambages a los contrarrevolucionarios de la derecha española que aún creían posible contener la revolución en marcha. José Antonio pensaba en Calvo Sotelo, a pesar de admirar grandemente los discursos de su última etapa parlamentaria y agradecerle en lo profundo de su sentimiento fraternal una frase en defensa de Pilar, amenazada en plenas Cortes por la «Pasionaria». Frase que desgraciadamente, no se acompañó de energía para clamar contra la detención de José Antonio. En la misma cárcel de Alicante, José Antonio, que en manera alguna aceptaba la jefatura del Movimiento en otro civil que no fuera él mismo, declaró a un Diputado cedista -creo que a César Contreras-, encargado de una misión de enlace acerca de él, que le preguntaba el porqué de esa obstinación en no ver en Calvo Sotelo al posible caudillo del movimiento salvador: «Porque no sabe montar a caballo.» José Antonio concebía el movimiento como ha sido, militar -de Ejército y Milicias- y heroico. Con héroes jóvenes, de aspecto deportista, el cuerpo desnudo brillante al sol sobre sudorosos corceles; la espada o la lanza cortando el viento; con la misma presión violenta en las mandíbulas y los muslos para hacerse un solo impulso de victoria. Movimiento con más héroes que burócratas, con más muertos que oficinistas, con más canciones que oro, con más banderas que leyes, con más corazón, en suma, que cerebro. Calvo Sotelo -José Antonio lo sabía bien- era exactamente lo contrario, aunque la realidad

---

nada nuestra violencia.» José Antonio, sin dejar de escribir, repuso secamente: «Puedes decirle que a mí tampoco me gustan los hombres vulgares.»

heroica de la juventud española le hubiese, llegado a enardecer.

No obstante toda esta discrepancia de matices temperamentales que hacía a José Antonio decirnos una vez en la cárcel: «Si no me encontráis otro Ministro de Hacienda, el día del triunfo habré de echar mano de Calvo Sotelo, a pesar de lo mal que nos entiende», le emocionó profundamente el repugnante asesinato y escribió a su hermano Joaquín desde la prisión una carta emocionante. Y la Falange madrileña, que quedaba en libertad el 14 de julio, sin órdenes de nadie para hacerlo, acudió en masa al entierro, adivinando el deseo de su Jefe. Adivinación que nada tiene de extraordinario, pues José Antonio y su Falange, a fuerza de horas inmensas de contacto en el dolor y la angustia, se comprendían sin verse, como unos enamorados de novela romántica ([248])

MAS ACUSACIONES DE LEDESMA RAMOS

LEDESMA Ramos sigue acusando a la Falange Española de las J.O.N.S. -única fuerza, dice, que en mayo y junio de 1934 podía enfrentarse con la revolución roja, planteando la lucha con el marxismo en términos que hubieran hecho saltar el sistema político de la República demoburguesa- de ser la culpable del desenlace anacrónico, infecundo y estéril de los sucesos de octubre. Parecería mentira -si no se advirtiese en todo el libro que su concepción tiene lugar en medio de una crisis de despecho- que un hombre inteligente y aficionado a los símiles militares haga estas afirmaciones gratuitas. Falange Española de las J.O.N.S. tenía en mayo, como en octubre del 34 y aun en febrero del 36, una fuerza exigua para plantear la batalla en los dos frentes en que era necesario darla. Contra la formidable financiación de que disponían la CEDA, los socialistas y los comunistas, Falange carecía de recursos. Sería muy difícil que alguien pudiera probar que disponía de 40.000 pesetas mensuales, facilitadas en su mayor parte por los monárquicos de Renovación Española, como afirma Ledesma en la nota de la página 170. Esta ayuda quizá existió en los primeros meses, pero puedo asegurar que a fines de 1934 sólo se contaba con las cuotas de los afiliados, en su mayor parte estudiantes y obreros, que pagaban de una a cinco pesetas. Una cuota voluntaria de veinticinco pesetas era un acontecimiento en la Administración. Ya se han contado algunas dificultades para adquirir el papel con que tirar *Arriba* y otras muchas. ¿Cómo hacer la propaganda, cómo adquirir las armas, fletar los barcos y sobornar autoridades, como hacían los socialistas? Ledesma reconoce que la intervención en una huelga general de Zaragoza, estudiada y decidida

[248] Nota de la segunda edición.- En las notas que acompañan a la mencionada carta de 9 de febrero de 1942 de Raimundo Fernández-Cuesta se dice: "Calvo visitó a José Antonio en los calabozos de las Salesas y después en la cárcel. Iba acompañado de Salgado Biempica, y la entrevista de la cárcel fue bastante desagradable, pues José Antonio apenas le hizo caso."

por los triunviros, no tuvo lugar por falta de dinero. En el conflicto con la Generalidad de Cataluña, quiere dar a entender que José Antonio titubeaba y que fue él quien hizo todo. Claro que en toda esta parte el libro es una pura contradicción. Hablando, por ejemplo, de los mítines campesinos, que tanto gustaban a José Antonio -que pretendía captar para la Falange al sector campesino de España, mucho más puro y víctima de la organización social vigente que los obreros y la clase media urbana-, confiesa que siendo él «opuesto a esa errónea concepción del ritmo de propaganda, terminó por sabotearla, negándose a tomar parte como orador en tales actos». Aunque en el párrafo siguiente diga: «No era quizá del todo absurda esa opinión de Primo, que respondía a un afán por entrar en contacto con la España mejor, la España de los campos» (pág. 168). Entonces, ¿por qué saboteaba el afán de José Antonio, sino por razones personalísimas? Quizá porque a los actos campesinos no iba la Prensa y no teman resonancia en sus columnas las frases que pronunciara. Ledesma se debatía contra su destino -quizá injusto- de pasar por la vida sin despertar admiración o entusiasmo ni ganar popularidad. Su admirable concepción de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista, sus consignas certeras y todo lo bueno de sus concepciones políticas no hubieran tenido resonancia en España sin la figura y la voz de José Antonio. José Antonio era el elegido del Destino para despertar a España entre clamores de entusiasmo o de odio. El no necesitaba hacerse oír en las ciudades, sino en las aldeas. Pero Ledesma sufría de ver lejano el momento de su apoteosis final en Madrid y el asombro de las gentes -a quienes hacía sonreír su crencha hitleriana sobre la frente- cuando le oyeran.

En las páginas 173 y 174 cuenta cómo las Milicias pudieron realizar un atentado contra Indalecio Prieto y otro contra la Casa del Pueblo. Del primero dice que costó gran esfuerzo a «los dirigentes» -no a este o a aquel triunviro- disuadir a quienes la tenían preparado. Del segundo asegura: «Nosotros, que hemos podido hacernos con todos esos detalles, ignoramos, sin embargo, a qué causas se debió su no realización.»

Causas bien sabidas y ya dichas anteriormente: Primera, la repugnancia de José Antonio a la aplicación de los métodos marxistas. Segunda, su temor justificadísimo a las represalias de los rojos -con todas las ventajas de su armamento y organización sobre la limitación de medios de nuestras escuadras- y la indignación de los elementos gubernamentales, que, ante un hecho de tal magnitud, hubieran acusado de provocadora a la Falange, decretando su supresión. Suprimida la Falange, aunque la clandestinidad hubiese permitido una continuidad de acción, ¿qué habría sido la Revolución de octubre? José Antonio prefería otros métodos -entre ellos el de establecer contacto con el Ejército, que Ledesma criticaba-, y sobre todo preconizaba la calma, pues estimaba que la acción decidida de la Falange había de ser para tomar el Poder y no era partidario de ir a este acto trascendental de una manera estúpida, sin una organización fuerte, capaz de llevar a la práctica una doctrina perfectamente elaborada y definida.

Según Ledesma, la crisis de personas surgió en julio de 1934, por el descontento de Juan Antonio Ansaldo, uno de los organizadores de las Milicias, al que seguía un sector monárquico, que acusaba a José Antonio de la impotencia del partido. Este grupo -que planteó el incidente Eliseda, que Ledesma silencia cuidadosamente, no obstante ser él *todo antes que clerical*- tomó como pretexto la afición de José Antonio a la cosa parlamentaria, y sobre todo su actuación en el Congreso al discutirse unos suplicatorios para procesar por tenencia *de* armas a un diputado socialista y a José Antonio. En esta discusión. Prieto defendió a José Antonio, y éste, al final, le estrechó la mano pública y ostensiblemente. Ledesma lo recuerda y atribuye el acto de José Antonio a «cortesía parlamentaria». ¡Como si José Antonio, que unos meses antes se había lanzado como un tigre contra el propio jefe marxista para abofetearle por unas injurias a la memoria del General Primo de Rivera, tuviese necesidad de ser cortés con los energúmenos socialistas! Aquella reacción de José Antonio no fue ni ingenua -pues en ningún momento pensó que Prieto había tomado su defensa por simpatía personal, honradez política o admiración a la Falange- ni cortés: El estrechar la mano de Prieto, aguantándose el asco que ello le produjera, fue la expresión del desprecio más absoluto al resto del Parlamento, incluyendo en él a sus propios amigos personales que, por la cobarde disciplina de los partidos, no se atrevieron a defenderle, y dejaron que se le acusara vilmente de pistolero. Es menester recordar, que la Policía había descubierto un arsenal de armas en el domicilio, del diputado socialista Lozano. El Gobierno, lleno de terror al solicitar el suplicatorio para procesarle, pensó que lo mejor sería encontrar otro diputado antisocialista a quien procesar por la misma razón. Como las armas de las llaves maestras no son armas prohibidas, no podía hacerlo, con un radical o un radicalsocialista. Como las armas de los diputados cedistas eran los ficheros y las ponencias, tampoco podía buscarse las vueltas a uno de la CEDA. Se pensó en José Antonio, pero no se registró su casa. Era bien conocida su nobleza y se la atacó de frente, deteniendo a uno de los muchachos que hacían la guardia nocturna en el hotel de Chamartín de la Rosa en que vivía José Antonio, con sus hermanas y su tía. Naturalmente, José Antonio dijo que la pistola que llevaba aquel camarada era suya. Sobre esta habilidad policial, el miedo del Gobierno y de la mayoría urdió los motivos para solicitar un suplicatorio contra José Antonio que contrapesara -demostrando imparcialidad- la petición del de Lozano. La comisión de suplicatorios, compuesta de diputados de todos los colores de las pandillas gubernamentales y minoritarias, fiel al salvamento de las apariencias -única razón del régimen parlamentario-, se mostró conforme e igualó al socialero y al falangista. Se discutieron los suplicatorios, y de los bancos de los hombres que se decían afines a José Antonio, habían estudiado con él, le frecuentaban en casas particulares, le veían en la misma iglesia o debían a su padre toda una fama y un prestigio, no se alzó una voz defensora del patriota y el hombre honrado. Algunos se

lavaron las manos. Otros, quizá, acariciaron la idea de preguntar al pueblo su opinión, como Caifás: Aquello era un sanedrín de fariseos.. Entre el silencio acusador y cobarde de las derechas tronó la voz de Prieto, ruda y brutal, interesada en efecto político si se quiere, y en el juego defensivo de su camarada; pero que en aquel instante fue la única. ¿Qué iba a hacer José Antonio? Lo que hizo. Pasar por delante de sus amigos, de sus contertulios, de los que se decían sus afines y, afrontando con desprecio profundo sus miradas bovinas y asombradas, ir a estrechar la mano del enemigo. Del enemigo que -quizá presintiera entonces- ordenaría mas tarde cargar los fusiles que habrían de acribillarle en el patio de una cárcel a la que le había conducido la medrosidad vil de los otros ([249]).

Ledesma no comenta el episodio por su cuenta. Sabía bien las razones de José Antonio, y él mismo las había aprobado. Se limita a decir que «en la época en que eran frecuentes los choques violentos y bien cercanos los mártires hechos a Falange por los socialistas, produjo a todos gran estupor e indignación», Lo cual no es cierto. Muchísimos camaradas comprendieron perfectamente todo el exacto significado del hecho. Entre ellos, muchos de los que andaban a tiros por
las calles y conocían cuál era el enemigo menos noble y de más cuidado.

Según *Roberto Lanzas,* Ansaldo convenció a varios de que había que expulsar de la Falange a José Antonio, enterando de ello a Ledesma (pág. 182), de quien no cuenta la posición que adoptara. José Antonio estaba enterado de los manejos contra él de unos y otros y callaba por no comprometer la vida de la Falange, decidido quizá a apartarse de ella en vista de que con su honradez y su talento no lograba disipar ambiciones personales y rencillas ideológicas. Al fin se decidió a expulsar a algunos.

La crisis Interna del verano del 34 se resolvió de esta manera, según Ledesma:

«La situación a que nos referimos produjo entre los dirigentes *una extraordinaria tirantez personal.* Ledesma reconocía que era justa, en algún sentido, la pretensión de Primo de Rivera, pidiendo sanciones contra los que le atacaban tan sañudamente; pero, poco dado a obrar por exclusivas motivaciones sentimentales, creyó oportuno deducir de cuanto entonces ocurría ventajas de orientación que asegurasen el mejor porvenir del movimiento.» «Se valió para ello de una táctica difícil, y añadiremos que peligrosa. Al ver que el grupo Ansaldo luchaba contra Primo de Rivera, debilitando considerablemente la fuerza de éste, le pareció aquélla una ocasión oportunísima de ligar y unificar dos consignas: *Unidad del movimiento y norte nacionalsindicalista del mismo* ([250]). Oponiéndose a las expulsiones y al sectarismo

[249] Véanse en los Apéndices el discurso de Indalecio Prieto, publicado en *A B* C, y la respuesta de José Antonio, según el texto oficial de sus *Obras completas* (volumen III).
[250] Este subrayado es de Ledesma.

de Primo de Rivera ([251]), *era el promotor de la unidad*(!). *Desplazando* de la influencia decisiva a los dos grupos rivales -los de Ansaldo y Primo-, aseguraba la ruta nacionalsindicalista, es decir, el sentido social, antiburgués y revolucionario del movimiento. (Digamos que hasta entonces el grueso del Partido, procedente del falangismo, y sobre todo la jerarquía de las Milicias, toda ella de espíritu regresista, oponía grandes resistencias a las orientaciones jonsistas de Ramiro Ledesma.»

Tras estos párrafos, contradictorios y confusos, continúa Ledesma: «Ahora bien; si el grupo Ansaldo -no olvidemos la significación, más bien monárquica, de éste, aunque no la tuviesen sus auxiliares en la protesta ([252])- conseguía una victoria plena sobre Primo, logrando su expulsión o alejamiento, el peligro, grave e inmediato, era éste: el control de la Organización por gentes de muy sospechosa fidelidad a los que hemos denominado nortes nacionalsindicalistas del partido» ([253]).

«Para evitar ambas cosas -aquí descubre bien claramente Ledesma parte de su juego, que puesto a plena luz le ocasionaría su expulsión violenta de la Falange-, una la influencia única y absorbente de José Antonio, cuyo temperamento y formación teórica le conducían con facilidad a operar con ideas falsas y a adoptar tácticas erróneas, y otra el control de la Falange por elementos, «que deseaban hacer de ella una organización fiel a las consignas tradicionales de las derechas, se decidió Ledesma a intervenir peligrosamente en la tramitación de la crisis interna.»

«En vista de las dificultades que encontraba en el seno del Triunvirato para la ejecución de sus medidas, Primo amenazaba con alejarse del Partido o dar un golpe de mano en la Organización, proclamándose jefe único, ya que decía tener la seguridad de que toda la ancha base de militantes lo consideraba como el dirigente más calificado.»

«Ruiz de Alda vaciló ante ciertas proposiciones de Ledesma y, a la postre, después de pensarlo seis u ocho días, le manifestó que, de acuerdo con casi todas las metas finales y con casi todas las consecuencias que perseguía el

---

[251] Ledesma llama sectarismo a la creencia de José Antonio de que la indisciplina en la Organización procedía de los diferentes matices ideológicos de sus dirigentes y afiliados, y estimaba indispensable la creación de una doctrina y una fe única, aceptada y jurada por todos(*)

(*) *Nota de la segunda edición.-En* su carta, citada tantas. veces, Fernández Cuesta dice: «José Antonio tuvo una entrevista con Ansaldo en casa de éste, siendo yo único testigo. Ansaldo dijo a José Antonio que, a pesar del afecto personal que por él sentía, no le consideraba capaz de acaudillar la Falange. José Antonio discutió con él, sin perder la serenidad, pero decidió su expulsión en decreto que Julio no quiso firmar, dada la intimidad que con Ansaldo tenía, haciéndolo Ramiro, después de muchas objeciones, en entrevista tenida en mi domicilio.»

[252] No dice quiénes, y hace sospechar por ello que fuesen jonsistas de su guardia personal.

[253] Con estas palabras reconoce -en pugna con otras afirmaciones- que José Antonio era, en cambio, un leal cumplidor del acuerdo con las J.O.N.S. y un verdadero convencido de las ideas nacionalsindicalistas.

plan, no colaboraría activamente en su realización. Ese plan tendía a resolver la crisis interna de modo que, sin prescindir naturalmente de Primo de Rivera, tuviese un desenlace fecundo para el movimiento» ([254]).

«Ya veremos luego cómo el criterio de destacar una jefatura única se impuso ([255]), logrando salvarse felizmente la unidad del movimiento, coincidiendo todo ello en los primeros chispazos de la «revolución de octubre, a cuyas jornadas asistió ya el Partido con un nuevo régimen de mandos.»

Ilustran este capítulo sendas notas sobre el carácter de los Triunviros, curiosamente arbitrarias. De José Antonio decía -por ejemplo- que operaba «sobre una serie de contradicciones de tipo irresoluble». Llamaba así a las serias dudas de la inteligencia y el corazón antes de optar por uno u otro camino ante una circunstancia grave. «Véasele organizando el fascismo, es decir, una tarea que es hija de la fe en las virtudes del ímpetu, del entusiasmo, a veces ciego; del sentido nacional patriótico, más fanático y agresivo; de la angustia profunda por la totalidad social del pueblo.» Quien leyere esto sin tener el conocimiento que los falangistas tenemos de la fe inmensa de José Antonio en sí mismo como Jefe de la Falange y en nosotros; creería que nos ha recortado alguna vez esas virtudes, cuando lo que ha hecho es darnos ejemplo en cada minuto. Comenta Ledesma «su culto a lo racial y abstracto, su afición a los estilos escépticos y suaves, su tendencia a adoptar las formas más tímidas del patriotismo, su afán de renuncia a cuanto suponga apelación emocional o impulso exclusivo de la voluntad». La lectura de un artículo o discurso de José Antonio será el mentís más rotundo. Precisamente es todo lo contrario: es concreto y directo; aficionado a los deportes violentos y a los estilos de ellos -en pintura admiraba al *Greco;* en Historia, a César, y en oratoria y política, a Mussolini-; le repugnaba el patriotismo de chin-chin y zarzuela, y pretendía despertar en las conciencias más dormidas el hondo concepto, audazmente robusto, de la metafísica de España, el concepto de la lira y no el de la gaita; y en cuanto a lo de renunciar a la emoción, ¡qué contesten los que asistieron a sus mítines, a sus epitafios en los entierros, a sus informes en el Foro, a su defensa y fusilamiento!

---

[254] Ledesma Ramos calla casi todo lo que no le conviene decir. Pero no es difícil leer entre líneas cuanto silencia. Las proposiciones a Julio y el plan que perseguía claramente se adivinan: adelantarse al posible golpe de mano de José Antonio y hacerse proclamar Jefe Nacional. En el momento de publicar su libro, soldadas felizmente todas las brechas antiguas de la Falange y comprobada la identificación de Ruiz de Alda con José Antonio, intentó Ledesma Ramos apartarlos con estas historias, sin conseguir que un momento se nublara su fraternal camaradería.

[255] Ya hemos visto, por las citas de Francisco Bravo, que lo de la Jefatura única de José Antonio no agradaba a Ledesma Ramos. Su teoría de la Jefatura única era buena si él era el Jefe, o, todo lo más, si lo era Julio, a quien creía que podría dominar y dirigir en sentido de más violencia (*).

(*) *Nota de la segunda edición.-«El* plan de Ramiro era nombrar Jefe a Julio y él ser Secretario general.» (Carta citada de Raimundo Fernández-Cuesta.)

Afirma más tarde Ledesma en la misma nota que buscó «por vía intelectual, y la encontró en el fascismo, una actitud político-social». Esto tal vez sea cierto, pues era un intelectual cien por cien. Por sus estudios, su educación, su temperamento y sus aficiones, era esa cosa superior que se llama un intelectual. No había nacido en un hogar proletario y no tenía razón para tener callos en las manos. Desde niño había aprendido a la perfección tres idiomas, que le servían para leer -y comprender- todo lo más selecto escrito en ellos. El ambiente en que había crecido era aristocrático y nada podía cambiarlo. La raza española ha dado muchos de sus mejores hombres en gentes de la clase social a que pertenecía José Antonio, si no de la primera nobleza de la sangre, tampoco de villano, pechero o, como diríamos hoy, de proletariado. Incapaz de rebajarse para adular, no sintió la necesidad de emplebeyecerse para ser Jefe de una Revolución Nacional, hondamente sentida, para el pueblo. Al contrario, quería ser digno de las mejores virtudes de la Raza -que no están, como han creído las más facilonas demagogias, en la taberna, el analfabetismo o la blasfemia, sino en la elegancia y la autoridad, la cortesía hospitalaria, la generosidad y el ingenio- mejorando todos los dones que la Providencia le había dado. «Hacerse mejores cada día en nuestro modo de ser peculiar es servir mejor a España», nos decía. Quería, por eso, a los estudiantes estudiosos y no al golfante de billar y prostíbulo. A los obreros con ansia revolucionaria de mejora material y moral y no al «obrero honrado» que especula con su honradez y su pobreza o al chulillo marxista que se aburguesa el domingo para pasar por señorito. Quería a los trabajadores de cualquier trabajo o profesión, enamorados de la herramienta, el libro o el arma, y no a los vagos, displicentes o poltrones.

¿Que vacilaba antes de tomar sus decisiones? ¿Que no se lanzaba impetuosamente a aventuras temerarias? Puede ser, si se niega a toda la Falange el carácter que tiene de un hermoso libro de caballería. Pero la vacilación y la contención de los ímpetus son precisamente las cualidades que diferencian al político del aventurero. Para José Antonio, incapaz de la prisa irreflexiva en una empresa en la que no pretendía ganar nada para sí -jugándoselo todo- y España podía perder la ocasión de su salvación definitiva, era menester tomar todas las precauciones antes de decidirse al ataque decisivo. El fin de toda buena política es equilibrar las ambiciones y los medios a mano para realizar aquélla. No estimaba el Fundador de la Falange, que nos debíamos contentar con el escándalo seguido del fracaso. Por eso refrenaba a Ledesma. De la razón que tenía José Antonio nos podemos dar cuenta ahora. Si a raíz de octubre de 1934, cuando el país se recobraba de la tragedia de Asturias y empezaba a desengañarse de todas las políticas volviendo los ojos a Falange y al Ejército, José Antonio hubiese ordenado a sus gentes echarse a la calle, ¿qué hubiera sucedido? Que la alianza cedorradical hubiera mandado contra nosotros a los militares y se habrían deshecho todas las posibilidades de la conjunción de heroísmo y doctrina que han salvado a España. No hubiese sido un incidente pasajero en nuestra breve

historia, sino el final poco gallardo de ella y la frustración de la Revolución Nacional con que soñábamos.

En otra nota, *Roberto Lanzas* retrata a Ledesma. Como el libro *¿Fascismo en España?* es muy poco conocido y no creo que lo piense reimprimir por ahora nadie -y, sin embargo, contiene datos espléndidos para conocer muchas razones de José Antonio, ignoradas todavía-, voy a reproducirlo literalmente: «Ramiro Ledesma, antiguo fundador de las J. O. N. S. y su Jefe hasta la unificación con Falange, era quien representaba en el Triunvirato y en el Partido el esfuerzo por hacer derivar el Movimiento hacia un patriotismo social, hacia un nacionalismo revolucionario. Esa característica, ignorada por Ramiro Ledesma, era de hecho la consigna más fecunda del Movimiento. Y gracias a ella podía tanto independizarse de las limitaciones derechistas como interpretar la angustia verdadera de anchas masas populares. Era la aparición, por primera vez en España, de un patriotismo directo, popular y, si se quiere, subversivo contra la poquedad presente de la Patria. La presencia de Ramiro Ledesma dio decisivamente a la Organización su dimensión social, su perfil nacional sindicalista. Ledesma puede gloriarse de ello. La causa de que, mientras perteneció al Triunvirato. *mostrase gran afecto personal a Primo de Rivera,* provenía de que éste, contrariando quizá tendencias de una formación en algún aspecto conservadora y reaccionaria, aceptaba cada día con más firmeza la ruta social y antiderechista del Movimiento.»

Este lisonjerísimo autorretrato excusa cualquier comentario, sobre todo muerto su autor.

Para acabar con este largo capítulo daré la referencia de Ledesma de su expulsión; según él, simple separación voluntaria.

Todo partió de los supuestos errores de José Antonio durante y después de los sucesos de octubre: no plantear a la Falange con toda audacia, inmediatamente de aquéllos, «el problema de la toma del Poder, y la lucha a fondo contra el Gobierno demoburgués de Lerroux». Su escepticismo, su *subestimación* de la fuerza y la misión del Partido, «considerando utopía pura que éste pudiera aspirar tan pronto a la dirección del Estado». No creer que la Falange tenía posibilidades reales de promover eficazmente una acción armada dirigiendo y absorbiendo la capacidad insurreccional del sector de la oficialidad del Ejército que se mostrase políticamente más intrépido, audaz y decidido para cooperar con nuestras escuadras a la toma del Poder. No aceptar un posible fracaso falangista, que «desencadenando una acción violenta habría dado con sus dirigentes en la cárcel y desarticulado momentáneamente sus Organizaciones», pero que junto a eso le habría conseguido también «fuerza moral y prestigio entre las grandes masas españolas, cuyo secreto no supo encontrar, recoger y aprovechar por no dar a los Sindicatos nacionales el sentido de pelea y rivalidad contra el marxismo en lo que tiene de tendencia política bien marcada y clara». No lograr «Prensa ni trabajo alguno de organización adecuada para la acción y la propaganda ilegal, únicas posibles en aquellos meses de silencio obligado por el rigor del estado

de guerra». No se atreve a cargar todas estas culpas -supuestas: el tiempo ha dado la razón *a todas y cada una de las previsiones de José Antonio*- sobre el Jefe; pero le acusa de gran parte de ellas por no saber utilizar todas las atribuciones que los Estatutos ponían en sus manos, complicada con la desconfianza «casi enfermiza, hacia sus colaboradores, sobre todo a los que aparecían algo destacados en la Organización. José Antonio, en una reunión de la Junta Política, vio la grave situación; pero, aparte insinuar que abandonaría el puesto, «no aclaró lo más mínimo el futuro ni propuso consigna alguna *para salir del bache».*

«A la salida de esta reunión de la Junta Política coincidieron casualmente en el café tres antiguos jonsistas: Ledesma, Onésimo Redondo y Sotomayor, y un falangista procedente del comunismo, Manuel Mateo. Coincidieron en apreciar como grave la situación. Mateo y Sotomayor pensaban independizar los Sindicatos del Partido. Redondo creía conveniente la escisión de las viejas J.O.N.S. Ledesma opuso algunos reparos, prefiriendo en vez de la escisión dimitir todos sus cargos y quedar al margen del Partido.» Textualmente (págs. 219 y 220) da esta brevísima referencia de los hechos determinantes de su expulsión y de su lamentable campaña contra José Antonio en *La Patria Libre:*

«Ledesma creía irresoluble por vías normales la situación a que había llegado el Partido. Estimaban a Primo como víctima, en cierto modo, de los mismos estatutos por él elaborados y cuya rigidez hacía casi imposible dar la cara a los problemas que implicaba la revigorización de la Falange jonsista. Esa creencia lo llevó a la *escisión acordada con los demás* ([256]), y que se hizo pública el 15 de enero ([257]).

»Los propósitos de los escisionistas consistían en asfixiar toda su pervivencia reaccionaria y dar a la organización bases nuevas, tanto de funcionamiento, a los efectos interiores, como de índole social-económica, a los efectos de la propaganda.

»La escisión tuvo dos aspectos:

»Uno, político, que representaban Ramiro Ledesma y los grupos jonsistas que se identificaron con su actitud, en vista de la experiencia de los últimos meses y de la desgraciada coyuntura del Partido, al medio año escaso de octubre.

»Otro, sindical, de indisciplina de los Sindicatos, que mantenían Sotomayor y Mateo; éste fue a Valencia a influir en aquella sección y a la vuelta creyó más conveniente para él quedarse con Primo de Rivera, sustituyendo a su compañero en el cargo de dirigente sindical. José Antonio lo acogió con suma alegría y hasta parece que lo distingue con su confianza, no

[256] Es decir, con Onésimo Redondo, Sotomayor y Mateo.

[257] En forma de expulsión de Ledesma y Sotomayor. No hubo jamás tal escisión.

queriendo saber quizá que fue uno de los más activos forjadores de la actitud escisionista de enero ([258]).

»Mateo hizo bien por otro lado con apartarse de la labor sindical de Sotomayor, individuo, al parecer, un tanto averiado.

»A consecuencia de la escisión se produjeron polémicas desagradables, y hasta cierto punto violentísimas, entre ambos grupos ([259]). Ledesma y sus camaradas redactaron un semanario, *La Patria Libre,* donde justificaron cumplida y honradamente su actitud nacionalsindicalista. El falangismo personalista de los otros les hizo objeto de ataques que bordeaban lo calumnioso, lo que puso más al descubierto las diferencias que realmente existían entre los dos grupos.

»El Partido se dividió profundamente y de hecho supuso la disgregación, tanto a un lado como a otro, de los mejores militantes que había en sus filas, es decir, de sus fundadores, de sus dirigentes y de quienes a través de luchas difíciles habían caminado con la bandera de la organización a cuestas» ([260]).

Termina el libro de Ledesma reconociendo, a pesar suyo, que la Falange en noviembre del 35 se movía en una órbita más fecunda, atribuyéndolo a que José Antonio había adoptado al fin «casi todas las plataformas críticas que fueron la causa de que los jonsistas mantuviesen, desde las primeras horas siguientes a la unificación, toda una larga serie de batallas internas, que culminaron en la actitud escisionista última. Y también señalando algunas dificultades de la Falange que José Antonio no podía vencer.

La misma pasión personalista que había dictado todo el libro inspira el último capítulo, igualmente vacío de objetividad. Ledesma, como he dicho varias veces, poseía una aguda inteligencia y una clara visión. Se las nubló el despecho y, después de falsear los hechos reales, no atisbó a ver el futuro que ya se preludiaba claramente sobre la desolación española. El discurso

---

[258] Mateo negaba siempre su participación en toda la conspiración. Y lo mismo Onésimo Redondo. Ambos permanecieron fieles a la Falange, y colaboraron constantemente con José Antonio, quien si algunas veces discrepaba, en algunos matices de política o disciplina falangista, del Jefe de Valladolid, tenía gran cariño, confianza y admiración hacia Mateo. Mateo, como ya he dicho en otro lugar de este libro, tenía tal fe en el Jefe que no dudaba de que éste lograría devolverle la que había perdido de católico en las luchas y lecturas de su azarosa vida. Como Mateo no fue detenido en 14 de marzo de 1936, cuando los demás Jefes falangistas, y escapaba hábilmente a las redes policiales, José Antonio temía por él y decía una vez en la cárcel: «Debéis decir a Manolo Mateo que se deje coger. Estaré más tranquilo viéndole aquí, con nosotros, que pensando nos le pueden matar en una esquina cualquier día.» Al contarle yo algunos paseos nocturnos por Madrid con el Jefe Sindical, repetía su preocupación casi paternal por ambos, como la sentía por todos los camaradas, a quienes consideraba en más peligro por las calles frentepopulistas que en las galerías de la Modelo.

[259] Por parte de quienes permanecíamos fieles a la fusión de Falange y J. O. N. S., encarnada en José Antonio, no hubo más que el texto citado del Jefe y su consigna de riguroso silencio sobre Ledesma.

[260] A Ledesma apenas le siguió una docena de camaradas, que no consiguió realizar nada práctico, ni siquiera distraer la atención que España empezaba aprestar a la Falange.

joseantoniano del 17 de noviembre debía haber impulsado a Ledesma a buscar el contacto otra vez con Falange. Prefirió hostigarla con ese libro, que no logró hacernos el menor daño. Los enemigos se sintieron defraudados, pues el más «bondadoso» ([261]) decía de Falange y José Antonio cosas mucho más terribles que las acusaciones de Ledesma -inocuas ante la personalidad cada día más prodigiosa del Jefe-: En los camaradas, salvo un primer momento de indignación, no produjo el menor efecto.

Era ya demasiado poderosa, demasiado cargada de razones cordialmente profundas, la «mística del Jefe» para que una tosca caricatura pudiera apartarle de nuestro corazón. Al contrario, cada día estábamos más cerca de él, más atentos a sus órdenes, más ágiles para seguir el vuelo de su pensamiento, más orgullosos de no creer en nada que no saliese de él y en nadie que no fuese él, que ya había conseguido en un plebiscito de los sentimientos entrañables de España algo imposible de ganar con campañas electorales, con ficheros perfectos y con -lo diremos con frases suyas- «demagogias corajudas»: estar presente en el afán inmortal de los romances anónimos y las canciones populares. Era ya el Héroe de la juventud española. Sólo le faltaba el martirio -ya cercano- para que España le sintiese en su corazón eternamente.

* * *

LA ULTIMA ETAPA DE LA AGONÍA CEDORRADICAL. EL FRENTE NACIONAL, FRUSTRADO

«Apenas extinguidos los últimos fulgores del estraperlo y durante el respiro que nos proporcionaba la espera del sumario instruido por el señor Bellón, he aquí recién nacido un nuevo estraperlo que, como acontece en los cuentos de hadas, va a dejar chiquito a su hermano mayor ...»

Así empieza el artículo «Entre caballeros» que José Antonio escribió para el número de *Arriba* de 5 de diciembre, aludiendo por primera vez a la famosa denuncia de Nombela, que había de dar al traste definitivamente con el bienio estúpido. A José Antonio le duele -y no lo oculta- ver a Gil Robles «envuelto por encubridor en un asunto que le produce, esto no lo niega nadie, la más auténtica repugnancia». Las Cortes le dan la impresión de un sanatorio de neurasténicos.

La absolución de Largo Caballero por el llamado Tribunal Supremo, poniendo en claro que no tuvo nada que ver con la revolución de octubre, le

[261] Falange Española de las J. O. N. S., antes como ahora, ha tenido toda clase de enemigos. Hasta esta insólita de «bondadosos» y «bienaconsejantes» que afirmaban tener gran simpatía por José Antonio, pero..., pero... (y el pero era una deformación o una insidia siempre).

inquieta, pues conoce cómo la revolución próxima encontrará su jefe más feroz en el estuquista delirante a quien llaman sus fanáticos el «Lenin español». La vista de José Antonio traspasa todas las brumas de la angustiosa situación política de España y contempla el futuro mar de sangre en que ha de salvarse o hundirse definitivamente. Nos lo dice a sus camaradas, se lo grita a los sordos y a los ciegos -peores sordos y ciegos que ninguno, estos voluntarios de la euforia gubernamental-, que siguen sin quererle creer. Se desespera: «Haría alta abrirles la cabeza y sacarles las telarañas que les deben rodear el cerebro.»

La censura es cada vez más implacable y deshace sus escritos. No importa: Él continúa tenaz y desaforado gritando la verdad a España.

Ha caído el Gobierno Chapaprieta porque los partidos de la mayoría, capaces de tragarse los mayores escándalos, se niegan a aprobar un ligero aumento de impuestos sobre las grandes fortunas y no dan sus votos a la Ley de Restricciones. «Mientras sólo se restringieron sueldos humildes, todo fue bien -clama José Antonio-. Pero contra el capitalismo que paga las elecciones hay que guardarse de hacer nada. Así, entre claudicaciones y encubrimientos, va agonizando el bienio estúpido...» !

El 7 de diciembre José Antonio interviene en el Parlamento con dos discursos -el segundo pronunciado a la madrugada- con ocasión del escándalo del Tesoro Colonial. Pocas veces su voz tiene un tinte más doloridamente grave. Porque él no tiene, ni en su profesión ni en el azar trágico de España que le ha llevado a la política, vocación de fiscal. No le gusta, como a los otros, revolver los desabridos basureros de la conciencia humana para encontrar motivos de acusación. Pero el deleite con que unos y la pasividad con que otros caminan por el estercolero necesitan la voz implacable con que José Antonio les coloca ante la Historia. En el primer discurso, más forense que parlamentario, se desvía deliberadamente de los matices políticos para señalar todas las monstruosas infracciones de las normas jurídicas y morales que han presidido el vergonzoso *affaire* Tayá. Sólo en los párrafos finales habla el Diputado. Pero no el Diputado de oposición que aspira a un éxito fácil atacando con violencia a un Gobierno ya deshecho por el asco del país. Habla el Diputado que, aun sin fe en el régimen parlamentario, se siente investido de una representación popular -no la de sus lejanos electores de noviembre del 33, sino la de sus próximos y heroicos camisas azules- y pone en sus palabras la máxima corrección antidemagógica y la mayor emoción nacional. Dice así: «Y ahora, señores diputados, adelantaríamos muy poco con toda esta investigación, con toda esta depuración, si nos limitásemos a reprobar el expediente que se ha traído a estudio de la Cámara. Hay que hacer urgentemente una declaración de que la política española quiere sanearse. Es indispensable que esto no se tolere ni un instante más, señor Gil Robles, y perdóneme S. S. que me dirija a él con tanta frecuencia. S. S. es intachable, como sabemos todos. S. S. es joven. S. S. ama a España. S. S. tiene seguramente por delante una larga vida política. En el Partido radical hay

personas probas e intachables; en el Partido que sigue a S. S., también las hay; en todas partes puede haber muchas. Fíjese S. S., señor Gil Robles, en si puede seguir con este peligroso bordado de, por salvar Dios sabe qué cosas, estar aceptando la peligrosa vecindad de gentes y de estilos absolutamente descalificados. *Piense S. S. que no hay nada que esté por encima de la moral pública, y que el mal contra ella es siempre el mal mayor y que a esto debe subordinarse todo*. Piense S. S. que tiene sobre sus hombros la confianza de muchas gentes y que esas gentes, en cuanto se abra un período electoral o una discusión más pública que ésta, van a sentir que les arrojan a la cara y que arrojan a la cara de S. S. una acusación de encubrimiento de todas estas cosas. S. S. desde el 26 de julio oyó las denuncias aquí; S. S. supo de aquel intento de cobro ilegal contra el Tesoro Colonial, de una indemnización mal acordada; S. S., estoy seguro que con la mejor intención del mundo, no denunció esto, no llegó a una ruptura pública con los que trataban de asaltar así el Tesoro Colonial. S. S. ha venido prolongando esta peligrosísima convivencia, y hay algo aquí más grave de lo que pueda padecer S. S., porque sé que S. S. lo ofrecería en todo caso como sacrificio a España: *hay el riesgo que estamos corriendo de que, por convivir con gentes que no son dignas de convivir con nosotros, que no tienen nada que hacer en la vida pública de España, que deben retirarse a sus casas, y esto por la infinita benevolencia de quienes no les mandan a la cárcel*, esté comprometiendo la posibilidad de que nos agrupemos todos un día, los radicales que se salven de la reprobación general, los jóvenes y los viejos de Acción Popular que le siguen, los hombres de derecha y de izquierda, todos, en un posible frente nacional que ha de tener como primera bandera la bandera de la moralidad pública.»

La apelación sincerísima y ardiente de José Antonio fue estéril, como era todo estéril en aquel Parlamento, y sobre todo en la unión híbrida y estrechísima de un partido católico y un partido anticlerical unidos por la que llamaban «grave necesidad histórica» de prorrogar quizá otro bienio triste la agonía de España o retrasar la salida del Sol. No consiguió nada. La Ceda seguía aferrada a sus errores con una tenacidad ridículamente trágica. En su «Crítica, crónica y consigna» del suceso, la pluma egregia de Rafael Sánchez Mazas escribía en el número 23 de *Arriba*:

«Al menos quedó al señor Gil Robles, como señal de sus buenas condiciones nativas, como grito ahogado de su buena crianza, aquel levantarse en la madrugada tristísima del sábado pasado, con la lividez del que tiene descompuesto el estómago, con la boca amarga de quien se va a tragar en público el enorme sapo de la charca, con ojos tristes -y la voz agria y descontenta y era para mirar de hito en hito su juventud, con pena profunda. ¡Qué carrera de triunfos indeseables sería una carrera de ovaciones así!

»A pesar de la severa conmoción del tono, nada hubo entonces tan caritativo, tan fuerte y delicadamente cristiano como el discurso de nuestro Jefe Nacional. La indignación que clamaba en él por la justicia era como vencida por la misericordia. En el Parlamento de una Nación fuerte y en marcha, ¡con qué ira encendida, con qué crudo sarcasmo hubiera clamado!

Pero aquí, si empezó con la irritación ante la vergüenza, luego dejó transparentar algo que era como el acento de piedad para la casa pobre, donde entre truhanerías e inconsciencias anda mal parada un día y otro la honra de las hijas. España no exigía, casi imploraba por su boca, un poco de honor. Y así nuestro Jefe, el Diputado de alma más juvenil y más valiente de la Cámara, acabó por hablarles como un anciano a pobres niños claudicantes. ¡Si os limpiáis ahora de estas vergüenzas -les venía a decir-, si las repudiáis de corazón, mañana, que es domingo, estaréis más alegres!

»Pero no sabían el arte divino y humilde de ponerse alegres. Se marcharon todos, tristes de aquello que no osaban llamar su triunfo, tras su votación de madrugada, perdiéndose por un Madrid como hecho de encargo para ellos, con los faroles ya apagados y el alba que no venía todavía. Melancólicamente habían apuntalado con 119 bolitas blancas y sucias contra 60 bolitas negras el prestigio simbólico de don Alejandro Lerroux, que dormía, y en el cual se cifraba la defensa de España, el bloque gubernamental, una política de derechas económicas, un Gabinete Chapaprieta, la tranquilidad...([262]) de miles de españoles desilusionados y sensatos, el regular funcionamiento de unos desaguaderos de inmundicia...»

El discurso que José Antonio pronunció a las cuatro de la madrugada del domingo 8 de diciembre, día en que la España católica -que gracias a Dios no era solamente la España de la Ceda- celebra la fiesta de la Divina Pureza y el Divino Candor, fue dicho ante la mayor expectación y el más impresionante silencio que hayan reinado jamás en el Parlamento español. Fue éste:

«Señores Diputados, compañeros Diputados: Estamos ahora en el instante más solemne de esta noche. Se va a votar de un momento a otro la proposición defendida de una manera insuperable por el señor Toledo. Los sí o los no que salgan de vuestra boca; las bolas blancas o negras que depositéis en las urnas van a decidir simplemente el honor de esta Cámara. Comprenderéis que a mí, en cuanto parlamento, quizá eso me importe menos que a otros. No creo que sea el Parlamento el instrumento mejor para regir la vida de los pueblos. Esto ahora es secundario. Lo que me importa es que aquí, en el ámbito del Parlamento, está quizá la mayor parte de las reservas humanas que España tiene para su conducción política; que en la deshonra del Parlamento iría envuelta la deshonra de casi todos nosotros y que si esto pudiera favorecerme como hombre de partido, os digo que es un triste espectáculo, que ni como a español ni como a hombre me complace. Yo quisiera que en este instante decisivo se salvara todo lo que se pudiera salvar, porque ya os digo que los espectáculos de desastre sólo pueden ser gratos a las almas enfermizas.

-»Fijaos en esto: la diferencia sustancial entre el voto del señor Toledo y lo que es el dictamen de la Comisión reside en esto: el voto particular del

[262] Hay un blanco de la Censura. El adjetivo de Sánchez Mazas a aquella tranquilidad apetecida por las huestes cedistas sería cobarde, bovina o algo análogo.

señor Toledo envuelve en las responsabilidades políticas a don Alejandro Lerroux; el dictamen de la Comisión excluye de la responsabilidad política a don Alejandro Lerroux y deja caer esa responsabilidad política sobre la cabeza del subsecretario. Los subsecretarios -ya se ha dicho hoy con palabras más doctas- no pueden ser objeto de responsabilidad política; eso lo sabéis todos. Lo que tratáis de hacer con ese dictamen es ahuyentar la grave tacha y acusación política, política por ahora, sobre la cabeza de don Alejandro Lerroux. Y os digo solamente esto: si tal hacéis, acaso salvéis esta noche con los votos a don Alejandro Lerroux, pero caerá sobre todos vosotros, sobre todos los que votéis, la reprobación terminante de la opinión pública entera. La opinión pública sabe ya muy bien (*rumores*), ha sentenciado ya muy bien (*protestas*); la opinión pública entera ha sentenciado ya este pleito (*más protestas*). La opinión pública reclama con escándalo que se abomine esta noche de un tono político impuesto a las costumbres españolas por don Alejandro Lerroux. Esta es la verdad y está en la conciencia de todos vosotros. Pero ¿es que vamos a decir todavía esta noche una vez más que don Alejandro Lerroux no delinque? Llegó lo del estraperlo y apareció su hijo adoptivo, una especie de cuerpo mixto civil y militar que le rodea, el subsecretario de la Gobernación, el ministro de la Gobernación, todos; él, incólume. Llega este asunto y tenemos al subsecretario de la Presidencia, quién sabe si al Juez instructor; él, incólume. ¡Señores! Ya es hora de que concluyamos con esta especie de juego de personajes de vieja farsa italiana. El señor Lerroux no delinque nunca, pero en las inmediaciones del señor Lerroux hay siempre para delinquir o un hijo adoptivo o un cuarto cívico-militar confuso, o un ministro medio tonto o un subsecretario propicio; siempre se encuentra esto en los alrededores del señor Lerroux para que se lleven el peso a la hora de las condenaciones.

»Es inútil; esto lo ha sentenciado España entera, y en el fatigoso debate de esta tarde y de esta noche ha quedado además suficientemente claro. Decid lo que queráis, echad las culpas de detalle al señor Moreno Calvo; hay una cosa inequívoca: cuando, según decís todos, según consigna la propia Comisión en su dictamen, no hay acuerdo de Consejo de Ministros, don Alejandro Lerroux suscribe una orden de pago en que se dice: «En cumplimiento de acuerdo de Consejo de Ministros, hágase esto.» Esto, en términos penales, es una falsedad; esto, en términos políticos, es un motivo de descalificación. *(El señor Guerra del Río: «¿y los demás ministros que también han creído que había acuerdo? Atáquelos S. S.»)*

»Vamos a votar dentro de unos instantes lo que fuera de aquí se ha sentenciado ya. Si mañana dicen los periódicos: La Cámara española, con el voto de casi todos, con el voto de los más, ha reprobado terminantemente este período vituperable, la Cámara española recobrará a los ojos del pueblo gran parte de sus prestigios y vuestros partidarios (*dirigiéndose a los diputados de la Ceda*), vuestros partidarios, aunque me queráis interrumpir, y todos los que están fuera de aquí anhelando justicia, se sentirán gozosos y os tributarán su

aplauso, y mañana habrá un alborozo popular de domingo como si se hubiera levantado de España una losa que la está oprimiendo; y vosotros mismos, después de hacer justicia, os sentiréis más ligeros, como quien vuelve a una atmósfera limpia después de haber pasado mucho tiempo en un reducto infecto y enrarecido. Haced lo que os parezca. Esto podrá traer consecuencias políticas, más o menos graves; no importa. Atrevéos a la jugada decisiva, atrevéos a jugároslo todo por el honor , y veréis cómo así, si os lo jugáis todo, si os atrevéis a votar con vuestra conciencia, que responde en esto a la conciencia popular, después de esta noche de justicia tendréis mañana en vuestras almas y en vuestros partidos un día alegre. He dicho.» (*Muy bien. Aplausos.*)

Le habían oído pálidos, desencajados y silenciosos, sin poder llamarle esta vez «ensayista», «bolchevique», «revolucionario pintoresco», ni otras tantas cosas. La razón irradiaba de sus ojos claros, de su ademán sereno, de su voz inimitable e inolvidable, que ha descrito tan maravillosamente Sánchez Mazas. Los de la conciencia honrada apretaban los puños de rabia de saber que tenían que ahogarla por las razones políticas de un Jefe que nunca se equivocaba. Los delincuentes, con más miedo que los cómplices, temblaban. Salieron a relucir las bolas blancas y las negras. El escrutinio aceleraba, de ilusión o de pánico, el ritmo de muchos corazones. La mayoría cedorradical decidió por 119 votos que Lerroux y el partido radical eran honrados. Pero sesenta diputados, entre ellos, con José Antonio, los tradicionalistas y los de Renovación Española, no se prestaron al inmundo juego. ¿Por qué misteriosa razón se prestaron ya más tarde -sin José Antonio, frente a José Antonio y contra José Antonio- a otro juego tan sucio o más, como fue el Frente Nacional electoral, mezclando sus nombres a los de los candidatos radicales? Sin duda -pues su conciencia había rechazado en la votación a éstos- por no compartir las exclusiones y exigencias de la Falange para un verdadero Frente Nacional, no para ganar las elecciones, sino para salvar a España. Exclusiones y exigencias que José Antonio condensó así en una conversación con un periodista: «En contestación a sus preguntas, resumo la parte de mi discurso del día 17 de noviembre en el cine Madrid, que se refería a la misma cuestión. Contra el peligro bolchevique -cada vez más acentuado por el desplazamiento hacia posiciones extremas de las masas socialistas- hay que formar no el frente «antirrevolucionario» -puesto que España necesita «una» revolución-, sino el Frente Nacional, delimitado por las siguientes exclusiones y exigencias:

I. *Exclusiones.*- Nuestra generación, que es a la que corresponde la responsabilidad de desenlazar la presente crisis del mundo, no puede sentirse solidaria:

a) Por razón histórica, de los que quieran cobijar bajo la bandera nacional nostalgias reaccionarias de formas caídas o de sistemas económico-sociales injustos.

b) Por razón ética, de los que se hayan habituado a vivir políticamente en un clima moral corrompido.

II. *Exigencias.*- El Frente Nacional habrá de proponerse:

a) La devolución al pueblo español de una nueva fe en su unidad de destino y de una resuelta voluntad de resurgimiento.

b) La elevación a términos humanos de la vida material del pueblo español.

»La primera exige una revitalización de los valores espirituales, sistemáticamente relegados o deformados durante mucho tiempo, y, sobre todo, la insistencia en esta concepción de España como expresión de una comunidad popular con un destino propio, diferente del de cada individuo, clase o grupo y superior a ellos. Lo segundo -es decir, la reconstrucción económica de la vida popular, impuesta con doble motivo en esta época de liquidación del orden capitalista- exige urgentemente:

a) Una reforma crediticia, que llegue incluso a la nacionalización del servicio de crédito en beneficio de la economía total.

b) Una reforma agraria que determine en primer lugar las áreas cultivables de España (las actuales y las posibles mediante una preparación técnica), entregue al bosque o al pasto todo lo que quede fuera de esas áreas cultivables e instale en ella «revolucionariamente» (es decir, indemnizando o no) a la población campesina de España, bien en unidades familiares de cultivo, bien en grandes cultivos de régimen sindical, según lo exija la naturaleza de las tierras.

Lo que no sea aceptación sincera y austera de un programa así, con todo lo que implica de sacrificio, no tendrá nada de una verdadera posición contraria al bolchevismo -que descansa, sobre todo, en una interpretación materialista del mundo-, sino que será un intento, igualmente materialista, y, además, inútil, por conservar un orden social, económico e histórico, ya herido de muerte.»

Este programa del Frente Nacional no podían tragarlo quienes tragaban los rejalgares del estraperlo y «Tayá». Ni los del espinazo entrenado para la reverencia cortesana. Ni los guardadores de oro en cupones de las grandes compañías anónimas. Preferían arriesgar todo al azar de unas elecciones de «vamos tirando». En último extremo, si ganaban las izquierdas, siempre cabía la esperanza de jugarlas una mala partida buscando apoyo en el Ejército y tal vez en la misma Falange, que no negarían su colaboración a una contrarrevolución patriótica para salvar el «orden».

* * *

RECUERDOS DE AMISTAD

JOSÉ Antonio se afanaba más que nunca aquellos días en estudiar y en hacernos estudiar problemas y en buscar y hacernos buscar hombres honrados y preparados. No porque creyera en nuestro triunfo inminente -ya hemos visto que tenía descontada la vuelta de Azaña-, sino porque creía que detrás de la última experiencia de Azaña -experiencia durísima para el país y para la Falange- no había otra solución que la Revolución Nacionalsindicalista y la implantación de nuestro Estado, que con él al frente impondría el orden nuevo y riguroso, cada vez más concreto y afilado en su pensamiento. Esa búsqueda de hombres le lleva a mil sitios diferentes. Por otra parte, muchas gentes honestas y desengañadas tratan de acercarse a él, de oírle, de convencerse con el calor de su mano y la serenidad de su mirada, de la sinceridad y profundidad de su doctrina. Son los días en que más gente ha sido presentada a José Antonio y ganada plenamente por la seguridad de sus razones y por la magia de su aureola. A la vez, el presentimiento que lleva siempre en un pliegue de su corazón y su amor a la vida -que no niega ni en el momento de perderla- le hacen buscar el goce de la amistad, de la conversación, de los libros, del aire pleno de España.

Se hacen frecuentes entonces, en los paréntesis de la tarea ardua a que consagra sus actividades, las excursiones por Castilla, que Agustín de Foxá ha contado en libros y artículos. Una a Sigüenza, otra a La Granja, otra a Segovia, otra a Cadalso, otra a El Escorial, otra a Toledo... (En esta última tuve el honor de acompañarle.) Foxá recuerda mal algunos detalles, como el de las momias. No vimos momia alguna en Illescas. Queríamos ver -a propuesta mía- unas de la Edad Media que, años atrás, había visto yo -creía- en la iglesia de San Román. Dimos mil vueltas por Toledo sin lograr descubrirlas, yendo a parar al Museo del Greco a admirar el Apostolado, ante cuyas maravillas de color y dibujo el Jefe nos planteó problemas estéticos de dificilísima respuesta. El fracaso en el encuentro de las momias me valió durante una temporada las vayas de José Antonio, que, cuando delante de mí le hablaban de alguna cosa poco verosímil, decía: «Eso es una momia de Sandoval» ([263]).

---

[263] *Nota de la tercera edición.*-Pero no era una invención mía. En el Diario de un enfermo (Obras completas, tomo I) dice el maestro Azorin:

«20 de noviembre (siete tarde).

»Esta tarde he ido a la iglesia de San Román. El sacristán ha quitado el ara de un altar y por la abertura que ha quedado al descubierto he bajado a un angosto receptáculo repleto de momias, amontonadas, apisonadas. En la pared, en pie, en eterna actitud de macabra cortesía, dos, cuatro, seis figuras.

»No he visto nunca tal espanto como las momias de estos hombres muertos violentamente en alguna insurrección o invasora guerra; arrojados acaso vivos, en plena vida o moribundos, a algún profundo subterráneo. Los gestos y actitudes lo indican; son actitudes

Foxá recuerda, en cambio, maravillosamente frases de aquellos días, en que el espíritu de José Antonio, al apartarse del pantano podrido de la política para acercarse a la amistad y la camaradería, se hacía juego sutil y poesía alegre:

«Nunca hemos estado aquí -decía una vez en La Tasca-, porque ayer estuvimos de noche y hoy entramos por la mañana. El tiempo debe tener la misma categoría que el espacio. Se está en otro sitio, aunque sea el mismo, cuando en él se penetra en hora diferente.»

«La Ceda quiere hacer en frío lo que nosotros hacemos en caliente. Son como la leche esterilizada: no tienen microbios, pero tampoco vitaminas.»

«La Falange quiere una España alegre y faldicorta.»

«El Doncel de la Catedral de Sigüenza fue un falangista del siglo XV. Un señorito que dejó de jugar a la pelota en las paredes del palacio de su pariente el Obispo para irse a la guerra de Granada y morir ahogado entre las huertas. A la Falange de Sigüenza la llamaremos Falange del Doncel.»

«El valor personal es cuestión de adrenalina. Yo tengo una reacción lenta.»

En las cenas del P. E. N. Club, en las de Los Amigos de Carlomagno, en las Embajadas y casas particulares, en La Ballena Alegre, en el Café Europeo, en Bakanik, José Antonio, entre amigos y camaradas, se olvida de la política un rato para gozar el suave placer de la amistad y el diálogo, en que -como en otras tantas cosas- era también impar.

EL «CARA AL SOL»

CONOCIDÍSIMA es su aportación literaria a la letra del *Cara al Sol*. Hay, por lo menos, cuatro o cinco versiones diferentes -de Bravo (relato de Ridruejo), de Foxá, de Miquelarena, del Marqués de Bolarque y de Tellería, el autor de la música-. Todos, variando en detalles accesorios y de aportación personal a la genial canción, coinciden en que gran parte de ella es de José Antonio. Bolarque dice ([264]): «Conviene restablecer la verdad y decir, porque es de justicia, que *Cara al Sol* es exclusivamente obra de José Antonio. Si bien es verdad que todos en él pusimos nuestras manos, no es menos cierto que la mayor parte de los versos son de José Antonio y que los que no son suyos

---

de desesperación, de terror, de suprema angustia: bocas torcidas, cuellos contraídos, manos crispadas...

»Por un angosto agujero entra escasa luz, que alumbra el cuadro. Brillan intactos, blancos, salientes, apretados, con feroz expresión de rabia agónica, los dientes de una momia; a pedazos, desgarrado, pendiente, cuelga el cuero cabelludo de otra. Una niña, vestida con un trajecillo que le llega a las rodillas, cruzados los brazos beatamente, reposa en pie en un rincón. En su cara intacta se lee la resignación fervorosa e ingenua...»

[264] Número extraordinario de **Y**. 1ª y 2ª edición. Noviembre de 1938 y 1939.

fueron incorporados por él al himno después de rechazar otros muchos. Hasta aquí impuso su autoridad de Jefe y su cuidado por la Falange.»

Esto es lo evidente, aunque los detalles de la composición varían en las versiones.

Hay un detalle que nadie ha contado. Sobre la música de Tellería se hizo un «monstruo». Y también en la confección de éste intervino José Antonio. Alguna vez le he oído cantar el primer verso del «monstruo», que decía:

«A-gustín Foxá con las Cañó-ongo...»,

aludiendo a la amistad del gran poeta con Margarita y Dolores Pedroso.

Ignoro si la sugestión de hacer un himno para la Falange es de Bravo a la salida del mitin del 17 de noviembre. Lo que sé es que una tarde, saliendo con José Antonio del Centro de Santo Domingo, me dijo:

-Te vas a tener que encargar de hacer la letra de un himno para la Falange.

-¿Yo? -le pregunté, asombrado-. Yo no soy poeta.

-No ser poeta está reñido con ser falangista.

-Otros camaradas lo pueden hacer mejor... José María Alfaro, por ejemplo...

-En José María había pensado desde el primer momento y él tiene la orden de hacerlo. Pero está atravesando una crisis de vagancia y no tiene tiempo ni de hacer versos... Ya sé que tú no lo harás tan bien como José María, que es el mejor de nuestros poetas, pero es preciso hacer la canción para los escuadristas.

-Y la música, ¿está hecha?

-Sí. Es de Tellería y creo que está muy bien.

-Dámela.

-Me parece que también está sin escribir. ¿Por qué serán tan holgazanes los artistas? En fin, yo se la pediré a Telleria, y ya hablaremos.

-Habla antes con Alfaro y que escriba él la letra. A mí no me saldría.

No volvimos a hablar del asunto hasta un mes más tarde. Estábamos en casa de Marichu Mora; con ella, Rafael Sánchez Mazas, Luis Escobar y yo. Llegó José Antonio con Agustín Foxá. Venía radiante. En la mano traía arrollado el himno autógrafo de Tellería, con la letra magnífica recién nacida.

-Ya tiene himno la Falange. Pero no un himno cualquiera como el de la J.A.P. Una canción de guerra y amor.

-¿Por fin se ha sacudido Alfaro la pereza? -le pregunté.

-He sacudido la pereza de todos -contestó José Antonio-. Escuchad.

Y con muy mediana entonación nos dio a conocer la letra -no la música, ciertamente- del *Cara al Sol* ([265]).

[265] El oído musical de José Antonio era muy mediano. Y tampoco era muy aficionado a la música. «Una sinfonía es para mí un laberinto en que me he perdido a los cinco minutos», le oí decir en alguna ocasión.

-¿Qué os parece?

-La letra, estupenda. La música no se puede juzgar en esa versión sonora. Déjamelo que me lo lleve a casa para copiarlo y aprenderlo.

-¿Sabes música?

-Sí.

-¿Tocas el piano?

-Sí.

-Magnífico. Alquilaremos uno, lo llevaremos al Centro y se lo enseñarás a los chicos. Toma el himno. Pero mañana me lo devuelves, si no quieres que se te dé ricino. Bastante tiempo hemos estado sin él. No es cosa que ahora que está hecho vaya a perderse.

-Mañana sin falta lo tendrás.

Me lo llevé a casa. No tenía papel pautado para copiarlo, pero lo ensayé en el piano. Por la mañana compré un cuaderno en la Unión Musical y dediqué las horas de trabajo en el Ministerio a copiar el original de Tellería. A la una y media se lo pude llevar a José Antonio, que volvió a decirme: «Tienes que aprenderlo bien para que lo canten los muchachos.» Como ya lo tenía en el oído, se lo canté a Mateo, a Cadenas y algunos otros camaradas.

(En la versión de la creación del himno de Falange, dada por Ridruejo a Bravo, se afirma que el himno pudo perderse, de no haber sido porque la camarada Angelita Ridruejo guardaba una copia del original regalada por Pilar Primo de Rivera. He de hacer constar que al estallar el Movimiento Nacional existía una edición de 20.000 ejemplares grabada clandestinamente en Madrid y que había empezado a repartirse en los primeros días de julio. Los gastos de esta edición los costeó el gran recitador José González Marín, y se ocuparon de hacerla y repartirla -con autorización expresa de José Antonio- los camaradas Aurora Jauffret, *la Goya* y Tomás Borrás. Se había intentado por Cadenas hacer el disco, pero la casa Ureña, de Madrid, no se atrevió a lanzarlo -después de impresionado- en pleno Frente Popular. Cadenas, que amenazado de muerte tuvo que marchar de Madrid a Fuenterrabía, estaba en tratos con una casa francesa al estallar el Movimiento. Unos ejemplares de la edición primera, que yo tenía, se difundieron rápidamente por Mallorca. Y por las radios de todas las ciudades adictas se oyó, mejor o peor cantado, el *Cara al Sol* desde los primeros días. En Palma, donde yo me encontraba, se cantó a las nueve de la mañana del glorioso domingo 19 de julio) ([266]).

---

[266] Nota de la tercera edición.-José Antonio, entusiasmado con la *Canción de guerra y de amor de la Falange*, nunca llegó a cantarla bien, pues no tenía un gran oído para la música. Tampoco pudo oírla, como los camaradas que le sobrevivieron, en ocasiones solemnes o populares, acompañada por tambores y trompetas o subrayada por el fragor de los cañonazos en el frente o en su tremenda audición en el mar cuando el hundimiento del «Baleares». El camarada Francisco Valencoso López, de la vieja guardia de Quintanar del Rey, refirió el 24 de octubre de 1961, en *Arriba*, la ocasión en que los falangistas de su pueblo aprendieron -en presencia de José Antonio- la hermosa canción; -Fue el 29 de diciembre de 1935. José Antonio había acudido para celebrar uno de esos mítines

José Antonio, entre las espiritualidades de la amistad y la violencia del combate político, seguía adivinando el porvenir. Respecto a la Falange aseguraba que llegaría hasta el final en la lucha por España. «Pero quienes os salvéis de la catástrofe -decía una vez a Foxá-, celebrad misas gregorianas por mi alma.»

UN DIALOGO INTERESANTE

POR aquel tiempo tiene, lugar la única conversación de José Antonio con el doctor Marañón. Completamente inédita, quiero dar los detalles que de ella poseo, por considerarlos de gran interés biográfico. Han llegado a mí por fuente de indudable autenticidad.

---

campesinos que tanto le gustaban. En una modesta posada se reunieron los camaradas de Madrid, Quintanar del Rey, Cuenca, Albacete y Mota del Cuervo en una comida de hermandad a base de platos típicos, entre otros un gazpacho manchego que le gustó mucho a José Antonio, quien prometió volver otro día para comerlo de nuevo. Se hicieron fotografías. Al terminar la comida, José Antonio preguntó si, había algún músico entre los presentes. Contestó Valencoso que él tocaba un poco el clarinete. José Antonio mandó que trajeran el instrumento. «Una vez allí el clarinete, José Antonio empezó a tararear las estrofas del Cara al sol, y yo, sin el menor conocimiento de su verdadera música, lo iba entonando como Dios me daba a entender. Pasé sudores por la categoría del director. Hubo tropiezos serios. El verso "Impasible el ademán" no había manera de entonarlo. Por fin (gracias a Dios), las notas de mi clarinete entonaron fielmente las correspondientes al verso. "Eso es", exclamó con aire de satisfacción José Antonio. Pidió entonces una pluma y una cuartilla, que le facilitó el camarada Victoriano E. Chávarri Peñalver, de Cuenca, y se puso a escribir el autógrafo del Cara al sol. Al terminar de escribirlo extendió la mano sobre la mesa y lo alargó hacia mí, y el camarada Chávarri, que estaba tras de mi, alargó la mano para cogerlo, pero José Antonio dijo: "No, no; éste es para el del clarinete. Cuando vaya a Cuenca te daré a ti otro." Al dármelo dijo: "Apunta las notas para que no se te olviden." Y yo, bajo el verso "Impasible el ademán", con lápiz, escribí *mi, fa, mi, re, do, si, la,* que eran las notas que debían corresponderle...»

«Desde aquel día, mejor dicho, desde aquel momento, la Falange de Quintanar del Rey supo cantar -tal vez la primera en España- el Cara al sol, porque todos los camaradas presentes en la comida, bajo la batuta improvisada con un tenedor por José Antonio, cantaron, siguiendo las notas de mi clarinete, la canción de amor y de guerra con que murieron tantos camaradas y con la que serían asesinados tantos y tantos españoles...» «José Antonio se negó a tomar café en el del pueblo. Y seguidamente de terminar la comida montó en su coche -creo que era un Chevrolet- y salió hacia Madrid. Le acompañamos en otros coches hasta el pueblo vecino de Villanueva de la Jara, y allí nos despedimos del Jefe que no habíamos de ver más en vida.» (*).

(*) *Nota de la sexta edición.*-Increíblemente alguien, que por ello se califica, ha hecho una llamada «versión pop» de la canción de guerra y amor de la Falange, que durante muchos años -los tres de la guerra, sobre todo- fue el verdadero himno nacional de España y sigue siendo el que brota en todas las gargantas en momentos de emoción colectiva. Por puro milagro se ha frustrado su lanzamiento al mercado que llegó a autorizar cierta Dirección General.

El encuentro -con gran sorpresa de ambos, a quienes no se había anunciado iban a ser comensales de la misma mesa- tuvo lugar una noche de diciembre de 1935, en casa de los Condes de Artaza, caseros del doctor en la calle de Serrano, número 49, quienes invitaron juntos a ambos, un poco por el buen deseo de aproximar los dos talentos y otro por curiosidad de ver las reacciones del gran enemigo de la Dictadura y el hijo del Dictador. Como digo, ni uno ni otro sabían que iban a encontrarse. José Antonio llegó algo más tarde que el doctor y se sintió levemente cohibido en el momento de la presentación, recordando tal vez algunas páginas de su espléndido ensayo sobre la timidez, quizá recientemente releídas.

Al pasar al comedor, después del cock-tail, Baltasar Hidalgo, casado con una hija del dueño de la casa, dirigiéndose a ambos invitados, preguntó intencionado si iba a «pasar algo». José Antonio, recobrado su aplomo totalmente, sonrió y dijo: «¿Por qué? Ni Marañón es tan terriblemente republicano como se dice, ni yo tan terriblemente «fascista» como creen muchos.»

Distanciados en la mesa, entablaron contacto al tomar el café. El diálogo, que empezó hablándose de Fernando Primo de Rivera -discípulo predilecto de Marañón-, se desvió hacia temas de arte, literatura y política, coincidiendo plenamente la clarísima inteligencia del médico-ensayista y el potente genio del profeta-creador. La conversación se prolongó deliberadamente por los interlocutores hasta más allá de la medianoche. Sin duda, pensaban los dos que era menester aprovechar la coincidencia, ya que la vida ofrece tan raras posibilidades de encuentro, sin gentes indiscretas que lo tergiversen, a personas selectas y distanciadas quizá por falta de conocimiento. Además, el porvenir español entraba en un largo túnel en el que sería difícil pudieran verse otra vez los ojos. La despedida fue francamente cordial y amistosa. Al volver a su casa, Marañón corrió a la alcoba de su hijo Gregorio -nuestro gran camarada, a quien debo estos datos preciosos- para contarle la entrevista y regalarle el menú de la comida, impreso en letras de púrpura bajo un haz de siete flechas con el yugo en oro. El detalle de los platos -que dejarían con hambre al gran comedor que era José Antonio- era: consomé, pato con arroz y ensalada de naranja. En el hijo de Marañón, fanático de José Antonio, produjo gran alegría el juicio admirativo de su padre sobre nuestro Jefe, juicio al que don Gregorio estaba de antemano muy predispuesto, a consecuencia de lo mucho y bien que de José Antonio le había hablado don Miguel de Unamuno, durante ocho días que pasó en Madrid a raíz del famoso mitin de la Falange en Salamanca. El ilustre vasco-salmantino, al hablar encendidamente a Marañón de José Antonio, olvidaba al General, a las redacciones de los periodicuchos antifascistas y al número de *Arriba* en que tan denodadamente le vapuleara Bravo.

Es muy probable que de no haberse precipitado los acontecimientos políticos en los comienzos de 1936, sucesivas conversaciones de los dos ilustres españoles hubiesen terminado por una hondísima colaboración

intelectual de envergadura desconocida en España: nada menos -quizá- que la entrada de todo lo mejor de aquella famosa agrupación «al servicio de la República», en el servicio de España, encontrando así aquella magnífica colección de cabezas pensantes lo que no habían encontrado jamás: una cabeza actuante en política de profundidad y altura: de arriba abajo. Un Jefe, que no hubiera podido ser otro que el Nacional de la Falange.

Pero no tuvieron ocasión de verse más, aun cuando les sirvieran de enlaces espirituales seres tan inteligentes y queridos de ambos como Fernando Primo de Rivera y Gregorio Marañón Moya. Sin embargo, llegada la primavera de 1936, ya preso en Alicante José Antonio, se cruzaron dos cartas.

La primera fue del doctor al prisionero acompañando a un ejemplar dedicado de su magistral estudio sobre la pasión de mandar del Conde-Duque de Olivares.

Marañón salía al paso, con toda sinceridad, de las falsas acusaciones de algún comentarista derechoide, que veía alusiones a la Dictadura del General Primo de Rivera en aquel libro histórico-biográfico. José Antonio, después de leerlo detenidamente, contestó a Marañón una larga carta llena de sincero entusiasmo por la obra y amistad por el autor, conviniendo con él en que el juicio malévolo de algunos no debían tenerlo en cuenta quienes, como ambos corresponsales, eran hombres de honor. Hasta la fecha en que escribo, las dos interesantísimas cartas no han aparecido. Como otros muchos documentos del archivo contemporáneo de España, han debido abrasarse entre las llamas de la Revolución.

Lo que más impresionaría a cada uno de los interlocutores del hombre con quien se enfrentaba sería, ciertamente, la falta de actitud violenta para sostener con energía sus puntos de vista que, por proceder de la inteligencia y la comprensión, no habían de defenderse con los puños o la voz exasperada. No se sorprenderían de ello, pues una mutua corazonada les había advertido tiempo atrás de la calidad humana de ambos.

El estupor debió ser tan grande en los curiosos anfitriones que no les oían disputar -lo mismo que hablaba José Antonio suavemente, hablaba con dulzura el médico-biógrafo-, y les veían sonreír con gravedad, inteligentemente, mientras fluía el diálogo, como lo será en algunos lectores, totalmente ignorantes del modo de ser de José Antonio, y que al llegar este momento pensarían en una «cólera bíblica» del Jefe contra el adversario de su padre y partero de la República. Pero hay que decirlo de una vez para siempre: a José Antonio lo único que verdaderamente le sacaba de quicio era la estupidez, la incomprensión cerril o la bajeza. Toleraba todos los errores de la inteligencia y de la buena fe, porque, humanísimo y sencillo, no creía en los hombres «que no se equivocan». «El que no es capaz de equivocarse, es también incapaz de acertar», decía. Y sostenía, apoyado en ejemplos de la Historia, que los grandes triunfos de los hombres han de llegar precedidos de largos y grandes fracasos. Nunca creyó en los niños prodigios, en los hombres providenciales «porque sí», ni en otras bobadas ingenuas. Por ejemplo,

pensaba que si el General Primo de Rivera hubiese podido volver al Poder después de su caída, no se habría equivocado y hubiese realizado la verdadera revolución nacional española. En realidad, no inventaba un profundo pensamiento político al meditar así en voz alta sobre la complejidad de las cosas políticas, sino que modificaba la frase de Napoleón de que no habría sido vencido de ser hijo de sí mismo, en el sentido de considerar al hombre «hijo de sus hechos y experiencias auténticas».

Para muchos, incapaces de comprender a José Antonio, será una desilusión saber que no amenazó a Marañón con el ricino jonsista. Para quienes tienen la preocupación fundamental de esforzarse en comprenderle, el relato de esta entrevista será una norma, como cada uno de sus pasos por la vida ([267]).

TERTULIAS

JOSÉ Antonio era un gran amador de la amistad y de su más grata expresión: el diálogo. No el diálogo insípido, al uso, en que se lleva a la mesa del café o el sillón del club la pequeña preocupación cotidiana, el tedio familiar, la deformación profesional, la crítica agria o la fácil aventurilla erótica. Para José Antonio, el diálogo con los amigos había de ser socrático o no ser. El no hubiese soportado al periodista mediocre, al currinche zafio, al deportista cien por cien o al técnico de toros que frecuentaban los clásicos cafés madrileños. Cuando el gusto español de la tertulia nació en su espíritu españolísimo y sintió la avidez nacional de la conversación en torno de las tazas de café, escogió para las reuniones de la cordialidad un café de tipo moderno, sin peluches rojos ni espejos con moscas. La elección recayó en La Ballena Alegre, con su nombre incongruente y superrealista, su decorado agradable y su aire de *mise en scene* marinera a lo Baty. La pluma certera de Samuel Ros describe aquel claro sotanillo (al que alguien ha llamado impropiamente la universidad del estilo de la Falange, debiendo llamarle la universidad de la retórica de la Falange, pues el estilo de la Falange era el de la calle en donde morían los escuadristas estudiantes y obreros que jamás pisaron La Ballena) con estas palabras: «...un cuadrado irregular no muy amplio, con un diván corrido por toda la pared; con pinturas murales buenas hasta donde lo decorativo puede llegar; con un reloj de pie de agradable metal; con un espejo brumoso y con un barco velero en miniatura suspendido del techo. Tenía algo de museo, porque con elegancia de juego iba hacia lo

[267] Nota de la segunda edición.-Con fecha 1 de enero de 1942, don Gregorio Marañón me escribía desde Lisboa comentando este libro, y decía: «El relato de mi conversación con José Antonio me ha impresionado. Es exactísimo, y al verlo ahora convertido en Historia, lo he vuelto a revivir con el dolor infinito que hay desde entonces hasta hoy.»

definitivo, y tenía el aire y el color de lo romántico, sólo en el punto y en el momento de lo que aspira con fuerza a ser clásico.»

Frecuentaba José Antonio La Ballena, sin que su asistencia fuese diaria, ni mucho menos. «En la tertulia -sigue diciendo Samuel Ros-, como todos los temas tenían un propósito, sin hablar de política se hablaba y se hacía política. Más cerca de ella cuando más lejana nos parecía estar; de tal forma que el soneto presagiaba y presentía las escuadras del combate militar, y la anécdota histórica levantaba brazos en apartadas provincias y bordaba flechas rojas en camisas azules.» Poetas como Quadra-Salcedo, Alfaro, Ridruejo y Foxá; pintores como Alfonso Ponce de León y Cabanas; ensayistas como Montes y Sánchez Mazas; periodistas como Miquelarena, Obregón y Víctor de la Serna; novelistas como Zunzunegui y Samuel Ros; aficionados al teatro como Luis Bolarque; músicos como Tellería y otros, formaban junto a José Antonio, y alguna vez Julio Ruiz de Alda -cuando no había estrenos de cine, a los que asistía siempre con Amelia-, Raimundo -recién llegado de su notaría castellana y a punto de marchar- y Sarrión. La charla discurría por los temas más varios y altos: Filosofía, Poesía, Historia y Amor. Yo apenas he ido por «La Ballena», y no recuerdo detalles; pero por haber frecuentado con José Antonio otros lugares análogos, sé muy bien cómo penetraba, sutil y luminoso, su espíritu en cada uno de estos temas. Tengo presente una polémica en Rimbombín sobre la poesía de Lope y la de Garcilaso; un plebiscito en el Museo del Greco sobre el mejor apóstol de la genial colección de Theotocópuli y una discusión entre José Antonio y Rafael Sánchez Mazas sobre si los toros de lidia vinieron o no a España desde Roma pasando por los Alpes.

Ya digo que José Antonio no iba todas las noches a la academia de «La Ballena». Algunas veces llegaba hasta la glorieta de Bilbao a hablar de ajedrez con don Pedro Mourlane Michelene en su tertulia del Café Europeo, donde solían estar Carlos Fernández-Cuesta, Enrique Jardiel Poncela, Ledesma Miranda y Marqueríe. Otras noches, después del cine, gustaba ir al Café de Castilla o a «Los Burgaleses» a irritar con su presencia a los periodistas de izquierda. Una o dos por semana, no iba a ningún café si había que ir a la imprenta a tirar *Arriba* o *F.E*. Los sábados faltaba casi todos por caminar en su coche las tierras de España, camino de sus mítines espléndidos. No le faltaban tampoco invitaciones a comidas en Embajadas y Legaciones..., ni otras más íntimas.

A las nueve de la noche, solía ir a beber un whisky con amigos distintos en «Bakanik» o el «Bar Club», si la sesión de Cortes había terminado para esa hora o languidecía terriblemente. A pesar de su ambiente más frívolo, «Bakanik» ha sido bastante más «puesto de mando» que «La Ballena Alegre», casi exclusivamente refugio intelectual. Desde «Bakanik» -entre la inconsciencia de una clase social incapaz de adivinar lo que presagiaba la calle- José Antonio ha dado algunas de sus más enérgicas consignas..

Algunas tardes libres, a la puesta del sol, la tertulia con señoras tenía lugar en casa de Marichu Mora, donde concurrían algunos habituales de «La

Ballena Alegre» y otros que no lo eran. Era algo extraordinario ver la transformación de José Antonio desde Santo Domingo a cualquiera de esos sitios. Las terribles contrariedades de la Falange parecían olvidadas en contacto con el otro mundo.

José Antonio tenía el criterio de que nuestras amarguras, -como nuestras glorias- sólo debían ser nuestras, y no quería que los demás, ajenos a la hermandad sagrada, las supiesen. Cuando alguna vez he llegado con él al bar elegante -después de estar unas horas desesperados en Santo Domingo porque nos habían vuelto a suspender el periódico o a detener una docena de muchachos, o porque nos faltaba dinero para una empresa soñada que habíamos creído fácilmente realizable- y cualquiera se le acercaba a preguntarle con reticencia cómo marchaba la Falange, respondía, seguro de ella y de sí, dando al olvido la preocupación que le torturaba: «Siempre para arriba. El día menos pensado os daremos el disgusto de hacer en serio la Revolución Nacionalsindicalista.»

¡Cuántas ideas geniales de José Antonio se han perdido para la historia de España entre el rumor de las tertulias en que las pronunciaba! Yo le he oído frases estupendas, dichas con el cálido candor que inspiran una copa de licor y un corro cordial de amigos. Frases que luego nos pedía no difundir excesivamente. Entre las que recuerdo, figura esta maravillosa síntesis de la España que soñaba:

«El Imperio español de la Falange tendrá una sola bandera, un solo idioma y una sola capital. Su bandera habrá de ser la catalana -la más antigua y la de más gloriosa tradición militar y poética de la Península-. Su idioma será el castellano, el de más prodigiosa fuerza expansiva y universalidad -el que sirve para hablar con Dios, según decía Carlos V-, y su capital, Lisboa, por donde entran en el Atlántico todos los ímpetus ibéricos que resume el Tajo y desde donde puede mirarse casa a cara la inmensa hispanidad de nuestra sangre americana.»

PERIODO ELECTORAL

LA profecía de España, cantada y gritada día a día por José Antonio, deslumbra al país. Todo sale en España como el Jefe de la Falange ha anunciado. A mediados de diciembre, el Parlamento estéril de 1933 fallece y se abre un período electoral terriblemente dramático([268]): «El frente asiático,

[268] Preguntado José Antonio por un periodista de *La Voz de Cantabria*, de Santander, acerca de la disolución de las Cortes -que para los cedistas significaba su triunfo, para los radicales su triunfo, para Alcalá Zamora su triunfo, para las izquierdas su triunfo-, había contestado: «Me abstengo de decir nada sobre eso. Mi reino no es de este mundo. El no decir nada, a veces (y ésta es una de ellas), vale tanto como unas declaraciones elocuentes.» Ya había dicho antes, y diría después, todo cuanto merecía la política de los conglomerados. Lo más interesante de estas palabras, para un estudio del carácter de José Antonio, es que es la

torvo, amenazador, de la revolución rusa en su traducción española», se forma en las logias, en las redacciones del odio, en los corrillos del despecho, en las tertulias de la envidia, en los Comités marxistas, pagados misteriosamente, y en los hogares sin pan y sin lumbre, sin Dios y sin patria, donde mueren de hambre centenares de miles de proletarios en paro forzoso, a quienes se ha venido prometiendo solución a su tragedia con «planes quinquenales de obras públicas a beneficio de los pueblos humildes, crédito para resolver el paro, dinero para el trigo, protección a los pescadores y mil lindezas más que ni se han planteado en las Cortes, ocupadas en las más tontas y nimias discusiones:» El frente asiático -bocas amargas de largos ayunos y panzas orondas de sucios banquetes- se propone la revolución marxista y la anarquista, la destrucción, el incendio, el saqueo, el crimen. Borrar el acre sabor del hambre de siglos con el sabor de la sangre salpicando los labios resecos. Y calentar el frío milenario de los huesos con las hogueras de los palacios. Y quemar a Dios, para poder dejar de esperar en El la redención que los hombres prometen y nunca llega. Los estuquistas y los aliados de los plutócratas; los poetas superrealistas que canta al Komintern cobrando en rublos su esnobismo; los ensayistas fracasados; los pedantes estériles, saben hostigar bien los principios rudamente revolucionarios de los estómagos faltos de vitaminas y los cerebros sin alfabetos. El Frente Popular enfrentando lo popular y lo plebeyo a lo nacional y selecto que ha soñado la Falange para el mismo pueblo, nace y crece entre bostezos como rugidos y blasfemias como gemidos. La primera parte de la profecía joseantoniana se cumplía exactamente.

No así la segunda. Esta tendría que tardar aún unos meses, cuando los ojos ciegos se abriesen al resplandor de las llamas y los oídos sordos al clamor de los mártires. Entonces nacería el «Frente Nacional de la generación nuestra en línea de combate»([269]), para pisar militarmente los frágiles puentes de barcas -de estrategia para las retiradas- de otro Frentito contrarrevolucionario creado por el miedo. No se aceptaba el verdadero Frente Nacional de objetivos concretos propuesto por José Antonio, pero se proponían otros Frentes de finalidad más turbia y menos vigorosa. Gil Robles patrocinaba uno de éstos, como si le acabase de salir de la cabeza.

Y la Falange decía, una vez más, el 19 de diciembre (número 24 de *Arriba*): «Ya se entenderá que no vamos a enzarzarnos en polémica sobre la prioridad literaria. Hace tiempo que los militantes de nuestras J. O. N. S. hemos renunciado a la vanidad. Lo que nos importa es que el Frente Nacional

---

única vez en que emplea para hablar de sí palabras de Cristo, cuando dice -con razón de momento y con acento de profecía eterna-: «Mi reino no es de este mundo.» Recordándola, no podemos menos de imaginar en su voz un tinte de infinita melancolía...

[269] A ese «Frente» aludió algún tiempo antes, cuando, hablando con un periodista francés, André Nicolás, decía: «Piense que nosotros empleamos siete siglos en expulsar a los moros porque estábamos desunidos, y, en cambio, ya unidos, conquistamos en pocos años un Continente. El deber de la juventud es sustituir la vieja España dividida en partidos por una nueva España unida en tomo del ideal imperial»

se constituya, y que se constituya de manera auténtica; es decir, que no vuelva a usarse como pabellón para encubrir mercancías de contrabando ni se aproveche como pedestal para la hinchada vanidad de nadie. Lo advertimos porque ya han salido a la superficie en la Prensa de derechas, tan pronto como el señor Gil Robles ha hablado del Frente Nacional, dos insinuaciones. Primera, la que tiende a especular con el fracaso de la C. E. D. A. en un sentido reaccionario, con planteamiento apremiante de cuestiones bien alejadas de la inquietud de estos momentos. Segunda, la que con urgencia que descubre afanes irrefrenables reclama el cambio de dirección personal en el futuro Frente; esto es, exige la sustitución del señor Gil Robles en las funciones unificadoras y orientadoras por otro político, inspirador de los trabajos en que aquellas insinuaciones se contienen y aun actor innegable de alguno, cuyo nombre se adivina sin que lo escriba nadie. Mal principio para que se llegue a un Frente Nacional esto de querer a codazos la hegemonía. Peor aun el de proponerse que lo de Nacional quede en mera cáscara rellena de nostalgias y egoísmos. No pasará de ser entonces un mote de la ya probada y arrumbada «unión de las derechas». Se perderá el tiempo como no se acuda a la alianza con verdadero pensamiento «nacional», lo que quiere decir tanto como resuelto a sacrificar intereses de partido y de clase en homenaje a una conciencia del superior destino patrio. Y en cuanto a lo otro, consideraciones elementales de tacto aconsejan el que ninguno de los jefes de grupo que hasta recientemente ha tenido que mantener con los otros posiciones, a veces agrias, de controversia, se empeñe en encaramarse sobre la coincidencia, ya de por sí difícil de lograr, y abrume a los grupos coincidentes con una intromisión antipática. Si estas observaciones se tienen en cuenta, es muy probable que la Falange preste su apoyo al Frente Nacional. Aún no ha deliberado concretamente sobre el tema la Junta Política ni se ha pronunciado la Jefatura del Movimiento; pero el hecho de haber partido de aquí la iniciativa que ahora lanzan otros, permite adelantar previsiones favorables. Ahora bien: la Falange sólo formará en el Frente si se le da el puesto en él con plena dignidad y con consideración entera a su calidad de Movimiento total, constituido de arriba abajo, con doctrina, estructura y disciplina propias. Más claro: cualquiera proposición que se encamine a asignarnos papel de guerrilla o tropa ligera de otros partidos más sesudos, «no será siquiera escuchada». y ya saben muy bien los jefes de esos partidos, aunque finjan un menosprecio puramente táctico, cuál es la fuerza de nuestra organización en casi todas las provincias españolas. La exclusión de la Falange implicaría el fracaso de cualquier remedo de Frente Nacional.»

Pata remachar bien estas ideas y para dar conocimiento de ellas a cuantos eran incapaces, por cobardía, de comprar a quince céntimos nuestro semanario en las calles del Madrid premarxista, José Antonio redacta esta nota, que ruega a los directores de la Prensa madrileña inserten en sus diarios, a lo que, naturalmente, no todos accedieron:

«Si es lícito a la Falange terciar, sin prisas, en la polémica suscitada en torno del Frente Nacional, considerará, por ahora, que dice bastante, con señalar estas afirmaciones:

Primera. En el mitin celebrado por la Falange Española de las J.O.N. S. el 17 de noviembre en el cine Madrid se dijeron solemnemente estas palabras: «La próxima lucha, que acaso sea electoral, que acaso sea más dramática que las luchas electorales, no se planteará alrededor de los valores caducos de derecha e izquierda; se planteará en el frente asiático, torvo, amenazador, de la revolución rusa en su traducción española y el Frente Nacional de la generación de nuestra línea que combate.» Estas palabras, insertas en el texto taquigráfico que publicó el semanario *Arriba* del 21 de noviembre, sobre conferirnos innegablemente la prioridad en el pensamiento y hasta con el nombre de Frente Nacional, dicen bien a las claras nuestra favorable disposición, en principio, para el intento.

Segunda. No obstante lo anterior, la Falange considera funesto que se transmute la idea del Frente Nacional en una resurrección de la ya conocida y arrumbada «unión de derechas». Si la expresión «Frente Nacional» no se toma en todo su auténtico sentido de lucha ferviente para la conservación de las esencias patrias y por la elevación de las bases materiales de la vida popular, con sacrificio de privilegios y ventajas por parte de quienes lo propugnan, será una nueva máscara (incapaz, por otra parte, de engañar a nadie) con la que pretenda encubrirse otra vez un sindicato de intereses que, por ser de partido, no son, aunque se los llame así, nacionales.

Falange Española de las J. O. N. S., consciente de la gravedad de la hora que España atraviesa, quisiera conminar a lo mejor del alma española de todos para que el Frente Nacional no quedara en un fraude más, precursor de una catástrofe sin remedio».

Cada día más amenazador el Frente Popular, y cada hora más estéril y lamentable la caricatura de Frente Nacional que sin la Falange se pretendía urdir, José Antonio vuelve a hacer público el pensamiento falangista -el suyo- en una nota conminatoria que aparece en parte de la Prensa española entre los días 12 y 14 de enero. Dice así:

«Falange Española de las J. O. N. S. fue la primera, como ya se ha reiterado, en lanzar el propósito de un Frente Nacional. No recabó para ello el primer puesto en ese Frente, ni puso otras condiciones para integrarlo que el respeto a ciertas exclusiones y ciertas exigencias, sin las cuales el Frente no podría merecer el calificativo de Frente Nacional.

Ha transcurrido tiempo suficiente, hasta el punto de haberse llegado a la convocatoria de elecciones, sin que ninguna fuerza haya hecho suya la idea del Frente Nacional ni haya iniciado con la Falange negociación alguna.

Ello releva a la Falange de todo escrúpulo de perturbación que le aconsejara prolongar la espera. Por consiguiente, con sus propias fuerzas -abiertas a todo contacto admisible-, y bajo su entera responsabilidad, iniciará

en seguida la propaganda del Frente Nacional, con candidaturas propias, en Madrid -capital- y en dieciocho provincias, entre las cuales figura Santander.»

En estos escritos de José Antonio surge otra profecía nueva: Sin Falange, fracasará cualquier posible Frente Nacional.

A pesar del rigor y la puntualidad con que venían cumpliéndose los demás, este vaticinio de José Antonio hace sonreír a los técnicos de la estadística y el censo electoral. «¡Si son cuatro gatos!», exclaman. No obstante, algún capitán de fichas habla con nuestros jefes para ver hasta dónde se puede contar con nosotros. Desde las primeras conversaciones se advierte la imposibilidad de entendimiento. Era difícil que entre sí se entendieran los grupos de derechas. ¿No lo iba a ser más el entendimiento con la Falange, que no admitía tal calificación y que de ningún modo quería formar en una «unión de derechas» o en un «Frente Nacional Antirrevolucionario», sino que quería militar «contra esto y aquello» en un Frente Nacional sin adjetivos, donde conservar su espíritu de lucha revolucionaria por la Patria, el Pan y la Justicia?

Una sola voz -ilustre por su sinceridad y la calidad del pensamiento- que expresaba, pero inatendida por las derechas, enfatuadas de propaganda- se alzó en *ABC* para pedir que se contara con nosotros: del insigne cronista -más tarde mártir- Manuel Bueno, que escribía en un artículo titulado «Horas difíciles», publicado el 3 de enero en el diario monárquico: «Ignoro si en las previsiones tácticas del Estado Mayor que dirigen los caudillos de las fuerzas coaligadas va a entrar el bizarro elemento juvenil que sigue a José Antonio Primo de Rivera. Sería una grave omisión el prescindir de ese mocerío disciplinado y entusiasta, que tan frecuentes pruebas viene dando de su acrisolado patriotismo. Las perspectivas electorales se presentan con un tan dramático carácter belicoso, que todas las precauciones que se adopten para vencer el ímpetu rojo serán escasas. Los contingentes de Falange Española no tienen, por el número, la importancia de los que integran Acción Popular, pero cada uno de sus miembros vale, por su desinterés y arrojo, como cinco. Eso no puede ser puesto en duda.»

* * *

José Antonio habla con unos y otros políticos de derechas y resume magistralmente, en su artículo de 26 de diciembre, lo huero de la unión en proyecto y lo vulgarmente «politiquero» de los métodos para lograrla: «El señor Gil Robles preferiría un ancho frente donde entrasen cuantos quisieran, sobre una coincidencia mínima en la repulsa de lo que él llama «la revolución y sus cómplices», pero sin una articulación minuciosa en cuanto a la materia y duración del compromiso. El señor Gil Robles desearía, en el fondo, pasar lo menos mal posible el trago amargo de ahora sin sacrificar la posición preeminente de su partido y la libertad maniobrera en que aún sigue confiando. Por el contrario, los monárquicos, conscientes del quebranto padecido por el señor Gil Robles con el fracaso de su táctica, buscan a toda

costa la hegemonía, si no de número, de sentido, en el presunto frente electoral -al que, entre monárquicos, se da, sin rebozo, el nombre de «unión de derechas»- y el aseguramiento de la permanencia en unión después de pasadas las elecciones. Actitudes tan opuestas, siquiera vengan suavizadas por los buenos modales y por el peligro común, permiten augurar una elaboración nada sencilla de la unión de derechas. *Sin embargo, es seguro que la unión se hará, porque bien saben las derechas lo que les aguarda si no se hace.*»

La unión se hizo, al fin, y sólo por esta razón. Unión híbrida de republicanos de toda la vida, de monárquicos de siempre, de reformistas, de indiferentes, de fariseos, de clericales, de masones, de convencidos, de «acatadores», de estraperlistas... Los de don Carlos, los de don Alfonso, los de don Alejandro, los de don José María... Todos los «dones con todos los dines». ¿Abismos ideológicos? ¡Se rellenaban de miedo! ¿Diferencia de táctica? ¡Adoptaban todos la del avestruz! Había que salvar lo mínimo. El programa era «ir tirando». Nada de comunismo. Pero nada tampoco de locuras falangistas. Contrarrevolución. Lucha de clases desde arriba, bueno; revolución nacional, jamás. Pactos inconfesables. Falta de tarea común. Mañana, ¡Dios diría!... Si en las urnas les sonreía otra vez una victoria sin alas, se volvería de nuevo a la tibieza ramplona, a la contemporización cobarde, a la aceptación de desconfiadas confianzas, a un penelopismo con torzales grises, amarillentos o lilas. Contra la revolución y con sus cómplices, aunque el banderín electoral dijera lo contrario. Si de las urnas salía la derrota, ¡ah!, entonces se contaría con el Ejército y con la Falange... Pero esta posibilidad era una perfecta inverosimilitud. España estaba con ellos y les daría los trescientos o los cuatrocientos diputados.

José Antonio clamaba en Sevilla con el amplio aliento de la Falange: «Queremos ver una España entera, armoniosa, fuerte, profunda y libre; libre como Patria que no soporte mediatizaciones extranjeras, ni trato colonial en lo económico, ni tenga sus fronteras y sus costas desguarnecidas; y libre para cada uno de sus hombres, porque no se es libre por tener la libertad de morirse de hambre formando colas a las puertas de una fábrica o formando cola a la puerta de un colegio electoral, sino que se es libre cuando se recobra la unidad entera: el individuo, como portador de un alma, como titular de un patrimonio; la familia, como célula social; el Municipio, como unidad de vida, restaurado otra vez en su riqueza comunal y en su tradición; los Sindicatos, como unidad de la existencia profesional y depositarios de la autoridad económica que se necesita para cada una de las ramas de la producción. Cuando tengamos todo esto; cuando se nos integre otra vez en un Estado servidor del destino patrio; cuando nuestras familias, y nuestros Municipios, y nuestros Sindicatos, y nosotros seamos, no unidades estadísticas, sino enteras unidades humanas, entonces, aunque no formemos colas a las puertas de los colegios para echar los papelitos que acaso nos obligaron a echar nuestros usureros o nuestros amos, entonces sí podremos decir que somos hombres libres. *Pero por eso estamos solos, y por eso nuestra tarea es cada vez más difícil.*»

Sus profecías eran inmensas, no para el día siguiente de las elecciones, no para el día siguiente de nuestra victoria en batallas más duras y gloriosas que las electorales, sino para siempre: «Estamos solos, y nuestra tarea es cada vez más difícil» y la profecía íntima -que siempre le acongoja «porque es joven y ama la vida»- de su destino continúa atronando las puertas de su vida con su trágica exasperación beethoveniana: «Muchos de nosotros saldremos perdiendo muchísimo, saldremos acaso *perdiéndolo todo*, el día en que triunfe nuestra revolución, y, sin embargo, *la queremos* porque sabemos que no nos sirve de nada conservar unos años más de privilegio si perdemos a España.» «Nosotros acabaremos por entendernos con estos que hoy dialogan con nosotros a tiros; lo que sentiríamos es que se interpusieran en nuestras luchas esas caducas costumbres de la vieja política.» «Nosotros, que hemos andado a tiros por las calles, que acaso seguiremos a tiros, que tendremos que caer y hacer caer a otros... y no hemos rechazado nunca una lucha de frente, no nos importa, en esta mañana de domingo, ser los primeros en pedir el indulto de Jerónimo Misa» ([270]). «*Seguiremos en nuestro sitio. Seguiremos nutriendo bajo tierra esta semilla de las horas futuras*; y las camisas que hoy escondemos bajo las chaquetas a la vigilancia de la autoridad gubernativa saldrán un día luciendo al sol, y vosotros, camaradas de Sevilla, los primeros en el sacrificio, que habéis visto clarear vuestras filas con tantos nombres de mártires, vosotros tendréis puesto de honor para el desfile en la alegre mañana de España.»

(¿En qué rincón del Frontón Betis, tensos en su guardia, se ahogarían de emoción con esta profecía última Fernando Zamacola, Mora Figueroa, Pedro León y tantos héroes de la Andalucía caliente de julio de 1936?)

Sólo los suyos le entienden. Los demás corrigen y enmiendan los zurcidos de su Frente Nacional, empavorecidos con el bloque centrista creado por Portela Valladares y Alcalá Zamora, que puede restarles votos. El «frente de hormigas» tiene pánico, aun cuando sigue lanzando bravatas y anegando a España de discursos y carteles en los que no cree nadie.

¿SE OFRECIÓ UNA CARTERA A JOSÉ ANTONIO?

Y eso que las hormigas y las hormiguitas del «Frente» ignoraron lo que hasta ahora nadie ha hecho público: que el Presidente del Consejo de Ministros, Portela Valladares, en la primera crisis que a su Gobierno centrista y electorero planteó una nota de la C. E. D. A. anunciando que no daría entrada en el Frente de hormigas a quienes colaborasen con el funesto político, se le ocurrió ofrecer a la Falange -más concretamente, a José Antonio- la cartera de Agricultura.

[270] Anarquista, convicto y confeso del asesinato en Sevilla de nuestro camarada Antonio Corpas, por cuyo delito estaba condenado a muerte.

Hombre cauto, Portela no hizo el ofrecimiento de manera directa al Jefe del Nacionalsindicalismo, dando por descontada su rotunda negativa. Encargó a persona de su amistad personal -aunque no política-, unida a José Antonio por lazos de afecto y simpatía intelectual, la sugestión pérfida, seguro de que con tal portavoz, sumamente admirado de José Antonio por su magnífico estilo literario, la negativa no sería ruidosa. Sigilos y cuchicheos acompañaron la oferta. En José Antonio, el estupor impidió la indignación, y hasta es posible que su sentido de la ironía, pensando el efecto de tromba de agua que sobre el hormiguero produciría su aceptación, estudiase la propuesta sin «cólera bíblica». Aunque, naturalmente, sin descortesía, pero de manera tajante, diese su negativa después de algunas consultas con camaradas del «Frente visible» y del «Frente invisible». Uno de estos camaradas -precisamente quien me ha proporcionado este dato biográfico, que yo ignoraba- fue Eduardo Aunós, a quien José Antonio pidió consejo. El intermediario de Portela insinuaba que el Presidente «a la Federica» -como se le llamaba en Madrid- estaba decidido incluso a dar «todo el Poder» a la Falange. La inverosímil propuesta, viniendo de donde venía, presentaba el aspecto de la más turbia maniobra electorera, para atraer la sana ingenuidad falangista a las descoloridas filas del centrismo y robarle sus votos. Aunós, sin vacilar, dio el consejo de no aceptar, que José Antonio acogió contento de que fuese coincidente con su criterio de rechazar de plano la propuesta.

En esta conversación con Aunós, José Antonio manifestó que se habían roto ya todas las posibilidades de ir a las elecciones con «las derechas», empeñadas en su extraño maridaje con los radicales. José Antonio había decidido que la Falange, altiva y sola -«a la intemperie»-, se presentara a las elecciones, y pidió a Aunos su nombre para que figurase en la candidatura falangista por Madrid. Aunós aceptó.

Pocos días más tarde, el Jefe le dijo que, dado el cariz que había de tener la lucha electoral, prefería no mezclar en el violentísimo oleaje a ninguno de los hombres del «Frente invisible». Irían a la lucha los hombres de la primera línea ya conocidos, a quienes, por su modestia política, no afectaría el fracaso cierto de las elecciones, y por su costumbre de batallas callejeras y arbitrariedades gubernativas, tampoco importarían gran cosa las consecuencias del triunfo izquierdista -tiros, prisión, deportaciones o muerte-. El «Frente invisible» tenía la misión de recoger la doctrina si los del «Frente visible» caían todos en las arduas jornadas inminentes.

FALANGE NO ENTRA A FORMAR PARTE DEL FRENTE DE DERECHAS

¿QUIÉN puso el veto a José Antonio y a la Falange para figurar en el bloque electoral? ([271]). ¿Quién prefirió al «Barrabás» radical? Duerme en el secreto la tramitación de toda aquella inmunda farsa, de la que salió José Antonio despojado de la inmunidad parlamentaria, entregado a toda la ruindad y el odio de la chusma roja por las manos lavadas de las derechas. Muy tímidamente han alzado el velo de cuanto ocurrió en Andalucía Sancho Dávila y Pemartín en su *Historia de la Falange sevillana.* Pero aún no se ha decidido ninguno de los que pueden decirlo con conocimiento exacto de causa a denunciar todo lo que ocurrió. Quizá sea pronto, por razones que ignoramos. Quizá sea más piadoso, porque la muerte exige silencio. Quizá sea inútil, porque el mal que hicieron a España no tiene ya remedio, y, vivos o muertos sus causantes, no tienen ya misión en la historia de la Patria. Pero es la misma historia la que tiene que saberlo, y ella será la que haga hablar a quienes conocen todo cuanto pasó aquellos días.

Yo quiero desde este libro, apasionado, pero verdadero, contribuir a esclarecer las sombras, recordando lo poco que sé sobre el asunto, que lo debo a la fuente más auténtica: al propio José Antonio, en algunas de las confidencias con que me ha honrado. Al preguntarle yo -a raíz de la publicación del manifiesto electoral de la Junta Política- por qué se había roto la posibilidad de ir con las derechas a las elecciones, me contestó: «Al final, llegaron a tolerar la presencia de la Falange en la candidatura de Madrid, pero en condiciones que no puedo tolerar, no ya por mi orgullo personal -que, gracias a Dios, tengo-, sino por la memoria sagrada de los Caídos. Me han ofrecido el último puesto de la candidatura en Madrid... para Julio Ruiz de

---

[271] *Nota de la segunda edición.*-En la carta de Raimundo Fernández-Cuesta, tantas veces citada en esta segunda edición, se decía lo siguiente: «José Antonio, durante el período electoral, sostuvo diferentes entrevistas con Gil Robles, y éste, en una de ellas, le ofreció para Falange dieciocho o diecinueve puestos en las candidaturas del Frente de derechas, especificando hasta las provincias en que irían nuestros candidatos. José Antonio, en su buena fe, creyó seguros tales ofrecimientos e inmediatamente envió las órdenes oportunas a los respectivos Jefes provinciales; pero todos respondieron que, al ponerse en contacto con los elementos directivos de la CEDA, éstos nada sabían ni nada se les había dicho desde Madrid a tal respecto. Siguieron las conversaciones con Gil Robles, y, ya en los últimos días anteriores a la elección, José Antonio se contentaba con un puesto para mí en la candidatura de Jaén, donde creíamos contar con mayor fuerza electoral, no consiguiendo eso tampoco por la tenaz oposición del doctor Palanca. En vista de esta oposición de la CEDA, nos decidimos a presentar nuestras candidaturas independientes, siendo mi votación en Jaén, con 16.000 votos, la más alta. Por cierto que José Antonio, para los gastos de elección, me entregó ocho mil pesetas, y le devolví cuatro mil.»

Alda. Me quieren excluir, pero tratan de aprovechar los pocos votos de que dispone la Falange. Yo estoy dispuesto a eliminarme, si es preciso, para salvar a España. Pero no a tolerar que a Julio, que dondequiera que esté tiene derecho al primer puesto, por ser quien es y por ser de la Falange, le hagan tal humillación. Me he negado a que su nombre figure en tales condiciones. Y en Andalucía, donde saben que el nombre de Primo de Rivera tiene algún arraigo y puede proporcionar votos, también me querían excluir y poner en mi lugar a mi hermano Fernando. La ofensiva es contra mí. Pero como yo soy todavía el Jefe Nacional de la Falange Española de las J.O.N.S., tengo que considerar que es también contra la Falange. No puedo aceptar eso. Dirán lo que quieran; pero ni Julio ni Fernando pueden ser candidatos donde a mí se me excluye ([272]).

»-Pero, ¿quién ha concebido esa monstruosidad? ¿Gil Robles? ¿Calvo Sotelo?

»-Las derechas. Esa cosa absurda, difusa, vaga, cobarde y maniobrera que se llama «las derechas». ¿Qué más da?»

No hubo modo de que acusara concretamente a nadie, ni aun en la intimidad de la confidencia, cómo no lo hizo en la ruidosa publicidad electoral. Ni en los artículos de *Arriba* -antes o después de las elecciones- ni en la serie magnífica de discursos preelectorales (de que es suma y compendio el monumental del 2 de febrero del 36 en el Cinema Europa), ni después en la cárcel, ni en sus cartas de la prisión de Alicante, ni en la defensa en el proceso de su muerte, ni en el testamento. Profundamente cristiano, olvida y perdona. Pero la Historia no puede olvidar ni perdonar. Y ella exigirá a quienes lo saben que lo digan, para que no sean sólo culpables de la muerte del más alto genio político que ha tenido España, del sacrificio de uno de sus hombres más humanos y que con más honda y generosa pasión la han amado, aquellos feroces y cobardes hombres del Tribunal Popular de Alicante, ya que en la muerte de José Antonio Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, Jefe Nacional de la Falange Española y de las J.O.N.S., otros muchos pusieron también sus manos. Otros muchos que -por acción o por omisión, por imprudencia o por miedo, por vanidad o por despecho, por soberbia o por envidia, por ira o por pereza- le dejaron solo en su grandeza inmensa en la calle de todos los peligros, en el mar de todas las tormentas, creyendo quizá que, sacrificándole al dios implacable del odio, salvarían ellos sus vidas estúpidamente estériles. Otros muchos que, tan ciegos como los enemigos, se llamaban sus amigos.

[272] En un discurso de propaganda electoral del Bloque pronunciado el 29 de diciembre en Jaén, el señor Calvo Sotelo dijo: «Quedamos las derechas. Todas unidas para un programa pre y post-electoral. Nosotros seremos la levadura de este Frente, manteniéndolo erguido. Aquí, en Jaén, las fuerzas del Bloque se unirán a la CEDA, a los agricultores, a Falange. (Ovación.) Aspiramos a tres puestos: uno, independiente, para Marín Acuña; otro, Renovación, para Cirilo Tornos; otro, tradicionalista.» (Ovación.) (ABC, 30 de diciembre del 35.) ¡Para Falange, nada!

MANIFIESTO ELECTORAL DE LA FALANGE

EL 12 de enero, la Junta Política de Falange Española y de las J.O.N.S. lanza su manifiesto electoral a España. Su manifiesto, en el que todavía -pese a todos los pesares y a todas las amarguras- hay una última y exasperada invocación a la unión nacional. El manifiesto, casi en su totalidad salido de la pluma inimitable de José Antonio, dice así:

«ANTE LAS ELECCIONES

POR ESPAÑA, UNA, GRANDE Y LIBRE
POR LA PATRIA, EL PAN Y LA JUSTICIA.

El miedo y el quehacer

»Otra vez la musa del miedo va a ser, para las gentes de media España, la inspiradora de las elecciones. Como en 1931. Como en 1933. Como será en 1938 y en 1940. Una vez fue el temor a la República. Otra, el temor a la perpetuación del primer bienio. Ahora, el temor a la revolución de Asturias. La próxima vez, ¿quién sabe? Así, mientras los socialistas y sus aliados (encarnaciones del peligro que hoy se hace desfilar ante nuestros ojos) saben a lo que van, y lo que quieren, y están dispuestos a lograrlo por manera combatiente y activa, los de la línea opuesta, los que tocan alarma con la invocación de aquel peligro, sólo parecen coincidir en el terror que les produce. Se diría que fuera del anuncio de catástrofes inminentes, no tienen mensaje que decir a la Patria.

»No queremos que caiga sobre nosotros participación en tal ceguera; cualquier recluta que se logre sin otra consigna que la del miedo, será completamente estéril. Frente a una voluntad decidida de asalto, no basta una helada y pasiva intención de resistencia. A una fe tiene que oponerse otra fe. Ni en las mejores horas imperiales, cuando hay tanto que merece conservación, basta con el designio inerte de conservar. Una nación es siempre un quehacer, y España, de singular manera. O la ejecutoria de un destino en lo universal, o la víctima de un rápido proceso de disgregación. ¿Qué quehacer, qué destino en lo universal asignan a España los que entienden sus horas decisivas con criterio de ave doméstica bajo la amenaza del gavilán?

Dos años perdidos

»La falta de clarividencia política viene ahora agravada por la nota de reiteración. Los «contra» y los «anti» de las elecciones del 33 imprimieron carácter al período político que arrancó de ellas. Sólo hubo aliento para lo negativo. Como no se combatió «por» nada ni «hacia» nada, sólo fue posible

lograr coincidencias en el «no hacer». Cada cual, en aras de conciertos efímeros, renunció a lo más señero que representaba. Aquella paz difícil entre elementos inconciliables devoró cuantas banderas hubieran podido izarse por unos o por otros. Así, vimos perecer la Reforma agraria del primer bienio, sin que otra de verdad la sustituyera, sino el simple designio de dejar como está la insostenible situación del campo. Y vimos aplazado hasta última hora, para darle, al fin, el remedio insuficiente y tímido, la angustia del paro forzoso. Y vimos renacer poco a poco los privilegios legales que en 1934 proporcionaron a la Generalidad de Cataluña instrumentos de secesión. Y esperamos en vano la reorganización del Ejército. Y la infusión de un sentido nacional en la escuela minada por el marxismo. Y mientras se reprimía con severidad la rebelión en Asturias en las personas de unos mineros enardecidos, y se ejecutaba al digno y valeroso sargento Vázquez, asistimos al indulto del traidor Pérez Farrás, primer oficial español que, en más de un siglo, se alzó en armas contra España para desmembrar una parte de su territorio.

»Esto sin contar la benevolencia acordada a unos cuantos sujetos por subalternas exigencias el sistema político para que metieran las manos a sus anchas en caudales privados y públicos. Ni la sujeción del país entero, por un férreo sistema de excepción, al ayuno de todas sus libertades; como si se estuviera llevando a cabo, para justificar esa merma de libertad, alguna extraordinaria empresa exterior e interior.

¡Arriba España!

»¿Se nos convoca para ganar en lucha difícil otros dos años como los fenecidos? Las elecciones próximas, ¿serán de nuevo como un balón de oxígeno que prolongue dos años, sin esperanza de nada mejor, el malvivir de nuestra España? Otros dos años de precaria tranquilidad, montada en falso; otros dos años de trampear el hundimiento definitivo de España, no nos interesan. Y es bien difícil que interesen aun a quienes sólo apetecen sosiego; es demasiado caro esto de que se les pida el máximo esfuerzo y el máximo sacrificio económico para tener cada dos años que repetir la fiesta. Aun para los egoístas es poco lo que se promete. Para los que colocan sobre el egoísmo el afán ardiente de una España grande y libre, es muchísimo menos. «Contra» el marxismo, «contra» el separatismo... No basta. En los siglos en que fue madurando lo que iba a culminar en Imperio, no se decía: «Contra los moros», sino «Santiago y cierra España», que era un grito de esfuerzo, de ofensiva. Nosotros, aleccionados en esa escuela, somos poco dados a gritar: «¡Abajo esto!», «¡Abajo lo otro!» Preferimos gritar: «¡Arriba!», «¡Arriba España!» España, una, grande y libre, no desalentada y mediocre. España no como vana invocación de falsas cosas hinchadas, sino como expresión entera de un contenido espiritual y humano: la Patria, el Pan y la Justicia.

La Patria

»Queremos que se nos devuelva el alegre orgullo de tener una Patria. Una Patria exacta, ligera, emprendedora, limpia de chafarrinones zarzueleros y de muchas roñas consuetudinarias. No una patria para ensalzarla en gruesas efusiones, sino para entendida y sentida como ejecutoria de un gran destino.

»Queremos una política internacional que en cada instante se determine, para la guerra o para la paz, para que sea neutral o beligerante, por la libre conveniencia de España, no por la servidumbre a ninguna potencia exterior.

»Para ello exigimos que nuestro Ejército y nuestras fuerzas navales y aéreas sean los que necesitan la independencia de España y el puesto jerárquico que le corresponde en el mundo.

»Queremos que la educación se encamine a conseguir un espíritu nacional fuerte y unido, y a instalar en el alma de las futuras generaciones la alegría y el orgullo de la Patria.

»Queremos que la Patria se entienda como realidad armoniosa e indivisible, superior a las pugnas de los individuos, las clases, los partidos y las diferencias naturales.

El Pan

»Nuestra modesta economía está recargada con el sostenimiento de una masa parasitaria insoportable: banqueros que se enriquecieron prestando a interés el caro dinero de los demás; propietarios de grandes fincas que, sin amor ni esfuerzo, cobran rentas enormes por alquilarlas; consejeros de grandes Compañías, diez veces mejor retribuidos que quienes con su esfuerzo las sacan adelante; portadores de acciones liberadas, a quienes las más de las veces se retribuye a perpetuidad por servicios de intrigas; usureros, agiotistas y correveidiles.

Para que esta gruesa capa de ociosos se sostenga, sin añadir el más mínimo fruto al esfuerzo de los otros, empresarios, industriales, comerciantes, labradores, pescadores, intelectuales, artesanos y obreros, agotados en un trabajo sin ilusión, tienen que sustraer raspaduras a sus parvos medios de existencia. Así, el nivel de vida de todas las clases productoras españolas, de las clases medias y de las clases populares, es desconsoladoramente bajo; para España es un problema el exceso de sus propios productores, porque el pueblo español, esquilmado, apenas consume.

»He aquí una grande y bella tarea para quienes de veras considerasen a la Patria como un quehacer: aligerar su vida económica de la ventosa capitalista, llamada irremediablemente a estallar en comunismo; verter el acervo de beneficios que el capitalismo parasitario absorbe en la viva red de los productos auténticos. Ello nutriría la pequeña propiedad privada, libertaría de veras al individuo, que no es libre cuando está hambriento, y llenaría de sustancia económica las unidades orgánicas verdaderas: la familia, el Municipio, con su patrimonio comunal rehecho, y el Sindicato, no simple

representante de quienes tienen que arrendar su trabajo como una mercancía, sino beneficiario del producto conseguido por el esfuerzo de quienes lo integran.

»Para esto hacen falta dos cosas: una reforma crediticia, tránsito hacia la nacionalización del servicio de crédito, y una reforma agraria que delimite las áreas cultivables y las unidades económicas de cultivo, instale sobre ellas al pueblo labrador revolucionariamente y devuelva al bosque y a la ganadería las tierras ineptas para la siembra que hoy arañan multitudes de infelices condenados a perpetua hambre.

La Justicia

»Leyes que con igual rigor se cumplan para todos: eso es lo que hace falta. Una extirpación implacable de los malos usos inveterados: la recomendación, la intriga, la influencia. Justicia rápida y segura, que si alguna vez se doblega no sea por cobardía ante los poderosos, sino por benignidad hacia los equivocados. Pero esa justicia sólo la puede realizar un Estado seguro de su propia razón justificante. Si el Estado español lo estuviera, ni los culpables de la revolución de octubre andarían camino de la impunidad ni tantos infelices que les siguieron alucinados hubiesen sentido el rigor de una represión excesiva. También queremos que esto de una vez se desenlace: justicia para los directores y piedad para los dirigidos; al fin, el ímpetu de éstos, enderezado una vez por caminos de error, puede cambiar de signo y deparar jornadas de gloria a la Revolución nacional de España.

El Frente Nacional

»Todo esto queremos. Para estas cosas, que no son negaciones, sino tareas, nuestro esfuerzo sin cicatería. A la sombra de esta bandera sí que estamos dispuestos a alistarnos -los primeros o los últimos- en un Frente Nacional. No para ganar unas elecciones de efectos efímeros, sino con vocación de permanencia. Nos parece monstruoso que la suerte de España tenga que jugarse cada bienio al azar de las urnas.

Que cada dos años entablemos la trágica partida en que a golpe de gritos, de sobornos, de necedades y de injurias se arriesga cuanto hay de permanente en España y se hiende la concordia de los españoles. Para una larga labor colectiva queremos el Frente Nacional. Para un domingo de elecciones, para la vanidad de unas actas, no. Esta coyuntura electoral no representa para nosotros sino una etapa. Confiamos en que, una vez vencida, no quedaremos solos en la empresa que estos renglones prefiguran. Pero solos o acompañados, mientras Dios nos dé fuerzas, seguiremos, sin soberbia ni decaimiento, con el alma tranquila en nuestro menester artesano y militante.

»¡Arriba España!

»Madrid, 12 de enero de 1936.

»Por Falange Española de las J.O.N.S., el Jefe Nacional, José Antonio

Primo de Rivera.- La Junta Política: Julio Ruiz de Alda, Rafael Sánchez Mazas, Raimundo Fernández-Cuesta, Onésimo Redondo, Manuel Mateo, Manuel Valdés, José María Alfaro, Sancho Dávila, José Sainz, Augusto Barrado, Alejandro Salazar.»

* * *

Una vez más no se entendió la voz áurea y cristalina, y frente a la fe revolucionaria del Frente Popular sólo se alzó nuestra Falange Española, vigorosa, sobre el manso mar de retórica desmayada del bloque derechista.

Pero decididos a ir solos a la lucha, no quieren los falangistas abandonar la posibilidad de un arreglo con las fuerzas que se van a enfrentar con el marxismo ([273]), y hasta un mes más tarde no lanzan sus candidaturas completas y aisladas, por las minorías, en once provincias españolas. En la actividad extraordinaria desplegada por José Antonio y sus equipos propagandistas por toda la Península siempre queda abierta una puerta a la esperanza de comprensión de los otros. Esperanza que se va achicando cuanto más grandes se hacen los retratos de Gil Robles para la propaganda electoral y cuanto más espesa y turbia se perfila para una posible victoria la posición de los contrarrevolucionarios. En nuestros mítines empiezan a tratar de perturbar los elementos cedistas, sin conseguirlo, claro es. En las calles siguen cayendo, heridos o muertos, nuestros mejores camaradas.

La clarividencia de José Antonio aumenta de minuto en minuto, y sus artículos en *Arriba*, sus declaraciones en la diversa Prensa, sus discursos formidables de Valladolid, Ávila y Zaragoza tienen una nitidez ya verdaderamente milagrosa. El 30 de enero de 1936 publicaba en *Arriba* una semblanza de Portela Valladares que, en su brevedad, vale por todo un libro biográfico de quinientas páginas: «El señor Portela Valladares se ha encontrado la partida ideal para hacer una política de tipo irónico, goethiano, volteriano, maquiavélico. Sus enemigos han acertado al presentarle en sus caricaturas como un vizconde del siglo XVIII. Se ha encontrado el señor Portela con una gruesa pugna de tipo romántico y materialista entre dos movimientos dispuestos a insurgir confusamente -russonianamente- contra las

---

[273] A los dos días de la publicación del manifiesto electoral -el 14 de enero-, José Antonio visitó en su domicilio al señor Gil Robles. Ni uno ni otro hicieron manifestación alguna a la Prensa, que publicó en muy pocos periódicos la noticia. Informaciones del día 15, escuetamente decía: «Don José Antonio Primo de Rivera visitó ayer en su casa al señor Gil Robles. Aunque no se han facilitado detalles de la entrevista, suponemos que cambiaron impresiones sobre las cuestiones electorales. Ignoramos si habrán llegado a un acuerdo.» Poco tiempo después se vio que no hubo medio humano de tal acuerdo.

leyes y usos constitucionales que se oponen a sus pasiones. Socialistas y derechas dicen cada uno: «El Estado voy a ser yo.» Tercia Portela en la política desde la Presidencia del Consejo con un escepticismo absoluto de castas y partidos, con un desdén usuario y diabólico por las retóricas y gritos en contrastes, los plácidos idealismos y las hipocresías de virtud. Enseguida se revela como un titiritero de extraña raza, casi tan interesante como Cambó, que es un nigromante. Muchos empiezan a poner el grito en el cielo contra el titiritero. Pero no comprenden que lo primero que hace falta para que un titiritero exista es que haya títeres. Los ha encontrado de todos los colores y pelajes, por la izquierda y por la derecha, y los ha movido por medio de todos los hilos a su alcance con rara habilidad. Así tenía que ser en un campo político donde las escorias son de mayor peso que el metal puro y donde los residuos superan siempre a los cocientes. Eso sucede siempre que no se sabe dividir. Es lo que venimos diciendo en la Falange. España está mal partida en dos: partida por la línea oscura de los intereses y no por la clara y neta línea moral de las conciencias. De esta mala división general, de esta serie de malas divisiones locales, ha surgido esta política irónica de los residuos frente a la política de los cocientes mal obtenidos. Portela es la contrapartida irónica del yerro que nosotros venimos denunciando desde hace meses, porque la ironía es siempre eso: contrapartida.»

En el mitin de Zaragoza del 26 de enero, José Antonio, después de recordar la última noche de las Cortes disueltas, declaró que la Falange, «toda abnegación y sacrificio, es para salvar a España, no para defender intereses materiales ni para cubrir conductas descalificadas». «Cuando hablamos de la Patria, no hay en nuestra boca una bandera más, pues ya sabéis para cuántas cosas se emplea el nombre de la Patria.» «La labor de la Falange está en unir uno a uno todos los destinos de España. Pero a España hay que verla sobriamente, exactamente; mucho cuidado con invocar el nombre de España para defender unos cuantos negocios como los intereses de los Bancos o los dividendos de las grandes Empresas.» «Para hacer una España única, grande y libre; una España que nos asegure la Patria, el Pan y la Justicia, estamos aquí otra vez. Para deciros que el peligro ha aumentado, que España se hunde, que la civilización cristiana se nos pierde. No para hacer lo que hacen los que ya en 1933 nos dijeron lo mismo e hicieron salir las monjas de sus conventos a votar y ahora pronuncian los mismos gritos para pediros también el voto. *Si España fuese un conjunto de cosas melancólicas, faltas de justicia y de aliento histórico, pediría que me extendieran la carta de ciudadano abisinio, pues no tendría nada que ver con esta España.» «Desde el puesto de más humildad, que es el puesto de Jefe, prometo para la madrugada nupcial del nacionalsindicalismo una España única, grande y libre.»*

De Zaragoza, a toda marcha, a Oviedo, donde el 28 hay anunciado un doble mitin en sus cines Principado y Santa Cruz. De este mitin hay una anécdota espléndida del Jefe, que sólo conocen en Asturias, y me la contó con gran emoción un camarada familiar mío, laureado en la defensa de la heroica ciudad. Al atravesar en su coche -con sus dos o tres fieles acompañantes de

siempre- la aldea de Valmorí, del Concejo de Llanes, José Antonio -que llevaba en el corazón y en la memoria a toda la Falange- dio un frenazo para decir a sus compañeros de viaje: «En este pueblecito tenemos un solo camarada. Si logro recordar cómo se llama, iremos a visitarle.» Hizo una pausa, y al fin le vino a las mientes el nombre del buscado en la memoria: «Se llama Pría -exclamó triunfal-. Vamos a buscarle.» Dieron con su casa, y entraron, preguntando por él. El único falangista de Valmorí era un muchacho de dieciséis años. No estaba en casa, y la madre mandó a buscarle, un poco temerosa. Cuando el chico entró y vio en su casa el Jefe, se quedó sin saber qué decir, ni qué hacer, ni qué palabra articular. José Antonio, sonriente como un dios, le dijo que venía a buscarle para llevarle con él, si quería, al mitin de Oviedo. El chico, radiante de orgullo, pidió permiso a su madre, quien, temerosa, a la vez que halagada por el honor que José Antonio dispensaba al muchacho, no se atrevía a concedérselo. José Antonio prometió solemnemente a la madre que nada malo había de ocurrirle y que él mismo en persona le reintegraría a su hogar al día siguiente. Como decir palabra de José Antonio es decir palabra cumplida, veinticuatro horas después, ronca de gritar «¡Arriba España!» su garganta juvenil, Pría dormía en su casa después de repetir a su madre -ya falangista- las palabras de exacta poesía y milagroso augurio del Jefe. Augurio que en los parapetos gloriosos de la ciudad mártir cumplieron virilmente los dieciséis años adolescentes de Pría.

Al mitin de Oviedo asistieron más de seis mil personas, quedando otras tres mil sin poder entrar en ninguno de los dos locales. José Antonio pronunció un duro discurso, atacando al bienio cedorradical, entre otras cosas, por su cobardía cuando la proyección en Madrid de la película francesa *La bandera*, donde se exaltaba a la Legión, a aquella Legión que Asturias había conocido bien el 34. «La casa productora de esa película, que era francesa -dijo-, consideró que a la cabeza de la cinta debía poner una dedicatoria ofreciéndola a las glorias de la Legión. Pues bien: bajo este bienio melancólico se acordó que fuera cortado aquel trozo de cinta porque *no era prudente que a la Legión se la exaltara en un cine de Madrid, y era más propio que se abrieran las espitas para insultarla y escarnecerla.»*

Luego aludió a la falta de puestos para Falange en las componendas electorales con estas palabras: «¿De modo que ya no hay puestos en las candidaturas, ni siquiera aquí, en Asturias? ¡Que aquí en Asturias no hay puestos en la candidatura para nosotros! En primer lugar, ¿para qué se nos dice esto? Nosotros no íbamos mendigando puestos de nadie. Y además, en segundo lugar, ¿qué lenguaje es ese? ¿Cómo osan decir que en Asturias no hay puestos para nosotros porque hay que cumplir con los compromisos de los viejos electoreros?... ¿Que no hay puestos para nosotros en la lucha electoral de Asturias? Ya lo hubo para nosotros; para ti, Panizo, y para ti, Yela, cuando andabais días y noches a tiros en la calle de Jovellanos; y para ti, Innerátity, y para ti, Suárez Pola, cuando bajo dos fuegos llevasteis las órdenes desde el puesto hasta el «Libertad»; y para ti, Santiago López, que defendiste a Pravia; y

para Montes y Germán, cuando dieron sus vidas generosas en Moreda. ¡Entonces sí! ¡Cuando otros se escondían de casa en casa, huyendo de la quema; entonces sí, en aquella candidatura para la muerte!, ¡camaradas, os dejaron en blanco todos los puestos de la mayoría y de la minoría!»

Con las ovaciones delirantes de Santander y de Oviedo en el corazón vuelve José Antonio a Madrid, pensando como siempre de su España: «¡Dios, qué buen vasallo si hubiera buen señor!»

En Madrid, como en provincias, la suerte ya está echada. Altiva y sola -bien a su gusto, como lo están las águilas por encima del aire facilón en que revolotean los búhos-, la Falange ha lanzado sus candidaturas.

SOLOS A LA LUCHA

Y ya está en las esquinas de Madrid el sencillo cartel electoral de la Falange, con los nombres en rojo -junto a las flechas, también rojas, sobre blanco- de nuestros capitanes, que acuden sin fe, pero sin miedo, a la sucia batalla electoral. «¿Por qué van -se preguntaban algunos-, si no tienen esa fe?» «Pues van -como decía Sánchez Mazas- para demostrar que la Falange no traiciona al pueblo de España, y sobre todo al pueblo humilde, con tutelas y alianzas comprometedoras.» Para demostrar «que no podemos ser los pretorianos de la alta Banca, de los subalternos intereses de una clase». Van a «la última comedia de derechas e izquierdas», porque «el pueblo está ya harto de las ñoñerías, de las conveniencias estúpidas, de los aspavientos virtuosos o patrioteros y de la corrupción asquerosa de los unos, y está harto también de la criminalidad, de los apetitos elementales, de la barbarie, de la baladronada amenazadora de los otros» (*Arriba*, 6 de febrero.)

Falange Española cerró su campaña electoral en Madrid con un doble mitin. Ya el cine Madrid del 19 de mayo y el 17 de noviembre del año anterior era insuficiente. Y hubo que habilitar dos locales inmensos: el cinema Europa y el cine Padilla, enclavados en las barriadas más rojas de Madrid -Cuatro Caminos-Tetuán y Pardiñas-Guindalera-, en los que jamás osaron hablar otras voces que las de los energúmenos marxistas. Falange gustaba de meterse en la boca del lobo a ver qué pasaba.

Los comunistas se juramentaron para impedir a todo trance su celebración. El jefe de las juventudes comunistas madrileñas recibió la orden, y puso en movimiento todo su vasto servicio de información. A la vista de las noticias que le comunicaron, se presentó el jueves 30 en la Secretaría del Partido a manifestar que en manera alguna se comprometía no ya a impedir la celebración del acto, sino a intentar cualquier alteración del mismo, dada la maravillosa organización que las Milicias y la Jefatura de Prensa y Propaganda de Falange estaban montando para asegurarse el éxito. Sólo decididos a volar el local podría impedirse que tuviese lugar, pues los falangistas se habían juramentado también para celebrarlo, costara lo que costara. El jefecillo fue

destituido inmediatamente y por telégrafo pidió la Secretaría General a Barcelona la salida en avión para Madrid de uno de los más enérgicos matones del Partido de la hoz y el martillo. Este individuo llegó el sábado por la mañana; con la mala fortuna de que ya lo sabían las Milicias de Falange, que solícitamente montaron a su alrededor una guardia compacta y tenaz, que no le permitió dar un paso libremente. Seguido tan de cerca por nuestros camaradas, el ogro barcelonés tuvo que resignarse a quedar toda la mañana del 2 de febrero en un bar cercano al Cinema Europa, bebiendo caña tras caña, bloqueado por las miradas irónicas y amenazadoras de una escuadra de camisas azules. Otros camaradas de los más significados en las batallas callejeras guardaban las puertas de entrada del cine y se encargaban de conducir a los más conocidos de las juventudes rojas que aventurábanse a entrar a las últimas filas del último piso del anfiteatro, donde vigilaban los más fornidos escuadristas. No hubo, pues el menor incidente.

El día 2 de febrero de 1936 fue, como decíamos en *Arriba*, una «nueva fecha gloriosa para los almanaques del Movimiento Nacionalsindicalista. Nueva fecha en el viento de las banderas desplegadas y en el bosque de brazos desnudos con saludo ritual a las estrellas. Nueva fecha en la antología de los días idos, ánimo y empuje heroico de los que vienen. Consuelo de los que caigan en el combate tras haberla vivido. Plegaria para los que cayeron y en los luceros hacen guardia, a quienes la Falange reza en sus gritos reglamentarios y su himno varonil».

En el Cinema Europa hablaron Fernández-Cuesta, Ruiz de Alda y Primo de Rivera. En el Padilla, Sánchez Mazas. Sus voces se transmitieron por micrófono de uno a otro local. Los cuatro discursos, pronunciados por este orden: Raimundo, Rafael, Julio y José Antonio, ante unas muchedumbres rígidamente silenciosas y ardorosamente entusiastas, fueron idénticos en la fe y en el rigor del estilo, pero diferentes en el tono y en la intención. «Raimundo Fernández-Cuesta dio brío heroico de romancero a sus palabras. Su discurso fue el poema. Gallardo, vibrante y rítmico, que encrespa, agita, llena el viento de gozo, de promesas y largas ovaciones. Rafael Sánchez Mazas tuvo acentos de predicador en su voz suave y su palabra rica. Su elogio a nuestra pobreza -que los ricachos de la política española despreciaron al formar ese sindicato de los privilegiados llamados Frente Nacional- fue digno de su maravillosa inteligencia y su profundo humanismo. Julio Ruiz de Alda puso en su palabra, seca y tajante, constante y dura como el motor de su avión, el alto bronce del clarín militar y el hierro de la arenga marcial frente al enemigo. El discurso de José Antonio Primo de Rivera fue -además de poema, plática y arenga, como los de los otros camaradas- un auténtico y trascendental discurso político. El discurso que hacía falta para desenmascarar toda la podre, toda la mugre, toda la clara batida sin sal y sin azúcar de la inconcebiblemente torpe política de las izquierdas o derechas españolas. Crítica de bisturí, palabra de escalpelo, el discurso del Jefe Nacional cortó, caló y hurgó en los malos tumores que corroen el cuerpo -¡ay, y el alma!- de ésta España melancólica y chata que la

Falange salvará» ([274]).

«Por primera vez vemos a la Falange en una coyuntura electoral», empezó. Y después de analizar una vez más el programa y la realidad del frente de izquierdas, la falta de sentido político y norma de conducta de las derechas, que habían hecho estéril y melancólico el segundo bienio de la República; después de afirmar rotundamente que el rencor era la consigna de los rojos y el terror de los blancos, sin que unos y otros oyeran la voz de los azules llamando a la ejecución de una gran tarea común, para la cual Falange había lanzado la idea de un Frente Nacional -desoída por todos-; después de repetir que la Falange levantaba frente a los simulacros su candidatura suelta, contra la que se esgrimía a última hora otro argumento de miedo tachando a la Falange -¡a la Falange, que cuando hubo que poner pechos humanos a las avalanchas marxistas del 34 ofreció los suyos con flechas rojas bordadas sobre las camisas azules!-, lanzó rotunda y gallardamente esta profecía, que con él al frente habíamos de cumplir todos sus leales: «La Falange no acatará el resultado electoral. Si el resultado de los escrutinios es contrario, peligrosamente contrario, a los eternos destinos de España, la Falange relegará con sus fuerzas las actas de escrutinio al último lugar del menosprecio. Si después del escrutinio, triunfantes o vencidos, quieren otra vez los enemigos de España, los representantes de un sentido material que a España contradice, asaltar el Poder, entonces otra vez la Falange, sin fanfarronadas, pero sin desmayo, estaría en su puesto como hace dos años, como ayer, como siempre. ¡Arriba España! »

No puedo describir la inenarrable ovación que acogió estas palabras. Parecía que quienes en pie, roncas las gargantas, rojos los ojos y morados los labios de una fiebre española arrebatadora, se rompían las manos en unos aplausos crepitantes, presentían que era la última vez que se les había concedido por el Cielo el don de escuchar la voz del genio. La voz del genio, que todavía habló a los «camisas azules» que quedábamos en el recinto para ordenarnos: «Y ahora, camaradas, salid a la calle cantando -los que la sepáis y los que no la sepáis- nuestra Canción de guerra y amor .»

La calle de Bravo Murillo, con sus tenderetes y sus bares, sus balcones abiertos a la curiosidad del «mitin fascista», sus obreros y «chíbiris» endomingados, sus personajes arnichescos, sus tranvías tintineantes, sus raterillos y demás pícaros, oyó estupefacta la primera versión, desafinada y arrítmica, que unos cientos de muchachos daban al aire crudo del invierno de ese himno de eterna primavera a cuyos acordes marciales se iba a salvar la Patria pocos meses más tarde.

[274] *Arriba*, número 32, 6 de febrero de 1936.

ÚLTIMOS DÍAS DEL PERIODO ELECTORAL

SI en alguna circunscripción tenía interés José Antonio por salir diputado, era por la provincia de Cádiz, que le invistiera en 1933, y por la de Sevilla, a las que la sangre jerezana y sevillana de su padre le atraía singularmente. Por ello, cortando la propaganda en otros puntos de España, marcha a Andalucía a los tres días del doble mitin, mientras sus camaradas de Prensa y Propaganda, asqueados por el silencio de toda la Prensa en torno de su magnífico discurso, pegan en todas las vallas y paredes de Madrid el número de *Arriba* que lo contenía, inaugurando los periódicos murales y consiguiendo que se enteren de su contenido millares de madrileños de todas las clases sociales a quienes la Prensa «bien pensante» y la Prensa «furibunda» niegan el conocimiento de la más alta doctrina política nacida en España.

Nuevamente he de ampararme en la autoridad de Sancho Dávila y Julián Pemartín -copiando páginas enteras de su obra- para relatar la última estancia del Jefe en tierras andaluzas y poner de manifiesto, por las afirmaciones innegadas de aquellos camaradas, toda la repugnante actividad de las derechas de Jerez y sus alrededores:

«A Sevilla llegó el día 5. Nos reunimos por la mañana en un almuerzo soleado y frugal en Antequera, la antigua, en el que compartimos el pan con José Antonio unos veinte camaradas bajo la vigilancia de un grupo de policías destacado en un quiosco próximo, sin duda para recordarnos que ya estaba autorizada la libérrima propaganda de todas las ideas.

«A los postres llegaron las Milicias, por cierto a toque de clarín, que entusiasmó a José Antonio.

»Los policías iniciaron una intervención vedatoria con resultado dudoso, ya que nuestro Jefe, descubriendo su camisa azul, revistó las escuadras y les dirigió una arenga. Cuando ésta terminó -siempre para nosotros demasiado pronto- la alegre entrada por Sevilla en grupos sonoros del himno de las Milicias andaluzas:

«Son las escuadras de José Antonio
las que tienen que triunfar...» ([275]).

[275] Este himno se cantaba -con la música de una película cuyo nombre no recuerdo- en alguna provincia, como Toledo. En Madrid, antes de nacer el *Cara al sol*, fueron el *Yo tenia*

»Por la tarde, jira a Villaverde del Río. Discurso de José Antonio sobre una mesa puesta en un patio, y en seguida marcha hacia Alcalá del Río, pueblecito en el que entramos al ubricán.

»Por las tabernas de la plaza, José Antonio organizó la recluta de oyentes, y cuando su número pareció excesivo para los locales alcalareños, le propuse como tribuna unas piedras que en la falda que sostiene al pueblo se levantan contra las primeras altas tapias de sus calles.

»La luna nos alumbraría en aquella noche del a veces tibio febrero andaluz...

»Tras la inolvidable ovación, el retorno a Sevilla. Y al día siguiente, concentración en Dos Hermanas, que es prohibida por la autoridad, y se reduce a un discurso en el local de aquella J. O. N. S.

»José Antonio tiene que dejar Sevilla para seguir diciendo por otras tierras la salvación de España.

»Entre tanto, los altos magnates de la opinión siguen formando y contratando su frente antimarxista sin nombrar siquiera a la Falange. Pero José Antonio ordena que hasta el último momento estemos a la expectativa; más aun: abiertos a cualquier requerimiento admisible, es decir, a toda llamada que no nos confunda con «la guerrilla o tropa ligera de otros partidos más sesudos». Y nos deja en libertad para, bajo estas consignas, realizar las gestiones que juzguemos oportunas. Así que, bien avanzado febrero, pedí una entrevista al Jefe en Sevilla de la coalición electoral de derechas. A la hora concedida estaba ante él, con Charles MacLean, Antonio Suero, Pepe Vázquez y algún camarada más. Y tengo que decir, como dato bien expresivo del desdén que provocaba fatalmente la Falange en determinado sector, que aquel Jefe, allegado mío e incapaz de una incorrección personal, ante un grupo con camisa azul cometió la natural descortesía de dejarlo en pie delante de su mesa hasta que acabara el escrito que tenía entre manos.

»Cuando me cansé, le indiqué la conveniencia de que ganáramos tiempo, y no bien le expuse los motivos de mi visita, me dijo: «¿De modo que venís por puestos en nuestras candidaturas? Lo que ahora piden todos: lo mismo que quieren Moreno Calvo ([276]) y hasta los comunistas...» Le atajé rápido: «No nos compararás con los radicales...» El entonces nos miró con

---

un camarada y *La cucaracha*, con letras alusivas al valor personal de José Antonio, los cantos primitivos. El de los camaradas sevillanos seguía así:

«y lucharemos e implantaremos
el Estado sindical.
¡Viva, viva la Revolución!
¡Viva, viva Falange de las J. O. N. S.!. »
Son las escuadras de José Antonio
las que tienen que triunfar...

[276] El señor Moreno Calvo era el tristemente célebre Subsecretario de la Presidencia del Consejo con Lerroux, protagonista del escándalo de la denuncia Nombela, tan violentamente combatido por José Antonio en el Congreso.

curiosidad, se levantó, se acercó a mí y, ya más gravemente, me explicó la imposibilidad de concedernos un solo candidato; y como moraleja creyó oportuna una optimista admonición de sensatez para que abandonara por fin los extremismos estériles o perniciosos y me incorporase a la táctica salvadora de las urnas.

»No me convenció, y momento después estábamos imprimiendo las candidaturas de Falange por Sevilla:

CANDIDATURA DE DIPUTADOS A CORTES
Sevilla (capital)

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

SANCHO DÁVILA

»Movilizamos todas nuestras reservas y nuestro crédito: José Antonio envió mil quinientas pesetas; el opulento MacLean contribuyó con todos sus ahorros, dos mil cincuenta pesetas, y reunimos... siete mil cuatrocientas sesenta pesetas con treinta céntimos, en las que teníamos que meter todo el presupuesto electoral. Cupo en ellas, pues el 16 de febrero no nos faltó en los colegios ni un solo interventor ni un solo notario.

»El 15, a mediodía, una señora se presentó ante nuestro Centro, metió las manos febriles por la verja de entrada y lanzó al suelo candidaturas destrozadas con el nombre de José Antonio, mientras gritaba: «¡Traidores! ¡Traidores a España!» Exactamente a las veinticuatro horas, a nuestros aparatos (para tal ocasión habíamos duplicado el servicio telefónico) pedían angustiosamente escuadras azules que defendieran a los derechistas en el legítimo derecho de la votación.

»Claro que éstas no faltaron, ya que para la Falange siempre hay un puesto -que nunca deja vacío- en las horas del sacrificio...

»Pero la injusticia absurda y suicida de Sevilla, como de tantas otras circunscripciones, no había sido lo último: el crimen de lesa patria había de cometerse en la provincia de Cádiz.

»Ya vimos cómo las derechas gaditanas se aprovecharon del verbo, del nombre, de la personalidad de José Antonio en la campaña electoral del 33. Sin ahondar mucho, por no querer enterarse mucho, en el discurso del 29 de octubre, auténticamente espiritualista, pero también inexorablemente revolucionario, lo colocaron en la presidencia de sus candidaturas para respaldar la sinceridad de sus propósitos y su complacencia hacia la transformación social que se desprendía de los postulados morales de que ellas sé proclamaban depositarias.

»Así lo manifestaron no sólo en el sitio de honor que le otorgaron, sino en numerosos discursos por aquella temporada. Las derechas de Cádiz, como las de toda España, en aquellos días quizá fueran sinceras; estaba muy reciente el primer bienio, y tenían pavor.

»José Antonio, por su parte, ni en una sola ocasión dejó las cosas confusas. Desde que sus compañeros de candidatura -don Ramón Carranza, el Marqués de la Eliseda, Juan Palomino, Manuel García Atance, don Miguel Martínez de Pinillos, José María Pemán, Carlos Núñez Manso- delegaron en él para que por vez primera les pusiera en relación con sus presuntos electores, José Antonio aseguró con toda firmeza que, de salir diputado, se consideraría diputado por España; y ni en un solo caso se olvidó de expresar claramente su disconformidad con el sistema parlamentario y su convicción de que España sólo se salvaría de manera perdurable por una revolución nacional.

»Los discursos de José Antonio en aquella etapa electoral levantaron, como dije, singular entusiasmo entre los públicos y fueron publicados con todo detenimiento y elogio por los diarios derechistas de la provincia.

»También vimos que el triunfo superó las más ambiciosas esperanzas: los ocho candidatos salieron elegidos, y José Antonio alcanzó el segundo puesto de la votación. Todos reconocieron el realce que prestó José Antonio con su presencia y la adhesión que hizo florecer con su palabra. Todos estaban contentísimos de haber enviado a las Cortes un paladín tan esforzado contra los avances peligrosos de la mala revolución del 31...

»El segundo bienio se puso en marcha, y el fantasma de la revolución se fue alejando... Volvieron las derechas a cerrar los ojos -quizá agobiados por el sopor de más tranquilas y copiosas digestiones-, y comenzó a encontrar desentonada toda postura heroica; a medida que iban pasando aquellos meses iba desapareciendo todo vestigio de solidaridad hacia el ahora exaltado y peligroso revolucionario y poco tiempo antes mimado y aplaudido por modelo de valor e inteligencia.

»Por este rincón, el apartamiento y aun la hostilidad derechista escogió para manifestarse el pretexto más genuinamente bolchevique: el dinero. José Antonio, como es bien sabido, inició sus actuaciones parlamentarias con aquel famoso salto sobre tres escaños para caer en tromba contra el calumniador Prieto y los miembros de la minoría socialista que le rodeaban. Pero al poco tiempo -con su intervención sobre el Estatuto catalán- abrió la serie de discursos magistrales, en los que siempre desarrolló insuperablemente temas de trascendencia nacional. Levantó con auténticas alturas patrióticas otros asuntos importantes, aunque de índole secundaria.

»La inmensa mayoría de sus electores quedó indiferente al paso de todas esas intervenciones; pero no bien llegaron a la Cámara una ley de alcoholes y la concesión de una fábrica de azúcar, aquellos votantes del espiritualismo clavaron su atención en los escaños para escudriñar el rendimiento de sus representantes.

»José Antonio no intervino en la discusión de la ley de alcoholes por suponerla, en verdad, suficientemente defendida por sus compañeros, y se mostró contrario a la concesión a Jerez de una azucarera por juzgarla, entre otras razones, inconveniente para la industria nacional. Con sus discursos primero y con su proceder posterior no hizo, por tanto, sino cumplir al pie de la letra lo prometido en noviembre del 33... No lo entendieron así los jerezanos y arremetieron contra su diputado con críticas, con murmuraciones, que fueron subiendo de las tertulias a los casinos, hasta llegar en alguna ocasión extraoficial a la mayoría derechista del Ayuntamiento, y que incluso alguna vez apareció alusivamente en algún periódico local, de aquellos que a la hora de los votos habían proclamado más alto la absoluta preeminencia de los valores espirituales...

»Otro sistema funesto crecía en Jerez a medida que el segundo bienio avanzaba. La campaña electoral de las derechas en el año 33, si se adornó con un penacho de idealismo, se basó en el denominador común de las maldiciones para la política caciquil, causadora de tantos y tan fieros males. Y aunque quizá muchas votaciones se ganaron sobre los viejos tinglados, supieron éstos soportar la prueba con obediencia tan puntual y silenciosa que no parecía sino que habían deseado prestar un último y reivindicador servicio antes de morir. Por la provincia de Cádiz, esta nota alcanzó extremos inauditos de atrición y propósito. Debido a que en la candidatura aparecía el primogénito del antiguo personaje político por toda aquella región, y pedía los votos precisamente en calidad de amigo de José Antonio y adicto a todas sus ideas purificadoras e innovadoras.

»Pero a través de los dos años estériles, a medida que se fue aplacando el miedo, fuéronse olvidando por unos y otros los recientes anatemas. La unida sumisión caciquil de antes se atrevió pronto a la sesuda crítica cariñosa, en seguida a la murmuración escandalizada y después, cuando ya se creyó en terreno seguro y se sintió con ánimos para gallear, a todo el despliegue de sus enmohecidas artimañas...

»En resumen: que por la provincia de Cádiz, en las proximidades de los comicios de febrero, el ambiente preelectoral era muy parecido y sus personas muy semejantes, si no idénticas, a los de la aventura sufragista del año... 1931, por ejemplo.

»Todo ello, las puntadas en la Prensa de Jerez, la murmuración ascendente de los mentideros al Municipio, iba alarmando a Julián, que, aunque quería suponerlo un producto sólo de la necedad de algún redactor insolvente, de la pequeñez pueblerina, de las envidias de allegados, comenzaba a verlo peligrosísimo a medida que se acercaba el momento electoral. Porque podría, al facilitar una traicionera maniobra para eliminación del mismo José Antonio de las nuevas candidaturas, promover trágicas consecuencias irremediables: podría apagar en el Parlamento la primera voz española, despojar a José Antonio de su inmunidad parlamentaria, vital para la Falange, y acarrear sobre Jerez un baldón que le avergonzaría para siempre.

»Julián expuso estos temores a su Jefe, Joaquín Bernal, que inmediatamente envió noticias a José Antonio. La contestación de éste disipó todas las inquietudes: tenía proyectado un próximo viaje a Jerez para explicar a sus electores su gestión parlamentaria por medio de una charla pública que denominaría «Rendición de cuentas».

»Tuvo ésta lugar en el teatro Eslava, el día primero de año. José Antonio explicó la política como servicio. Por qué había eludido la exhibición en el asunto de los alcoholes, ya insuperablemente tratado, y por qué se había opuesto a la concesión de la fábrica. Dijo unas ironías sobre la profusión de telegramas cursados con ocasión de esos asuntos entre votantes y representantes, y terminó con una lección de nacional sindicalismo.

»El entusiasmo se desbordó; los numerosos jerezanos que habían acudido salieron orgullosos de su diputado; José María Pemán, que asistió entre el público de butacas, aplaudió como un escuadrista...

»Pero el diario local *El Guadalete*, órgano de la antigua política, que no había querido transcribir el discurso de José Antonio, publicó el 3 de enero un artículo en el que no sólo se censuraban las ironías antedichas, sino que se acusaba literalmente a José Antonio de no haber cumplido la obligación contraída con sus electores ([277]).

»Julián escribió una refutación en la que sostuvo no ser lícito asegurar que José Antonio hubiese desatendido sus deberes de diputado, y en la que recordaba la campaña parlamentaria, sin igual, por lo visto totalmente olvidada de los patriotas jerezanos. La envió inmediatamente al otro periódico derechista de la localidad, el *Diario de Jerez*, en el que recientemente había colaborado, y con asombro escuchó del redactor jefe la imposibilidad de ser publicado.

»Llamó por teléfono al diputado cuyas inspiraciones obedecía aquel periódico, y aun hubo de aumentar su dolorosa sorpresa desde las primeras palabras de la conversación a lejanía.

»En cuanto Julián habló de la devolución inesperada, le interrumpió su interlocutor: «Antes de seguir, te diré que me ha parecido muy bien el artículo que quieres rebatir.»

---

[277] *Nota de la tercera edición.*-A este artículo contestó desde Madrid José Antonio con una carta al Director de *El Guadalete* rogándole su inserción en el periódico, cosa que se hizo inmediatamente y con toda la cortesía normal entre caballeros. Esta carta, no recogida en ninguna parte, fue publicada por mí en *Arriba* del 2 de febrero de 1962. En ella, José Antonio refutaba algún concepto que se le atribuía y, sobre todo, la acusación de no haber hecho nada por la provincia durante su mandato como Diputado a Cortes. Sólo queremos subrayar aquí dos frases de esta carta que realzan dos rasgos de su carácter. Primera: «Más de mil personas me oyeron, y las que me oyeron saben muy bien que no entra, por cierto, en mis prácticas al soslayar ninguna responsabilidad.» Segunda: «Considero que el interés de los pueblos nos ordena con más autoridad que los movimientos de opinión, frecuentemente equivocados.

»Un momento de silencio, tras del que continúa Julián: «Hombre, a ti te podrá parecer que José sostiene una opinión equivocada sobre la conveniencia de la fábrica, pero no podrás aprobar a quien diga que no sirvió los intereses de Jerez por negligencia o particularismo.» «Yo lo que sé -replica el diputado- es que debía haber intervenido más activamente en todo, y debió habernos hecho más caso, porque ahora veremos de dónde saca los votos.»

»Aparecieron los votos; luego todo aquello, si no estaba fomentado, por lo menos no repugnaba para ser aprovechado con miras a futuros regateos...

»La discusión duró un buen rato, y al día siguiente salió el artículo en litigio; pero al lado de un editorial en que se acusaba a José Antonio, ya no de haberse abstenido en la votación sobre alcoholes, pero sí de haber votado a favor de una enmienda que hubiera beneficiado a la perfumería catalana.

»Había, pues, que denunciar paladinamente lo peligroso de esta pertinencia en la censura, y Julián, aprovechando el derecho de contestar en *El Guadalete* la réplica -esta vez cordial- que había recibido en carta abierta, indicó de manera bien explícita lo que podría suceder de manera irremediable... «Pero por todos los medios a mi alcance trataré de evitar que se siga presentado a José Antonio como un endiosado desdeñador de nuestras legítimas aspiraciones. Me opondré a ello por razones que tú sientes como yo, y sobre todo por una, que te he de exponer con toda franqueza: temo que en el fondo de todo esto aliente una maniobra inicua; temo que se trate de aparentar una corriente antipopular que facilite la eliminación al tiempo de formar la candidatura..., y esto, es lo que hay que evitar a toda costa.» »José Antonio, de vuelta, al poco tiempo, por la provincia, se presentó una tarde ante el recientemente formado Comité Electoral y le expuso, escueta pero claramente, su buena disposición para ir a las elecciones en la misma compañía que la del 33 y su decisión de presentar, en todo caso, su candidatura por aquella provincia, cuyos verdaderos intereses creía haber defendido en la legislatura anterior.

»A la Falange de la provincia dio órdenes para activar la propaganda. Así se hizo; y las escuadras de Jerez, del Puerto, de Sanlúcar y de Rota, bajo el mando de Luis Aguilar y Andrés Cuerda, a quienes había enviado para aquella ocasión José Antonio, se extendieron por todo el distrito, inundándolo del manifiesto electoral. En contraste con la languidez propagandista de las derechas, se comportaron, según nuestras normas de decisión, sin jactancia en las numerosas colisiones que promovió la hostilidad comunista y levantaron de nuevo la corriente de simpatía popular.

»Simpatía que multiplicó y enardeció José Antonio con una rápida excursión oratoria que pudo conceder a este rincón a principios de febrero. Habló en Chipiona, en Rota, en Sanlúcar, y el entusiasmo fue creciendo hasta convertirse en apoteosis en el pueblo de la manzanilla y de las «parejas».

»Pero, entre tanto, los tenues rumores que caían desde el elevado y hermético Comité Electoral eran casi increíbles de puro ilógicos; desde luego, no cabía en la candidatura antisoviética José María Pemán, el que había obtenido el primer puesto en las elecciones anteriores y uno de los mejores predicadores antimarxistas de toda España. Y las dificultades para incluir a José Antonio se iban amontonando, a pesar de los acontecimientos, de manera fatal y misteriosa. En cambio, *comenzaba a sonar para candidato el nombre de Julio Varela*, antiguo subsecretario de Casares Quiroga.

»Julián, cada día más preocupado, se decidió a pedir una entrevista a un miembro del Comité Electoral con el que le unía antigua amistad de colaboración literaria. Le expuso sus inquietudes, y aquél le aclaró su pensamiento sobre el caso; no se metía a juzgar la gestión de José Antonio como diputado de Cádiz, pero creía un desacierto político la eliminación de José Antonio, ya que indudablemente, a pesar de lo murmurado y escrito, restaría prestigio a la candidatura y originaría descontento. Así pensaba decirlo a sus compañeros del Comité cuando hubiera ocasión. Y a una pregunta de Julián contestó que la mayor dificultad la atraían los dos candidatos centristas impuestos por Portela y apoyados por otro miembro de la Comisión.

»Pero las cosas no mejoraron. Al revés, los rumores y los síntomas fueron cada vez más funestos. Por fin se perpetró el monstruoso despojo, que se trató al principio de ocultar habilidosamente, para evitar la posible indisciplina de los votantes. *Y así, primero, se anunció alevosamente una candidatura antirrevolucionaria, en la que José Antonio se presentaba por las minorías, después, en el gran mitin último de Jerez, se dijo que se le había excluido por tener asegurado el triunfo en otra circunscripción, y cuando ya no hubo nada que inventar, no faltaron sacrílegos que, para prohibir sustituciones, invocaron mandatos divinos...*

»Pocos días antes de la elección, Julián, que aún conservaba la esperanza de un postrer momento de lucidez, encontró por una calle jerezana a Andrés Cuerda. «¿A dónde vas?», le preguntó. «Como han pasado dos años, tus paisanos ya no me conocen ni me invitan, y busco una taberna en donde comer.» «Vamos a casa.» Y en el almuerzo, ambos camaradas exprimieron sus imaginaciones buscando todavía algo que evitara lo irreparable. Se decidieron a una última consulta al Jefe. Julián corre al teléfono, y al rato consigue hablar con José Antonio en Cáceres.

»Se disipa toda esperanza. No había nada que hacer ante la actitud en toda España de las derechas. «En Cádiz, que le voten los que quieran; en los otros distritos va a la lucha sin posibilidad alguna de triunfo...» Julián, ante el micrófono, se desespera y se enfurece: «Entonces, esta gente te deja indefenso, a merced del último guardia municipal...»; y tras un duro calificativo, responde la voz lejana y risueña de José Antonio: «No tanto, hombre...»; y después, ya más serio: «Pero fíjate en una cosa: esos paisanos tuyos negaron los votos de senador a mi padre, y ya ves la estatua que luego le levantaron en la plaza de Arenal; a mí ahora me echan, y antes de un año me estarán erigiendo otra estatua; ahora que yo no soy tan bueno como mi padre;

una noche me bajaré del pedestal y les daré la broma de no volver nunca por Jerez...»

«A los seis meses, ante el pueblo de Jerez, con el brazo en alto, se decoraba con el nombre de José Antonio la primera calle jerezana; pero José Antonio no ha vuelto todavía. Sigue ausente; en una ausencia ejecutada y mantenida por hierros siniestros, pero a la que fue empujado contumazmente desde la diestra» (págs. 116 a 127) ([278]).

* * *

Apartemos con horror la memoria de estas páginas de negro capricho goyesco o abracadabrante esperpento de Valle-Inclán: «El sueño de la razón produce monstruos.» Aquel sueño frío de ficheros y censos iluminados con que se pretendía dotar a España de la felicidad de trescientos diputados cedistas sin José Antonio para denunciar, implacable, la estéril masturbación bienpensante, produjo la trágica madrugada del 20 de noviembre en el patio de la cárcel de Alicante. «Contra la revolución y sus cómplices», gritaban histéricamente, ofreciendo a los verdugos el corazón de España que latía en el pecho de José Antonio. ¿Qué más da de quién fuera la sorda hostilidad a su figura egregia? Todos aceptaron la exclusión del Fundador de la Falange. Todos la desearon -enanos de la venta, como él les llamaba, más empequeñecidos todavía por el complejo de inferioridad-, y a ello contribuyeron con sus argucias de fariseos, y no contentos con echarle de las candidaturas derechistas para dejar paso en ellas a los muñecos del titiritero Portela o los alumnos del Monipodio radical, advirtiendo que entre las gentes honestas -que, despistadas seguían el camino de la política derecha española- se adivinaba la hedionda maniobra contra el más puro representante de España, lanzaron a última hora desde *ABC* aquella coacción ignominiosa de que quien tachara de las candidaturas un solo nombre, que podía ser el de un masón, el de un chulo o de un analfabeto, que de todas las especies había animalejos en el arca que pretendía salvarse del Diluvio- para sustituirlo con otro (¡ya pudieron poner con el de José Antonio Primo de Rivera, pues bien claro era que iban contra él los tiros!) sería un traidor a España. ¡Como si España fuese una lista de candidatos derechistas! ¡Como si España no fuese a ser pronto la celda estrecha de la prisión de José Antonio o el aire ancho batido de pólvoras donde sus escuadristas cantasen cara al sol con los soldados de Franco!

Ha pasado tiempo. La sangre ha regado los campos de España. José Antonio ha escalado un puesto tan único en la Historia que ya no sabemos si es verdad o sueño que le hemos conocido, y nos da angustia y frío pensar en

[278] *Nota de la sexta edición.*-Finalmente el pueblo jerezano levantó un monumento a la memoria de José Antonio inaugurado el 3 de septiembre de 1964.

su voz humana, ya tremendamente mítica, real e irreal a la vez, como la voz de los montes...

Pero lo que es verdad, y espantosa, es que algunos de los que le entregaron a sus ejecutores materiales quisieran entregarles también su obra inmortal, más inmensa cuánto más la odian: la Falange. Pero hoy la Falange no está inerme: la defiende la espada del nuevo Jefe, tan duro e invencible como la palabra del que se nos marchó de los sentidos y se nos quedó en el alma.

UN DIALOGO EMOCIONANTE

DE regreso del último viaje a Cádiz, le encuentra Bravo en Jaraíz, pueblecito de Cáceres, donde celebra un mitin la Falange en una panera en la plaza Mayor. Tenía la voz enronquecida, y «contagiado por aquellas gentes, ansiosas de pelea, a las que les pesaba la tiranía marxista de la calle y la ausencia de todo poder en el Estado, pronunció un discurso breve y perentorio, exaltado al rojo». Desde Jaraíz, a otro mitin en Plasencia. Desde Plasencia, a dormir a Salamanca, para salir temprano a Medina para dar otro mitin; y de Medina, a Gijón, a celebrar otro por la noche. De Gijón, a Madrid, a esperar el resultado de las elecciones y a descansar un poco, «pues buena falta le hacía». Es el 13 de febrero.

José Antonio, al volante, como siempre, hizo montar a Bravo a su vera. «Detrás se acurrucó el camarada Aguilar, harto cansado de aquellos trajines. Gil Ramírez seguía detrás en su auto, acompañado por otros falangistas.»

-Tenemos que ir charlando todo el camino o, de lo contrario, me duermo -advirtió José Antonio a Bravo.

Bravo aprovecha, gozoso, la ocasión de saborear un diálogo único, que el corazón tal vez le advertiría había de ser el último con el Jefe.

-Mejor; así me cuentas todo lo sucedido en esta semana. Me muero de curiosidad por saberlo.

Y añadió a la campechanía del camarada la subordinación del inferior jerárquico:

-Claro está que me lo dices si te parece oportuno.

José Antonio cuenta a Bravo algunos detalles amargos de las últimas horas.

-¿Así es que tampoco vas en Cádiz en la candidatura derechista?

-Ni por allí ni por ninguna parte. Vamos solos a la lucha y, como es de esperar, no sacaremos ni un acta.

-Pero eso para nosotros será terrible. ¿No te das cuenta de que si pierdes la inmunidad parlamentaria y triunfan, como pronosticaste varias veces, las izquierdas tardarían en meterte en la cárcel muy pocos días? ¿Qué va a ser de la Falange si tiene que arrostrar la persecución con su Jefe encarcelado

y reducido al silencio?

-No ha sido posible. Y, en definitiva, es lo mejor que nos puede pasar. Tenemos que afrontar el porvenir limpios de toda responsabilidad y exentos de contaminaciones que nos llenarían de desprestigio.

José Antonio hizo un largo relato a Bravo de las negociaciones fallidas para que la Falange figurase en las candidaturas opuestas al Frente Popular. Bravo, al publicar su libro sobre José Antonio en octubre de 1939, estimó que no era ocasión de recordar sus palabras. Criterio respetable. No así el «quizá no lo sea nunca» que añade. Vuelvo a decir que la Historia tiene derecho a conocer cada uno de los pasos que se anduvieron para matar a José Antonio ([279]).

El Jefe tomaba a la ligera la posible y terrible coyuntura:

-En la cárcel se debe estar muy a gusto. Descansaré, que buena falta me hace. Y, en definitiva, ya verás cómo salimos ganando si la persecución nos pilla a la intemperie.

(Aquella vez calla la contestación que diera en otra ocasión: «Si me llevan a la cárcel, repasaré el Bachillerato.»)

-Pero tendrás que prevenir la tempestad. Si Azaña vuelve al poder, como ahora parece evidente, nos van a cazar como a perros. Es menester que organices en forma el aparato ilegal del Movimiento y que para la lucha armada prepares una primera línea eficaz, aprovechando esos muchachos, tan magníficos, que ya tenemos en la Falange.

(¡Tan magníficos! Acababa de caer últimamente en Vigo Luis Collazo defendiendo, con otros tres camaradas, el Centro que asaltaban los sindicalistas...)

-Te aseguro -dijo José Antonio- que esto me preocupa más que las elecciones. Recuerda lo que os dije en Gredos: «No tenemos más salida que la insurrección.» Hay que ir a ella, aun cuando perezcamos todos. Y mientras, vamos a montar una primera línea capaz de todos los ataques y de todas las represalias que se nos impongan. Tenemos demasiados camaradas valientes con nosotros. Incluso me tiene intranquilo la propensión aventurera y arriscada de docenas y docenas de «camisas azules», que gustan del riesgo más de la cuenta. Si no los disciplinamos, no sólo van a dar disgustos a los marxistas ([280]). Pero, con todo su ardimiento y todos sus defectos, ¡son tan

---

[279] *Nota de la sexta edición.*-No lo hicieron sus camaradas más íntimos y enterados -su hermano Miguel, Raimundo, Bravo, Dávila y Pemartín- ni es probable lo hagan ya los escasos falangistas de las nuevas generaciones a quienes se permita el acceso a algunos archivos oficiales impenetrables. Pero tal vez un día los asépticos historiadores o historiógrafos de la hora actual proporcionen la sorpresa de revelar en España y en los Estados Unidos las causas remotas de las muertes de John F. y de Robert Kennedy, y en España de las ejecuciones de José Antonio y de Luis Carrero Blanco.

[280] Sin duda, aludía José Antonio a los frecuentes incidentes con los jóvenes de Acción Popular durante la campaña electoral. No contentos con la exclusión de la Falange de la candidatura derechista, se dedicaban a arrancar nuestros carteles. Hasta que una noche,

admirables!...

(Quizá pensaba en Agustín Aznar, de quien solía decir: «Batiéndose parece un ángel.» Quizá pensaba en Gerardo González Sampedro, en Barroso, en Bedriñana, en Tudela, en Alós, en Escartin, en Manteola... ¡En tantos cientos de camaradas caídos con tanta gloria!)

Continúa Bravo: «A José Antonio se le hacía la boca agua hablando de "sus muchachos". Había olvidado ya la podredumbre electorera, los pactos y las gestiones fracasadas gracias a su altiva entereza y a la conciencia orgullosa de su responsabilidad. El aire de la noche había arrastrado por las ventanillas del auto las quejas y amarguras por la conducta de otros a quienes seducía el sentarse en los escaños del Parlamento y que no podían parangonarse en ansia de sacrificio y en pureza con los rapaces rabiosos y exasperados de las escuadras de choque. Al Jefe le gustaba siempre más sentirse guerrero que político.

»La charla nos llevó a los intentos de conspiración que desde meses antes se hacían por los militares y otros sectores políticos de derechas. También sobre esto me contó José Antonio cosas sabrosas ([281]). Como resumen, recuerdo que me dijo:

-No iremos a un complot sino para una cosa seria y revolucionaria y en la seguridad que nuestra política, caso de triunfar, y nuestra apetencia revolucionaria sean las que prevalezcan ([282]). En todo caso, habremos de ir sin perder el control de nuestras fuerzas, sin que se desdibujen nuestros cuadros. Mientras no se nos den las garantías más terminantes no haremos nada. Ya verás cómo al triunfar, las izquierdas acuden a nosotros esos mismos que ahora nos desdeñan porque tenemos pocos votos.

»Seguimos hablando del porvenir. Coincidíamos, al igual que todos los españoles con algún sentido de la historia y de la política, en reputarlo sombrío.

»-Las izquierdas acentuarán su sectarismo y su barbarie. Los republicanos se verán pronto desbordados por socialistas, comunistas y anarquistas. España irá hacia la revolución y el caos a velas desplegadas. Y ya verás entonces -me decía con voz ardiente- cómo unánimemente la Falange es capaz de hacer frente a la torrentera... Ya verás cómo el peligro nos fortalece. Fracasará de una vez y para siempre el ensayo populista. Las masas agrarias se vendrán con nosotros. Y la clase media y una minoría obrera. La misma

---

hartos los escuadristas de las impertinencias y las bofetadas con los japistas, cubrieron el centro de Acción Popular de la calle de Serrano con el magnífico cartel -concebido por Alfonso Ponce de León- que recortaba con la silueta de España, la foto de la manifestación del 7 de octubre del 34 y decía simplemente: «El 7 de octubre hubo puesto para la Falange».

[281] Que también calla el camarada Bravo, prudentemente.

[282] Esta línea de pensamiento se dibuja claramente en sus consignas posteriores -que se citan más adelante- de 21 de febrero, de 13 de mayo y de 24 de junio de 1936, así como en la famosa «Carta a un militar español» y en el manifiesto de 17 de julio. Era todo ello, naturalmente, consecuencia del Punto Inicial 27 del programa falangista.

necesidad nos hará perfeccionar nuestros cuadros. Todo depende de que conservemos la disciplina y de que no haya confusionismos peligrosos. Ten en cuenta que únicamente las minorías son las que hacen la Historia y las revoluciones.

»-Mas si tú vas a la cárcel y contigo vamos los demás, se corre el riesgo de que la Falange deje escapar la ocasión o tenga que ir a remolque de otros.

»-No hay cuidado. Entre los militares, por ejemplo, cada día tenemos más ambiente. En Africa hay ya una organización clandestina magnífica, que está en muy buenas manos. Sin nosotros, nadie podrá hacer nada práctico.

»-Pero si estalla un movimiento insurreccional y tú estás preso, no sólo puede fracasar, sino que tu vida misma correrá peligro.

»-Ya lo sé. Pero no podemos esperar a que las cosas se pongan a nuestro gusto. Si hay que caer, no olvides que será por España.

»Y luego, con cierto tinte de reproche en su voz, agradecido a mi interés por él -interés de camarada, de amigo, de confidente-, agregó:

»-¿Es que no han caído nuestros mejores? Lo que hizo Matías Montero *¿no debo hacerlo yo, que era su Jefe?* ¿Y Carrión, y Pérez Almeida, y todos los demás?

»Yo sabía que tenía razón. Ante el sacrificio, la jerarquía obligaba al más alto. En la hermandad de la Falange esto era sabido. Pero la angustia seguía atenazándome, encarados frente al porvenir; ante la sospecha tan sólo de que aquel hombre excepcional que conmigo atravesaba la noche y los campos pudiera perderse antes de rendir a España todo el servicio que su alma cálida y su talento excepcional y su corazón brioso podrían servirle.»

(Sin embargo, esa angustia -que frecuentemente, y más en aquellas durísimas jornadas- nos asaltaba a todos, se disiparía pronto en Bravo, como se disipaba en los demás. Porque junto a la vitalidad enérgica de José Antonio había un algo extraño, como un halo que irradiaba de su persona, tan segura de sí misma, que nos hacía creerle invulnerable. Nuestra veneración por José Antonio no nos ha permitido nunca imaginar que pudieran herir su cuerpo atlético las balas adversas. El miedo por él nos duraba un segundo. Su propio convencimiento de que había de caer y la frialdad con que lo exponía nos hacía pensar que acaso él mismo no lo creyera. Cuando empezó a circular la noticia de su muerte, ninguno la creíamos. Luego de convencidos de la terrible realidad, nos hemos preguntado unos a otros si alguna vez habíamos pensado en la posibilidad de su muerte, de su entierro. Nadie -aun temiéndolo todos- lo había previsto. Y no se diga que la Falange carecía de imaginación. Pero esa idea inverosímil de que el Jefe nos faltase, de que hubiésemos de acompañar su cadáver a un camposanto, no había llegado a la más exaltada de las cabezas falangistas. Por eso su muerte y su entierro tuvieron que ser de la grandeza excepcional que fueron: acontecimientos estelares de la vida de un pueblo en los que toda la realidad se hace poema imposible de repetir en muchos siglos.)

Continúa Bravo:

»Seguíamos nuestro camino. La fatiga asordaba su voz, Moderó la marcha del auto.

»-Si ves que me duermo, me pellizcas -dijo irónicamente-. Esta noche los árboles me atraen de una manera especial. Y es que llevo varios días de ajetreo incesante. ¿No es verdad, Aguilar?

»Pero el camarada escolta dormía como un bendito, fiado a las dotes de conductor de su Jefe.

»¿Y cómo has hecho este viaje tan solo? ¿Por qué no van tres o cuatro muchachos contigo?

»-No era posible. Todos andan en la propaganda por diversas provincias. Además, no se atreve nadie con nosotros. La Falange inspira ya demasiado miedo. En Jerez, el otro día se insolentó un municipal, y luego le ayudó en su actitud un grupo de sindicalistas; pero apenas bajamos del coche, se callaron.

»-Es que incluso para arreglar los pinchazos debían ir otros contigo.

»-Nada de eso. Tenemos mucha suerte. Y, sobre todo, organizadas tan bien las cosas que el cambiar de cubierta nos lleva escasos minutos.»

(Quizá recordara que una vez, viniendo de un mitin en el Norte, le seguían en el coche de Julio Ruiz de Alda, con el glorioso aviador y su mujer, Amelia, Gaceo, Aguilar y Mateo. Pincharon; José Antonio, después de esperar un rato, dio la vuelta a ver qué les había ocurrido y encontró a Amelia arreglando el neumático, pues todos los demás eran incapaces. José Antonio bromeó bastante a costa de aquello, elogiando a las mujeres de Falange, que servían para mucho más que los hombres) ([283]).

«Habíamos llegado a Béjar. En una taberna del camino, abierta a aquellas horas, en la que un grupo nutrido de obreros hablaba de política, entramos a beber un poco de cerveza. Aquellos hombres, izquierdistas, sin duda, nos miraron curiosos. Alguien debió de reconocernos, pues se hizo un silencio. extraño en la tasca.

»Aludiendo a lo que habíamos visto, José Antonio, reemprendida la marcha, me dijo:

»-Parece mentira que las derechas sigan tan torpes y tan ciegas. Hay en la masa obrera un fermento terrible de revancha. Esta vez no se abstendrá la C.N.T. Quieren la amnistía y luego la revolución. Verás en qué queda aquello de "¡A por los trescientos!"

»Nos íbamos acercando a Salamanca, cuyas luces se veían ya a lo lejos. Zamarrée a Aguilar para que despertase. Pasado el puente nuevo sobre el Tormes encontramos a la ciudad dormida. Eran aproximadamente las dos de la madrugada. No habíamos corrido mucho en el viaje.

[283] Nota de la segunda edición.-Este episodio sucedió a la salida de Medina de Rioseco, según nota de la citada carta de Fernández-Cuesta

»En la Puerta de San Pablo encontramos un grupo de obrerillos pegando en las fachadas los carteles de propaganda frentepopular junto al Gran Hotel. Acompañados por dos guardias, unos muchachos de la J. A. P. hacían lo propio. Al pasar el coche y echar yo pie a tierra, lo extrañaron. Al reunirme con José Antonio le reconocieron enseguida. Como unos papanatas se acercaron a verle. Aguilar, creyendo otra cosa, apercibió la pistola.

»-No te preocupes, camarada -le dije-. Son unos buenos muchachos de la J. A. P .

»Encerramos el coche en la parte trasera del Gran Hotel. Dimos la vuelta al edificio. En el hall, los japistas miraban asombrados y curiosos. José Antonio pidió dos habitaciones, encargando se le despertara a las siete de la mañana. Le pregunté si quería u ordenaba algo. Nos dimos un fuerte abrazo. Un presentimiento cantaba doloridamente en mi corazón. Nunca jamás volví a verle. Nunca jamás me miraron sus ojos azules ni me asombró su sonrisa. Me volví a ver cómo subía, gimnástico y fuerte, la escalera de mármol. Para mí resultó la senda misteriosa que le condujo al más allá...»

Así de sencillamente corría España de punta a punta José Antonio las vísperas de la tragedia. Sin miedo, pero sin fanfarronada. Sobrio, humano y valeroso. Estaría ya despierto a las siete cuando le llamaron, con la cara y el alma limpia de agua y sueño fresco, y a las ocho saldría para hablar en Medina del Campo a las Falanges de Onésimo Redondo y seguir a la tarde el itinerario ([284]).

Al llegar a Madrid, sin descansar apenas, concedería una fresca y jugosa interviú a una periodista de izquierdas sobre el voto de la mujer. (Véase apéndice IV.)

EN LA TARDE DEL 15 DE FEBRERO

EL 15 por la tarde estaba en Madrid. Un Madrid hirviente, agitadísimo, febril y amenazador. Un Madrid en el que la alegría característica de la ciudad sin par se disponía a dejarse teñir de un largo luto de tres años por la barbarie y la cobardía que significaban los dos bandos en pugna en la contienda estúpida. Hacia las siete de la tarde le vi en Santo Domingo. José Antonio, fatigado por el ajetreo de los días anteriores, estaba algo ronco. Su indumento era un poco desaliñado y en toda su persona se veía el contagio de la fiebre intensa del momento. Su serenidad habitual cedía el paso a la violencia, y la suave ironía, a la cólera. Entré en su despacho a preguntarle si tenía que darme alguna instrucción concreta para mi actuación como interventor en un colegio electoral.

-¿Cómo? ¿Tú eres también interventor? ¡Eso es un disparate!... Debíamos haber mandado al diablo todo este tinglado de las elecciones y

[284] Vieja Guardia, pág. 283.

presentarnos sin interventores, apoderados ni nada. En cuanto triunfe el Frente Popular, nos meterá en la cárcel a todos, y la Falange donde hace falta es en la calle. ¿Qué conseguiremos con llenar las prisiones? ¿Qué conseguirás con perder la carrera?

-Otros camaradas han perdido más -le dije.

-Sí. Pero por algo más serio que por una juerga electoral. Por ese algo más serio por el que todos daremos la vida... ¡Por la Revolución nacionalsindicalista! Ahora que ir a la cárcel por haber sido interventor en esta farsa es estúpido, completamente estúpido.

A un gesto mío de extrañeza, replicó más suavemente:

-No. No es un reproche a ti. Es a mí por habernos metido en esta aventura. Claro que no había otro remedio. No podíamos inhibimos de salir con nuestra verdad a la calle. No te lo reprocho; te lo agradezco. Iré a verte en funciones. ¿En qué colegio estás?

(Se lo dije y tomó nota. Aunque al día siguiente me olvidó y no vino.)

-Tu actitud en la elección -díselo a los otros interventores que conozcas- debe ser de intransigencia para nuestros votos. Que no nos quiten ni uno. Pero en los dudosos de la C. E. D. A. o las izquierdas inclínate a éstas. De las dos catástrofes que amenazan a España, la peor sería que ganase Gil Robles y aplazase otro bienio la Revolución. En cualquier ocasión, tratad de ganaros las simpatías de las izquierdas. ¡Que no nos confundan con los otros! ¡Y, por Dios, que no os falten el ingenio y la ironía en todas las discusiones o incidentes que se planteen! Que no crea nadie que tomamos en serio esto de las papeletas.

La conversación se generalizó en cábalas acerca de los votos que obtendría la Falange en Madrid. En el grupo que con los cuatro candidatos -José Antonio, Raimundo Fernández-Cuesta, Julio Ruiz de Alda y Rafael Sánchez Mazas- formábamos otros cuantos camaradas: Alfaro, Mateo, Gómez, Aguilar, Cadenas, Salazar, Suárez Inclán, Goya, etcétera, había distintas opiniones, pero todas excesivamente optimistas. Yo expuse la mía, que rebajaba de manera muy considerable las ilusiones de algunos, que se me echaron encima. José Antonio me dio la razón cuando argumenté que la última consigna dada contra nosotros en *ABC* nos quitaría más del cincuenta por ciento de los votos posibles.

En estas cábalas estamos cuando entró un escuadrista joven de primera línea, con la pelambrera alborotada, la corbata y el cuello deshechos y huellas apreciables en el rostro de un reciente intercambio de argumentos contundentes con algunos adversarios.

-¡A tus órdenes, Jefe!... Vengo a decirte que al pasar frente al Centro de Izquierda Republicana la camioneta en que íbamos haciendo propaganda nos han tirado un tiro. Se ha armado un barullo imponente porque hemos tratado de entrar a buscar al pistolero... Han intervenido los guardias y han detenido a todos los camaradas.

-¿A todos? -dijo, iracundo, José Antonio-. ¡A todos, no, puesto que tú has abandonado a los demás y estás aquí!

El muchacho palideció. El tono con que José Antonio había pronunciado las palabras anteriores era mucho más de reproche que de observación. Un reproche de José Antonio era para cualquier falangista un motivo de dolor y tristeza. Y si se formulaba con la insinuación de abandono de servicio o de negligencia en la sagrada camaradería, significaba un baldón intolerable. Pero como, a la vez que mística y subordinada, aquella Falange heroica era impetuosa y consciente, el escuadrista no se amilanó. Sin perder la posición de firme, con el brazo en alto en que se hallaba ante el Jefe, repuso convencido:

-Alguno tenía que venir a comunicarlo.

Le gustó a José Antonio la respuesta. Con un esquema de su sonrisa, inefable para sus gentes, añadió:

-Bueno. Pues ya me lo has comunicado. ¿Qué vas a hacer ahora?

-Reunirme con los camaradas en donde estén. Si no mandas otra cosa.

-Nada. ¡Arriba España!.

-¡Arriba!

Saludó y salió. José Antonio le siguió con los ojos unos instantes. Después que hubo salido, añadió, frotándose las manos:

-¡No daría cinco céntimos por las narices del primer marxista que tope con este chico!

Sin añadir una palabra se levantó para ir al teléfono que tenía junto a su mesa.

-¿Quién sabe el número del Gobierno Civil? -preguntó con calma.

Cadenas y Gaceo, que frecuentemente lo utilizaban para la censura del periódico, se lo dijeron. El Jefe lo marcó con cuidado y, volviéndose a todos cuantos allí estábamos, dijo:

-Escuchad con atención lo que voy a decir a este c... de gobernador, que me ha prometido que no se detendría a un solo falangista en funciones de propaganda...

-Oiga... ¿Gobierno Civil?. Póngame inmediatamente con el señor gobernador civil... ¡El Jefe Nacional de la Falange Española de las J.O.N.S. ¿Es que no sabe usted quién es la Falange?. ¡Sí, justo: José Antonio Primo de Rivera!...

Otra pausa.

-¿Quién es?... ¿No está el señor gobernador?. Sí... Era una cosa muy urgente... Bueno; pues si es usted su secretario, coja un papel y un lápiz para apuntar bien lo que le voy a decir... ¡Sí! De parte de José Antonio Primo de Rivera... ¿Tiene usted ya el lápiz y el papel?... Pues escriba... Ha llamado José Antonio Primo de Rivera para decir al c... del gobernador... Sí, sí... Escriba, que es Primo de Rivera quien lo dice... ¿No?. Pues aún le voy a decir más cosas... ¿Cómo? ¿Que no lo tolera?. ¡Pero si todavía no he empezado con usted!... Siga escribiendo... Le dice usted al gobernador de mi parte que es un

c... y que como no me pongan en libertad inmediatamente a unos chicos que acaban de detenerme, iré yo mismo a hacerlo... ¿Qué dice usted de chulerías? ¡Aquí no hay chulos, sino hombres! A los chulos, en España, todavía se les nombra secretarios particulares por los gobernadores civiles de Portela Valladares... ¡Arriba España!

Colgó y se volvió a nosotros muy satisfecho.

-¡Creo que me he quedado corto! En vista de lo cual y de que el cuerpo me pide jaleo, vámonos a la calle.

Nos pusimos en marcha. Un centenar de muchachos tradicionalistas y de Renovación Española que se encontraban en los balcones, en la puerta del Centro electoral T. Y. R. E., situado enfrente del de la Falange, al reconocer a José Antonio en el portal de nuestra casa, le tributaron una gran ovación, con vítores y brazos en alto. Algunas gentes sencillas que transitaban por la Cuesta de Santo Domingo se sumaron a los aplausos. José Antonio iba delante con dos o tres camaradas. Yo iba muy cerca de él. José María Alonso Goya me preguntó:

-¿Llevas la cacharra?

-No.

-Entonces, déjame el sitio.

Subimos la Cuesta y doblamos la calle de Preciados. El público reconocía a José Antonio. Los muchachos que venían hacia el Centro se cuadraban y le saludaban brazo en alto, entre la estupefacción de las gentes. Algunas personas se paraban para verle pasar. Otras, timoratas, se apartaban, apretando el paso. Muchos nos miraban con odio indisimulado. Desde luego, el paso de José Antonio por la calle la estremecía de una vitalidad nueva. Algo anormal debieron observar algunos camaradas, porque Luis Aguilar -ya llegando a la altura de la plaza del Callao, en el momento de dudar si seguir hacia la Puerta del Sol o hacia la Gran Vía- aconsejó que no se siguiera a pie. Los coches de José Antonio y de Ruiz de Alda venían a poca distancia. José Antonio discutía con Aguilar, pues quería ir andando hasta la acera roja de Sol. Ignoro qué razones le darían Aguilar y Goya, que se metieron con él en el coche. Julio siguió en el suyo con otros camaradas. Los demás nos desperdigamos en grupos pequeños por aquellas calles, que vivían sin darse cuenta -aún había luz en los faroles, cerveza y gambas en las cervecerías, requiebros para las muchachas garbosas, gomas para los paraguas, lotería y violetas, y todavía lustraban los zapatos en la puerta del bar Flor los futuros capitanes de las brigadas rojas- los últimos instantes de su vida de ciudad alegre y confiada. Era el 15 de febrero de 1936. Al día siguiente empezarían Madrid y España una larga agonía que curarían enérgica y alegremente los clarines de un orden castrense y las consignas de una Revolución nacional prevista y dispuesta por un genio a quien el Destino había de cerrar los ojos antes de que pudiera ver concluida su obra gigantesca.

DEL 16 AL 24 DE FEBRERO

SUCEDIÓ lo que debía suceder...»

Lo que fatalmente debía suceder. Lo que había previsto José Antonio desde un año antes, sin que nadie quisiera creerlo: la derrota de las derechas; la vuelta de Azaña; la revolución marxista desde el Poder, y al final, la Revolución Nacional desde las cárceles de la Falange y los campamentos militares.

El gran retrato de Gil Robles, usufructuando, desvirtuada, la frase de Cisneros, caía hecho trescientos pedazos sobre las losas de la Puerta del Sol la noche misma del escrutinio, apenas la primera media docena de actas cantaba el triunfo marxista con acentos de Internacional. Con el retrato gigantesco del jefe que se equivocaba, las ilusiones de una gran parte de españoles adormecidos por la droga populista, creadora de reducidos «purgatorios artificiales» donde ir pasando sin grandes sobresaltos la vida mediocre. No importaba que ya, clareando el día 17, el aire barruntase tambores y cornetas de inminentes dianas. Madrid despertaba del sueño entre multitudes facinerosas que a la mañanita se echaban ya a la calle a demostrar su júbilo.

La Falange, en Madrid, había tenido -con el cincuenta por ciento de colegios sin interventores ni apoderados, con el ochenta por ciento de sus militantes sin edad de sufragio, con su honradez de no prometer en las proclamas electorales, con todos sus votos sincerísimos, sin otro precio que el de la sangre- once mil votos computados. Los perdidos en los escrutinios sin vigilancia quizá sumaran otros tantos. Contra todo y contra todos: contra la boba ingenuidad y la maldad zafia; contra el voleo de dinero y de palabras tentadoras; contra la chulería del puño amenazador y el miedo paralizante; contra la revolución, sus cómplices y encubridores; contra los amparadores y disimuladores de aquélla; contra las habilidades diabólicas y las travesuras pueriles; contra todo lo que se había manejado imprudente, artera y villanamente en las elecciones para anular a la Falange y hundir a su Jefe, unos miles de españoles sagaces y valerosos señalaban a José Antonio como su única esperanza de salvación de España. Pero aquellos millares de votos y los que en Asturias, Santander, Valladolid, Zamora, Cáceres, Toledo, Sevilla, Jaén Huesca, Zaragoza y Cádiz sumaban las candidaturas falangistas no daban al Movimiento un solo diputado para llevar su pura voz al tercer Parlamento de la segunda República. Ni José Antonio ni los demás candidatos -Ruiz de Alda, Sánchez Mazas, Fernández-Cuesta, Valdés, Panizo, Cangas, Santiago López, José David Montes, Hedilla, Onésimo Redondo, Meleiro, Mateo, Luna, Sainz y Sancho Dávila- se sentarían en los escaños del Congreso, aunque sí irían,

inermes y derrotados -pero no vencidos-, a los camastros de las cárceles y a los banquillos de los Tribunales de urgencia.

Madrid amaneció con gritos blasfemos y plegarias aterrorizadas de una y otra parte de sus dos mitades en pugna. Sólo aquella minoría «inmensa» de corazones jóvenes de la Falange conservaba la sonrisa y lanzaba una vez más un lema glorioso: «No importa», porque sabía que no era en el Parlamento donde estaba su puesto, y había ido a la lucha por no ceder el paso a nadie, convencida de un fracaso que le abriría de par en par las puertas de la gloria. La Falange había sido candidata «sin fe y sin respeto», como lo fuera la primera vez su Jefe, y decidida a relegar al último lugar del menosprecio las actas del escrutinio. Así que ni una cara triste, ni un gesto de temor, ni una actitud de gozo. Nada nos importaba de lo que había pasado, pues nuestro destino y el de España eran muy otros. Es decir, nos importaba, sí, comprobar la exactitud de previsión de nuestro Jefe Nacional, profeta reiterado del júbilo y el estupor de aquella jornada. Nos importaba, ante los desplantes de los jubilosos y la cara lívida de los estupefactos, conservar la actitud digna, decorosa y serena de siempre. Nuestra actitud y nuestro puesto. En nuestras filas, apretadas en la más arriesgada vanguardia, ni un movimiento de duda. Ni un pestañeo en los ojos abiertos al amanecer, en espera de la salida del sol para mirarle cara a cara.

Era media mañana. Por los cristales de los balcones, los madrileños perezosos veían bajar hacia la Puerta del Sol riadas de gentes hoscas, sin afeitar, que levantaban el puño y reían como ebrias. El aire olía ya a retablos quemados, a pólvora y a sangre. En las oficinas no se trabajaba. Se discutía -como todos los lunes- los resultados de los partidos de fútbol. El partido de la víspera había sido una final de Copa.

Las masas, torvas y amenazadoras, se estacionaban en la Puerta del Sol, rugientes y crepitantes como una tormenta próxima. Crencha alborotada, rostro lívido, íntimo goce de resentido y secreto temor de potentado, Manuel Portela Valladares, detrás de un cristal de su despacho, ve aquella marea humana terriblemente impetuosa. Oye mueras y vivas trágicos. Ve alzarse puños. La fuerza pública, según sus órdenes, deja hacer a la grey iracunda. España parece que de verdad se ha muerto con el primer muera que ha gritado una voz ebria y aguardentosa de futura «tiorra». Parece que se ha muerto y que van a proclamarlo -como farautes andrajosos- los betuneros y los colilleros de la acera roja: «España ha muerto. ¡Viva Rusia!» Como aún no hay huelga general, no hay en la calle un solo camión de la J.A.P. para vender *El Debate*. Los vivas a Rusia llenan el espacio sin réplica. El Presidente del Consejo de Ministros, Vizconde consorte de Prías, sonríe fríamente, se encoge de hombros y va a retirarse del balcón cuando una algarabía de voces frescas le retiene. Un grupo de adolescentes desemboca por una esquina en la plaza central de Madrid -patio de Monipodio aquella mañana, aun cuando el Centro radical está cerrado a piedra y lodo- con un atronador griterío: «¡Arriba España!»

Frunce el entrecejo el Vizconde y mira con curiosidad a la calle. Las masas se han vuelto contra los provocadores. Van a despedazarlos. Pero intervienen los de Asalto y, detenidos y rodeados de carabinas, los llevan al cuartelillo del Ministerio. El Presidente del Consejo de Ministros tiene una idea luminosa: si algo ocurre en las horas que pasen hasta que la logia le dé orden de ir al Palacio de Oriente a dimitir ante su excelencia Niceto Alcalá Zamora, echará la culpa a la Falange. ¡Lástima. que no haya cerca un aguamanil para lavarse las manos a lo Poncio Pilato!

No hay un aguamanil, pero hay un teléfono. Busca un número en la guía. Lo marca. El 61993.

-¿Casa del señor Primo de Rivera?

-Aquí es...

-¿Está don José Antonio?

-Al aparato.

-Aquí Portela Valladares. Estoy en Gobernación. Venga usted a verme inmediatamente. Tengo que hablarle con urgencia.

-Enseguida.

¿Qué nueva añagaza se le habrá ocurrido al Vizconde a la Federica?

José Antonio abandona su lectura y sale a la calle. Coge su coche en el garaje cercano. Va solo. Sin escolta. Descubierto de cabeza, como siempre, a pecho descubierto. Atento al volante y atento al ritmo de la calle, desconcertante y desconcertada. Pasa por delante de Acción Popular, con curiosidad un poco morbosa. ¿Qué pensara Gil Robles? ¿Le servirá la amarga lección de estas horas para rectificar? ¿Comprenderá al fin cuál es el único camino posible para servir a España? ¿O seguirá encastillado en su manía bien pensante y contemporizadora, transigente con el mal menor?

Acción Popular tiene las puertas semicerradas, como todas las casas donde hay duelo. Hay más guardias que nunca por las esquinas y ni un solo coche a la puerta. Sus ricos partidarios o duermen todavía o se han marchado al campo, para no ver el campo, a pesar de su primitivo agrarismo, sino por no mirar la cara desencajada y peligrosa que se le ha puesto a la ciudad. Desde las Ventas bajan también hacia Sol los grupos proletarios cantando la Internacional. Cuesta trabajo circular por la calle de Alcalá. José Antonio deja su auto frente al Casino de Madrid y sigue a pie calle abajo. Algunos le reconocen y le miran con asombro. Para otros, obsesionados en la espera de cosas en el aire, pasa inadvertido. Tiene que abrirse paso entre la muchedumbre que llena la Puerta del Sol. Al verle solo, los más enconados de sus enemigos le abren fila con respeto, murmurando detrás de su nombre aborrecido un: «¡Qué ocasión!» Ocasión única, en verdad, de asesinarle, frustrada por la sorpresa. ¿Quién iba a esperar que cruzara solo, a las once de la mañana del primer día de la era feliz del Frente Popular, esta Puerta del Sol?

-¡Va a pedir que el Gobierno proteja a los «fascistas»! -decían unos muy convencidos.

-¡O que le hagan Ministro! -replicaba algún humorista.

-¡Hemos debido darle «p'al» pelo! -exclamaban algunos exaltados.

Y respondían los prudentes -que siempre los hay entre unas masas desenfrenadas-:

-De ninguna manera. ¿Vosotros creéis que va solo? Es una provocación, y entre todos los que estamos aquí habrá miles de falangistas con bombas de mano y gases lacrimógenos. No nos dejemos llevar de una provocación para que nos asesinen a mansalva.

Así de descabelladas eran todas las cábalas de los votantes del Frente Popular. Así era de completa su ignorancia del temple magnífico del carácter de nuestro Jefe Nacional. En el fondo, hay que reconocerlo sin embargo, una sensibilidad muy española de respeto al hombre valeroso que gallardamente se juega la vida en la calle por un ideal. Tenían que llegar los momentos en que la sangre ciega y emborracha, en que el olor de muerte nubla y adormece las inteligencias -aquéllos horribles momentos del verano del 36-, para que hombres nacidos en España no se emocionaran ante la muerte heroica de un enemigo político. Y, sin embargo, ante la de José Antonio, en noviembre, no supieron estar indiferentes del todo sus ejecutores.

Subió José Antonio al despacho. Frío y cortés le recibió Portela para decirle lo que había visto y que haría responsable a Falange Española de cualquier violencia que se produjera en el país, ya que el «pueblo» estaba tranquilo, sin exteriorizar su júbilo. (Cierto: aún no habían empezado las manifestaciones «jubilosas», como se llamaría poco después a las quemas de iglesias, asaltos a armerías, atracos y asesinatos de falangistas.) Júbilo natural, por otra parte, puesto que habían vencido en buena lid a sus enemigos: la reacción y el fascismo. Acordándose de que también su flamante «partido centro» gustaba la hiel de la derrota, recomendaría untuosa y glacialmente:

-Hay que saber perder y tener serenidad. A lo que José Antonio replicaría enérgicamente algo parecido a esto que escribió dos días más tarde para Arriba:

«-Nosotros asistimos a esta experiencia sin la más mínima falta de serenidad. Nuestra posición en la lucha electoral nos da motivo para felicitarnos una y mil veces. Nos hemos salvado a cuerpo limpio del derrumbamiento del barracón derechista. Hemos ido solos a la lucha. Ya se sabe que en régimen electoral mayoritario sólo hay puesto para dos candidaturas. La tercera tiene por inevitable destino el ser laminada ([285]). No aspirábamos, pues, y varias veces lo dijimos, a ganar puestos, sino a señalar nuestra posición una vez más. Las derechas casi amenazaron de excomunión a quien nos votara. Por otra parte, acudieron a los más sucios ardides: repitieron

[285] Diría esto con cierta ironía hacia la candidatura centrista, aunque a última hora, por miedo a la laminación, había aceptado puestos en las combinaciones de las derechas.

hasta última hora que nos retirábamos; nos quitaron votos en los escrutinios hechos sin interventores nuestros... Con ello el interés de las elecciones no hace para nosotros más que aumentar: no nos ha votado ni una sola persona que no estuviera absolutamente identificada con la Falange y, aun así, hemos tenido en las nueve circunscripciones donde hemos luchado más de cincuenta mil votos oficiales. Dado que dos terceras partes de nuestros adictos no tiene voto aún, esto quiere decir que la Falange, en dos años de vida, contra viento y marea, cuenta en nueve provincias con un núcleo incondicional de ciento cincuenta mil personas, ¿Podrían muchos partidos decir otro tanto?»

Portela Valladares volvería a morderse los labios pensando en la masa heterogénea, de retazos cogidos acá y allá en todos los basureros de la política española para formar un «Centro» imposible.

José Antonio, implacable en su lógica, seguro de sí mismo y de sus ciento cincuenta mil leales, atrevidos a todo por el delirio de su presencia y de su voz de mando, añadiría:

«-Con todo, lo de los votos es para nosotros lo de menos. Lo importante es esto: España ya no puede eludir el cumplimiento de su Revolución Nacional. ¿La hará Azaña?... ¡Ah, si la hiciera! y si no la hace; si se echan encima el furor marxista desbordando a Azaña, o la recaída en la esterilidad derechoide, entonces ya no habrá más que una solución: la nuestra. Habrá sonado redonda, gloriosa, madura, la hora de la Falange nacionalsindicalista.»

Se haría el silencio en el despacho, silencio en el que se oirían los crespos rumores de las masas de la calle y se presentirían los claros clarines de las marchas triunfales inminentes.

«-Por eso -seguiría José Antonio- no tema usted que perdamos la serenidad. Nuestra espera esperanzada no puede arrojarnos al motín de los desesperados o a la desbandada del miedo. Estamos en nuestro puesto, en centinela de ojos muy abiertos y arma al brazo. Como dije hace poco, sin fanfarronada, pero sin desmayo. Ahora bien; si usted quiere cargar a la Falange las culpas de los otros; si se nos quiere obligar a ser ciegos, mudos y sordos frente a las provocaciones marxistas, frente a los mueras a España que están sonando ahí abajo ante la impasibilidad de la fuerza pública, y la indiferencia de usted, la Falange no lo tolerará, aun cuando la chusma y los guardias tiren contra nosotros. Por muchos falangistas que caigan, siempre habrá uno en pie para gritar "Arriba España"» ([286]).

---

[286] A la salida del Ministerio de la Gobernación, José Antonio -que según la referencia oficial se había entrevistado sólo con el capitán Santiago- habló con algunos periodistas. Esa noche *La Voz*, de Madrid, atribuyó al Jefe de la Falange las frases siguientes: «Sentía que hubiesen quitado tan pronto el colosal cartel con la efigie de Gil Robles que había en la Puerta del Sol. Ha debido estar fijo tres días más para que hubiera servido de escarmiento y vergüenza de España, y la hubieran quemado las multitudes.» .

José Antonio, en el número 4.714 de *La Voz*, del martes 18 de febrero, rectificó las frases

Salió José Antonio de Gobernación camino de su casa. Portela quedaba atónito, rumiando con terror: «Ciento cincuenta mil falangistas!

¡Ciento cincuenta mil falangistas!... Tengo que marcharme... Tengo que marcharme cuanto antes. Que venga Azaña y se haga cargo de esto... Yo tengo que marcharme...»

No lo creían así las derechas, aterradas ante la idea de que el Poder pasara simplemente al Frente Popular, vencedor y ansioso de ocupar los puestos de mando para hacer su revolución. Las derechas trataban de que Portela se sostuviera hasta que se reunieran las nuevas Cortes y el Presidente de la República, asustado por la marea, compusiera uno de aquellos Gobiernos híbridos que tanto gustaba de corcusir. ¡Quién sabía si podría ampliarse el Gobierno centro un poco hacia la derecha! ¿Por qué no había de dar la C.E.D.A. dos o tres ministros y otros los radicales? ¿No les habían dado puesto en las candidaturas? Cierto que los radicales habían perdido muchos diputados -casi todos sus ex Ministros y hasta el propio Lerroux se quedaban sin acta, como si España entera hubiese votado de acuerdo con José Antonio-; pero siempre habría dos o tres ministrables que con los cedistas y los progresistas... Todo era cuestión de habilidad o táctica. *El Debate* y *Ya* empezaron a orear una consigna de última hora: «¡Que se quede Portela!» y la defendían -naturalmente- como la buena norma constitucional.

Portela creía todo lo contrario. Su compromiso con las logias estaba terminado. Había hecho toda la política de báscula que le fue posible, asegurando con su actuación el triunfo izquierdista. Tenía que irse, pues le apremiaban para ello los venerables hermanos y el Gran Oriente Martínez Barrio. Azaña no era partidario de que los republicanos se encargaran inmediatamente del Poder -contó Martínez Barrio a sus lectores en el *ABC* rojo-. «Quería esperar a la reunión de Cortes y aprovechar el intervalo para la preparación articulada en decretos y proyectos de ley de todos los compromisos políticos que constituían el pacto del Frente Popular. Aunque ganado por sus razonamientos -sigue Martínez Barrio-, le manifesté mis dudas en cuanto a la posibilidad de que se pudiera atravesar normalmente tan largo plazo... Desde el 18 de febrero al 16 de marzo, fecha señalada para la reunión

---

que se le atribuían con la siguiente nota -en la que por cierto no rectificaba su concepto despectivo de la propaganda cedista-:

«18 de febrero de 1936. Señor Director de *La Voz*. Madrid. Muy distinguido señor mío: Ya que *La Voz* tiene la amabilidad de referirse anoche a unas palabras mías, le agradeceré me permita precisar con unas pocas más el matiz de lo que dije: Al hablar del enorme retrato del señor Gil Robles en la Puerta del Sol, lo hice con un ligero tono irónico, incompatible con la extensión de deseos de incendio y ejemplaridad multitudinaria. Los que me conocen saben que soy poco inclinado a las invitaciones demasiado solemnes. Aparte de que, en este caso, el tema de la conversación (aquel triste biombo con la cara del que fue "a por los trescientos") no era como para invocar la cólera del Cielo, ni siquiera la de las turbas. ¿No le parece?

Con gracias anticipadas por la publicación de estas líneas, se reitera suyo afectísimo s. s. que estrecha su mano. *José Antonio Primo de Rivera*.»

de las nuevas Cortes, era de temer que se produjeran muchos y graves sucesos en España. Pero en un punto nuestra conformidad fue plena. El Frente Popular no realizaría acto alguno que le llevase prematuramente al Poder. Dejábamos al Gobierno, y sobre todo al Presidente de la República, la responsabilidad de adelantar o retardar la entrega inevitable de la gobernación a los partidos triunfantes. Sabíamos que la voluntad política del pueblo, claramente manifestada, estaba de nuestra parte, y eso nos bastaba para observar con calma el desarrollo de los acontecimientos. La verdad es que éstos no nos concedieron ninguna tregua. Aquella misma tarde -el 18 de febrero- fue a mi domicilio, más que intranquilo descompuesto, el señor Martí de Veses, secretario político y sobrino del jefe del Gobierno. Su tío quería verme urgentemente. Necesitaba que los jefes de los partidos republicanos supieran la realidad de la situación gubernamental y, sobre todo, el estado de su ánimo.»

(¡Ciento cincuenta mil falangistas! ¡Ciento cincuenta mil falangistas!)

«Calmé y despedí al señor Martí de Veses -continúa Martínez Barrio- y, previo acuerdo telefónico con el señor Azaña, anuncié mi visita al Presidente del Consejo, fijándola para aquella noche. Ninguno de los detalles se me han desprendido de la memoria. Portela me recibió en un pequeño despacho de Gobernación, al que hube de pasar atravesando una guardia constituida por el subsecretario, Cámara; el gobernador civil de Madrid, Morata, y Martí de Veses. Encontré sobresaltado al Presidente. Había recibido varias visitas y, unidas las noticias que sin cesar le llegaban de provincias, le tenían muy deprimido: "No debo seguir aquí ni un momento más. Ni un momento más", dijo. Y como yo le mirara sin contestarle, me añadió: "Háganse ustedes cargo rápidamente del Poder, porque yo no puedo responder de nada."

»Entre la primera exclamación y la confesión desmayada que hubo de seguirla entraron en la estancia los generales Pozas y Núñez de Prado. Ambos confirmaron la gravedad de los informes que el Presidente poseía. Se encontraban reunidos los jefes de los partidos de derechas ([287]) y una intensa nerviosidad se notaba en los cuarteles. Al propio ministro de la Gobernación había llegado un general invitando a una acción violenta contra los partidos triunfantes en las elecciones ([288]). Confieso que me faltó convicción para razonar a Portela la posibilidad o conveniencia de que se sostuviera en el Poder. Aquella noche no estaba al frente del Ministerio un gobernante

[287] Pero José Antonio no estaba con ellos. Ni siquiera en aquel momento crítico quisieron nada con la Falange. Por lo tanto, es absolutamente falsa la imputación que se nos ha hecho alguna vez de haber provocado con nuestros desplantes y bravatas la caída del Gobierno Portela y el advenimiento del de Azaña. En aquellos días, Falange se abstuvo de otra actuación que no fuese contestar con su ¡Arriba España! a los vivas a Rusia de los rojos.

[288] Aun cuando sea muy sospechosa la verdad en Martínez Barrio, es cierto que los hombres que habían hecho alardes de «sus poderes» y constantes manifestaciones de oposición al golpe de Estado militar empezaban a acariciar la idea de captar al Ejército para la contrarrevolución.

resuelto a imponer su autoridad, fueren quienes fueren los posibles perturbadores de la disciplina, sino un hombre acorralado, que quería salir a escape de la tragedia en que se veía metido.» (Resulta cómica esta elegía de la autoridad en Gobernación. ¡Como si alguna vez en los últimos años hubiera habido algún hombre no acorralado por las circunstancias trágicas de España!) Le tranquilicé relativamente con la formal promesa de que prepararíamos sin dilaciones el Gobierno que hubiera de sucederle. «Pero mañana mismo, mañana. ¿Estamos? -me repitió-. Luego puede ser tarde.»

«Al día siguiente el Gobierno se declaraba en crisis y el señor Alcalá Zamora encargaba al señor Azaña de formar un ministerio de Frente Popular .» Se cumplía así la profecía lanzada por primera vez por José Antonio en el número 2 de Arriba (28 de marzo de 1935): «Y -recordad el vaticinio, lectores- antes de la primavera del año próximo tendremos a Azaña en el Poder.»

Antes de la primavera. El 19 de febrero de 1936, treinta días antes de la primavera, se cumplía exactamente el augurio, repetido varias veces entre la incredulidad de las gentes. Sólo le faltó para dar categoría milagrera a lo milagroso de su perspicacia fijar la fecha y la hora.

El 23 de febrero aparece el penúltimo número de Arriba ([289]).

José Antonio escribió en él este magnífico epitafio al bienio hundido:

«AQUÍ ESTA AZAÑA»

»Sucedió lo que tenía que suceder. Las derechas -Acción Popular sobre todo- cubrieron las paredes de toda España con millones de carteles horribles. Convendría que los técnicos de la C.E.D.A. pensaran si ese alarde fanfarrón de dinero no le habrá ganado la antipatía de algunos millares de electores, es decir, si la fatuidad publicitaria no habrá sido contraproducente. De todas maneras, nadie ha disentido de este parecer: la propaganda de las derechas ha sido un total desacierto. Al menos en 1933 se invocaron valores nacionales y religiosos. Ahora todo ha sido materialismo, llamadas al egoísmo asustadizo de los clientes y cucamonas -en falsete- al obrero honrado. Un desastre. Las izquierdas no trataron de competir con aquel frenético lujo. Su austeridad propagandística acabó por resultar simpática, aun para los más alejados de los partidos de izquierdas. Así llegó la fecha de las elecciones. La Prensa de

[289] El 34, que se compuso y tiró, fue recogido casi íntegro por la Policía, y no existen ejemplares. No ha sido posible encontrar uno siquiera para la edición facsímil editada en 1939 por la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda. En su última página figuraban cuatro ¡Presentes! de camaradas que me encargó José Antonio (*).

(*) Nota de la segunda edición.-Después de entrar en prensa la primera edición de esta biografía, apareció dicho número, y la Jefatura de Prensa y Propaganda lo reprodujo en facsímil.

derechas recordó la baladronada. Acción Popular, en una última muestra de delirio, cubrió toda una fachada de la Puerta del Sol con el famoso biombo que tardaremos en olvidar ([290]). El aplastamiento de las izquierdas era seguro. Y, en efecto, ganaron las elecciones.

»Hay que reconocer que, pese a todos sus grandes defectos, el sufragio universal ha dado esta vez considerables señales de tino y justicia: por lo pronto, ha desautorizado de manera terminante la insufrible vacuidad del bienio estúpido; después ha raído del mapa político al descalificado partido radical ([291]); en el País Vasco ha puesto freno al nacionalismo, que es, como se sabe, el intento de reintegro a la precultura primitiva; ha señalado la preferencia, en general, por los partidos y los hombres menos frenéticos, y, por último, ha deparado el triunfo a uno de los dos bandos en tan prudente dosis que ninguna mitad de España pueda asegurar que ha aplastado a la otra mitad. Lástima, y grande, que el resultado de las elecciones en Cataluña anuncie la vuelta posible al camino de la desmembración. Esta sí que es la verdadera zozobra de las presentes fechas. Ahí está el punto por donde, en breve, puede volver a ensombrecerse España.

»Pero hablemos de lo de ahora. Con un brío que también sirve de contraste a la flojedad observada por las derechas en 1933, las izquierdas han reclamado la entrega del Gobierno. Y a estas horas está en el Poder un ministerio presidido por el señor Azaña. He aquí la "segunda ocasión" de este gobernante, anunciada en el artículo que *Arriba* publicó acerca de él a raíz de su discurso en el campo de Comillas. Grave ocasión, y peligrosa. Pero llena del sabroso peligro de lo que puede dar resultados felices. Por de pronto, hay que señalar esto: El triste pantano cedorradical del último bienio no permitía alimentar a nadie la más leve esperanza, ni el menor interés, ni el más ligero gusto por la participación: aquello era como una muerte lenta y estúpida. Esto de ahora es peligroso, pero está tenso y vivo; puede acabar en catástrofe, pero puede acabar en acierto.

»Aquí se juega una partida arriesgada y emocionante y allí estaba todo perdido de antemano.

»Azaña vive su segunda ocasión. Menos fresca que el 14 de abril, le rodea, sin embargo, una caudalosa esperanza popular. Por otra parte, le cercan dos terribles riesgos: el separatismo y el marxismo. La operación, infinitamente delicada, que Azaña tiene que realizar es ésta: ganarse una ancha

---

[290] El gigantesco retrato de Gil Robles con el lema de «Estos son mis poderes» a que ya se ha aludido, y que valió al Jefe cedista el mote del «Jefazo» que le plantó algún chusco madrileño viéndole tan crecido.

[291] Sus noventa diputados se redujeron a una docena. Entre los no elegidos figuraban Lerroux, Moreno Calvo, Salazar Alonso, Benzo y otros que figuraron en el estraperlo o el asunto Nombela; los ex ministros de la Gobernación de Pablo Blanco y Vaquero; el ex presidente Samper, etc. Con otros significados personajes de otros partidos, como el señor Goicoechea, Melquiades Alvarez, Cambó, Burgos Mazo, Royo Villanova, Martínez de Velasco, Del Río, Álvarez Mendizábal, Usabiaga -todos ex ministros-, etc.

base nacional, no separatista ni marxista, que le permita en un instante emanciparse de los que hoy, apoyándole, le mediatizan. Es decir, convertirse del caudillo de una facción, injusta como todas las facciones, en el jefe del Gobierno de España. Esto no quiere decir -¡Dios le libre!- que se convierta en un gobernante conservador: España tiene su revolución pendiente y hay que llevarla a cabo. Pero hay que llevarla a cabo -aquí está el punto decisivo- con el alma ofrecida por entero al destino total de España, no al rencor de alguna bandería. Si las condiciones de Azaña, que tantas veces antes de ahora hemos calificado de excepcionales, saben dibujar así las características de su Gobierno, quizá le aguarde un puesto envidiable en la historia de nuestros días. Si Azaña cede a la presión de los mil pequeños energúmenos que le pondrán cerco; si renueva las persecuciones antiguas; si un día destituye a un juez municipal por conservar un retrato de la infanta Isabel, y otro día traslada a un comandante porque su mujer es devota; si volvemos a aquella fiebre, a aquel desasosiego, a aquel avispero de 1931 a 1933, la nueva ocasión de Azaña se habrá perdido sin remedio.»

No hay que decir el revuelo que armó este artículo de José Antonio en el cotarro derechista.

Lo calificaron de adulación, de traición, de ofrecimiento de la Falange a Azaña. Todavía puede que haya hoy gentes necias que no se lo expliquen. No he de ser yo quien tenga la audacia de intentar aclarar la luz que irradia. Es una nueva profecía, pero que no brota espontáneamente, sino que recoge toda una serie de observaciones y juicios personales expuestos mucho tiempo atrás y capta un ambiente, que realmente existía, de expectación. Como José Antonio, muchos millones de españoles creyeron llegada la ocasión de Azaña de mostrarse capaz de la gobernación de España, confiando en que, experimentado por su caída, habría aprendido todos los obstáculos y sabría sortearlos. Ni un solo momento José Antonio pone su fe en el hombre del primer bienio. Alienta una esperanza de que Azaña se aparte con horror de aquel recuerdo suyo y trate de ser totalmente distinto. Por amor de España, José Antonio -que no ve otra salida al fracaso azañista que la guerra civil- le desea acierto para hacer la Revolución Nacional, en la que nunca deja de pensar. No le ofrece la Falange ni mucho menos, aunque sí cree posible que un ancho sector de opinión nacional, en el que puede caber la Falange, confíe en Azaña si se aparta del marxismo y el separatismo. Como había creído posible un ancho sector de opinión nacional para Gil Robles en un Bloque electoral -en que hubiese cabido la Falange, que no era de derechas ni de izquierdas- si se hubiese atrevido a arrancarse los pulpos herrerianos y lerruxistas que le atenazaban.

Por otra parte, Azaña, al tomar el Poder, había dirigido una alocución por radio a todos los españoles llamando a conciliación y ofreciendo concordia. No fácilmente creíble su sinceridad, pero tampoco susceptible de desdeñarse por completo, pues parecía abonada por la amarga experiencia de la anterior caída. Ya hemos dicho que José Antonio, en su conciencia

intelectual, creía que el éxito no era sencillo y espontáneo, sino que por el contrario se llegaba a él por el camino de la autocrítica de las razones de los primeros fracasos. José Antonio, entusiasta por naturaleza y por educación cristiana y filosófica del elemento humano, no creía la máxima vulgar de que es el hombre el único animal que tropieza dos veces en el mismo sitio. No creía a Azaña -cuya maldad conocía- arrepentido, pero sí posiblemente escarmentado. Por si esta posibilidad no se había dibujado en la mente de Azaña, la insinuaba. Conociendo además la cantidad de odios acumulados por la Falange y su actitud inerme ante el Poder y las masas reunidos en las manos de Azaña, es lógico también que no tratara de hostigarle desde el primer momento. Por razones de su carácter personal y de su caudillaje político, eran naturales la templanza en el primer comentario y la apertura de un crédito limitado.

Los límites están bien netamente definidos en el artículo en cuestión. Por último sabía, de manera inexorable, que la revolución roja había de estallar. Y por conocimiento histórico deseaba que tuviera un jefe que fuese capaz de encauzarla y no la dejase a merced del populacho. Aunque no creyese a Azaña capaz de imponerse a ella, contenerla o dirigirla, era natural y patriótico su deseo de que acertase. Solamente quien no ame a su patria es capaz de desear el fracaso total del hombre llamado a regirla en un momento trascendental. José Antonio no era de ésos. Había deseado fervorosamente el éxito de Gil Robles y deseaba el de Azaña para evitar a España las horrendas convulsiones que podían seguir a sus fracasos. No por simpatía a este o aquel hombre político ni a sus ideologías frente a las que estaba, sino por alejar del suelo nacional la violentísima tormenta que amenazaba arrasar todo. Aun cuando intuyera que después de la tormenta el cielo sería «azul» y la tierra regada de sangre se despertaría en la verdad de la unidad de Destino, esta intuición no quería verla cumplida entre ruinas. Se le tachó de adulador o de temeroso por quienes, horrorizados por el fracaso, no sabían a qué cuenta cargarlo ni a qué viento acogerse. Pero basta repasar uno por uno los escritos y discursos de José Antonio y tener en cuenta estas breves consideraciones para advertir que fue la misma constante de amor patrio y preocupación insoslayable de siempre la que movió su pluma para ese, artículo del 23 de febrero.

Prueba de que no había temor ni ánimo de captarse simpatías -que no precisaba la Falange- es la consigna de Sánchez Mazas en el mismo número, terminada con estas palabras: «A nosotros sólo nos toca persistir, pensar y combatir por Dios y por la Patria hasta la muerte. Y luego vendrá la primavera.» Y el desafío a los socialistas con motivo de la despedida por el Ayuntamiento de Madrid de los obreros que entraron a trabajar en octubre del 34, entre los que figuraban muchos camaradas de la Central Nacionalsindicalista, en el que se decía:. «A última hora llega a nosotros la noticia de que el Ayuntamiento de Madrid ha dejado cesantes a unos millares de obreros que no han cometido otro delito que, en los momentos difíciles,

atender a los servicios abandonados. Difícilmente se podría justificar esta medida. No hay razón que la apoye. Es un caso típico de desquite. Una monstruosa represalia contra trabajadores sin más recursos que el jornal. Por considerarlo un incalificable atropello a modestos trabajadores, iniciamos con este trabajo una briosa campaña para su reposición inmediata. No omitiremos esfuerzo. Desde ahora hasta que consigamos enmendar esta injusticia tendremos como una de nuestras banderas la reposición de estos nuevos y de verdad represaliados.»

EL NUMERO 34 DE «ARRIBA»

PERO aún hay más. A pesar de la violencia desenfrenada con que los comunistas la emprenden a tiros con la Falange en toda España -el 24 de febrero moría en Pechina (Almería) José Díaz García; el 27, en Vallecas, José Rodríguez Santana, y por aquellos mismos días, en Málaga, Antonio Díaz Molina-, *Arriba* lanza a la calle su número 34 el día 5 de marzo. El sumario de este número expresa bien claramente cómo el temor no cabe en el ánimo de José Antonio. Su artículo habitual sobre política española se titulaba «Por mal camino», y como subtítulo llevaba estas palabras: «No sólo renacen los usos del primer bienio, sino que se empieza a desmantelar el Estado en peligro». Analizaba en epígrafes separados la reincidencia de Azaña en las «delicias» del primer bienio; comentaba los festejos «jubilosos», principalmente las manifestaciones rojas en honor de Companys y Pérez Farrás; atacaba nuevamente la despedida de obreros y terminaba profetizando el asalto al Poder por los socialistas y comunistas. En la misma página hay un recuadro de José Antonio titulado «Cataluña», y una consigna de Sánchez Mazas: «Bajo el tiempo difícil». En la página 3, de sindicalismo nacional, se decía en grandes rótulos: «Malo es que haya lucha entre los españoles. Pero lo intolerable es que se envenene desde el extranjero. El Partido comunista no representa ningún interés nacional. Es un instrumento de Rusia, a quien sirve de una manera ciega. Los trabajadores pagan muy cara su fe en Moscú. De allí no viene ni el pan ni la libertad. Sólo la revolución nacional hecha por nosotros y para nosotros nos salvará.-¿A dónde quieren llevarnos los comunistas?-Las verdaderas represalias. Para lanzar a la calle a tantos millares de obreros ha sido necesario olvidar todo: legislación social, el sacrificio de los que atendieron los servicios abandonados, la horrible situación que crea el despido, etc. Se condena al hambre al que no piensa como el que manda.» También figuraba en esta página este entrefilet: «No olviden los trabajadores esto: ningún dirigente comunista participó en las luchas de octubre. Ninguno ha necesitado ser repuesto ni amnistiado. Todos estaban enfrascados en altos estudios revolucionarios para ahora dirigir a las masas.»

¡A esto llamarían adulación o temor los que se escondían en sus casas y aconsejaban la máxima mesura a sus blandos correligionarios!

Ahora bien; quienes nos habían despreciado para las candidaturas, aunque solicitaran la fuerza y el valor de nuestros brazos para garantizar el orden en las votaciones, soñaban con que saliésemos a la calle antes de tiempo a gritar nuestras sagradas consignas, confundiéndolas con sus lloros boabdilescos. Juego al que, ciertamente, ni antes, ni ahora, ni nunca, se ha prestado o se prestará la Falange. Nosotros jamás hemos gritado o gritaremos por despecho cuando hay que morir por la Patria, el Pan y la Justicia. Ni por la nostalgia de trescientos o tres mil candidatos sin acta: nos basta saber que hay un niño con hambre. Ni por otras muchas cosas que respetamos, pero no compartimos por considerarlas meramente adjetivas para la Unidad, la Grandeza y la Libertad de España.

ÚLTIMOS DÍAS DE LIBERTAD

JOSÉ Antonio pudo realizar aquellos días su deseo no de descansar, aunque sus huesos estuviesen tundidos -pues era de él la orden de que la Falange nunca reposara-, sino de alejarse un poco de la grillera política. Volvíamos a nuestro sitio, que no estaba en el Parlamento, sino en la calle. José Antonio, en el sentido justo de la palabra, se echó a la calle. La recorría solo o con algunos amigos y camaradas, adivinando en los rostros de los transeúntes la tragedia futura. Como si presintiera su próximo encierro, estiraba las piernas con gozo, saboreaba el aire incomparable de Madrid y recobraba bríos para la nueva lucha. Todavía hacía frío y no era posible acudir a las piscinas que tanto le placían.

El viernes 21 de febrero asistió por la tarde al estreno de una comedia de Pedro Sánchez Neyra y mía en el teatro Lara. Junto a él, en la cuarta o quinta fila de butacas, los otros tres candidatos derrotados en Madrid. Otros camaradas y amigos que estaban también en la sala me han contado que desde que hiciera su aparición en ella el Jefe nacional, la atención del público se desprendió un tanto de la escena para fijarse en José Antonio. Mi posible vanidad de autor no se resintió por ello, pues era mucho mayor mi orgullo de falangista. Por otra parte, entre bastidores ocurría una cosa curiosa: actores y gentes de tramoya eran todos socializantes -salvo las actrices María Palou y Pilar Muñoz-, y no habían simpatizado mucho con aquel autor que en vísperas de las elecciones asistía a los ensayos con sus flechas de plomo en el ojal de la solapa y que aprovechaba los descansos del trabajo para hacer propaganda nacional sindicalista. Un chiquillo de unos quince años, empleado en la maquinaria o la guardarropía, era también de la Sagrada Hermandad. El día de la lectura de la obra se me quedó mirando fijamente, y al terminar se me

acercó en la puerta de la calle para -alzando el brazo- decirme: «Señor Sandoval, no debía usted traer las flechas. Aquí todos son rojos.» «¿Tú eres de los nuestros?», le pregunté. «Sí, señor.» «Bueno, pues tú haces bien en no traerlas; pero a mí no pueden despedirme si las traigo.» La víspera del estreno se me volvió a acercar en tono misterioso para preguntarme si iría el Jefe al día siguiente. «Me lo ha prometido», le dije. «¿Y entrará en el escenario?» «Supongo.» Se le iluminó la cara de alegría. «¡Le voy a ver de cerca! », exclamó. y tras una breve pausa paladeando aquella proximidad, añadió muy serio: «Tendremos que traer pistola.»

La tarde del estreno el rapaz estaba desasosegado. En cuanto se dio la entrada al público, se situó en la puerta de comunicación del escenario con el salón de fumar. Cada cinco minutos llegaba hasta mí para decirme: «Aún no ha venido.» Empezó la representación. Iba transcurrido un cuarto de hora, cuando se me acercó radiante: «¡Ya está aquí!»

La comedia tenía cuatro actos, con dos intermedios solamente. En el primero no entró José Antonio, lo que me causó desolación. «Si no le gusta -pensaba yo en mi fuero interno- me la voy a cargar.» La tomará conmigo y me dirá con su terrible ironía que las comedias malas las hacen los de la Ceda. (Y, ciertamente, nuestra comedia no era ningún prodigio.) Otros camaradas entraron a abrazarme, según la clásica costumbre teatral española. Les pregunté por José Antonio. «Está hablando con Marichu Mora.» «¿Pero le gusta la comedia?» «No sé; pero ha aplaudido a rabiar.»

-Por cierto -me dijo Cadenas- que acabo de oír una cosa muy chusca en el vestíbulo: un señor le preguntaba su opinión a otro sobre la obra, y éste ha respondido: «No me parece mal. Pero aunque fuese la mayor paparrucha, hay que aplaudirla mucho.» «¿Por qué?» «Porque los autores son fascistas. ¿No ha visto usted a Primo de Rivera? y si no aplaudimos son capaces de darnos un vaso de ricino a la salida.» El interlocutor, sin hacerle caso, le preguntó: «¿Dónde está Primo de Rivera?» y sin hablar más de tu obra, se fue a mirarle como abobado.

En el segundo entreacto vino José Antonio a abrazarme. Con su magnífica visión estética, me hizo en cuatro palabras el juicio de la obra, favorable, pero con reparos -menos de los que merecía- y lleno de sinceridad: «Lo que más me ha gustado es esa frase que dice Gaspar Campos de que si no se tiene dinero hay que sacarlo de donde sea. Es una buena consigna falangista, y no he podido por menos de volverme al palco de tus compañeros de Prensa y Propaganda y hacerles una seña para que tomaran nota.»

Llevé a José Antonio al cuarto de María Palou para presentárselo a ésta, a Pilarín Muñoz y al peque de la tramoya, que, absorto, le miraba como a un dios.

-Muy pocas veces he estado en el interior de un escenario en plena actividad. Y, desde luego, nunca durante una representación. Debe ser un espectáculo curioso ver la comedia entre bastidores, y luego, en el entreacto, ver a ustedes abandonar la ficción para ser quienes son en realidad -dijo.

Con motivo de estas palabras, hablamos del teatro de Pirandello. José Antonio conocía de lectura gran número de obras del ilustre dramaturgo italiano, e hizo juicios acertadísimos sobre *Enrique IV* o *Los seis personajes en busca del autor*.

-Si no hay inconveniente, he de venir algún día a ver la farsa desde dentro, ya que se me ha acabado la ocasión de ir a ese escenario que se llama Congreso -añadió.

-Seguramente -dijo Pilar Muñoz- debe usted tener ahora la misma sensación que un cómico parado.

-No creo -replicó el Jefe-, porque ustedes los artistas tienen vocación y amor a su arte, ya mí me repugnaba todo aquello.

-Pues entonces -dijo Pilar- le va a usted hacer poca gracia saber que yo le voté el domingo.

-Me hubiera hecho poca gracia que ese voto, aun siendo de usted, hubiese bastado para hacerme diputado.

Quería yo aprovechar la ocasión para presentar a José Antonio a García Lorca, que estaba en el teatro. Pero el poeta granadino no quiso entrar en el escenario, precisamente porque estaba el Jefe de la Falange. Le mandé a buscar con algún amigo, y respondió que entraría al final.

José Antonio marchó, dejando encantados a cuantos tuvieron ocasión de oírle en aquel momento, tan diferente de como le imaginaban. Su elegancia y apostura física, su sencillez, su ingenio y su cultura, llenaban de admiración la mismo a hombres que a mujeres.

-¿Qué te parece José Antonio? -pregunté a mi colaborador, que no era falangista, cuando nos quedamos solos al empezar la última jornada.

-¡Que eres una birria describiendo! Llevas dos años largos hablándome de él y no habías logrado darme una idea de su extraordinaria personalidad. Ahora sí comprendo plenamente tu fe en vuestra Falange...

Al terminar la representación, un camarada vino a abrazarme otra vez de parte de José Antonio y a decirme que el teatro no me hiciese olvidar a la Falange y que fuera al día siguiente por el Centro.

Por el Centro que, en aquellos días, se había trasladado de la Cuesta de Santo Domingo al número 21 de la calle de Nicasio Gallego. Es regocijada la historia del alquiler de este nuevo local, tan prematuramente clausurado por la Policía frentepopulista.

Al trasladarse la Falange del hotel de la calle del Marqués del Riscal, José Antonio había decidido que, en vista de las dificultades que el miedo de los caseros ponía a un arrendamiento por la Falange, se hiciera el contrato a nombre de un camarada. Eligió para ello a José Gómez, antiguo chófer del General, hombre de honradez intachable y lealtad excepcional a la memoria del Dictador, fanático más tarde de la gigantesca figura del tercer Marqués de Estella. Gómez «ocupaba en la casa de los Primo de Rivera -decía Julio Fuertes en un artículo publicado en el *Arriba* de la segunda época- ese puesto

difícil y entrañable que enlaza a señores con criados, haciendo de todos una familia, un hogar español y cristiano, jerarquizado, en el que cada uno sabe estar en su sitio, sin que la corriente cordial y afectiva que los une pueda romperse por nada ni por nadie».

José Gómez fue, pues, por voluntad de José Antonio, el arrendatario legal de nuestro segundo Centro, en la Cuesta de Santo Domingo -sin vivir en él, naturalmente-. La invasión alegre y tumultuosa de la Falange -Milicias, S.E.U., Prensa y Propaganda, C. O. N. S.- debió de aturdir al propietario y a todos los vecinos, que acabaron por resignarse a nuestra compañía durante un año. Pero a finales de 1935, los gastos extraordinarios de la propaganda electoral y el aumento de presos y heridos nos pusieron en grave aprieto para pagar el local. Tan grave, tan grave, que se decidió no hacerlo. José Antonio no podía costear, sobre todos cuantos ya tenía, aquel dispendio, y se resignó a que Gómez fuera desahuciado. Con todas las de la ley, José Gómez fue condenado por falta de pago en el Juzgado Municipal. José Antonio, por ganar unos días -pues estábamos en plenas elecciones-, ordenó el recurso ante el de Primera Instancia, sin esperanza alguna de ganar el pleito, pero sí con la de que surgiera algo imprevisto y beneficioso: un donante espléndido, una lotería o una herencia de cualquier camarada... Nada de ello llegó, y el hijo del casero se presentó a José Antonio para rogarle que la Falange se marchara por las buenas. No quería dinero, pero sí que se le dejase a los demás inquilinos, que, aterrados por lo que pudiera ocurrir en la casa, amenazaban con abandonar los otros pisos. José Antonio comprendió todas las razones, y prometió solemnemente que, aunque nos doliera mucho dejar aquel local tan lleno de recuerdos, lo haríamos tan pronto como encontrásemos cobijo. Enseguida ordenó la búsqueda de un local apropiado y con independencia suficiente para no causar alarma en gentes tranquilas con nuestra vecindad, cada día más peligrosa por las continuas amenazas que se nos hacían.

Julio Ruiz de Alda y Claudio Rivera, comisionados al efecto, hallaron una casa en condiciones en el 21 de la calle de Nicasio Gallego, amplia e independiente, propiedad del Conde de Vilana. José Antonio la visitó, y encontrándola de su agrado, se fue a ver al dueño para alquilarla abiertamente a nombre de la Falange.

Parece que el milagro esperado cuando el desahucio de Santo Domingo -acaso una minuta cobrada impensadamente en el bufete del Jefe- se había producido y permitía cierta ligera euforia económica, que se tradujo en las ofertas de José, Antonio al Conde de Vilana, que llegaron a condensarse en un proyecto de contrato por el que la Falange se comprometía a pagar mil setecientas cincuenta pesetas mensuales -quinientas más de lo que rentaba anteriormente la casa- y a hacer por su cuenta un seguro a todo riesgo del edificio y el palacio del propietario, medianero de aquél. Sin embargo, el propietario, después de solicitar un plazo para reflexionar y decidir, no se atrevió a alquilarnos la casa.

Pero como nos era indispensable desalojar Santo Domingo e instalarnos en otro sitio, José Antonio acudió a un ardid de picaresca, más clásicamente de picapleitos que de abogado. En cosas de la vida y en argucias de su profesión no era precisamente un indocumentado. «La Falange tiene que andar solita por el mundo y debe conocer todos los senderos y caminos. Siempre que se pueda, iremos por la calle principal o el camino real. Cuando no, antes de quedarnos parados, tiraremos por la calle de en medio o por el atajo», decía. Y lo puso en práctica, encontrando una solución, quizá de picaresca, pero de indudable habilidad. Llamó a Mariano García, persona de gran confianza de toda la Falange -principalmente de Raimundo Fernández-Cuesta, por quien tenía veneración- y uno de los pocos camaradas con quien José Antonio empleaba el usted ([292]). Como Gómez, desahuciado en Santo Domingo, tendría dificultades para arrendar, encargó a «don Mariano» -como llamábamos los de Prensa al administrador de *Arriba*- la siguiente farsa: se presentaría al casero de Nicasio Gallego como representante de unos empresarios catalanes que necesitaban la finca. Para dar «acentos» de veracidad, iría con él un camarada barcelonés de buena y dura fonética de la ciudad condal. Y al quite, para prevenir cualquier contingencia, Roberto Reyes, abogado, pasante no muy fijo de José Antonio y jefe del Sindicato de Abogados de Falange. El propietario tragó el anzuelo, y Reyes, diligente y astuto, redactó rápidamente un contrato en que cuidó de no hablar para nada de subarriendo. Se pagó la fianza del bolsillo de José Antonio, e inmediatamente don Mariano subarrendó el local a Alejandro Salazar, Jefe del S.E.U. y Consejero nacional de la Falange, autorizado por oficio del Jefe Nacional para hacerlo. Y el lunes 17 de febrero empezaron a llevarse muebles de Santo Domingo y entró en Nicasio Gallego el alegre tropel de las Milicias, entre el estupor colérico del propietario, que a todo trance quiso enredar en un pleito a Mariano García, lo que tal vez hubiese hecho si Roberto Reyes no hubiera soltado, impávido, un chorro leguyelesco muy bien aprendido para el caso.

La vida en Nicasio Gallego fue corta y agitada. Pero en ella se vivió uno de los más intensos momentos de la Falange, que no me fue dado presenciar, pero que por testigos presenciales sé la enorme emoción que tuvo. Fue una reunión de los camaradas obreros de la C. N. S. despedidos del Ayuntamiento, del «Metro», de los Tranvías y de muchas obras y talleres, por imposición de los marxistas en cuanto se apoderaron de todo al formar Gobierno Azaña. Fueron convocados por Manuel Mateo, Secretario general de la Central obrera, quien les pronunció unas palabras, como todas las suyas, llenas de nervio y de vehemencia, exhortándoles a cumplir con su deber. José Antonio,

[292] También recuerdo que daba este tratamiento a Emilio Alvargonzález y a Hipólito Fernández Arqués. A este último, en castigo de su respetuosa timidez, que no le permitía hablar de tú al Jefe. También, hasta los días de la Cárcel Modelo, habló de usted a Rafael Garcerán, que era pasante suyo desde hacía más de diez años.

ya advertido de la próxima clausura del Centro y de la persecución que se cernía sobre la Falange, tuvo para ellos unas palabras de magnífica camaradería y efusión, prediciendo todo cuanto iba a pasar. Como otras veces, tengo que componer con mi modesta pluma el sentido de las frases de José Antonio que me transcribiera fielmente el mismo día el camarada Carlos Juan Ruiz de la Fuente. José Antonio, con palabras de fuego y sangre, recordó a los obreros caídos: a Ángel Montesinos, a García Vara, a Corpas, a Rivas, al Manco y a otros tres asesinados la víspera en los derribos de la vieja plaza de toros. Aludió a la lucha por el pan y la justicia contra el marxismo y las derechas; al famoso asalto a los tajos que compartiera con ellos; a la actitud heroica del 7 de octubre, por la que ahora se veían despedidos. Terminó entre frenéticas ovaciones de aquellos obreros madrileños que al día siguiente no tendrían trabajo, ni casa, ni pan para sus hijos, ni puerta a que llamar para ganarlo -cerradas todas por el odio o el miedo- con palabras parecidas a éstas: «Nos cerrarán el local, pero no podrán cerrarnos el corazón. Nos clausurarán este Centro, pero no podrán clausurarnos el espíritu. Ahora más que nunca, desesperados en la calle, encerrados en la cárcel, dolientes en los hospitales, sepultados en los cementerios, los falangistas hemos de ser esa sagrada hermandad que hemos jurado. La adversidad debe afinar nuestros sentimientos fraternales. Que nadie cierre los oídos al dolor o al sufrimiento de los camaradas. Que nadie posea para sí nada que no sea para todos los que lo necesiten. No os digo adiós, camaradas, porque sé que no nos separaremos, sino que otra vez estaremos unidos, muy pronto, en los primeros puestos de peligro y de gloria. Sólo os digo, camaradas: gritad conmigo: ¡Arriba España!»

Desde aquel local salieron también el día 21 estas espléndidas «Instrucciones a todas las Jefaturas Territoriales, Provinciales y de las J.O.N.S. ante las circunstancias políticas»:

«El resultado de la contienda electoral no debe, ni mucho menos, desalentarnos. La Falange luchaba simplemente, como ya sabéis todos, -para aprovechar la magnífica ocasión de propaganda y ejercicio que se le ofrecía. No esperaba tener puesto alguno, inasequibles con una ley electoral que sólo los asignan a las dos candidaturas más fuertes; pero le urgía señalar con una clara actitud de independencia su falta de todo compromiso, y aun de toda semejanza, con los partidos de derechas. Esta finalidad ha sido conseguida con creces; nuestras candidaturas han sido perseguidas; no pocos votos nos han sido robados; hasta última hora se han puesto en circulación, de mala fe, rumores de retirada; pero a costa de tales adversidades hemos podido afirmar con más limpidez que nunca la línea inconfundible, nacionalsindicalista, anticapitalista y revolucionaria de nuestro Movimiento.

»Planteada prácticamente la lucha entre derechas e izquierdas, su resultado nos era extraño. Dos años de Gobierno y Parlamento derechistas habían demostrado la absoluta esterilidad de tal sector. Las derechas, como tales, no pueden llevar a cabo ninguna obra nacional, porque se obstinan en oponerse a toda reforma económica y con singular empeño a la reforma

agraria. No habrá nación mientras la mayor parte del pueblo viva encharcada en la miseria y en la ignorancia, y las derechas, por propio interés, favorezcan la continuación de este estado de cosas. En cambio, las izquierdas, hoy reinstaladas en el Poder, cuentan con mucho mayor desembarazo para acometer reformas audaces. Falta sólo saber si sabrán afirmar enérgicamente su carácter nacional y si se zafarán a tiempo de las mediatizaciones marxistas y separatistas. Como esto se logre, como al brío revolucionario en lo social se una el mantenimiento de una alta temperatura espiritual española, acaso el período de gobierno de izquierdas se señale como venturoso para nuestra Patria. Son muchas las dificultades, y por consecuencia los riesgos de fracaso; pero mientras las fuerzas gobernantes no defrauden el margen de confianza que puede depositarse en ellas, no hay razón alguna para que la Falange se deje ganar por el descontento.»

* * *

«Una de las consecuencias más previsibles de la nueva situación política es la llegada en masa a nuestras filas de personas procedentes de otros partidos; señaladamente de los de derechas ([293]). Este incremento, por una parte apetecible, nos pone en peligro de deformación si permitimos que los nuevos núcleos, formados en doctrinas y estilos bien diferentes a los nuestros, aneguen nuestros cuadros ([294]). *Todos los jefes territoriales, provinciales y de las J.O.N.S. cuidarán, ahora más que nunca, de mantener la línea ideológica y política del Movimiento, en forma de impedir a todo trance su contusión con los grupos de derechas.*»

* * *

«Para precisión del criterio contenido en los anteriores párrafos se formulan las siguientes instrucciones concretas:

1º. Los jefes cuidarán de que por nadie se adopte actitud alguna de hostilidad hacia el nuevo Gobierno ni de solidaridad con las fuerzas derechistas derrotadas. Nuestros Centros seguirán el aspecto alegre y sereno de los días normales.

2º. Nuestros militantes desoirán terminantemente todo requerimiento

[293] Nueva profecía de José Antonio. Desde el día de clausura del Centro al del Alzamiento Nacional hubo más de setenta mil peticiones de ingreso en Falange, que, naturalmente -sin local, sin archivos, sin secretaría y sin jefes, presos todos-, no se pudieron encuadrar debidamente.

[294] Profecía cumplida después del 18 de julio y que puso en gravísimos riesgos a la Falange, principalmente en los días que precedieron al Decreto de Unificación de Milicias.

para tomar parte en conspiraciones, proyectos de golpe de Estado, alianzas de fuerzas «de orden» y demás cosas de análoga naturaleza.

3º. Se evitará todo incidente, para lo cual nuestros militantes se abstendrán en estos días de toda exhibición innecesaria ([295]). Ninguno deberá considerarse obligado a hacer frente a manifestaciones extremistas. Claro está que si alguna de éstas intentara el asalto de nuestros Centros o la agresión a nuestros camaradas, unos y otros estarán en la obligación estricta de defenderse con la eficacia y energía que exige el honor de la Falange.

4º. A los que soliciten el ingreso en nuestras filas y se hallen en situación económica acomodada se les deberá exigir una cuota no menor de quince pesetas.

5º. De ninguna manera se conferirán puestos de mando a los afiliados de nuevo ingreso, en tanto no lleven por lo menos cuatro meses en la Falange y hayan acreditado suficientemente completa compenetración con su estilo y doctrina.»

* * *

«De momento, no hay más advertencias que formular. La consigna para todos puede ser ésta: serenidad, confianza en el mando y fe inquebrantable en los destinos de nuestro Movimiento. ¡Arriba España!

Madrid, 21 de febrero de 1936.-El Jefe Nacional, *José Antonio Primo de Rivera.* (Firmado.)

¿LEYENDA O VERDAD?

¿RESPONDEN estas consignas a la entrevista que según se rumoreó celebraron José Antonio y Azaña a requerimiento de éste a nuestro Jefe, o la tal entrevista fue una leyenda nacida en la imaginación de algunos? No tengo datos para contestar. En una ocasión en que, ya preso José Antonio, le pregunté si tal conversación había tenido lugar, esquivó la respuesta diciendo: «¿Hubiera sido una cosa extraordinaria?» Un mediano conocedor de su carácter sabía que cuando contestaba de esta forma una pregunta, más o menos discreta, lo mejor era cambiar de conversación. Pero, como según el propio José Antonio, la conversación entre Azaña y él que corría por Madrid «no hubiera sido una cosa extraordinaria» y con ocasión del proceso de Alicante se publicó como auténtica en algunos periódicos extranjeros, voy a contarla -traducida de *O Século*, de Lisboa, de 21 de noviembre de 1936, donde

[295] José Antonio llegó a aconsejar que no se usara el emblema en unos días para evitar incidentes. No todos le obedecieron, y más de uno cayó por no cumplir la orden prudente.

se narraba en medio de unos detalles completamente erróneos-. Ya digo que no respondo de la autenticidad de este diálogo, pero en todo caso es interesante señalarlo como primera página de la leyenda popular de José Antonio.

Decía así *O Século* -aunque suponiendo la visita después del proceso por supuesta ilicitud de la Falange, proceso que tuvo lugar meses después-: «Azaña mandó llamar a Primo de Rivera a su presencia y solicitó de él que se marchara del país. «No puedo. Tengo a mi madre muy enferma», respondió Primo de Rivera. «Yo creía que su madre había muerto hacía muchos años», contestó Azaña. «Mi madre es España. y por eso no quiero partir» ([296]).

Las frases no me parecen muy de José Antonio. Supongo que si la conferencia con Azaña tuvo lugar, el Jefe de la Falange daría otras razones diferentes a su deseo de quedarse en España sin soslayar ninguno de los peligros que pudieran amenazarle. Por lo menos, opondría a la invitación del Presidente del Consejo las mismas que -éstas son auténticas- dijo por aquellos días a Eduardo Aunós, que estimaba conveniente para la dirección del Movimiento que José Antonio pasara a Portugal, desde donde podría mover todos los hilos. José Antonio contestó: «De ninguna manera -aun a sabiendas de todos los riesgos que puedo correr quedándome- abandonaría a mis camaradas, que corren idénticos o mayores peligros. La Falange no es un viejo partido de conspiraciones románticas con los jefes en el extranjero. La Falange es una disciplina clásica y armoniosa, en que predicamos como primera norma personal el sacrificio que nunca será estéril, y como primera norma política la unidad de Destino. Yo, como Jefe, precisamente por Jefe, tengo que ejemplarizar con mi conducta y compartir con gallardía el Destino trágico no sólo de mis camaradas, sino de cientos de miles de españoles a quienes el Frente Popular prepara el martirio. Si fuéramos un partido político como los demás, si yo tuviese un alma del siglo XIX, me iría a conspirar en un pueblecito barojiano del Pirineo o en la raya de Portugal. Pero la Falange es una empresa imperial y no un partido progresista o moderado. Lo clásicamente imperial es quemar las naves como hizo Cortés frente a la aventura tremenda de Méjico. La diferencia entre el clásico y el romántico es que aquél acepta su Destino, y éste, aun convencido de su fuerza, trata de rehuirlo.»

En la conversación tomaba parte Sánchez Mazas y, naturalmente, se prolongó, amena y erudita, sobre tan sugestivos temas.

Otras insinuaciones se le hicieron. Por los grupos falangistas, dispersos ya, sin local, buscando bares, cafés y museos donde reunirse a recibir consignas -pues nadie nos ofreció el cobijo de sus Centros no clausurados, seguros por la inmunidad parlamentaria de sus dirigentes- corría el rumor de que varios aviadores militares se habían ofrecido a llevarse fuera de España a

[296] *Nota de la segunda edición*.-En la mencionada carta de Raimundo Fernández Cuesta se dice rotundamente que «la entrevista con Azaña no pasó de ser una leyenda».

los cuatro candidatos por Madrid y a otros dirigentes falangistas peligrosamente significados. También se decía que se brindaron a bombardear una gran concentración frentepopulista en la plaza de toros Monumental. Nunca pude comprobar la certeza de estos rumores, pero sí la decisión inquebrantable en José Antonio de arrostrar serenamente todos los azares de aquellos días inquietantes.

CLAUSURA DEL CENTRO

EL Centro se cerró el 27 de febrero. La noche antes, a eso de las ocho, encontrándose reunida la Junta Política en el despacho del Jefe Nacional, llegaron unos policías para hacer un registro. José Antonio les hizo pasar a su despacho y les exigió la orden escrita, sin la cual no toleraría el registro. Como no la llevaban, decidieron que uno de ellos fuese a buscarla y los otros se quedasen aguardando. José Antonio, fría y enérgicamente, se opuso, lamentando tener que proceder con descortesía, máxime porque en la calle hacía un frío espantoso. Mientras los polizontes de Alonso Mallol, furiosos y mohínos, se largaban, José Antonio ordenó la evacuación del Centro por todos los camaradas que llevasen armas. Otros salieron con documentos y alguno con una máquina de escribir, por lo que pudiera pasar.

Cuando volvieron los policías con la orden escrita, procedieron a un registro minuciosísimo, que dio como resultado el hallazgo de algún olvidado pistolón, algún cargador y alguna porra. Uno de los agentes entró triunfal en el cuarto destinado a Prensa y Propaganda, exhibiendo sus inofensivos descubrimientos y diciendo con el aire chulesco que caracterizaba a los esbirros de Alonso Mallol y de Casares Quiroga: «y decíais que no había armas, ¿eh?»

A lo que un camarada muy joven, casi un niño, contestó con el aire más candoroso del mundo: «¿De veras ha encontrado usted eso?... Pues en vista de que tiene usted la habilidad de encontrar las cosas perdidas, ¿sería tan amable de buscar un frasquito de goma que había aquí y ha desaparecido, con la falta que me hacía?»

A duras penas contuvieron los camaradas la risa y el policía la cólera. El registro terminó sin más incidentes, pero a la mañana siguiente, en vista del «arsenal de armas» que había sido hallado, se ordenó su clausura. Se pusieron unos sellos que, pocos días más tarde, so pretexto de haber sido levantados por alguien, servirían para la detención de todos los dirigentes.

LA TOLERANCIA DE JOSÉ ANTONIO

UNO de aquellos días ocurrió un caso digno de darse a conocer, como prueba del espíritu impar de José Antonio y de su manera de concebir nuestra actuación en todos los aspectos de la vida. Se había estrenado por el mes de enero en el teatro Victoria de Madrid, por la compañía Artigas-Collado, la obra *Nuestra Natacha*, de Alejandro Casona, con un éxito sin precedentes. Era una obra de marcada tendencia comunista, artificiosa e inteligentemente construida. Todo Madrid llenaba el teatro durante trescientas representaciones. Todo el Madrid rojo, pero mucho más el todo Madrid no rojo, que, por decadencia o esnobismo, aplaudía entusiasmado, ganado por la gran habilidad del autor, una pieza llena de latiguillos efectistas y de veneno lento dosificado en escenas de positiva belleza teatral y literaria. Naturalmente, la Prensa de izquierda jaleaba a diario la obra, y el diario *La Libertad* organizó un homenaje a su autor. Para salirse de lo corriente, decidieron que en lugar de la consabida convocatoria con más o menos firmas, cada escritor amigo de Casona enviase una cuartilla con unas frases de adhesión al homenaje.

Sánchez Neyra -mi colaborador- y yo recibimos la invitación, en la que se invocaba el recuerdo de que ambos, como Casona, habíamos salido a la luz pública en la misma ocasión ([297]). Yo dejé a Neyra en libertad de escribir lo que tuviese por conveniente, reservándome la contestación mía hasta hablar con José Antonio. Neyra me dijo que él haría también lo que dijera el Jefe de la Falange. A lo que le respondí que puesto que él no pertenecía a nuestra Organización, nada le obligaba. Si yo hacía algo, lo haría por separado de él, pues probablemente aquella convocatoria del homenaje, como otras tantas cosas, no era más que un recuento de escritores antifascistas o fascistas, según figurase uno en él por presencia u omisión. Como no era fácil entrevistarse con José Antonio estando cerrado el Centro, mi cuartilla se demoraba. No podía entrar en ningún café de escritores sin que algún izquierdista me recordase «que no me había adherido todavía al homenaje al más ilustre autor de nuestra generación». Y mezclaban, naturalmente, la ironía de tipo político con la suposición, tan frecuente entre ciertas gentes, de envidia literaria. Yo llevaba en la cartera las palabras que había escrito, para presentar a la aprobación de José Antonio, pero callaba.

Al fin logré ver al Jefe y le dije de lo que se trataba, pidiéndole parecer. Desde mucho antes de que nos separase la barrera política -él comunista, yo nacionalsindicalista-, tenía buena amistad con Casona y sincerísima estimación

[297] En el concurso de autores noveles organizado por *ABC* en 1928. Los tres -sin premio- fuimos citados con elogio por el jurado.

por sus dotes literarias. (Con ocasión del estreno de *Otra vez el diablo*, en el Español, le había hecho un artículo en el vibrante semanario *Haz*, del S.E.U., que Casona nunca supo que era mío. Con la nube que a las inteligencias pone la pasión marxista, me preguntaba Casona alguna vez quién le podía haber hecho un comentario desapasionado y cordial en un periódico «fascista».)

-¿Qué piensas hacer? -me dijo el Jefe.

-Lo que te parezca. Yo, antes que nada, soy falangista, y el acto va a ser francamente frentepopulista.

-Decide tú.

Entonces le leí lo que había escrito. Media cuartilla adhiriéndome «con todo entusiasmo por mi amistad y el concepto de generación al homenaje al autor de *La sirena varada* y *Otra vez el diablo*». Es decir, apartando deliberadamente de mi aplauso a la *Natacha roja*.

«Has escrito justamente lo que debías escribir -me dijo José Antonio-. Más que de escritor, es de diplomático la adhesión. Me parece muy bien. Irás al banquete, haciendo caso omiso ese día de la prohibición de llevar las flechas. Te las pones para que vean que la Falange no es ni cerril ni intolerante, y que consideramos como posiblemente nuestros algún día a todos los valores de la juventud. Como falangista, ya sabrás cuál es tu actitud ante los discursos y demás que haya. Alguien se extrañará de tu presencia en ese banquete. No te importe. Puedes contestar que también fuiste al homenaje a Juan Ignacio Luca de Tena cuando estrenó *¿Quién soy yo?*, y la Falange está tan distante de las ideas políticas del director de ABC como de las de Casona.»

Así estuvo presente -por orden de José Antonio- la Falange en un banquete del Frente Popular, donde discurseó hasta Marcelino Domingo.

Ya no volví a ver en libertad a José Antonio. Unos días antes de su detención sé que estuvo en el cine Capitol en el estreno de la película de Charlot *Tiempos modernos*, sin dársele un ardite de que la propaganda comunista la consideraba como de pura ortodoxia marxista.

CUARTA PARTE

JOSÉ ANTONIO, EN LA DIRECCIÓN GENERAL DE SEGURIDAD

DESDE el día del advenimiento al Poder del Gobierno Azaña, la Falange había sido el blanco de todas las iras de los rojos. Tardaría todavía unos meses en declarar Casares Quiroga la beligerancia del Gobierno contra el fascismo, pero nosotros bien la habíamos advertido. La suspensión de *Arriba,* la clausura del Centro, las amenazas de la Policía, el despido en masa de nuestros camaradas obreros, los puñetazos con los marxistas y las balas de los pistoleros lo pregonaban a las claras. Pero Falange, con su actitud enérgica, demostraba también que no le amedrentaba lo más mínimo aquella lucha y que sabía sostenerla con el mayor decoro. Por todas las barriadas de Madrid y de todas las provincias cruzábamos nuestros tiros con los rojos cuando se decidían -pocas veces- a la lucha cara a cara. Cuando se entregaban al asesinato en emboscada, la Falange sabía replicar en la misma forma.

Varios camaradas cayeron en la primera quincena del Gobierno Azaña. La censura silenciaba sus muertes -gloriosamente oscuras, tanto, que ni los nombres nos quedan- y obligaba a una cobarde clandestinidad sus enterramientos, con las luces primeras de las mañanas invernales, desde el Depósito Judicial al cementerio, sin dejar siquiera a los camaradas el triste consuelo de velarles.

La batalla planteada por los rojos -y aceptada por la Falange en todas partes- tenía uno de sus frentes más vivaces en la Universidad, donde la F.U.E., engreída por el triunfo frentepopulista y sostenida por los profesores socialistas y masones, se aprestaba a deshacer al S. E. U. Los viejos pasillos de San Carlos o de San Bernardo, como los nuevos de la Facultad de Filosofía y Letras en la Ciudad Universitaria -más llenas que nunca sus paredes encaladas de pasquines y consignas de verdadera guerra- eran escenario diario de durísimos encuentros. A diferencia de los sesudos hombres de sus respectivos partidos, las asociaciones estudiantiles comprendieron la necesidad de crear el Frente Nacional Universitario, y a estos fines, Alejandro Salazar por el S.E.U., Juan José Pradera por la A. E. T., Pedro Gamero del Castillo por los estudiantes católicos, y Gregorio Marañón Moya (del S. E. U. también) como enlace entre unos y otros y determinados elementos de la F. U. E., asqueados del rumbo comunistoide que se imprimía a la que sólo había pretendido ser asociación profesional y nacional de estudiantes, celebraron varias conversaciones a fin de llegar rápidamente a la unificación. En realidad, la masa fuerte de estudiantes antimarxistas llevaba sobre el pecho el cisne del gran Cardenal, emblema de nuestro S. E. U. Pero no se trataba de mayorías o minorías, sino de soldar toda la juventud en un bloque férreo y disciplinado, por lo cual cada grupo estaba dispuesto a la renuncia, de todo lo adjetivo para crear la sola asociación nacional capaz de dar -y ganar- la batalla a la F. U. E.

Uno de los elementos que con más ahínco trabajaban en la unificación era el camarada Juan José Olano, estudiante de Derecho. Yendo con otros estudiantes tradicionalistas, le mataron a traición con sus compañeros en la calle de Alberto Aguilera la tarde del 11 de marzo. El S. E. U. decidió vengarle con amplia resonancia, no buscando a los meros ejecutores -probablemente gente a sueldo y extraña a la Universidad-, sino al inspirador más directo de todos los disturbios universitarios, al gran animador de la F. U. E. y defensor de todas las más bajas criminalidades, y por paradoja no extraña en la incongruente vida española de los últimos abominables tiempos, profesor de Derecho penal en la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid. Hemos nombrado -con toda repugnancia- al diputado socialista Luis Jiménez de Asúa, sobre cuyo rostro afásico y lampiño habían estrellado berzas y coles bastantes veces algunos camaradas del S. E. U. bien dotados para el lanzamiento de verduras.

En la mañana del 12 de marzo, un grupo de escuadristas del S. E. U., en un viejo y destartalado coche prestado, acecha, montadas las pistolas, frente a la casa de la calle de Goya en que habita suntuosamente Jiménez Asúa. Espera la salida del profesor marxista, que pronto aparece en el portal acompañado del agente de policía Jesús Gisbert, designado por el Ministerio de la Gobernación para custodiar la preciosa vida del sabio rojo. Como la Falange no está aún muy entrenada en estos menesteres de represalia -sus músculos se han fortalecido en otro tipo de lucha-, hay poca sangre fría.. El motor del coche se cala y alguna pistola se encasquilla. La salva sale desigual.

Jiménez Asúa, al primer tiro, se arroja al suelo y huye a gatas hasta la calle de Velázquez, donde se refugia en una carbonería. El agente encargado de su protección ha caído mortalmente herido. Los falangistas creen también herido a Asúa, y no apuran la persecución, sino que marchan tranquilamente.

La noticia del atentado se abre paso en el ambiente apretado de pánico de Madrid. Toda la Policía entra en funciones para detener a los autores. Se detiene a centenares de camaradas. La Policía no da en el blanco. Los agresores logran despistarles hábilmente, aun cuando, por exceso de optimismo de su parte, Alberto Ortega es capturado.

José Antonio se apena, aunque reconoce que la Falange no tiene otro remedio que contestar al terror con el terror. Se apena porque recuerda que hace años ha sido discípulo del profesor Asúa y porque no es partidario de las represalias brutales. Pero no puede desautorizar a sus valerosos muchachos que, con sangre marxista, pagan la sangre caliente y heroica de sus caídos. La cancioncilla se va haciendo evidencia alegremente dramática, en los rincones madrileños:

Los falangistas, los falangistas
no le tienen miedo a «ná»,
porque ellos saben que si les matan
con diez se les vengará.

No se puede enterrar públicamente a Olano. José Antonio no le puede dedicar un epitafio solemne con voz de profecía como a Matías Montero. Pero hay un modo profundo de expresar el dolor en la Falange: «No llorar: continuar». José Antonio, pues, con los ojos resecos, continúa. El día 13 se decide a un sacrificio doloroso en aras de la gran unidad estudiantil de España: Disolverá aquel S. E. U. -«gracia y levadura de la Falange», como le bautizara antaño- para que se cree el gran organismo por el que han caído Olano y sus amigos de la A.E.T. José Antonio reúne en su casa a Salazar, a Pradera y a Marañón -futuros triunviros del nuevo organismo- y charla ton ellos animadamente, en espera de que llegue una noticia definitiva de los estudiantes católicos. Noticia que no llegó. Determinados elementos -ajenos a la grey estudiantil, pero obstinados siempre en dirigirla aun cuando no corresponda tal misión a su función altísima- no estiman oportuno que los «estudiantes católicos» se fundan o confundan con los arriscados escuadristas del S. E. U., llenos también de catolicidad profunda, pero más teñidos de ardor revolucionario todavía. Pedro Gamero es el encargado de dar la mala noticia a José Antonio, que soporta una vez más la copa amarga de que alguien ponga en duda la honda religiosidad de su espíritu, que es el espíritu de la Falange.

Durante aquella reunión, en la que, precisamente no por culpa de Falange, se frustró el primer gran intento de unificación de juventudes nacionales frente a los bloques de las juventudes rojas, José Antonio preguntó

a Gregorio Marañón si sabía el concepto que de él tenía Manuel Azaña. «He oído decir -añadió- que me desprecia olímpicamente.»

-Yo sólo sé -contestó Marañón- que en un Consejo de Ministros, en que se ha hablado de ti, ha dicho: «El hijo de Primo de Rivera, que tiene un yate en Las Arenas, ya podía embarcarse en él y dedicarse a beber "cócteles" en lugar de hacer de jefe fascista» ([298]).

Con sonrisa fina y amarga de presentimientos, José Antonio contestó, nostálgico de viento de mar y sabor de bebidas doradas que agradaban a sus pulmones, y sus labios:

-¡Si me lo hiciera bueno Azaña!

-¿Dejarías de ser Jefe de la Falange si te lo hiciera bueno? -le preguntó alguno.

-Sí. Pero me matricularía en Arquitectura, Medicina o Filosofía para poder entrar en vuestro S. E. U.

DETENCIÓN DE LA JUNTA POLÍTICA

EL día 14 de marzo, a primera hora de la mañana, se presentan unos agentes en casa de José Antonio a detenerlo. Sabiendo cómo las gasta el Jefe Nacional de la Falange, esta vez han traído en regla todos los papeles. José Antonio, después de comprobar que no se ha olvidado un circunloquio legal en el que encastillarse para desobedecer al Gobierno frente-populista, accede a dejarse conducir a la Dirección General de Seguridad, detenido «por quebrantamiento de la clausura gubernativa del local de Nicasio Gallego», donde los polizontes pretenden se han roto los sellos de la autoridad. José Antonio pide permiso para afeitarse y se lo niegan. La impaciencia policial para tomarle preso le impide ese aseo, un peinado cuidadoso y la elección de un cuello bien pulcro. En la fotografía que para la ficha criminal le harán horas más tarde en el Gabinete Antropométrico, se advierte -con una evidente preocupación en la mirada clarísima enfilada a un horizonte infinito- un desaliño que pocas veces se ha visto en el Jefe. En cambio, no se le olvidan las flechas en el ojal de la solapa, de perfecto corte. Flechas que algunos momentos más tarde, en ese mismo Gabinete de Identificación, promovieron el primer altercado del día entre el Jefe Nacional y un esbirro de Alonso Mallol. El agente, señalando con el dedo de enlutada uña a aquellas gloriosas flechas, dice: «Haga el favor de quitarse el emblema.»

[298] Y así se le insinuó -según parece- por un emisario, advirtiéndole del riesgo que corría su vida por las amenazas rojas. A lo que replicó José Antonio que la vida que corría peligro era la de Azaña, puesto que respondía -para los nacionalsindicalistas- de la del Jefe Nacional de la Falange.

-A mí no me molesta. Si a ustedes tampoco, pueden continuar -replica el Jefe.

Y alarga los dedos finos a la almohadilla tintada para las huellas dactilares.

Uno de Asalto -matón y cobarde- le llama chulo. José Antonio, imperturbable -no le ofende quien quiere, sino quien puede-, replica:

-Eso me lo dice usted aquí y con ese uniforme y esa pistola. Fuera de aquí, usted no sería capaz de repetir ese exabrupto tan cobarde ([299]).

Termina el incidente y la declaración primera, en la que José Antonio afirma no saber nada de que se hayan arrancado los sellos del Centro de Nicasio Gallego. Los guardias y los agentes se encargan de conducirle a los sótanos, llenos ya de camaradas. Allí están ya la risa infantil de Sainz, la fría calma de Salazar, el ancho pecho de Ruiz de Alda, la gravedad de Barrado, el entusiasmo de los escuadristas. Alguno que escucha, reconoce en el pasillo el paso enérgico de José Antonio y da la voz de ordenanza:

-¡Guardia, a formar! ¡El Jefe Nacional!

Cuando se abre la puerta de la mazmorra, la Falange -con sus Jerarquías a la cabeza- se abre en dos filas militares brazo en alto. Así entra José Antonio, entre el estupor de sus acompañantes. Poco después llega Fernández Cuesta ([300]). Todos los miembros de Junta Política presentes en Madrid -salvo José María Alfaro y Manuel Mateo, duchos en el arte de escabullirse-, algunos Jefes de Centuria y muchos escuadristas, que se abrazan y ríen del presente sin temor al futuro.

La noticia corre por Madrid ruidosa y ágil como un buscapiés. Y Madrid, ya prendido de la emoción falangista, la comenta en voz alta o en cuchicheos. El rojo que se alegra y el lila que no se indigna ni son Madrid ni son España. Madrid es el manojo de corazones que revientan de rabia y de vergüenza porque se ha aprisionado a José Antonio Primo de Rivera, a quien ya, familiarmente, se llama José Antonio ([301]).

---

[299] *Nota de la segunda edición.-«Este* relato está sacado de un folleto escrito por Eugenio Suárez, testigo presencial del hecho, por haber sido detenido una hora antes y encontrarse casualmente en el gabinete de identificación de la Dirección General de Seguridad cuando llegó a él José Antonio. Cumpliendo lo que ofrecí a Eugenio Suárez cuando salió la primera edición de este libro, me complazco en consignarlo en esta segunda, demostrando así la autenticidad de todas las fuentes utilizadas para esta biografía.

[300] *Nota de la segunda edición.-En* su carta del 9 de febrero de 1942, Raimundo Fernández Cuesta hace esta rectificación, que gustosísimo inserto: «Julio llegó a la Dirección de Seguridad conmigo, pues nos detuvieron juntos. Cuando ya se encontraban en ella José Antonio, Rafael, Barrado y Salazar, pero no Sainz, que fue detenido algún tiempo después.»

[301] *Nota de la tercera edición.-Al* enterarnos de la noticia, Vicente Gaceo y yo, espontáneamente, fuimos a ponerla en conocimiento de don Melquiades Álvarez, Decano del Ilustre Colegio de Abogados de Madrid. Don Melquiades nos recibió inmediatamente -- en cuanto supo por uno de sus secretarios o pasantes de qué se trataba- y con toda afabilidad nos escuchó. Se indignó por lo sucedido, que repugnaba a su espíritu liberal, y nos prometió hacer inmediatas gestiones para conseguir la libertad de José Antonio. Me

El romancero joseantoñista abre la flor del asonante en cada esquina, en cada corrillo, en cada tertulia de café. En los sótanos de la Dirección General de Seguridad, llenos de humedad sombría, de ratas y de cucarachas, alumbra el sol de la Nueva España en la forma popular y mística de una canción -promesa que habla de rosas, flechas y banderas.

José Antonio, entre estrofas y frases alegres, lanza sus tremendas ironías contra los sayones de Azaña. Con frenesí sádico, Alonso Mallol le interroga. Y con su viril lenguaje, el Jefe Nacional replica. Después de tres interrogatorios, con resultado negativo, ante escribas mal afeitados y guardias pretorianos cejijuntos con gorra ladeada, un cuarto que agota la paciencia de José Antonio.

-Aunque lo niegue -grita Alonso Mallol-, usted tiene que saber quién ha roto los sellos del Centro de Falange. Y si no nos lo dice por las buenas, nos lo dirá por las malas.

(Palizas en los infectos calabozos; futuros refinamientos eslavos de las «checas»...)

-Sí -dice con calma José Antonio-. Lo sé y se lo voy a decir. Pero necesito más gente como testigos de mi declaración.

Alonso Mallol se refocila. José Antonio, vencido por el miedo a la amenaza, «va a cantar». Se acusará a sí mismo o acusará a uno de los suyos, y en la declaración que haga, el Frente Popular encontrará la base legal para el artilugio leguleyesco que sueña montar para anular a la Falange Española. El Jefe de ella es tan tonto, que se va a dejar coger en la trampa, y hasta pide testigos en abundancia para su declaración sensacional. ¡Que vengan, hombre! ¡No faltaba más!

Los timbres chirrían por todos los pasillos y recovecos del antro de la Seguridad Nacional. De las covachuelas llegan esbirros, polizontes, guardias y camaradas mecanógrafas.

-El señor Primo de Rivera -dice enfático Mallol a sus subordinados- quiere hacer una declaración importante y desea el mayor número posible de testigos. Todos ustedes van a serlo.

Con ojos de asombro, los burócratas miran y admiran al Héroe. Los topos y el águila. Buen título de fábula, en la que tienen -como en todas las fábulas- papel el raposo, esta vez Alonso Mallol, y la víbora, Casares Quiroga.

-¿No es así, señor Primo de Rivera?

-Así es -replica le Jefe impasible-. Repítame la pregunta, si tiene la bondad.

Con la solemnidad del que cree va a escribir una página de Historia, Alonso Mallol carraspea, adopta una postura de circunstancias y repite campanudo:

---

consta que las hizo con verdadero ardor, pero sin éxito. Quizá fuera su generosa intervención la que en el trágico mes de julio le llevaría a la Cárcel Modelo, en cuyo recinto cayó -con otros muchos viejos liberales- junto a los falangistas, en la brutal matanza de agosto.

-Señor Primo de Rivera: ¿Quién ha quebrantado los sellos que la autoridad de la República ordenó poner en el Centro clausurado de la llamada Falange Española?

Se hace una pausa. José Antonio encuentra la modulación más infantil e ingenua para su voz y responde:

-Los sellos que la llamada autoridad de la República ordenó poner en el Centro de la Falange Española de las J. O. N. S. arbitrariamente clausurada, los quebrantó el señor director general de Seguridad de la República con sus cuernos.

Se mete las manos en los bolsillos, y desde el olimpo azul de su mirada serena contempla el efecto de su frase.

Hay covachuelista que no puede contener la carcajada. Hay dactilógrafa marxista que piensa en el desmayo ante la posibilidad de que Mallol mate allí mismo a José Antonio. Hay guardia de asalto que empuña su matraca esperando la orden de lanzarse a golpearle. Mallol se ha puesto lívido y no sabe qué hacer. La afrenta, sin embargo, resbala como aceite por su cara de piedra, y en lugar de la respuesta contundente que hubiese dado un hombre cabal, encuentra la fórmula sin nervios, masónica, institucionista, frentepopulista:

-Señores: son ustedes testigos de que el señor Primo de Rivera ha desacatado a la autoridad y ha menospreciado a la República. Pueden retirarse. Y ustedes, conduzcan al detenido al calabozo.

Así terminó aquella escena de esperpento, merecedora de la pluma de Valle Inclán. José Antonio, risueño y desahogado, vuelve con júbilo de escuadrista a la mazmorra llena de canciones, y el director general de Seguridad toma su coche, y escoltado de motoristas, va a contar lo ocurrido a Casares y a Azaña ([302]).

En los sótanos hay barullo de risas. Del cercano café de Castilla, de las tertulias y el póker nocturno de reporteros y agentes de teatros, llegan los camareros con fuentes de bistés y huevos fritos para los falangistas. Se come, se bebe, se ríe, se fuman cigarros baratos. Nada de frases históricas. Nada de «Todo se ha perdido, menos el honor». La Falange lo conserva todo: el honor lo primero, y después el humor, el apetito, el valor, la alegría y la fe. Cuando se tiene la fe, capitana de todas las virtudes, las otras se apiñan en torno. Junto al Jefe Nacional, encendido de fe como una hoguera de San Juan en la montaña, velan la esperanza, la caridad, la templanza, la serenidad, la gallardía, la fortaleza, la paciencia, la inteligencia, la voluntad, la disciplina... Todas las

---

[302] Otra versión hay del hecho. Parece que el señor Goicoechea fue a visitar a José Antonio a la Dirección, y fue a él a quien dijo nuestro Jefe lo de los cuernos de Mallol. Oído por los espías, fueron con el soplo a Mallol y se organizó el proceso (*).

(*) *Nota de la segunda edición.*-Según Fernández Cuesta, ésta es la versión exacta de la injuria a Mallol. Pero Madrid entero dio más crédito a la divertida escena arriba relatada y la difundió con su prodigiosa celeridad para correr los bulos.

virtudes cardinales, teologales y las más modestas exclusivamente familiares -las de los santos, las de los soldados y las de los hombres humanos nada más- que le montarán su guardia, fidelísima, hasta el momento final...

MANIFIESTO DESDE LOS SÓTANOS DE LA DIRECCIÓN

POR la noche, cuando los camaradas, rendidos por la inactividad de la jornada, duermen sobre los bancos de la mazmorra, José Antonio medita profundamente sobre el porvenir de España. A la madrugada, su estilográfica -única arma que le han dejado los carceleros- escribe para la Falange y para España el magnífico manifiesto siguiente:

«Como anunció la Falange antes de las elecciones, la lucha ya no está planteada entre derechas e izquierdas turnantes. Derechas e izquierdas son valores incompletos y estériles; las derechas, a fuerza de querer ignorar la apremiante angustia económica planteada por los tiempos, acaban por privar de calor humano a sus invocaciones religiosas y patrióticas; las izquierdas, a fuerza de cerrar las almas populares hacia lo espiritual y nacional, acaban por degradar la lucha económica a un encarnizamiento de fieras. Hoy están frente afrente dos concepciones TOTALES del mundo; cualquiera que venza interrumpirá definitivamente el turno acostumbrado; o vence la concepción espiritual, occidental, cristiana, española, de la existencia, con cuanto supone de servicio y sacrificio, pero con todo lo que concede de dignidad individual y de decoro patrio, o vence la concepción materialista, rusa, de la existencia que, sobre someter a los españoles al yugo feroz de un ejército rojo y de una implacable Policía, disgregará a España en Repúblicas locales -Cataluña; Vasconia, Galicia- mediatizadas por Rusia.

»Rusia, a través del partido comunista que rige con sus consignas y con su oro, ha sido la verdadera promotora del Frente Popular español. RUSIA HA GANADO LAS ELECCIONES. Sus diputados son sólo quince, pero los gritos, los saludos, las manifestaciones callejeras, los colores y distintivos predominantes son típicamente comunistas. Y el comunismo manda en la calle; en estos días los grupos comunistas de acción han incendiado en España centenares de casas, fábricas e iglesias; han asesinado a mansalva, han destituido y nombrado autoridades... Sin que a los pobres pequeños burgueses, que se imaginan ser ministros, les haya cabido más recurso que el disimular esos desmanes bajo la censura de la Prensa.

* * *

«El Gobierno pequeño-burgués no ha hecho más que capitular en el mes escaso que lleva de vida. He aquí el breve saldo de su labor:

1º *Amnistía.*- Quizá fuera conveniente. Era, desde luego, justa para los dirigidos y alucinados, sobre todo desde que los cabecillas habían logrado la impunidad. Pero el Gobierno no ha podido darla a su tiempo, por sus trámites, sino de cualquier manera, forzando los resortes y, sobre todo, cuando ya las turbas, en muchos sitios, se la habían tomado por su mano.

2º *El Estatuto.*- También aprisa y corriendo. Completado el acuerdo de la Comisión Permanente con la sentencia presurosa dictada por el dócil Tribunal de Garantías. Azaña quiere comprar a precio de la unidad de España la asistencia de los catalanes contra los marxistas.

Pero a la hora del triunfo marxista, si llega, se encontrará con que Cataluña, así como Galicia, Vasconia y Valencia -las cuatro regiones, nótese la casualidad, donde el socialismo es menos fuerte-, se separan de la quema nacional, para constituirse en Estados nacionalistas aparte. Ello será la desaparición de España y la muerte, por aislamiento, de sus tierras interiores.

3º *Ayuntamientos y Diputaciones.*- No han sido *repuestos* los del 12 de abril, sino nombrados libremente: en los más de los sitios, los que han querido designar comunistas y socialistas. Es decir, que en el día de hoy una parte grandísima de las autoridades locales, con el poder que ejercen sobre la fuerza pública, se pondrían *en contra del Estado* si los comunistas la quisieran asaltar.

4º *Despido de obreros.*- Miles y miles de obreros legítimamente colocados, según el orden jurídico nacional, han sido puestos en la calle para que les sustituyan los que, con arreglo a las leyes republicanas del primer bienio, perdieron sus puestos en octubre de 1934. A éstos, además, hay que indemnizarles como si hubieran sido víctimas de despido injusto. Quebrarán con ello numerosas empresas y aumentará el paro.

5º *Vejaciones.*- Mientras tanto, el Gobierno, reincidiendo con torpeza increíble en los usos de la anterior etapa de Azaña, gasta la Policía en llevar la zozobra a las casas de los que supone políticamente desafectos: registros, intervención de correspondencia, detenciones arbitrarias se multiplican. Hay quien lleva más de quince días incomunicado en los sótanos espeluznantes de la Dirección General de Seguridad, comparables con las prisiones de la Edad Media.

6º *Desastre económico.*- En vez de buscar, a tono con los tiempos, una dirección estatal, integradora de la economía, con respeto a la iniciativa individual en la base, se está protegiendo la dirección grancapitalista por arriba, mientras se alienta por abajo la perturbación socializadora y burocrática que los marxistas manejan. Es decir, en vez de sustituir un sistema económico -el capitalista- por otro igualmente completo, se está conservando arriscadamente el capitalismo, pero metiéndole chinas en los engranajes.

7º *Desorden público.*- Pese a la censura, nadie ignora ya lo que ha pasado en Alicante, en Granada, en Toledo, en Cádiz, en Vallecas, en el mismo

corazón de Madrid, a un paso del Ministerio de la Gobernación. Muchos cientos de miles de españoles han visto las llamas de los incendios. Cientos de familias llevan luto por los asesinados. Y hasta en uniformes militares perdura la huella de ultrajes públicos; innumerables pueblos y ciudades de España, incomunicados, han sido presa del pillaje en estos días.

»¿Qué harán ante esto los españoles? ¿Esperar cobardemente a que desaparezca España? ¿Confiar en la intervención extranjera? ¡Nada de eso! Para evitar esta última disolución en la vergüenza tiene montadas sus guardias, firme como nunca, FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J. O. N. S.

»Mientras tantas hinchadas apariencias se hundieron al primer golpe de adversidad, la Falange, sin dinero y perseguida, es la única que mantiene su alegre fe en un resurgimiento de España y su duro frente contra asesinatos y tropelías. Más que a nadie vayan estas palabras a vosotros, camaradas de todos los rincones de España, cercados por el silencio de la Prensa intervenida, acometidos por la ferocidad de los bárbaros vencedores, vejados por la injusticia de grotescos gobernadores y alcaldes. ¡No desmayéis! Sabed que en sus focos antiguos la Falange se mantiene firme a la intemperie -¿qué mas da que le clausuren los Centros?- y que en estas horas de abatimiento colectivo ella rehabilita, con su coraje combatiente, el decoro nacional de los españoles.

»En la propaganda electoral se dijo que la Falange no aceptaría, aunque pareciera sancionarlo el sufragio, el triunfo de lo que representa la destrucción de España. Ahora que eso ha triunfado; ahora que está el Poder en las manos ineptas de unos cuantos enfermos, capaces, por rencor, de entregar la Patria entera a la disolución y a las llamas, la Falange cumple su promesa y os convoca a todos -estudiantes, intelectuales, obreros, militares, españoles- para una empresa peligrosa y gozosa de reconquista.

¡Arriba España! Por Falange Española de las J. O. N. S., el Jefe Nacional, *José Antonio Primo de Rivera.»*

Impreso clandestinamente, el manifiesto se reparte, en medio de la emoción de España, por los camaradas en libertad. Casares Quiroga, Azaña, Martínez Barrio y Alonso Mallol lo encuentran, sin saber cómo, encima de sus mesas de trabajo. Se redoblan las órdenes y la vigilancia. Se multiplican las detenciones de falangistas. El miedo de unos, la admiración de otros, las esperanzas tímidas de éstos, la cólera brutal de aquéllos, resumen la vida de Madrid en una palabra, mil, diez mil, cien mil veces repetida cada día: «Falange.» Falange es el coco para los rojos y el presagio alegre para quienes piensan en nacional. Falange polariza la atención política de España. Atrae sobre sí todos los rayos de los jupiterescos frente-populistas, y permite a otros la libertad de movimientos para preparar el Alzamiento Nacional. Ha llegado el momento soñado por la Falange: España piensa en ella, como ella ha pensado en España tanto tiempo. Por una trágica coincidencia, ese momento de encuentro de los sueños gloriosos ha tenido lugar el día que la Falange, mandada por su capitán, entra en la Cárcel Modelo, de Madrid, para

inmortalizar de sangre generosa las piedras hoscas de sus galerías. El día que también se abre, para vergüenza de la historia nacional, el último Parlamento español. Nuestro sitio no está allí. Tampoco al aire libre y bajo las estrellas, como quería José Antonio. Nuestro sitio estaba en la cárcel, pero como el Jefe mandaba: en vigilancia tensa, fervorosa y segura.

JOSÉ ANTONIO, EN LA CÁRCEL MODELO

YA hacía tiempo que el siniestro «Abanico» de Madrid dejara de ser, como seguramente se propusieran sus constructores, un centro de reclusión para maleantes y delincuentes. La subversión moral que siguiera en España al advenimiento de la República cambió totalmente su fisonomía, y sobre todo en las celdas llamadas de políticos, alojaba, con frecuencia, ilustres nombres españoles. Durante largos años, interminables -los casi dos siglos del primer bienio-, tres hermanos -los Miralles-, que habían de alcanzar en la Guerra de Liberación la gloria de los mejores, midieron con sus pasos de angustia las losas de sus patios. En distintas épocas de aquellos tiempos hediondos, apellidos gloriosamente españoles habían llenado los ficheros de la Dirección. Para ellos, Victoria Kent no tenía las delicadezas que su tierno espíritu dedicaba a los profesionales del crimen, futuros aliados y dirigentes de la política republicana.

Pero nunca la Cárcel Modelo fue como a partir de aquel 16 de marzo de 1936 en que José Antonio y la Falange la ocuparan, academia y convento, gimnasio y escuela, cuartel y cenáculo. Jamás en sus galerías y celdas ([303]), en sus patios y rejas, hubo más ilusión y más orgullo, más fe y más alegría. La cárcel de la Falange era la mejor de las liberaciones. Se huía -como cuando se va al campo- de la fealdad urbana, cada vez más monstruosamente obscena, chabacana y sucia. La cárcel de la Falange se convertía en aula para lecciones sublimes, en campamento para batallas épicas, en puente de oro de paso para inmortalidades legendarias.

José Antonio lo sabía. Adivinaba que aquel encierro sólo tendría una posible salida a la gloria radiante. Su esfuerzo de Maestro y Capitán de hazañas épicas era templar el espíritu de sus soldados y discípulos para un bello salir al Destino. Con esa finalidad organizó la vida en la prisión, transformada en atrio de un difícil paraíso.

«Cuartel General de la Falange» llamaba José Antonio a la Modelo, y más de una vez propuso, medio en serio, medio en broma, a su director, que cambiase el rótulo de la puerta. Y en efecto: Cuartel General de la Falange era, con casi todos sus hombres mejores guardados en ella.

[303] José Antonio ocupó la celda que antes de la República había alojado a Largo Caballero.

-Porque la cárcel es incómoda, nos va bien a los falangistas -decía el Jefe. Y todos asentían, aceptando, gozosos, la incomodidad.

-Nada más entrar hemos declarado la guerra al tedio y a las ratas. Al primero lo hemos vencido sin combate. Para las otras, necesitaremos la artillería gruesa -me contaba una vez desde su reja.

Se conocen bien los detalles de la vida en la prisión. José María Villapecellin, en un pequeño folleto titulado *José Antonio, en la cárcel y a hombros de sus camaradas* (Barcelona, 1939); Raimundo Fernández Cuesta en alguna interviú periodística ([304]) y otros camaradas en diversos trabajos, han narrado el género de vida y la temperatura del espíritu en aquellos días maravillosos.

«-Un método en las vidas -dice Villapecellin-. Reglamentamos las horas en sentido de civilización. José Antonio nos impone disciplina con su propia disciplina: ejercicios gimnásticos y deporte. Unas duchas preparatorias del trabajo intelectual. Alternamos los temas sociales y políticos con la poesía; por eso nuestra política tiene un sentido ampliamente poético, y nuestras poesías hablan de una justicia social. La hora de las visitas en conversación de camaradería, con unas gotas de cierta sobriedad amorosa. Un almuerzo frugal sin variedad de gustos ([305]). La sobremesa invita a descansar el espíritu, mientras José Antonio trabaja constantemente en el silencio de nuestras voces. Partidos de pelota y de fútbol. La noche siempre nos sorprende en nuestro ciclo de conferencias, en las que aprende el conferenciante aceptando la controversia del maestro. Y algunas veces comprendemos que estamos en la cárcel.»

Los días de la prisión no son largos ni cortos. Son -lo mismo que fuera- días, sucesión de horas, espera de lo que no llega; alba de esperanza, crepúsculo de desilusión, plena noche de amargura. La vida es una prisión, y, desde luego, mucho menos alegre que aquella prisión iluminada de la presencia de José Antonio, a la que quisieran volver eternamente quienes tuvieron la suerte de compartirla. Quienes estábamos fuera moríamos de envidia. La cárcel de la Falange era nuestra aspiración ardiente. Ser preso de la Falange era disfrutar la presencia y la lección de José Antonio.

José Antonio lee, escribe, juega al ajedrez y al fútbol, recibe visitas innumerables. La hora diaria de comunicación colectiva, en que cientos de personas, después de larga cola en la puerta de la prisión, logran entrar a estrechar las manos de los presos y a recibir su cálido optimismo, se amplía

---

[304] Para José Antonio -ha dicho Raimundo- los muros de la cárcel eran un retiro providencial. «No me importan dos años de cárcel -dijo una vez el Jefe-. Repasaré el Bachillerato.» Frase que recuerda -por la poca importancia que se da al suceso que la motiva- a la pronunciada por Mussolini la primera vez que fue detenido: «Hoy comienza el primer período de mis vacaciones de verano.»

[305] Le llevaban la comida de una tasca cercana. El primer día sus hermanas enviaron a ,José Antonio el almuerzo de su casa. José Antonio lo rechazó, diciendo: «Las almas, como los cuerpos, se forjan en el sacrificio. No olvidar que de señoritos no tenemos más que nuestro señorío.»

para José Antonio. Por su calidad de abogado, puede recibir en el locutorio privado a sus pasantes y a sus clientes, que sólo le consultan sobre el gran pleito de España.

Los de fuera aprovechábamos todas las ondas sensibles de la plaza pública para captar noticias que llevar a la cárcel. En ésta recogíamos brazadas de ilusión para inundar la calle de presagios. Misión de enlace entre la sombría libertad y la prisión luminosa. Al principio no era difícil entrar. Se engañaba a los guardias o a los oficiales de Prisiones. «Soy primo de Salazar, cuñado de Ruiz de Alda o tío de Cánepa.» Jamás los presos habían tenido más extensa parentela. Las muchachas, más decididas, gritaban siempre la verdad: «Vamos a ver a José Antonio.»

Las muchachas... Para la tonada norteña y melancólica, un camarada montañés desconocido, de no se sabe qué galería, inventó unas palabras que se cantan en voz baja en las largas hileras de los que esperan impacientes:

-¿Adónde vas, morenita?
-Voy a la Cárcel Modelo
a ver a los falangistas
que los tiene prisioneros
el Gobierno socialista...

Desde las galerías se transmite también a la calle otro himno humorístico de los presos juveniles y contentos:

La cárcel de Madrid
es una gran prisión,
donde se muere el preso
por falta de atención.
Y si quieres comer,
lo tienes que pagar,
porque lo que te sirven
no lo puedes tragar.
Arroz, judías y lentejas
que no se pueden tragar,
y el café de por la mañana
es aceite de ricino
que sirve para purgar...

Los días pasan. La entrada se hace cada vez más difícil. Hay que exhibir la cédula, y la burocracia frentepopulista toma nota detallada de las personas que entran a visitar a los presos. Listas que, andando el tiempo, crearán nuevos presos y mártires en las checas madrileñas. No importa. Se presiente todo, y se acepta. Se irá a la muerte con alegría por el horrible delito de haber visitado en la cárcel a los falangistas.

José Antonio recibía a los visitantes como sabe recibir un gran señor en su palacio a sus invitados. Para cada uno -mujer, hombre, anciano o joven, aristócrata u obrero- tenía la frase exacta de gratitud y de cordialidad. A los

camaradas nos reservaba los minutos precisos para las consignas preciosas. Una de ellas, repetida eternamente, era ésta:

«No quiero más falangistas en la cárcel. La cárcel es un lugar fácil y cómodo. La dificultad y la incomodidad están en la calle. Ser preso es ser un poco desertor.» Con esto trataba de calmar la impaciencia de quienes creíamos que estar libres cuando él y los mejores estaban prisioneros era un deshonor.

En otro lugar he contado algunas frases que en diferentes visitas me dijo. En el conjunto total de su vida que quieren ser estas páginas, tengo que recordarlas.

Un domingo -mis visitas a la cárcel eran sólo en días festivos, retenido los laborables por mi trabajo-, camino de la prisión, me crucé con los grupos marxistas, vociferantes e iracundos, que volvían de inaugurar en el Parque del Oeste el monumento a Pablo Iglesias, obra del escultor rojo Emiliano Barral. Inútil relatar el aspecto hediondo del rebaño de futuros milicianos y «tiorras». Inútil también decir cómo la rabia y la vergüenza, después de enrojecer nuestras mejillas, las teñían de lividez mortal, mientras las venas de las sienes y los pulsos trepidaban de cólera e impaciencia sagradas.

Al entrar en la galería de comunicación de los presos políticos, José Antonio adivinó en mi rostro descompuesto algo extraño.

-¿Qué te pasa? -me preguntó.

Le relaté lo visto, y con vehemencia le expresé el asco y la indignidad de la calle.

-No se puede estar decorosamente en España más que en el cementerio o en la cárcel con vosotros.

De nuevo oí su reprimenda y su prohibición:

-Para ti y para todos los camaradas que, como tú, aspiráis a esta inacción estúpida de la cárcel es esta advertencia: no quiero un falangista más aquí. Con el primero que venga sin mi consentimiento, si no es por un motivo razonable, como haberse cargado a Azaña o a Largo Caballero, usaré de toda mi autoridad de Jefe Nacional de la Falange para ponerle de patitas en la calle.

Hablaba medio en serio, medio en broma. Pero con tal contundencia y seguridad, que imaginábamos verle chillando al director de la Modelo para que no admitiese al camarada indeseable.

Otro domingo, en cambio, fue él quien me pronosticó la cárcel:

-Quizá no tardes en venir por aquí. Aprovecharé tu estancia para que hagamos juntos una comedia. Tengo un argumento magnífico, pero no sé dialogar.

Le contesté mi extrañeza, ya que era un conversador formidable, y replicó que eso era antes de la cárcel, porque desde que estaba en ella todo se lo decía Sánchez Mazas en sus interminables soliloquios.

La comedia que José Antonio tenía pensada -según me dijo alguna vez- trataría, en moderno y en el aspecto político, el tema de Job.

-¿Autorretrato? -le pregunté.

-No. A mí la vida todavía no me ha hostigado demasiado la paciencia.

En algunos ratos libres escribía una novela. El primer capítulo -le oí decir- era una evocación de la vida del viajero en un vagón del ferrocarril, a través de cambio de paisajes que desfilan por la ventanilla ([306]).

-Algo proustiano -le dije.

Contestó que no y se extendió en una disertación sobre el estilo de Proust, que no le gustaba. Lo encontraba artificioso, amanerado, afectado y decadente.

Según Villapecellin, que debió oír a José Antonio algún detalle sobre su novela -inacabada y perdida-, era una novela sentimental en la que se planteaba un interesante problema, casi, seguramente, autobiográfico. «Es el dominio de la mujer en el que la posee espiritualmente. Otro no tiene más que su cuerpo. En esta novela se revelan los sentimientos de este hombre enérgico» ([307]).

También Sánchez Mazas escribía una novela en la cárcel. Y los demás -menos o más- hacían sus ensayos literarios.

José Antonio leía mucho. En mayo le regalé el primer ejemplar salido de la imprenta de mi novela *Los nueve puñales*. Me lo agradeció con júbilo infantil. Al día siguiente dijo a mi padre: «Dile a Felipe que he leído su libro de un tirón. Que en lo sucesivo escriba novelas más largas para los camaradas presos. Un libro de doscientas páginas es sólo un par de horas de consuelo en este lago de tedio de la cárcel ([308]).

Sus lecturas predilectas eran biografías, libros de Derecho y Filosofía. También versos. Alguien le regaló un *Quijote,* que le mereció este comentario espléndido: «Hoy me han regalado un ejemplar del *Quijote*. ¿Por qué en España todas las cosas grandes se hacen desde la cárcel?» ([309]). Única observación conocida del jefe en que aludía a la magnitud de la obra que la Falange, encarcelada, realizaba por España.

Recibían también muchos regalos. Un día, una viejecita les llevó unos grandes papelones de cacahuetes. José Antonio se rió mucho, y, agarrado a los barrotes de la reja, hacía muecas y piruetas.

-Como nos ven detrás de la reja, nos toman por los monos de la Casa de Fieras -decía.

Otra mañana me dijo:

---

[306] Según Fernández Cuesta, titulada *El navegante solitario*. Llenaba por las noches las cuartillas con afán y pericia, mientras otros jugaban al julepe. José Antonio desconocía los juegos de cartas. En cambio, jugaba medianamente al ajedrez.

[307] *Nota de la segunda edición.-«En* efecto, ese carácter tenía y estaba inspirado en algún episodio amoroso de la vida de José Antonio» (carta citada de Raimundo Fernández Cuesta).

[308] *Nota de la tercera edición.-Algunos* escritores enviaron sus libros a José Antonio a la cárcel. Además del mío, me consta que recibió dedicados el de poemas de Agustín de Foxá *El toro, la muerte y el agua,* y el de otro diplomático español, don Virgilio Sevillano, titulado *La España... ¿de quién? (Ingleses, franceses y alemanes en este pais),* que agradeció vivamente a sus autores.

[309] Villapecellin, Ob. cit., pág. 22.

-Te voy a dar una sorpresa -y sacó del bolsillo de su «mono» de dril un paquete de cigarrillos, para ofrecerme uno y fumar otro. Efectivamente, me sorprendió, pues nunca le había visto fumar- Me he decidido porque aquí todo el mundo regala tabaco, y no es justo que yo no participe de los regalos colectivos a la Falange presa. Además, resulta que fumar es agradable. Es posible que si alguna vez salgo a la calle juegue también al *golf*. Todo lo que normalmente parece absurdo, visto desde e! ángulo de la prisión tiene una lógica aplastante.

Por San Isidro le llevé -sabiendo que amaba mucho a su Madrid tradicional, a pesar de su opinión de que había que prenderle fuego, salvando previamente cuatro cosas buenas- rosquillas del Santo. Las repartió con todos los presos, no sólo los falangistas, sino los de otras procedencias políticas y los comunes. También recibían cartas, flores y alguna botella deslizada de contrabando. Y otros regalos pintorescos. Unos chavales llevaron a José Antonio un balón de fútbol, «requisado» especialmente para él en Sepu. Otro camarada le regaló un revólver de plata que había quitado -completamente desarmado- a cinco cachorros de las juventudes marxistas; José Antonio se lo devolvió al jefe de aquellas juventudes con una tarjeta, en la que decía: «Para que otra vez les sea más útil. Reconozco que es un arma valiosa» ([310]).

A una señorita extranjera que por mediación de Pilar le manda un álbum de autógrafos le pone su firma, y encima, perfectamente rectas con lápiz rojo, cuatro rayas que se cruzan.

-¿Qué haces, José? -le pregunta Pilar, asombrada.

-Es un autógrafo de mucha significación. Casi un autorretrato. Explícaselo. José Antonio Primo de Rivera detrás de la reja de la cárcel. Y también es mi pensamiento tachado por la censura.

Un viejecillo se le acerca un día y le dice:

-Yo estaba todos los días queriendo averiguar dónde estaba usted.

-¿Dónde había de estar? -repuso José Antonio con su fresca jovialidad-. El Jefe Nacional de la Falange Española de las J. O. N. S. siempre está en su puesto.

Su gran preocupación es el fútbol ([311]). Un juego duro, violentísimo, sobre las losas de los patios, que practica a diario con el equipo de «políticos» contra los de otras galerías, contra los comunes, contra los de la F. A. I. José Antonio ha reclamado el puesto de delantero centro. Lo explicaba con términos aprendidos mitad del vocabulario falangista, mitad del de los cronistas deportivos: «La línea delantera; el eje del ataque; la vanguardia agresiva; aquí se entra por uvas; agilidad de corzo; el ariete; conductor de línea (esto era lo que más le gustaba: ser conductor de una línea de ataque); estar en la brecha; rematar de cabeza; ser el alma y el cerebro del equipo; avanzar en

[310] Villapecellin. Pág. 26.

[311] Una vez le anunciaron la visita de un personaje mientras se preparaba para jugar. «Decís que no estoy». exclamó, rápido, entre la hilaridad de todos.

flecha; sufrir las cargas más brutales..,» Efectivamente: pensando en la alegría juvenil de nuestra Falange, primitiva y heroica, imagina uno un equipo de campeones, y José Antonio como su capitán impetuoso.

-Me hubiese gustado jugar de extremó izquierda. Pero ¿qué habrían dicho de mí los de *El Debate?* -comentaba con guasa.

En el equipo -durísimo- forman también Ruiz de Alda, Fernández Cuesta, Villapecellin, Sainz, Cánepa, Guitarte, Bedriñana... Más adelante lo refuerzan los kilos y el vigor de Agustín Aznar.

Los «ases» del fútbol falangista no están en la Modelo. José Antonio lo deplora y comenta:

-Si tuviéramos a Hedilla y a Moriones, que saben jugar de veras, seríamos invencibles.

-El equipo rojo está rabioso. Les ganamos de todas, todas. Y a leñazos no nos pueden -decía otra vez. Se había asimilado con gracejo y elegancia el peculiar *argot* de los «hinchas» del popular deporte.

Lectura, idilios -«toda la Falange tiene novia, y yo soy un poco novio de las novias de todos los camaradas»-, bromas, buen humor, apetito, sueño, deporte... y trabajo, mucho trabajo.

José Antonio despacha una correspondencia abrumadora. Escribe artículos para el *No Importa* y para varios periódicos de Madrid y provincias, que los publican sin su firma para burlar la censura; evacua consultas políticas, redacta escritos y prepara informes para defensa de sus camaradas y la suya propia. Como está preso y no puede ir a estrados, son sus pasantes -Garcerán, Sarrión, Reyes, Matilla- y algunos abogados afines -sobre todo, Serrano Jover- quienes actúan en los procesos de los otros. Para los suyos propios, como se ven en el Tribunal de Urgencia de la misma cárcel, recaba el derecho de autodefensa, y lo obtiene. Escalonadamente se le ha procesado por asociación ilícita, por desacato a la autoridad, por tenencia ilícita de armas...

-Voy a ser el eterno procesado. Y lo peor es que no voy a tener dinero para pagarme las minutas -observa.

LAS ELECCIONES DE CUENCA

AL mismo tiempo, las elecciones de Cuenca le absorben tiempo. No le interesaban gran cosa, pero no puede dejar mal a los amigos que las trabajan, a los electores que habrán de votarle y a la Falange que necesita de él en el Parlamento. El domingo que se celebraron se jugó en la cárcel el partido final del campeonato de fútbol, y José Antonio decía con naturalidad que prefería la victoria en aquél que en el escrutinio. Esto -que es cierto, aunque la malicia lo juzgue una frase para la Historia- es muy propio del temperamento de José Antonio.

Villapecellin lo explica certeramente: «Era preciso conocer a aquel hombre, que medía las cosas en postura elegante -dice-. Ganar el partido era el triunfo definitivo de la Falange; sacar el acta de diputado era salvar su vida gracias a la inmunidad parlamentaria, que le pondría en libertad.» Y era -añado yo- dejar a los camaradas fraternales en la orfandad de su ausencia y su consejo. Era empañar el brillo de la aureola de luz que ya llevaba la Falange. Pero también el poder defender en la calle, a pulmón lleno, a España y a los camaradas encerrados. Era la posibilidad de descubrir enjuagues y estraperlos. Era empavorecer a las izquierdas y a las derechas con la tremenda voz de la verdad que España -despierta después del 16 de febrero- quería oír. Y era, finalmente, si el triunfo le acompañaba, la venganza incruenta y sabrosa de aquellos Comités electorales derechistas que en febrero le habían negado puesto y a última hora trataban de enfrentar -por vez primera; más tarde lo repetirían con él, uno ya muerto gloriosamente y el otro vivo en la gloria también- su nombre con el del General don Francisco Franco. Apenas hecha pública la candidatura de José Antonio, un grupo zurcidor y muñidor de corcusos políticos, sabedor del prestigio inmenso del General ilustre, lanzó su nombre a una candidatura con la intención malsana de captarle para un núcleo restringido en lugar de para España y apartar a José Antonio de las Cortes, donde su palabra-escalpelo iba a calar todas las inmundicias y cobardías. No contaron con que el General Franco, que no era político ni quería serlo, sintiéndose llamado por la Providencia para misiones más altas, iba a despreciar el sitio que el miedo y la táctica le cedían en una minoría parlamentaria. Franco renunció, y José Antonio pudo liberarse del escrúpulo de enfrentar su nombre al del General.

En las elecciones generales del 16 de febrero, la coalición de derechas -Renovación, Ceda y radicales- había obtenido un triunfo rotundo en Cuenca, alcanzando, con más de diez mil votos de diferencia, los cuatro puestos de la mayoría y los dos de las minorías. No obstante, al constituirse el Parlamento rojo, se anuló arbitrariamente la elección, arrebatando las seis actas al conglomerado derechista. El dictamen de la Comisión propuso la no proclamación y validez de la elección de los candidatos proclamados «por no haber llegado ninguno de ellos al cuarenta por ciento establecido por la Ley». Es decir, anuló la elección y convocó otra distinta, no una segunda vuelta. Para esta nueva elección se decidió presentar candidato a José Antonio ([312]). El Gobierno, al saberlo, temió que la reacción de España en favor del héroe de la Falange le arrebatara la preciosa presa de su persona mediante un triunfo clamoroso, y decidió por todos los medios -legales o ilegales- privarle del acta. Además de las órdenes secretas a las milicias frentepopulistas, el gobernador civil de Cuenca -secretario particular del ex Ministro Álvarez Mendizábal-

[312] El domingo de su proclamación dijo a Garcerán: «Estoy completamente seguro de que Casares no ha dejado pasar mi nombre. Ya cuento de antemano que esta prisión será la última mía.»

ordenó que no se computaran votos a los candidatos que no hubiesen obtenido el «quorum» en la primera vuelta, como si se tratase de una segunda y no de elección totalmente distinta. Por esta orden dejaron de computarse los votos de José Antonio en más de un centenar de secciones. En otras hubo roturas de urnas, robo de actas, falsificaciones, atropellos, tiros, inexactitud de escrutinios y demás cortejo democrático del sagrado derecho de sufragio. Los apoderados e interventores de José Antonio fueron apedreados o tiroteados; el coche de su hermano Miguel, incendiado, y al regreso, detenidos Miguel, Garcerán y otros camaradas. El Gobierno rojo hizo, con todas sus armas, la demostración más palpable de beligerancia, no contra el fascismo, sino contra José Antonio y contra España, que, representada en aquella ocasión memorable por la humilde provincia de Cuenca, quería ya, angustiadamente, arrancar al Jefe Nacional de la Falange de su destino glorioso, trágicamente inexorable. José Antonio, a pesar de las brutalidades del Gobierno, obtuvo una votación suficiente para ser diputado, pero el Congreso no la aceptó, no obstante la acertada -y *única*- defensa que de su derecho hizo el diputado de la Ceda don Ramón Serrano Súñer ([313]). Los demás capitostes derechistas, al callar como esfinges, otorgaron su aprobación al inmundo expolio. Era tan cómodo para las derechas como para las izquierdas no tener a José Antonio en el Parlamento. Y además, las derechas, teniendo a José Antonio encarcelado, disponían de un comodín para su propaganda.

La repugnante farsa democrática no impresionó lo más mínimo al Jefe. Sabía lo que le quedaba por pasar y aguardaba tranquilamente su calvario. Tampoco le amargó la indefensión en que le dejaron las derechas. Ellas, con su medrosismo de febrero, habían provocado la situación en que la Falange se encontraba, y ahora pagaban sus culpas viendo cómo la España nacional se apartaba de ellas para fijar su atención anhelante en la Falange presa.

Las elecciones de Cuenca inspiraron a José Antonio un artículo que vio la luz en *Informaciones,* en el que decía: «He aquí lo que son las cosas. Primero nos derrotaron en las elecciones. Soy acaso el candidato más profusamente derrotado que conoce España, y mis compañeros de candidatura, igual. Hablo de las elecciones de febrero, porque en éstas de ahora, en Cuenca, no he sido derrotado, sino triunfante. Para quitarme el puesto han tenido que robar medio centenar de actas, pistola en mano, facinerosos llevados *ad hoc* de Vallecas y Cuatro Caminos. Las autoridades conquenses no han cubierto con perifollos su menosprecio de la Ley. En un pueblo donde mi candidatura triunfaba ordenó el gobernador que, por buenas componendas, se diera la mitad del censo a cada lista. En el acta, que firmaron, ingenuos, hasta los interventores del Frente Popular, constan declarados los términos del compromiso y hasta la paternidad gubernativa de su inspiración. Lo de

[313] Para más detalles de estas elecciones, véase el «Dictamen de la Comisión» sobre ilegitimidad de poderes actuantes el 18 de julio de 1936 y su «Apéndice I» (páginas 83 y siguientes). Editora Nacional. Barcelona. Año de la Victoria.

Cuenca no ha sido una derrota electoral, sino otra cosa tan burda, tan descarada, que más vale tomarla a risa...»

El artículo -en que no hay despecho ni cólera, sino. la objetividad y el desprecio que acompañaba siempre al juicio de la política en la mente de José Antonio- terminaba, como otros tantos suyos, con el altísimo acorde profético: «Primero, derrotados, y luego, perseguidos; al fin, según dicen, disueltos. La Falange no existe; la Falange no tiene importancia. Eso dicen. Pero ya nuestras palabras están en el aire y en la tierra, y nosotros, en el patio de la cárcel, sonreímos bajo el sol. Bajo este sol de primavera en que tantos brotes apuntan.»

La elegancia espiritual de José Antonio se demostró una vez más con ocasión de todo aquel chanchullo sin precedentes en la chanchullera historia política de España. Al domingo siguiente de la elección estaba olvidado definitivamente por él y por la Falange. Era un episodio sin importancia para las páginas de gloria hasta el final presentido.

«-En el espejo de la noche he visto mi vida -decía José Antonio a Garcerán y Villapecellin-. En sueños he visto que me fusilaban, y he sabido morir con dignidad. Es cuestión de unos segundos y merece la pena...» ([314]).

LA FALANGE CLANDESTINA.- EL 16 DE ABRIL

MIENTRAS los días pasaban así en la cárcel, la Falange, en libertad precaria, emprendía una vigorosa actividad clandestina. Ni una sola de las órdenes superiores, transmitidas misteriosa y milagrosamente, quedaba incumplida. El mismo día 15 de marzo hubo un tiroteo frente a la casa del Lenin español., Largo Caballero. El 7 de abril, una bomba explosiva se depositó hábilmente en casa de Eduardo Ortega y Gasset. El 13 de abril cayó el magistrado Pedregal, ponente en la causa instruida por el atentado a Jiménez de Asúa, en la que se condenó, sin pruebas, a cadena perpetua a nuestro magnífico camarada Ortega, muerto al iniciarse el Movimiento en el penal del Dueso, donde cumplía la condena. El 14 de abril, en pleno despliegue de fuerzas republicanas en la Castellana, estalló un petardo junto a la tribuna presidencial, haciendo rodar por los suelos, poseídos de un pánico indescriptible, a todos los enchisterados prohombres del régimen que presenciaban, coléricos, las aclamaciones de Madrid a la Guardia Civil. Como consecuencia de los sucesos, las turbas asesinaron al alférez De los Reyes, de la Benemérita. El entierro, celebrado contra viento y marea en la tarde del 16, fue la más grandiosa manifestación pública de la Falange. El General Pozas,

[314] ¡Magnífico sueño de su heroísmo sobre el camastro sin sábanas en que dormía vestido con su mono azul, para no hacer esperar a los verdugos que llegasen con prisas!

Director de la Guardia Civil, había ordenado un itinerario para el traslado de los restos. Los oficiales del Ejército, Seguridad, Asalto y Guardia Civil y los falangistas impusieron el desfile por la Castellana. Cuarenta o cincuenta mil personas seguían el féretro en imponente desfile de duelo y de protesta. En la esquina de la calle de Bretón de los Herreros se produjo una cobarde agresión marxista. Desde una casa en construcción, obreros y milicianos rojos barrieron con sus pistolas ametralladoras la manifestación pacífica. Por primera vez la sangre de José Antonio se ofrendó a la salvación de la Patria. Andrés Sáenz de Heredia, primo hermano del Jefe, cayó muerto. Más tarde, asesinado fríamente por los guardias de Asalto del teniente Castillo, caía nuestro camarada Rodríguez Gimeno, alférez de Falange. Las represalias de la Falange aquella tarde justificaron bien la fama de virilidad y dureza de nuestra primera línea. El Depósito Judicial acogió por cada uno de los nuestros a diez de los contrarios, según quería el estribillo de la canción antes citada. Mientras el entierro se convertía en batalla, los jefes derechistas -que, venciendo sus escrúpulos y timidez, se habían decidido a acompañarlo- ganaban precipitadamente sus coches para llegar a un Congreso donde los diputados frentepopulistas temblaban de pánico. En las calles que conducían a la Necrópolis, miles de falangistas clamaban su «España, Una, Grande y Libre» y sus arribas erectos como lanzas velazqueñas, mientras el público y muchos guardias gritaban desesperados: «¡Al Congreso! ¡Al Congreso!»

Pero no estaba José Antonio en la calle. José Antonio estaba encarcelado y ajeno a aquel hervor frenético que llenaba los corazones de su nombre, ya legendario: «¡Si José Antonio estuviese libre!...» «¡Si la Falange tuviera a su Jefe!»... «¡Si España hubiese tenido hoya su héroe!»

El héroe, preso, jugaba -en un rato de descanso- al noble e imperial ajedrez cuando vinieron a darle la noticia del asesinato de su primo hermano. Los demás leen, estudian, hablan de las madres o las novias. José Antonio se levanta solemnemente y comunica a sus camaradas la muerte en acto de servicio de Andrés Sáenz de Heredia. Sus ojos resisten a las lágrimas por el amigo, camarada, el consanguíneo, partícipe de los juegos infantiles, primero; y luego, en el gran deporte falangista de la guerra con las esquinas pistoleras. Su voz tampoco tiene trémolos de debilidad. El dolor, por el contrario, sabe hacerla más fuerte: «¡Andrés Sáenz de Heredia!», grita. Y todos los camaradas responden a una, brazo en alto: «¡Presente!» Acabado el rito sobrio, el Jefe ordena que cada uno siga su trabajo. Una pausa de escalofrío, y los soldados enclaustrados o monjes acuartelados de la Falange vuelven a su tarea. José Antonio continúa su partida de ajedrez.

Días más tardé, José Antonio escribe a Bravo:

«Querido camarada y amigo: Mil gracias por tu carta, no sólo por lo que tiene para mí de afectuosa por la muerte de mi pobre primo Andrés, sino por el testimonio que me trae de vuestro admirable espíritu en la prisión. Podemos, en realidad, estar contentos: nunca ha habido organización política que haya padecido persecución tan intensa y nunca tampoco ha conservado

ninguna organización, en trance semejante, nuestro garbo, nuestra misión y nuestra eficacia revolucionaria. Esto último, sobre todo, es sorprendente. La hemos mantenido desde el primer día y la mantenemos intacta, *contra todo,* como no se ha visto nunca. Por eso la gente empieza a venir a nosotros. Ya verás qué buena cosecha de camisas azules, como tú dices, tan pronto como ceda un poco la persecución, y *aunque no ceda.*

»Yo aquí trabajo constantemente, y ya he montado un aparato de reorganización del Partido, del que pronto tendrás muestra.

»A todos los presos ahí -hazme el favor de decirlo a los demás- os abraza vuestro camarada *José Antonio Primo de Rivera.»*

No exageraba el Jefe al hacer la apología del garbo y la eficacia de sus camaradas. El 7 de mayo habían eliminado al peligrosísimo capitán de Artillería Carlos Faraúdo, instructor de las milicias socialistas. El 8 habían casi realizado la eliminación del ex Ministro Álvarez Mendizábal, que recientemente insultara de modo grosero al Ejército. El *No Importa,* boletín de los días de persecución, salía cuando quería y se leía con fruición por toda España, repartido de forma misteriosa. En él se daba cuenta del derrumbamiento de España y de la ascensión aguileña de la Falange en todas partes. Todos los telegramas cifrados de los gobernadores civiles al Ministro de la Gobernación que no llegaban a los diarios se recibían clandestinamente para el *No Importa,* que los publicaba entre la desesperación de Casares Quiroga y Mallol, quienes lo encontraban sobre sus mesas de despacho... Represalias enérgicas, juegos de humor, como aquella sustitución de una lápida al sargento Vázquez en una calle de Orihuela por otra de Primo de Rivera, descubierta entre el chin-chin del Himno de Riego y la estupefacción rabiosa del público frentepopulista; como la fuga de Servet, el jefe de Murcia, de la cárcel local... Garbo y eficacia, sí. Tenía razón José Antonio.

«NO IMPORTA» Y LA CARTA A LOS MILITARES.

EL *No Importa,* redactado e impreso en la mayor clandestinidad, lo repartían las chicas de la Sección Femenina. Algunas los llevaban de un lado para otro en cochecitos de niño. El famosísimo e inolvidable boletín, hecho por los mismos redactores del viejo *Arriba,* administrado por los mismos administradores -la vieja Jefatura de Prensa y Propaganda- y censurado por José Antonio ([315]), se componía cada vez en un sitio. Los originales se entregaban a Mariano García en los sitios más dispares y en las formas más pintorescas. Todo Madrid era lugar de cita para la Falange: cafés, cines,

[315] *Nota de la segunda edición.-No importa* era revisado por José Antonio, y cuando marchó a Alicante encargó a Raimundo la tarea de revisar y censurar todos los originales.

museos. Uno de los principales centros de reunión era el Museo de Reproducciones Artísticas. Este era el Cuartel General de las Milicias, propuesto por Luis Aguilar a José Antonio. «Me parece bien -había dicho el Jefe-. Allí no irán los rojos, porque no saben que existe, ni los de la J. A. P ., porque para *El Debate* es pecado ver diosas de escayola desnudas.» Algunos magníficos escritores se sumaron al exiguo cuadro de redacción. Manuel Bueno -el ilustre pensador- y Tomás Borrás me entregaron artículos. El primero, impaciente, a pesar de la serenidad goethiana que era norma de su vida y su filosofía, se arrancó con unas cuartillas de magnífica prosa y escandaloso titulo: «En España, la cobardía se ha hecho general.» José Antonio me encargó devolvérselo y asegurarle que no era cierta su alusión y que debía esperarse con calma la actuación inminente y vigorosa del Ejército.

Lo mismo que el boletín, se repartieron por millares impresos de la Falange anunciando todo el programa comunista, que nuestros enlaces copiaban en las células y radios rojos; la hoja de servicios del General Núñez de Prado y la celebérrima, maravillosa y eficacísima «Carta aun militar español», firmada por José Antonio en la cárcel el día 4 de mayo. Esta carta, muchas veces reproducida, va a continuación, pues no puede faltar en esta síntesis del pensamiento político de José Antonio. Es uno de los documentos más emocionantes que salieron de su pluma. La profundidad de las ideas corre pareja con la gallardía de su estilo. Dice así:

«I.-ANTE LA INVASIÓN DE LOS BÁRBAROS

»¿Habrá todavía entre vosotros -soldados, oficiales españoles de tierra, mar y aire- quien proclame la indiferencia de los militares por la política? Esto pudo y debió decirse cuando la política se desarrollaba entre partidos. No era la espada militar la llamada a decidir sus pugnas, por otra parte harto mediocres. Pero hoy no nos hallamos en presencia de una pugna interior. Está en litigio la existencia misma de España como entidad y como unidad. El riesgo de ahora es exactamente equiparable al de una invasión extranjera. Y esto no es una figura retórica: la extranjería del movimiento que pone cerco a España se denuncia por sus consignas, por sus gritos, por sus propósitos, por su sentido.

»Las "consignas" vienen de fuera, de Moscú. Ved cómo rigen exactas en diversos pueblos. Ved cómo en Francia, conforme a las órdenes soviéticas, se ha formado el Frente Popular sobre la misma pauta que en España. Ved cómo en estos manejos ha habido una tregua hasta la fecha precisa en que terminaron las elecciones francesas, y cómo el mismo día en que los disturbios de España ya no iban a influir en la decisión de los electores franceses se han reanudado los incendios y las matanzas.

»Los "gritos" los habéis escuchado por las calles: no sólo el "¡Viva Rusia!" y el "¡Rusia, sí; España, no!," sino hasta el desgarrado y monstruoso

"¡Muera España!" (Por gritar "¡Muera España!" no ha sido castigado nadie hasta ahora; en cambio, por gritar "¡Viva España!" o "¡Arriba España!" hay centenares de encarcelados.) Si esta espeluznante verdad no fuera del dominio de todos, se resistiría uno a escribirla por temor a pasar por embustero.

»Los "propósitos" de la revolución son bien claros. La Agrupación Socialista de Madrid, en el programa oficial que ha redactado, reclama para las regiones y colonias un ilimitado derecho de autodeterminación, que incluso les lleve a pronunciarse por la independencia.

»El "sentido" del movimiento que avanza es radicalmente antiespañol. Es enemigo de la Patria *(Claridad,* el órgano socialista, se burlaba de Indalecio Prieto porque pronunció un discurso "patriótico"); menosprecia la honra al fomentar la prostitución colectiva de las jóvenes obreras en esos festejos campestres donde se cultiva todo impudor; socava la familia, suplantada en Rusia por el amor libre, por los comedores colectivos, por la facilidad para el divorcio y para el aborto (¿no habéis oído gritar a muchachas españolas estos días: "¡Hijo, sí; marido, no!"?), y reniega del honor que informó siempre los hechos españoles aun en los medios más humildes; hoy se ha enseñoreado de España toda villanía: se mata a la gente cobardemente (cien contra uno), se falsifica la verdad por las autoridades, se injuria desde inmundos libelos y se tapa la boca a los injuriados para que no se puedan defender; se premian la traición y la soplonería...

»¿Es esto España? ¿Es esto el pueblo de España? Se dijera que vivimos una pesadilla o que el antiguo español (sereno, valeroso, generoso) ha sido sustituido por una plebe frenética, degenerada, drogada con folletos de literatura comunista. Sólo en los peores momentos del siglo XIX conoció nuestro pueblo horas parecidas, sin la intensidad de ahora. Los autores de los incendios de iglesias que están produciéndose en estos instantes alegan como justificación la especie de que las monjas han repartido entre los niños de obreros caramelos envenenados. ¿A qué páginas de esperpento, a qué España pintada de chafarrinones de bermellón y de tizne hay que remontarse para hallar otra turba que preste acogida a semejante rumor de zoco?

»II.-EL EJERCITO, SALVAGUARDIA DE LO PERMANENTE

»Sí; si sólo se disputara el predominio de este o del otro partido, el Ejército cumpliría con su deber quedándose en sus cuarteles. Pero hoy estamos en vísperas de la fecha, ¡pensadlo, militares españoles!, en que España pueda dejar de existir. Sencillamente: si por una adhesión a lo formulario del deber permanecéis neutrales en el pugilato de estas horas, podréis encontraros, de la noche a la mañana, con que lo sustantivo, lo permanente de España que servíais ha desaparecido. Este es el límite de vuestra neutralidad: la subsistencia de lo permanente, de lo esencial, de aquello que pueda sobrevivir a la varia suerte de los partidos. Cuando lo permanente mismo

peligra, ya no tenéis derecho a ser neutrales. Entonces ha sonado la hora en que vuestras armas tienen que entrar en juego para poner a salvo los valores fundamentales, sin los que es vano simulacro la disciplina. Y siempre ha sido así: la última partida es siempre la partida de las armas. "A última hora -ha dicho Spengler-, siempre ha sido un pelotón de soldados el que ha salvado la civilización."

»La mayor tristeza en la historia reciente del Ejército ruso se escribió el día en que sus oficiales se presentaron cada cual con un lacito rojo a las autoridades revolucionarias. Poco después cada oficial era mediatizado, al frente de sus tropas, por un "delegado político" comunista y muchos, algo más tarde, pasados por las armas. Por aquella claudicación de los militares moscovitas Rusia dejó de pertenecer a la civilización europea. ¿Queréis la misma suerte para España?

»III.-UNA GRAN TAREA NACIONAL

»Tendríais derecho a haceros los sordos si se os llamara para que cobijaseis con vuestra fuerza una nueva política reaccionaria. Es de esperar que no queden insensatos todavía que aspiren a desperdiciar una nueva ocasión histórica (la última) en provecho de mezquinos intereses. Y si los hubiera, caería sobre ellos todo vuestro rigor y nuestro rigor. No puede invocarse al supremo honor del Ejército ni señalar la hora trágica y solemne de quebrantar la letra de las ordenanzas para que todo quedase en el refuerzo de una organización económica en gran número de aspectos injusta. La bandera de lo nacional no se tremola para encubrir la mercancía del hambre. Millones de españoles la padecen y es de primera urgencia remediarla. Para ello habrá que lanzar a toda máquina la gran tarea de la reconstrucción nacional. Habrá que llamar a todos, orgánicamente, ordenadamente, al goce de lo que España produce y puede producir. Ello implicará sacrificios para los que hoy disfrutan una posición demasiado grande en la parva vida española. Pero vosotros -templados en la religión del servicio y del sacrificio- y nosotros -que hemos impuesto voluntariamente a nuestra vida un sentido ascético y militar- enseñaremos a todos a soportar el sacrificio con cara alegre. Con la cara alegre del que sabe que a costa de algunas renuncias en lo material salva el acervo eterno de los principios que llevó a medio mundo, en su misión universal, España.

»IV.-HA SONADO LA HORA

»¡Ojalá supieran nuestras palabras expresar en toda su gravedad el valor supremo de las horas en que vivimos! Acaso no las haya pasado más graves, en lo moderno, otro pueblo alguno, fuera de Rusia. En las demás naciones, el Estado no estaba aún en manos de traidores; en España, sí. Los actuales

fiduciarios del Frente Popular, obedientes a un plan trazado fuera, descarnan de modo sistemático cuanto en la vida española pudiera ofrecer resistencia a la invasión de los bárbaros. Lo sabéis vosotros -soldados españoles del Ejército, de la Marina, de la Aviación, de la Guardia Civil, de los Cuerpos de Seguridad y Asalto-, despojados de los mandos que ejercíais por sospecha que no ibais a prestaros a la última traición. Lo sabemos nosotros, encarcelados a millares sin proceso y vejados en nuestras casas por el abuso de un poder policiaco desmedido, que hurgó en nuestros papeles, inquietó nuestros hogares, desorganizó nuestra existencia de ciudadanos libres y clausuró los Centros abiertos con arreglo a las leyes, según proclama la sentencia de un Tribunal que ha tachado la indigna censura gubernativa. No se nos persigue por incidentes más o menos duros de la diaria lucha en que todos vivimos: se nos persigue -como a vosotros- porque se sabe que estamos dispuestos a cerrar el paso a la horda roja, destinada a destruir a España. Mientras los semiseñoritos viciosos de las milicias socialistas remedan desfiles marciales con sus camisas rojas, nuestras camisas azules, bordadas con las flechas y el yugo de los grandes días, son secuestradas por los esbirros de Casares y de sus poncios. Se nos persigue porque somos -como vosotros- los aguafiestas del regocijo con que, por orden de Moscú, se pretende disgregar a España en Repúblicas soviéticas independientes. Pero esta misma suerte que nos une en la adversidad tiene que unirnos en la gran empresa. Sin vuestra fuerza -soldados- nos será titánicamente difícil triunfar en la lucha. Con vuestra fuerza claudicante es seguro que triunfe el enemigo. Medid vuestra terrible responsabilidad. El que España siga siendo depende de vosotros. Ved si esto no os obliga a pasar sobre los jefes vendidos o cobardes, o sobreponeros a vacilaciones y peligros. El enemigo, cauto, especula con vuestra indecisión. Cada día gana unos cuantos pasos. Cuidad de que al llegar el momento inaplazable no estéis ya paralizados por la insidiosa red que alrededor se os teje. Sacudid "desde ahora mismo" su ligaduras. Formad "desde ahora mismo" una unión firmísima, sin esperar a que entren en ella los vacilantes. Jurad por vuestro honor que no dejaréis sin respuesta el toque de guerra que se avecina.

»Cuando hereden vuestros hijos los uniformes que ostentáis, heredarán con ellos: o la vergüenza de decir: "Cuando nuestro padre vestía este uniforme dejó de existir lo que fue España", o el orgullo de recordar: "España no se hundió porque mi padre y sus hermanos de armas la salvaron en el momento decisivo." Si así lo hacéis, como dice la fórmula antigua del juramento, que Dios os lo premie, y si no, que os lo demande.

»¡Arriba España!

Madrid, 4 de mayo de 1936.»

CONSIGNAS

EL 13 de mayo José Antonio dirige esta circular a todas las Jefaturas Territoriales, Provinciales y de las J. O. N. S.:

«Camaradas: Pese a las persecuciones y al silencio a que nos sujeta el estado de alarma, nuestro Movimiento crece por todas partes con entusiasmo inconcebible. Ya esta Jefatura: ha adoptado las medidas precisas para que poco a poco, aprovechando todos los resquicios de oportunidad, se vaya rehaciendo en todas partes la red de nuestros mandos, rota en algunos sitios por el encarcelamiento de millares de militantes. Por otra parte, se está penetrando en capas de la sociedad española donde nuestra propaganda, hasta hace poco, había calado insuficientemente. Pronto llegarán a todas partes los efectos de esta tarea de reconstrucción, y en cuanto pasen los días del atropello inútil, en que una autoridad torpe se desgasta, renacerá nuestro Movimiento con redoblado brío, para rabia y confusión de nuestros perseguidores.

»Como consigna inmediata, a reserva de las órdenes e instrucciones que vayáis recibiendo, *permaneced en vuestro sitio y reanudad en cuanto podáis la comunicación con vuestros inmediatos jefes.*.

»Y ahora, *una advertencia especial:*

»Andan por España. algunas personas que, especulando con nuestras actuales dificultades de comunicación, aseguran a nuestros militantes que se han concertado fusiones o alianzas con otros partidos. Terminantemente: NO LES HAGÁIS CASO. No se ha llegado a pacto alguno con nadie. Quienes lo propagan sólo aspiran a aprovecharse de nuestro incremento en favor de agrupaciones en eclipse. Si algún día nuestro Movimiento llegara a pactar con alguien, llegará a vosotros la noticia directamente a través de nuestra jerarquía interna. NINGÚN RUMOR QUE NO LLEGUE. POR EL CONDUCTO DE NUESTRAS JEFATURAS DEBE MERECER EL MENOR CRÉDITO. Arriba España.

»Madrid, 13 de mayo de 1936.- El Jefe Nacional.»

* * *

Porque era cierto; los demás habían sacado diputados, pero sólo nosotros teníamos héroes y mártires. Los demás podían ser minoría en el Congreso, pero sólo nosotros éramos inmensa mayoría en el dolor de España. Los demás tenían Prensa fastuosa y aherrojada, y sólo nuestra hojilla clandestina cantaba las verdades a la Patria. España, pálida, nos miraba con ojos atónitos de esperanza, mientras a los demás les volvía la espalda con desprecio. ¡Ah si la Falange nos diese sus muertos y sus vivos ardorosos, su alegre clandestinidad sin miedo y sin tacha, nosotros le daríamos nuestra táctica y nuestro oro! Ya era tarde. Impertérritos en su eterna deshora, querían

captar incautos asegurando que José Antonio estaba de acuerdo con los otros. José Antonio sale al paso de la farsa escandalosa con palabras rotundas. No aceptamos tutelas ni mixtificaciones. Toda nuestra alegría y nuestro dolor han de ser exclusivamente nuestros. Como nuestra pobreza, nuestra prisión, nuestra rabia y nuestro coraje. El patrimonio del alma falangista no se podía malvender o alquilar a nadie. El que quisiera venir a nuestras filas oscuras tenía puesto en ellas para sufrir, luchar y morir. Pero aprovecharse de nuestros sufrimientos, nuestros combates y nuestras muertes, sacratísimos e íntimos en nuestra conciencia falangista, no lo toleraba José Antonio. En febrero había dado la primera señal de alarma. En mayo, la segunda. La tercera, y sin ambages, la lanzaría el 24 de junio.

LOS PROCESOS DE JOSÉ ANTONIO

EN las declaraciones de Raimundo Fernández Cuesta al periodista Alfredo R. Antigüedad sobre la estancia de José Antonio en la cárcel, publicadas en *Fotos* primero; reproducidas en un, folleto después y más tarde en el libro *Dolor y memoria de la Falange* ([316]), se habla de dos procesos de José Antonio en la cárcel, cuando en realidad fueron cuatro. A saber: primero, por un delito de imprenta; segundo, por la ilicitud de la Falange; tercero, por injurias al Director General de Seguridad, Alonso Mallol; cuarto, por tenencia ilícita de armas. Raimundo Fernández Cuesta olvidó el primero y el cuarto, no obstante la gran resonancia del último. Se vieron las cuatro causas en el Tribunal de Urgencia de la Cárcel Modelo ([317]).

El primer proceso tuvo lugar en la Cárcel Modelo, ante la sección cuarta de la Audiencia Provincial de Madrid, constituida en Tribunal de Urgencia. Se le acusaba de un supuesto delito de imprenta. El motivo del procesamiento había sido la publicación de unas hojas clandestinas, firmadas por José Antonio en su calidad de Jefe Nacional de la Falange Española de las J.O. N. S. (Probablemente, el manifiesto famoso de los sótanos de la Dirección General de Seguridad.)

---

[316] En esta interviú se ha deslizado un lapsus garrafal, que ni censura ni Dirección de Prensa ni nadie ha corregido. En el colofón, el periodista llama a José Antonio «Pegaso» de España. Es decir, caballo con alas. Todo lo mítico que se quiera, pero cuadrúpedo. El lapsus hubiera hecho reír a José Antonio un rato, pasado el cual hubiera hecho purgar al autor y a todos los que debieron advertir a tiempo la monstruosa «Perla».

[317] *Nota de la segunda edición.-En* su carta referida, Raimundo Fernández Cuesta me decía: «En mis declaraciones a *Antigüedad* le hice referencia al proceso por la tenencia ilícita de armas, pues todo el acto de la vista y el escándalo final los escuchamos pegados a una puerta que separaba nuestro departamento de la Modelo de la sala donde aquélla tuvo lugar.»

El fiscal, señor Carsi, solicitó para el procesado la pena de dos meses y un día de arresto mayor. José Antonio -que se defendió a sí mismo- se limitó a manifestar que él se hallaba detenido en la cárcel cuando se publicaron dichas hojas. El Tribunal le condenó de acuerdo con la petición del Ministerio Público.

En el segundo actuaron de defensores José Antonio y José María Arellano. Tuvo lugar el día 30 de abril. El informe de José Antonio probó tan cumplidamente la licitud de nuestra Organización que la Sala, no obstante las presiones y amenazas del Gobierno Casares, falló de acuerdo con el Jefe-Letrado. Había instruido el sumario el Juez Ursicino Gómez Carbajo, que en el auto de procesamiento afirmaba haber en la Falange «fines ocultos y delictivos». La sentencia no los encontró; absolvió libremente a los procesados y declaró no haber lugar a la disolución de la Asociación Falange Española de las J.O.N.S.

La publicación de este fallo fue prohibida por la censura. El leguleyismo frentepopulista promovió un risible recurso de casación por quebrantamiento de forma, destinado también, como el proceso, a un espantoso fracaso. La única Prensa libre de España, el ágil *No Importa,* publicó la sentencia con este rótulo joseantoniano: «El Gobierno, fuera de la Ley.- Falange Española de las J.O.N.S., declarada lícita por los Tribunales, sigue soportando el atropello gubernativo.»

Con motivo de este titular estuvo a punto de tomar ricino toda la redacción del *No Importa,* pues el cajista compuso «ilícita» por «lícita» y así salieron algunos números. Felizmente se remedió el error y José Antonio no llegó a verlo.

El tercer procesó fue por injurias a Mallol, que más arriba he contado. Sea cual fuere la forma de producirse la injuria al feroz Director General de Seguridad, lo cierto es que José Antonio habló de los cuernos y no de los «procedimientos» del Director General de Seguridad, como dice Fernández Cuesta en su interviú, velando púdicamente el realismo y el vigor de expresión de José Antonio ([318]), porque a los dos o tres días de la vista, cuando ya circulaba por Madrid el detalle del informe genial del Jefe, estuve en la cárcel y le pregunté la veracidad del rumor de los corrillos y tertulias.

-Es cierto -contestó José Antonio-, y te hubieras divertido oyendo mi informe. Yo, por la menos, jamás he pasado un rato mejor en estrados. Todos los que me oían estaban muertos de risa, y los magistrados -a pesar de que, según su

[318] *Nota de la segunda edición.-«*También empleé el término "cuernos" y no procedimientos en la entrevista que tuve con *Antigüedad.* Por cierto que en la preparación de la defensa ayudamos a José Antonio, Rafael, Julio, Salazar y yo, buscando en un ejemplar de la Biblia que tenía Rafael todas las citas en que aparecía la palabras "cuernos", empleada naturalmente en sentido diferente al en que José Antonio lo hizo en la Dirección. También citó como defensa el haberse usado esa palabra como sinónima de poder durante la ceremonia de imposición del capelo al Nuncio Tedeschini» (carta citada de Raimundo Fernández Cuesta).

costumbre, sólo oían a medias- a duras penas podían contenerla. Continuamente el Presidente daba campanillazos. Figúrate que empecé por negar la acusación que se me hacía de haber dicho que Mallol rompió los sellos con los cuernos, afirmando haber hablado sólo de «aditamentos óseos». En seguida sostuve que eso, entre personas cultas, no puede ser una injuria. Lo argumenté y probé con citas históricas y mitológicas. Hablé de los judíos -tan admirados del régimen actual-, que juraban por los cuernos de Jehová, suponiendo esos aditamentos al Dios de las alturas. Me referí al buey Apis, uno de los dioses mayores de los egipcios; al toro alado de los asirios y a los de Guisando, de origen celta; aludí a Júpiter adoptando la figura táurica para su coqueteo con Europa, y cité varios ejemplos de más religiones en que son dioses lares y tutelares machos cabríos de más o menos pares de cuernos. En este sentido elogioso, ditirámbico, había yo aludido al Director General de Seguridad. Claro -añadí- que hay otra acepción vulgar de los cuernos, que es suponer los poseen aquellos maridos infelices a quienes la esposa les sale casquivana. Pero la cosa, dicha así, es francamente incorrecta, y yo, aun cuando tengo otros muchos defectos, carezco del de la incorrección. Además, de haber pronunciado con intención ofensiva la palabra cuernos, hubiese ofendido a una dama, la señora de Alonso Mallol, a quien no tengo el gusto de conocer y supongo dignísima, honradísima e incapaz de faltar al respeto debido al lecho conyugal, aun cuando haya por ahí quien le atribuya este defecto. Acabé solicitando la absolución, que, naturalmente, no me han concedido, condenándome a unos meses de cárcel.

José Antonio, al contarme esto, disfrutaba como un mozalbete que relata una aventura picaresca. Le pregunté si se había tomado taquigráficamente el informe, contestándome que no. Me lamenté de ello, pues todo el mundo lo comentaba en Madrid y me lo habían pedido en varios sitios. También José Antonio me dijo que como lo recordaba casi textualmente lo iba a escribir para que se difundiera o apareciese en el *No Importa*. Por falta de tiempo no pudo hacerlo y se ha perdido esa página de humor de José Antonio, quizá única en su vida ([319]).

Casi dos meses y medio después de detenido y encarcelado José Antonio, la Policía, en un registro efectuado en su casa, encuentra -a la manera marxista, es decir, sacándoselas de los bolsillos- unas pistolas. Con tan burdo pretexto el Gobierno de Casares Quiroga montó el tinglado de un cuarto proceso, absurdo y grotesco, acusando de tenencia ilícita de armas a José Antonio. Instruido de urgencia el sumario, la vista tuvo lugar el 28 de mayo. José Antonio se defendió con habilidad, elocuencia y brío, refutando que las armas fuesen suyas y que se le pudiera acusar de tenencia ilícita cuando llevaba

[319] Al leerse el fallo por el Tribunal, Dolores Primo de Rivera -hoy señora de Aznar- se levantó e insultó a los magistrados que componían la sala. «Se armó un cisco morrocotudo» -decía José Antonio-. Lola fue detenida, encarcelada, procesada y absuelta, ganando la popularidad de la calle en un romance anónimo que empezaba: «Lola Primo de Rivera -se llama esta flor de España...»

cerca de tres meses preso y su domicilio, allanado por la sedicente autoridad gubernativa, era registrado casi a diario. No obstante las declaraciones de los testigos ([320]) y su razonada y magnífica defensa, el Tribunal, vencido por las amenazas, se vio obligado a condenarle. Quizá en el fondo de la sentencia habría también un poco de rencor por la ejecución del magistrado Pedregal. Al leerse la sentencia, José Antonio, poseído de una de sus «cóleras bíblicas» -esta vez justificadísima-, se puso en pie, se arrancó la toga, la pisoteó y afirmó que si aquélla era la Justicia española renunciaba a servirla. Arrojó a las caras lívidas de los magistrados el escupitajo de su profundo desprecio y gritó un estentóreo «¡Arriba España!», coreado con frenesí por el auditorio de presos políticos y familiares. Los campanillazos del Presidente eran tan impotentes para calmar el tumulto como lo hubieran sido si trataran de acallar una tormenta. Los guardias civiles y los oficiales de Prisiones contenían al Jefe y a los falangistas, que intentaban abalanzarse sobre el cobarde Tribunal. El secretario lanzó el tintero sobre José Antonio, que se estrelló en su sién, manchándola de sangre y de tinta, con el rojo y el negro gloriosos de nuestra bandera ([321]). Este hecho, difundido rápidamente por un Madrid de iglesias quemadas y pánico cerval, volvió a elevar la tensión falangista de la calle, en la que ya sólo se oía hablar de la Falange.

El ambiente de admiración y respeto que rodeaba el nombre de José Antonio era tal que se habían dado tres casos extraordinarios. Con ocasión de la destitución de Alcalá Zamora, el diario cedista *Ya* trató de organizar un plebiscito privado en una encuesta titulada «¿A quién elegiría usted Presidente de la República?» Como es natural, el órgano nocturno de la C. E. D. A. esperaba una abrumadora mayoría de electores para su Jefe, Gil Robles. La sorpresa fue enorme al hacer el escrutinio y encontrar que el nombre de José Antonio habla obtenido varios millares más de sufragios que Calvo Sotelo, que aparecía en segundo lugar; que el General Sanjurjo, que ocupaba el tercero, y que el Jefe de la C. E. D. A., que iba en cuarto. Esta votación, un poco pueril y absolutamente ineficaz, pero tremendamente significativa, no pudo ser silenciada porque intervino en el escrutinio nuestro camarada José María Alfaro, redactor del periódico citado. Alfaro -que entonces se llamaba Luis Reyes, para despistar a la Policía- me telefoneó para comunicarme la noticia y que yo la hiciese llegar al Jefe. También me dio los números Tomás Borrás. A José Antonio le divirtió muchísimo, como también saber que el día famoso de las elecciones de compromisarios para la designación del Presidente de la República soviética española, en los colegios electorales madrileños, con la tercera parte del censo votante -abstenidas las derechas-, su nombre obtuvo cuatro veces más votos que en las elecciones de febrero. Estas travesuras de la opinión indignaban por igual al Gobierno frentepopulista y a

[320] Testigos: G. Sánchez Puertas, Luis Laguna y Federico González de Aguilar y Núñez de Villavicencio.

[321] José Antonio gritaba a la Guardia Civil que cumpliera con su deber deteniendo a los magistrados y llevándolos codo con codo.

las derechas impopulares, que advertían cómo España, la buena España, que ninguno de ellos representaba, pensaba en la fresca mocedad de la Falange como única posible redención de sus males. El tercer episodio, pintoresco y elocuente, fue la suscripción organizada por el diario monárquico y antifalangista *ABC* para las familias de los obreros despedidos por el Frente Popular. Durante días y días, las listas de suscripción aparecieron llenas de donativos anónimos suscritos por «Un falangista», «Un admirador de José Antonio», «Una familia en memoria de los Caídos de F. E.», «Un obrero de F.E.», etc. Por todas partes -¡oh desesperación de diestras y siniestras!- F.E., F.E., F.E... El Gobierno, bajo pretexto de que la suscripción era para comprar armas, la prohibió en el mismo momento quizá en que pensaban cerrarla los que veían con espanto cómo era verdad la frase de Sánchez Mazas de que los «cuatro gatos» de la Falange eran cuatrocientos mil...([322]).

La vista ante el Tribunal Supremo del recurso de casación por quebrantamiento de forma de la sentencia de 30 de abril, en que el Tribunal de Urgencia (Audiencia de Madrid) absolviera a la Falange y decidiera la legalidad de su existencia, se había señalado para el 5 de junio. El Gobierno hizo ímprobos esfuerzos para conseguir que el Alto Tribunal accediese a desplazarse hasta la cárcel. No lo logró. Y José Antonio, Letrado recurrido -el recurrente era el Ministerio Fiscal-, fue autorizado para ir a informar al Palacio de Justicia. A pesar de la censura y de la vigilancia, la noticia corrió por Madrid como un reguero de pólvora. Desde las nueve de la mañana, los alrededores de las Salesas estaban tomados militarmente por los guardias de Asalto, que disolvían todos los grupos y cacheaban a todas las personas. No obstante las enormes precauciones, la sala de casos perdidos estaba llena de falangistas, infiltrados Dios sabe cómo, para ver u oír a su Jefe. Desde luego, no puedo

---

[322] *Nota de la sexta edición.*-También en aquellos días muchos de sus compañeros de profesión trataban de encontrar procedimientos lícitos para sacarle de la cárcel. Uno de ellos fue su antiguo pasante y leal camarada Roberto Reyes, que trabajó para que obtuviese un cargo en la Junta del Colegio de Abogados. Con este motivo le escribió la siguiente carta que Reyes -autor de una reciente pro- puesta al Ayuntamiento de Madrid, del que es concejal, para erigir un monumento a José Antonio en la plaza de París; ante el Palacio de Justicia- conserva como una reliquia:

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA
ABOGADO Teléfono 61993
Serrano, 86
MADRID
Cárcel Modelo, 1 de junio

Querido camarada Roberto Reyes:

Mil gracias por tu afectuosa y entusiasta carta, que he recibido con alegría.

Ya he dicho a Sarrión que reanude la comunicación contigo y que aproveche tus excelentes disposiciones.

Lo de la posible candidatura para el Colegio era ya un poco tarde para pensarlo. Creo, además, que mejor ha sido no presentarme esta vez.

Te abraza tu amigo y camarada,

José Antonio Primo de Rivera.

explicarme cómo entraron algunos escuadristas de la primera línea, pues recuerdo que yo fui cacheado y tuve que demostrar a los guardias mi calidad de colegial del Ilustre Colegio de Abogados de Madrid para lograr franquear la puerta. Los pasillos del Palacio de Justicia eran un hervidero. Con los camaradas falangistas se mezclaban cronistas judiciales, abogados con o sin toga, señoras y ese público heterogéneo habitual de las audiencias públicas en las Salas de la Provincial, que aquella mañana abandonó las secciones donde se ventilaban los hurtos, estafas, homicidios y demás asuntos con Letrados de oficio para subir al Tribunal Supremo, ante el cual por última vez -y por última en Madrid- había de sonar áurea y varonil la voz de José Antonio. Después de los dos meses largos de verle entre rejas en la cárcel, con su mono proletario, era una ilusión para todos nosotros volverle a ver, en una falsa libertad, con su uniforme profesional de hombre de Leyes.

Era el viernes 5 de junio de 1936. También como aquella mañana de 1925, en que José Antonio actuara por primera vez ante el Supremo, era primavera en Madrid. Nuevas generaciones de niños y gorriones revoloteaban, traviesos, en la arena y el aire de los jardinillos de las Salesas. Pero el viento no tenía los mismos presagios que entonces de un estío con triunfos en Marruecos y verbenas y horchatas de bienestar proletario en la España gobernada por la Dictadura. La primavera del 36 anunciaba ya en sus flores un extraño olor de sangre fresca y pólvora caliente. José Antonio llegó al Palacio de Justicia -que ya era sólo Palacio de donde la Justicia se preparaba a huir, rasgándose de horror las vestiduras al escuchar el pataleo del Frente Popular- en un automóvil de la Dirección General de Seguridad con tres o cuatro más de escolta, todos cargados de agentes con revólveres y guardias de Asalto con pistolas ametralladoras. Venía de la cárcel y estaba pálido. En su frente, ancha y despejada ([323]), que contenía un mundo infinito de pensamiento y de acción, se veía un esparadrapo blanco cubriendo la pequeña herida -que le daba derecho al aspa de plata en la manga izquierda de su camisa azul- ganada en la escaramuza que siguiera al último juicio ante el Tribunal de Urgencia.

Como la mañana de su debut en el Supremo, iba también de recurrido en la del 6 de junio. El pleito esta vez no era de Derecho hipotecario, sino un litigio de Derecho político y honor de la Patria, ganado ya en la calle y en el Tribunal de instancia. Sus clientes eran él mismo y su adorada Falange Española de las J.O.N.S. Y su adversario, no un Letrado ilustre, sino toda la fuerza coactiva y terrorista de un Estado de delincuentes, «beligerante contra el fascismo». El propio Estado -vencido por la Justicia y no resignado a la derrota- estaba representado por un Fiscal anónimo, aceptante del triste papel de inventor de unos motivos de casación inexistentes que ponían su toga en ridículo y vergüenza. El informe del Fiscal duró diez minutos escasos y movió

[323] «La noble frente desnuda es, en cambio, símbolo de la sabiduría; de la sabiduría clásica, que no es sólo saber sino también bondad» (G. Marañón: «Juan de Dios Huarte. Examen actual de un examen antiguo»).

a risa incluso a los escuadristas del S.E.U. de Bachillerato y a las muchachas de la S. F. -ajenos a los más rudimentarios conceptos jurídicos- que se habían arriesgado a llenar la Sala con otros cuantos falangistas y un grupo de abogados jóvenes y viejos, admiradores del que ya desde 1925 era una gloria del Foro español. Quizá alguno más que yo le había oído el informe al final del cual le proclamara como tal gloria don Francisco Bergamín.

Cuando el Presidente de la Sala concedió la palabra a José Antonio, el murmullo que precediera a su primera oración forense ante el Alto Tribunal fue en esta ocasión más encrespado. Los corazones latían violentos, quizá con el presentimiento de ser aquélla la última ocasión de escuchar el timbre de su voz. Los brazos temblaban por alzarse y en las gargantas se revolvía, pugnando por salir de los labios, nuestro sagrado «¡Arriba España!» La campanilla del Presidente y, sobre todo, un gesto imperioso -casi imperceptible- del Jefe crearon de aquel murmullo de la sangre falangista un silencio inmenso para hacer nido a su inmensa voz. En cinto minutos su palabra justa de Letrado insigne, ceñida a los preceptos legales, redujo a polvo el castillo de naipes levantado por el Fiscal. En cinco minutos probó José Antonio al Tribunal que la Falange Española de las J.O.N.S. era un Organismo perfectamente legal y que estaba totalmente ajustada a Derecho, en fondo y forma, la sentencia que así lo declaraba. Y también que lo único ilegal, arbitrario y faccioso sería cualquier disposición gubernativa que pretendiera suprimirla. Pero no le bastó con eso. Añadiendo que la Falange era no sólo un Organismo legal, sino una expresión vital de patriotismo fervoroso y de ideales altísimos, pidió la venia a la Sala para explicar una vez más la esencia y misión de la Falange en la vida trágica de España. Cómo lo explicó, qué fuego y qué luz maravillosa había en sus palabras es imposible decirlo ahora. Para quienes han leído u oído casi todos sus discursos, bastará decir que en ninguno de ellos llegó a la sublime emoción, a la ternura, a la grandeza de aquel informe. Parecía tomo si tuviera formadas ante los ojos sus centurias de Caídos, escuchándole firmes bajo un cielo radiante en que flotaran nuestras banderas y sobre el cual una banda de áureas trompetas, sopladas por «ángeles con espadas», esparcieran por el infinito las notas del *Cara al sol.*

Y es que hablaba para la Historia, para Dios, para todo lo inmortal. No eran palabras para seres humanos, y es imposible comprender cómo pudimos resistirlas sin morir los camaradas que las escuchamos. Los Magistrados se recogían con el encaje inglés de sus puños lágrimas incontenibles y el Fiscal, empequeñecido hasta hacerse un pigmeo detrás de su pupitre, enrojecía de vergüenza como si fuese a estallar -quizá pensando en el tronco donde colgarse después de restituir los treinta dineros-. El Presidente, advirtiendo la tensión de la Sala entera -Magistrados, auditorio, guardias civiles, ujieres-, interrumpió a José Antonio en el final de su oración a la Falange -himno, plegaria y elegía a la vez-, encareciendo a todos el más cuidadoso respeto a la Sala y la abstención de toda manifestación cuando el Letrado terminase. José

Antonio, para evitar incidentes, eludió terminar con su «¡Arriba España!» al poner fin a su informe. Conocía bien a sus camaradas y sabía que nadie hubiera podido contenerse. A la salida, hasta la Sala de Togas, José Antonio se vio rodeado y asediado de una multitud entusiasta. En la sala y en la biblioteca del Colegio de Abogados, donde descansó unos momentos con una docena de compañeros de profesión y algunos camaradas, nos recordó algunas anécdotas profesionales y de la cárcel. Cuando los agentes se asomaron con alguna impaciencia, sonriendo amargamente, dijo:

-Ya vienen por mí. Tengo que dejaros y volver allá. Lo siento, porque la mañana está espléndida; Madrid, bellísimo -Madrid es mucho mejor cuando hace tiempo que no se le ve- y me hubiese gustado pasear. Pero me alegra irme, pues los de allá estarán muertos de hambre y no querrán comer hasta que yo llegue.

Dio la mano a todos y una buena propina al ujier de la Sala de Togas del Colegio. Cogió su carpeta y su Medina y Marañón bajo el brazo y echó a andar, sonriente, con su paso decidido.

Le acompañamos hasta el rellano de la escalera principal, pues la Guardia Civil no nos dejó bajar hasta la puerta. Allí le despedimos con el último abrazo y el último «¡Arriba España!», brazo en alto. Al subir en el coche policial se volvió hacia el edificio y lo miró con cariño. Los coches atravesaron veloces la plaza de París, para tomar los bulevares y conducirle de nuevo a la Cárcel Modelo. En los jardines fueron detenidos algunos muchachos por vitorearle y alzar el brazo... Algunos camaradas quedaron estudiando el plano del edificio inmenso para preparar la evasión en otra oportunidad.

El 24 de julio de 1936 debía volver a actuar José Antonio como Letrado en el Supremo en otro recurso de casación en que ni él ni la Falange eran clientes. Era un recurso puramente civil. Para esta fecha prepararon la evasión del Jefe sus pasantes Rafael Garcerán y Manuel Sarrión, de acuerdo con el camarada Canalda. La fuga debía hacerse por el Colegio de Abogados. José Antonio saldría disfrazado de obrero fontanero, para lo cual se dispondría de un mono, una boina, una maleta de herramientas, una llave falsa y un coche que le esperaría en la calle, con Fernando dentro. Se dudó si sería mejor que saliese con gafas negras o con unas anchas cejas postizas. Se prepararon las dos cosas. Las cejas postizas las proporcionó Luis Bolarque de una peluquería de teatros...

La oportunidad no llegó nunca, porque aquella misma noche se le llevaron a Alicante, de donde no había de volver sino muerto, pero más vivo que nunca, a hombros de sus camaradas ([324]).

[324] Otra escapatoria espectacular había preparado anteriormente José María Alfaro -quien me contó el proyecto-. José Antonio se negó a ella porque tendría que dejar incumplida una palabra de honor y en posición difícil a una mujer y al director de la Cárcel Modelo, que habría tenido que autorizarle una entrevista a solas en su despacho con ella, quien

LA MARCHA A ALICANTE

TODAVÍA comentaba José Antonio con los camaradas de lucha las impresiones del día -Madrid en primavera, la luz que juega en los árboles, el amarillo violento de los tranvías, el olor de la calle-, cuando unas voces ásperas gritaron su nombre. El Director de la prisión deseaba verle. Se le nubló la sonrisa con un ramalazo de presagios tétricos. Se levantó tranquilo, interrumpiendo un diálogo que nunca habría de continuarse, y se dispuso a seguir al oficial de prisiones. Aquella llamada inesperada llenó de preocupación a todos. En algunos encendió una chispa de esperanza. El discurso de la mañana habría hecho sus efectos y el Gobierno tal vez pensara ponerle en libertad. La mayor parte de los presos, menos candorosos, se llenó de alarma y de inquietud. Se suspendieron los juegos y las conversaciones, se cerraron los libros, dejaron de rasguear las plumas sobre las cuartillas en donde se escribían preceptos de la «Instituta» o poemas, cartas de amor o ecuaciones algebraicas -¡era el mes de los exámenes, y los presos, estudiantes en su mayoría!- para hacer ese silencio duro de cima de montaña con que se acogen los acontecimientos trascendentales.

El despacho del Director no estaba lejos. Los prisioneros escucharon los pasos del Jefe hasta llegar a él ([325]). Y al poco rato su voz varonil, temblorosa de indignación y de protesta airada:

-¡Me sacan de aquí para asesinarme!

(Lo sabía. No podían poner barreras ni diques al torrente de su razón. No podían frenar el ritmo de su gloriosa carrera ni contener el estupor apasionado con que su España le seguía. Trataban de alejarle, aislarle, en espera de la madrugada fría para las balas traicioneras, El lo sabía, y como amaba la vida y el duro servicio, se resistía con todas sus fuerzas.)

-Me sacan de aquí para matarme. Les conozco bien y no me engaño.

Con intención suasoria, la voz del Director -opaca, mate- trataba de calmar a José Antonio, sin conseguirlo. Por el contrario, hinchando las venas de su garganta, las palabras más duras, los epítetos más violentos del idioma que dominaba, salían por su boca llenas del acre sabor de la tierra que las crea. Esta vez no era la ironía feroz. Era el feroz lenguaje del hombre que trata de vencer a la bestia.

---

cambiaría sus ropas con el Jefe, facilitándole la fuga y quedándose en su lugar. La mujer dispuesta a hacerlo existía. Alfaro nunca quiso decirme quién era.

[325] *Nota de la segunda edición.*-«No fue en el despacho, sino en la galería de entrada al departamento de políticos que ocupábamos» (carta referida de Fernández Cuesta).

Los camaradas le oían acongojados y enardecidos. Cuando volvió a la estancia, rojo y sudoroso, todos se pusieron en pie, dispuestos a acatar una orden definitiva.

-Nos quieren sacar de aquí: unos, a Alicante; otros, a Vitoria; otros, a El Puerto. Quieren romper nuestra hermandad y nuestra unidad de destino y darnos tiros en la nuca por cualquier carretera en la noche, No nos separarán.

Y los demás presos secundaron al Jefe, iniciando una protesta violentísima, El Director entró gritando para imponer silencio. José Antonio le echó, llamándole caimán. Llegó una escuadra de carceleros, pistola en mano.

-No me voy más que con la Guardia Civil, atado y esposado. A mí no me aplican la Ley de Fugas. Y si no es así, no salgo -clamaba el Jefe.

Llegaron más guardianes y por la fuerza consiguieron dominar el tumulto, encerrando a cada uno en su celda, separándoles del Jefe.

A las once de la noche, ya pasado el toque de silencio, volvieron a buscarle.

José Antonio, vestido con el mono azul y acompañado de su hermano Miguel, salió entre oficiales y guardias sin poder recoger sus libros y papeles, con un simple hatillo como equipaje.

Los demás no dormían. Acechaban en la quietud sin voz del nocturno el paso del Jefe hacia la eternidad. Como dijo Raimundo Fernández Cuesta, no pudieron abrazarle, pero le abrazaron las estrofas del *Cara al Sol,* entonadas dramáticamente frente a la muerte, mientras José Antonio, cruzando ante las celdas donde quedaban ciegos ya de su ausencia los camaradas bien amados, gritaba con su voz entera de Capitán de héroes y Almirante de luceros: «¡Arriba España!»

EL ULTIMO VIAJE

ES plena noche primaveral, sinfónica de grillos y de ruiseñores, luminosa de estrellas y luciérnagas, cuando José Antonio emprende de ida su último itinerario. ¡Qué diferente será la ruta tres años más tarde! Ahora el campo está solo e indiferente, egoísta en su júbilo de tierra jugosa bajo los días cálidos y las nochecitas de relente. Este campo -olivares del Jarama, Cuesta de la Reina, vergeles de Aranjuez, plaza Mayor de Ocaña- aún no se ha sentido aplastado por los tanques rusos, ametrallado por los aviones ingleses, devastado por las pisadas de los milicianos internacionales, e ignora todavía con qué amor le ama ese hombre joven que lo cruza en un «auto» veloz, camino de las playas con palmeras que no verán sus ojos. En el campo de junio de 1936 todavía el nombre de José Antonio no hace balancearse, mecidas de promesas fecundas, las espigas del trigo ni alzarse al aire en

juramentos tiernamente fecundos los brazos de los flechas espigados y las muchachas trigueñas. La Falange es todavía un secreto que no ha penetrado con el arado y la sangre en la costra de la tierra. La Falange es aún un pájaro de fuego que, enjaulado, no ha podido batir sus alas en la espuma del aire. La Falange no ha hecho saber al campo que desde esos luceros que se reflejan en los surcos mojados de escarcha, y en las aguas del río, y en el escudo del pozo, le mimarán sus hijos caídos en la más hermosa y cruel de las guerras.

(Cuando pasen tres años el campo habrá aprendido, una a una, en el dolor de los días de horror y de miseria, todas las verdades de la Falange, brotadas del corazón de aquel hombre joven que lo cruzara en un «auto» veloz, camino de las playas con palmeras, y lo recorre ahora en hombros de sus duros camaradas.)

Para su consuelo, José Antonio lleva junto a él a Miguel, el hermano, camarada y amigo. A Miguel, arrastrado en el torbellino de la Falange, encarcelado el 30 de abril por su actuación en las elecciones de Cuenca. A Miguel, que deja por la larguísima y amarga perspectiva de la cárcel alicantina la confortable placidez de su hogar recién hecho; Miguel será en adelante el confidente más íntimo, el depositario de los pensamientos más graves y profundos, el acompañante de la agonía, el fiel custodio de una memoria para los siglos de España. ¿Cómo y por qué dejaron los rojos a Miguel con José Antonio? No, desde luego, para hacerle más dulce la vida y la muerte ejemplares ni para que el más apasionado recogiera con mayor fidelidad el último chorro de luz de la lección ejemplar. Probablemente, el sadismo frío de los hombres frentepopulistas quiso aumentar el dolor de José Antonio por su encierro haciéndole ver a diario el encierro de su hermano. Quizá esperaban que la prisión provocase reproches ásperos de Miguel. Cualquier tortuosa interpretación puede darse al designio de los Azaña, Casares y Mallol. Cualquiera menos el piadoso que, contra su voluntad, lograra dar a José Antonio, con la compañía del hermano, el consuelo dulcísimo de sus últimas horas.

Viajan en el formidable «Hispano-Suiza» en que pasea por Madrid su democracia Alonso Mallol. Lo conduce el chófer del mismo, hombre de su confianza. Vigilan a los desterrados un Comisario de Policía y dos Agentes. Detrás, escoltándoles, un coche gris cargado de guardias de Asalto. La noche y la distancia, largas, son devoradas por un motor ansioso de velocidades. Al principio, José Antonio, callado, medita sobre el enigma glorioso de su destino. Piensa en las hermanas, en los camaradas, en España. Su silencio es tan conmovedor que Miguel lo comparte angustiado y los policías lo respetan, temerosos de tronchar su trágica grandeza. De pronto, José Antonio habla. Los campos, en la noche, le sugieren frases de suprema belleza. De ellas se eleva un canto a la libertad que sueña la Falange para España. Probablemente, José Antonio no trata de hacer propaganda, sino que medita en voz alta. Su meditación sobrecoge a los polizontes, como antes les sobrecogiera su silencio. El genio se ha apoderado de la noche y hace con ella juegos mágicos

de poesía. Los auditores se van dejando ganar por el milagro del genio y son ya cera blanda y maleable cuando José Antonio, bruscamente, les pide su libertad. Huir de aquella España quemada de odios para preparar la España mejor que la Falange quiere. En el fondo de sus conciencias humanas y profesionales, los agentes de la seguridad del Estado comprenden todas las razones del Jefe de la Falange. En la España que quiere José Antonio ellos no acompañarían a una prisión inmunda a los poetas, a los místicos, a los héroes. En la España soñada por Falange la cárcel sería para los delincuentes y la libertad para los hombres cabales. ¡Si se deciden los agentes y le dejan marchar libre por los campos, el amanecer tendrá campanas tocando a rebato para salvar a la Patria que se hunde, y la Historia que viene les deberá un página de gloria!

Como un moscardón se les mete en el coche la idea. Dar la libertad al Libertador... Las réplicas, amparadas en el cumplimiento del deber, son cada vez más débiles ante la habilidad y los poderosos argumentos de José Antonio, que ve flaquear a sus guardianes y redobla sus ataques. Los dos agentes pasan de la duda al convencimiento. Están decididos. Se jugarán el todo vulgar -el sueldo escaso, la libertad, la carrera- por el todo: la aventura romancesca, la gloria de los mejores. Se jugarán al azar, bajo la noche, el cocido contra el lucero. Son hombres jóvenes y les ha ganado la fe de José Antonio. Pararán el "auto" y José Antonio convencerá a los de Asalto con su palabra. Y en partida facciosa levantarán a España con ellos. Si no les convencieran las palabras del Jefe -¡ya es también el Jefe de ellos!-, les vencerán a tiros sus pistolas montadas.

Pero la aventura audaz que requema el deseo de los mozos encuentra su oposición en el comisario Lino. Al comisario no le seduce, no le convence. Encuentra riesgos gravísimos. Ni veinticuatro horas tardarían en ser detenidos de nuevo. Y la Justicia frentepopulista seria inexorable con todos ellos. Escrúpulos profesionales, temores arterioescleróticos del corazón por los años, ponen «pegas» al proyecto arbitrariamente audaz de José Antonio. Por los flancos, su resistencia se blandea a las dudas. José Antonio intenta inútilmente batirlas. La mañana y Alicante se aproximan. Alguno de los viajeros piensa en la estrangulación del vacilante. Pero José Antonio tiene un respeto supersticioso al deber profesional y, como humanamente comprende los titubeos del comisario, opta por callarse. Al último «no» de Lino contesta con un «así sea», comprendiendo que no se puede evadir de su destino. Ya clarea. Y ya el viento huele a dátiles de Elche, a salinas de Torrevieja, a huerta y a mar levantinos. Como en la prosa de Gabriel Miró, hay casitas blancas, madrugadores labriegos con blusas negras y borriquillos pausados. Los mismos que mirarán pasar dentro de tres años el más emocionante entierro de la historia española. Hay pitas y hay chumberas de tierra caliente. Lejano aparece, dormido en el alma, el mar Mediterráneo... Unos minutos más y se ha cerrado detrás de José Antonio y de Miguel el rastrillo de la Prisión Provincial de Alicante.

* * *

¡Alicante! Tan bella y tan serena, tan sensual y tan viva, tan llena de luz y de olor, con el mar tan azul y las playas tan rubias; con las palmas tan amplias y los almendros tan floridos; con tu cálida sangre y tus ojos morunos, con tu piedra rojiza; con tu turrón de piedra, tus nardos de nieve y tus dátiles jugosos, ¿quién te escogió para el dolor de España?... ¡Maldícelos, Alicante, porque no merecías la afrenta! Él te hubiese amado tanto como a las demás tierras de España y te hubiese dado para la eternidad una definición bellísima... ¿No sabes lo que decía de Toledo y de Ávila, de Segovia y de Burgos, de Valladolid y de Sigüenza, de Barcelona y de Cádiz?... José Antonio te habría hecho más Alicante de la que eres, mucho más auténtica y más bella. Pero porque quienes trataron de afrentarte te honraron, puesto que en ti vivió, murió y estuvo enterrado, y España te llama por ello, llorando -lo que no puede llamar a otra ciudad, villa o aldea: ¡Alicante de José Antonio!-, ¡bendice a quienes te eligieron para ese honor y trata siempre de no desmerecerlo, Alicante! Y porque su sangre regó tus piedras, la descomposición de su carne empapó tus tierras y su espíritu se elevó a Dios sobre tu aire, piensa en él, Alicante, a todas horas y dale a España los mejores camaradas para sus centurias, los mejores marinos para sus empresas, las mejores mujeres para sus hogares, los mejores flechas para sus escuelas, los mejores brazos para el yunque, y el remo, y el arado. Y canciones, y versos, y cosechas que canten su gloria y tu hermosura por los siglos de los siglos. Amén.

EN LA PRISIÓN PROVINCIAL DE ALICANTE

UNA cárcel más pequeña qué la de Madrid, llena de maleantes y delincuentes comunes. Sobre los patios, menos amplios que los de la Modelo, ese cielo -de limpio azul con extraño tornasol rosado- de Levante.

Después de fichados concienzudamente, cada hermano Primo de Rivera, por orden expresa de Madrid, es encerrado en una celda diferente, por fortuna contiguas. Si no pueden verse y hablar continuamente, tienen el consuelo de que, si algo grave le ocurre a uno, el otro tendrá conocimiento inmediato. La hora de paseo les reúne y les aproxima al resto de la población penal vulgar. Todavía no hay camaradas detenidos, y ellos dos solos tienen que hacer frente a la hostilidad. Como siempre, su gallardía convierte el instinto del odio en admiración y afecto. José Antonio protesta de ciertas durezas del régimen carcelario y obtiene para todos los presos determinadas ventajas.

El trato que recibían los dos hermanos era el común. Tenían que barrer y limpiar sus celdas y comían un rancho, cada día peor, que les hacía pasar hambre. El sistema celular les era aplicado rigurosamente y sólo la hora de paseo, y al principio algunos ratos de comunicación con los familiares y amigos, les hacían soportable su dureza. José Antonio -según Miguel- se dedicaba en su celda a leer, escribir y esperar ([326]). Había comenzado a escribir, durante su permanencia en la Modelo, una obra teatral con la que estaba encariñado. «Se trataba de una comedia dramática de ambiente político-social de la actualidad, y trabajó en ella con mucho interés.» Miguel no ha contado a nadie el asunto, ni he podido identificar si esta obra empezada era la del tema de Job de que me hablara alguna vez. No se sabe adónde habrán ido a parar las cuartillas que llevaba escritas -como las de *El navegante solitario-* y que condenaría a la destrucción en su testamento. Alternando con el placer de la creación literaria, leía incesantemente, estudiaba, sostenía correspondencia con amigos y familiares y dictaba órdenes para la Falange y el Movimiento Nacional.

El día 8 vino a verle un grupo de camaradas de Valencia -Vicenta y María Inmaculada Chabás, Ana María Perogordo, Rosario Velasco, María Amalia Bisbal y Enrique Esteve-, a quienes recibió con alegría y efusión. José Antonio se interesó mucho por la Falange valenciana y les dio el consejo de siempre: «Quiero toda la identificación, toda la hermandad entre vosotros. Sueño para nuestra Falange una fuerza indestructible, hecha de claridad y de alegría. Se acercan días malos; pero si no abandonáis ese espíritu vuestro de hoy, lucirá la verdad de España.» Y añadió, dirigiéndose a Vicenta Chabás, que había de morir poco después para gloria de la Falange de Valencia y de la Sección Femenina de toda España: «Tengo una fe extraordinaria en vosotras, en las mujeres de la Falange. Sois nuestra mejor raíz.»

(Acaso pensaba en Pilar, su hermana; preocupación constante suya desde que la insultara, amenazante, en el Congreso la *Pasionaria.)*

Ana María Perogordo apuntó el temor que llenaba ya en aquellas horas el alma de toda la Falange:

-José Antonio..., ¿por qué te habrán trasladado?

José Antonio, sonriendo como él sabía hacerlo, borra las preocupaciones:

-Para nada malo, ya veréis. Dios no va a permitir que le pase nada malo a la Falange.

Su afirmación llena a todos de optimismo y se empiezan las bromas. El Jefe de la Falange valenciana cuenta que al entrar en la cárcel han comprado un número de la Lotería y que si sale premiado instalará una emisora de

[326] ...«Hemos implantado nuestras costumbres (gimnasia, ducha, etc.), y no lo pasamos nada mal. Leemos, escribimos y una hora al día nos asomamos a una jaula para recibir los saludos de los camaradas de toda la región y alimentar, por otra parte, la curiosidad de no pocos ciudadanos tranquilos, en cuya vida sin altibajos constituye considerable aliciente el ver a dos hombres en una jaula» -escribe José Antonio el 27 de junio.

«radio» en Valencia para anunciar el principio de la Revolución de Falange: «Aquí la Emisora de Falange Española número uno. Atención, camaradas: Ha empezado la Resolución Nacionalsindicalista.»

José Antonio ríe y aconseja: «Unión, fe y disciplina. Y cuando llegue el instante, yo me uniré a vosotros.»

Le retratan. La última fotografía. Entre el fotógrafo y el fotografiado, una doble reja y una espesa tela metálica. Detrás de ellas, con las manos crispadas en los barrotes, los ojos claros mirando lejos, la última imagen de José Antonio nos da una tristeza inmensa...

Después de esta entrevista -narrada por María Amalia en la revista *Y*- vienen las de los camaradas de Alicante, de San Juan, de Elche, de Orihuela, de Santa Pola, de Villajoyosa, de Denia, de Alcoy...

La tía «Ma», con Carmen y Margot -la mujer de Miguel-, se instalan en el hotel Samper para ver todos los días a los presos. Se organizan enlaces con Madrid, que llevan cartas e instrucciones, cada vez más concretas. Diputados de derechas sirven de agentes entre José Antonio y el camarada doctor Barrado, Consejero nacional, en libertad provisional, que hace en Madrid funciones de Jefe nacional interino. Con Barrado enlazábamos Rafael Aznar, Gaceo, Ruiz de la Fuente y yo. Por encargo suyo redactamos una hoja clandestina violentísima contra el Gobierno por la deportación de José Antonio, hoja que Raimundo Fernández Cuesta prohibió lanzar, pues quizá hubiese perjudicado la situación del Jefe. También se prohibió a los camaradas de Gijón Juan González Posada, Jefe de Milicias, y otros un atentado -estudiado en todos sus detalles- contra Largo Caballero en Oviedo; atentado que hubiese ganado a la causa de la Falange a más de tres mil mineros de la C. N. T., agraviados por los socialistas en octubre ([327]). La situación gravísima de José Antonio en Alicante era un freno contra la impaciencia desbordada de la Falange. Cualquier imprudencia podía costarnos su vida... Y, sin embargo, sabíamos que en un momento dado tendríamos que echarnos a la calle, aun cuando él no estuviera con nosotros. Bien es verdad que todos esperábamos un milagro que le pusiera a nuestro frente en el hermoso día presentido. Y él mismo quizá creía también, a ratos, en el milagro que le arrancase del terrible Destino.

Escribe José Antonio a Villapecellin el 18 de junio: «Deseo que dure tu libertad. Conviene que estemos libres cuantos podamos para el mejor servicio de España.»

En la misma fecha dice a Bravo: «Me alegra lo que me dices del incremento de nuestro Partido, y te ruego de la manera más apremiante que no regatees esfuerzo hasta lograr que todas las organizaciones locales estén estructuradas en escuadras y células, según mis instrucciones últimas. Es perfectamente realizable, y a ello aspiro, que ni un solo militante ande como

[327] Se trataba de hacer volar con trilita una tribuna desde la que el Lenin español presenciaría un desfile jubiloso. Los camaradas tenían el explosivo, conseguido a costa de mil riesgos.

una rueda loca, sino que todos estén inscritos en células y escuadras. Creo que pronto llegarán ocasiones difíciles y decisivas. Espero antes hablarte con mayor detenimiento.»

Piensa incesantemente en su Falange. Le preocupan los camaradas que puedan encontrarse sin enlace en los momentos decisivos y difíciles que se aproximan, indefensos e inútiles en el aislamiento y la soledad. (Acaso al escribir tal frase se ve a sí mismo solo y aislado de sus muchachos en el trance inminente. El no figura en célula ni escuadra...) Hay que evitar ese aislamiento peligroso, propicio para el desaliento y fácil para la emboscada. Como hay que evitar también el confusionismo a que por todos lados se incita a la Falange, apto también para la deformación espiritual y la encrucijada ideológica. Cierto que la Falange -gracias a la cual se ha levantado ya el espíritu de España- no puede, ni quiere, ni debe ir sola a la batalla inminente, ni aspira a mandar en el campo de operaciones. Pero de eso a dejarse captar por Jefes que le son ajenos y que sólo sienten por ella -bien lo han demostrado- aversión instintiva, hay un abismo. Misivas y mensajeros le advierten los peligros -mucho mayores que los del frente de guerra- que acechan a su Falange... Su alarma le brota en grito del alma. Prefiere la derrota total a la deformación. En el campo seremos camperos y campeadores, no agrarios. En la ciudad, revolucionarios enteros, no demagogos facilones, tímidos o servidores de rancios conceptos contrarrevolucionarios. Hay que advertir a los ingenuos camaradas de las maquinaciones del enemigo, y a éste, que nuestra ingenuidad, candorosamente pura, no es candidez bobalicona. Hay que prevenirse contra las maniobras tácticas, contra las ofensivas de aproximación, contra los astutos movimientos envolventes de los capitanes Araña, los estrategas de fichero, bien conocidos por sus artes de embarcar incautos en naves con vías de agua y de retiradas a tiempo, dejando a las vanguardias sin flanqueos. Hay que desenmascarar a los enmascarados que con la cara tapada alborotan en las comparsas. Estos riesgos, dirigidos contra la Falange, apuntan asimismo contra los militares, llenos también de noble ingenuidad. Es, pues, un deber de patriotismo señalárselos.

José Antonio, después de largas meditaciones, toma la pluma y redacta de un tirón para todas las Jefaturas Provinciales y Territorios de la Falange Española de las J. O. N. S. la circular siguiente, a la que pone estos calificativos: «Urgente e interesantísimo»:

«A TODAS LAS JEFATURAS TERRITORIALES Y PROVINCIALES»

HA llegado a conocimiento del Jefe Nacional la pluralidad de maquinaciones en favor de más o menos confusos movimientos subversivos que están desarrollándose en diversas provincias de España. La mayor parte

de los Jefes de nuestras organizaciones, como era de esperar, han puesto en conocimiento del Mando cuantas proposiciones se les han hecho, y se han limitado a cumplir en la actuación política las instrucciones del propio Mando. Pero algunos, llevados de un exceso de celo o de una peligrosa ingenuidad, se han precipitado a dibujar planes de actuación local y a comprometer la participación de los camaradas en determinados planes políticos. Las más veces, tal actividad de los camaradas de provincias se ha basado en la fe que les merecía la condición militar de quienes les invitaban a la conspiración. Esto exige poner las cosas un poco en claro. El respeto y el fervor de la Falange hacia el Ejército están proclamados con tal reiteración, que no necesitan ahora de ponderaciones. Desde los veintisiete puntos doctrinales se ha dicho cómo es aspiración nuestra que, a imagen del Ejército, informe un sentido militar de la vida toda la existencia española. Por otra parte; en ocasiones memorables y recientes, el Ejército ha visto compartidos sus peligros por camaradas nuestros. Pero la admiración y estimación profunda por el Ejército, como órgano esencial de la Patria, no implica la conformidad con cada uno de los pensamientos, palabras y proyectos que cada militar o grupos de militares pueda profesar, proferir o acariciar. Especialmente en política, la Falange -que detesta la adulación porque la considera como el último menosprecio para el adulado- *no se considera menos preparada que el promedio de los militares*. La formación política de los militares suele estar llena de la más noble ingenuidad. El apartamiento que el Ejército se ha impuesto a sí mismo de la política ha llegado a colocar a los militares, generalmente, en un estado de indefensión dialéctica contra los charlatanes y los trepadores de los partidos. Es corriente que un político mediocre gane gran predicamento entre los militares sin más que manejar, impúdicamente, algunos de los conceptos de más hondo arraigo en el alma militar. De aquí que los proyectos políticos de los militares (salvo, naturalmente, los que se elaboran por una minoría muy preparada que en el Ejército existe) no suelen estar adornados por el acierto. Esos proyectos arrancan, casi siempre, de un error inicial: el de creer que los males de España responden a simples desarreglos de orden interior y desembocan en la entrega del Poder a los antes aludidos charlatanes, faltos de toda conciencia histórica, de toda auténtica formación y de todo brío para la irrupción de la Patria en las grandes rutas de su destino. La participación de la Falange en uno de esos proyectos prematuros y candorosos constituiría una gravísima responsabilidad y arrastraría SU TOTAL DESAPARICIÓN, AUN EN EL CASO DEL TRIUNFO. Por este motivo; porque casi todos los que cuentan con la Falange para tal género de empresas la consideran, no como un cuerpo total de doctrina ni como una fuerza en camino para asumir *por entero* la dirección del Estado, sino como elemento auxiliar *de choque,* como una especie de fuerza de asalto, de milicia juvenil, destinada el día de mañana *a desfilar* ante los fantasmones encaramados en el Poder. Consideren todos los camaradas hasta qué punto es ofensivo para la Falange el que se le proponga tomar parte *como comparsa* en un movimiento *que no va a conducir a la implantación*

del Estado Nacionalsindicalista, al alborear de la inmensa tarea de reconstrucción patria bosquejada en nuestros *veintisiete puntos, sino a restaurar una mediocridad burguesa, conservadora* (de la que España ha conocido tan largas muestras), *orlada, para mayor escarnio, con el acompañamiento coreográfico de nuestras camisas azules.* Como de seguro tal perspectiva no halaga a ningún militante, se previene a todos por esta circular, de *manera terminante y conminatoria, la siguiente:* Primero. Todo Jefe, cualquiera que sea su jerarquía, a quien un elemento militar o civil invite a tomar parte en conspiración, levantamiento o cosa análoga, se limitará a responder «que no puede tomar parte en nada, ni permitir que sus camaradas la tomen, sin orden. expresa del Mando central», y que, por consiguiente, si los órganos *supremos* de dirección del movimiento a que se le invita tienen interés en contar con la Falange, deben proponérselo *directamente* al Jefe Nacional y entenderse precisamente con él o con la persona que él de modo expreso designe. Segundo. Cualquier Jefe, sea la que sea su jerarquía, que concierte pactos locales con elementos militares o civiles sin orden expresa del Jefe Nacional, será fulminantemente expulsado de la Falange, y su expulsión se divulgará por todos los medios disponibles. Tercero. Como el Jefe Nacional quiere tener por sí mismo la seguridad del cumplimiento de la siguiente orden, encarga a todos los Jefes territoriales y provinciales que, con la máxima premura, le escriban a la Prisión Provincial de Alicante, donde se encuentra, comunicándole su perfecto acatamiento de lo que dispone esta circular y dándole relación detallada de los pueblos a cuyas J.O.N.S. se ha transmitido. Los Jefes territoriales y provinciales, al dirigir tales cartas, no firmarán con sus nombres, sino sólo con el de su provincia o provincias respectivas. Cuarto. La demora de más de cinco días en el cumplimiento de estas instrucciones, contados desde la fecha en que cada cual las reciba, será considerada como falta grave contra los deberes de cooperación al movimiento.

»Madrid, 24 de junio de 1936.»

* * *

Como no todo iban a ser severas admoniciones y advertencias de peligro por la derecha y por la izquierda, que pudieran enfriar un poco el entusiasmo; como José Antonio quiere que el valor de sus muchachos sea optimista -el valor pesimista lleva a la desesperación y al suicidio, mientras el valor optimista, por el camino de la fe y de la esperanza, es el que hace héroes- y como sabe que nada en el mundo enciende de ilusión el valor de las escuadras falangistas que su propia presencia o la promesa de ella entre los tiros, el Jefe escribe a la primera línea de Madrid estas líneas alentadoras y

maravillosas el día 29 de junio, en que el Alzamiento Nacional era inminente ([328]):

«A LA PRIMERA LÍNEA DE MADRID»

«Prisión Provincial de Alicante, 29 de junio de 1936.

»Camaradas de la primera línea de Madrid: Desde esta nueva cárcel, donde se cree encerrar el espíritu de la Falange teniéndome encerrado, os envío, con el pensamiento en nuestra España y el brazo en alto, mi mejor saludo nacionalsindicalista.

»Si algo tiene de agobiante la prisión -por otra parte, leve sacrificio al lado del que tantos camaradas sufrieron-, es el alejarme físicamente de nuestros peligros, de nuestros afanes. Pero estoy lejos en cuanto a la distancia material; fuera de ella, no sólo en el ardor del espíritu, sino en una actividad silenciosa que no descansa, estoy más cerca de vosotros que nunca.

»Desde esta celda de la cárcel tuerzo sin descanso los hilos que llegan a nuestros más lejanos camaradas.

»Podéis estar seguros de que no se pierde un día ni un minuto en el camino de nuestro deber. Aun en las horas que parecen tranquilas, maquina sin descanso el destino de nuestro próximo triunfo. No lo olvidéis, camaradas de Madrid: en las horas de ocio forzado que acaso os traigan algunos días, no caigáis en la tentación de emplearos en otra cosa que en el adiestramiento para una misión no lejana y decisiva. Vuestro entusiasmo prefiere el combate a su preparación; pero lo que se acerca es demasiado grande para que lo arrostremos sin prepararlo. Mejorad vuestros métodos, acrecentad vuestra lucha en menesteres de lucha y redoblad vuestra fe en el Mando. Ya sabéis que quien lleva con más orgullo que ningún distintivo las tres estrellas de plata de la Milicia, y con ellas al pecho os ha conducido, a través de tres años de lucha, hasta las horas presentes de crecimiento, estará a vuestra cabeza, pase lo que

[328] Mucho se ha fantaseado sobre la fecha en que debió empezar el Movimiento Nacional, y para muchas gentes es todavía verdad inconmovible que lo provocó el asesinato de Calvo Sotelo. El Movimiento, preparado hacía tiempo, se fijó para el 10 de julio, por lo menos en cuanto a la sublevación de la Falange. La detención en Alcañíz, en los primeros días de ese mes, del Jefe Falangista de Toledo, José Sainz, portador de la consigna, obligó a José Antonio a dar la orden de aplazarlo una semana. Durante ella se produjo el repugnante crimen que costó la vida al Jefe monárquico. Pero es indudable que, aun sin este trágico hecho, que tanto emocionó a la opinión pública y que, ciertamente, decidió a muchos vacilantes, la Falange Española de las J.O.N.S. se habría insurreccionado el día 18 con el glorioso Ejército de Africa. En la madrugada del 16, escribe José Antonio, cifrado, a Raimundo Fernández Cuesta, dando las últimas consignas para nuestras milicias y ordenando que le aguardasen en la Cárcel Modelo, pues llegaría de Alicante a la Ciudad Universitaria en una avioneta. Todavía no está esclarecido -aunque alguíen tendrá detalles de cómo lo había preparado el Jefe- por qué fracasó el proyecto. Yo no me creo autorizado para recoger versiones que he oído. Miguel Primo de Rivera, Raimundo Fernández Cuesta y Rafael Garcerán deben de poseer datos concretos, que alguna vez aportarán con toda claridad a una completa biografía de José Antonio.

pase, en el instante decisivo, y, con la ayuda de Dios, os hará entrar en la tierra prometida de nuestra España, Una, Grande y Libre. ¡Arriba España!

»El Jefe Nacional de la Primera Línea, JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA.»

ESCENA EN LA PRISIÓN

ASÍ pasan los días. La Patria vive en una tensión de nervios que llega al paroxismo, pero hay todavía políticos que piensan en politiquerías. José Antonio les denuncia, implacable, en un artículo en *Informaciones,* de Madrid, que produce una polémica en *La Época.* José Antonio contesta tan claro, tan neto, que el diálogo dura muy poco tiempo. Aquella esgrima dialéctica alegra al héroe preso. El cultivo de la inteligencia y del músculo; la propaganda eficaz en la cárcel; las conversaciones íntimas con las mujeres de su familia y con los amigos que llegan a verle, esclarecen sus últimos días de antes del Movimiento.

Mi amigo el Vizconde de Mamblas ([329]) -gran amigo de José Antonio- me reproduce de su *Diario* inédito esta página interesantísima, en que se habla de una visita a José Antonio en la cárcel de Alicante el día 11 de julio de 1936:

«Está en el mismo hotel donde yo me hospedo la familia de Primo de Rivera; es decir, algunas de las mujeres: Carmen, Margot (la mujer de Miguel) y la tía María, hermana del General. Me produce alegría verlas y poderles hablar en un momento tan crítico no sólo para ellas, sino para España. Les participé esta mañana mi deseo de visitar a José Antonio en la cárcel. En esto sigo la línea de conducta que me he impuesto hace mucho tiempo: el ser consecuente con los amigos, sea la que fuese su situación circunstancial. Estas señoras, dando pruebas de una comprensión rara en gentes que tantas altas y bajas han sufrido durante los últimos años, me previenen, con una sinceridad que les agradezco, que mi visita a José Antonio me puede costar la carrera, pues diariamente se mandan por el Gobernador de Alicante a la Dirección de Seguridad de Madrid los nombres de los visitantes de su hermano.

»Me decido, sin embargo, a acudir a la cárcel, y me llevó, guiando su coche, Carmen Primo de Rivera. Venían con nosotros su tía María, Margot Larios y una muchacha alicantina que me presentaron hoy, hija, según tengo entendido, de un oficial de guarnición en la capital levantina. Al llegar a la prisión presencié una escena conmovedora. Al reconocer a la familia Primo de

[329] *Nota de la tercera edición.-Don* José Ruiz de Arana y Bauer, hoy duque de Baena y de Sanlúcar la Mayor, Embajador de España en Holanda.

Rivera, unos muchachos, todos ellos muy jóvenes, que andaban esparcidos por aquellos lugares, se me acercaron, y, dándose cuenta de mi propósito, me ofrecían generosamente sus cédulas y documentación personales con objeto de que pudiese ver a José Antonio «sin comprometerme». Hablé con ellos, y les estuve mirando: eran chicos jovencísimos, falangistas entusiastas que pasaban los días enteros turnando a la puerta de la cárcel, en su deseo de facilitar las entrevistas de los amigos con el Jefe adorado, que representaba el símbolo de su Causa. Lo que me ofrecían generosamente no me servía, porque ellos tenían apenas veinte años, y yo, más de cuarenta La falsa cédula que yo presentara a las autoridades carceleras sólo hubiera servido para comprometer al titular y a mi persona. Todavía esta noche estoy viendo la expresión de un chiquillo moreno y con los ojos vivos, cuando me decía esta mañana: «Es necesario que tú le veas. Vienes de lejos, y él está allí dentro solo...»

»Entré, pues, con Carmen, por mis propias fuerzas. Presenté mi cédula, confiado en que tal vez, por ser mi apellido compuesto, y conociendo el descuido de la Administración, el nombre saliese mutilado y, por tanto, poco reconocible en Madrid.

»Pasé finalmente al locutorio de la cárcel. Estábamos solos la familia de Primo de Rivera, la muchacha alicantina que nos acompañaba, yo y un guardián que nos miraba con franca simpatía. Del otro lado de las rejas, reforzada la barrera por una fuerte tela metálica, estaban los dos hermanos: José Antonio y Miguel. Los dos muy simpáticos, de aspecto sano y sonriente, vestidos de mono azul.

»Miguel cumplía precisamente hoy años, y Margot se lamentaba de que no podía darle ni un beso por la dichosa tela metálica ([330]).

»Estuvimos de conversación cerca de una hora; mientras que Miguel coqueteaba con su mujer, hablábamos los demás con José Antonio. Me encontré a éste animado y optimista, con un deje de fatalismo que le es muy propio. Cuando su admiradora (la muchacha alicantina), con un fervor que no disimulaba, exclamó: «¡Ay José Antonio, no sabes lo popular que eres y cómo te quieren los españoles incluso dentro de esta cárcel!», respondió con esa indiferencia natural en él y que nunca he sabido si era fatalismo moruno o candidez de carácter: «Soy popular porque aquí, donde nadie hace nada, yo me he ocupado de organizar el servicio de duchas, y por eso me quieren en la cárcel.»

[330] En cambio, por un agujero hecho en ella pudieron meter un vaso para beber una botella en celebración del cumpleaños. Dicho agujero jugó importante papel en el proceso de los dos hermanos y de Margot por insinuarse que por él se habían introducido unas pistolas. Este detalle, que no recoge el vizconde de Mamblas, lo debo a Margot -como otros muchos de este libro-, quien me los ha contado durante algunas veladas del invierno del año 38, ella en la enfermería de Falange de Sevilla la Nueva y yo en el Cuartel General de la 18 División en el frente de Madrid.

»Como llevase yo un libro voluminoso debajo del brazo, me preguntó José Antonio lo que era. Se lo enseñé. Era el *Cromwell,* de Belloc, que había empezado a leer antes de llegar a Ibiza.

»José Antonio me dijo: «Debe de ser interesante. Acabo de leer el *Richelieu,* del mismo autor, y me gustó.» Se lo ofrecí en el acto, y lo aceptó con gusto, diciéndome: «Te lo agradezco, porque me gusta leer la obra de un autor en serie, y el *Cromwell* puede ser el complemento del *Richelieu.»* No fue fácil entregarle este libro, porque la tela metálica nos lo impedía; pero el guardián nos trajo una silla y me ayudó a pasárselo por un espacio libre de la parte alta de la habitación cercana al techo.

»Me habló mucho de Gregorio Marañón y con gran cariño, y me rogó le dijera en la primera ocasión que había recibido su carta en la cárcel y que, aunque no necesitaba su ayuda, no se olvidaría de la generosidad de su ofrecimiento ([331]). Mandó también un abrazo a Gregorito.

»Llegó el momento de despedirnos; lo hice con pena. ¿Cuándo y dónde volveré a ver a estos dos muchachos encarcelados en Alicante por el delito de gritar «¡Arriba España!» y por tomar una actitud nacional fuerte y decidida? ([332]). Salgo de la cárcel con mezcla de sentimientos. Me parece escandaloso que estos hermanos estén allí metidos; pero, cuando salgan, ¿serán los amos de España? José Antonio y Miguel, recién confesados y comulgados en este aniversario del nacimiento del segundo, vestidos de obreros, con la cara alegre y joven, me parecieron dos tipos perfectamente simbólicos de una España joven, limpia y decidida..., casi ideal. Pero también tengo una duda: ¿Será ésta la España futura? ¿Podrán con todo y contra todos? Parécenme casos demasiado selectos para que pueda generalizarse esta perfección en la multitud.

»Estuve gran parte de la tarde buscando unas flores para Carmen Primo de Rivera. Resulta que en Alicante no hay floristas, o, por lo menos, no las encontré ni me pudieron dar razón en ninguna parte. No tuve más recurso que el de buscar nardos, de esos que se venden en las calles, llevados sobre una caña, apretadas las flores blancas sobre un melón o calabaza, como acerico natural, por vendedores ambulantes...; pero ni siquiera encontré bastantes nardos para hacer un *bouquet.* Hasta a eso tuve que renunciar. En

---

[331] El doctor Marañón, a quien he preguntado, no me ha querido fue ese ofrecimiento tan agradecido por José Antonio (*).

(*) *Nota de la segunda edición.-No* obstante la autenticidad de esta página escrita por el duque de Sanlúcar la Mayor el mismo día de la entrevista con José Antonio, el que más tarde fue secretario en el proceso de los hermanos Primo de Rivera, ha contado en un largo artículo publicado en *Arriba* el 20 de noviembre de 1948, que José Antonio le pidió este libro y las «Prosas bárbaras» de Eça de Queiroz, que necesitaba para un trabajo literario. Es posible que después de la entrevista narrada en este capítulo, los guardianes quitasen los libros a José Antonio... o que López Zafra haya oído campanas y no sepa dónde.

[332] A José Antonio no volvió a verle nunca: A Miguel le encontró conmigo en el hotel Condestable, de Burgos, cuando su liberación, en vísperas de la Victoria definitiva de las armas de Franco.

cambio, escribí a Gregorio una postal de pocas palabras, que él y su padre entenderán cuando la reciban sin que resulte una denuncia.

»Escribí: «He pasado un rato delicioso con los amigos de Alicante, que os recuerdan con cariño.»

ÚLTIMOS DÍAS

EL día 13 está ya preparado todo para lanzar el cuarto número del *No Importa,* cuando José Antonio recibe la trágica noticia del cobarde asesinato de don José Calvo Sotelo. Como cristiano, reza; como español, se indigna del crimen abyecto que han realizado las llamadas autoridades españolas; como hombre, se escalofría de dolor su sensibilidad finísima; como preso de aquel Poder criminal, medita que no será el último el horrendo asesinato, y todos sus antiguos presentimientos se le cuajan en una negra certidumbre del alma. También deberá dar él su sangre al enemigo para la redención de España. Todos estos sentimientos borran en su alma noble las diferencias ideológicas, las rivalidades políticas ribeteadas de personalismo que les han separado. Ordena se suspenda el número del *No Importa* para escribir en él su «¡Presente!» a la víctima ilustre de la barbarie, y redacta una carta emocionante a los familiares del finado. No tiene que dar la orden de que la Falange comparezca en el entierro, porque sabe lo hará ([333]).

Del 13 al 18 de julio, José Antonio, sin perder su flema y su tranquilidad, los pasa en una tensión nerviosa agotadora. Ya sus muchachos cargan los mosquetones y pistolas, pero él no puede estar con ellos. Faltará a última hora su voz capitana y consejera, y, huérfano de su prudente aviso, tal o cual escuadrista impetuoso se lanzará antes de tiempo a la conquista de un lucero. Si este enlace llega tarde; si esta consigna no se interpreta fielmente; si aquel cifrado apremiante no logra traducirse, Dios sabe qué muertos puede costar a la Falange, qué contratiempos a la Revolución de España.

¡Con qué impaciencia se agarraría a los barrotes de su ventanilla, mirando al misterio estelar de la noche levantina, en espera del clarín o el motor que en el aire anunciasen la buena nueva!

¡Qué tortura para las alas de su espíritu no ser alas del cuerpo que pudieran llevarle con sus camaradas! ¿Qué pasará? ¿Quién fallará? ¿Qué resorte se habrá olvidado de tocar? ¿Cuál riesgo no se habrá previsto? ¿Para

[333] En el colmo de su repugnante perversidad, Casares Quiroga había ordenado a Alonso Mallol que se atribuyese la muerte de Calvo Sotelo a la Falange, aprovechando la reciente polémica de José Antonio con el diario ultraconservador *La Época,* antes aludida.

qué encrucijada faltarán previsiones? ¿A qué corazón de sus Falanges escogerá la primera bala del combate?...

¡El destino es tan callado y hermético como aquel pañolito de cielo estrellado de su ventanuco!... ¿Cómo arrancarle el secreto designio?... En diez metros cuadrados de celda, ¡qué viajes sin fin realizaría con la imaginación y cuántos millares de pasos ritmarían su insomnio genial! Aquel insomnio del que había salido, febril, este manifiesto, que debía aparecer con fecha 17 de julio y no apareció nunca en su forma volandera y audaz ([334]):

«Un grupo de españoles, soldados unos y otros hombres civiles, que no quieren asistir a la total disolución de la Patria, se alza hoy contra el Gobierno traidor, inepto, cruel e injusto que la conduce a la ruina.

»Llevamos soportando cinco meses de oprobio. Una especie de banda facciosa se ha adueñado del Poder. Desde su advenimiento, no hay hora tranquila, ni hogar respetable, ni trabajo seguro, ni vida resguardada. Mientras una colección de energúmenos vocifera -incapaz de trabajar- en el Congreso, las casas son profanadas por la Policía -cuando no incendiadas por las turbas-, las iglesias entregadas al saqueo, las gentes de bien encarceladas a capricho por tiempo ilimitado; la Ley usa dos pesos desiguales: uno, para los del Frente Popular; otro, para los que no militan en él; el Ejército, la Armada, la Policía, son minados por agentes de Moscú, enemigos jurados de la civilización española; una Prensa indigna envenena la conciencia popular y cultiva todas las peores pasiones, desde el odio hasta el impudor; no hay pueblo ni casa que no se halle convertido en un infierno de rencores; se estimulan los movimientos separatistas; aumenta el hambre, y, por si algo faltara para que el espectáculo alcanzase su última calidad tenebrosa, unos agentes del Gobierno han asesinado en Madrid a un ilustre español, confiado al honor y a la función pública de quienes le conducían. La canallesca ferocidad de esta última hazaña no halla par en la Europa moderna, y admite el cotejo con las más negras páginas de la checa rusa.

»Este es el espectáculo de nuestra Patria en la hora justa en que las circunstancias del mundo la llaman a cumplir otra vez un gran destino. Los valores fundamentales de la civilización española recobran, tras siglos de eclipse, su autoridad antigua. Mientras otros pueblos que pusieron su fe en un ficticio progreso material ven por minutos declinar su estrella, ante nuestra vieja España, misionera y militar, labradora y marinera, se abren caminos esplendorosos. De nosotros los españoles depende que los recorramos. De que estemos unidos y en paz, con nuestras almas y nuestros cuerpos tensos en el esfuerzo común de hacer una gran Patria. Una gran Patria para todos, no para un grupo de privilegiados. Una Patria grande, unida, libre, respetada y

[334] La primera publicación de este manifiesto -no, ciertamente, el mejor de José Antonio- fue en el libro tantas veces citado de Francisco Bravo. En otras páginas del mismo, véase el relato de cómo se compuso y se hizo desaparecer, estallado ya el Movimiento.

próspera. Para luchar por ella rompemos hoy abiertamente contra las fuerzas enemigas que la tienen secuestrada. Nuestra rebeldía es un acto de servicio a la causa española.

»Si aspirásemos a reemplazar un partido por otro, una tiranía por otra, nos faltaría el valor -prenda de almas limpias- para lanzarnos al riesgo de esta decisión suprema. No habría tampoco entre nosotros hombres que visten uniformes gloriosos del Ejército, de la Marina, de la Aviación, de la Guardia Civil. Ellos saben que sus armas no pueden emplearse al servicio de un bando, sino al de la permanencia de España, que es lo que está en peligro. Nuestro triunfo no será el de un grupo reaccionario ni representará para el pueblo la pérdida de ninguna ventaja. Al contrario, nuestra obra será una obra nacional, que sabrá elevar las condiciones de vida del pueblo -verdaderamente espantosas en algunas regiones-, y le hará participar en el orgullo de un gran destino recobrado.

»¡Trabajadores, labradores, intelectuales, soldados, marinos, guardianes de nuestra Patria: sacudid la resignación ante el cuadro de su hundimiento y venid con nosotros por España, Una, Grande y Libre! ¡Que Dios nos ayude! Arriba España! -Alicante, 17 de julio de 1936.- *José Antonio Primo de Rivera*» ([335]).

[335] Este manifiesto es lo más decimonónico que ha escrito José Antonio. Tiene un regusto especial a las viejas proclamas de los «pronunciamientos» y un verdadero parecido filial con el del General Primo de Rivera de 13 de septiembre de 1923. La razón de ello es natural. José Antonio sabe que no puede ser sola la Falange la que se lance al Movimiento. No tiene fuerzas organizadas suficientes para ello. La ruda persecución de los últimos tiempos ha desarticulado los cuadros eficaces de combate y ha aumentado enormemente las masas adheridas sin organización. El Ejército, tradicionalmente apolítico, está en tensión. Fuerzas de derechas se suman a éste. No hay tiempo de discutir un programa, sino urgencia imperiosa de salvar la permanencia de la Patria, que está en peligro. Ante esto, no hay más solución que silenciar, por el momento, lo fundamental del programa de Falange: la Revolución Nacional. Silenciarlo no quiere decir olvidarlo. Al contrario, José Antonio ha escrito días antes a Giménez Caballero (12 de julio): «Estoy ya en contacto con cuanto puede haber en España, en este momento, de eficaz. Hasta tal punto, que sin la Falange no se podría hacer nada en este momento, como no fuera un ciempiés sin salida.» «Una de las cosas terribles sería la "dictadura nacional-republicana"...» «Otra experiencia falsa que temo es la de la implantación por vía violenta de un falso fascismo conservador, sin valentía revolucionaria ni sangre joven...» «Porque ninguna de las dos cosas ocurra trabajo, como te digo, sin tregua y con no poco éxito. Ya faltan pocos días, me parece, para que la vía quede completamente libre y despejada. Y entonces creo que nada nos detendrá.»
El acento añejo de este manifiesto es, pues, deliberadamente buscado, por razones de oportunidad política. Pero en el fondo de su alma, José Antonio seguía soñando «su» tremenda Revolución.

SIN NOTICIAS DE EL EN LA GUERRA

EL día 18 se entera de que ha estallado el Movimiento Nacional y de que no sabe -ni sabemos los demás todavía- qué vacilaciones, cobardías o traiciones ajenas a su voluntad han frustrado su solemne juramento a la Primera Línea madrileña de estar frente a ella en las barricadas alegres del momento definitivo.

Gran fortuna es para los dos hermanos presos en Alicante -impotentes sus juventudes enrejadas- que se dé la orden de juntarlos desde aquel día en la misma celda. En la celda número diez de la primera galería, ese recinto que la sublime agonía de José Antonio convertiría en un lugar de peregrinación y éxtasis para futuras generaciones.

La comunicación con el exterior se hace cada vez más difícil; pero José Antonio y Miguel pueden cambiar impresiones y esperanzas todos los segundos de las horas interminables. Pueden afirmarse a sí mismos la fe en los destinos de España y negar veracidad a las tremendas noticias adversas -que oyen a los carceleros- sobre Barcelona, sobre Valencia, sobre Bilbao, sobre Málaga, sobre el Cuartel de la Montaña, sobre el Alcázar de Toledo...

¿Qué decía José Antonio? ¿Qué hacía? ¿Qué pensaba? Miguel, que lo sabe y no lo olvida; Miguel, que auscultaba el alma de su hermano genial, calla aún como una esfinge, sin darnos la revelación de ese *Memorial de Alicante* que todos los falangistas esperamos como un último Evangelio. y con nosotros, España y la Historia.

¿Tardará mucho?.

Sabemos sólo algunas cosas. Por ejemplo, que el día 1 de agosto son detenidas la tía *Ma,* Carmen y Margot. Sabemos que un asalto a la cárcel alicantina, organizado por camaradas de la capital y de Elche, fue abortado trágicamente por aquellos días ([336]). Sabemos que los maleantes presos por

---

[336] *Nota de la tercera edición.-El* inolvidable camarada Carlos María Rodríguez de Valcárcel, a la sazón Gobernador civil y Jefe Provincial del Movimiento en Cádiz, publicó el 23 de noviembre de 1949 en la *Información del Lunes* de aquella ciudad un artículo titulado «La frustrada salvación de José Antonio, en el que se transcribía esta frase mía. Este artículo mereció una rectificación -no a Carlos, sino a mí- del Jefe local del Movimiento de Crevillente, camarada V. Más. Carlos Valcárcel me envió esta carta, que dio origen a una afectuosa correspondencia y a mi promesa de reparar mi error, debido a las deficiencias de información cuando compuse este libro en el extranjero.

El señor Más decía textualmente a Valcárcel que al hablar del dramático intento de salvación organizado por camaradas de Alicante y de Elche «suponemos que te refieres al intento realizado el 19 de julio, por el que hubieron cincuenta y dos fusilamientos, puesto que la Falange alicantina, oficialmente, no conoce otro organizado por ella. Si es así, considero como un deber el comunicarte que quien te haya dado dicha información, o de quien haya sido inventada, falta a la verdad, sobre todo en lo que se refiere a Elche, en

delitos comunes se amotinan contra José Antonio y Miguel, quienes han de hacerles frente con su energía habitual. Sabemos que España entera soñaba con su José Antonio mientras se cubrían de gloria las bisoñas centurias falangistas en las iniciales estrofas heroicas de la Cruzada donde brotaban las laureadas primeras -Alto de los Leones, Oviedo, Somosierra, Alcázar de Toledo, provincia de Sevilla...- Sabemos que José Antonio, en todo momento al tanto de lo que ocurría en España, continuaba, con su natural optimismo, dando constantemente alientos a todos cuantos con él compartían la prisión por España, aunque en su ánimo recio y esforzado se clavara la onda preocupación de verse maniatado y encerrado entre aquellas cuatro paredes,

---

donde no existía Jefatura Local, ni tan siquiera una Célula, por no haber tres elementos que la constituyeran.

Verdaderamente, el 19 de julio se intentó liberar a José Antonio y a los que con él sufrían cautiverio y ayudar al Levantamiento, cumpliendo, precisamente, orden dimanada por nuestro cautivo Jefe, transmitida por camaradas que aún viven, a los citados pueblos de Crevillente y Callosa. El mismo camarada que trajo la orden a Crevillente, venía acompañado de otros que, con el mismo coche, siguieron a Callosa. Esto ocurría el 19 a las tres aproximadamente de la tarde.

De Crevillente salieron unos treinta camaradas por ferrocarril y carretera, estos últimos en un coche turismo propiedad del camarada Augusto Más (presente), que tuvieron que dar un rodeo para evitar el pasar por el control marxista de Elche, por lo que se encontraron en Santa Pola y Alicante a uno de los camiones que habían salido de Callosa, al cual se le había roto una ballesta.

Puesto al habla con ellos, a los pocos momentos, los crevillentinos salían hacía Alicante con el encargo de que volviera pronto el camión que se había adelantado, para llevarse a los que quedaban.

Cuál no sería la sorpresa de los crevillentinos, cuando cerca de Alicante se encontraron con un gran gentío, guardias de asalto y carabineros, que comentaban a gritos que hacía unos momentos se habían llevado detenidos a unos "fascistas de la huerta" después de un tiroteo, los cuales iban a liberar a su Jefe.

El coche de Crevillente prosiguió su marcha como pudo, reuniéndose sus ocupantes con los que habían ido en ferrocarril, en un punto en donde se habían citado y allí marcharon todos diseminados, por parejas, al Cuartel de Infantería número 11, a donde tenían orden de presentarse para, en unión de la tropa, declarar el estado de guerra y liberar a José Antonio. En dicho cuartel fueron recibidos, comunicándoseles que... "fracasado el Levantamiento en Alicante, debían ausentarse inmediatamente de allí, puesto que de no hacerlo comprometían al cuartel".

Esto es, contado a la ligera, el único- intento de salvación que oficialmente conoce la Falange alicantina y los pueblos citados, los únicos que estuvieron presentes en él.»

Hice constar al Jefe local de Crevillente que la información que figuraba en mi libro no fue inventada por mí, sino utilizada de alguna fuente imprecisa y, desde luego, sin intención de falsear la historia, ni mucho menos de restar méritos a quienes tan grandes los contrajeron heroicamente en la empresa de salvación del Fundador.

Hoy me es gratísimo rectificar la errónea frase, y tributar a los valerosos falangistas de Crevillente y de Callosa el homenaje de admiración y gratitud que merecen por el hermoso sacrificio de sus vidas jóvenes en aquella quijotesca empresa. Además de ser de justicia, estoy seguro de que a José Antonio -tan admirador de sus falangistas campesinos, modestos, humildes y abnegados- le impresionaría terriblemente el trágico final de aquellos muchachos, a los que Alicante ha erigido un monumento que perpetúa su memoria.

sin partir -como el vino y el pan de los yantares falangistas- el riesgo de la guerra con los combatientes novicios. Sabemos eso, pero ignoramos sus palabras, sus actitudes, sus cóleras, sus ilusiones...

Las noticias de él en España eran escasas y contradictorias en los primeros días del Movimiento. No sé si espontáneamente u obedeciendo a consignas de alguien, las estaciones de radio las daban espaciadas y diferentes. En mis apuntes de aquellos primeros días tengo recogidas éstas: «El 22 de julio se decía que José Antonio estaba en Valencia al frente de la guarnición. El 25, que había salido de Albacete al mando de una columna mixta de falangistas y Guardia Civil. El 14 de agosto, fecha en que firmaba en una cuartilla -misteriosamente llegada ala Junta de Mando de F. E.- debajo de tres «¡Arriba España!...», se anunció que el Jefe estaba muy repuesto de las graves heridas que había sufrido al evadirse de la cárcel de Alicante -una de ellas, la pérdida de un ojo- al principio del Movimiento, y que todo cuanto se había dicho de que estaba al frente de una columna era falso y se había anunciado para no desanimar a los falangistas y evitar que cometiesen represalias. No se decía dónde se hallaba. El 24 de agosto se anunció que había sido fusilado en la cárcel de Alicante. El 31, la radio de Tetuán manifestaba ser falso que José Antonio se hubiera escapado de la prisión, y que, por el contrario, podía afirmarse que seguía en ella y sin novedad. Pocos días antes, en la Prensa francesa se anunció el fusilamiento de «Miguel Primo de Rivera, líder de Falange Española e hijo del antiguo Dictador». En los primeros días de septiembre, algunas radios extranjeras anunciaban que José Antonio se encontraba perfectamente bien, en lugar seguro, y que entraría en Madrid al frente de sus banderas.»

Todas estas contradicciones enloquecían de angustia a los falangistas. Para algunos, estaba en un buque de guerra alemán, italiano o inglés, bajo palabra de honor de no escaparse. Para otros, nos le habían asesinado. Ninguno concebíamos que el furor bestial de la horda roja pudiera respetar su vida cuatro meses. Algunos no lo conciben todavía, y piensan que esos ciento veinte días transcurridos entre la iniciación del Movimiento y la ejecución de nuestro Jefe son el gran baldón de los falangistas, puesto que teníamos su vida para rescatar y no fuimos capaces de ello. Desde luego, sería conveniente se hiciera -inconcebiblemente no lo hizo quien podía y debía- una información para conocer cuánto se intentó y se dejó de intentar para salvar aquella vida preciosa para España. Hubo proyectos generosos y audaces; hubo ofrecimientos inolvidables; pero hubo también vanidades y rencillas, recelos y piques, que frustraron todos los caminos.

INTENTOS DE SALVACIÓN

HOY ya se puede hablar de algunas cosas pasadas, porque son historia, y en la Historia no se pone pasión, sino objetividad. Hoy pueden contarse algunas gestiones hechas para salvar a José Antonio, sin que nadie vea en el relato más que deseo de contribuir a esclarecer la verdad, demasiado envuelta en nieblas. Hoy puedo decir -el tiempo y los hechos han hecho prescribir el secreto de una palabra dada- que el 24 de septiembre de 1936, el que esto escribe, terminadas las operaciones de la isla, salió de Palma de Mallorca -para dirigirse a la Península e incorporarse a sus deberes profesionales- a bordo del acorazado alemán *Admiral Graf von Spee,* gloriosamente sucumbido en la batalla naval de Montevideo. Hoy -después de recordar con hondísima emoción la camaradería cordial de los marinos del Tercer Reich y guardar un minuto de silencio por los del *Graf von Spee* caídos por su patria- puedo decir que a las ocho de la mañana del 25 anclamos frente a Alicante, radiante de sol. Había en el puerto una inusitada animación de buques de guerra alemanes, italianos, franceses, portugueses, ingleses y argentinos. Apenas fondeados, se nos acercó al costado, para repostarse de petróleo, un torpedero alemán. En éste venían, transbordaron y se presentaron de improviso en mi camarote -donde me estaba afeitando- Agustín Aznar, Jefe nacional de Milicias de F.E., y Rafael Garcerán, pasante de José Antonio. Mi estupor fue tan grande como mi alegría, sobre todo al ver al primero, a quien había imaginado asesinado en alguna cárcel roja. Agustín se reía de mi cara estupefacta, y contestaba a las veinticinco mil preguntas que yo le formulaba, ávido de saber cosas. Agustín me contó que el Jefe vivía y seguía en Alicante, de donde él venía de realizar gestiones para su liberación. Días antes habían salido de Sevilla para Alicante en un torpedero alemán, llevando una caja de hierro con un millón de pesetas en billetes, entregado por el Generalísimo para el rescate de José Antonio. «El General -me dijo Agustín- tiene el mismo interés que cualquiera de nosotros porque vuelva José Antonio. Parece ser que antes de darnos este dinero y la autorización para la gestión ha ofrecido a los rojos la liberación de todos sus prisioneros a cambio de nuestro Jefe.» Agustín siguió contándome que, de acuerdo con von Knobloch, Cónsul de Alemania en Alicante, había saltado a tierra para ver a uno de los jefes de la C. N. T. alicantina y proponerle *el negocio* de salvar a José Antonio y cobrar el millón dado por Franco. Contra lo que cabía suponer, el cenetista aceptó la proposición sin adoptar determinación alguna contra Aznar, aunque exponiendo las naturales dificultades del asunto, corregidas y aumentadas para ver de subir el precio. Agustín Aznar, autorizado por el Generalísimo, llegó a prometer cuatro millones y la libertad para cuantos cooperasen en la liberación de José Antonio, cuya salida -con la de los facilitantes de la evasión- protegería el Consulado alemán. El cenetista

había pedido un plazo para reflexionar y decidirse. Agustín Aznar se lo concedió, y marchó a tomar un baño. Con la mala fortuna de topar con un policía de Madrid que le conocía, y le echó el guante. Peliculesca y audazmente, el Jefe de Milicias pudo escapar y refugiarse en el hotel Samper -donde estaban las oficinas de la Embajada alemana-, de donde logró salir para volver al torpedero, maldiciendo del incidente que frustraba la salvación del Jefe. Agustín me propuso continuar yo las gestiones. Acepté, y dispuse todas mis cosas para saltar a tierra, lo que no hice por oponerse von Knobloch, diciendo que la Policía alicantina estaba alerta y escamadísima después de lo de Agustín y que yo no tardaría media hora en ser detenido, complicando la situación de José Antonio. Con gran contrariedad de todos, se deshizo el proyecto ([337]).

Más tarde hubo la intención de un golpe de mano, que preparó el propio Agustín Aznar. Por causas que desconozco, fracasó también, así como una gestión encomendada en Francia a Eugenio Montes para canjear al Jefe por el hijo de Largo Caballero -preso en el Cuartel de Falange de Sevilla-, asunto que había de llevar a cabo *Mauricio Karl* ([338]). Todos estos fracasos se deben a muchas causas que nadie todavía ha querido analizar, quizá por el convencimiento de todos de que el Destino había señalado con su dedo inexorable a José Antonio, y nada podría apartarle de su camino fatal y glorioso.

¿Sospecharía José Antonio que sus falangistas, con mayor o menor acierto, pero con abnegación decidida, nos aprestábamos a dar la vida por salvarle? ¿O creería que le olvidábamos? ¿Tenía fe en nosotros o pensaba que, dejados de su mano, seríamos un navío sin palos ni gobernalle a merced de los vientos? ¿Qué pensaría de él y de España, y de España y de la Falange sin él?.

---

[337] *Nota de la tercera edición.-Un* par de meses antes se había preparado por la Falange de Mallorca un audaz proyecto de liberación de José Antonio y Miguel, que al parecer contaba con el beneplácito de los prisioneros de Alicante, quienes comunicaban con el jefe mallorquín marqués de Zayas por un ingenioso procedimiento criptográfico. Zayas estuvo en contacto con una compañía naviera que, tras varias gestiones, accedió a poner a su disposición un barco destinado a *servicios* especiales. Estaba anclado en Pollensa y hubo que cambiar parte de su tripulación por falangistas expertos en faenas del mar. Al ser detenido y encarcelado a primeros de julio el marqués de Zayas, el proyecto quedó aplazado para más adelante. No pudo intentarse por haberse producido el 18 de julio el Alzamiento Nacional.

[338] Yo vi la carta, noblemente redactada y fechada el9 de octubre de 1936, de puño y letra del hijo de Largo Caballero, que debía llevar a Gibraltar o Alicante *Mauricio Karl* (*).

(*) *Nota de la tercera edición.-Esta* carta -autógrafa- fue reproducida en *Arriba* del 20 de noviembre de 1943. El hijo de Largo Caballero servía en el Regimiento de Transmisiones de guarnición en El Pardo, que se pasó a las filas nacionales al principio de la Cruzada. El hijo del «Lenin español» fue trasladado a Sevilla, en donde estuvo detenido mientras duró la guerra. Si José Antonio fue asesinado con el consentimiento de Largo Caballero, el hijo del líder marxista conservó la vida gracias a la generosidad de la Falange y de su Jefe Nacional el general Franco.

Nuestra angustia crecía cada hora. Como un incendio horrible se acercaba a nuestros corazones el fatídico 20 de noviembre. Casi todos comprendíamos que iba durando ya demasiado el milagro de su vida, y todos los minutos nos helaba la sangre un trágico mensaje telepático. En los primeros días de octubre, salido no se sabe de dónde, corría por cada rincón de Salamanca el horrendo rumor de que los rojos habían castrado a José Antonio. Pero no lo queríamos creer, y más bien nos parecía, al ver la imposibilidad de jugarnos la vida por la suya, que éramos todos los demás los afrentosamente mutilados. Otro rumor era que los rojos habían propuesto a Manuel Hedilla, Jefe de la Junta de Mando, la entrega del Jefe Nacional a cambio del General Queipo del Llano. Este rumor, conociendo la perversidad fría de los Azaña y comparsa, era tan verosímil o más que el anterior. Combinación horrorosamente maquiavélica y posible, sabiendo que el General Queipo había sido un tenaz enemigo del Dictador, y que a la caída de éste había sido abofeteado en un café madrileño por José Antonio y Miguel.

NOVIEMBRE DE 1936

LA gran ofensiva del Ejército del Sur se ha parado en las puertas de Madrid. Los picos de los zapadores cavan trincheras y fortines en la Ciudad Universitaria, en la Casa de Campo, en el Parque del Oeste, en el Lucero, en el Terol, en Usera... Miles de ojos miran ávidos a un Madrid de tinieblas y de nieblas en las noches y días primeros del asedio. Por las calles de la capital, fangosas de las primeras heladas de un invierno crudísimo, chapotean las botas de los criminales de las Brigadas Internacionales... Las checas intensifican su actuación tratando por procedimientos drásticos de eliminar a la quinta columna. A la quinta columna, que como un jazmín sevillano crece, trepa y se enrosca más cuanto más implacablemente la poden las tijeras bárbaras de los verdugos asiáticos. Se ha pasado el susto espantoso de 7 de noviembre, y los asesinos, temblorosos todavía, empuñan de nuevo sus armas alevosas. El Gobierno ha huido. Azaña ensaya nuevos ensayos. Largo Caballero es dictador al dictado de Rosemberg, el judío embajador de los soviets. El *Cara al Sol,* oído desde Madrid por entre las acacias desnudas de la Moncloa, ha prendido en las almas madrileñas. Madrid, en noviembre de 1936, es falangista impetuoso, lleno de Auxilio azul y de Esperanza, más azul todavía.

Se lucha fuerte y las brigadas de Kléber parece que dan buen resultado. Rosemberg se anima. Y después de un comilitón con Miaja y Atadell, los ojos febriles de *vodka* y los dedos electrizados de acariciar montones de diamantes y perlas, da una consigna terrible a Largo Caballero: «Hay que matar ya a Primo de Rivera.» Los esclavos de Moscú se inclinan. La consigna ha restallado en el

aire como un latigazo. Los delincuentes bajan a toda prisa a la guardarropía de la «República», donde hay togas de percalina, códigos de cartón, magistrados de pelote, fiscales de cera y estúpidos monigotes con caras de jurados. La tramoya es fácil. Casi sin ensayos, el Frente Popular puede montar la farsa de un proceso y darle hasta carácter de seriedad. Se traerán periodistas -viático y dietas orondas- a presenciarlo, y se dará sensación de justicia.

Hay que matar ya a Primo de Rivera. Ha pasado el peligro de los primeros días de noviembre. Hay confianza en una victoria roja, y José Antonio ya no tiene valor de rehén, canjeable su vida por la de los jefes republicanos a salvo en Valencia, Alicante o Barcelona ([339]).

No importa que muchos de estos jefes conozcan bien a José Antonio y sus intenciones políticas. No importa que sepan bien que su designio no es, en manera alguna, reaccionario, sino, al revés, profunda y auténticamente revolucionario. No importa que los más sagaces hayan copiado frases enteras de sus discursos ([340]) ni que los más criminales teman las represalias de la Falange en la vida de un hijo prisionero en Sevilla. No importa que sepan todos que José Antonio, «precisamente porque sale de la nobleza -como dice

---

[339] *Nota de la tercera edición.-En* un artículo escrito en 1942 por el gran hispanista y magnífico escritor Alfonso Junco, recogido en su libro *Egregios* (Barcelona, Juan Flors, 1962), se dice que Indalecio Prieto contó en alguna ocasión su «intervención decisiva para evitar que el Fundador de la Falange, su hermano y su cuñada, presos con él en la misma cárcel (esto no es cierto, pues Margot estaba en otra prisión), fuesen muertos sin juicio previo, a comienzos de agosto anterior (1936). El gobernador había comunicado a Madrid lo que se tramaba. Pretendíase sacar aquella misma noche de la prisión a los tres detenidos, bajo pretexto de conducirles a Cartagena, y a mitad del camino pasarles por las armas. El presidente de la República, don Manuel Azaña, y el jefe del Gobierno, don José Giral, luchaban de modo inútil a fin de evitarlo. Sus esfuerzos eran nulos ante el llamado Comité de Orden Público, que ejercía la autoridad efectiva, como otros comités en diversos territorios».

Comenta Junco: «Preciosa confirmación -digámoslo al paso- de lo que todos sabemos, pero cuyas conclusiones naturales no todos sacan. Si el Gobierno no gobernaba, ¿para qué servía? Si no podía imponer las normas legales más sagradas y los derechos más impostergables, ¿no era una triste sombra de Gobierno, suplantado por fuerzas advenedizas, delictuosas y vandálicas? Contra estas fuerzas -actuantes y vivas, aunque menos descaradas, de tiempo atrás, y que al propio don Indalecio arrollaron cuando más tarde fue ministro de la Guerra- se insurgía precisamente el espíritu de España. No era contra una República nominal, sino contra un bolchevismo palpable. No contra el Derecho, sino contra el Atropello.»

«Sigue don Indalecio -continúa- narrando que en aquel trance se buscó su intervención, aunque él no estaba en el Gobierno entonces. Llamó por teléfono a Antonio Cañizares, "prestigioso líder proletario", pidiéndole que "hiciera lo posible para ahorrar a la República semejante bochorno"; y Cañizares logró persuadir al Comité para que no se interpusiera en la acción de la justicia. "Si no la vida de José Antonio Primo de Rivera, ejecutado luego en cumplimiento de fallo legal, se salvó la de su hermano Miguel y la de su cuñada Margot".» (Reproducido íntegro en la revista *Teresa,* abril de 1962.)

[340] Véase el artículo de José Antonio «Prieto se acerca a la Falange», publicado en *Aquí Estamos,* órgano clandestino de la Falange mallorquina, el 23 de mayo de 1936.

Henry de Jouvenel de Mirabeau-, sabe las taras de esta casta ignorante y ligera, entregada a la pueril admiración de sí misma y al desprecio perezoso de las realidades, y para la cual todo -la política, la guerra y la revolución- es un juego». No importa que sepan todos cómo fue la reacción quien le entregó inerme al Frente Popular. No importa que tengan todavía ante sus ojos el número de 24 de octubre del *News Chronicle,* de Londres, en que José Antonio contesta así a las preguntas del reportero Jay Allen, uno de los últimos que habló con él:

«-¿Qué pensaría usted si le dijese que yo opino que el Movimiento del General Franco se ha salido de su cauce, cualquiera que fuese, y que, de ahora en adelante, simplemente, la vieja España lucha por perdidos privilegios?

»-Yo no sé nada, pero no creo que sea verdad. Si lo es, es un error.»

-¿Y si le dijese que sus muchachos están luchando al servicio de los terratenientes?

»-Le diría a usted que no... ¿Se acuerda de mi posición y de mis discursos en las Cortes?. Usted sabe que yo dije que si las derechas, después de octubre de 1934, se mantenían en su política negativa de represión, Azaña volvería al Poder muy pronto. Ahora ocurrirá lo mismo. Si lo que hacen es únicamente retrasar el reloj, están equivocados. No podrán sujetar a España si sólo hacen esto. Yo defendía algo distinto, algo positivo. Usted ha leído el programa de nuestro Nacionalsindicalismo, el de Reforma Agraria y todo lo nuestro... Yo sé que si este movimiento gana y resulta que no es nada más que reaccionario, entonces me retiraré de la Falange, y yo... volveré a ésta o a otra prisión dentro de muy pocos meses.»

No importa que sepan todo esto. Quizá porque lo saben, porque reconocen en él al único Jefe posible de la única revolución posible -la que España necesita-, es necesario eliminarle. Quizá también la rojez y la masonería eran rabiosamente «contrarrevolucionarias».

EL PROCESO

POR y para todo ello se monta el tinglado. Aquel agujero en la tela metálica del locutorio por el que la mujer de Miguel introdujo una botella de vino español el día del cumpleaños de su marido servirá para intentar una coartada. En un registro en la celda de los hermanos «se han encontrado unas pistolas, introducidas por el orificio». Ha sido Margot quien lo ha hecho. Como todo ello coincide con el Alzamiento Militar, en el que colabora activa y heroicamente la Falange, la introducción de las pistolas demostrará que José Antonio era el Jefe de la sublevación. Todo ello no será difícil de probar si entre los figurones de la guardarropía jurídica se encuentra un juez dúctil y hábil. No tienen que buscarlo demasiado. Se encuentra bien a la vista, bien a la

mano. Es el de siempre; el que han encontrado propicio siempre para sus designios los fariseos y los hipócritas. Esta vez se llama así: Federico Enjuto Ferrán ([341]). Ha elegido la carrera de Leyes y se ha disfrazado con la toga de Magistrado. Acepta la misión de llevar por los caminos «jurídicos» el proceso de José Antonio. Proceso rapidísimo, como requiere la urgencia de sangre de los esclavos de Rosemberg. El 13 de noviembre se toma la primera declaración a José Antonio ([342]), e inmediatamente se le comunica el auto de procesamiento suyo, de Miguel, de Margot y de cinco oficiales de Prisiones «cómplices» en los horrendos delitos precisados por la ciencia jurídica de Enjuto. José Antonio se dispone a la defensa, y con toda serenidad busca entre sus papeles y en su memoria los datos y argumentos que pueden favorecerle. El día 14 escribe esta carta -en una cuartilla- a un falangista todavía libre: «14 de noviembre. Querido camarada: haz lo posible por proporcionarte *cuanto antes* lo siguiente: Primero. Una copia de mi circular del 24 de junio (fíjate en la fecha: es aquella, larga, en que se prevenía a todos contra las conspiraciones). Segundo. Un ejemplar del tercer número del *No Importa* (el que traía el artículo "Vista a la derecha"). Abrazos fortísimos a todos.-*José Antonio.*»

La incoación del proceso se termina en tres días. La vista dura dos y medio. La «capilla», uno. Total, siete días desde que Enjuto interroga por primera vez a José Antonio hasta que los fusiles del piquete acallan la voz inmortal de su corazón ardiente.

El procedimiento «legal» ideado es mixto. Tribunal Popular con Jurado. Código: el de Justicia Militar. A buen seguro que los pontífices de la juridicidad republicana, Ossorio y Sánchez Román, lo encontraban perfecto.

El sumario tenía treinta y ocho folios nada más. El juicio oral se señaló para el día 16 por la mañana. José Antonio se encargó de la defensa de sus hermanos y de la suya propia. Se le dio una hora de plazo para estudiar los autos. Le sobrarían cincuenta minutos, pues nada nuevo podía descubrir en las acusaciones. Y las leyes estaban frescas en su mente, como el día que se licenciara en Derecho. La lectura de los folios oscureció un momento su frente. La situación era gravísima, y tendría que hacer un milagro para salvar a dos de sus clientes: Margot y Miguel. Para salvar al tercero, a José Antonio Primo de Rivera, tendría que ser Dios quien hiciera el milagro. Pero la difícil situación no le arredra. Al contrario, sirve de acicate a su pasión por la justicia. Hará todo lo posible y lo imposible por salvar las vidas de sus tres defendidos. La noche del 15 al 16 duerme confiado, después de haber meditado escrupulosamente el guión de su informe.

Por la mañana, no por respeto al Tribunal ante el que va actuar, en el que no cree, sino por respeto a su profesión, que venera, pide permiso para

---

[341] También cooperó en la incoación del sumario el Juez del distrito del Sur, de Alicante, Lino Martín Carnicero. El inspiró, al parecer, el proceso acusatorio.

[342] *Nota de la segunda edición.*-Ante el Juez especial Enjuto, el Fiscal Vida! Gil Tirado y el Secretario López Zafra.

ponerse una toga. Se lo deniegan. El Tribunal popular no necesita esos lujos burgueses. Son hombres de blusa, de mono, de alpargata. El no puede ir como está en la cárcel. La democracia se ríe de las togas de seda y las vueltas de terciopelo... Pero José Antonio se respeta a sí mismo y no claudica en un detalle que puede parecer banal. En su exiguo equipaje de recluso hay un traje de franela gris en no mal estado, un cuello blanco almidonado, unos zapatos negros, una corbata oscura, un gabán de entretiempo... No es la solemnidad que él quisiera para pedir justicia para España en un proceso tan importante, aunque, desde luego, es atuendo correcto. Después de la fresca ducha mañanera y el afeitado diario, se viste, y con el gabán y las leyes penales al brazo, marcha a los pintorescos y trágicos estrados de la Revolución. Así, con la cabeza erguida, penetra en el Salón de Actos de la Cárcel Provincial, donde se va a decidir su suerte. El local está abarrotado de una masa sucia, sudorosa y maloliente. Mujeres desgreñadas -«tiorras» de Alicante-, hombres sin rasurar. Periodistas burgueses al servicio de la horda, con las corbatas desaliñadas y el pelo en desorden para adular con mugre a la mugre. Guardias civiles y de asalto afectos al régimen. Cuando entran los procesados, el murmullo denso de las pasiones bajas en ebullición cede un momento para hacerse más impetuoso. Entre la sorda marea se oyen frases insultantes. Entra, orondo y aparatoso, el Tribunal Popular. Empieza el juicio. Pruebas testificales y documentales amañadas burdamente, dejando ver el entramado de su falsedad. José Antonio, completamente dueño de sus nervios, pasea tranquilo la vista por la estancia, oyendo como el que oye llover las boberías de los testigos. Todas las pupilas están fijas en él, y él resiste los cientos de miradas. No así los que le miran, que bajan los ojos cuando el procesado les enfrenta la lumbre azul y diáfana de los suyos. El «pueblo» le mira con odio, y él le devuelve el amor y compasión de su mirada. Sabe que, en el fondo, el pueblo no es malo. Es cruel como un niño. Pero su crueldad es inocente porque es ignorante. El pueblo le odia porque tiene hambre y le han dicho que el fascismo goza con que esté hambriento; tiene sed de justicia social, y le han dicho que son los señoritos falangistas quienes mantienen secas las fuentes de esa justicia; tiene frío de siglos sin lumbre, y le han dicho que los burgueses talan los bosques para que no pueda calentarse; tiene enfermedades, y le han dicho que la tuberculosis y la difteria sólo le atacan a él y los reaccionarios están inmunizados. Le han mentido tanto, le han hecho imaginar de tal forma a la «barbarie falangista», que no puede creer que aquel hombre de rostro juvenil y bondadoso sea el monstruo aborrecido. Por eso, los cientos de miradas pintan el estupor y la desconfianza. Las mujeres ponen admiración al la prestancia varonil del acusado. Los hombres, torvan de verde envidia sus miradas: «¡Cómo le habrán querido las *gachís!*»

Los ojos de José Antonio pasean su generosidad y su perdón por el auditorio, y recuerdan sus frases de otros tiempos, sobre todo aquella del 29 de octubre, tomada del Poema anónimo del otro Héroe de España: «¡Dios, qué buen vasallo si oviera buen señor!»

El diálogo mudo de las miradas, ¡cuántos recelos y suspicacias no habrá borrado! Ni ellos ni él son tan malos como se dice: son carne mortal, sentidos, afectos, pasiones, raza... ¡Ah! A solas, pecho a pecho, ¡qué bien se hubieran entendido! Pero siempre entre los hombres que se quieren entender hay montañas artificiales de prejuicios, de distancias que no puede barrenar la voz más cordial y más humana.

Acaba la primera sesión con un éxito rotundo de José Antonio en los interrogatorios de procesados y testigos. José Antonio vuelve a la celda y comenta con Miguel las incidencias del día. Lleno de ternura fraternal, oculta su pesimismo y bromea... Mientras, la Justicia popular cabildea, temerosa del resultado del proceso, que, de seguir como el primer día, será un triunfo para el Jefe de la Falange.

El día 17 es el definitivo. El Fiscal ([343]) -Vidal Gil Tirado, que se proponía «dar un baño» a José Antonio-, retira la acusación contra los oficiales de Prisiones, que abandonan la Sala entre un clamor aprobatorio ([344]). La acusación es mantenida contra Margot Larios y los dos hermanos Primo de Rivera. La lee el Fiscal monorrítmicamente y en voz baja, como ahogado por su conciencia. Pide penas gravísimas. La palabra «muerte», dirigida a José Antonio, no inmuta al Jefe. No pierde el color, ni la vaga sonrisa, ni la luz de la mirada. Los espectadores, escalofriados, se asombran de que sólo él no se escalofríe.

Hay una pausa. Se concede a José Antonio la palabra para leer sus conclusiones. Su voz sale limpia, sin trémolos ni asperezas. Aniñada, como siempre al principio, para ganar virilidad en seguida ([345]). Establece sus conclusiones negando toda culpabilidad en Margot, en Miguel y en él, aceptando como alternativa, para él solamente, una posible responsabilidad por delito de conspiración en grado de frustración.

Por la tarde fueron los informes. El del Fiscal, como no podía menos, fue el viejo amasijo de tópicos gastados y de latiguillos truculentos, eficaz para un público de deficiente preparación intelectual y para un Jurado democrático. Adulación a la plebe y a la Justicia llamada popular. Canto a la revolución del odio. Anatemas contra el señoritismo, la España negra y reaccionaria -tricornios de guardia civil, tejas de clérigos-, execración del *fascismo* criminal. Todo, naturalmente, al margen del Derecho penal y procesal. El Fiscal se plegaba a la farsa del Tribunal Popular, del Jurado democrático y del «pueblo»

---

[343] Primero se había designado para sostener la acusación a un tal Bohórquez. Gil Tirado era Fiscal de la Audiencia, y se le iba a nombrar Presidente de la misma.

[344] Fueron defendidos por el Abogado de Alicante Ramón Campos.

[345] *Nota de la tercera edición.-En* un cuaderno de recuerdos -autógrafo e inédito- del que fue pasante de José Antonio -o de don José, como él dice- Rodrigo García Conde, he leído una observación curiosísima y certera de por qué al principio la voz de José Antonio salía un poco aniñada: se debía a la configuración del labio superior que montaba un poco sobre el inferior, como el de algunos niños. A los cinco minutos de hablar, se había replegado y la voz adquiría su acento grave y varonil.

espectador, todo vulgo del más necio, al que -pues le pagaba- hablaba en necio para darle gusto. Ni el propio Marcelino Domingo hubiese hablado más arrebatadamente mitinesco que aquel Fiscal, enardecido por el olor de camisetas y alpargatas sudadas que exhalaba el «Tribunal».

Cuando acabó su acusación el Fiscal, habló José Antonio. «Jamás le había visto tan sereno y dueño de sí», dice Miguel. «Habló de la Falange -continúa- con palabras cálidas, que trocaron en curiosidad atenta la hostilidad con que al principio le escuchaban ([346]). Aquellas gentes a quienes se había investido de autoridad para que legalizaran el asesinato de un fascista, de un retrógrado, de un enemigo del pueblo, escuchaban las palabras más humanas y la doctrina más justa... ¡Ah, si no hubieran recibido la consigna de matar, fuera como fuera, a José Antonio!»

El Jefe político defendió su doctrina, replicando al Fiscal punto por punto. Su doctrina de justicia y sólo de justicia. Su posición frente a todo y frente a todos, sostenida gallardamente desde 1933, y a la que bien pueden aplicarse estas palabras de Zweig hablando de Erasmo:

«A la derecha hay exageración, y a la izquierda hay exageración; a la derecha, fanatismo, y a la izquierda, fanatismo; y él, el hombre inmutablemente antifanático, no quiere servir a una exageración ni a la otra, sino sólo a su norma eterna: la justicia ([347]). En vano se coloca como mediador en el centro, y con ello en el puesto de mayor peligro, para salvar, en esta discordia, lo general humano, los bienes de esta cultura colectiva; intenta con sus desnudas manos mezclar fuego y agua, reconciliar unos fanáticos con otros, cosa imposible y, por ello, doblemente excelsa. Al principio, en ninguno de los dos campos se comprende su conducta, y como habla con suavidad, cada cual confía en poderle atraer para su propia causa. Pero apenas comprenden ambos que este espíritu libre no quiere prestar acatamiento a ninguna ajena opinión, ni proteger ni ayudar a ningún dogma; el odio y el escarnio caen sobre él desde la derecha y desde la izquierda...»

Pero, además del Jefe político, habla el Abogado. El hombre de leyes argumenta con habilidad extraordinaria en pro de sus defendidos (a buen seguro que, apasionado de su oficio, casi olvidaba ser él uno de los procesados). Se defiende «con los mejores recursos de su oficio de Abogado», sin preferir la fanfarronada y sin ardides reprochables. «El deber de defensa me aconsejó no sólo ciertos silencios, sino ciertas acusaciones fundadas en sospechas de habérseme aislado adrede en una región que a tal fin se mantuvo sumisa», como dirá después en su testamento. En cambio, desmiente enérgicamente -aunque ello no le favoreciese- haber reprochado a la Falange cooperar con «mercenarios traídos de fuera». No podía injuriar a unas fuerzas

[346] «Una vez más observé que muchísimas caras, al principio hostiles, se iluminaban primero con el asombro y luego con la simpatía. En sus rasgos me parecía leer esta frase: "¡Si hubiéramos sabido que era esto, no estaríamos aquí!"» (Del testamento de José Antonio.)

[347] «Yo podría haberme hecho comunista y haber conseguido popularidad» -dijo José Antonio a Jay Allen en la interviú citada más arriba.

militares que habían prestado en Africa heroicos servicios, ni lanzar reproches a sus camaradas, de quienes estaba seguro trataban de interpretar fielmente sus consignas.

Como casi toda la obra forense de José Antonio, este informe de 17 de noviembre de 1936 se ha perdido ([348]). Tergiversado y mutilado, sólo conozco el extracto siguiente, publicado en *El Día,* de Alicante, que aclara algunos puntos del testamento y completa todo el pensamiento político de José Antonio:

INFORME DE PRIMO DE RIVERA

«Retirada la acusación contra los funcionarios de Prisiones que se hallaban procesados y defendidos por el Letrado don Ramón Campos, informa José Antonio Primo de Rivera para defenderse a sí mismo, a su hermano Miguel y a su hermana política, Margot Larios.

»Dice que desde unos días antes, al ver por primera vez al Juez instructor y al fiscal, creyó que no dispondría de elementos de defensa suficientes hasta ahora que ha comprobado lo contrario; ha variado su opinión, y agradece al Tribunal las facilidades que se le han dado.

»Se refiere a su declaración en el interrogatorio de que fue objeto como procesado para explicar lo que es Falange Española, y lo que tiene de sindical, y lo que le aparta de las organizaciones sindicales actuales.

»Combate el señoritismo, que está condenado en los postulados de Falange Española.

»Arrostra la responsabilidad sobre la fundación y dirección de Falange Española, pero ruega no se involucre este hecho evidente con la complicación de su organización con el actual movimiento.

»Mantiene que su organización no ha empleado jamás el pistolerismo profesional.

»Alude a las persecuciones de que él y su organización han sido objeto.

»Dice que no cree que venga aquí a liquidar las muertes de uno y otro bando, sino a probar que el acusado no está complicado en la rebelión actual.

---

[348] *Nota de la tercera edición.-Ya* hemos dicho que hace muy pocos años, el abogado madrileño José María Mancisidor ha tenido la fortuna de encontrar el texto taquigráfico del juicio oral de Alicante. Está lleno de errores, probablemente por mediocridad e incultura del taquígrafo, pero coincide con el extracto del periódico alicantino. A pesar del descuido del taquígrafo o el mecanógrafo, el informe es, como dice el cronista de *El Día,* una obra maestra de oratoria forense. Pronunciada por él con su voz clarísima y bien timbrada, su gesto de sobria elegancia y la pasión que pondría al desgranar sus párrafos, justifica que fuese escuchado por el público -no obstante su irritada hostilidad contra el reo-letrado- «con recogimiento, atención y evidentes muestras de interés».

»Recomienda la lectura de un artículo suyo a raíz de las elecciones en que fue elegido diputado, y que prueba que no estuvo conforme con el triunfo de las derechas.

»Refiere cómo, a pesar del respeto que le mereció Calvo Sotelo, le contestó de forma destemplada porque se permitió unas frases de captación con referencia a Falange Española.

»Todas estas aseveraciones las prueba con la lectura de textos de periódicos.

»Su actuación no ha sido, pues, de adhesión a los partidos de derechas.

»El Gobierno Casares Quiroga tuvo buena parte, a su juicio, en la irritación de la lucha entre partidos.

»Niega que, estando. encarcelado, pueda haber negociado nada relacionado con la sublevación, y menos que la dirigiera.

»De sus propagandas contra el pueblo que se le imputan, dice que no sabe de dónde han salido tales versiones, en pugna con su actuación en el Parlamento, por ejemplo, donde solicitó y obtuvo la ampliación de la amnistía.

»Y con referencia a la Reforma Agraria, lee párrafos de un artículo en que la propugnaba a rajatabla para entregar la tierra a los campesinos.

»También se pronunció así en el Parlamento.

»Respecto a sus viajes al extranjero, dice que estuvo en Berlín en mayo de 1934. Y no tuvo por objeto negociar nada con referencia a la actual rebelión, que, por otra parte, según declaración del propio Fiscal, fue preparada en dicho país por el General Sanjurjo.

»Explica la presencia en el sumario de dos cartas de Sanjurjo a él dirigidas, cuya correspondencia no puede probar, según explica, responsabilidad alguna para el procesado.

»Se le acusa de participar en la rebelión, y por añadidura como Jefe y ruega al Tribunal que use de todo el rigor de su conciencia para enjuiciar el caso, porque no hay prueba alguna positiva, que es necesaria forzosamente para llegar a la aplicación de la pena.

»Todo lo que a su juicio existe son suposiciones sobre que pueden basarse lo mismo la dirección de un movimiento subversivo que la de una fábrica de moneda falsa.

»Sobre la frase "Se rajó Aldave", dice que ya un digno miembro del Tribunal aclaró que no se trataba de asegurar que los Primo de Rivera estuvieran en el grupo donde se dijo, dentro de la cárcel. No hay por qué insistir en este punto.

»La comunicación de su cuñada para darles cuenta de la muerte de Calvo Sotelo nada tiene de particular, debida al efecto que profesaba al muerto.

»El hallazgo de las pistolas en las celdas, caso de aceptar que ellos conocieran su existencia, puede justificarse ante el temor de una agresión, pues ya en 2 de agosto se amotinaron contra ellos los presos comunes de la cárcel. Pero nunca para cometer una agresión con vistas al movimiento actual.

»De las citas que dicen se hacen sobre él en los sumarios de otras causas dice que sólo en uno de ellos un tal Nicanor Manzano lo cita, afirmando que el día 19 de julio fueron a recogerle una carta en la cárcel. Si el día 19 no tuvo visitas, como dice ha quedado probado, cae por su base esta aseveración, que niega terminantemente.

»(El Tribunal concede al procesado todo el tiempo que crea necesario para su defensa. Primo de Rivera lo agradece vivamente.)

»Sabe que la clase obrera no va a creer en su programa, proporcionándole esa triste angustia; y que las derechas le tienen por demagogo, pero estas últimas aprovechan las juventudes de Falange para sus fines, acogotan al Partido, le hacen propaganda en contra entre sus clientes.

»Todo porque las derechas no quieren permitirle que se interponga entre ellas y sus afiliados. Y lo consiguen cuando llega su encarcelamiento.

»Asegura que la Unión Militar Española (U. M. E.) tenía por Jefe a Calvo Sotelo y por órgano político a *La Época.*

»En esta región de Levante es donde más fuerza tenía la Unión Militar Española y, sin embargo, son estas guarniciones las que no se sublevan, precisamente las provincias que rodean a Alicante, donde el procesado se halla encarcelado. y el único sitio donde no se da este caso es Albacete, donde el Teniente Coronel Chápuli, sublevado, se ve precisado a sucumbir porque no le llega ningún auxilio.

»Recuerda que en la Prensa se han dado unas listas de Gobierno, para el caso de que triunfaran los facciosos. En estas listas, donde incluso aparecen Albiñana y Urraca Pastor, no figura Primo de Rivera.

»Por otra parte, todos los comprometidos en el movimiento pusieron a salvo sus familias mientras que él ve a su hermano, a su cuñada y a una tía encarcelados como él en Alicante.

»Dice que cuando Martínez Barrio estuvo en Alicante, le escribió solicitando una entrevista. Acudió a visitarle el señor Martín Echevarría, a quien dijo que el movimiento actual le acongojaba y le ofreció que si le proporcionaba un aeroplano iría al territorio rebelde dejando empeñaba su palabra y en rehén a sus familiares, para gestionar el cese de las hostilidades.

»No fue aceptada esta gestión, pero todo esto revela que el movimiento se preparó a sus espaldas para captar a sus correligionarios para una rebelión con la que él no está conforme.

»Se extiende en consideraciones para demostrar a su manera que no tenía noticia ni participación en nada.

»De su hermano y su cuñada dice que si él nada sabía, menos podían saber sus hermanos que se hallan en plena luna de miel y cuyas entrevistas sólo tienen por causa el cariño.

»Para finalizar, dice que parece que es costumbre entre los políticos de relieve, en trance como el que él atraviesa, lanzar unas baladronadas en las que se afirma despreciar la vida.

»No quiere él incurrir en esta costumbre. La vida no es una bengala que se quema al final de una fiesta. Se estima mucho su vida y la de sus hermanos y no desea perderla.

»Pide se les juzgue sin mirar a sus apellidos o personas, sino a los hechos ciertos derivados del sumario y que se dicte un veredicto de inculpabilidad para seguir laborando por sus postulados: "La Patria, la Paz y la Justicia".»

* * *

Miguel nos habla de la tremenda impresión del discurso en el auditorio. José Antonio, en su testamento, la recoge también. Pero más todavía que las palabras de ellos y de Margot, muestra claramente el efecto producido por la serenidad genial del procesado-abogado este artículo publicado la mañana siguiente en el periódico *El Día,* de Alicante, encabezando el resumen del proceso sensacional y único en la Historia:

Unas horas históricas

¡¡JOSÉ ANTONIO CONDENADO A MUERTE!!

«Ajeno al hervidero de tanta gente heterogénea amontonada en la sala, José Antonio Primo de Rivera lee, durante un paréntesis de descanso del Tribunal, la copia de las conclusiones definitivas del Fiscal. No parpadea. Lee como si se tratara en aquellos pliegos de una cosa banal que no le afectara. Ni el más ligero rictus; ni una mueca, ni el menor gesto alteran su rostro sereno. Lee, lee con avidez, con atención concentrada, sin que el zumbido incesante del local le distraiga un instante.

»Aquellos papeles no son más que la solicitud terrible del Fiscal, de un castigo severísimo para el que los lee. Para él y para sus hermanos, sentados más allá con las manos cogidas, bisbiseando un tierno diálogo inacabable que fisgan los guardias que los cercan.

»Luego, apenas reanudada la sesión, es ya el Fiscal quien lee aquellos pliegos monorrítmicamente sin altibajos ni matices.

»Primo de Rivera oye la cantinela como quien oye llover. No parece que aquello, todo aquello tan espeluznante, rece con él. Mientras lee el Fiscal, él lee, escribe, ordena papeles, todo sin la menor afectación, sin nerviosismo.

»Margarita Larios está pendiente de la lectura y de los ojos de su esposo Miguel que atiende, perplejo, a la lectura, que debe parecerle eterna.

»Lee, lee el Fiscal, ante la emoción del público y la atención del Jurado.

»José Antonio sólo levanta la cabeza de sus papeles cuando, retirada la acusación contra los oficiales de Prisiones, los ve partir libremente entre el clamor aprobatorio del público.

»Pero sólo dura un leve momento esa actitud con la que no expresa sorpresa, sino quizá vaga esperanza.

»Inmediatamente comienza a leer, reposada, tranquilamente, sus propias conclusiones definitivas, que el público escucha con intensa atención.

* * *

»Informa el Fiscal. Es el suyo un informe difícil. Acumula cargos y más cargos deduciéndolos de las pruebas aportadas.

»Margot se lleva su breve pañolito a los ojos, que se llenan de lágrimas.

»Miguel escucha, pero no mira al Fiscal; sus ojos están pendientes del rostro de su hermano, en el que escruta ávidamente un gesto alentador o un rasgo de derrumbamiento. Pero José Antonio sigue siendo una esfinge que sólo se anima cuando le toca el turno de hablar en su defensa y en la de los otros dos procesados.

»Su informe es rectilíneo y claro. Gesto, voz y palabra, se funden en una obra maestra de oratoria forense que el público escucha con recogimiento, atención y evidentes muestras de interés.

* * *

»Los periodistas se acercaron al defensor de sí mismo y de sus hermanos. Eran periodistas de izquierdas y dialogaron brevemente del curso de los debates y de política.

»-Ya habrán visto -dijo- que no nos separan abismos ideológicos. Si los hombres nos conociéramos y nos habláramos, esos abismos que creen ver, apreciaríamos que no son más que pequeños detalles.

»Luego ha venido la tortura para todos -público y procesado- de la deliberación del Jurado, que ha durado horas y horas de incertidumbre.

»Al fin la sentencia.

»Una sentencia ecléctica, en la que el Jurado ha clasificado la responsabilidad según la jerarquía de los procesados.

»Y aquí quebró la serenidad de José Antonio Primo de Rivera ante la vista de su hermano Miguel y de su cuñada.

»Sus nervios se rompieron.

»La escena surgida la supondrá el que leyere.

»Su emoción y su patetismo alcanzaron a todos:»

* * *

Otra prueba es la casi interminable deliberación del Jurado. Era un Jurado frentepopulista, de seres cargados de odios y rencores ancestrales, con la consigna rígida de sentenciar a muerte. Y, sin embargo, deliberaron horas y horas y hasta parece que consultaron por telégrafo y teléfono al llamado Ministro de Justicia, éste al Presidente del Gobierno y este a su vez al de la Republica y al Embajador de los Soviets. En el espacio de horas en que su vida cabalgaba por las sombras de la noche, a merced del sadismo de unos ex hombres, José Antonio, todo aplomo y dulzura, comenta el proceso con cuantos están próximos a él. Sólo le preocupan sus hermanos y constantemente pide perdón a Margot por haber complicado su vida joven y su felicidad naciente en la trágica aventura de la Falange Española de las J. O. N. S. Como se comentara la demora del fallo, se vuelve a uno de los guardias de Asalto que le rodean y le pregunta bruscamente: «Vamos a ver. Si usted fuese el Jurado, ¿qué fallaría?» Y el guardia, sin vacilar, lleno de convicción y con los ojos húmedos -me ha contado Margot-, le responde: «Votar la absolución, sin duda alguna y seguirle adonde fuese.»

Al fin, reaparece el Jurado con las respuestas condenatorias a las veintiséis preguntas que le han sido formuladas ([349]). Son las dos de la madrugada del día 18. En seguida el llamado Tribunal de Derecho dicta la sentencia, en la que impone la pena de muerte a José Antonio, la de «treinta años de cadena perpetua» -¡cómo se hubiera reído José Antonio en otra ocasión del «lapsus»!- a Miguel, y a Margot la de seis años y un día. A todos, como accesorias, la indemnización de quince millones de pesetas al Estado y las costas procesales.

José Antonio oye el fallo y respira tranquilo. Al fin se han salvado Margot y Miguel. Se vuelve a ellos y se lo dice con alegría infinita reflejada en el rostro. Unos meses de cárcel y la liberación, con la liberación de España, bajo los pliegues de las banderas victoriosas. En cuanto a él, era el Destino de los mejores. Caerá con el orgullo de figurar en la lista en que están Matías Montero, Ángel Montesinos, Manuel Carrión, Juan Cuéllar y tantos otros. Morirá con decoro y su nombre, en letras áureas, figurará en los estrados solemnes de los futuros actos falangistas. Morir -él lo había dicho- no es más que un acto de servicio.

Pero también se sirve viviendo. Si él viviera, aún podría prestar algunos servicios a la Patria. Hay todavía un recurso en el Código y, aun cuando la esperanza es insignificante, no se puede dejar inutilizado. Se levanta. Su voz no está alterada lo más mínimo. Abre el Código y lee el artículo 238 que se le

[349] Según parece, en la deliberación y votación hubo un empate que imposibilitaba la condena de muerte, lo que produjo grandes titubeos en el ánimo de los jurados, representantes de los partidos del Frente Popular. Las largas vacilaciones fueron cortadas por uno de ellos, un socialista apellidado Domenech -dependiente de la ferretería Panadés y Chorro, de la capital levantina-, que impuso, pistola en mano, la condena, en medio de un escándalo inenarrable.

va a aplicar y con arreglo a su espíritu y su letra pide la gracia de la vida, conmutada la pena de muerte por la de cadena perpetua.

El público, ganado totalmente a su causa por su grandeza, espera conteniendo la respiración. El Tribunal somete a votación el asunto. Nuevos minutos desgarradores para Margot y Miguel. Por bolas negras, acuerdan no acceder a lo pedido y también dar cuenta de la sentencia a Largo Caballero, Jefe del Gobierno rojo, para su aprobación ([350]).

Aquella noche, Miguel es separado de José Antonio, quien duerme terriblemente solo -con su pasado y su futuro, con su corazón batiente y su imaginación luminosa- en la celda número uno, destinada a los condenados a muerte.

A la mañana siguiente -en Alicante- quisieron salir algunas manifestaciones callejeras a pedir el indulto ([351]).

---

[350] El Magistrado Enjuto, después de cubrirse de «gloria» con el proceso y sentencia de José Antonio, fue acusado por el ex Jefe de Policía de Barcelona, Pedro Coll, de haber robado en el domicilio de éste gabanes de pieles, joyas, cuadros, etcétera. Al aproximarse las tropas nacionales a Cataluña, huyó a Francia con sus ganancias. En Francia vivió una temporada, permitiéndose el lujo de hacer declaraciones en la Prensa. Al fin marchó a América, tal vez con la pretensión de ejercer su "carrera" o de lucrarse escribiendo unas Memorias. Los estudiantes de la Universidad de San Juan de Puerto Rico sintieron como una ofensa a su generación la presencia de tal personaje, y le hicieron justicia arrojándole por una ventana. No sé por dónde -si vive- paseará a estas horas su ignominia y la maldición de España entera.

[351] *Nota de la segunda edición.*-Mientras el autor de esta biografía la componía en el extranjero, luchando con la falta de documentación, limitada a los escasos libros publicados, a sus recuerdos personales, a los recortes de Prensa y a datos diversos suministrados por amigos interesados vivamente en el trabajo (una vez más, al cabo de los años, quiero recordar aquí a Mariano Rodríguez de Rivas, infatigable buceador en la Prensa de cualquier noticia que pudiera interesarme, y al «pequeño y valeroso Vicente Gaceo»-, archivo viviente -hasta diciembre de 1941, en que cayera gloriosamente en Rusia- de la vieja Falange, a quien debo muchos datos y documentos), otros escritores, como Francisco Bravo, conseguían dar con el sumario de Alicante, cuya copia gestioné yo desde Bruselas inútilmente. La pu- blicación del libro de Bravo *José Antonio, ante la Justicia roja,* casi simultánea a la primera edición de esta biografía, confirma con autenticidad documental cuanto escribí yo sobre el proceso. No he querido en esta nueva edición dar forma distinta al relato apoyándome en los importantes documentos citados por Bravo, y prefiero remitir al lector curioso al mencionado libro (publicado en 1941 por las «Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular»). Raimundo Fernández Cuesta posee una copia del interrogatorio de José Antonio durante la vista (*).

(*) *Nota de la sexta edición.*-Y sobre todo en el libro *Frente a frente* (Madrid, 1963), de José María Mancisidor.

EN CAPILLA

MÁS de cuarenta y ocho horas estuvo en capilla José Antonio. Desde las tres de la madrugada del 18 a las seis y media de la mañana del 20. Solo en la celda, recogido en sí mismo, cerca ya de la Eternidad, que le abre sus legiones de luceros, se ocupa en redactar su testamento. Su testamento, que tiene en la Historia de España un sitio junto al de la Reina Católica, y en la Universal, su plaza junto al de Napoleón, del que dice Zweig, en *Fouché,* esta frase, rigurosamente justa -salvo en el temblor de la mano-, para el de nuestro Jefe: «El intelecto matemáticamente exacto de Napoleón permanece... siempre grandiosamente despierto hasta el último momento, en que escribe, moribundo, con mano temblorosa, su testamento, esa obra de sus obras.»

El testamento de José Antonio tiene el extraordinario valor de un autorretrato. No obstante, a mí no es la página suya que más me satisface, por tratarse de un autorretrato hecho en circunstancias y paisajes especiales, en los que José Antonio, sublimizado por su serenidad y su fe religiosa, se deshumaniza y se arcangeliza, cediendo -por virtud cristiana de la hora solemne- en alguna de sus cualidades, quizá defectuosas; pero enormemente humanas. José Antonio -ya lo he dicho- tenía conciencia plena de su valer. No vanidad, pero sí orgullo, interior satisfacción de sí mismo, de su conducta íntima, privada y pública en la vida. En el testamento lo recata. Tenía un desdén profundo al aplauso -calidad que encontraba estimable en Azaña- debido a ese mismo orgullo. En el testamento, el aire humilde, la misma petición de perdón a quien haya podido ofender, es un poco extraña en hombre que sabía despreciar tan profundamente. Sólo en una ocasión, en la frase de que no quiso acogerse en el proceso al patrón romántico y «declararse culpable de todo», aparece un poco la terrible ironía Joseantoñista. ¡Qué diferencia entre el tono del testamento y el del informe de defensa! Yo no me atrevería jamás a hacer una censura de José Antonio, y quisiera que estas palabras no se interpretaran como tal. La observación que sigue es genérica y deducida del cotejo del extracto de su informe de defensa con el testamento: la virtud religiosa es una deformación del carácter. Hombre menos creyente que José Antonio hubiese dejado en el testamento un documento de mayor valor humano, acusándonos a todos de nuestras culpas, por las que él iba a dar su sangre. Pensar menos en Dios, le habría permitido ver -como lo veía en otras ocasiones en que ese pensamiento no era obsesionante- que su figura gigantesca tenía que llenar muchas páginas de la Historia, y que ésta ha evolucionado hacia la biografía, por lo que no hubiese aconsejado a sus albaceas la destrucción de papeles íntimos y esbozos literarios por los que la posteridad podría conocerle mejor.

Falta también en el testamento la visión profética que siempre tenía y que he ido subrayando en sus artículos y discursos. Y sorprende en esa disposición *mortis causa* la no existencia de una norma para la Falange, un consejo para sus camaradas, que ignora «si están sabia o erróneamente dirigidos». Aunque ignorase la terrible tragedia de la Falange -muertes de Julio, Onésimo, Mateo, Fernando y tantos otros-, sí sabía que todos ellos y muchos más estaban prisioneros y amagados de sufrir la misma triste suerte que él corría. Tenía que pensar en que otros camaradas, jóvenes e inexpertos, habrían de pilotar a la Falange en momentos de borrasca, y que muchos de ellos ignorarían exactamente la doctrina y el estilo, aun cuando tuvieran la fe. ¿Cómo no aconseja a éstos una norma, un rumbo en la dificilísima coyuntura? ¿Cómo no les previene de los riesgos de la deformación? ¿Cómo, sabiendo cuál es la «ardorosa ingenuidad» de la Falange, no advierte con su sagacidad pasmosa los escollos con que ha de tropezar? ¿Es que creía que su carta-circular de 24 de junio se encontraba en todas las manos y todos advertidos de sus previsiones contra los figurones más viejos? ¿Pensaba, acaso, que nos iba a llegar íntegro el contenido de su informe, en donde explicó por última vez, con claridad de sol purísimo, la doctrina para que la entendiesen todos? ¿No sospechaba -cierto que creía a su Falange mejor de lo que ha sido- que a su muerte estallarían ambiciones y banderías que aprovecharían los enemigos? ¿No imaginaba un posible fraccionamiento de la Falange y las J.O.N.S. por la tendencia de Onésimo a erigirse en Jefe Nacional y la oposición que surgiría a esa tendencia en los sectores madrileño y sevillano, por ejemplo, de la Falange? ¿No conocía de sobra las asechanzas que de siempre habían cercado a la Falange para recortarle las alas revolucionarias y convertirla en juguete de la reacción- ¿No recordaba la vanidad de algunos camaradas y la debilidad de otros? ¿No comprendía que en torno de su cadáver augusto volarían los cuervos y volvería a ensombrecer el azul de su Falange el enemigo de siempre? Por todo esto yo echo de menos algunas cosas en el testamento de aquel hombre, en quien -como dice Zweig de Erasmo- «la claridad se asentaba ya orgánicamente en su primera mirada, y todo lo que iluminaba con su vista insobornable convertíase al punto en orden y claridad. Gracias a esa penetración, transparente como el agua, de su pensamiento, y a la perspicacia de su sensibilidad, llegó a ser el gran explicador, el gran crítico de su época, el educador y maestro de su siglo; pero no sólo maestro de su generación, sino también de las siguientes».

Por estar acostumbrado a ver todo en José Antonio con exactitud de esfera de cristal, me parece el testamento un tanto incompleto -dentro de su maravilla-, por olvidar un poco su autor a la Falange, que era la gran obra de su vida y la causa de su muerte.

Se ha hablado por los rojos de otro documento -que guardan Prieto o Martínez Barrio-, acaso un codicilo político para la Falange ([352]). No es demasiado verosímil, pues de existir y ser, como ellos han pretendido, una posibilidad de perturbar las conciencias de algunos falangistas, ya hubiese aparecido impreso en una u otra parte. Más bien el codicilo sería verbal, aun cuando quien lo escuchó no nos lo haya dado a conocer todavía. Miguel afirmó en una interviú publicada a raíz de su liberación en la revista *Y* -de la que son otras frases suyas citadas en el relato del proceso- que el día 19, al salir al patio a la hora de paseo, tuvo la sorpresa de que estaba allí su hermano. «Hablamos largamente -dice-. José Antonio era un avaricioso del tiempo. Quería darme instrucciones, dejarme encargos. No se cansaba de hablar de la Falange. Sentía morir precisamente cuando su obra y su ilusión iban a vivir realidades fecundas; pero aceptaba la muerte con resignación y serenidad.»

¿Cuáles fueron esas últimas instrucciones? Miguel no puede guardarlas por más tiempo a la fidelidad apasionada de quienes siempre quisiéramos -como el mismo José Antonio dejó escrito- «interpretar de la mejor fe, pese a la incomunicación que nos separa, sus consignas y doctrina de siempre».

Vuelto a la celda número uno -muros grises, camastro con la manta pobrísima, lavabo modesto, alta ventana ennegrecida-, pidió hilo negro para coser las cuartillas de su testamento y mandó llamar a un Notario para protocolizarlo, lo que, consultado el Gobierno, se le denegó por no se sabe qué peligros ficticios. Al Director de la prisión le pide dulcemente el favor de mandar lavar su sangre de las losas del patio donde se le fusile, para que su hermano Miguel, cuando pasee por él cara al sol, no tenga el remordimiento de pisar sobre ella. También pidió -y obtuvo milagrosamente- un confesor.

---

[352] *Nota de la tercera edición.*-El aludido documento sigue sin aparecer, después de veinticinco años. En cambio, hay noticias seguras de que pocos días antes de redactar el famoso y conocidísimo de 18 de noviembre, José Antonio escribió de su puño y letra otro que fue entregado al notario de Alicante don Mariano Castaño, quien no pudo ponérselo a la firma, protocolizarlo y legalizarlo en la debida forma por haberse apoderado de las cuartillas autógrafas el gobierno de Valencia en un acto de flagrante antilegalidad y antihumanidad, por el que ninguno de los pontífices de la juridicidad republicana se rasgaría las vestiduras.
Aparte de este testamento, en la misma noche del 18 de noviembre llenó José Antonio dos cuartillas con unas notas para sus albaceas, en las que su memoria -ya con la muerte acechándole con sus ojos de hielo a través del ventanillo de la celda- recuerda algunas cuentas que, como hombre de bien, no quiere dejar pendientes. Entre ellas la de dos trajes debidos a su sastre y un depósito de dos mil pesetas de una pobre anciana, del que existían antecedentes entre los papeles de su bufete madrileño, cuyo saqueo y destrucción ignoraba.

ADIOSES DE JOSÉ ANTONIO

EN plena calma espiritual, vuelve el recuerdo a familiares y amigos lejanos, y escribe cartas y cartas, sencillas, ejemplares, maravillosas y varias. No conozco todas. Algunos guardan recatadamente como reliquia sagrada las que les cupo la inmensa suerte de recibir. Cuando la fatiga le rinde -no es aún del todo el ser irreal, sin nervio ni músculos, que España entera venerará más tarde- y los ojos le lloran por la luz mortecina, recopila en una lista un par de docenas de amigos y amigas, para quienes envía también sus abrazos.

Todas las cartas son extraordinariamente bellas, humanas y falangistas: la de Ruiz de Alda, la de Manolo Valdés -acompañante solterón de por las tardes-; la de Garcerán, Cuerda y Sarrión, sus pacientes compañeros de trabajo; la de su primo Sancho Dávila, la de su tía Carmen, la monja, en la que hay una postdata de finísima delicadeza. La de Carmen Werner... Desconozco las que escribiría, de fijo, a Raimundo Fernández Cuesta y a sus hermanos Pilar y Fernando, a quien, por fortuna para su ternura, creía en vida todavía. Pero creo necesario se deben dar a conocer, si existen, para completar este epistolario tan emocionante como el del Capitán Scott, cuando escribía a su mujer y a un amigo, en plena agonía en el Polo Sur, estas palabras, que parecen de José Antonio:

«¡Cuántas cosas podría contarte de este viaje! A pesar de todo, ha sido mucho mejor que lo realizase y no que me hubiese quedado en casa rodeado de comodidades.» Y «no sé si habré sido un gran descubridor, pero nuestro fin será testimonio del espíritu valiente, de la resistencia al sufrimiento, que no se han extinguido en nuestra raza». Bien es verdad que el «momento estelar de la Humanidad» en que estas dos cartas fueron escritas tiene casi idéntica grandeza que estos últimos de José Antonio, en que se redactan -sin un temblor de pulso- estas cartas de infinita despedida ([353]).

El 19, envía un sobre grande, blanco, que contenía un pliego de papel de barba y doce sobres corrientes, blancos también, a su cuñada, presa en el Reformatorio de Adultos de Alicante. En el pliego de papel de barba ha escrito:

«Querida Margot:

»Para que la censura las vaya despachando y yo quede tranquilo sabiendo que están en tu poder, te mando cartas para:

»Los hermanos ausentes; R. Sánchez Mazas.

»Tía Carmen, la monja; Lola, mi ahijada.

»Garcerán, Cuerda y Sarrión; Raimundo y R. Serrano.

[353] Las dirigidas a Manuel Valdés y a Rafael Garcerán están inéditas, y las debo a la amistad y camaradería de sus poseedores.

»Manolo Valdés; Sancho.

»Tío Antón; Julio.

»Carmen Werner; Julián Pemartín.

(Total doce.) Hazme el favor de guardarlas y no darles curso si no llega la ocasión triste para que han sido escritas. Mil gracias por todo y un abrazo. *José Antonio.»*

(La víspera, enviándole unos documentos, le había dicho: «Perdóname este jaleo y el susto de ayer y todo») ([354]).

*** * ***

A SUS HERMANOS AUSENTES (ya Fernando había sido asesinado, lo que por fortuna ignoraba el condenado a muerte.)

«Queridos hermanos Rosario, Pilar y Fernando:

»¿Para qué os voy a decir cómo me acuerdo de vosotros? El irme sin daros un abrazo es el mayor sacrificio, tal vez, entre todos los que van envueltos en el de la vida. No me lloréis demasiado, aunque temo que esta recomendación sirva de poco, porque sé cómo me queréis y lo buenos que sois. Pero podéis creerme: en medio de la tristeza de morir joven, me consuela y os debe consolar el tener en cuenta que tal vez en otra ocasión me cogiera peor preparado para la eternidad y que, respecto de esta vida, acaso me reservara pruebas próximas de inmensa responsabilidad, en las que nadie sabe si podría sostener el crédito que me ha abierto hasta ahora la generosa lealtad de tantos camaradas. Con todo, si Dios me concede el seguir viviendo, me alegraré mucho por dos motivos sobre todo: por evitaros la tristeza de perderme y por tener ocasión de mejorar mi vida, tan profundamente necesitada de enmienda. Pero ya os digo: lo dejo resignadamente en manos de Dios, con una completa calma de la que hasta ahora no ha querido privarme y que le tengo que agradecer infinito.

»Perdonadme todo lo que habéis tenido que aguantarme en injusticias, egoísmos e irritabilidad. Que vuestros hijos sean muy buenos y muy felices. Y que vosotros, de vez en cuando, penséis que se fue del mundo queriéndoos con toda el alma vuestro hermano que os abraza. *José Antonio.»*

A RAFAEL SÁNCHEZ MAZAS.

«Querido Rafael:

»Voy a escribir muy pocas cartas, pero una ha de ser para ti. Desde que nos separamos quedó cortada nuestra comunicación, ya que aunque recibí cartas tuyas, creo que no logré hacer llegar a tus manos ninguna de las dos que

[354] *Nota de la tercera edición.-La* reciente publicación del libro *Frente a frente,* de José María Mancisidor, ha permitido el conocimiento total de este conmovedor epistolario y la delicada petición de perdón a su cuñada.

te escribí. Sirva ésta para anudar este cabo suelto y para dejarlo ya anudado hasta la eternidad.

»Perdóname (como tenéis que perdonarme cuantos me conocisteis) lo insufrible de mi carácter. Ahora lo repaso en mi memoria con tan clara serenidad que, te lo aseguro, creo que si aún Dios me evitara el morir sería en adelante bien distinto. ¡Qué razón la tuya al reprender con inteligente afecto mi dura actitud irónica ante casi todo lo de la vida! Para juzgarme, quizá se me haya destinado esta muerte ante la que no cabe la ironía. La fanfarronada, sí; pero en esa no caeré. Te confieso que me horripila morir fulminado por el trallazo de las balas, bajo el sol triste de los fusilamientos, frente a caras desconocidas y haciendo una macabra pirueta. Quisiera haber muerto despacio, en casa y cama propias, rodeado de caras familiares y respirando un aroma religioso de Sacramentos y recomendaciones del alma: es decir, con todo el rito y la ternura de la muerte tradicional. Pero esto no se elige: Dios quizá quiera que acabe de otro modo: El acoja mi alma (que ayer preparé con una buena confesión) y me sostenga para que la decorosa resignación con que muera no desdiga junto al sacrificio de tantas muertes frescas y generosas corno tú y yo hemos conmemorado juntos.

»Abraza a nuestros amigos de la larga tertulia de «La Ballena», empezando por el tan querido canciller don Pedro Mourlane. Dos abrazos especiales para José María Alfaro y Eugenio Montes, a quienes no sé si podré escribir, pero a quienes recuerdo de todo corazón. Y que a ti, a Liliana, y a tus hijos os dé Dios las mejores cosas. Un abrazo muy fuerte, Rafael.-*José Antonio.»*

A su tía CARMEN PRIMO DE RIVERA.

«Queridísima tía Carmen:

»Dos letras para confirmarte la buena noticia, la agradable noticia, de que estoy preparado para morir bien, si Dios quiere que muera, y para vivir mejor que hasta ahora, si Dios dispone que viva. Como cualquiera de los dos resultados se ha de deber mucho a tus oraciones, te mando muchísimas gracias con este mi último y cariñoso abrazo. No te digo que pidas por mí, porque sé que lo harás sin descanso y que moverás a hacerlo a tus hermanas en religión, cuya inagotable caridad tal vez algunas veces abra paso al deseo retrospectivo de no haber tenido en la Comunidad una monja perteneciente a familia tan agitada.

»Dentro de pocos momentos ya estaré ante el Divino Juez, que me ha de mirar con ojos sonrientes.

»Te abraza otra vez y te quiere mucho tu sobrino (firmado) *José Antonio.*

»P.- Como no eres joven, pronto nos veremos en el cielo.»

A su prima LOLA.

«Querida Lola: Como eres mi ahijada, vas a ser la transmisora de mi despedida a tu madre y a tus hermanos, de quienes me acuerdo con

muchísimo cariño. Da un abrazo especial a Fernando ([355]), que podrá explicaros bien la etapa en que me encuentro; quiera Dios, todavía, que yo también pueda explicárosla. Y a cierto magnífico gordo ([356]) que, con pesar mucho, vale bastante más de lo que pesa, dile que para que yo lo tenga en la memoria corno si fuera de mi familia le sobra con lo que ha hecho hasta ahora.

»No os digo nada más porque nos querernos lo bastante para entender sin palabras todo lo que tienen de emocionantes estos momentos. Que Dios os dé las mejores cosas y recibid cada uno un abrazo de vuestro *primo.-José Antonio*» ([357]).

A SUS PASANTES.

«Queridos Garcerán, Cuerda y Sarrión, mis pacientes compañeros de trabajo: En estos momentos de unos días que, si Dios no lo remedia, son los últimos míos, me consuela del descontento profundo de mi vida y de mi carácter el recordar que he conseguido cosechar algunos afectos de inusitada calidad, y que ello tal vez revele dentro de mí alguna buena condición atractiva que a mí mismo me cuesta trabajo descubrir. Entre los primeros de esos afectos están los de vosotros tres, mis leales, infatigables, generosos e inteligentísimos compañeros de trabajo. Mil gracias por este consuelo que me proporciona el pensar que me queréis un poco, y mil veces más mil perdones por lo muchísimo que os he dado que aguantar y por lo que he complicado vuestras vidas con los azares de la mía propia. Como, por otra parte, yo también os tengo un afecto que no hay que ponderar ahora, confío en que me recordaréis sin verdadero fastidio, en que me echaréis algo de menos.

»A todos los demás remeros de nuestro despacho profesional más o menos asiduos, a Matilla, a Power, García Conde, etc., sin olvidar a la admirable Encarnita, mi despedida de verdadero y agradecido amigo. Y para vosotros tres, fuertes abrazos.-*José Antonio Primo de Rivera.*»

A RAIMUNDO FERNÁNDEZ CUESTA y RAMÓN SERRANO SUÑER.

«Queridos Raimundo y Ramón:

»Estoy muy tranquilo, pero no quiero presumir; no es por indiferencia ante la muerte, sino porque, gracias a Dios, aún tengo esperanza de que se me evite. Pero si llega el trance (en el que haga Dios también que no me falte una decente entereza) aprovecho estos minutos de tranquilidad para despedirme de vosotros.

---

[355] Fernando Primo de Rivera y Cobo de Guzmán, fusilado, como su hermano Federico, en Madrid, por las milicias marxistas. Hijos ambos del héroe de Monte Arruit.

[356] Agustín Aznar, jefe de Milicias y prometido de Lola Primo de Rivera (hoy su esposa), cuyos tres hermanos, Rafael, Jaime y Guillermo, murieron también heroicamente por la Revolución Nacionalsindicalista.

[357] También escribió una carta -inédita- a su cuñada Margot Larios, procesada con él.

»No es éste el momento de ponderaros mi amistad. Las amistades como la nuestra se han acreditado en toda una vida y no aumentan ni disminuyen con la muerte. Os uno en la misma carta, a pesar de que no seáis, uno con otro, viejos amigos, porque, juntos, me he permitido nombraros albaceas en un testamento ológrafo que redacté ayer y que espero hagan llegar a tiempo a vuestras manos. Mil gracias por los trabajos que el albaceazgo os dé y por el afecto con que habéis contribuido como pocos a dar apoyos sólidos a mi vida.

»Dios os dé, como a vuestras mujeres y a vuestros hijos, lo mejor que podáis desear. Y que perdonéis los muchos defectos de vuestro amigo que quizá por última vez os abraza.-José *Antonio.*

»A Pepe Finat y a Fermín Daza, dos fuertes abrazos.»

A su tío ANTÓN SÁENZ DE HEREDIA.

«Querido tío Antón:

»Me despido de ti, con mucho cariño, de toda la familia de mi madre. Hazme el favor de decírselo a todos, sin olvidar ninguno: a tío Cesáreo y tía María; a tía Carmen; a tío Ángel y a tía Nieves; a tío Goyo y tía María, heroicamente probados también por la dureza de estos tiempos, y en cuya entereza tanto tengo que aprender. No dejes fuera a ninguno de los primos y primas, ni a sus maridos y mujeres. De mis sobrinos, hijos de ellos, no te digo nada porque son tan chicos que iban a oír la noticia como quien oye llover. No escribo a ninguno porque tendría que hacerlo a todos, y no quiero dedicar a cartas mucho tiempo del limitado que me queda de vida, salvo que Dios haga todavía que se me prorrogue. Créeme que me alegraría de que así fuera; pero por si no es, trato de disponerme lo mejor posible para el juicio de Dios: ayer confesé con un sacerdote viejecito y simpático, que está preso aquí, y hoy estoy lleno de paz: todavía, en gran parte, porque me ilusiona la esperanza de vivir; si esta esperanza se pierde, porque confío en que la sustituya una conformidad cristiana con lo que venga.

»En fin, perdonadme en lo que os haya podido molestar y reciban todos por medio tuyo fuertes abrazos de tu sobrino que mucho te quiere.-*José Antonio.»*

A JULIO RUIZ DE ALDA (cuya muerte gloriosa en la Cárcel Modelo ignoraba José Antonio).

«Querido Julio:

»Por si se ejecuta la sentencia que anteayer dictaron contra mí, haz el favor de aceptar el encargo de decir adiós en mi nombre a todos los camaradas. A aquéllos a los que he estado personalmente unido, por haber estado juntos en prisión, por los cargos o por cualquier circunstancia, diles de manera especial cómo los recuerdo y cómo los entresaca el hecho de recordarlos tú. Y para ti, quédate con un fuerte abrazo.

»Espero la muerte sin desesperación, pero ya te figurarás que sin gusto; creo que aún podría ser útil mi vida, y pido a Dios que se me conserve. Si El lo dispone de otra manera, moriré confortado con el ejemplo de tantos que cayeron más jóvenes que yo y más humilde y silenciosamente.

»Perdonadme todos, y tú de manera especial, lo que a veces os haya podido herir con las espinas de mi carácter. Mis hermanos te explicarán el laconismo de esta carta y se consolarán recordándome en tu compañía y en la de tantos con quienes nuestras vidas han corrido en los últimos años mezcladas. Dios os ilumine a todos y os mantenga unidos.

»Para Amelia y tu chico, mis mejores deseos. Y para ti, de nuevo, un abrazo.-*José Antonio.*»

A MANOLO VALDÉS.

«Querido Manolo:

»He encargado a Julio que me despida de todos los camaradas; pero a ti, mi profesor de cultura física y mi acompañante solterón de por las tardes, tengo que enviarte un abrazo especial.

»Da parte de él a otros nadadores: Luis Aguilar, Agustín Aznar y el pequeño y valeroso Gaceo. A todos os recuerdo mucho, y aún confío en veros. Si Dios, sin embargo, lo dispone de otro modo, me resignaré, y hasta el final os acompañará mi afecto.

»Tú conoces también a muchos amigos y amigas míos. Diles adiós de mi parte, seguro de que los que elijas estaban presentes en mi memoria.

»Otra vez un fuerte abrazo de *José Antonio.*»

A SANCHO DÁVILA.

«Querido Sancho:

»Pocas palabras, porque quizá no disponga de mucho tiempo: mil gracias por tu lealtad y por tus magníficas condiciones y un abrazo muy fuerte.

»Que a ti, a tu mujer y a los hijos que os mande dé Dios las mejores cosas. Os lo desea de corazón tu amigo y camarada.-*José Antonio.*

A CARMEN WERNER.

«Querida Carmen:

»Tengo sobre la mesa, como última compañía, la Biblia que tuviste el acierto de enviarme a la cárcel de Madrid. De ella leo trozos de los Evangelios en estas, quizá, últimas horas de mi vida. Si te vuelvo a ver (lo que Dios haga), ya te contaré todo, y si no, recibe por la vez última mi más verdadero afecto.-*José Antonio.*

»P.-Ayer hice una buena confesión.»

A JULIÁN PEMARTÍN.

«Querido Julián:

»Esta es casi la última carta que voy a escribir, salvo que Dios tenga dispuesto que se me alargue la vida, como de todo corazón le pido. No apetezco la muerte, aunque confío recibirla con decente conformidad si no hay remedio. Viva o muera, ya conoces de muchísimos años mi amistad, para la que no puede faltarme un recuerdo muy hondo en estas horas.

»Que a Nena, a ti y a vuestros hijos os dé Dios lo que más podáis desear. Y recibe un fuerte abrazo.-*José Antonio.*

»Despídeme con mucho afecto de Pepe y de los amigos que dejo en Jerez y que tú conoces, empezando por Joaquín Bernal» ([358]).

LA DESPEDIDA DE CARMEN

YA ha cumplido con sus deberes de español, de hombre de leyes, de cristiano, de amigo, y espera la despedida de sus familiares. ¡Cómo le angustia la tristeza que va a causar a la tía *Ma* -tan querida como la madre muerta-, a Carmen, a Margot!... Miguel, al cabo, es hombre y falangista, y tendrá más duros los ojos al torrente del llanto. ¡Pero ellas, las pobres!... Mientras llegan, pide a Dios calma y sangre fría para no atormentarlas con un gesto de debilidad o temor. Será difícil, porque ¡la vida es tan amable cuando se tienen treinta y tres años, un nombre, un corazón, un cerebro y una misión que cumplir!...

Ya están ahí. Dos milicianos rojos -fusil y pistolones- vienen a buscarle.

-Sus hermanas -no se atreven al tuteo- vienen a despedirse.

-Vamos.

Recorre entre ellos la galería. Otros varios le siguen. Temen que aún pueda escaparse, y desean presenciar -morbosos- la escena desgarradora. Quizá ahora le vean empequeñecerse.

Una celda chiquita, con poca luz y un camastro. Las tres mujeres, acongojadas -a quienes acompañaba el Director de la cárcel- esperan en pie con las almas transidas.

José Antonio entra sonriente, y las abraza muy fuerte, muy fuerte y en silencio.

Carmen no puede dominarse, y rompe a llorar con toda la desesperación de la hermana cariñosa que es.

---

[358] *Nota de la tercera edición.-Las* cartas 1, 2, 6, 7 (en parte) y 12 no figuraban en las dos primeras ediciones de esta biografía.

José Antonio traga sus lágrimas, la besa con toda el alma y, sin alteración en la voz, le dice:

-No llores, Carmen... Todavía hay esperanzas...

-¡No es posible, José -grita Carmen-; no es posible que puedan hacer eso contigo!

-Es lo natural -replica José Antonio-. Han sido tantos los de la Falange que han caído ya, que yo, que soy el Jefe de ellos, es natural que caiga también. Pero aún hay esperanzas... Tengo tres probabilidades contra siete... Pero puede ser.

Se vuelve al Director y le pregunta:

-¿O es que me las trae usted porque me han denegado el indulto? Esto me hace pensar que es así.

El Director contesta, categórico:

-No; aún no ha llegado la confirmación de la sentencia.

Son dos probabilidades contra ocho. Tal vez una contra nueve. Quizá un cuarto de probabilidad contra nueve y tres cuartos. Pero mientras hay vida y fe en Dios, hay esperanza.

Sin perder la sonrisa y la dulzura, hace cambiar la conversación para hablar de los otros hermanos. De los dos quizá más queridos, Pilar y Fernando, que cree lejos y a salvo en la España en que hay flechas y yugos.

Carmen, que ignora que Fernando había caído, heroico, el 22 de agosto, en la Cárcel Modelo de Madrid, asegura que está en Sevilla.

-Se ha salvado -dice José Antonio-. Como a Miguel le han condenado a treinta años, soy yo solo...

Una inmensa alegría le produce pensar que es solamente él quien debe morir de los hijos del Dictador.

Se vuelve a la tía María, que empapa de llanto silencioso un pañolito, y con el tono cariñoso de siempre dice:

-No te preocupes, tía *Ma.* He confesado y estoy muy tranquilo. Ha bajado un sacerdote que está también preso, y he confesado con él ([359]).

---

[359] *Nota de la tercera edición.*-Según un artículo de José Rico de Estasén publicado en *ABC*, de Madrid, para obtener José Antonio el confesor en quien descargar el peso de sus pecados, «fue necesaria la oportuna autorización por parte del Comité Popular de Defensa de Alicante, que la otorgó mediante oficio el día 18 de noviembre de 1936. El sacerdote elegido entre los que se encontraban detenidos en la propia cárcel fue... don José Planelles Marco». Tenía cincuenta y un años; no era por tanto un viejecito como decía José Antonio a su tío Antón, aunque quizá el régimen carcelario le hubiese envejecido prematuramente. Era natural de San Juan, había hecho sus estudios en el Seminario de Orihuela, se ordenó de presbítero en 1910, desempeñó el cargo de coadjutor en Pinoso, fue párroco en Aguas de Busot durante diez años, pasando luego a Agost y por último a Alicante. Fue detenido en su casa de la calle de Cádiz el 12 de septiembre, ingresando en la prisión provincial, a disposición del Gobernador civil de Alicante. «Consta documentalmente -sigue diciendo el artículo mencionado- que la confesión de José Antonio duró cuarenta y cinco minutos, y fue presenciada por el director de la prisión, a discreta distancia. Finado el pío menester, Mosén Planelles extendió sobre la cabeza del pecador, arrodillado a sus pies, el rocío de las

Además, desde que nos metieron en este proceso feroz, me estaba preparando, por si llegaba este momento. Todos los días he hecho oración y he rezado el rosario.

Como advierte que esta serenidad escalofriante -que tiene admirados a los rojos que desde la puerta presencian la escena con estupor de ver que un hombre a las puertas de la muerte tenga el espíritu tan tenso y el valor tan intacto- acongoja más a las mujeres que sollozan, coge en el aire el tono jovial con que en los días felices alborotaba a las hermanas, y exclama:

-Además, me han dado muy bien de comer. No hay nada como estar condenado a muerte para que le cuiden bien a uno. En vez del rancho que nos dan todos los días, me han dado sopa de ajo con huevos y una carne estupenda... y chasca los labios con el gesto de buen comedor que siempre había sido.

El asombro de los rojos es ya tan grande como su barbarie y como la espiritualidad del condenado.

Carmen -piadosa y tímida- le da un crucifijo.

-Sólo con mirarlo tiene indulgencia plenaria para la hora de la muerte...

Y temerosa de que estas palabras puedan desanimarle, añade sin esperanzas:

-Te lo traigo por si acaso... ([360]).

(¡Por si acaso!... Ya hay sólo una milésima de probabilidades...)

José Antonio toma el crucifijo entre sus dedos y con gesto misionero lo eleva para enseñarlo a los testigos rojos, que, temerosos de la "diabólica perfidia fascista", podían sospechar fuera una lima para serrar los barrotes de la reja o un explosivo infernal para volar la cárcel. No eran capaces de ver todavía en la sobrehumana grandeza y sencillez de aquella charla familiar que José Antonio ya estaba plenamente des ligado de la Tierra.

-Es sólo un crucifijo lo que me han dado...

Lo besa con unción y se lo guarda, agradeciéndolo a la hermana:

-Me alegro porque no tenía...

El tiempo feliz pasa pronto. Han transcurrido veinte minutos de conversación dulcísima. Un segundo. El Director mira la hora y advierte que la comunicación debe concluir.

-Volverán otra vez si la sentencia no se cumple inmediatamente, ¿verdad, Director?

---

bendiciones. Fundieron después sus atormentadas vidas en apretado abrazo, para retornar a sus respectivas celdas.»

Al atardecer del 29 de noviembre, unas hordas frenéticas entraron en la prisión y se apoderaron de un gran número de presos -entre ellos don José Planelles- y se los llevaron en camiones hasta las tapias del Cementerio, en donde los fusilaron. Según parece, a Mosén Planelles alguien quiso bajarle del camión con intención de perdonarle la vida, pero como algún energúmeno gritara que era el cura que había confesado a José Antonio, se lo llevaron con los demás al horrible matadero.

[360] Dicho crucifijo era regalo de Su Santidad el Papa Pío XI.

-Desde luego -promete el funcionario, seguro de que no volverán.

El también lo está, y abraza tierna y férreamente a las hembras llorosas. Ya no hay palabras. Los adioses son gemidos. Los besos, silenciosos y mojados.

-Vamos -ordena José Antonio a los milicianos.

Y sale entre ellos, pensando, quizá, como Napoleón la víspera del viaje a Santa Elena, que, después de todo, "la gran doctrina es llenar el propio destino". Una vez más, en el recodo del pasillo, vuelve la cabeza para decirles un adiós infinito...

LA MADRUGADA DEL VIERNES 20 DE NOVIEMBRE

MIGUEL no puede dormir. Da vueltas en el camastro. Se levanta. Fuma. Se vuelve atender. Llora. Se retuerce las manos. Quisiera gritar. Reza.

¡Es imposible, es imposible!... ¡El hermano ejemplar, el camarada, el amigo, el confidente, el compañero de cacerías y excursiones, el contertulio de las horas alegres, el padrino de boda, el maestro, el Jefe, el honor de la familia, la gloria de España, va a morir! ¡Y la fuerza de sus músculos jóvenes y el valor de su corazón, arrogante como su nombre glorioso -Miguel Primo de Rivera-, no puede hacer nada más que esperar desesperadamente que se consume la tragedia! ¡Oh fuerza de los héroes míticos para tronchar rejas y hendir puertas! ¡Oh espada de fuego de los semidioses con que degollar dragones carceleros! ¡Oh frágil nada -voz, aliento, gesto- con que hacía Jesucristo los milagros!

¡Qué silencio en la noche! España entera está agazapada y temblando del frío del drama. España entera, sí, porque los que no sienten esta brutal piedad del héroe preso, no son ni hombres ni españoles.

Aún cruzan por el viento de la noche radios y telegramas con peticiones de perdón. Y aún insisten -más negras que la noche- las denegaciones de indulto de las logias: «No, no, no...»

Pero ¿el milagro?. ¡Si le pudieran cambiar por él!... Si a última hora llegase, de Dios sabe qué cielo, una centuria de camisas azules a liberarle...

Tic-tac del reloj de pulsera. Suspiros de la noche. Pasos lejanos de centinelas. Miguel no puede dormir ni estar despierto...

Una hora, otra, otra, Por el ventanillo, la noche empieza a aclarar su tinta espesa. Pronto amanecerá...

Unos pasos. Unas voces. Unos golpes.

-¡Baja si quieres despedirte de tu hermano!

¡No hay remedio!... Entre los milicianos desciende Miguel; José Antonio está en pie, charlando, animado, con algunas personas en la celda ([361]). Le ha despertado unos minutos antes el oficial de Prisiones Enrique Alija. José Antonio ha roto con un poco de tristeza su último sueño de vida -¿qué pasaría por ese sueño?- y ha preguntado dulcemente: «¿Ya es la hora?» Al contrario de Miguel, ha dormido bien, y no hay en torno de sus ojos claros las sombras moradas del insomnio. Miguel se abraza a su hermano con gran emoción. José Antonio, para no dejarse ganar por ella, reprocha suavemente en inglés a Miguel:

-Miguel, ayúdame a morir con dignidad. ¡

Que no vean que teme a la muerte! ¡Y que no entiendan los carceleros el reproche de la emoción a su hermano! ¡Qué humanidad más excelsa!.

Aún habla un rato «sin que se quebrara su serenidad, sin que nadie pudiera creer que aquellos treinta y tres años de su vida iban a quebrarse minutos más tarde...», dice Miguel.

-¡Vamos! -invita uno cualquiera a los hermanos que tenían que separarse para siempre.

Un abrazo. ¡El último de José Antonio para el hermano, para el camarada, para el español! ¡Con el alma, abrazaba en Miguel a la Patria, Unidad y Permanencia; al nombre de su padre y a los herederos por nacer de ese nombre! ¡Abrazo de eternidad!

-No te apures, Miguel. ¡No te apures! -murmura.

José Antonio, ruega por nosotros... -le dice místicamente, con la mística de la Falange, Miguel, viéndole el rostro iluminado ya de gloria.

Y sale rápido, metido el dolor dentro del alma, para no traicionar con una debilidad la dignidad suprema del Jefe de la Falange, conservada a fuerza de temple y de fe, no, como se ha dicho, por inyecciones de cafeína que pidió le suministrasen para no estar decaído en el instante decisivo ([362]). José Antonio se echa un gabán sobre los hombros y sale con el Director y algunos oficiales de Prisiones.

Ya no sabemos más. Ya todo son noticias vagas. Mientras Miguel subía, bajaron al patio a José Antonio. En la escalera todavía, le llegaron a los oidos -terribles, inexorables, inarrancables del corazón- los ruidos de las descargas, que se oyeron en todo Alicante semidormido...

---

[361] En la citada interviú de Alfredo R. Antigüedad con Miguel Primo de Rivera en **Y** se dice eso. En un artículo publicado en *Arriba,* de Madrid, el 21 de noviembre de 1939, fechado el 20 en Alicante, el propio Miguel afirma que al llegar a la celda de José Antonio, éste dormía en un jergón de paja sobre el suelo, despertándole el ruido de los pasos y la luz que encendieron. ¿Cuál versión es la auténtica?

[362] Lo cual, en todo caso, hubiera sido también estupendo.

EL ULTIMO MINUTO.

POR disposición especial del Gobierno rojo, la ejecución de José Antonio hubo de tener lugar en el patio de la cárcel. Hasta entonces, los fusilamientos en Alicante habían sido precedidos de «paseos» hasta las afueras de la ciudad, donde se consumaban. Con José Antonio había el temor de un golpe de mano de sus partidarios. No en balde había llenado de zozobra a los marxistas la presencia de Agustín Aznar en la ciudad dos meses antes. Lo esperaban y lo temían todo de la Falange.

Cuando José Antonio, sereno y tranquilo, apareció en el patio, sólo se hallaban en él los hombres que formaban el piquete y otros cuatro condenados a muerte que iban a ser su guardia de honor al salir de la vida ([363]). Los condenados hablaban con Dios en hondísima plegaria, mientras los del piquete bromeaban blasfemando. Al aparecer José Antonio, se hizo un silencio profundo. El Director le indicó el sitio donde debía colocarse. Antes de ir a él, estrechó la mano del Director y de los oficiales, diciéndoles:

-Si alguna vez les he molestado o algo malo he hecho, perdónenme.

A los que con él iban a caer por España también les dio la mano fuertemente y les alentó con entereza y valor:

-Muchachos, tened ánimo. Esto es un momento nada más, y vamos a una vida mejor. Morimos por España. ¡Arriba España!

Fue hacia el sitio marcado. Se colocó en el extremo de la izquierda del grupo de condenados, un poco apartado de ellos. Se despojó del abrigo y lo arrojó al suelo, junte a la tapia que quedaba a su izquierda. Un miliciano se apresuró a recogerlo, probablemente bajo una suave sonrisa de José Antonio. Contra lo que alguien ha dicho, ni el quitarse y arrojar el gabán fue un gesto de desafío a los milicianos, ni José Antonio increpó a aquellos ex hombres que cumplían la oscura consigna de quitarle la vida. Sólo parece ser cierto que, ligeramente pálido, dijo a los que formaban el piquete: «Apuntad bien, porque os van a hacer falta pronto todas las municiones.»

Dicho lo cual, se cruzó de brazos y adelantó ligeramente el pie izquierdo para esperar la muerte. Parece ser que los hombres del piquete, desconcertados por la calma extraordinaria de José Antonio -tal vez sedientos de su sangre o temerosos de un milagro divino que le arrancara de la muerte que rondaba en los gatillos de sus fusiles-, se precipitaron e hicieron la descarga antes de que el teniente que los mandaba- llamado, según unos, José Vázquez, y según otros, Juan González- diese la orden de fuego. Con lo que

[363] Se ignora por qué motivos estaban condenados a muerte y por qué razón se les fusiló en grupo con José Antonio, sentenciado solo y en otro proceso distinto. Tal vez fuera un azar providencial para cuajar un símbolo para la futura unificación.

José Antonio no tuvo tiempo de alzar el brazo para morir saludando a la muerte con el saludo de la Falange. El grito de «¡Arriba España!» lo ahogaron las balas. Pero «empezaba a amanecer». Eran exactamente las siete menos veinte de la mañana, aunque la hora señalada para la ejecución eran las seis y media.

Todo el plomo del piquete acribilló el cuerpo de José Antonio, que se desplomó instantáneamente, teñido por borbotones de sangre generosa. Ni una sola de las balas de las descargas alcanzó a los otros condenados -cuatro mozos de Novelda: dos falangistas, llamados Ezequiel Mira Iniesta y Luis Segura Baus, y dos requetés, Vicente Muñoz y Luis López López-, sentenciados en causa distinta a la de José Antonio. Ellos vieron caer al Jefe y oyeron otra vez el terrible rechinar de los cerrojos poniendo en las recámaras las balas para sus cuerpos.

Un segundo después, los tiros de gracia. Los cinco gloriosos cadáveres se cargan en una ambulancia. El de José Antonio, encima del montón macabro para que las «tiorras» y los milicianos que esperan en la puerta trasera de la cárcel puedan ver cómo se ha cumplido la sentencia inexorable. Para que las arpías y los monstruos que esperaban a las puertas de la cárcel comprobaran al primer golpe de vista que el Jefe de la Falange Española iba muerto y bañado en sangre dentro de aquella ambulancia. En efecto: al salir de la cárcel el triste cargamento, alguien abrió la puerta trasera del vehículo fúnebre, y la chusma desdichada, sin alma ni piedad, se alzó de puntillas hasta ver con sus ojos el cuerpo inerte y acribillado de José Antonio Primo de Rivera ([364]).

Solo en su celda, hincando con rabia los dientes en el pañuelo, Miguel derramaba las lágrimas más amargas de su vida...

En su prisión, rezaban y lloraban Carmen, Margot y la tía María...

Y en toda España, el cielo llovía mansamente sobre los campos desnudos del invierno: aterrados por la guerra civil, que ignoraban la desgracia...

LOS DOS PRIMEROS ENTIERROS

MEDIA hora más tarde, cuando comenzaba a clarear el día, en la puerta del Cementerio Municipal alicantino de Nuestra Señora del Remedio paraba una pequeña caravana compuesta por un coche-ambulancia de la Cruz Roja, un camión de guardias de Asalto conduciendo a los que habían formado

[364] Reportaje de José Escalera, publicado en *F.E.,* de Sevilla, el 18 de noviembre de 1939.

el piquete de ejecución de José Antonio, con su jefe, el teniente Vázquez, y tres coches ligeros llenos de milicianos de los que habían presenciado el proceso, la despedida de los hermanos y el fusilamiento de José Antonio, y no querían dejar de ver también el entierro de aquel hombre tan odiado y tan inconscientemente admirado.

El teniente, con voz desabrida, gritó al conserje Tormá Santonja:

-¡Ahí te traigo a Primo de Rivera y a otros fascistas!

El conserje -secreto entusiasta del Movimiento Nacional- sintió un vuelco en el alma, y disimulando su angustia, hizo entrar el coche-ambulancia con los cinco cadáveres hasta el borde de una fosa ya preparada, en la que aguardaba un sepulturero.

El primer cadáver que se extrajo de la ambulancia fue el de José Antonio. Según Santonja, su rostro no ofrecía el menor rictus de dolor, dando, por el contrario, la sensación de naturalidad y placidez más absolutas. Santonja ayudó con devoción a depositar en tierra los restos sagrados. El teniente Vázquez le exigió un recibo de los cinco cadáveres, requisito inusitado que el conserje cumplió sin replicar. Del cuerpo de José Antonio se desprendió el crucifijo que le había dado Carmen la víspera y que llevaba sujeto con una cinta roja. Uno de los milicianos -¿era simple rapacidad o era ya mística de José Antonio?- lo recogió del suelo, guardándolo, apresurado, en el bolsillo. El conserje lo impidió enérgicamente, manifestando que era un objeto perteneciente al finado y que los cadáveres, desde que entraban en el cementerio, quedaban bajo su responsabilidad y custodia, por lo que no podía permitir el más insignificante despojo de ninguno de ellos. El miliciano, confuso, devolvió la cruz, que Santonja prendió en el pecho de José Antonio con la emoción que se coloca una Laureada a un héroe caído. (José Antonio no tenía condecoración alguna, ni la tiene. Ni la laureada ni la Palma de Oro de la Falange. Sólo sus flechas...) ([365]).

Entre el sepulturero y Santonja, ante la mirada hosca de los ejecutantes y los milicianos, que no marcharon hasta el término de la escena macabra sin responsos ni preces, dieron tierra a los cinco cuerpos, aún no del todo fríos. Tierra directa, sin la separación del más sencillo ataúd de pino; tierra directa como la que se da al soldado desconocido que cae en lo más avanzado de la línea de fuego. Tierra que, ávidamente, besa los cuerpos para hacerlos savia de flores sencillas... De ella poseo un puñado en una arqueta que perteneció a Vicente Gaceo.

El cuerpo de José Antonio quedó en un ángulo de la fosa, como a unos dos metros y medio de profundidad, con dirección a Oriente, «cara al sol». Sobre él, apiñados, los otros cuatro camaradas muertos. Más tarde, otros diez asesinados fueron a dormir con ellos la gran noche hasta el alba de la liberación... Se echó encima una capa de tierra de unos treinta centímetros, y a

[365] Meses después de escritas estas páginas, el Caudillo de España, interpretando el deseo de toda la Falange, le concedió la Palma de Oro en el cuarto aniversario de su muerte.

los dos días se cerró la fosa con cemento armado. José Antonio quedó inscrito en los Registros del cementerio -folio 76 del libro IV- con estos datos: «Número 22.450, fosa número 5, fila novena, cuartel número 12.».

Poco tiempo después, Tomás Santonja hizo llegar estos datos a Miguel.

José Antonio permaneció en ese primer abrazo con la tierra hasta el 2 de abril de 1939, en que Miguel -recién liberado Alicante- llegó a buscar el cuerpo venerado ([366]). Abierta la fosa y apartados los cadáveres que había encima, apareció el de José Antonio casi intacto, como si acabara de ser enterrado. Sobre un jersey de lana oscuro llevaba prendidos un escapulario de la Virgen del Carmen, el crucifijo que le diera su hermana y unas medallas que le puso Pilar Millán Astray la víspera de su muerte. Envuelto en la bandera nacional, fue guardado su cuerpo en un arcón y depositado en el nicho 515 de

---

[366] *Nota de la tercera edición.*-En 19 de noviembre de 1961, el autor de este libro publicaba en *ABC,* de Madrid, un artículo titulado "Ultimas noticias de José Antonio". Decía:

«...Creo ser una de las contadísimas personas conocedoras en España de un supuesto primer desentierro de José Antonio en Alicante, mucho antes del emocionante hallazgo de sus restos el 2 de abril de 1939, referido en estas mismas columnas por Javier Millán Astray hace ocho años. De ser ciertos los informes que poseo, el cadáver de José Antonio fue desenterrado "no tres, sino cuatro veces" antes de su definitivo traslado al Valle de los Caídos. Según esos informes, el magistrado Federico Enjuto, Juez instructor del sumario contra José Antonio y sus hermanos, manifestó repetidas veces en Puerto Rico -una de ellas a las personas que se encontraban en la casa de Juan Ramón Jiménez, mientras agonizaba la esposa del poeta, y por una de las cuales tengo la noticia- que, inmediatamente después de la muerte de José Antonio y de su primer enterramiento en una fosa común en el camposanto alicantino, la Embajada inglesa -quizá para satisfacer los deseos de alguna de las personalidades británicas interesadas en salvarle- pidió su "certificado de defunción". Por no haberse extendido este documento, Enjuto, que se había trasladado a Madrid después de cumplida la sentencia, tal vez por temor a alguna represalia, hubo de regresar a toda prisa a Alicante para asistir a la exhumación -no presenció el fusilamiento- y extender aquella certificación. El propio Enjuto aseguró a cuantos le escuchaban que José Antonio fue enterrado de bruces y con la cabeza hacia abajo "para que si resucitaba no pudiera ir hacia arriba".

No he podido comprobar si es verdadera o fantástica la afirmación de Enjuto. Un amable corresponsal espontáneo apostilló mi artículo con estas palabras: «Estando yo en la cárcel de Alcalá intimé bastante con el comandante Enjuto, muy buena persona. Hacíamos régimen de patio y teníamos muchas horas para el devanar nuestras esperanzas, para el desenlace de todo aquello:

«-Yo tengo un hermano -me decía- que si quisiera me podría librar, pero yo no le pido nada porque ha intervenido en el asesinato de José Antonio.» Puede figurarse cómo me quedaría, pero sin comentario, porque en el acto pensé que sería mi primera actuación poner la correspondiente denuncia. Pero faltaba la prueba fehaciente y un día recibió carta del hermano expresando su contento porque había servido al Gobierno, pero que por ahora no vendría a Madrid y no podía por tanto visitarle. Tenía un miedo repugnante porque entonces se hablaba mucho del corte de la carretera de Valencia.» Estos detalles de mi corresponsal completan la silueta del siniestro magistrado.

la Zona Anillo, calle A, del mismo cementerio ([367]). De allí salió para El Escorial el 20 de noviembre de 1939 ([368]). Y en El Escorial reposará eternamente mientras El Escorial y España existan ([369]). y El Escorial y España existirán por los siglos de los siglos si cada uno de los que hemos nacido, por dicha nuestra, españoles -una de las pocas cosas serias que se puede ser en el mundo- y hemos tenido la suerte de vestir con orgullo la camisa azul, nos juramos a cada hora, ante el recuerdo de su vida y su muerte, ser dignos de él y de su sacrificio. Si cada uno, en nuestro oficio, en nuestra tarea, en nuestra vocación, en nuestra misión humana y nacional, ponemos la fe y la energía que puso él en la suya. Si apartamos, como él apartó, de nuestro espíritu las mezquindades y pasiones: la envidia, el rencor, la tibieza, la pereza, la cólera, la vanidad, la soberbia. Si adoramos el trabajo y el sacrificio, la sencillez y la limpieza. Si queremos sin demasiado apego a la vida y si consideramos la muerte como un acto de servicio. Si tratamos de ser -en la medida de nuestras fuerzas- no como él fue, pues era único, sino como él quería que fuésemos, pase lo que pase, cueste lo que cueste y pese a quien pese, España será eternamente como José Antonio la soñaba: Una, Grande y Libre.

Si no es así, que Dios se lo demande a quienes no son de la Falange. Y a nosotros nos pida cuentas él el día que hayamos de comparecer ante el Tribunal implacable de los que cayeron por España.

EL AUSENTE

NI una palabra más debiera de escribir. Sólo quizá para cerrar esta biografía, escrita con pasión creciente, el «¡Presente!» que el quería para los Caídos. Lo haría así si no creyera un deber -por muchas razones- recoger sucintamente cómo el Héroe se hizo Mito y cómo el Mito de sebastianismo en torno de la muerte de José Antonio iluminó durante largos meses el sueño en vida de millares de españoles.

---

[367] Estos detalles figuran en un artículo de Enrique Ferré, publicado en la *Gaceta de Alicante* el mismo día 20 de noviembre de 1939.

[368] Vuelto a desenterrar, su rostro había sufrido alguna alteración, aunque, según me dicen, la nariz, los ojos y la frente eran perfectamente identificables todavía.

[369] *Nota. de la sexta edición.*-Así lo creímos todos los falangistas hasta que el 27 de marzo de 1959 fue desenterrado y trasladado a la Abadía del Valle de los Caídos, en cuyo templo fue sepultado -es de esperar que definitivamente- al día siguiente.

Muy brevemente, y sin más comentarios que los precisos, expondré algo de lo que sé de cómo se forjó la idea de que José Antonio no había muerto.

Desde Salamanca, la Junta de Mando de la Falange, enterada del comienzo del proceso, hizo cuanto pudo por salvar la vida de su Jefe. Ciertamente, no fue demasiado, y bastante tardío quizá. El camarada Eugenio Montes, Delegado por la Junta en Francia, hizo gestiones con los políticos franceses y con personalidades inglesas y americanas. Intentar en aquellos momentos la ayuda de otros países hubiera sido estéril e inútil. A petición de Eugenio Montes, el Conde de Romanones, ex Presidente del Consejo de Ministros, perseguido por la Dictadura del General Primo de Rivera, intervino -con nobleza muy española-, cerca del Ministro de Relaciones Exteriores francés, Ivon Delbos, para salvar a José Antonio. Tardíamente, según esta respuesta que recibió de París en San Juan de Luz: «En el acto de recibir su telegrama, en unión del Presidente del Gobierno (lo era en aquel entonces León Blum), me dirigí al Gobierno de Madrid pidiéndole con aprecio que la sentencia contra Primo de Rivera no se ejecutara. Se me contesta que, por desgracia, llegábamos tarde, pues Primo de Rivera había sido fusilado aquella misma mañana» ([370]).

También hicieron gestiones infructuosas en el mismo sentido otros dos caballerosos españoles enemigos de la Dictadura y de la Falange Española: Santiago Alba y Miguel Maura.

La Princesa Bibesco -hija del ex Primer Ministro inglés Asquith y esposa del antiguo Ministro de Rumania en Madrid-, gran amiga y admiradora de José Antonio, interesada por el Jefe de la Falange, habló personalmente por teléfono desde Londres con Manuel Azaña, con quien tenía también amistad, según relata éste en sus *Memorias* famosas. Azaña, desde Barcelona, respondió a la Princesa que sentía muchísimo la situación de José Antonio Primo de Rivera, por quien no podía interceder, «pues él era también un prisionero». Otras gestiones -más o menos conocidas- se hicieron, con el mismo resultado negativo ([371]).

---

[370] Sin embargo, parece ser que León Blum no tuvo interés en el asunto sabedor de que la orden de ejecución no era del Gobierno Largo Caballero sino del Embajador soviético Rosemberg.

[371] *Nota de la tercera edición.*-Azaña, al hablar de la princesa Bibesco y calificarla de amiga suya, silencia las terribles ironías de que la ilustre dama le hizo víctima con evidente impertinencia en el curso de una comida en la Legación de Rumania, en la que era anfitriona la princesa. Refiere el episodio el diplomático chileno Carlos Morla Lynch -consejero de la Embajada de su país en Madrid entre los años 30 y 36- en su libro *En España con Federico García Lorca* (Madrid, Aguilar, 1958). «Se trata -dice Morla- de la celebración del cumpleaños de Elisabeth -la princesa-escritora, hija de quien fue egregio hombre de Estado británico (jefe del partido liberal) Herbert H. Asquith-. Dama interesante, en extremo original, artista, inteligente, cultísima... pero inquietante; inquietante

Los falangistas de Salamanca, oyendo las «radios» y leyendo los periódicos portugueses, vivimos los días más terribles del Movimiento. La Falange, entonces, adoraba por encima de todo a su glorioso Fundador y Jefe. El rumor corría por todas partes y se advertía la honda impresión que causaba. Los falangistas tenían palidez de muerte, ojeras de fiebre e insomnio, la voz sin fuerza para el grito, los labios secos de sed de venganza y las entrañas cruzadas del hierro frío de esta palabra: *represalias*. En los periódicos se silenciaba toda referencia a la tragedia de Alicante, pero todos buscábamos nerviosamente en las emisoras rojas -escuchadas en la clandestinidad- o en la Prensa del Portugal hermano la confirmación tremenda o el desmentido categórico. Los rojos como queriendo emplear con nosotros la guerra de nervios- no hablaban del asunto. Las «radios» extranjeras lo trataban con un laconismo brutal. En el Cuartel General del Generalísimo nada se sabía tampoco. A petición de la Falange se cifraron telegramas a todos los países amigos para que pidiesen a las otras potencias que tenían sus buques de guerra en el puerto de Alicante la confirmación de la noticia. Confirmación que jamás llegó, dando lugar a un misterio completamente propicio en la atmósfera exaltada de aquellas horas para la creación de una leyenda. Murió un hombre -¡qué hombre, Santo Dios!- y empezó un Mito, de una belleza poemática, como hacía muchos siglos no lo había tenido la Humanidad. Para España empezaba el nuevo Romancero. El nuevo Cid tenía por pareja en la Historia verdadera la más exacta poesía.

El 22 ó 23 se reunió en el Cuartel de la Falange, en Salamanca, el Consejo Nacional con la Junta de Mando Provisional. Nadie supo de lo que había tratado, m siquiera quienes, además de la camaradería, estábamos ligados por lazos de estrecha amistad con algunos Consejeros. El Consejo dio una fría nota a la Prensa que heló a toda la Falange, quizá para no permitirle ya

---

por cuanto dice fuerte lo que piensa y siente, aunque sean barbaridades, lo que crea a menudo situaciones incómodas y aun engorrosas. Es "comida íntima" a la que hay que asistir de frac porque estará presente el jefe del Gobierno, señor don Manuel Azaña...

»Elisabeth, durante la cena, se dirige al señor Azaña y le dice cosas inconcebibles. Le habla de "sus catalanes", de su "dictadura", de los «hombres infelices» que lo sostienen. La escuchamos helados...

»A la hora del champaña, se pone en pie con la copa grácilmente levantada en la mano para emitir su "toast".

"El *speech* comienza así:

"-Como usted, señor, ya no será el Presidente del Consejo a mi regreso de Italia...

"El Embajador de Su Majestad Británica se ha puesto pálido.

"Pero el señor Azaña, a su vez, después de una pausa, se ha puesto en pie y, con *esprit* y mucha serenidad, sonriente siempre, restablece la calma un momento perturbada, a pesar de que la frase inicial de su respuesta encierra un punzante alfilerazo, emitido en forma amable:

"Como me temo, señora, que el año venidero no tendremos el honor y el agrado de verla aquí...

"Y como si tal cosa, termina su breve alocución de modo gentil y afable. Salvo el comienzo, no hay en ella ni una sombra de enfado.» (Págs. 325-327.)

volver nunca a su alta temperatura de antaño. Los periódicos contaron que, al terminar el Consejo, se reunieron a almorzar los Consejeros, y que al término del almuerzo -no muy oportunamente, por cierto-, el Jefe de la Junta de Mando Provisional, Manuel Hedilla, gritó: «¡José Antonio Primo de Rivera!» A lo que los demás contestaron: «¡Presente!» Luego se retrataron en el jardín, después de lo cual Hedilla pidió permiso a sus compañeros para marchar a Burgos a ver a su madre, su mujer y a sus hijos, recién rescatados de Santander, donde les había sorprendido el Movimiento. Llevaban allí dos días, pero Hedilla no se había querido mover de Salamanca a recogerlos, absorbido por las angustiosas noticias del Jefe. Aquella noche, Sainz marchó también para Toledo, y algunos otros Consejeros hacia sus provincias o puestos en el frente.

Pasaron semanas sin que nadie volviese a hablar de José Antonio. La Falange seguía como siempre, con su Junta de Mando Provisional, sin Secretario general, sin apenas más Jefaturas de Servicios que la de las Milicias y la de Prensa y Propaganda. El Consejo Nacional y la Junta Política, impuestos estatutariamente por José Antonio, no existían. Se rumoreaba que se iba a liberar en seguida a Raimundo Fernández Cuesta, y se aguardaba su regreso para transmitirle toda la autoridad dejada por José Antonio. No se quería hacer oficial la muerte del Jefe, porque no se sabía con certeza y porque se temían represalias por parte de los falangistas con los presos rojos ([372]). Además, empezaban a circular rumores contradictorios, hijos, probablemente, de la ilusión nuestra y de la habilidad de todos los enemigos, que intentaban por cualquier medio desviar de su meta a la Falange.

A mí, personalmente, los primeros en asegurarme la inexactitud de la muerte del Jefe fueron dos camaradas llegados de Alicante: uno, el Jefe de Milicias de aquella ciudad, Felipe Vergel, y otro, el Ingeniero del puerto de Alicante Román Arango. En los primeros días, ellos -presos también -la habían tenido por cierta, y lloraron y rezaron con los demás al Jefe. Pero luego habían sabido que una hora después de la ejecución, Carmen Primo de Rivera había recibido un enlace misterioso en su celda, afirmándole que José Antonio no había muerto.

Por cien conductos diferentes llegaban noticias contradictorias. Se decía en unas que el cadáver del fusilado la madrugada del 20 tenía el rostro destrozado a balazos y absolutamente inidentificable. Otra versión, por el contrario, aseguraba que el Secretario del proceso había dicho que acompañó al forense para certificar la defunción de José Antonio. Les presentaron un cuerpo cubierto por una sábana *que de manera alguna permitieron levantar,* teniendo que auscultar el médico por encima de ella. El Secretario, intrigado, consiguió levantar la sábana un momento, y vio que el cadáver no era el de

[372] Se olvidaba esta consigna del Jefe: «El martirio de los nuestros es, en unos casos, escuela de sufrimiento y de sacrificio, cuando hemos de contemplarlo en silencio. Lo que no pueden ser nunca nuestros mártires es tema de "protesta" al uso liberal. Nosotros no nos quejamos. Ese no es nuestro estilo.»

José Antonio. Otra tercera versión decía que la diligencia de autopsia de José Antonio afirmaba que era el cadáver de un hombre completamente calvo, cosa que hacía dudar se tratara de su cuerpo, pues aunque el Jefe tenía marcadas entradas y parecía ser que en los últimos tiempos estaba rapado al cero, no era, en manera alguna, completamente calvo.

Respecto al cadáver, enterrado en la fosa común, había varias versiones también. Una, que se le había enterrado boca abajo para poder identificarle. Otra, que metido dentro de un saco. Al sepulturero le habían prohibido decir dónde estaba, por si se hacía una investigación...

Así meses y meses, llamando el *Ausente* a José Antonio, sin declarar su muerte de una manera oficial, ni nombrarle sucesor, sin decir una misa por su alma -un Estado profundamente católico y una familia como la suya, enormemente religiosa-, sembraban la duda en el ánimo de todos.

El Decreto de Unificación de 19 de abril de 1937 no aclaró la situación, pues el propio Jefe del Estado, al unificar la Falange con la Comunión Tradicionalista y nombrarse Jefe Nacional del nuevo Partido Único, no aludía tampoco a la desaparición de José Antonio. Inútil decir cómo se especuló por varias gentes con todo esto y cómo se trató de utilizar contra la unificación la buena fe de quienes creían ciegamente que el Fundador de la Falange vivía todavía.

Algún camarada, obcecado por su pasión por José Antonio, aseguraba haber recibido -por vía complicada, pero lógica- cartas de José Antonio entre noviembre del 36 y abril del 37. Estas cartas, que eran cinco, parece ser que existen y son una perfecta falsificación de la letra y el estilo de nuestro Jefe, que la persona a quien habían llegado conocía de manera indudable por haber sido uno de los primeros y más asiduos colaboradores de José Antonio y colector de sus autógrafos para *F. E.* y *Arriba.* Diversas circunstancias alejaron de España a este camarada a raíz de la unificación, y su ausencia no permite al autor de estas páginas una prueba de las falsedades de que fueron víctimas algunos que creían a pie juntillas la supervivencia de José Antonio ([373]).

«Cuando vuelva José Antonio...» fue una frase corriente entre falangistas en 1937 y 1938. El 4 de octubre de 1937, en un periódico tan serio como *Il Popolo d'Italia,* se escribía a propósito de la futura creación del I Consejo Nacional de la F. E. T. y de las J. O. N. S. que «José Antonio se encontraba preso en Alicante.» Yo encontré -por azar- en Toledo un ejemplar de dicho número y se lo llevé a Pilar a Salamanca. No pude ver a ésta, y sí a su prima Inés, que me dijo: «Es cierto. José Antonio vive, pero no está en Alicante.» Yo me callé una noticia que me había llegado misteriosamente hacía poco tiempo, según la cual José Antonio había sido salvado por orden de la masonería internacional y le guardaba en su casa de Vich el Gran Oriente de la

[373] *Nota de la segunda edición.*-Sólo años después de publicada esta biografía he logrado hablar con él, y me ha confirmado el engaño de que fue víctima y que creyó con «ardorosa ingenuidad», lo que le acarreó graves complicaciones, poniendo en peligro su vida y en tela de juicio su lealtad al Movimiento Nacional.

española Diego Martínez Barrio. Esta noticia inverosímil se completaba con estos datos: José Antonio se había dejado la barba y pasaba por un Secretario del Presidente de las Cortes rojas.

Una «radio» -creo que llamada *Radio Verdad*, de Milán- aseguró otra vez que José Antonio había salido de Alicante en un crucero inglés, rumbo a Inglaterra, bajo palabra de honor de ocultar su existencia hasta el fin de la guerra en España.

Cuando en 1938 llegó rescatada a España Margot Larios y se incorporó a los lavaderos de Falange en el frente de Madrid, tuve ocasión de hablar mucho con ella sobre el Jefe. Margot -que conocía el testamento de José Antonio, pues se lo había dado a leer el Director de la cárcel de Valencia, donde pasó los meses de su condena antes de la liberación-, a quien debo muchos datos que figuran en este libro, creía, sin certidumbre, en el fusilamiento. Pero la seguridad no la tendría -afirmaba- hasta que no acabase la guerra y se identificaran exactamente lugar, hora y detalles del fusilamiento, así como la constancia documental del mismo, de la sepultura y del cadáver.

Raimundo Fernández Cuesta, liberado en octubre de 1937, tampoco había traído la afirmación rotunda. Por todo ello, la Falange siguió dudando hasta que el Caudillo Franco hizo la declaración solemne y oficial en el Decreto de 16 de noviembre de 1938, que empieza con estas emocionantes frases: «El día 19 de noviembre de 1936 fue asesinado, en Alicante, José Antonio Primo de Rivera. El Estado español, que surge de la guerra y de la Revolución Nacional por él anunciada, toma sobre sí, como doloroso honor, la tarea de conmemorar su muerte. El ejemplo de su vida, decisivamente consagrada a que fuese posible la grandeza de España, por la honda y firme comunidad de todos los españoles, y el ejemplo de su muerte, serenamente ofrecida a Dios por la Patria, le convierten en Héroe nacional y símbolo del sacrificio de la juventud de nuestros tiempos. Su llamamiento a esta juventud española, cuya alma partida supo ver con dolorosa pasión, será motivo de perenne recuerdo para la que heroicamente combate en los campos de batalla.»

Esta declaración, a dos años fecha; las campanas de todas las iglesias de España doblando a funeral por su alma -¡oh emoción única de aquella iglesita del frente de Madrid, llena de falangistas labriegos y de soldados menudos, ateridos bajo la helada llovizna del día gris, con el acre olor de sus capotones y sus botazas, empapados mezclado al de la cera, el incienso y el laurel; la voz de Franco tronchada de dolor en los altavoces, y el dolor inmenso de todas las esperanzas desgarradas en el pecho!- nos despertaron para siempre a la tremenda verdad. El *Ausente* se había hecho presente en la legión infinita de los muertos. Ni había duda ni esperanza. Una certidumbre de piedra enterraba todas las últimas ilusiones fingidas de que algún día volvería -milagroso, como lo fue siempre- a ordenarnos alegremente, con aquel acorde perfecto de la energía y la dulzura de su voz de mando...

Porque yo también, secretamente -y si es delito lo confieso-, durante dos años quise creer en mi corazón, sin pruebas ni indicios -al contrario, con testimonios y presentimientos contrarios: la fe es así-, que alguna vez podría -en vida- presentarme otra vez ante él para decirle, brazo en alto, juntos los talones y los ojos clavados en los suyos, donde fulgía a la luz de España: «¡A tus órdenes, Jefe!»

FINAL

UN año más. La guerra ha terminado. España se ha liberado, y es Una, Grande y Libre. El cuerpo de su Profeta ha pasado de la fosa común donde yaciera dos años y medio al nicho 515 del cementerio. Las banderas victoriosas -rosa y laurel enroscados en sus mástiles- han cruzado de Norte a Sur y de Este a Oeste la Península. El «¡Arriba España!» se ha convertido, de imprecación de guerra, en promesa de paz, como quería José Antonio.

Entonces España por la pluma de su Caudillo decreta para el Fundador de su nueva vida la sepultura digna de su gloria en El Escorial. Durante largas jornadas de frías noches, tiernas madrugadas y mediodías radiantes, la Patria falangista, loca de amor por su recuerdo como una egregia enamorada de leyenda, transporta a hombros de sus escuadras el cuerpo de José Antonio ([374]). Hay por los montes iluminados y las llanuras pardas emoción de labriegos y de soldados, de viejucas y de niños, que suspenden la vida para ver pasar la Muerte gloriosa en estampas de una plástica soberbia. Canto gregoriano y *Cara al Sol* entre arroyos tímidos, pájaros mudos, campanas y descargas de fusilería. Los caminos de la guerra acabada y la paz en comienzo se recorren entre sollozos, gritos, himnos de dolor y de victoria. Son los caminos que él hacía al volante de su coche, deteniéndose en mesones y ventas, como un Don Quijote, a charlar con las gentes del campo para enseñarles el ideal. Las banderas, con crespones. Los puentes, con bayonetas. Las plegarias, con lágrimas. Entra en Madrid y lo atraviesa entre un silencio conmovedor, roto por gritos y promesas de madres que le dicen, como una

[374] *Nota de la tercera edición.-«José* Antonio Primero de Rivera ha sido el máximo inspirador del grupo de promotores de la Revolución Nacional española. La Providencia le otorgó la gracia de morir mártir de sus ideas y joven. No existe nadie de los que conocieron al Fundador de la Falange que pueda evocarlo envejecido y con la mirada apagada. José Antonio es primordialmente una idea encarnada en una juventud, casi despersonalizada. De él perdura "un nombre de emperador romano" esculpido en la lápida de su sepulcro y un millar de páginas de doctrina y combate: lo necesario para entusiasmar las mentes, enardecer los corazones y conquistar los espíritus para siempre.». (Del libro *Doctrines du Nationalisme,* de Jacques Ploncard D'Assac, citado por Antonio Gibello en un artículo titulado «José Antonio y la juventud» *(Arriba,* 19 de noviembre de 1961).

junto a la Cibeles: «José Antonio, José Antonio... Ricardo Pérez Miranda, el hijo de mi sangre, murió por la Falange. Murió por ti. Murió como tú. Y me dijo al llevárselo los milicianos: Si no vuelvo, dile al Jefe que he muerto por su Falange...»

Hachones. Cañonazos. Más banderas. El aire de la Ciudad universitaria, el viento de Galapagar, el cierzo del Alto de los Leones y de El Escorial... Trompetas con sordina. Tambores enlutados. Duelo y promesas espléndidas.

Y al final, bajo la inmensidad de la basílica del Imperio español, la inmensidad del silencio de su muerte y su piedra eterna bajo la voz del Jefe, Franco, que le devuelve para los siglos de los siglos su tremendo juramento a Matías Montero:

JOSÉ ANTONIO, SÍMBOLO Y EJEMPLO DE NUESTRA JUVENTUD: EN LOS MOMENTOS QUE TE UNES A LA TIERRA QUE TANTO AMASTE, CUANDO EN EL HORIZONTE DE ESPAÑA ALBOREA EL BELLO RESURGIR QUE TU SONARAS, REPETIRÉ TUS PALABRAS ANTE EL PRIMER CAÍDO: QUE DIOS TE DE EL ETERNO DESCANSO Y A NOSOTROS NOS LO NIEGUE HASTA QUE HAYAMOS SABIDO GANAR PARA ESPAÑA LA COSECHA QUE SIEMBRA TU MUERTE. JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA: ¡PRESENTE!

Bruselas, octubre 1939. Madrid, diciembre 1940.

EPILOGO

EN EL VALLE DE LOS CAÍDOS

A principios del año 1959 terminaron las obras de ese colosal monumento de piedra y voluntad llamado la Abadía de la Santa Cruz del Valle de los Caídos, gigantesco sepulcro colectivo, destinado por su iniciador e inspirador el Generalísimo Franco para lugar de descanso, hasta la hora de la Resurrección, de los cientos de miles de españoles que entregaron heroicamente sus vidas en una titánica lucha, no sólo en defensa de la integridad física y espiritual de su Patria, sino que también supieron adelantarse en un cuarto de siglo a un sentimiento de batalla «por el ser y el estar» latente hoy en gran parte del mundo: el de defensa de la civilización que algunos llaman occidental por resistirse a darle su verdadero nombre -civilización cristiana-, que repele o repugna a ciertos intelectualismos agnósticos. El Valle de los Caídos, situado en el corazón de España, en ese lugar de incomparable belleza llamado Cuelgamuros, es, sin duda, el mayor testimonio de fe erigido en los tiempos modernos; la más larga, más honda y más alta plegaria en lenguaje del día al Creador y al Redentor de esta Humanidad que, después de alcanzar las cimas de la cultura, parece empeñada en lanzarse suicidamente por las barrancadas de la auto destrucción y la autocondenación. Por su indiscutible magnificencia arquitectónica, su recia espiritualidad y su intención universal, el Valle de los Caídos figura entre las creaciones definitivas del genio hispano.

En 7 de marzo de 1969, el Caudillo de España escribe una carta sencilla, cordial y amistosa a Pilar y a Miguel Primo de Rivera, concebida en estos términos:

«Queridos Pilar y Miguel:

«Terminada la grandiosa Basílica del Valle de los Caídos, levantada para acoger a los héroes y mártires de nuestra Cruzada, se nos ofrece como el lugar más adecuado para que en ella reciban sepultura los restos de vuestro hermano José Antonio en el lugar preferente que le corresponde entre nuestros gloriosos Caídos.

«Aunque su señera y transcendente figura pertenece ya a la Historia y al Movimiento, al que tan generosamente se entregó, siendo sus dos hermanos sus más inmediatos allegados, es natural seáis vosotros los que deis vuestra conformidad para el traslado de los restos que reposarán allí en la misma forma y disposición que hasta hoy han tenido en el Monasterio del Escorial.

«Este es el objeto de esta carta, ya que se aproxima el día primero de abril, señalado para la inauguración del monumento.

«Con este motivo muy cariñosamente os recuerda vuestro buen amigo, *Francisco Franco.*

En 11 de marzo, Miguel y Pilar contestaron al Jefe del Estado con la carta siguiente:

«Nuestro respetado General:

«Tanto Pilar como yo agradecemos en todo su valor vuestra carta, que viene a mostrarnos hasta qué punto guardáis sincero y profundo cariño y respeto hacia la persona y la obra de nuestro hermano José Antonio.

«Levantada, como decís, la Basílica del Valle de los Caídos para acoger a los héroes y los mártires de nuestra Cruzada, nos parece justo y nos honra vuestro designio de depositar en ella los restos mortales de nuestro hermano. Creemos también interpretar así el deseo de José Antonio de reposar junto a sus camaradas, y que ese mismo es el sentir de la Falange, que bajo la Jefatura de Vuestra Excelencia, tan leal sigue siendo a su memoria y a su idea.

«Desearíamos que el traslado desde el Monasterio del Escorial hasta la Basílica del Valle de los Caídos tuviera, lo más posible, carácter íntimo y recogido, como está efectuándose el de todos aquellos que de ahora en adelante han de acompañarle y compartir con él sufragios y honores.

«Reciba V. E. el respetuoso afecto de *Miguel Primo de Rivera, Pilar Primo de Rivera.*

«Madrid, 11 de marzo de 1959.

«Excelentísimo Sr. D. Francisco Franco Bahamonde, Jefe del Estado.»

Al cabo de veinte años, España entera demostró cómo la palabra ¡Presente! aplicada a José Antonio no era una expresión retórica o una fórmula política, sino un estado vivo del alma nacional. Pese al deseo de Pilar y Miguel Primo de Rivera, el traslado del ataúd que contenía los restos del mártir de Alicante repitió la tremenda emoción de la peregrinación fervorosa que los acompañara en octubre de 1939 desde el nicho del cementerio levantino al Monasterio de El Escorial. Una vez más, convocados por el corazón, hicieron acto de presencia en el camino de San Lorenzo a Cuelgamuros, bajo una noche glacial, los rostros pálidos, curtidos, contraídos de dolor de millares de falangistas, llegados de todos los rincones de la Patria para volver a tomar con temblorosa emoción sobre las andas el féretro de su Jefe y transportarlo con un paso rítmico -que parecía acordado a las marchas fúnebres dedicadas a los héroes muertos por Beethoven o Wagner- resonando sobre la escarcha que cubría el asfalto. A las siete de la tarde del 27 de marzo se había procedido en la basílica escurialense a levantar la lápida, abrir la sepultura y sacar del arca de caoba, un poco deteriorada, el féretro de cinc que guardaba las cenizas de José Antonio. Desde las veinte y treinta y cinco en que

el ataúd quedó sobre las andas, hasta las cinco y treinta y nueve de la mañana en que fue colocado en un nuevo arcón, sería velado por sus camaradas de la Vieja Guardia. A las siete se celebró una misa por su alma. A las ocho y media se puso en marcha el cortejo, que recorrió en cuatro horas los catorce kilómetros de camino. El transporte se hizo a hombros de los falangistas, que se relevaron cada cien metros sin interrumpir la marcha.

Al llegar el féretro a la grandiosa explanada que se extiende ante la Basílica de Cuelgamuros, en la que formaban millares de hombres y mujeres, la emoción fue indescriptible. El féretro llegó a las doce y media, siendo recibido por la comunidad benedictina en pleno, con su Abad mitrado, dom Justo Pérez de Urbel, al frente. Una vez dentro de la cripta, el féretro se depositó junto al lugar donde reposará definitivamente. Luego se celebró otra misa de *corpore insepulto,* oficiada por el Abad, en la que comulgó tal cantidad que fue menester emplear varios sacerdotes, para administrarla, fraccionar las formas, insuficientes para tantas comuniones, y, por último, suspender el sacramento por no haber el necesario número de partículas consagradas para cuantos deseaban recibir al Señor en aquel acto de singular devoción. Terminada la misa, y en medio de un impresionante silencio, se rezó un responso y el ataúd descendió a la fosa, cubriéndose con una sencilla lápida de granito, exactamente igual a la que había en El Escorial. Sobre ella hay grabada una cruz y el nombre escueto e inmortal de JOSÉ ANTONIO.

DONDE DEBIERA IR EL ÍNDICE BIBLIOGRÁFICO

La brevedad de la vida de José Antonio; su aparición y desaparición de la vida española en momentos de intensa lucha, en que el odio o amor a un hombre político es pasión y acción, en lugar de análisis y crítica; su proximidad a nosotros, que a unos por respeto a su persona y a otros por prudencia y cautela aconsejan silencio, son -entre varias más- causas de que a la figura de José Antonio, sobre la que tanto se ha escrito, no acompañe todavía un copioso índice bibliográfico. Gran parte de los comentarios publicados acerca de su gloriosa figura lo han sido en Prensa volandera, sin coleccionar todavía. Cierto que hay algunos libros en que se recogen sugestivos episodios de su vida y de su obra. Pero la parvedad de su número me obligaría a citar otros en que la figura de José Antonio apenas aparece, o aparece sin mención expresa. Estas citas serían pedantes e inoportunas, aun cuando dichos libros hayan servido para aclarar algunos puntos de que se trata en esta biografía. Por todo ello, prescindo de un índice bibliográfico, habiendo preferido citar y transcribir en mi libro los textos más destacados de los historiadores de la Falange y de algunos otros autores.

APÉNDICES

APÉNDICE I

ANTEPASADOS Y PARIENTES AMERICANOS DE JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

por Miguel A. Martínez Gálvez.

Si bien es cierto que los estudiosos de nuestro pasado conocen la ascendencia americana de los Primo de Rivera, en cambio, el público ignora las vinculaciones de sangre que los ligan a la Argentina.

El Fundador de la Falange tenía ascendencia con raigambre colonial que se remonta a la época de la conquista de América. Su bisabuelo paterno, el Capitán de fragata de la Real Armada don José Primo de Rivera, natural de Algeciras, casado el 11 de noviembre de 1809 en Córdoba (Argentina) con doña Juana, hija del Virrey Marqués don Rafael de Sobremonte y de doña Juana María, hija ésta de don Marcos José de Larrazábal, Caballero de la Real Orden de Santiago, Gobernador del Paraguay y Alférez real de Buenos Aires, casado con doña Josefa Leocadia de la Quintana y de Riglos.

Don Marcos José de Larrazábal, cuyo padre, don Antonio, era de hidalga cepa vizcaína, fue Maestre de campo general y Alférez real de Buenos Aires, afincado aquí en el siglo XVIII; casado el 13 de julio de 1706 con doña Agustina, hija del Regidor y Tesorero de la Santa Cruzada Capitán Gaspar de Avellaneda, natural de España, avecindado en Río de la Plata al final del siglo XVII, y cuyo tataranieto fue aquel don Marcos sacrificado en Metán en 1841 durante la tiranía, padre del Doctor Nicolás de Avellaneda, Presidente de la República.

El Capitán Gaspar de Avellaneda, casado con doña Juana de Labayen, tataranieta del Alguacil mayor de Rio de la Plata, Teniente de Gobernador del Guayrá y Ciudad Real, don Alfonso Riquelme de Guzmán, del linaje del Conde de Arcos y uno de los primeros pobladores de estas tierras, casado con doña Ursula, hija del célebre Gobernador Domingo Martínez de Irala, que llegó en la expedición del primer Adelantado don Pedro de Mendoza.

La abuela materna de doña Juana de Sobremonte, mujer de Primo de Rivera, era la citada doña Josefa Leocadia, hija del Coronel veedor del presidio de Buenos Aires y familiar del Santo Oficio de la Inquisición don Nicolás de la Quintana, de la rama de los señores del palacio de su apellido en Bilbao, que descienden de los antiguos señores de la Torre de Quintana de Beci.

Don Nicolás se radicó aquí a principios del siglo XVIII y casó en San Isidro con doña Leocadia Francisca, hija del segundo matrimonio del hidalgo navarro don Miguel de Riglos, establecido en Buenos Aires, donde fundó

rama de familia en el siglo XVII; fue Maestre de campo general y en Santa Fe, Teniente de Gobernador y Justicia mayor.

Don Miguel de Riglos casó con doña Leocadia de Torres, entroncada con los Hurtado de Mendoza, los Medrano, los Astor; era biznieta de don Gaspar de Gaete, Teniente General de Gobernador de Río de la Plata y Alférez real de Buenos Aires, y tataranieta del Capitán Pedro de Izarra, natural de la Asunción, uno de los primeros pobladores de Buenos Aires, fundado en 1580 por Juan de Garay.

Del matrimonio formado por don Nicolás de la Quintana y doña Leocadia Francisca de Riglos y Gaete fueron hijos, entre otros:

Don José Ignacio de la Quintana y de Riglos, Brigadier general y Mariscal de campo, abuelo materno de doña Remedios de Escalada, la ilustre compañera del Libertador, Capitán general don José de San Martín. Este don José Ignacio fue padre de don Hilarión de la Quintana, Brigadier general de los ejércitos argentinos, guerrero de la Independencia, Director delegado en Chile y que se distinguió en la reconquista de Buenos Aires durante las invasiones inglesas, comisionado por Liniers, de quien era Ayudante, para que Beresford se rindiera. Don José Ignacio fue también bisabuelo del Doctor Manuel Quintana, Presidente de la nación.

Doña Josefa Leocadia de la Quintana y de Riglos, abuela de doña Juana de Sobremonte, mujer de don José Primo de Rivera, bisabuelos éstos del Fundador de la Falange.

Doña Francisca de la Quintana y de Riglos, que casó en Buenos Aires con el Capitán don Ignacio de Irigoyen y Echenique, natural de Azpilcueta, de noble casa en el Valle de Baztán (Navarra). Fueron sus hijos:

Don Miguel, Caballero de la Real Orden de Alcántara, que asistió al Cabildo Abierto en 1810, Coronel, guerrero de la Independencia, Gobernador intendente de Buenos Aires, etc.

Don Matías, que se distinguió en la batalla de Trafalgar, fue uno de los principales organizadores de la revolución de mayo, y concurrió al Cabildo Abierto, siendo guerrero de la Independencia, Brigadier general, Ministro de la Guerra y desempeñando otros puestos de importancia.

Don Manuel, Abogado de la Real Audiencia, de sobresaliente actuación en el Virreinato y al iniciarse el período independiente. Fue abuelo del Doctor Bernardo de Irigoyen, figura consular de la República.

Doña Petronila de Irigoyen, hermana de los nombrados Miguel, Matías y Manuel, casó con el Brigadier de la Real Armada, héroe de las invasiones inglesas, Gobernador intendente de Córdoba, don Juan Gutiérrez de la Concha, fusilado, con Liniers y otros Jefes, en Cabeza de Trigo. De este matrimonio proceden, entre otros:

Don Manuel Gutiérrez de la Concha e Irigoyen, que nació el 15 de abril de 1808 en Córdoba (Argentina), Capitán general de los reales ejércitos, primer Marqués del Duero, Grande de España de primera clase, célebre

caudillo de la guerra contra los carlistas en el reinado de Isabel II, Senador del Reino, etc. Su estatua se levanta en el paseo de la Castellana, en Madrid.

Y don José Gutiérrez de la Concha e Irigoyen, nacido en Córdoba (Argentina) el 10 de junio de 1809. Capitán general de los reales ejércitos, Presidente del Consejo de Ministros, Presidente del Senado, Capitán general de la isla de Cuba, primer Marqués de la Habana, Grande de España de primera clase, Embajador en Francia, gentilhombre de cámara con ejercicio y servidumbre, etc. De estos hermanos proceden los actuales Duques de Fernán Núñez, Abrantes, Bivona y Linares, Marqués del Duero, Habana, Tavara, Guadalest, Revilla, Sardoal, el Conde de Canceladas y varias familias de la aristocracia española con grandeza de España.

José Antonio Primo de Rivera tenía, como se ha visto, vínculos de sangre y antepasados comunes con muchas familias argentinas ([375]) y también cubanas por su estirpe materna.

APÉNDICE II

PARROQUIA CASTRENSE DE MADRID. LIBRO DE BAUTISMOS 1.601, FOLIO 29, VUELTO ([376])

NUMERO 65
José, hijo de don Miguel
Primo de Rivera y de doña
Casilda Sáenz de Heredia.

En la iglesia parroquial de Santa Bárbara, de la villa y corte de Madrid, capital de su provincia y diócesis, a 13 de mayo de 1903, yo, don Eduardo Carrillo y Cruz, cura castrense de esta plaza, di licencia a don Vicente Casanova y Marzol, cura de la parroquia de nuestra Señora del Buen Consejo, para que bautizase, como, en efecto, bautizó y ungió con los Santos Oleos, a un niño que nació a las siete y cuarto de la tarde del día 24 de abril del corriente año, en la calle de Génova, número 22, piso bajo; poniéndole por

[375] *Nota de la tercera edición.-En* un artículo del miembro correspondiente de la Academia Nacional de Venezuela, señor Oliver Brachfeld, publicado en *Arriba* (26 de mayo de 1956) se recuerda la figura notabilísima de don Joaquín Primo de Rivera, Gobernador que fue de Maracaibo, en donde murió el 23 de octubre de 1800. Está enterrado en la iglesia de Santa Ana de aquella ciudad.

[376] NOTA: **c. c.** quiere decir «casó con» o «casado con»; **c.** quiere decir «caso», o «casada», o «casó»; o también quiere decir «con»; **h.** quiere decir «hijo» o «hija».

nombres José, Antonio, María, Miguel, Gregorio; es hijo legítimo de don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, Teniente Coronel de Infantería, natural de Jerez de la Frontera, provincia de Cádiz, y de doña Casilda Sáenz de Heredia y Suárez-Argudín, natural de San Sebastián, provincia de Guipúzcoa; nieto paterno de don Miguel Primo de Rivera y Sobremonte, difunto, natural de Sevilla, y de doña Inés Orbaneja y Grandellana, natural de Jerez de la Frontera; y materno de los excelentísimos señores don Gregorio Sáenz de Heredia y Tejada, Caballero del Hábito de Santiago y Gran Cruz de la Orden Americana de Isabel la Católica, natural de Alfaro, provincia de Logroño, y de doña Ángela Suárez-Argudín y Ramírez de Arellano, natural de la Habana.

Fueron padrinos el abuelo materno y la abuela paterna, y en nombre y representación de ésta, la abuela materna, a quienes advertí el parentesco espiritual y obligaciones contraídas por este Sacramento, que presenciaron don Antonio Sáenz de Heredia y Suárez-Argudín, Abogado, soltero, y don Juan Zapata y Salazar, ex Gobernador Civil, casado, ambos de esta vecindad.

Y para que conste, extiendo y autorizo la presente en Madrid, fecha *ut supra.*

EDUARDO CARRILLO Y CRUZ.

APÉNDICE III

PROLOGO AL LIBRO «LA DICTADURA, JUZGADA EN EL EXTRANJERO»

«En rigor, dentro de cada clase social, hay masa y minoría auténticas. Como veremos, es característico del tiempo el predominio, aun en los grupos cuya tradición era selectiva, de la masa y el vulgo. Así, en la vida intelectual, que por su misma esencia requiere y supone la cualificación, se advierte el progresivo triunfo de los seudointelectuales incualificados, incalificables y descalificados por su propia contextura.»

Si el General Primo de Rivera hubiera escrito en algunas de sus notas palabras de dureza semejante a las de las transcritas, ¿qué hubieran dicho de él los intelectuales? Porque el latigazo no puede ser más seco; no es que entre los intelectuales se mezcle algún que otro elemento inferior: es que en la clase intelectual «se advierte el progresivo triunfo», «el predominio» de los incualificados y descalificados. ¿Qué se hubiera dicho del General Primo de Rivera si llega a escribir tales palabras? Pero las palabras no son suyas; son, y

no ocultan el estilo, de alguien que debe conocer a los intelectuales: de Ortega y Gasset ([377]).

Las traigo aquí porque lo que dañó quizá en mayor medida a la Dictadura fue su divorcio con las personas de oficio intelectual. Alguna vez, cuando se escriba despacio y por quien pueda la historia de los años dictatoriales, habrán de analizarse los motivos de aquel divorcio. Entonces se verán frente a frente dos opiniones distintas. Una, la de los escritores que, en nuestro tiempo, fueron adversarios del Dictador; para ellos la cosa es clara: el Dictador no pudo congeniar con los intelectuales porque era un hombre inculto, iletrado, incapaz de entender pensamientos de cierta jerarquía; toda la culpa del divorcio entre el Dictador y los intelectuales estuvo de parte del primero. Pero semejante opinión -que los hombres de pluma sentencian con su característica petulancia-, ¿será la llamada a prevalecer? ¿O se abrirá camino frente a ella la opinión contraria? Porque no faltará entre los historiadores futuros quien considere al General Primo de Rivera como un magnífico, como un extraordinario ejemplar humano, al que una clase intelectual, en la que se advertía por momentos «el predominio de la masa», «el progresivo triunfo de los seudointelectuales incualificados, incalificables y descalificados» fue incapaz de entender.

¡Si lo hubiera entendido!... La aparición del General Primo de Rivera vino a ser, en el ambiente tonto y raquítico del antiguo régimen, como una afirmación de salud. Claro que el Dictador rompió con las normas existentes; por eso es natural que le odiaran los políticos, acogidos a aquel sistema de normas como se acogen los paralíticos a un establecimiento de caridad. Pero ¡los intelectuales! Verdaderamente fue curiosa su torpeza: los intelectuales venían clamando durante lustros por la ruptura de la costra política que invalidaba a España, y he aquí por donde, al hallarse frente al hecho del golpe de Estado, no reaccionaron en forma intelectual, profunda, adivinadora de las posibilidades revolucionarias que el golpe envolvía, sino que prestaron oídos a los pequeños recelos, a las pequeñas aversiones supervivientes en la parte vulgar de su espíritu, bajo la capa intelectual sobrepuesta. Por ejemplo: el autor del golpe de Estado era militar, y reconocer a un militar dotes de conductor de pueblos mortificaba a los paisanos. Uso a propósito la palabra más mediocre porque, en realidad, la antipatía contra los militares tiene una gestación cursi, de pequeña guarnición provinciana, donde acaso el estudiante de Derecho empezó a sentirse antimilitarista cuando envidió los éxitos del Teniente, vestido de uniforme, entre las muchachas concurrentes a las cachupinadas.

He pensado a menudo que los intelectuales, entre nosotros, acaso por falta de vida universitaria, acaso por la falta de apacibles lugares de cultura, no se forman verdaderamente como intelectuales. Es decir, no tienen carácter impreso. Si lo tuvieran, adquirirían una cierta manera de vibrar no sólo ante

[377] *La rebelión de las masas*. Madrid. «Revista de Occidente», 1929, pág. 1

los temas profesionales, sino ante cualquier estímulo exterior. Por ejemplo; un militar veterano no es sólo militar cuando manda tropas; lo es en todo: en sus actos conscientes y en sus actos automáticos, en el modo de sentarse y en el de llamar al sereno. A los magistrados suele pasarles igual. En cambio, a los intelectuales (descarto, no hay que decirlo, a los sobresalientes) no les acontece lo mismo; quedan en ellos como dos hombres: el intelectual, apto para un determinado grupo de ejercicios, y el hombre vulgar, completamente vulgar, ni impregnado ni teñido siquiera por la cultura; el hombre que se impacienta, se envanece y se pone de mal humor como el más adocenado concurrente a la tertulia de su café. ¿Quién no recuerda, no ya el desencanto, sino la incredulidad que experimentó al encontrarse con que el fino escritor a quien admiraba sin conocerlo era ese señor de gustos vulgares, falto de trato social, achaparrado en la conversación, que, sin pudor, se desató en plebeyo torrente de interjecciones porque el camarero tardaba en saciar su glotonería con unas raciones de percebes? ¿y quién que tenga el espíritu un poco disciplinado no ha llegado a sentir asco y cólera al ver el deliberado desorden, la inelegante mala fe con que suele discutirse en las reuniones de muchos profesionales de la inteligencia?

Por eso, por no estar formados hasta la raíz, sino barnizados de informaciones pegadizas, los intelectuales españoles, cogidos por sorpresa, no vibraron ante el advenimiento de la Dictadura en tono intelectual. El cuadrito de sus actividades ordinarias no preveía la irrupción del acontecimiento. Y fuera de lo previsto en el cuadrito, los intelectuales sólo podían reaccionar como hombres corrientes, con los malos hombres y las antipatías de sus tertulias. Así lo hicieron. Dejaron solo al Dictador. Abrieron en torno suyo como un gran desierto. Quien osaba pisarlo renunciaba a toda esperanza de consideración entre los dispensadores de las jerarquías intelectuales. Y se dio el espectáculo asombroso de que el Dictador solo, sin otros instrumentos que su optimismo, su ingenuidad, su valor, su maravillosa rapidez de inteligencia, su flexibilidad, su cordialidad, su triunfante riqueza de auténticas cualidades humanas; de que el Dictador, solo, falto de intermediarios, cercado de silencios hostiles, en comunicación inexperta y directa con el pueblo, levantara y sostuviera, por lo menos durante cuatro años, la más robusta suma de esperanzas que acaso nuestro pueblo recuerda.

¡Si los intelectuales hubieran entendido a aquel hombre!... Quizá no vuelva a pasar España en mucho tiempo por coyuntura más favorable. Los intelectuales pudieron allegar todo lo que saben y todo lo que piensan. A buen seguro los hubiera entendido el Dictador, cuyo talento natural era una verdadera generosidad de la Providencia. Los intelectuales hubieran podido organizar aquel magnífico alumbramiento de entusiasmos alrededor de lo que faltó a la Dictadura: una gran idea central; una doctrina elegante y fuerte. Y, en cambio, se hubieran encontrado con lo que en mucho tiempo tal vez no vuelvan a tener: con un prodigioso hombre, en el auténtico sentido humano, nacido en nuestro tiempo con la misma exuberancia de espíritu, con la misma

alegría generosa, con la misma salud y el mismo valor y la misma sugestión sobre las multitudes que un gran capitán del Renacimiento.

¡Qué le vamos a hacer ya! Dejaron pasar el instante. No percibieron su decisiva profundidad. Empezaron a hacer remilgos por si la Dictadura menospreciaba tales o cuales pequeñeces rituarias, y desdeñaron al hombre para compartir, más o menos de cerca, el luto de las tertulias políticas expulsadas del mando. Mejor que el viento nuevo, imperfecto, pero vivificador, quisieron el cuartito de casinillo lugareño que era la política en España, con su camilla, su charla picaresca, su tute y sus cortinas de mal gusto, propicias a las chinches. Ya sé que los intelectuales, cuando escribían, también abominaban de esto; pero en el fondo intacto de su espíritu no les era posible reprimir una afinidad sentimental con los políticos desahuciados: veían al Dictador como un enemigo común. Y políticos e intelectuales aunaron sus ingenios (llamémosles así) para esparcir ironías por los casinos y editar «Murciélagos».

Tal fue, salvo excepciones, la actitud de los intelectuales españoles ante el hecho revolucionario de la Dictadura. Así lo entendieron. Tal vez están muy satisfechos de haberlo esterilizado. Pero no van a ser ellos los jueces de su propia clarividencia. Llegará un día en que se juzgue, desde la altura del tiempo, qué era más grande: si el Dictador o el ambiente intelectual de este rincón del mundo hacia 1923. ¿Dará la Historia la razón a los intelectuales? Por de pronto, no se les puede ocultar un mal síntoma: mientras ellos están acordes en desdeñar al General Primo de Rivera, hay muchos cerebros fuera de España para los que, mientras nuestra literatura contemporánea se cuenta en muy poco y nuestra ciencia en casi nada, el General Primo de Rivera, como figura histórica y política, representa mucho. En las siguientes páginas del presente libro (que se publica gracias a la generosidad inteligente del Marqués de la Vega de Anzó) hallará el lector numerosas opiniones extranjeras. Y no se olvide que, como dijo *Clarín,* «la distancia tiene a veces ciertas virtudes del tiempo; los países extraños suelen hacer el oficio de posteridad».

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA.
8 de diciembre de 1931.

APENDICE IV

ANTE LAS ELECCIONES
EL VOTO DE LA MUJER
Opiniones de Primo de Rivera

Los antialgo y *el señoritismo español.-Las fantasías creadoras del hombre en política y el voto de la mujer.-La inutilidad del sufragio.-De votar alguien, mejor sería que votase sólo la mujer.-¿Han hecho algo las mujeres en el Parlamento?-¿Lo han hecho los hombres?-Dos en uno.-.Divagaciones sobre la guerra.*

Don José Antonio Primo de Rivera no es feminista. Así lo declara sinceramente, apoyando su criterio en una especie de balance histórico respecto a la labor creadora que en su haber puede apuntarse Eva desde que el mundo es mundo. Ni las matemáticas, ni la geografía, ni la pintura, ni la música -la ciencia o el arte, en fin- deben a la mujer casi nada de su global progreso. El Jefe de Falange Española se manifiesta «no feminista» sin ambages.

-Sin embargo -le objeto-, el Premio Nobel de Química de este año fue para una mujer, la señora Curie, casi una niña, y su madre también se lo mereció.

Miro en torno nuestro. Un gran retrato de Mussolini, dedicado afectuosamente, preside desde la librería. La cabeza redonda, lisa, y el gesto obstinado de la faz... Entre los volúmenes hay un libro de León Trotski.

-No soy feminista; por tanto, huelga que le diga que no soy partidario de darle el voto a la mujer.

Parece reflexionar, y exclama:

-Eso no quiere decir que sea «antifeminista». Los antialgo, sea lo que sea este algo, se me representan imbuidos de reminiscencias del señoritismo español que se opone irreflexiva, pero activamente, a lo que él no comparte. No soy ni antimarxista siquiera, ni anticomunista, ni... antinada. Los «anti» están desterrados de mi léxico, como si fueran tapones para las ideas.

Y como demostración de eclecticismo, continúa:

-Le digo antes que la falta de facultades creativas (empleo su frase) de la mujer es lo que me induce a no ser feminista. Mas he de revelarle que me asustan tanto las fantasías creadoras actuales del hombre en política, que es posible que la mujer, al mezclarse en ella, pueda darle cierto reposo, cierto aplomo, que bien necesario le es... Y desde este punto de vista, su actuación puede ser buena, ya que la mujer vendría a ser como esa fuerza retardataria de las mareas que, haciendo la cincha del globo, modera el movimiento acelerando la tierra...

-Haría de freno -aclaro.

-Exacto. No confío en el voto de la mujer. Mas no confío tampoco en la eficacia del voto del hombre. La inaptitud para el sufragio es igual para ella que para él. Y es que el sufragio universal es inútil y perjudicial a los pueblos que quieren decidir de su política y de su historia con el voto. No creo, por ejemplo, que en la conveniencia o inconveniencia de una alianza internacional o sobre la política marítima a seguir pueda tener la masa opinión, ni, a lo sumo, más que muy pocos de sus representantes. Don Antonio Maura hizo el voto obligatorio. Y ¿para qué? En el mejor de los casos, los hombres elegidos son señores sin voluntad propia, sometidos a los partidos, sin especialización para ir meditadamente resolviendo los arduos y trascendentes problemas del Estado. Los elegidos no lo son por ser los más adecuados al país, sino los más flexibles a los jefes, y nada les preocupan las leyes que se van a dictar para guiar a la nación por una ruta determinada. La incultura de la masa de los electores no es menos que la de la masa de los elegidos en materia política. Ahí están las listas de candidatos llenas de hombres desconocidos; no podrían muchos alegar otra razón para estar en ellas que la amistad, y representar mañana en el Parlamento un número, un voto, un sumando, pero no una inteligencia y un pensamiento... En fin: yo le aseguro que, en vísperas de la contienda electoral, me afirmo más que nunca en mi oposición al sufragio, lo mismo para la mujer que para el hombre. Ahora bien: si lo estimásemos imprescindible para la vida de la nación -va usted a escucharme una extravagancia-, de tener que votar forzosamente, mejores frutos, habrían de lograrse con el voto de la mujer que con el del hombre. Ella tiene mas aplomo y una sensibilidad practica de que él carece. El voto de ambos sería adecuado para cualquier tema municipal o administrativo.

-¿Qué opinión tiene usted de la labor de la mujer en el Parlamento?

-No la conozco. No sé si porque no ha hecho ninguna o porque yo no la haya estudiado bien. Pero si ellas no han hecho nada, los hombres me consta que han hecho casi tan poco como ellas. Podemos decir que los Parlamentos de la República han sido estériles. La representación parlamentaria femenina será exigua. De ello no debemos congratularnos.

El Jefe de la Falange Española, con escepticismo que contrasta con su juvenil aspecto, me asegura:

-Las mujeres no harán más que redoblar con su voto el voto masculino, con sus defectos; no teniendo, por tanto, el de ellas trascendencia en el camino futuro de España. Serán dos donde antes fuera uno, o dos en uno, si usted lo prefiere. En los medios rurales, el sufragio tiene, además, el inconveniente de su insinceridad. Es evidente que las clases pudientes compran el voto de las económicamente sometidas. Y claro que empeoran lo que ya es detestable.

-¿Cree usted que iremos a una situación de derechas porque las mujeres de este sector sean más numerosas, más fuertes o más ricas?

-Derechas, izquierdas... Son palabras de poco sentido. El Estado ruso es el más derechista de todos los de Europa, y el pueblo soviético es el más

izquierdista ideológicamente... Pero si nos ceñimos a su vulgar acepción, derechas e izquierdas representan en España algo tan heterogéneo e irreconciliable, que se puede esperar poco, por sus mismas tensiones respectivas. Más tienen de exponentes de lucha que de internos ideales por la Patria. Sin embargo, quizá vamos a una situación de lo que llaman derechas.

Pensativo, me habla luego de las posibilidades de un régimen más en armonía con su concepción de los Estados: el fascismo.

-La guerra -dice inflexiblemente- es inalienable al hombre. De ella no se evade ni se evadirá. Existe desde que el mundo es mundo, y existirá. Es un elemento de progreso... ¡Es absolutamente necesaria!

-Cuando la mujer intervenga en la gobernación del Estado, ¿no cree usted que defenderá a sus hijos contra la guerra, evitando que le arrebaten y destruyan lo más apreciado de su labor y de su vida? La educación a los hijos en el odio a la guerra...

-Los haría cobardes solamente. Los hombres necesitan la guerra. Si usted la cree un mal, porque necesitan del mal. «De la batalla eterna contra el mal sale el triunfo del bien», dice San Francisco. La guerra es absolutamente precisa e inevitable. La siente el hombre con un imperio intuitivo, ancestral, y será en el porvenir lo que fue en el pasado... ¿Los pueblos sin guerra?...

El Jefe de Falange Española sonríe largamente.

LUISA TRIGO.
(La Voz, de Madrid; 14 de febrero de 1936.)

APÉNDICE V

DISCURSO DE INDALECIO PRIETO DEFENDIENDO A JOSÉ ANTONIO CON OCASIÓN DE LA PETICIÓN DEL SUPLICATORIO PARA PROCESARLE POR TENENCIA ILÍCITA DE ARMAS

(Extracto publicado en el A B C, de Madrid, el 4 de julio de 1934.)

PRIETO.-Dice que los socialistas estarían representando una farsa si no se opusieran a la concesión del suplicatorio para procesar al señor Primo de Rivera.

Cree que la Comisión, ante el gesto del señor Primo de Rivera haciéndose responsable jurídicamente del delito que se le atribuye, debía denegar la concesión del suplicatorio.

Compara el caso de uno y otro diputados y vuelve a tratar del hallazgo de armas en poder de un transeúnte en la carretera d Chamartín.

Dice que el señor Primo de Rivera procede con imprudencia, hasta el punto de tenerle que acompañar personas de su intimidad. Por eso está justificado que tenga armas en su poder; pero el señor Primo de Rivera pudo evadirse de su responsabilidad cargándola sobre el portador directo de las armas.

En el caso del señor Primo de Rivera hay dos justificaciones de la tenencia de armas: su defensa personal y su actuación política. Vino este diputado en condiciones verdaderamente excepcionales. Sobre él existe una gran pesadumbre, dicho en buen sentido, a causa del resplandor político de su apellido. Hubiera surgido en la vida pública como un joven inteligente y fogoso y su desenvolvimiento en la vida pública hubiera sido más fácil.

Ahora se le crea la gran plataforma que acompaña siempre a todos los perseguidos políticos.

Cree que la política del señor Primo de Rivera no tiene realidad. Hay en ella un romanticismo patrio, quizá excesivo, que parece conducir a todos los amores y sacrificios y, sin embargo, tiende a una acción audaz y temeraria, que debe manifestarse con frecuencia para dar fe de su vida. Estos jóvenes, escasos pero ardorosos, consideran a su Jefe político, la más significada de las cabezas de Falange Española, como una víctima.

Pide al Gobierno que se abstenga plenamente en este asunto. Estima que si no fuera por el deseo de procesamiento del señor Lozano, no se hubiera traído el suplicatorio del señor Primo de Rivera.

Pregunta a la Cámara si hubiese concedido este último si se hubiera rechazado el del señor Lozano. Pide que se suspendan las actuaciones judiciales, como indicó el diputado señor Primo de Rivera.

Entiende que la Sala 2ª del Supremo no puede decretar la prisión preventiva del señor Primo de Rivera. Encuentra justificada la existencia de las armas en casa del señor Primo de Rivera. No quiere hacer revelaciones, pero en su casa puede que haya más de siete armas, pues todo es preciso para la defensa personal. Habla de la protección policíaca, y dice que aunque sea una comitiva tan extensa como la del Circo *Krone*, no sirve para nada. (Risas.)

Cree que el fascismo, que empieza por audacia, pero que puede prender de modo peligroso en las imaginaciones españolas, se debe combatir evitando las persecuciones. *No se acentúa la pasión política en las persecuciones socialistas, como en la del señor Primo de Rivera,* caudillo personal y audaz, que no está tan solo como parece, pues está en contacto con los jóvenes tradicionalistas.

Expone la situación del parlamentario se quedaran derogadas las licencias de uso de armas, pues estarían sujetos a una condena inevitable.

Cree que la simple condición de diputado debiera extenderse (?) a utilizar armas. Estima que no hay que escandalizarse porque se diga que el diputado es de diferente condición que los demás ciudadanos. Tiene más

deberes, pero también más derechos, y nadie puede negar al señor Primo de Rivera que use armas.

Cree que la condena del señor Primo de Rivera es inevitable, porque, según los juristas, "a confesión de parte, relevación de prueba." (Rumores.) Y la cárcel es la propaganda más fácil y provechosa que se puede hacer en su favor. Esto seria un gran error político del Gobierno y de la Cámara.

Manifiesta que la acción de las fuerzas del señor Primo de Rivera es muy limitada e intermitente, y sólo produce el encrespamiento de las pasiones de los adversarios.

Estima inútil el sacrificio de esos jóvenes que se entregan a organizaciones aisladas, pues cree que los ideales políticos están reñidos con esos procedimientos.

Pide los votos de la Cámara favorables al señor Primo de Rivera, pues no se trata de favorecer a un correligionario, sino de hacer justicia, pues el delito del inculpado no merece el voto del Parlamento.

(El señor Primo de Rivera acude al escaño del señor Prieto, y ambos diputados se estrechan la mano.)

APÉNDICE VI

ESTUDIO GRAFOLÓGICO DE JOSÉ ANTONIO, HECHO POR X. X.

A JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA, UNO DE LOS POCOS CABALLEROS QUE QUEDAN

A. M. C. S.

Escritura de tamaño grande y extensa, que revela generosidad, esplendidez, sentido estético, gusto y cierta simpatía que rompe la impresión un poco fría de su personalidad.-Franqueza condicional; algo de afectación.-Un poquito amigo de llevar la contraria.-Conocimiento del valor propio; carácter algo impaciente, que sabe, sin embargo, someterse a la disciplina, nunca a la imposición; espíritu observador y filosófico -mucha lógica y sentido deductivo-; persona que piensa las cosas antes de hacerlas (precaución antes de decidirse).-Más propenso al optimismo que al pesimismo.

Inclinaciones.-A lo bueno, elevado y noble.

Sus aptitudes.-Son para la diplomacia; en ella hubiera usted triunfado.

En la firma.-Se observa un gran amor propio, que tal sea su más señalada característica. ¿No es así?

APÉNDICE VII

CARTA DE DESPEDIDA A LOLA PRIMO DE RIVERA Y COBO DE GUZMÁN, HOY SEÑORA DE AZNAR, PRIMA HERMANA Y AHIJADA DE JOSÉ ANTONIO

En ella se alude a Fernando Primo de Rivera, hermano de Lola, que estuvo condenado a muerte con otros camaradas por el intento de asalto a Unión Radio, de Madrid, en agosto del 36. Fernando Primo de Rivera fue indultado, y después asesinado cobarde y cruelmente con Rafael Aznar, José Cubero y Constantino Palacio -falangistas los cuatro- en Majadahonda el 28 de septiembre. José Antonio había conocido la nueva del indulto e ignoraba el tremendo asesinato.

El «magnífico gordo» de que habla a Lola no es otro que Agustín Aznar, Jefe de Milicias y Palma de Plata, quien por aquellas fechas iniciaba su noviazgo con Lola.

Toda esta carta transpira una gran emoción familiar.

APÉNDICE VIII

CIRCULAR REDACTADA POR JOSÉ ANTONIO A PROPÓSITO DE LA SOLUCIÓN DADA A LA CRISIS DE OCTUBRE

La ira española sufre la fase de una nueva crisis. Toda su preparación ha sido repugnante. Ha bailado la política alrededor de vidas humanas. Por fin, el viernes, siete votos contra cinco, decidieron el indulto: no por razones de justicia, sino por razones de partidos. En otras circunstancias el trágico escrutinio ministerial hubiera resultado adverso y el sábado hubiera amanecido sobre los cadáveres de veinte hombres pasados por las armas. ¿Puede no ya la conciencia sino el estómago seguir soportando sin náuseas una política así, que juega con la vida de veinte hombres a la sucia partida de los intereses de grupos? Pues igual que juega todos los días -siete contra cinco o dos contra uno- el destino de España. Porque es mentira lo que declara la CEDA al promover la crisis; no se ventila un entendimiento de la autoridad o del desenlace de la revolución, se ventilan jugadas políticas.

¡Escrúpulos de rigor de la CEDA! Lo más repugnante de cuanto aconteció en octubre fue el crimen de Pérez Farrás. No se encuentra precedente en más de un siglo de que un oficial español se alzase contra la unidad de España, hiciera frente a los soldados leales a España y diera muerte a algunos con las mismas armas que España le entregó para su defensa. Aquel oficial en cualquier país del mundo que no hubiera perdido su capacidad de rubor, hubiera sido despachado por un piquete a las cuarenta y ocho horas de su felonía. El Gobierno de Lerroux le indultó, sin embargo. Y la CEDA permaneció impasible. Pérez Farrás representaba el separatismo, lo antinacional; ese espécimen deja fríos a los cautos productos humanos que Acción Popular almacena en sus ficheros. Pero González Peña representa lo anticapitalista, lo antiburgués y la CEDA no tenía más remedio que fingir rigor en la petición de su muerte, porque, de ser más blanda acaso se le retrajeran votos de las derechas en las próximas elecciones. Una sucia mira electoral, aderezada con falsedades, tiene a España otra vez en la incertidumbre.

Y así, ¿hasta cuándo? El 7 de octubre pensamos todos que el Gobierno asumía la magnífica pesadumbre de afirmar a España -una y fuerte- frente al separatismo y al marxismo antinacionales. Toda esperanza popular fue burlada, como de costumbre, por la fullería de los políticos. En vez de usar más rigor contra los grandes culpables del intento, se fusiló a los más humildes comprometidos. ¿Cómo purgan sus crímenes, recordados ahora, aquel sargento Vázquez que saludó marcialmente a la bandera minutos antes de caer acribillado y aquel pobre niño de diecinueve años de quien dijo el señor Lerroux que mostró «gran perversidad porque de un disparo, al huir, dio muerte a un policía? Indultado Pérez Farrás -y ahora González Peña- aquellas ejecuciones cobran calidad de asesinatos. Con ello se dará por liquidada la revolución. Y mientras tanto el socialismo se reorganiza insolente. Relevantes socialistas difaman a España en el extranjero. Sin embargo, en trance de crisis, el partido socialista -¡como la Ezquerra!- es llamado a Palacio una vez más y dialoga por boca de sus representantes con el Presidente de la República, como si fuera posible, para gentes normales, compaginar la amenaza y reto con usos de tipo cortesano.

La última crisis fue impuesta por el señor Gil Robles para exigir un ritmo acelerado a la crisis española. Y, en efecto, la etapa del ritmo acelerado casi se redujo a un proyecto de Ley de Arrendamiento, tan mal nacido, que el propio día de su bautismo, tuvo el Gobierno que proponer su reforma.

Aparte de esto, las Cortes prorrogan cada trimestre un presupuesto que ya era pésimo en su origen y que va siendo cada vez peor en los suplementos de gastos que se le añaden. Al fin se liquidará con mil millones de déficit. La Hacienda se entrampa en otro tanto y surgirán unos cuantos centenares de rentistas más que vivirán sin trabajar, cortando el cupón. La deuda pública es un buen empleo para el dinero ocioso que muchos guardan avaramente, mientras que el capitalismo extranjero nos invade y setecientos mil españoles padecen hambre en desocupación involuntaria. CEDA y radicales se han

burlado de ellos pasando ante los ojos un proyecto de cien millones de pesetas y otro de mil, con que remediar su angustia; pero ésta es la hora en que no se ha dado un paso serio en tal sentido. Y como el problema del paro, aguardan huraños y terribles el del trigo, el del vino, el de la leche, el de la remolacha, ¿cuántos más?, mientras las Cortes gastan una imbécil reserva.

Eso es en tanto que más allá de la frontera hierve Europa. Corren sacudidas de inquietud por Estados mayores y Cancillerías sin que nosotros sepamos siquiera lo que piensan de España quienes acaso se dispongan a ser ocupantes de sus islas o de sus líneas férreas.

* * *

¡No queremos soportar esta vida estúpida y falsa! Nos importa un bledo la solución de la crisis, porque sabemos será como las anteriores. Pero no podemos prestar la continuidad del silencio a este repugnante espectáculo, ante un Estado, que, consciente de su flaqueza y de su injusticia, es blanco propicio para el ímpetu de cualquier milicia ferviente. Nosotros no toleraremos que sólo se alisten las milicias de la antiespaña; nosotros, una vez más, a pleno grito, llamamos: ¡Estudiantes, obreros, soldados, labradores, intelectuales de España!, ¡para la gran tarea de la Revolución Nacional!

Madrid, ¿abril de 1935?

APÉNDICE IX

ANTOLOGÍA DE OPINIONES SOBRE JOSÉ ANTONIO

1. De Indalecio Prieto.

En un articulo titulado «El falangismo tardío de Indalecio Prieto», publicado por Fernando Zamacola en la revista *En pie* (número 313, enero de 1972), se dice: «De la curiosa correspondencia de Prieto, que endulzaba su exilio entre prolongadas residencias en Toulouse y en México y el firmísimo propósito de reacondicionar su biografía, extraigo una carta memoria dirigida a don Agustín Mora. Está datada el 20 de junio de 1942, y apareció difundida por la agencia Excelsior. El documento reza así:

"Mi querido amigo: Cuando el domingo último, muy de mañana, nos abrazamos en el andén de la estación de México... hacía cinco años que no nos veíamos. La última vez fue a fines de la primavera de 1937, sentados en la terraza del hotel Samper, en la explanada de mi queridísimo Alicante. ¿Se acuerda? Hablamos de José Antonio Primo de Rivera, fusilado meses antes en

el patio de la prisión alicantina. Por usted supe que al ser sentenciado preguntó con interés si yo formaba parte del Gobierno. y yo conté detalles curiosos que usted ignoraba. Por ejemplo, mi intervención decisiva para evitar que el Fundador de Falange Española, su hermano y su cuñada *(sic),* presos con él en la misma cárcel, fuesen muertos sin juicio previo, a comienzos de agosto anterior. El gobernador había comunicado a Madrid lo que se tramaba. Pretendíase sacar aquella misma noche de la prisión a los detenidos, bajo pretexto de conducirles a Cartagena y a mitad de camino pasarlos por las armas. El Presidente de la República, don Manuel Azaña, y el Jefe del Gobierno, don José Giral, luchaban de modo inútil a fin de evitarlo. El gobernador se veía impotente para complacerles. Sus esfuerzos eran nulos ante el llamado Comité de Orden Público, que ejercía la autoridad efectiva, como otros comités en diferentes territorios. Entonces, aunque yo no formaba parte del Gobierno, se apeló a mí. Llamé al teléfono a Antonio Cañizares, prestigioso líder proletario... y le pedí que hiciese lo posible para ahorrar a la República semejante bochorno. Cañizares, echando sobre los componentes del Comité sindical toda la fuerza de su trayectoria política y sindical, logró persuadirles de que no debían interponerse en la acción de la justicia: Si no la vida de José Antonio, ejecutado luego en cumplimiento de fallo legal *(sic),* se salvo la de su hermano Miguel y la de su cuñada Margot.

"¿Conocieron los falangistas aquella gestión mía? Acaso. ¿La tuvieron por indicio de que ni siquiera después de la sentencia condenatoria había sido fusilado su caudillo? Probablemente. Yo sólo había cruzado la palabra con José Antonio Primo de Rivera en una ocasión. Fue en el Congreso, cuando me levanté a impugnar el suplicatorio para procesarle. Concluía yo de defender a mi correligionario el diputado Lozano contra idéntica acusación de tenencia de armas. Me pareció que el rasero debía ser el mismo para amigos y adversarios, y defendí con igual vehemencia al Fundador de Falange. Este, terminada la votación, que le fue favorable, atravesó los bancos de los diputados de la CEDA, dirigiendo duras frases a quienes de éstos votaron en contra, y llegado hasta mi escaño me tendió la mano y me dio las gracias muy conmovido. Días después, el semanario órgano de las Juventudes Socialistas, ya socavadas por la infiltración comunista *(sic),* me insultaba groseramente, tildándome de traidor. El epíteto fue escrito, sin duda, por quien, más tarde, estampó las mayores vilezas contra su propio padre, porque éste continuaba siendo socialista (¿Santiago Carrillo?)

"Pero prosigamos el relato. Cierto día, instalado ya el Gobierno en Valencia, el ministro de Justicia, Manuel de Irujo, me rogó que recibiese a uno de sus hermanos que traía misión urgente y reservada. Pero su hermano -pregunté a Irujo- ¿no estaba preso en Pamplona?. "Le han puesto en libertad para hablar con usted -me contestó-; él se lo explicará" A los pocos minutos el hermano de Irujo hallábase en mi despacho. Se le acababa de excarcelar, mediante acuerdo entre los falangistas y los requetés navarros, para comprobar si era cierto que a José Antonio no se le había fusilado,

sustituyéndosele en el acto de la ejecución por otro reo, y si yo le tenía oculto y bien guardado. Esto, según mi visitante, era convicción firmísima entre los falangistas y precisamente por eso daban en llamar *El Ausente* a José Antonio. Mas querían corroboración oficial de mi parte, dispuestos a mantenerla en secreto. Yo desengañé al emisario, diciéndole que en el fusilamiento no hubo simulación y que la sentencia capital se había cumplido.»

2. De Julián Zugazagoitia.

En el número de *Arriba* del 20 de noviembre de 1969 se reproducía de *Pueblo* el Siguiente texto, tomado a su vez del libro de Julián Zugazagoitia, director que fue de *El Socialista* y secretario de Defensa del Gobierno de Negrín durante la guerra:

«Primo de Rivera se batió por su vida con denuedo juvenil. Puso en su palabra de abogado la emoción del político. En Alicante habían pasado de los furiosos arrebatos colectivos en que se pedía la inmediata ejecución del caudillo falangista, a la convicción de que en tanto viviera la ciudad no sería bombardeada... Pero, además, por una de esas reacciones tan fáciles en la sensibilidad del pueblo español, el odio se había trocado en simpatía. Simpatía por el hombre que, sin vacilación ni debilidad, se encaraba con un destino acedo. Su conducta en la prisión era liberal, cariñosa. En las horas de encierro tejía sueños de paz: esbozaba un gobierno de concordia nacional y redactaba el esquema de su política.

»El había ido a injertar su doctrina, confusa, en las Universidades y en las tierras agrícolas de la Vieja Castilla. Su seminario estaba constituido por discípulos de aulas y laboratorios, y por jóvenes de la gleba. Su escepticismo por las armas, que le atraían por otra parte, debía tener antecedentes familiares. El respeto y la devoción por su padre no excluían en él la critica de errores en que incurrió. El, capitán de hombres jóvenes, proyectaba cosa distinta. De momento, para salir de la guerra, un Gobierno de carácter nacional...

»La vista del proceso, varias veces diferido, le colocó ante una realidad adversa. No se inmuta. Su palabra tiene una fuerza inusitada. La del hombre que está solo. Intuye cuál será la pena a que le condenen sus jueces y, sin embargo, se esfuerza por convencerles de que no deben ser injustos ni para él ni para con sus hermanos. Increpa ásperamente a una persona que, en su concepto, ha enturbiado la claridad del proceso. El interesado escucha la admonición sobrecogido. El relámpago de iracundia pasa y queda, en la carne del increpado, un desasosiego que será permanente. Explicación de una doctrina y ratificación de una fe. El resto es conocido. Se dicta la sentencia de muerte. No hay conmutación de pena. Primo de Rivera se encierra a escribir su testamento. Se despide de sus hermanos... Cuando se repone, él es quien consuela. Pide que le consientan morir con la entereza que le cumple, atendido su magisterio moral sobre tantos compañeros que han muerto y

están muriendo en el combate. Cuando le llega la hora, su templanza es perfecta.»

¡Palabras ejemplares de un adversario, que, llegada la hora, habría sabido aprender de la actitud de José Antonio, la tremenda verdad de las palabras de Horacio: "*dulce et decoro est pro patria mori*," para aceptar impávido la muerte!

3. De Stanley G. Payne, historiador americano.

En una entrevista sostenida a principios de 1971 por Elvira Daudet para la *Gaceta ilustrada* con el autor del libro *Falange,* dijo Payne: «Creo que traté demasiado bien a José Antonio. Pero la realidad es que últimamente he revisado mi libro (quiero reescribirlo dándole una dimensión más real y corrigiendo algunos errores que tiene) y sigo encontrando a José Antonio irresistible. Un falangista franciscano; un intelectual serio y romántico. José Antonio era por formación un aristócrata inglés que no apreciaba profundamente a los españoles y que a pesar de ello quiso salvarlos. Pero pienso que no habría podido nunca ser caudillo por su gran dosis de escepticismo.»

4. De José Plá. (En Arriba, 25 de junio de 1967.)

«Estaba influido por Sánchez Mazas y Mourlane. Dos de gran cultura, ¿eh? Era honrado y liberal, trataba de comprender a los demás. Era un gran patriota. Venia mucho... por la Redacción de *El Sol* a charlar. Primo de Rivera odiaba al señorito andaluz. Era muy sensible. Cuando le mataban un chico de Falange quedaba destrozado.»

5. De don Miguel de Unamuno (a un periodista argentino el 14 de agosto de 1936).

«Le he seguido con atención. Puedo asegurar a usted que se trata de un cerebro privilegiado, tal vez el más prometedor de la Europa contemporánea. Le funciona perfectamente la cabeza.»

6. De Salvador de Madariaga (en su libro España, pág. 426, VII edición, Buenos Aires, 1964).

«Valiente, inteligente e idealista, sobraba a José Antonio para ser dictador un humorismo agudo e irreprimible; pero opinaba que, por ser inevitable el triunfo final del comunismo, convenía ir hacia él por la vía autoritaria del fascismo.»

7. De Víctor d'Ors (En Arriba.)

«Hablando de la filosofía política de su padre, el ilustre y ¡ay! olvidado don Eugenio, el notable arquitecto dijo: "El único que absorbió bastante de su pensamiento fue José Antonio, el mayor hombre que ha tenido nuestra generación".»

8. De José María Salaverría. (En El Pueblo Vasco, de San Sebastián, 9 de enero de 1935.) ¡Otro olvidado como d'Ors!

«La juventud asociada a la simpatía, a la inteligencia, a la nobleza y al valor: he aquí los signos evidentes de ese muchacho bien portado, bello de rostro y de figura, que lleva sobre su persona la grave responsabilidad de un nombre apasionadamente discutido y el no menos grave compromiso de continuar la obra nacional que su padre dejó interrumpida. Este "yo no temo nada" que Primo de Rivera pronuncia con toda naturalidad, le va muy bien a un joven que es hijo de guerrero y aristócrata y ha tomado la vida en un sentido combatiente y heroico. Pero en sus palabras no se disimula el menor acento de fanfarronería muchachil. Estoy por asegurar que Primo de Rivera es la negación de la jactancia y el empaque.»

Muchas gracias,

FELIPE XIMÉNEZ DE SANDOVAL

ÍNDICE

Prólogo a la sexta edición 5
Palabras previas para la quinta edición de este libro 9
Propósito de este libro 13

PRIMERA PARTE

Nacimiento, genealogía e infancia 17
El bachillerato 31
La Universidad 32
José Antonio, soldado 43
El golpe de Estado del 13 de septiembre 45
El hijo del Dictador 47
El amor 67
El huérfano del Dictador 70
Primera candidatura a diputado a Cortes 81
El proceso de don Galo Ponte.-Paréntesis.-El 10 de agosto 88
Nuevo paréntesis.-*El Fascio* 97
El Movimiento Español Sindical 102
La ocasión de salir a la calle 104
Viaje a Italia. Entrevista con Mussolini 106

SEGUNDA PARTE

El 29 de octubre de 1933 109
Perplejidad y profecía 118
El primer caído 126
La primera campaña electoral 127
Aquí está la Falange 136
En pos del estilo nuevo 144
Los primeros luceros 149
El primer entierro 151
Camino adelante 152
Una interviú 157
Actividad.-La unión con las J. O. N. S. 160
Matices de la unión 168
«¡Arriba España!» 171

El primer acto de F. E. de las J. O. N. S. 173
Voces y tiros 180
Interviú de González Ruano 185
Valor personal 188
El sueño de un diario en Madrid 190
Movimiento 194
La cuestión monárquica 200
Voces en desierto 207
Un viaje a Alemania 208
Propaganda gratuita 211
Réplica a los «chíbiris» 219
Proceso ruidoso 223
El verano del 34 224
José Antonio piensa en Franco 232
Franco piensa en José Antonio 237
Octubre rojo.-El I Consejo Nacional de F. E. de las J. O. N. S. 239

TERCERA PARTE

José Antonio, Jefe Nacional 243
Primera actuación de José Antonio como
Jefe Nacional de F. E. de las J. O. N. S. 244
La Falange sale a la calle el 7 de octubre 246
La Falange, descontenta 249
Defección del Consejero Nacional de F. E. de las J. O. N. S.
Marqués de la Eliseda 256
Catolicidad de la Falange y de José Antonio 260
Expulsión de Ledesma Ramos 264
Una propaganda original y barata 270
La Patria Libre, de Ledesma Ramos 271
Nacimiento de *Arriba.-Algo* sobre este periódico 281
José Antonio y la política internacional 288
Un banquete y un brindis 295
Otras actividades 298
La hermandad de la vieja Falange 313
Episodios.-Nuevos discursos 314
La Falange vive su vida 320
Una jornada memorable 329
España, rumbo al caos 343
La reunión de Gredos 347
Camino adelante 350
Compás de espera 358
Con todo el brío 362

II Consejo Nacional de F. E. de las J. O. N. S. 378
Nuevas tácticas de ataque en el libro de Ledesma Ramos 383
Inciso sobre el caso de Calvo Sotelo 396
Más acusaciones de Ledesma Ramos 403
La última etapa de la agonía cedorradical.-El Frente
Nacional frustrado 413
Recuerdos de amistad 420
El Cara al Sol 421
Un diálogo interesante 424
Tertulias 427
Período electoral 429
¿Se ofreció una cartera a José Antonio? 435
Falange no entra a formar parte del Frente de derechas 437
Manifiesto electoral de la Falange 439
Solos a la lucha 446
Últimos días del período electoral 449
Un diálogo emocionante 458
En la tarde del 15 de febrero 463
Del 16 al 24 de febrero 467
El número 34 de *Arriba* 478
Últimos días de libertad 479
¿Leyenda o verdad? 486
Clausura del Centro 488
La tolerancia de José Antonio 489

CUARTA PARTE

José Antonio, en la Dirección General de Seguridad 491
Detención de la Junta Política 494
Manifiesto desde los sótanos de la Dirección 498
José Antonio, en la Cárcel Modelo 501
Las elecciones de Cuenca 507
La Falange clandestina.-El 16 de abril 510
N*o Importa* y la 'Carta a los militares' 512
Consignas 517
Los procesos de José Antonio 518
La marcha a Alicante 526
El último viaje 527
En la Prisión Provincial de Alicante 530
A todas las jefaturas territoriales y provinciales 533
Escena en la Prisión 537
Últimos días 540
Sin noticias de él en la guerra 543
Intentos de salvación 546

Noviembre de 1936 548
El proceso 550
En capilla 562
Adioses de José Antonio 565
La despedida de Carmen 571
La madrugada del viernes 20 de noviembre 574
El último minuto 576
Los dos primeros entierros 577
El Ausente. 580
FINAL 586
Epílogo 588
Donde debiera ir el índice bibliográfico 591

APÉNDICES

Apéndice I 595
Apéndice II 597
Apéndice III 598
Apéndice IV 602
Apéndice V 604
Apéndice VI 606
Apéndice VII 607
Apéndice VIII 607
Apéndice IX 609